

PUEBLOS Y CIVILIZACIONES

xix

PUEBLOS Y CIVILIZACIONES HISTORIA GENERAL

LA CRISIS EUROPEA

LA PRIMERA GUERRA

MUNDIAL

(1904-1918)

PIERRE RENOUVIN

Traducción de Baltasar Simó

Un libro de la colección "Historia de la Humanidad" de la editorial Akal, de Madrid, para todos los países de habla hispanica

© Ediciones Akal, S. A., 1990

Los Berrocales, del Jardín de Ardo 7

Tel.: 656 56 11 - 656 49 11

Fax: 656 49 95 Madrid - España ISBN: 84-460-400-1 Depósito Legal: M.-10.177-1990 Impreso en Gráficas Rogar, S. A., Fuenlabrada

INTRODUCCIÓN

La guerra de 1914-1918, la «Gran Guerra» como la siguen llamando en muchos países, arrojó a unos pueblos europeos contra otros durante cuatro años y medio; por primera vez, trajo ejércitos de la joven América a los campos de batalla del viejo continente; implicó a verdaderos contingentes coloniales de raza negra y amarilla. Las peripecias de la lucha militar, dadas lo dramáticas, y a fin de cuentas, lo decisivas que fueron, eclipsaron otros aspectos del conflicto en el ánimo de los contemporáneos. Y, sin embargo, si queremos comprender el sentido y el alcance de estos acontecimientos militares, hay que volver a situarlos junto con todos los demás elementos que influyeron en el desenlace de la guerra. La diplomacia intentó modificar el equilibrio de fuerzas; consiguió que entrasen en combate una parte de los Estados neutros; tanteó constantemente las intenciones del adversario, para percibir los puntos flacos de la opinión pública y dar con algún fallo en la coalición enemiga. Desde luego, el diplomático fue el auxiliar del soldado en la mayoría de las ocasiones, y sacó partido de los resultados adquiridos en el campo de batalla; pero lo que cambió el rumbo de la guerra, fue un acontecimiento diplomático, independiente de las fluctuaciones del combate: la intervención de los Estados Unidos. El esfuerzo de los beligerantes para explotar al máximo sus propios recursos materiales y arrasar los del enemigo, dio un papel importante a las fuerzas económicas en el desenlace de la lucha. Finalmente, los acontecimientos de la política interior ejercieron, casi constantemente, una influencia en la situación militar; mantener la propia coherencia moral, era una preocupación esencial para cada uno de los Estados beligerantes. Sólo Rusia sucumbió a una crisis interna; pero el esfuerzo de liberación llevado a cabo por las minorías nacionales austro-húngaras fue uno de los factores importantes del resultado final. El principal objetivo de este libro es intentar esclarecer las reacciones mutuas que se desprenden de estos hechos. Para comprender esta guerra, ¿basta, sin embargo, con describir las fases de la lucha, incluso en sus más variados aspectos?

El llamamiento a las armas apenas es un desenlace, de modo que el estudio de los orígenes del conflicto es inseparable del de la guerra en sí misma. Claro que, no se puede descartar el que las causas profundas fue-

introducción

ran anteriores a los primeros años del siglo XX y hubiera que buscarlas en el desarrollo del imperialismo económico, en la expansión colonial y en el apogeo del orgullo nacional. El anterior volumen de esta colección

así lo señaló. Sin embargo, a partir de 1904 fue cuando realmente las con-

secuencias políticas de esas rivalidades entre las grandes potencias euro-

peas empezaron a afirmarse, y apareció un nuevo equilibrio de fuerzas. ¿Cuáles fueron las iniciativas colectivas o individuales que en adelante lle-

varían a los Estados europeos a una postura de desconfianza mutua, y a

1 ¿Cómo creando así un clima favorable para los pueblos a un estado de sobreexcitabilidad para la aparición del conflicto? ¿Por qué combinación de fuerzas o

a través de qué cúmulo de voluntades esta última crisis, que al principio no era más grave que las anteriores, desembocó en catástrofe? Estas son

las preguntas a las que hay que responder previamente.

Pero esta guerra, como todos los grandes conflictos de la historia del mundo, es también una revolución en ciertos aspectos. ¿En qué medida transformó en Europa, las condiciones de vida política, económica y so-

cial? ¿Qué consecuencias tuvo en la vida religiosa, en la vida intelectual? ¿De qué modo fue puesta en entredicho la preponderancia que poseía Europa, antes de 1914 en la vida del mundo, cuando los pueblos europeos consumieron sus fuerzas destruyéndose mutuamente? El cuadro de las

repercusiones ejercidas por el conflicto en todas las dimensiones de la ac-

tividad humana y en las relaciones entre los continentes, será la materia

que cierre este estudio.

Pese a que la guerra en sí constituya el centro de interés evidente, es

toda la historia del mundo entre 1904 y 1918 lo que este volumen trata

de describir.

Es cierto que la crisis no termina en el momento en que las naciones deponen las armas. ¿No hubiese sido lógico intentar seguir de cerca al

menos las consecuencias inmediatas que tuvo, describir el estatuto de la

paz y la tarea de « reconstrucción »? Ahí habría tema para otro trabajo. Los armisticios de 1918 señalan el final de la época en que los aliados combatieron juntos. Con la conferencia de la paz, el panorama se trans-

forma: la solidaridad de la lucha se ha roto; los Estados que hasta en-

tonces se habían asociado en el mismo esfuerzo, vuelven a sus mutuas

desconfianzas. Las prolongaciones y ásperas discusiones en las que se ela-

boran los tratados empiezan a estar marcadas por un espíritu diferente del que existía durante la guerra. Los problemas que se discuten son los mismos que determinarán las relaciones internacionales durante años. El próximo volumen de esta colección estudiará la paz de 1919 y «la ruptura» de dicha paz 1.

1 En París, la Biblioteca de documentación internacional contemporánea organizada en

1919 bajo la dirección de Camille Bloch, ha formado colecciones de gran valor, en donde

figuran todos los compendios de documentos y casi todas las obras que suelen citarse en las

bibliografías. En esta quinta edición, se han tenido en cuenta, tanto en las notas bibliográficas como en el texto, los datos nuevos aportados por las muchas publicaciones que aparecieron, con motivo del cincuenta aniversario de la primera guerra mundial.

LIBRO PRIMERO

LA VIDA POLÍTICA, ECONÓMICA

Y SOCIAL antes de la guerra de 1914

CAPÍTULO PRIMERO

EL PAPEL QUE DESEMPEÑA EUROPA EN EL

MUNDO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX El rasgo que caracteriza los comienzos del siglo XX es la preponderancia de Europa. Ese «pequeño cabo del continente asiático» como la

ia decis' llamaba Paul Valéry, ejerce una influencia en los destinos del mundo y orienta la actividad de los demás continentes: por un lado impulsa la explotación de los propios recursos de cada país, imponiendo sus métodos de producción, su ritmo de trabajo y organizando el sistema económico bajo su dirección; por otro les provee bien sea de la mano de obra, o bien de los cuadros necesarios para poner en funcionamiento

Obras generales de consulta---Las obras generales son las de J. Pirenne *Les grands courants de l'histoire universelle*, el t. VI (Nuchâtel, 1955, m-S'); *Histoire générale des civilisations*, t. VI par R. Simez, t. VII par M. Crouzet (París, 1957, in-S'); H. Vialatte, *L'imperialisme économique et les relations internationales depuis un demi-siècle* (París, 1923, m-); P. Moch, *Imperialism and world politics* (New York, 1926, in-S'); Kúske, *Die Bedeutung Europas für die Entwicklung der Weltwirtschaft* (Colonia, 1924, in-S'); A. Siegfried *La crise de l'Europe* (París, 1929, in-81).-Sobre el nacionalismo en los Estados europeos, la obra fundamental es la de F. Hertz *Nationalgeist und Politik: Staatstradition und Nationalismus* (Zurich, 1937, m-S'); del mismo, *Nationality in history and politics* (Londres, 1944, in-S-); P. Llenry, *Le problème des nationalités* (París, 1937, in-12); G. Weill, *L'Europe du XIX^e siècle et l'idée de nationalité* (París, 1938, in-S'); C. J. Llaves, *The historical evolution of modern nationalism* (New York, 1931, in-So).-Sobre las relaciones internacionales en general: P. Renouvin, *Histoire des relations internationales*, t. VI (París, 3e éd., 1963, m-8'); Ed. española P. Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales, siglos XIX y XX*, Akal, Madrid 1982. P. Renouvin y J.-B. Duroselle, *Introduction à l'histoire des relations internationales* (París, 1964, in-So).

Europa en el mundo a principios del siglo XX

la técnica «occidental»; finalmente trata de modelar a su imagen estas an-

tiguas sociedades, extendiendo sus propias concepciones tanto en el terreno religioso como en el de las instituciones políticas y sociales.

Claro que esta expansión de la influencia europea no es nada nuevo,

pero en ese momento se afianza en toda su amplitud. En primer lugar por razones de índole material: el aumento de la población del continen-

te europeo, el incremento de la producción industrial en los grandes Estados de Europa occidental y central, el desarrollo de los medios de trans-

porte; pero también por motivos que están vinculados a la psicología co-

lectiva: el progreso del nacionalismo; el sentimiento de superioridad que proporciona al hombre blanco, sus cualidades intelectuales, su sentido

de la organización y su espíritu crítico frente al de la raza negra o amarilla.

El imperialismo, que sigue siendo uno de los caracteres esenciales de la vida del mundo de esta época, tiene análogos móviles, en Gran Bre-

taña, en Francia, en Rusia, en Alemania, en Italia. La voluntad de acre-

centar el prestigio del Estado y de asegurar sus intereses estratégicos, el deseo de cumplir una «misión» aportando a las poblaciones de Asia y de África la cultura europea, son factores que los «campeones» de ese imperialismo invocan con la misma fuerza que las necesidades económicas.

Esta expansión, en su forma colonial, ya había establecido el dominio Político de los europeos en casi toda África, en toda Oceanía y en la mayor parte de Asia. Una vez acabado más o menos «el reparto del mundo», la expansión continúa de otro modo: estableciendo «zonas de influencia». Pero sus objetivos y características en un caso y otro tienen rasgos comunes.

I. LA EXPANSIÓN ECONÓMICA Y FINANCIERA ² Europa, en ese momento, necesita encontrar salidas para el excedente de su producción industrial, sobre todo para sus productos textiles y me-

talúrgicos. Necesita abastecerse de aquellas materias primas y productos alimenticios que su subsuelo y su suelo no le están dando o le dan en

² Obras de consulta-Además de la obra de Kúske, ya mencionada, deben consultarse las historias generales de la vida económica, sobre todo la de Luzatto, Storia economica d'e-

lla eta moderna e contemporanea (Padua, 1958, in-S', le tome 111).-Sobre los medios de transporte: Sax, Die Verkehrsmittel (Berlín, 1920, 3 vol. in-So); Nogaró et Qualid, L'évolution du commerce, du crédit et des transports depuis cent cinquante ans (París, 1914, in-8'); Ed. Pratt, The rise of rail power, 1833-1914 (Londres, 1915, in-S')-Sobre el movimiento internacional de las capitales: consúltese H. Feis, Europe, the worlds banker, 1817-1914 (New York, 1932, in-8', essentiel); F. M. Halsey Investments in Latin America (Washington, 1918, in-8'), publicación del «Departament of Commerce@»; C. Remer, Foreign invest-

ments in China (New York, 1931, in-S,); Rournanis, La dette ottomane (París, 1927, in~S'); Vagts, Europa, México und America (Berlín, 1930, in~8.'.). El libro de G. Fester, Die Türkische Bergbautatistik (Berlín, 1918, in-80), ofrece una lista de las concesiones mineras en el Imperio otomano.-Sobre la política comercial: O. jáhlinguer, Die Koloniale Handelspolitik der Weltmächte (Berlín, 1914, in-8'); Para los datos estadísticos se puede utilizar Zuc-

- lo -

La expansión económica y financiera

idades insuficientes. Así pues, es indispensable que haga un esfuerzo cant' constante para extender sus relaciones comerciales con los demás continentes.

El desarrollo de las exportaciones puede llevarse a cabo, indudablemente a través de los procedimientos normales del comercio. Pero los productos europeos no se conforman con enviar viajeros de comercio, ni con crear almacenes o depósitos; lo que quieren es asegurarse una serie de facilidades suplementarias en las regiones del mundo que presenten mayor interés para su actividad económica.

Con el fin de garantizar la seguridad necesaria para las transacciones comerciales, a aquéllos de entre sus nacionales que van a establecerse en los países «nuevos», las potencias europeas se preocupan de que los Estados no europeos delimiten un estatuto favorable a la actividad de sus súbditos. Este estatuto se suele fijar a través de acuerdos bilaterales, fundados en régimen de reciprocidad, o bien a través de trabajos que ofrecen garantías totalmente favorables a los europeos. En los Estados de América latina, los «tratados de fijación de residencia» son los que definen los derechos de los súbditos alemanes, ingleses o franceses: autorización para comprar tierras, libertad de comercio sin cargas tributarias superiores a las de los ciudadanos del Estado americano, libre ejercicio del culto. Pero en los Estados asiáticos, los gobiernos europeos han impuesto la existencia de un régimen de extraterritorialidad que otorga a los extranjeros afincados en el país, una situación especial, en relación al derecho común local. Tras haber estado sometido a ese régimen desde 1858, Japón consigue liberarse en 1894; pero China, Siam, Persia y el Imperio otomano todavía están sujetos a él en ese momento.

En el Imperio otomano, el régimen de las « capitulaciones » , que se remonta en sus orígenes al siglo XVI, continúa haciendo sus efectos, pese a los esfuerzos de la Puerta por conseguir su abolición. Los europeos tienen libertad de comercio y, en algunos casos se benefician de una exención de impuestos; tienen derecho a ejercer libremente su culto; poseen, en definitiva, una inmunidad en lo referente a las jurisdicciones: los asuntos civiles y criminales entre europeos se sustraen a la competencia de los tribunales otomanos y son juzgados por cónsules europeos; en los asuntos entre europeos y súbditos otomanos, serán los tribunales turcos quienes se encarguen de hacer justicia, pero en presencia, y de hecho, bajo el control de un intérprete de la embajada.

En el Imperio chino, en virtud de unos tratados pactados a mediados del siglo xix, pero confirmados y completados en 1901, los europeos disfrutaban de privilegios más amplios todavía. No sólo tienen derecho a

W. K. Mann, *statistischer Atlas zum Welthandel* (Berlín, 1921, 2 vol. in-8); y el *Memorandum „r la production et le commerce 1913 y 1923-27*, publicado por la Sociedad de Naciones (Ginebra in-4.). *L'histoire des relations internationales*, ya citada, ofrece en su tomo VI. un *ga=* de la expansión europea en 1914. (Ed. española, P. Renouvin, *Historia de las relaciones internacionales*, Akal, 1982).

Europa en el mundo a principios del siglo XX

comerciar y a fijar su residencia en cualquier parte del Imperio, a COM-

prar o a construir casas, a establecer factorías, sino que además poseen en algunas de las grandes ciudades, barrios enteros que están reservados para ellos y supeditados a su administración: en estas «concesiones» el gobierno chino ya no puede ejercer su poder policial, ni siquiera sobre los mismos chinos que tengan su residencia o su refugio en dichos barrios. Por otra parte., la inmunidad de jurisdicción otorgada a los eu-

ropeos es más amplia que en el Imperio otomano: todo asunto civil o criminal en el que el europeo es demandado o inculpado, se juzga a

través de tribunales consulares sin que pueda aplicarse la legislación china. Con este sistema de garantías, los comerciantes europeos tienen a su disposición unos medios muy apreciables para la defensa de sus intereses.

Con el fin de garantizar para los productos de su industria el acceso

a los mercados situados en los demás continentes, las potencias europeas negocian tratados de comercio, claro está; pero en Asia, habían conse-

guido imponer, desde hace mucho, un régimen unilateral que obliga a

los Estados a limitar los derechos de aduana que se perciben por las mer-

cancías extranjeras importadas. Japón se había ido liberando poco a poco

de estas trabas; sin embargo, no recuperará su total autonomía arance-

laria hasta 1911. China, en virtud del tratado de Nankín, no puede gravar a los productos extranjeros con un impuesto que vaya más allá del

5 % ad valorem, y esta estipulación fue confirmada por el tratado de 1901 como consecuencia de la guerra de los Boxers. En el Imperio oto-

mano, la tasa de derechos arancelarios queda fijada en un 8 %; habrá que esperar a 1911 para que las potencias autoricen un recargo del 3 %. Es-

tos Estados no pueden limitar así la importación de los productos extranjeros.

En las exportaciones de los grandes Estados industriales europeos,

los mercados exteriores ocupan un lugar cada vez más importante. En Gran Bretaña, el valor global de las exportaciones se duplica entre 1870

y 1910; ahora bien, las exportaciones con destino a China se han triplicado, con destino a la India, cuadruplicado, y con destino a la República Argentina y al Japón han aumentado diez veces. En Alemania la cifra global de las exportaciones aumenta en un 170 % entre 1897 y 1913; pero el aumento es del 400 % para las exportaciones hacia China, del 300 al 400 % para las exportaciones hacia los países sudamericanos. América

del Sur compra a los grandes Estados industriales de Europa (Alemania, Gran Bretaña, Francia, Bélgica) el 61 % de sus importaciones, África el 72 %, la India el 80 %.

Las importaciones de materias primas y de productos alimenticios procedentes de países no europeos representan, en Gran Bretaña alrededor del 50 % del total de las importaciones; en Francia y en Alemania,

el 40 % aproximadamente. Los europeos no se limitan a comprar los productos disponibles, sino que organizan por su cuenta la explotación de los recursos del suelo y del subsuelo. Esta explotación es el objetivo con-

- 12 -

La expansión económica y financiera

creto de las empresas coloniales, y a todos los Estados colonizadores, les tocará resolver los mismos problemas -reparto de la tierra entre colonos europeos e indígenas, contratación de mano de obra, organización de las prospecciones mineras- En los Estados independientes -al me-

nos en aquéllos en que la población, a falta de conocimientos técnicos, o de espíritu de iniciativa y de capitales, no son capaces de hacer el esfuerzo de organización necesario para sacar partido de sus recursos también son los europeos quienes orientan la actividad económica, obteniendo de los diferentes gobiernos, la firma de contratos de concesiones, que les permitirá explotar las minas de

China, América latina y el Imperio otomano.

Desde 1897, el gobierno chino tenía concertados unos acuerdos con las sociedades europeas para la explotación de los yacimientos de carbón y hierro en la región de Ho-nan. En 1896 y 1897, Rusia y Alemania obtuvieron el monopolio de las concesiones mineras en Manchuria y el Chan-toung respectivamente; en 1902, el «sindicato» anglo-francés del Yu-rian consigue atribuirse el derecho a prospectar y explotar los yacimientos de cobre en esa provincia. El gobierno otomano, en Asia Menor, otorga la -concesión de las minas de carbón y de los yacimientos de zinc o de plomo a sociedades inglesas, francesas y alemanas: en 1903, la compañía alemana de ferrocarril de Bagdad, obtiene el derecho de explotación sobre las minas que pueda descubrir en una zona de veinte kilómetros a la redonda con respecto a la vía. En los yacimientos de nitrato de Chile, las sociedades extranjeras, que salvo alguna que otra, son todas europeas, controlan el 60 % de la producción. En Méjico, aprovechando una ley que otorga al propietario del suelo el derecho a explotar el subsuelo, será Pearson, importante hombre de negocios quien intente controlar los yacimientos de petróleo, suplantando así a los rivales procedentes de los Estados Unidos. En Persia, donde el sha concedió en 1889, el monopolio de la explotación minera a un inglés, el barón de Reuter, comienzan a descubrirse yacimientos de petróleo, lo cual excita la codicia-rival de rusos e ingleses. Por todos lados, los técnicos europeos son quienes ocupan la postura dominante en la explotación económica de estas regiones.

En semejante expansión económica, el desarrollo de los medios de transporte -puertos y ferrocarriles- desempeña un papel importantísimo. Gracias al ferrocarril las mercancías europeas pueden penetrar abundantemente en los países «nuevos» y los productos agrícolas y de explotación minera, ser transportados a Europa por barco. Los grupos financieros persiguen con avidez los contratos de concesión de ferrocarril. Desde 1896, rusos, franceses, ingleses y alemanes trabajan en China, donde las sociedades europeas son propietarias de las dos terceras partes de la red de ferrocarriles y explotan la parte restante por cuenta del gobierno chino. El equipamiento ferroviario de América del Sur es casi exclusivamente obra de los europeos: en Argentina, la totalidad de las líneas más importantes han sido concedidas a compañías inglesas, que emplean

Europa en el mundo a principios de; siglo XX

carbón inglés, material inglés; en Brasil casi toda la red pertenece a so-

ciudades inglesas, belgas y francesas. Chile es el único Estado que sigue siendo propietario de sus vías férreas; no obstante emplea a técnicos extranjeros para construirlas. En el Imperio otomano, Alemania es la que se lleva la mejor parte con la concesión de la Bagdadbal---in. De esta situa-

ción los europeos sacan ventajas considerables, no sólo por los beneficios que van acumulando las sociedades, sino porque la industria es la

que provee de material: en China el 50 % del capital invertido en las vías

de ferrocarril, se emplea para comprar en Europa el material necesario

para su construcción y explotación; en América del Sur, Inglaterra ven-

de cada año 75 millones de toneladas de carbón para las necesidades del

tráfico ferroviario. Además, esas compañías de ferrocarril, en muchos casos establecen libremente las tarifas de transporte, como ocurría en China durante los primeros años de la explotación de la red, y también en

Argentina. Es inútil recalcar qué medios de acción poseen estas sociedades de los «países nuevos», donde la vía del ferrocarril puede convertirse

en centro de una «zona de influencia».

Para fundar casas de comercio, empresas mineras ,industriales o agrícolas, para construir las vías de ferrocarril -y también para acceder a

los préstamos emitidos por los gobiernos de los <@países nuevos> los eu-

ropeos exportan capitales a los demás continentes. Las inversiones efec~ tuadas en los grandes Estados de Europa occidental y central han dejado de proporcionar una remuneración lo suficientemente venta) .osa; por eso

los capitalistas buscan una tasa de interés más elevada fuera de Europa. En Gran Bretafia, en Francia, y en menor medida, en la Alemania de en-

tonces, están las grandes «reservas» de capitales. En Gran Bretaña, -donde reside la mayor fuerza financiera del mundo y donde la mitad de la reserva anual se dedica a las inversiones en el extran)ero- los grandes bancos de crédito como el Imperial Bank of India, el Hong-Kong and Sharigh;Ú Bank, el Anglo Egyptian Bank y el South African Chartered Company, orientan los capitales hacia Asia y África. En el período comprendido entre los años 1904 y 1909, la media anual de las inversiones en el extranjero es de 109 millones de libras y casi todos estos capitales van destinados hacia fuera de Europa. En 1913, sobre un total de cerca de 4 mil millones de libras, apenas, 218 millones serán invertidos en Europa, mientras que América del Sur absorberá 756 millones, y el Imperio británico 1780 millones. El carácter de las inversiones francesas es no-

toriamente distinto: se efectúan sobre todo en Europa. Sin embargo, en

los p 1

rimeros años del siglo XX, los capitalistas mantienen un creciente interés por las empresas coloniales del Imperio francés, por las empresas ferroviarias y mineras de América latina y África del Sur y por la dotación económica de Egipto. Por encima de sus propias colonias, a los grandes bancos alemanes les interesa mucho más el Imperio otomano, sobre todo desde que se efectuó la concesión de la Bagdadbalin, así como la provincia china del Chan-toung y algunos Estados sudamericanos (Chile, Venezuela). En total, las inversiones inglesas, francesas y alemanas fue-

- 14 -

La expansión humana

1 'liones de francos, patrón oro, ra de Europa alcanzan en 1914 los 125 in*; mi como mínimo, y quizá lleguen hasta los 160 mil millones.

Esta expansión financiera favorece la exportación de mercancías europeas al tiempo que facilita las importaciones destinadas a Europa, pues

1 1 1 1 1 las los ingresos de esas inversiones van a permitir la adquisición de materi primas y prod úctos alimenticios en mayores cantidades; finalmente los países prestamistas disponen así de unos medios para presionar a los go-

gobiernos de los «países nuevos»: las grandes potencias europeas intervienen para proteger los intereses de sus capitalistas y pueden aprovechar la ocasión para establecer su influencia política. Existe un tipo de diplomacia económica y financiera cuyo papel en la política de expansión de los Estados europeos va siendo cada vez más importante.

LA EXPANSIÓN HUMANA'

Europa no sólo es el centro hacia el que convergen las corrientes comerciales y gran depósito de capitales. Es también un inmenso foco de emigración. Evidentemente, el rápido aumento de la población (400 millones hacia el año 1900; 452 millones en 1914), es la causa principal de este movimiento masivo. En las regiones agrícolas de Europa, escasean las tierras para la población campesina, que al expatriarse intentará acceder a un nivel de vida más elevado. La facilidad de los viajes transoceánicos y lo poco que cuestan los pasajes, incitan a este campesinado al exilio. Los países industrializados suministran un cupo mucho más escaso, formado por obreros cualificados o técnicos que esperan encontrar fuera de Europa un empleo que se adapte a sus capacidades.

El noroeste de Europa, que hasta 1885 había sido el principal exponente de esta corriente, todavía cuenta con un cupo de 500.000 personas que cada año tiene que salir del Reino Unido; los campesinos irlandeses e incluso los escoceses representan un importante efectivo de exiliados. En comparación con esto, Alemania apenas tiene ya emigrantes (una media de 25.000 por año), porque la industrialización absorbe sin dificultad la mano de obra disponible, y en Francia, a causa de su situación demográfica, también ha dejado de producirse este fenómeno. En Escandinavia, donde los campesinos apenas emigran, los obreros se van con mucha facilidad a los Estados Unidos en busca de un salario superior. Pero la gran ola de emigrantes de esa época viene de la Europa oriental y meridional. Desde Rusia, los judíos, los polacos y los lituanos se dirigen al

·Obras de consulta.-E. Gonnard, *EssaisurNistoire de Pémigration* (París, 1907, in-12; 2ªedic., 1927); W. Wilcox, *International migrations* (New York, 1929-1931), (2 vol. in-8') MUY importante; los *Documents préparatol.res*, compendio reunido con vistas a la conferen cia internacional de la emigración (Roma, 1924, in-4')-Sobre las cuestiones demográficas en general: M. Reinhard y André Armengaud, *Histoire générale de la population mondiale* (París, 1968, m-8-),

Europa en el mundo a principios del siglo XX

continente americano, mientras que los campesinos rusos propiamente dichos prefieren ir a los territorios asiáticos del Imperio. Del imperio au-

tro-liúngaro salen los campesinos checos y eslovacos, así como los magiares, rutenos y polacos; de España, los campesinos del Norte. Italia,

cuya población en pleno crecimiento, lleva una vida a menudo miserable, es el país que arroja el mayor índice de emigrantes: una media de

más de 700.000 personas por año a partir de 1905, de las cuales, la mi-

tad, proceden de las regiones pobres del sur de la península.

En total, el número anual de emigrantes europeos que por el año 1900

era de 800.000, en 1905 alcanza 1.200.000 y se eleva a 1.350.000 en 1913. De 1900 a 1914, son casi veinte Millones de hombres los que abandonan Europa '. Es cierto que no todos se van sin proyectos de retorno; los emigrantes italianos suelen ser temporales, mientras que los esclavos 1 son

por lo general emigrantes definitivos. ¿Cuál es la importancia numerica

de las repatriaciones? Los estadistas estiman que, en los primeros años

del siglo XX, el número de los que regresan representa más o menos la

cuarta parte de los que se fueron; así pues resulta posible evaluar de forma aproximada el traslado de poblaciones europeas hacia otros continentes en once o doce millones de hombres; todo ello en cuestión de catorce

años. Un estadista suizo señala que, al lado de este «formidable» movi-

miento, las «grandes Írivasiones» del siglo V resultan un llego de niños.

¿Adónde se dirige esta gran corriente migratoria@ Evidentemente hacia aquellas regiones del mundo en donde el europeo pueda encontrar tierras vacantes y condiciones climáticas que le permitan trabajar con sus

manos. Ahora bien, en África tropical y ecuatorial, en la India e Indias

holandesas y en el sur de China, el europeo sólo puede desempeñar un

papel de «dirigente»; en Japón o en el norte de China, donde el clima le sería más favorable, las tierras cultivables están ya superpobladas. Así

pues, queda el continente americano cuya densidad de población es re-

lativamente baja, hay zonas climáticas relativamente templadas; hacia este

continente sobre todo, desembarcará la oleada: el 90 % de los emigrantes que abandonan Europa van a América, bien sea a Estados Unidos (es el punto de destino de la mayoría de ellos), bien sea a Canadá, Argentina o a la parte meridional de Brasil. Entre 1900 y 1913, los Estados Unidos reciben a trece millones de emigrantes, que en sus tres cuartas partes son originarios de la Europa meridional y oriental y de ellos al menos ocho millones se quedarán allí definitivamente. Canadá acogerá, en diez años,

a dos millones y medio de europeos, entre los cuales los esclavos ocupan un lugar cada vez más importante. En el mismo lapso de tiempo, Argentina registra la entrada de 2.400.000 europeos (italianos y españoles en

su mayor parte), pero apenas se quedan la mitad, pues los italianos practican la emigración temporal. En Brasil la afluencia es menos importante, pero sigue siendo la mano de obra italiana, española y portuguesa la

según willCOX, t. 1, P. 230: 19.730.000.

La expansión humana

que puebla las plantaciones de café del Estado de Sao Paulo, mientras que, en el Estado de Río Grande del Sul, subsiste una colonización campesina de origen alemán.

En los demás continentes, la corriente migratoria es relativamente secundaria. Sin embargo los europeos -casi exclusivamente ingleses e irlandeses- son los que vienen a poblar Australia y Nueva Zelanda, en

donde los gobiernos se dedican a obstaculizar la inmigración procedente de Asia. Después de 1905, la emigración rusa con destino a Siberia llega a las 700.000 personas por año. En África del Sur, donde los inmigrantes afluyeron, durante algún tiempo, hacia las minas del Transvaal y de Orange, la corriente va disminuyendo: de 75.000 por año en 1895, la

cifra se reduce a 14.000 en 1913. En Túnez, Argelia y Egipto, las estadísticas sólo indican efectivos muy modestos.

Los Estados europeos no ponen obstáculos a este éxodo. Al gobierno ruso, probablemente no le incomoda quitarse de encima a la parte más mísera de la población judía. En Austria, la emigración es libre, ex-

cepto para los varones con obligaciones militares, que tienen que pedir una autorización; en Hungría, el emigrante debe solicitar un pasaporte; pero en ambos casos, la emigración clandestina se practica ampliamente. La legislación italiana prevé tan sólo un control sobre los que contratan y transportan a emigrantes, y esto con un objetivo humanitario. En el fondo, los gobiernos consideran que estas salidas de gente no debilitan al país, e incluso que son ventajosas desde el punto de vista político y social: la población rural que emigra es muy pobre, lo que equivale a decir que está descontenta: ¿por qué no dejar que esos descontentos busquen su vida en otra parte? La emigración es un «exutorio» una «válvula de seguridad»; puede evitar problemas.

En la vida económica del mundo, este movimiento de masa favorece la preponderancia de Europa, pues gracias a la población europea, los Estados Unidos, Canadá, América del Sur y Australia desarrollan con más rapidez la explotación de su suelo y su subsuelo y Europa que necesita materias primas y productos alimenticios sale ganando con esta situación. En algunas regiones, el emigrante también puede favorecer el desarrollo del comercio europeo de exportación, aunque esto no sucede cuando está en un país de gran industria, como los Estados Unidos; pero en los territorios africanos. El ejemplo de los colonos europeos incita a los indígenas a comprar objetos manufacturados; en América del Sur, los europeos encargan muy a menudo la ropa y los utensilios domésticos a sus países de origen. Todo ello favorece a la industria europea. Finalmente, aunque en contadas ocasiones, el emigrante contribuye a extender las ideas, los conceptos políticos y sociales de Europa. Probablemente la masa de desarraigados es demasiado pobre y se

encuentra desprotegida. Desde el punto de vista de la más elemental cultura como para estar en condiciones de influir. Pero los intelectuales y los técnicos pueden ejercer una acción importante, sobre todo en aquellas regiones del mundo donde el europeo desempeña un papel de «dirigente».

Europa en el mundo a principios de siglo XX

III. LA EXPANSIÓN DE LAS IDEAS POLÍTICAS'

A principios del siglo XX, Europa es el centro principal del liberalismo político. El régimen representativo, la libertad de prensa y la garantía de los derechos del individuo, que en 1904 se inscriben en las instituciones de todos los Estados, excepto en Rusia y en el Imperio otomano,

se consideran como condición de progreso e incluso como síntoma de civilización. La mayoría de europeos, está lo bastante convencida de la superioridad de esas instituciones como para desear darlas a conocer a los pueblos de los demás continentes. Si bien es cierto que los Estados Unidos nada tienen que aprender en este ámbito, también lo es

que, la influencia de las ideas y de las formas políticas europeas se ejercerá, bajo formas diversas, en extensas regiones del mundo: Canadá, Australia, Nueva Zelanda, países de población «blanca» y colonias británicas, adoptaron de la manera más espontánea las instituciones de su respectiva metrópoli. Los Estados de América del Sur, desde el momento de su independencia, copiaron de Europa los principios de su régimen político. Japón, para mantener su prestigio en el mundo, adoptó, en 1863 un régimen constitucional. Ahora es cuando en China, en Persia y en el Imperio otomano comienza a extenderse la influencia de las ideas políticas europeas

6

¿En qué medida se ejerce esta difusión? Las condiciones serán distintas según el medio social y la mentalidad de las poblaciones, pero hay

que reconocer que en casi ningún país llegaron los pueblos a hacer verdaderamente suyas las instituciones europeas.

En los Estados de América latina, los principios de la Revolución Francesa y la Declaración de los derechos humanos, son los que inspiran a los redactores de las constituciones. En un principio, esos textos imitaban las instituciones francesas e inglesas, pero, en todos los Estados, excepto en Uruguay, se hicieron muchas revisiones constitucionales (dieciséis en Haití, siete en Ecuador, ocho en Venezuela, tres en Perú y en Chile). En medio de estas sucesivas transformaciones, las «Declaraciones de los derechos» no fueron modificadas: siguen afirmando el respeto de las libertades individuales, de la libertad de asociación y de la libertad de prensa; proclaman la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y ante

la obligatoriedad del impuesto, así como la necesidad del régimen representativo; pero las instituciones se han ido transformando con mayor o menor profundidad, inspirándose en el ejemplo de los Estados Unidos.

5 El tema no ha sido estudiado de forma conjunta. Hay que atenerse a datos sueltos. Sobre América Latina: véase Jarnes Bryce *South America* (Londres, 1912, in-8°); F. García Calderón, *Les démocraties latines d'Amérique* (París, 1914, in-12); sobre el Japón: el príncipe Ito, *Commentaires on the constitution of Japan* (Tokio 1891, in-So).-sobre China: Hsü, *Sun Yat-sen. His political and social ideas* (New York, 1937, in-So); Linebarger, *Political doctrines of Sun-Yat-Sen*. (New York, 1937, in-S°); sobre Persia: Siassi, *La Perse au contact de l'Occident. Étude historique et Sociale* (París, 1931, in-So).

Véase el cap. 111.

18 -

La expansión de las ideas políticas

Los Estados más grandes adoptan el sistema federal, la elección del presidente de la República por la nación y abandonan el régimen parlamentario. Así pues, la «república presidencial» se ha convertido en el sistema más extendido. Chile es el único Estado que sigue conservando el principio de responsabilidad de los ministros ante el Parlamento; Colorribí Perú y

1 1 1 1

1 1 1 1

Uruguay son los únicos que dejan en manos del Parlamento la designación del presidente de la República. La influencia de las ideas políticas de Europa occidental está pues en franca decadencia. Pero lo que ocurre ante todo, es que estas repúblicas sudamericanas practican el liberalismo político sólo de boquilla. A los políticos les traen sin cuidado los estatutos constitucionales. Clemenceau, después de una visita a Brasil en 1900, se da cuenta de que «la autoridad de la constitución es puramente teórica», y la investigación del inglés James Bryce pone de manifiesto que, en esos países, la noción de un gobierno fundado en la voluntad de los ciudadanos sobrepasa el «concepto simplista» de las poblaciones. Los Estados sudamericanos han querido imitar las instituciones liberales; pero no han hecho más que una caricatura de ellas.

En los Estados de Extremo - Oriente, la influencia de las ideas políticas europeas tropieza con la diferencia profunda de las mentalidades, de los conceptos sobre la vida y el mundo. Es cierto que algunos intelectuales, creen oportuno imitar las formas políticas de los Estados «occidentales», ya que reconocen la superioridad del europeo en cuestiones técnicas y administrativas. Pero se trata de una imitación superficial. Los mismos promotores de las reformas no están convencidos del todo. Cuando el príncipe Ito redactó la constitución japonesa de 1889 ¿no subrayó en sus «comentarios», que el nuevo régimen no deberá atentar contra el «poder soberano» del emperador? ¿y no se esforzó en mostrar hasta que punto los conceptos de los reformadores japoneses seguían siendo distintos a los de los teóricos del derecho público europeo? Por otro lado, Sun Yat-sen, que a partir de 1905 se convertirá en jefe del partido revolucionario en China, tomó contacto, durante las temporadas que pasó en Londres, con la literatura política de Occidente y estudió los métodos europeos de organización política. Es conocedor de Montesquieu como lo es de Bakunin y de Marx. Para preparar la transformación del imperio chino desde el punto de vista económico y para salvaguardar la independencia de su país, quiere reformar la administración china, con el modelo de las instituciones administrativas de Europa, las únicas que son «eficaces»; y esta reforma supone, según dice, una revolución política, que establecerá «la democracia», es decir (según la definición de Sun) la elección de los gobernantes por el pueblo. Pero ¿tiene la intención, por eso, de transponer a China los principios del derecho público europeo? Es consciente de que China no puede copiar los sistemas políticos de Occidente, y lo comprenderá mejor a medida que experimente su condición de jefe de partido.

Finalmente, en los Estados de religión islámica, no es que sea más sencillo, conseguir que penetren en la realidad de la vida política las ideas

Europa en el mundo a principios del siglo XX

liberales y democráticas. Pese a que los «Jóvenes Turcos» que viven ex-

liados en París o en Londres, condenen la dictadura del Sultán Abk-ulHarnid y opongán a su sistema despótico Y Policial el ideal de los pue-

blos occidentales, en el fondo, siguen apegados a un tégimen autoritario. Los estudiantes irames que vienen a Europa o que asisten a los estable-

1 iones ya han tomado contacto con las ideas cimientos escolares de las Misi esquicu, Rousseau se traducen al perfrancesas e inglesas. Voltair el Mont, sa, y el antiguo ministro del sha en Londres, Mirza Malkam, redacta un

periódico -La Lo;- que empieza a divulgar las ideas políticas de Gran Bre 1taña. Pero los doctores musulmanes temen las innovaciones. ¿Se pueden permitir el lujo de ver cómo una asamblea elegida contradice, en vir-

tud de su legislación, @<Los santos; principios del islamismo»?

En resumen, la expansión de las ideas liberales. tiene más de aparien-

isti ideas sufren cla que de realidad; transportadas a países tan di ntos, esas 1

una deformación y a veces pueden llegar a desvirtuarse. Sin embargo, no

i lo que poseen las instituciones políticas de está de más advertir el prestigí - 1 1 Europa: es uno de los elementos que contribuyen a que el «viejo conti-

nente» siga ejerciendo su influencia.

IV. LA EXPANSIÓN RELIGIOSA 7

La Europa cristiana no repara en esfuerzos para propagar sus con-

ceptos religiosos. El apostolado de las Misiones católicas, protestantes e

incluso ortodoxas procede del sentimiento de un deber que cumplir frente a las poblaciones que todavía no han recibido «La buena nueva». Pero

la actividad de las Misiones no sólo tiene una importancia de tipo religioso, pues el sistema de creencias conlleva una determinada visión mo-

ral, de las relaciones sociales y de los destinos del mundo. El misionero,

a la vez que procura difundir la doctrina, está propagando un modo de

civilización, «la civilización europea», que es de esencia cristiana.

Los 16.000 misioneros católicos que durante los primeros años del si-

glo XX, prosiguen con su apostolado fuera de Europa, están incorpora-

iridos por la Insti Íón para dos en las «vicarías» y «prefecturas» y di g ituci la propagación de la fe. Los 8.000 misioneros protestantes trabajan en for-

mación abierta, impulsados por un centenar de sociedades, de las cuales, las más poderosas están en Inglaterra (London Missionary Society,

- e la conversión chez les peuples non

1 Obras de consulta-Raoul Allier, La psychologie d

civilisés (París, 1929, 2 vol. m~8)-Sobre las misiones católicas: Mgr Beaupin, Les missions

(París, 1935, in-12); P. Lesourd, *Petite histoire des missions catholiques* (París, 1936, in-12); barón Descamps, *Histoire générale comparée des missions* (París el Bruxelles, 1932, in-8'); J. Schmidlin, *Katholische Missionsgeschichte* (Stuttgart, 1924, in-8); M. Pernot, *Le Saint-Siège et la politique internationale* (París' 1924, in-12).-Sobre las misiones protestantes: el magnífico artículo de Warneck en la *Realencyclopädie für Theologie*, t. XIII, refleja la si-

tuación del problema poco antes de 1914. Pero véase sobre todo K. Latourette, *A history of the expansion of christianity* (Londres, 1942-43, 5 vol., in-So, el tomo IV).

_ 20 -

La expansión religiosa

Church Missionary Society), en Alemania (Mission rhénane) y en Suiza (Basler-Missionsgesellschaft). A pesar de la diferencia de métodos, todos persiguen el mismo objetivo: inculcar la fe a un ser humano, cuya men-

talidad y modo de razonar son distintos de los del hombre europeo, y para ello despertar en él ideas nuevas, sentimientos nuevos, lo que equivale a un cambio de toda la orientación de su comportamiento, pues la organización de la familia, las formas sociales y políticas, a menudo in-

cluso los ritos de la actividad material experimenta la influencia de las concepciones religiosas. La conversión supone una «revolución» espiritual y moral, pero esta obra que tiende a transformar al individuo, no es

el único aspecto de la actividad misionera. Convencido de que la civilización cristiana es superior a las civilizaciones de Asia, Africa u Oceanía -tanto desde el punto de vista de la moral y de la justicia como desde una perspectiva que atañe a la seguridad de las personas-, el misionero procura mejorar la vida del indígena; a ello le lleva por un lado un sentimiento humanitario, por otro la esperanza de que ese esfuerzo facilite las conversiones. Las obras de caridad y de enseñanza primaria o técnica suelen ser el modo de entrar en contacto con las poblaciones que se

muestran refractarias a la predicación directa y de crear vínculos amistosos, así también se va formando una «élite» indígena que en su día podrá constituir los mandos de la sociedad local y que será un medio favorable para el futuro apostolado. Finalmente, el misionero, a la vez que apóstol, sirve a menudo de auxiliar eficaz para la colonización, pues tie-

ne presentes los intereses de la nación a la que pertenece.

Con todo, el éxito de la actividad religiosa está repartido de forma desigual. En el África negra y en Oceanía, con poblaciones animistas o fetichistas, las misiones católicas y protestantes obtienen los resultados más favorables. Los Maristas, los Picpusianos y los Capuchinos que habían evangelizado desde mediados del siglo XIX las islas Marquesas y Nueva Caledonia, desarrollan su actividad en las Hébridas, donde la Santa Sede crea en 1904 una vicaría apostólica, y en las islas Marianas, que se convierten en «prefectura apostólica» en 1907. Las misiones protestantes inglesas son muy activas en Nueva Guinea y en los archipiélagos de las islas Samoa y Tonga. En Madagascar, los apostolados rivales de protesta ínter y católicos han evangelizado la mayor parte del país. En pleno Continente africano, los Padres del Espíritu Santo y las Misiones africanas de Lyon, evangelizan la región occidental y la cuenca del Congo, los Jesuitas, la región de Zambia y el Congo Belga, los Padres del Sagrado Corazón (alemanes), el Camerún y el Suroeste africano, mientras que los Padres Blancos actúan en la región comprendida entre el lago de Tanganika y el Oubangui. Las misiones protestantes realizan su principal esfuerzo en África del Sur, Uganda y Nigeria. En 1913, las misiones católicas evaluarán el número de sus fieles en dos millones sólo en el África negra, y los protestantes en un millón seiscientos mil.

En los países de Extremo-Oriente, es más grande la resistencia hacia la obra Misionera, ya que el culto a los antepasados desempeña un papel

Europa en el mundo a principios del siglo XX preponderante en la vida religiosa. El esfuerzo de las Misiones cristianas

(católicas, protestantes y ortodoxas) en Japón, a pesar de que pudo desarrollarse libremente desde 1889, apenas convirtió a gente de clase mo-

desta, y además en pequeñas cantidades: ciento sesenta mil personas en total -en un Estado de cincuenta millones de habitantes- En China, las misiones católicas, que estaban bajo el «protectorado» de Francia, y las misiones protestantes inglesas, suplantadas desde el año 1900 por una

poderosa organización americana (China Inland Mission), padecieron mucho en la guerra de los Boxers, durante la cual ciento setenta misio-

neros en su mayoría protestantes, y casi dos mil cristianos chinos fueron exterminados; sin embargo, estas misiones volvieron a desarrollar toda su actividad. Pero en 1907, el número de chinos convertidos al catolicis-

mentos cu Í1 y las misiones protestantes mo no supera los setenci atenta mi ‘

no cuentan con más de cuatrocientos veinte mil fieles. En base a una po-

blación global del orden de los trescientos cincuenta millones, sólo algo más de un millón ha seguido la llamada del cristianismo. Los esfuerzos

de católicos y protestantes en la India, tropiezan con dificultades espe-

ciales, porque el cristianismo tiende a destruir el sistema de las «castas»,

de modo que, no consiguieron convertir más que a una centésima parte de la población. La penetración del cristianismo es difícil sobre todo en

los países del Islam. Las misiones no parecen haber obtenido resultados tangibles con los musulmanes de la India o del Turkestán. Todavía se es-

forzaron más en Persia, terreno de los Lazaristas y de la London Mis-

sionary Society, pero sin éxitos apreciables: diez mil católicos hacia 1900

y quizá treinta mil protestantes. Las misiones protestantes consiguieron resultados algo más importantes en las Indias neerlandesas, pero el nú-

mero de sus fieles apenas supera los cuatrocientos mil sobre una población de sesenta millones. La situación es diferente en el Imperio otoma-

no, donde el Islam se ha superpuesto a religiones que no ha destruido y las misiones católicas, protegidas por las «capitulaciones», actúan desde

hace tres siglos. Los jesuitas en Siria y los Dominicos en Palestina y Mesopotamia obtuvieron resultados importantes. No obstante, los círculos musulmanes apenas fueron tocados. La principal finalidad de la activi-

dad misionera ha sido traer de nuevo a la Iglesia católica a una parte de

los cismáticos. En cuanto a las misiones protestantes, cuya actividad aún

estaba reciente, trabajaron sobre todo con los armenios ,convirtiendo a

unos cuarenta mil. En las poblaciones musulmanas de Africa, los «pe-

queños islotes católicos, árabes o bereberes, resultado de la gran paciencia del cardenal Lavignerie y de sus Padres blancos, están completamente perdidos en la totalidad», apenas cuentan con unos miles de bautizados; y la Church Missionary Society, que intentó evangelizar a las poblaciones islamizadas del Sudán y de África oriental no se llevó más que desengaños.

Pese a una larga lista de esfuerzos, de abnegaciones y de sacrificios, la obra de la conversión sólo obtuvo unos

resultados limitados. En la ma-

yoría de casos, a la masa indígena todavía no le ha hecho «mella» el cris-

- 22 -

La expansión intelectual

tatismo de un modo serio. Pero no hay que medir la obra de las Misiones sólo por sus resultados religiosos. Cualquiera que sea el lugar en

donde haya unos pocos cristianos indígenas, la presencia de los misioneros favorece la penetración de las influencias europeas, facilita el con-

tacto entre la administración y los indígenas, en las colonias: hay que evi-

tar, escribe Barrés, que los hombres de color «conozcan a los blancos sólo a través de los administradores, a quienes tienen que obedecer, y de los comerciantes o colonos que tan a menudo caen en la extremada preocupación por sus propios intereses». La obra de las Misiones ayuda a mo-

dificar el núcleo familiar, a luchar contra las «plagas sociales», a combatir las enfermedades epidémicas. Finalmente prepara, por ejemplo, en

China, el éxito de las empresas comerciales: las misiones protestantes se

1 1 1 ier sitúan a menudo en la «vanguard*a» de la penetración económica. Es cierto que también está el reverso de la medalla: En Extremo Oriente, la exis-

tencia de «núcleos» de cristianos indígenas, que disfrutaban de la protec-

c «ón de sus mis' 1 1 i loneros y que tienden a formar grupos «minoritarios», preocupa a las autoridades locales; y el celo demasiado ardiente de algunos predicadores, reaviva la xenofobia. En las colonias, la obra misione-

ra, a la vez que proporciona al indígena un sentimiento más elevado de su dignidad humana, puede también reservar para el futuro, ciertas dificultades a la administración y a los colonos. Con todo, el apostolado religioso en conjunto, pese a que, en principio, no se confunda con la «@eu~ ropeización», le está preparando el camino.

V. LA EXPANSIÓN INTELECTUAL'

En filosofía, literatura, artes, sigue siendo Europa la que, por lo me-

nos en una parte del mundo, marca la pauta; la que orienta la actividad intelectual. Es cierto que las civilizaciones de Extremo Oriente y de los países islámicos siempre han sido más o menos impenetrables a la cultura de los «occidentales»: el hombre cultivado de China, por lo general no desea conocer una filosofía europea que en el fondo desprecia; el musulmán ha recibido a través de su fe religiosa una visión de la vida que lo separa profundamente de las preocupaciones intelectuales de un inglés o de un francés. Pero el continente americano, colonizado por los europeos hasta finales del siglo XVIII, sigue estando, desde el punto de vista intelectual, en el área de influencia de Europa.

En América del Sur, domina la influencia de Francia. Pese a la co-

8 Obras de consulta.-Además de las historias generales de la literatura, sobre todo la de *Geschichte der Weiditeratur* de Wiegler, pueden hallarse indicaciones en A. Lafond, *La France en Amérique latine* (París, 1922, in-12); y en V. Tapié, *Histoire de l'Amérique latine au XIX' siéc1e* (París, 1945, in-8'), cap. IX. Véase también, «Notes pour Phistoire des rela~ tions intellectuelles entre l'Amérique du Sud et l'Europe», en la *Revue de littérature comParée*, t. XI (1931), pp. 76-82.

- 23 -

Europa en el mundo a principios del siglo XX unidad de lenguas, las influencias ibéricas apenas se aprecian en el terreno-

no de la literatura y del arte. Es cierto que la fobia hacia lo hispánico

1. Al final del siglo XIX, que se había manifestado con violencia en la primera mitad del siglo XIX, 1

en ese momento se ha calmado; los medios cultivados, por lo general, en España y desean conservar vínculos intelectuales sienten respeto hacia lo hispánico, pero no le reclaman originalidad alguna, en el terreno del pensamiento-

Los ingleses juegan un papel esencial en la vida económica y financiera de los Estados sudamericanos; pero los hombres de negocios y los técnicos establecidos en estos países se ocupan casi exclusivamente de sus intereses materiales y no ejercen influencia intelectual. Hay cen-

tros de enseñanza ingleses, pero están destinados únicamente a los niños

ingleses. El esfuerzo llevado a cabo por los alemanes desde el año 1880,

ha obtenido resultados en Argentina, y sobre todo en Chile, donde su

«Instituto Pedagógico» forma al personal docente, con gran acierto. Pero el pensamiento francés tiene una influencia incomparable. Francia, dice Manuel Ugarte, ha sido el «tutor intelectual» de estos países nuevos. To-

avía lo sigue siendo, a comienzos del siglo XX. Quizá la influencia de su literatura no es tan grande en ese momento como lo había sido treinta

o cincuenta años antes; sin embargo la filosofía, los conceptos jurídicos franceses, mantienen todo su esplendor. El libro francés conserva la pre-

ponderancia, y se habla la lengua francesa en todos los medios cultivados. Los centros de enseñanza media que frecuenta «la buena sociedad» son los de las congregaciones religiosas en que dominan los elementos franceses. La Alianza Francesa organiza cursos para adultos. En la ense-

ñanza superior, las «misiones» de los profesores franceses, animadas por

el filósofo Georges Dumas, ejercen una influencia permanente. En el terreno artístico, la escuela brasileña de Bellas Artes todavía en 1900, vive

de la tradición que le fue legada, entre 1816, y 1830, por dos alumnos de David, mientras que la influencia italiana es más fuerte en Argentina.

Bajo todo punto de vista, América latina busca lecciones en Europa.

En América del Norte, los Estados Unidos poseen una gama de ins-

tituciones de enseñanza y de investigación para las ciencias aplicadas. Tie-

nen también una literatura que, en los primeros años del siglo XX co-

mienza a emanciparse de la influencia europea y a cobrar una fisonomía original, con Upton, Sinclair, Jack London, Tliéodore Dreiser. Por primera vez, tienen en William James, que dicho sea de paso, vive en Londres, a un filósofo cuya doctrina tendrá una influencia en el mundo eu-

ropeo. Pero en lo tocante a la vida artística, aún siguen las huellas de Eu-

ropa. En el terreno de la música, los americanos del Norte, apenas producen obras dignas de mención. Desde que los inmigrantes venidos de Europa trajeron consigo el gusto por la música e iniciaron a ella a la nueva burguesía de los Estados Unidos, las sociedades musicales adquirie-

ron un amplio desarrollo; pero sólo las grandes obras de los maestros eu-

ropeos, Wagner, César Franck y Tchaikowski sobre todo, componen los programas de la ópera de Nueva York, y de las salas de concierto de

Filadelfia, Bostori, Chicago o Pittsburg. En el terreno de las artes plás-

- 24 -

La expansión intelectual

ticas, la influencia de Francia predomina. Entre los escultores america-

nos cuyas obras, en los años 1900, son más señaladas, Saint Gaudens es

de origen francés, Bartlett es alumno de Frémiet, mientras que George Barnard se inspira en Rodin. Todos los jóvenes Pintores, o casi todos, vienen a formarse a los estudios donde Whistler pasó parte de su vida y John Sargent vivió sus años de Juventud. La influencia de Manet, luego la de Cézarme inspiran a la nueva generación. París sigue siendo «el cen-

tro del arte americano». Unicamente en la arquitectura comienza a aparecer con los primeros «rascacielos» de Nueva York, una creación americana original.

Pese a que Europa quiera extender en el mundo no sólo su técnica y sus conceptos sobre la vida material, sino también su ideal «cultural@>, su

papel principal se juega en el terreno económico sobre.todo. ‘A través de la emigración, de la actividad de sus ingenieros, de las inversiones de capitales, está transformando el aspecto de extensas regiones; despertando a los «países nuevos» a la vida internacional, dado que hasta entonces habían vivido casi aislados. Esta transformación lleva consigo, para los países no europeos, modificaciones en las relaciones sociales. La domina- Íón europea ha pacificado a las poblaciones afri lo en el 1 icanas, en un med« donde la guerfa era endémica; ha permitido, gracias al desarrollo de los medios de transporte, la lucha contra el hombre. En la mayoría de co-

lonias europeas, la población indígena aumenta. Pero por otro lado, la colonización desemboca a menudo en una desorganización del medio so-

cial indígena, debilita a las autoridades locales tradicionales e impone a las poblaciones sometidas, una terrible coacción, a través de la confiscación parcial de las tierras y del trabajo forzado. En los Estados independientes de Asia -en China por ejemplo- la cración de vías férreas y el desarrollo de nuevos medios de producción, lesiona gran cantidad de in-

tereses locales (los de los empresarios de acarreo, posaderos, artesanos) introduciendo así un elemento de desconcierto social. Los europeos preparan pues, sin ser conscientes de ello, unas transformaciones todavía más profundas de lo que hubiesen querido.

CAPÍTULO 11

LAS RESISTENCIAS A LA EXPANSIÓN EUROPEA

Sin embargo, esta influencia preponderante de Europa, empieza a encontrar competidores y a tropezar con obstáculos, en el terreno de la po-

lítica internacional, en los primeros años del siglo XX precisamente. Dos potencias no europeas, cuyo papel en el «reparto del mundo» no había

tenido hasta entonces la menor importancia, es decir, los Estados Uni-

dos y Japón se convierten ahora en rivales de los europeos, manifestando a su vez, propósitos imperialistas.

I. EL IMPERIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS Desde 1895, la gran república americana ha asentado las bases de su nueva política. La guerra hispano-americana de 1898, las anexiones realizadas en el Pacífico y la revolución de Panamá, han marcado las etapas

² de un programa que Teodoro Roosevelt, incluso antes de acceder a la

presidencia, inspiró en parte. La expansión de los Estados Unidos se rea-

lizó no sólo a costa de España, sino también a costa de Inglaterra que

en 1901, renunció a defender sus posiciones en América Central. Esta ex-

pansión también se opone a la política de las potencias europeas en Chi-

na, desde que en 1899 el secretario de Estado Hay confirmó la doctrina

de «abrir puertas», para dar satisfacción a los medios económicos americanos.

Los factores que mueven la opinión americana hacia la vía del imperialismo, son tanto de índole sentimental como material. Desde luego no

¹ Obras de consulta.-Además de la obra de Parker Moon ya citada, véase B. Williams, *Economic foreign policy of the U.S.* (New York, 1929, in-81), que es importante; Scott Nearing, *Dollar diplomacy* (New York, 1929, in-S'); J. Pratt, *Expansionists of 1898* (Baltimore, 1936, in-12), sugestivo; Eug. Pépin, *Le panaméricanisme* (París, 1938, in-12).-Las biografías de Roosevelt, sobre todo la de O. Pringle, Th. Roosevelt, ofrecen datos útiles (véase

cap. IV).

² Véase en el anterior volumen de esta colección en francés, el cap. VI del libro 11.

deja de ser relevante el que la industria de los Estados Unidos, cuya producción casi en su totalidad, había sido absorbida hasta entonces por el mercado interior, sintiese la necesidad de exportar y, por consiguiente de asegurar mercados. Pero los promotores de la expansión han invoca-

do argumentos muy distintos: Alfred Mahan ha señalado la importancia que representa la posesión de puntos de apoyo navales; los teóricos de la ciencia política, convencidos de la superioridad de las instituciones americanas, proclaman que los Estados Unidos tienen el deber de propagar sus puntos de vista liberales y democráticos en los pueblos inca-

pacitados para gobernarse de forma conveniente; las misiones protestantes han invocado una «responsabilidad moral» en relación a los indígenas del Pacífico. En el fondo, este imperialismo procede mucho más de un estado de ánimo, que de necesidades inmediatas de índole económica o estratégica. Es la expresión de una fuerza joven, que en adelante querrá desempeñar en el mundo un papel a su medida.

En 1904, en el momento en que Theodore Roosevelt inaugura su segundo acceso a la presidencia, los Estados Unidos poseen un imperio colonial constituido en cuestión de unos años. Además de los territorios que se han anexionado -las islas Hawái y las Filipinas- ejercen un cuasiprotectorado hacia Cuba y hacia la joven República de Panamá. Han decidido establecer su control exclusivo sobre una gran vía internacional, el futuro canal de Panamá. Estos resultados todavía no satisfacen las ambiciones del Presidente ni los intereses de los grandes hombres de ne-

gocios. La política exterior de los Estados Unidos se ocupa ahora de consolidar su preponderancia en América central y de extender su «control» sobre América del Sur, manteniendo a raya a las potencias europeas.

Theodore Roosevelt formula los principios de su política a propósito de la cuestión de Santo Domingo. La República dominicana ha contraído deudas con los europeos, de las que se siente incapaz de pagar los in-

tereres. Es posible que los prestamistas, entre los que se encuentra Alemania, estén pensando en una intervención para obtener ese pago. ¿Por qué no echar mano de los impuestos sobre aduanas? El Presidente quiere ejercer una acción preventiva, poniendo la administración financiera y aduanera de la pequeña república bajo el control de los Estados Unidos. Con este motivo, el 6 de diciembre de 1904, dirige al congreso un

mensaje que afirma una doctrina de alcance general. Si un Estado americano, dice, se encuentra en situación de «desorden crónico» o de «impotencia» es posible que la intervención de una «nación civilizada» se haga necesaria para remediar el caos. Ahora bien, en el hemisferio occidental, la doctrina de Monroe se opone a toda intervención de potencias europeas, en la medida en que esa acción pudiera conducir a una ocupación. Por consiguiente, son los Estados Unidos y sólo los Estados Unidos quienes tienen el derecho y el deber de intervenir: «La doctrina Monroe puede obligar a los Estados Unidos, incluso lamentándolo mucho, a ejercer, en casos flagrantes de desorden o de impotencia, un poder de po-

Las resistencias a la
expansión europea

pleía internacional. » El «corolarlo» que añade Roosevelt al mensaje de
1823 da que pensar.

Pero ese «poder de policía internacional» debe ejercerse también cuando se trate, simplemente, de proteger los intereses de la gran república americana o de sus súbditos. A través de otro mensaje, el 6 de diciembre de 1905, Roosevelt detallará que si, en un Estado americano, se cometen actos que perjudiquen a los Estados Unidos, o a un ciudadano de los Estados Unidos, y si dicho Estado se muestra incapaz de «mantener el orden» y asegurar a los extranjeros la justicia, o no quiere hacerlo, los Estados Unidos podrán actuar para proteger sus derechos y sus intereses, «sin intenciones de anexión territorial».

El camino por el que Theodore Roosevelt encauza la política americana, será proseguido por su sucesor, que no dudará en ampliar las perspectivas todavía más. En un mensaje del 3 de diciembre de 1912, Taft llegará a considerar la posibilidad de que, dentro de la «esfera de intereses» de los Estados Unidos (refiriéndose al mar de las Antillas y a América central), uno de los Estados tuviera «fondos económicos caóticos»: de hecho, casi todas las repúblicas de América central están en esa situación. Ese tipo de desorden financiero, dice Taft, es idóneo para provocar disturbios internos, que podrían dar a los Estados europeos un pretexto para intervenir.

Así que, los Estados Unidos deben obrar de forma que se vea asegurada en esa región «la paz y la prosperidad» y evitar las inversiones de capitales extranjeros, tomándoles la delantera. La fórmula de Taft es de mayor alcance que la de Roosevelt. Ya no se trata de «mantener el orden» únicamente, sino de remediar una situación financiera que «podría» comprometer ese mantenimiento. Ya no se trata sólo de interceptar el camino a una posible acción política de los Estados europeos, sino que también intercepta la importación de capitales europeos, proclamando una especie de «doctrina de Monroe económica».

Es cierto que los autores de esta política hacen una salvedad importante: los Estados Unidos no buscan anexiones territoriales, aunque el resultado final pueda ser equivalente. La originalidad del imperialismo americano consiste precisamente en sustituir los procedimientos de conquista por una forma de actuación más sutil: la «diplomacia del dólar». Los Estados Unidos tratan de establecer, en los pequeños Estados americanos, su influencia financiera. El tesoro o la banca conceden préstamos a los gobiernos de dichos Estados para ayudarlos a organizar una administración, a restablecer una moneda estable o a realizar obras públicas que sean de utilidad para la vida económica. Los capitalistas hacen inversiones en los negocios privados. En estas repúblicas donde los disturbios internos son casi constantes, el pago de los intereses de la deuda pública y la seguridad de las inversiones no tardan mucho en verse comprometidas. Entonces el gobierno de Washington interviene para proteger los intereses de los prestamistas.

- 28 -

51 Pero no se detiene ahí. Aprovecha esos disturbios para intervenir en la política
de las repúblicas, bien sea a través de la concesión o la negativa de créditos, bien por la presión
diplomática, ces, armas. Cuando uno de los gobiernos se ve amenazado por una insurrección,

esos gobiernos se ve amenazado por una insurrección,

ión, no tienen más que decir, los Estados Unidos pueden conseguir fácilmente que vuelvan a la normalidad si cabeen de que
en caso de que llegue a ser un fracaso o sea

En, Pues para detener la rebelión al poder, no podrán contar con la concesión de créditos. De hecho, si los
Estados Unidos están satisfechos del gobierno en vigor, lo protegen; si ese gobierno no es dócil, lo abandonan a su
suerte.. Después del éxito de la insurrección, ¿Podrá ser considerado como legítimo el nuevo gobierno? Los Estados
Unidos pueden conceder o negar ese «reconocimiento» según sus intereses. Si lo reconocen, suelen imponer sus
propias condiciones y piden, por ejemplo, ventajas para su comercio. Finalmente pueden hacer uso de medios más
directos: en 1905 por una resolución del congreso, el Presidente es investido con el derecho de prohibir la exportación
de armas destinadas a los Estados americanos; así pues, está capacitado, si lo desea, para obstaculizar la
preparación de un movimiento insurreccional. Claro que los «revolucionarios» pueden tratar de co

mparar armas en otro país sudamericano, pero les costarían mucho más caras que si se dirigiesen a los fabricantes
de Pittsburgh. El método parece pues bastante eficaz. Por otra parte, en caso necesario los Estados Unidos envían
ejércitos para proteger a un gobierno que corre el peligro de sucumbir ante el motín o para impedir que ese gobierno
reprima la insurrección. Así ocurrió en Panamá, en 1903. En 1905 la Casa Blanca aplica estos métodos en la
República Dominicana, amenazada por la bancarrota. El 4 de diciembre de 1905, Roosevelt firma un estatuto por medio
del cual los Estados Unidos garantizan la independencia del territorio dominicano y se obligan a pagar las deudas
de la república. A cambio, se apoderan de la administración financiera del país con los impuestos arancelarios incluidos
cuyas ganancias, deberán ser remitidas al Tesoro de Washington ha un total del
45 %. En vano se negará el Senado de los Estados Unidos a ratificar ese estatuto, que induce a una nueva Política:
Roosevelt hace caso omiso a - ¡SO, y,

nos más tarde acabará por obtener la adhesión del Senado. Satisfecho de haber conseguido la firma del gobierno

dominicano, Roosevelt lo protege: cuando se está preparando una insurrección, prohíbe la exportación de armas con destino a Santo Domingo y ordena a sus agentes diplomáticos que se nieguen a reconocer cualquier gobierno revolucionario que pudiese constituirse.

En 1909 y 1910@ esto Con M'. s métodos y otros parecidos, pero manejados

as vigor, provocarán en Nicaragua, la caída del Presidente Zelaya Y la llegada al poder de Adolfo Díaz, dispuesto a conceder bases navales a los Estados Unidos.

En la - les perm ÍPractica, los medios de presión que utilizan los Estados Unidos 'ten orientar la vida política de todos los países de Centroamé-

Las resistencias a la expansión europea

rica; en cada capital, el representante diplomático del gobierno de Washington ostenta una posición dominante.

A la vez que los Estados Unidos ratifican y ejercen ese derecho a con-

trolar los asuntos de Centroamérica, intentan desarrollar la solidaridad entre todos los países del continente, sobre todo en el terreno económico y en el intelectual: es la política «panamericana».

Desde que se celebró la primera conferencia interamericana, en 1889, el gobierno de Washington había puesto al orden del día toda una serie

de propuestas: establecer una unidad monetaria y arancelaria; construir un ferrocarril para enlazar las dos partes del continente; considerar la

creación de un tratado de arbitraje para arreglar los conflictos. Pero de

ese programa aún no se ha llevado a cabo casi nada. La segunda conferencia, mantenida desde octubre de 1901 a enero de 1902, ha previsto únicamente, una reducción mutua de los impuestos arancelarios y la orga-

nización de un Negociado comercial interamericano en Washington. La tercera, reunida en Río de Janeiro en 1906, amplía las competencias de ese Negociado que se convierte en «agente permanente de organización y ejecución» de las conferencias panamericanas, y que va a adquirir el nombre de «Unión panamericana».

Al crear esta institución, los medios oficiales de los Estados Unidos

están pensando en establecer el esbozo de un sistema que acostumbraría a todos los demás gobiernos americanos a tratar sus asuntos comunes bajo la dirección del gobierno de Washington. La prensa europea, desde los comienzos de esta política, manifestó el temor de que esas conferen-

cias «alejase a las jóvenes repúblicas americanas del vicio continente». Los círculos intelectuales sudamericanos, expresan también su desconfianza, por el auge imperialista que está desarrollando Theodore Roosevelt. En Brasil, Eduardo Pardo, desde 1903 está denunciando esta polí-

tica, que mantiene a distancia la intervención de los Estados europeos, para reservar mejor el «nuevo continente» a la influencia de los Estados Unidos. En 1905, el escritor venezolano Domingo Castillo insiste en que,

con esa «interpretación elástica» de la doctrina de Monroe, el Nuevo Mundo se está convirtiendo en «propiedad» de los Estados Unidos. Años

más tarde esta será la tesis sostenida en Perú por García Calderón, en

Argentina por Manuel Ugarte. Pero estas críticas no tienen acceso a las «conferencias»: la influencia de los Estados Unidos, el poder económico y financiero de que disponen, aconsejan prudencia. Por otro lado, incluso desde el punto de vista económico, si bien es cierto que la supremacía de la gran república, existe en América Central, donde reina la diplomacia del dólar, también lo es que en América del Sur todavía no se ha manifestado; allí las grandes concesiones de vías férreas y de obras públicas siguen en manos de los europeos. Las inversiones realizadas en Brasil

por los capitalistas de Estados Unidos no llegan a los cincuenta millones

El Japón y la guerra de Manchuria

de dólares, mientras que los ingleses han invertido al menos setecientos cincuenta millones y los franceses quinientos millones de dólares. En Chile y en Perú, los Estados Unidos ocupan el segundo lugar, pero a mucha distancia de Gran Bretaña. En conjunto, los capitales ingleses invertidos en América latina, todavía son diez veces superiores a los de Estados Unidos.

La política de expansión americana está pues suplantando los intereses europeos en la mayor parte de América Central; pero aún no pone en peligro la preponderancia de Europa en los Estados Sudamericanos.

II, EL JAPÓN Y LA GUERRA DE MANCHURIA

En esta época, el imperialismo japonés amenaza directamente a los intereses europeos, en mayor medida aún, que el imperialismo americano. Apenas hace unos años que Japón, convertido en un Estado «moderno», ha hecho su entrada en la política internacional (1895), y ya actúa como una gran potencia en Asia oriental. Los promotores de la «modernización» del Japón, desde el principio, habían tenido por objeto, dotar a su país de los medios necesarios para desempeñar un papel importante en la vida del mundo, y alcanzar un «elevado destino». La transformación de las instituciones administrativas, sociales y políticas que se había llevado a cabo entre 1868 y 1890, no era más que la etapa previa y necesaria en el camino hacia el poder» según ellos. Ahora es cuando empieza ese camino.

Que el gobierno japonés, tras la fácil victoria que logró contra China

‘Obras de consulta.-Sobre la expansión nipona: en general A. Zischka, *Le Japon dans le monde. L'expansion nipponne, 1854-1934* (París, 1934, in-So); K. Haushofer, *Japan and the Japanese* (Leipzig, 1923, in-So); y desde una perspectiva japonesa Akagi, *Japan's foreign relations* (Tokio, 1936, in-S'); D. M. Brown, *Nationalism in Japan* (Berkeley, 1955, in-8')-Sobre la guerra ruso-japonesa: desde el punto de vista diplomático, consúltese E. Grimm, *Sbornid dogovorov i drougikh dokoumentov Po istorit mejdounarodnikh otrochema na D. Vostoke*. [Compendio de tratados y otros documentos acerca de las relaciones internacionales en Extremo -Oriente] (Moscú, 1927, in-4o); K. Krupinski, *Russland und Japan. Ihre Beziehungen bis zum Frieden von Portsmouth* (Berlín, 1940, in-S'); B. Romanov, *Ocerki diplo- 'nat' z'elo' istorú russko japonskoj vojny, 1897-1905* [Estudios sobre la historia diplomática de la guerra ruso-japonesa] (Moscú, 1947, in-S'); conde Witte, *Mémoires*, trad. francesa abre-

edad 1 te aZ., 1921, in-S'); M. Bompard, *Ma mission en Russie* (París, 1937, in-8') J. A. WhiruesoTh1p iplomacy of Russo-japannese War (Princeton, 1964, in-8'); desde

11 Punto de vista militar, la obra más cómoda de leer es *Fhr von Freytag-Loringhoven, Betrachtungen über den russisch-japanischen Krieg* (Berlín, 1913, in-8'); desde el punto de vista naval, véase E -Falk, *Togo and the rise of the Japanese seapower* (Londres, 1936, in-S'), y G. Jensen, *Japans Seemacht* (Berlín, 1938, in-81).-Sobre las relaciones entre Japón y Norteamérica: además de las biografías de Th. Roosevelt, véase J. Treat, *Japan und the United States*, (Stanford Univ. 1935 in-8' @ DI. i.&D> @T @1- 1

Véanse pp. 11-14.

y sobre todo Th Bailéy; Th 1 ; . Jessup, *United States and Japan, 1905-1909* (New York, 1938, 2 vo. in-8); f.,d Unj., 1934' m-S-) Roosevelt and the Japanese-American crisis, 1905-1909 (Stan-

4b 1

Véase el volumen precedente de esta colección, cap. III del libro II.

Las resistencias a la expansión europea en 1895, esté pensando en llevar adelante una política de expansión so-

bre el continente, es algo evidente. Para ello dará impulso a los preparativos desarrollando su ejército, haciendo que se vote un programa de construcciones navales en 1896, y otro en 1902, para estar a la altura de compararse con una gran potencia europea.

¿Por qué se prepara este país para semejante empresa?, los motivos estratégicos tienen su importancia, desde luego. El archipiélago nipón, a

causa del gran desarrollo de sus costas, podría ser presa de un ataque extranjero. Así que hay que defender el país «ofensivamente», asentándose sobre las partes más cercanas al continente, para impedir al adversario que establezca bases navales. Corea es el primer objetivo: cuando la política japonesa obliga a China a renunciar a su soberanía, lo hace para constituir un «coto vedado» en provecho propio. El mismo argumento

la m Ádional, riberefia del golfo Pé-tchi-li. puede valer para Manchuri eri 1 1 1

Pero los motivos económicos y sociales son sin duda, más importantes. El problema del exceso de población empieza a plantearse en el archipiélago japonés. ¿Cómo alimentar a semejante masa humana, en con-

tinuo y veloz crecimiento? La búsqueda de tierras cultivables en el con-

tinente, es la solución lógica; la expansión hacia Corea significa «la ex-

pansión hacia el arroz». La emigración también es un remedio posible, con tal de que se pongan tierras cultivables bajo el dominio japonés, y Manchuria puede proporcionarlas. Finalmente la industrialización puede reabsorber en parte, el excedente de la población rural, y permitir a la vez la importación de productos alimenticios. Ahora bien, Japón, que anda escaso de materias primas, puede encontrar hierro en Corea y en

Manchuria meridional, hierro y carbón.

Sin embargo, en esta época, la «presión demográfica» todavía no es

muy fuerte, y los problemas económicos japoneses no tienen la agudeza que revestirán veinte o treinta años más tarde. De modo que, probablemente haya que buscar en la psicología colectiva, la causa dominante de

1 lene un sen *do *rinato del honor nala expansión. El pueblo japonés ti ti 1

cional; está convencido de pertenecer a una «raza elegida». La antigua religión del país, el sintoísmo, le ha enseñado que las islas japonesas son

de origen divino y la escuela le ha inculcado el orgullo de pertenecer a

la nación nipona, el menosprecio hacia los extranjeros y la adhesión to-

tal al Estado y a la dinastía. La tradición militar de los samurais se ha conservado en la clase dirigente del nuevo Japón, y el servicio militar obligatorio ha hecho que penetre en la masa del pueblo. A causa de sus cualidades de valor, disciplina y abnegación, este pueblo, al que no le hace mella la propaganda pacifista, es un adversario digno de temer.

En esta expansión, el Japón se está enfrentando desde 1895 con in-

tereses rusos '. Rusia ha adquirido una posición dominante en Manchu-

ría con su política de construcción de líneas de ferrocarril; aprovechan-

Veáse el volumen precedente de esta colección.

- 32 -

El Japón y la guerra de Manchuria

do la guerra de los Boxers, ha ocupado el país militarmente. Corea también le tienta. El gobierno japonés, que obtuvo la alianza inglesa por el tratado del 30 de enero de 1902, se siente ahora lo bastante fuerte como

a 1 1 1 para imponer un freno esta política. El gobierno del zar ¿consentirá en abandonar su programa de expansión?

Al principio parecía dispuesto a ceder cuando firmó con China un convenio, (abril de 1902) que estipulaba la progresiva evacuación de Manchuria. Pero después, la influencia de los militares y hombres de negocios aventajó a la de los diplomáticos; y Rusia no cumplió con sus compromisos. ¿Aceptará al menos un reparto de influencia con Japón? Las negociaciones iniciadas en julio de 1903, entre Petersburgo y Tokyo, han fracasado: no contento con hacer que se reconozcan sus «intereses especiales» en Corea, Japón quiere conseguir de Rusia la promesa de no anexionarse Manchuria; ha aceptado dejar que los rusos hagan y deshagan en las líneas de ferrocarril del este de China, pero ha exigido garan-

1 1 1 ierno tías para la colonización japonesa en Manchuria meridional. El gobierno ruso, que al principio esquivó todo compromiso relacionado con Manchuria, quiso, por su parte, establecer en Corea una «zona neutra», en donde los ejércitos japoneses no pudiesen penetrar. A partir del mes de diciembre de 1903, las notas diplomáticas japonesas quedarán sin respuesta. El 5 de febrero de 1904, el gobierno de Tokyo, tras haber manifestado a Inglaterra sus intenciones, rompe las relaciones diplomáticas. El día 8, da comienzo a las hostilidades sin declaración de guerra: tres acorazados rusos son torpedeados en la bahía de Port-Arthur.

El gobierno ruso, que no creyó que Japón se atreviese a atacar, y que todo lo más, imaginó una «pequeña guerra», se ve obligado a desplegar un gran esfuerzo militar en Manchuria. Penosamente, pues el transiberiano no está completamente terminado, va concentrando fuerzas cada vez más importantes. Pero los japoneses han cercado Port-Arthur; son dueños del mar tras la lucha del 10 de agosto de 1904, en que destruyen la flota rusa de Vladivostok; pueden establecer sus bases de operaciones en la Manchuria meridional e iniciar la ofensiva con toda libertad.

El 1 de mayo, vencieron, en el Ya-lou a los primeros contingentes rusos; el 17 de agosto, tras haber concentrado a tres ejércitos delante de las Posiciones rusas de Leao-yang, rebasan el frente enemigo y obligan al general Kouropatkine a replegarse hacia Moukden. Hasta octubre, los rusos no dispondrán de una superioridad numérica. Encima, su contraofensiva será detenida en la batalla de Cha-ho (10-18 octubre). Durante cuatro meses, los dos adversarios permanecen frente a frente; organizan sus Posiciones, cavan trincheras, cubren sus respectivos frentes con redes de alambreada- pero esta inmovilidad va a permitir a los japoneses que puedan llevar a una parte de sus ejércitos hasta Port-Arthur, donde desmontarán uno a uno los hornabeques que protegen el sitio; el 2 de enero de 1905, tras un asedio de siete meses, la ciudad acaba rindiéndose. Así que el mando japonés es libre de reanudar la ofensiva de Manchuria. Contra los e* - -

ejércitos rusos que mientras tanto han hecho refuerzos y ahora

Las resistencias a la expansión europea

cuentan con más de doscientos cincuenta mil hombres, el mariscal Oyama puede llevar al frente, casi el mismo número de soldados. Kouropatkine, a fines de enero, intentará desunir al bloque de los ejércitos japoneses, pero en vano, pues no se atreve a llevar el proyecto hasta sus últimas consecuencias. En febrero vuelve a perder el terreno que había ganado durante su contraofensiva de octubre y tiene que retroceder hasta las líneas defensivas. La gran batalla del Moukden (23 de febrero-11 de marzo de 1905) en la que los japoneses consiguen dismantelar las posiciones fortificadas tras las que se refugia el ejército ruso, decidirá la suerte de esta guerra.

Las consecuencias del conflicto a largo plazo, son graves. El mando ruso en vano intentará hacer un último esfuerzo para recobrar la soberanía del mar y aislar al ejército japonés de sus bases de avituallamiento; el escuadrón ruso, que con gran dificultad ha llegado de Europa, será aplastado el 27 de mayo en la batalla de Tsushima apenas entre en el terreno de Corea. En junio, a instancias del presidente de los Estados Unidos que se ofrece a actuar de mediador, el gobierno del zar, amenazado en Rusia por un movimiento revolucionario, acepta negociar la paz. El 5 de setiembre, el tratado de Portsmouth cede a Japón Port-Arthur y la parte meridional de la isla de Sakhaline, le autoriza a establecer su protectorado en Corea y deja en sus manos la línea de ferrocarril del Sur de Manchuria.

Es la primera victoria de la raza amarilla contra la blanca, desde que comenzó la expansión europea. La política rusa en Extremo Oriente ha tenido que dar un «frenazo» decisivo y Japón está pisando tierra firme en el continente asiático. Los datos del problema de Extremo Oriente se han transformado.

Pero a pesar de que tanto la expansión de Japón como la de Estados Unidos, ponen en tela de juicio las posiciones adquiridas por las potencias europeas, lo cierto es que son rivales. Theodore Roosevelt, que al principio había visto con buenos ojos el fracaso de que había sido objeto Rusia, empieza a preocuparse por la potencia militar y naval de Japón, incluso antes de que acabase la guerra de Manchuria. ¿Cómo podrían proteger los Estados Unidos a Filipinas, de una agresión japonesa, hasta que el canal de Panamá no estuviese terminado? En 1907 las relaciones entre Japón y los Estados Unidos van a ser difíciles. Las medidas tomadas por Estados Unidos contra la inmigración japonesa, provocan en Tokyo, vehementes protestas. A lo largo del verano, Roosevelt se teme una sorpresa y, para intimidar a Japón, envía la flota de guerra americana del Atlántico a dar una vuelta alrededor del mundo que empieza por un largo crucero en el Pacífico. ¿Habría sido esta advertencia lo que haya incitado a Japón a dar muestras de prudencia? Lo cierto es que el 30 de noviembre de 1908, acepta firmar el acuerdo Root-Takahira por el que

Véase el cap. V,

34

El Japón y la guerra de Manchuria,

los dos gobiernos se comprometen a respetar sus posesiones territoriales respectivas en Extremo-Oriente y en el Pacífico. La tensión entre ambos países se calma de momento; pero la rivalidad latente sigue ahí. En adelante, acerca de los asuntos chinos, la política americana proyectará sobre Japón la desconfianza que había mostrado unos años antes, hacia las potencias europeas.

Los grandes interrogantes que plantean las relaciones intercontinentales producen sus efectos sobre la vida política, económica y social de los Estados. En Estados Unidos el sentimiento imperialista, consolida la fuerza electoral del partido republicano. La derrota sufrida en Manchuria, abre camino en Rusia a un movimiento revolucionario. Sin embargo, en Europa y América, las preocupaciones internacionales ejercen una influencia secundaria en la política interior, en esta época de 1905; y sólo cinco o seis años más tarde, desempeñarán un papel activo. Únicamente en Asia empiezan a perfilarse transformaciones radicales inmediatamente después de la guerra ruso-japonesa.

35

CAPÍTULO 111

EL CONTINENTE ASIÁTICO DESDE 1904 A 1914 En el conjunto de países asiáticos, Estados independientes o colon'

las europeas, la guerra ruso-japonesa -esa primera victoria obtenida por los «hombres de color» contra los de raza blanca-, despierta aspiraciones nuevas. Y las despierta en China, Incapaz hasta entonces de protegerse de la codicia de los occidentales, en India, ese «continente» donde trescientos millones de hombres están bajo la tutela de cincuenta mil ingleses, e incluso en Asia occidental, esos años que siguieron al conflicto de Manchuria están marcados por importantes cambios en el comportamiento de las poblaciones o, al menos, de los medios intelectuales. Pero

1. Es evidente que, en primer lugar, hay que estudiar las consecuencias del acontecimiento en Japón.

I. EL CRECIMIENTO DE JAPÓN

Japón está en plena expansión, Mientras que en la guerra sino-japonesa de 1895, no se le había dado la menor importancia, pasa ahora a adquirir un gran prestigio en el mundo por su victoria contra Rusia. La población está en vías de rápido desarrollo: en 1908 alcanza los cuarenta y nueve millones de habitantes. El esfuerzo que ha llevado a cabo este país

'Obras de consulta-W. Griffis, The Mikado's Empire (Londres, 1903, in-S'; 13, éd., 1913); J. Lequiller> Le Japon (París, 1966, in-So, en Histoire du XX, siècle).-Sobre la historia política: Quigley, Japanese government and politics (Londres, 1932, in-S.); Mac Laren, Political history of Japan during the Meiji era (Londres, 1916, in-SI); Uyebara, The political development of Japan (Columbia Univ. 1910, in-S'); Satoh, Evolution of the political parties of Japan (Tokio, 1914, in-8o)- Gubbins, The making of Japan (Londres, 1922, in-So); Iwasaki, The working forces of the Japanese policy (New York, 1921, in-8')-Sobre el nacionalismo: R. Storry, The Double Patriots. A Study of Japanese nationalism (Londres, 1957); R. Scalapino, Democracy and the Party Movement in pre-war Japan; the failure of the first attempt (Berkeley, 1953, in-S'); H. Norman, Japan's emergence as a world power. Political and economic problems of the Meiji period, 1868-1914 (New York, 1940, in-So); G. Sansom, The Western world and Japan (New York,

- 36 -

El crecimiento de Japón para poner al día su equipo económico, gracias a la ayuda de los técnicos que ha solicitado de Europa, está empezando a dar sus frutos. Desde comienzos del siglo XX, Japón se convierte en un país industrial; los oficios manuales retroceden ante la mecánica; la industria metalúrgica y la industria textil consiguen un puesto en la producción mundial; la cifra de capitales invertidos en las sociedades industriales aumenta diez veces en cuestión de unos años; el número de máquinas pasa a ser de veintemil en 1900 a ciento veinticinco mil en 1910. El gobierno hace todo lo posible para acelerar esta industrialización, con el objeto de liberar al país, de su dependencia económica para con las grandes naciones de raza blanca. Incluso la agricultura está progresando: la superficie cultivada no pue-

1. La producción aumenta de incrementarse en esas ásperas montañas; pero la producción 1.1 gracias a unos métodos mejores de cultivo, al empleo de abonos químicos

1. El comercio exterior, al desarrollo del regadío. Finalmente, el comercio exterior está en alza progresiva: en 1904 alcanza los seiscientos millones de yenes, y antes de diez años doblará esa cantidad. Los poderes públicos colaboran con el crecimiento de la marina mercante. Es cierto que, la producción japonesa todavía no está preparada para competir con la exportación de los grandes Estados europeos o con los Estados Unidos en lo que a mercados exteriores se refiere; pero el país, gran importador de máquinas y materias primas, como todas las naciones industriales jóvenes cada vez compra menos al exterior los productos fabricados.

Esta transformación económica da a Japón el carácter de un Estado moderno, comparable a los Estados occidentales, desde la perspectiva de las formas de su actividad. Aparentemente también es Estado moderno desde el punto de vista de la organización de los poderes públicos, puesto que desde 1889 tiene un régimen constitucional; pero su vida política no se parece lo más mínimo a la de las naciones europeas que intenta imitar: la ley electoral mantiene apartados de la vida política a muchos sectores de ciudadanos; el gobierno no es responsable ante las Cámaras; y por último, los cargos de ministro de Guerra y ministro de Marina, en virtud de una decisión tomada en 1894 se otorgan a oficiales generales, quienes teniendo acceso directo al emperador, Pueden sustraerse a la autoridad del primer ministro. Estas restricciones bastan para indicar hasta qué punto es limitado el papel que se reserva a la representación nacional en la dirección de los asuntos públicos. De hecho, todavía lo será más, Por un conjunto de prácticas propias de la vida política japonesa.

1950, '1-8').-Sobre cuestiones económicas: J. Orchard, Japan's economic position (New York, 1930, 'n-8'), que ofrece indicaciones históricas; Doké., «Economic development of Japan since the Meiji 1930..» Compendio de los trabajos de la 19- Sesión del instituto de Estadística (Tokio,

Allen (G. C.), A Short economic history of modern Japan, 1867-1937 (Londres, 1946); Barret (F.), Vévolution de la capitale D. Challaye
l'ouvrage Japonais (Paris., 1945-46, 2 vol) -Sobre la cuestión social,; Por la Rev. Le Mouvement ouvrier au Japon (Paris, 1922, in-12), y
el estudio publicado en 1922

Internationale du travail.

El continente asiático desde 1904 a 1914

El emperador está rodeado de un consejo privado, a cuyos miembros designa personalmente; ese consejo es una institución oficial contemplada por la Constitución. Pero existe otro consejo y oficioso esta vez, que de hecho constituye la más alta autoridad política; a pesar de que los textos constitucionales no mencionen su existencia: es el «genro». Sólo cuenta

con cinco miembros, pertenecientes a la alta nobleza -a dos «clanes» de la antigua aristocracia feudal- y que estarán en funciones prácticamente durante toda su vida. El emperador acostumbra a consultarles todos los asuntos importantes y en general se deja guiar por sus opiniones. Son ellos quienes designan al primer ministro, reservando el puesto para uno

de los suyos, o llamando a uno de sus protegidos. Los puestos elevados en la administración están en manos de estos dos clanes, que son quienes distribuyen los cargos. Tras la fachada constitucional, la vida pública)'aponesa sigue sometida a influencias del pasado.

La Asamblea podría intentar combatir estas influencias. En la Cáma-

1 Ído «progresista» ra de diputados existe un partido «I«beral» y un parti que están reclamando un gobierno parlamentario y luchan contra la burocracia. La expansión económica da a la alta burguesía, a los industria-

les y a los banqueros, una importancia que le permite acceder al desempeño de un papel en el desarrollo de los asuntos públicos. Pero de hecho, ese papel, se le va de las manos.

Inmediatamente después de la guerra de Manchuria, la cuestión eco-

nómica es la que predomina en las asambleas parlamentarias. Durante el conflicto, Japón contrajo una deuda de envergadura, y no obtuvo nin-

guna indemnización de guerra en el tratado de Portsmouth. Ahora bien, el gobierno no piensa reducir los gastos del Estado: no sólo tiene que afrontar las necesidades que implica el establecimiento del protectorado en Corea, sino que también quiere nacionalizar el ferrocarril, para establecer una red más coordinada. En cuanto a los recursos militares y navales, ni por un minuto admiten la posibilidad de aminorar el esfuerzo armamentista; su objetivo es llegar a constituir un ejército de veinticinco divisiones y una flota armada de quinientas mil toneladas, en un plazo de diez años. Se impone pues, pedir al país, un esfuerzo tributario. La Asamblea se presta a ello. El partido «liberal» (selyukai) que desde 1903 tiene la mayoría parlamentaria, acepta mantener en vigor los impuestos excepcionales mantenidos durante la guerra. Los electores parecen resignados a soportar estas nuevas carga.s, ya que en 1908, el partido selyukai ve incrementados el número de sus escaños y dispone de una mayoría absoluta, que conservará hasta 1915.

¿Significa esto que dicho partido tenga que jugar un papel predominante en la orientación de la vida política? En absoluto. Desde 1905 a

1912, el cargo de primer ministro es ocupado alternativamente por Saiojni, calificado de «liberal», y por Katsura, que no lo es. Ahora bien, la mayoría parlamentaria les concede idéntico apoyo, pese a que, tanto en uno como en otro gabinete, los miembros del partido seiyukai no obtuvieran carteras ministeriales al menos hasta 1911. Los cambios de perso-

El crecimiento de Japón

,a, los decide el Senado que en 1908 pedirá la dimisión de Saloini para restituirlo al poder en marzo de 1911. Los deStinos ministeriales no se juegan sobre la escena parlamentaria.

Sin embargo en 1912, unos meses después de la muerte del emperador Mutsu-Hito, la mayoría parlamentaria intenta protestar contra estos métodos por primera vez. Saio, jm, durante su segundo ejercicio como ministro, quiso aliviar la situación en que se hallaba el país, proponiendo una reducción de

gastos administrativos y rechazando nuevos créditos para el ejército; inmediatamente el ministro de Guerra dimite y el primer ministro no puede sustituirlo porque todos los generales han rechazado la cartera. Así que Salojni se ha visto obligado a retirarse, y el Senado lo ha sustituido, una vez más por Katsura, que intenta ganarse, a través de la corrupción, los sufragios de los diputados. Pero la Asamblea reacciona y el partido seiyukal, sostenido por el antiguo partido progresista, que fue reorganizado en 1910 (partido Kokuminto), deposita una moción de censura contra el gabinete. El emperador Yoshihito interviene pidiendo al partido seiyukal que deje de atacar al primer ministro. Pero no servirá de nada. La oposición llega al extremo de manifestarse por las calles de Tokyo. El 10 de febrero de 1913, Katsura se retira, y esto es muy serio: la mayoría de la Asamblea se ha negado a considerar una opinión emitida por el soberano: ¡y ha obligado a dimitir al ministerio! ¿Por fin podrá Japón instalar un régimen «parlamentario»? Finalmente, la victoria de la Asamblea no va a tener futuro. El Senado elige como primer ministro a Yamamoto, que pertenece al «clan» de Satsuma, mientras que Katsura representaba al «clan» de Choshu. El sistema tradicional mantiene así todo su poder, la experiencia de esta crisis demuestra que la burguesía industrial y comercial es incapaz de imponer su voluntad a los medios militares y navales, así como a la alta burocracia. En este conflicto, abierto o latente, entre los representantes de las nuevas fuerzas económicas y los herederos de las doctrinas autoritarias, la masa de población, que no tiene derecho al voto, no juega ningún papel. Pero en la población obrera va a empezar a desarrollarse un movimiento de reivindicaciones sociales, al margen de la vida parlamentaria. Las ideas socialistas y sindicalistas, que ya habían penetrado antes de 1910 en algunos grupos de intelectuales, durante varios años apenas lograron difundirse, con el agravante de que la propaganda tropezaba con una prohibición gubernamental. En 1905, la «Sociedad del pueblo», fundada por profesores de Universidad para propagar las doctrinas del socialismo europeo, había sido disuelta. Sin embargo en 1911 el movimiento adquiere ci

ierta consistencia. En Tokyo el promotor de dicho movimiento, Suzuki, reúne a algunos obreros con el objeto de instruirlos; el 1 de agosto de 1912 funda la «Sociedad fraterna» cuyo despacho está formado por trabajadores nianuales, y cuyos «consejeros técnicos» son intelectuales. La nueva sociedad se extiende rápidamente, creando secciones en diferentes partes del país. Poco después, formará el núcleo de la «Confederación general del trabajo» japonesa. Pero las tendencias de Suzuki son lo bastante mo-

deradas como para que los capitalistas se preocupen por ellas, de momento.

Ni en la vida política ni en la vida social, tiene Japón grandes dificultades que puedan obstaculizar su «ímpetu hacia el poder».

H. LA REVOLUCIÓN CHINA: China, con su población que probablemente superaba los trescientos cincuenta millones de habitantes, hasta principios del siglo XX había sido «el gigante durmiente». La masa del pueblo, dedicada a la vida agrícola en la que trabajaba con métodos atrasados, era paciente y plácida. La penetración europea, llevada a cabo en primer lugar en los «puertos abiertos» y que se había extendido progresivamente, sobre todo a partir de 1896 por el interior, donde los extranjeros rivalizaban por las concesiones de minas y de vías férreas, es cierto que había despertado al país hacia nuevas formas de vida económica. El apostolado misionero había conseguido formar «núcleos» diseminados de cristianos chinos, a quienes los funcionarios miraban con recelo. Esta «invasión» de extranjeros chocaba con

el íntimo modo de sentir de la población y en ciertas regiones provocaba quejas en los artesanos, transportistas y posaderos, arruinados por la competencia con las nuevas industrias y por la instalación del ferrocarril. Pero el gobierno imperial es incapaz de tomar una decisión: el movimiento xenófobo de los Boxers había fracasado por completo en 1900, ante la intervención militar de las grandes potencias.

La revolución china

2 Obras de consulta.-A. Maybon, La politique chinoise (París, 1908, in-12); del mismo, La république chinoise (París, 1914, in-12@); J. Rodes, La Chine et le mouvement constitutionnel (París, 1913, in-So); Paul Pelliot, «La Chine et la révolution», dans la Revue du foyer, año 1912, p. 403-440; Wou-Yu-Tchang, La révolution de 1911 (Pekín, 1963, in--8'); A Duboscq, L'évolution de la Chine, 1911-1921 (París, 1921, in-12); H. Cameron, The Reform movement in China (Stanford Univ., 1932, in-8'); y sobre todo Tang Leang-Li ' Inner history of the Chinese revolution (Londres, 1930, in-80); Li Chien-Nung, Political history of the new China, 1840-1928 (New York, 1956, in-S')-Sobre Sun-Yat-Sen: además de las obras citadas, consúltese G. Soulié de Morant Sun Yat-Sen (París, 1932, in-8'); Sharnian, Sun Yat-Sen, his life and meaning (New York, 1934, in-8'); J. Chesneaux, Sun Yat-Sen (París, 1959); sobre Yuan Che-k'ai, ver P. Verbrugge, Yuan Che-kai (París, 1933, in-8').-Sobre cuestiones económicas: W. Koch, Die Industrialisierung Chinas (Berlín, 1910, in-8'); S,

Kirby, Introduction to the economic history of China (Princeton, 1955, in-80); E-tu sun, Chinese railways and British interest, 1898-1911 (New York, 1954, in-S')-Sobre el nacimiento del sentimiento nacional: H. Kolín, A History of nationalism in the East (New York, 1929, in-S') y Cyrus Peake, Nationalism and education in modern China (New York, 1932, in-S'),

A estas obras hay que añadir los resúmenes generales que ofrecen algunas obras como: A. Vinacke, A history of the Far East in modern times (New York, 1928, in-80); P. Renouvin, La question d'Extrême Orient, 1840-1940 (París, 3 éd., 1952 in-S'); R. Grousset Histoire de la Chine (París, [1942], in-16).-Sobre la política americana en China: Tien-tai Li, W. Wilsons China policy (New York, 1952, in-8'); Ch. Vevier, The U.S. and China (1900-1913). A study of finance and diplomacy (New Brunswick, 1955, in-8')-Sobre Política japonesa: M. Jansen, The Japanese and Sun Yan Sen (Cambridge, Estados Unidos, 1954, in-80).

- 40 --

La debilidad de China era consecuencia de su estado político. La dinastía manchú, que desde 1644 reinaba en Pekín, era ajena a la nación China, dejando a los gobiernos de provincia una gran autonomía; a falta de recursos financieros suficientes, y también de espíritu mili

1 1 1 1 Ítitar entre sus gentes, carecían de un ejército dotado de armamento moderno. Pese al contacto establecido con los «occidentales», las instituciones políticas y administrativas seguían siendo inamovibles. El Imperio se quedaba así, sin protección contra la codicia de las grandes potencias.

Sin embargo, la emperatriz Ts' eu-hi, viuda noble que desde 1898 había tomado de nuevo las riendas del país, apartando del trono al emperador Kouang-Siu, era consciente del peligro que corría el poder manchú, pues la población china empezaba a separarse de una dinastía que estaba demostrando ser incapaz de proteger a sus gentes. Ts' eu-hi, pese a haber conseguido el fracaso de los proyectos de reforma establecidos durante los «cien días», acaba admitiendo, tras el por K' ang Yeou-wei fiasco de su política durante la guerra de los Boxers, que pudiera ser necesario «modernizar» la China a ejemplo del Japón, valiéndose,

para ello, de algunos métodos occidentales. En 1902, había creado una comisión de estudios-encargada de revisar el código penal y la organización judicial y en 1903 decide introducir algunas modificaciones en el programa de exámenes destinados a seleccionar funcionarios.

La victoria japonesa en la guerra de Manchuria lleva a Ts' eu-hi a comprometerse más a fondo en esa línea. El éxito de las armas japonesas ¿no ha demostrado que si la raza amarilla adopta los métodos europeos, es capaz de vencer a los blancos? A partir del otoño de 1905, el gobierno manchú toma medidas para reformar las instituciones del imperio. Decidido de aplicar en las escuelas técnicas la formación de los funcionarios, lo que significa suprimir el sistema de exámenes puramente «literarios» que se venía haciendo desde hacía veinte siglos. En setiembre de 1906 hace un reajuste de las instituciones judiciales poniendo fin a la costumbre en virtud de la cual la administración de la justicia era ejercida por los mismos funcionarios, y estableciendo una jerarquía de tribunales. Entre 1906 y 1907 este gobierno elabora un plan de reforma militar, que deberá posibilitar en cinco años la formación de un ejército permanente compuesto por cuatrocientos cincuenta mil hombres, al mando del general YuanChe-Kai. También favorecerá los viajes al extranjero de estudiantes chinos. Por último comenzará la construcción de vías férreas costeando todos los gastos, en lugar de dejarlos en manos de sociedades extranjeras.

Pero ¿hay que remitirse a los gobiernos de provincia para llevar a cabo esas reformas? Con el fin de remediar los excesos de la descentralización, la emperatriz modifica la administración central, creando en noviembre de 1906 cinco nuevos ministerios (Interior, Enseñanza pública, Comercio y Agricultura, Transporte y Colonias) y formando el 20 de setiembre de 1907 una «corte suprema de control administrativo» que lleva el nombre de «Senado». Esta nueva organización va a servir incluso de prefacio para otras reformas políticas: a través de un manifiesto del

El continente asiático desde 1904 a 1914

El 1 de setiembre de 1906, Ts' eu-hi anuncia el proyecto de establecer, en un plazo de nueve años, un régimen constitucional; mientras tanto decide instituir en las provincias, consejos administrativos que se elegirán, por sufragio restringido. Es cierto que la ejecución de ese programa no irá tan lejos como cabía esperar, pues la cuestión económica está por resolver: los presuntos provinciales deben afrontar los gastos que conllevan las nuevas instituciones; ahora bien, la buena voluntad de los gobiernos es más que dudosa. Sin embargo, la obra reformista ha empezado, pese a la excesiva lentitud con que se está realizando.

Pero la emperatriz muere el 15 de noviembre de 1908 al mismo tiempo que el emperador Kouang-Siti. La desaparición de Ts' eu-hi, que había llevado las riendas del gobierno casi sin interrupción desde hacía medio siglo, es un duro golpe para la dinastía manchú. El nuevo soberano (proclamado emperador con el nombre de Sluan-t'ong) es un niño de tres años, P'ou-yi, sobrino de Kouang-siu, de modo que, el príncipe Tch'ouen, padre del nuevo emperador, es quien ejerce la regencia. Ahora bien, este regente es un manchú conservador, que toma medidas desacertadas. En enero de 1909, el general Yuan-Che-K'ai, jefe del nuevo ejército, cae en desgracia y el gobierno se priva así, de la ayuda del hombre más capacitado para realizar un programa de reformas moderadas y se crea a un enemigo. Por eso, la debilidad del poder imperial ofrece a los adversarios de la dinastía la oportunidad de reaccionar.

En el sur de China, donde la autoridad del gobierno siempre es más precaria, empezó a desarrollarse un movimiento revolucionario formado por un grupo de hombres jóvenes liberados de las tradiciones chinas, pero hostiles a la dinastía extranjera. Su promotor, Sun-Yat-sen, acababa de cumplir cuarenta años. Estudió en la Universidad de Honolulu, en

las islas Hawal, y en las escuelas inglesas de Hon-Kong. Refugiado en

Tokyo, donde estuvo rodeado de numerosos estudiantes chinos en calidad de oyentes, elabora un programa revolucionario: el derrocamiento de la dinastía manchú y la institución de una república china. La «democracia», según cree, permitirá establecer una administración eficaz y transformar la vida económica.

En 1907 expuso este programa públicamente. Expulsado de Tokyo a

petición del gobierno de Pekín, prosiguió su labor con viajes de propaganda dirigida a los emigrantes chinos en Indonesia y en Malasia; en esos ambientes más abiertos a las influencias del exterior, recogió adhesiones y subsidios. El partido que organiza en la misma China, con el nombre de Kouo-min-tang¹, agrupa por un lado a los estudiantes, y por otro, a los miembros de las sociedades secretas anti-manchúes. Estos revolujos-

narlos intentan explotar los descontentos populares y de vez en cuando, echan mano de la ayuda de los mercenarios. El territorio de las corice-

La revolución china

siones extranjeras es su refugio; allí organizan su propaganda. Las po-

s no intervienen, pues no les disgustaría tener ante sí a un tencias europea 1 1 gobierno chino más moderno, más amigo del progreso.

Las causas profundas de la revolución china de 1911, hay que bus-

1 roce con

¹ Es decir, «partido nacional» antes denominado «Kouo-ming-tang», «partido de la 1^a»

beranía nacional».

carlas en la incapacidad de go lerno manc para ejecutar con rapi ez un programa de reformas que sin embargo considera necesarias, en la impaciencia de los «chinos jóvenes», de los intelectuales que por e la civilización

occidental, quieren liberar al país de una dominación extranjera y de una administración interesada con el fin de poder formar un gobierno nacional. Las causas inmediatas son múltiples, y más bien de índole económica: a consecuencia de una mala cosecha en 1910, la peor que se haya conocido en cuarenta años en las provincias centrales, la parte más pobre de la población padece hambre; la clase más favorecida que se que) .a del aumento de impuestos, derivado de los gastos que el gobierno ha estipulado para la renovación del ejército y la construcción de vías férreas; todos vuelven a las antiguas lamentaciones contra las exacciones de los funcionarios. Los enemigos del gobierno tienen así la oportunidad de explotar esta ola de descontento. Los comerciantes y estudiantes piden que se convoque una asamblea nacional. El regente acepta y reúne en Pekín a los notables, de los que una parte ha sido elegida por el gobierno, y otra, designada por las asambleas provinciales. Y pese a que esta asamblea está formada por elementos moderados, se atreverá a reclamar ante los representantes de la nación un régimen constitucional y un gobierno responsable. Es síntoma de que la impaciencia va ganando terreno.

Con motivo de un incidente fortuito, estallará la tormenta. El gobierno acaba de decidir la estatificación del ferrocarril, que, desde Han-K'ou, penetra en la provincia del Seutch'ouan. Los accionistas de la empresa se estiman lesionados en sus intereses; los comerciantes apoyan esa protesta, y se ponen en huelga. Inmediatamente los elementos revolucionarios del Kouo-min-tang entran en acción; el levantamiento que provocan en el Seutch'ouan será reprimido (1911-1912); pero en la guarnición de la ciudad de Wou-tch'ang, en el Hou-pel, estalla una rebelión y con semejante apoyo, los revolucionarios ocupan Han-K'ou (13 de octubre de 1911). Esta ayuda supone el inicio de un movimiento que en cuestión de semanas, y aprovechando el descontento popular, se extiende tendiendo por Chang e irá ex-

-ha; luego por Nankín y llegará hasta Cantón. En noviembre, todas las regiones chinas situadas al sur del Yang-tseu están en rebelión contra Pekín. Los miembros del Kouo-min-tang, se apresuran a organizar un gobierno provisional pese a que su partido carece de base Popular. Este gobierno tiene su sede primero en Chang-hai, luego en Nankín, donde Sun-Yat-sen que acaba de llegar del extranjero, ejerce la presidencia. Frente a la China imperial, se levanta una China republicana.

Desde un principio, el gobierno manchú se ha sentido desbordado por la situación. Cuando quiso enviar ejércitos contra los rebeldes, no

42

43

El continente asiático desde 1904 a 1914

fue obedecido: incluso los generales reclamaron una constitución, cosa que concedió el regente de forma apresurada. El 2 de noviembre, manda publicar un texto por el que se otorga a una asamblea elegida, el Poder, de votar las leyes y el presupuesto, y que prevé la responsabilidad parlamentaria de los ministros. Luego llama a su enemigo Yuan-Che-K'ai, para ponerlo no sólo al frente del ejército imperial, sino también del ministerio, y le encarga que reprima la 1.ª insurrección: es una decisión muy arriesgada, pero que parece necesaria, porque Yuan-Che-K'ai es enérgico y tiene influencia sobre las tropas.

Comienza la guerra civil. El ejército imperial cruza el Yang-tseu; los soldados de Yuan-Che-K'ai se encuentran con un «ejército republicano», compuesto por campesinos sin trabajo y campesinos hambrientos. La población permanece pasiva; los comerciantes huyen de las ciudades. Las tropas del gobierno, mejor equipadas y provistas de mandos, no tienen

gran dificultad en apoderarse de Han-K'ou, primer foco de la revolución. La notoria debilidad del movimiento republicano se pone de manifiesto: Yuan-Che-K'ai parece ser capaz de aplastarlo.

Entonces empieza el juego personal del general. Este defensor del trono actúa por su propia cuenta. En lugar de seguir con la campaña contra los republicanos, le concede un armisticio (4 de diciembre de 1912) y es-

tablece negociaciones directas con ellos. Dueño del ejército, lucha por quitarse de encima a la dinastía manchú y al gobierno revolucionario de Nankín a la vez. ¿A través de qué medios su tortuosa diplomacia llegará a término? En las negociaciones que inicia con el Kouo-min-tang, Yuan-Che-K'ai sabe por adelantado la respuesta que va a recibir: los republicanos exigen la destitución de la dinastía. El general del ejército imperial se encarga de transmitir personalmente esta exigencia a Pekín, apremiando a la familia imperial a que deje el terreno libre. Es un ruego al que la

dinastía ya no puede resistirse, pues sus ejércitos están en manos de Yuan-Che-K'ai. El 12 de febrero de 1912, la emperatriz madre, en nombre del emperador niño, anuncia la abdicación proclamando ella misma la república. La unidad de China queda restablecida, pero ¿bajo qué gobierno? Yuan se presenta inmediatamente en Nankín, donde ha de reunirse una

Asamblea constituyente; Sun-Yat-sen está dispuesto a quedarse relegado ante él. Probablemente, el jefe del Kouo-min-tang es consciente de que el

ejército del sur no podrá enfrentarse con las tropas de Yuan. Y quizá tam-

bién esté preocupado por la falta de disciplina que empieza a detectar en su propio partido. La renuncia de Sun permite que Yuan sea designado para la presidencia.

La república China ha nacido, pero es la república de Yuan-Che-K'ai. El presidente, que no se preocupa por permanecer en contacto con los ambientes revolucionarios del sur, restablece la capital en Pekín. Ha te-

nido que convenir en la existencia de una constitución que prevea la rell,

nión de un Parlamento y la institución de un ministerio responsable; pero ha sido una concesión para guardar las formas. Apenas en el poder, Yuan,

Yuan se apresura a consolidar su situación. Gracias a las buenas relacio-

El movimiento nacional en la India

desde hace años con el extranjero, gracias también a las que ha mantenido. Los representantes de las potencias no tienen la confianza que inspira su energía.

1ª en los

condiciones, obtiene, aunque a muy altas condiciones, un importante pres-

1. El tratado patrocinado por las grandes potencias. Setena de un consorcio bancario aplaza el Parlamento si

iro de su fuerza disuelve el Kouo-min-tang y el Parlamento. El presidente o se queda indiferente: la actividad desordenada de fijar fecha. El pueblo o un Parlamento sin experiencia no ha suscitado eco en la masa. El presidente aprovecha la ocasión para establecer un régimen conforme a sus

designios. En marzo de 1914, entra en vigor una nueva constitución que fija en diez años la duración del mandato de Yuan-Che-K'ai y le otorga el derecho de nombrar a su sucesor; todos los poderes se concentran en

manos del presidente.

La «revolución china» no ha podido fundar el régimen republicano, sino que ha redundado en beneficio del poder personal de un general.

III. EL MOVIMIENTO NACIONAL EN LA INDIA 4 También en la India, la victoria de los japoneses contra los rusos, tiene sus repercusiones. La derrota infligida a los blancos por un pueblo asiático, afianza las resistencias hacia la dominación británica. En 1905

se desarrolla la revuelta «nacional»; bajo el lema: «La India, para los hindúes» 5.

Las causas profundas de este movimiento están ligadas a las transfor-

icas que introdujo la administración y a las modificaciones económicas y sociales que se produjeron.

Las modificaciones del estado social que surgieron en consecuencia.

Para aprovechar el suelo y el subsuelo y para desarrollar la venta de productos británicos, el gobierno general de la India, construyó treinta

aeródromos, vías férreas: a principios del siglo XX, hay noventa y seis líneas en funcionamiento. La administración se ha esforzado en mejorar los métodos de cultivo y en acrecentar la producción de trigo, de algodón y de cereales oleaginosos destinados a la exportación; ha puesto en explotación minas de hierro, de carbón y de manganeso; incluso está fa-

Obras de consulta.-La Cambridge History of the British Empire, t. VI, India, ofrece una buena exposición de conjunto. Véanse también las historias generales del Imperio, citadas en la P-74.-Sobre cuestiones políticas: A. Philip, L'Inde moderne (París, 1930, in-12); A. L. Ovet, A History of Indian Nationalist Movement (Londres, 1923, m-S); C. Andrews y G. Moolerjee, The rise and growth of Congress in India (Londres, 1938, in-12); S. Wasti, Lord Minto and the Indian Nationalist Movement 1905 to 1910, (Oxford, 1964, in-8); W. Smith, Nationalism and reform in India (New Haven, 1938, in-8); R. Coupland, The Indian problem, 1833-1935 (Londres, 1948, in-S)-Sobre las cuestiones económicas: V. Anstey, Economic development of India (Londres, 1929, in-8); Sridhara V. Ketkar, Essay on Indian economics (Calcuta, 1914, in-So); Mookerjee, The rural economy of India (Calcuta, 1926, in-S). C. N. Vakil, Growth of trade and industry in modern India (Londres, 1931, 8% Y sobre la cuestión musulmana, V. Vana, L'India musulmana (Milán, 1941, in-16).

5 Sobre los orígenes de este movimiento, que se remonta a 1885, véase el volumen precedente de esta colección en francés, V. XVIII. L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904), pp. 212-213.

45

44

El continente asiático desde 1904 a 1914

favoreciendo, después de mucho dudarlo, la creación de empresas M,d,nas en la industria textil y metalúrgica. Por último, y siempre en interés de la expansión económica, ha procurado formar a una «élite» indígena a través de la escuela y de la Universidad, capaz de participar en el desarrollo de los recursos del país.

Esta penetración de influencias europeas ha dado lugar, en el orden material, a nuevos intereses, pero también ha provocado descontentos; por otra parte, ha despertado nuevas aspiraciones en algunos núcleos indígenas. La importación de productos ingleses lleva consigo la desaparición de muchas industrias locales, privando, en consecuencia, a ciertos artesanos de sus medios de vida; la condición en que se encuentran los granjeros, todavía es más penosa, porque la administración inglesa, al velar por el cumplimiento de los contratos, ha permitido que los grandes propietarios afirmen sus derechos con más vigor; la presencia de la red de ferrocarriles ha favorecido la formación de una clase de comerciantes hindúes, que han sido los «aprovechados» de la nueva situación y que han acumulado capitales. Por otra parte, son muchos los jóvenes que en 1901 acceden a la enseñanza inglesa: seiscientos treinta mil en enseñanza media y veintitrés mil en las universidades. Esos alumnos y esos estudiantes, que estudian historia inglesa, literatura inglesa, que entran en contacto con las doctrinas del liberalismo político «occidental» ¿Cómo no iban a pensar que tales principios deberían ser aplicados en su país? Claro que lo piensan; y más cuando después de haber hecho un gran esfuerzo por adquirir la cultura de Occidente, apenas sacan provecho ya que la administración inglesa, sólo les ofrece los empleos más subalternos en los servicios de la India. Es natural que quieran obtener el acceso más amplio posible a las funciones públicas y que se sientan capaces de administrar la India por sí solos, sin los ingleses. Estos jóvenes intelectuales, proporcionan una doctrina a los que están descontentos del régimen británico: piden que los habitantes de la India puedan participar en la gestión de sus intereses; reclaman el self-government (swarai), es decir, una autonomía análoga a la que Gran Bretaña reconoce para sus dominios. A la nueva clase de comerciantes e industriales indígenas, que desea librarse de la dominación económica de Gran Bretaña, le conviene apoyar el movimiento nacional. La administración inglesa, ya que admite la libertad de prensa, está favoreciendo, de hecho, esta propaganda.

Hasta 1905, el gobierno general de la India, no se había preocupado verdaderamente por el movimiento, que mantenía un carácter «académico». Pero tras la sacudida que la victoria japonesa en Manchuria ha provocado en toda Asia oriental y sudoriental, los «nacionalistas» empiezan a mostrarse agresivos. El pretexto subyacente a la revuelta es una orden del virrey decidiendo la división de Bengala en dos provincias. Los

El movimiento nacional en la India

nacionalistas estiman que esa reforma tiene por objeto constituir, en la

parte oriental de Bengala, una unidad administrativa donde la población sea en su mayor parte musulmana y así enfrentar a los musulmanes que no han querido formar parte del movimiento nacional, con los hindúes. Los sectores más radicales distribuyen periódicos y octavillas para inten-

tar que la masa de la población hindú se subleve, y deciden boicotear los productos ingleses. Aquí y allá pululan sociedades secretas que reuniendo armas, efectúan atentados contra funcionarios ingleses. Poco después

se va extendiendo desde Bengala hasta Punjab. El «movimiento nacional» hindú de 1906 no sólo pide que la administración inglesa renuncie al proyecto de dividir Bengala, sino que toma buena nota de estos incidentes para reclamar una reforma del gobierno de la India. El jefe de los «extremistas», Tilak, hombre de elevada cultura, quisiera ir más lejos y exigir la independencia; pero la mayoría del Congreso lo desapruueba.

El gabinete británico, cuya secretaría de Estado para la India la ocupa desde 1905 John Morley, liberal de la escuela de Gladstone, está sorprendido por la magnitud de la protesta. A la vez que toma medidas represivas consintiendo que los tribunales condenen a Tilak a seis años de cárcel, busca el medio de contentar a los nacionalistas «moderados», al menos parcialmente. La reforma del 25 de mayo de 1909, reorganiza las instituciones de la India; el Consejo legislativo central, que secunda al virrey, y los consejos provinciales que secundan a los gobernadores de provincia, en adelante serán designados en parte por elección y recibirán atribuciones más amplias. Se trata pues, de un sistema «semi-representativo». Pese a sus preferencias personales, Morley reconoce que no es posible ir más allá concediendo a la India un verdadero self-government.

De momento los nacionalistas hindúes se conforman con este resultado. En el congreso nacional de 1909, el jefe de los «moderados» Gokhale, aconseja a sus amigos que acepten «lealmente» la reforma efectuada por Morley. En cuanto a los extremistas, desde que han comprobado que el gabinete británico no está dispuesto a «abdicar», se sienten propensos a moderar sus reivindicaciones. El mismo Tilak, tras haber purgado su pena en la cárcel, declara su lealtad y deja de reclamar la independencia.

Gran Bretaña es dueña de la situación y lo seguirá siendo hasta el final de la guerra de 1914-1918: a cambio de algunas concesiones, ha conseguido desarmar al movimiento revolucionario. No deja de ser significativo ver a Gokhale proclamar, en un discurso del 7 de julio de 1909, que la dominación inglesa ha sido para las poblaciones de la India, un

instrumento de progreso y que sólo así se puede asegurar «la paz y el orden» en un país habitado por elementos heterogéneos.

‘ Esta sacudida también se manifestó en la Indochina francesa donde fue preparado u., movimiento insurreccional en 1908, pero fue sofocado por una rápida acción militar.

46

47

Tras los difíciles momentos que el imperio otomano atravesó entre 1895 y 1898¹, ahora sale a flote gracias a la ayuda económica francesa y al apoyo político de Alemania. Pero el sultán no ha escarmentado con la crisis. Para mantener bajo su dominio a las poblaciones alógenas del imperio -árabes de Siria y Palestina, griegos y armenios de Asia Menor, griegos, serbios y búlgaros de la Turquía europea-, Abdul-Hamid sigue gobernando como déspota. La bandas kurdas en territorio asiático y las albanesas en territorio europeo efectúan operaciones policiales que son simples correrías. ¿Se trata sólo del capricho de un tirano? En el fondo, Abdul-Hamid tiene un programa que desea ejecutar «con una fuerza de voluntad y una perseverancia poco comunes»: planea extender su poder religioso, restablecer el prestigio del califato, y se mantiene «en constante comunicación con el mundo musulmán». Sin embargo su autoridad es precaria por falta de una administración eficaz. El desorden y el despilfarro, la concusión en los funcionarios que detentan altos cargos están a la orden del día; la policía se mueve por intereses; el ejército, cuya paga no se efectúa con regularidad, vive a costa de la tierra despojando a quienes la cultivan. «Los gobernantes turcos no son reformables; todos los intentos que se han hecho para regenerar el imperio otomano, han demostrado que semejante tarea es irrealizable y que después de alguna tentativa de enmienda, la corrupción y el abandono siempre acaban pudiendo más», escribía a fines de 1903 el embajador de Francia en Constantinopla.

Sin embargo, hay turcos que creen en la posibilidad de esta regeneración: son los que no han querido someterse al régimen de Hamid y viven desterrados. Hay miles de ellos en Ginebra, París y Londres, que quieren acabar con la «tiranía» de Abd ul-Hamid. Estos «Jóvenes turcos» se identifican con las ideas occidentales e inscriben en su programa la creación de un régimen constitucional. Patriotas, a la vez que nacionalistas, creen que el despotismo de Hamid desacredita al imperio otomano y lo condena a soportar la tutela de las grandes potencias.

Que esta propaganda de los «Jóvenes turcos» progrese en Turquía precisamente a partir de 1905, no es mera coincidencia. Aquí también, la victoria japonesa contra Rusia, es la causa profunda, a juicio de u, agente diplomático inglés². Que Turquía sea incapaz de imitar a Japón, incapaz de emprender nada contra este enemigo tradicional que es el un-

La revolución en Persia

¹ Obras de consulta-La mejor obra de conjunto es la de N. Jorga, *Geschichte des os-*

manischen Reiches, t. V: 1774-1912 (Gotha, 1913, in-8^o), de 1 «Allgemeine Staatengeschichte» de Heeren et Ukert).-Sobre la joven revolución turca: habrá que recurrir de nuevo a

V. Bérard, *La révolution turque* (París, 1909, in-16), y a Y. Fahmi, *La révolution otomane*, e (París, 1910, in-So).

Véase el volumen precedente de esta colección en francés, cap. IV del libro 1. Fitzmaurice, intérprete de la embajada inglesa en Turquía (*British documents on the origins of the War*, t. v., n.º 210).

48

0 ¿no es por culpa del régimen de Hamid? En la región de Saper'o ru' ló

n,ca y en la de Andrinópolis, los «Jóvenes turcos» consiguen organizar el comité «Unión y Progreso» que trabaja en secreto, para lograr adhesiones en el ejército y preparar así una sublevación. Los oficiales, Niazi y Enver-bey, son quienes dirigen el movimiento. En julio de 1908, es-

talla la rebelión en Salónica y Monastir, donde el ejército obedece a las consignas del Comité. El gobierno se siente incapaz de reprimir el levantamiento y de impedir el avance de las tropas rebeldes hacia Constantinopla, El 23 de julio, Abd ul-Hamid anuncia que va a restituir la constitución que en un principio había otorgado y que después anuló en

1876. En medio de un gran arrebato de entusiasmo, el nuevo Parlamento se reúne en diciembre de 1908.

Pero el sultán no se ha resignado a abandonar su poder absoluto; el 13 de abril de 1909, intenta dar un golpe de

1. El comité Unión y Progreso, lo obliga a abdicar. Su hermano Mohammed V, será quien ocupe el trono.

Los «Jóvenes turcos», victoriosos, modifican la constitución para limitar las prerrogativas del soberano. A los miembros del ministerio se les declara responsables solidariamente ante el Parlamento: todo voto de censura conlleva la caída del ministerio. En caso de desacuerdo con la Cámara de diputados, «el ministerio queda obligado a someterse a la decisión de la Cámara o a presentar su dimisión». El sultán puede negarse a ratificar una ley votada por el Parlamento; pero si hay otro voto que se suma a la mayoría de los dos tercios del total, queda obligado a otorgar su firma. De un sistema de gobierno despótico, el imperio otomano pasa a tener de repente un régimen parlamentario, inspirado sobre todo en tradiciones políticas francesas e inglesas. Al menos eso dicen los textos constitucionales. Pero sólo serán apariencias, pues en las elecciones, el comité Unión y Progreso, que es el único partido organizado impide a la oposición que se manifieste. Por otra parte, la nueva crisis exterior que va a sufrir el imperio desde 1911 a 1913 lo, proporcionará una ocasión al comité para intensificar su dictadura por medio de un régimen de estado de sitio y por la entrada en vigor de consejos de guerra. En el fondo, las formas Políticas de Europa occidental son papel mojado, cuando se trasladan a un ambiente en donde la mentalidad, las costumbres y la vida social son irreconciliables con aquéllas.

V. LA REVOLUCIÓN EN PERSIA. A principios del siglo XX, Persia . la situación del imperio otomano y la de

estas eran análogas. Sin recurrir al servicio de una organización policial

Véanse P. 61 y siguientes. En Obras de consulta Sir A. Wilson, Persia (Londres, 1932, in-8'); F. Hesse, Persien.

W. G. Wright (Berlín, 1932, in-16); M. Monterisi, Iran (Milán, 1941, in-16),

comparable a la de Abd ul-Hamid, el sha, absoluto, el .ercía un Poder despótico: disponía libremente del importe de los impuestos consagrando una gran parte a gastos de la corte; podía imponer a su antojo .o Penas de deportación y confiscar los bienes de los afectados. Pero no había intentado organizar la administración ni el ejército. Los gobernadores de provincia compraban su cargo y trataban de sacarle el mejor partido posible; la venalidad de las funciones ejercidas tenía su paralelo en la de los funcionarios. Los grados del ejército se transmitían hereditariamente

En un Estado tan débil, las codicias extranjeras podían salir bien paradas, y más cuando las «concesiones» fructíferas dependían de la voluntad exclusiva del soberano. Desde 1890, el sha, para conseguir recursos financieros, había otorgado a dos Estados competidores -Inglaterra y Rusia-, ciertas ventajas económicas. El «Banco imperial de Persia» fundado por el financiero inglés Reuter, a cambio de los préstamos concedidos al Sha, había obtenido el derecho a explotar los yacimientos mineros, consiguiendo atribuirse a título de garantía, las recaudaciones arancelarias en los puertos meridionales de Persia. El «Banco de préstamos», establecimiento ruso, había recibido, en las mismas condiciones, el monopolio de la construcción de vías férreas. Persia estaba convertida en un campo de explotación -y de rivalidad- para los intereses ingleses y

La revolución en Persia

rusos.

Esta penetración de influencias europeas, introdujo un elemento nuevo en la vida intelectual del país. La presencia de agentes comerciales y financieros extranjeros, la actividad de las misiones católicas y protestantes, con sus centros de enseñanza, pusieron en contacto a los círculos más ricos o más cultos de Persia con las ideas de Occidente. Los comerciantes que tenían que satisfacer la avaricia de los funcionarios, e incluso algunos miembros de la aristocracia cuya fortuna estaba a merced del capricho del soberano, tenían muchas razones para desear poner freno al régimen despótico. A igual que en el imperio otomano, esta oposición al poder absoluto se hacía en nombre de los intereses nacionales, para eso quería vigilar la política exterior del gobierno, crear una banca nacional cuyos capitales fuesen suministrados por los persas, para no tener que recurrir a préstamos extranjeros y evitar así que el país caiese bajo la dependencia de Rusia e Inglaterra. La persona del soberano, Mouzaffer ed-din, un incapaz, ya no inspiraba respeto. En 1905 los observadores extranjeros consideraban ya, la perspectiva de la crisis interior que se avecinaba. ¿Habría que pensar que aquí también, los acontecimientos de Manchuria hayan contribuido a precipitar la crisis? Es posible que 11

que fundamentalmente trata de la rivalidad entre las potencias. Pero hay que consultar sobre todo: Alí Siassi, *La Perse au contact de l'Occident. Etude historique et sociale* (París, 1931 in-S°); y H. Beck de Surany, *Essai sur la constitution persane* (París, 1914, in-S°). Las Lett1”

fre-

partido «nacionalista» persa se haya sentido alentado en sus proyectos por el ejemplo del Japón, pues al fin y al cabo la transformación interior del imperio japonés hizo posible la victoria. En 1906, unos movimientos

revolucionarios estallan en Teherán ed-din cede casi de inmediato. Convoca una asamblea de «representantes» de los nobles, de los negociantes

stitución y de las castas» que pide la reunión de un Parlamento. La con ‘ 1

del 8 de octubre de 1907, tras haber proclamado la libertad individual, la libertad de prensa y la libertad de asociación, establece el principio de la separación de poderes para privar al sha del derecho a fijar según su

antojo la tasa del impuesto y a ejercer el poder judicial; prevee incluso expresamente la institución de un régimen parlamentario: si el ministro no consigue un voto de confianza de la Asamblea nacional, debe re-

tirarse. Pero apesar de inspirarse en el derecho público de Occidente, los reformadores persas no alcanzan a asimilar sus principios. Prueba de ello es este artículo de la constitución que somete las decisiones parlamentarias a la censura de las autoridades religiosas: los doctores musulmanes tienen la misión de decir

si las leyes votadas por la Asamblea son compatibles con la doctrina islámica y en caso contrario, tienen el derecho a

oponer su veto.

Esta transformación del régimen político se ha llevado a cabo sin violencia. Pero la muerte de Mouzaffer ed-din lleva al trono a Mohammed Ah, que al ser más joven y más enérgico, no se resigna al papel de monarca constitucional. En junio de 1908, el nuevo sha entra en conflicto con la Asamblea y hace uso de la fuerza; en noviembre, abolirá la constitución. Entonces estalla la guerra civil. Cinco meses más tarde, cuando se entera de los acontecimientos de Turquía y de la deposición de Abd u-¹³Hamid, Mohammed Alí teme haber ido demasiado lejos y se apresura a restablecer la constitución. Pero será una concesión inútil: el partido «nacionalista» tiene ejércitos que se dirigen a Teherán, deponen al sha y llevan al trono a su hijo, un niño de diez años. La victoria de los «nacionalistas» es completa, en lo que a política interior se refiere. ¿Significa esto que están capacitados para realizar su programa de política exterior? La Asamblea nacional, para escapar del dominio de Rusia e Inglaterra, que en 1907, fijaron un acuerdo con vistas a repartirse la influencia económica y política ¹⁴ la se esfuerza en organizar

administración con ayuda de consejeros jurídicos franceses, y el cuerpo de Policía con la cooperación de j
„ntará restablecer el org oficiales suecos. Esta Asamblea in-

den incluso en la economía, llamando a un experto americano, Shuster. Pero Rusia se opone y pronto obligará a Shuster a dejar el Puesto. La revolución que ha suprimido el absolutismo del sha, no ha podido acabar con la codicia de las naciones extranjeras.

and friendships of Sir Cecil Spring-Rice, ed. par S. Gwynn (Londres, 1929 2 vol. in-5 cen el testimonio del ministro de Gran Bretaña en Teherán. ` Véase p. 19.

0

³ Véase

⁴ Véase p. 51.

C. P. 139.

50

si

CAPÍTULO IV

EL CONTINENTE AMERICANO DE 1904 A 1914

En las dos Américas, lo económico gana por la mano a lo político, pese a la diferencia entre la vida política de los Estados Unidos, que permanece serena, y la de los Estados de América latina, donde el desorden es endémico, la explotación de los recursos del suelo y del subsuelo avanza por todas partes a grandes pasos. El lugar que ocupa el continente americano en la vida económica del mundo no ha dejado de acrecentarse,

I. LOS ESTADOS UNIDOS'

La república de los Estados Unidos está adquiriendo poder constantemente. Gracias a la afluencia continua de emigrantes (en Estados Unidos entra cada año un millón de europeos, sobre todo de eslavos), la población se desarrolla rápidamente: 76 millones de habitantes en 1900, 92 millones en 1910. En ese crisol donde se mezclan las razas, los recién llegados olvidan su lengua y sus tradiciones; se vuelven yanquis y participan de un estado de ánimo colectivo.

En estas condiciones, las aspiraciones sentimentales tienen un papel

' Obras de consulta-Las historias generales más importantes para el estudio de este período son: Ch. A. Beard, *Contemporary American History, 1877-1913* (New York, 1918, in-S'); S. E. Morison et H. Commager, *The growth of the American Republic* (New York, 1937, in-S'); L. Hacker y B. Kendrick, *The United States since 1885* (New York, 1932, in-S'); A. Schlesinger, *The Rise of modern America* (New York, 4^a ed., 1951, in-8.). Sobre el papel de los presidentes: H. Pringle, *Th. Roosevelt* (New York, 1930, m-S'); J. B. Bishop, *Th. Roosevelt and his time* (New York, 1920, 2 vol. in-S'); R. S. Baker, *Woodrow Wilson's Life and letters* (New York, 1931, 4 vol. in-8'); Ch. Seymour, *The intimate papers of Woodrow Wilson* (New York, 1926, 4 vol. m-S'); trad. fr.-ancesa *Papiers intimes du colonel Wilson* (Paris, 1927, 2 vol. in-S'), el t. 1; A. Link, *Wilson: the new freedom* (Princeton, 1956, in-8'). Sobre la vida económica: Bogart, *Economic history of the American people* (New York, 1907, m-S'), Y ed., 1935); Faulkner, *Economic history of the U.S.* (New York, 1937, in-S'); Lippincott, *Economic development of the United States* (Londres, 1921, in-S'); E. Kirks, *A history of American economic life* (New York, 1932, in-S'); trad. fr., París, 1958, 2 tomos; J. Jenks y W. Clark, *The trust problem* (New York, 1929, m-S'); F. T. Lippincott, *The trust problem* (New York, 1929, m-S');

- 52 -

1. El problema religioso es bastante insignificante. Hace tiempo que la población americana de tantos países, formada por tantas naciones, está acostumbrada a la tolerancia religiosa; hace tiempo que todo el mundo admite los gran-

1. El derecho público en los que se apoya la constitución, (desde el principio, de que ya tiene más de un siglo de existencia. Las disputas religiosas no tie-

nen influencia apreciable en la vida política; las divergencias de opinión sobre la organización de los poderes públicos apenas tienen más. Lo que preocupa a la opinión pública, son los intereses materiales, las cuestiones económicas.

Tras los difíciles momentos por los que atravesó el país en 1893, ahora se encuentra en un período de prosperidad sobre todo desde 1898, ex-

Cepto durante la breve crisis que hubo en 1907, la actividad de la producción demuestra progresos considerables. Gracias a la abundancia de los recursos del subsuelo, se desarrollan las industrias extractivas: la producción de carbón, base de toda la actividad industrial, pasa de un total de doscientos doce millones de toneladas en 1900 a cuatrocientos diecisiete millones en 1910; la extracción de mineral de hierro aumenta durante el mismo período en un cincuenta por ciento, la de cobre en un ochenta por ciento; la explotación de los yacimientos de petróleo, produce en 1900, sesenta y tres millones de barriles, y en 1910, doscientos nueve millones. En lo tocante a combustibles, los Estados Unidos se han convertido en el mayor productor mundial. Las industrias de transformación siguen en rápido crecimiento: en 1900, doscientos siete mil centros industriales, con cuatro millones setecientos mil asalariados; en 1910, doscientos sesenta y ocho mil centros con seis millones seiscientos mil asalariados; el valor de los productos manufacturados por las empresas americanas pasa de sencillo a doble.

A diferencia de lo que ocurre en Alemania o en Inglaterra, ese desarrollo corre paralelo a un aumento de la producción agrícola: gracias a la creciente demanda de los países europeos, la agricultura americana, puede encontrar mercados fácilmente. La vasta extensión de un territorio donde hay gran variedad de climas, da a las diferentes regiones la po-

7*4riff history of the U.S. (New York, 1919, in-8'); 9' ed., 1934).-Sobre la vida social: J. R. C~mons, History of labour in the United States (New York, 1918-1935, 4 vol., in-8'); S. Poriman, History of Trade nionism in the United States (Londres, 1922, in-S'); R. Margob, LWolution du syndicalisme am~ricain. De Washington ~ Roosevelt (París, 1935, in-S'); A- M-del, S-Mull Gompers (Yellow Springs, 1963, in-8o).-Sobre cuestiones constitucio-

J. L-bert Hitoire con,tituticmnelle de PUnion am~ricaine (París, 1933-37, 2 vol. W. Will,ug'hby, The constitutional law of the United States (New York, 1929, 3 vol. ln-8o); Mac Laugl~lin, A constitutional history of the United States (New York, 1935, in-

81.-Sobre la transmisi3n de ideas- H. Wich, Society and tbought in modern America. A 'OC"d a"d intellectual h 107 of the American people from 1865 (New York, 1952, 2 vol. 'n-8Q)-Sobre el desarro1s1lo de la potencia americana: H. y M. Sprout, Fondations of nationalPIto- (New Yo,k, 2@ ed. 1951, in-So)

7*be A-erican mind ---Sobre la mentalidad colectiva H. S. Cortunager, ~bi~n lo, , . ; n interPretation, since the 1880's (New Haven, 1950, in-S')-V~anse

gestivos puntos de vista del historiador ingl~s D. W. Brogan, The American p4bw 'Y'ten (Londres, 1933, in-8-).

El (ontinente americano de 1904 a 1914

sibilidad de especializar sus cultivos y de producir en las condicione

S más remuneradoras posl bles. El empleo de maquinaria agrícola y el desarrollo de] regadío en las tierras situadas más allá de] MISSI-Ssi aumentar la superficie cultivable, sin gran incremento de PPI, Permite,

mano de obra

- en El desarrollo de la ndustria americana., evidentemente, ha tenido la vida social, consecueInclas de] m*

IsmO tipo que en los Estados europeos: la concentración de empresas y la formación de grandes núcleos industriales, donde viven las masas obreras, Son características comunes a todos los grandes países productores. Pero esta evolución ha revestido en los Estados Unidos, una fisonomía particular, tanto desde el punto de vista de la organizacion patronal como desde la perspectiva de] talante de los asalariados.

El movimiento de concentración se ha visto acelerado por métodos característicos de la industria americana: las agrupaciones de empresas en combinaciones poderosas que consiguen controlar casi la totalidad de la producción en una especialidad determinada y que están sostenidas por los bancos más importantes. Estos trusts, los encontramos en Europa, sobre todo en Alemania; pero el sistema nació en los Estados Unidos; allí adquirió un gran auge a fines de] siglo XIX. Que los productores salen ganando, está fuera de toda duda: el trust permite trabajar con menos gastos generales, adoptar los mejores métodos de producción, encontrar capitales más fácilmente, y sobre todo, controlar el mercado suprimiendo la competencia entre empresas similares. Para los consumidores, al revés.: el trust ejerce un monopolio de hecho, y por consiguiente es libre de imponer sus precios; además posee un poder económico tal, que puede valerse de él para remunerar abundantemente a través de ayudas y otras complacencias. En ninguna parte «la acumulación capitalista» domina la vida economica como en Estados Unidos.

Con todo, la masa asalariada, parece más satisfecha de su suerte, de lo que puedan estarlo, por la misma época, los obreros europeos. Los efectivos del sindicato son muy inferiores a los que tienen Alemania e Inglaterra. Las ideas socialistas no ejercen gran atracción en las masas obreras; el Socialist party, reorganizado en 1901, tiene un papel muy llimitado: en las elecciones presidenciales de 1904 sólo obtuvo cuatrocientos mil votos y en el Senado no posee más que un representante.

La masa de electores se divide así entre los d¿s partidos tracial clones, republicano y demócrata, los dos «burgueses» y distanciados únicamente por cuestiones de matiz: uno es partidario de la expansión económica en América latina y mantiene estrechos vínculos con los grandes núcleos financieros e industriales; el otro es más reservado en política exterior y ejerce una actitud crítica en relación a las grandes «potencias de dinero».

Hasta 1908 la preponderancia de los republicanos era evidente. En las elecciones de 1904, Theodore Roosevelt a los cuarenta y seis años Obtiene 336 votos contra los 140 de su oponente demócrata. Es un horrible de acción, de aspecto deportivo, con una fisonomía que irradia oPtirii'S-

54

Los Estados Unidos

la curiosi mo y entusiasmo. Es también, un hombre dotado de amplí muy abierto tanto ía las cuestiones económicas como a los problemas de la política internacional. La energía, el valor, de que ha dado prueba durante la guerra hispano - am eri cana, gusta a las masas. Ambicioso y seguro de sí m sino, qu ere desempeñar un papel personal. Grací

1 1 1 1 3 las a sus ciativas, gracias al atractivo que eierce su fuerte personalidad, los Esta dos Unidos gozan de un prestigio en el mundo que .no perjudica en nada, más bien todo lo contrario, a sus intereses económicos. La autoridad del presidente en su propio país se va acrecentando; la opinión públ 1ca le está agradecida por las satisfacciones de amor propio que les da. Sin embargo, pese a esas condiciones favorables,

Theodore Roosevelt, no introduce grandes novedades en política interior. No es que su fértil mente le esté fallando; le gusta desarrollar y de forma brillante, sugerencias generales; pero ¿dónde están las propuestas concretas? En el fondo, el presidente está convencido de que el sistema de producción y de distribución de la riqueza, tal y como existe en Estados Unidos, es completamente sano; desde el punto de vista del régimen de aduanas, considera que el arancel MacKinley, que en 1908 aumentó los derechos a la importación, esta teniendo felices resultados; desde la perspectiva de la organización industrial, se muestra dispuesto a ejercer un control sobre los trusts, pero no pasará del intento, pues en esas formas de concentración industrial, está viendo la consecuencia lógica de la evolución económica

ea. Algún esfuerzo que otro de legislación social, unas iniciativas para aumentar el control del gobierno sobre las compañías de ferrocarril, en fin, medidas destinadas a prohibir las explotaciones forestales y mineras en determinadas regiones, con objeto de constituir «reservas» para el futuro, esto es más o menos el total del balance de la administración republicana bajo la presidencia de Roosevelt.

De 1909 a 1913, la presidencia de Taft constituye una época de transición. El nuevo presidente, que ha hecho una carrera de alto funcionario y que ostentó el cargo de secretario en el Ministerio de Guerra bajo su predecesor, es un republicano cuya candidatura ha sido suscitada y apoyada por su amigo Roosevelt. En la convención presidencial, obtuvo una mayoría e -

asi tan cuantiosa como su predecesor: 321 mandatos contra 162 del candidato demócrata. Apoyado por la gran industria y por el Mundo financiero, atraviesa en un primer momento por una situación es-

- Pero Taft, que es, osegado, serio, sólido, no es un manipulador de hombres; no tiene las cualidades del político nato, que siente como por instinto las fluctuaciones de la opinión pública; tampoco posee las de un jefe de partido y en el partido republicano ejercido * cansado, desgastado por el prolongado ejercicio del poder, empiezan a percibirse signos de debilidad. Los de Indiana, es de los Estados de Middle West quieren una disminución

Puestos arancelarios, que el grueso del partido, presionado por los grandes industriales, se niega a otorgar: el arancel «Payne-Aldrich», votado en agosto de 1909, que agudiza el proteccionismo. Los «jóve-

republicano, e quejan también de que los miembros del congreso,

El continente americano de 1904 a 1914

una vez elegidos, no tengan lo suficientemente en cuenta los votos del cuerpo electoral; quieren que el gobierno «esté más cerca del pueblo», por medio de una nueva estructuración del sistema electoral que inane tenga a los elegidos bajo una vigilancia más directa de los electores. ¡Ese modo se forma en torno a La Follette, senador de Wisconsin, un grupo de Insurgentes que se revela contra los jefes oficiales del partido. Esas disputas entre republicanos, favorecen a los demócratas, que en las elecciones de 1910, obtienen la mayoría en la Cámara de los representantes. A partir de ese momento, la postura del presidente es difícil de mantener; frente a un congreso donde un partido ya no es el «dueño», se ve obligado a ir con cautela. Acepta medidas que forman parte del programa demócrata, como el impuesto general sobre la renta; toma en cuenta las protestas que dirigen los demócratas contra los trusts, y en mayo de 1911 se disolverán la Standard Oil Company y la Tobacco Company. Por el contrario, opone su veto a las reducciones de arancel de aduanas, votado en 1911 por el congreso. La desavenencia que se va perfilando entre Roosevelt y él, contribuye a agravarlo todo.

En el momento de la campaña presidencial de 1912, la situación política es confusa: en el interior del partido republicano, los partidarios de la reelección de Taft mantienen una lucha con el grupo de disidentes. En la convención del partido, Taft les aventaja; pero sus adversarios abandonan la disciplina republicana y funden el nuevo partido «progresista», eligiendo a Roosevelt como candidato. A los demócratas no les cuesta trabajo discernir la ventaja que se les brinda; eligen como candidato a Woodrow Wilson, que está exento de sospechas hacia intereses financieros. Así entran en escena tres partidos, contrariamente a la tradición americana, tres partidos cuyos programas se diferencian por la orientación que los candidatos dan a su campaña. Contra Taft, que representa a los «satisfechos», los otros dos le hacen la guerra: uno, Wilson, denunciando la tiranía de los grupos financieros en la vida económica y política; el otro, Roosevelt, pidiendo reformas políticas, sobre todo el derecho a voto para las mujeres y la designación de senadores por elección directa, y río por las Asambleas legislativas de los Estados. Gracias a la división en que se encuentran los republicanos, triunfarán los demócratas; pese a

que en total consiguen menos votos de los que tuvieron en 1904, y de que están lejos de poseer la preponderancia del país, lo cierto es que obtienen una mayoría aplastante entre los electores presidenciales: Woodrow Wilson queda elegido por 435 mandatos, contra los 88 de Roosevelt y los 8 de Taft. Cuando en marzo de 1913, el presidente Wilson sea «inaugurado»; tendrá cincuenta y siete años. Antes de ser gobernador del Estado de New Jersey, fue profesor de ciencias políticas. Es un intelectual que da a su pensamiento un matiz abstracto. Es también un idealista que tiene preocupaciones morales y cree en su «misión». Y sin embargo este sentido de lo general está equilibrado por una percepción bastante alerta de las necesidades políticas: Wilson ha sido elegido por una mil...”

Los Estados Unidos

ría; por 50 vigila atentamente las oscilaciones de la opinión pública y tiene preocupaciones de interés electoral de forma constante. Pero, aún cuando estas contingencias lo dominan, sabe mantener el porte de un

pensador, cuyas altas miras sobrepasan los horizontes de la humanidad media. Por otra parte posee la firmeza, la obstinación y la sangre fría propias del carácter de un jefe; sabe asumir sus responsabilidades y está to-

talmente decidido a darles más empuje. «Allí donde esté la voluntad más fuerte, residirá la soberanía», dijo en un discurso de 1912. «Si el congreso es quien posee la voluntad más fuerte, el congreso dominará al gobierno. Si el guía más enérgico está en la presidencia, será el presidente

quien domine.»

El hecho es que Wilson domina el congreso. En primer lugar, plantea la cuestión de la política aduanera. El excesivo proteccionismo, se-

gún él, da como resultado la concesión de privilegios a ciertos productores, sin tener en cuenta los intereses generales de la nación. La «tasa Underwood», sometida a votación en 1912, disminuye los derechos sobre los productos textiles manufacturados y sobre los metalúrgicos; suprime los derechos sobre la maquinaria agrícola así como sobre el azúcar en bruto. Se trata del primer esfuerzo serio que se haya hecho, desde la guerra de Secesión, para oponerse a los excesos del proteccionismo. A continuación Wilson aborda la cuestión bancaria, con intención de combatir contra el monopolio de facto que poseen las grandes entidades de Nueva York. El Federal Reserve Act (22 de diciembre de 1913) tiene como objetivo asegurar, a la vez que la «descentralización» del sistema bancario, el control del Estado federal. Por último, Wilson quiere vigilar la actividad de los trusts, pues «todo monopolio privado es insostenible e intolerable». A este respecto responderá el voto de Clayton Act en octubre de 1914. En 1913 ya se habían hecho unas enmiendas al gobierno a establecer un impuesto general sobre la renta, para compensar la disminución de los ingresos aduaneros y otro llevando a cabo una de las reivindicaciones del partido progresista: la elección directa de senadores por el pueblo.

En un año, la administración demócrata ha realizado una obra legislativa más importante que la efectuada en los veinte años anteriores. Incluso entre sus adversarios, Wilson goza de un gran prestigio, porque ha adquirido pruebas de su autoridad y de su fuerza de voluntad; todos están de acuerdo en reconocer su claridad de perspectivas, su firmeza, sus aptitudes para el papel de jefe. Indudablemente también ha provocado descontentos en la banca y las cámaras de comercio. Pero las resistencias todavía no se manifiestan abiertamente. Tras un año de experiencia, Wilson es considerado como un «gran presidente».

56

57

El continente americano de 1904 a 1914

II, LOS ESTADOS DE AMÉRICA LATINA 2

Mientras que en América del Norte, la gran república, rica y poderosa, está en pleno apogeo, los veinte Estados de América Central y América del Sur, divididos por discordias de todo tipo y por litigios fronterizos, llevan una existencia descuidada, frecuentemente perturbada por la anarquía. Típico contraste que los escritores de lengua española son, los primeros en señalar.

A decir verdad, esta América latina, pese al parentesco lingüístico que existe entre las poblaciones, está muy lejos de poseer una unidad real desde el punto de vista étnico. De los ochenta millones de hombres que la pueblan, sólo dieciocho son de raza blanca, luego hay diecisiete millones de indios y seis millones de raza negra, procedentes de África en tiempos de esclavitud; los demás, o sea, la mitad de la población aproximadamente, son mestizos. La proporción en que se dan estos diversos elementos varía mucho de un Estado a otro; en las regiones de clima templado, los blancos constituyen una parte importante de la población, mientras que los «hombres de color» abundan en las zonas de clima tropical o ecuatorial. Aunque para entender la población de cada Estado, hay que tener en cuenta, la huella más o menos patente que dejó la antigua colonización española y también la aportación constituida por la inmigración reciente. Argentina que está relativamente cerca de Europa, ha recibido una gran afluencia de inmigrantes, italianos y españoles sobre todo, de modo que la población de origen europeo representa casi la cuarta parte de la población total. Chile, por su situación más alejada de Europa, apenas ha recibido una cifra insignificante de inmigrantes, a pesar de que las condiciones geográficas son parecidas a las de Argentina. En Perú, los indios de raza pura todavía constituyen la mayoría de la población, mientras que Colombia, país donde la colonización española tuvo mayor alcance, está poblada sobre todo por blancos y mestizos. Por último, Brasil fue tierra de colonización portuguesa, y en su

Los estados de América latina

‘ Obras de consulta-F. García Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique* (París, 1912, in-12); J. Bryce, *South America* (Londres, 1912, in-8°), tr. fr: *Les républiques sud-américaines*, París, 1914, in-8°); P. A. Nartin y H. Jarrés, *The Republics of Latin America* ‘. Their history, government and conditions (New York, 1923, in-8°); V. Tapié, *Histoire de l'Amérique latine au XIX, siècle* (París, 1945, in-8°); Y. Rippey, *Historical evolution of Hispanic America* (Oxford, 1932, in-8°); W. S. Robertson, *History of the Latin American nations* (New York, 1932, in-8°); Carlos Pereira, *Historia de la América española* (Madrid, 1920-26, 8 vol., in-8°); E. Palacio, *Historia de la Argentina* (Buenos Aires, 1954, in-8°); C. Beals, *Porfirio Díaz, dictator of Mexico* (Filadelfia, 1938, in-8°).-Sobre el panamericanismo: véase *Latin America and the United States* (New York, 1922, in-8°); W. S. Robertson, *Hispanic American relations with the United States* (Oxford, 1933, in-8°), esencial; Guilaing, *L'Amérique latine et l'impérialisme américain* (París, 1929 in-8°); J. Pépin, *Le panaméricanisme* (París, 1939, in-16, de la «Collection Armand Colin»); S. Bernis, *The Latin American policy of the U.S. An historical interpretation* (New York, 1943); Th. McGann, *Argentina, the U.S. aid the interamerican System, 1880-1914* (Cambridge, Estados Unidos, 1957, in-8°); D. G. Munro, *Intervention and dollar diplomacy in the Caribbean, 1900-1921* (Princeton, 1964, ul-0.

territorio se encuentra la mayor parte de los negros traídos de África. Estas diversidades étnicas junto con las razones históricas y geográficas,

los Estados de América latina su individualidad contribuyen a dar a nacional.

La evolución política, a pesar de las diversidades del medio humano, presenta un rasgo común: la ineptitud para llevar a la práctica un régimen liberal y constitucional. Los Estados tienen constituciones, pero sólo son papeles sin valor. En realidad, la única forma de gobierno que con-

tribuyen estos pueblos, es el poder personal. Da igual que el presidente de la república haya recibido la investidura por cauces legales, o que se haya impuesto por la fuerza; siempre acabará ejerciendo una dictadura. Las

Asambleas parlamentarias aceptan las órdenes del órgano ejecutivo.

Los partidos son la clientela de un hombre y luchan por apoderarse del cargo presidencial. La violencia está a la orden del día, y la historia política se ve marcada frecuentemente por golpes de Estado, por pronunciamientos, que derrocan una dictadura para instituir otra. Es un rasgo que asemeja los Estados de América latina a la España de mediados del siglo XIX.

El carácter de esos gobiernos sin embargo, no es idéntico de un Estado a otro. Las transformaciones económicas están favoreciendo la formación de nuevos partidos, que representan los intereses de los productores y de la economía. Estos grupos de interés aceptan el poder de un hombre con tal de que se ejerza en su provecho, pero lo conciben bajo una modalidad alejada de la tradición. Mientras que, durante más de medio siglo, la dictadura militar ha sido casi la única regla, ahora son los «Civiles» quienes ocupan los cargos presidenciales en una parte de América latina. Pero la evolución todavía no ha alcanzado a todos los Estados. Cuando el jurista inglés James Bryce, en un viaje de información Judicial que realizó en 1910, hace una valoración de los regímenes políticos sudamericanos, con su «severidad de puritano», distingue dos grupos diferenciados entre estos Estados.

En el primero, donde sitúa las repúblicas de América Central, las de la zona noroeste de América del Sur (Ecuador, Colombia, Perú) y el Paraguay, el funcionamiento de las instituciones políticas, no es más que *larsa**, según él. El presidente, casi siempre un militar, accede a su cargo por la fuerza y gobierna «con la espada». La revolución es la forma necesaria de la vida política, ya que la oposición no tiene la menor esperanza de llegar al poder por medios legales. En Venezuela, el general Castro, que ejercía la dictadura desde hacía varios años, es derrocado en 1907 por el general Gómez; en Nicaragua, el general Zelaya, tras veinte años de dictadura es expulsado en 1911; en México, el general Porfirio Díaz, que detentó el poder desde 1876, es derrocado en 1911, y su caída

a P. inici un Período de guerra civil. Guatemala es uno de los pocos Estados

véase

P. 18.

58

59

El Canadá

El continente americano de 1904 a 1914

-fuerza sin verse sacudidos por una revolución, pero que atraviesan este período, la Caerera lleva sólidamente la rienda del país sólo porque el presidente pide la importación a través de un servicio de espionaje y consigue importación de armas. Uruguay -Argentina, Brasil y Chile donde empiezan

En el segundo 9 industriales y comerciantes, la @dia>@ formada por a sugerir una «clase me

confianza es menor y los métodos menos escuetos. Aquí ya no son inestables 1 el papel dominante los militares, sino los abogados quienes desempeñan

política. Este nuevo personal se siente más inclinado a admitir

en la los principios del gobierno constitucional, pero si bien es inusual que se

tenga que recurrir a la fuerza, todavía falta mucho para que la puesta en práctica sea impecable-. el partido en el poder respeta las formas, permitiendo a cierto número de sus adversarios que acudan al Parlamento para representar a la oposición; pero, a través de la presión electoral, se va asegurando una sólida mayoría. No importa: «la picardía», dice Bryce, «no

es tan nefasta como la violencia, pues al menos no altera el orden público». esos «países nuevos»

Por otra parte, hay que darse cuenta de que en

donde el Estado es el «tutor necesario», los regímenes dictatoriales, si

consiguen mantener el orden durante algunos años, no obstaculizan el

1 contrario. Durante la presidencia de Porfirio Díaz, poder económico, a

fue cuando se organizó la explotación de los recursos mineros de México. En Venezuela, el presidente Gómez . pone todo su empeño en pro-

mover las minas de cobre y oro, los yacimientos petrolíferos, así como

el aumento de la producción de café. Pero en uno y otro caso son las

sociedades extranjeras quienes toman las riendas de la explotación. ¿Habrá que reprochárselo a los dictadores? A decir verdad, en los Estados donde el régimen político ha evolucionado más, los procedimientos seguidos no son muy distintos que digamos. Argentina debe su prosperi-

dad económica a los capitales extranjeros y a la mano de obra extranjera, que le han permitido extender los cultivos de cereales en La Plata y cons-

truir los productos agrícolas las vías férreas indispensables para transportar las mercancías hacia la costa. Si Perú se convierte en aquel momento en un im-

portante productor de cobre, lo debe a las iniciativas extranjeras, así como

la explotación de los nitratos. de Chile, que también se ha hecho con la

inversión de capitales extranjeros. La riqueza del Estado brasileño está ligada al desarrollo de las plantaciones de café, conseguido gracias a la

importación de mano de obra europea. Esta transformación económica

es un producto del capitalismo avanzado que a su vez también está re- ,dad» no mejora el nivel de cogiendo las ventajas que puede. La «prosperidad» de las masas populares e incluso tiende a veces a agravarlo: en Méjico, por

ejemplo, la economía «liberal», de la que se valen los partidarios de Por-

firio Díaz, favorece el crecimiento de los bienes raíces y desarticula las

do así a una parte de los campesinos comunidades rurales indias privan. y de la de sus tierras. A pesar de la semejanza de destinos económicos analogía de los regímenes políticos, los particularismos son notorios. La

- 60 -

sentimiento de orgullo nacional. Incluyente exaltando el esfuerzo ,española, no hay rastro de un literatura los cl: se afirman incluso con mas

nt., las repúblicas de lengui onalistas Í e la SO e lar la cohesión. Los nac tario repriff

desarro ;da que en cada Estado, un gobierno . autori

a me 1 igios fronterizos iguen enfrentanv1gor5 uía política. De este modo los I>t» á y Chile luchan ariarq ermanos de lengua, unos contra otros Per davía está en Podo a estos . , .1 n de Tacria y Arica. Perú tO

ón de la regio Bolivia ansía el territorio

p or -la posesr iales cor, el Ecuador y Bolivia, , escribe un historiador lérmicas territ0r_haco. «El continente hisPáil'co»

raguayo del. un pasado a imagen de la vieja Europa, lleno de fastos pa ». La idea de una solidafrances, «se as,9111 dades y de alianzas históricas militares, de rival; no es más que un terna literario. ;jdad de la América española,

III. EL CANADÁ' frontera puramente convenSeparado de los Estados Unidos por una to a su poderoso Cional, el dominio del Canadá se encuentra con respec

a situación delicada. No cabe duda de que los territorios vecino, en un n vías de rápida transformación: gracia, a la inmigracnadienses están e nes y medio de habitantes ción e transcontin @uropea, la población pasa de cinco millo ental,

en 1914; gracias al ferrocarril ceen 1901, a ocho r[11 1 ieren los llanos del noroeste se incrementa a ritmo a e[valor que aquí sde el punto de vista económico, tc`-

lerado. Pero el país, heterogéneo de de ori-

avía lo es más en lo que respecta a la población. Los canadienses

taciOnCs de inmigrantes, mantienen gen francés, pese a no recibir apor @ rialtadidad: en 1871, más o menos su lugar en el país, gracias a una fuerte ienen el 28 %. formaban el 31 % de la población; e, 1911 todavía mant . to con los

pero sin cohesión: jun El elemento británico es preponderante, proporción de irlandeingleses y escoceses hay que contar con una gran n número ses. Los «nuevos» inmigrados, entre los que se encuentran bue

de escandinavos y es ' constituyen, en 1911, el 18 % de la población
lavos, ayor parte las regiones «nuetotal, y son ellos quienes pueblan en su ni
vas» del noroeste. canadiense con estas poblaciones dife-

¿Cómo forma una «nacion» . s inmigrados eslavos se ha-

rentes en lengua y religión? Es cierto que lo i dienses de origen incen ingleses con bastante rapidez, pero
entre cana i glés y canadienses de origen francés, hay frecuentes dificultades, a causa

1 c'olar, es decir de Íón religiosa, vinculadas ambas de la cuestión es la cuesti

Obras de consulta-Aderrías de las historias del Canadá, sobre todo la cambridge His-

ewfoundland (Cambridge, 1930, in-S'); y tory of the British Empire, t. VI: Canada aná N treal, 1935,
in-12) y de los libros de J. Bruchesi Histoire du Canada pour touS, t. 11 (Mon F. Roz, Vue générale de l'histoire du
Canada (parís, 1934, in-12); hay que consultar, para

Iré Siegfried, Le Canada, puissanuna apreciación general de los pro le ce internationale (París, 1936, i_8@) Giraud,
Histoire du Canada (Paris, 1946); L. Le-

Vs, el libro de An(

monnier, Histoire du Canada franQais (París, 1949, in-8-).

al problema de la autonomía provincial. En el marco de la federación nadiense, cuyo estatuto fue establecido en 1867, cada provincia poseía una asamblea legislativa a quien compete establecer la organización de la policía, el auxilio social de los trabajos públicos y de la enseñanza. Los canadienses franceses disponen pues, en la provincia de Quebec, donde están agrupados en su mayor parte, del medio para reglamentar el problema escolar como mejor les parezca. Pero en las provincias del oeste -Manitoba, Alberta, Saskatchewan--, donde los núcleos de canadienses franceses viven aislados en medio de una población inglesa o que se ha hecho inglesa, el clero católico reivindica el derecho a establecer escuelas «francesas» paralelamente a las inglesas, a cargo del presupuesto provincial. Al serle denegada esta petición, la prensa de Quebec echa las culpas al gobierno federal, que intentará en vano proponer un término medio. El asunto provoca un malestar político, que sin ser demasiado grave, mantiene en los canadienses franceses un tono de desconfianza en relación a la confederación. El «bloqueo» francés sigue sin aceptar la unificación del país. Mientras que en Estados Unidos las poblaciones de origen más diverso, no han tardado en fundirse en el crisol de la civilización americana, en Canadá existen dos culturas yuxtapuestas, la inglesa y la francesa. ¿Dónde encontrar los elementos de un patriotismo canadiense, de una «conciencia nacional» canadiense? ¿Y el gobierno no estará temiendo que la fuerza de atracción de los Estados Unidos acabe por implantarse en el interior de estas poblaciones tan distintas?

Sin embargo el peligro no es tan grave como pueda parecer a simple vista, porque los canadienses franceses carecen de intenciones irredentas son rebeldes a las costumbres «americanas» y saben que si, por alguna de aquéllas, la federación canadiense fuese absorbida por los Estados Unidos, ellos, los católicos de lengua francesa, no serían más que una ínfima minoría aplastada por la enorme masa de los yanquis. Por eso, pese a que no sienten confianza ni simpatía hacia los ingleses, conservan su lealtad a la corona británica.

Pero en el terreno de los intereses económicos, la atracción que ejercen los Estados Unidos quizá sea más notoria. Canadá es exportador de productos agrícolas e importador de productos industriales. La política del gobierno de Ottawa había favorecido en 1898, la importación de mercancías inglesas, concediendo a Gran Bretaña una tarifa de preferencia. Ahora bien, en 1910, el primer ministro canadiense, Sir Wilfrid Laurier, entabló negociaciones comerciales con Estados Unidos, quienes, a

causa del rápido crecimiento de su población, quieren comprar a callada productos alimenticios. El proyecto pactado entre los dos países estipula que la implantación de los productos agrícolas canadienses a los Estados Unidos, será eximida de tasas aduaneras y que la importación al Canadá de los productos manufacturados procedentes de los Estados Unidos, será gravada por impuestos muy moderados. Pero la política de Laurier

tropeza con una fuerte oposición

por parte de los canadienses, el régimen de aduanas, dicen ellos, ajver-

El Canadá

sarios del primer ministro, acabará por reducir los vínculos económicos

entre Canadá y Gran Bretaña, acrecentando en el país la influencia de la producción de trigo de la «Pradera», en lugar de ser exportado los Estados Unidos. En cambio, hacia el sur; las corrientes comerciales con Europa por Montreal, irán

es, orientadas de este a oeste, se destruirán. Ahora bien, lo que predomina es la unidad de intereses entre las provincias canadienses es la existencia de esas corrientes. ¿Qué consecuencias va a tener

la unidad nacional? La oposición estima que semejante acuerdo podría desembocar en una «absorción» progresiva del Canadá por parte de los Estados Unidos. Para romper esta resistencia, Laurier disuelve el Parlamento; pero no servirá de nada, pues, en las elecciones generales, se verá obligado a dimitir por el fracaso a que le llevan el partido conservador inglés y los canadienses franceses.

La caída de Laurier adquiere matices de manifestación de lealtad británica. El nuevo primer ministro, Borden, declara que el destino de

Canadá está vinculado al de Gran Bretaña «absoluta e irrevocablemente».

62

63

CAPÍTULO V

LOS ESTADOS EUROPEOS DESDE 1904 A 1914'

La evolución de Europa a principios del siglo XX, tiene un rasgo común: el progreso de las ideas y de las instituciones liberales y democráticas. Este progreso favorece la actividad de dos fuerzas cuya importancia se va afirmando día a día: el movimiento socialista y el movimiento de las nacionalidades, los dos « revolucionarios ». La primera de estas fuer-

zas es producto de la evolución económica, del progreso de la concentración industrial; la segunda, responde a las aspiraciones morales de las poblaciones que, en una parte de Europa, están sometidas a una dominación extranjera y que ponen la realización de su deseo de autonomía o de independencia por encima de las reivindicaciones de orden material. Ambas son profundamente distintas en su esencia y objetivos, sin embargo, en algunos casos ejercen una acción paralela.

I. FRANCIA 2

Entre los grandes Estados, Francia es uno de esos en donde los conflictos sentimentales siguen desempeñando un papel activo: las cuestiones

1 Obras generales de consulta---A la 7ª edición prolongada hasta 1914, de la obra clásica de Ch. Seignobos, *Histoire politique de l'Europe contemporaine. Evolution des partis et des formes politiques, 1814-1914* (París, 1924, 2 vol. in-8°); hay que añadir la obra de M. Ballmont, R. Isay y H. Germain-Martin, *L'Europe de 1900 a 1914* (París, 1966, in-8°); y *L'Europe des XIX^e et XX^e siècles. Problèmes et interprétations historiques* (Milán, 1962, V ss., 5 vol. el t. 3)---Véase también los sugestivos puntos de vista de Elie Halévy, *The World of the 19th Century* (Oxford, 1938, in-So).-Sobre el socialismo: véanse las obras generales citadas, en el t. VI.-Sobre el movimiento de las nacionalidades, P. Henry, *Le problème des nationalités* (París, 1938, in-12, de la «Collection Armand Colin»); y Georges Weill, *L'Europe du XIX^e siècle et l'idée de nationalité* (París, 1938, in-So, de la colección «L'évolution de l'humanité») 'Obras de consulta.-Sobre la situación política, económica y social de Francia, la obra fundamental es la de Ch. Seignobos, *L'évolution de la République*, que forma el t. IX '«Histoire de France contemporaine» d'E. Lavis (París, 1921, in-8°); las historias de la III República son, con frecuencia, demasiado escasas, para este período. Ese " el caso de: Maxime Petit, *Histoire de France: la République* (París, 1938, in-8°); J. Flé-

nes religiosas continúan en gran medida, las luchas entre partidos, confiriéndoles su fisonomía original.

La vida económica francesa, se ha modificado mucho menos con el

desarrollo industrial que la de Alemania o la de Gran Bretaña. Sin duda alguna, que la producción va en aumento. La «población industrial», es decir, los trabajadores de las industrias extractivas, de las industrias de transformación y de transportes, aumenta en diez años en grandes proporciones: 5.640.000 en 1901; 7.840.000 en 1914. Esta evolución va acompañada, como en cualquier otro lugar, por una tendencia a la concentración de empresas, que conlleva el declive del artesanado y de la industria casera; pero ese movimiento, muy notorio en lo textil y la metalurgia, es más lento en los otros grupos de industrias. La fabricación francesa concede un lugar importante a los artículos de lujo, que precisan de una

tier, La 31 République (París, 1936, in-8°), discutible; J. Bainville *La République* (París, 1935, in-16); R. David, *La République* (París, 1934, in-8°); G. Bourgin, *La République* (París, 1939, in-12, de la «Collection Armand Colin»); pero hay que consultar: Jacques Chastenet, *Histoire de la République* (París, 1952 y ss., 6 vol.); G. Bonnefous, *Histoire politique de la 31 République* (París, 1955 y ss., in-8°); D. W. Brogan, *The development of modern France, 1870-1939* (Londres, 1940, in-So); F. Goguel, *La politique des partis sous la République* (París, 1946, 2 vol. in-12; le tome I); Se debe consultar además, para la historia social, Ch. Morazé *La France bourgeoise, XVIII-XX siècles* (París, 3ª ed., 1952, in-8°); para la historia de las ideas y de los partidos políticos: A. Siegfried, *Tableau politique de la France de l'Ouest* (París, 1913, in-8°); y del mismo autor, *Tableau des partis en France* (París, 1930, in-12); A. Soulier, *Instabilité ministérielle sous la République* (París, 1939, in-8°); Thibaudet, *Les idées politiques de la France* (París, 1932, in-12); E. Weber, *The nationalist Revival in France, 1905-1914* (Berkeley, 1959); y del mismo autor, *L'Action française* (París, 1962, in-8°, trad.) Jean Touchard, *Le nationalisme de Barrés*, en los «Actes» del coloquio organizado en Nancy en octubre de 1962, pp. 161-173; R. Rémond, *La Droite en France de 1815 á nos jours* (París, 31 ed., 1968, in-12); Fr. Goguel, *Géographie des élections françaises de 1870 a 1951* (París, 1951, in-81).-Sobre las cuestiones religiosas, Debidour, *Histoire des rapports entre l'Église et l'État* (París, 1910, in-8°); Lecanuet, *Les signes avant-coureurs de la séparation* (París, 1930, in-So); A. Dansette, *Histoire religieuse de la France contemporaine* (París, 1951, in-81), el tomo II; para las cuestiones sociales, las obras sociales de Paul Louis, en particular, *Histoire du socialisme en France de la Révolution á nos jours* (París, 1925, in-8°); A. Zévaés, *Le socialisme en France depuis 1904* (París, 1934, in-12); Ed. Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier*, t. 11 (París, 1939, in-So); F. Challaye, *Syndicalisme révolutionnaire et syndicalisme réformiste* (París, 1909, in-8°); Ernst Posse, *Der Marxismus in Frankreich* (Berlín, 1930, in-8°); G. Jotiaux, *Le syndicalisme et la C. G. T.* (París, 1920, in-16).-Para las cuestiones económicas: véase sobre todo Ch. Rist (y otros) *De la France d'avant-guerre á la France d'aujourd'hui. Vingt-cinq ans d'évolution de la structure économique et sociale française* (París, 1939, in-8°). Añadir Louis Pommery, *Aperçu d'histoire*

contemporane 1890-1939 (París, 1925, in-8'). El libro de M. Augé-Laribé *L'agriculture pendant la guerre* (París, 1925, in-8'), contiene, en su primer capítulo, datos útiles sobre el período 1900-1914. Para las cuestiones relativas a la producción industrial: E. Levasseur, *Questions agricoles et industrielles sous la III^e République* (París, 1909, in-8'); P. Cornbe, *Niveau de vie et progrès technique en France, 1860-1929* (París, 1956, in-8'). Por último, se consultarán las biografías de H. Lévy-Bruhl, Jean Jaurés (París, 1924, in-8'); G. Suárez-Villa, *Aristide Briand* (París, 1938, 2 vol. in-8'); que aporta documentos; para el período 1912-14 R. Poincaré *Service de la France. Neuf années de souvenirs* (París, 1926, in-8'); los *Discursos* (del 1 al 11); Ues, importante G. Wormser, *La République de Clemenceau* (París, 1961, in-8'),

64

65

mano de obra experta. Este carácter la protege, al menos en parte, contra los excesos de la producción en serie.

La agricultura mantiene toda su importancia en la economía nacional; no se verá mermada por el progreso de la industria como en Gran Bretaña, por ejemplo. Claro que la población agrícola va disminuyendo, pero lentamente; el número de habitantes que viven de la tierra todavía es de ocho millones y medio, y la proporción de trabajadores del campo en relación a la población total es del 44 %. La disminución de la mano de obra está compensada por el progreso de los métodos de cultivo que permite acrecentar el rendimiento por hectárea. El número de campesinos propietarios aumenta constantemente: en 1912 alcanza los 120,000 aproximadamente. La gran propiedad sigue disminuyendo, así como el efectivo de Jornaleros y mozos de campo: en Francia, el «proletariado rural» sólo existe en aquellas regiones en donde el tipo de cultivos exige el empleo de una mano de obra más abundante. En conjunto, el número de agricultores que trabajan por cuenta propia -propietarios o granjeros-, sobrepasa al de los obreros agrícolas y mozos de campo. Esta si-

tuación es típica de la agricultura francesa; desde el punto de vista social, representa un elemento de estabilidad.

En definitiva, a pesar de que el progreso de los intercambios y del comercio exterior sea más lento en Francia de lo que, por la misma época, lo es en algunos Estados vecinos, la vida económica del país está me-

yor equilibrada; la producción francesa depende mucho menos que otras, de las condiciones que ofrece el mercado mundial y acusa la influencia de las crisis de forma más amortiguada.

Si bien es cierto que Francia, país de equilibrio económico, conserva, en la evolución general del mundo, cualidades de moderación que no

siempre comparten los países vecinos, no es menor la sensibilidad que muestra en la vida política, a la influencia de ciertas corrientes 1 1 cas. El sentido de la justicia y el gusto por la independencia del individuo, forman parte del patrimonio intelectual; las preocupaciones mate-

riales no impiden que la masa conserve una facultad de entusiasmo. Prueba de ello son las pasiones que ha desatado en el país el asunto Dreyfus. El «Asunto» en cuestión continúa, mucho tiempo después de haber sido zanjado judicialmente, oponiendo concepciones políticas y orientando las líneas de demarcación entre los diferentes partidos. En el fondo *d, estas discusiones está la cuestión religiosa, o más exactamente la cuestión clerical, animando la vida política: el conflicto entre el ideal republicano y la influencia del clero que data de los primeros años de la República, está adquiriendo tintes más graves ‘ desde 1901. En el país, la política rc’

ligiosa está en el centro de las luchas electorales.

Estas condiciones generales, económicas y religiosas explican la fo” mación de los partidos. Desde 1902, la preponderancia pertenece a los

Francia

Véase el volumen precedente de esta colección, V. XVIII. L'essor indust,i,! et

rialisme colonial (1878-1904), pp. 502-506.

radicales, quienes la mantendrán hasta la guerra mundial. El programa radical sigue inspirándose, en líneas generales, en el que había formulado la oposición republicana a fines del 11 Imperio. A principios del siglo XX, la reforma fiscal, estableciendo un impuesto progresivo y global sobre la renta, Y la separación de las Iglesias y el Estado, constituyen las reivindicaciones más inmediatas. La clientela electoral del partido, que se encuentra en la pequeña burguesía, entre los funcionarios y en la masa campesina de las regiones meridionales, no es homogénea desde el punto de vista social ni

tampoco desde la perspectiva de los intereses económicos, sino que ante todo, está formada por todos los que, en la provincia y en el pueblo, son contrarios a la influencia clerical. La persistencia de estas antipatías es y seguirá siendo uno de los rasgos característicos de la vida política local. A la derecha del partido radical, los grupos republicanos moderados y los conservadores no muestran homogeneidad alguna. Los partidos del centro están vinculados a la tradición de los «oportunistas», mientras que la «Acción liberal», que lucha contra la política anticlerical de los radicales, agrupa a los católicos reunidos. A la izquierda de los radicales, los socialistas van progresando. Durante mucho tiempo estuvieron divididos en fracciones por divergencias de táctica y divergencias entre personas. Sólo en abril de 1905 y bajo la presión de la Internacional, se realiza la unidad socialista. Las decisiones del Congreso socialista imponen a los elegidos del partido, la obligación de renunciar a «los créditos militares y de conquista colonial» así como la de no votar el total del presupuesto; les prohíben, de hecho, la participación en el poder. Pero el partido, a pesar de no contar más que con

35.000 mil miembros en 1905, encuentra en la masa electoral ayudas ocasionales que le permitirán tener en el Parlamento, o al menos en la Cámara de diputados, una influencia notoria. La persona de su 'efe va a contar mucho en el papel que desempeña el grupo parlamentario)Í

rio socialista: Jean Jaurés posee esa autoridad personal que proporcionan el talento oratorio, la amplitud de miras, y el calor de las convicciones. Su calidad de filósofo le permite guiarse por una concepción general del mundo capaz de elevar el nivel de los debates; su espíritu generoso sabe expresar los sufrimientos humanos; idealista como es, sobresale en el arte de construir un sistema. Experto en táctica parlamentaria, se opone a los métodos de violencia y de estéril oposición.

Para tener una idea más completa de las fuerzas que orientan la vida Política francesa, hay que volver la vista hacia afuera del Parlamento. Los dos MOV, *

Imientos que se perciben están en antítesis tan absoluta que su Y"taPOsición, aun siendo fortuita, parece extra 1
tienen algo en común: su desp Í fia; y sin embargo las dos

recio hacia el régimen parlamentario. Por un lado, la «Accion francesa», que data de 1898, es un partido «nacional »' que quiere «reconstruir un país fuerte» a través de un gobierno fuerte. F-n su «Encuesta sobre la monarquía», Charles Maurras le ha proporclOnado una doctrina. Para él, el gobierno republicano conduce a la «anarquía» Y a la ---tiranía»; -anarquía de alto nivel, a casua de los de-

66

67

fectos del régimen parlamentario, y tiranía ejercida desde abajo, por una centralización burocrática heredada de Napoleón I- El remedio sería la monarquía «hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada»@. Del .ando a un lado las cuestiones económicas y sociales, esta doctrina sol, se ocupa de la organización de los poderes públicos. «La política primero». El partido no presenta candidato alguno a las elecciones legislativas y para lograr sus objetivos, cuenta únicamente con el «poder coercitivo» preparado por la actividad de una minoría enérgica. El número de sus miembros es muy restringido, y su influencia en la vida política, casi nula.

En el otro extremo, en los medios obreros, aparece una doctrina sindicalista revolucionaria, cuya actividad práctica es mucho más importante. Desde 1895, las uniones y confederaciones de sindicatos están presididas por un único organismo, la «Confederación General del Trabajo» (C. G.T.) que agrupa a la mayor parte de obreros sindicados. Esta acción corporativa sólo cuenta con un pequeña parte de los trabajadores, el 6 % del total de asalariados, el 13 o el 14 % de los asalariados de la industria. Pese a la escasez relativa de efectivos, 0 más bien a causa de esa escasez, los sindicatos desempeñan un papel activo, pues sus afiliados representan los elementos más ardientes, más combativos. El movimiento sindicalista francés, determina en 1906, en el congreso de Amiens, los principios de su acción. Menospreciando los recursos políticos, no quieren vincular su actividad a la del grupo parlamentario socialista: la C.G.T. estima que si se ponen a colaborar con los partidos políticos, los «ejecutivos» sindicales serán utilizados con fines electorales y acabarán «aburguesándose». Así pues, el movimiento obrero se orienta hacia «la acción directa». El teórico de este sindicalismo revolucionario, Georges Sorel, en sus «Reflexiones sobre la violencia», ve en la huelga general la «batalla napoleónica» que apunta hacia la destrucción del adversario y que debe provocar el hundimiento de la sociedad capitalista.

La evolución del régimen ha confirmado ciertas tendencias características, en las instituciones políticas francesas. El presidente de la república se ve reducido a ejercer una autoridad únicamente moral, a pesar de los amplios poderes que le confieren los textos constitucionales. El Parlamento, por el contrario, posee un cometido de un alcance superior al que podían prever los redactores de la constitución: las comisiones de la Cámara y del Senado no se limitan a intervenir constantemente en el trabajo legislativo; sino que, han adquirido un derecho de control sobre las actividades de la administración. El poder legislativo amplía su conipetencia a costa del poder ejecutivo que está debilitado y exasperadoPero este Parlamento soberano, a causa de la excesiva fragmentación de los grupos políticos y de la insuficiencia de la disciplina de partido, carece de la firmeza que posee el Parlamento británico, de modo que la inestabilidad ministerial se ha convertido en uno de los rasgos que caracterizan al régimen. Los teóricos del derecho político denuncian los defectos de la política francesa por unanimidad; sin embargo, los círculos PO-

- 68 -

Francia

líticos no se inmutan lo más mínimo; nadie considera seriamente la evertualidad de una revisión constitucional; hasta se tacharía de aventura sernejante empresa.

En 1905 y 1906, mientras que la cuestión marroquí amenaza con provocar un conflicto internacional, la política religiosa es la que sigue dominando la vida parlamentaria francesa, Constituye el enlace entre los partidos de izquierda y agrupa al «Bloque» de radicales y socialistas. La lucha emprendida contra el «clericalismo» y las dificultades que surgieron entre el ministerio de Combes y la Santa Sede, paralizaron, de hecho la aplicación del régimen de concordato. A fines de 1904, el congreso radical de Toulouse, ha sugerido, por unanimidad, como término lógico de la crisis, la separación de las Iglesias y del Estado, que desde hacía tiempo figuraba en el programa del partijo. El ministerio de Rouvier se deja llevar por la corriente; pero a la vez que deposita el proyecto de ley y declara que «la actitud del Vaticano» ha hecho necesaria la «separación», evita tomar parte activa en el debate delegando esa función en el ponente Aristide Briand.

La abolición del concordato debe devolver a la Santa Sede la libertad de elección de los obispos y quitar al Estado los poderes de control que ejerce sobre la Iglesia: hasta ahí no hay nada que pueda disgustar a los católicos. Lo que critican es en primer lugar e; método: ;con qué derecho quiere denunciar el gobierno al concordato a través cie una decl si ón unilateral, en lugar de negociar con la Santa Sede esta abolición? Cn tican sobre todo los corolan os de la ley: la supresión del presupuesto para los cultos y el modo de atribución de los bienes eclesiásticos de los que hasta entonces gozaban las diócesis o las parroquias. La ley del 9 de diciembre de 1905 decide que la República «no reconoce, no financia ni subvenciona ningún culto»; suprime los «establecimientos públicos del culto»; atribuye los bienes de esos establecimientos a las «asociaciones culturales» que deberán constituirse «de acuerdo con reglas generales del culto cuyo ejercicio habrá de ser mantenido por dichas asociaciones»: esta cláusula, que constituye el artículo 4 de la ley, votado a pesar de la extrema izquierda, debe permitir a la Iglesia aceptar el nuevo

régimen 'in muchas dificultades. El hecho es que la mayoría de los obispos franceses no lo « intolerable. Pero el papa, tras haber condena

juzga

do el prin-

11plo de la separación, prohíbe las asociaciones culturales, para protestar contra una medida que no toma en cuenta la soberanía pontifical en materia religiosa. Este rechazo priva a la Iglesia de Francia de las ventajas materiales que le concedía la ley. Los textos complementarios votados en 1907 y 1908 dejan a las iglesias a disposición del clero, pero a título precario,- atribuyen al Estado y a los municipios los demás edificios del clero. Y los bienes -cuatrocientos millones- que hubieran correspondido a las asociaciones culturales. Tras las resistencias y desconciertos a que da lugar el establecimiento de los «inventarios» de objetos mobiliarios del clero, se van apaciguando los ánimos. La masa de los fieles se acomoda a la situación, puesto que el culto funciona. En las elecciones de

Los estados europeos de 1904 a 1914

1906, radicales y socialistas, aliados en segunda votación, obtienen la victoria.

A pesar de esta alianza electoral, la colaboración de radicales y socialistas es precaria. El partido socialista no puede estar de lado las nuevas tendencias que se abren paso en el movimiento sindical, pues perdería la confianza de las masas electorales. De modo que se ve obligado a tomar una actitud que le hará perder el apoyo de la burguesía radical. Desde que el congreso socialista, en 1905, se pronunció en contra de la participación en el poder y del voto de presupuesto, el «apoyo» que el grupo parlamentario concede a los radicales, ya no puede ser mantenido. Los socialistas pronto perderán el escaño en la «delegación de las iz-

quierdas». El «Bloque» se ha roto.

Durante tres años, desde octubre de 1906 a julio de 1909, los radicales gobiernan con Clemenceau, sin el apoyo de los socialistas y a veces contra ellos. El líder radical, que ha llegado a ministro por primera vez a la edad de sesenta y cinco años, aporta al poder sus brillantes cualidades: proyección personal, ardor, pasión por la actividad, don de improvisación, su habla breve, alerta, musculosa; tras haber lanzado contra tantos gobiernos una crítica destructiva, durante su larga carrera, aquí lo tenemos al timón; mostrando su desdén por los hombres, su egoísmo tantas veces brutal y su carácter arbitrario; pero es hombre de gobierno.

La situación se hace difícil. La Confederación General del Trabajo empieza a aplicar el método de lucha decidido por el congreso sindicalista de Amiens; organiza el «movimiento ofensivo» de los sindicatos: huelgas obreras de 1907-1908, que arrastran sucesivamente a electricistas, trabajadores de la alimentación, obreros de la construcción y terraplenadores, mineros del Norte; huelga de cargadores de muelles, en mayo de 1907; huelga de empleados de correos, en marzo de 1909. El gobierno se declara resuelto a cortar el camino a una agitación que «con aspecto de sindicalismo» tiene objetivos revolucionarios; ordena que in-

tervenga la tropa en los conflictos de trabajo; decide arrestar a los jefes de la C.G.T. Entonces sobreviene la ruptura abierta con los socialistas, pues los jefes del grupo parlamentario socialista, a la vez que desapruueban los métodos del sindicalismo, no quieren condenarlos; estalla así el con-

flicto de principios en la sesión de la Cámara de diputados del 21 de junio de 1907; en que Clemenceau y Jaurés se quedan frente a frente.

Por otra parte el gobierno no se limita a una simple política de re-

presión. En mayo de 1907, Clemenceau, pide a la Cámara que vote levas de progreso social», que no harán sino realizar artículos del programa ra-

dical; también en 1907, el ministro de Hacienda, Caillaux, propone una reforma fiscal en la que combina un impuesto global sobre la renta, según el modelo alemán, con impuestos sobre las fuentes de la renta, según el inglés; insiste en el principio de la progresividad, en nombre de la justicia social, y en marzo de 1909, obtiene un voto de la Cámara de diputados que durante mucho tiempo será inoperante a causa de la oposición

Francia

del Senado. La ley de las pensiones obreras preconizada por Clemenceau no se votará hasta después de su destitución, en 1910.

Cuando Aristide Briand sucede a Clemenceau en julio de 1909 tiene intención de gobernar con el mismo personal, pero con otros métodos. Mientras que su predecesor aportaba, a la lucha parlamentaria, su temperamento de polemista y sus fórmulas de batalla, el nuevo presidente del Consejo se presenta, como el signo del apaciguamiento; pero no cuenta ni con el apoyo de la derecha ni con el de los socialistas y practica una táctica de equilibrio. A la derecha le reprocha la práctica de una «política de provocaciones» porque favorece los ataques contra la escuela laica; a los socialistas les hace frente, a propósito de la huelga de ferroviarios, en octubre de 1910. Lo que vuelve delicada la situación ministerial, es la campaña abierta en el Parlamento y en el país a favor de la reforma electoral: los socialistas reclaman la sustitución del escrutinio de distritos por el escrutinio de lista con representación proporcional, para poder independizarse más de los radicales; la derecha también desea ese cambio, así puede obtener mayoría en la Cámara de diputados. Briand tiene demasiada flexibilidad y un sentido excesivamente sutil del mundillo parlamentario como para no hacer caso de esta indicación; él dice que «a través de todos los pequeños charcos estancados» de los comités electorales, quiere que pase «una gran corriente purificadora»; pero también sabe que el partido radical se opone a la reforma, de modo que se esfuerza en buscar soluciones intermedias y en prolongar la discusión. Antes de llegar a ninguna conclusión, el congreso del partido radical desautorizará a Briand reprochándole su falta de energía. Su retirada abre un período de inestabilidad ministerial, en el que se suceden gabinetes endebles.

Sin embargo en 1911, la opinión francesa empieza a darse cuenta de forma más activa, de las amenazas que pesan sobre la situación internacional. Las preocupaciones exteriores debilitan, durante algún tiempo, los conflictos entre los partidos: ante ellas se borran la preocupación por la «defensa laica» y el deseo de reformas sociales. Cuando en enero de

1912, Raymond Poincaré forma el ministerio, apela a «todas las fracciones del partido republicano», es decir, a los grupos del centro, como a los radicales, para llevar a cabo una política de «vigilancia» en la que el refuerzo del ejército y de la marina constituye el principal elemento. En

1913, el nuevo ministerio de Briand, seguirá en la misma línea, así como el ministerio de Barthou, en el que intervienen radicales y progresistas. Pero estos gabinetes no han tenido nunca el apoyo de todo el partido radical: la reforma militar que prolonga la duración del servicio activo a tres años en lugar de dos, se aprobará con 220 votos en contra por parte de la izquierda, -todos los socialistas y la mitad de los radicales.

En Otono de 1913, el partido radical, que representa por sí solo la mitad del efectivo parlamentario, recobra su cohesión: el congreso del partido, reunido en Pau, decide incluir en su programa, en vistas a las próximas elecciones, la lucha contra el «servicio de tres años». En este terre-

70

71

Los estados europeos de 1904 a 1914

no, los socialistas se acercan a los radicales. El «Bloque» se constituye de nuevo y triunfa en las elecciones de abril de 1914. Pese a la inminencia de la crisis internacional, las preocupaciones de política interior vuel-

ven a dominar en esta época.

II. INGLATERRA ⁴

Inglaterra sigue siendo la gran potencia industrial, que sacrifica los in-

tereses de la agricultura en provecho de la prosperidad de sus fábricas y del desarrollo de sus exportaciones. Para poder seguir procurándose ma-

terias primas a buen precio y exportar a todas las partes del mundo sus

productos fabricados, este país ha aceptado, desde hace más de medio si-

glo, la doctrina librecambista. De ese modo se abstiene de imponer tasas

aduaneras a los productos agrícolas que entran en su territorio. La agricultura inglesa padece de esta competencia extranjera y se debilita constantemente: los campesinos abandonan los cultivos que ya no pueden proporcionarles un precio remunerador y acaban delirando la tierra. La población rural se ve reducida a un 20 % de la población total. El país se acostumbra a que le traigan de fuera los productos alimenticios y depende del extranjero para su subsistencia, pero no parece importarle. Sus preocupaciones están en el otro lado: la industria, la banca y el comercio se dan la mano para incrementar la maquinaria, desarrollar los transportes marítimos y buscar en Europa y fuera de ella, mercados de exportación. Sin embargo, esta hegemonía económica, que Gran Bretaña había tenido durante tanto tiempo, gracias a la ventaja conseguida res-

pecto a las demás naciones europeas, empieza a verse amenazada: desde que Alemania comenzó su crecimiento industrial, la producción inglesa está topando con una competencia cada vez más activa en los mercados exteriores. Los primeros indicios de este declive se ven venir desde hace unos veinte años; ahora se imponen en la opinión pública, pero más que preocuparla la irritan, pues el inglés es confiado por instinto.

Sin embargo, la doctrina librecambista tropieza con un adversario. Joseph Chamberlain, ministro de la Colonias, sostiene que, ante el nuevo desarrollo de los grandes países industriales, Gran Bretaña está perdiendo su monopolio económico: en un mundo que no practica el *fair play*, pero que protege su producción con derechos de aduana, no es posible, dice, que los ingleses sean los únicos en seguir fieles a las tradiciones liberales. Reclama pues que la metrópoli interponga, para dar entrada, los productos extranjeros, una barrera aduanera, por lo demás modesta -un 20 % sobre los productos industriales y alrededor de un 5 % sobre los alimenticios- pero también pide que reserve a la vez un trato de *favor* para las importaciones procedentes de sus dominios y colonias, que

⁴ Consúltense el libro 11, cap. V.

Inglaterra

seguirían entrando en franquicia. Se trata del sistema de «preferencia imperial».

En las elecciones legislativas de 1906, la cuestión aduanera constituye el centro de la lucha. A la mayoría de los electores le cuesta abandonar los principios librecambistas, que han sido la base de la prosperidad económica del país: puesto que el comercio todavía, sigue adelante ¿por qué cambiar de método? Los unionistas, comprometidos por la propaganda de Chamberlain, experimentan una derrota total: sólo consiguen 157 escaños, mientras que sus adversarios, obtienen 405. Los liberales, que durante diez años estuvieron alejados del poder, vuelven como vencedores. En el momento de iniciarse en la política interior inglesa esta nueva era «liberal», la doctrina económica tradicional queda confirmada. Pero el gabinete, presidido por Campbell-Bannerman, se enfrenta con otras preocupaciones. Su inquietud proviene de un nuevo elemento que acaba de aparecer hace apenas unos años en la vida parlamentaria inglesa: la formación, en la Cámara de los comunes, de un partido «laborista».

El «Comité para la representación del trabajo», constituido cuatro años antes por Ramsay MacDonald, ha creado una organización electoral y ha presentado en las elecciones de enero de 1906 a cincuenta candidatos, defensores de los intereses de la clase obrera y que obtienen veintinueve escaños. El nuevo grupo se llama Labour Party. La aparición en el Parlamento de este partido laborista es un síntoma importante: Gran Bretaña, decía el líder conservador Balfour, apenas finalizado el escrutinio, iba a conocer como los demás grandes Estados, las dificultades socialistas. A decir verdad, el nuevo partido es muy distinto de sus congéneres del continente: no se preocupa lo más mínimo por cuestiones de doctrina, pero quiere conseguir reformas prácticas, mejorar el régimen del trabajo, el estatuto de los Sindicatos. No obstante, desde el punto de vista de la táctica política, la actividad de los laboristas, pese a la escasez de sus efectivos parlamentarios, puede preocupar a la mayoría liberal que, como no satisfaga las reivindicaciones obreras, se arriesga a perder, una buena parte de su clientela electoral. Poco a poco el Labour Party ¿no acabará sacándole ventaja al partido liberal? Para detener el progreso de un competidor que puede volverse peligroso, el gobierno se ve llevado a practicar una política de reformas sociales.

En tres años, primero con el gabinete de Campbell-Bannerman, cuyo jefe muere en 1908, y luego con el de Asquith, la mayoría liberal vota una tras otra, toda una serie de leyes que responden al deseo de los laboristas. El *Trade Disputes Act* de 1906 suprime la responsabilidad financiera de los sindicatos: ya no podían ser perseguidos por daños y perjuicios a causa de los actos que

cometan sus miembros, por ejemplo, los que pudieran derivarse de la huelga. En el mismo año, la ley amplía el sistema de indemnizaciones por accidentes de trabajo en las minas. En 1908, se establece la jornada de ocho horas. En 1909, la ley sobre el trabajo a domicilio prevee la estipulación de un salario mínimo para algunos oficios femeninos: modistas, costureras. Por último, la Cámara de

72

73

Los estados europeos de 1904 a 1914

los comunes vota por la institución de las pensiones obreras, que en 1911 será completada con un sistema de seguros sociales. A través de este conjunto de medidas, paralelas a las de los más grandes Estados europeos, la legislación británica adopta principios hasta entonces nuevos para ella: es la primera vez que la ley estipula un mínimo salarial para una categoría de obreros manuales. El joven ministro de Comercio, Winston Churchill, no desaprovecha ocasión para declarar que esas iniciativas sólo son los primeros pasos: este «tránsfuga de la aristocracia» es el animador de la política social.

Semejantes reformas, y sobre todo la ley de las pensiones obreras, van agravando las cargas del presupuesto. Como, por otra parte, el gobierno liberal, al no haber llegado a un acuerdo con Alemania se ve obligado a continuar e incluso a apresurar las construcciones navales que cuestan muy caras, se hace necesario aumentar los recursos fiscales. El ministro de Hacienda, Lloyd George, da a esta operación necesaria, el aspecto de un asunto de gran envergadura: el presupuesto, en sus manos, se convierte en un arma social y política. La batalla financiera, librada contra los intereses de las clases ricas, inicia al mismo tiempo una crisis constitucional.

En noviembre de 1909 comienza la lucha política. La Cámara de los lores, rechaza por mayoría, el presupuesto en el que Lloyd George ha inscrito la progresividad del impuesto sobre la renta, el aumento de las tasas sucesorias para las grandes fortunas y el establecimiento de un nue-

‘Obras de consulta.-Para la historia general, C. K. Ensor, *England, 1870-1914* (Oxford, 1936, in-8’, vol XIV de la «Oxford History of England»); Léon Cahen, *L’Angleterre au XIX^e siècle. Son évolution politique* (París, 1924, in-16, de la «Collection Armand Colim»; sobre todo Elie Halévy, *Histoire du peuple anglais au XIX^e siècle. Épilogue* (París, 1926~31, 2 vol. in-S’); que no tiene paralelo en inglés; D. C. Somerville, *British politics since 1900* (Londres, 1950, in-S’)-Para la historia económica: J. H. Clapham, *An economic history of Great Britain*, t. 111: 1866-1914 (Cambridge, 1938, in-S’); K. Hutchinson, *The decline and fall of the British capitalism* (Londres, 1951, in-8o).-Para la historia social: G. D. H. Cole, *British working class politics, 1832-1911* (Londres, 1941, in-8); M. Berr, *A history of British socialism* (Londres, 1920, 2 vol. in-8o); Ed Guyot, *Le socialisme et l’évolution de l’Angleterre contemporaine, 1880-1914* (París, 1924, in-S’)-Para el estudio de los problemas constitucionales: J. Marriot, «The Constitution in transition, 1910-1924» (Londres 1925, in-S’)-Sobre Irlanda: A. Philipps, *The Revolution in Ireland* (Londres, 1924, in-So); R. Chauviré, *Histoire de l’Irlande* (París, 1950, in-8o).-Véase también: J. Bardoux, *Essai d’une psychologie de l’Angleterre contemporaine* (París, 1906-13, 3 vol. in-So); S. Nowell-Smith, *Edwardian England, 1901-1914* (Londres, 1964, in-81).-Para el estudio de las cuestiones imperiales: A. Berriedale Keith, *Responsible government in the Dominions* (Oxford, 1912, in-8’); de j mismo, *The constitution, administration and laws of the Empire* (Londres, 1924, in-8o) y J. A. Spender, *Great Britain, Empire and Commonwealth* (Londres, 1936, in-8’); V. Halpérin, *Lord Milner et l’évolution de l’impérialisme britannique* (París, 1950, in-So).

También es indispensable recurrir a las grandes biografías de hombres de Estado, sobre todo Sydney Lee, *Life of King Edward* (Londres, 1925, 2 vol. in-8.’); J. A. Spender y C. Asquith, *Life of Lord Oxford and Asquith* (Londres, 1935, in-So); Ian Colvin, *Life of Lord Carson* (Londres, 1934, 2 vol. in-S’); J. A. Spender, *Life of Sir Henry Campbell-Bannerman* (Londres, 1924, in-8’); D. Gwinn, *John Redmond* (Londres, 1932, in-S’).

Inglaterra

Yo rnpuesto territorio al, que grava los excedentes en capital. « ¡Es una vi

1 ón!» responde la Cámara de los comunes. De helación de la Constitución, la Cámara alta, sin pretender enmendar una ley de presupuestos, tenía derecho a rechazarla de pleno, pese a no haber hecho uso de este poder, desde hacía dos siglos. Sin embargo, ¿estaba siendo oportuno adoptar esa actitud intransigente? El rey Edward había intentado aconsejar a los líderes unionistas la conciliación, pero en vano; ahora que las dos cámaras se alzaban una contra otra, lo único que podía hacer era convenir en lo que pedía el primer ministro y permitir al país que se pronunclase. Las elecciones generales dan a los unionistas la ocasión de recuperar una parte de los escaños perdidos en 1906: ahora vuelven a ser 272; pero los liberales son 290. La mayoría depende del voto de los 40 laboristas y de los 80 diputados irlandeses, unos partidarios del presupuesto Lloyd George y otros hostiles a la Cámara de los lores, porque en ella ven el principal obstáculo a la reivindicación del Home Rule. En el conflicto financiero, el gobierno liberal está seguro del éxito.

Los liberales explotan su victoria. No les basta con imponer reformas fiscales en la Cámara de los lores: quieren obtener garantías para el futuro. El gabinete deposita un proyecto que reduce los poderes de la Cámara alta; en adelante no podrá ni enmendar ni rechazar una ley presupuestaria; no podrá oponerse a las demás leyes que tenga delante, más que por espacio de dos sesiones: si el proyecto es votado por tercera vez por la Cámara de los comunes, entrará en vigor sin el asentimiento de los lores. Estos esbozan una resistencia, intentan enmendar la ley, pero ¿qué pueden hacer? El rey George V que ha sucedido a Edouard VII en plena crisis, ha prometido al primer ministro, que si llega el caso, hará una «hornada de pares» lo bastante amplia como para cambiar la mitad de la alta asamblea. Ante esta amenaza, la Cámara de los lores se resigna, en agosto de 1911, a votar la ley. La victoria de los liberales sobre los conservadores ha desembocado así en una «reforma parlamentaria» que modifica el equilibrio de las instituciones, orientando a Gran Bretaña hacia el sistema de la Cámara única.

Pero el gabinete liberal se enfrenta inmediatamente a nuevas dificultades que desde 1911 a 1914 harán penosa su tarea. La política de reformas sociales llevada a cabo desde 1906, no inmuniza al país contra los disturbios sociales. Ni el grupo parlamentario laborista, que es muy moderado, ni los estados mayores sindicales son quienes los provocan: las masas obreras están influidas por militantes revolucionarios como Benn Tillet y Tom Mann, que aconsejan la acción directa, a imitación del sindicalismo revolucionario francés. La huelga de descargadores de muelle en Londres (junio de 1911), que paraliza el tráfico del puerto durante quince días y la de descargadores de Liverpool, tienen por objeto conseguir un aumento de salario y desembocan en un

⁶ Véase libro II, capítulo 1.

74

75

Los estados europeos de 1904 a 1914

éxito para los obreros. En agosto de 1911, una huelga casi general de em-

pleados de ferrocarril, amenaza con paralizar toda la actividad industrial, pero sólo dura cuarenta y ocho horas. A continuación son los mineros quienes se revuelven: el primer conflicto empieza en diciembre de 1911 a propósito del empleo de una mano de obra no sindicada; el segundo, más grave, en febrero de 1912, por cuestiones salariales, traerá consigo el cese del trabajo, durante quince días, por parte de 850.000 obreros. Por último, los descargadores de Londres, en mayo de 1912, hacen un nuevo esfuerzo: durante seis semanas, el número de huelguistas sobrepasa los 100.000; pero esta vez, el grueso de la opinión pública condena la huelga, que acaba fracasando. Entonces el movimiento se atenúa, tanto más cuanto que los salarios tienden a subir. Pero la amenaza persiste. En diciembre de 1913 una coalición de mineros, ferroviarios y de mari-

nos mercantes está tratando de organizar una huelga simultánea.

La cuestión irlandesa es mucho más preocupante. Durante más de diez años, desde que las discordias internas empezaron a dislocar el partido nacionalista irlandés, la reivindicación de la autonomía política se ha-

bía moderado: no es que los jefes irlandeses renunciases a recordar a los liberales ingleses la vieja promesa de Gladstone, pero no parecían tener

mucha prisa. Sin embargo, después de la crisis constitucional inglesa de 1910-1911, la situación ya no es la misma. Tras las últimas elecciones generales, los liberales ya no tienen mayoría absoluta en la Cámara de los comunes y necesitan el apoyo de los diputados irlandeses. La reforma de la Cámara de los lores, ofrece a la reivindicación irlandesa, unas oportunidades desconocidas hasta entonces: en adelante todo lo más que podrá hacer la hostilidad de la Cámara alta es retrasar la concesión de la autonomía legislativa a Irlanda, pero no impedirlo. Es el momento oportuno.

En la misma Irlanda, la reivindicación nacional adopta de nuevo la forma revolucionaria: el grupo Sinn Fein, formado a finales del siglo XIX y dirigido por intelectuales, va haciendo progresos; desarrolla un programa de resistencia pasiva frente a la administración inglesa, aconseja la huelga judicial. Paralelamente, pero en otro terreno, se han formado partidos que predicán la resistencia activa y el levantamiento armado: la «Fraternidad republicana irlandesa» (Irish republican Brotherhood), creada en 1910 y el «partido socialista republicano», reorganizado por la misma época, tienen por objeto la separación de Gran Bretaña por la fuerza. El gobierno liberal se da perfecta cuenta de que es preciso buscar una

solución para detener el desarrollo de este movimiento revolucionario. El proyecto de Home Rule (abril de 1912) concede a Irlanda un Parlamento, formado por una Cámara elegida y un Senado cuyos miembros serán nombrados primero por el rey de Inglaterra y luego por el poder ejecutivo local: pero ese proyecto restringe la competencia del Parlamento: las Cámaras irlandesas no tendrán derecho a establecer una religión de Estado, ni a ocuparse de los asuntos militares y navales, ni a tratar de cuestiones aduaneras; esos problemas seguirán reglamentándose en Lon-

76

Italia

d,el, a través del gabinete inglés y por el Parlamento inglés; la población irlandesa seguirá siendo representada en la Cámara de los comunes, pero sólo por 42 diputados en lugar de 80. El grupo parlamentario irlandés acepta ese término medio. La Cámara de los comunes vota la ley en noviembre de 1912; pero como la Cámara de los lores tiene poder para rechazarla por espacio de dos sesiones, hasta 1914 lo más pronto, no podía recibir la sanción del rey.

¿Será ésta por fin la solución a las dificultades anglo-irlandesas? Apenas votada la Ley, empiezan a surgir nuevas dificultades, relacionadas con la naturaleza misma de la geografía política de Irlanda. De hecho, hay en la isla dos «naciones» y dos religiones. Si bien la gran mayoría de la población es católica y se siente extraña al pueblo inglés, la parte noroeste del territorio, en cambio -la provincia de Ulster-, está poblada de protestantes. Frente a los tres millones de irlandeses católicos, los protestantes apenas son más de un millón. ¿Cómo iba a aceptar esta minoría protestante, un régimen que garantiza la preponderancia a los católicos, en asuntos puramente irlandeses? El Ulster protesta contra el Home Rule bill. El jefe del movimiento, Ed. Carson, pide que la Irlanda protestante quede excluida de la aplicación de la ley. Los nacionalistas irlandeses se niegan a ello. En vano intentará el gobierno proponer una exclusión temporal, consistente en que el Ulster no forme parte de la nueva Irlanda durante seis años; los ulsterianos rechazan semejante compromiso.

La situación se pone crítica. La resistencia de la Irlanda protestante amenaza con imposibilitar la aplicación de la autonomía ya votada por la Cámara de los comunes. ¿Habrà que imponer el respeto de la ley, por la fuerza? Cuando en marzo de 1914, el gobierno quiere «meter en cintura» a la resistencia, tropieza con la negativa de oficiales que prefieren dimitir antes que ejecutar las órdenes. ¿Hay que ceder pues, ante la rebelión del Ulster? Es evidente que los nacionalistas irlandeses no van a tolerar esta carencia. Mientras el gabinete discute para salir del callejón sin salida, las dos «naciones» irlandesas se preparan para arreglar por sí mismas su desacuerdo: por ambas partes se forman tropas de voluntarios armados. Irlanda está el borde de una guerra civil. Lloyd George dice: «Nos hallamos frente al problema más grave que se haya planteado en este país desde los tiempos de los Estuardo. La cuestión de Irlanda, constituye en 1914 el centro de las preocupaciones del gobierno, y está debilitando la situación mundial de Inglaterra.»

III. ITALIA 7

T,as el fracaso de sus miras coloniales en Abisinia y el abandono de la «gran Política» de Crispi, Italia había atravesado por un período

de detaliá Ob,a, de consulta- Los estudios generales son los de Benedetto Creto, Stori, d'I-
dal 1871 al 1915 (B'ari, 1928, in-S'); G. Volpe, Italúr moderna (Florenca, 1949-1952,

- 77 -

Los estados europeos de 1904 a 1914

Italia

presión moral; pero en cambio conoció una prosperidad material que se confirmó durante los primeros años del siglo XX. En 1904, todavía es un país en donde predomina la actividad agrícola, y en donde más del 60 % de los trabajadores viven de la tierra. Esta agricultura está en vías de transformación, al menos en el norte de la península. Los trabajos de desbroce, el regadío de tierras no cultivadas hasta entonces, de drenaje de pantanos y lagunas ha aumentado la superficie cultivable. El rendimiento del suelo ha mejorado gracias al empleo de abonos químicos. El desarrollo de las praderas artificiales permite acrecentar la riqueza ganadera. La industria, en un país muy pobre en carbón, se desarrolló durante mucho tiempo en condiciones desfavorables, pero ahora está superando esa dificultad, gracias a la valoración de las fuentes de energía hidráulica: entre 1897 y 1907, la producción en las fábricas metalúrgicas y en las textiles, recobra un auge nuevo; las fundiciones de acero cuatriplican su rendimiento; la industria algodonera, que trae toda su materia prima del extranjero, ya no se contenta con el mercado interior y empieza a exportar; las manufacturas de seda en la región milanesa, compiten con la industria lionesa. Las exportaciones están en continuo crecimiento. El desarrollo de las fuerzas de producción y de los intercambios ha permitido equilibrar el presupuesto y disminuir la deuda. Italia es incluso uno de los pocos países que tiene excedentes presupuestarios.

Pero esta mejora económica va acompañada de un alza de precios, de una crisis de «vida cara». La adaptación de los salarios al coste de la vida, dio lugar a muchas protestas ya en 1898. Las ideas socialistas han empezado a extenderse en la masa obrera: la revuelta se manifestó entre 1900 y 1904 a través de movimientos populares e incluso por un intento de huelga general, que fracasó. Como contrapartida, las clases medias, que gozan de prosperidad económica, se sienten satisfechas. Y en el Parlamento, son esas clases medias las que predominan, pues la ley electoral de 1882, excluye del derecho de sufragio al 78 % de la población, ya que

m-8'; los tomos 3 y 4); M. Vaussard, Histoire de l'Italie contemporaine (París, 1950, in-8'); G. Perticone, L'Italia contemporanea dal 1871 al 1948 (Milán, 1962, in-81). Hay que añadir a Roberto Michels, Italien von heute. Politische und wirtschaftliche Kulturgeschichte von 1860 bis 1930 (Zurich, 1931, in-S'); C. Sprigge, The development of modern Italy (Londres, 1943, in-S'), et E. Léronon, De Cavour a Mussolini. Histoire des partis politiques italiens (París, 1938, in-8')- Sobre las cuestiones económicas, E. Lémonon, L'Italie économique et sociale (París, 1910, in-So; 2' éd., 1912); V. Porri, L'evoluzione economica italiana nell'ultimo cinquantennio (Rome, 1926, in-S'); R. Morandi, Storia della grande industria italiana (Bari, 1932, in-So).- Sobre las cuestiones sociales, R. Michels, Storia critica del movimento socialista italiano (Florenca, 1926, m-S'); A. Romano, Storia del movimento socialista in Italia (Milán, 1954 et suiv., 3 vol., in-S'); L. Lotti, La Settimana rossa (Florenca, 1965, in-8') Sobre las cuestiones religiosas, G. Mollat, La question romaine de Pie VI a Pie XI (París, 1932, in-12); E. Vercesi, Il movimento cattolico in Italia, 1870-1922 (Florenca, 1923, in-S'); M. Vaussard, L'intelligence catholique dans l'Italie du XXe siècle (París, 1921, in-12); G. d. Rosa, Lazione cattolica (Bari, 1954, 2 vol., in-So).- Las memorias de G. Giolitti, Memorie della mia vita (Milán, 1923, in-8', trad. francesa, 1923), son de particular interés para el es-

tudio de este periodo. Véase también A. Frassati, Giolitti (Florenca, 1959).

la papeleta de voto es sólo para los que tienen «certificado de escolaridad».

En la vida política, donde el rey detenta un papel muy secundario y deja actuar libremente al régimen parlamentario, hay un hombre que preZmiria: Giolitti. Esta situación dominante, no la debe Giolitti a su doctrina o la consistencia de un ideal; uno de sus colegas decía: «no le gusta ocuparse de cosas lejanas ni de cuestiones de orden general»; mantiene su predominio únicamente por sus hábiles cualidades de político parlamentario. Su método es empírico, pero da un carácter original a la vida parlamentaria italiana. Para reagrupar a una mayoría y para conseguir que dure, el presidente del consejo sólo tiene un método: satisfacer «los intereses puramente individuales y locales»; condecorador de los deseos de los diputados, les concede los favores que algún día le ayudarán a salir reelegido; tiene amigos y agradecidos en todos los partidos. Es una política de clientela. Las luchas de ideas, los conflictos de doctrina son su fuerte; se le da muy bien echarlas por tierra excitando las rivalidades personales, que siempre desempeñaron un papel importante en la política italiana. Este método de gobierno contribuye a dislocar los partidos, a descomponerlos. Mientras los socialistas y católicos tienen un ideal y un programa, los grupos de la mayoría ya no están divididos por líneas de demarcación demasiado precisas; tampoco están unidos por aspiraciones y deseos de gran alcance, sino por la exclusiva habilidad de un hombre. El «giolittismo» hace insulsa la vida política.

Fuera del Parlamento es donde empieza a desarrollarse un movimiento nacionalista cuyos promotores quieren reaccionar contra la pasividad del gobierno, devolver al país el orgullo de su fuerza y despertar el ideal nacional. Son ellos quienes, unos años más tarde, llevarán al país a una política exterior más activa, digna del papel que, según ellos, debe desempeñar Italia en el mundo '.

La expedición de Tripolitania, en 1911-12, tiene consecuencias de gran alcance en la evolución interior. En el momento en que el gobierno pide al país sacrificios de los que van a ser partícipes todas las clases sociales, había que pensar en satisfacer a aquellos que el régimen electoral mantuvo alejados de la vida política. Giolitti, por otra parte, se da cuenta de que los Estados en donde el conjunto de la población participa del derecho al voto, son también los que poseen la mayor potencia económica. Así, presenta un proyecto de reforma sobre el derecho al voto que los conservadores aceptan sin dificultad. La ley del 30 de junio de 1912

1,tablece el sufragio universal «con algunas limitaciones y medidas de precaución»: da derecho al voto, a partir de los ventíun años, a todos aquellos que sepan leer y escribir o que hayan cumplido con sus obliga- “ortes militares; a partir de los treinta años concede este derecho incluso

Véase el libro 11, cap. 1.

78 -

79

Los estados europeos de 1904 a 1914

a quienes no reúnan estas condiciones. El número de electores pasa de tres millones y medio a ocho millones.

La reforma de 1912 transforma las condiciones de vida de la política italiana, instituyendo abiertamente un régimen democrático. Y, sin embargo, pese a que las formas exteriores de las instituciones son parecidas en ese momento a las de Francia y Gran Bretaña, sigue habiendo profundas diferencias entre ellas. Entre estos nuevos electores, la proporción de letrados es todavía muy alta: un 38 % en 1912; en todo caso, los campesinos, que dudan entre utilizar o no la papeleta de voto, no son capaces de formarse una opinión, sensibles como son, a todas las influencias locales. La educación política de la masa todavía está por hacer. En las elecciones de 1913, la aplicación de un nuevo régimen electoral está siendo provechosa para los partidos extremos: el partido socialista obtiene 69 escaños, entre los cuales sólo 19 van destinados a los «reformistas». Los católicos, sin constituir un partido oficial, se organizan y consiguen que cincuenta de los suyos sean elegidos. Sin embargo los partidos gubernamentales -radicales, liberales de izquierda y de derecha-

conservan una mayoría. En primavera de 1914, cuando Giolitti acaba de abandonar la presidencia del consejo para «retirarse temporalmente», los liberales siguen gobernando, con el gabinete de Salandra. Pero la situación interior es confusa. Desde que se produjo el éxito electoral de los socialistas, la tendencia revolucionaria toma la delantera. En mayo y a comienzos de junio de 1914, el gobierno se enfrenta con una crisis política y social: una huelga de ferrocarriles se complica con los inicios de una huelga general; en Romafia, viejo foco de revueltas, estallan serios disturbios durante los cuales los elementos republicanos adoptan una actitud amenazante. El cuidado por mantener el orden es la mayor preocupación del gobierno, en vísperas del conflicto mundial.

EL IMPERIO ALEMÁN'

El imperio alemán se ha convertido, en los últimos años del siglo XIX, en una de las grandes fuerzas económicas del mundo. Pese a la

' Obras de consulta.- Las obras generales son las de Fritz Hartung, *Deutsche Geschichte von Frankfurter Frieden bis zum Vertrag von Versailles* (Leipzig, 6ª ed., 1954, in-S'); ' Joannes Holilfeld, *Geschichte des deutschen Reiches 1871-1926* (Leipzig, 1926, in-S'); H. Oncken, *Das deutsche Reich und die Vorgeschichte des Weltkrieges* (Leipzig, 1933, 2 vol., in-8', vol. VIII et IX de *Der grosse Krieg*), t. 11; Ad. Wahl, *Deutsche Geschichte, 1871-1914* (Berlín, 1936, 4 vol., in-80)- En francés: *L'Allemagne contemporaine, 1890-1950* (París, 1951, in-8'; tomo 1)--- Sobre el Emperador, E. Ludwig, *Wilhelm der Zweite* (Berlín, 1928, in-S'); H. Helfritz, *Wilhelm II als Kaiser und König. Eine historische Studie* (Zurich, 1954, in-8'); W. Schüssler, *Die Daily-Telegraph Affaire. Fürst Bülow, Kaiser Wilhelm und die Krise des zweiten Reiches, 1908* (Göttingen, 1952, in-80); B. Gebhardt, *Handbuch der deutschen Geschichte* (Stuttgart, 81ª ed., 1959, 5 vol.); L. Delúo, « Gedanken über die deutsche Sen' dung, 1900-1918 », dans H. Zeitschrift, t. 173, pp. 77-94.- Sobre las instituciones políticas J. Barthélemy, *Les institutions politiques de l'Allemagne contemporaine* (París, 1915, in-S');

- 80 -

El Imperio alemán

crisis transitoria por la que pasó en 1903, el incremento de la producción y del comercio alemán sigue su curso, a buen ritmo. La Alemania agrícola de otro tiempo, se ha transformado en un gran Estado

Esta prosperidad reposa en gran parte sobre la riqueza del subsuelo en hulla y lignito. La producción hullera se desarrolla con sorprendente rapidez: 109 millones de toneladas en 1900, 121 millones en 1905, 153 millones en 1910, 190 millones en 1913. Dado que el combustible es el elemento principal del progreso industrial se puede decir que en cierto sentido «el poder de Alemania se ha edificado sobre el carbón». En este terreno Gran Bretaña sigue siendo más rica que su rival, y sin embargo no consigue los mismos resultados, pues a la explotación de los recursos naturales, Alemania añade otros relacionados con sus cualidades propias de método, disciplina y audacia. La estrecha colaboración entre la fábrica y el laboratorio, entre el sabio y el industrial proporciona a la producción alemana la superioridad, por el perfeccionamiento incesante de los procedimientos técnicos. La política bancaria, que ofrece a la industria facilidades de crédito mucho más amplias que en Francia o en Inglaterra y que impulsa a las empresas a expandirse, favorece las iniciativas. El espíritu de asociación facilita la agrupación de los productores en «cárteles», que limitan los inconvenientes de la competencia y mantienen los precios. El gobierno ayuda y protege estos esfuerzos gracias a las tasas especiales que concede a ciertos productos para los transportes por ferrocarril y gracias al desarrollo de las vías navegables.

La agricultura se ha quedado con un papel secundario en la actividad económica. Apenas llega a una cuarta parte la población que todavía vive de la tierra. Pese al progreso de los métodos de cultivo y al acrecentamiento del rendimiento por hectárea, el suelo está muy lejos de producir los alimentos necesarios para la subsistencia del país. El imperio compra cada vez más carne y cereales al exterior. El agricultor alemán ha sufrido a causa de esta competencia de productos extranjeros; durante mucho tiempo se ha quejado porque se sacrifican sus intereses en provecho de

F. Hartung, *Deutsche Verfassungsgeschichte* (Leipzig, 1933, in-S'); H. Goldschmidt, *Reich und Preussen im Kampf um die Führung* (Berlín, 1932, in-8'); H. Zmarzlik, *Bethmann-Hollweg als Reichskanzler, 1909-1914. Studien zu Möglichkeiten u. Grenzen seiner innerpolitische Machtstellung* (Düsseldorf, 1957, in-81); W. Gagel, *Die Wahlrechtsfrage in der Geschichte der liberaler Partei*, en

1848-1918 (Dusseldorf, 1958, in-So).- Sobre los partidos, E. Bergström, Geschichte der politischen Parteien (Berlín, 1921, in-S'); K. Bachem, Vorgeschichte, Geschichte und Politik der deutschen Zentrumspartei (Colonia, 1929, in-S')- Sobre cuestiones económicas y sociales, H. Hauser, Les méthodes allemandes de l'expansion économique (París, 1916, in-12; 31^{ed.}, 1917), es muy sugerente; M. Baumont, La grosse industrie allemande et le charbon (París, 1928, in-8), importante; Sartorius von Waltershausen, Deutsche Wirtschaftsgeschichte, 1815-1918 Uena, 1920, in-81). Véase también W. Berdrow, Alfred Krupp (Berlín, 1935, in-8-), y G. Raphaél, Krupp y Thyssen (París, 1930, in-S'). Por último, es importante consultar, para el conjunto de las cuestiones, las memorias de los cancilleres: du h oWI Denk-Úrdigkeiten (Berlín 1930-32, 4 vol., in-S'; trad. francesa, Mémoires

ancelier - 1

Prince de Bülow 1932); Th. von Bethmann-Hollweg, Betrachtungen zum Weltkriege (Berlín, 1922, 2 vol. in-So, tomo I; trad. francesa, París, 1923).

- si -

Los estados europeos de 1904 a 1914

la industria: tras largos debates, el gobierno termina por darle una satisfacción parcial, sometiéndolo a voto, en diciembre de 1902, una nueva tasa arancelaria que aumenta los derechos sobre la importación de los pro-

ductos agrícolas. Gracias a esta concesión, la agricultura alemana trabaja en condiciones algo más favorables y recobra fuerzas.

Pese a que Alemania consiga desarrollar su industria sin arruinar su agricultura, es claro que la prosperidad industrial orienta toda la vida económica del país. El gran desarrollo de la producción en serie sobrepasa, y con mucho, la posibilidad de consumo del mercado interior. A pesar del rápido crecimiento de la población y del cese de la emigración, no es en el propio país donde la industria puede encontrar los suficientes compradores como para agotar sus mercancías. Exportar, conquistar merca-

dos exteriores, es una necesidad vital para la producción alemana. En este terreno también logra un éxito tras otro: gracias a una excelente organización de venta al extranjero, gracias a la práctica del dumping, por la que los cárteles mantienen el ritmo en el mercado interior para vender a precio más bajo en el mercado exterior, y por último gracias al apoyo que presta el Estado a la marina mercante, las exportaciones pasarán de

5 millones y medio de marcos en 1910 a 10 millones en 1913. Por desdicha este mismo éxito conlleva un serio peligro; como bien decía un autor alemán de entonces: «tenemos que exportar para poder importar, y debemos importar para poder trabajar y vivir.» Alemania está «colgada del mercado mundial».

En un país que ha pasado tan deprisa de una vida modesta a una prosperidad asombrosa, estas cuestiones económicas desempeñan un papel de primer orden en la política. Exceptuando el Centro católico, los partidos políticos alemanes corresponden más bien a grupos de intereses que a

preferencias sentimentales. Los conservadores tienen su principal apoyo en las regiones agrícolas del este; los nacional-liberales son desde el principio, el partido dominado por los industriales, mientras que el terreno de los progresistas se encuentra sobre todo en las profesiones liberales. Por último el poder numérico de los socialistas es la consecuencia del movimiento de concentración industrial: el partido social-demó-

crático, que obtuvo un gran éxito en las elecciones de 1903 -tiene caños en el Reichstag- es, por el número de afiliados, así como por sus recursos y por la cantidad de sus periódicos, mucho más fuerte de lo que puedan ser los partidos análogos en los países vecinos; pero no hace uso de esa fuerza para nada.

Estas condiciones explican el que la vida política alemana sea tan tranquila, «demasiado tranquila» incluso, a decir de un historiador alemán. El pueblo, en conjunto, está satisfecho por las ventajas que le procura la prosperidad económica; las «minorías» no alemanas (alsacianos-loraineses, polacos de Posnanía y de Prusia occidental, daneses de Slesvig) no son lo bastante numerosas como para pesar en la vida política. Los electores, acostumbrados a la obediencia, tienen poca afición por la lucha de ideas. Los partidos, por lo general, observan una actitud respetuosa col' res'

82

El imperio alemán

La constitución del imperio alemán permite que el Reichstag ejerza una influencia decisiva sobre el poder ejecutivo. El emperador y su canciller mantienen, pues, de hecho como por derecho, una gran libertad de acción.

En 1904, el canciller es el príncipe de Bülow. Diplomático de carrera, se esmera en las cuestiones de política exterior. La lectura de sus Memorias no revela que haya tenido un programa de cierto alcance para los asuntos interiores, y menos aún una intención de hacer reformas. Es un hombre de talento, un espíritu cultivado y refinado, buen orador, por otra parte bastante engreído de sí mismo. No es un dirigente: tiene muy poca generosidad, muy poco ardor; pero es un táctico, que sabe maniobrar con destreza.

Guillermo II tiene la apariencia de un maestro». Pese a su parálisis congénita en el brazo izquierdo, posee buena presencia: le gustan las actitudes teatrales y las fórmulas clamorosas. Su apariencia es propia de un hombre orgulloso y autoritario que se cree seguro de dominar. ¿Sus capacidades intelectuales están a la altura de sus pretensiones? Todos los que le han conocido de cerca, han reconocido en el emperador ciertas dotes: una memoria excelente, una facultad de asimilación notoria a veces, una continua actividad mental. Pero le faltan las cualidades de juicio propias del hombre de Estado; se deja arrastrar por su imaginación, no tiene el menor sentido crítico, y sobre todo habla o actúa demasiado aprisa; esta sujeto a sus cambios de humor, a cabezonerías temidas por todo su entorno. Es raro que saque provecho de una mala experiencia.

Desde 1894, el gobierno imperial se apoya en el Reichstag, en una coalición de conservadores, de nacional-liberales y del Centro católico; la oposición está formada por los «progresistas» y por los socialistas.

Son los socialistas quienes pondrán al gobierno en aprietos. En enero de 1905, una huelga de mineros de la Ruhr, que arrastra a las cuatro quintas partes del efectivo obrero, provoca un gran debate en el Reichstag. Bülow, a la vez que afirma la voluntad del gobierno en asegurar el mantenimiento del orden, promete que se dará a los obreros satisfacciones parciales --disminución de horas de trabajo y reforma del sistema disciplinario-, que serán realizadas efectivamente por una ley prusiana.

En enero de 1906, la «social-democracia» organiza en Berlín una gran manifestación para protestar contra el régimen electoral prusiano -el sistema de las «Clases» que asegura una mayoría a los partidarios de la derecha- y para pedir que se establezca el sufragio universal en Prusia como lo está en el Imperio. El canciller responde haciendo una llamada a «la unión de los partidos contra la social-democracia revolucionaria» y se niega a ceder. Por otra parte - iba a pedir a su mayoría, de la que forman parte los conservadores el voto de una reforma cuyo efecto inmediato

Véase el volumen XVIII de esta colección

n.

Los estados europeos de 1904 a 1914

haría perder al partido conservador prusiano su situación preponderante en el Landtag?

Lo cierto es que a finales de 1906 esta mayoría se disocia. El centro, descontento de ver que el gobierno está nombrando demasiados funcionarios protestantes en las regiones católicas, manifiesta su mal humor impulsado por Erzberger, uno de sus jóvenes miembros. En relación con un debate sobre cuestiones coloniales, ataca los métodos de la administración alemana en el Togo y en el Suroeste africano. Los votos católicos se unen a los votos socialistas para conseguir que se rechacen los créditos solicitados por el gobierno. Bülow protesta contra la injerencia del Parlamento en un dominio que pertenece a la acción gubernamental; denuncia la «desfachatez» del centro. Pero sobre todo quiere aprovechar esta crisis política para conseguir que fracase el partido católico que está empezando a estorbar. El 13 de diciembre de 1906, en total acuerdo con el emperador, disuelve el Reichstag. En las elecciones, el centro mantiene más o menos sus posiciones, pero los socialistas pierden treinta esca-

ños. Esta es sólo una victoria parcial para el canciller.

En el nuevo Reichstag, Bülow se apoya sobre una mayoría formada por los conservadores, los nacional-liberales y por los progresistas. Pero ese «Bloque» no puede ser estable, pues sobre las cuestiones fiscales y sobre el tema de la reforma electoral en Prusia, el ala izquierda está en oposición con el ala derecha. En junio de 1909, el «bloque» se dislocará a propósito de un proyecto sobre el impuesto a las herencias.

¿Bülow va a recurrir a una nueva disolución? No hay ni que pensar en ello, pues desde hace varios meses ya no cuenta con la confianza del emperador: el asunto del Daily Telegraph, en noviembre de 1908, ha vuelto complicadas las relaciones entre Guillermo 11 y su canciller. En una intervención concedida a un periodista inglés, Guillermo 11 sostuvo

opiniones torpes e imprudentes. Con objeto de demostrar a la opinión pública su «amistad» hacia Inglaterra, había evocado los recuerdos de la guerra surafricana, declarando que el plan de campaña inglés se había establecido con la ayuda del estado mayor alemán. Que el recuerdo de ese servicio, probablemente imaginario, pudiera resultar hiriente para el amor

propio inglés, es algo de lo que Guillermo 11 no se dio cuenta. Cuando la entrevista fue publicada, el 18 de octubre, en el Daily Telegraph, la aco-

gida que le hizo la prensa británica no dejó lugar a dudas. Por descolitado que Guillermo 11 no era el único responsable; el manuscrito del artículo había sido sometido al ministerio de Asuntos exteriores, donde unos funcionarios poco perspicaces lo dejaron pasar; pero al fin y al cabo ¿no era el emperador quien había concedido la entrevista? En los medios parlamentarios alemanes, la crispación se hace intensa y pública: ese error de discernimiento, esa iniciativa personal intempestiva e irreflexiva era una prueba más de que el soberano carecía de la suficiente ponderación, y sangre fría. El príncipe Bülow, interpelado en el Reichstag, a la vez que intentaba atenuar la importancia del entrevista, no ocultó que el incidente era serio y expresó su convencimiento de que, en adelante, el

- 84 -

El imperio austro-húngaro

perador sabría ser más reservado. Guillermo 11, desanimado, por un mo-

lamiento pensó en abdicar; luego, pasadas las primeras emociones, guardó un rencor tenaz a su canciller.

De modo que, cuando Bülow se encuentra en conflictos con la mayoría del Reichstag, el emperador se apresura a abandonarlo. La dimisión del canciller, decidida desde finales de julio, se anuncia para noviembre de 1909. El sucesor de Bülow, Theobald von Bethmann-Hollweg, pertenece a una familia de banqueros de Frankfurt, aliada con una familia de la antigua nobleza prusiana. Gracias a sus relaciones con el emperador, al que conoce desde su juventud, ha hecho carrera rápida en la alta administración, antes de convertirse en ministro del Interior de Prusia, y más tarde del Imperio. Es un hombre ponderado, cultivado, reflexivo, pero con un pensamiento de tintes jurídicos. Guillermo II lo juzga «demasiado maestro de escuela» pero «fiel como el oro».

Bethmann limita sus ambiciones, en política interior, a evitar los escollos. En 1910 después de haber pensado, en enmendar el régimen electoral prusiano, renuncia a la labor porque la intransigencia de los

conservadores lo hace demasiado difícil. Únicamente tomará una iniciativa en la cuestión sobre Alsacia, dando una satisfacción parcial a los «autonomistas» a través del establecimiento de un nuevo régimen --la «constitución de 1911»-- Pero el canciller no hace nada por agrupar a una mayoría estable en torno a un programa y las elecciones de enero de 1912 no mejoran mucho la situación: el partido socialista se toma una gran revancha respecto a la derrota electoral que había sufrido cinco años antes y obtiene ciento diez escaños en el Reichstag, mientras que el centro pierde quince escaños y los conservadores pierden treinta y cuatro; los partidos «de izquierda» sin embargo, no poseen la mayoría. Lo mismo que antaño, el Reichstag, aunque algunos de sus miembros deseen imponer el establecimiento de un régimen parlamentario, no consiguen imponer su influencia. El régimen político alemán «inacabado» el gran problema constitucional que plantean las relaciones de Prusia y del Reich, todavía no ha recibido solución, lo mismo que el de las relaciones entre el Parlamento y el gobierno del Imperio. Con todo, no hay indicios de una crisis grave.

V. EL IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO “ En la Europa de comienzos del siglo XX, la monarquía austro-húngara es una excepción: es el «Estado de nacionalidades» aquél en que los

Obras de consulta Z

O., la, de: V. Bibl, Der erfall (Esterreichs (Viena, 1922-24, 2 vol., in-8o), y de RuPeriod - Las historias generales de la monarquía austro-húngara de este dOlf Sieghart, Die letzten Jahrzehnte einer Grossmacht (Berlín, 1932, m-S”); Para Austria,

Charinatz, CEsteyreische .nnere Geschichte von 1848 bis 1907 (Leipzig, 1909, in-12), II; J. Droz, Histoire d'Autric'he (París, 1947); Para Hungría, J. Skekfü, Magyar tortonet,

Los estados europeos de 1904 a 1914

grupos «minoritarios», sometidos a una dominación extranjera, constituyen la mayoría de la población. Desde el COMDromiso de 1867, los I-nagiales en Hungría y los alemanes en Austria se @eparten la influencia política sobre los demás elementos étnicos; pero las dos partes de la i-nonarquía austro-húngara llevan una vida separada. únicamente son solj_ darlas en los «asuntos comunes» como el ejército, la marina y la política exterior. Pese a que la evolución de la política interior, esté dominada tan-

to en Hungría como en Austria por el mismo problema, lo cierto es que tiene aspectos muy diferentes según se ventilen en Viena o en Budapest,

Austria tiene 28 millones de habitantes. Los alemanes apenas son lo millones. Las demás poblaciones pertenecen a las diversas nacionalidades de Europa central: en Galitzia 4.900.000 polacos y 3.200.000 rutenos; en Bukovina, también hay rutenos y rumanos; en Bohemia, 6 millones y medio de checos; en Estiria, en Carintía y en Istria 1.200.000 eslovenos; en Trentino y en Istria, más de 700.000 italianos; por último, en la costa del Adriático, más de 700.000 serbios y croatas. En este mosaico de pueblos, de lenguas y religiones, son los eslavos quienes predominan; pero estos elementos eslavos no practican una verdadera solidaridad entre sí. Por si fuera poca la confusión, las nacionalidades no se presentan todas en grupo compacto y ninguna de ellas ocupa por sí sola un territorio bien definido; resulta imposible trazar una línea de demarcación definida. Pero en todas partes la lucha entre la administración alemana y las poblaciones minoritarias se orienta hacia el mismo terreno: los derechos lingüísticos, que son el símbolo de la individualidad nacional, y en consecuencia, la cuestión de la enseñanza.

La evolución económica contribuye a complicar el problema político. Austria posee recursos naturales, sobre todo hulla y mineral de hierro, de modo que en algunas de sus regiones se ha convertido en un país de gran industria. En Austria, como en todas partes, el progreso de la con-

El imperio austro-húngaro

t. XII (Budapest, 1936, in-8°); A. Domanovsky, *Geschichte Ungarns* (Munich, 1923, pct in-S°), muy escueta. A éstas hay que añadir O. Jaszi, *The dissolution of the Habsburg m-*

narchy (Chicago, 1929, in-S°), sugerente; H. Wickham Steed, *La monarchie des Habsbourg* (París, 1914, in-8o); A. May, *The Habsburg monarchy, 1867-1914* (Cambridge, t. 11, 1951, in-8°); R. A. Kann, *The Habsburg Empire. A Study in integration and disintegration* (Ne« York, 1957, in-81)--- Sobre la dinastía: J. Redlich, *Kaiser Franz-Joseph von (Esterreich (Vi'na, 1928, in-S°)*; H. von Srbik, *Franz-Joseph. Charakterbild*, en *Historische Zeitschrift*, aO' 1931, pp. 509-526; M. Muret, *L'archiduc Francois-Ferdinand* (París, 1932, in-8-)- Sobre 11

cuestión de las nacionalidades: B. Auerbach, *Les races et les nationalités en Autriche-110grie* (París, 1898, in-8u; 2e éd., 1917); Scotus-Viator (seudónimo de Seton-Watson), *Rali@ problems in Hungary* (Londres, 1909, in-S°); P. Hartak, *Die Nationale Frage in der Gesterrei chisch-ungarischen Monarchie, 1900-1918* (Budapest, 1966, in-81); H. Wendell' (EsterreichUngarn und die Südslavenfrage (Berlín, 1927, in-8°); K. Hugelmann, *Der Nati.gnalitäten@ recht der alten (Esterreich (Viena, 1934, in-8°)- Sobre cuestiones económicas y Ociales: L. Brúgej, *Geschichte der cesterreichischen Sozial-Demokratie* (Viena, 1922-25, 5 01 in-"); J. Deutsch, *Geschichte der cesterreichischen Gewerkschaftsbewegung* (Viena, 1928, ir,*

F. Fellner, *Die volkswirtschaftliche Entwicklung unter Franz-Joseph, 1867-19,6 (' e 1927, in-S°)*; P. Sugar, *Industrialization of Bosnia-Hercegovina, 1878-1918* (Seatt,c, 1963, in-So).

86

centración de empresas, ha favorecido la difusión de las ideas socialistas entre las masas obreras. El gobierno austríaco, además de las resistencias ue suele encontrar por parte de las minorías nacionales, tiene que conq . --- 1 . 1 tar así con una oposicion mas incluso en la parte alemana, la del partido

social sta.

De modo que el Parlamento (Relchsrat) está dividido en una amalgama de grupos que se opone violentamente, tanto en sobre cuestiones nacionales como sociales. La formación de una mayoría estable es un problerna insoluble. El trabajo lesgislativo y presupuestario se ve paralizado por el rigor de los conflictos y por la destrucción en la que se empeñan los partidos de la oposición. El desorden alcanza su punto culminante en los primeros años del siglo. «¡Ocho naciones, diecisiete países, veinte

grupos parlamentarios, veintisiete partidos!», exclama suspirando un presidente del consejo. El personal gubernamental se desanima: se da cuenta de que, en la lucha política, la noción de interés colectivo tiende a

desaparecer; pone en duda lo que pueda deparar el futuro; algunos incluso, no ven salida posible y hablan de la catástrofe que se

avecina.

De los 20 millones de habitantes que posee el Estado húngaro, los magiares no llegan a lo millones. El resto de la población, en los contornos del reino, está formado por eslovacos (cerca de tres millones en Transilvania) por serbios (casi un millón en el Banato de Temesvar y c.n el valle del Save), por último, los croatas, que son casi dos millones, sin

contar algunos grupos de poca importancia numérica: salones de Transilvania, llegados en el siglo XVI; búlgaros del condado de Temes, que antaño atravesaban el Danubio para escapar de los turcos y veridos del valle del Drave, que son eslovenios. únicamente los croatas más evolucionados y más activos, poseen un estatuto particular; gozan de una autonomía parcial y en Agram, tienen una dieta competente para las cuestiones de enseñanza, de cultos, y para la organización judicial; pero la presencia de un gobernador, el han, designado por el gobierno húngaro, es motivo de frecuentes conflictos. Las demás minorías nacionales están sometidas directamente a la administración magiar, que trabaja metódicamente, desde hace treinta años, en hacer que la lengua magiar sea obligatoria en la enseñanza pública. Estas minorías están representadas en el Parlamento de Budapest, pero la ley electoral, a través de un ingenioso sistema, priva del derecho a voto a la mayor parte de esta población. . Así pues, desde una perspectiva política, el grupo dominante lo constituye la población magiar. Ahora bien, en los valles del Tisza, donde predomina la actividad agrícola y las industrias derivan de los productos de la tierra, los estilos de vida no han evolucionado lo más mínimo; el gran propietario

no, el «magnate» posee una influencia sobre sus trabajadores agrícolas que pesa a la hora de votar. La población urbana no forma cuerpo con la de los campos. En el Parlamento, los partidos de Budapest se agrupan en tres tendencias: los conservadores, que tienen su punto de

Los estados europeos de 1904 a 1914

apoyo en la gran propiedad territorial; los liberales, c@ por la burguesía intelectual y a quienes se cree al serviu del «capital judío@@»; y los «nacionales» que en lugar d-@ promiso de 1867, quisieran separar Hungría de Austria, flintivo. El partido social-demócrata, que hace su apar:1-. ca, apenas tiene un papel de interés.

Desde 1904 a 1914 la doble monarquía no ha dejack medio de dificultades internas. En Austria se hace un es: dificar las condiciones de la vida política a través de un: techo al voto. Pero el intento será vano. El Relclisrat complicado para seleccionar a su personal: los electorez en cuatro «curias» -grandes propietarios, cámaras de des y comunas rurales-, que votan por separado; el sutringido por condiciones de censo, que varían de una:-@ Este régimen asegura la preponderancia de las dos @<cur:@@ bros sean menos cuantiosos, es decir de los propietario@ triales o comerciantes.

El partido socialista, en 1905, inicia una campaña pan . fragio universal, que los checos apoyan. Ceder a esta ru pie a que nuevas clases sociales tengan una influencia e-. significa arriesgarse, sin duda alguna, a otorgar una ma.; nento a los representantes de los eslavos, ya que las n:i,^ lavas son mayoría en el país; pero en opinión de algu,-@ dría ser un medio de educar políticamente al pueblo y l@-cia de las reivindicaciones. Si el ministerio se decide a da.que las circunstancias le parecen graves. La noticia de 1 -

suscita debates en Austria: en Viena, en Praga, los soci,_ nilestaciones en la calle para conseguir que se amplíe e. iragio. Los partes policiales indican la perspectiva de unpolítica. El 4 de noviembre de 1905, el gobierno, prec: por un comunicado a la prensa, su voluntad de estú.z universal.

Una vez tomada la decisión, el presidente del Cons1tende llevar a cabo la reforma de tal modo que pueda @@ guar las luchas entre nacionalidades. En lugar de limita.,@. namero de escaños proporcionalmente a la población, no en las zonas más o menos correspondientes a los gn s- atribuye a cada una un número determinado de repr-; jos alemanes, 259 a los eslavos (chechos, polacos, rutelsur), 19 a los italianos y 5 a los rumanos de Bukovina forma da prioridad a los representantes de las minorías -

b',rno cuenta con que los desacuerdos entre eslavos, se-,a--r agonismo entre polacos católicos y rutenos uniaw1 se tome una coalición antialemana. De ese modo espen le,- haya fijado las fuerzas relativas de los grupos nacio.-. co una especie de equilibrio, la lucha de nacionalidades z

se dejan guiar

los intereses @mitir el com, modo más de-

m en esta épo-

1.e debatirse en .,erzo para rno- ,forma del de@

ene un sistema

dividIAS

i .n erc o, c uda-

0 queda res. Dvincia a otra, > cuyos miem- _ de los indus@

)nseguir el suridicación, dar a vida política, ría en el Parlaoriafldades ess, también poenar la violen- 21 paso, es por-

1 evolución rusa stas hacen Ma-erecho de sunuelga gener 'al _pado, anunc.la zer el sufragio

Gautsh, pre .-vir para apacl a establecer 11 ,@ide el terrlt0' Dos naciorialo, nitantCS: 233 a

y eslav os del .@sí pues@ la re, @ionales; el go' le todo el viejo mpedirán 0'

y, la que una @.@s y establec` -1 calmará. Pese

El imperio austro-húngaro

a que Gautsh, mientras tanto, deja el poder, su sucesor, Beck, llevará la reforma adelante y se votará en diciembre de 1906.

La crisis de bosnia-Herzegovina ` y la actitud que adopta el gobierno de Viena en relación a los servicios, suscitan la protesta de los esla-.os. En 1909, en Praga, estallan rencillas entre checos y alemanes, en Es~ aria, entre alemanes y eslovemos. En el Reichsrat, el antagonismo de los partidos nacionales comienza de nuevo a ratificarse: frente a los partidos alemanes, que forman bloque, se alza un bloque eslavo, del que únicamente los polacos no forman parte. Gracias a la actitud de esos polacos, recompensada por los demás, con

ventajas económicas, el gobierno puede conservar una mayoría. Los sucesores de Beck, Bienerth, desde 1909 a 1911, y luego Stürgkh, se niegan a tomar iniciativas políticas y se dedican a la « administración » de cada día. Austria vuelve a su carril.

Por la misma época, Hungría, está atravesando una crisis política. Veinticinco años atrás -hasta 1903-, el partido que se calificaba de «liberal» había tenido una preponderancia indiscutible, bajo la firme dirección de Koloman Tisza. Esta preponderancia se verá comprometida por una maniobra de sus adversarios: la oposición de «izquierdas», es decir, el partido nacional, y los miembros de la derecha se unen para pedir que la lengua alemana deje de ser empleada como lengua de mando en las tropas magiars del ejército común. Es una manifestación de nacionalismo magiar, que una parte del partido liberal no se atreve a esquivar. Y ya está amenazada la mayoría gubernamental. El emperador Francisco José se opone a la reivindicación magiar y por dos veces disuelve el Parlamento; entonces se forma una coalición, contra esta intervención del soberano, en la que entran los conservadores, los liberales disidentes y los

nacionalistas. Durante cuatro años (1906-1910), ese gobierno de «coalición» conserva el poder, sin que por otro lado consiga imponer la reforma que desea: Francisco José amenaza a los magiars en caso de que insistan, con proponer la institución del sufragio universal, tanto en Hungría como en Austria, lo cual arruinaría su preponderancia política. La «potencia» de la coalición favorece la política de Esteban Tisza, que en

1910, constituye de nuevo, con el nombre de «partido del trabajo nacional» el antiguo partido liberal. En las elecciones, Tisza obtiene para sus Partidarios 200 escaños, contra los 86 de los demás partidos. Anuncia su intención de renunciar a una lucha inútil contra el emperador y de apoyarse en un régimen dualista. La crisis, que por un momento opuso el Parlamento de Budapest a la Corona; ha terminado. Tisza, hombre de acción, enérgico y valiente, tiene la mayoría en su «mano, de hierro». Pero al margen de estas dificultades, la cuestión de las minorías nacionales no ha dejado de estar presente. El gobierno de Budapest, en su versión de gabinete de coalición o de gabinete liberal, prosigue con una política de «compreensión»: ha desbautizado las localidades para impo-

cap. 11.

El imperio ruso y la revolución de 1905

Los estados europeos de 1904 a 1914

nerles nombres magiars; ha obligado a todas las escuelas subvencionadas a adoptar los libros escolares magiars. Es una lucha sistemática contra las lenguas de las minorías nacionales. En vano, porque los eslovacos, y los rumanos protestan; pero los eslavos del sur resisten mejor: en 1905, en Flume, unos delegados croatas y serbios han concertado un acuerdo

para llevar la lucha en común; el gobierno se defiende a través de los procesos políticos, sobre todo del «asunto de Agram» por el que treinta y tres serbios de Hungría son condenados a trabajos forzados como afiliados a sociedades políticas de primer grado, en vista de los documentos falsificados por el Balplatz. Tras la crisis de Bosnia-Herzegovina, en antagonismo.

El movimiento austro-serbio alienta al movimiento yugoslavo, y la dicta de Croacia, entre en lucha abierta con el movimiento nacional croata empieza a adquirir tintes separatistas.

Los movimientos nacionales en la península balcánica y las guerras

de 1912-1913 que son su consecuencia, no podían por menos que repercutir en los eslavos del imperio austro-húngaro. La revuelta va creciendo: en un mismo movimiento de protesta se agrupan los croatas, los serbios de Bosnia-Herzegovina y del Banato, los eslovenos de Carintia, mientras que los checos emplean una táctica de destrucción en el Reichsrat. ¿Cómo resolver estas eternas dificultades? Si el emperador Francisco José es demasiado viejo para ocuparse de ello, su sobrino y presunto heredero, el archiduque Francisco Fernando, está pensando en sustituir el «dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

Los movimientos nacionales en la península balcánica y las guerras

de 1912-1913 que son su consecuencia, no podían por menos que repercutir en los eslavos del imperio austro-húngaro. La revuelta va creciendo: en un mismo movimiento de protesta se agrupan los croatas, los serbios de Bosnia-Herzegovina y del Banato, los eslovenos de Carintia, mientras que los checos emplean una táctica de destrucción en el Reichsrat. ¿Cómo resolver estas eternas dificultades? Si el emperador Francisco José es demasiado viejo para ocuparse de ello, su sobrino y presunto heredero, el archiduque Francisco Fernando, está pensando en sustituir el «dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

percutir en los eslavos del imperio austro-húngaro. La revuelta va creciendo: en un mismo movimiento de protesta se agrupan los croatas, los serbios de Bosnia-Herzegovina y del Banato, los eslovenos de Carintia, mientras que los checos emplean una táctica de destrucción en el Reichsrat. ¿Cómo resolver estas eternas dificultades? Si el emperador Francisco José es demasiado viejo para ocuparse de ello, su sobrino y presunto heredero, el archiduque Francisco Fernando, está pensando en sustituir el «dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

ciendo: en un mismo movimiento de protesta se agrupan los croatas, los serbios de Bosnia-Herzegovina y del Banato, los eslovenos de Carintia, mientras que los checos emplean una táctica de destrucción en el Reichsrat. ¿Cómo resolver estas eternas dificultades? Si el emperador Francisco José es demasiado viejo para ocuparse de ello, su sobrino y presunto heredero, el archiduque Francisco Fernando, está pensando en sustituir el «dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

rat. ¿Cómo resolver estas eternas dificultades? Si el emperador Francisco José es demasiado viejo para ocuparse de ello, su sobrino y presunto heredero, el archiduque Francisco Fernando, está pensando en sustituir el «dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

«dualismo» por el «trilateralismo»: los croatas, los serbios y los eslovenos del Imperio formarían un tercer Estado, cuyo estatuto sería análogo al de Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

Hungría y Austria. Después de 1912 ¿cabe pensar que todavía se agarra a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

a ese proyecto? Sería difícil afirmarlo. Sin embargo, el archiduque heredero es evidentemente de los que no creen que sea posible que pueda sobrevivir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

brevir la doble monarquía sin una completa reestructuración de las instituciones y de la constitución.

tituciones y de la constitución.

VI. EL IMPERIO RUSO Y LA REVOLUCIÓN DE 1905

En el Imperio ruso, la presencia de «minorías nacionales» está lejos

de ser un aspecto desdeñable en la vida política. Sin duda, los grupos aléuticos, polacos, finlandeses, rutenos, rumanos de Besarabia, judíos-

“ Véase el libro 11, cap. 111.

- L'Historie de Russie, publicada bajo la dirección de “L'Institut de la Russie” “ Obras de consulta. instrumento de trabajo n.º 1
- Eisenmann, t. 111 (París, 1936, ii, 83), es el in j.les Ch. Seignobos y L trate con suficiente amplitud cuestiones económicas
@@ soc cómodo, a pesar de que no s: A. von Hedenstrom, Geschichte En alemán y en inglés, hay trabajos interesante von 1878 bis
1918 (Stuttgart 1922, in-8) et G. Vernadsky, A history of Russia (LO’

in-
1929, in-80)- H. Seton-Watson, The Russian Empire, 1802-1917 (Oxford, 1967,

ists and the origins of Bolshevism bre los partidos: L. Hainson, The Russian marx 1953, in-S@)-
1955, in-S’); J- Lj. Keep, The Rise of Social-democracy in Russia (New York,

- 90 -

stituyen una mínima parte de la población; pero están situa-

apertura los confines, o sea, en las regiones susceptibles de sufrir las sa-

dos en 1: hay ahí un peli

medidas más fuertes en caso de conflicto internacional. El riesgo no llueve para la seguridad del imperio. Sin embargo ese riesgo de atención lo más mínimo. Lo que importa es la gravedad de las ame-

ma la sa, sobre el régimen político: el único gran Estado europeo nazas que Pe . 1 régimen absolutista, está

n, iplos del siglo XX aún conserva ur que apr, 1 la. Mientras que las manifes- ,jendo abrirse ante él, una era revoluc onar los círculos in-

e habían limitado hasta entonces a s de oposición s en sacuda al país, tacione miento de masas intelectuales, ahora va a ser un movi 1

oridad del zar y le arranque reformas políticas. ponga el, peligro la aut 1 nsformaciones económicas. Es

En el en de esta crisis están las tra lonal,

orig v .:uye la base de la economía nac cierto que la ;da agrícola constil

está entreviendo una evolución: a lo largo de los últimos veinte

pero se e cursos naturales que ofrece el subsuelo del . imperio años, los enormes re ;a ha empezado a desarrollarse, gracias a case han revalorado; la industr -dad económica pitales técnicos extranjeros. Esas nuevas formas de activi en los han modificado las condiciones de la vida social. La acu Ímulación,

centros urbano@, de una población obrera que vive miserablemente (la

jo es ornada de traba* de 11 horas y media, y la huelga está prohibida),

e clase». El crecimiento de una burgue va desarrollando la «conciencia d efes sía industrial no es un hecho político de menor importancia: esos de empresa, conscientes de desempeñar un papel dom inante en la vida económica, esos ingenieros, esos hombres de negocios, quieren obtener una

parte de influencia en la gestión de los asuntos públicos. Por último, el

1 1 itu Íon de los campesinos; pues desarrollo industrial empeora la si aci para hacer frente a los gastos de los trabajos de maquinaria nacional, el gobierno ha aumentado los impuestos y ha establecido el monopolio del

alcohol; para proteger a la naciente industria contra la competencia ex-

tranjera, adopta una política arancelaria que acaba provocando las represalias de los Estados vecinos y que por consiguiente entorpece la expor-

tación de los productos agrícolas rusos.

Los adversarios del régimen están pensando en explotar esas causas

de descontento. El partido «social- Í demócrata ruso», que se constituyo en 1898 adoptando las doctrinas marxistas, ha organizado huelgas a pe- ,ar de la prohibición de la ley .La revuelta social le sirve de medio para

Sobre la crisis de 1905 B Noldé, L'ancien regime et la re-olution russe (París, 1928, in-16); Glard, La révolution russe (París, 1933, in-S'), y en sentido opuesto, L. Trotsky, 1905 (Mo", 1927, in-8-); Lénin, Les debuts de la première révolution u.,e (París, 1928, in-8')PM sobre todo hay que consultar Voitinsky Godi pobed y poratchenik [Años de vic-

toria Y derrotal, t. 1 (Moscú pod'em revolujái [El esplendor de la revol 1923, in 16)- Vyss;j

UCIÓN e. Igosl (Moscú,

1955, 2 vol., in-4-)- Sobre el periodo posterior: N. A. Savicki, P'A-SI01Ypin en el Monde Slave, t. X -381; t .

pp.378

(1933), pp. 227-247 y 360 XI (1934),

-397; t. XII (1935), pp. 41-61; A. Lewin, The second Duma (New Haven, 1940, 'n-8'); G. Allin,ky, La Russie moderne (París, 1915, in-12)_

- 91 -

Los estados europeos de 1794 a 1914 llegar a fines políticos: la destrucción de la autocracia. Pero sus mie., bro no se ponen de acuerdo sobre la táctica; los mencheviques quieren que el partido- sea «ampliamente abierto» y admiten la conveniencia de una alianza temporal con la oposición burguesa, mientras que los bol, cheviques rechazan cualquier compromiso con los liberales y quieren que el partido sea una «organización de combate», decidida a la acción revolucionaria. En el extranjero, los bolcheviques publican el periódico el Iskru («El destello»), del que Lenin es uno de los principales redactores. El partido denominado «socialista revolucionario» representa una tradición puramente rusa. Quiere actuar sobre todo en la masa campesina, preconizando una reforma agraria: su actividad provocó en 1902, un levantamiento en los gobiernos de Kharkov y de Poltava. En los círculos burgueses, en la sede de los cuerpos administrativos provinciales, los zemstovs, la idea de que hace falta una reforma constitucional para favorecer el desarrollo de la actividad económica, tiene su expresión en el grupo que lleva el nombre de «Unión para la liberación», y en el periódico Osvozhdeniye («La Liberación») publicado también fuera de Rusia. Los intelectuales que dirigen este movimiento todavía no tienen más preocupaciones políticas que sociales. El gobierno no responde con métodos de opresión policial o de represión brutal a toda esta revuelta clandestina; no por eso deja de sentir preocupación por el progreso de las ideas revolucionarias, pero no tiene intención de desarmar a la oposición por medio de concesiones.

Ante las dificultades que se avecinan, el zar, dueño absoluto, no se

doblega. Hace diez años -en 1904- que Nicolás II fue coronado. Su formación intelectual, la vida que ha llevado antes de llegar al trono, como oficial de la guardia no le han preparado para preocuparse de problemas económicos y sociales. El procurador del Santo-Sínodo, Pobiedonotsev, que ha dirigido su educación le ha inculcado la idea de que el régimen autocrático es el mejor para Rusia: está pues, convencido de que su poder le viene de Dios y considera un deber el lograr que se respeten sus derechos soberanos. «Defenderé los principios de la autocracia de forma tan inmutable como lo hizo mi padre», declaró al ocupar el trono, ¿Es consciente de las transformaciones que se están produciendo en su

Estado? Vive en un mundo cerrado, sin contacto con el país, ni siquiera con la alta sociedad. Su carácter no lo inclina lo más mínimo a escuchar consejos; deja hablar a los que se le acercan, pero no se fía de ellos. «Yo es que tengo temperamento de dictador, en el fondo es una persona débil que intenta esconder sus dudas tras una apariencia de autoridad; 1 testarudez de que da prueba tantas veces, es sólo un aspecto de esa debilidad. En suma, un hombre de ideas estrechas, que se irrita con facilidad, un jefe sin clarividencia ni energía. «¡Nuestro pobre augusto so

rano!» dice de él uno de sus ministros. La vida retirada que lleva con su familia, en su palacio de Tsarskoié-Selo y el profundo afecto que le une

a los suyos, lo inclinan a sufrir la influencia de su mujer, Alejandra Co, dorochna, princesa de Hesse, cuya naturaleza fría y voluntaria, es causa

El imperio ruso y la revolución de 1905

de tomar decisiones enérgicas si se presenta la ocasión, pero su espíritu turbio, está atormentado por temores supersticiosos y por tendencias a un misticismo enfermizo. En el entorno del matrimonio imperial, es ella

impostores; a pesar de quien acoge a los aventureros e influye. Desde el inicio de 1905, un campesino siberiano, Rasputín, borracho, libertino y codicioso, empieza a ejercer una asombrosa influencia en los soberanos quienes lo ven revestido de apariencias casi de santidad. En este extraño círculo malsano, la pálida figura del zar, del «emperador de todas las Rusias» contrasta con la imagen que la opinión pública piensa que debería tener un monarca absoluto.

15

El fracaso en Manchuria, acaecido precisamente en 1905, trastorna el régimen autocrático. A partir de las primeras derrotas sufridas por el ejército en la guerra contra Japón, el patriotismo ruso se indigna atribuyendo la responsabilidad a la administración y, por consiguiente al régimen político. Desde el otoño de 1904, los círculos intelectuales y la burguesía liberal fueron los primeros en manifestar sus críticas y en dirigir una campaña de reivindicaciones. El zar está lo bastante preocupado como para decidirse a estudiar un plan de reformas administrativas; pero no se resigna a conceder la satisfacción principal: la institución de una asamblea legislativa elegida.

El movimiento de oposición se va extendiendo, no obstante, a la masa urbana: el pope Gapon, que desde hace algunos meses ha formado las «Uniones obreras», pero que está en contacto con la policía, organiza el domingo 22 de enero de 1905 una gran manifestación con objeto de presentar una petición, apoyada por 135.000 firmas, donde se expresan a la vez reivindicaciones sociales y políticas: derecho a huelga, reforma agraria y convocatoria de una asamblea nacional. La policía y el ejército, ante el Palacio de Invierno, reciben a tiros a los grupos de manifestantes, los dispersan y los persiguen hasta la noche. Un millar de muertos y otros tantos heridos, es el balance del «domingo rojo».

El fusilamiento del 22 de enero de 1905 abre un foso entre el zar y su pueblo. La protesta adquiere tintes revolucionarios; en las ciudades industriales empiezan a estallar huelgas políticas cuyos dirigentes reclaman la elección de una asamblea constituyente. En las regiones agrícolas, los arriepinos se niegan a pagar el impuesto por doquier o incluso invaden los establos y los graneros de los propietarios. Los profesores, los ingenieros y los abogados se declaran solidarios con los obreros. El congreso de delegados de los zemstovs, reunido en junio en Moscú, redacta una petición al zar para denunciar la responsabilidad de sus consejeros en la aventura del Lejano Oriente y para pedir la «renovación» del Estado. En Julio, En Sebastopol la tripulación del acorazado Potemkin se rebela, Y después de haber paseado la nave por el Mar Negro, termina depositándola en manos de las autoridades rumanas. Durante varias se-

5Vé

.In, e PP. 32-33.

92

93

manas, prevalece el desorden y casi se llega a la guerra civil. Es lógico que los socialistas extremistas, los bolcheviques, intenten orientar esto, movimientos y «organizar la revolución». Bajo su instigación se forma en Moscú, un Consejo (soviet) de los obreros tipógrafos, después en Petersburgo un Consejo Central de los obreros de la capital: los soviets intentan preparar la huelga general que derrocaría al gobierno y abriría el camino a la república.

Entonces el zar empieza a ceder. Desde la primavera pasada, SUS ministros son muy conscientes de que, para evitar lo peor, hay que dar una satisfacción parcial a las reivindicaciones de los adversarios. El 3 de marzo de 1905, Nicolás II ha firmado a petición de sus ministros, un rescripto en el que anuncia su intención de convocar a los hombres «revestidos de la confianza de la nación» para que colaboren en el establecimiento de los proyectos legislativos; pero, durante cinco meses ha estado evitando detallar la forma que podría adoptar esta asamblea. Probablemente aún espera que el resultado de la guerra con Japón pueda volverse a

su favor y que el movimiento revolucionario nacido de la derrota, desaparezca con la victoria. Después de la batalla naval de Tsushima la guerra está definitivamente perdida. Así pues, el gobierno se decide a anunciar la convocatoria de una asamblea nacional, de una Douma, pero intenta que sea inofensiva: dividida en tres clases, -campesinos, hacendados y burgueses de las ciudades-, no tendría nada en común con un verdadero Parlamento. Por eso la oposición no deponen las armas. Únicamente bajo la amenaza de huelga general dos meses más tarde, el zar

presionado por el conde Witte que acaba de negociar la paz ruso-japonesa, se decide a hacer el gesto que espera de él la opinión liberal. El ma-

nifiesto del 30 de octubre de 1905 anuncia que la Douma va a ser elegida por «todas las clases sociales de la población», que serán quienes voten

las leyes, y puedan controlar las actividades de la administración y que por último se garantizarán las libertades públicas, la libertad de reunión

de asociación y la libertad de culto.

Sugiriendo al zar esta concesión, el conde Witte espera «reconciliar el poder imperial con el país»; negociar un acuerdo con la «mayoría silenciosa de la sociedad». Y de hecho, la nobleza, preocupada por los disturbios agrarios, y los industriales, asustados a causa de los movimientos huelguistas, se fían del manifiesto. Los «constitucionales -demócratas, mantienen una actitud de reserva: siguen exigiendo la reunión de U.»; Asamblea constituyente. Los socialistas bolcheviques, por el contrario, no renuncian a su proyecto revolucionario; van reclutando miembros, del ejército y de la flota: el motín de la guarnición de Cronstadt (lo de noviembre de 1905) y el de las tripulaciones de la flota del Mar Negro (24 de noviembre) son obra de los soviets de soldados y de marinos. Pero

partir de ese momento la oposición se divide; Witte a quien el zar ha llamado a la presidencia del consejo, aprovecha la ocasión para ejercer su poder; la paz ruso-japonesa ha permitido

3 r', ejércitos fieles de Manchuria. Así, manda detener a los rusos

- 94 -

El imperio ruso y la revolución de 1905

,soviet de Petersburgo; el de Moscú responde con la huelga general (19 de diciembre). El 2 de enero de 1906 tras una batalla por las calles en la que los soldados de la guardia quitan las barricadas, se disuelve el mo-

tín. Por esta vez el movimiento revolucionario se ha roto.

Para evitar el retorno de los revolucionarios, ¿el zar va a tratar de apoyarse en la burguesía liberal? ¿va a dar vigencia al régimen constitucional anunciado en el manifiesto de octubre?, ni remotamente. Desde el momento en que cree su poder consolidado, prescinde de Witte. El 29 de abril de 1906 comienza la reacción. Sin esperar a la reunión de la Duma, el 11 de mayo, Nicolás II promulga las «leyes fundamentales». Esta constitución otorgada por el soberano, para evitar que no sea votada por el Parlamento, limita cuidadosamente los poderes de la asamblea, sustrae

de su competencia, no sólo las cuestiones de política exterior, sino también una parte de las cuestiones presupuestarias; a modo de contrapeso, establece una Cámara alta -el Consejo de Imperio- en el que la mitad de sus miembros son nombrados por el zar. La Duma puede ser disuelta por el poder ejecutivo, pero no puede derribar al ministerio. Se toman precauciones para que la «última palabra» la tenga siempre el soberano. A partir de ese momento, la vida política está dominada por una lucha entre la representación nacional y el gobierno.

La primera Duma apenas dura más de dos meses. Fue elegida por medio de un sufragio indirecto y complicado; pero las elecciones han sido libres y les ha valido un gran éxito de los «constitucionales -demócratas» («K.D.» o «cadetes»), es decir a los liberales, partidarios de un régimen parlamentario, y a los «laboristas», que agrupan en su sede a intelectuales y campesinos de tendencia socialista. Desde el momento en que se abre la sesión, la mayoría parlamentaria reclama la reforma de las «leyes fundamentales»: el sufragio universal y la responsabilidad de los ministros ante el Parlamento. El gobierno se opone, y la Duma le retira su confianza casi por unanimidad. El 22 de julio de 1906, el ministro del Interior, Stolypine, decide disolverla: cuando llegan los diputados al palacio de Tauride donde transcurren sus sesiones, se encuentran con las puertas cerradas. Los constitucionales-demócratas reunidos en conferencia secreta en Viborg -Finlandia- lanzarán un llamamiento al pueblo, recomendando una huelga de reclutamiento y otra de paga de impuestos, pero

11 vano- La masa de la Población sigue sin querer oír; los levantamientos militares, que se producen en alguna que otra guarnición son reprimidos sin el menor esfuerzo. El gobierno, de momento, lleva ventaja y Stolypine se convierte en primer ministro.

La segunda Duma no se elegirá hasta principios de 1907. Pero esta vez ya no son elecciones libres. El gobierno ha emprendido procesos contra los ochenta diputados, firmantes del llamamiento de Viborg, privándoles de es

el derecho a ser elegidos; ha prohibido que partidarios de la Oposición celebren reuniones electorales; ha suprimido doscientos sesenta periódicos. La Duma, declara Stolypine, no «está dirigida». Sin embargo, la oposición apenas ha sufrido mermas:

los «laboristas» mantienen sus posiciones; los constitucionales _demócr_ tas, pierden unos cincuenta escaños, es cierto; pero los socialistas que ha, bían boicoteado las primeras elecciones, esta vez han votado y consiguen, ochenta y tres escaños. La maniobra del gobierno no ha conseguido más, que reforzar los partidos extremos. Si la segunda Duma dura un po., más que la primera, es sólo porque evita las ocasiones de conflicto con el poder; la mayoría, en lugar de manifestar su desconfianza hacia el gobierno, se conforma con la abstención. Donde se refugia la actividad parlamentaria, es en el trabajo de las comisiones. Los proyectos que elaboran los diputados atañen a las garantías de la libertad individual, a la instrucción obligatoria y a la legislación obrera. Antes de que se conviertan en materia de discusión pública, el gobierno emprende una ofensiva con@ tra la extrema izquierda: la policía efectúa una pesquisa en el domicilio de un diputado socialista y declara haber encontrado entre sus papeles, las pruebas de una actividad revolucionaria. El 14 de junio, el gobierno exige que la Duma arreste a cincuenta y cinco diputados socialistas, y apenas la comisión especial designada para examinar la demanda, esboza una resistencia, Stolypine declara su disolución el 16 de junio de 1907,

Con el fin de asegurarse la victoria en las siguientes elecciones, el gobierno, por simple decreto, modifica el régimen electoral de forma que se reduzca la representación de los campesinos, obreros y pequeña burguesía. De ese modo la tercera Duma, tendrá una mayoría favorable al gobierno. La oposición se ve reducida a un centenar de miembros.

Stolypine sin embargo, no se limita a una política de «resistencia». Este hombre de silueta «oscura y poderosa», temperamento vigoroso y voluntad fría, no es sólo un gran funcionario, capaz de gritar a los revolucionarios en plena Duma: « ¡No me dais miedo! » y de responder a

las amenazas con un indiscutible valor personal; además es un jefe de gobierno que tiene un plan; lo que quiere es dar vigencia al régimen MOnárquico a través de reformas administrativas y sociales. Para ello, organiza de nuevo las asambleas locales (los zemtvos), concediéndoles atri~

buciones de mayor alcance, a la vez que, para consolidar la precaria ulli-

dad del Imperio, practica una política de rusificación con las poblacionel alógenas, sobre todo en Finlandia. Fundamentalmente quiere transformar el régimen agrario, sustituyendo la propiedad colectiva de la cornu' nidad agrícola (el mir) por la propiedad individual, manera idónea, según dice, de mejorar el rendimiento económico y de hacer posible que el campesino salga de la miseria, y, por añadidura, este proceder sería una «prenda de orden» desde el punto de vista social y político. Ir.,cl''' antes de que la reforma se convierta en ley orgánica (1906), Stolvpue . ba mandado firmar el ucase de noviembre de 1906 que da a todo carrlpe,100 la posibilidad de abandonar el mir y de exigir el derecho a la PrOP ¡,dad individual dentro del lote de tierra que ocupe. Pero los liberales detc"o al presidente del conse 01 y los conservadores, en quienes no tienen, rril

ar1,3 0 remedio que buscar apoyo, obstaculizan la realización de su prog, 18 bien lo obligan a deformarlo. Cuando Stolypírte es asesinado, el

- 96 -

Los estados secundarios de Europa

setiembre de 1911, por un revolucionario, su influencia ya estaba menguando desde hacía unos meses.

Tras estos años de ardientes luchas, sobreviene el hastío; la oposición empieza a desanimarse. La forma de ser del nuevo presidente del consejo, Kokovstov, más conciliadora, contribuye a dar la impresión de que se ha producido un distendimiento, hasta el día en que, en febrero de 1914, el zar prescinde de Kokovstov, y lo sustituye por Gorernykyíne, anciano apacible, pero cabezota, imbuido de principios autocráticos.

VIL LOS ESTADOS SECUNDARIOS DE EUROPA 16

junto a las grandes potencias, es interesante observar la evolución política y económica de los pequeños Estados, sobre todo en la medida en que su vida nacional puede repercutir en las relaciones internacion íales.

En los tres Estados escandinavos, sus poblaciones pacíficas, serias y laboriosas, tienen rasgos comunes entre sí: la actividad económica está en vías de rápido desarrollo, bien sea la agricultura en Dinamarca, la

industria en Suecia, o el comercio marítimo en Noruega; la instrucción primaria y técnica está muy extendida; la legislación social es abundante; las ideas políticas están orientadas hacia el respeto de las libertades públicas y de las formas parlamentarias.

Suecia y Noruega estaban vinculadas, desde el año 1815, por una unión personal. Los dos países poseían su Parlamento y su ministerio

16 Obras de consulta.- Sobre los Estados escandinavos, Knut Gjerset, History of the Norilegian People (Londres, 1925, 2 vol., in-S'); F. Nórgaard, Danemark fra 1804 til nitiden (Copenhague, 1927 in-8o); R. Svanstrom y C. Paimstierna, Histoire de Suède, trad. francesa (Paris, 1945, in-81)--- Sobre los Países Bajos: Ecimunson, History of Holland (Cambridge, 1922, in-S% Enno van Gelder, Histoire des Pays-Bas (París, 1936, in-12)--- Sobre Suiza: '--- PiCavet, Une démocratie politique: la Suisse (París, 1920, in-81); W. Martin, Histoire de la Suisse. Essai sur la formation d'une confédération d'États (París, 1926, in-8'); E. Gagliar-4 Histoire de la Suisse, t. 11 (Lausanne 1925, in-S'); Ed. Fueter, Die Schweiz seit 1848: Geschichte der Politik, Wirtschaft (Zurich, 1928, in-S')- Sobre Bélgica: H. Pirenne, Histoire de Belgique, t. VII (Bruxelles, 1932, in-80)- F Van Kalken, La Belgique contemporaine (París, 1930, W-16, de la -Collection Armand @o'lin); A. de fficider, Histoire de la Belgique contemporaine (Bruselas, 1928-29, 3 vol., m-8')- Sobre España: H. B. Clarke, Modern Spain, 1813-1918 (Cambridge, 1926, in-SO), M .F. Almagro, Historia del reinado de Alfonso XIII (Barcelona, 1933, in-8-), Pierre Vilar, Histoire de PE a ne (París ción «a., -

tr . . . 1 V. Marrero, el - k Mo español del siglo x@¿ (M oire d'Espagne (París, 1947, in-16); dfl sals-je>.). Albert Mousset Hist SP 9 1 , n- , e a Co ec-

sag adrid, 1955, in-So); C. Rama, La crisis española

XX (Buenos Aires 1960, el cap. 1).-, Sobre Portugal: M. Peria et D. Peres, História de Portugal (Lisboa 19@2 -ré, Les tt h 1 , in-81)--- Sobre los Estados cristianos de los Balcanes: L. An- &4;j ;,41kans c rétiens des Balkans depuis 1815 (París, 1918, in-8'); N. Jorga, Histoire des tion d»Orien'q1es jusqu'à 1924 (París 1925, in-8'); J. Ancel, Manuel historique de la ques-544 (N t (París, 1923, in-12; 2@ éá., 1938); F. Schevill The histo

elvyork 1Q1 -

(Cambi 3 1 rY e a an penin-

1;,n-S),_ Sobre Turquía W. Miller, The Ottoman Empire and its suc-

23, n-S'), así como las obras citadas en 48

P. -

97

por separado, pero el rey común era sueco. Tras diez años de tirantezas entre soberano y su ministerio noruego, diez años de pequeños conflictos durante los cuales la pasión nacional noruega se fue despertando, el vínculo entre los dos países se rompe amistosamente: el Parlamento de Christiania declara disuelta la unión, en junio de 1905; el gobierno sueco protesta, pero acepta la negociación; la conferencia de Karlstad, en octubre, consagra la separación a través de un convenio. Noruega llama a ocupar el trono a un príncipe danés que tomará el nombre de Haakon VII. En ninguno de los dos Estados ha ocasionado conmoción la ruptura. En ninguno de ellos la evolución política ulterior se ha visto perturbada por el acontecimiento.

En Dinamarca, el rey Christian IX, en 1904 tiene ochenta y cinco años. Desde hace tres, y haciéndose cargo de su edad, se ha resignado a un papel pasivo. Los partidos de izquierda tomaron el poder y lo mantienen. Su programa conlleva una reforma arancelaria, orientada hacia el libre cambio, y medidas de tipo social: seguro de desempleo, seguros por accidente de trabajo. Claro que, la opinión pública no puede olvidar que el Slesvig está sometido al dominio alemán y que una parte de la población danesa sufre allí un régimen de coerción rigurosa; pero es prudente, y el gobierno todavía lo es más: en relación al poderoso país vecino, siente un temor respetuoso.

En los dos Estados que separó la revolución de 1830, la vida econó-

mica es próspera y la población vive satisfecha por el bienestar material. Las cuestiones sociales no revisten una agudeza especial, pero la evolución política está influenciada por las cuestiones religiosas.

El régimen parlamentario funciona libremente en los Países Bajos. La reina Wilhelmine se guarda de intervenir en los conflictos entre partidos. Sin embargo, la formación de una mayoría resulta difícil: los socialistas, que son pocos, no colaboran con los liberales; la derecha está formada por católicos y protestantes; la existencia de un grupo «cristiano», que agrupa en su acción política común a fieles de los dos cultos es uno de los rasgos interesantes de la vida pública holandesa. Los liberales piden una revisión constitucional; sin llegar al sufragio universal, quieren ano-

pliar el ejercicio del derecho al voto, que hasta entonces estaba reservado para quienes pagaban un censo electoral y poseían cierto grado de instrucción; exigen la incompatibilidad del mandato parlamentario con otro empleo público. El grupo «cristiano» reclama una reforma del régimen,

escolar, para poner la enseñanza libre en igualdad de condiciones con la enseñanza estatal, y quiere que la ley reprima los atentados contra la moral.

Bélgica es un país, donde todavía predomina el elemento rural, agricultura es próspera, gracias al progreso de los métodos de cultivo la fuerte organización de las cooperativas y a las cajas de crédito. No obstante, la industria también está en continuo crecimiento. Las dos partes del país, Flandes y Valonia, conservan una fisonomía distinta: en Flandes, centro de la actividad agrícola, las industrias reserva,

- 98 -

Los estados secundarios de Europa

apel importante al trabajo a domicilio; en la región valona, la concentración de las empresas está más desarrollada. A estas variaciones en la estructura económica hay que añadir una diferencia de mentalidad; en la

1 En Flandes, la población flamenca, la vida religiosa es activa, las organizaciones católicas son poderosas, y la influencia del clero desempeña un papel de primerísima importancia política; la población valona, sensible a la influencia de las ideas francesas, es más bien anticlerical.

La vida parlamentaria es la expresión de estos intereses económicos y de estas tendencias espirituales. El

partido católico selecciona a sus adeptos sobre todo en Flandes, donde el clero, para impedir que se difundan las influencias intelectuales francesas en la masa, se esfuerza por mantener el uso de la lengua flamenca. El partido liberal saca su clientela electoral de Valonia y de Bruselas. El partido socialista mantiene posiciones estables en las regiones industriales. El régimen electoral, da ventaja a los católicos: el sufragio universal con representación proporcional se completa con el voto plural, que juega a favor de los padres de familia y de los propietarios de casas. Este partido está en el poder desde 1844 y mantendrá su preponderancia hasta 1914. No es que practique una política estrechamente conservadora: los ministerios católicos hacen que se vote un buen número de leyes sociales; pero a pesar de las reivindicaciones socialistas, tienen la intención de mantener el voto plural.

Al margen de esta estabilidad gubernamental, la situación política se ve alterada por la cuestión lingüística. Bélgica tiene cuatro provincias donde el flamenco es la lengua usual, otras cuatro donde la lengua flamenca es desconocida y una que está atravesada por la frontera lingüística: 3.200.000 habitantes sólo hablan flamenco, 2.800.000 no usan más que el francés; 900.000 son bilingües. El movimiento nacionalista flamenco, que quiere otorgar a la lengua y a la cultura flamencas, el mismo est@tuto.que a la lengua y a la cultura francesas, ya ha conseguido algunas victorias, sobre todo desde 1898: el bilingüismo de los funcionarios, más tarde el de los oficiales y la creación de una enseñanza primaria flamenca* Ahora reclama que una de las universidades del Estado, la de Gand, sea flamenca. A estas re”

ivi icaciones se opone un movimiento de resistencia en Valonia. Valonia teme ser «aplastada» por Flandes; las polémicas fomentan un estado de irritación, e incluso a veces de inquietud; pero dejando intacto el sentimiento nacional belga.

La República suiza, desde un punto de vista político, es tierra de experiencias; la única de desde hace más de treí todos los Estados europeos en haber adoptado,

nta años, los principios del «gobierno directo». No es sólo el Parlamento, todo el cuerpo electoral, es protagonista a la hOra de pronunciarse a favor o en contra de una ley, en circunstancias “POrtante,. Esta co Vullien stumbre del referéndum pone al país entero en mo-

to cada cierto tiempo, y provoca grandes discusiones en la prensa 0 en las reuniones Populares. Pero el pueblo suizo es sensato; los ruta;u, que representan a la masa, tienen un trasfondo conservador; única-

Los estados europeos de 1904 a 1914

1 1 1 ón de un partido social mente en los centros industriales, la formaci 1 1 ista

lent 'do ti provoca algún que otro disturbio; además este incipi e parti lene efectivos muy modestos; apenas posee algunos representantes en el Consejo nacional, que cuenta con ciento cincuenta miembros.

En este Consejo Nacional, el partido radical co Ínserva la mayoría que desde hace tiempo posee; sostenido por los campesinos y la pequeña burguesía de los cantones protestantes, tiene ante sí a la oposición de los ca-

tólicos y, en menor medida, la de los conservadores protestantes. De unas elecciones a otras, las fuerzas relativas de los partidos no se alteran lo más mínimo. Los miembros de la asamblea federal casi siempre vuel-

ven a ser elegidos; los partidos ni siquiera se pelean ya en los cantones, sino que elaboran arreglos amistosos para repartirse los mandatos.

La vida política es tranquila: es un «letargo»; y sin embargo, bajo esta serena apariencia, la vieja oposición latente que ha existido siempre entre la Suiza alemana, de cultura alemana, y la Suiza de lengua y cultura francesas, aún persiste y puede «estallar» en un momento dado.

En los dos Estados de la península ibérica, las condiciones de la vida tienen rasgos comunes: la educación de la opinión pública, política, to-

avía están por hacer: el pueblo, dispuesto a dejarse guiar por las auto-

ridades tradicionales, obedece a la influencia del clero y de los notables, en particular de los hacendados. únicamente en las grandes ciudades se

manifiesta algún que otro movimiento de opinión, de vez en cuando, pero de forma esporádica, inorgánica. Sin embargo, las apariencias son

«modernas»; la forma de las instituciones es similar a la de todos los Estados constitucionales. Pero se trata sólo de un decorado: en las asambleas parlamentarias, las rivalidades entre partidos suelen ser rivalidades entre personas; fuera del Parlamento, el ejército es un núcleo de turnitos políticos, pues los oficiales, organizados por «quintas» influyen en las

decisiones del gobierno a través de la amenaza de un golpe de Estado,

En España, el rey Alfonso XII, ha empezado a gobernar desde 1902,

tras un largo período de regencia. Es un príncipe de maneras sencillas, de gustos modernos, que no tiene un empeño especial en apoyar a ningún personaje o partido, y que ejerce su actividad rodeado de escollos; pero en el fondo está bastante imbuido de autoridad, y circunstancias importantes, tiende a que prevalezcan sus ideas personales. No son pro .ble@ mas parlamentarios los que constituyen para él la dificultad principal; más bien son las oposiciones revolucionarias -de los republicanos Y de los socialistas- las que, careciendo de fuerza apreciable en el Parlamento, tienen sin embargo, el suficiente vigor como para provocar disturbios en el país, sobre todo en Cataluña, donde a partir de 1898 en adelante se desarrolló un movimiento autonomista.

En Portugal, el rey Carlos se apoya en los conservadores, los grandes propietarios y el clero. No parece preocuparse de:smesuradani"l@' por las dificultades financieras con las que se debate su gobierno. Sin embargo, esos apuros económicos ya han obligado a Portugal a co

- 100 -

i

Los estados secundarios de Europa

t.aer en el exterior grandes préstamos, peligrosos para un Estado débil, poseedor de un bonito dominio colonial. Para defender el futuro de sus colonias, Portugal necesita pues, recomponer su situación financiera. El rey no contribuye mucho que digamos a aliviarla: tiene muchos gastos

0 ' de a -soro adelantos constantes para cubrir sus necesidades personales; Y; L ición republicana verá ahí un terreno favorable para atacar.

p nal,,aopos

A partir de 1908 es cuando los dos Estados de la península ibérica atravesarán momentos críticos.

En España, tras un período de inestabilidad en el que cada seis meses se sucedían ministros pertenecientes a los diversos sectores del partido liberal, el rey se ha decidido a formar un gabinete conservador presidido por Maura. Este ministerio entra en conflicto con los revolucionarios. Como consecuencia de un movimiento huelguista que estalla en Barcelona, empieza a tomar medidas de rigor y suspende las garantías constitucionales; pero cuando el gobierno decide enviar ejércitos a Marruecos, por necesidades de su política colonial, las revueltas se recrudecen, y, esta vez, serán más graves. El comité revolucionario que las dirige, declara la huelga general en Barcelona; luego añade la actividad antimilitarista, el motín anticlerical: en 1903, durante cinco días, se incendian conventos, se asesina a religiosos. El gobierno responde duramente, procediendo a arrestos masivos y fusilando a Ferrer, jefe del movimiento anticlerical. La condena de Ferrer provoca, en España y sobre todo en el extranjero, vehementes protestas. El rey deja de apoyar al gabinete Maura que acaba retirándose.

El nuevo gabinete está presidido por un radical, Canalejas, católico, pero hostil a la influencia del clero. Ordena preparar un proyecto de ley sobre asociaciones con objeto de disolver las congregaciones no autorizadas, lo que le valdrá entrar en conflicto con el Vaticano. Al mismo tiempo, intenta resolver el problema catalán, echando los cimientos de una reforma administrativa general que podría establecer un régimen de descentralización; pero sobre este tema los partidarios del ministerio se dividen. En el momento en que Canalejas es asesinado en 1912, todavía no ha realizado nada de lo previsto en su programa. La situación política sigue pues, inestable. Los dos grandes partidos -conservador y liberal están sin corona, uno porque su jefe, Maura está aquejado de ostracismo desde que ocurrió lo de Ferrer, el otro porque ha perdido, con la muerte de Canalejas, su fuerza principal. El rey, cuya vida se ve amenazada muchas veces

1. por atentados anarquistas, no por eso deja de seguir, en política exterior, con una línea de acción constante: espera hacer de su país una gran potencia, asociarlo más a la vida darlo en el mundo un cometido más amplio.

En Portugal, por el contrario, la monarquía se va siempre a pique. El rey Carlos I, para huir de las críticas de la oposición, llama al poder en 1906 a un hombre enérgico, Franco, que no ha tardado nada en disolver la Cámara de diputados, descuidando fijar fecha para las próximas elecciones; el ministerio gobierna sin presupuesto establecido, emplea métodos

Los estados europeos de 1904 a 1914

dos dictatoriales. La oposición está amordazada, las universidades cerradas, las reuniones políticas, prohibidas. En enero de 1908, Fr., C. y Cet' a decidir por decreto, incluso que sus adversarios Políticos Pueda deportados a las colonias, sin previo juicio. Entonces se exasperan los ánimos. El 1 de febrero de 1908 en pl e iludad de Lisboa y a pleno día, el rey Carlos y su hijo mayor son asesinados. La monarquía no obstante, aún se mantendrá cediendo gundo hijo de Carlos, Manuel, todavía joven, intenta reunir a los el darlos de la dinastía, renuncia a la dictadura y promete una revisión la constitución; pero al anunciar estas reformas, disgusta a los que c tituyen su más sólido apoyo: los oficiales. Los monárq

ulcos no se. tienden, y los ministerios efímeros se enfrentan con una destrucción los paraliza.

En octubre de 1910, estalla un levantamiento militar que echa al Y no serán los autores del movimiento quienes saquen provecho dí situación, pues los republicanos toman el poder; la Asamblea Consti, yente elegida por el país confirma el gobierno provisional. Las circula' tancias son de tal índole que este régimen republicano, pronto se vuel, autoritario; para romper las fuerzas de resistencia, la Asamblea Cow-, tuyente decide disolver las congregaciones, secularizar los bienes de" casas de beneficencia y separar la Iglesia del Estado. Así pues, el gobi., no es blanco de la oposición violenta del alto clero, aliado de los re* tas, que preparan insurrecciones en el norte del país. Por otro lado, vi, amenazado por una revuelta de los sindicatos extremistas. El país sig, zarandeado por pasiones violentas.

En los Estados Balcánicos, fundados a costa de Turquía, al igual q@ ocurre en el mismo imperio otomano, la masa rural carece de educackipolítica; a la población no le interesa lo más mínimo, las cuestiones@ índole parlamentaria o constitucional. La política es asunto de alguLhombres, jefes de camarillas más que de partidos. Pero el sentirriencional siempre está al rojo vivo.

Los cuatro Estados cristianos de los Balcanes, que siguen desenik, ñando un papel importante en las relaciones internacionales, bien s12-1 calidad de iniciadores de crisis, o como instrumentos de grandes POT'cias, no poseen, ni unos ni otros, un régimen que pueda garantizafl representación nacional la dirección de los diferentes asuntos.

En Rumania, el rey Carol, un Hohenzollern, tiene una política 1, sonal y se esfuerza pacientemente en hacer que prevalezca. Aliado d,p perio austro-húngaro, renunció a posibilitar la unidad rurnana Y rar a los rumanos de Transilvania que estaban sometidos a la dono ción magiar. Lo único que puede dar a su país, es prosperidad raat": La explotación del petróleo es lo más importante, pues obliga al EJja preocuparse por la maquinaria nacional, a desarrollar el ferroc2ffl-

Estal regular el curso del Danubio, a equipar el puerto de Constanza. . ue es lítica económica, sin embargo, no resuelve la cuestión agraria, q ciei@ ticularmente grave: la masa de campesinos no tiene tierras sufl

Los estados secundarius de Europa

núentras que dos mil grandes propietarios poseen, una media

da uno. ma hectareas ea C*a rsonal del príncipe es la que pre-

En »ulgaria también, la política pe

nd de Cobourg, antiguo oficial húngaro y nieto de Luis Férdina

1

r Unca rnaterna, es un hombre hábil, lleno de sutileza y despro

a su pueblo el más absoluto desprecio; .riolescrúpulos. Siente haci jo utiliza al servicio de su ambición. La Cámara de los diputados

e- está dividida en partidos, cuyas etiquetas podrían llevar ..el sobr~ empao: «progresista», «liberal» o «demócrata»; pero se trata de cama-

~ da programa. De entre los jefes de estos grupos, el príncipe elige

gg pñ;ner mi.nistro; si el Sobranié opone resistencia, queda disuelto:

a una vigorosa Íón electoral, las elecciones otorgan s empre

presi la mayoría al gobierno vigente. Ferninand maneja a los jefes de partido, ¡M opone entre sí, los atrae con favores personales o los desmorona a ,1 1 1 1 f . , 'A 1 1

102

~de procesos escan a osos; avorece a ragni n aci n e os grupos ~tarios, pues eso le permite maniobrar con más facilidad; él solo

proyctica y deshace las crisis ministeriales lo bastante a menudo como para &~hombre político adquiera

demasiada autoridad en el país.

un escepticismo desenvuelto, es el dueño. En Grecia, el rey tiene menos autoridad personal; no gobierna riada y se ausenta con frecuencia de su país. Los resortes del gobierno se han

los clanes de políticos que se pelean por el poder, dejan a un l*lo los intereses económicos. Sin embargo, el sentimiento nacional griego continúa tan ardiente como antaño. En 1904, sigue siendo la cuestión cretense la que prevalece en primer plano de la vida política. Grecia, vencida por Turquía en 1898, ha tenido que renunciar a anexionarse Creta; no ha perdido la esperanza, pero no puede realizarla sin el asentimiento de Europa, garante del estatuto internacional de la isla. Este problema t@ política exterior, ejerce una influencia directa sobre la política intenOr, pues en la misma Atenas, los cretenses poseen una autoridad p~.

La vida Política servia reviste caracteres bien distintos, lo que da el 0000 son las relaciones con, el imperio austro~liúngaro. En junio de 1903, Ir*s el Asesinato del rey Alejandro y de la reina Draga, efectuado por un FruPEO de Ofi ciales, la dinastía de Obunovitch ha sido sustituida por la de me K"eorgevitch. El nuevo rey, Pedro 1, llamado al trono por la asamb'ean2cional, la Skouptchlna, ha vivido en Francia, donde ha sido alum- 1» de la Escuela de Saint-Cyr, en Inglaterra y Suiza. Se muestra resuelto

P~ un régimen constitucional y a apoyarse en el partido radical, “~ mayoría en el Parlamento; de hecho, las condiciones de su adV%'niientO 10 están sensibilizando a la influencia de los círculos milita- “*` Uda y el imperio austro-húngaro, han reconocido con la misma ~.al soberano m*

ientras que el gobierno inglés se niega a enta- “rdaciones con él. De lo que se trata aholi---a es de saber a qué influenC'4*bedw.~erá el gobierno servio a la rusa o a la austro-húngara. Al con- *aúnisterio de Asuntos Exteriores a Pachitch, radical y rusófilo, el

rey Pedro está indicando la orientación que va a dar a su política: no puede olvidar que en Austria, en Hungría y en el territorio de Bosnia-Herzegovina, sometido desde 1878 a la administración austro-húngara, millones de serbios o de eslavos emparentados con ellos, sufren una dominación extranjera. Pero el gobierno de Viena dispone de medios de presión de tipo económico: el imperio austro-húngaro es el que compra a Servia una buena parte de los productos ganaderos, principal recurso del país; ahora cierra su frontera a la ganadería porcina servia e intenta, de ese modo, que el gobierno de Belgrado adopte una actitud política más acorde con los deseos de la Doble monarquía. La lucha que se inicia entre Servia y el imperio austro-húngaro, y que desembocará en guerra, en 1914, domina la política interior del pequeño reino y confirmará la preponderancia del partido radical.

Pese a la diferencia de temperamentos y de tradiciones, la evolución de los pueblos europeos se está realizando en sentido análogo por todos lados. Los regímenes de poder personal se defienden cada vez peor contra las reivindicaciones liberales. El control de la representación nacional sobre el poder ejecutivo parece ser entonces la mejor forma de organización de los poderes públicos. Pero esta evolución no debilita a los Estados; por el contrario, la individualidad de cada uno de ellos se afirma con mayor intensidad y los intereses nacionales se oponen en contrastes más vigorosos desde que el sufragio universal asocia la masa del pueblo a la vida política. Sin embargo, incluso en los Estados más democráticos, el control efectivo que puede ejercer la representación nacional en política exterior todavía queda lejos; los gobiernos tienen en cuenta la neutralidad pública, pero se reservan una gran libertad de acción en la práctica diaria de las relaciones internacionales. La «gran política» escapa, en

buena parte, a la vigilancia de los Parlamentos.

104

CAPÍTULO VI

LOS FACTORES DE LA SOLIDARIDAD

INTERNACIONAL

En los Estados europeos así como en los grandes Estados de fuera de Europa y en los «países nuevos» de Asia y de América, los problemas económicos, políticos e incluso sociales desbordan el marco de la vida nacional de forma más intensa que en el pasado, a medida que se desarrolla la expansión europea. Entre las naciones y entre los continentes, los contactos son más activos de lo que nunca lo han sido. Para la vida del mundo, quizá sea un factor de entendimiento y de paz, ¿pero en qué medida?

LA SOLIDARIDAD DE LOS INTERESES ECONÓMICOS Y FINANCIEROS

La vida material de Europa está cada vez más vinculada a la de los otros continentes: solicita de ellos las materias primas que necesita para la industria. Inglaterra, Alemania, Bélgica, cuya actividad económica se fortalece progresivamente en la vida industrial, pero también, aunque

en menor medida, Francia, están viendo cómo su prosperidad depende de la «portación de productos fabricados y de la importación de materias primas que elaboran sus fábricas. Su industria textil no puede

manejar, aun tener» sin el algodón americano o egipcio; su industria metalúrgica

necesita traer también cerca reservas más o menos suficientes de hierro, de cobre de los Estados Unidos o de los Estados andinos, níquel del Canadá, estaño de Bolivia, de Malasia o de las Indias neerlandesas, manganeso del Brasil, cromo tan indispensable para la fabricación de aceros, de Turquía o de América del Sur; su industria automovilística, que se de-

el cp I %~Cbemm de c<>@;ulla'- Aderriás de las citadas en la p. 9, véase: John Donaldson, Inter- ~.
reltions (Londres 1928, in-12); W. G Calberston, International econo- (14011 York).1925, Ín-s-'. L.
Dornaratsky, The international cartel rnov,rn,nt

1928, j,_8.'

- 105 -

Los factores de la solidaridad internacional

sarrollara rápidamente entre 1904 y 1914, depende de la importación del petróleo y del caucho.

Pero no es sólo la actividad económica la que en estos grandes países industriales, se encuentra subordinada a la regularidad y a la amplitud, de los intercambios comerciales con los demás continentes; es el mismo abastecimiento de las poblaciones en continuo crecimiento el que depende de esta actividad. Como las regiones agrícolas de Europa no logran producir en cantidad suficiente los productos alimenticios, el trigo de los Estados Unidos, de Argentina o de la India y las carnes americanas o australianas vienen a colmar el déficit; a medida que mejora el nivel de vida de los obreros de Europa, el consumo de café, de cacao, de tabaco aumenta rápidamente y provoca una gran corriente de importación de productos coloniales; por último, la agricultura europea utiliza cada vez con más frecuencia, los nitratos de Chile como abono químico.

Los grandes Estados industriales de Europa occidental y central son

pues sensibles a todos los acontecimientos que puedan afectar a la vida económica de los países lejanos. Que la capacidad adquisitiva de estos países se vea reducida por el juego de causas naturales o artificiales; que una nueva barrera aduanera se interponga o que un cataclismo arruine

ciertos núcleos de población, y ya tenemos a los exportadores europeos privados de una clientela con la que contaban. Que una mala cosecha afecte al algodón americano o al trigo argentino, y tendremos a los Estados europeos obligados a sufrir un alza de precios de las materias primas o de los productos alimenticios que repercutirá en la producción y en los salarios. De ese modo la especialización económica establece, una mutua dependencia entre aquellas regiones del mundo que aún no han alcanzado el mismo grado de evolución en los países industrializados y los países agrícolas, -las fábricas y las granjas- La prosperidad general, el bienestar de las poblaciones están vinculados a la continuidad de esos intercambios de productos. Por esa misma razón, un conflicto internacional corre el peligro de provocar consecuencias económicas que pueden ser graves para todos los Estados, incluso si no participan directamente en la lucha. ¿Esta interdependencia no debería ser lógicamente, una garantía de paz?

Las formas que adopta la actividad industrial y el progreso de la coti-

centración de empresas contribuyen a acrecentar esta interdependencia. En los primeros años del siglo XX, es cuando se constituyen los trust' internacionales para el control de la producción, de los precios y de 101

mercados. En 1904, se establece un acuerdo entre los fabricantes de raíles de ferrocarril, acuerdo ya esbozado en 1883; este «sindicato interracional» agrupa intereses alemanes, ingleses, belgas, americanos y, a p@ar-

tir de 1908, intereses rusos. Hay una oficina central en Londres, que Pro, cede a un reparto de mercados: el grupo inglés, por ejemplo, tiene el derecho de preferencia para los suministros destinados al imperio británico; el grupo belga para el abastecimiento de Egipto., de Japón y de al.

gunos estados sudamericanos; el grupo alemán para las vías férreas,

- 106 -

La solidaridad de los intereses económicos y financieros

andinavas. En la industria textil, una firma inglesa empezó a reunir empresas americanas y rusas desde el año 1886; ahora tiene sesenta filiales

Ciento cincuenta depósitos. En la industria química, hay acuerdos internacionales para las materias colorantes y para algunos productos farmacéuticos, que están bajo la dirección de grandes empresas alemanas, la Badische Anilin y el grupo Bayer. El cártel de los productos nitrogenados asocia intereses alemanes, suizos, italianos y noruegos. Los productores americanos y británicos de tabaco, han pactado acuerdos en 1902, para repartirse los mercados. En 1904, una «convención internacional de las cristalerías» crea un sindicato que reúne a veinticinco grandes empresas belgas, alemanas, francesas, italianas, austriacas y holandesas, es decir, la inmensa totalidad de las vidrierías de Europa continental. Todas estas agrupaciones tienen por objeto principal restringir la competencia, estableciendo un reparto de mercados, pero hay otros acuerdos que están destinados principalmente a establecer un control sobre las reservas de materias primas, ante todo en el ámbito de los metales no ferrosos (cobre, zinc, aluminio), donde el grupo alemán de la Metallgesellschaft y la American Metal Company están afiliadas a grandes sociedades inglesas. Por último, el armador alemán Albert Ballin, director de la Hamburg-Amerika Linie, negocia en 1907 un «pool» con el trust de las compañías de navegación americanas que dirige Pierpont Morgan.

Hay que ser precavidos a la hora de exagerar el alcance de estos acuerdos, que todavía tienen un carácter excepcional, y que son muy

especializados. Sin embargo, pese a que no tengan otro objeto más que el de evitar el riesgo de la superproducción y el de limitar los efectos de la competencia, ¿no pueden contribuir a mantener, en las relaciones internacionales, una especie de «armonía»? Ese es el voto expresado por los partidarios de los trusts internacionales, quizá porque así esperan justificar sus iniciativas frente a la opinión pública.

En el ámbito financiero, el movimiento internacional de los capitales. Un hecho característico de este período. El mercado de Londres mantiene su preponderancia. Los grandes bancos de la ciudad, que tienen en el extranjero una red de sucursales, desempeñan un papel decisivo en la financiación de los «países nuevos». La Barclays Bank, por ejemplo, tiene sucursales en Francia, en Alemania, en Argelia; controla la Banca de Atenas, y la Banca británica en América del Sur. La Westminster Bank tiene participantes en la Banca de Rumanía, en la Banca otomana y en la de Hong-Kong y Changhai. Los grandes establecimientos franceses y alemanes, siguen la misma política, pero a pasos más lentos. Esta red internacional de bancos facilita las operaciones comerciales y hace las veces de Servicio de información y de ejecución para el suministro de capitales, tanto

si se destinan a las grandes empresas, como a los gobiernos; Por otro lado, canaliza los capitales disponibles hacia los «países nue-

Véase ap. i.

vos». De hecho, el coste de la revalorización de estos países, casi siempre es una operación internacional, que supone el concurso de capitales prestados por varios países europeos. ¿Por qué no iban a entenderse los grandes bancos, para llevar una política común, en una región del riundo? Así lo han considerado en relación al imperio otomano y al imperio chino.

En diciembre de 1881, el gobierno otomano, abocado en la bancarrota, se había visto obligado a aceptar el establecimiento de un control internacional sobre su economía, y a remitir al consejo de administración de la deuda otomana una parte de sus ingresos fiscales, con tal de que los portadores extranjeros consintiesen en reducir una parte del capital de dicha deuda. Al principio, este consejo tan solo jugaba un papel de liquidador, pero como consiguió mejorar el rendimiento de los ingresos concedidos, ahora tiene una ocasión para ampliar su cometido: el gobierno otomano le ha encargado que se ocupe de los nuevos préstamos que necesita contraer. El consejo de administración es una pieza clave en la vida económica y financiera del imperio.

En China, inmediatamente después de la revolución de 1911 las grandes potencias negocian un acuerdo con objeto de poner a disposición de Yuan Che-K'ai los créditos necesarios para la «reorganización» del país. Los bancos de seis grandes potencias -Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, Japón y Rusia - tras una negociación difícil, forman un consorcio que se dispone a negociar con Yuan Che-K'ai. El préstamo de 325 millones de dólares que contrae el gobierno chino el 26 de abril de 1913, es una obra colectiva.

La existencia de estas agrupaciones internacionales de intereses económicos y financieros crea vínculos de solidaridad entre los grandes hombres de negocios. ¿A los dirigentes del gran capitalismo no les interesa, por estos motivos, desear la paz, ya que la perspectiva de un conflicto político destruiría esa solidaridad? La ciudad piensa que una guerra arruinaría las relaciones comerciales y financieras en las que se apoyan la prosperidad de Gran Bretaña y la hegemonía del mercado financiero de Londres. Por su parte, los grandes hombres de negocios alemanes, ¿por qué iban a desear un conflicto con Rusia, que es el mejor proveedor y urio de los mejores clientes del mercado alemán? La interdependencia económica y financiera podría y debería ser pues, a primera vista, una garantía de paz en las relaciones internacionales.

IL EL PAPEL INTERNACIONAL DEL SINDICALISMO Y DEL SOCIALISMO'

A medida que el rápido crecimiento de la producción industrial Y la concentración de las empresas han aumentado la importancia numérica

' Pero los Estados Unidos retiraron su adhesión antes de la realización del préstamo ' Obras de consulta.- L'Internationales Handwörterbuch des Gewerkschafts"V"eos,

108

El papel internacional del sindicalismo y del socialismo

de las triasas obreras y desarrollado en ellas la «conciencia de clase», el movimiento de protesta social ha adquirido mayor amplitud. En el ámbito profesional, el esfuerzo de organización de las masas obreras se expresa a través de los progresos del sindicalismo; en el terreno político, por la actividad de los partidos socialistas.

Este esfuerzo, sin duda está desigualmente repartido ': en Japón, el movimiento sindical apenas está comenzando; en los Estados Unidos, donde la mayor parte de los efectivos sindicales es oportunista y únicamente quieren satisfacer reivindicaciones prácticas, las ideas socialistas no tienen gran alcance; pero, en Europa, las consecuencias sociales y políticas de la protesta obrera juegan un papel activo. En Inglaterra y en Alemania, los sindicatos obreros están muy organizados, pero mantienen una tendencia moderada; en Francia y en Italia, donde los efectivos sindicales son más escasos, la tendencia es revolucionaria. Los partidos socialistas ocupan un lugar cada vez más importante en la vida parlamentaria de Francia, de Alemania, de Austria y en 1913 de Italia, mientras que el partido «laborista» todavía tiene un alcance muy limitado en Gran Bretaña; en Rusia, los socialistas, cuyo programa es revolucionario, están perseguidos por la policía. Pese a las divergencias de táctica, se trata de la misma lucha en todas partes contra el régimen capitalista. Es lógico que, de un Estado a otro, sindicalistas y socialistas intenten establecer un plan de acción común, medio siglo después de que Karl Marx lanzase su llamamiento: «¡Proletarios del mundo entero, uníos!»

En el ámbito sindical, esta solidaridad internacional tiene ya un modo de expresión, desde que en 1901 una conferencia de delegados alemanes, belgas, ingleses y escandinavos, reunida en Copenhague, decidió organizar reuniones periódicas de representantes de las organizaciones nacionales. La primera «conferencia sindical internacional» tuvo lugar en Stuttgart, en 1902; en 1903 creó un «Secretariado sindical internacional», cuyo animador fue el alemán Karl Legien. A partir de ese momento, las conferencias, en las que junto con los promotores participan franceses, italianos, austriacos, holandeses y poco después croatas, rumanos, búlgaros y serbios, se sucederán cada dos años, hasta 1913. Las Federaciones internacionales están ahora constituidas en unos veinte oficios; las más importantes son las de los trabajadores del metal y obreros textiles.

Publ. Par L. Heyde (Berlín, 1932-37, 3 vol., in-8°), proporciona datos interesantes sobre el movimiento sindical. Véase sobre todo: A. Shadwell, The socialist movement, 1824-1924 (Londres, 1925, 2 vol., in-8°); Paul Louis, La crise du socialisme mondial. De la H' à la III' Internationale (París, 1921, in-12); W. Sombart, Der proletarische Sozialismus (München, 1924, 2 vol., in-8°); P. Van der Eych, La Deuxième Internationale, 1889-1923 (París, 1957, in-8°), L'Organisation internationale, 1889-1914 (Londres, 1955, in-8°); J. Droz, Le socialisme démocratique, 1864-1960 (París, 1968, in-8°); El libro de Ed. Dolléans, Histoire du mouvement ouvrier en France, 1871-1936 (París, 1939, in-8°), atañe fundamentalmente a Francia.

Véase ap. V.

Los factores de la solidaridad internacional

Sin embargo, la acción sindical todavía no ha conseguido ocupar un puesto destacado en la vida nacional. El «secretariado», las federaciones, cuyos recursos económicos siguen siendo escasos, más bien parecen órganos informativos y oficinas de estadística, que centros de promoción: , raro que la solidaridad de los obreros de un mismo oficio se manifieste con movimientos concertados y simultáneos en diferentes países. Cuando se lance la idea de impedir la guerra a través de una huelga general, habrá que reconocer que ni los trabajadores del ferrocarril ni los de las industrias de armamento -es decir, aquéllos cuya acción podría ser más eficaz- están organizados para emprender semejante esfuerzo.

Los partidos socialistas acaban de fortalecer los vínculos que los unían desde que se fundó la Segunda Internacional. En 1900, el quinto congreso de la Internacional ha establecido un despacho permanente, cuyo presidente es Veendervelde y el secretario Huysinans, los dos belgas; por otra parte, ha organizado un comité ejecutivo, donde cada partido nacional y cada grupo parlamentario tienen delegados; ha señalado los principios de la acción común, inspirándose en la doctrina marxista. «La democracia socialista emprende la organización del proletariado en un ejército dispuesto a la guerra social; así, debe actuar, de forma que la clase obrera torne conciencia de sus intereses de clase y de su fuerza.» Esta lucha de clases implica que los partidos socialistas no deben aliarse con partidos burgueses, salvo en circunstancias excepcionales; es más, esas coaliciones deben ser esencialmente temporales. Tales son los principios planteados por la «moción Kautsky». En 1904, el congreso de Ainsterdari declara que los socialistas no deben asumir ninguna responsabilidad en la sociedad capitalista y, por consiguiente deben rechazar toda participación en

el poder. No es a través de «una política de concesiones hacia el orden establecido» como los partidos podrán realizar su programa. Los grupos parlamentarios tienen el deber, no sólo de defender los intereses directos de la clase obrera, sino de activar la lucha «contra el militarismo, contra la política colonial e imperialista, contra todo tipo de injusticia, de servidumbre y de explotación».

De hecho, en los congresos de la Internacional, así como en los partidos nacionales, el voto de estas fórmulas no impide las divergencias. Unos, los menos, siguen preconizando una táctica abiertamente revolucionaria; otros, en lugar de pensar en destruir el orden social existente por la violencia, no creen en la posibilidad de un éxito total e inclinan sus esfuerzos hacia el terreno electoral y parlamentario: por el boletín (d') se con, voto, esperan conquistar los poderes públicos; mientras tanto., do intentan con pedir reformas parciales. Sin duda, la teoría sigue sier,

transigente, y entre los militantes, esta intransigencia todavía responde con frecuencia a un sentimiento profundo; pero los jefes más influyentes, Jaurés en Francia, Bebel en Alemania, Ramsay Mac Donald el, In-

glaterra, están de acuerdo con las soluciones moderadas. La idea de re,

volución proclamada en principio, queda relegada a largo plazo el' 105 hechos.

El movimiento pacifista

Sin embargo, en las relaciones internacionales, el socialismo puede dar una orientación, si consigue que prevalezcan los intereses de clase „cima de los intereses del Estado. La doctrina marxista proclama por e liones son consecuencia de la competición que l@s conflictos entre las naci econorriica, inevitable en un régimen capitalista, y que la clase obrera, en

todos los países, tiene el deber de obstaculizar esos daños que provoca el capitalismo. ¿Qué actitud tomarán pues, los partidos socialistas ante la perspectiva de una guerra? En 1907 el Congreso de Stuttgart, intenta delimitar una línea de actuación. De entre los delegados, unos quieren que la clase obrera, en caso de amenaza de guerra, no se conforme con protestar, sino que impida la movilización a través de la huelga general, y si fuera necesario, con la insurrección; otros, sobre todo los alemanes, declaran que el recurso de la huelga general es impracticable. El congreso tiene que limitarse pues a votar una moción en la que convoca a la clase obrera y a sus representantes en los Parlamentos a que hagan «todos los esfuerzos posibles para impedir la guerra a través de los medios que les parezcan más adecuados». En 1910, en Copenhague, el octavo congreso insiste en el estudio de este problema, sin poder llegar a un resultado más concreto: no se atreve a definir los «medios» que tendrá que emplear la clase obrera para oponerse al estallido del conflicto.

El socialismo internacional no es más que una fuerza «teórica», una fuerza en potencia, pero que aún no está capacitada para actuar eficazmente con objeto de mantener la paz.

III. EL MOVIMIENTO PACIFISTA 7

La difusión de las ideas socialistas favorece el desarrollo del movi-

1 1 1 1 intas a miento paci ista, cuyas tendencias siguen siendo, no obstante, disti las que Prevalen en los congresos de la Internacional.

Este movimiento pacifista empezó a organizarse entre 1878 y 1889 en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Escandinavia, en Francia y In Suiza; no adquirió aLige en los imperios centrales, pese a que Bertha v,n Suttner, la autora del libro cuya influencia alentó más la propaganda Pacifista: Die Waffen niedler! «<Abajo las armas!>») fuese austriaca. La iniciativa del inglés H.dgson Pratt, es la que ha establecido un vínculo

Obras de consulta.- La obra de Beales The history of Peace (Londres, 1931, in-S'), ProNrciona una buena exposición de conjunto. Véase también el libro del austriaco A. Fried 8"4 der Friedensbewegung (Viena, 1900, in-8'; 2' ed., 191 l), y, sobre los problemas ~es de la organización de la paz, N. M. Butler, The international mind (New York, 1791^ in-8'), L

e li, os textos acerca de la conferencia de 1907, han sido reunidos por J. B. Scott, @gue conference, and dedarations of 1899 and 1907 (Washington, 1908, in-8'). Las RW~rlas de F. W. Foerster, Erlebte WeItgeschichte, 1869-1953 (Nuremberg, 1953, in-8'), oca » rtan &esa -

les.,Véase también el testimonio del general von Gündell, miembro de la deCrnana General Erich von Gündell, Aus seinen Tagebüchern (Hamburgo, 1939,

Los factores de la solidaridad internacional

entre las asociaciones pacifistas de los diversos países a través d. deración internacional de arbitraje y de paz. Desde 1889, ,tba o tuida la Unión interpalamentaria y a partir de 1892, la Junta Int, k nal de la Paz, tendrá su sede en Berna. Lo esencial del pTograma e, curar que los gobiernos acepten una limitación de armamen

tos, que la primera etapa hacia el desarme general, y que establezcan una zación permanente para reglamentar los litigios internacionales; oi

p objetivo final es establecer un «congreso de naciones», si fuera p,,sibi@ nivel mundial, y si no, a nivel europeo, por lo menos.

La reunión, en 1899, de la Conferencia de la paz en La Haya 8 el primer logro de principio conseguido por el movimiento. Pese a.los resultados hayan sido decepcionantes, los pacifistas espera, bter los mejores en un futuro cercano. Para obligar a los gobiernos a que at. donen poco a poco la doctrina de la fuerza y la política del prestit 1 para llevarlos a que subordinen los intereses nacionales al interés sut rior de la colectividad internacional y de la humanidad, cuentan con, > influencia que puede ejercer la opinión pública: «tenemos que entenç el espíritu de desarme», dice el apóstol del movimiento pacifista en Fe cia, Fréciéric Passy. Apoyada en argumentos morales y humanitarios,, teoría pacifista, sobre todo desde la aparición del libro de Normank gell, The great Illusión, de 1901, aporta argumentos sociológicos, k, nómicos y financieros: la guerra «no paga deudas».

En 1904, el esfuerzo de propaganda es activo. En los Estados W dos, las asociaciones pacifistas consiguen ampliar su radio de accióli, van llegando, amén de los círculos intelectuales y religiosos, a las nia, populares. Estas asociaciones recomiendan que se concierten tratadov arbitraje. A pesar de que el presidente Théodere Roosevelt sea un ap' tol del imperialismo y su temperamento no lo lleve a compartirlosp- 1

tos de vista de los doctrinarlos del pacifismo, el gobierno cree oportu demostrar su buena fe: el secretario de Estado John Hay, inicia en 15, y 1905, negociaciones con trece gobiernos extranjeros. En Inglaterrao el profundo desengaño que la guerra de los bóeres inflingió a las agrk ciones pacifistas, el movimiento recobró vigor, a partir de 1903. En Fr' _ cia, las organizaciones pacifistas acaban de unirse en una federacióti. L asociaciones formadas en los Estados escandinavos celebran, desde 19t un congreso anual «escandinavo». Pero todavía no existen, Por estas: chas, asociaciones pacifistas en Rusia (en 1909 se crearía la @riniera). Alemania, la Friedensgesellschaft carece de proyección.

En el ámbito internacional, el movimiento adquiere una mayof t

herencia. Bajo la égida de la «Junta Internacional de la Paz» «La LJO- X

Interparlamentarla» celebra conferencias anuales, en San Luis en 191 en Bruselas en 1905, en Londres en 1906, mientras que el «COngres0 versal de la Paz» que agrupa a los delegados de las asociaciones, se

El movimiento pacifista en Bruselas en 1905 y en Londres en 1906. Estas reuf 1904,

en igración oficial: el rey belga en persona, iL~M=a reciben una cons,

lo sesiones celebradas en Bruselas; en otros Estados, el gobiera uno de sus miembros para que acoja a los congresistas. La = ión interparlamentarla elabora un proyecto de tra- 4O~cia de la Uni

seral de arbitraje y un plan de «Congreso permanente» de las naido se la

En Congreso Universal de la paz adopta en 1904 una sugerencí P~ Carnegie por la que se p ide a las grandes potenc, as una de-

a - recurrir a

Véase el volumen XVIII de esta colección.

- 112

que las comprome 9 para arted~ común, OROS discrepancias; insiste para que todos los litigios internacionales ~ ~etidos a la sesión permanente de arbitraje de La Haya, incluso ~do «el honor y los

intereses vitales» de los Estados entren en juego; @Me los gobiernos se pongan de acuerdo en vista a una acción co- 'ón de la sentencia arbitral. El estudio teó-

Pua garantizar la ejecuci 1

Me de los medios para organizar la paz está progresando. Sin embargo, ll~ con una dificultad que los jefes del movimiento son incapaces de superar: el problema de las «sanciones». ¿Qué tipo de presión habrá que ejercer contra el Estado que, tras haber contraído los compromisos ~os por los doctrinarlos del pacifismo, violase sus promesas? ¿Una ~ de índole militar? En ciertos ámbitos franceses se han lanzado

idea, sin que, por otro lado, haya tenido gran resonancia. ¿Enton-

1 1 1 coacción económica? Es la tesis que mantiene el jefe del igrupo belSk La Fontaine, en el Congreso universal de 1904. Pero los ingleses no ~n ir más allá de la coacción «moral» y consiguen por escasa mayoat, es cierto, la adhesión del Congreso. Este desacuerdo fundamental ~a los redactores de la mociones a quedarse en la más completa am- ~__ cuando se trate de determinar los medios por los que debe quIedír ~o el respeto a los compromisos, en la futura organizacion im«@onal. . De momento, la propaganda a favor de los tratados de arbitraje con- =Aipnos éxitos. El 14 de octubre de 1903, bajo la í

iniciativa del pa-

de la Cámara iWé5 Cremer y de Sir Thomas Barclay, presidente 1 dec~o británico en París, se ha concertado un tratado de arbitraje ?O"Mcés. Por parte francesa, el promotor es un jefe parlamentario 94 M~ento pac'fista de Estournelles de Constant. El ministro de A~ Focteoñores, Delcassé, ha dejado patente su escepticismo en las ODW~ones mantenidas con el embañador de Inglaterra, me^ j pero no obs-

Pcrr,mite que se lleve a cabo el pacto. Los dos Estados se han com~ FWW~ a someter a la sesión permanente de La Haya las discrepanCM W Pudiesen surgir entre ellos y que no hubiesen podido arreglarse Por actoci- -

acton directa; pero han excluido del recurso al arbitraje las acerca de los «intereses vitales» y el «honor y la independen- ""410,1 Contratantes. El tratado no realiza progresos respecto a las deqN%ft de -

Pnncipio que se habían tomado en 1899 en la Conferencia

embargo este acuerdo va a servir de modelo a los muchos arb,traj ZZLdie

e que van a concertarse entre 1904 y 1914. únicamen-

113 -

Los factores de la solidaridad internacional de los tratados concertados entre Dinamarca y Holanda en febrero de 1904, y entre Dinamarca e Italia en diciembre de 1906 hacen dar un paso adelante a la práctica del arbitraje, pues no contienen las «reservas» que

restringen gravemente el alcance del acuerdo anglo-francés. Pero, por otro lado ¿no son Estados entre los que el riesgo del conflicto serio es mínimo? En cuanto a los grandes proyectos que habían regocijado a los

pacifistas americanos, no llegarán a buen término Si el secretario de Estado John Hay concierta trece tratados de arbitraje, según el modelo an-

glo-francés, el senado de los Estados Unidos, en el momento de la rati-

ficación, introduce una enmienda Por la que se reserva el derecho de aceptar o de rechazar el proceso arbitral: esta actitud basta para anular el es-

fuerzo del secretario de Estado.

Sin embargo será una iniciativa gubernamental americana la que pre-

pare la convocatoria de una segunda «Conferencia de la Paz» destinada a proseguir los trabajos iniciados en 1899. En octubre de 1904, a petición de la Conferencia de la Unión interparlamentaria, reunida el mes an-

terior en San Luis, el presidente Theódore Roosevelt sugiere a los gobiernos europeos la celebración de esta convocatori.a. La guerra ruso-japonesa no permite evidentemente, dar curso a semejante propuesta: pero la idea será recogida por el zar en 1905, y acabará realizándose en 1907.

La segunda Conferencia de La Haya no será más fructífera de lo que lo fue la primera, Pues sigue dominada por los intereses políticos. En lo tocante a la cuestión del desarme, imposible conseguir un acuerdo: las delegaciones se dan cuenta de que los «casos Particulares» son dernasia-

do distintos como para poder ser reglamentarlos a través de una fórmula

general. Imposible que los gobiernos se adhieran a la idea de un árbitraje

obligatorio, que se ejerciese incluso en las cuestiones donde estuvieran

implicados el honor y los «intereses vitales». El gobierno alemán, también

por esta vez, tiene gran parte de responsabilidad en el fracaso; pero

los demás gobiernos no hacen nada serio por evitarlo. A partir de en-

tonces la Conferencia se limita a hacer un esfuerzo por «humanizar la guerra», estableciendo un conjunto de reglas destinadas a proteger los derechos de los neutros, de los no-combatientes y de los prisioneros. NO son aspectos desdeñables, desde luego; pero desde la perspectiva de la or-

ganización de la paz, la carencia de resultados es casi total.

El movimiento pacifista internacional cuenta a su favor con el senti-

do común y la razón. Sin embargo, ¿qué peso tienen esos argumentos frente a las pasiones colectivas? Uno de los jefes del movimiento Th. Ruysen, señala que los sentimientos que provoca el llamamiento Pacifista no tienen comparación con el «dinamismo emotivo que despierta en la

masas un llamamiento patriótico».

Estos intentos, que en el ámbito económico y social, como en el

cológico, intentan construir un nuevo concepto de las relaciones in 'tcr'

nacionales, basándose en la solidaridad, ¿son realmente aptos para orlen-

mundo> En los hechos, su eficacia sigue siendo muy lin`tar la vida del tada. La política de los gobiernos no está orientada hacia la colaborac,on

El movimiento pacifista

internacional. Las fuerzas de solidaridad son papel mojado ante la acción de las fuerzas psicológicas, económicas y de los intereses políticos que empujan a unos Estados europeos contra otros.

114 -

115

LIBRO 11

LOS ORÍGENES DEL CONFLICTO'

A partir de 1904, las relaciones entre las grandes potencias europeas se van haciendo cada vez más difíciles. En varias ocasiones, se cierne la amenaza de guerra, antes de producirse la crisis decisiva que arrojó a unos pueblos contra otros. Este sentimiento de incertidumbre, de pre-

Los orígenes del conflicto

iermos y car edad, esas alertas repetidas dominan la actividad de los gobí determinan frecuentemente sus iniciativas.

En esta jmarca hacia la guerra» las claves principales van apareciendo diez años antes de que se desencadene el conflicto. Entre las fuerzas que acabarán afrontándose en 1914, los antagonismos se perfilaban desde 1904.

les entre 1904 y

1 Obras generales de consulta: La historia de las relaciones internaciona

1914 se ha visto renovada tras la publicación de grandes compendios de documentos 1 publicados por algunos historiadores bajo la iniciativa de los gobiernos. Estos compendios, son los siguientes, por orden de publicación: Die grosse Politik der europáischen Kabinette, 1871-1914 (Berlín, 1922-26, 40 tomos en 52 vol., in-S'); British documents on the origins of the war, 1898-1914 (Londres, 1925-1938, 11 vol., in-4'); Documents diplomatiques fran@ais, 1871-1914 (París, 1929-1958, 42 vol., in-S'). Para el periodo posterior a 1908, se publicó en

Viena una colección análoga: (Esterreichs-Ungarns Aussenpolitik, 1908-1914 (Viena, 1930, 8 vol., in-So). Sin embargo, el libro de Pribam, Les traités secrets de l'Autriche-Hongrie (trad, francesa, París, 1924, in-S'), sigue siendo indispensable. En Rusia, se publicó Meidouarod-

nia otnochenia v epokbou imperialismi (Moscó, 1933 y sig.), obra de la que existe una edi-

ción alemana publicada con el título de Die internationalen Beziehungen in Zeitalter des Imperialismus (Berlín, 1930-1933, 9 vol., in-S'). B. von Siebert, Benckendorffs diplomati s-

cher Schriftwechsel (Berlín, 1927, 3 vol. 'in-So), que ofrece parte de la correspondencia de la embajada rusa en Londres desde 1907 a 1914. También deben consultarse los papeles de IsVolski, publicados con el título de Au service de la Russie. Correspondance diplomatique 1906-1911 (París, 1937, in-S'), pero sobre todo los de Paul Cambon, Correspondance, t. 11

(París, 1945, in-So), y los de F. von Holstein, Die geheimen Papiere Friedrich von Holstein (Göttingen, 1955, y sig. 5 vol., in-S'). Entre los muy cuantiosos testimonios de hombres de Estado y diplomáticos, los más importantes para el estudio de este periodo son: B. von Bülow, Denkwürdigkeiten (Berlín, 1930-1932, 4 vol., in-8'), trad. francesa: Mémoires du chancelier prince de Bülow (París, 1931-1932:2 4 vol., in-8o), el tomo II; Sobre esta obra, véase, F. Hiller von Gaertringer, Fürst Bülo@s Denkwürdigkeiten. Untersuchungen zur ihrer Entstehungsgeschichte u. ihre Kritik (Tübingen, 1956, in-8'); Lord Grey of Fallodon, Twenty five years (Londres, 1925, 2 vol., in-So), trad. francesa: Mémoires de Sir Ed. Grey (Par@l, 1927, in-SI); baron de Taube, La politique russe d'avant-guerre et la fin de l'Empire des tsar á (París, 1928, m~S'); Harold Nicolson, Life of Sir A. Nicolson (Londres, 1929 'in-8'); L.Or Hardinge, Old diplomacy: the reminiscences of Lord Hardinge of Penshurst (Londres, 1947, in-8')- Para los detalles complementarios, véase las bibliografías de los capítulos sigule'tes. Las biografías son de valor distinto. Véase sobre todo la de G. Trevelyan Grey, offalodon (Londres, 1937, in-81), importante H. Enthoven, Fritz von Holstein (@trech, 1936,

in-So), que es interesante. Pero las obras de Henri Cambon, Paul Cambon, ambassadeur dl

France (París, 1937, in-81) y de G. Tabouis, Jules Cambon, par Pun des siens (París, 1938,

p obra muy sugerente. Las historias generale, de las relaciones internacionales en Francia, son: Em . in-S.), son mediocres. En cambio, hay que estudiar detenidamente GileP.BGoouorgeho,isBefMoraentuheel war. Studies in di loznacy (Londres, 1936-1938, 2 vol., in-So), historique de politique étrangère, t. IV (París, 1924, in-12); E. Bourgeois y G. Pagés, Les origines et les responsabilités de la guerre (París, 1922, in-S'); PHistoire diplomatique de PEUropel publ. por H. Hauser, t. 11, por J. Ancel, R. Guyot, P. Renouvin (París, 1929, in-S'), y.la reciente Histoire des relations internationales, publicada bajo la dirección de P. Renouvin (París, 1954-58, 8 vol., in-8'; el tomo VI); véase también F. L'Huillier, De la Sainte AIUnor au pacte atlantique (Neuchâtel, 1955, 2 vol., in-So; el tomo II); J. Droz, Histoire diplomatique de PEurope, 1648-1919 (París, 1953, in-S')- En Alemania, E. Branderiburg, Von Bis-arck zuni WeItkriege. Die deutsche Politik in denjahrzehnten vor dem Kriege (Berb, 1924, in-So) - En Estados Unidos, Sydney B. Fay, The origins of the World War (New Y.,k, 1928 2 vol" m-S'), t. 1.- En Inglaterra, la Cambridge history of British foreign po- &y, t. 111 (L.ndres, 1923, Gooch, History of modern Europe, 1878-1919 (Londres, 1923, iii-8-).J. A. Marriott, Europe and beyond (Londres, 1936, m-S'; 5'éd., 1943); N. Manle, , The coming of the first World War. A study in European balance 1878-1914 T t.11,11,19A.

. , 'n-S.,)i-n-SE-)

1 (on-

de la diplomatie (trad., París, 19a4s7te3lacoí lo., nl- AR.ujsiaP.VTzPyiot>er,mTkihne,stHriusgtogilreefor mastery in Europe, 1848-1918 (Oxford, lIn9 584 -e 1 onomicas en 1 ' torno 11). Sobre el papel desempeñado por las cuestiones ec ' í lies internacionales- G Hallgarten, Imperialismus vor 1914 (Munich, 2' éd., 1963, 2 vol., in-S.)1Y la obra de«P. R*enouvin y J. V. Duroselle, citada en p. 5.- Sobre las concepciones estratégicas y tácticas, H. Contamine, La revanche, 1871-1914 (París, 1957, in-SI); G. Ritter , De' Schillieffenplan, Kritik eines Mytbos (Munich, 1956@.

116

117

CAPÍTULO PRIMERO

LAS RIVALIDADES ENTRE LAS GRANDES

POTENCIAS

La oposición entre las respectivas políticas de los grandes Estados, lleva el sello de las tradiciones históricas, pero sobre todo obedece a inten-

ciones de poder o a deseos de prestigio; por otro lado, está íntimamente vinculada, a los puntos de vista personales, a las ambiciones y a los erro-

res de los hombres de Estado. Pero antes de estudiar estas iniciativas políticas, es importante discernir las fuerzas profundas que las están orien-

tando en gran medida.

I. LOS NACIONALISMOS Y LOS INTERESES ECONÓMICOS'

Estas fuerzas profundas son «espirituales» y «materiales»: movimientos de ideas y tendencias de la psicología colectiva por una parte; por otra, intereses económicos.

El rasgo que caracteriza esta época en Europa, es el vigor de los sen-

timientos colectivos: voluntad de afirmar, frente a los demás pueblos, los caracteres del temperamento nacional y desconfianza hacia las influencias extranjeras. La protesta de las «minorías nacionales», que adquiere

Obras de consulta.- Sobre los nacionalismos en general, F. Hert, *Nationalgeist und Politik* (Zurich, 1938), y del mismo, *Nationalism in history and politics* (Londres, 1944); H. Kohn, *The idea of nationalism. A study in its origins and background* (New York, 1946); C. J. Hayes, *The historical evolution of modern nationalism* (New York, 1930).- Sobre 11

nacionalismo alemán, además de las obras generales citadas en la p. 87, véase la obra de Flss se, secretario general de la Liga pangermanista, *We1tpolitik* (Leipzig, 1905 in-S'), y los re

cuerdos de su sucesor H. Class, *Wieder den Strom* (Berlín, 1932, in-81); los principales es-

tudios críticos son los de L. Werner, *Der alldeutsche Verband* (Berlín, 1935 in-8'), Y de A. Kluck, *Geschichte des alldeutschen Verbandes* (Berlín, 1954, in-80); pero también hay q1" consultar J. Kuczinski, *Studien zur Geschichte des deutschen Imperialismus* (Berlín, 1950, 2 vol., in-81; el tomo 11, chap. 11). La obra de Gerhard Ritter, *Staatskunst und Kriegsbald'*

S.. 1 towerk. *Das Problem des Militarismus in Deutschland* (Berlín, 1958-1968, 4 Vol., 'inrno 11), es de capital importancia.- Sobre el nacionalismo ruso y el paneslavismo,

118

Los nacionalismos y los intereses económicos una amplitud especial en el Imperio austro-húngaro, en Rusia, en Alemania y en el Reino Unido ' gracias a. que se ha difundido la enseñanza primaria y la expansión de la prensa diaria, es una de las manifestaciones de ese nacionalismo; es también motivo importante de desconcierto en las relaciones internacionales porque debilita a algunos Estados, dando así ocasión a que se fortalezca la política de los adversarios. Pero lo que más llama la atención, es el auge de los movimientos

de ideas y los esfuerzos propagandísticos en los que se expresa el deseo de demostrar el poder del Estado, de afianzar su prestigio y de acrecentar su fuerza de expansión. Sin embargo el carácter y el alcance de estas manifestaciones, son muy desiguales.

En Alemania, donde los grandes éxitos del período de Bismarck han inculcado a la población la fe en la superioridad de lo germánico, el ejército, la escuela y la universidad han contribuido en gran medida, a ex-

tender y a confirmar el nacionalismo. Pese a la rapidez de la expansión industrial y de las transformaciones sociales que van ligadas a las nuevas formas de actividad económica, el cuerpo de oficiales sigue siendo objeto de una veneración particular y los jóvenes de la burguesía consideran el acceso al grado de oficial de complemento como una consagración de su «rango» en la sociedad. El militarismo es un modo de ser, una mentalidad que se manifiesta en «la mayoría de las actividades»; el gusto por la disciplina y la nostalgia de la grandeza nacional son rasgos esenciales en el comportamiento colectivo.

El ala mercantil de este movimiento nacionalista está formado desde 1891, por la Liga pro-germánica. En 1905, el animador de la Liga, Ernst Hasse, publica su libro *Weltpolitik*, donde expone el conjunto del programa. La expansión, escribe, es «una etapa necesaria en el desarrollo de un organismo vivo y sano». Y se lleva a cabo en provecho de las «razas dominantes» y a expensas de las «razas menores» que son ineptas para la vida. Dicha expansión no puede tener como único objetivo la conquista de mercados económicos o de zonas de influencia extraeuropeas, sino que debe ser también «territorial». Fuera de Europa, los pro-germanistas están pensando en adquirir una zona de colonización en Asia Menor

Chel, *Der Panslavismus bis zum Weltkrieg* (Berlín, 1919); Hans Kohn, *Panslavism. Its history and ideology* (New York, 1954); N. Giusti, *Il panslavismo* (Milán, 1941)--- Sobre el nacionalismo italiano, el estudio más importante es P. Arcari, *La elaborazione della dottrina politica nazionale fra Punita e Pintervento*, (Florenca, 1939, 3 vol.). Véase también los *Discorsi Politici* di Corradini (Florenca, 1923)--- Sobre el nacionalismo francés, además de las obras de Barrés, Maurras Pégny y las obras citadas en la p. 69, consúltese en particular: Madal, *Le nationalisme* 1 Maurice Barrés (París, 1942); C. Digeon, *La crise allemande de la Pen,ée française, 1871-1914* (París, 1959); J. Kühn, *Der Nationalismus im Leben des dritte" Republik* (Berlín 1920); W. Franck, *Nationalismus und Demokratie in Frankreich, 1871-1918* (H b ' Psych 1. am urgo, 1933)--- Sobre el nacionalismo inglés, J. Bardoux, *Essai d'une*

logie de PAngleterre contemporaine: les crises belliqueuses (París, 1906); E. Wingfield-Stratford, *The foundations of English patriotism* (Londres, 1940, in-8').

3

Sobre estas protestas, véase el libro 1, sobre todo las pp. 77, 83, 85, 87-90.

Las rivalidades entre las grandes potencias en caso de «desinembramiento» del imperio otomano, así como la extensión de las colonias alemanas en Africa e incluso la influencia sobre una parte de Marruecos occidental. En Europa, el objetivo esencial debe ser incorporar al Imperio todas las poblaciones de lengua alemana que vivan fuera de sus fronteras, excepto a los alemanes de Austria, ya que la monarquía austro-húngara es aliada de Alemania.

Sin duda alguna, el alcance de la Liga es limitado; nunca ha contado con más de 22.000 adeptos en activo, nunca ha tenido más de cuarenta miembros en el Reichstag; pero si bien es cierto que el partido social demócrata y el centro católico desaprueban claramente su programa, no lo es menos que la Liga dispone de una influencia segura en el seno del partido conservador, cuyos jefes, aunque no pertenecen a sus filas, simpatizan con ella; y también tiene apoyos importantes en el partido nacio-

nal liberal. Dispone de una audiencia tanto entre los grandes industriales como entre los mandos del ejército y aún más de la marina. El gobierno no ampara el programa de Ernst Hasse, pero mantiene con él, y man-

tendrá con su sucesor, contactos ocasionales. En definitiva, la Liga progermanista intenta que la opinión pública viva en «estado de alerta».

En Rusia, el movimiento pan-eslavista, había tenido una proyección en los medios dirigentes entre 1871 y 1881, sin que por ello obtuviese la adhesión del canciller Gotchakoff; pero la idea de una solidaridad entre

eslavos empezó a declinar claramente, después de los fracasos sufridos en 1878 por la política balcánica del gobierno zarista. En los últimos años del siglo XIX, (31 proyecto ruso de expansión se había ido orientando hacia Extremo Oriente. En 1905, la derrota de Manchuria centra la atención en la función europea del imperio y en las perspectivas balcánicas, Esta renovación de la pan-eslavista empieza a manifestarse en cier-

tos ámbitos universitarios, y entre los miembros de la Duma, donde los « constitucionales demócratas» gustosamente se ponen de acuerdo con

sus adversarios de la derecha, sobre este tema. Es en 1908 cuando este movimiento «neo-eslavo» va a descubrir su expresión propia, con nio-

vo de la convocatoria, en Moscú, de un Congreso en el que participan polacos, checos, búlgaros, rutenos y croatas. Cooperación intelectual y

colaboración económica son los únicos temas que figuran en el orden del día; pero los debates indican claramente que el objetivo común es man-

tener a raya la amenaza de expansión alemana. El gobierno, sin embar-

go, se muestra reticente. Stolypine se niega en rotundo a hacerse cargo

de la dirección de un movimiento de «unidad eslava» si el programa es político; no quiere dar esperanzas a las minorías eslavas austro-húngaras de que podrían conseguir el apoyo de Rusia, arrastrándola a una Pelagrosa aventura. Pero, cuando se trata de prever qué solución podría darse al gran problema del «acceso al Mediterráneo», el nacionalismo ruso

es muy activo.

En Italia, las únicas manifestaciones del nacionalismo, se habían encauzado, en los últimos años del siglo XIX hacia el irredentismo; sólo re-

- 120 -

Los nacionalismos y los intereses económicos

cibieron apoyo del gobierno, que deseaba mantener la Triple Alianza.

fiesta una renovación del sentimiento nacional, que sin En 1903, se nian« « ci 1

desaprobar el irredentismo, se vuelve hacia proyectos más amplios. Italia no sólo está pensando en «liberar» a las poblaciones de lengua italiana que todavía viven sometidas al dominio austro-húngaro, sino

que también quiere apuntar hacia más allá del horizonte adriático y asegurarse la posesión de nuevos territorios, donde pueda encontrar materias primas, mercados para sus productos industriales, y sobre todo, espacios donde instalar emigrantes. Esta expansión se reivindica en nombre del «derecho a la vida» y Gabriele d'Annunzio, padre espiritual del movimiento dice que conlleva un concepto más viril de los derechos y deberes de la nación, una firme voluntad de vivir y de aceptar los riesgos que trae consigo una «gran» política exterior. El animador Enrico Corradini, es un hombre de letras conservador, que en su revista *Il Regno*, hace una campaña contra los «instintos de codicia» del socialismo, pero también contra la «decrepitud» de la burguesía: él cree que

... el movimiento se despertando la conciencia nacional y exaltando el espíritu de sacrificio del individuo en aras del interés superior del Estado, está «realizando los elevados valores del hombre». Su apostolado encuentra una resonancia hacia 1904, entre los «jóvenes liberales» -Giovani Papini y sus amigos- y, algo más tarde, en un grupo de plamonteses, preocupado por asociar a esta renovación representantes del mundo obrero. Hasta 1910, el movimiento nacionalista no alcanzará su apogeo, convirtiéndose en una fuerza política en el Congreso nacionalista de Florencia. Aunque consiga llevar adelante una

lón que repercuta en las masas populares, ayudará a la Juventud intelectual a que abandone el pesimismo y desee un «programa de grandeza».

El nacionalismo francés, desde los últimos años del siglo XIX, ha recibido una orientación nueva: en el momento en que la izquierda se vuelve pacifista, la derecha toma el relevo. Primero Maurice Barrés y luego Charles Maurras le proporcionaron una doctrina. Ser nacionalista, dice Barrés, es tomar conciencia de la solidaridad que une al individuo «con todas sus generaciones precedentes»; es trabajar por preservar esta herencia: el nacionalismo «es un proteccionismo»; es querer resolver todos los problemas «que tengan que ver con Francia», en lugar de buscar una conciliación entre los intereses franceses y los extranjeros; es, por último, rendir «culto al héroe». El nacionalismo quiere ser pues, una «disciplina del espíritu». En la misma línea de pensamiento, Maurras opone al «fugaz destino de los individuos» la permanencia de los intereses de la nación; insiste en la necesidad de proteger a Francia contra la invasión de influencias extranjeras, sobre todo la que representa la filosofía alemana. En unos y otros, el nacionalismo es defensivo y conservador; no tiene nada en común con la doctrina alemana. Sólo a partir de 1905 y bajo el influjo de la amenaza de guerra, el nacionalismo dejará de ser un «ríonoPolio» de la Derecha y veremos a Péguy, hasta entonces pacifista y antinijiliarista, entrar en una época nueva. Pero la expresión que dan

Las rivalidades entre las grandes potencias

ritores a su pensamiento es demasiado literaria para que esos grandes esc Í 1 1 1
pueda repercutir en las masas. años ardientes entre 1894

El nacionalismo inglés había conocido unos

y 1902. No tuvo doctrina; pero en sus temas principal es ---misión» del

pueblo inglés en el mundo; superioridad de la «raza» inglesa- compartía en alguna medida el nacionalismo de las grandes potencias continentales. La experiencia de la guerra surafricana provocó un profundo vía-

raje: la opinión pública tuvo la impresión de haber cometido un . error

de juicio, cuando se dejó llevar por una ola belicosa. El pueblo inglés, escribe Sir Edward Grey al presidente Roosevelt, «sentía una necesidad

de excitación, y un flujo de sangre en la cabeza» ahora, tras haber perdido «un poco de sangre», se ha calmado. A fines de 1905, sube a la presidencia del gobierno Heriry Campbell Bannerman, que en 1889, intentó luchar contra la violencia de la corriente imperialista.

Por muy distintas que sean estas etapas de opinión, hay que señalar que, en aquel momento, los gobiernos todavía no se dejaban llevar por la corriente nacionalista, y que las masas obreras o campesinas no parecen muy afectadas por esta propaganda. Sin embargo, no es menos cier-

to que la prensa diaria da una resonancia cada vez más amplia a los liti-

ffios internacionales y que de buena gana está haciendo llamamientos al or-

gullo nacional. «En política exterior, o, dice Jules Cambon, «hay que con-

tar en gran medida con el sentimiento».

La rivalidad entre los nacionalismos se ha acrecentado con el juego de los intereses económicos y financieros. Pese a la solidaridad que de hecho existe entre las regiones del globo, los grandes países industriales no se orientan hacia el internacionalismo económico: cada uno de ellos intenta asegurarse las condiciones más favorables para su prosperidad particular, conquistar mercados exteriores donde tenga un monopolio, intervenir en las reservas de materias primas que permitirán el aumento

de la fabricación '. El rigor de la competencia se acentúa a medida que los progresos técnicos aceleran el ritmo de la producción. De ese modo,

los productores europeos se ven llevados a vigilar continuamente y cada vez más, las regiones del mundo que, por la abundancia de su población o por sus riquezas naturales, constituyen una clientela importante o unos

terrenos de explotación favorables. Desde que la mayor parte de territorios «vacantes» han sido ocupados por las grandes potencias, a la cow

quista colonial propiamente dicha, no le queda más que una parte restringida de esta expansión europea; pero el esfuerzo se orienta a conseguir una zona de influencia económica donde se desarrollen las coticesiones de vías férreas y las prospecciones mineras. Es el caso de Chilla,

donde las grandes potencias se reparten la explotación económica del país; es el caso de Manchuria donde la influencia japonesa se opone a la influencia rusa; es el caso de Asia Menor, donde Alemania está adqui-

«Sobre la expansión económica y financiera de Europa en el mundo, véase la P. lo,

- 122 -

Las políticas de los grandes estados **riendo** un papel preponderante con la concesión del ferrocarril de Bagdad.

En este ambiente competitivo, no sólo son los grupos de intereses económicos quienes están enfrentados: los Estados “intervienen,

bien sea a

través de una acción militar, para proteger a sus colonos y a sus súbditos cuando sus bienes o personas se vean amenazados, bien con una acción diplomática, para obtener de un país nuevo el tratado de comercio o el contrato de concesión que proporcionará nuevos mercados, o bien a través de una acción financiera, autorizando las emisiones de préstamos e, extranjeros y ejerciendo una coacción con los deudores recalcitrantes. A menudo, este apoyo del Estado se hace de modo espontáneo; el gobierno espera que la influencia económica y financiera abra la vía de la influencia política; no quiere dejar que la industria de unos países vecinos se desarrolle a costa de la suya, porque teme que se produzca una crisis de desempleo, cuyas repercusiones sociales podrían ser graves. Pero también puede ocurrir que esa cooperación sea solicitada o incluso impuesta por los interesados: las agrupaciones de productores y los bancos disponen de medios para obligar al gobierno a sostener su actividad expansiva a través de la presión que ejercen sobre la prensa. El papel que juega la diplomacia económica y financiera, cuya influencia es notoria al margen de la diplomacia política, no siempre es aparente. Pero las rivalidades económicas desempeñan un cometido indiscutible en el desarrollo de la política general, pues contribuyen a fomentar antipatías y rencores.

IL LAS POLÍTICAS DE LOS GRANDES ESTADOS

Desde el punto de vista político, las grandes potencias tienen intereses permanentes. Esos intereses no han variado lo más mínimo desde que la formación del imperio alemán modificó profundamente las bases del equilibrio continental. Pero las preocupaciones inmediatas sí están evolucionando.

5 Obras de consulta.- Sobre la oposición entre las políticas nacionales, además de las obras generales citadas en la p. 118, véase Ch. Porter, *The career of Théophile Delcassé* (Filadelfia, 1936, in-8-), simple esbozo. E. Berger, *Die grosse Politik Delcassés* (Berlín, 1941,

-8% J. F. Par., *Théophile Delcassé and the practice of the Franco-Russian Alliance, 1898-1905* (Moret, 1952 in-S1); A. Néton, *Delcassé* (París, 1953, in-81); H. Rogge, *Holstein und Hohenlohe* (Stuttgart, 1957, in-81), y los «papeles» de Holstein, citados en la p. 118. Sobre la rivalidad comercial anglo-alemana, Hoffmann (R. J.), *Great Britain and the German trade rivalry* (New York, 1936); P. Bastin, *La rivalité commerciale anglo-allemande et les origines de la Première guerre mondiale* (Bruselas, 1959)--- Sobre la cuestión de Macedonia, C. Anastasoff, *The tragic peninsula. A history of the Macedonian movement for independence* (Saint-Louis, 1938, in-S')1- A. Krainikowsky, *La question de Macédoine et la diplomatie européenne* (París 1938, in-8')- Sobre la cuestión del ferrocarril de Bagdad, L. Ra-

q, et-n du chemin de fer de Bagdad (París, 1936, in-8o); Ed. Earle, *Turkey, the Persians and the Bagdad Railway* (New York, 1924, in-12); J. Wolf, *The diplomatic history of the Bagdad Railroad* (Columbia Univ., 1936, in-8') et R. Hüber, *Die Bagdadbahn* (Berlín, 1942, in-S'); E. Brunner, *Der Bagdadspoorweg* (Groningue, 1957, in-So).

Desde 1880, Francia comenzó a emprender una gran política colonial, que intentó conciliar con las necesidades de su política continental. La expansión colonial la ha puesto en conflictos con Inglaterra y la ha llevado a buscar si no una reconciliación, al menos una tregua en las relaciones con Alemania. De modo que la cuestión Alsacia-Lorena, que ha dominado la política europea de Francia desde hace treinta años, ha dejado de manifestarse con tanta agudeza. A la vez que conservan su «patrimonio moral» y hacen que fracase la política de germanización, los alsacianos-loreneses no son indiferentes a las ventajas materiales que les su-

pone la prosperidad general de Alemania; ya no eligen diputados «protestadores» y al Reichstag envían representantes que ocupan sus escaños en los partidos alemanes, católico o socialista. La actitud de Francia los incita a la resignación: la opinión pública no consentiría en abandonar la reivindicación nacional, pero tampoco parece que desee reanimarla.

En esta política francesa, Delcassé ha introducido una orientación

nueva. Sin renunciar, evidentemente, a la expansión colonial, antes bien, preparando caminos para solucionar la cuestión marroquí, se ha esforzado, no obstante, desde 1902 en obtener el asentimiento de Inglaterra, en lugar de actuar sin ella o contra ella. Por eso, ya no se cree obligado

a tratar con contemplaciones a Alemania: ni siquiera dudó en el intento de romper la Triple Alianza «corrompiendo» a Italia (1902). Esta política que está llevando adelante con un frío entusiasmo y una energía in-

cansable, sobrepasa ampliamente el horizonte colonial. ¿Su objetivo? «Reconstruir Europa.» Pero de esta acción deriva una consecuencia, o

más bien un objetivo concreto, que es debilitar la situación de Alemania en Europa; con lo que está exponiendo a Francia a ser blanco de represalias. La audacia conlleva riesgos. Ahora bien, Delcassé ha actuado solo, sin que los círculos militares ni el talante moral del país estuviesen al uní-

sono con su política: este será el punto flaco de su obra.

Gran Bretaña ha extendido enormemente sus dominios de ultramar entre 1880 y 1902. Esta expansión territorial la ha expuesto a conflictos en casi todas las regiones del mundo. A fines del siglo XIX, se ha visto metida en serias dificultades, acerca de varios temas a la vez: con Francia en África central y occidental; con Rusia en Asia central y Extremo Oriente; con los Estados Unidos a propósito de América Central y del problema del canal del Panamá. La guerra que llevó a cabo en África del Sur contra los boers, la ha hecho consciente de la total flaqueza de sus

recursos militares. De modo que ahora intenta limitar sus responsabilidades: en 1901, renuncia a sostener la controversia con Estados Unidos en América Central. Pero también se da cuenta de que la política del aislamiento se está volviendo peligrosa para sus intereses.

Rusia no ha renunciado a sus tradicionales objetivos en los Balcanes y en el imperio otomano; pero ha moderado sus reivindicaciones desde que en 1895 se comprometió en la aventura del Extremo Oriente. El 1903, el zar ha decidido seguir los consejos de una camarilla de «hombres» de negocios y militares cuya política le ha conducido al conflicto con

Japón. Guíllermo II ya había dicho ocho días antes: «Hay que introducir a Rusia en Extremo Oriente para que se ocupe menos de Europa y del Oriente europeo». En los asuntos balcánicos, la política rusa, que tan a menudo había sido causa de perturbación, ahora se muestra deseosa de evitar las dificultades, al menos

hasta que no haya resuelto el problema de Manchuria: en la entrevista de Müritz, el 29 de setiembre de 1903, Nicolás II y Francisco José se han puesto de acuerdo para conseguir que Turquía aplique un programa de reformas en Macedonia. El viejo antagonismo austro-ruso se ha apaciguado de momento. Pero la derrota de Manchuria va a conducir de nuevo a Rusia, después de 1905, hacia las preocupaciones balcánicas.

La monarquía austro-húngara ha sacado una ventaja, a del arreglo de Müritz, porque en esta asociación con su tradicional adversario, podía tener vara alta, durante todo el período en que las miradas de Rusia se dirigían a Extremo Oriente. Pero está claro que el gobierno de Viena no renuncia a su política de acción balcánica: sus intereses económicos lo empujan a buscar una salida hacia Salónica; sus preocupaciones de política interior lo llevan a vigilar estrechamente al Estado serbio, cuya mera presencia basta para ejercer una atracción sobre las poblaciones yugoslavas de la Qoble Monarquía. De momento, el ministro de Asuntos Exteriores, el viejo Goluchowski, lleva una política « conservadora»; pero los círculos militares y algunos ámbitos políticos no aprueban esa táctica. Nadie pone en duda el carácter provisional del acuerdo austro-ruso.

Por último, Alemania, se ha metido desde 1884 en política colonial, y desde 1890, en «política mundial»; pero ha llegado demasiado tarde, en un momento en que, fuera de Europa, la mayor parte de los territorios vacantes ya estaban atribuidos; así, sólo ha podido formar un dominio colonial restringido, cuyo valor propio no es muy grande. A falta de expansión territorial, intentará adquirir zonas de influencia; en 1898, firma con Inglaterra un acuerdo secreto, que hubiese podido llevar al reparto de las colonias portuguesas si el gobierno de Londres no hubiese escurrido el bulto poco después; no obstante, se ha asentado en China, en Kiao-Tcheon y está estableciendo su empresa económica en Asia Menor: en marzo de 1902, el sultán ha concedido a una sociedad alemana la construcción del ferrocarril de Bagdad. En la explotación del imperio otomano, Alemania tendrá a partir de ahora una parte preponderante; se la da de amiga desinteresada de Turquía y empieza a ejercer en Constantinopla una influencia política que preocupa a Rusia tanto como a Inglaterra. Y sin embargo el sentimiento nacional aún no está satisfecho: este gran pueblo, cuyo papel en la vida económica del mundo se desarro-

ir en todos los días constante, cuya marina mercante empieza a influir en la estimación que todavía no posee la situación que tiene derecho. Orgujoso de su poder y de su fortuna, convencido de su superioridad, tie-

Véase p. 31.

Las rivalidades entre las grandes potencias

ne que decir dos palabras acerca de la gran cuestión internacional, con objeto de afirmar su prestigio, aún cuando no se lesionen sus intereses.

III.

LAS NUEVAS CIRCUNSTANCIAS DE 1904 7

En 1904, esta situación general se ve afectada por circunstancias nue-

vas que tienen que ver con las relaciones anglo-francesas, anglo-alemanas y franco-rusas.

La conclusión de los acuerdos del 8 de abril de 1904 6 ha abierto una

nueva era en las relaciones entre Francia y Gran Bretaña. Es cierto que esos pactos no conllevan el menor compromiso de ámbito político ge-

neral; los dos gobiernos se han prometido únicamente un «apoyo diplomático» mutuo para llevar a cabo su plan acerca de Egipto y Marruecos, pues las rivalidades coloniales que, desde hacía más de veinte años ha-

bían enfrentado a los dos políticas arrastrándolas a una amenaza de guerra, se han apaciguado definitivamente. La comunidad de intereses y la colaboración establecidas para las cuestiones norteafricanas son sus-

ceptibles de extenderse también a otros temas. El acercamiento anglofrancés puede ser idóneo para romper la Triple Alianza, acentuando la

evolución que ya se había manifestado desde 1902 en la política italiana, pues el gobierno de Roma no quiere correr el riesgo de encontrarse en

abierta oposición con Gran Bretaña, cuyas fuerzas navales dominan el Mediterráneo; ¿Y no habrá que pensar también en la posibilidad de que

ico» prom “do a Francia sobre la cuestión marroquí el «apoyo diplomático» que Pudiese comprometer al gobierno inglés más allá de lo previsto? Sin duda, esas posibles consecuencias todavía no son patentes para la opinión inglesa, pues el «mundo, político» al igual que el «mundo de los ne-

gocios», tras un momento de sorpresa, se muestran enteramente favora-

los compendios de documentos citados en la p. 118, Obras de consulta.- Además de véase Bülow, citado en p. 118, y M. Paléologue, Un grand tournant de la politique mon-

diale, 1904-1906 (París, 1934, in-8°); El libro de W. Schüssler, Deutschland zwischen Russland und England, 1879-1914 (Leipzig, 1940, in-8o), contiene apreciaciones discutibles, pero

sugerentes. Sobre el plan Schlieffen, véase G. Ritter, Der Schlieffenplan (Munich, 1956, in-8o); así como las cartas del general publicadas por E. Ke5sel, Generalfeldmarschall Alfred von Schlieffen. Briefe (Göttingen, 1957, in-S°). Véase también P. Rassovi, Schlieffen und Holstein, dans Hist. Zeitschrift, 1952, t. 173, pp. 297-313.- Sobre la opinión pública alemana, E. M. Carroll, Germany and the Great Powers, 1866-1914. A study in public opinion and foreign policy (New York, 1938, in-SI); G. Heidorn, Monopole-Presse und Krieg, Die Rolle der Presse bei der Vorbereitung des ersten Weltkrieges. Studien zur deutschen Aussenpolitik

in der Periode von 1902 bis 1912 (Berlín, 1960, in-8o); A. Schreiner, Zur Geschichte der deutschen

chen Aussenpolitik, t. 1: 1871-1918 (Berlín, 1952, in-8°)- Sobre la rivalidad naval anglo-alemana, P. Anderson, The background of anti-English feeling in Germany, 1890-1914 (Berlín, 1952, in-8°)

(Washington, 1939, in-So); L. Woodward, Great Britain and the German navy (Oxford, 1936, in-S°), muy importante; W. Wiedenmann, Marine-Attaché an der kaiserlich-deutschen Botschaft in London, 1907-1912 (Göttingen, 1952, in-8o); W. Hubatsch, Die Ära Tirpitz (Göttingen, 1955, in-8°); R.-J. Hoffmann, obra citada en la p. 123.

Véase el anterior volumen de esta colección.

- 126 -

Las nuevas circunstancias de 1904

bles al acuerdo; probablemente, el gabinete, al presentar los acuerdos a la Cámara de los Comunes, se esmera en subrayar su carácter «colonial», y no alude a sus posibles repercusiones en política general. Sin embargo, Gran Bretaña ha abandonado definitivamente la doctrina del aislamiento: sin querer contraer una alianza, al menos ha aceptado una colaboración diplomática, que la asociará más directamente a las cuestiones continentales.

El temor que empiezan a sentir los ámbitos políticos ingleses ante el desarrollo del poder económico y naval de Alemania, no está ausente en los motivos de esta evolución. Las relaciones anglo-alemanas, habían sido lo bastante estrechas, en el curso de los años anteriores, como para que la idea de una alianza se hubiese podido considerar en un momento dado⁹; pero desde finales de 1902, la opinión inglesa manifiesta una antipatía hacia el Reich, compartida por el rey Eduardo VII. ¿Es sólo por los aires que se da Guillermo II, que, como dice la reina, quiere «jugar a Carlomagno», o a causa de las torpezas de la política alemana, que ha comprometido a Inglaterra en el enojoso asunto de Venezuela¹⁰, con riesgo de provocar dificultades entre Londres y Washington? Las verdaderas causas de esta antipatía son más profundas y más graves.

Inglaterra, en primer lugar, comienza a padecer, en su comercio exterior, los efectos de la competencia alemana. Desde 1896, los círculos parlamentarios y la prensa habían manifestado sus preocupaciones. El libro de Ernest Williams, *Made in Germany*, que en el progreso de las exportaciones alemanas veía una amenaza para la prosperidad de Gran Bretaña, tuvo un enorme éxito. Sin embargo, en 1897, el Board of Trade había publicado los resultados de una encuesta tranquilizadora, pero a partir de 1900, los éxitos alemanes se van confirmando. Gracias a la iniciativa de sus viajeros de comercio, que se preocupan por conocer las nuevas necesidades de la clientela y por satisfacer sus gustos, y gracias a las facilidades de pago que los exportadores otorgan a los compradores, el comercio alemán está aventajando al comercio inglés en Holanda, donde Rotterdam es para todos los efectos una anexión de la Renania; en Bélgica, donde parte de la actividad de Amberes está en manos de 40.000 alemanes; en Italia, que compra productos metalúrgicos y químicos a Alemania; en Rusia, donde los alemanes cuentan con la ventaja de la proximidad y además conocen el país; en incluso en Servia. El 10 por ciento de superioridad que poseía el comercio inglés sobre los mercados de Francia, de España, y del imperio otomano disminuye constantemente. En América del Sur donde la relación entre los productos alemanes e ingleses, era de uno a tres en 1890, ¡los progresos alemanes son muy notorios, sobre todo en Brasil, en Venezuela y en Chile. Si bien es cierto que Gran Bretaña todavía conserva ampliamente el primer puesto en las es-

¹⁹ Véase e

Véase e`fflo XVIII de esta colección.

tomo XVIII.

Las rivalidades entre las grandes potencias

estadísticas comparadas del comercio exterior, lo debe únicamente a su Imperio, donde el comercio alemán no tiene entrada. No es sorprendente que los industriales, sobre todo los de la metalurgia, que se sienten amenazados de forma más directa por la competencia alemana, se preocupen por esta situación. Los rumores que circulan en 1905 a propósito de un

plan alemán de Mitteleuropa acrecientan los temores. Al productor y al exportador inglés les exaspera encontrarse por todas partes con estos co-

merciantes alemanes que les infligen un «lucro cesante». La rivalidad económica fomenta en la opinión pública un malestar que no dejará de repercutir en las relaciones políticas. Pero Inglaterra se preocupa sobre todo por los armamentos navales alemanes. Cuando el almirante Von Tirpitz, en 1897, inició en Alemania por la vía del poderío naval, su objetivo no se limitaba a la creación de una flota de cruceros, destinada a pro-

teger las rutas comerciales y a mantener el vínculo entre el Reich y las colonias; además quiso proporcionar a su país un instrumento de com-

bate, una flota de navíos de línea «capaz de entrar en acción entre Heligoland y la costa inglesa». El almirante confiaba en que esta fuerza na-

val permitiría al imperio alemán ejercer «una presión» sobre la política general de Inglaterra, para obligarla a «respetar por doquier los intere-

ses alemanes». Pero la empresa era ambiciosa. Cabía esperarse el «mal humor» de los ingleses. Tirpitz había previsto que el momento crítico se situaría entre 1904 y 1905, cuando la flota alemana comenzase a ser lo bastante fuerte como para preocupar al posible adversario. Si el gobierno británico dejase escapar ese momento sin reaccionar, después sería demasiado tarde para poder obligar a Alemania a que abandonase su política naval. Entonces se habría alcanzado el objetivo, pues a, Inglaterra no

le quedaría más remedio que buscar un entendimiento con el Reich.

El Almirantazgo inglés se da perfecta cuenta, en 1904 de que ha llegado el momento de tomar las medidas necesarias para mantener su superioridad naval: para Inglaterra, es una cuestión de vida o muerte, puesto que se trata del dominio de los mares y de la seguridad misma de las islas Británicas. Los técnicos ingleses creen haber encontrado la solución: lanzar un nuevo tipo de acorazado el dreadnought, que por su tonelaje (18.000 t.) y la potencia de su armamento, sobrepasa con mucho a todos

los navíos de línea en servicio; confían en que la flota alemana, teniendo en cuenta la profundidad del canal de Kiel, nunca podrá construir unidades comparables. Mal cálculo el suyo: los alemanes deciden abandonar el canal de Kiel y empezar sin más tardanza a construir acorazados del tipo dreadnought. La carrera de armamentos navales ha comenzado; no habrá que esperar mucho para que la prensa inglesa lance un grito de alarma y evoque el peligro de una invasión alemana.

Por último, el juego de la alianza franco-rusa está prácticamente ar-

lado desde que Rusia se corriprometió en la guerra de Manchuria. Según la convención militar de 1892, el ejército ruso debía poner en línea d1

combate de setecientos a ochocientos mil hombres, contra Alemania; el mando francés, siempre preocupado por la eventualidad del ataque sor,

_ 128 -

Las nuevas circunstancias de 1904

presa que pudiesen lanzar las fuerzas alemanas, se había esforzado por obtener del aliado ruso, si llegara el caso, la promesa de una rápida asistencia: esta ofensiva de «alivio» debía lanzarse desde los primeros días de la guerra. Ahora bien, el conflicto ruso-japonés echa por tierra todo, ¿Qué presencia activa e inmediata, podría recibir Francia, desde el momento en que una parte importante de las fuerzas rusas está combatiendo en Extremo Oriente? Las derrotas rusas de Manchuria agravan aún más las perspectivas. Incluso después de terminar la guerra, Rusia seguirá siendo incapaz, durante varios años, de mantener su puesto en un conflicto europeo. El mismo jefe de estado mayor declarará a su co-

lega francés en 1906, que a falta de mandos y de material, sus tropas no podrán llevar a cabo operaciones activas antes de un año; en 1907 acabará por eludir cualquier promesa de ofensiva rápida contra Alemania, pues el «érc'to ruso, diría, es «incapaz» d -

j 1 1 1 e tamana empresa. Este «eclipse» de Rusia es un acontecimiento de gran alcance, que va a dominar el desarrollo de las relaciones internacionales durante cinco años.

El gobierno alemán está dispuesto a sacar partido del declive del poder ruso. Desde la primavera de 1904, está observando cuidadosamente el nuevo giro de los acontecimientos.

El acuerdo anglo-francés del 8 de abril de 1904, preocupó a la diplomacia alemana, pese a que en un primer momento, fingió adoptar una actitud de indiferencia. En adelante Francia podría establecer su cía en Marruecos, afianzando así su imperio de África del Norte. Ahora bien, -Alemania no estaba prevista en el pacto: ni siquiera ha recibido una comunicación oficial acerca de los términos del acuerdo. ¿Va a permitir que se cierre a su influencia el territorio marroquí, donde posee intereses económicos? ¿Sobre todo, aceptará que una cuestión de tanta importancia se zanje al margen suyo? Holstein, colaborador e inspirador del canciller Bülow, escribe: «Alemania debe oponer objeciones contra la dominación francesa iniciada en Marruecos, no sólo por motivos de índole material, sino para conservar su prestigio». Al margen del asunto marroquí, el gobierno alemán está al tanto también de las perspectivas que se abren en la política general. Desde que Inglaterra llegó a un acuerdo con Francia sobre el tema del Mediterráneo, se prec,ucpa mucho menos de los intereses o intenciones que pueda tener Alemania. Italia está animada a proseguir con la política que inauguró en 1902. De modo que el canciller Bülow rio se hace ilusiones respecto al apoyo que Alemania y Austria podrían esperar de su aliada, en caso de guerra.

Por el contrario, el conflicto ruso-japonés representa un feliz acontecim'

j

iento para la política alemana: Rusia es incapaz de proporcionar apoyo militar a Francia; la alianza franco-rusa carece pues, de vigencia, por ahora. ¿No se podría sacar incluso un provecho duradero de la si tuición@ La diplomacia alemana se cree con derecho a esperar que las relaciones * franco-rusas se enfríen; aliada de Rusia y amiga de Inglaterra, Fran

cia se en

cuentra en una situación delicada. Sin duda, la alianza an-1910-japonesa, no obliga a Gran Bretaña a participar en la guerra a menos

Las rivalidades entre las grandes potencias

que Rusia obtuviera la cooperación de otra potencia; la alianza francorusa tampoco implica que Francia tenga que intervenir en el conflicto de Extremo - Oriente; pero la práctica de la neutralidad es difícil. En sus cartas al zar, Guillermo 11, no deja de señalar el aprieto en el que se encuentra Francia; que por consideración a Inglaterra, según él, no está pres-

1 1 e tando la benévola cooperación que debiera, a Rusia. Intenta convencer a Nicolás 11 de que el acercamiento anglo-francés, terminará perjudicando los intereses de Rusia. Es así como el gobierno alemán empieza a definir las líneas generales de su política, teniendo en cuenta estos dos aspectos de la situación global: quiere poner trabas al desarrollo de la Entente Cordial, y para lograrlo, cuenta con las posibilidades que le depara la situación de Rusia. El jefe de estado mayor, Schlieffen, quisiera aprovechar estas circunstancias para declarar una guerra «preventiva» contra Francia. El canciller se conforma con recursos diplomáticos.

Para impedir que se estrechen los vínculos de la Entente Cordial, Bülow está pensando en intervenir en el asunto marroquí, con el fin de po-

ner a prueba la amistad anglo-francesa. Si llega a ocurrir que Gran Bretaña dude en apoyar a Francia e interprete en «sentido restrictivo» los compromisos contraídos, entonces el acercamiento de las potencias oc-

cidentales no tendrá futuro. Si Francia no puede sacar partido del acuer-

do del 8 de abril de 1904, si no consigue instalarse en Marruecos, tendrá que admitir a la fuerza, que la amistad de Inglaterra es ineficaz. Esta intervención alemana puede ejercerse de la manera más sencilla, dado que Rusia, recordémoslo, está metida de lleno en Manchuria, y Francia, de momento queda reducida a sus propias fuerzas.

Pero también hay otra posibilidad de llegar al mismo objetivo por dis~tinto camino. La guerra ruso-japonesa ofrece a Alemania una oportunidad de alcance inmediato: si Inglaterra llegara a defender «a mano arma-

da» los intereses de su aliado japonés, Alemania podría ofrecer su apoyo a Rusia. Obligada a elegir entre la amistad inglesa y la alianza rusa, Francia permanecería fiel a Rusia, porque «la flota inglesa no puede proteger París»; la Entente Cordial quedaría a salvo, y Francia no tendría más remedio que entrar en una «alianza continental» con Rusia y Alemania, y en tercer puesto además.

La diplomacia alemana considera esta alternativa en el otoño de 1904. El 4 de octubre, el subsecretario de Estado Richthofen cree que ha llegado el momento de iniciar una «conversación directa» con Francia, sobre el tema de Marruecos, y para obligar al gobierno francés a que acepte la negociación, sugiere una presencia alemana sobre un punto de la costa marroquí. Entonces el emperador se niega a aprobar semejante proyecto, por entender que Inglaterra nunca aceptaría que Alemania instalara una base naval en el Atlántico. Días más tarde el asunto del Do-ger Bank da una oportunidad a Guillermo 11 para intentar un acercamiento con Rusia. La escuadra rusa del Báltico, al mando del almirante Roidestvenski, ha recibido órdenes de dirigirse a Extremo Oriente. Comieriz1 así el extraordinario viaje que va a llevarla, contorneando África del Sur,

Las nuevas circunstancias de 1904

hasta los mares de China, donde se encontrará con la derrota de Tsoushinia. Mientras cruza el Mar del Norte en plena noche, de repente cree ver torpederos japoneses, y rompe el fuego... hacia inofensivos barcos de pesca ingleses (21 de octubre). El incidente ¿conllevará una ruptura afgilo-rusa? De momento así cabe esperarlo. El almirantazgo inglés ya está concentrando sus escuadras.

1 1 Acto seguido Guillermo II ofrece al zar el pacto de una alianza de~fensiva, valedera mientras dure la guerra ruso-japonesa (30 de octubre); quiere, según dice, acabar con el «orgullo británico»; pero lo que espera, ante todo, es íponer a Francia frente a un hecho consumado, al que tendría que asociarse, a menos que abandonara la alianza rusa. El zar parece célder al principio; pero luego rectifica; se niega a emplear un procedimiento de intimidación con Francia. Por su parte, el gobierno francés consigue apaciguar el incidente anglo-ruso, y las cosas no irán más lejos de momento. Entonces el emperador Guillermo 11 y su canciller vuelven a considerar el primer proyecto: intervenir en el asunto marroquí; pero sin renunciar a la idea de un acuerdo con Rusia, que ya intentarán de nuevo, apenas se les presente la ocasión.

El 3 de enero de 1905 esta política marroquí de Alemania, ya está señalada: apoyada al sultán en su resistencia a la penetración francesa, ame-

1 1 1 intereses e »nfl"ng'rla una nazar al gobierno francés con una pugna de Í 1 1 1 derrota diplomática. No se trata ni de hacer una guerra preventiva -que el estado mayor iniciaría de buena gana, pero que el emperador no desea- ni de intentar adquirir un territorio marroquí. La protección de los intereses económicos alemanes en el imperio jerifiano, en sí misma no es más que un objetivo secundario. El punto clave es provocar la caída de Delcassé, por haber dado a la política francesa una

orientación «antialemana».

130

131

CAPÍTULO 11

LAS INICIATIVAS AUSTRO-ALEMANAS (1905-1911)

Desde 1905 hasta 1911, lo que domina la evolución de la situación

internacional de Europa, es la derrota sufrida por Rusia en su guerra contra Japón. Alemania y el imperio austro-húngaro sacan partido de la debilitación de Rusia, una, provocando las crisis marroquíes, y la otra re-

moviendo los problemas balcánicos. Pero estas iniciativas se vuelven con-

tra las potencias centrales. Al provocar temores en los países vecinos, Alemania y el imperio austro-húngaro contribuyen a estrechar y luego a con-

solidar la Triple Entente.

I. LA CRISIS MARROQUÍ DE 1905-1906 Y LA FORMACIÓN DE LA

TRIPLE ENTENTE'

Desde que se concluyó el acuerdo anglo-francés del 8 de abril de 1904, el gobierno francés no había dejado de preparar la actividad que deseaba llevar a cabo en Marruecos. Después de las laboriosas negociaciones que Alemania intentó obstaculizar sin éxito, Francia establece un

pacto con España: el gobierno de Madrid daba su adhesión al convenio anglo-francés obteniendo a cambio, dos zonas de influencia en Marrue-

cos, una al norte, en el Rif y otra en el sur en el Río de Oro, inferiores,

1 Obras de consulta.- El mejor estudio de conjunto es el de E. Anderson, *The first Moroccan crisis* (Chicago, 1930, in-S')- Sobre los orígenes de la crisis, R. Brenning, *Die grossen Mächte und Marokko, 1898-1904* (Berlín, 1934, in-So); Saint-René Taillandier, *Les origines du Marocfrançais* (París, 1932, in-So); P. Guillen, *L'Allemagne et le Maroc de 1870 à 1904*

1905 (París, 1967, in-8')- Sobre el talante de los círculos alemanes 'F-Ro.,n' *Aus einer diplomatischen Wanderleben* (Berlín, 1931, 2 vol., in-S', el t. II); y el estudio de Maurice Baumont, *L'affaire Eulenburg et les origines de la guerre mondiale* (París, 1932 in-S'), pero '0-

bre todo el importante artículo de E. Anrich, *Die deutsche Politik in der ersten marokkanischen Krise*, en la *Historische Vierteljahrschrift*, t. XXX (1935), pp. 115-165, y el estudio d'

1 de Aug. Bach, *Delcassés Sturz*, en los *Berliner Monatshefte*, dic. 1937, pp. 1.070 - 1.112 (Con-

documentos inéditos).- Sobre la política francesa, el importante estudio de P. Muret, *La Politique*

litique personnelle de Rouvier et la chute de Delcassé, en *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, julio y octubre de 1939, pp. 209-231 y 305-352.- Sobre el papel del presidente

sevelt, J.-B. Bishop, *Theodore Roosevelt and his time, shown in his own letters* (Londres)

- 132 -

La crisis marroquí y la formación de la Triple Entente

no obstante, en extensión a las que se le habían prometido dos años antes. poco después, en noviembre, Francia había enviado a Fez una misión dirigida por Saint-René Taillandier, encargada de exponer al sultán un programa de reformas: la reorganización del ejército y de la economía jerifiana, bajo el control francés. Abd-el-Aziz oponía resistencias, y el gobierno ahora estaba decidido a mantener a raya la ejecución del plan francés.

En marzo de 1905, en el momento en que los ejércitos rusos de Manchuria acaban de ser vencidos en Moukden, es cuando la intervención alemana inicia la crisis marroquí. La coincidencia no es fortuita: la diplomacia alemana, durante todo este conflicto, no ha dejado de aprovecharse de las dificultades de Rusia.

Para manifestar, a través de un acto público, el interés de Alemania por el asunto marroquí, el canciller Bismarck convence al emperador, que estaba de crucero por el Mediterráneo, para que se detenga en Tánger (31 de marzo de 1905). Guillermo I es recibido por el tío de Abd-el-Aziz. En una alocución publicada al día siguiente, que será retocada y enfatizada por el ministro alemán en Tánger, el emperador confirma la soberanía del sultán. Así que la opinión europea ya está sobre aviso: Alemania ha proclamado su voluntad de oponerse a la instalación de Francia en el imperio otomano. El programa de la política alemana ya está previsto, sin que por ello Bismarck juzgue que sea oportuno darlo a conocer de momento: Alemania sostendrá que la cuestión marroquí es de índole internacional, por eso se niega a ir, con Francia la «conversación directa» que Delcassé le ha propuesto en tres ocasiones durante el mes de abril.

Ante semejante negativa, el gobierno francés empieza a preocuparse. ¿Adónde quiere ir a parar Alemania? Los miembros del gabinete no se ponen de acuerdo respecto a la actitud que convendría adoptar; en el Quai d'Orsay, Delcassé quiere resistir: exigirá que el sultán acepte el programa de reformas; él piensa que Alemania está «echándose faroles» y que no se opondrá con las armas a la penetración francesa en Marruecos. Y aunque llegase al extremo de una amenaza de guerra, no había que ceder; Francia puede contar con el apoyo de Inglaterra. El rey Eduardo VII

1920, 2.ª ed., in-s.), cita interesantes documentos; el testimonio de Jusserand, embajador de Francia en Washington, What we befall (Londres, 1934, in-S.), es esencial.- Pero sobre todo véase H. K. Beale, Theodore Roosevelt and the rise of America to world power (Baltimore, 1956, in-S.)- Sobre la conferencia de Argeliras, el libro de A. Tardieu, La conférence d'Algésiras (París 1909, in-S'), sigue siendo importante, pero el artículo de Taylor, «La Conférence d'Algésiras» en Revue historique, 1952, t. 208, pp. 236-254, ofrece un enfoque interesante. Véase también E. Serra, «La crise d'Algésiras e la diplomazia

rusa» en Risorgimento, 1949, no 1, pp. 102-120.- Sobre la crisis de la alianza franco-rusa y el tratado de Björk, véanse los documentos rusos traducidos por J. Ancel en le Monde, 4ve, año 1927, pp. 94-120 Y el testimonio del embajador de Francia M. Bompard, Mon ambassade en Russie, 1903-1908 (París, 1937, in-S'). La obra de J. F. Reinach, Le traité de 1907 (París, 1935, in-16), simple resumen de documentos, contiene frecuentes errores. El testimonio de Pléologue, citado en p. 126, proporciona datos interesantes.

¿no acaba de decir al embajador francés en Londres, que no permitiría

que «Francia se rebajase?» El ministro de Asuntos Exteriores inglés, Lord Lansdowne, ha declarado al mismo embajador, el 17 de mayo, que Gran Bretaña y Francia deben «discutir con antelación las eventualidades frente a las que podrían encontrarse» y que de todos modos el gobierno de Londres no aceptará la instalación de Alemania en un puerto marroquí. Delcassé confía; este ofrecimiento de «conversaciones», que todavía no es un ofrecimiento de alianza, pero que constituye su prefacio, le parece una garantía suficiente. Pero el presidente del consejo, Rouvier, se opo-

ne a esta política, pues por un lado toma en serio la amenaza alemana y por otro no se fía de Inglaterra. Rouvier teme que Delcassé arrastre a

Francia hacia un camino peligroso ¿Qué sucedería si Alemania atacara e

Inglaterra escurriese el bulto? ¿Es posible arriesgarse a una guerra, en el

momento en que Rusia, absorta por la guerra de Manchuria, se ve inca-

paz de ejecutar sus obligaciones de alianza@ La prudencia aconseja solucionar el asunto marroquí amistosamente; y esa solución podría abrir perspectivas más amplias: un acuerdo franco-alemán aseguraría la paz en

el mundo.

Alemania está al corriente de esas advertencias, pues recibe su con-

firmación por boca del mismo presidente del consejo. Rouvier tiene con-

fidencias con el embajador de Alemania: el comportamiento de independencia de Delcassé le desagradaba le ha «cortado las alas»; desea «por en-

cima de todo» solucionar el asunto marroquí. El gobierno alemán se cree

así dueño de la situación. El 30 de mayo de 1905, el canciller Bülow pone en conocimiento del jefe de gobierno francés «las graves objeciones que provoca la presencia de Delcassé para las relaciones franco-alemanas»; pide «un cambio en el modo de llevar la política exterior francesa». El 6 de junio por la mañana, el mismo día en que el gobierno francés tiene

que tomar una decisión, Alemania da a conocer oficialmente un proyecto de conferencia internacional para dar solución al asunto marroquí. El consejo de ministros francés se encuentra frente a las exigencias de Berlín. Delcassé suplica a sus colegas que no cedan; afirma que tiene entre manos un ofrecimiento de cooperación inglés; pero Rouvier se niega a

iniciar la negociación de un tratado con Inglaterra que exasperaría a Ale-

mania y según él, conduciría a la guerra. Abandonado por sus Cole-

gas, el ministro de Asuntos Exteriores presenta inmediatamente su dimisión.

El gobierno alemán, ahora espera de Rouvier una adhesión inmediata al proyecto de conferencia internacional. El presidente del consejo esboza resistencias pero no tarda en ceder. , y el 1 de julio, acepta el principio de la conferencia. «¡Bravo!» anota Guillermo 11 en el margen de u” informe.

Para Alemania, que ha impuesto su voluntad, es un gran éxito de prestigio; pero los objetivos de su política en Marruecos son inciertos. El jirperio jerifiano, dice Bülow, ocupa «un lugar infinitamente pequeño» ell

los intereses generales de Alemania, de modo que el canciller, antes de

- 134 -

La crisis marroquí y la formación de la Triple Entente

esta situación, está pensando en otra posibilidad: ¿quién sacar partido de 1 1

1 1 1 lere

har la distensión franco-alemana para volver al tema de la políaprovec úca de alianza continental. Las circunstancias son favorables: el gobierno del zar,

tras el derrumbamiento de la flota del almirante Rodzestvenski; en Tsushima, se ha visto obligado a aceptar la ayuda del presidente Roosevelt para entrar en negociaciones de paz con Japón². Aprovechando la derrota de Manchuria, en Rusia³ han empezado los disturbios re-

volucionarios; ante esta amenaza, ¿el zar no querrá acogerse al ofrecimiento de una alianza alemana? Y si Nicolás II duda en comprometerse por ese camino, por miramiento a Francia, ¿no se podrán vencer sus escrúpulos, convenciéndolo de que, tras el pacto de principio concluido en el asunto marroquí, Francia y Alemania se han convertido en «buenos afligidos») Sin duda, el argumento es especioso; pero el zar está en pleno desconcierto. Bülow confía en la influencia personal que el emperador Guillermo, no pueda ejercer en un soberano débil y desamparado.

En la entrevista de Björkö (23-24 de Julio de 1905), mantenida en zona finlandesa, Guillermo II juega la partida y cree ganarla. En una conversación de tú a tú, consigue convencer al zar, aprovechando la ausencia del conde Lamsdorf, ministro de Asuntos Exteriores. Sin pedir consejo, Nicolás II acepta en seguida la firma del tratado de Björkö y establece entre los dos estados una alianza defensiva, que debe entrar en vigor inmediatamente después del acuerdo de paz con Japón: «en caso de que uno de los imperios fuese atacado por una potencia europea, su aliado lo ayudará en Europa con todas sus fuerzas de tierra y mar.» Tras su entrada en vigor, Rusia comunicará a Francia los términos del acuerdo invitándola a «asociarse a él como aliada». Alemania está consiguiendo su objetivo: si el gobierno francés se resigna a dar su adhesión, la alianza continental se habrá formado, bajo la dirección política alemana; si la elude, y para escapar a ese vínculo de vasallaje, se niega a firmar, la alianza franco-rusa quedará rota. Es «un hito en la historia de Europa», una «página nueva de la historia del mundo», escribe Guillermo II triunfante.

Frente a estas brillantes perspectivas, la cuestión marroquí ya es secundaria. Lo esencial es conseguir la adhesión de Francia a la alianza continental, proporcionándole, si hace falta, otras satisfacciones. Es el programa que el canciller Bülow expone ante el emperador el 31 de julio de 1905: «Deberíamos reservarnos la posibilidad de dejar que Francia actúe con las manos libres en Marruecos, en el momento en que tenga que decidir su adhesión al acuerdo ruso-alemán.» Marruecos sería la recompensa a semejante resignación; ¿Y no es ésta la mejor forma de utilizarlo? De modo que cuando el 2 de agosto comiencen las negociaciones franco-alemanas que deben determinar el programa de la conferencia marro-

²

³ Véase p. 32.

véanse pp. 93-94.

quí, la diplomacia alemana se muestra bastante conciliadora: consiente que Francia detente una situación privilegiada en los conflictos argelirromarroquíes y renuncia a obtener una promesa escrita del gobierno francés en relación con el estatuto del Marruecos occidental. El acuerdo del 28 de setiembre de 1905 prevé que la conferencia internacional, además, de las cuestiones económicas y financieras, regule la organización de la política en el imperio otomano sólo fuera de la región fronteriza argelina-marroquí. Hay que permitir a Francia, escribe Guillermo II «que salve las apariencias» con objeto de disponerla «a hacer las paces». Lo que hay que evitar ante todo es que se rompa la situación parlamentaria de Rouvier, partidario declarado de un acercamiento franco-alemán: con él están contando para decidir la adhesión de Francia al sistema continental.

De modo que, en el verano de 1905, Alemania entabla una doble negociación: primero ha apostado por la carta marroquí; ahora confía en el éxito de la alianza continental. En uno y otro caso, puede alcanzar el mismo objetivo: la ruptura de la Entente Cordial. Pero, sucederá que por ambos lados, se le va a hundir el plan.

La política de Bjórkó es la que depara las primeras decepciones a Alemania. El zar había firmado el tratado de Bjórkó, pero el conde Lamsdorf, ministro de Asuntos Exteriores. Cuando el conde Lamsdorf, en pleno mes de setiembre, por fin toma conocimiento del texto, no se hace ilusiones respecto a la gravedad del asunto: Francia no dará su adhesión; ¡el objetivo de Alemania, sin duda, es destruir la alianza franco-rusa, para tener a Rusia bajo su dependencia! El ministro quiere evitar ese «desastre» con todas sus fuerzas. El embajador en París Nelidov colabora en ello; sin desvelar la existencia del tratado de Bjórkó, alude en una conversación con Rouvier, a la eventualidad de una alianza continental: ¿no sería posible «asociar» a Alemania a la alianza franco-rusa? Rouvier, deseoso como está de mantener relaciones cordiales con Berlín, no quiere sin embargo com-

prometerse en ese camino: «Una alianza con Alemania es imposible ... La nación no soportarla un acercamiento más estrecho con Alemania ... ; el gobierno está obligado a contar con el sentimiento nacional.» Esta respuesta es la que Lamsdorf esperaba y deseaba. Ahora dispone del medio para convencer al zar de que la puesta en vigor del tratado de Bjórkó destruiría la alianza franco-rusa. ¿Rusia puede permitirse el lujo de echarse en brazos de Alemania, de ver cómo se cierra al mercado de París para sus préstamos, y de toparse con una coalición anglo-francesa, en Asia? Nicolás II se rinde a estas razones, y en una carta dirigida a Guillermo II, se desliga, el 23 de noviembre, de la promesa que había firmado.

A partir de entonces, Alemania vuelve a la política que había practicado en la primavera de 1905 y adopta de nuevo una actitud intransigente en la cuestión marroquí. ¿Por qué iba a seguir con miramientos hacia Francia, si la política de la alianza continental no ha tenido éxito? El canciller Bülow ahora quiere que la conferencia internacional no dé a Francia una situación preponderante en Marruecos. Antes de consentir el «triunfo» para Francia, más valdría llegar a un conflicto: esa es la idea.

- 136 -

La crisis marroquí y la formación de la Triple Entente, reunión a la que desemboca una conferencia celebrada en la Wilhelmstrasse, el 23 de diciembre de 1905.

La conferencia, que se inicia en Algeciras, el 16 de enero de 1906, va a deparar nuevas decepciones a Alemania. Durante tres meses, la organización de la policía en el imperio otomano, constituye el punto central del debate: Francia pide a las potencias que le otorguen, con este objeto, un «mandato» que compartirla con España si es preciso; Alemania opone a esta petición un proyecto de control internacional y sugiere que se deje al sultán la responsabilidad de organizar por sí mismo la policía en su imperio, solicitando la cooperación de instructores europeos procedentes de las pequeñas potencias, lo cual es un medio de excluir a Francia. Inglaterra y Rusia apoyan el proyecto francés; el delegado de Estados Unidos, y luego el presidente Roosevelt lo aprueban en términos generales. Alemania ¿puede contar al menos con sus aliados? El gobierno italiano ha prometido a Francia que no se opondrá a su actividad en Marruecos y deja que su representante en Algeciras, el marqués Visconti-Venosta, se pronuncie contra el proyecto alemán. El imperio austrohúngaro apoya oficialmente lo que pide Berlín; pero el emperador

Francisco José aconseja a Guillermo I que no se meta «en una situación desagradable» y desea una transacción.

A fines de febrero de 1906, las previsiones del canciller Bülow están en pleno desconcierto: no se atreve a pedir a la conferencia un voto, que pondría en evidencia el aislamiento en que se encuentra Alemania. Aquí lo tenemos pues, obligado a hacer concesiones. Tendrá que aceptar que los mandos de la policía marroquí procedan de Francia y de España, para salvaguardar el principio de un control internacional, pide que se designe a un inspector suizo u holandés, que permanecería en Casablanca y garantizaría el mando general. Francia se resigna a aceptar la presencia de un inspector general, pero a condición de que no posea autoridad directa sobre uno de los puertos marroquíes. Por un momento la diplomacia alemana recobra sus esperanzas; denuncia la intransigencia del gobierno francés, está esperando que Inglaterra tenga el menor fallo. Pero no ha contado con la intervención de los Estados Unidos: el 17 de Marzo, el gobierno de Washington se pronuncia contra las pretensiones alemanas, y el presidente Roosevelt aconseja enérgicamente a Alemania que no provoque el fracaso de la conferencia. Bülow dejará de insistir.

El acta de Algeciras, del 7 de abril de 1906, otorga pues a Francia y a España la responsabilidad de organizar la policía en los puertos marroquíes bajo el control teórico de un inspector general. Alemania bajo la presión de las potencias se ha visto obligada a aceptar el proyecto que pensaba presuntamente aplastar. Es un fracaso; pero no irreparable. Al imponer a Francia la reunión de una conferencia, la diplomacia alemana ha obligado a dar una solución internacional al problema marroquí. Francia ha adquirido en Marruecos una preponderancia fáctica; sin embargo, no ha conseguido una libertad de acción suficiente para más.

Las iniciativas austro-alemanas (1905-1911) adelante. Alemania conserva el derecho y el medio de intervenir en fu-

turas dificultades si se presenta la ocasión.

En el ámbito político, el balance de la política alemana es negativo. Había intentado romper la Entente Cordial o comprometer las relaciones franco-rusas y no ha conseguido ni una cosa ni otra. Se ha servido de la amenaza, y la brutalidad de algunos de sus gestos no le ha granjeado simpatías. Sus proyectos se vuelven contra ella: al final de la crisis, la Entente cordial tiene vínculos más sólidos, y se inicia el acercamiento anglo-ruso.

El gobierno inglés no se había contentado con dar a Francia un apo-

yo diplomático en el asunto marroquí, conforme al acuerdo del 8 de abril de 1904, sino que por primera vez se había visto en la conjetura de una

posible intervención en una guerra continental. La debilitación de Rusia

le obligaba a ello. Cuando Francia podía contar con las fuerzas rusas, el equilibrio del continente parecía la garantía sin que Inglaterra tuviera

que mezclarse; tras las derrotas de Manchuria, ya no fue así: si el gobierno británico estimara necesario un «contrapeso» al poder alemán, podría verse obligado a participar en ese esfuerzo. El gabinete conservador

que permaneció en el poder hasta 1905, había iniciado «conversaciones» con Francia; estaba dispuesto a «concertarse» con el gobierno francés «en previsión de las complicaciones que pudieran surgir» estaba resuelto a tomar «todas las medidas necesarias» para impedir que Alemania se ins-

talase en un puerto marroquí, desde donde habría podido amenazar las líneas de comunicación del imperio británico en el Atlántico. Los libe-

rales, una vez en el poder ¿iban a confirmar esta actitud? Por principio eran hostiles a toda iniciativa (que pudiese inmiscuir a Gran Bretaña en una guerra continental. Sin embargo, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Sir Ed. Grey era consciente de las necesidades que debían ini-

ponerse al país. En el momento en que se abría la conferencia de Algeciras, cosa que podía provocar un conflicto, Sir Grey iniciaba una nueva «conversación» con Francia y permitía al estado mayor británico que estudiase con el estado mayor francés las bases para una acción militar co-

mún». Deseoso, no obstante, de no prometer nada en firme, escribía a su embajador en París: «En mi opinión, si Francia se ve llevada a ulla

guerra contra Alemania, teniendo en cuenta nuestro pacto sobre Marruecos, no podemos quedarnos de brazos cruzados; tenemos el deber de tomar partido por Francia. Pero adquirir deliberadamente y a sangre fría, un con-

promiso que vincule a este país, antes de que se conozcan o constataran las causas del conflicto, sería ir más lejos de lo que el gobierno anterior había estipulado, más lejos de lo que tengo en cuenta, pectiva».

Estos principios seguirán siendo los de la política británica hasta 1914: acuerdo, sí; alianza, no. Y no sólo porque las «alianzas continentales» sean contrarias a la tradición inglesa o porque supongan una ratificación parlamentaria que sería motivo de dificultades o controversias; es también, bien porque el gabinete británico teme, si hace una promesa, anular

Francia a que adopte una actitud más resuelta frente a Alemania. La incertidumbre permitida que se cierne sobre sus intenciones le parece una garantía de paz. Pero la colaboración de los estados mayores da un carácter nuevo a las relaciones anglo-francesas: poniendo a prueba a la Entente, Cordial, lo que ha conseguido Alemania es estrechar sus vínculos.

El gobierno inglés se había encontrado con otros temas inquietantes, en el desarrollo de la crisis. Sin conocer el texto del tratado de Bórkó, no ignoraba los esfuerzos de Alemania por trabar una alianza continental, evidentemente dirigida contra Inglaterra. Para precaverse contra la

1. ¿amenaza de un nuevo intento, ¿no le interesaba arreglar las controversias que la separaban de Rusia? Así se lo aconsejaba Francia, deseosa como estaba de salir del malentendido en el que la había puesto la guerra ruso-japonesa. La diplomacia británica convenía pues en pensar que un acercamiento anglo-ruso sería deseable: no era posible seguir haciendo «una política de entendimiento con Francia y a la vez una política de contra-alianza con Rusia».

Sir Ed. Grey decide pues, expresar al embajador de Rusia su deseo de negociar una solución para los litigios anglo-rusos. El gobierno del zar no se niega a ello. Es en Asia donde la influencia inglesa y la influencia rusa están enfrentadas. Desde hace diez años Extremo Oriente ha sido el terreno de esta rivalidad; ahora bien, el desenlace de la guerra de Manchuria obliga a Rusia a abandonar el juego a este respecto. La cuestión de las proximidades de la India (Persia, Afganistán, Tibet), sigue planteada; pero Rusia está demasiado debilitada como para arriesgarse a un conflicto, así que le interesa negociar. Comprometiéndose por la vía de las soluciones amistosas, la diplomacia rusa confía además en que podrá obtener el apoyo diplomático de Inglaterra en las cuestiones balcánicas. Mientras dura esta negociación larga y delicada, Francia colabora, tanto en Petersburgo como en Londres, para facilitar el acuerdo. A través de la convención finalmente concluida el 31 de agosto de 1907, Inglaterra promete evacuar el Tibet, donde mantenía hasta entonces la presencia de una misión militar, y Rusia renuncia a extender su influencia hacia Afganistán, donde el representante británico ejerce un cuasi-protectorado. Persia está dividida en tres zonas: una al norte, donde Rusia podrá ejercer su influencia; otra al sureste, reservada para Inglaterra, y entre las dos una zona «neutra» donde los dos estados podrán ejercer conjunta-mente su influencia económica, sin que penetre ningún ejército. Estas conclusiones tienen pues un carácter similar a las que Inglaterra y Francia hablan pactado en 1904, en el sentido de terminar con litigios que podrían conllevar dificultades graves; pero no contienen ningún compromiso de orden general, ninguna promesa de colaboración o de amistad.

1. a de «contraseguro frente a la Triple Alianza, debilitada por la política rusa que practica Italia desde 1903, aparece la Triple Entente, que forma una barrera contra las ambiciones alemanas y constituye un gesto de defensa contra una rivalidad que parece amenazadora,

na act 1. una réplica a la manifestación de Tánger y al intento de Bórkó. Pero el gobierno ale-

Las iniciativas austro-alemanas (1905-1911)

mán está preocupado: teme, o finge temer una acción común de las tres

potencias; se ve amenazado por un «cerco». De hecho, la Triple Entente todavía no presenta una cohesión: el acercamiento anglo-ruso no es só-

lido, pues carece de puntos de apoyo en la opinión pública de los dos

países; la misma alianza franco-rusa está parcialmente minada, pues la

prensa rusa reprocha a Francia su política «egoísta» durante la guerra de Manchuria. La política alemana ¿sabrá sacar partido de la situación? La crisis balcánica pese a estar al margen, va a darle la oportunidad de intentarlo; a ver si consigue romper la Triple Entente.

II. LA CRISIS BOSNIACA (1908-1909)⁴

En el verano de 1908, la iniciativa del gobierno de Viena, remueve las dificultades balcánicas. El imperio austro-húngaro renuncia a la política conciliadora que había prevalecido en 1903, en la entrevista de Mürzsteg. El conde Elirenthal, convertido en ministro de Asuntos Exteriores en octubre de 1906, es partidario de una política activa en el sureste eu-

ropeo, para precaverse de los peligros que pudiera hacer correr la mo-

narquía cualquier movimiento de los eslavos del sur. Quiere aprovecharse del período en que Rusia, debilitada, se lo pensará mucho antes de me-

terse en un conflicto. Si se postergase el proyecto, el gobierno de Peters-

burgo tendría tiempo de rehacerse, y entonces la empresa austro-húngara sería mucho más difícil.

El objetivo de la política austro-húngara, es controlar los disturbios de los eslavos del sur. Desde que se produjo el golpe de Estado de 1903,

el gobierno de Belgrado se ha liberado de la tutela de la Doble Monar-

quía. El imperio austro-húngaro está intentando en vano, a través de una

guerra de aranceles, provocar en Servia una crisis económica que pudiera llevar a este joven reino al arrepentimiento. Ahora bien, el movimiento nacional servio tiene repercusiones inevitables en territorio austro-liún-

Obra de consulta.-Los estudios especiales son, J. Ancel, «"Uépreuve de force" austro-allemande en 1908-1909 d'après les documents allemands. La crise austro-russe et la politique de Bülow», en la Revue historique, t. CLVII (1928), pp. 49-67; B. Scimit, The annexation of Bosnw,

1908-1909 (Cambridge, 1937, in-80); M. Nintchitch, La crise bosniaque et les puissances et<ropéeri, nes (París, 1937, jir_ 8'). Véase también la correspondencia entre Fco. José y Nicolás 11, publicada en Krasny Arkhiv, t. X, el estudio de Savinski, «Uentrevue de Buchlau», en el Monde slave, Al'

1931, pp. 219-2271, y la obra de W. Carlgren, Isvolsky und Aehrenthal vor der bosnischen Al'nexionskrise, 1906-1908 (Upsala, 1955, in-8')-Las conversaciones militares austro-alemanas di'

rante la crisis, dieron lugar a varios artículos, sobre todo de H. Kanner, Ein geheimer deutsch' oesterreichischer Casus foederis», en Der Krieg, fevr. 1928 pp. 5-9; esta tesis provocó ardientes

-Sobre las relaciones austro _serv d'Aen' polémicas. jas, Maurice Schultz, «La politique économique renthal envers la Serbie», R. Hist, de la guerre mondiale, t. XIII (1935), pp. 325-348 et t,

(1936), pp. 23-42; del mismo autor, «L'affairc Friedjurig@>, en la misma revista, t. @@@ (1937), pp. 109-137, y sobre todo, H. Uebensberger, (Esterreich zwischen Russland u *serbien (C010r` A' 1958, in-80); W. Vucinich, Serbia between East and West. The events of 1903-1908 (Londres, 1954' in-S').

La crisis bosmaca (1908-1909)

jaro, sobre todo en la provincia de Bosnia-Herzegovina, nominalmente turca pero confiada a la « administración >@ de Viena por el congreso de Berlín. Los servios de Bosnia-Herzgovina, tienen puesta la mirada en sus

rinanos de raza. Los procesos políticos a los que recurre la adminishe lón austro-húngara, para reprimir este movimiento separatista, sólo lo

1 istrac omentar los disturbios. Con objeto de acabar con la res* sirven para f tencia,

Elirenthal piensa declarar la anexión de Bosnia-Herzegovina, ma-

nifestarido de ese modo, a las poblaciones de la provincia, hasta qué punto eran vanas sus esperanzas; a continuación confía en manejar a su an-

toío el reino serbio. 1 1

Pero un incidente exterior -«la Joven revolución turca» - precipita los acontecimientos. El gobierno de Viena teme ver al comité «Unión y Progreso» practicar una política nacionalista y deshacerse de las intervenciones extranjeras; de modo que quiere actuar antes de que se consolide el nuevo régimen. El 19 de agosto de 1908, decide aplicar inmediatamente su programa, cuyo primer punto será la anexión de Bosnia-Herzegovina y la etapa siguiente «la abolición completa del nido revolucionario serbio». Alemania, advertida sobre estas intenciones, da su consentimiento.

Pero hay que contar con la resistencia de Rusia. A pesar de que el estado mayor austro-húngaro esté convencido de que Rusia «apenas es capaz de hacer una guerra europea, sobre todo teniendo como adversario a Alemania» Elirenthal prefiere estar seguro del éxito con los menores riesgos posibles. En la entrevista de Buchlau, el 16 de setiembre de 1908, para conseguir el asentimiento de Isvolski respecto a la anexión de Bosnia-Herzegovina, le da esperanzas de que se va a modificar el régimen de los Estrechos. Pese a que la conversación no haya desembocado, según parece, en conclusiones concretas, ni los resultados se hayan consignado en un proceso verbal común, el gobierno austro-húngaro estima que tiene la vía libre: el 5 de octubre de 1908, el emperador Francisco José, firma el decreto de anexión. El mismo día, el príncipe Fernando de Bulgaria, que está de acuerdo con el imperio austro-húngaro, proclama la independencia total de su país y adopta el título de rey.

Ante el hecho consumado, Servia protesta. ¿Pero qué puede hacer sin el apoyo de Rusia? Lo que importa, es pues, la actitud del gobierno de Petersburgo. Al principio, Isvolski parece conciliador; aconseja resignación a Servia, porque espera sacar provecho de las perspectivas anunciadas en Buchlau. La cuestión de los Estrechos puede ofrecerle la compensación que desea, con tal de que obtenga el asentimiento de las potencias, sobre todo de Inglaterra. De modo que se precipita hacia Londres. Durante tres días, del 12 al 14 de octubre, intentará arrancar de Sir Ed. Grey un consentimiento, pero el gobierno británico responde que el momento es

Véase P. 48.

140

141

Las iniciativas austro-alemanas (1905-1911) de todos modos sería imposible otorgar a Rusia el inoportuno y, que ricias mediterráneas no pase libre por los Estrechos, a menos que las pote lo obtuviesen también.

1 ve cómo se le escapa de las manos la compensación que es Isvolski por eso le guarda rencor al conde Elirental y se deperaba de Buchlau; lamentos: repite que lo han «timado». De modo que sahoga en amargos política austro-húngara, intentará volver sobre la idea para entorpecer la p 1 e hiciera cargo de solucionar el asunto de una conferencia europea que s 1 bosniaco. A fines de octubre expondrá su reivindicación en Berlín con

voz lastimera: «Estoy en un atolladero horroroso», le dice a Bülow. ÍFl

1 rda muy mucho de ayudarlo. «No tenemos n canciller alemán se gua: mguna razón para sacar al Sr. Isvolski del lío en el que él mismo se ha m 1e-

tid(:).» El gobierno alemán cierra el camino a todo proyecto de discusión internacional: si la conferencia se reuniese, sería una simple «oficina de registro», que consagraría, sin discutir, el hecho consumado. Isvolski se

obstina, redacta una nota tras otra, amenaza con suspender las conver-

sacione,s y protesta contra los «malos procedimientos» del imperio aus-

tro-húngaro. El mismo Nicolás 11 escribe a Francisco José (30 de diciembre de 1908) que la política de Erhental puede derivar en complicaciones

peligrosas. La situación es tan tensa, que tanto en Viena como en Petersbúrgo, los estados mayores adoptan medidas de movilización, pero sin

llevar a las tropas hacia la frontera.

Francia, Inglaterra e incluso Italia proponen una mediación; el 20 de

enero, piden a Alemania que se asocie a ellas para serenar las amenazas

de conflicto austro-ruso. Pero se toparán con una negativa. El canciller Bülow estima que Alemania sale ganando en esta empresa: Francia, en su opinión no tiene la menor gana de participar en un conflicto, pero

1 1 . . denc' su aliada tampoco quisiera ser la única en dar consejos de pru ia a

rusa; «sí nos quedamos quietos, Francia, tendrá que actuar por sí *sola,

de ese modo se romperá el cerco que desde hace tiempo ya venía siendo frágil». Bülow confía pues, en que esta crisis desembocará en una debilitación de la alianza franco-rusa. El 21 de febrero notifica su decisión a

París y a Londres. Francia e Inglaterra no insistirán. Para evitar un con-

flicto, aconse"an a Rusia resignación, tal y como había previsto Bülow Sir Ed. Grey, 1al comunicar a Rusia la negativa alemana, añade que él nun~

ca había pensado en dar al gobierno del zar más apoyo que el «diplomná~ tico». Es como ¡decir que su cometido ha terminado. El ministro de Asuli-

tos Exteriores francés, Pichon, comunica que Francia no podría llegar''

extremo de una guerra por un asunto en el que los «intereses vitales» de Rusia no están amenazados.

El imperio austro-húngaro tiene así el camino libre. El 26 de febreo de 1909, tras largos regateos, consigue obt .ener de Turquía, el reconoc` miento de la anexión de Bosnia-Herzegovina. Y ahora lo exige también de Servia. Pero Elirental. no se conforma con que el gobierno de Be" grado acepte el hecho consumado; quiere conseguir del pequeño reino una promesa por escrito de que abandonará toda actitud de protesta

La crisis bosniaca (1908-1909)

oposición y de que «cambiará el rumbo de su política actual hacia el im-

perio austro-húngaro, para vivir en adelante en plan de buena vecindad con este último». Como Serbia opone resistencia, el 19 de marzo de 1909, se va a encontrar frente a un ultimátum. En caso de guerra, ¿podrá contar

con la intervención rusa?

Alemania entonces entra en escena. El 22 de marzo, Bülow envía a su embajador de Petersburgo instrucciones conminatorias: «Hemos de saber, de forma concreta, si Rusia acepta la nota austro-húngara y asien-

te formalmente y sin reserva a la abrogación del artículo 25'. Su Excelencia dirá, por favor, al Sr. Isvolski que esperamos una respuesta concreta: sí o no. Una respuesta evasiva, oscura o condicional, la consideraremos como una negativa.» Rusia no puede hacer frente a todo esto. El consejo de ministros reconoce que no es capaz de hacer una guerra: el ejército no está preparado; la situación financiera es difícil; no hay que desear la amenaza de desórdenes internos. Y además ¿no es cierto que está aislada, puesto que no puede contar con Francia ni con Inglaterra? Hay que someterse. «Es un píldora difícil de tragar», dice Isvolski al embajador de Inglaterra; «pero todo el plan austro-alemán había sido preparado minuciosamente y se había elegido el momento favorable. Tres o cuatro años más tarde, Rusia hubiese recobrado las fuerzas suficientes como para poder hablar en otro tono. Las dos potencias centrales lo sabían muy bien, por eso no han desaprovechado la oportunidad». Para la política rusa, la humillación es de envergadura.

El 31 de marzo de 1909, Servia, abandonada, firma la nota exigida por Austria-Hungría; reconoce «el hecho consumado creado en BosniaHerzegovina» y promete ser buena vecina.

El imperio austro-húngaro se ha llevado la «victoria diplomática». Pero ¿y Alemania? Bülow había confiado en que la Triple Entente se iba a debilitar. Las primeras reacciones de la opinión rusa, confirman esta esperanza: la retirada del gobierno es amargamente criticada, y la prensa insinúa que Francia e Inglaterra tienen una parte de culpa. Sin embargo este arranque de mal humor se va calmando: ¿qué ganaría Rusia abandonando la Triple Entente? ¿qué acogida iba a encontrar en las potencias centrales, en caso de que se volviese a ellas, después de esta humillación? Por otra parte, confía en poder recuperar una política activa en los Balcanes, cuando llegue el momento, y en ese terreno, siempre se topará con la oposición del imperio austro-húngaro.

Durante los dos años que siguen a la crisis bosniaca, las relaciones entre las grandes potencias europeas atraviesan, no obstante, un período de titubeos e incertidumbres, cuyo juego diplomático es complejo. Rusia intenta asegurarse el apoyo de Italia para mantener el statu quo en los Balcanes, en caso de que el imperio austro-húngaro tomase otra nueva mi-

Bosnia-Herzegovina El artículo 25 del tratado de Berlín había fijado, en 1878, el estatuto de

ido de] pacto secreto de Racconigi (24 de octu Clativa: es el contení 1909). El gobierno de Viena calma las inquietudes italianas prometiendo

bre de a su aliada que no procederá a una anexión en territorio balcánico sin firmar con ella «un acuerdo previo basado en el principio de una corn-

IP 1 pensación» (19 de diciembre de 1909 La dí lontacia alemana, en 1910 intenta realizar un intercambio de perspectivas con el gobierno, ruso, comprometiéndose a dejar de apoyar la política balcánica del irriperio austro-húngaro, si Rusia prometiese no dar su apoyo a la política inglesa en contra de Alemania. El intento fracasa; pero preocupa a Francia y a Gran Bretaña. Por último, se inician conversaciones entre Berlín y Londres acerca de la reducción de armamentos navales, pero que no terminan nunca.

Acuerdo ruso-italiano de Raceonigi, conversaciones ruso-alemanas de Post-dam, negociación naval anglo-alemana, todos estos esfuerzos para modificar el sistema de acuerdos europeos no resuelven gran cosa; sin embargo, indican tendencias, que no son nada desdeñables. Los grupos de potencias, sin dejar de vigilarse, no se oponen con vigor. Es un momento de descanso en las relaciones internacionales.

III. EL ASUNTO DE AGADIR (1911) 7

Tras este período de descanso, Alemania, una vez más, va a provocar una crisis internacional, volviendo a su política de «prestigio» y reinoviendo el tema marroquí.

El acta de Algeciras, no había dado a Francia libertad de acción en Marruecos; permitía que Alemania obstaculizase la penetración de tropas francesas en el interior del imperio j.erifiano, fuera de la zona de puertos donde se ejercía el «mandato policial». Pero la anarquía marroquí continuaba: en 1907, el sultán Ab-el-Aziz había sido expulsado de Fez por Moutai Hafid. Los disturbios hacía peligrar la vida de los colo-

7 Obras de consulta.- A las obras generales y compendios citados en p. 118, hay que añadir, en francés, y desde una Perspectiva francesa, Joseph Caillaux, *Agadir Ma politique extérieure* (París, 1919, in-12; la 10ª edición aparecida en 1921, contiene documentos anexos); del mismo autor, «Pourquoi la guerre n'a pas éciaté en 1911», en la *Revue des vivants*, set. 1930, pp. 285-309, y también del mismo, *Mes mémoires* (París, 1942-47, 3 vol., in-S'; el t. II); Jules Cambon, «La diplomatie fran@aise et le Maroc», en la *Revue des vivants*, set. 1930, pp. 310-320; desde una perspectiva alemana, Fhr. von Lancken, *Meine dreissing L@ienstjahre, 1888-1918* (Berlín, 1931, in-SO), que contiene un capítulo interesante sobre las negociaciones secretas; jáck, Kiderlen-Wi'chter, *der Staatsmann und der Mensch* (Berlín, 1928, in-80)--- La obra de Enthoven, *Van Tanger tot Agadir* (La Haya, 1932, in-SO), es un buen estudio crítico; lo mismo que B. Kraft, *Lord Haldane's zendíng naar Berhin* en 1912 (Utrech, 1931, in-S')- Véase también, W. Kleinknecht, *Die englische Politik in der Agadir Krise* (Berlín, 1937, in-80); J. C*Barlow, *The Agadir crisis* (Univ. de North Carolina, 1940, in-S'); A., Kessler, *Das deutsch-englische Verháltnis vom Arnuantritt Betbrmann-Hollwegs bis zlr Haldanernission* (Erlangen, 1938, in-SI); H. Leip, *DerKaisers Reeder. EineAlbert Ballin Bió' graphie* (Munich, 1956, in-S').

144

El asunto de Agadir nos europeos, y el gobierno alemán era consciente de que, a la larga, no conseguiría impedir que Francia sacase partido de estas circunstancias para establecer su influencia en la totalidad del territorio marroquí. De modo que, a fines de igoS, empezó a adoptar una nueva línea de conducta. En el momento en que el imperio autro-húngad, declaró la anexion de Bosnia Herzegovina iniciando así, una crisi ve, los asuntos marroquíes parecían secundar' 1 is gra 'Os. Guillermo 11 para «terminar de una vez con todos esos roces» había propuesto dejar a Francia toda libertad de acción en Marruecos para mantener el dos gobiern o.s habían decidido « asociar a s uos---dienloancia lens beinoadqeuo1b] otenaer al-

sungunas ventajas económicas. Con el acuerdo del 9 de febrero de 19og, lo, tos de los que pudiesen obtener ganancia» en territorio marroquí. Se trataba de establecer un reparto de beneficios de explotación, a la vez que se reconocía a Francia una preponderancia política de hecho. Alemania parecía pues decidida a dejar en reposo el asunto marroquí de momento. Pero la ejecución del acuerdo había presentado dificultades; la colaboración económica no pudo establecerse. Alemani .a estaba decepcionada. Había que prever, desde el verano de 1910, que la cuestión podía dar lugar a nuevas dificultades.

Esas dificultades empiezan en marzo de 1911. Con motivo de una rebelión dirigida contra el sultán Moulai Hafid, los europeos establecidos en Fez y bloqueados en la ci udad, están amenazados. Para liberarlos, el gobierno francés anuncia su intención de enviar un cuerpo expedicionario; manda desembarcar a las tropas y ocupa Fez el 4 de mayo. A pesar de que está invocando un caso de fuerza mayor y de que promete evacuar la ciudad apenas se restablezca el orden, no es menos cierto que esta i.niciativa sobrepasa los límites permitidos por el acta de Algeciras a su actividad, A:¿@emanla se le presenta la ocasión de protestar y de «remo~ ver» la cuestion marroquí. ¿Le interesa aprovecharla?

El gobiernO alemán confía en que se prolongue la ocupación de Fez Y en que los acontecimientos no permitan que el cuerpo expedicionario francés pueda dejar la ciudad. Entonces declarará que la independencia de Marruecos está comprometida, que se ha

violado el acta de Algeciras, y así recobrará su libertad de acción. Con el pretexto de proteger las emPresas alemanas establecidas en el sur marroquí, enviará una nave de guerra frente a Agadir, y cuando tenga en sus manos «esa prenda» esperará a ver lo que ocurre. Probablemente, Francia, para conseguir que desaloje la nave alemana, intentará solucionar definitívam ente el problema rmarroquí ofreciendo una «compensación» en otra parte de su domini colonia]. De ot 1 lo

no,,

ro modo Alemania conservará la prenda y se afianzará en la Posesión de un territorio cuyo subsuelo parece rico. Este es el progralna que el secretario de Estado Kiderle,-Wáclíter presenta al emperador el 5 de ñllyo de 1911.

En Francia, el gobierno sospecha de estas intenciones y da por sentado que Alemania quiere echar mano del litoral atlántico de Marruecos. Para ln`lPedir ese peligro, antes de cualquier intervención alemana ¿no ha~

bría que entrar en negociaciones, y ofrecer una compensación con tal de quitar la hipoteca que pesa sobre Algeciras? Caillaux, ministro de Hacienda, y Grupp, ministro de Asuntos Exteriores, comunican al embajador de Alemania que Francia está dispuesta a mantener una conversación. El 21 de junio, en una reunión con el embajador de Francia en Kissingen, el secretario de Estado alemán decide poner las cartas boca arriba: Alemania, «se mostraría conciliadora en el asunto marroquí si recibiese una compensación». Poco antes de iniciar la negociación, quiere tener la «prenda» en las manos para obligar a Francia a que presente «Ofertas aceptables». En el momento en que Jules Cambon llega a París para pedir instrucciones a su gobierno, Alemania da el «golpe de Agadir».

El 1 de julio, el embajador de Alemania anuncia que una pequeña nave de guerra, el Panther, acaba de llegar a Agadir para garantizar la protección de los colonos alemanes. La nota alemana, añade que los acontecimientos de Fez equivalen a una abrogación del acta de Algeciras. Hay que buscar «en un intercambio amistoso de puntos de vista», una nueva solución al asunto marroquí. Esta conversación «amistosa» viene precedida por un acto de fuerza alemán. Su política está siendo un éxito, puesto que Caillaux convertido mientras tanto en presidente del consejo francés, no se da cuenta del procedimiento alemán, pese a las advertencias de su ministro de Asuntos Exteriores, J. de Selves, y acepta seguir con la «conversación» entablada por Jules Cambon en Kissingen. Pero el «golpe de Agadir» ha provocado una emoción y una inquietud en la opinión pública que no son de lo más idóneo para facilitar la tarea de los negociadores. Las conversaciones, entrecortadas por amenazas de ruptura, van a prolongarse durante cuatro meses.

Cuando se reanudan los tratos diplomáticos a mitad de julio, el gobierno alemán empieza a revelar sus exigencias: a cambio de la libertad de acción que dejaría a Francia en Marruecos, pide la cesión del Congo francés entero. Alemania, que ya estaba establecida en Camerún, poseía en África ecuatorial un gran dominio que le permitiría estar «entre los candidatos» el día en que se «liquidase» la cuestión del Congo belga. Entonces, podría unir sus posesiones congoleñas a su territorio de África oriental, y dominar de este a oeste, toda el África central. Para conse-

guirlo, el secretario de Estado Kiderlen Wächter está decidido a actuar vigorosamente; si es necesario, amenazará con la guerra. «No llegaremos a un acuerdo satisfactorio, a menos de no estar dispuestos a llegar hasta el final.»

Pronto habrá que desengañarse. El gobierno francés se niega a ceder la totalidad del Congo. Sobre este punto, el gabinete es unánime. ¿Alemania se decidirá a recurrir «a medidas extremas»? Kiderlen Wächter 11 desea quizá; al menos intenta hacerlo creer; pero el entorno del emba-ador es más reservado.

Lo que va a ser decisivo es la actitud del gobierno inglés El 21 julio, en un discurso pronunciado en Londres, el ministro de Exteriores, Lloyd George, proclama que «la paz a cualquier precio es una fórmula la

- 146 -

El asunto de Agadir

inaceptable para un gran país@>; el 25 de 3 . julio, Sir Ed Grey, ministro de

rál emba* 1 Asuntos Exteriores, di Í jador de Alemania que las pretensiones de su gobierno son excesivas. Kiderlen Wächter contesta que no se dejará intimidar y que se opondrá a cualquier intervención de una tercera potencia en las negociaciones franco-alemanas - La respuesta va en un tono tan resuelto, que se alertarán a las escuadras inglesas para que hagan frente a un posible ataque de la flota alemana. Así que Berlín deja de insistir: la advertencia ha servido de lección; Alemania comprende que en caso de conflicto había que contar con la intervención inglesa.

Kiderlen Wächter se ve obligado a reducir sus pretensiones, e intentará saber hasta dónde pueden llegar las concesiones francesas. Como está al corriente de las divergencias de opinión entre Caillaux y J. de Selves, toma la iniciativa de celebrar una negociación secreta con el presidente del consejo: pero las conversaciones entabladas entre el diplomático alemán Lancken y el enlace francés Fondère -a espaldas del Qu' d'Orsay- no dan resultado, de modo que, cuando el 1 de agosto, el gobierno francés propone ceder «un buen trozo» del Congo interior, por vía oficial, Kiderlen acepta negociar sobre esa base. Las conversaciones, cada vez más penosas, continúan. Si ahora Alemania se conforma con obtener una parte del territorio congoleño, al menos quiere garantizar para ese territorio, un acceso al Atlántico por un lado, y a las orillas del Congo por otro; Francia lo consentiría únicamente, a condición de recibir un territorio alemán del Togo o del Camerún, para que la negociación parezca un intercambio. Por otra parte, el gobierno alemán intenta no dejar que Francia tenga una completa libertad de acción en Marruecos, y cuestiona el régimen económico del país. En dos ocasiones más, a finales de agosto y a mediados de setiembre, la ruptura de las conversaciones parece inminente, y la posibilidad de una guerra hace su reaparición. El 4 de noviembre de 1911, se firma por fin, el acuerdo franco-alemán. En la convención relativa a Marruecos, Alemania se compromete a no «obstaculizar» la actividad de Francia y otorga su adhesión anticipada a «las medidas de reorganización», de control y de garantías financieras, que pudieran ser necesarias. Una carta interpretativa detalla que Francia podrá establecer en Marruecos su protectorado. A través de la convención congoleña, Alemania obtiene la parte «interior» del Congo francés, entre el Camerún y el Congo belga con una salida al Atlántico Por una franja de territorio que bordea la colonia española de Guinea, y dos accesos a las orillas del Congo y del Sangha, todo ello en una extensión 10 suficientemente grande como para establecer un puerto. Ade- 'n" Francia promete (artículo 16) no ejercer su derecho de retracto sob,e 1 Congo belga sin un acuerdo previ con Alemania.

En Berlín los vínculos coloniales crit`10can duramente el acuerdo, porque si bí e; 11 len es cierto que Alemania ha conseguido posibilidades de ac-

6e, un futuro a través del contacto con el Congo belga y del artíCUIO.16, de Inomeito sólo ha hecho adquisiciones limitadas; la opinión Pública tacha al gobierno de «débil» y a la diplomacia de «inútil». En

Francia una parte de la opinión no admite que haya sido necesario pagar a Alemania el precio de Marruecos y mucho menos que esta compensación se negocie con amenazas. Por ambos lados las polémicas continúan. Mientras que el secretario de Estado alemán en las colonias, Lindequist, presenta su dimisión para protestar contra la política de Kiderlen-Wächter, la comisión de Asunto Exteriores del Senado francés se entera de la existencia de conversaciones secretas mantenidas por el presidente del consejo Caillaux «a espaldas» de su ministro de Asuntos Exteriores, y esas revelaciones provocan la dimisión del ministerio.

La firma del acuerdo no aporta pues, a las relaciones franco-alemanas la calma que se podía esperar. La liquidación del asunto marroquí hubiese podido dar lugar a un acercamiento. Al igual que Rouvier en 1905, Caillaux había intentado ampliar los márgenes de la conversación; a través de su intermediario secreto, había dicho a Alemania que estaba dispuesto a buscar una solución global para las dificultades de los dos países; expresó su esperanza de que el mundo abriría «una nueva era» en las relaciones franco-alemanas. Por su parte, Guillermo II, al día siguiente del tratado en un encuentro muy familiar en apariencia había dicho al agregado militar de Francia: «Somos los dos únicos pueblos militares entre los que podríamos hacer lo que quisiéramos del mundo.» Pero las reacciones sentimentales dominan la opinión pública.

Por otro lado, la crisis provocó en las relaciones anglo-alemanas una tensión desagradable. A fines de 1911, la gran preocupación de la diplomacia alemana es borrar el recuerdo de Agadir, en la opinión pública inglesa. Pero el ámbito marítimo y más que nadie el gran almirante von Tirpitz ya han conseguido convencer al emperador de que la actitud de Inglaterra durante la crisis impone un aumento de fuerzas navales. Una vez más, la rivalidad armamentística obstaculiza todo intento de conciliación. Sin embargo, los círculos oficiales alemanes no pierden la esperanza de utilizar esta circunstancia para los propios fines de su política; vuelven a la idea que habían esbozado en 1909: que Gran Bretaña cargue con el abandono del programa naval alemán; ofrecer una reducción de construcciones navales a cambio de un acuerdo político. Las primeras conversaciones se inician a través de intermediarios oficiosos: el gran armador Albert Ballin y el banquero inglés Sir Ernest Cassel. El gabinete británico no se niega a la negociación, y envía a Berlín a Lord Haldane, ministro de Guerra, escogido para la ocasión a causa de sus simpatías intelectuales hacia Alemania. Pero la misión Haldane (9 de febrero de 1912) pone de manifiesto lo difícil que es llegar a entenderse. Alemania apenas promete una simple disminución en el ritmo de sus construcciones navales, y a cambio exige un compromiso mutuo de neutralidad, «en caso de que una de las dos partes se vea vinculada en una guerra en la que la otra pueda ser tachada de agresora». Durante más de un mes, la conversación seguirá por vía diplomática sin ningún resultado. Sir Ed Grey se niega a un compromiso de neutralidad, para no «comprometer la amistad anglofrancesa»; lo único que aceptaría es otorgar una promesa de no-agresión.

- 148 -

El asunto de Agadir alemán no se conforma, puesto que su objetivo es precisamente destruir la Entente Cordial. El 22 de marzo se abandonan las conversaciones. El gobierno alemán comunica al Reichstag su nuevo programa naval. El intento de acercamiento anglo-alemán, que tanto había preocupado al gobierno francés, ha fracasado; y la rivalidad naval se reanuda

1 con más ímpetu. Gran Bretaña tiene puesta la mirada en Francia, todavía más que en el pasado.

CAPÍTULO 111

La liga balcánica

potiderancia de la influencia rusa en la península. Tras haber intentado en vano que el gobierno otomano se prestase a un arreglo de la cuestión de los Estrechos, el gobierno del zar se orienta claramente hacia la segunda solución: y será esta política de alianza balcánica la que inicie un nuevo período de conflictos en el sureste europeo,

De modo que Rusia sale del anonimato en el que la habían sumido los acontecimientos de 1905. Europa tendrá que contar ahora con sus miclativas. Del mismo modo en que la cuestión marroquí había dominado las relaciones entre las grandes potencias hasta finales de 1911, ahora es la cuestión balcánica la que pasa a un primer plano.

LA REACCIÓN RUSA (1912-1913)¹

En la primavera de 1912, la política rusa empieza a rearmarse y la ocasión se la brinda la guerra italo-turca. El gobierno italiano, apoyándose en el acuerdo pactado en 1902 con Francia ² por el que se establecía una correlación entre la cuestión de Marruecos y la cuestión Libia, juz-

gó conveniente en un momento dado, en setiembre de 1911, ocupar Trípoli y Bengazi. Ya había declarado la guerra a Turquía, proclamando la anexión del país, después de lo cual empezó a conquistarlo. Pero la guerra se iba prolongando, y para terminar, Italia amenazaba con trasladar las

operaciones al mar Egeo. Rusia vigila pues las consecuencias que la guerra italo-turca pudiese tener en los Balcanes, y se dispone a sacar partido.

Como siempre, los proyectos de los hombres de Estado rusos, osci-

lan entre dos tendencias: un acuerdo con Turquía, como en tiempos del tratado de Unkiar-Skelessi, que diese a la influencia rusa un puesto privilegiado en el Imperio otomano y que permitiese resolver de acuerdo con los intereses rusos la cuestión del paso de los Estrechos; o bien un

acuerdo con los Estados balcánicos contra Turquía, para asegurar la pre-

e las obras y compendios de documentos citados el

1 Obras de consulta.- Además d P. 118, hay que consultar los documentos siguientes: Serbien und der Weltkrieg, dOc- Publiés par Boghitchevitch, antiguo ministro de Servia en Berlín (Berlín, 1928, 3 vol., in-81; Un livre noir (París, 1924, 2 vol., in-8-), documentos de los archivos rusos. Se añadirá a e''

el testimonio de Sazonoff, Les années fatales, 1910-1916 (París, 1927, in-8o), y el del conde , de agosto de 1937, pp. 459-519 Y

Kokovtsoff, «Souvenirs», en la Revue de Paris, 1 y 15

855-893.- Los estudios de D. Iancovici, La crise balkanique 1912-1913 (París, 1916, in- o

y del coronel Lamouche, Quinze ans Xhistoire balkanique (París, 1928, in_ S.)' apenas sol

esbozos; pero hay que consultar N. Mandelstam, La politique russe Xaccés a la Méditerranée au XX' siècle (París, 1935, in-So); R. Dufour, Van de Bosnische crisis tot Sereiev0- D,'

internationale verhoudingen van 1909 tot 1914 (Utrecht, 1935, in-S'); Ed. Dríault y NI- Lj"e_ ritier, Histoire diplomatique de la Grèce (París, 1925, 5 vol., in-So), del t. 1V., W. Schr6d" England, Europa und der Orient (Stuttgart, 1928, in-So); W. Askew, Europe and Italy 15

quisition of Libya, 1911-12 (Durharn, 1942, in-S'); C. Helmreich, The diplomacy of the kan wars (Cambridge, E.-U., 1938, in-81); A. Pijkovic, Les relations entre la Serbie, la ce et l'Angleterre, 1903-1914 (Belgrado, 1955, in-S').

2 Véase el anterior volumen de esta colección.

- 150 -

I. LA LIGA BALCÁNICA 1

La revolución Joven turca de 1908, al principio había dado a las poblaciones cristianas del imperio otomano la esperanza de ver mejorar su suerte. El nuevo gobierno ¿no anunciaba un régimen constitucional, en el que la representación parlamentaria jugaría su papel?

Pero este liberalismo sólo era fachada. Cuando el comité «Unión y Progreso» colocó a sus hombres en el poder, Talaat-bey en el ministerio del Interior, Djavid-bey en Hacienda y Mahinoud Chevket-pacha como ministro de Guerra, desveló su programa. El objetivo que perseguía era reforzar los elementos turcos de la población a costa de las nacionalidades sometidas, cristianas u otras. Esta política nacionalista se llevaba a cabo con los procedimientos acostumbrados: se favorecía a las escuelas en donde se enseñase la lengua turca, el gobierno enviaba colonos turcos para que se instalasen en el interior de aquellas regiones en que la resistencia a la dominación turca fuese más vigorosa. Los rigores del régimen autoritario del comité no estaban reservados únicamente para los cristianos; también recaían contra un movimiento autonomista en los países árabes, que empezó a manifestarse desde 1904: en el Yemen, había tenido lugar una expedición militar turca en 1911; pero en 1912, el movimiento se extendía hasta Siria, en los vilayatos de Alep y Trípoli. En Albania, el gobierno tropezaba con otras resistencias y se vio obligado a otorgar, en 1911, el derecho a que las escuelas pudiesen impartir la enseñanza en lengua albanesa, y el que los funcionarios fuesen indígenas. Estos levantamientos de musulmanes contra la dominación turca, constituían algo grave para el futuro del imperio.

Contra la política de opresión y de «turquización» empezaron de nue-

³bras de consulta.- Véanse los documentos rusos publicados en Krasni arkhiv, t. VII (1124) Y IX (1925). sobre las conversaciones franco-rusas, el testimonio de R. Poincaré (Aunque de la France, t. II, París, 1928, in-So) es importante. Véase Iv. Guéchoff, L'alliance anque (París, 1915 in-16); también D. Drossos, La fondation de Palliance balkanique tenas, 1929, in-8-).
⁴Véase P. 48

vo las revueltas en Macedonia a partir de 1910. Los Estados balcánicos estaban alerta. En Belgrado, el gobierno pensaba reconfortar el sentimiento nacional, lastimado por la humillación sufrida en 1909, con motivo del asunto de Bosnia-Herzegovina. La liberación de los servicios so-

metidos al dominio turco en Macedonia podía satisfacerlo. En Sofía, el rey Fernando seguía siendo sensible a la influencia de los comités macedonios. «Mis búlgaros, no me perdonarían la ruina de sus esperanzas nacionales», decía el ministro francés. Por último, en Atenas el gobierno estaba dispuesto a emprender de nuevo una política activa; en 1910, tras unos años de crisis en los que los clanes que se disputaban el poder dejaron los intereses generales del país en el abandono, se había producido un resurgimiento de la situación: el jefe del movimiento griego en Creta, Venizélos vino a hacerse cargo de ella; formó un ministerio que, después de haber disuelto por dos veces la Cámara de los diputados, obtuvo una

sólida mayoría. En cuestión de unos meses, el partido de Venizélos, que se denominaba «liberal» había reorganizado la economía, la administración, el ejército y la marina. El presidente del consejo pensaba iniciar la realización de la «gran idea», liberando a los griegos de Macedonia. Todos, griegos, serbios y búlgaros, esperaban el primer fallo del imperio otomano para entrar en acción.

Los aprietos de Turquía, motivados por la guerra de Tripolitania, ofrecen perspectivas favorables, de las que quieren aprovecharse inme-

diatamente los Estados jóvenes. En setiembre de 1911 aparece la primera idea de un acuerdo búlgaro-serbio contra Turquía. En la noche del 11 de octubre de 1911 el presidente del consejo búlgaro, Guechov, y el jefe del gobierno serbio, Milovanovitch, esbozan el plan de una acción ofensiva que tendría por objeto la conquista de Macedonia. Las negociaciones continúan en Sofía para determinar las condiciones del reparto. Estas son lo bastante difíciles como para que los dos gobiernos convengan en someter las posibles discusiones al arbitraje de Rusia. El 13 de marzo

de 1912, se firma el Tratado: aparentemente se trata de una alianza defensiva que garantiza la «integridad territorial» de los estados y que preve la hipótesis de que «cualquiera de las grandes potencias» -de hecho el imperio austro-húngaro- intentará anexionarse uno de los territorios balcánicos sometidos a Turquía; pero un anexo secreto preve claramente una guerra ofensiva, «en el caso de que las dificultades interiores o ex-

teriores, con las que Turquía tuviese que vérselas, pusieran en entredicho el mantenimiento del statu quo en la península de los Balcanes» Eventualidad bastante probable desde que se inició el conflicto italo-turco. El mismo pacto secreto fija las bases para un reparto de Macedonia, reservando una zona de sesenta kilómetros de ancho que va de una parte a otra del Vardar: la atribución de esta polémica zona quedará bajo ar-

bitraje del zar. El 12 de mayo se completa el tratado por una convención militar.

Al mismo tiempo, Bulgaria estaba negociando con Grecia que le había hecho propuestas desde finales de 1910. En octubre de 1911 los do-

- 152 -

La liga balcánica

estados ya habían intercambiado promesas de asistencia mutua. Pero sólo después de la conclusión del tratado serbio-búlgaro desembocarán las negociaciones: el tratado del 29 de mayo de 1912 es una alianza defensiva dirigida contra Turquía; lo completa una convención militar, que no se firmará hasta octubre; pero este tratado no provee la delimitación de las fronteras en Macedonia. El alcance del pacto es pues mucho menor que el del tratado serbio-búlgaro. Por último el Montenegro, sin firmar con-

1 de Atenas y venciones escritas, hace saber a los gobiernos de Belgrado, de Sofía que tiene intención de ayudarlos.

Esta liga balcánica se forma en torno a Bulgaria, pero bajo la protección de Rusia. El ministro de Rusia en Sofía, Nekloudov, a quien se había puesto al corriente de las conversaciones, no fue un mero espectador, sino que prodigó consejos y sugirió textos. En Belgrado, su colega Hartwig había trabajado en la reconciliación de búlgaros y serbios para delimitar las futuras fronteras. El mismo gobierno ruso estaba al corriente de las etapas de la negociación proponiendo su arbitraje. Total, que, la alianza es en gran medida obra de la diplomacia rusa. Ahora bien, en la mente de los hombres de Estado balcánicos, esta alianza tiene un objetivo: la guerra. ¿El gobierno ruso desea esa guerra? ¿O sólo quiere reestablecer su influencia diplomática en los Balcanes y cree que va a poder dominar los acontecimientos? Inmediatamente después de la firma de los acuerdos, Sazonov recomienda a Bulgaria «una política estudiada». Pero también es consciente de los riesgos que conlleva su propia política puesto que durante cuatro meses estará ocultando al gobierno francés los términos exactos del tratado serbio-búlgaro.

Hasta mediados de agosto, y con motivo de una visita al zar, en Petersburgo, el presidente del consejo francés Raymond Poincaré, no recibirá comunicación del texto; inmediatamente se da cuenta de que «el tratado contiene en germen no sólo una guerra contra Turquía, sino una guerra contra Austria», de modo que protestará ante el ministro de Asuntos Exteriores ruso ‘ «Le señalo, señor Sazonov que esta convención no responde en modo alguno a la definición que se me había dado; y que a decir verdad se trata de una convención de guerra». Ante esta actitud del presidente del consejo francés, Sazonov no duda en afirmar que Rusia «puede ejercer el derecho al voto asegurando así, el mantenimiento de la paz, y que no dejará de hacerlo». De hecho, el 29 de agosto advierte al gobierno de Sofía que «si Bulgaria iniciase la guerra, lo haría por su cuenta, y no tendría derecho a contar con ningún apoyo». Pero ¿cómo va a poder detener Rusia un proyecto que ella misma ha alentado? Los Estados balcánicos no están dispuestos a escuchar consejos de prudencia; e @ , 1 cosas inipacientes por entrar en acción antes de que las negociaciones oficiales iniciadas entre Turquía e Italia pongan fin a la guerra de Tripoli- Ía, Y saben que entre los intereses de Rusia y los suyos propios existe una solidaridad de hecho bal A filos de agosto de ‘1912, se manifiesta la amenaza de un conflicto

cánico. Durante seis semanas, la diplomacia de las grandes potencias

La reacción rusa (1912-1913) se impacienta en torno a los proyectos de intervención colectiva, pero en vano; las envidias y la desconfianza son más fuertes. ¿Qué las buenas voluntades. Las tentativas de los grandes Estados no sirven más que para precipitar las resoluciones de los Estados balcánicos, que el 30 de setiembre de 1912, con el pretexto de los movimientos de tropas en Turquía, decretan la InOvilización, y el 15 de octubre entran en guerra. El mismo día, el gobierno otomano incapaz de llevar a cabo dos guerras sucesivas, firma la paz de Bucharest con Italia, a la que cede las regiones de Tracia y Cirenaica, mientras que Italia, por su parte, se compromete a evacuar en el mar Egeo, Rodas y las islas del Dodecaneso que había ocupado en mayo de 1912, apenas los turcos hubiesen retirado sus tropas de aquellas dos provincias.

La guerra de la coalición balcánica contra Turquía pone en peligro la paz de Europa. En caso de victoria decisiva de los Balcanes, habrá que temerse graves dificultades: los vencedores no renunciarán a sus conquistas, pese a que las grandes potencias simulen no tener en cuenta las objeciones de hecho; el imperio austro-húngaro probablemente no querrá aceptar las ampliaciones territoriales de Servia; Rusia no podrá librarse de la obligación de apoyar a sus clientes eslavos. «Habría que prepararse para una gran guerra europea general y decisiva», escribía Isvolski el 23 de octubre de 1912. Es cierto que los hombres de Estado europeos no creen en lo más mínimo en una victoria de los balcánicos; la victoria de Turquía les parece más probable y «menos peligrosa desde el punto de vista europeo», pues la integridad territorial del territorio otomano sería respetada, y las grandes potencias intentarían una vez más, que se otorgasen garantías a las poblaciones de Macedonia. Por último, queda la hipótesis de una lucha indecisa, que se prolongase, dando pie a una mediación.

IL LAS DOS GUERRAS BALCÁNICAS' Los acontecimientos desbaratan las previsiones. Las hostilidades se inician el 17 de octubre; días más tarde, los balcánicos, que disponen de una fuerte superioridad numérica, toman la ofensiva en Tracia, en la alta y la baja Macedonia. Los búlgaros, vencedores en Kirk-Kilissé (24 de Octubre).

Obras de consulta.- El relato de los acontecimientos militares, se encuentra en las obras del teniente-coronel Boucabeille, La guerre turco-balkanique (Paris, 1914) La guerre interbalkanique (París, 1914 in-81), así como en las del coronel Imanuel, La guerre des Balkans, trad. francesa (París, in-8')- Sobre la actitud de Austria-Hungría, el testimonio del jefe de estado mayor Conrad von Hotzendorff, Aus meiner Dienstzeit, 1906-1916 (Viena 1926-1929, 5 vol in-81), t. 111, es esencial. Véase también Guech^ la génesis de la guerra mundial: la génesis de la guerre mondiale: la génesis de la guerre mondiale (Bern, 1919, Y D. Djordjevic, Islazak Srbije na jadransko more [El acceso de Servia al mar Adriático, 1912] (Belgrado, 1956 in-8'); E. Ebel, Rumunien und die Mittelmächte, 1877-1913 (Berlín, 1939 in-8').

154 -

Las dos guerras balcánicas

tubre) y en Lule-Bourgas (3 de noviembre), asedian Andrinópolis y siguen su marcha hacia Constantinopla. Los serbios, salen victoriosos en

Xoulnan,vo (23-24 de octubre). Los griegos entran en Salónica el 8 de noviembre. En cuestión de tres semanas, la

suerte parece echada en esta

guerra. Sin duda, a mediados de noviembre, el ímpetu de los búlgaros se

detiene ante los atrincheramientos de Tchataldia, cerca de Constantinopla; pero Macedonia queda liberada por completo.

En Europa cunde la alarma. No es la victoria búlgara la que plantea los problemas más difíciles: desde luego, Rusia, preocupada por el triunfo de sus protegidos, no desearía ver entrar en Constantinopla al zar de los búlgaros; pero la derrota de Tchataldia aleja esa eventualidad. La vic-

toria servia es más preocupante para la paz europea, pues el gobierno de Belgrado quiere aprovecharse de esos triunfos para extender su territorio hasta el Adriático y asegurarse un acceso hacia el mar. El imperio austro-húngaro se opone a ello y quiere erigir las provincias albanesas del imperio turco en Estado independiente. Rusia apoya las reivindicaciones servias; tras el conflicto balcánico aparece la amenaza de un conflicto austro-ruso.

En Viena, como en Petersburgo, se está pendiente de los aliados. Pese a que Guillermo II sea propenso a considerar legítimas las reivindicaciones servias, el gobierno alemán no cree que pueda incitar al imperio austro-húngaro a hacer concesiones, por miedo a quebrantar la alianza, aunque promete su apoyo públicamente. El presidente del consejo francés, interrogado por Isvolski sobre «la línea de conducta que adoptaría Francia si se produjese una intervención activa por parte de Austria», promete respetar el tratado de alianza y apoyar a Rusia, «incluso militarmente», en caso que interviniese el casus foederis, es decir, si Alemania sostuviese «por las armas» al imperio austro-húngaro contra Rusia. Pero ¿cuál sería la actitud de Italia? ¿En qué sentido interpretaría el compromiso condicional de neutralidad que contrajo con Francia en 1902? A esta pregunta formulada por Poincaré, el embajador de Italia, Tittoni, responde, el 20 de noviembre, «que el acuerdo sobre Albania de Italia con Austria era anterior al pactado con Francia y Rusia, y sin duda alguna, era obligatorio para el gobierno italiano». El gobierno de Roma daría pues al imperio austro-húngaro «un apoyo armado». Pero al día siguiente, el ministro italiano de Asuntos Exteriores desmiente esta declaración. Sin embargo, y en lo concreto, Italia no desea ver cómo se establecen los servios en la costa adriática.

Rusia acaba cediendo. Renuncia a sostener «hasta el final» las reivindicaciones servias. «No nos dejaremos arrastrar a una guerra motivada por la cuestión del puerto servio en el Adriático», dice Sazonov. Al gobierno de Belgrado le conviene no obstinarse desde el momento en que no puede contar con el apoyo de los búlgaros, en un tema ajeno al tratado de marzo de 1912. Desde luego la situación sigue siendo difícil. El gobierno austro-húngaro ha tomado medidas de movilización. Rusia mantiene al principio una «pasividad» que asombra y preocupa al go-

La reacción rusa (1912-1913)

bierno francés. ¿Qué ¿Puede estar escondiendo esta súbita resignación? ¿De mantener bajo sus banderas a los que podrían ser...? Luego, deci

A 1

er o ser-

liberados. Sin embargo, habiéndose zanjado la cuestión e «pu

vio» se hace posible una interv 1

ención colectiva de las potencias para so-

lucionar el conflicto balcánico. Desde fines de noviembre, Francia viene proponiendo una conferencia europea, que, por consejo de Inglaterra y

Rusia, adopta la forma de una reunión de embajadores, mantenida en

Londres. Será también en Londres, donde los beligerantes, envíen a sus

plenipotenciarios para negociar la paz, tras un armisticio pactado el 3 de diciembre. Los Estados Balcánicos deliberan bajo el control de las gran-

des potencias pero , a pesar de los abundantes consejos recibidos, Turquía no se resigna a sufrir todas las consecuencias de su derrota, y si bien acaba abandonando Macedonia, y las provincias albanesas, se niega, en cambio, a ceder Andrinópolis. Tras una revolución de palacio que restablecerá en el poder a los elementos intransigentes, el gobierno otoma-

no rompe las conversaciones.

La guerra se recrudece el 3 de febrero de 1913 despertando temores

de posibles complicaciones europeas. En Viena, los militares quieren aprovechar esta ocasión para aplastar Servia. La toma de Andrinópolis por los búlgaros (26 de marzo) preocupa a Rusia, que empieza a tener

por los Estrechos. Incluso el pequeño Montenegro pone sitio a Scutari, región que las grandes potencias quieren atribuir al nuevo Estado de Albania, y hace frente a Europa durante seis semanas. Sin embargo, el 16 de abril, se suspenden las hostilidades. El 30 de mayo, por los preliminares de Londres, Turquía cede «a los aliados» balcánicos todos los terri-

torios situados al Oeste de la línea Enos-Midia (en Tracia), así como Cre-

ta; la suerte que pueda correr Albania y las islas del Mar Egeo queda en

manos de las seis grandes potencias. La primera guerra balcánica ha terminado.

Pero ya se está anunciando la segunda guerra. Ahora se trata de re-

partir despojos. Los vencedores han dejado a las grandes potencias el cori-

trol de Albania y de las islas del Mar Egeo. En las negociaciones direc-

tas, abordan el reparto de los territorios macedónicos e inmediatamente

aparecen las divergencias entre serbios y búlgaros, pese a que el tratado de 1912 haya establecido las bases generales del reparto. El gobierno ser-

vio pide una revisión de esas promesas mutuas: ya que no ha podido obtener, tener la ampliación que deseaba en el Adriático, ahora exige una parte en Macedonia, pero quien ha llevado el paso más adelante en la

guerra común obteniendo las mayores victorias ¿no ha sido el ejército búlgaro? Si Bulgaria obtuviese incrementos territoriales superiores a los

sus aliados, estaría en todo su derecho, responde el gobierno de Sofía. : 1 - antes de q,11

El 29 de mayo, se rechaza la reivindicación servia, no us

Turquía haya firmado los preliminares de la paz. . d van

Ante la amenaza de un conflicto serbio-búlgaro, ¿qué actitud a adoptar los países vecinos? Servia consigue entenderse con Grecia por el reparto de los territorios macedónicos; ambas deciden limitar las "0,

156 -

Las dos guerras balcánicas,

Por el tratado del 1 de Julio de 1913, se garantizan mutuamente los territorios atribuidos y firmada una alianza defensiva de diez años de duración contra Bulgaria. Rumanía, que no ha participado en la guerra contra Turquía, entra en juego; le preocupa el mantenimiento del «equilibrio»; no quiere que Bulgaria se convierta en el mayor Estado de los Balcanes, así que pide una "ión" al gobierno de Sofía, concretamente, la cesión de Silistra - «compensación». El gobierno búlgaro cede en lo tocante a Silistra, pero se mantiene firme cerca de Macedonia; confía en su ejército y especula sobre la actitud de las grandes potencias.

El imperio austro-húngaro y Rusia siguen de cerca los nuevos acontecimientos balcánicos. En Viena, la perspectiva de una guerra entre vencedores es acogida con evidente satisfacción. Pero la Doble monarquía ¿se conformará con el papel de espectadora? Si el conflicto desembocase en una victoria servia, el reino de Belgrado gozaría de una situación preponderante en los Balcanes, y así las revueltas yugoslavas se verían alentadas. Por el contrario, una victoria búlgara, que debilitase Servia, iría a favor de los intereses austro-húngaros. «Preferimos una gran Bulgaria a una gran Servia», dice el Jefe de estado mayor, Conrad von Hotzendorff al conde Berclitold, ministro de Asuntos Exteriores, el 31 de mayo. En una nueva conversación mantenida el 21 de junio, Berclitold y Conrad trazan un plan de acción: si Bulgaria lleva las de perder, el imperio austro-húngaro debe intervenir con las armas. Rusia protestará, amenazará; si no «se queda tranquila», iremos contra ella. «En una palabra», concluye Berclitold, «queda admitida la posibilidad de una guerra contra Rusia». El gobierno austro-húngaro ve pues muy claras las consecuencias de una intervención; pero no por eso se muestra menos decidido a intervenir. Bulgaria, sin que haya mediado promesa alguna, conoce el punto de vista austro-húngaro y confía en que la Doble monarquía no tolerará una derrota búlgara. Esto le resulta alentador.

Por el contrario en Petersburgo, el gobierno intenta evitar el conflicto. Los resultados de la primera guerra balcánica han sido, en resumen, cuentas, favorables al desarrollo de la influencia rusa, pero otra guerra lo pondría todo en entredicho. En virtud del poder arbitrario que le confiere el tratado serbio-búlgaro de 1912, Rusia intentará reconciliar las partes, convocando en Petersburgo a los presidentes de los cuatro países balcánicos. El jefe del gabinete serbio, Pachitch, bajo la presión de la opinión pública, se muestra dispuesto a acudir a la convocatoria. Pero en Sofía se inicia una lucha de influencias en torno al ejército mientras que

arbitraje ruso que el jefe de estado mayor, Savov, quiere rechazar el, el presidente del consejo, Danev, se opone a la guerra y el 25 de junio de 1913 se produce la lo anuncia su viaje a Petersburgo. Al día siguiente,

sorprende, convencido de que el ejército búlgaro vencerá, si con- "!!@aplastar a los - :

la, Savov da or-

rvos antes de que intervenga Grecia ataque a sus tropas. El destino de la segunda guerra balcánica- se ve venir. A pesar de la

157 -

La reacción rusa (1912-1913)

sopresa, los serbios rechazan la ofensiva búlgara. Los griegos atraviesan el Vardar y atacan Cavalla. Los turcos aprovechan la ocasión y se ponen a declarar la guerra a Bulgaria para recobrar Andrinópolis. El gobierno rumano, tras haber esperado a conocer la marcha de los acontecimientos, decide intervenir: el 10 de julio entra en guerra, pese a los anteriores consejos del imperio austro-húngaro, su aliado.

Desde los primeros días de julio, la situación de Bulgaria se puede tachar de grave. El gobierno de Viena ¿va a llevar a cabo el plan de acción que Conrad y Berchtold habían establecido? En todo caso se dispone a intervenir.

El 4 de Julio, dirige una nota a Berlín y a Roma, anunciando sus intenciones: la victoria serviría tendría como consecuencia un incremento de su poder y prestigio para el reino del Imperio austro-húngaro; el imperio austro-húngaro no puede tolerar ese «fortalecimiento desmesurado» de un enemigo tradicional; así que debe «intervenir de forma activa». Pero esta intervención puede provocar un conflicto austro-ruso e incluso una guerra. ¿Alemania e Italia aceptan esta posibilidad?

La respuesta alemana es negativa: el imperio austro-húngaro, decía Bethmann Hollweg, ha conseguido alejar a los serbios del Adriático; protegido «sus intereses vitales»; la ampliación del territorio serbio en Macedonia, a costa de Bulgaria, es un asunto mucho menos grave. No hay pues «ninguna razón para abandonar la actitud de expectativa observada hasta la fecha». Intervenir sería un «grave error» añade Guilla-

mo 11.

En cuanto a la respuesta italiana, es categórica. El ministro de Asuntos Exteriores, San Giuliano, que ha recibido instrucciones del presidente del consejo Giolitti, declara el 12 de Julio, que una intervención austro-húngara constituiría «una acción ofensiva», puesto que tendría por objeto protegerse «contra un futuro peligro procedente de un pequeño

Estado»; por consiguiente, a Italia no se le puede pedir apoyo: «el COO foederis no existe». El gobierno italiano estima que una acción aislada por parte del imperio austro-húngaro sería «una peligrosa aventura» y la que la Triplicia entera tendría que soportar las consecuencias: «¡O sí! tendremos aunque haya que agarrarnos por los faldones de la cini»

Hay que rendirse a la evidencia: el imperio austro-húngaro no puedeOL-;@

intervención contar con el apoyo de sus aliados . El posible plan de Italia está-,

Bulgaria, consciente de su derrota, se ve abandonada. Y ya se

viendo hacia Rusia, para solicitar su mediación. El gobierno del zar seña a los Estados balcánicos que no prolonguen una lucha que los agotando sus fuerzas y arruinará hasta a los vencedores; propone « J

vocar inmediatamente una conferencia de paz en Petersburgo, valdrá de nada. Los serbios y los griegos quiereri «acabar de iría

a ‘, contra los búlgaros». La política balcánica, de momento, escapa a las Potencias, los grandes Estados: «cueste lo que cueste mantengámonos illeso, a distancia», dice el rey Constantino de Grecia: «éste es el ino

La paz precaria existente, si lo dejamos escapar, estamos perdidos irremediablemente. » El gobierno ruso ya no insistirá.

Así que los acontecimientos siguen su curso; frente a la ofensiva convergente de griegos, serbios, rumanos y turcos, Bulgaria es

aplastada, Sofía amenazada, Savov relevado de su mando; Darev abandona el poder. El nuevo ministerio presidido por Radoslavov, se esfuerza por conseguir la paz antes de hundimiento total. El 30 de julio, el gobierno de Bucarest juzga que ha llegado el momento de poner un freno a las victorias servias y griegas, y decide emprender negociaciones. El 10 de agosto de 1913, la paz de Bucarest consagra la derrota búlgara. De sus con-

an gustas de 1912, Bulgaria sólo conserva el valle de Stroumnita y el litoral de Tracia. Grecia consigue atribuirse, además de Salónica, Drama, Seres y Cavalla. Servia posee Moríastir, el valle del Vardar y una parte del Sandjak de Novibazar que comparte con el Montenegro. Rumanía le quita al territorio búlgaro las regiones de Routschouk y de Silistria. Por último Turquía recupera Andrinópolis, a través de una paz separada y firmada el 29 de septiembre. En el litoral Adriático, va a formarse el principado de Albania, bajo los auspicios de las grandes Potencias.

III. LA PAZ PRECARIA

La península balcánica sale de esta crisis completamente transformada. Mientras que el imperio otomano ya no posee en Europa más que un pequeño territorio, todos los Estados Balcánicos han conseguido incrementar su territorio. Pero Bulgaria, la gran vencedora del turco, sólo ha atenuado su población en 400.000 habitantes, Grecia en 1.600.000 Y Servia en 1.200.000.

Esta transformación ¿en qué medida afecta a los intereses de las grandes potencias? Alemania, que había adquirido una gran influencia en Turquía Y que había dado instrucciones al ejército otomano, ha perdido parte de su prestigio. El imperio austro-húngaro se encuentra frente a la eventualidad que temía: la formación de una gran Servia, orgullosa de

éxitos, que va a convertirse en un centro de atracción aún más activo para los eslavos, del sur. La situación de la Triple Alianza en los Balcanes sigue cambiando a causa de la evolución de la política rumana: -1 tido contra p

158

~an rnu Ulgaria el gobierno de Bucarest ha demostrado que puede aprenderse a-

y poco los vínculos que le unían al imperio austro-húngaro

Ob-M de co los c WX* Política alernrisulta - A 1 compendios de documentos, citados en p. 118, añádase,

1927 "a, P - J. Kerner «The mission of Liman von Sanders», en la Seavonic re-
919 - (P1) 12 27 b ' p@peft , in-g.) - - ; so re la política austro húngara, Czernin, IM Weltkrieg (Ber-

dee , que com i

Orit, yo p eta con algunos detalles los datos esenciales aportados por los ente

a n HÓtZendorff (véase p. 154); sobre política rusa, el compendio de do-

Opo, i prolivi, trad. francesa Constantinople et les détroits (París, 1930,

159 -

La reacción rusa (1912-1913)

y a Alemania desde 1883; se está evadiendo de la influencia de las potencias centrales y ahora vuelve su mirada hacia Rusia. El tratado de alianza sigue en pie; pero es una «cosa muerta», según dice el conde Czernin, ministro del imperio austro-húngaro en Rumanía.

A partir de ahora, la preocupación dominante del gobierno austro-húngaro va a ser evitar las consecuencias del tratado de Bucarest. Alemania, ahora comparte los puntos de vista de su aliado; después de haberlo «retenido», lamenta su prudencia. De modo que, cuando el 18 de octubre de 1913, Austria se queja de la mala voluntad que están poniendo los serbios para evacuar los territorios atribuidos al principado de Albania y exige la retirada de tropas en un plazo de ocho días, el gobierno alemán empieza a repartir promesas y ánimos. «Iré con usted», dice Guillermo II a Conrad: «dentro de dos días, tiene Ud. que estar en Belgrado. Siempre he sido partidario de la paz, pero todo tiene un límite.» Al conde Berchtold, le declara, el 26 de octubre: «Los eslavos no han nacido para mandar, sino para obedecer... Cuando el emperador Francisco José pida cualquier cosa, el gobierno serbio no tiene más que inclinarse. Sino, pues se bombardea Belgrado, y se ocupa la ciudad hasta que la Yo-

luntad de Su Majestad sea ejecutada.» Y añade: «Puede estar seguro de que estoy a su lado y dispuesto a sacar la espada si es preciso.» El incidente se calma, pues Serbia acaba inclinándose; pero todo ello pone de manifiesto la rápida evolución de la política alemana.

La posible solución de los asuntos balcánicos todavía presenta muchas otras dificultades: la fijación de las fronteras meridionales de Albania, es un tema que puede enfrentar a Grecia con el nuevo Estado; tam-

bién hay que plantearse la suerte definitiva que puedan correr las islas del mar Egeo, pues Italia sigue ocupándolas «provisionalmente», ya que algunos soldados irregulares turcos continúan guerreando en Tripolitania. Por otra parte, desde el otoño de 1913, el grupo formado contra Bulgaria durante la segunda guerra balcánica se ha disuelto. Turquía desea u,

acercamiento con Bulgaria; Grecia «coquetea» con Rumanía, así que no es posible buscar una nueva «combinación» de pactos o de alianzas.

Todo esto son ocasiones favorables para la diplomacia de las grandes potencias. Alemania y el imperio austro-húngaro intenta sacarles partido y modificar la situación balcánica a su favor. Alemania consigue restablecer su influencia en Constantinopla; el 8 de noviembre de 1913, se nombra al general Liman von Sanders al mando del cuerpo del ejército turco guarnecido en la capital. En vano afirmará el sultán que Liman von Sanders no ejercerá ningún poder que sea «incompatible con la independencia del imperio otomano»: si la guarnición de Constantinopla está a las órdenes de un alemán, ¿en qué se va a concretar esa independencia? Ante las protestas de Rusia, apoyada por Francia, se anula el nombramiento del general; pero el gobierno turco le confía el puesto de inspector general del ejército. Es una concesión meramente formal, el lo'

perio austro-húngaro trabaja en Bulgaria y en Rumanía - pero se tiene un 20% vacilante. Berchtold desearía apoyarse en los búlgaros, mientras que

- 160 -

La paz precaria

El archiduque heredero Francisco Fernando preferiría recuperar la alianza rumana. No obstante, en la primavera de 1914, el programa se concreta; y el 24 de junio, será objeto de un memorándum dirigido a Alemania: conseguir que se pueda contar de nuevo con la fidelidad de Rumanía, colaborar en el acercamiento de Bulgaria y Turquía; formar, de ese modo, una nueva liga balcánica para aislar a Serbia y debilitar la influencia rusa en los Balcanes; esto es lo que propone el imperio austro-húngaro.

Por su parte, Rusia, sigue siendo la protectora de Serbia y le hace concebir esperanzas de que en un futuro podrá agrandar su territorio a costa del Imperio austro-húngaro. Pero sobre todo lo que no pierde de vista es el objetivo tradicional de su política balcánica: los Estrechos. El asunto Liman von Sanders le ha despertado inquietudes. Si Turquía se entrega a la influencia alemana ¡qué riesgo más grave para el futuro del imperio! El gobierno ruso delibera, y el 13 de enero de 1914, se pregunta si no podría emplear medios «de acción directa» contra Turquía, para conseguir que el gobierno otomano se deshaga de la misión militar alemana. Pero ¿no se expone así a un conflicto con Alemania? El presidente del consejo Kokovtsov, teme ese conflicto y estima que de todas formas, no es posible correr semejante riesgo sin tener la seguridad de un apoyo por parte de Francia y de Gran Bretaña. El 21 de febrero (aunque Kokovtsov ya no es presidente del consejo), una nueva conferencia ministerial estudia el problema, para saber a qué atenerse más adelante. Declara que una ocupación de los Estrechos por parte de Rusia «podría ser algo necesario» en caso de que Constantinopla quedase expuesta a caer en otras manos que no fuesen las de los turcos; esta cuestión se haría urgente en la hipótesis de que estallase una guerra europea. La conferencia examina qué medios militares y navales habría que reunir entonces para esta operación, y constata que sería necesario un plazo de dos o tres días para hacer los preparativos. Los círculos oficiales rusos piensan pues que una guerra europea les daría ocasión de realizar sus «objetivos históricos». Pero ¿se puede creer que ellos desean esta guerra si no están preparados?

De modo que la península balcánica sigue siendo el campo cerrado donde se afrontan los intereses de los grandes Estados. La paz de Bucarest sólo ha dado resultados precarios. Las potencias centrales la consideran como una tregua.

CAPÍTULO IV

LA INQUIETUD DE EUROPA 1

inmediatamente después de la crisis balcánica, la separación de las potencias europeas en grupos opuestos y la rivalidad de la Triple Alianza y de la Triple Entente están más claras que nunca.

I. LOS ACUERDOS DIPLOMÁTICOS y TÉCNICOS 2

De una y otra parte, los gobiernos se esfuerzan por encontrar garantías más sólidas en las potencias amigas.

Alemania atraviesa «una crisis de potencia mundial» según las palabras de un historiador alemán, pese a los esfuerzos que hace por enderezar su situación. La actitud que adopta en relación al imperio austrohúngaro es prueba de su inquietud; mientras que en julio de 1913, había prodigado consejos de moderación a Viena, ahora no está dispuesta a

ejercer una influencia análoga en caso de que se produzca una nueva crisis. La Doble Monarquía está enfrentada con una revuelta de nacionalidades, de las que el movimiento yugoslavo representa la manifestación más peligrosa; y necesita encontrar una «rehabilitación política».

Alenla-
nia no puede «detener su brazo»; no tiene derecho a retener al imperio austro-húngaro.

Obras generales de consulta.- Las mismas que figuran en p. 11 S. adeObras de consulta.- Los documentos y testimonios son los de la p. 118. Véase más para las relaciones franco-inglesas: W. Churchill, *The World crisis* (Londres, 1923-1927, 4 vol., in-81), t. 1; R. Poincaré, *Au service de la France*, t. 1: *Le lendemain d'Agadir* (Parí', 1926, in-80); el estudio del general Sir G. Aston, «*The Entente Cordiale and the military conversations*», en *Quarterly review*, abril 1932, pp. 363-383; y el de P. Renouvin, «*The Part played in the international relations by the conversations between the general Staffs*», en *studies in Anglo-French history* (Londres, 1934, in-S'); J. Tyler, *The British army and the Continent, 1904-1914* (Londres, 1938, in-80).-Para las relaciones franco-rusas, véase P. Rerou, vin, «*Les engagements de l'alliance franco-ruse. Leur évolution de 1891 a 1914*», en la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, t. XII (1934), pp. 297-310; Ed. Rozental, *Diplomaticeska*) 1

rusko-francuzskogo sojuza v nacale XX veka [Historia diplomática de la alianza franco-rusa,

sa a principios del siglo XX] (Moscú, 1960, m-8').

- 162 -

Los acuerdos diplomáticos y técnicos

De modo que a comienzos de 1914, el estado mayor alemán considera a sangre fría la idea de una próxima guerra: «el momento es tan favorable, desde el punto de vista militar, que, con toda seguridad, no volveremos a tener uno parecido», decía el general de Moltke, según el testimonio de un diplomático bávaro. El 12 de mayo de 1914, el jefe del estado mayor alemán se encuentra con Conrad von Hötendorff, su colega austríaco. Conversan sobre «la posibilidad de una guerra» y examinan los detalles de la cooperación de sus ejércitos.

La gran dificultad de la Triple Alianza sigue siendo la cuestión de las relaciones austro-Italianas; entre Roma y Viena no existe simpatía ni confianza. Sin duda que, el malestar irredentista tiende a serenarse; el gobierno italiano al menos está en esa línea; pero los vínculos militares austro-húngaros sólo sienten desprecio hacia el ejército italiano. El general Conrad von Hötendorff, que tras una breve interrupción ha vuelto al cargo de jefe del estado mayor, es un adversario concreto de la alianza; ni siquiera duda en preconizar una guerra preventiva contra Italia. El gobierno de Roma no quiere admitir que el imperio austro-húngaro desarrolle su influencia en los márgenes orientales del Adriático. La Triple Alianza tiene «pánico en las alas». Alemania está preocupada; desde principios de 1912 se había esforzado por conciliar los intereses de sus dos aliados «prolongando» una difícil colaboración y únicamente lo consiguió entrando

el otoño. El 5 de diciembre el acta de la Triple Alianza ha sido renovada con antelación por espacio de seis años a partir de la fecha de su vencimiento normal. Así que, teóricamente Italia queda «ligada» hasta 1920. Pero las principales dificultades surgen ahí: la política austro-húngara y, la política italiana continúan oponiéndose en los Balcanes.

Sin embargo, a principios de 1914, pese a que Alemania haya dudado siempre de la fidelidad de Italia, da algún que otro paso adelante. Consigue obtener precisiones sobre la ayuda con la que puede contar por parte de las fuerzas italianas: el jefe de estado mayor Pollio, fiel a la Triple Alianza, acepta dar al ejército alemán el apoyo directo de tres cuerpos armados y dos divisiones de caballería; la convención naval del 2 de agosto de 1913 prevé la colaboración de las fuerzas austro-húngaras e italianas en el Mediterráneo, donde tendrán que obstaculizar los transportes de tropas francesas entre África del norte y la metrópoli. Es un progreso considerable a pesar de que estos arreglos técnicos no respondan de la actitud que, a fin de cuentas, tomaría el gobierno italiano en caso de guerra europea*

La Triple Entente se consolida. Mientras que, durante la crisis marroquí, la colaboración franco-rusa había dejado mucho que desear, el gobierno de Poincaré en 1912 quiso obtener del gobierno ruso una prác-

ta más íntima de la alianza. Afirmó su deseo de actuar «en completo acuerdo» con Rusia, no porque experimentase simpatía o confianza hacia los procedimientos y objetivos de una política cuyos «caprichos», por el contrario, le inspiraban más dudas que otra cosa. Pero cree prudente mantener el contacto, para evitar un «flirt» de Rusia con otras potencias

La inquietud de Europa

y para conocer las intenciones de la aliada. «Nuestro interés es que Rusia nos hable», escribe el embajador de Francia en Petersburgo@ Georges Louls al presidente del consejo. «Toda iniciativa no prevista por el pacto, es decir, toda empresa de política general que no constituya eminentemente una respuesta a una ataque efectivo o inminente de Alemania, impone a los dos aliados la obligación de concertarse», dice Poincaré a

Isvolski. El gobierno francés, a la vez que intenta, sin conseguirlo siempre, mantener esta colaboración diplomática regular, trata de dar un alcance más concreto a la colaboración de las fuerzas armadas: la cooperación de las fuerzas navales queda prevista por una convención del 16 de julio de 1912; los jefes de estado-mayor del ejército, Joffe y Jiliriski, el 13 de julio, firman un protocolo que mejora las condiciones en las que el ejército ruso podría tomar la ofensiva en caso de guerra.

Esto no significa que la alianza en sí misma se modifique, ni que los compromisos mutuos se amplíen: un protocolo de estado mayor de 1911, ratificado en 1912, ha llegado a restringir esos compromisos estipulando que una movilización del ejército austro-húngaro a solas no obligaría a

Francia a movilizar sus fuerzas. Pero no es menos cierto que Raymond Poincaré, en el otoño de 1912, admite una interpretación amplia de la alianza: a diferencia de la actitud que adoptó Pichon en 1909, afirma que Francia apoyaría a Rusia en caso de que se produjese un ataque alemán, incluso si la guerra tuviese por motivo un conflicto balcánico.

La Entente cordial anglo-francesa adquiere un carácter más concreto. El gobierno francés desea establecer más «seguridad» en las relaciones mutuas, sobre todo desde que la negociación Haldane empezó a inspirarle serios temores. Ya que no puede conseguirse un tratado de alianza, pues Gran Bretaña lo está aludiendo, al menos desearía dejar constancia, a través de un intercambio de cartas, de la cordialidad entre las relaciones anglo-francesas. Por su parte, el gobierno inglés, no desea nada parecido. Pero el fracaso de la misión Haldane y el desarrollo de la rivalidad naval anglo-alemana obligan al almirantazgo a llevar hacia el mar del Norte a una parte de las fuerzas ancladas en Malta. Para asegurar la protección de las vías navales en el Mediterráneo, Gran Bretaña tendrá que contar a partir de ahora con la flota francesa, así que desea firmar un pacto naval. Esta es la ocasión para el gobierno francés de unir las dos cuestiones: a cambio del servicio que solicita el gabinete inglés, Francia pide una contrapartida política. Las conversaciones, iniciadas en julio de 1912, empiezan en setiembre y desembocan, el 22 y el 23 de noviembre, en un intercambio de cartas. Los estados mayores militares y navales de los dos

países han establecido un plan de cooperación; estas avenencias técnicas no constituyen un «compromiso» y respetan la libertad de cada uno «para decidir en un futuro si debe o no prestar al otro el apoyo de sus fuerzas armadas». Pero si la paz se ve amenazada, los dos gobiernos se comprometen a concertarse y a «buscar las disposiciones que deben tomar el, común». El acuerdo de los días 22 y 23 de noviembre de 1912, el útil documento por escrito de la Entente Cordial, no constituye pues una 9”

- 164 -

Las leyes militares

garantía efectiva ni conlleva ninguna promesa de intervención inglesa en caso de guerra continental; lo único que establece entre las dos potencias es una solidaridad más estrecha.

Para completar estas avenencias, era lógico pensar en dar una nueva o

1. Unión a las relaciones anglo-rusas. El acuerdo de 1907 se había limitado a eliminar ocasiones de conflicto pero no había previsto ningún tipo de colaboración. ¿No sería posible proponer a este acercamiento «una base europea» a través de la firma de un convenio naval? El gobierno francés así lo desea; pero Sir Ed. Grey, solicitado por Sazonov en Balmoral en setiembre de 1912, no se prestó a iniciar la conversación. A principios de mayo de 1914, el gobierno francés hace un esfuerzo, no para transformar la Triple Entente en Triple Alianza (pues el intento sería inútil), sino para llevar a Inglaterra y a Rusia a que firmen también, «avenencias técnicas». Sir Ed. Grey acepta un intercambio de puntos de vista con el embajador ruso, «en la misma línea», dice, en que transcurrieron las conversaciones anglo-francesas de 1912. La negociación es difícil; el gabinete inglés teme cometer una indiscreción que lo enfrente con la oposición de radicales y laboristas; el gobierno ruso quiere conseguir sus propósitos y, para consolidar el asunto, piensa dar a los ingleses una «garantía» de su situación en la India. Pero todavía no se ha llegado a nada a finales de junio de 1914.

¿Significa esto, que por una y otra parte, todo intento de modificar la situación relativa a las dos grupos de potencias, quede abandonado? No, pues Alemania e Inglaterra siguen manteniendo conversaciones sobre asuntos coloniales. El 20 de octubre de 1913, ambas potencias rubricaron un acuerdo que preveía una intervención colectiva en caso de que se produjesen disturbios en las colonias portuguesas: es un retorno a la política ya esbozada en 1898. En mayo de 1914, concluyen una convención relativa al ferrocarril de Bagdad y a la prolongación de esta vía férrea hacia el golfo Pérsico y prevén también una asociación de intereses para la explotación del petróleo de Mesopotamia. Pero el gobierno inglés desearía que estas conversaciones convenciesen al gobierno alemán para que aceptase una limitación a sus armamentos navales. En mayo de 1914, el primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, está dispuesto a ir a

Kiel para iniciar una conversación: pero se queda esperando que lo inviten.

II.

LAS LEYES MILITARES @

se

De, de los inicios de la guerra balcánica, los dos grupos de potencias “vigilan de forma cada vez más estrecha. Los estados mayores, ante la

‘ Vé.,

el anterior volumen de esta serie. de c

Obreros servicios históricos de los estados cados Po Consulta Además de los datos que proporcionan los compendi

os publi-

mayores, cuya isla ofreceremos en P. 191,

165

La inquietud de Europa

eventualidad de un conflicto, piden a los gobiernos un aumento de efectivos y de material de guerra. La carrera de armamentos está en pleno auge.

La iniciativa la toma Alemania; el estado mayor, que ya había con-

seguido que se votasen, en 1911 y en junio de 1912, los créditos necesarios para completar los efectivos y para aumentar el número de formaciones técnicas, reclaman un nuevo esfuerzo desde finales de 1912. El informe del general de Moltke, redactado por su colaborador Ludendorff, jefe del despacho de operaciones en el estado mayor general, constata que la victoria de los Estados balcánicos debilita la situación militar del imperio austro-húngaro, en el mismo momento en que Italia está aca-

bando de pacificar Libia y dirige sus efectivos hacia África del Norte. En caso de que se produzca una guerra europea, será Alemania quien lleve más peso en el combate, pues tendrá que enfrentarse con Rusia y con

Francia, luchando «en dos frentes». El plan de campaña está parado desde hace tiempo: durante las primeras semanas de la guerra, el estado ma-

yor alemán enviará a casi todas sus tropas hacia el oeste, manteniendo la defensiva en el frente ruso; tras haber conseguido en Francia una victoria decisiva, arrojará a sus ejércitos contra Rusia. El éxito de este plan supone la rapidez de la ofensiva. Para evitar el tener que atacar la región fortificada de la Lorena francesa, «habrá que violar la neutralidad belga»; para ello, el mando tiene que disponer desde el primer día de los medios de acción más poderosos, así que pedirá que se incremente el ejército activo: aumento del efectivo de unidades y creación de tres nuevos

cuerpos de ejército.

El gobierno no acepta enteramente este proyecto; teme! que el encua-

dramiento de tres cuerpos de ejército conlleve una carga financiera demasiado pesada y provoque dificultades en el Reichstag. El proyecto de ley depositado ante el Parlamento (14 de enero de 1913) prevé únicamente el aumento de los efectivos y la mejora del material. Pero el esfuerzo ya es considerable: de 623.000 hombres en tiempo de paz, -las fuerzas ale-

véase para Gran Bretaña Callwell, *The diary of Sir Henry Wilson*, t. I (Londres 1925, in-81; Para Rusia, general Daniloff, *La Russie dans la guerre mondiale* (París, 1928, m. 8.) y S. Khomiñoff, *Vospominannia* (Berlín, 1924, in-S', trad. alemana *Erinnerungen* Berlín, 1925, in-S'); Para Austria-Hungría, Conrad von Hötzendorff, obra citada (p. 150), t. 111; para Alemania, el general von Kühl, *Der deutsche Generalstab im Vorbereitung und Durchführung der Weltkrieges* (Berlín, 1920, in-8'), y el general Ludendorff, *Urkunden der obersten Heeresleitung über ihre Tätigkeit* (Berlín, 1920, 2 vol., in-S'), trad. francesa: *Documents d' G. Q. G. allemand* (París, 1922, 2 vol., in-S'); Para Italia, el general Cadorna *La guerra italiana, fino all' arresto sulla linea della Piave e del Grappa* (Milán, 1921 2 1-P, y el estudio de G. Michon, *La préparation a la guerre: la loi de trois ans* (París, 1935, 1 es útil, aunque parcial; el de K. Kizling, «Die Entwicklung der österreichisch-ungarischen Wehrmacht... seit 1908», en *Berliner Monatshefte*, set. 1934, pp. 735-749, es muy escueta.;, de Rüd von Collenberg, *Die deutsche Armee von 1871-1914* (Berlín, 1922, in-S9), es el más importante. Sobre la actitud de Bélgica, J. Willus-Rudiger, *La Belgique et l'équilibre européen* (París, 1935, in-S').

166

Las leyes militares

nianas deben pasar inmediatamente a 761.000 (sin contar los oficiales) y llegar a 820.000 en octubre de 1914. En estos términos será votada definitivamente la ley militar por el Reichstag el 3 de julio de 1913.

El imperio austro-húngaro, también se prepara para llevar a cabo un nuevo esfuerzo. Ya en Junio de 1912 una ley de reclutamiento había modificado el tiempo de duración del servicio activo -que en adelante quedará fijado en tres años para la caballería montada, y en dos años para la infantería y la artillería no montada-, y aumentado en grandes proporciones los efectivos para el tiempo de paz: el contingente anual del ejército ordinario ha pasado de 103.000 hombres a 160.000. A finales de 1913, se somete a estudio una nueva ley, pero en julio de 1914 todavía no se habrá votado.

Italia está al margen de esta carrera de armamentos. La guerra italo-turca, simple campaña colonial, ha obligado al mando a enrolar en África a más de 100.000 hombres y a sacar considerables reservas de los depósitos del ejército. Antes de pensar en una reorganización militar, ha sido necesario en primer lugar reconstruir los mandos y el material. En marzo de 1914, el estado mayor se da cuenta de que había que hacer «un esfuerzo colosal» para poner al ejército italiano «a la altura de los ejércitos de las demás grandes potencias europeas»; el contingente anual de reclutas tendría que pasar de 120.000 a 150.000 hombres; los efectivos para tiempos de paz, que sólo son de 275.000 hombres, debería llegar a 375.000; el número de divisiones de primera línea tendría que ser de 34 en lugar de 24. La dotación en artillería es inferior en un 30 % a la de los ejércitos vecinos. Pero la situación presupuestaria se opone a una

reforma tan amplia.

Frente a los armamentos de las potencias centrales, reaccionan los de la Triple Entente.

Apenas anunciado en la prensa (enero de 1913) el nuevo proyecto militar alemán, el estado mayor francés empieza a preocuparse. El general Joffre indica al presidente del consejo y al ministro de Guerra el estado de inferioridad en el que van a encontrarse las fuerzas activas del ejército, ya restringidas por el esfuerzo que requiere la pacificación de Marruecos; pide un aumento en el tiempo de duración del servicio militar, puesto que la situación demográfica no permite incrementar el contingente de reclutas. El 5 de marzo, el Consejo superior de Guerra aprueba un Proyecto de ley que establece el servicio militar de tres años; pero no se trata de un simple retorno al régimen que había estado en vigor hasta 1905; se suprimen las dispensas. El voto de «la ley de tres años» se aprueba el 7 de agosto a pesar de la oposición de los socialistas y de una parte de los, radical-socialistas, que son contrarios al «ejército de cuartel» y creen que sería más les eficaz una organización de reservas; se aprueba con las reticencias de quienes desearían que pasase a dos años y medio únicamente. Caliente la duración del servicio activo porque sospechan que el estado mayor alemán, está exagerando la gravedad de la amenaza alemana. Esta ley es-

La inquietud de Europa

establece los efectivos de tiempo de paz en 750.000 hombres (sin contar a los oficiales) y prevé la incorporación de los reclutas a los 20 años, en lugar de a los 21, para poner a disposición del mando, en 1914, a tres clases con la instrucción terminada. En previsión del ataque precipitado que teme, el estado mayor quiere asegurarse de que las fuerzas armadas, tan numerosas como sea posible, estén dispuestas a actuar apenas haya declaración de guerra; lo desea tanto más cuanto que su doctrina estratégica es ofensiva y la enseñanza impartida en la Escuela superior de Guerra, bajo los auspicios del coronel de Grandinaison, ha inculcado a muchos oficiales el convencimiento de que «el ataque inmediato y total» es el único sistema capaz de «provocar la victoria». Pero el estado en que se hallan los armamentos, sobre todo la artillería pesada, es cuantitativa-

mente insuficiente: en 1913 la presentación de un proyecto de ley queda retrasada tanto por los desacuerdos entre los técnicos militares, pues to-

dos no están convencidos de la utilidad que puedan tener los cañones pesados, como por las preocupaciones del ministerio de Hacienda y de las comisiones parlamentarias que temen incrementar las cargas del país; hasta enero de 1914 no quedará establecido un programa relevante para la construcción de material nuevo; y además se votará meses más tarde: en julio.

El mando ruso no tenía por qué preocuparse en cuanto a efectivos se refiere: todavía le quedaba mucho para agotar los recursos del con-

tingente humano; de modo que le era fácil hacer un llamamiento y reu-

nir un número mayor de reclutas. La dificultad estaba en organizarlos y armarlos. El encuadramiento de las tropas activas y de las reservas, los transportes de movilización y de concentración, la dotación en artillería y municiones son las principales preocupaciones del estado mayor ruso que a fines de 1913 establece un gran programa de reorganización del ejército: los efectivos de tiempo de paz deberán pasar de 1.300.000 a

1.800.000 hombres; las formaciones de artillería habrán de ser completadas; por último la construcción de nuevas vías estratégicas, con la ayuda financiera de Francia, debe permitir acelerar los transportes de tropas hacia la frontera. Pero la ejecución de este programa escalonado en cuatro años, no está previsto que acabe hasta 1917, y en julio de 1914 apenas habrán comenzado a aplicarse las medidas previstas. Los efectivos de tiempo de paz llegarán en ese momento a 1.423.000 hombres, pero no hay suficientes oficiales subalternos; las unidades de reserva no han hecho la instrucción ni están encuadradas; el aumento del material de artillería

no se llevará a cabo; las existencias en municiones serán muy inferiores a lo previsto. Así que el programa de 1913 sólo tiene un valor intencional-

El estado mayor británico se asocia a estas preocupaciones. Desde la

reorganización efectuada en 1908, el ejército inglés quedó compuesto por tres elementos: el ejército regular del que una parte (110.000 hombres),

esta cifra sólo incluye las guarniciones coloniales y las tropas indígenas.

- 168 -

Las leyes militares

está en guarnición en las colonias y la otra (170.000 hombres) debe formar el cuerpo expedicionario que participe eventualmente en una guerra continental; el ejército de tierra, especie de «guardia nacional» formada por voluntarios que realizan breves períodos de instrucción en tiempo de paz y aceptan la movilización en caso de que estalle la guerra; y por último la «reserva especial»,

destinada a proporcionar refuerzos al cuerpo expedicionario, para compensar sus posibles pérdidas. Los círculos militares conocen perfectamente los puntos flacos de este sistema: en caso de conflicto, Gran Bretaña sólo dispondrá de seis divisiones capaces de entrar en campaña; harán falta semanas para traer a Europa a los efectivos coloniales, para encuadrar el ejército territorial, meses para reclutar a nuevos efectivos y organizarlos. De modo que ante las amenazas que pesan sobre Europa, el estado mayor, entre 1911 y 1912, determina crear un «gran ejército» que permita a Gran Bretaña hacer frente a todas sus responsabilidades. La National Service League, presidida por el anciano Lord Roberts, lleva una campaña a favor de una nueva organización: un servicio militar obligatorio a corto plazo (el período de instrucción más largo no pasaría de cuatro meses), con la obligación de servir, en tiempo de guerra, en las filas del ejército territorial, para todos los hombres de dieciocho a veinticinco años. Pero el principio del servicio obligatorio era contrario a todas las tradiciones británicas y tropezaba con una gran resistencia en la opinión pública. El gobierno liberal no estaba dispuesto a desafiar esas prevenciones. Por otro lado, ¿cómo hubiera sido posible encuadrar a este «gran ejército» sin perjudicar el reclutamiento de oficiales y suboficiales de la marina? El secretario de Estado de Guerra, Haldane, pretende que la flota británica basta para mantener la seguridad del país, que vale por un ejército de primera línea. ¿Para qué organizar un ejército reclutado a través del servicio obligatorio, que desorganizaría «la vida social» del país, aumentaría las cargas financieras y «comprometena» ,en parte la superioridad económica de Inglaterra sobre las demás potencias»? El gobierno inglés descarta pues la idea del reclutamiento. Sin embargo no ignora el riesgo de guerra europea y entre 1912 y 1914, establece una colaboración más estrecha con sus dominios en previsión de un conflicto. Pero no tiene una idea exacta de las obligaciones que le incumbirían.

Los pequeños Estados participan de la inquietud general. El gobierno de los Países Bajos vota una ley militar por la que el contingente anual pasa a 23.000 hombres, con servicio de cinco años para la infantería, de ocho años para la caballería montada, y que prevé la formación de un ejército de tierra- todos los hombres de menos de cuarenta años podrán ser llamados en 'so de guerra. El rey de Suecia, que desde hacía varios

Cí ano, estaba pidiendo en vano a su Parlamento una reforma del ejército, Manife,tando que la vecindad con Rusia era peligrosa para su país, se sale en Parte con la suya en 1913: las Cámaras, reunidas en congreso, conceden los créditos necesarios para aumentar los efectivos y el material de Oerra, Por descontado que Bélgica se siente amenazada de forma' más

La inquietud de Europa

directa, pues sabe que puede convertirse en un campo de batalla y que su neutralidad no es más que una garantía mediocre contra los planes de los estados mayores. En diciembre de 1912 el gobierno católico, deposita un proyecto de ley por el que se aumenta el contingente anual.

33.000 hombres y que debe permitir, al cabo de unos años, poner en pie de guerra a 330.000 hombres. Al defender su proyecto, el presidente del consejo, el conde de Broqueville, omite designar expresamente el de las

potencias vecinas a las que teme: Bélgica, dice, tiene que poder garanti-

zar su independencia en caso de conflicto franco-alemán, y aliarse con

el Estado que respete su neutralidad de territorio en contra de quien la viole. Pero, en realidad, a quien teme es a Alemania, y el apoyo lo es-

pera de Francia e Inglaterra. Sin embargo no quiere vincularse a estos países a través de una convención.

De modo que, por una y otra parte domina la misma preocupación: la guerra no sólo parece posible, sino probable. Sin embargo el esfuerzo militar de unos países y otros es muy desigual. Alemania está preparada desde todos los puntos de vista, mientras que sus aliados aún no han sa-

cado partido de sus recursos. En el otro grupo, Francia está imponiendo

a su población grandes sacrificios, sin que todavía haya logrado dotar a su ejército de todo el material indispensable; por otra parte, tiene mu-

chos efectivos -80.000 hombres- en Marruecos, donde el general Lyautey, a la vez que organiza el protectorado, dirige la conquista del interior del país; Rusia, apenas ha empezado a organizar sus fuerzas, y no acabaría hasta dentro de cuatro años; Gran Bretaña no abandona sus

tradiciones y aún no es consciente de las necesidades a las que tendría que hacer frente. El general Moltke resume esta situación, cuando al hablar con Conrad von Hötendorff del probable conflicto le dice: «cualquier aplazamiento, disminuye las posibilidades de éxito».

III. LAS REACCIONES DE LA OPINIÓN PÚBLICA ⁶

La carrera de armamentos provoca inquietud y nerviosismo en la opinión pública. Para que los pueblos acepten esas nuevas cargas militares

con sus correspondientes cargas económicas, los respectivos gobiernos

Obras de consulta.- A las obras generales indicadas en pp. 118-120, hay que añadir: Raymond Poincaré, *Au service de la France*, t. III (París, 1926, in-8°); Noulens «Le 90^o anniversaire de la Revue des deux mondes», 1 febrero de 1931, pp. 608-622; M. Paléologue, *Au Quai d'Orsay à la veille de la tourmente*. *Journal* (París, 1947, in-8°); Seymour, *The intimate papers of colonel House* (New York, 1926, in-8° trad. francesa (París, 1931, in-8°); t. I; Dournovo, «Mémoire du tsar», en la *Revue d'histoire de guerre mondiale*, octubre 1933, pp. 360-368.- Sobre la cuestión irlandesa, los estudios, los testimonios son cuantiosos; véanse sobre todo las dos obras generales de Y. Gobl, *L'Ir-*

Irlande dans la crise universelle (París, 1921, in-8°), y de W. A. Phillips, *The revolution in Ireland, 1906-1928* (Londres, 1923, in-8°)- Sobre Francia, M. Ziebur, *Die deutsche Frage der öffentlichen Meinung Frankreichs von 1911 bis 1914* (Berlín, 1954, in-8°)- sobre lo

- 170 -

Las reacciones de la opinión pública

tienen que hacerles comprender la necesidad de ese esfuerzo. La alusión al posible conflicto es una constante en los debates parlamentarios; la prensa habla de la eventualidad de una guerra. ¿Cómo reaccionan los pueblos ante la perspectiva de un conflicto?

Entre los Estados de la Triple Entente, Francia es, con toda evidencia, el país donde la opinión pública padece en mayor medida de las amenazas que pesan sobre la situación de Europa. El toque de alerta que supuso la cuestión de

Agadir, ha mitigado, de momento, los conflictos entre partidos, dando prioridad a las preocupaciones exteriores que son las dominantes. En 1912, en el ministerio de Guerra, Millerand intenta restablecer entre el ejército y la nación un vínculo sentimental, intenta despertar el espíritu militar. En algunos periódicos, portavoces de los círculos militares, se van calentando los ánimos y el «Francia militar» se embala en manifestaciones patriotas. Pero esta efervescencia no durará mucho; cuando el anuncio de la nueva ley militar alemana, obligue al estado mayor francés a pedir también más esfuerzos al país, empezará a perfilarse una resistencia en los ámbitos políticos que irá aumentando en el otoño de 1913, a pesar de la impresión que produjeron en la opinión pública francesa los incidentes ocurridos entre los militares alemanes y la población alsaciana de Saverne. En la Cámara votada en las elecciones de abril de 1914, hay una mayoría que está en contra de la ley de tres años. El presidente de la República estima que es indispensable «salvar la ley»; afirma la necesidad de mantener un ejército «compuesto por muchos efectivos y rápidamente movlizable» e intenta formar un ministerio decidido a defender este punto de vista. Pero el 12 de junio, el mismo día de la presentación del proyecto ante las Cámaras, el gabinete Ribot es derrocado. La ley militar parece condenada; para prolongarse la existencia, el presidente intenta reunir en un ministerio de izquierdas a hombres capaces de manejar la situación para ir ganando tiempo. Llama a la presidencia a René Viviani, que se declara partidario del «mantenimiento provisional» del servicio de tres años, hasta que la preparación militar de la juventud y la organización de las reservas, hayan quedado realizadas. Esta fórmula responde al deseo secreto de ciertos diputados que, tras haber prometido a los electores la abrogación de la ley, temen comprometer el interés del país, si llevan a cabo sus promesas. Pero ¿du- ante cuánto tiempo va a ser posible seguir aplazando esta disminución

.Potencias centrales» véanse, además de las obras generales citadas en pp. 80 y 85, para Ale-a-ja, B'thmann-Hálweg, Betrachtungen zum Weltkrieg (Berlín, 1919-1921, 2 vol., in-8o, trad. fral,isa: Considérations sur la guerre mondiale, París, 1924, in-S'); O. Bonhard, Geschichte der alldeutsc

hen Verbandes (Leipzig, 1920, m-S'); W. Maehl, «The Triumph of nation In the German socialist party on the eve of the first World War», enj. of modern His- 19521 n- 1 guerre, 1910 , pp. 15-41.- Sobre Bélgica, R. Devleeshouwer, Les Belges et le danger de

-1914 (Lovama, 1958, in-12); J. Willequet, Le Congo belge et la Weltpolitik, 1914-1914 (Bruselas, 1962 in-8-)_ Para Austria, M. Muret, Larchiduc François-Ferdinand (París, 1931 - -S'); B. Kizling, Erzherzog Franz-Ferdinand von (Esterreich -Este (Graz, 1953, in-8.). , In

La inquietud de Europa

de cargas militares? La política del presidente Poincaré está en una mala situación.

Resulta difícil hablar de una «opinión pública» rusa. La gran masa de la población, en el imperio, es indiferente a los problemas de política exterior. Fuera de los medios oficiales y de la corte, el cuerpo de oficiales por una parte, y la alta burguesía por otra son los únicos que siguen con interés el desarrollo de las dificultades internacionales. Pero sus tendencias son distintas: en el entorno del zar, las simpatías hacia Alemania si-

guen vigentes; los militares, por el contrario, están preocupados por los preparativos alemanes. En la primavera de 1914, la prensa inspirada por el ministro de Guerra pone de relieve el nuevo esfuerzo militar de Rusia, insiste en el aumento de fuerzas que se está llevando a cabo; la polémica que se inicia con los periódicos alemanes mantiene el sentimiento de inquietud. La opinión, en los círculos burgueses, no echa en saco roto estas advertencias y sigue atentamente el desarrollo de la situación balcánica, las tradiciones de la «gran política» rusa; está decidida a no inclinarse ante una intimidación de las «potencias centrales». Pero la unidad moral está gravemente amenazada por las dificultades que enfrentan al zar con la Duma⁷ y por la propaganda revolucionaria en los medios obreros. Todas estas causas de malestar ¿podrán permitir al Estado ruso

mantener, su cohesión en caso de que se produzca una crisis exterior? Incluso los hombres del gobierno lo ponen en duda. A principios de

1914, el consejero de Estado Dournovo dirige un informe al zar, en el que presenta a la masa del pueblo dominada por la preocupación de los intereses materiales inmediatos, mostrando que una guerra exterior sería el presagio de una revolución. En el mismo momento en que el gobierno ruso decreta, en julio de 1914, la movilización general, el ministro del Interior, Maklakov, expresará los mismos temores: «Entre nosotros, la guerra no puede ser popular en las masas profundas del pueblo; y las ideas revolucionarias están más al alcance de la masa que una victoria con-

tra Alemania. ¡Pero no podemos escapar de nuestro destino!».

En Gran Bretaña, la opinión pública, no participa lo más mínimo en las preocupaciones internacionales. Todavía está absorta por los problemas de la política interior, y sobre todo por el asunto de Irlanda, que provoca los malestares y preocupaciones más graves⁸. Sin embargo las grandes revistas, liberales y conservadoras, desean que el gobierno haga un esfuerzo por «distender» las relaciones con Alemania ayudándola el, su expansión fuera de Europa.

En los tres Estados vinculados por la Triple Alianza, las reacciones de la opinión pública son también muy desiguales. Mientras que en el Imperio austro-húngaro las dificultades de política interior y las revueltas de las minorías nacionales absorben la atención de los medios parla-

¹ Véase p. 95.

⁸ Véase pp. 76-77.

Las reacciones de la opinión pública

mentarios y que en Italia la opinión se centra en los nuevos problemas que plantea la reforma electoral así como en los disturbios de la región de Romaña⁹, la vida política en Alemania está dominada por las preocupaciones de política exterior. Con motivo del voto de las leyes militares, en 1912 y 1913, la propaganda de las asociaciones pro-germanistas se desarrolla. «Se acerca el momento culminante de ajustar cuentas». Las relaciones de la embajada de Francia en Berlín señalan este peligro. La prensa cotidiana nacionalista glorifica la idea de la guerra. La obra del general von Bernhardi, «Von heutigem Kriege» aconsejando al pueblo alemán que deposite su confianza en su espada, es todo un éxito. Es cierto que estas ruidosas manifestaciones, quizá no tengan la importancia que podríamos atribuirles, pues las organizaciones pro-germanistas no agrupan a un número de miembros significativo, y el partido militar, que empuja a la guerra, «está muy lejos de representar al conjunto de la nación»; pero a las excitaciones nacionalistas no se les opone una seria resistencia.

Esta resistencia, lógicamente tendría que dirigirla el partido socialista, ya que desde que se celebraron las elecciones de

enero de 1912, es el partido más grande del Reichstag. Pero los socialistas no reaccionan: son, como dice un observador francés, «fuerzas de contrapeso, fuerzas sociales de silencio, pasivas e indefensas ante el empuje del contagio belicoso». Cuando en 1913 el gobierno pide el voto para la ley militar que incrementa en grandes proporciones los efectivos del ejército activo, el partido social- demócrata no pone obstáculos a la carrera de armamentos: le basta con que, dentro del programa de medidas financieras previstas para cubrir estos gastos militares, el canciller le dé satisfacción instituyendo un «impuesto sobre la fortuna» que desagrade a los conservadores. El problema del Estado, en Alemania, no es «interior». Mucho más que de conquistar las libertades políticas, a la opinión alemana le preocupa el papel que debe desempeñar el Imperio en el mundo, la buena «situación» a la que tiene derecho; le fastidia ver las resistencias que se afianzan en Europa contra las pretensiones alemanas. Se va acostumbrando a la idea de que, algún día, tendrá que sostener por las armas la situación política y económica del país.

La actitud del gobierno y del emperador, puede hacer que en esta situación, se incline la balanza hacia uno u otro lado. ¿Van a «separarse los pro-germanistas», como se lo aconseja la prensa liberal, o aceptarán dar más ánimos a este movimiento? A principios de 1912 Guillermo II, en Opinión de los observadores franceses, parecer ejercer «una influencia pacificadora». «Estoy totalmente convencido de que el emperador y el Canciller están por la paz», escribe el agregado militar. Pero después de “crisis balcánica, la cosa cambia; el emperador, a quien siempre le han

1 gustado las manifestaciones oratorias, se deja llevar por la tentación de

Véase

p. 80.

172

173

La inquietud de Europa

hacer declaraciones públicas en tono amenazante. y r1o son palabras va-

nas. A principios de noviembre de 1913, en una conversaciólí maritenida con el rey de los belgas, Guillermo 11 declara que la guerra con Francia

inevitable». El general de Moltke marlifiesta las rnismas es «necesarla C 1 o de' opiniones al agregado militar belga, quejándose de que Francia «ri la

de perjudicar» a Alemania; «no es que deseemos la guerra; pero acabaremos haciéndola, para poner punto final».

La rivalidad de los bloques de potencias, la carrera de arnamentos y

la inquietud de la opinión pública constituyen un clima favorable.para que despunte un conflicto. Jules Cambon escribe «maritenei.los ánimos

de Europa en el estado de exaltación que tanto gusta a los impulsivos,

ientes de que esta es tentar al diablo». Los hombres de Estado son consc' «tensión nerviosa» no puede prolongarse sin desembocar er, una crisis;

y razonan y actúan como si la corriente que les arrastrase fuera invencible.

ior, Sin embargo, a última hora, se hace un intento desde el exterior con objeto de llegar a una distensión. El presidente Wilson, en opinion

de su confidente, el coronel House, piensa sugerir a las grandes potencias europeas la firma de un acuerdo que ponga fin a la carrera de arma mentos. En primer lugar, desearía aplacar la rivalidad riaval ariglo-alemana, así que a fines de mayo de 1914, el coronel Hotise llega a Europa. @mperador lo reciba en priEl 1 de junio en Postdam, consigue que el e 1vado. ¿Por qué Alemania e Inglaterra no quieren eritenderse? Si lo h» cieran, dice House, la paz del mundo quedaría asegurada. Para llegar a

un acuerdo naval, House ofrece los buenos oficios del gobierrio de Was

hington. Guillermo II, sin desanimarlo, se guarda mUY mucho de pro-

meter nada en concreto. El coronel House va a París; pero la crisis .p.0lítica (por esta época sucumbe el ministerio Ribot) no le permite iniciar conversaciones útiles. El 17 de junio ya está en Londres; en sus coriver-

saciones con Sir Ed. Grey, con Haldane y con Lloyd George, desarrolla un plan de cooperación interna. El gabinete inglés está denasiado absor-

-das. Sir Ed. to por los asuntos irlandeses como para tomar dec;siories rápi que Grey sin embargo acepta examinar el proyecto; pero quisier,.evltar las negociaciones anglo-alemanas pudiesen preocupar a Frarcía y a Ru-

sia. Al final autoriza al coronel House para que dé a Berlín un infOrme

1 _-tenidas

Ajo

de as conversac ones

el iriffi.1

Pero ya es demasiado tarde: la chispa que va a provocar Vo llíc

mato ocu ido en Sara'e europeo, acaba de encenderse. El ases' rr crisis de la que saldrá la primera guerra mundial.

174

CANTULO V

LA CRISIS DE JULIO 1914 1

El 28 de Junio de 1914, el archiduque heredero del mperio austrohúngaro Francisco Fernando, que acaba de asistir a las grandes maniobras de tropas de Bosnia, visita la ciudad de Sarajevo. Cuando el séquito se traslada a Rathans, el príncipe se libra de un atentado; pero al regreso, tanto él como su mujer, la duquesa de Hohenberg, caen asesinados. Los autores del crimen, Tchabrinovitch, que falló el tiro, y Printsip, que hizo blanco, son bosnianos, o sea súbditos austríacos, pero de raza servia. Son miembros de una sociedad secreta cuyo objetivo es destruir no sólo el Estado, sino la sociedad y la Iglesia. Uno es de familia campesina; el otro, hijo de un cafetero. El atentado lo prepararon en Belgrado.

El asesinato del archiduque es pues un episodio trágico del conflicto

tarse Obras generales de consuita-La bibliografía es tan abundante, que es preciso limi-

aquí a las indicaciones esenciales (véase A. von Wegerer, *Bibliographie zur Vorgeschichte des Krieges* (Berlín, 1934, in-So); F. Curato, «La storiografia delle origini della prima guerra mondiale», en *Questione di storia contemporanea* (Milán, 1953, in-8', pp. 394-531). Los compendios de documentos especiales relativos al periodo 28 de junio-4 de agosto de 1914 son: *Die deutschen Dokumente zum Kriegsausbruch* (Berlín, 1921, 4 vol., in-S'; 2' ed. 1ª, 1928- trad. francesa sobre la 1ª ed., París, 1922, in-S'); *British documents on the origins of the war*, t. XI: *The outbreak of the war* (Londres, 1925, in-4o); *Diplomatische Aktenstücke zur Vorgeschichte des Krieges* (Viena, 1919, 3 vol., in-So; trad. francesa, París, 1923, in-8-) -, *La guerre européenne. Documents diplomatiques* [Libro amarillo] (París, 1914, in-4'); *Der Beginn des Krieges* [Diario del barón Schilling, jefe de gabinete de Sazonov], (Berlín, 1924, in-S-); *Documents diplomatiques français, 1871-1914*, 3ª serie, t. XI (París, 1936, in-So) A esto hay que añadir el compendio de A. Bach, *Deutsche Gesandtschaftsberichte zum Kriegsausbruch 1914* (Berlín, 1937, in-So) - Testimonios: además de los de Conrad von Hötzendorf, Bethmann-Hollweg, Grey, Poincaré, Soukhornlinov, ya citados en las pp. 118 y 165, Ver en Particular, Paléologue, *La Russie des tsars*, t. 1 (París, 1922, in-S')- Dobrovoisky, «La

naissance générale russe en 1914», en la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, año 1923, 1922. Y 152-165', el barón von Schön, *Erlebtes* (Berlín, 1920, in-So); trad. francesa, París, 1922. E

e», a ntre los estudios, cabe destacar: en Bélgica León Leciére, *La Belgique pendant la guerre mondiale*, año 1923,

1922. Y 152-165', el barón von Schön, *Erlebtes* (Berlín, 1920, in-So); trad. francesa, París, 1922. E

e», a ntre los estudios, cabe destacar: en Bélgica León Leciére, *La Belgique pendant la guerre mondiale*, año 1923,

1922. Y 152-165', el barón von Schön, *Erlebtes* (Berlín, 1920, in-So); trad. francesa, París, 1922. E

ules Isaac, *Un débat historique sur la guerre mondiale*. Pre-

1914. *Asas historiques* (París, 1933, in-12); J

Le Problème des origines de la guerre (París, 1933, in-S'), y el artículo de P. Re-

- 175 -

La crisis de julio 1914

entre nacionalidades. Al igual que en 1908-1909, pone frente al imperio austro-húngaro y a Serbia; pero esta vez el conflicto austro-serbio es el desencadenante de la guerra general.

I. LOS INTERESES DE LAS GRANDES POTENCIAS El gobierno austro-húngaro acababa de establecer, en el momento en que se producía el atentado de Sarajevo, su programa de acción diplomática en los Balcanes. Apenas hacía unos días que los funcionarios de la Legación habían terminado la redacción de un informe, donde esbozaban la formación de una nueva «liga balcánica», destinada a aislar a Serbia y a impedir el desarrollo de la influencia rusa. El asesinato del archiduque permite al gobierno de Viena precipitar su acción y recurrir a la fuerza; ofrece la ocasión, como escribe el conde Berchtold, de «ajustar cuentas» con Serbia.

A decir verdad, el imperio austro-húngaro no posee ni prueba ni presunción de una «complicidad directa» de los medios oficiales serbios en la preparación del atentado. Habrá que esperar al año 1919 para que se revele el papel que desempeñó una sociedad secreta serbia, la «Mano Negra», y su jefe, el coronel Dimitrievitch, director del servicio de informaciones en el estado mayor, pero adversario del gobierno en el poder. Y más adelante todavía cabrá preguntarse si el gobierno serbio, probablemente informado del complot, hizo lo necesario para obstaculizar su ejecución, constatándose cómo ayudó a uno de los cómplices a refugiarse en Albania. En julio de 1914, el gabinete de Viena únicamente sabe

que el gobierno austro-húngaro, acompañado por las observaciones de C. Bloch y de J. Isaac en la Revue d'histoire de la guerre mondiale, t. XIV (1937), pp. 1-31; Ruzic, N. P. Poletika, Voznikovenie pervoj mirovoj vojni, [Los orígenes de la Primera Guerra Mundial] (Moscú, 1964 in-Sp); en Alemania, aparecieron Hermann Lutz, Die europäische Politik in der Julikrisis 1914 (Berlín, 1930 in-Sp); Eugen Fischer, Die kriegsrisiken 39 Tage, v., Sarajevo bis zum Weltbrand (Berlín, 1930, n-81),* E. Anrich, Die englische Politik i., J., li

9. El atentado del 28 de julio de 1914 (Stuttgart, 1934, in-Sp); P. Herre Die kleinen Staaten Europas und die Entstehung des Weltkrieges (Munich 1937, in-Sp); A. von Wegerer, Der Ausbruch des Weltkrieges, (Hamburgo, 1939, in-Sp); i. Kuczynski, Der Ausbruch des ersten Weltkrieges .. die deutsche Sozialdemokratie (Berlín, 1957, in-Sp), - 1. Geiss Juli 1914. Die europäische Krise und der Ausbruch des Ersten Weltkrieges (Munich, 1965, in-Sp); en Estados Unidos Sydney Fay, The origins of the World War (New York, 1929, 2 vol., in-Sp. trad. francesa, París 1931, 2 vol., in-Sp), t. 11; Bernadotte E. Schmitt, The coming of the war (New York, 1930, 2 vol., in-Sp); trad. francesa, París 1932, 2 vol., in-8); en Inglaterra, H. W. Wilson, The war guilt (Londres, 1928, in-Sp); en Italia, L. Albertini, The origins of the war of 1914 (Londres, 1953, in-8); en Suiza, J. R. von Salis, Die Ursachen der Ersten Weltkrieges (Stuttgart, 1964, in-Sp). El atentado de Sarajevo ha sido objeto de varios estudios: A. Mousset, L'attentat de Sarajevo (París, 1930, in-Sp), con documentos anexos; Seton-Watson, Serajevo. A study in the origins of the war (Londres, 1926, in-81) - E. Durlam, The Serajevo crime (Londres, 1926, m.)* - Remak, Sarajevo (New York, 1959, in-Sp); R. Krugg von Nidda, Der weg zum Sarajevo. Franz Ferdinand (Viena, 1964, 319 p.); V. Dediger, The Road to Sarajevo (New York, 1966, in-8). Véase también la obra de Uebersberger, citada en p. 140.

- 176 -

Los intereses de las grandes Potencias que los asesinos pudieron conseguir las armas en Belgrado gracias a la complicidad de un oficial serbio, los vigilantes de la frontera y que contaron con la cooperación de

para entrar en territorio austríaco; el gobierno

serbio puede ahora medir el alcance de la propaganda serbia; está en pleno derecho de señalar las manifestaciones insólitas de la prensa serbia, que elogia a los autores del atentado. Todo el

atentado serbio. El gobierno austro-húngaro se basó sobre la responsabilidad indirecta del gobierno serbio para su acción.

Lo que empuja al imperio austro-húngaro hacia una acción inmediata, son motivos de política exterior. La acción serbia es una acción enérgica

interior. Las aspiraciones de los eslavos del sur representan una amenaza para la existencia del imperio, tanto más cuanto que el éxito de un movimiento serbio

alentar a las demás naciones irredentistas no dejaría de ser un ejemplo. La Doble Monarquía ¿estará abocada a este desmembramiento que la diplomacia europea no ha dejado de prever o de temer? Para poner remedio, el gobierno no ve otra solución más que la tal contra los focos nacionales hacia los que convergen de una acción de las nacionalidades sometidas. Está decidida en las miradas de las

El gobierno austro-húngaro «eliminar a Serbia como problema político»: para el gobierno, es una «cuestión vital». Desde los días de julio, tiene pues la firme voluntad de hacer la guerra a Serbia,

la aplastarla. Claro que, hay que contar con la hostilidad de Rusia, que sin duda no permitirá que destruyan el imperio serbio. Pero ha llegado la hora de resistir y de afrontar, en caso de necesidad el conflicto con Rusia, que por el juego de las alianzas acabará fluyendo al conflicto europeo. Los austro-húngaros ven ante sí la revolución o la guerra: eligen la guerra ¿Para qué tardar más? Dentro la situación no iba a mejorar. «El equilibrio de los últimos años, los otros», constata el gobierno austro-húngaro se vuelve contra

El ministro de Guerra austro-húngaro el 7 de julio. El gobierno austro-húngaro está pues decidido a correr el riesgo de una guerra general, que considera como probable. Sólo renunciaría a ella en caso de que Alemania no apoyase.

Alemania, que en 1913 había refrenado al imperio austro-húngaro, ahora por el contrario, lo anima. El gobierno de Berlín estima necesario «sacar a flote» a su aliada, pues sus propios intereses quedarían comprometidos si d-

ejase que en la Doble monarquía se desarrollase una situación peligrosa. Las conversaciones que sus diplomáticos Manteni en o ponen en boca de los austro-húngaros no dejan lugar a ninguna duda: Alemania, dicen, está decidida a sostener a su aliada «contra viento y marea», no quiere exponerse al reproche de «haber Imperio austro-húngaro dejado en la estacada al tomar medida, húngaro en una circunstancia difícil»; incluso desea que el imperio austro-húngaro tome el gobierno de Viena sean energías y decisivas. si Alemania o-húngaro no consiguiese restablecer la situación en los

casos, «la Triple Alianza perdería todo su valor», dice el embajador alemán en Constantinopla a su colega austríaco. En ese caso Alemania al irse ve

ría obligada a buscar otro medio para proteger sus intereses: no ve. Probablemente el remedio que «acercarse a Rusia». La advertencia es grave-

ente, el tono de las conversaciones oficiales no es tan categórico-

La crisis de julio 1914

rico, sin embargo, cuando el jefe del gabinete del conde Berclitold llega a Berlín, el 5 y el 6 de julio, para preguntar al gobierno alemán qué actitud piensa tomar, recibirá promesas por parte de Guillermo II, asegurándole que la Doble monarquía puede contar con «el apoyo total de Alemania» y que haría mal en desperdiciar «el momento actual tan favorable».

La diplomacia alemana no formula reservas ni condiciones, pues también tiene en cuenta la eventualidad de una intervención rusa, aunque quizá considere dicha intervención como menos segura de lo que piensa el gobierno de Viena. La guerra general le parece más posible que probable: Rusia no está «preparada para la guerra»; Francia no desea un conflicto, y menos cuando no tienen suficiente artillería pesada; Inglaterra está absorta en los asuntos irlandeses. Si Europa sigue pasiva, Austria-Hungría dispondrá de total libertad para aplastar a Servia. El conflicto quedará «circunscrito». Pero «si no se lograra la circunscripción, entonces, llegaría la guerra». «No podemos sacrificar a Austria», escribe, de su puño y letra, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Jagow.

El 5 y 6 de julio, la adhesión de Alemania a la política austro-húngara otorga a la crisis su tono de gravedad. La común resolución de las potencias centrales no es producto de un arranque de indignación; era

algo calculado y meditado.

Lo primero que lesiona esta decisión son los intereses rusos. El gobierno del zar, protestará apenas descubra las intenciones de Austria-Hungría. Probablemente el asunto no sea de «interés vital» para él; pero si deja que aplasten a Servia, si se resigna al papel de espectador, va a perder su influencia en los Balcanes dejando su campo libre a la política aus-

tro-húngara. ¿Es posible que renuncie a uno de los objetivos esenciales de su política? En 1909, ante la amenaza, había cedido. Pero en 1914, las condiciones ya no son las mismas: la opinión de la burguesía cultivada está al acecho y no le gustaría tolerar «otra humillación». El ejército, aún sin haber terminado todos sus preparativos, ya ha reparado el desastre de 1905. De modo que Rusia puede correr ahora el riesgo de una guerra. Al menos, esta es la opinión de los ministros responsables de la política general, lo mismo que la del estado mayor: pero no tienen lo suficientemente en cuenta la perspectiva de los disturbios interiores. Su resolución se confirma apenas desvelado el plan austro-húngaro. «Rusia 11.0 puede admitir que Austria aplaste a Servia y se convierta en la potencia preponderante de los Balcanes», dice Sazonov al embajador de Gran Bretaña, añadiendo que el país «se enfrentará a todos los riesgos de la guerra». Al embajador de Alemania le dirá: «Si Austria-Hungría alliquila a Servia, declararemos la guerra». ¿Bastará con la amenaza? En caso de que el gobierno austro-húngaro se negase a tomarla en cuenta, correrá a la fuerza. Las circunstancias son de tal índole que la iniciativa de las medidas de movilización entre las grandes potencias, tendrá que partir de Rusia. El 24 de julio, el consejo de ministros rusos, reunidos en Krasnoe-Selo, decide que los trece cuerpos de ejército desti-

- 178 -

La evolución de la crisis

almente» a operar contra el imperio austro-húngaro se pondrán «eventualmente» en pie de guerra en caso de que el gobierno de Viena quisiera aplastar a Servia «por la fuerza de las armas». El 25, manda tomar medidas previas de «movilización» en todo el Imperio. ¿Pero Rusia podrá contar con el apoyo de Francia y de Inglaterra? Hay que pensar que la cuestión serbia afecta de un modo indirecto a los intereses de estos dos países.

El gobierno francés, en julio de 1914, tiene que hacer frente a las grandes preocupaciones de política interior; también es consciente de las lagunas de sus preparativos militares: el 13 de julio, el Senado discute una interpelación sobre la insuficiencia de la artillería pesada. El gobierno desea mantener la paz europea, como lo constatará en varias ocasiones el embajador de Alemania en París; pero se ve obligado a tomar en consideración los intereses de Rusia. Si se mantuviese la actitud que adoptó en

1909, rompería la alianza. El presidente de la República, Raymond Poincaré, y el presidente del consejo, René Viviani, confirman, pues al gobierno ruso en las conversaciones de Petersburgo (21-23 Julio), su intención de llevar a cabo «todas las obligaciones impuestas por la alianza», es decir, de intervenir con las armas si Alemania toma parte en un conflicto austro-ruso. A continuación recomienda al gobierno aliado que evite cualquier iniciativa de provocar una «réplica alemana».

Gran Bretaña es más lenta en adquirir conciencia de sus intereses. La opinión pública no está sensibilizada en absoluto hacia los asuntos balcánicos. Al gobierno, absorto en sus preocupaciones de política interior, le cuesta mucho mirar de frente la situación internacional y cuando llega a un punto en que reclame su atención Inglaterra

recobrará instintivamente su tradicional actitud: deseo de mantener la paz necesaria para la prosperidad económica del país, conciencia más o menos vaga, según los hombres que estén en el poder, del vínculo moral que existe entre Gran Bretaña y Francia; necesidad de mantener en el continente «un equilibrio de las potencias» y por consiguiente de oponerse a una hegemonía alemana. En consecuencia, debería pues, tomar partido a favor de Rusia y Francia y no dejar que Alemania albergase la menor duda sobre estas intenciones; pero al adoptar semejante actitud, teme alentar a los gobiernos francés y ruso «a elegir el camino de guerra».

11. LA EVOLUCIÓN DE LA CRISIS ²

Segura de contar con el apoyo de Alemania, Austria-Hungría empieza a preparar su «acción ofensiva» desde el 7 de julio. Hasta el 28 de ese

²

Obras de consulta.- La cuestión de la movilización rusa es la que ha dado lugar a las d'k'lsiones má, abundantes. Dicha cuestión queda tratada en casi todas las obras citadas en P. 175. Y también en otras cuyo meto o istórico es contestable por ejemplo, A. von We-

liderlegung der Versailler Kríe sschuldthese (Berlín, ' 1929, in-S'), y Demartial, Irer, Die y d hí

d 9 rk 1967, i. " Qua; d'o,ay (París, 1430, in-80); A. Fabre-Luce, L'bísto;re démaquillée (Pa-

-12; Pparte: 1914. Qui était Passassin?).

179

La crisis de julio 1914

mismo mes, la crisis es ante todo un asunto austro-servio. Pero cuando el gobierno de Viena se decide a declarar la guerra a Servia, interviene Rusia. Así, en cuarenta y ocho horas, el conflicto austro-servio se convierte en un conflicto europeo.

El deseo del gobierno austro húngaro, es llevar a cabo «una expedición de castigo» contra Servia; resolver la cuestión yugoslava por la guerra. No quiere conformarse con un éxito diplomático, que sería algo pasajero. Como resulta difícil echarse sobre el adversario. «sin ponerlo en guardia», prepara un ultimátum, para exigir compensaciones y reparaciones a propósito del atentado de Sarajevo. Pura formalidad, pues el texto de esta nota, minuciosamente estudiado durante días, está calculado de tal modo que la negativa servia sea casi segura. El gobierno servio, dice el ultimátum, no deberá limitarse a buscar y castigar a los cómplices de los asesinos de Serajevo; tendrá que condenar la «propaganda malsana» que se ejerce en su territorio contra el imperio austro-húngaro, disolver las sociedades dedicadas a la propaganda política, aceptar la presencia de funcionarios austro-húngaros que participen «en la supresión del movimiento subversivo». Si por alguna de aquellas el gobierno de Belgrado se inclinase ante estas exigencias, el imperio austro-húngaro quedaría decepcionado. Entonces habría que intentar provocar el conflicto por otros medios, por sentado, en la aplicación de las cláusulas de la nota, «exigencias de gran alcance». El conde Berchtold se propone a continuación, dislocar el reino servio, distribuir territorios a Bulgaria, a Grecia, a Albania y someter el resto del país «a la dependencia de la monar-

quía», pero sin anexionarla, para no acrecentar las dificultades de política interior.

El 23 de julio, la nota llega al poder del gobierno servio, que dispone de cuarenta y ocho horas para dar a conocer su respuesta, sin negociaciones ni discusión posible. Servia acepta en gran medida estas exigencias, con algunas reservas; sin embargo rechaza la cláusula que prevé la participación de agentes austro-húngaros en una pesquisa en territorio servio; por otra parte, se brinda a someterse a la decisión de las grandes potencias. Sin más contemplaciones, Austria-Hungría rompe las relaciones diplomáticas.

¿Europa va a quedarse de brazos cruzados? El 24 de julio, una clara

respuesta, del gobierno alemán a sus embajadores desarrolla la tesis de las Potencias centrales: el conflicto austro-servio es un asunto local, «que tiene que solucionarse exclusivamente Austria-Hungría y Servia». «Cualquier intervención de otra potencia, dada la diversidad de las obligaciones de alianza, traería consigo consecuencias incalculables». Se trata de una maniobra de intimidación que, en un primer momento, parece dar resultado; sin embargo, no impide que las potencias intenten una conciliación al conocer el texto de la respuesta servia.

Los días 26 y 27 de julio, la diplomacia se apresura. El gobierno británico toma la iniciativa de un proyecto de conferencia, en la que participarían los grandes Estados «ajenos al asunto servio». Alemania rechaza

La evolución de la crisis

esta propuesta, pues no quiere «llevar a Austria ante un tribunal europeo». Rusia intenta iniciar «conversaciones directas» con el imperio austro-húngaro: propone considerar la respuesta servia como base de negociaciones y «hallar un medio de dar a Servia una lección merecida, pero respetando sus derechos de soberanía». El conde Berchtold se niega a

1. El 28 de julio, Inglaterra sugiere que Austria-Hungría podría aceptar al

inicio de conversaciones directas con Servia, sin la intervención de ninguna otra potencia; pide que, mientras tanto, el estado mayor austro-húngaro se abstenga de comenzar con las operaciones militares; Alemania transmite a su aliado esta sugerencia, pero le aconseja que la rechace.

Estos intentos de mediación son estériles; sin embargo preocupan al gobierno de Viena que teme encontrarse con sugerencias más apremiantes todavía. Para acabar con esto, el conde Berchtold quiere poner a Europa frente al hecho consumado. En la tarde del 27 de julio, decide enviar a Servia una declaración de guerra; Alemania le incita a la acción. A toda prisa, se redacta el texto del acta de ruptura. El 28 por la mañana, el telégrafo lo transmite al gobierno servio. A partir de ese momento, el conde Berchtold puede responder que las sugerencias conciliadoras llegan demasiado tarde y «los acontecimientos las han rebasado».

La declaración de guerra a Servia pone de manifiesto a Europa que el imperio austro-húngaro no quiere dejarse refrenar

por una solución diplomática y que está resuelta a ejecutar su «expedición de castigo». De ese modo también obliga a Rusia a tomar partido.

El gobierno ruso había previsto que decretaría una movilización parcial si Austria-Hungría recurría a las armas contra Servia. La noticia de la declaración de guerra, seguida casi inmediatamente de un bombardeo a Belgrado, incita a ponerse manos a la obra. En la noche del 28, el ministro de Asuntos Exteriores se encuentra en conferencia con el jefe de estado mayor, de común acuerdo resuelven poner en pie de guerra a los trece cuerpos de ejército destinados eventualmente a operar contra Austria-Hungría. A la mañana del día siguiente, cuando Sazonov anuncia esta decisión a los embajadores de Alemania y de Austria-Hungría, añade que las tropas permanecerán en posición de «descansen armas» y no tomarán la iniciativa de las operaciones, hasta que el ejército austro-húngaro haya invadido el territorio servio. A lo cual replicará Alemania anunciando a Petersburgo que «la continuación de las medidas de movilización rusa», pese a que vayan dirigidas únicamente contra Austria-Hungría, obligaría al ejército alemán a movilizarse también. Ante semejante amenaza el gobierno ruso se pregunta si no debería decidir la movilización general de sus fuerzas: la orden está preparada; pero en la noche del 29, el zar la retira y decreta únicamente la movilización parcial.

A partir de ahí, el conflicto austro-servio se convierte en conflicto austro-ruso: el gobierno del zar no permitirá que aniquilen a Servia. Si

180

Vé

ase la

P. 178.

181

hasta ahora ciertos ámbitos alemanes confluían en que la actitud de Rusia se debiese a un fallo, a querer marcarse un farol, la orden del 29 de julio ya no deja lugar a dudas. Austria-Hungría, como se niegue a cualquier concesión, precipitará a Europa en la guerra.

Todavía están a tiempo de evitar lo irreparable. Durante la jornada del 30 de julio, se incrementan los esfuerzos de la diplomacia.

Rusia hace dos propuestas a Alemania: una, que emana personalmente del zar, sugiere «que se someta el problema austro-servio» al Tribunal de Arbitraje de La Haya; la otra, procedente de Sazanov, manifiesta que el ejército ruso hará que cesen todos los preparativos si el gobierno de Viena consiente en eliminar de su ultimátum las cláusulas que atentan contra los derechos soberanos de Servia. Estas sugerencias las rechaza Alemania de un manotazo.

También recibirá una nueva propuesta inglesa: Sir Ed. Grey pide que Austria-Hungría, «tras la ocupación de Belgrado» dé a conocer a Europa «sus intenciones». Permanece pues fiel a la idea de una mediación, pero ofreciendo al gobierno de Viena alguna garantía. Y añadiendo una advertencia: si Alemania y Francia llegaran a implicarse en el conflicto, Gran Bretaña no podría «quedarse al margen por mucho tiempo». El can-

ciller Bethmann-Hollweg, que no había dejado de confiar en la pasividad del gobierno inglés, comprende de pronto el peligro y recomienda al imperio austro-húngaro que acepte la propuesta. «Estamos dispuestos a cumplir con nuestras obligaciones de alianza, pero no debemos dejarnos arrastrar por Viena, a la ligera y sin que nuestros consejos sean escuchados en una conflagración universal». Insistencia vana. El estado mayor contrarresta su actividad, aconseja a Viena que decline la sugerencia de Gran Bretaña y que se movilice inmediatamente contra Rusia. «Soportar la guerra europea es el último recurso para conservar el imperio austro-húngaro. Alemania sigue adelante sin ninguna salvedad». De modo que el gobierno austro-húngaro persiste en su actitud de intransigencia y se niega a limitar las operaciones militares emprendidas. Aceptar la propuesta inglesa, estima que sería haber trabajado «en balde». La cuestión yugoslava se volvería a plantear dos o tres años más tarde. Más vale acabar de una vez. En la noche del 30 de julio, Bethmann-Hollweg, tras haber redactado un telegrama enérgico al gobierno aliado, anula sus instrucciones. Renuncia a la posibilidad de convencer al imperio austro-húngaro.

A partir de ese momento, la negativa, por parte del gobierno de Viena, a prestarse a cualquier tipo de convenio, hace inevitable el conflicto austro-ruso; Alemania está dispuesta a intervenir: se avecina así la guerra europea.

La actitud del gobierno ruso precipita el curso de los acontecimientos, pues sabe, desde el día 29 de julio, que Alemania no tolerará que «prosigan las medidas militares rusas»; así que toma la delantera. En la tarde del 30 de julio, en el mismo instante en que el conde Berchtold se

3 rido niega a escuchar los consejos de Bethmann-Hollweg el zar, cede

- 182 -

El desenlace

la presión de los círculos militares, bajo la petición de su ministro de Asuntos exteriores, decide la movilización general de sus fuerzas. Esta decisión, la ha tomado sin consultar al gobierno francés, el cual, inicialmente informado por el embajador Paleologue, no tuvo noticia de la orden ni de la contraorden dadas la víspera, pero sin embargo, en la misma mañana, aconsejó que se evitase toda medida susceptible de provocar una reacción alemana.

La orden de movilización general se despacha al atardecer del 30 de julio y se publica al alba del 31. Rusia pone a sus ejércitos en pie de guerra, no sólo contra el imperio austro-húngaro, sino también contra Alemania. Sin duda, Sazanov afirma que esta movilización no cierra la puerta a nuevos intentos de conciliación: «Negociaré hasta al último momento», declara. Pero la decisión rusa debe provocar lógicamente una reacción alemana. ¿Cómo negociar cuando millones de hombres están bajo el fuego de las armas? El conflicto ya es europeo.

III. EL DESENLACE'

Ahora, la palabra la tienen los militares. Las preocupaciones de los estados mayores son las que imperan en las decisiones de los gobernantes. Por más que la diplomacia siga haciendo algún que otro intento, lo cierto es que ya no tiene muchas esperanzas. Los jefes de los distintos ejércitos temen dejarse adelantar por el adversario; ya no piensan más que en llevar a cabo su plan de guerra en las mejores condiciones posibles.

Donde esta preocupación se impone sin duda alguna es en Alemania. El estado mayor tenía previsto desde hace años que lanzaría a la masa de sus fuerzas contra Francia y que obtendría la victoria, en el frente occidental en seis semanas; tras lo cual desviaría sus fuerzas hacia Rusia. El plan se basa en la rapidez de las primeras victorias; si tardase en iniciar las hostilidades, el ejército alemán daría tiempo a que los rusos, cuya movilización es lenta, completasen sus preparativos; esto lo sabe el gobierno perfectamente y está decidido a rechazar cualquier nuevo intento de negación. El secretario de Estado Jagow se lo dice claramente al embajador de Inglaterra: Alemania «tiene a su favor la rapidez».

De modo que Alemania es quien precipita la ruptura. El 31 de julio, apenas conocida la noticia de la movilización general rusa, el gobierno alemán dirige un ultimátum a Rusia para exigir el cese de «toda medida encaminada a la guerra», otro a Francia para preguntarle qué actitud adoptará «en caso de guerra entre Alemania y Rusia». Si el gobierno fran-

Obras de consulta,- Las mismas que en p. 175 y, además, sobre la violación de la neutralidad belga, A. Ettinger - de Bassompierre, La nuit du 2 au 3 août 1914 au ministère des Affaires

Étrangères de Belgique (París, 1916, in-S°); Klobukowski, Souvenirs de Belgique, 1911-1918 (Bruselas, 1928, in-16); Bred., Die belgische Neutralität und der Schlieffensche Feldzugsplan (Berlín,

1911, in-8°), y, sobre las dudas del gabinete inglés John Morley, Memorandum on the 1914 (Londres, 1928, in-S°).

rD pi
0CL 0(D r', rD
nw ao, r@ C7- eb su' Z (D 'D c i xu
P'J rD rD1np,n lb CL p" ID rD rbnl@:3 j= Pi o, u(t rD rb aq, r,
k- c@ -u -11@ C), zi a'TI pJnPu rL Mc,J0(D A@ rD
ru*-sunsC- su c)_0@-, w0rD

O pã rD su PãA> rD rD =,pu cz
pi A., .>Z pi, rD rD C, Pi rb ;D-- - @u t- ap-
W@ (D iu cl rD A) p, NI (@j n4IZ) loSti Cc@ rbZwr-D
SP-n iu pa su rb rD (D
pi - .COSU suw11 su

w, ' Z@ M- -- n z- Pi rD rD LrL.0w-pi sil-piEt- rbnb:I
0fD A> rDpc: punlA@ rD Z- l@- --T- PJ su p,nn
rDnp,mmrDN- p, rD rD r@N
A, Pj -t CLwrD0rD rD OrQmc:
rD0.1 p@ rD
-U-a@ ZI IDn:3n rt CL '-3 rD1r,iwaQ rD fD pa \$--- .2 \$UnrD
tC@n(C) pi rD rD
fbwcrDo-1 rD
j, cLnWrD rD cr (D Pi
su>:3 r, 2,Pj P,orD .p@crD i2--t
Z::@ @wnrD iu
rDn -1, SU fb n @lmm P@ rD, rb ;u Ci- J,> (
rD rDcrD D"@l- npu rD rD rD :30>q-1 l@. rbnC) nr- rD <D 'lzN> CL lb 'b -L w-, rs2erD"11 @2."
pi 0Zr@nA>,rDW CT- @-M- @0-onnrb nri rb, raFDNrD,S. rD cn FD ., CT-
rDz
woA@n(D CL rD <'D i@ -1 rD01.1@ a-0- ., rb (DZ rD rD a_o @l @t>,-1,,nW
rb r,-rD w, tJN r_L.arDnrD 0, rb pJ piwp-n
mCL p@1f, CS CLzID 0,1p
n"i@ C7- rD f',afD rD
pc, r=, CL r_1<crD (t fD \$=L nw@l rD rD rb DI <,D r,NCL
t@ Pjl c, rb rTI rD rD rDn mlo c,oa_ z-c--A, iu rb --- @l -10nCLwrD C) 2@n-'CzE7: >
pj (D rD
n C7-0np,n
-pã -3- rD rbWCl, rb w, FS -3
Zsu' rb
0r-b rD
o! @-- C) (D rD lw ar, rD Z, rD -1 rD iz rtorDnpu su,prD
2D rD rD 71 rD 11
-ri z:
mm-t(@ rb C) cL rb (D)rb
CD _L rD t3wrD,
rD z:r-
EL
rb rD
rD
CD
lz_ CD fDw
eD CD w -00C, C7-
fDZ
rD rD eD CL @1,* , P, ---0
z3>Ti
0 a--1C-, --0,

o2zz1fb rL C@ Su

z? ri rD, fD rb0CrL 'U a-,ozC- A@ rD rb rD P@wU M "oN l, p@n0iu CL. rD rb0p,

rD z@ 11,Z-- 1nam ="-o-zW0,grD m- n un npj,nnCiC) r,nrD P, rt, t-, ,=wrD rDo

07Qc-z, t- Zi rD0S:@, rt :,0,,nrDtrD CL,"rD pu rb CL ;u iz

rD rb >@ rb CL tizzD @x-

-0Z, rDc-rD su Ez CZ,- i@ lbn A) p, <'D PJ >,_rL <-D0rb rD rDnr

lr Pi pa rb rDnWrb" fD cn@ rD

C>bnrD

rL w rD Nzz lo c: s,*S: ,,_rD rD rt rb ro ID D@ rD @p- -- 1, @i pa,

ID 4) @, N-IDnpi

PJ r,WJ, @l @lc-A11,@ --0 rDnrD C7- ci-wrsW M-nCr nrD 11 P@ CDn AD n

@: i@-P,"op,J-rD ,J z, =@ (tnc@cl-@s C) ,0,0

a)0-1 .5 rT, rD0CD rTl

-1-n fD0rbnr, 2-,Z_ w, @l_9

-o Iri Zi rD rD rbWpi rD Z- rD Pi

rb rb rL rD rb Pi (D pa Z7-0

su (D _L IDC

4f>1fu fl rb Pi t-- rD pj @4 w CWn

rD r, rD

c@n0-Q puv ft rD ;u0j, a- rD PU,DrD pi -1w su (DntTI rD ran A) fD rD

nrD 9,wu sz-

a pi ID C) il@ N

M- pi P." -,; i, l, w9rD Pi

rD rD PJSz-1

Zi@ @c-rD pi rD CLo', -1. @l >c: CL Z. r@D, @i" CL .s.o@,1 rD rD, rD

C@nnwnw

wrD Di wrDnu- r-L

nrD r, z, pj rDnCD aqm A) rD rL r5 CD rD- rD,n-- p, @p

1- .rD rD.

nw wwp, A, rDwZn

0rDw1 A)yc@ @Dnn rb Ei p-<-z-CDn

rL-P@ (DbCL O'Q c rb

aal@ rD rD (D,

0 wp@nZi O-q pi -0 rD rD 'ID2Al w

rD r' C'

Al IDn-0,Q rD r, rDn

rl

rD rb rD

rD rDwrD ;,77

C) Z@ A,9A>

su9c (D rD

La crisis de julio 1914

parte de verdad en esta constatación. Pero el desarrollo de los armamentos, que acrecienta la tensión internacional, en sí mismo, no es más que

el resultado de una situación anterior con las inquietudes que ha provocado. La carrera de armamentos es un efecto más que una causa. En cualquier caso, si bien es cierto que la rivalidad de las construcciones navales, entre Alemania y Gran Bretaña ha sido, en la evolución de las relaciones internacionales, un elemento de primer orden, la verdadera rivalidad entre armamentos terrestres no empezó hasta después de 1912, en un momento en que el peligro de guerra era inminente. ¿Causas de índole económica? Los grandes países de Europa, superindustrializados, se pelean por los mercados. La rivalidad de sus intereses materiales es sólo la «suma de las competiciones individuales; por consiguiente la competencia económica afecta al bienestar personal, en cada país. Es lógico que esta lucha interminable para conquistar y conservar la clientela consiguiera emocionar a la opinión pública, mantener un talante de desconfianza mutua y exasperar las envidias. Semejante rivalidad lleva a las grandes potencias europeas a desarrollar su expansión colonial, y, a través de ella, la lucha económica se extiende a las relaciones políticas. Pero estos intereses materiales ¿son lo bastante poderosos como para engendrar en un pueblo o en un gobierno el deseo de acabar con un competidor derribándolo por las armas? Gran Bretaña soporta la competencia alemana, y sin embargo el embajador alemán en Londres tiene ocasión de comprobar en 1906 que el mundo de los negocios es hostil a la idea de la guerra; en Julio de 1914, donde se manifiesta más resistencia a la perspectiva de una intervención en el conflicto es en la ciudad de Londres. Los ingleses son muy conscientes de que para un país como el suyo en que todavía la actividad se basa en las transacciones internacionales, la guerra será causa de ruina.

Los círculos económicos alemanes y sobre todo los grandes industriales opinan de distinto modo? Los progresos de su producción y de su comercio habían sido tan notorios que Alemania podía confiar en la continuación de sus conquistas económicas. En relación a esto ¿de qué utilidad les podría ser la guerra? Es cierto que se trata sólo de un punto de vista teórico; la industria alemana acrecentó con demasiada rapidez sus medios de producción, podía temer que se diese una crisis de mercados y estuviese pensando ya en abrir otros a través de una guerra victoriosa. Es posible; pero la historia necesita pruebas y aquí no las hay.

Todas estas causas han ejercido pues, una influencia en la evolución de las relaciones internacionales; han contribuido a exacerbar las rivalidades y a preparar el ambiente del que brotó la guerra. Y sin embargo,

ninguna constituye una explicación suficiente. Esta explicación buscarla a fin de cuentas en la orientación de las políticas nacionales y la acción de los gobiernos.

¿Será a las dos crisis marroquíes, la de Tánger y la de Agadir que habrá que atribuir el estado crítico de las relaciones internacionales? Desde luego sí que contribuyeron a despertar las inquietudes de Francia

‘11F_

186 -

El desenlace y la acrecentación de las decepciones de Alemania, pues reanimaron el antagonismo que el asunto de Alsacia-Lorena seguía manteniendo

entre los dos pueblos; pero en los orígenes remotos del conflicto no tuvo preponderante. El gobierno alemán lo hicieron un pa-

único que vio en la cuestión marroquí fue un asunto de prestigio, después de to

do Marruecos sólo era una ocasión para ellos. Pero en Europa había dos problemas que afectaban a los intereses esenciales de las grandes naciones, y que, en el fondo, tenían mayor alcance que la cuestión marroquí: uno era la rivalidad naval entre Inglaterra y Alemania, otro la rivalidad balcánica del imperio austro-húngaro y de Rusia. La voluntad alemana de construir una gran flota de guerra había sido el sustento de la Entente Cordial anglo-francesa y la obstinación del almirante von Tirpitz en seguir aumentando las fuerzas navales pese a la resistencia de la opinión pública inglesa hicieron vanos los intentos de acercamiento. El conflicto de intereses entre Rusia y el imperio austro-húngaro en los Balcanes, tras haber sido, desde hacía más de un siglo, uno de los elementos constantes de la política

europea, empezó a revestir un carácter más grave desde que se dio el crecimiento de los Estados cristianos de la península, instrumentos de las grandes potencias por lo general, pero capaces también, si se da el caso, de desempeñar el papel de instigadores. Rusia se erige como protectora de los eslavos balcánicos a los que el imperio austro-húngaro vigilaba con preocupación. A decir verdad, esta cuestión se sumaba a un problema más grave: la propia existencia de Austria-Hungría, amenazada por el despertar de las minorías nacionales.

Mucho más que la cuestión marroquí, este problema naval anglo-alemán y el núcleo balcánico de disturbios

--que en el fondo, es sólo un aspecto del «problema de las nacionalidades»- son los que explican y dirigen la evolución de las relaciones internacionales durante los diez años que precedieron a la guerra.

¿El resultado? Se expresa en un sistema de alianzas y acuerdos, firmado y ampliado con-

ado por convenios militares o acuerdos entre los estados Mayores. Dada la situación en que se encuentra Europa, es natural que cada gran Potencia procure buscarse los apoyos que pueda. Pero esos vínculos corrillevan un peligro: la certeza de contar con apoyos puede incitar a una de las partes contratantes a correr aventuras, sin que la otra se atreva a retenerla, por miedo a quedar aislada. Claro que, este sistema de alianzas no siempre fue funesto: en 1909, por ejemplo, Francia contribuyó a «frenar» la Política rusa, lo mismo que Rusia apoyó con cí-

nería la Política francesa durante la crisis de 1911; en 1913, Alemania retuvo al Imperio austro-húngaro. Pero, primeramente, a medida que crecen las dificultades internacionales, más se estrechan los acuerdos entre los aliados, en virtud de una reacción instintiva. para ello hacen falta nuevos textos diplomáticos.

Isos n, los que da concrecion a los acuerdos son los arreglos técnicos pactados por los estados INproto-la correspondencia entre Conrad y Moltke en enero de 1909,

colos de 'Onersa,' 3

iones de los jefes de estado mayor ruso y fran-

cés en 1912 y 1913, etc. Sólo Inglaterra permanece al margen; n 0 quiere alla'nzas, precisamente porque tiene miedo a que Francia y Rusia se en. tusiasmen demasiado; pero sabe perfectamente que en caso de conflicto, sus propios intereses no le permitirían seguir de espectadora, por eso autoriza a sus estados mayores militar y naval a estudiar las bases para una colaboración con Francia a la vez que se niega a prometer nada a través de esos arreglos técnicos.

En el inicio de estas inquietudes, lo que primero aparece es la acción de Alemania y la del imperio austro-húngaro: las Potencias centrales se han aprovechado del debilitamiento de Rusia tras la guerra japonesa, para intentar imponer a Europa su voluntad. Sí, más que las crisis marroquíes, lo que ha marcado el curso de la historia es la crisis bosniana. Y cuando Rusia, más o menos restablecida, reanuda en los Balcanes una política de aventuras, cuando en 1912 consigue una especie de revancha por la h,millación sufrida en 1909, ni Austria-Hungría ni Alemania tolerarán esta réplica. Las potencias centrales, en otoño de 1913, están decididas a anular los resultados del tratado de Bucarest apenas se presente una ocasión propicia; y para restablecer su situación están dispuestas a emplear la fuerza. Este talante es el que agrava la situación internacional: en octubre y noviembre de 1913, con unos días de intervalo, Guillermo II promete al conde Berchtold que si se produce otra crisis balcánica, lo apoyará, a la vez que anuncia al rey Alberto que la guerra va a ser inevitable; a principios de 1914, el jefe de estado mayor, general Moltke se da cuenta de que la situación militar es más favorable a Alemania en ese momento de lo que pudiera serlo tres o cuatro años más tarde, cuando Rusia haya acabado de ejecutar su nuevo programa militar. Este convencimiento alemán de que la guerra debe estallar y de que una guerra inmediata se presenta con más posibilidades de éxito que una guerra diferida, es el elemento que domina las relaciones internacionales de entonces.

Y sin embargo, ¿quién podía prever que esa guerra iba a ser fatal? La crisis de julio de 1914 -esta nueva crisis balcánica iniciada por el atentado de Sarajevo- hubiera podido transcurrir, como muchas otras, sin desembocar en conflicto. La situación, en principio, se parecía bastaffic a la que se produjo en 1909: el imperio austro-húngaro quería atacar Í, Serbia, aun a riesgo de provocar un conflicto con Rusia. Pero la Rusia de 1914 era más fuerte que la Rusia de 1909 y no estaba dispuesta a to-

lerar otra humillación. Francia se sentía obligada a mostrarse más firme de lo que había sido en el transcurso de la crisis bosniana, a no ser qu1 aceptase echar por tierra la alianza. Las potencias centrales sabían el rie,-

go al que se exponían, y lo corrieron, decididas de antemano a iniPO`0 su voluntad: cuando vieron que Rusia no cedía, prefirieron la guerra go' neral antes que abandonar su plan. 1 ' , b >

Sin duda, la explicación esencial de la guerra de 1914-1918 esta 1 . ;

firma decisión que tomó Alemania de «sacar a flote», incluso pr .ovoco do un conflicto europeo al imperio austro-húngaro, que iba a d1,10carse por el movimiento de las nacionalidades.

- 188

LIBRO 111

EUROPA EN GUERRA'

(Agosto de 1914-Diciembre de 1916)

CAPÍTULO PRIMERO

EL EQUILIBRIO DE LAS FUERZAS EN AGOSTO DE 1914

El 4 de agosto de 1914, Francia, Rusia, Gran Bretaña, Bélgica y Serbia están en pie de guerra contra Alemania y A ustri a- Hungría. Mientras que las dos potencias centrales apenas cuentan con 120 millones de habitantes (116 millones en el censo de 1910), las potencias de la Entente

Obras generales de consulta.- No es posible citar aquí todas las historias generales dc,la gran guerra, que casi siempre se limitan a relatar los acontecimientos militares. Las sigwentes indicaciones, válidas para todo este libro 111 y para el libro IV, se reducen a lo esenCW: en Francia, H. Bidou y A. Gauvain, La Grande Guerre, t. IX de Mistoire de France ? @~Poraine d'Ernest Lavisse (París, 1922, in-S'); general Duffour, La guerre de '914-1918 (R@nbouillet, 1923-1924, 2 vol., in-4'), curso impartido en la Escuela Superior dc0uorra: general Palat, La Grande Guerre sur lefront occidental

(París, 1924 y sig., 14 vol.,

Li Bidou, Histoire de la Grande Guerre (París, 1936, in-So); generales Duffour, Da;Hefi0t y Tou , Le,úCn La rnes, Histoire de la guerre mondiale (París, 1936-37, 4 vol., in-8'), general

Première guerre mondiale (París, 1949, in- 16); general L. Koceltz, La guerre de 1914.1918. Les opérations militaires (París, 1966, in-S'); P. Renouvin, La premiere guerre Mm'44 (París 2@ éd., 1967, in- 16); general Gambiez y coronel Suire, Histoire de la pre- **71 guerre ' Der Wki, -0ndiale, 1914-1918 (París, 1968, 2 vol., in-So); en Alemania, general von Kühl,

9 (Berlín, 1929 2 vol , in-4-), relato de la peraciones militares; Wolfgang FórsS@hlilffel, ..d Z We'1tkrieg (Berlín, 19215,0in-S'); general Schwarte, Der grosse (ÍZ 192 924, lo vol i Y1914-19 , 1-1 .1 n-8'); en Inglaterra, general Sir G. Aston, The great war (Londr

C 8 es, 1930, in- 16); Ligidell Hart, The real war 1914-1918 (Londres, 1930, %W 7,7,e - R- C-tweil, A history of the Great War (Oxford, 1934, in-S'); general J. F. Fu- . de 1 - &eg1 ç. lume. batúes of Western World (Londres, 1956, 3 vol., in-8o); en Italia, Aldo Va-
94e-4 tl,

-austriara (Milán, 1924, in-8'); Gioda, La guerra mondiale (Modena, Tolo-8*) - C

c@,S,, aracciol, S.

to,ja della gue intesi Politico-militaire della guerra mondiale (Roma, 1930, in-8');

rra mondiale (Milán, 1938, 2 vol., in-S'); P. Pieri, La prima guerra

189 -

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

alcanzan los 238 millones sólo con la población europea. Los recursos, de Alemania y del imperio austro-húngaro son únicamente los de su territorio europeo; Gran Bretaña, Francia y Bélgica poseen en cambio una buena parte del mundo; incluso Rusia puede sumar a sus propios recursos en hombres y materias primas, los de su dominio siberiano. Pero la capacidad ofensiva o de resistencia de los Estados no es un asunto de proporción matemática; depende de su desarrollo militar, de su cohesión moral, en fin, de las posibles colaboraciones que puedan encontrar en los países neutros. En caso de que la guerra fuese corta, que es la única hipótesis en la que entonces pensaban gobiernos y estados mayores, los recursos económicos, por el contrario, tendrían una importancia muy secundaria: cada Estado beligerante puede sustentarse con sus propias reservas, mientras que en los campos de batalla, los ejércitos se juegan la victoria en unos cuantos días decisivos.

mondiale (Turín, 1948, in-8'); en Estados Unidos, McEntee, Military history of the World War (New York, 1937, in-S'). El conjunto de acontecimientos militares, diplomáticos, políticos, económicos y sociales, queda expuesto en, Quinze ans d'histoire universelle, 1914-1929 (París, 1929, in-4') publicado bajo la dirección de A. Ganen (la parte 1914-1918 ha sido tratada por Ch. Appuhn, P. Renouvin y R. Villate). Puede consultarse con gran provecho, el sugerente ensayo de Élie Halévy, The world crisis, 1914-1918 (Londres, 1930, in-S'). La Chronologie de la guerre mondiale de F. Deloyser (París, 1938, in-So), es un excelente instrumento de trabajo.- La historia diplomática ha sido estudiada por A. Pingaud, Histoire diplomatique de la France pendant la grande guerre (París, 1938, 2 vol., in-SI); por J.-B. Duroselle, De Wilson á Roosevelt. La politique extérieure des États-Unis, 1913-1945 (París, 1960, in-S'), y C. Jay Smith, The Russian struggle for power, 1914-1917. A study of Russian foreign policy during the first World War (New York, 1956, in-So). Los compendios de documentos más importantes son: Mejdunarodnia otnochenia v epokhou imperialisme, Y série: 1914-17 (Moscú, 1930 y sig., 10 vol.); A. Scherer y J. Grunewald, L'Allemagne et les problèmes de la paix pendant la première guerre mondiale. Documents extraits des archives de l'Office allemand des Affaires étrangères (París, 1964-1966, 2 vol., in-S'). Ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Italia han aparecido publicaciones análogas. Entre las publicaciones de papeles privados, los que ofrecen un alcance más general son: Ch. Seymour, The intimate papers of colonel House (New York, 1926, 4 vol., in-S'); trad. francesa: Papiers intimes du colonel House (París, 1931, in-8'); A. Link, Wilson (Princeton, 1958-65, 5 vol., in-S'); Et. Tisza, ősszes Munkay (Budapest, 1923-33, 5 vol., in-8'), cartas inéditas; Paul Cambon, Correspondance, 1914-20 (París, 1946, in-8'); G. Suárez, Briand, sa vie, son oeuvre (París, 1938-1952, 6 vol., in-8o). Los principales testimonios son, para Francia, R. Poincaré, Au ser

vice de la France. Neuf années de souvenirs (París, 1925 y sig. in-So); tomos V a VIII; J. Caillaux Mes Mémoires (París, 1943, 3 vol. in-So el tomo II); A. Ferry, Les Carnets secrets, 1914-1918 (París, 1957, in-8'); G. Clemenceau, Grandeurs et misères d'une victoire (París, 1930, in-S'); para Alemania, Th. von Bethmann-Hollweg, Betrachtungen zum Weltkrieg (Berlín, 1919-22, 2 vol., in-S'); conde Hertling, Ein Jahr in der Reichskanzlei. Erinnerungen an die Kanzlerschaft meines Vaters (Friburgo, 1919, in-S'); R. von Kühlmann Erinnerungen (Heidelberg, 1948); para Austria-Hungría, conde Czernin, Im Weltkrieg (Berlín, 1919, in-8o), y conde Burian, Drei Jahre aus der Zeit meiner Amtsführung (Berlín, 1923, in-S); para Inglaterra, Ed. Grey, Twenty five years (Londres, 1925, 2 vol., in-S'), y D. Lloyd George, War memoirs (Londres, 1934-37, 4 vol., in-8'); trad. francesa: Souvenirs de guerre (París, 1937, 4 vol., in-8')-Los compendios y obras relativas a cuestiones particulares, le'

citados más adelante.

Las fuerzas militares y navales

J. LAS FUERZAS MILITARES Y NAVALES 2

Pese a la inferioridad numérica de su población, las potencias centrales, una vez terminada la movilización, pueden poner en el frente, efectivos humanos que equilibran la comparación con los de las potencias de la Entente.

Alemania, que desde hace años, no ha dejado de perfeccionar su instrumento de guerra, desde los primeros días del conflicto, puede añadir

2 Obras de consulta.- Los servicios históricos de los estados mayores de los diferentes ejércitos han publicado compendios de documentos. Estos compendios son: para Alemania, Der Weltkrieg (Berlín y Darnistach, 1925 y sig., in-8'; 14 vol.); para Austria-Hungría, (Esterreichs-Ungars letzter Krieg, 1914-18 (Viena, 1929 y sig., 7 vol., in-SI); para Francia, Les armées françaises dans la Grande Guerre (París, 1922-39, 34 vol., in-4); para Gran Bretaña, History of the Great War based on official documents (Londres, 1925-1956, in-8o), para Australia, official history of Australia in the war of 1914-1918 (Cambera, 1943, in-8o); para Rusia, Strategicheskii otchet voiny 1914-1918 (Moscú, 1924 y sig., in-8'); para Serbia, Veliki rat Srbije (Belgrado, 1924, in-So); para Bélgica, «Les opérations de l'armée belge dans la campagne 1914-1918», serie de estudios- publicados en el Bulletin belge des sciences militaires, y, para las operaciones alemanas, en Alemania, Der Krieg zur See (Berlín, 1925 y sig., in-S'); en Gran Bretaña, History of the Great War based on official documents. Naval operations (Londres, 1924 y sig., in-8'); en Italia, La marina italiana nelle grande guerre (Florencia, 1935, 2 vol., in-8o). En Francia, el servicio histórico de la marina ha establecido monografías importantes, que no están en venta. Véase también, para la apreciación de los efectivos, coronel Larcher, «Données statistiques concernant la guerre de 1914», en la Revue militaire française, año, 1933, pp. 190-204, 291-303: general Golovine, Voennya oussilia Rosii v mirovoj vojny (París, 1938, in-S'); A. Golaz, «Les forces alliées sur le front occidental, 1914-1918», dans R. historique de l'Armée, 1950, o 4, pp. 61-66. El estudio de documentos debe ser completado con el de testimonios. Los principales son para Francia, Mémoires du maréchal Joffre (París, 1932, 2 vol., in-S'), mariscal Foch, Mémoires pour servir à l'histoire de la guerre (París, 1930, 2 vol., in-So), general Weygand, Mémoires. Idéal vécu, 1914-1918 (París, 1953, in-8'); maréchal Fayolle, Carnets secrets de la Grande Guerre, escritos por H. Contamine (París, 1964, in-S'); para Alemania general von Falkenhayn, Die Oberste Heeresleitung in ihren wichtigsten Entschliessungen (Berlín, 1920, in-8o); general Ludendorff, Kriegserinnerungen (Berlín, 1919, in-S'), y, del mismo, Kriegsführung und Politik (Berlín, 1924, in-8'); para Gran Bretaña, general sir John French, Some war diaries, addresses and correspondence, P. por su hijo (Londres, 1937, in-9o); general sir W. Robertson, Soldiers and statesmen, 1914-1918 (Londres, 1926, 2 vol., in-So); mariscal Haig, The private papers of Douglas Haig, 1914-1918 (Londres 1953, in-8o); general Callwell, The diary of Sir Henry Wilson (Londres, 1924, 2 vol., in-8') para Rusia, general Daniloff, La Russie dans la guerre mondiale (París, 1925, in-8o),- para Bélgica, general Gallet, S. M. le roi Albert, commandant en chef de l'armée d'invasion allemande (París, 1931, in-So), y general Selliers de Moranville, Contribution à l'histoire de la guerre mondiale (Bruselas, 1932, in-S'); para Austria-Hungría, mariscal Conrad von Hoetzendorff, Aus meiner Dienstzeit (Viena, 1929, 5 vol., in-S'); los tomos 4 et 5; general von Arz Zur Geschichte des grossen Krieges (Viena, 1924, in-S'); para Italia, general Cadorna La guerra alla fronte italiana (Milán, 1921, 2 vol., in-8o). Entre las biografías, consúltense sobre todo: general Desmazes, Joffre. La victoire du caractère (París, 1955, in-8'); general Weygand, Foch (París, 1947, in-S'); general Serrigni, Trente ans avec Pétain (París, 1959, in-8'); general von Zewel, Falkenhayn (Berlín, 1939, in-8'); R. Corseili, Cadorna (Milán, 1937, in-8o) - Urbanski von Ostryniec, Conrad von Hoetzendorff (Graz, 1938, in-S') - W. Goeritz, Hindenburg. Ein Lebensbild (Bonn, 1953, in-So); J. Terraine, Douglas Haig (Londres, 1963, in-So).-Sobre los métodos de mando, coronel Carriás, La pensée militaire allemande (París, 1948, in-S'), y, del mismo, La pensée militaire française (París, 1960, in-8').

190

191

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

a sus 25 cuerpos de ejército en activo, 14 cuerpos de reserva y divisiones de Ersatz-Reserve, de modo que en total pone en línea de combate, 87 divisiones de infantería a las que se unen 11 divisiones de caballería; además dispone de 44 brigadas de Landwehr (segunda reserva), o sea, 22 divisiones, de las cuales hay algunas que desempeñarán un papel directo en la batalla. Austria-Hungría con sus 51 millones de habitantes, no ha hecho un esfuerzo comparable al de su aliada en lo que se refiere a la utilización de las reservas: tiene 48 divisiones de infantería, 11 divisiones de caballería y alrededor de 25 brigadas «de marcha». En efectivo en grandes unidades de infantería, sin contar las veinte brigadas de Lanstorm, equivale pues a 60 divisiones más o menos.

Las potencias de la Entente aportan a la coalición una contribución muy desigual. El ejército francés, a condición de poder transportar a una

parte de los ejércitos que tiene en África del Norte y de considerar que «el destino de Marruecos se juega en la Lorena», pone en línea de combate 47 divisiones de infantería (activas) y 10 divisiones de caballería; pero las formaciones de reserva son menos cuantiosas: 25 divisiones en

total. Las divisiones de segunda reserva (el plan de movilización prevé 12) sólo tienen un cometido accesorio. En total, pese a que la población de Francia sea inferior a la de Alemania en casi un 50 %, lo cierto es que consigue llevar al frente efectivos inferiores tan sólo en un 20 % a los del adversario. El ejército ruso posee 55 divisiones de infantería (activas) y 20 divisiones de caballería; tiene prevista la formación de 35 divisiones de infantería de reserva y de 20 divisiones de caballería de reser-

va; por último, puede llevar progresivamente hacia el frente a las 20 divisiones que se encuentran en Asia (Siberia, Cáucaso, Turquestán); en total 10 divisiones de infantería y 40 divisiones de caballería, pero de las que alrededor de una tercera parte no puede entrar en línea de combate hasta dentro de varias semanas, debido sobre todo a la lentitud de los transportes. El estado mayor ruso podría disponer de fuerzas mucho más considerables si apelara a todos los recursos de que dispone en hombres; pero no podría ni encuadrarlos a falta de oficiales de reserva ni mo-

vilizarlos con rapidez a falta de carreteras y de vías férreas: de los 25 mi-

llones de hombres en edad de ir a la guerra, Rusia sólo hace un llamamiento a 8 millones para luchar bajo sus banderas. Por último, Gran Bretaña, país donde no existe el servicio militar obligatorio, sólo puede de desempeñar en los primeros meses de la guerra un papel muy secundario el ejército regular no cuenta más que con 170.000 hombres disponibles de inmediato; la segunda reserva (315.000 hombres) apenas tiene la misión de defender las Islas Británicas. Para prepararla a la resistencia el

campo raso, hay que organizarla de arriba a abajo, lo cual lleva un tiempo de seis meses. La única fuerza que tiene posibilidades de intervenir

‘ Esta observación, de la que H. Contamine (obr. cit., p. 117), subrayó el alcance, n'os' tra la importancia del esfuerzo francés.

Véase p. 169.

192

Las fuerzas militares y navales

en el inicio del conflicto según el estado mayor británico es el «cuerpo expedicionario», que debería comprender 6 divisiones, y que sólo dispondría de 5, porque una de ellas, la deja en Irlanda, donde la situación política es turbulenta. ‘

A estas fuerzas de la Entente, hay que añadir la ayuda de Bélgica y de Serbia. El ejército belga, en vías de reorganización desde la vigencia de la ley del 30 de agosto de 1913, pone en campaña efectivos análogos a los de Gran Bretaña. Seis divisiones de infantería, una división de caballería; además dispone de las guarniciones de sus fortalezas (Lieja, Amberes, Namur), cuyo total supera los 100.000 hombres. El estado mayor serbio, que todavía no ha podido terminar el plan de movilización comenzado en 1913, logra sin embargo, poner en línea de combate 11 divisiones de infantería. En total, contando únicamente las formaciones de infantería de la escala activa y las de reserva, las potencias de la Entente disponen, para las primeras grandes batallas, de alrededor de 152 divisiones de infantería, mientras que las potencias centrales no tienen más que 146.

Pero los ejércitos de la Entente, en realidad no poseen una superioridad tan evidente. Su armamento, en conjunto, es bastante inferior al de las potencias centrales. Las leyes militares alemanas de marzo de 1911, de junio de 1912 y de julio de 1913 no sólo han aumentado los efectivos humanos; también han desarrollado los servicios técnicos y las formaciones de artillería: la dotación en metralletas y en artillería pesada es superior a la de todos los demás ejércitos. Las divisiones austro-húngaras tienen una buena artillería (42 piezas por división, sin contar las formaciones de artillería pesada). Por el contrario, el ejército francés, cuya artillería de campaña es excelente, apenas dispone para la artillería de un material (61 baterías) que es insuficiente en cantidad y en calidad. El ejército serbio todavía no ha reparado las pérdidas materiales sufridas durante las guerras balcánicas de 1912 y de 1913: apenas posee 12 baterías pesadas y 76 baterías de campaña. El ejército ruso, para la artillería de campaña, dispone de una dotación casi normal; pero el cuerpo de municiones sólo tiene 12 piezas pesadas, es decir, tres veces menos que el cuerpo del ejército alemán y las reservas de municiones son inferiores en un margen que puede ir del 10 al 50 % según los calibres, a lo que preveía el mando.

La calidad de las tropas tampoco es comparable entre los ejércitos: si el valor del soldado y de los mandos es similar en el ejército alemán y en el francés, el ejército austro-húngaro y el ruso, por no hablar más que de los principales adversarios, son inferiores. En

Austria- Hungría, junto a los elementos alemanes y magiars, que constituyen buenas tropas, el resto de efectivos -la mitad- está formado por elementos que pertenecen a las minorías nacionales: checos, eslovacos, rumanos de Transilvania Y eslavos del sur, combaten por la existencia de un Estado que ja-

Véase p. 77.

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

más satisfizo sus aspiraciones; así que les falta entusiasmo. Los mandos, oficiales alemanes y magiares son firmes en su mayoría; pero con frecuencia, sucede que estos oficiales no hablan el idioma de sus hombres. El ejército austro-húngaro no es un ejército nacional y carece de cohesión moral. En Rusia, el soldado, pese a su valor personal, a su disciplina y a su resistencia, está falto de iniciativa, de educación patriótica y cívica; no entiende las razones nacionales de la lucha que se está iniciando. Los oficiales subalternos, cuyo papel es esencial en una tropa pasiva, tienen una instrucción mediocre; los mandos de reserva son insuficientes, pues la juventud intelectual sólo siente desprecio hacia el servicio militar. La capacidad de maniobra de la tropa y su solidez bajo el fuego se resenten de esta debilidad del encuadramiento.

Pero este panorama prevalecerá tan sólo durante las primeras sema-

nas o los primeros meses de la guerra. Si la lucha continúa, la proporción de las fuerzas tiene que modificarse. Alemania y Austria-Hungría están lejos de haber utilizado sus recursos en reservistas, de modo que podrán constituir divisiones nuevas con tal de que formen los mandos y desarrollen el material. Por el contrario, Francia, una vez terminada la movilización, apenas ha dejado a 680.000 reservistas en los depósitos de la retaguardia: cuando estos efectivos hayan servido para suplir las pérdidas del ejército combatiente, ¿qué quedará para aumentar el número de las grandes unidades? Es cierto que en Gran Bretaña y en Rusia los recursos humanos son considerables; pero ¿cómo sacar partido de ellos? La opinión pública inglesa sigue siendo hostil hacia el servicio militar obligatorio. Por otro lado, sería inútil hacer un llamamiento en nombre de las banderas a una masa de hombres a quienes no se podría armar ni

encuadrar. Los hombres que se enrolan voluntariamente constituyen y seguirán constituyendo hasta finales de 1915, todos los efectivos necesari-

os para formar nuevas unidades; pero hay que crear un armamento completo, instruir a los mandos y organizar los estados mayores. El desarrollo de las fuerzas militares británicas va a ritmo lento. El estado rusa-

no sabe que siempre puede echar mano de la masa de los diecisiete millones de hombres no movilizados; pero hasta 1915, la ley no le permitirá enviar a combatir a los de segunda reserva; por otra parte, ¿cómo se las iba a arreglar para dar armas y jefes a los nuevos reclutas, si el ejército movilizado ya escasea en ambos? S desde

El equilibrio entre las fuerzas navales de los beligerantes, e 1

luego, ventajosa para la Entente. Es cierto que, la marina rusa ---Ocho acorazados y veintidós cruceros--- sólo puede desempeñar un papel p. sivo: está recluida bien en el mar Negro, del que no puede salir, bien el Báltico, cuya entrada -los estrechos daneses- está cerrada desde

de minas. Pero en el Mediterráneo, Franco primer día por una barrera de minas. El estado de los ha concentrado la casi totalidad de sus fuerzas navales, en virtud de los acuerdos técnicos que pactó a principios de 1913 con Irigola: « Inglaterra:

1 francesa, que Sigueri apoy
21 acorazados y los 30 cruceros de la flota

lidad ita" dos por una escuadra inglesa, disponen, gracias a la neutra,

Las fuerzas morales de un margen de superioridad muy amplio respecto al enemigo que sólo tiene 11 acorazados austro-húngaros y dos cruceros alemanes. La flota alemana, pese al esfuerzo desplegado en construcciones por el almirante Tirpitz desde el año 1900, sigue siendo muy inferior a la flota inglesa: 40 acorazados en un bando y 64 en el otro; 4 cruceros de guerra contra 10; 50 cruceros pequeños contra 108, y el resto por el estilo. La calidad del material alemán no puede compensar esta diferencia. Teniendo en cuenta únicamente las escuadras reservadas para una gran batalla, la desproporción resulta así de patente: la gran Flota del almirante Jellicoe dispone de 28 acorazados, 4 cruceros de guerra, 8 cruceros acorazados; la flota de alta mar alemana cuenta con 20 acorazados y 3 cruceros de batalla. Las potencias centrales no pueden pretender abordar la lucha por mar, al menos mientras sea tan grande la desproporción de fuerzas.

II. LAS FUERZAS MORALES 6

En esta lucha que enfrenta a millones de hombres, el valor y la resistencia nerviosa de los combatientes a veces se ven sometidos a la más dura de las pruebas: para «resistir» bajo el fuego de la artillería, para atacar exponiéndose a los tiros de las ametralladoras, para soportar el frío, el insomnio y la miseria, el soldado de infantería necesita un ardor, una abnegación y una tenacidad en el sacrificio, que suponen el don total de sí mismo. A medida que los sufrimientos se prolongan, el entusiasmo ya no basta para conseguir que los hombres sigan adelante; han de tener una fría obstinación, una especie de indiferencia hacia su destino personal, una gran entereza. La guerra del siglo XX, guerra «de material», exige en mayor medida que las precedentes, cualidades morales.

Pero este esfuerzo de los soldados debe ser sobrellevado y sostenido Por un esfuerzo de las naciones enteras. El ejército no es más que el pueblo en armas. Para mantener la energía de los combatientes, es preciso que, en todo el país reine la misma resolución, la misma voluntad de ven-

no'que se entregue a la lucha sin reservas, sin segundas intencio~ r,es, que olvide las rencillas políticas, sociales o religiosas; en una pala-

b. de consulta.- Frank Chambers, *The war behind the war 1914-1918. A study -'cal and avilian fronts* (Londres, [1939], in-S'); coronel Degrasne, «La guerre P.63- Te Pendant le preneuer conflit mondial», en R. historique de l'Armée, 1957, n' 3,

- Sobre las cuestiones constitucionales, Joseph Barthélemy, *Le droa ublic en del* (París, 1915-1916, 6 fasc., in-So)- H. p

1 Ilignrgsten, *Les pleins pouvoirs. L'expañlívours gouvernementaux pendant et après ande guerre* (París, 1934, in-S'; tradel sueco); sobre la actitud de los socialistas, además de las obras generales citadas
107, éa,'C. o*; de la --;le Bl-ch, «Les s-cialistes allernands en juillet 1914» en la Revue d'hís-

19., guerre PnOfld,"ale, año 1933, pp. 240-2721- J. Bardoux, J. Ramsay' Mac Donald (Pa- '41-16)--- Sobre los problemas rela. kln4 49 tivos a Austria-Hungría, V. Bibl, (Esterreich- 'e"Ql"isc,be Lage bez Ausbruch des We1tkrieges, en los Berliner Monatshefte, ju-

PP 584-598.

194

195

bra, que nada consiga hacerla dudar de sí misma. La lucha entre las naciones no se libra sólo «en el frente»; es inseparable de la situación política y social de cada Estado.

Desde los primeros días del conflicto, los hombres de Estado, en todos los países beligerantes, se están enfrentando con dificultades inesperadas. Para resolverlas hay que tomar sin tardanza iniciativas extraordinarias. Ahora bien, en ningún sitio se ha previsto una organización concreta de los poderes públicos en caso de guerra. Las únicas medidas que se ha pensado con antelación son de índole administrativa: se refieren a la política, al control de los transportes; pero no afectan a la organización gubernamental. De hecho, la adaptación necesaria se efectúa rápidamente. Para mantener la disciplina de un país, para determinar las decisiones urgentes, el poder ejecutivo necesita ejercer una autoridad mayor y poseer una libertad excepcional. La opinión pública lo comprende y no cuenta con las asambleas parlamentarias, donde las discusiones son lentas, así que está dispuesta a depositar su confianza en unos cuantos hombres. El poder ejecutivo está logrando una situación privilegiada en

todas partes.

En Alemania, el régimen especial destinado a prever las circunstan-

cias de guerra, se organiza rápidamente. Las constituciones de los Estados alemanes, conceden a los soberanos poderes importantes en la mayoría de los casos. En Prusia, en el Wurtemberg, de Baviera, el rey posee el derecho de promulgar disposiciones, en ausencia de las asambleas legislativas, cuando lo exija la seguridad pública. La aplicación de estos

textos reserva pues a los diversos gobiernos unas posibilidades de acción excepcionales. En cuanto al gobierno del Imperio, tanto en tiempo de guerra como de paz, tiene el campo libre: ni el canciller ni los secretarios de Estado dependen de un voto de confianza del Reichstag; pueden se-

guir en funciones, incluso si la mayoría del Parlamento no los aprueba. Por otra parte el Reichstag se muestra dispuesto a ceder una parte de sus

derechos. Desde el 4 de agosto de 1914, está dando a la asamblea de los delegados de los Estados, el Bundesrat, o sea, el poder de tomar todas las medidas necesarias para poner remedio a las dificultades económicas.

En Austria y en Hungría, la legislación de los dos Estados había previsto que en caso de guerra, el gobierno podría ejercer poderes excepcionales. A partir de julio de 1914 se deciden por simples decretos, el es-

tablecimiento del estado de sitio, la requisita de los medios de transporte y la institución de los consejos de guerra cuya competencia se extiende en algunos casos a la misma sociedad civil. ¿Qué más se puede decir? En Hungría, el conde Tisza, jefe del ministerio, detenta una situación personal lo bastante fuerte como para no tener que suspender el ejercicio de las leyes constitucionales; en el Parlamento de Budapest, puede apoyarse en una mayoría de diputados magiars, que le permite pasar por alto la oposición de los elementos rumanos de Transilvania, servios y

1 trel-

croatas de las regiones meridionales y eslovacos de los confines septentrionales. En Austria no ocurre lo mismo: el gobierno no tiene una nla-

oría estable en el Parlamento; de modo que ha decidido no convocar el Reichstag y hacer uso del artículo 14 de la ley constitucional, que lo autoriza, siempre que el Parlamento no celebre sesión, a promulgar decretos con fuerza de ley. Para ejercer esta dictadura de hecho, el gobierno austriaco no se apoya en la administración civil, sino en las

autoridades militares, según un programa establecido desde 1912.

Los Estados parlamentarios de la Europa occidental no disponen en su estatuto constitucional de los mismos recursos que los imperios centrales. La adaptación a las exigencias del estado de guerra es pues más delicada y compleja. ¿En qué medida va a renunciar el Parlamento a sus derechos en provecho del gobierno? Un Estado neutro como Suiza dará el ejemplo. Desde el 3 de agosto de 1914, adopta un régimen de excepción. Las asambleas legislativas -el Consejo nacional y el Consejo de los Estados- otorgan al «Consejo federal», es decir, al ejecutivo un «poder ilimitado» para tomar todas las medidas necesarias relativas a la seguridad del territorio y al mantenimiento de la actividad económica; estas asambleas le conceden además el derecho a hacer préstamos y a decidir presupuestos para gastos sin interferencias provocadas por restricciones legales.

Ni Francia ni Inglaterra, juzgan necesario adoptar medidas tan amplias, pues están en plena lucha por la existencia.

En Francia, se había pensado varias veces, a lo largo de los veinte años que precedieron al conflicto de 1914, en instituir un «gobierno de guerra»; pero el Parlamento desechaba siempre esos proyectos, manifestando el deseo de aplazar cualquier idea de revisión constitucional. Las medidas previstas por la ley para ser aplicadas en tiempo de crisis eran confusas y fragmentarias: el gobierno tenía derecho, en caso de guerra, a militarizar los ferrocarriles, a hacer requisas para las necesidades del ejército y a establecer el «estado de sitio», es decir, a suspender in parte las garantías de la libertad individual, y a otorgar a la autoridad militar poderes policiales. Las previsiones oficiales no iban más lejos. Sin duda, el consejo de ministros había estudiado desde 1912, qué medidas conirendría tomar para adaptar el desarrollo normal de las instituciones a las exigencias del estado de guerra, pero no comunicó esos proyectos al Parlamento. El 4 de agosto de 1914, la Cámara de diputados vota una serie de medidas excepcionales: concede al gobierno el derecho a suspender la libertad de prensa; confirma el régimen de estado de sitio, sin límite de tiempo; por último autoriza al ministro de Hacienda a realizar gastos sin autorización legislativa y a procurarse por decreto recursos extraordinario, en forma de adelantos de la Banca de Francia o de préstamos a corto plazo. Una vez conseguido ese voto, el Parlamento se separa y deja al gobierno el mayor poder de acción posible. Pero no se llega a modificar las leyes constitucionales ni, a consentir una delegación del Poder legislativo ni a suspender el funcionamiento del régimen parlamentario -1

ario. Gra, Bretaña, donde las relaciones de los poderes públicos son

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

resultado de un conjunto de principios y de tradiciones que no están definidos en una constitución escrita y rígida, las soluciones son sencillas. La Cámara de los comunes no duda en ceder, en beneficio del gobierno, una gran parte de sus prerrogativas: el 8 de agosto de 1914, vota el primer Defence of the Realm Act (Acta para la defensa del reino), completada a continuación por otras actas similares del 28 de agosto y del 27 de noviembre. En virtud de estos textos, el rey queda autorizado a tomar las medidas que las circunstancias impongan, a través de las «órde-

nes en consejo»; puede limitar la libertad de prensa, establecer consejos de guerra, modificar las atribuciones de las autoridades civiles y militares; puede, por último, promulgar todos los reglamentos aptos para confirmar la seguridad y la defensa del reino. Para la aplicación de estas decisiones generales, pronto se autorizará a los departamentos ministeriales a decretar regulaciones que permitan organizar el control del Estado sobre toda la actividad económica. La jurisprudencia interpreta esos poderes en su sentido más amplio, pues admite que los reglamentos establecidos en virtud del Defence of the Realm Act pueden modificar las leyes existentes, con tal de que estén en juego la seguridad del Estado o

la defensa del país, claro. La Cámara de los comunes mantiene únicamente un derecho de fiscalización sobre las actas del gobierno, que ejerce haciendo preguntas a los ministros, sobre todo en el momento del voto de los créditos. En conjunto, la delegación que el Parlamento ha consentido al poder ejecutivo es sensiblemente más amplia que en Francia.

Bélgica, invadida desde el 4 de agosto de 1914, se ve obligada a fijar, desde un principio medidas excepcionales. La ley otorga al gobierno una

delegación parcial del poder legislativo: el rey tiene derecho a tomar por decreto todas las medidas necesarias relativas al abastecimiento de la población, a suspender la ejecución de las obligaciones civiles y comerciales, a promulgar prohibiciones en materia de exportación.

Por todas partes y bajo diversas modalidades, la consigna es la misma: hay que actuar, dar al gobierno los medios que solicita, confiar en él, sin imponerle un control estrecho e inoportuno. El poder ejecutivo dispone pues de una autoridad singular, de derecho o de hecho. Si para cada decisión tuviese que pedir un voto parlamentario, ¿podría cumplir con su cometido?

Pero, para que la maquinaria gubernamental dé el impulso necesario, tiene que contar en la opinión pública, con un punto de apoyo y debe ser sostenida por la unanimidad de las fuerzas nacionales. En el momento de comenzar el conflicto, todos los jefes de Estado, hacen el mismo llamamiento a la unión. El mensaje del presidente de la República en el Parlamento francés, el 4 de agosto de 1914, es bastante tajante: «En la guerra que se inicia, Francia tendrá para sí el derecho, del que ni los pueblos ni los individuos, pueden impunemente desconocer su eterno Poder moral. Este país será heroicamente defendido por todos sus hijos, y riada romperá ante el enemigo la unión sagrada de los que hoy están fratel-

- 198 -

Las fuerzas morales

nalmente congregados en una misma indignación contra el agresor y en una misma fe patriótica». El manifiesto del zar expresa la misma idea: «olvádnos, en este momento crucial, nuestras discordias interiores. ¡Qué los vínculos que unen al zar con su pueblo se hagan cada vez más fuertes, y que Rusia pueda levantarse como un solo hombre para rechazar el insolente ataque del enemigo!» Y el emperador de Alemania se hace eco de esos discursos: «Ya no conozco partidos; sólo conozco alemanes», dice a la multitud reunida ante el palacio real, En el Reichstag, en la sesión solemne del 4 de agosto, declara: «Nuestro ejército está en campaña, nuestra flota lista para el combate. Tras ellos está todo el pueblo alemán, todo el pueblo alemán unido como un solo hombre».

Esta unión nacional ¿es una realidad o sólo un deseo? Hay dos fuerzas que pueden amenazarla: una, es el ideal internacionalista del socialismo; otra el sentimiento de los grupos alógenos, de las «minorías nacionales».

7 La Internacional, en sus congresos del período anterior a la guerra había dictado a los socialistas su deber: impedir el conflicto «por todos los medios»; esforzarse, en caso de que estallase, en detenerlo lo más rápidamente posible; aprovechar, en última instancia, la crisis económica y política que crea la guerra para excitar a las clases Populares más desfavorecidas y precipitar la caída de la dominación capitalista: El 29 de julio de 1914, la junta socialista internacional reunida en Bruselas, había pedido a todos los socialistas de los Estados amenazados por la guerra que se manifestasen con vigorosas demostraciones y ejerciesen sobre sus gobiernos «una presión más enérgica que nunca». ¿Cabía esperar resistencias o desórdenes? En San Petersburgo, donde un movimiento huelguista había empezado a mediados de julio, el gobierno podía temer que hubiese dificultades. En París, en el momento del asesinato de Jaurés (31 de julio), la emoción popular, durante unas horas provocó cierta inquietud. En Berlín, Guillermo 11 estaba ansioso y para romper toda posible resistencia, recomendaba el empleo de la fuerza «sin miramientos». Pero estos temores eran vanos; los partidos socialistas daban primacía a la idea nacional antes que a la internacional, a la idea de derecho antes que a la paz. Todos otorgan su apoyo a sus respectivos gobiernos: en Alemania, el 29 de julio, el canciller convoca a uno de los Jefes socialistas, Südekum, y le pregunta si puede contar con la cooperación de su partido; la misma noche, recibe la certeza de que no va a organizarse ningún movimiento huelguista, y, el 3 de agosto, el grupo parlamentario decide votar los créditos de guerra por 92 votos a favor y 14 en contra. La minoría e pliega a la disciplina del partido: el 4 de agosto,

los socialistas darán sus votos al gobierno, por unanimidad, en la sesión del Reichstag. La declaración del partido se contenta con afirmar que la social-democracia no quiere hacer una guerra de conquistas, que desea una paz «que

Véase p. 109.

- 199 -

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

facilite la amistad con los pueblos vecinos». En Francia, el grupo parlamentario socialista acepta, a su vez, la consigna de unión sagrada. Todos los proyectos de ley que el gobierno presenta a la Cámara de diputados el 4 de agosto, se votarán sin debates. «De lo que hoy se trata es del futuro, de la vida de Francia. El partido no ha dudado ... », declara el manifiesto socialista del 28 de agosto.

En Londres y en Petersburgo, la fórmula de unión se impone también, pero los socialistas no se adhieren a ella por unanimidad. El grupo socialista de la Cámara de los comunes cuenta con 42 miembros. El 3 de agosto el primer ministro, Asquith, ofrece al líder del partido, Ramsay MacDonald, un escaño en el gabinete, pero recibirá una negativa: «No quiero saber nada de este asunto», declara el líder laborista. Pero, para justificar su actitud, no invocará los principios internacionalistas, sino

que da primacía a los problemas de oportunidad: no es seguro, dice, que lo único que esté en juego sea la cuestión belga o que «el poder, el genio y la civilización de Francia» estén en peligro; por el contrario, hay razones para temer, que la victoria de la Entente desemboque en una hegemonía rusa y del zarismo. Así que Gran Bretaña hubiera tenido que ser neutral; era su deber. Dos días después, el comité ejecutivo del partido desautoriza a su jefe: a MacDonald sólo lo apoyan cuatro de sus amigos. La mayoría de los laboristas otorga su voto al gobierno, y la minoría, de momento, guarda silencio. En la Duma, algunos socialistas ex-

tremistas -unos diez- permanecen fieles a sus principios y se pronuncian contra la guerra; pero su oposición no sólo es formal: están en contacto con el grupito de emigrados que rodea a Lenin en Suiza; de estos reciben la consigna: la guerra debe permitir a Rusia el derrocamiento del régimen zarista. El otoño de 1914, el gobierno tendrá pruebas de dichos contactos, pretexto que aprovechará para detener a cinco de estos diputados socialistas, sin resistencias que se le opongan, sin levantar protestas.

Así pues, en todos los grandes Estados beligerantes de principios de guerra, la doctrina socialista internacionalista ha fracasado. La junta so-

cialista internacional, que acaba de irse de Bruselas para instalarse en La Haya, es consciente de su impotencia y durante los primeros días, ni siquiera trata de reaccionar.

El problema de las minorías nacionales es, de entrada más grave. Únicamente Francia desconoce las dificultades que representa para un gobierno la presencia de poblaciones alogenas en su territorio. Todos 101 demás países beligerantes conocen esos problemas, aunque, en grados distintos. En Alemania, las poblaciones no alemanas -los alsacianos- los daneses de Slesvig y los polacos por no mencionar ,

3 más que los grupos importantes- forman un total de 5.000.000 millones de horn. bres; pero no son capaces de oponer una resistencia efectiva. Para el go- @ la

-Tr-

rno de Berlín, la cuestión de las minorías nacional pcción de medidas de rigor administrativo y de

bie es se c ncreta 1 ado vigilancia poli"a”

Gran Bretaña tiene otras preocupaciones, pues el problema de Irlan-

200

Las fuerzas morales

da provoco en la primavera de 1914 y hasta la misma víspera de la declaración de guerra, discusiones apasionadas. Ciertamente, ante la perspectiva de un conflicto europeo, el jefe del grupo irlandés en la Cámara de los comunes, John Redmond, afirmó el 3 de agosto, que el gobierno podrá contar con su leal apoyo; pero ¿en qué medida la población de Irlanda permanecerá fiel a esta consigna? Los acontecimientos de 1912 y

1913 habían demostrado que la juventud irlandesa ‘ no había olvidado la vie'a tradición revolucionaria; la crisis internacional era para los «irre-

j conciliables» una ocasión de manifestar, una vez más, su voluntad de independencia a la vez que probaban que el alma de la nación seguía viva. Incluso en el momento en que, respondiendo a la llamada de John Redniond, Irlanda propicia al ejército británico reclutas voluntarios, el gobierno inglés no deja de tener presente este peligro.

La actitud de las minorías nacionales también preocupa al gobierno ruso. La población rusa, de religión ortodoxa, forma un bloque compacto de 110 a 120 millones de habitantes, en el centro del imperio; pero en sus confines viven de 25 a 30 millones de alógenos. Si bien es cierto que las poblaciones turco-tártaras de las regiones del Volga y de los Urales no son muy importantes por carecer de contactos con Europa, también lo es que la presencia, en las provincias bálticas, en los países del Vístula y del Boug, de nacionalidades que sufren el dominio ruso, constituye para la política general del imperio un arsenal de dificultades. El millón de rumanos de Besarabia, los 9.000.000 millones de polacos, los

4.000.000 millones de letones, de lituanos, de estonios, y los 3.000.000 millones de finlandeses ocupan precisamente las regiones ribereñas, las regiones donde pueden llevarse a cabo las operaciones militares. De estas minorías nacionales, el grupo finlandés y el polaco son los que tienen una conciencia nacional más activa y pueden hallar en la guerra un pretexto para provocar disturbios separatistas; ahora bien, el territorio Polaco está condenado a ser campo de batalla y el territorio finlandés está muy cerca de San Petersburgo. Además los 5.000.000 millones de ‘udíos que vi
j

iven al oeste del imperio, no tienen el menor motivo para servir fielmente a n gobierno que nunca confió en ellos y que tan frecuentemen~ te los m trató. Así pues, en la lucha que se inicia no hay ni que pensar en reagrupar bajo un mismo lema al conjunto de la población del imperio. . Por último, la situación de Austria-Hungría es de tal índole, que la Misma noción de guerra nacional se desconoce. Allí las minorías nacionales, checos de Bohemia, polacos y rutenos de Galitzia, rumanos de Transilvania, eslovacos de Hungría septentrional, eslovenos y croatas, bo,ni,cos y dálmatas, a los que hay que añadir además los italianos del Trenti

1110 Y del Istria, tendrían una preponderancia numérica en los Parlamento,, así como en el país, si poseyesen un derecho de sufragio igual al de las dos razas dominantes. Lo que mantiene la cohesión es la fuerza

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

de la maquinaria administrativa- Es verdad, que estas minorías nacionales, en 1914 no tienen aspiraciones separatistas muy delimitadas: la vida en común y el vínculo dinástico han establecido cierta solidaridad p la guerra puede proporcionar una ocasión para liberarse del dominio ál`eo mán o magari a aquellas poblaciones que posean una tradición polític -

y que no hayan perdido de vista la rei Í a

1 vindicación, aunque sólo sea a nivel teórico, de la independencia.

Es cierto que en agosto de 1914, las fuerzas de disociación todavía no se manifiestan con claridad. En todos los Estados, la movilización está llevando a cabo en condiciones mucho mejores de lo que la adn 0 nistración hubiera podido nunca pensar. Cuando aparezca la per,pectí a de una guerra larga, la cohesión nacional se convertirá en un elemen1t`o importante dentro del equilibrio de fuerzas.

III. LAS PERSPECTIVAS DIPLOMÁTICAS9 El trabajo diplomático ha comenzado incluso antes de que los ejércitos enemigos se hayan puesto en contacto. Ya parece posible adivinar en qué sentido se orientan las aspiraciones nacionales de los países neutros europeos y qué posibilidades ofrecen a los beligerantes.

Los Estados neutros de Europa, estan pendientes de la situación. El curso de los acontecimientos de la guerra puede amenazar la integridad de sus territorios o lesionar sus intereses económicos. La reglamentación del conflicto no puede dejar de preocupar a estos países neutros desde el momento en que puede dar lugar a una modificación importante del estatuto territorial o a un cambio de las condiciones de equilibrio entre las grandes potencias. Ningún Estado es indiferente a la lucha que se está iniciando, y cada uno de ellos se pregunta si el papel de espectador pasivo puede bastar para salvaguardar sus intereses. Los beligerantes cono- J cen estas inquietudes e intantan sacarles partido.

El grupo de los Estados del norte es el más tranquilo. Es verdad que Holanda se encuentra en una situación difícil, ya que su territorio de Limburgo está inserto entre la zona de concentración del ala derecha de las fuerzas alemanas y el territorio belga ¿Se violará la neutralidad del país? Desde el día 4 de agosto, Gran Bretaña había anunciado al gobiello holandés que estaba dispuesta a cooperar con él para mantener la 11dependencia del país. Pero a Alemania no le interesa invadir el territorio holandés y provocar de ese modo el bloqueo de las costas neerlande,.’

«Obras de consulta.-Además de A. Pingaud, citado en p. 190, véase P. Herre, «D’e kk@

1932 o nen Staaten und die Entstehung des Weltkrieges», en los Berliner Monatshefte, nOv julio 1933; N. Iorga, «Comment la Roumanie s'est détachée de la Triplic,», . la R-1rique du Sud-Est européen, año 1932, pp. 232-307; F. Notovic, Dilomaticeskala

- de 11 9-co v gody pervoj mirovoi vojny, [La lucha diplomática durante los primeros ano, d5 k mundial] (Moscú, 1947, in-So); W. H. Car1gren, Neutralitát oder Allianz’ Deutsch1a”

colmo, 1962, z;ehungen zu Schweden in den Anjangiabre der ersten Weltkrieges (Esto

Y

por p Las Perspectivas diplomáticas

arte de la Entente; cuenta con el puerto neutro de Rotterdam para proveerse de las materias primas y de los recursos alimenticios que pront. necesitará. De modo que se compromete a respetar la neutralidad, si el gobierno de los Países Bajos adopta una actitud condescendi pecto a ella. lente res-

Los tres Estados escandinavos tienen diferentes Y simpatías opuestas. Noruega, cuya reina es una prl inglesa, está v-

incesa 1 Gran Bretana por sus intereses económ’ inculada a

icos. Dinamarca da muestras de ansiedad: la importancia estratégica de su situación es evidente, ya que el archipiélago danés regula la entrada del Báltico.

1. Este país no siente la menor simpatía hacia Alemania, y no puede olvidar que Bismarck le quitó el Slesvig; pero en relación a este gran imperio vecino, experimenta

de todo, un sentimiento de temor. Cuando, el 5 de agosto, Alemania intimide al gobierno danés para que siembre de minas los estrechos con objeto de cerrar el Báltico a la flota inglesa, Dinamarca no se atreverá a dar una negativa. En Suecia, por el contrario, ciertos ámbitos políticos se inclinan hacia Alemania, por

que tienen miedo de Rusia. En la semana precedente a las declaraciones de guerra, la diplomacia alemana intenta convencer al gabinete danés

de no servir a Wallenberg, para que se pronuncie a favor de las potencias centrales y Rusia cree necesario.

o tomar precauciones militares en Finlandia. La Entente trata de contrarrestar el juego alemán prometiendo a Suecia que se respetará la integridad de su territorio. El 4 de agosto, el gobierno sueco, a ejemplo de Dinamarca y de Noruega,

1. su neutralidad. A partir de ese momento tres Estados escandinavos se disponen a anunciar, a través de un comunicado común, su intención de permanecer al margen del conflicto.

El grupo de los países mediterráneos abre un campo de acción más amplio para la actividad diplomática. España no tiene intereses directos en el Mediterráneo. El grupo de los países mediterráneos abre un campo de acción más que satisfacer, mantiene buenas relaciones con Francia desde que se concluyeron los tratados de 1801.

1. El rey declaró al gobierno francés, en 1913 que era enemigo de Francia. El gobierno francés, «mientras él viva», su país no se comprometerá en el conflicto.

agosto) y añade que Francia puede confiar enteramente «en la actitud española».

Udo, de España en el conflicto y retirar, si, ningún temor, sus tropas de la región pirenaica. Portugal, antiguo aliado de Gran Bretaña, incluso antes de las declaraciones de guerra, informó al gabinete de Londres, que estaba dispuesto a actuar «en completa cooperación» con él. El gobierno británico

piensa que, «de momento», Portugal no es necesaria la intervención de otra potencia.

El 3 de agosto la actitud de Italia tiene una importancia de primer orden. Italia hace su declaración de neutralidad.

la negativa que recibió del imperio austro-húngaro, apoyándose en la neutralidad de España. El gobierno austro-húngaro acerca de sus relaciones con Italia.

1. En lo que respecta a la duración de esta neutralidad,

el 11 de agosto, del conflicto, Guillermo II se plantea la posibilidad de una intervención alemana.

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914

bilidad de convencer a Italia para que entre en el conflicto. Las declaraciones de los círculos oficiales italianos, militares o diplomáticos, no permiten concebir esperanzas: Italia deja caer, como el que no quiere la cosa, la idea de exigir al imperio austro-húngaro la cesión del Trentino. De hecho, la diplomacia italiana está intentando saber lo que podría conseguir de la Entente si interviniese junto a ella contra sus aliados. El 3 de agosto, el embajador de Italia en Petersburgo, hace una gestión significativa en una conversación con Sazonov: se pregunta, dice, si su gobierno no

podría adquirir «una situación preponderante» en el Adriático a cambio de su intervención. Sazonov tiene la impresión de que se trata de una «proposición» seria; e inmediatamente avisa a Francia y a Gran Bretaña. A partir de este momento la Entente considerará el modo de satisfacer las peticiones italianas.

El grupo balcánico es objeto de preocupaciones más inmediatas. Las guerras de 1912 y 1913, que trastocaron completamente el mapa de la península, han dejado tras de sí odios y rencores; el tratado de Bucarest (10 de agosto de 1913), que consagró la derrota de Bulgaria, no es aceptado por el vencido. Servia es beligerante; que salga o no victoriosa, que logre ampliar sus territorios o que sufra un desmembramiento, lo cierto

es que el equilibrio inestable impuesto en 1913 se modificará. Los temores y las codicias están pues, al acecho. La diplomacia de los beligerantes tiene el camino trillado. La incorporación en la guerra de uno de los Estados balcánicos puede ser de una importancia decisiva no sólo para los destinos de la campaña austro-húngara contra Servia, sino para las operaciones del propio frente ruso. Desde el punto de vista militar, los re-

cursos de estos Estados son, por otro lado, muy diferentes: Turquía, con

sus 21 millones de habitantes es quien posee, con mucho, la «reserva de hombres» más importante; pero ya no conserva más que un pie en Europa. Rumanía (siete millones y medio de habitantes) puede poner en línea de combate fuerzas considerables. Grecia (cuatro millones ochocientos mil habitantes) y Bulgaria (cuatro millones setecientos mil habitantes) representan, teóricamente, una fuerza más o menos similar a la de Servia; pero el ejército búlgaro (las victorias que se llevó durante la Primera guerra balcánica ya lo demostraron) es bastante superior al ejército griego. La actitud de cada uno de estos Estados en relación al conflicto europeo está determinada por intereses, simpatías o compromisos que se-

ría útil recordar 11.

En 1883, Rumanía había pactado con Austria-Hungría, un tratado de alianza defensiva que la obligaba a intervenir en caso de que la Doble Nación alguna vez fuese atacada en una parte de su territorio «Inlítóf, con Ruffl

nía) y «sin provocación directa por parte del imperio austro-húngaro. Pero, desde que se libró la segunda guerra balcánica, la política rumana* había evolucionado, a causa de las simpatías que el gobierno de Viera fO”

Véanse pp. 150-161.

204

Las perspectivas diplomáticas

manifestaba hacia los búlgaros. Por otra parte, existía un fuerte irredentismo rumano. Las aspiraciones nacionales podían volverse bien hacia la Besarabia rusa o bien hacia los territorios austro-húngaros donde vivía una importante población rumana: Transilvania, Bukovina y el Banato. En los primeros días de julio de 1914, el gobierno de Bucarest es objeto de apremiantes solicitudes: las potencias centrales le ofrecen la conquista de Besarabia si ejecuta el tratado de alianza; la Entente pone de relieve que la adhesión de Transilvania sería muy gratificante para «el ideal nacional». Pero el gobierno rumano tiene sus reservas. El 3 de agosto, el Consejo de la corona, tras un dramático debate decide la neutralidad. pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Rumanía va a perderse la ocasión de satisfacer sus aspiraciones? Hay aquí dos fuerzas que se están enfrentando. La opinión Pública, alentada por algunos de los hombres políticos más influyentes, es, en gran parte hostil al imperio austro-húngaro, cuyo representante en Bucarest, el conde Czernin, se da cuenta de que en torno a él se respira «un ambiente de odio». El rey Carol, un Hohenzollern, ex-oficial prusiano, es partidario resuelto de las potencias centrales; no pudo convencer a sus ministros y obedecer así «al impulso de su corazón» que le instaba a enviar a su ejército para combatir en las filas de la Triple Alianza; pero los servicios que ha prestado al país durante casi cincuenta años le aseguran una autoridad suficiente para hacer frente a los que desean arrastrar a Rumanía hacia el campo de la Entente.

Bulgaria, que había sido vencida en el verano de 1913, no ha perdido la esperanza de tomarse la revancha: no pierde de vista la región de Dobroudja, que tuvo que ceder a Rumanía; y sobre todo sus ojos están puestos en la Macedonia griega y en la Macedonia servia. La guerra europea y la amenaza que pesa sobre Servia por parte del imperio austro-húngaro son pues, para la política búlgara, circunstancias favorables. ¿Las aprovechará para atacar a los servicios? Las potencias centrales solicitan la cooperación de Bulgaria; han establecido un proyecto de tratado de alianza que someten al gobierno de Sofía el 29 de julio. Pero Rusia está al acecho hace un llamamiento a la tradición histórica, a la solidaridad eslava; da esperanzas a Bulgaria de que podrá obtener compensaciones en la Macedonia servia

si la Servia victoriosa realiza, en el norte o en el oeste, ampliaciones territoriales. El gobierno búlgaro juzga más prudente mantener una «neutralidad de espera» «quiere concederse un respiro ». Lo cierto, sin embargo es que no va a perder esta ocasión y querrá aprovecharla de las circunstancias para resolver en provecho propio la cuestión de Macedonia. Des

trás del presidente del consejo Radoslavov, el rey Ferdinand sigue siendo el verdadero dueño de la política exterior. Después de la segunda guerra balcánica, Grecia se había anexionado

territorio de Serés, Drama y Cavalla; y quiere defenderlo de la codicia

Si además mira a lo lejos, le vendrán a la mente las poblaciones que se encuentran en Tracia oriental, en territorio turco, en las del mar Egeo, bajo el dominio turco o la ocupación italiana y en Macedonia. La «gran idea» griega lleva en su germen un conflicto con

El equilibrio de las fuerzas en agosto de 1914 Turquía, un conflicto que parecía posible apenas un mes antes de que co-

menzase la guerra mundial. Por otra parte, el tratado de alianza pactado entre Grecia y Serbia el 1 de junio de 1913 en previsión de la segunda guerra balcánica, sigue en vigor: el *casus foederis* continúa teniendo validez si uno de los dos Estados fuese atacado por Bulgaria. Los compromisos internacionales de Grecia deberían pues inclinarse hacia el lado de la Entente: ésta es la política del presidente del consejo Venizelos. Pero el rey Constantino es cuñado de Guillermo 11; y ha mantenido un respeto, a veces temeroso, hacia la fuerza alemana, como consecuencia de su

estancia en la *Kriegsakademie* de Berlín. Esta divergencia de opinión es

complicada y se ve dominada, incluso por una rivalidad personal: Venizelos está dispuesto a imponer sus puntos de vista, con el apoyo de su

mayoría parlamentaria; el rey, autoritario como es, no quiere renunciar a hacer su política personal. Sin embargo, a primera vista, el conflicto en-

tre estos dos hombres todavía no es patente. Venizelos solicitado por Serbia a fines de julio, responde que no toleraría un ataque dirigido por los búlgaros contra los serbios, porque el tratado de Bucarest quedaría, de ese modo, en entredicho; pero, mientras Bulgaria no intervenga cree estar cumpliendo «con todo su deber de amigo y de aliado» al mantener una neutralidad condescendiente. Constantino está siendo blanco de las interpelaciones enérgicas y amenazantes de Guillermo 11, el cual lo llama «camarada», «mariscal alemán», «cuñado» y le pide su intervención junto a las potencias centrales, porque si no «todo se habrá roto» entre Alemania y Grecia. Constantino responde afirmando sus «simpatías personales» por la causa alemana, pero también declara que la neutralidad es

necesaria, pues «el Mediterráneo está en manos de las flotas anglo-francesas reunidas». La neutralidad, para Venizelos no es «una política» es un expediente provisional y útil hasta el momento en que Grecia encuen-

tre una ocasión favorable para satisfacer sus aspiraciones nacionales. Para el rey, esta neutralidad responde a los intereses fundamentales del país.

De entre todos los Estados balcánicos, únicamente Turquía ha tomado partido de forma secreta. Su gobierno, dominado por el comité «Joven turco», se inclina hacia las potencias centrales, que le parecen poseer la fuerza militar. Desde el día 22 de julio, Enver-pacha había ofrecido a

Alemania la alianza turca. Las negociaciones llevadas a cabo rápidamente bajo las órdenes de Guillermo 11, desembocaron en 2 de agosto en la

firma de un tratado dirigido contra Rusia. Pero el gobierno turco, ¡muchos de cuyos miembros protestan contra la amplitud de los compromisos adquiridos por Enver-pacha, no quiere arriesgarse a hacer una declaración de guerra mientras no haya terminado sus preparativos militares. De momento, anuncia a Gran Bretaña su deseo de mantener la neutralidad-

Si los Estados balcánicos, y la misma Turquía, a pesar de los con-

promisos que acaba de firmar, juzgan prudente permanecer a la expectativa, es señal de que su neutralidad es precaria: están siguiendo de cerca

la lucha que se inicia entre las grandes potencias y esperan encontrar en el curso de los acontecimientos una ocasión que les sea propicia.

CAPÍTULO II

LA CAMPAÑA DE 1914

Los adversarios van a medir sus respectivas fuerzas en tres frentes: desde Suiza hasta el mar del Norte, los ejércitos franceses están apoyados en su ala izquierda por el ejército belga y por el cuerpo expedicionario inglés; desde el mar Báltico hasta la frontera rumana se despliegan los ejércitos rusos; a lo largo del Danubio y del Save se concentra el pequeño ejército serbio. Austria-Hungría y Alemania tienen dos frentes de combate cada uno: uno contra los serbios y los rusos, el otro contra los rusos y el bloque formado por los franceses, ingleses y belgas. Entre los

Obras generales de consulta.- La bibliografía es tan abundante que es preciso limitarse a las indicaciones más importantes.

Para las operaciones del frente occidental, además de los compendios de documentos citados en p. 186, véanse los testimonios, Mémoires du maréchal Joffre (París, 1932, 2 vol., in-8'); general Lanrezac, Le plan de campagne français et le premier mois de la guerre (París, 1920, in-12; 2ª ed. 1930); mariscal French, 1914 (Londres, 1919, in-S'; trad. francesa, París, 1919, in-So); general

Huguet, L'intervention militaire britannique en 1914 (París, 1926, in-8' general Spears Liaison 1914. A narrative of the great retreat (Londres, 1931, in-S'); general von Bülow i@ein Bericht zur Marneschlacht (Berlín, 1919, in-S'); general von Küh], Der March auf Paris und die Schlacht am Ourcq, 1914 (Berlín, 1919, in-8'; 2. ed., 1929)--De entre los cuantiosos estudios críticos, R. Kann, Le plan de campagne allemand de 1914 et son éléction (París, 1923, in-So); Jules Isaac, Joffre et Lanrezac. Étude critique des témoignages, sur le rôle de la 5ª armée (París, 1922, in-12); W. Gróner, Der Feldherr wider Wien, Operative Studien über den Weltkrieg (Berlín, 1931, in-So); H. Contamine, La révolution 1871-1914 (París 1957, in-So); P. Schóller, Der Fall Löwen u. das Weissbuch (Coknia, 1958)--- Para la, operaciones sobre el frente orientá, desde el punto de vista ruso, general Danil-ff, La Russie dans la guerre mondiale (París, 1925, in-S'); general Golovine, IZ &storÜ kaInpanii 1914 goda na rousskom fronte (Praga, 1925-1930, 2 vol., in-8o), del mis-

010, «Russian war plan of 1914», en Slavonic Review, abril 1934, pp. 564-584; «La bataille de Gúkje, 1914@, en la Revue militaire française, año 1934, pp. 220-250 y 281-301 ; desde la Pft'Nmva aunro-

alemana
192§ Conrad von Hótzendorff, Aus meiner Dienstzeit, t. V (Viena, ' In_8'); W. Foerster, Briefe und Aufzeichnungen des General-feldmarschalls A. von A(4wÁensen (L - Vun Kurenber"Pzlg, 1938 in-So); Th. von Schäfer, Tannenberg (Oldenburg, 1927, in~S'); J. `elb 9, RUssland; Weg nach Tannenberg (Berlín, 1934, in-S'); R. von Werth Tande 7mR (Paris, 1935 ;ti S' trad. del alemán); en francés, J. Argueyrolles, Le coup de des

nenbe , - ,

C%dia r9 (París, 1937 in-S-), y Jean Savant, L'épopée russe (París, 1945, in-8'), que

C(>n Un talante extreradamente favorable, el papel de Rennenkampf.

206

- 207 -

La campaña de 1914

ejércitos de las potencias centrales, resulta posible establecer un vínculo directo y proceder a diversos desplazamientos de fuerzas. Por el contrario, los frentes constituidos por los ejércitos de la Entente están separados. Además, al principio de la guerra no pueden desplegar el mismo valor ofensivo. El ejército francés ha terminado su concentración desde el treceavo día de la movilización; pero no le es posible arriesgar a fondo su ala izquierda antes de haber establecido el vínculo con los ingleses. El ejército serbio, entregado a sus precarias fuerzas, sabe que el mando austro-húngaro puede lanzar contra él efectivos considerables. Así pues, al principio se ve forzado a mantenerse a la defensiva. Al ejército ruso, lo entorpece la lentitud de su movilización.

Estas condiciones generales explican los planes de campaña.

I. LOS PLANES DE CAMPANAS ²

Las potencias centrales saben con un grado de aproximación suficiente qué fuerzas pondrán en línea de combate sus adversarios; desde el momento en que, de un frente a otro, el enemigo no va a poder desplazar

a sus ejércitos, disponen de toda libertad para elegir el sitio desde donde desplegar su esfuerzo principal. Hace quince años que el estado mayor alemán ha previsto su doctrina: en el frente oriental, donde el ejército

ruso no constituirá un peligro hasta dentro de unas semanas, tiene pensado dejar a los austro-húngaros el peso de las primeras batallas; el mis-

mo estado mayor no concentrará en este frente más que el mínimo de fuerzas necesarias para proteger Prusia oriental: nueve divisiones de in-

fantería y doce brigadas de Landwehr. En el frente occidental, amontonará el resto de las tropas: 78 divisiones de infantería y 10 divisiones de caballería. Ahí es donde va a tratar de conseguir la «decisión». Para lograrlo con rapidez, hay que evitar el ataque de la línea de las fortalezas francesas del este, a cuyo resguardo el mando francés va a concentrar sir' duda alguna sus fuerzas, y operar un «amplio envolvimiento estratégico»: la violación de la neutralidad belga es condición esencial de este plan. Schlieffen, jefe del estado mayor hasta 1905, tenía decidido, desde 1900, que el ala derecha alemana atravesaría el territorio belga. Moltke, su sucesor, ha conservado la misma idea general. «únicamente atravesando el territorio belga podemos atacar y vencer al ejército francés el,

campo raso», escribía en 1913 el jefe de la junta de operaciones del es-

tado mayor, coronel Ludendorff.

² Obras de consulta- Sobre el plan francés (plan XVII), A. Morizet, *Le plan XVII Étude sur l'importance de l'état-major* (París, 1920, in-12); E. Desbrière, «La genèse du plan XVII», en la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, año 1923, pp. 97-118; U. Rey, «Le plan XVII Étude stratégique» (París, 1920, in-16); sobre el plan Moltke, además de 10 obras citadas en p. 207, véase H. von Staabs, *Aufmarsch nach zwei Fronten* (Berlín, 1925, in-8o).

208

Los planes de campaña

El general Moltke -como dijo con sus propias palabras a su colega austro-húngaro en mayo de 1914- confía en que esta ofensiva en el frente occidental le permitirá en 6 semanas «acabar de una vez por todas con Francia» y reagrupar entonces al grueso de sus fuerzas contra Rusia.

Para ejecutar este plan se requieren dos condiciones: lograr contener temporalmente a los rusos y actuar contra Francia con la mayor rapidez posible. El frente oriental, el estado mayor alemán lo sabe muy bien, se encontrará en una situación difícil; es preciso pues, que los austro-húngaros lleven allí a la mayor parte de sus divisiones, en lugar de seguir la inclinación natural que consiste en buscar un triunfo decisivo contra el adversario más débil, es decir, contra Servia. Incluso en estas condiciones, las potencias centrales apenas podrán alinear a más de 50 divisiones (41 austro-húngaras y 9 alemanas) frente a los ejércitos rusos. Pese a la inferioridad numérica, hay que sacar provecho de la ventaja que supone una movilización y una concentración más rápidas para atacar al enemigo antes de que pueda agrupar a todas sus fuerzas y de este modo retrasar, a través de una acción preventiva, el momento de la ofensiva rusa. El ataque sobre el frente occidental, en opinión del estado mayor alemán, tiene todas las posibilidades de éxito: las 78 divisiones de infantería alemanas (activa y de reserva) se encontrarán con 83 divisiones (72 francesas, 5 inglesas y 6 belgas), pero colocadas a las órdenes de tres mandos diferentes. La igualdad numérica quedará así más o menos realizada. El vigor con el que las tropas alemanas toma la iniciativa hará el resto. La masa alemana se dividirá en dos grupos de importancia muy desigual: en el sur de la región de Thionville-Metz, el frente de la Lorena y de Alsacia, será ocupado por 16 divisiones; en el norte, el ala activa, que tendrá su base en Thionville, cuenta con 52. El papel decisivo lo va a jugar la derecha de este ala activa: a través de Lieja y de Bruselas, llegará a territorio francés al norte de

Maubeuge; según estaba previsto, desbordará así a la izquierda del dispositivo francés y no encontrará ante sí más que al cuerpo expedicionario británico. Los ejércitos enemigos, rodeados, tendrán que retroceder hacia el sur, luego hacia el sureste, y por último serán acorralados en la región del alto Sena.

Las potencias de la Entente ¿qué respuesta piensan oponer a este plan de guerra austro-alemán? Saben bien que el frente occidental tendrá que soportar todo el esfuerzo que despliegue Alemania. Los jefes de estado mayor ruso y francés, en sus conversaciones previas a la guerra estaban de acuerdo en admitir que el enemigo lanzaría «a la mayor parte de sus fuerzas contra Francia». Para desbaratar este plan veían un solo remedio: ofensiva vigorosa llevada a cabo por una parte de las fuerzas rusas incluso antes de acabar la concentración. Si el frente oriental alemán se ve amenazado el mando quedará obligado a sacar refuerzos de su frente Occidental debilitando así su gran ofensiva. El mando ruso ha establecido su plan de acuerdo con estos compromisos. Teniendo en cuenta las fuerzas que considera que hay que dedicar para vigilar a Suecia y a Turquía, puede disponer de 74 divisiones en

La campaña de 1914 un plazo de tres semanas aproximadamente después de la declaración de la guerra. Quiere concentrar a 45 sobre el frente suroeste, en Polonia meridional y en Galitzia, frente a los austro-húngaros, que tendrán unos efectivos más o menos equivalentes. Con las otras 29, formará dos ejércitos encargados de hacer una ofensiva convergente contra las nueve divisiones alemanas de Prusia oriental. Incluso antes de disponer de todas sus divisiones, el comandante de estos dos ejércitos iniciará el ataque: debe actuar catorce días después de la movilización, es decir, en la fecha en la que tendrán lugar, muy probablemente, las primeras grandes batallas sobre el frente occidental.

El mando francés, que, como consecuencia de la neutralidad italiana, puede dirigir el conjunto de sus fuerzas hacia la frontera del noreste, está decidido también a tomar la ofensiva. Pero en su apreciación del plan del adversario, comete un error fundamental: pese a que considera como cosa segura la violación de la neutralidad belga, -desde 1904 ha recibido en muchas ocasiones y en relación a esto, datos que no permiten ponerlo en duda-, está convencido de que el ala derecha alemana no pasará del valle del Mosa. ¿Por qué persiste en esta convicción? Por razones tanto de índole política como militar. Limitando su zona de acción en Bélgica, absteniéndose de atravesar Bruselas y de amenazar la costa flamenca, Alemania podía esperar que el gobierno belga no opondría resistencias y que incluso Inglaterra dejaría campo libre. La violación

«res-tringida» del territorio belga sería, desde el punto de vista internacional, menos grave que la violación completa. ¿Por qué suponer pues, que el estado-mayor alemán afrontaría riesgos superfluos? Por otra parte, para desplegar su ala activa por el norte del valle del Mosa, el ejército alemán, no tendría las fuerzas necesarias, o al menos así se pensaba: el estado rna-

yor francés infravaloraba el número de las divisiones de reserva enemigas y desconocía el papel que desempeñarían las primeras batallas. Esta falsa hipótesis es lo que decidió al mando francés a establecer un plan de concentración, el «plan XVII» donde los ejércitos de primera línea tienen sus cuarteles generales en Rethel, Verdún, Neufchâteau y Epirial.

Mientras que el ejército alemán va a empujar hacia el norte de Thionville 52 divisiones, el ejército francés dispondrá de 31 en el norte de Verdún. El eje de las fuerzas francesas está en Lorena. En la «directiva general» establecida en febrero de 1914, el general Joffre, sin creer en la amenaza que va a pesar sobre su flanco izquierdo, ha previsto dos ofensivas, «una a la derecha entre el macizo forestal de los Vosgos y el río Mosela (abajo de Toul)»; la otra «a la izquierda, al norte de la línea Verdún-Metz». En el caso de que el ejército alemán violase la neutralidad belga, lo cual, era la hipótesis más probable, esta segunda ofensiva orientaría en dirección a Florenville, en el Luxemburgo belga. Una y otra serían pues lanzadas en regiones difíciles: la zona de los estanques de Lorena y el bosque de las Ardenas.

El movimiento envolvente que están preparando los ejércitos desborda ampliamente el dispositivo francés.

El Marne

II. EL FRACASO DEL PLAN DE GUERRA AUSTRO-ALEMÁN: EL MARNE 3

El general de Moltke confiaba en acabar con el ejército francés en cuestión de seis semanas. Ahora bien, a mediados de setiembre, el ejército alemán ocupará en los valles del Aisne y del Mosa, aunque después de una derrota, posiciones que ya sólo pensará defender. El plan alemán habrá fracasado. ¿Cómo? ¿Por qué?

La primera parte de la maniobra se desarrolla con una regularidad perfecta. El 18 de agosto, -a pesar de la vigorosa resistencia de Lieja, cuyo último frente cayó el 17, justo a tiempo para permitir la ejecución del plan alemán al ritmo que se había previsto- el ala derecha empieza a desplegarse en Bélgica: el 1 ejército se dirige hacia Bruselas, el 11 hacia el Sambre, al noroeste de Namur. El ejército belga, prefiere defender su suelo y se encierra en Amberes, pese a que el mando francés le pide que acuda a colocarse a la izquierda del dispositivo, al lado de los ingleses. Al sur de Thionville, los ejércitos del ala izquierda (VI y VII) mantienen la línea del Sarre. Moltke espera que las fuerzas francesas tomen la ofensiva en Lorena. Para reforzar su ala izquierda, le envía sus divisiones de Ersatz-Reserve que había reservado hasta entonces a su disposición. Probablemente, hubiera sido lógico guardar esos refuerzos para el ala activa, ya que se esperaba que la decisión partiese de ella; pero Moltke no es hombre de grandes audacias. Por otro lado, la situación de sus ejércitos del ala derecha le parece lo bastante buena como para prescindir de este complemento.

El general Joffre, efectivamente, ha mantenido su plan general. Hasta el 15 de agosto, y a instancias del general Lanrezac, que está al mando del 5.º ejército y se da cuenta de la amenaza del movimiento envolvente alemán, Joffre no decidirá llevar su ala izquierda hacia

el norte, a la región de Philippeville-Marienburg. Incluso va a sacar dos unidades de los ejércitos que hay en Lorena para enviarlas al valle del Mosa. Esta modificación del dispositivo no basta: no tiene en cuenta la presencia del

3Obras de consulta.- Sobre la batalla de las fronteras, general de Lardemelle, 1914. Le redressement initial (París, 1936, in-S'); coronel Pogens, «La manœuvre de Lorraine», en la P⁴e militaire française 1934, pp. 127-162 y 269-300, y J. Terroine, Mons, the retreat to “... dory (Londres 1960 in-So).- Sobre la batalla del Marne, la obra de G. Hanotaux, La bataille de la Marne (París 1922, 2 vol., in-So), fue escrita antes de la publicación de los documentos. Hay que consultar ante todo, de entre los muchos estudios críticos, el del coronel Koltz Le G. G. allemand et la bataille de la Marne (París, 1931, in-S'); R. Villate, Foch et la Marne (París, 1933, in-8'); E. Bircher, Die Krisis in der Marneschlacht (Berna, 1927. 2 vol in S.) Jap, ... ; capitán Lyet, «Joffre, Galliéni et les armées d'aile gauche a la Marne», en

ue d'histoire Publicada por el estado mayor del ejército, año 1938, pp. 1-61, y del mismo

fut sauvé par Joffre, sept. 1914», en R. historique de l'Armée, 1952, n.o 4, pp. 58-60; Gamelin et Foch et la bataille de la Marne (París, 1954, in-So); E. Chamard, La bataille de la Marne. La bataille de Mondement (París, 1939, in-So); coronel Grasset, Les

de Gond (París, 1936, in-81). Les Mémoires de Galliéni (París, 1920, in-81) ofrecen algunas indicaciones útiles sobre el origen de la batalla. El estudio de G. Jäschke, «Zum

der Marneschlacht im 1914», en Historische Zeitschrift, 1960, pp. 311-348, es interesante.

210

211

ejército alemán que desde Bruselas va a iniciar su marcha hacia Mons, mucho más allá del ala izquierda de Lanrezac. A pesar de la incertidumbre en el mando francés, el mando francés no renuncia a la doble ofensiva que tenía prevista. El 18 de agosto, el 1.º y 2.º ejércitos franceses penetran en la Lorena alemana. El mismo día el 4.º ejército recibe la orden de penetrar en Luxemburgo belga en dirección a Neufchâteau: el alto estado mayor cuenta con que, para desplegar su ala derecha, el enemigo ha tenido que vaciar su zona central; espera «tambalearse» las fuerzas alemanas en marcha por las Ardenas belgas, y amenazar así las comunicaciones del ala derecha enemiga obligándola a retirarse.

En cuestión de cuatro días, la suerte que va a correr la «batalla de las fronteras» está echada: una tras otra, fracasarán las dos ofensivas francesas. El 20 de agosto, el ejército del general de Castelnau, se encuentra de pronto con posiciones organizadas en el valle del Sarre, en Morhange; este ejército tendrá que ceder ante la contraofensiva alemana retrocediendo hacia el Grand-Couronné de Naney. El 22 de agosto, en las Ardenas, las vanguardias del 4.º ejército se encuentran, casi de improviso en contacto con el enemigo; es una batalla de choque, constituida por una serie de acciones aisladas. A pesar de su superioridad numérica (cuentan con 160 batallones de infantería contra 122), las tropas francesas, en un terreno arbolado y difícil donde la acción del mando se ejerce con mucha lentitud, se agotan en vanos ataques. Por un momento, el centro alemán parece doblegarse; pero la llegada de una división de reserva restablece la situación. Por la noche, el fracaso de la ofensiva francesa ya es un hecho consumado. Al día siguiente por la mañana, el general de Langle de Cary da la orden de retirada y se lleva a sus tropas hacia el Mosa.

Pero mientras se derrumba el plan francés, el mando alemán ejecuta el suyo: es la batalla de Charleroi. El general von Bülow, que dirige el ala derecha (30 divisiones), se encuentra únicamente con el ejército Lanrezac, apoyado en su parte derecha por una división belga, en Namur y en su parte izquierda por cuatro divisiones británicas: en total 19 divisiones. El 5.º ejército francés, reunido al sur del Sambre, será atacado, el

21, en su propio frente por el 11 ejército alemán; en un principio resiste, pero el 22 se ve amenazado en su flanco derecho por el III ejército alemán. Al día siguiente, en su flanco izquierdo, por el 1 ejército, que acaba de forzar los pasos del canal y de ocupar Mons, en el frente defendido por los británicos. En la noche del 23, Bülow todavía no se siente vencedor: los sajones del III ejército han conseguido atravesar el Mosa, pero el contraataque los ha detenido; y ahora se dispone a hacer un nuevo esfuerzo. Lanrezac no se espera este ataque: preocupado por sus comunicaciones -pues el fracaso del 4.º ejército en las Ardenas deja al descubierto los pasos de Mosa entre el Givert y Mézières-, tiene miedo de un

envolvimiento como no se dé prisa. La retirada es el único medio de sal-

var a su ejército. Al anoecer, da la orden de interrumpir el combate y comenzar el repliegue hacia Philippesville y Givet.

A lo largo de toda la línea del frente, los ejércitos franceses han sido

- 212 -

El Marne

derrotados. Es cierto que el mando alemán no ha conseguido el resultado decisivo que esperaba, puesto que no ha logrado apoderarse del ala izquierda francesa y aplastarla; pero confía en poder hacerlo en los próximos días. El 27 de agosto el general de Moltke lanza una orden de persecución, a su 1 ejército lo manda en dirección a la confluencia del Oise y del Sena, al 11 a Laon y La Fère. El III, el IV y el V iniciarán su marcha hacia Cléty-Thierry, Épernay y Châlons-sur-Marne. Hay que seguir avanzando con todo el vigor posible, para no dejar que el enemigo tenga tiempo de restablecerse. «Dentro de seis semanas, habremos liquidado toda esta historia», declara su colaborador directo, el coronel von Tappen.

Pero, en el momento en que el ala activa se adentra en la persecución, no dispone de las mismas fuerzas que tenía en la batalla del Sambre: ha dejado ante Maubeuge 3 divisiones para sitiarse el lugar; el 26 de agosto, además, pondrá a disposición del alto mando, 4 divisiones (la unidad de

reserva de la Guardia y el XI cuerpo de ejército). Esta decisión de sacar dos unidades de su ala derecha, la ha tomado el propio Moltke, la noche del 25 de agosto pues acaba de enterarse de que el ejército alemán de Prusia oriental, amenazado por el movimiento convergente de

los dos ejércitos rusos de Rennenkampf y de Sarrisonov, se bate en retirada hacia el Vístula después de la batalla de Gumbinnen; el mando austro-húngaro le ha pedido de modo apremiante que refuerce el frente oriental. Convencido de que el ejército francés ya no escapará de la derrota, Moltke, a pesar de la opinión de sus colaboradores, cree poder responder a este llamamiento. Es una decisión grave, un error enorme. El comandante en jefe alemán debilita a los ejércitos de quienes va a exigir el esfuerzo decisivo.

Sin embargo, la orden de persecución se ejecuta con energía. Incluso con sus efectivos reducidos, el ala derecha alemana, realizará un esfuerzo extraordinario durante diez días. Los comandantes del I y del II ejército, Von Muck y von Bülow, no tienen más que un objetivo, al cual subordinan cualquier otro tipo de consideración: conseguir apoderarse del flanco izquierdo del adversario y rodearlo. Para lograrlo no dudan, el 30 de agosto, en modificar las direcciones de marcha fijadas por la orden del comandante en jefe: el I ejército en lugar de dirigirse hacia Pontoise, se inclina hacia el sur, luego hacia el sureste; el II, en lugar de encaminarse hacia Laon, va a Reims. Y Moltke, lo aprueba.

En tres ocasiones, mientras duró esta persecución, los dos generales alemanes creyeron estar a punto de conseguir sus objetivos. El 26 de agosto, en el Cateau, el L-cuerpo del ejército británico, al que el enemigo le pisaba los pies, intenta hacer frente. Zarandeado por el I ejército alemán, tiene dificultades para librarse de él y continuar la retirada a ritmo acelerado. El día 29, para aliviar la situación de los británicos y darles un respiro, el V ejército francés vuelve a tomar la ofensiva: comprometido en condiciones difíciles, puesto que se ve atacado en su ala derecha en el momento en que, de acuerdo con las órdenes, del alto estado ma-

Por, acaba de iniciar una acción en dirección a San Quintín, Lanreza, se anota un tanto en Guise; pero se ve obligado a interrumpir el combate para escapar del rodeo. A pesar de que Kluck lanza a sus columnas por Noyon en dirección a Compiègne, Larirezac consigue cruzar el Aisne, y continuar la retirada hacia el sur. Sin embargo, el 31, Kluck todavía tiene esperanzas de alcanzar el flanco del adversario: sin interrupción, lleva a sus unidades, por el Ferté-Milon y el valle del Ourcq, hacia el Marne, para tratar de ocupar antes que el enemigo los puentes de Château-Thierry, pero llega demasiado tarde. La «decisión» se les va de las manos.

El ala derecha alemana se encuentra entonces en una situación peligrosa: al bajar hacia el sur, atravesando el Marne por Château-Thierry, el 1.º ejército no tiene en cuenta la amenaza que constituye para su flanco, la presencia del campo atrincherado de París. Sin embargo Moltke no renuncia a intentar apoderarse de «la masa principal de los ejércitos franceses». La orden del 2 de setiembre indica a sus ejércitos que es necesario «empujar a los franceses lejos de París, en dirección sureste». Cree que bastará con dar al I ejército la misión de proteger el flanco de su dispositivo contra un ataque procedente de París.

En este momento, el mando alemán, todavía puede confiar en el éxito. El progreso de su ofensiva en el frente occidental responde a las previsiones que había hecho. Los temores experimentados en relación al frente oriental, se han disipado. Los ejércitos rusos acaban de sufrir dos derrotas: en Prusia oriental, donde el general Prittwitz ha sido relevado de su mando y sustituido por el general Hindenburg, el ejército alemán, en una batalla de cuatro días (Tannenberg, 27-30 de agosto) acaba de aniquilar a uno de los ejércitos rusos, el de Samsonov y ha traído 92.000 prisioneros y 350 cañones. Ahora reagrupa sus fuerzas para atacar el ejército de Rennenkampf y terminar la liberación de Prusia oriental. En la Polonia meridional, el 23 de agosto, los austro-húngaros han iniciado la ofensiva. Han derrotado en Krassnik al 4.º ejército ruso y en Kofflarov al

5.º; después emprenderán la marcha hacia Ivangorod. Sin duda que, ¡estas

victorias, por brillantes que parezcan, no son decisivas, pues el conjunto de las fuerzas rusas aún no está metido en el combate: en la parte meridional del frente, ante Lemberg, el mando ruso está preparando una contraofensiva. Pero los primeros éxitos de los austro-alemanes bastan para proporcionar al general de Moltke la certeza que necesita: el frente oriental

tal podrá «resistir» el tiempo suficiente como para permitir acabar con

la victoria en el frente occidental.

Pero Moltke no ha contado con la réplica francesa. A pesar de la rapidez con que se ha efectuado la retirada, a pesar de las dificultades y peligros del momento, el alto mando francés está pensando, desde el 5

de agosto, en una idea de maniobra que lleva en cimiento el restablecimiento

de la situación: se trata de formar, en el ala izquierda, con las fuerzas restadas a las demás partes del frente, un nuevo ejército para atacar la-

do del todo el ala activa alemana. Este nuevo ejército, el 6.º, al mando, general Maunoury, ha desembarcado el 27 de agosto en la región

El Marne

214

Ahora, es un momento en que el general Joffre todavía esperaba poder detener su retirada en la línea del Aisne. Pero no ha logrado cumplir su

objetivo y se ha replegado para tomar posición en el campo atrincherado de París. En el momento en que Kluck llega al Marne, Joffre dispone pues, alrededor de París, de una masa de siete divisiones

activas, que

no serán nueve -pues el 4.º cuerpo de ejército abandonó Sainte-Mérou el 1 de septiembre para venir a reforzar el 6.º ejército-, sin contar las seis divisiones de segunda reserva del campo atrincherado. Así, puede lanzar a esas tropas en el flanco del 1.º ejército alemán.

¿En qué momento? Joffre aún no lo sabe. Antes de iniciar una nueva ofensiva, quiere asegurarse de que podrá contar con su ala izquierda. Ahora bien, el 5.º ejército está acosado por el enemigo; el cuerpo expedicionario británico, cuyo jefe, el mariscal French, había pensado, el 31 de agosto, abandonar el frente para replegarse «detrás del Sena», ha mantenido finalmente su situación en la línea de combate, pero no parece dispuesto a la ofensiva. De modo que Joffre, el 3 de septiembre por la ma-

ñana, piensa continuar la retirada «durante algunos días», a la vez que conserva los puntos de apoyo necesarios para la contraofensiva en los dos extremos del frente principal, en París y en Verdún.

Si bien es cierto que en estos momentos, el movimiento de los ejércitos alemanes todavía parece desarrollarse con toda su potencia, la situación general se ha modificado profundamente: Joffre ha conseguido efectuar una nueva distribución de sus fuerzas. Al formar el ejército Maunoury, gracias a la resistencia de sus ejércitos de la derecha, ha restablecido el equilibrio de su ala izquierda. Moltke, por el contrario, con su decisión de transportar dos cuerpos de ejército al frente ruso, ha debilitado su ala derecha; y desde el 25 de agosto no ha hecho nada para modificar su dispositivo; hasta el 5 de septiembre no se decidirá a sacar de sus ejércitos de Lorena, dos cuerpos de ejército. Mientras que en Charleroi, las 30 divisiones del ala derecha alemana tenían frente a sí 20 divisiones anglo-francesas, los ejércitos alemanes apenas tienen ahora 20 divisiones en línea de combate, desde Ourcq hasta las marismas de Saint- (El 6.º ejército francés, el cuerpo expedicionario británico y el 5.º ejército

francés tienen ahora 30, y esta desproporción aún se incrementará más en los siguientes días.

En la noche del 4 de septiembre, Moltke informado de las fuerzas restantes de los ejércitos franceses de Lorena, comprende por fin todo el alcance del riesgo que corre. «Hay que contar con que el enemigo reunirá fuerz

as importantes en la región de París y traerá nuevas formaciones para defender la capital y amenazar al flanco derecho alemán». Ya no intenta acorralar al conjunto de los ejércitos franceses hacia el sureste. «Urnicar», los ejércitos del centro van a seguir la marcha hacia adelante. Los dos ejércitos del ala derecha, los de Kluck y Bülow, harán frente al este, cara a «la tormenta que amenaza París». Pero la orden no puede recibir una ejecución inmediata, pues Kluck, pese a las instrucciones del 2 de septiembre prescribiéndole que se colocara «un escalón hacia atrás»,

ha seguido la marcha hacia adelante. Sus divisiones han atravesado > pliamente el Marne. Únicamente el IV cuerpo de reserva alemán --. quedado en Ourcq, para proteger el flanco. Antes de que el ala deoalemana esté lista para encajar el choque, en-npezará la ofensiva frane

El día 4 de setiembre, es cuando el generxal Joffre se decide a deo' la gran batalla. Advertido desde por la mañana de que el 1 ejército mán se encamina hacia el sureste y, atravesai-ndo el Marne, ofrece el fco a la contraofensiva, y por otra parte, ap:)erniado por el general llieni, al mando del ejército de París, que le propone llevar hacia a todas las tropas disponibles, Joffi---e ha pre2guntado al general Frar d'Espérey, que acaba de sustituir a Larirezac.i, si el 5.' ejercito está en.

cer diciones de emprender de nuevo la ofensiva. ; por otro lado, se ha ' rado de la cooperación de los británicos. Per-Dr la noche, ya se ha totç la decisión; la orden general lanzada a las 29-2 horas dice así: «Cony. aprovechar la situación aventurada del 1 ejérrcito alemán para concer sobre él los esfuerzos de los ejércitos aliadoss del ala extremo-izquier Los movimientos preparatorios se efecturáán el 5 y el 6 se iniciar_ ofensiva.

En la tarde del 5, el ejército Maunoury cque avanzando hacia el r, del Marne, según las órdenes de Joffi---e, se a_ acerca a tomar posición , zona elevada al oeste del Ourcq, tropieza ccon el IV cuerpo de re:. guardia de flanco del ejército de Kluck. As.,sí da comienzo la batalla,, Marne.

Durante tres días, a lo largo de todo el frente, los dos ejércitos, avanzadas de París a Verdún y de Verdún a los Vosgos, van a re& con todo su ímpetu, el esfuerzo que decidir;-á el resultado de la canir De hecho, se están librando dos batallas en i esta inmensa línea. Al L

del campo de Mailly, en el frente del Argo-,nne, de los altos del MO, del Grand-Couronné de Nancy, los ejército)s franceses se limitan a lifrente a la situación, el IV y V ejércitos alerrmanes, de acuerdo con ¡al.

denes recibidas el 4 de setiembre, intentan i abrirse camino hacia el, para ayudar a los ejércitos de Lorena que qi-uieren forzar el paso del---, sela y del Meurthe. Ahí es donde el mando3 alemán se propone efcc la decisión. Al oeste del campo de Mailly1, tiene la iniciativa el in, francés: de las marismas de Saint-Gond al valle del Ourcq, el eskz,

tos aleo. convergente de sus ejércitos se dirige contrj a el 1 .y 11 ejerci reforzados a su izquierda por tres divisiones sajoras del III ejército esta parte del frente se encaran 28 divisioness francesas a 14 alemanll@

dos batallas se desarrollan en condiciones tc,talmente distintas-

con En la parte este del frente, la ofensiva ajalemana tropieza

s críticos a lo « sistencia vigorosa. Sin embargo, aparecen d3Os Punto OL del día 8: en el frente de Nancy, el ataque dJe los bávaros sobre el %@

Amance y en el bosque de Champenoux pr-feocupa al.general Caso

que teme verse obligado a replegarse a la c.-jrilla izquier.da del Me# -

ue separar en el frente del Ornain, el ejército del kro)nprinzn cOn"g - la un momento, en la región de Revigny, el 4.o yy 3.- ejércitos franceses

abierto Í pero intervencion

d antes, llegará justo a tiempo de subsanarla. El 9 de tres ia los ataques Áalemanes recobran su vigor en todo el frente, sin @-:IZ.I.do decisivo. El alto estado mayor francés se muestra lo reocupado corno para autorizar al general Sarraill a que repliederecha, o sea, a que abandone Verdún. Pero Sarraill resiste.

4nes se ensanan; el 10 se preparan para hacer otro esfuerzo,

Moltke ordena de pronto que cese el ataque en el frenir la noche,

Renuncia pues a conseguir el gran éxito que esperaba. ¿Por te abandono> El curso de los acontecimientos en el ala de- #1g;ana, lo explica. a- arte oeste del frente, la situación de los ejércitos alemanes ha -I-l desde el principio de la batalla. Amenazando en su flanco por

-de Maunoury1 Kluck conduce a toda prisa a sus cuerpos de ejérja el norte del Marne. Al tomar este decisión necesaria, está

una brecha de cincuenta kilometros entre sus tropas y las de 7,4 defendida por una simple cortina de caballería. Precisamente por - a avanza el cuerpo expedicionario inglés. Si la cortina de caba- ,,Ipw ocupa la línea del Petit-Mourin se rompiese, las tropas anglo-

se introducirían en la brecha y separarían a los dos ejércitos ale- =enazando con envolver a las tropas de Kluck. Los generales ale-no se ocultan este peligro; pero esperan evitarlo por la ofensiva:

de una acción vigorosa en los dos extremos del frente del com- ~n arrancar la victoria antes de que se abra la brecha. Kluck .tra todos sus esfuerzos en su ala derecha, sobre las planicies del ..' donde trata de envolver al ejército de Maunoury por el iriorte;

4~ su ala izquierda a través de la marisma de Saint-Gond con- '410pas de Foch. En la madrugada del 9, pese a la resistencia en-@la de las tropas francesas, esos ataques, permiten concebir toda-

mores esperanzas. Pero los ingleses están avanzando por la bre- ~a del Petit-Morin el día 8, la caballería alemana se ve obli- *y~ los pasos del Marne en la misma madrugada del 9. Desde AmtO, el I ejército alemán puede ser atacado por la espalda y el IM flanco izquierdo, en cuestión de horas. Bülow, la noche ante- * Pensado en esa posibilidad, en una conversación mantenida

dok@ado de Moltke, el teniente-coronel Hentsch: los dos reco- @,11.tle, Si los ingleses cruzaban el Marne, la retirada del I y II ejér-

Inevitable. De modo que el día 9, a las 13 horas, el coman-

ejército y

da orden de repliegue; el comandante del I ejército iS%Ura su victoria sobre el Ourq protesta primero, pero acaba

cer, el ala derecha alemana está en plena retiE epliegue lo efectúa sin gran dificultad, pues el

ctoria franco-inglesa parece un poco lento 4@

i, Q%e Punto, véase Contamine, que por otra parte, se limita a dar un esbozo.

La campaña de 1914

probablemente debido al cansancio de las tropas. Al día siguiente, tras haber dejado que el ejército del Kronprinz haga un último esfuerzo, tras el saliente de Verdún, Moltke hace marcha atrás con sus tropas del centro indicándoles como línea de resistencia el Saippes y el Argonne, desde Sainte Menhould a Vauquols. «La batalla del Marne», dice el comunicado de Joffre, «Se termina con una victoria indiscutible». En ese momento, así juzgaba el propio mando alemán. Han tenido que pasar varios años para que los historiadores alemanes revisen esta tesis. Los ejércitos alemanes, dicen, estaban a punto de conseguir la victoria. Incluso en el ala derecha, estuvieron cerca de lograrla; Kluck, en el Ourcq y Bülow en las marismas de Saint-Gond, podían hundir al adversario; sólo tenían que haber aguantado unas horas más: pero eso bastó para cambiar el desenlace de la batalla. El responsable de la derrota, es el teniente-coronel Hentsch, delegado por Moltke para hablar con los comandantes de ejército: no ha tenido la firmeza de espíritu necesaria: creyó que las tropas estaban vencidas, cuando bastaba un último esfuerzo para ser vencedoras. Pero el propio testimonio de los generales alemanes ha contradicho esta tesis. «El comandante del 1.º ejército», escribe el general von Kuhl, jefe de estado mayor de von Kluck, «ha ejecutado la orden del teniente-coronel Hentsch de iniciar la retirada inmediatamente porque ya no le quedaba otra solución». Y el mismo Kluck reconoció que de todos modos, él se hubiese visto obligado a interrumpir el combate. Si las tropas alemanas se hubiesen llevado una victoria en su ala extrema derecha, sobre las planicies que dominan el Ourcq, incluso si hubiesen podido romper la resistencia de Foch en las marismas de Saint-Gond, y nada lo prueba: ¿habían podido evitar ser tomadas de revés por las tropas franco-inglesas que tras

cruzar el Marne se precipitaban hacia la brecha abierta entre el ejército de Kluck y el de Bülow?

III. LAS BATALLAS DE OTOÑO

La batalla del Marne ha desarticulado el plan de guerra alemán, y sin embargo, durante dos meses en todos los frentes continúa la lucha con

un encarnamiento sin tregua.

‘Obras de consulta.- Sobre la capitulación de Maubuge, general Clément-Grandcou (París, 1935, in-8°)- Sobre la batalla del Yser, véase además de los documentos y testimonios ya citados en p. 207, las memorias del mariscal Foch, Mémoires pour servir à l'histoire de la guerre de 1914-1918 (París, 1931, 2 tomos, 1.º tomo, p. 101.)’

71; Véase también

roi Albe

y del general Galet, S. M. le général commandant en chef devant nous (París, 1931, in-8°), así como los estudios críticos del general P. Azan, Les Belges sur le front de l'Yser (París, 1929, in-8°), de E. Menzel, Albert I-er et la retraite d'Anvers sur l'Yser (Bruselas, - or

ur & 37- d 1, v, de C04

Examen d'histoire 111 Vér

n-8), y el otro es el coronel Herzog, a la cabeza del ejército de M. Louis Madelin (Bruselas, 1924, in-8°)- Sobre las operaciones del frente 186), Ydew se sobre todo general Daniloff, La Russie dans la guerre mondiale (citado en P-

Las batallas de otoño

Apenas empieza a ceder el frente alemán, Joffre lanza una orden de persecución: hay que pisarle los talones al enemigo, impedirle que se establezca en una nueva posición. Pero las tropas francesas están agotadas por el esfuerzo que acaban de realizar; a la artillería empiezan a faltarle municiones; la caballería no puede dar de sí todo lo que podría, por el cansancio de los caballos. Falkenhayn, que acaba de sustituir a Moltke en el mando de los ejércitos alemanes, dispone ahora de un nuevo ejército el VII, formado por las divisiones sacadas de Lorena antes de la batalla del Marne y que desembarcaron en San Quintín y por las tropas que quedaron disponibles tras la capitulación de Maubege (8 de setiembre). La intervención de este nuevo ejército, tras una batalla de tres días (del 13 al 17 de setiembre), es lo que detendrá la persecución francesa en

la línea del Aisne.

Entonces, sin pérdida de tiempo, los dos ejércitos enemigos extienden su línea de batalla para tratar de flanquear al adversario.

A través de estas medidas consistentes en sacar unidades de Lorena y desplazar lateralmente sus divisiones, Falkenhayn

y Joffre intentan simultáneamente tomar la ofensiva en el ala norte del frente de combate. Sus esfuerzos se equilibran y se neutralizan.

El mando francés, mantiene la iniciativa durante tres semanas, pero se está apresurando para nada. Apenas entra en acción en la región del sur de Amiens un nuevo ejército francés, las unidades bávaras lo rechazan hacia el Somme (24-25 de setiembre). En el momento en que Joffre reúne, bajo el mando del general de Maud'huy, nuevas tropas entre Arras y Béthune, Falkenhayn consigue empujarlas hacia Albert. En quince días se ha formado un nuevo frente que va desde el Aisne al Somme y llega hasta el canal de La Bassée. Inmediatamente, el comandante francés prepara otro intento: añade a su ala izquierda el cuerpo expedicionario inglés y recoge al ejército belga que acaba de verse obligado a evacuar Amberes (9 de octubre); este conjunto se refuerza con divisiones francesas sacadas de otras partes del frente; y esas tropas, que el general Foch está encargado de «coordinar» para entrar en acción, deberán extender el frente hasta el mar del Norte. Tienen órdenes de llevar a su ala izquierda a Ostende con objeto de formar un «enganche ofensivo» e

j intentar, una vez más, una maniobra contra el flanco del adversario.

Pero los alemanes vuelven a tomar la iniciativa sin dar tiempo a que el adversario entre en acción. Falkenhayn dispone de nuevas tropas: cincuenta y cinco regimientos de infantería, formado por voluntarios o reclutas cuyo entrenamiento es muy reciente. De una sola vez, precipita a esta masa de “O-MI hombres en la batalla; sobre el mismo terreno donde Foch pre-

su ofensiva, el comandante en jefe de los ejércitos alemanes, lanza su ofensiva. Quiere envolver el ala izquierda

aliada al norte de Lille, hacerla

“P”, de v-

ina alemán, Ludendorff, Kriegserinnerungen (Berlín, 1919, 2 vol., in-81), francesa Souvenirs de guerre (París, 1920, 2 vol., in-8); Hoffmann, Der Krieg der ver-

Gelegenheiten (M-nich, 1923, in-8’); Falkenhayn (citado en p. 191).

- 218 -

- 219 -

La campaña de 1914

retroceder hacia el Paso de Calais y ocupar Calais y Bolonia, bases de transporte del ejército inglés. El 19 de octubre da la orden de atacar la línea del Yser, donde el ejército belga se está fortificando a toda prisa. Durante un mes, se obstina en forzar el paso. Primero concentra sus esfuerzos en el extremo del frente, entre Langemarck y el mar, en Dixmude y en Rarriscapelle; a finales de octubre, el ataque estaba progresando, cuando el comandante belga decide abrir los depósitos de Nicuport e inundar así el valle del Yser; el torrente detiene a las tropas alemanas. Inmediatamente, el eje de la ofensiva se desplaza: el estado mayor alemán lanza sus batallones al sur de Langemarck, Ypres y Messines. El 1 de noviembre, el frente defendido por las tropas británicas se tambalea y toda la energía de Foch se concentra en persuadir al mariscal French de que la resistencia todavía es posible. Tras un último ataque, llevado a cabo el 10 y el 11 de noviembre contra Ypres y Dixmude a la vez, Falkenhayn se ve obligado a reconocer su fracaso. El 17, da órdenes para que cese la ofensiva.

Entonces, desde el mar hasta la frontera suiza, los ejércitos enemigos están frente a frente, sin que ahora les sea posible desarrollar una maniobra envolvente. La gran ofensiva alemana se ha roto.

junto a este resultado decisivo, los acontecimientos del frente ruso sólo tienen importancia en la medida en que reaccionan ejecutando el plan esencial. En el mismo momento de acabarse la batalla del Marne, el ejército alemán de Prusia Oriental ha infligido una derrota al ejército de Rennenkampf en la región de los Lagos Mazures, mientras que el ejército austro-húngaro tras las batallas de Lemberg y de Rava-Russka, se

ha visto obligado a batirse en retirada detrás del San. Pero la victoria no ha podido ser explotada por ninguno de los dos bandos: el ejército ruso de Prusia Oriental ha sufrido grandes pérdidas; sin embargo se ha podido librar el cerco gracias a la tenacidad de sus combates; el ejército aus-

tro-húngaro, rechazado en el estrecho espacio que media entre los Cárpatos y el Vístula, ha mantenido su línea de retirada hacia Cracovia, aprovechando el cansancio de las tropas rusas.

A finales de setiembre, en el centro del frente, en el meandro del Vístula se están concentrando los esfuerzos de los adversarios. Durante dos meses oponen constantemente maniobras frente a maniobras. Los austro-alemanes han tomado la ofensiva primero, en la orilla izquierda, en el curso medio del río: las divisiones alemanas concentradas en Silesia, son las que realizan el mayor esfuerzo; se encaminan hacia el noroeste amenazando la región de Ivangorod. El comandante ruso lleva premeditadamente hacia el Vístula a las tropas disponibles en Galitzia y concentra en Varsovia a una masa de maniobra que confía en poder lanzar contra el flanco izquierdo del adversario; el 20 de octubre lo consigue: el enc-

migo se libra del choque por una retirada apresurada, y los ejércitos r

tos avanzan por el meandro del Vístula; pero su movimiento es lento. El comandante alemán aprovecha esta circunstancia para reagruparse. U'

fuerzas y transportar a la región de Thorri. los cinco cuerpos de ejército to

220

'17_

Las causas del fracaso alemán

del general Mackensen. Esta masa es la que el 10 de noviembre se dirigirá de Thorri a Lods para atacar el ala derecha del adversario, que está demasiado descubierta y amenaza con envolver al 5.º ejército ruso; pero el comandante ruso evita el golpe; tres divisiones alemanas, que corren el riesgo de verse cercadas a su vez, no lejos de Lods, consiguen librarse a duras penas el 23 de noviembre.

En definitiva, los ejércitos rusos han desempeñado su papel: han atraído hacia sí a las fuerzas alemanas; gracias a la ofensiva de Prusia Oriental, Moltke creyó necesario transplantar, diez días antes de la batalla del Marne, dos cuerpos de ejército a su frente oriental. Sin duda, estas fuerzas rusas, aún habiendo conseguido que fracasasen las iniciativas del

adversario, se ven incapacitadas para proseguir con semejante esfuerzo. Pero, desde el momento en que no se ha puesto al ejército francés fuera de combate, el plan de guerra austro-alemán se ha hundido. El canciller Bethmann Hollweg que, el 9 de setiembre de 1914, había trazado un ambicioso plan de reivindicaciones territoriales y económicas, a mediados de noviembre, llega a desear una paz de compromiso.

IV. LAS CAUSAS DEL FRA CASO ALEMÁN 6

En esta primera fase de la guerra, el acontecimiento decisivo es la batalla del Marne. Sobre ella hay que volver pues, con objeto de apreciar las causas para que un cambio tan brusco y tan profundo se produjese, ya que toda la historia de la guerra se ha visto transformada por él.

Los dos grandes ejércitos que, durante cinco días han librado la batalla disponían de fuerzas casi iguales en divisiones de infantería: 75 del lado alemán, 79 del lado franco-inglés. Las tropas de uno y otro bando, eran equivalentes: el soldado de infantería francés estaba agotado por la larga retirada; sin embargo, no había perdido el espíritu ofensivo; el soldado alemán, sobre todo en el ala derecha, tuvo que realizar un esfuerzo físico extraordinario y lo había soportado tanto mejor cuanto que se sentía vencedor. Pero este equilibrio era sólo aparente. Por ambas partes, en el momento de comenzar la batalla, algunas divisiones están desplazándose a la retaguardia del frente: 7 del lado francés y 4 del lado alemán. Las divisiones francesas han terminado sus formaciones para intervenir a su debido tiempo; las divisiones alemanas que, para ir de Lorena al ala derecha tienen que pasar por Luxemburgo y Bélgica, todavía están en el tren mientras se decide el desenlace de la batalla. Por otra parte, la unidades alemanas que no han podido subsanar las pérdidas sufridas durante la batalla de las fronteras, mientras que el mando francés a partir del 2 de setiembre, ha ido trayendo importantes refuerzos de los depósitos del interior, y completando los efectivos de un gran número

Obras de consulta- Además de las citadas en pp. 191 y 207, véase Müller-Lecznitz, Die Schlacht am Marne-Feindzug (Berlín, 1940, in-S').

La campaña de 1914

de regimientos. La superioridad numérica, por primera vez desde que empezó la guerra, corresponde pues, a los franco-ingleses.

Esta ligera superioridad no es el elemento decisivo: la actualización del mando es lo que decide el desenlace de la batalla.

Del lado alemán, Moltke no ha sido un verdadero Jefe. Requerido para dirigir el estado mayor alemán por gozar de la confianza personal del emperador y llevar el apellido de un gran hombre de guerra, nunca confió en su estrella. Él mismo lo había confesado al canciller Bülow en

1905: «Para ser primer general en tiempo de guerra, me pesa demasiado la sangre, soy demasiado reflexivo, demasiado escrupuloso, hasta demasiado concienzudo; no tengo el don de arriesgarlo todo, si hace falta, a una sola jugada, como los grandes capitanes, como Napoleón, Federico 11 y mi tío.» En el transcurso de jornadas decisivas, no tuvo suficiente vista ni carácter; le afectaron demasiado -sus cartas íntimas dan testimonio de ello- las angustias de la batalla; se quedó «a remolque» de sus comandantes de ejército. Al día siguiente de la batalla de las fronteras, cometió su primer error: preocupado por las noticias que le llegaban de Prusia Oriental, quiso enviar refuerzos, y debilitó a los ejércitos que tenían que realizar el esfuerzo esencial; como bien lo había sentido, ese día demostró que carecía de inclinación por el riesgo. Luego, durante la persecución, mantuvo su gran cuartel general en Luxemburgo, demasiado lejos del frente; dejó una gran iniciativa a sus subordinados, que aprovecharon para hacer la guerra por su cuenta, sin que una mano firme acudiese a mantener la cohesión de los movimientos. Cuando el adversario ha hecho frente, el comandante en jefe no ha dirigido la batalla:

i las informa. A 250 kilómetros del escenario de la lucha, las comunicaciones le llegaban con demasiada lentitud como para poder orientar a sus comandantes; si el comandante supremo no hubiese adolecido de esta pasividad, ¿se hubiera abierto la brecha entre el ejército de Kluck y el de Bülow? Por último, en el momento en que la situación se puso trágica, el 8 de setiembre, para coordinar la acción de los comandantes de ejército, envió a uno

de sus colaboradores, el teniente coronel Hentsch, mientras él esperaba la marcha de los acontecimientos en Luxemburgo.

Del lado francés, Joffre ha controlado a sus ejércitos en todo momento. Sin embargo, es difícil creer que su persona haya podido ejercer gran ascendente sobre su entorno y sus subordinados. El general era tranquilo, pero su aspecto era demasiado apacible, demasiado plácido; tenía san-

gre fría, pero esa posesión de sí ¿era una prueba de dominio o una “

dadidad de su natural quietud? Carecía de ese vigor anímico, de el “ poder comunicativo propios de los grandes capitanes. Pero poseía calidades auténticas: un sólido sentido común, firmeza de espíritu, energía,

offre C11 Nada más sorprendente que el contraste que ofrecen Moltke y Joffre, jefe, los últimos días de agosto de 1914: mientras que el comandante en jefe, vencedor, atraviesa crisis de dudas e incluso de angustia, el jefe de ejércitos franceses no deja que se manifieste nada de la ansiedad terrible que, no obstante, debe estar sufriendo; cometió graves errores el jefe

- 222 -

Las causas del fracaso alemán

cución de su primitivo plan y fracasó por doquier; pero siguió impasible sobrellevando con valor las responsabilidades más graves. Mientras que, por todo el frente, sus ejércitos están en plena retirada, él elabora con una perfecta tranquilidad aparente y una real clarividencia, el plan de restablecimiento. No ha previsto el día, pero cuando sus subordinados le señalan que ha llegado el momento oportuno, sabe tomar la decisión: la ofensiva francesa ha sido lanzada en el mismo instante en que el ala derecha alemana se encontraba en la situación más arriesgada. Si hubiese enipuzgado dos días más tarde, esta ofensiva ¿hubiera dado los mismos resultados? Bülow y Kluck hubiesen tenido tiempo para reunir sus fuerzas. En la gran batalla Joffre dirige constantemente a sus comandantes; rancias a las medidas tomadas por el alto mando y a los Juiciosos deslaminamientos de tropas que ejecutó, los puntos flacos de la línea francesa permanecieron justos a tiempo; la brecha que se abre entre las tropas de Kluck y de Bülow también hubiera podido abrirse, en el centro del frente francés, entre el 9.º ejército de Foch y el 4.º ejército; si la amenaza pudo ser conjurada, es porque el gran cuartel general ha sabido dirigir la batalla; los comandantes de ejército, informados de las intenciones de su jefe, practicaron entre sí una estrecha solidaridad, una camaradería de campo de batalla, que no es común en todos los ejércitos.

La victoria del Marne es una victoria del mando.

223

CAPÍTULO III

LA ACTITUD DE LOS NEUTROS: INTERVENCIONES Y MEDIACIÓN Al margen de la lucha militar, se está librando otro combate cuyos incidentes guardan estrecha relación con los acontecimientos del frente: cada cual se esfuerza en explotar ante los neutros los resultados parciales obtenidos en los campos de batalla, en vigilar u obstaculizar los movimientos del adversario. Es una lucha oscura, de la que muchos detalles todavía se nos escapan; está marcada por la codicia de los regateos y lo repentino y brusco de los cambios. De entre estos países neutrales, sólo hay uno que se ha situado verdaderamente por encima de la contienda y que piensa valerse de su autoridad moral a favor del restablecimiento de la paz, pero ninguno lo escucha.

LA ENTENTE Y LOS ESTADOS Balcánicos La Entente, durante los primeros meses de la guerra, no dejará de esforzarse para modificar, en su propio beneficio, la situación diplomática en el Balcánico,

en los Balcanes. Lo ideal hubiese sido formar un «bloque balcánico»

Obras de consulta.- Sobre la política griega, Driault y Lliérítier, Histoire diplomatique de la Grèce (cit. p. 144), t. V; Cosmin, L'Entente et la Grèce pendant la Grande

1914-1915 (París, 1926 2 vol in-SI@P ípaffi, . i

1914-1915; rangus, La Grèce et la cTise mon . »Oí 2 vol., in-S'), tendenciosos.- Sobre la política búlgara, Radoslavoff ' Bulgarie, Weltkrise (Berlín, 1923, in-So); Sobre la neutralidad rumana, los recuerdos de Diamándy' guerre vue du versant orient; Ma i Í J monAs, 19

mon ss on en Russie», en la Revue des eux brero 1929, pp. 794-820, y noviembre 1930, pp. 421-452.- La política de la En1C01'1.0nocida fundamentalmente por los documentos rus)s publicados en Tsarskai- Ros0e 1;@-VOÍ Voina (Moscú, 1925, in-So), trad. alemana, Dasc aristische Russland IM We1tkr;q5_ ' iin, 1929, in-S-), y trad. francesa, abreviada, Docu nz 00 @ 1929, ents diplomatiques secret, 10 ?b'

in-S'); véase también Le Monde slave, año 192r'8, PP. 422-452. El estudio de A- «É'Entente et les Balkaniques au premiers mois de la guerre», dans la Revue des ~_ des, 1' noviembre 1929, pp. 48-Sx3, es interesante. Para la política de las pOtcncjo e%

los datos más concretos están en Conrad von Hótzendorff (citado en P. 150),

224

través de un acuerdo entre Bu] ciliar sus intereses contradict garia, Rul-n a Y Grecia. p.,o ¿cómo con abandonado en principio; p Orlos? En Otoño de 1914 la idea no se ha orienta hacia objetivos menos pero en la práctica, la acc- ' 1 peración de uno y otro de lo s ambi , e tra 1t5n d'P]Ornática se

s --- closos; s ta d A merced de la situac,ón)Ovenes Estados. e Conseguir la cooa Bucarest, a So M *litar, se van diri -

fía y a Atenas sut, 1 - gi,ndo las sol;

esivamente c1tudes Permite concebir esperanzas de la intervenci - La victoria rusa de Galitzia bierno de Bratianu elude la cue 6n de Rumania; pero el go-

st.lón (21 de.septiembre de 1914). Baulga_r1a ofrecerle serias compensaciones en 1 satisfacer 1 go le fueron usurpals a Bllgaria por el tratado de Bucarest as regiones que na ¿puede deparar otras expectativas? El único edil de bierno de Sofía s

no resulta fácil imponer esta solución ni a Servia ni a Grecia. De modo que ra`011 común que hace la Entente (24 de setiembre) está concebida e, términos ambiguos. El gobierno búlgaro responde la declado neutro. La misma respuesta dará a las solicit que desea seguir Siencentrales. La Ofensiva del ejército austro-hú, udes de las Potencias

garo contra Servia de Belgrado (2 de diciembre de 1914) hacen que 1 Y la toma cia
Grecia; pero Ven izelOs subordi .na la - a Entente se vuelva hamesa de una neutralid1ad búlgara
Intervención de su país a la pro-

¿ Cómo darle esta garantía> ‘

- La Entente Ofrece a Sofía pago por su neutralidad, ventajas similares a las que había ofrecido tes
en pago a su Posible intervención. quince días anrespuesta La vi- Pero
logra nunca obtener una los diplo gorosa contraofensiva del ej n@

erc1to servio saca de dudas a máticos. La idea de onseguir la i .ntervenc--- ega se abandon,l
entonces. 1 Ion gri

A fines de 1914].os esfuerzos de la Entente n

ecir verdad, estos esfuerzos habian si-do deso,denados. Jor rcsultado Ad’ o han
conseguido el mePEntre las tres grandes Potencias, la unidad total de Puntos de vista estaba Por realizar;
las i.ni.ciativas de la diplomacia rusa sorprendieron ffluchas Wftcs a Francia

Y a Gran Bretaña. La Entente no supo elegí una línea de conducta; se;había. desgastado en vanos intentos
pa,a to ‘r Xiones irreconciliables rgar prete, _

11 LAS IN@'ERVENCIONESD.,@ TURQUÍA YJAPÓN, ‘OS esfuerzo - *kxd~” @ rivales de lo,
y os, de dis beligerantes sólo desembocan en dos re-

t1nto alcance: Turquía se cony-

lerte en aliada de los po Dila

w_Pa Or""i`l'a - Sobre la adew- c a, A1e?n*""es intervención de Tur .S C-niple , t . O@f 4 7urkÚh , @
quia, véase en p 224. LO, recuerdo., @@le 1914 mcn arios Vé s.,alesman (Londres,, 1923 (pr- ‘
ase tanib ---S.d, p . inceton 1968, In Senni SU* TrufflPener G

teptic,,b tojets d` Proporcionan

re 1930 Intervention obrelaentrad , ermany and the 0,o_ @p. a en guerra
delJapón

i3 », en la Revue de, deuX nondes ‘en “&-as ind 1-59 1 JaPOnaise 1914 1917
vea-

Os documentos anleri,anos (citad n caclones interesantes. 0, e p. 230) pro-

La actitud de los neutros

tencias centrales, mientras que Japón entra en guerra con Alemania.

Durante las primeras semanas del conflicto, Turquía aún tenía sus reservas, pese al tratado secreto que pactó con Alemania. Pero en tres ocasiones, ya había adoptado una actitud que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones. El 11 de agosto autorizó a los cruceros alemanes G5ben y Breslau, perseguidos desde Sicilla por la flota inglesa, a pasar por I., Dardanelos y a refugiarse en Constantinopla; la venta ficticia de los dos navíos alemanes al gobierno turco, fue una maniobra que no logró engañar a nadie. El 9 de setiembre, había anunciado la abolición de las ca-

pitulaciones. El 26, decidió cerrar los Estrechos a la navegación comer-

cial. Si el gobierno otomano estaba decidido a entrar en guerra, ¿por qué iba retrasando la ruptura? Y si las potencias de la Entente eran conscientes de que Turquía les era hostil ¿por qué no reaccionaban con más rapi-

Para el gobierno turco, la neutralidad no era más que un medio de ir ganando el tiempo necesario para terminar sus preparativos militares: era preciso dejar a buen recaudo la movilización del ejército; reunir, en

toda Asia Menor, los efectivos; poner a los Dardanelos y al Bósforo fuera del alcañiz de los reveses enemigos. El interés de la Puerta se centraba

pues, mientras tanto, en mantener el contacto con los representantes de la Entente, en prestarse incluso a una negociación «con objeto de disipar las sospechas que pudiesen albergar en lo referente a nuestra alianza», dice Diemal-pacha, uno de los miembros del gabinete.

Al principio de la guerra, Alemania se prestaba a esta táctica. Las ventajas que esperaba de una intervención turca eran considerables, pero no podían tener efectos inmediatos. El cierre de los Estrechos aislaría a Ru-

sia, le impediría exportar su trigo, y sobre todo recibir de sus aliados el material de guerra que tanto necesitaba. La proclamación de la «guerra santa» por el sultán permitiría sobreexcitar el fanatismo musulmán.... transmitir una consigna musulmana a las colonias inglesas ... 1 fomentar la insurrección en las Indias, en Egipto y en el Cáucaso. (Al menos eso es-

peraba Molke). Era un proyecto de gran alcance. De modo que mientras el estado mayor alemán mantenía la esperanza de dejar al ejército francés fuera de combate «en cuestión de seis semanas» y de llevarse rápidamente una victoria completa, la intervención turca no le parecía tan urgente. únicamente tras la derrota del Marne y el desenlace desastroso de la ofensiva austro-húngara en Galitzia, el punto de vista de las potencias centrales se modifica: ahora desean que se alinie inmediatamente e e)ér-

cito turco, para obligar a Rusia a llevar tropas al Cáucaso y a Gran Br,-

taña a proteger a Egipto. A partir del 17 de setiembre, el embajador de

Alemania en Constantinopla adopta una actitud apremiante, . Pero la ríoticia de las derrotas militares que acaban de sufrir las potencias Centrales han enfriado el celo de los hombres de Estado otomanos. Ahora el gobierno turco hace ob«eciones y alega dificultades económicas. El 11 d . e

j . . . viotubre, Alemania promete la ayuda económica necesaria; Pero. insiste gorosamente para que la flota turca (cuyas dos principales unidades 5o”

226

Las intervenciones de Turquía y Japón

los cruceros alemanes bautizados con nombres turcos, pero que siguen al mando del almirante alemán Souchon) tome la iniciativa de una acción en el Mar Negro. Enver, acepta, mientras que algunos de sus colegas quisieran ir ganando tiempo; el gran visir Saíd-Halim está indeciso. Finalmente, el almirante Sauchon se hace a la mar; el 29 de octubre, bombardea Odesa, Sebastopol y Novorossisk. Turquía se halla en estado de guerra contra Rusia. El gran visir se encuentra frente al hecho consumado.

¿Y la Entente? Al principio de la guerra ignoraba la conclusión del tratado germano-turco del 2 de agosto. Sin duda tenía razones para mostrarse preocupada, pues el ministro de Bulgaria en Constantinopla había puesto sobre aviso al embajador de Rusia; pero Enver ya había procurado dar gato por liebre. El 5 de agosto, afirmaba, que Turquía, «de momento» no estaba «vinculada a nadie»; el 9 de agosto, incluso llegó a ofrecer a Rusia, la alianza turca, a condición de obtener la retrocesión de la Tracia occidental y de las islas del mar Egeo; Enver estaba dispuesto, según decía, a expulsar a la misión militar alemana, si se aceptan estas con~ diciones. El gran visir daba su adhesión a esta oferta declarándose dispuesto a pactar. No se puede creer en la sinceridad de semejantes proposiciones ‘ pues el mismo día en que se hicieron, el Góben y el Breslau pedían al gobierno turco la autorización para entrar en los Dardanelos. Pero dado que la Entente ignoraba los compromisos adquiridos por Turquía respecto a Alemania, estaba en condiciones de dar una real importancia a las proposiciones de la Puerta: el embajador de Rusia en Constan Ítinopla, Giers, y sobre todo su agregado militar, las tenían por muy serias. El asunto podría salir adelante, decían, si se tomaba inmediatamente una decisión. «El momento histórico ha llegado», telegrafiaba el embajador. Sin embargo, el gobierno ruso no estaba dispuesto a negociar. Pese a las ventajas evidentes que suponía una intervención turca en provecho de la Entente, Sazonov recomendaba «ir ganando tiempo sin hacer declaraciones que nos obliguen a nada en concreto». «Déense cuenta de que no tenemos mi edo de las posibles artimañas de Turquía contra nosotros»,

telegrafiaba Sazonov a Giers el 10 de agosto. De modo que no quería hacer nada para evitar que Turquía entrase en guerra junto a las Potencias centrales. ¿Veía quizá en la oferta turca una maniobra destinada a enemistar a las potencias de la Entente con Bulgaria y con Grecia? ¿Estimaba, por el contrario, que la hostilidad de Turquía, en el fondo, era una circunstancia favorable, puesto que permitía a Rusia la realización de

11 su sueño, es decir, la conquista de Constantinopla y de los Utrachosl. La actitud que tomó respecto a sus aliados, parece confirmar la segunda hipótesis: hasta el 16 de agosto, el ministro ruso no dio a conocer a sus embajadores en París y en Londres la oferta de Enver. Para esta fecha, ya habían entrado el Góben y el Breslau en aguas turcas; la PrOPuesta carecía del menor interés.

La lenta fi ' Í de los dos navíos alemanes al gobierno turco, obligaba ah Icticia

ora a la Entente a protestar. ¿Había que ir más lejos e intimidar

La actitud de los neutros

al gobierno turco para que se pronunciase claramente a favor o en contra de las potencias centrales? Rusia así lo deseaba, pero el gobierno británico presentía ciertas ventajas si se retrasase lo más posible el momen-

to de las hostilidades con el imperio otomano: ¿Los turcos no intentarían atacar el canal de Suez, en el momento en que el estado mayor

glés trajese de la India a las tropas destinadas a combatir en el frente occidental? Si Gran Bretaña tomase la iniciativa de la ruptura con el sultán, los musulmanes de la India ¿no serían vulnerables a la influencia de la propaganda islámica? Más valía negociar, aun sin grandes esperanzas. El gobierno británico proponía pues que se ofreciese a Turquía una garantía de su territorio a cambio de una promesa de neutralidad. Si esta garantía sólo fuese válida mientras durase la guerra, Rusia siempre podía, tras el pacto de la paz general, resolver en provecho propio la cuestión de los Estrechos. Pero el gabinete otomano toma precauciones: exige una garantía escrita, cuya duración no se limite a la de la guerra europea. Rusia opone resistencias; le repele abandonar la esperanza de conquistar algún día, el acceso al mar libre. A finales de agosto, sin embargo, influido por las derrotas francesas y por el desastre de Tannenberg, Sazonov acaba resignándose. La notificación del 30 de agosto declara que «las tres

potencias de la Entente están dispuestas a paralizar la integridad territo-

rial del imperio otomano contra cualquier enemigo que quisiese aprovecharse de la guerra para atacarlo»; a cambio, exige la promesa de una «es-

tricta neutralidad». Pero el gran visir escurre el bulto.

La Entente ya no se hace muchas ilusiones. ¿Cómo podría hacérselas, cuando Turquía decide suprimir las Capitulaciones, y luego cerrar los Estrechos? Sin embargo, continúa negociando. La Entente sabe que algunos miembros del gobierno turco luchan contra la opción de la guerra y tiene esperanzas de que la modificación acaecida en la situación militar de setiembre, lleva a reflexionar a la Puerta. En todo caso, intenta retra-

sar el desenlace. Pero, a través de los desciframientos de telegramas, el embajador de Rusia conoce la presión que ejerce la diplomacia alemana en Constantinopla. Por otra parte, nadie ignora la presencia de oficiales y de soldados alemanes, que trabajan en la fortificación de los Dardanelos. «La guerra es, de toda evidencia, inevitable», escribe Giers el 3 de octubre. Lo único que pide a su gobierno es que le notifique «cuándo podrán dejar que los acontecimientos decidan».

La incursión del Góben y del Breslau en el mar Negro const pues, el desenlace de una situación que no permitiría coric,bir mucho esperanzas. Los embajadores de la Entente exigen la expulsión de la 0-

sión militar alemana. Ante el rechazo del gobierno turco (aun si hay que decir que tres de sus miembros se niegan a asociarse a la política de En- . mbre, los ver), se consuma la ruptura, el 1 de noviembre. El 16 de novic dador de doctores musulmanes, los ulemas, en nombre del califa, comer, S 1,05 los creyentes, lanzan el llamamiento al Islam: todos los fflusul`ane 1 .

de Crimea, del Turquestán y de las Indias, los de Afganistán Y los de Áfr`ca, deben considerar «como el más imperioso de los deberes religío,O-”

- 228

Las intervenciones de Turquía y, Jap

ón

1 1 lón

p su participaci en la guerra santa en cuer os y en bienes»; los que escuchen esta llamada «podrán

contar en todo momento con la asistencia

1 ios». Esta amenaza lejana quedará sin respuesta. Pero la entrada en de D guerra de Turquía lleva consigo una consecuencia inmediata: el estado mayor ruso se ve obligado a llevar tropas hacia su frontera del Cáucaso, para constituir ahí un nuevo frente de combate.

Desde los primeros días del conflicto, Francia y Rusia habían tenido en cuenta la posibilidad de una intervención japonesa. ¿El Japón no era aliado de Gran Bretaña? A decir verdad, el tratado, tal y como había sido renovado en julio de 1911, no contemplaba más que las cuestiones asiáticas; el preámbulo sólo aludía a la defensa de los intereses comunes en China y de los derechos territoriales de las dos potencias «en el Extremo Oriente y en la India». Ahora bien, ni estos intereses ni estos derechos estaban directamente amenazados por Alemania. El gobierno de Tokio no tenía por qué ofrecer un apoyo armado a Gran Bretaña. Pero le interesaba aprovechar la ocasión para intervenir en las bases alemanas de Extremo Oriente, sobre todo en la base naval de Kiaotcheou, que le proporcionaría el medio de extender su influencia en la provincia china de Chan-Toung. Desde el 8 de agosto, había ofrecido el gobierno inglés «un común» limitada a este único objetivo. La diplomacia sólo «una acción veía ventajas en este ofrecimiento, pues la colaboración del Japón le proporcionaría la tranquilidad necesaria para sus posesiones en Extremo Oriente. Gran Bretaña se mostraba menos entusiasta: temía ver a su aliado, aprovechando la circunstancia de la guerra europea, adquirir una situación preponderante en China; Inglaterra se preguntaba sobre todo, si esta intervención no amenazaría con despertar en los Estados Unidos un descontento cuyas consecuencias recaerían sobre las potencias de la Entente. Necesitaba sin embargo, en los mares de China, la asistencia de las fuerzas navales japonesas. ¿Cómo hubiera podido eludir este ofrecimiento de cooperación?

El gobierno de Tokio, que no deseaba otra cosa, se estaba apresurando. El 15 de agosto pide a Alemania que le ceda en ocho días, el territorio entero de la concesión de Kiaot-cheou, «en vistas a su posible reintegro a la China»; al mismo tiempo afirmaba que no pensaba en adquisiciones territoriales a costa del imperio chino. ¿Qué valor tenía semejante afirmación? Evidentemente enía por objeto tranquilizar a los Estados Unidos. El gobierno, de Washington se conformaba; se limitaba a levantar «ta de la declaración japonesa y a recordar la importancia que otorgaba el 7. Principio de integridad de la China. El 23 de agosto, un rescripto del gobierno anunciaba la declaración de guerra a Alemania.

¿De qué le serviría a la Entente, esta intervención, si se limitaba a Extremo-Oriente? Las operaciones que la marina y el ejército japonés llevarían a cabo

o en el Chan-toung y que desembocarían en la captura

1 e intervención de %g-tao (7 de noviembre), apenas son un episodio lejano, que para el 4.º aniversario de la guerra europea, no tienen más importancia de lo que pueden tener la, campañas emprendidas contra las colonias alemanas del

re 1

229

La actitud de los neutros

Camerún o del este africano. ¿No sería posible conseguir una colaboración directa del gobierno de Tokio? Si Japón consintiese en participar en la lucha de los frentes europeos, formando un cuerpo expedicionario de tres o cuatro cuerpos de ejército, sería de una ayuda oportuna. La prensa francesa expresa esa esperanza; la diplomacia intenta establecer un plan: en Francia, el ministro de Asuntos exteriores Delcassé se muestra

favorable, «pues no hay que desperdiciar ningún medio». ¿Por dónde se podrían encaminar estas tropas japonesas? ¿Por vía marítima, hacia el frente occidental? Sería un viaje largo y difícil, objeta Sir Ed. Grey. ¿Por medio del Transiberiano, hacia el frente ruso? Sazonov acoge la idea con muchas reticencias; en el fondo, la perspectiva de ver a las divisiones japonesas mezclarse con las tropas rusas no le hace ni pizca de gracia. Vanas discusiones, pues no tienen ninguna base: ¿qué certeza se puede te-

ner de que Japón se vaya a prestar a estos proyectos?

De pronto, mientras las cancillerías discuten, el gobierno de Tokio dirige a la Entente una nota que disipa las ilusiones: «Las tropas japonesas han nacido del servicio obligatorio. No son mercenarias: están reservadas para la defensa del territorio nacional. La cuestión de su posible empleo crea dificultades, cuando se las requiere para participar en hos-

tilidades extranjeras cuyas causas ignoran». Realmente esto aún no es más que una nota diplomática, cuyo único objetivo es abrir negociaciones. Pero el 19 de noviembre de 1914, en una interviú publicada por el Japan Advertiser, el ministro de Asuntos exteriores, barón Kato, se muestra ca-

tegórico: «Si nos hemos visto obligados al combate con Alemania, es porque deseamos el mantenimiento de la paz de Oriente. Pero ¿qué necesi-

dad hay de enviar tropas japonesas a Europa si allí no tenemos intereses directos desde el punto de vista de la seguridad de nuestro país y de la paz en Oriente?» ¿Quién pagaría los gastos de la expedición? ¿El Japón?

1. ¿Por la guerra! ¿Los Aliados? ¿Luego le costaría mucho obtener una indemnización? Si aceptase ese regalo, el gobierno de Tokio perdería su prestigio. «Por estas razones», concluye el barón, «me opongo al envío de tro-

pas a Europa». Está claro: el gobierno japonés ha entrado en la guerra.

para satisfacer intereses directos, pero no tienen intenciones de participar en la coalición formada contra las potencias centrales.

III. LA NEUTRALIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS 3

Mientras que en Europa los neutrales vigilan las fases de la batalla, que en Asia Japón aprovecha la guerra europea para llevar adelante una Po-

‘Obras de consulta.- El gobierno de Washington publicó un compendio de documentos: Papers relating to the foreign relations of the U. S. A. The World War (Washington, 1928 y sig., in-8o), donde se pueden encontrar sobre todo The Lansing papers, 1914-1920 muy importantes. Pero es indispensable utilizar los textos publicados por Seymour, The intimate papers of Colonel House (véase p. 52) y los testimonios de los embajadores Julesburg,

- 230 -

La neutralidad de los Estados Unidos

lítica. Japón, que incluso en África el llamamiento a la guerra san-

de expansión del Islam amenaza con despertar a las poblaciones musulmanas, el continente americano permanece sereno. Claro que, los pueblos del Nuevo Mundo, lo mismo que los otros, no pueden quedarse indiferentes ante la gran lucha. Pero al gobierno de Washington, cuya influencia se extiende a las naciones de América Latina, afirma su deseo de permanecer como espectador.

El propio presidente Wilson es quien marca la tónica. En su llamamiento al pueblo americano, el 19 de agosto de 1914, recomienda a sus conciudadanos que mantengan «la neutralidad» y «la imparcialidad», que no manifiesten preferencias a favor de ninguno de los grupos beligerantes, que den prueba a todos de la misma benevolencia. De esta manera los Estados Unidos podrán dar a Europa consejos de paz con autoridad. El 8 de setiembre de 1914, el presidente prescribe a través de una proclamación un «día de oración», con objeto de que Dios «restablezca la concordia entre los hombres y las naciones». Espera, según declara al Congreso de 8 de diciembre,

tener la «inmensa suerte tan escasamente concedida a ninguna nación, de poder aconsejar y realizar la paz y la reconciliación en el mundo». Estricta neutralidad, que le valdrá al pueblo americano la autoridad moral necesaria para que, en un momento dado se acepte la mediación; esta es su fórmula.

Desde luego responde a una convicción profunda. Wilson estima que esta guerra «hará retroceder dos o tres siglos al mundo»; siente una aflicción sincera. Su colaborador William J. Bryan, secretario de Estado en Asuntos Exteriores, es un pacifista militante: tenía por principio, según cuenta el embajador de Francia, Jusserand, que jamás había que hacer la guerra; decía: «La potencia que continúa la guerra, es tan culpable como la que la empieza». Este apóstol, cuya sinceridad nadie pone en duda, rechaza de entrada la posibilidad de una intervención americana, de no ser una intervención moral a favor de la paz.

Le sentiment américain pendant la guerre (París, 1930, in-S^o); S. Gwynn, The letters and friendships of Sir Cecil Spring-Rice (Londres, 1929, 2 vol., in-8^o); Hendrick, The life and letters of Walter E. Page (New York, 1922, 2 vol., in-8^o); W. Williams, W. J. Bryan (New York, 1936, in-S^o); Bernstorff Deutschland und Amerika. Erinnerungen aus dem fünfzigjährigen Kriege (Berlín 1920, in-8^o); Dumha, Dreibund und Entente-Politik in der alten und neuen Welt (Viena, 1;31, in-8^o). Véase también, Ed. Borchard y W. P. Lage, Neutrality for the United States (New York 1937, in-SI); A. y J. George, W. Wilson and Colonel House. A personal history (New York, 1956); D. Smith, Robert Lansing and American neutrality (Berkeley, 1958, m-S-); E. R. May, The World War and American isolation, 1914-1917 (Cambridge, 1959, in-8-); S. Tassier, La Belgique et l'entrée en guerre des États-Unis, 1914-1917 (Bruxelas, 1951, in-12); A. Link, Wilson. The struggle for neutrality, 1914-15, y del mismo, Wilson's confusions and crises, 1915-1916 (Princeton, 1960 y 1964, in-S^o); A. Rappaport, The British Policy and Wilsonian neutrality (Londres, 1951, in-81)--- Sobre política financiera exte-

Renouvin, «La politique des emprunts étrangers aux États-Unis de 1914 a 1917», en *Annuaire de la politique internationale*, julio 1951 . 289-305.- Sobre la opinión pública, C. Witke, *German Americans*

World War Papers (Ohio, 1936, in-S^o); O. Barié, L'opinione interventista negli Stati-Uniti, 1914-17 (Milán, 1960).

La actitud de los neutros

Pero estos sentimientos pacifistas no bastan para explicar la política americana; la actitud del presidente Wilson se inspira también en consideraciones políticas. Si el conflicto europeo desemboca en la victoria completa de uno de los grupos, para los Estados Unidos esto tendría consecuencias penosas. «Que los Aliados trinitfert», escribe al presidente el

22 de agosto de 1914 su confidente el general Hotise, «y veremos la hegemonía de Rusia sobre el continente europeo; si por el contrario, sale victoriosa Alemania, estaremos durante varios años bajo el indescriptible yugo del militarismo germánico». Por otra parte, ¿Japón no quiere aprovechar esta guerra para establecer su influencia en China, sin tener en cuenta los intereses europeos y americanos? Otras tantas razones para desear una paz rápida, una paz de compromiso.

Esta paz sería tanto más oportuna cuanto que evitaría las divisiones que pudiesen manifestarse en la opinión americana, a medida que el pueblo de los Estados Unidos se fuese haciendo más sensible al espectáculo de la lucha iniciada en Europa. En su llamamiento del 19 de agosto de

1914, Wilson escribe: «El pueblo de los Estados Unidos está formado por varias naciones, y sobre todo por naciones que están en guerra. Es natural e inevitable que haya una variedad de simpatías y de deseos en

su interior en lo que respecta a los resultados y a las circunstancias del conflicto. Unos quieren ver en esta gran lucha, triunfar a una nación; otros a otra. Es fácil que se exciten los ánimos...».

¿Habrá que temer que la opinión americana se divida «en dos campos enemigos»? No es un temor vano. Cuando el sentimiento público, sobre todo en las regiones del este, empieza a pronunciarse a favor de la Entente, en el otoño de 1914, se manifiesta una resistencia: la de los germano-americanos, que forman grupos compactos en la región de Chicago; es la resistencia de los inmigrados irlandeses, que son más de cuatro

millones y que en su gran mayoría, consideran que una victoria de Gran Bretaña sería un desastre para la causa de Irlanda. Si el gobierno se viese

llevado a intervenir en el conflicto ¿no correría el riesgo de toparse con una oposición activa por parte de estos elementos? «Con una irreligiosa población alemana en el interior del pueblo americano, -población cuya lealtad es más; que dudosa-, la guerra podría convertirse en un asunto muy serio», declara al embajador de Gran Bretaña el antiguo le'

secretario de Estado Elihu Root.

El gobierno de Washington está buscando en vano, la oportunidad de ofrecer su mediación. Según el testimonio de una conversación suya, tenida por el conde Bernstorff, embajador de Alemania, el 5 de setiembre de 1914, cuando empezó la batalla del Marne Bryan cree por un momento que el gobierno alemán aceptaría una oferta de mediación; se apr-

sura pues a telegrafiar a Berlín, a advertir a los embajadores de Francia y Gran Bretaña; confía en que, incluso si fracasase, la oferta tendría al

menos la ventaja «de invitar a las diversas naciones del mundo a que explicasen su actitud, sus razones para continuar la guerra, el resultado qd

1 *ble la paz»- L3 esperan de ella y las condiciones bajo las que sería posi

- 232 -

La neutralidad de los Estados Unidos

sugerencia de Bryan no obtiene una acogida favorable ni en París ni en Londres. Gran Bretaña no aceptaría un retorno sin más, el statu quo ante; exige que la paz ofrezca garantías contra un retorno ofensivo del militarismo prusiano e indemnice a Bélgica invadida. El gobierno francés desea que el presidente Wilson no haga gestiones oficiales. Los mismos embajadores americanos, Page en Londres y Myron T. Herrick en París, critican la iniciativa de su jefe y ven en las declaraciones del conde Bernstorff una simple maniobra para granjearse las simpatías de Washington. La respuesta alemana, con fecha del 14 de setiembre, pone fin al intento de Bryan: «Alemania no podría aceptar más que aquellas condiciones que le asegurasen una paz real y duradera y que la protegiesen contra posibles ataques de sus enemigos». Ya no se trata de volver al statu quo ante.

Este primer fracaso no desalienta al presidente Wilson; sigue convencido de que una discusión «franca y abierta» entre los beligerantes podría desembocar en resultados satisfactorios y desea que las conversaciones «no oficiales» vayan preparando el camino. A principios de octubre de 1914, el coronel House ofrece su mediación a Gran Bretaña, por una parte, y por otra a Austria-Hungría, pero sin éxito. El embajador inglés Spring-Rice, sin hacer objeciones de principio, declara que la mediación de los Estados Unidos no tendría la menor posibilidad de ser acogida. El embajador de Austria-Hungría no da curso a la propuesta, porque sabe que

su colega alemán ha recibido órdenes de abstenerse de toda gestión. Por esta fechas, el gobierno de Washington parece admitir que no serviría de nada un nuevo intento. Solicitado por el gobierno suizo (14 de noviembre), después por el gobierno español (7 de diciembre), que le ofrecen su cooperación para efectuar una mediación común, el secretario de Estado responde que el momento es inoportuno y que la renovación de estos intentos sería prematura.

En realidad el gobierno americano, pese a que prescinde de los ofrecimientos suizo o español, no renuncia a su propósito. Antes de hacer otra gestión desea únicamente tantear el terreno y darse cuenta del estado de ánimo de los gobiernos beligerantes. Los alemanes dan a entender ahora que podrían avenirse a un arreglo (¿será por el resultado de la hataUa del Yser», ero les es imposible, dicen, dar el pri Gr p imer paso. Sir Ed.

ey, aprueba la tentativa, en su propio nombre. El presidente Wilson decide, a principios de enero de 1915, enviar a Europa al coronel House Para recoger informaciones y para servir de confidente entre los beligerantes. La misión no tiene carácter oficial. Su único objetivo es examinar si una sugerencia de paz, basada en el statu quo ante, que Proporcionase indemnizaciones a las regiones invadidas y diese al mundo garantía, a través de la «destrucción del militarismo» tendría posibilidad.

es de ser aceptada. El coronel House se queda un mes en Londres, hace una breve visita a París donde evita cualquier conversación seria y se detiene por un momento, unos días en Berlín; pero a Rusia la descuida por completo.

Sus conversaciones con Sir Ed. Grey le demuestran que al go-

La actitud de los neutros

bierno inglés le interesa sobre todo la cuestión belga, pero que Francia y Rusia tienen además sus propias preocupaciones: Alsacia-Lorena, los Estrechos. Sus conversaciones con los jefes de la política alemana disipan sus últimas ilusiones: «si iniciásemos actualmente conversaciones so-

bre una base susceptible de ser aceptada, esta tentativa llevaría consigo la caída del gobierno y del emperador», declara el subsecretario de Estado Zimmermann. House deduce que el gobierno alemán está «paralizado» por la opinión pública. El 26 de marzo de 1915, es plenamente consciente de su fracaso: «Hemos cometido un error al creer que podrían iniciarse conversaciones sobre la base de la evacuación de Bélgica y de Francia» escribe a Wilson.

¿El retorno al statu quo ante? ¿La «paz blanca»? Ninguno de los Estados

beligerantes quiere pensar en ello.

234

CAPÍTULO IV

LAS NUEVAS CONDICIONES.-

LA GUERRA LARGA'

A finales de noviembre de 1914, el fracaso del plan de guerra alemán es evidente. Del mismo modo que no ha logrado, durante las seis semanas de la guerra, poner fuera de combate a los ejércitos franceses, el estado mayor alemán, tampoco ha podido llegar a las puertas del Paso de Calais, cuya posición le hubiese permitido amenazar directamente a Inglaterra y obstaculizar la afluencia de las reservas británicas que se dirigiesen a territorio francés. En el frente occidental el comandante alemán no ha conseguido la «decisión»; está condenado a seguir a la defensiva por mucho tiempo. En el frente oriental, los ejércitos alemanes han conseguido victorias esplendorosas; pero las tropas austro-húngaras no pueden más. Hay que acudir a lo más urgente e intentar restablecer la situación en un momento en el que el mando ruso, que ha terminado la concentración de todas sus fuerzas, dispone ya del máximo de sus medios de acción. La «lucha en los dos frentes», que tan peligrosa la previó el estado mayor alemán desde siempre, se presenta en condiciones difíciles. La perspectiva de una lucha prolongada empieza a entretenerse, de una guerra que exigirá de cada uno de los beligerantes un esfuerzo total. Ya no hay que esperar la victoria del juego de fuerzas militares únicamente; también depende de la capacidad de organización y de resistencia de la nación y de la cohesión moral que sepa mantener. Junto a las cuestiones políticas, las económicas, que se pueden desatender en una guerra corta, desempeñarán en lo sucesivo un papel importante.

I. LAS FUERZAS MILITARES 1

En el invierno de 1914-1915, la batalla reviste una nueva forma que desorienta las previsiones de los estados mayores. La experiencia de las

Obras generales de consulta.- Las citadas en p. 189.

2 tim Obras de consulta.- A los compendios de documentos citados en p. 191, y a los tes-

onios de los generales citados en p. 207, hay que añadir, para Alemania, general von Wris-

Las nuevas condiciones: la guerra larga

últimas semanas ha demostrado con qué dificultades se puede encontrar el agresor cuando aborda de frente una posición defensiva. Por una y otra parte, las tropas desarrollan sus medios de protección contra el juego del enemigo: cavan la tierra, construyen trincheras y refugios; delante de las líneas disponen una red de alambre destinado a romper el ímpetu de la infantería enemiga y que la obligará a patear bajo la metralla; detrás de las posiciones de infantería, la artillería, que también está protegida por refugios, dispone de todo el tiempo para reconocer sus objetivos y ajustar el tiro; de modo que, tiene una eficacia mayor. La guerra de posiciones comienza con una gran superioridad de la defensa sobre el ataque. Contra una posición organizada la infantería, por ardiente que sea, es impotente por sus propios medios; es preciso que se abra un brecha en las redes de alambre para tener paso libre, que el fuego de los ocu-

pantes de la trinchera enemiga se neutralice por un momento y que las reservas amontonadas en los refugios estén imposibilitadas para intervenir; esto es cosa de la artillería. Pero, para destruir una red, derribar los parapetos de una trinchera o arrollar un refugio, la artillería de campaña ya no basta. Los progresos de la fortificación de campaña ponen a las organizaciones defensivas a prueba de los calibres ligeros. Hay que desarrollar la artillería pesada, crear un material nuevo: los proyectiles de tiro curvo propios de la lucha arimada. También hace falta un derroche de municiones. El mismo armamento de infantería ya no se adapta a las nuevas condiciones del combate: el papel del fusil se hace secundario; para acrecentar la potencia del fuego, la ametralladora es indispensable; para alcanzar a corta distancia al adversario refugiado en sus trincheras, la granada de mano es el arma más eficaz. Por último la aviación que, durante la campaña de 1914 apenas tuvo una misión de exploración, debe hacer frente ahora a múltiples cometidos: reglaje de los tiros de artillería, fotografía de las posiciones adversas, bombardeo de las retaguardias. Pero, estos medios nuevos, hay que crearlos completamente.

Los grandes ejércitos beligerantes se encuentran pues, frente a nuevos problemas. La cuestión del armamento es tan grave., y a veces hasta más grave, que la de los efectivos.

En la nueva campaña, la superioridad numérica adquirida por los ejércitos de la Entente desde comienzos de la guerra se va a incrementar. Sin duda alguna, que el ejército francés, después de las Pérdidas sufrida, cuando tuvo que soportar casi a solas el choque de la gran ofensiva alemana, lo mejor que puede hacer ahora es rellenar los huecos de sus u'u~

berg, *Erinnerungen an die Kriegsjahre im königlich-preussischen Kriegsmministerium* (Berlín, 1921-1922, 3 vol., in-8o); K. Janssen, *Der Kanzler und der General. Der Fijhrun9skrise Wn .a@ @enerj Bethmann-Hollweg und Falkenhayn, 1914-1916* (Berlín, 1967, in-S'); para Franci b eríl Pédoya, *La Commission de l'armée pendant la guerre* (París, 1920, in-8-) -1 además, -ge'staBaquet, *Souvenirs d'un directeur de l'artillerie* (París, 1920, in-12); para Gran Breta,l, . tistics of the military effort of the British Empire during the Great SVar (Londres, 19231 1n'

fol.), y V. W. Germain, *The Kitchener armies* (Londres, 1930, in-S'); para Rusia, 1 geller@ Golovine, *The Russian army in the World War* (New York, 1931, in-S').

- 236 -

Las fuerzas militares

dades; aunque sin aumentar el número de sus divisiones. Pero Gran Bretaña y Rusia tienen recursos. ¿Qué partido van a sacarles?

El ejército británico se organiza. La afluencia de voluntarios proporciona todos los hombres necesarios; los efectivos Incorporados al regí miento, que en agosto de 1914 eran de 230.000 hombres, han pasado a finales de año a 1.100.000 hombres y llegarán a 1.300.000 en abril de 1915. El único problema consiste en emplear estos recursos. Hay que dar a los reclutas la instrucción militar, encuadrarlos, formar las grandes unidades y perfeccionar su entrenamiento. Kitchner se ocupa de ello. Solo o casi solo, ha comprendido de entrada que la lucha sería larga; ha medido toda la grandeza del esfuerzo que había que hacer, y lo ha conseguido. Con los efectivos que le proporciona el reclutamiento voluntario, quiere organizar cinco «ejércitos K», de seis divisiones cada uno. Esw formaciones nuevas aparecerán en Flandés a partir de mayo de 1915. Además, en marzo de 1915, podrán unirse al frente seis divisiones de segunda reserva. Los « dominions » cooperan con la metrópoli: desde octubre de 1914, está en camino una división canadiense; Australia y Nueva Zelanda envían tropas que van a participar en las operaciones de los Dardanelos, mientras que los contingentes sudafricanos se reservan para los escenarios de operaciones coloniales. De las Indias han llegado ya dos divisiones a colaborar en la batalla de Francia. En enero de 1915, el ejército inglés cuenta con once divisiones de infantería en el continente; en mayo, tendrá trece y en Julio veintiocho.

El ejército ruso, pese a las pérdidas que ha sufrido en Prusia Oriental y en Galitzia, consigue alinear, a principios de 1915, a un número de divisiones superior al que poseía en agosto de 1914: las tropas del Turquestán y de Siberia, que no habían podido ser concentradas a tiempo, están ahora al pie del cañón. Pero este aumento de fuerzas sólo es aparente. En muchas unidades, los efectivos, diezmados por la batalla, aún no se han reconstituido. Es cierto que las reservas del interior son abundantes pero sin embargo les cuesta mucho proporcionar a las tropas de campaña los refuerzos necesarios; la escasez de oficiales y de suboficiales@ hace que la instrucción de los Jóvenes soldados y de los reservistas no acabe nunca. En el invierno de 1914-1915 el mando intenta remediar esta crisis formando, en la retaguardia del frente, centros de instrucción; pero es una obra que va para largo.

Las potencias centrales aún disponen de reservas intactas. En el momento de la movilización, el ejército alemán contaba con al o más de 4.800.000 hombres, de los que sólo 2.100.000 servían en las tropas de campaña; disponía pues, en los depósitos del interior y en las formaciones di Ersatz-Reserve de más hombres de los que se necesitaban para cubrir las pérdidas y proporcionar refuerzos a las unidades del frente. En 11 de octubre de 1914, ya había podido alinear a cinco cuerpos de ejército de primera formación, los que Falkenhayn lanzó en la batalla del Yser. En enero de 1915, el ministerio de la Guerra termina la preparación de cuatro nuevos cuerpos de ejército que se incorporan inmediatamente al frente.

Las nuevas condiciones: la guerra larga

En la primavera, el alto mando empieza a transformar las divisiones de infantería, que, en lugar de cuatro regimientos, ya no tienen más que tres; gracias a una mayor dotación en artillería, en ametralladoras, en proyectiles de trinchera, la división remodelada, mantiene la misma fuerza, con menos efectivos. El ejército alemán, con un procedimiento que más tarde imitarán los demás ejércitos, incrementa el número de sus grandes unidades. El ejército austro-húngaro también se desarrolla; restando efectivos de las formaciones de Landwehr y de Landsturm, el alto Mando alinea a dieciséis nuevas divisiones entre octubre de 1914 y mayo de 1915.

En lo que se refiere a material de guerra, la comparación es totalmente ventajosa para los austro-alemanes.

Los ejércitos de las potencias centrales acrecientan aún más el margen de superioridad que poseían en artillería, pues, en las fortalezas belgas, francesas y rusas ocupadas a lo largo de la campaña de 1914, en Amberes y Maubeuge sobre todo, se podían encontrar cientos de piezas de calibre grueso procedentes ahora de los artilleros alemanes; además al inicio de la campaña, los parques del interior estaban ampliamente abastecidos. Sin necesidad de un gran esfuerzo de producción, el número de formaciones de artillería pesada se desarrolla con regularidad: en lugar de las 2.000 piezas en servicio de agosto de 1914, el ejército alemán ten-

drá 4.000 a finales de 1915. En lo referente a la artillería ligera, la situa-

ción es algo menos favorable, pues el ritmo de las fabricaciones todavía no es lo bastante rápido: a fines de 1914, las fábricas no pueden hacer entrega de más de 100 piezas nuevas por mes; pero se están organizando nuevas fábricas que pronto permitirán elevar la producción mensual a

400 piezas. Austria- Hungría, que posee una buena industria metalúrgica, está superando la crisis de material y de municiones que había atravesado, como todos los beligerantes, en octubre de 1914: pronto podrá alinear 641 baterías de artillería, o sea 170 más que al inicio de las hostilidades.

En Francia, las disponibilidades en material y municiones de artillería no han progresado tanto como en el adversario. La artillería ligera desde el inicio de la guerra, ha vivido de sus reservas, Pero ya las está agotando: en enero de 1915, cuando el alto mando, reclama 750 piezas para equipar a las nuevas formaciones de artillería, ya no quedan más que 250 cañones del 75 en los parques del interior. La artillería pesada sigue siendo insuficiente. Durante los primeros meses de las hostilidades, los servicios del ministerio de la Guerra se han limitado a poner a disposición del ejército en campaña las viejas piezas de sitio o de cerco; las fabricaciones nuevas han sido prácticamente suspendidas. Únicamente a fines de 1914 se empieza a hacer un esfuerzo de producción; Pero a

falta de una doctrina firme que lo sustente, el programa se ve recortado; .al de los técnicos aún no están convencidos de que la potencia del mater, , artillería sea condición de la victoria. El déficit en municiones se atenúa gracias al esfuerzo que se realizó en octubre y noviembre de 1914 Para

- 238 -

Las fuerzas económicas

organizar la fabricación; pero la producción es inferior en una cuarta parte a las necesidades del ejército.

En Rusia, la crisis de material es alarmante. A la tropa le faltan fusiles: los depósitos constituidos antes de la guerra apenas han bastado para subsanar las pérdidas de los dos o tres primeros meses; desde noviembre de 1914, la penuria es patente, pues las fábricas ni siquiera llegan a fabricar las armas necesarias para equipar a los refuerzos; los pedidos efectuados al extranjero -a Japón y a Estados Unidos- llegan en un plazo de varios meses. La infantería nunca tuvo el número de ametralladoras que preveían los reglamentos; y la producción no basta para subsanar las pérdidas. Por último, el suministro en municiones de artillería es excesivamente deficitario: el ejército reclama un millón de granadas por mes y la industria sólo le provee de 360.000. Mientras los ejércitos enemigos poseen un material más potente que al inicio de las hostilidades, el ejército ruso es más pobre de lo que nunca lo ha sido. Esta penuria paraliza las iniciativas del mando.

IL LAS FUERZAS ECONÓMICAS'

Los gobiernos se topan con otro deber cuya importancia ninguno de ellos pudo adivinar en toda su amplitud: hay que organizar las fuerzas económicas, para satisfacer las necesidades del ejército y del país.

Durante las primeras semanas de la guerra, la vida económica, se ha-

3 Obras de consulta.- Para la historia económica y social de las naciones beligerantes y de las neutrales, existe una colección de obras publicadas por la Dotation Carnegie para la paz internacional, bajo la dirección de J. T. Shotwell: es el Economic and social history of the World War. Véase además para la movilización económica en Francia, Delemer, Le bilan de Pétatisme (París, 1922, in-S'); en Alemania, C. von Delbrück, Die wirtschaftliche Mobilm4chung in Deutschland (Berlín, 1924, in-80); H. Böttcher, Walter Rathenau, Persönlichkeit und Werk (Bonn 1958, in-80); G. Feldman, Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918 (Princeton '1966, in-S'); en Inglaterra, E. M. Lloyd, Experiments in State control (Londres, 1924 in-S'); S. J. Hurvitz, State intervention in Great Britain (New York, 1949, In-80). Para hacerse una idea general sobre estas cuestiones, E. Scherbening, Wirtschafts-94nisation der Kriege Uena, 1938, in-80)--- Sobre el dominio del mar, véase A. Laurens, Précis d'histoire de la guerre navale 1914-1918 (París, 1929, in-S'), y Chack, La guerre des croi- 'In du 4 août 1914 á la bataille des Falkland (París, 1924, in-So); W. Wolfplast, Der Seek- neg 1914-1918 (Leipzig, 1938, in-80)--- Sobre el bloqueo emprendido contra las potencias Cenllales, consúltese la excelente obra general de Guichard, Histoire du blocus naval (París, 1929, in-8'); Denys Cochin, La guerre, le blocus, Punion sacrée (París, 1923, in-16); P. A. Martini, Blockade in WeItkrieg (Berlín, 1932, in-80); I. Joffe, Blockada i narodnoé kh02&.45tv0 v mi dial rovolou vojnou [El bloqueo y la economía nacional durante la guerra mun- . 1 (Moscú 1929 ruti,a , in-S'); y Gli avvenimenti della guerra nei riflessi della legislazione ma- (Roma, 1935, 2 vol., in-80); M. Siney, The allied blockade of Germany, 1914-1916 (A" Arbor 1957, in-SI); A. Morrissey, The American defence of neutral rights, 1914~1917 (Canibrid ge, 't- 11, 1939 in-8'); H. Duttwyler, Der Seekrieg und die Wirtschaftspolitik des ftCI""en Staates (Zurich, 1945, in-80)- Sobre la guerra submarina alemana, los estudios gel1rales de A Laurens, Histoire de la guerre sous-marine allemande (París, 1930, in-S'), de R- Gibson e't M. Pren-1

ergast, The German submarine war (Londres, 1931, in-81), y Mi-

Las nuevas condiciones: la guerra larga

bía detenido prácticamente, en todos los Estados beligerantes. La movilización desorganizó la producción industrial y agrícola; los transportes militares habían acaparado las vías férreas, que ya no pudieron garanti-

zar con regularidad el tráfico comercial; los negocios habían cesado. Los obreros no movilizados no encontraban trabajo: en Francia, el número de parados había aumentado en un 43 % en agosto, mientras en Julio el porcentaje fue de un 4,5 %; en Alemania, en un 22,5 %, contra un 3 % paralelamente a las mismas fechas; los salarios disminuyeron bruscamente. Puesto que se preveía una guerra corta, cada cual confiaba en subsistir de sus reservas: el ejército parecía tener en sus depósitos de material y municiones reservas suficientes para hacer frente a sus necesidades; la población civil disponía asimismo de los comestibles y productos que el comercio tenía almacenados. El país podía esperar, de brazos cruzados, el desenlace rápido de la crisis.

Los acontecimientos pronto alteraron todas las previsiones. A partir del mes de setiembre, en Alemania como en Francia, los depósitos del ejército se agotan; la crisis de municiones y la escasez de material aparecen de repente; hay que improvisar su fabricación a toda prisa, abastecer de materias primas, crear una «industria de guerra», es la tarea principal, la más urgente, aquélla de la que depende el desenlace de la bata-

lla. Pero el problema es más amplio: si las hostilidades se prolongan, ¿dónde encontrará la población civil, los medios para vivir? El ejército absorbe para sí los productos alimenticios; reclama ropa, calzado, todos los objetos necesarios en la vida cotidiana. ¿Qué quedará para satisfacer las necesidades de la retaguardia? La subproducción, que se consideraba normal e inevitable al inicio de las hostilidades, se convierte ahora en un

peligro grave. Hay que volver a poner en marcha las fábricas y las minas, impulsar los transportes, garantizar el ritmo de los trabajos agrícolas. Inmediatamente se plantea el problema de la mano de obra: la

movilización ha privado de trabajo a la mayor parte de los hombres en edad activa; a la agricultura y a la industria le faltan brazos. Para que el País pueda subsistir, el gobierno se ve obligado a intervenir. La libertad de producción y de intercambios comerciales se apoya en la existencia de reservas considerables, en la regularidad de los transportes, en el buen funcionamiento del crédito. Ahora bien, ya no existe ninguna de estas condiciones; no es posible contar con el libre ejercicio de los intereses individuales para satisfacer las necesidades esenciales. Así, el Estado se,

verá llevado poco a poco a restringir esa libertad, a ejercer un control cada vez más amplio sobre todas las modalidades de la vida económica, a hacerse cargo de la movilización de las fuerzas económicas, Para esta-

509 -rochelsen, Der U-Bootskrieg 1914-1918 (Leipzig, 1921, in-So), trad'franc.: La guerre, 1945 (M9' rine 1914-1918 (París, 1928, in-S'); B. Herzog, Die deutschen U-Boote 1906-1918 (Leipzig, 1959, in-8-)-Los testimonios de la marina alemana son importantes, sobre '0

del almirante von Tirpitz, Deutsche Ohnmachtspolitik im Weltkrieg (Hanburgo, in-So).

240

Las fuerzas económicas

ble orden d, prioridad de las necesidades y utilizar lo mejor posible los recursos. Esta invasión . del estatismo no es premeditada; por el contrario está desarrollándose por doquier, bajo el efecto de la necesidad, « guerra irresistible».

movilización económica sin embargo, las partes no son iguales. Ventaja los beligerantes que no están obligados a vivir de sus recursos y que pueden abastecerse ampliamente de las reservas

*bles y de materias primas de los neutrales. El dominio del mar proporciona un nuevo medio de actuar a Francia y a Gran

Bretaña. Al inicio de las hostilidades, la superioridad naval de las potencias de la Entente, gracias a la flota de guerra británica, les permitió garantizar ese dominio.

La «flota de alta mar» alemana se ha quedado en sus puertos. Pese a la orden del comandante en jefe, el emperador la mantiene inactiva; no quiere exponerla en una lucha forzosamente desigual y se propone conservarla intacta hasta el momento en que puedan presentarse circunstancias favorables para un enfrentamiento. La flota austro-húngara ha adoptado una actitud defensiva; los ataques de los submarinos franceses que se aminoraron en diciembre de 1914, al entrar en Cattaro y llegaron hasta la boca de la ensenada de Pola no han conseguido hacerla salir de sus puertos. La división alemana del almirante Souchon, que, formada por el Goeben y el Breslau se encontraba en el Mediterráneo en el momento de la declaración de guerra, intentó en vano, perturbar el transporte de las tropas francesas de África del Norte; cercados por la escuadra inglesa de cruceros alemanes, gracias a su velocidad y también a la falta de ayuda de sus adversarios, se escaparon de la persecución; refugiados en el Dardanelos, ahora ondean bandera turca, pero están en el mar de Mármara y el mar Negro. El cometido de la marina turca consiste únicamente en mantener a distancia, el bloqueo de los buques navales enemigos, para impedirles que envíen navíos a alta mar. Desde el 13 de agosto, el almirante Lapeyrère, comandante en jefe de las escuadras franco-italianas en el Mediterráneo, ha establecido el bloqueo del canal de Otranto. La flota austro-húngara no tiene intenciones de salir al Norte; están protegidas por las salidas

de las costas de Calais, las «patrullas» de las costas de Calais están apoyadas por una escuadra inglesa que tiene base en Harwich; entre las costas de Escocia y las de Noruega se establecieron «líneas de vigilancia» a cargo de viejos acorazados, algunos cruceros y buques armados en calidad de cruceros auxiliares; la «gran flota»

está en la ensenada de Scapa Flow, dispuesta a intervenir. El 10 de octubre de 1914, el almirante Jellicoe, comandante en jefe de la flota británica, se encontraba en la ensenada de Scapa Flow, dispuesta a intervenir.

Nada fue

movilizada ventaja por de

garantizar la completa libertad de su tráfico marítimo, Inglaterra «no han tenido que dejar fuera de combate en los primeros días de la guerra, a los cruceros alemanes que se encontraban en mares que

Pudieron llegar a los puertos alemanes, estos cruceros

que la de perturbar durante el mayor tiempo posible el tráfico comercial hasta el día en que, fatalmente, sucumbie-

Las nuevas condiciones: la guerra larga

sen. Esta «guerra de carreras», los comandantes y tripulaciones alemanas la han llevado adelante con acierto y valor; pero sólo fue un episodio, cuyo desenlace se veía venir. En el Atlántico sur, el *Karlsruhe* hundió diecisiete vapores, antes de desaparecer, por accidente, en noviembre de 1914. En el océano Índico, el *Kónigsberg*, que opera cerca de la costa africana, está bloqueado, desde el mes de octubre, en el delta del *Rufiji*; el *Ermden*, tras haber hundido dieciséis navíos e intentando una incursión ante Penang, es destruido, el 9 de noviembre, por un crucero inglés. La escuadra del almirante von Spee, que derrotó a una escuadra inglesa el 1 de noviembre a la altura de Coronel, en la costa chilena, será aplastado el 8 de diciembre cerca de las islas Falkland. A finales de 1914, el *Dresden*, único crucero alemán que había escapado de los ingleses en la batalla de las Falkland, todavía puede navegar, pero se ve forzado a escon-

derse en la costa chilena, en donde será destruido tres meses más tarde. A partir de entonces, la bandera alemana ya no ondeará sobre los océanos, que están abiertos, como en período de paz, a la marina mercante de la Entente. Los cruceros del *Möwe*, el *Sceadler* y del *Wolf*, -dos va-

pores y un velero equipados como corsarios, que en diciembre de 1915 y en noviembre de 1916 lograrían abandonar los puertos alemanes, a pesar de las líneas de vigilancia, y destruir unos sesenta navíos mercantes apenas serán ya proezas, más asombrosas que preocupantes. El dominio del mar está garantizado, desde comienzos de 1915 con la salvedad de la amenaza que suponen las grandes flotas enemigas 'intactas en sus puertos.

A partir del momento en que se perfila la perspectiva de una guerra larga, las potencias de la Entente comienzan a valorar esta ventaja. Pueden debilitar la capacidad de resistencia del enemigo obstaculizando el abastecimiento de las potencias centrales en productos alimenticios y en materias primas. Los bloqueos se convierten entre sus manos en un arma, de la que están aprendiendo a valerse. Pero es un arma, de difícil ma-

nejo. Alemania teme sus efectos e intenta prevenirlos con medidas de represalia. A las decisiones de la Entente, responde con la guerra submarina. De ese modo se desarrolla, al margen de la lucha militar, una guerra económica cuyas líneas generales hacen su aparición a principios de 1915.

Desde el inicio de las hostilidades, Gran Bretaña y Francia habían declarado a Alemania en estado de bloqueo. Sin embargo, a pesar de su su-

perioridad, la marina de guerra inglesa no estaba en condiciones de prac-

ticar un bloqueo «efectivo», es decir, de mantener, en las cercanías inmediatas de las costas alemanas, una red de vigilancia capaz de detener el tráfico. En el mar del Norte, los cruceros ingleses, aventurados lejos de sus bases, se habían expuesto a un ataque precipitado por parte de las fuerzas navales alemanas concentradas en *Wilhelmshafen*, en el estuario de Elba.

En el mar Báltico, la vigilancia era imposible, puesto que

los primeros días de la guerra, Alemania había obligado a Dinamarca a

colocar minas en los estrechos de Sund y de Skagerrak; la flota inglesa no podía penetrar en este mar cerrado, donde la marina rusa, abandonada a sus propias fuerzas, era incapaz de hacer frente a la flota alemana.

Las fuerzas económicas

de Kiel. A falta de poder mantener el bloqueo efectivo, la marina inglesa se veía reducida a detener, en las proximidades, a los navíos que se dirigieran hacia los puertos alemanes. Ni qué decir tiene que este procedimiento carecía de total eficacia; por otra parte, incluso si el tráfico de los puertos alemanes estaba completamente paralizado, las mercancías podían llegar fácilmente a territorio alemán pasando por los puertos neutros escandinavos u holandeses. Los cargamentos desembarcados en Rotterdam o en Copenhague eran reexpedidos hacia Alemania por ferrocarril; los que entraban en Bergen pasaban a territorio sueco,

desde donde era fácil hacerles cruzar el Báltico, ya que la flota alemana era superior allí. Para restringir en lo posible el movimiento de importaciones hacia los imperios centrales, había que ejercer pues un control sobre el comercio neutro.

¿Sobre qué bases era posible establecerlo? Una conferencia internacional, reunida en Londres en 1909, había intentado definir lo que había que entender «por contrabando de guerra». La declaración redactada distinguía el contrabando «absoluto» y el contrabando «condicional». Las mercancías, pertenecientes a la primera categoría (sobre todo el material de guerra) podían ser capturadas por los cruceros de los beligerantes, en alta mar, incluso transportadas a bordo de un navío que se dirigiese hacia un puerto neutro, con tal de que su destino «final» fuese el territorio enemigo; pero el que hace la captura, debe probarlo: por consiguiente, un crucero inglés podía, según la declaración de Londres, detener a un navío neutro que transportase mercancías desde Nueva York a Rotterdam y apoderarse del cargamento, a condición de poder demostrar que dicho cargamento estaba destinado a pasar a territorio alemán. Las mercancías contempladas en la segunda categoría, entre las que figuran los víveres, podían ser capturadas sólo en caso de que fueran destinadas «a las fuerzas armadas o a las administraciones del país enemigo». ¿Cómo probarlo? A través de la documentación de a bordo, si indicaba que esas mercancías estaban «consignadas a las autoridades enemigas».

Las lagunas de semejante sistema eran evidentes: las mercancías clasificadas con la rúbrica de «contrabando condicional» podían pasar, siempre que los papeles de a bordo las designaran como destinadas a un comerciante holandés o escandinavo, aunque dicho comerciante pudiese luego venderlas a los alemanes. Incluso el material de guerra burlaba la vigilancia cuando el armador neutro tomaba las precauciones necesarias para disimular su destino. Por último, los productos alimenticios y los objetos, que no figurasen en las listas de contrabando «absoluto» o «condicional» anexionadas a la declaración de Londres se libraban de la captura: ahora bien, ni el algodón -que sin embargo se emplea en la industria de la guerra- ni el caucho, indispensable para el desarrollo de los transportes en automóvil, estaban calificados de «contrabando». Atendiendo a los términos de esta declaración (que por otro lado todavía no había recibido la ratificación de Gran Bretaña), el bloqueo no era, pues, un arma suficiente.

242

243

R

Las nuevas condiciones: la guerra larga

Si lo que Francia y Gran Bretaña querían verdaderamente era obstaculizar la vida económica de sus adversarios e intentar aniquilarlos, el hambre, no podían conformarse con medios tan pobres. Así que decidieron completar, por su cuenta, el sistema establecido por la declaración de Londres. El procedimiento era evidentemente discutible desde 1 punto de vista jurídico. Pero de no haber recurrido a él, el bloque, no hubiese sido más que una simple amenaza. Los gobiernos de París y de Londres podían alegar que el texto establecido en 1909 ya no respondía a las circunstancias, que nadie había previsto una guerra «total», en la que los recursos económicos fuesen «movilizados» y que por último ya que en los Estados beligerantes, todas las fuerzas de producción trabajaban para la guerra, todas las mercancías tenían, de hecho, el carácter de «contrabando». En virtud de este principio Francia y Gran Bretaña habían decidido, desde las primeras semanas del conflicto, hacer «enmiendas» a la declaración de Londres y modificar las listas de «contrabando de guerra». Además, por medio de una «orden de consejo» firmada en Londres el 29 de octubre de 1914, y de un decreto francés del 6 de noviembre, ambas potencias habían «interpretado» la declaración decidiendo

considerar de oficio como destinadas al enemigo todas aquellas mercancías inscritas en la lista «condicional» y transportadas hacia uno de los puertos neutros próximos a Alemania, a menos que el armador pudiese probar lo contrario.

Alemania aducía que sus adversarios adaptaban las reglas del derecho internacional como mejor les parecía; se quejaba sobre todo del estre-

chamiento del bloque aplicado a los productos alimenticios. Pero tam-

bién aprovechó la ocasión para tomarse libertades. A partir del mes de octubre (en 1914, los comandantes de los submarinos estacionados en Wilhelmshafen empezaron a sugerir que se hiciese la guerra de persecución, no sólo contra los navíos de guerra, sino contra la navegación comercial del enemigo. Sin duda resultaba difícil respetar, con este modelo de guerra, los principios del derecho internacional; en último extremo, el submarino podía «prevenir» al navío de que se preparaba para atacar; pero no podía conducir a su presa a un puerto, como lo hubiera hecho un crucero. La declaración de Londres admitía, es cierto, que el que capturase, podía destruir su presa si se veía imposibilitado de llevarla al puerto. Con una interpretación amplia de esta cláusula, ¿no podría deducirse, para el submarino el derecho a torpedear los navíos de comercio? Si se clamaba contra esta barbarie, Alemania respondía que tornaba represalias. ¿Por qué iba a quedar obligada a respetar estrictamente la declaración de Londres, si sus adversarios se la tomaban con tanta

libertad? Para los alemanes, la guerra submarina sólo es, en estos momentos, un medio de presión. Que se reduzca el bloqueo, dicen y estamos dispuestos a interrumpirla. Los medios de que disponen a fines de 1914 sólo tienen treinta submarinos en servicio- no les permiten contar con

resultados prácticos de importancia; pero con esta amenaza esperan conseguir, una disminución del bloqueo. En la misma línea, el gobierno, del

- 244 -

Las fuerzas económicas

que a través de una declaración del 4 de febrero de 1915, hace saber que, las aguas de las Islas Británicas serán consideradas como «zona de guerra»: los navíos de comercio enemigos descubiertos por los submarinos serán destruidos incluso si transportan pasajeros; los navíos neutrales «corren el mismo peligro», pues la flota mercante inglesa abusa de la bandera neutral para resguardarse. De entrada, el almirantazgo alemán se está metiendo por un camino que naturalmente tiene que provocar las protestas de los neutrales; pero al mismo tiempo da a entender que atenuaría el rigor de sus decisiones, si los adversarios consintiesen en aplicar realmente la declaración de Londres, lo que supone renunciar a todas las medidas susceptibles de dar eficacia al bloqueo.

A continuación viene la réplica de Francia y Gran Bretaña. Por una proclamación del 1 de marzo de 1915 que presentan como medida de represalia contra la guerra submarina alemana, extienden el bloqueo a todas las mercancías destinadas al enemigo: «todo navío mercante... que se encamine hacia un puerto no

alemán y transporte mercancías destinadas al enemigo o de su propiedad podrá ser obligado a desembarcarlas en un puerto inglés o aliado.» Si los cargamentos capturados pertenecen al enemigo, serán retenidos como productos embargados; si pertenecen a un neutral, se devolverán al expedidor. La noción misma de «contrabando de guerra» queda abolida, puesto que la proclamación ya no diferencia entre mercancías susceptibles de ser utilizadas para las necesidades de la guerra y las que no lo son. Ni qué decir tiene que esta medida, por drástica que parezca, no suprime todas las dificultades; el armador neutral se libra de la captura si puede probar que su mercancía no va destinada a Alemania; en la práctica, si los papeles de a bordo establecen que el cargamento está destinado a un comerciante neutral y nada incita a sospechar que ese comerciante actúe por cuenta de un importador alemán, la captura puede dar lugar a polémicas interminables. Para evitarlas, algunos armadores neutrales buscan métodos amistosos: al salir de los puertos americanos, los agentes ingleses entregan «cartas de confianza» a los comandantes de los navíos cuyo cargamento parece «oculto»; en Holanda, un trust de importadores se responsabiliza de las mercancías que entren en el país por vía marítima y se compromete a no volverlas a exportar a Alemania. Pero el fraude es fácil y frecuente.

Así pues, la guerra económica continúa «a costas de los neutrales». Los armadores americanos, escandinavos u holandeses se arriesgan a ver sus cargamentos capturados por los cruceros ingleses, sus navíos torpedeados, por submarinos alemanes. Es natural que sus gobiernos protesten -

Ogico que esas protestas sean más vehementes respecto a Alemania CUYOS submarinos no perdonan vidas humanas que respecto a la Entente) CUYOS procedimientos sólo infligen daños materiales. La guerra econ, -

1

Ortu, a se complica con incidentes diplomáticos, que acabarán por convertirse, en la evolución del conflicto, en un factor decisivo. A la vez que se enfrentan por obstaculizar su abastecimiento, los gobiernos beligerantes se esfuerzan en organizar su respectiva vida económica.

l@-

Las nuevas condiciones: la guerra larga

Y será Alemania quien dé el ejemplo. Se ve obligada a ello por las dificultades particulares que la amenazan. País de gran industria, depende de la importación de materias primas y productos alimenticios que su suelo no produce. ¿Cómo sustituirá el trigo que compraba en Rusia y el hierro que compraba en Lorena? Las importaciones de ultramar ya no son libres, claro que, puede recibir por medio de los países neutrales una parte de lo que le falta: Suecia puede proveer de mineral de hierro, Rumanía de petróleo, y en el otoño de 1914, las compras de algodón americano todavía son posibles. Pero ¿dónde procurarse el cobre, el caucho, los cereales panificables? Desde el verano de 1913, el ministerio de Comercio se había preocupado de estudiar estos problemas, pensó en constituir una reserva de cereales y previó las repercusiones que podría tener el estado de guerra sobre la actividad industrial; pero aún no había establecido un programa de acción práctica. Desde el inicio de las hostilidades, los círculos industriales alemanes fueron conscientes del peligro. El 9 de agosto Walter Rathenau sugiere al gobierno la creación de un servicio nacional de materias primas encargado de evaluar las existencias útiles para la defensa nacional y el establecimiento de un programa de suministro. De este modo recomienda fijar sobre todas las materias primas un control «que no deje ya nada a cargo de la voluntad individual o del capricho individual» reservando todos los recursos para las necesidades del ejército. Sugiere que se formen lo más pronto posible reservas nuevas «por todos los medios imaginables», bien comprándolas a los neutrales, o bien utilizando la requisita en las regiones que ocupen las tropas alemanas. Walter Rathenau indica también la necesidad de estudiar nue-

vas tácticas que permitan sustituir en la fabricación, las materias primas importadas por productos elaborados. En definitiva, ha trazado el carni-

no por donde entrarán enseguida todos los beligerantes.

El gobierno alemán, que ha tomado en cuenta estas sugerencias, instituye el 15 de agosto de 1914, el «Servicio Nacional de las materias primas de guerra», encargado de elaborar el balance de los recursos, de efectuar todas las compras posibles, de buscar «productos convertibles», de recuperar los viejos materiales y por último de distribuir entre los productores las existencias que haya podido constituir. El 5 de noviembre, crea un «Servicio Nacional de las patatas», que centralice las conipras, El 25 de noviembre, organiza el «Servicio de los cereales» para fijar la

composición del pan, obligando a los panaderos a mezclar con la harina, una cierta proporción de patatas (es el pan K) y limitando el consurt”

ordinario a través de una disposición. Al mismo tiempo, la industria se organiza para atender las necesidades del ejército y garantizar la rápida cil-

cución de los pedidos del Estado; los productores de una misma especialidad se agrupan en sociedades; la «Unión de guerra de las industrias alemanas» distribuye la mano de obra. Más tarde, ya en 1916, todas e'

tas organizaciones recibirán un impulso común y la centralización se llevará a cabo, bajo el control directo de los poderes públicos. De otro lado, las iniciativas privadas parecen bastar.

- 246 -

Las fuerzas económicas

por otro lado, la situación económica todavía no es muy grave. Que llegue a serlo cuando el conflicto se prolongue, nadie lo pone en duda.

Pero a finales de 1914, la penuria no se nota seriamente: el consumo de carne Y el de patatas son libres; la población todavía no sufre por el abast

1 'd' ec'tniento Coti iano.

Francia y Gran Bretaña están en una situación menos difícil, ya que tienen vía libre por el mar. Así que pueden encontrar fuera de Europa, y sobre todo en los Estados Unidos, las materias primas que sus territorios no dan. La movilización económica es sobre todo cuestión de mano de obra, de herramienta y de técnica.

En Francia esta movilización económica no empieza hasta octubre de 1914. El problema del abastecimiento de la población civil aún no se plantea en términos prácticos, durante estos primeros meses, pese a que, la superficie cultivada de trigo haya disminuido en 500.000 hectáreas por falta de brazos y que la invasión de las regiones del noroeste disminuya en un 20 % la producción de cereales; la importación suple holgadamente el déficit de la cosecha. El problema de la industria de guerra, por el contrario, es difícil. Cuando el ministerio de la Guerra se encuentra de pronto en presencia del grito de alarma lanzado por el alto mando, hay que improvisar una serie de fabricaciones. El jefe de artillería, el general Baquet, hace un llamamiento a los industriales; intenta formár, bajo la dirección de un gran metalúrgico un comité que distribuya los pedidos y garantice su vlab 111dad. Pero el proyecto topa con obstáculos: penuria de combustible, pues la cuenca hullera del norte fue invadida en agosto, mientras duró el avance alemán, y sólo en octubre quedará parcialmente despejada; penuria de mano de obra, pues los obreros especializados están en el frente. Es preciso que el Estado se encargue de la importación del carbón, que el ministerio de Guerra aplase el llamamiento hecho a los metalúrgicos de las quintas más antiguas. La puesta en marcha de estos proyectos es lenta, pese a la reprobación del alto mando, pese a las quejas reiteradas de las comisiones parlamentarias.

La situación no es tan difícil en Gran Bretaña, donde la industria conserva todos sus medios de producción y la mayor parte de su mano de obra. De modo que la vida económica, al principio puede mantener un t<llnte casi normal. Cuando en octubre de 1914 la crisis material y de municiones de guerra empieza a manifestarse, el gobierno se limitará a "InPlificar los métodos administrativos. Hasta entonces, los pedidos se hacía- er,

parte a las fábricas del Estado y en parte a la industria privada

bajo el control del ministerio de Hacienda. Para evitar las demoras, el lir Office crea un ser-vicio único de fabricaciones. Pero nadie piensa aún en organizar la industria de guerra sometiéndola al control del Es- 'Id,. La ley de la oferta y la demanda sigue primando en los mercados de guerra: el Estado compra, sin mirar precios. «Pagar bien y no preoC'UPar"», esa es la consigna. En cuanto a las industrias que no trabajan Para la, necesidades del ejército, el gobierno desea que a partir del otoño de 1914, se reintegren lo más pronto posible a sus actividades: para los

Las nuevas condiciones: la guerra larga

productores británicos ésta es una ocasión propicia de conquistar nuevos mercados en el exterior; aprovechando el anquilosamiento de los competidores; por otra parte, la prosperidad del comercio ¿no constituye un buen medio para alimentar el Tesoro y, por consiguiente, para permitir a Gran Bretaña la financiación de la guerra? El Gobierno se guarda pues de obstaculizar la actividad económica con medidas restrictivas; evita participar en el sistema de prohibiciones de exportación que practican los demás beligerantes. Sus intervenciones se limitan únicamente a circunstancias excepcionales: para evitar la quiebra bancaria, garantiza el pago de los documentos comerciales de los deudores extranjeros; esta-

importación del azúcar, porque los productores de Europa central ya no ejecutan los pedidos y hay que encontrar nuevos proveedores. Son casos de fuerza mayor. Pero tendrá que adaptarse, como los demás a ciertas medidas que no concuerdan con sus principios. En 1915, el ministro de Hacienda, un liberal, se verá obligado a fijar derechos arancelarios sobre diversos artículos de lujo, para restringir su importación; también por esta misma época, tras la nueva crisis de municiones por la que atraviesa el ejército en mayo de 1915, veremos

al Estado establecer su control sobre la industria de guerra, distribuir las materias primas, fijar los tipos y las cantidades que se deben producir, limitar los precios y, por consiguiente los beneficios. El «reclutamiento» de la industria y del comercio se impone poco a poco, tanto en Gran Bretaña como en todas partes.

La situación de Rusia es totalmente distinta. En su territorio posee recursos en materias primas: la hulla del Donetz y de Polonia, los yacimientos de hierro, de cobre y de platino del Ural, el petróleo de Bakou, el algodón de Transcaucasia y del Turquestán. Pero a pesar de los grandes procesos realizados por las industrias metalúrgicas y textiles, el de-

desarrollo industrial todavía no basta: los objetos fabricados representaban en época normal el tercio de las importaciones; la industria química era casi inexistente; las máquinas procedían del extranjero; el extranjero -Y

sobre todo Alemania- proporcionaba una buena parte de técnicos. La inmensidad del territorio, agravada por la insuficiencia de los medios de comunicación, constituye un obstáculo más.

La guerra incrementa sensiblemente estas dificultades. La industria metalúrgica sobre todo, se ve afectada, porque los yacimientos de hulla y de hierro polacos, tan cerca de la frontera, están expuestos a la amenaza inmediata del enemigo y porque el mercado alemán ya no suministra máquinas. Para remediar esta insuficiencia, Rusia debe contar con la cooperación de sus aliados. Pero la importación del material de guerra es trabajoso: el Báltico está cerrado desde el primer día del conflicto; las

costas del mar Blanco y del océano Artico sólo se deshuelan en parte, el invierno

en verano. Encima sólo está unida al interior por una sola línea de ferrocarril, la que va a Moscú a Arkhangelsk. La vía más cómoda, la de los Dardanelos y del Bósforo, se cerró seis semanas después del inicio de las hostilidades. Sin duda, resulta posible hacer pasar ciertos envíos por el

‘r

Las fuerzas morales

país neutral, sobre todo por Suecia; pero el gobierno de Estocolmo no puede autorizar el tránsito de armas y municiones, que son contrabando de guerra absoluto.

El dominio del mar, que poseen sus aliados, no le sirve de nada al imperio ruso. Al igual que las potencias centrales, está aislado del mundo; pero este aislamiento todavía es más peligroso para él que para ellas.

JIL LAS FUERZAS MORALES 4

Con objeto de que los gobiernos puedan reservar todos sus esfuerzos para el manejo de la guerra, para que puedan imponer a los pueblos los sacrificios que exige la movilización económica, es preciso que las cuestiones susceptibles de despertar discusiones o conflictos en la opinión pública, se aplacen hasta el final de las hostilidades. Esta «unión sagrada» que los jefes de Estado proclamaron desde el inicio de la guerra ¿cabe esperar que cada gobierno logre mantenerla? En Francia, en Inglaterra, en Alemania, a fines de 1914, los partidos aceptan que la vida política sea prácticamente suspendida. En Austria, Hungría y en Rusia, por el contrario, la calma no es más que una apariencia. El gobierno francés, durante los primeros meses de la guerra, quedó investido de una cuasidictadura. El 26 de agosto de 1914, Viviani había inofendido su ministerio al margen de cualquier intervención parlamentaria; hizo un llamamiento a hombres de todos los partidos que tuviesen autoridad o prestigio: Delcassé, Millerand, Briand, Ribot; confirió carteras a dos socialistas, Sembat y Guesde; su ministerio se volvió «nacional». Cuando la gravedad de la situación militar determinó al gobierno a abandonar París para instalarse en Burdeos (2 de setiembre de 1914), se les dieron vacaciones a diputados y senadores y la sesión parlamentaria quedó

cerrada. Con su propia autoridad, este nuevo ministerio, había desarrollado los poderes especiales que el Parlamento le había otorgado; no dudó en tomar medidas, por decreto, que modificasen las leyes en vigor acerca del reclutamiento del ejército, la libertad de comercio o la organización de la justicia militar. Nadie se extrañaba por ello, nadie protestaba; la opinión pública estaba sosegada; la vida política, suspendida. El gobierno se beneficiaba de un crédito de confianza, que le había sido otorgado en el clima de entusiasmo de los primeros días. Pero esta cuasidictadura sólo era un convenio temporal. Cuando empieza a imponerse la perspectiva de una guerra larga, no parece posible

Prolongación de serne) .ante estado de cosas. La opinión parlamentaria se asu
1 1 1

sta al enterarse, en diciembre de 1914, de la grave crisis de material y municiones. hora se trata de organizar el esfuerzo del país, de empezar la «nOvilización económica,. Esta nueva situación exige una co-

Obras de consulta- Véase la bibliografía de la p. 189. Sobre la invasión alemana en %i;@ añáda,e, P. schóner, Der Fall Löwen und das Weissbuch (Colonia, 1958, in-S@).

248

249

Las nuevas condiciones: la guerra larga

laboración entre poderes públicos y la iniciativa privada, donde el Parlamento recupera su función. El 22 y el 23 de diciembre, la Cámara y Senado son convocados en sesión extraordinaria para votar los créditos presupuestarlos; la sesión ordinaria de 1915 se inaugura según la Constitución, el segundo martes de enero. A partir de entonces se respetarán los principios y se aplican las formas del régimen parlamentario. No obstante, frente a las Cámaras, el gobierno sigue beneficiándose de privilegios apreciables: el control parlamentario no puede ejercerse en condiciones normales puesto que el deber de salvaguardar el secreto de las operaciones militares obliga a tratar las cuestiones más importantes en las sesiones de las comisiones; los diputados no pueden poner demasiada insistencia en sus críticas ni en sus planteamientos, pues todavía temen obstaculizar la acción del gobierno. El Parlamento es consciente de que la gran corriente de energía que se establece entre el frente y la retaguardia, entre el pueblo y el ejército, no pasa a través de él.

En Gran Bretaña, el gabinete Asquith, que ostentaba el poder cuando se declaró la guerra, estaba compuesto por liberales. Para garantizar su mayoría en la Cámara de los comunes, tenía que apoyarse en el grupo laborista. Pero en lo tocante a la guerra, el partido liberal, lo mismo que el laborista, estaba dividido: dos miembros del gabinete, Lord Morley y John Burris, habían presentado su dimisión, el 3 de agosto de 1914. A partir del momento en que empezó a perder apoyos de la «izquierda», Asquith se vio obligado a pedir el amparo de los conservadores, que desde el 2 de agosto, le habían ofrecido su cooperación. La entrada de Inglaterra en la guerra determinó pues, la formación de una nueva mayoría parlamentaria, formada por la masa de los conservadores y por la mayor parte de los liberales. Pero si bien Asquith, aceptaba el apoyo de Bonar Law y sus amigos, no deseaba ofrecerles puesto en su gabinete. El gobierno inglés seguía siendo un gobierno de partido, cuya base era estrecha.

Al igual que en Francia, la vida política en Inglaterra queda más o

menos en suspenso. El partido conservador, pese a que sus miembros tienden con frecuencia a considerar a los liberales como «pacifistas la-

re-

tentes», inep-

dirigir una

s carteras.

tos para d guerra, dan su apoyo al gabinete, se claman una parte de la La oposición pacifista se
calla: los ad-

L -A a entornecer

versarlos de la intervención no quieren acercarse a que ponga la acción del gobierno. Consigna de silencio, que no se romperá hasta la primavera de 1915.

Incluso la cuestión de Irlanda, que tanto había preocupado al gobierno británico en la primavera anterior, se ha apaciguado de momento. El 14 de setiembre de 1914, el gabinete de Asquith, decide aplazar hasta el final de la guerra la aplicación del Home Rule bill, es decir, de la ley que otorga a Irlanda una autonomía parcial. Esta decisión no provoca protestas violentas. Los habitantes del Ulster que, cuatro meses antes, se declaraban dispuestos a rechazar el Home Rule, incluso a la fuerza se muestran satisfechos de este aplazamiento. Las organizaciones republicanas de

250

Las fuerzas morales

Irlanda del Sur, que no han renunciado a reivindicar la independencia, y que, el 25 de octubre de 1914, siguen reclamando la «unidad de Irlanda bajo la dirección de un gobierno nacional», ya sólo agrupan a unos 10.000 adeptos en activo. A fines de 1914, toda Irlanda, católica o protestante, ofrece voluntarios para el ejército británico.

En Alemania, donde la sesión del 4 de agosto atestiguó del ímpetu de toda la nación, esta unanimidad subsiste en los medios parlamentarios. Desde luego, la actitud de los diputados socialistas no es aprobada en todos los medios obreros: en Bremen, en Leipzig y en Hamburgo, algunos grupos «independientes» critican la actitud de los jefes de la socialdemocracia; pero este movimiento de oposición aún es tímido. Hasta principios de 1915 las tendencias pacifistas no recibirán una expresión pública: cuando el Reichstag tenga que votar nuevos créditos de guerra, el diputado socialista Liebknecht se negará a unirse al voto, declarando que Alemania está haciendo una guerra imperialista, una guerra de conquistas. Y todavía no es más que un gesto aislado, de momento.

Una unión-nacional semejante no existe ni en Austria-Hungría ni en Rusia.

A falta de una cohesión moral de la nación, los hombres de Estado austriacos y húngaros creen poder mantener la obediencia por la fuerza.

En Austria, el gobierno cuenta con un régimen policial, para garantizar la calma. Ese es el programa del presidente del consejo, el conde Stürgkh. Imbuido de viejas tradiciones austriacas, cree en la virtud de un sistema de compresión y de silencio. Para aplicarlo con firmeza, subordina la administración civil al alto mando. Ahora bien, el elemento militar, en conjunto, es hostil a las minorías nacionales y las irrita con sus medidas arbitrarias o torpes. Las poblaciones checas, eslovenas o polacas, consideradas como sospechosas, saben que no obtendrán una mejora de su estatuto político; se les trata como a extranjeras. El gobierno no piensa poner a prueba su lealtad. Asocia a las poblaciones al esfuerzo del poder central, buscar apoyo en un sentimiento colectivo, no tiene cabida en el sistema de Stürgkh. El gobierno sigue actuando al margen de cualquier tipo de control parlamentario.

En Hungría, donde el problema de las minorías nacionales es igualmente grave, los procedimientos son muy distintos. El presidente del consejo, el conde Tisza, es un espíritu vigoroso, un carácter firme, que posee una gran autoridad personal y que no quiere adoptar para su país el «sistema Stürgkh». La subordinación de la administración civil al mando militar sería, bajo su punto de vista, un error político, puesto que este procedimiento daría al alto estado mayor un derecho de fiscalización sobre los asuntos húngaros; Tisza quiere salvaguardar su plena independencia, en política interior. No teme la presencia del Parlamento, pues la ley electoral húngara garantiza la preponderancia del elemento magiar en la asamblea. El gobierno de Budapest no necesita organizar la dictadura. Pero a las minorías nacionales se las mantiene al margen de la vida política.

Las nuevas condiciones: la guerra larga

La propaganda de las potencias de la Entente encuentra así un terreno favorable en las nacionalidades sometidas. Desde el otoño de 1914, que en Bosnia-Herzegovina, la policía austríaca empezó a percibir los primeros síntomas de esta actividad; en Bohemia, uno de los jefes del movimiento checo, Masaryk, ha cruzado la frontera, para entrar en contacto en Holanda, en Italia y en Suiza, con los círculos políticos franco-irigleses. En el frente, la fidelidad de las tropas eslavas es dudosa: en el invierno de 1914-1915, algunos destacamentos checos pasaron al enemigo en varias ocasiones. A estas amenazas, que todavía no son graves, la administración militar responde con medidas de rigor. El gobierno civil no aprueba estas represalias, pero es incapaz de oponerse a ellas.

En el imperio ruso la cohesión moral también es casi inexistente. En relación a las minorías nacionales, la actitud del gobierno del zar no es franca ni liberal. Es cierto que el 14 de agosto de 1914, un manifiesto del gran duque Nicolás prometió la reconstitución de la nación polaca «bajo el cetro del emperador de Rusia». «Polonia, renacerá libre en su religión,

en su lengua, en su administración propia», dice el documento. Pero inmediatamente después, el ministro de Asuntos exteriores, Sazonov, advierte a su embajador en París que sería prematuro «traducir en fórmulas jurídicas» esas promesas generales y que no hay que imaginar una «autonomía» polaca: únicamente cuando acabe la guerra, cabrá estudiar una

solución. En diciembre de 1914, el ministro del Interior, en un documento confidencial, previene a los gobernadores de que el manifiesto del gran duque «no se refiere a los países del Vístula, sino sólo a los territorios polacos que no pertenecen al imperio ruso». Los jefes del movimiento polaco desconocen ese documento; pero adivinan el peligro: «Vemos que los rusos ya están intentando eludir sus promesas», dice el conde Potocki al embajador de Francia.

El hecho es que el gobierno del zar, lejos de pensar en satisfacer a

las minorías nacionales, practica una política de «rusificación» sistemática, en relación a ciertos grupos minoritarios. Cuando los ejércitos ru-

sos penetren en país austríaco, la administración de los territorios ocupados no respetará la libertad religiosa de las poblaciones; intentará imponer a las poblaciones rutenas de Galitzia oriental, que son de rito ucraniano, la ortodoxia rusa. «Estoy pidiendo trenes de municiones y me envían trenes de sacerdotes», exclama el gran duque Nicolás. En Finlandia, el gobierno ruso anuncia, en noviembre de 1914, la ejecución de un nuevo programa de reformas que tendrá como resultado la restricción de las libertades locales: quiere fortalecer la autoridad rusa modificando el estatuto de los funcionarios y los reglamentos de la policía, desea establecer un control sobre los centros de enseñanza y extender a la Iglesia ortodoxa de Finlandia la vigilancia del Santo-Sínodo. Contra los judíos adopta medidas especiales; a través de una orden de deportación masiva, los

expulsa de la zona de operaciones. la nació

Esta política es la de la corte. Entre el entorno del zar y la masa rusa, no existe colaboración. La masa campesina es pasiva. Los an-

- 252 -

Las fuerzas morales

tienen una diferencia de los de Alemania y Francia, mantienen un contacto con los jefes emigrados: Le-

za, donde redacta el Social-demócrata, escribe que una derrota militar podría devolver a los rusos la libertad. Por último -y esto es más grave- los elementos activos de la burguesía no confían en el gobierno en lo que respecta al modo de llevar la lucha. La organización del país en vistas a la guerra, la movilización de la retaguardia, se desarrollan primero al margen de cualquier acción gubernamental. Que tenga que recurrir a la crisis de transportes, las dificultades de abastecimiento, o la organización de los hospitales, y la administración se ve desbordada. Para suplir su insuficiencia, los cuerpos administrativos locales son los que toman iniciativas: las asambleas elegidas de los distritos y de los gobiernos provinciales -los zemstvos- designan a un comité central de setenta delegados; las municipalidades forman también un comité, a razón de un delegado por ciudad de menos de 100.000 habitantes, de dos por ciudad grande, de cinco por Moscú y Retrogrado. La «Unión de los Zemstvos» y la «Unión de las ciudades» se encargan de poner en pie las «obras de guerra» y de servir de intermediarios entre la administración y los productores para la fabricación del material del ejército y para el abastecimiento. En un principio, el gobierno no obstaculizó este movimiento, porque los servicios públicos eran incapaces de asumir la carga de semejante organización. Pero esas grandes asociaciones pronto serán conscientes de su fuerza y a principios de 1915 empezarán a denunciar la incapacidad del gobierno.

Sin embargo la Duma parece dispuesta a colaborar con los ministros; en el transcurso de dos breves sesiones mantenidas en agosto de 1914 y principios de febrero de 1915, ha evitado, en sesión pública, hacer críticas a la administración de la guerra; ha aclamado los discursos patrióticos de su presidente Rodzianko. Pero el gobierno no hace nada por apoyarse en la representación nacional, sino que voluntariamente acorta las sesiones parlamentarias: el artículo 87 del Acta constitucional le otorga el derecho a legislar por decretos cuando la Duma no esté reunida; y va a hacer uso de este privilegio ampliamente. La consigna parece ser «salir del Paso por los propios medios», ganar la guerra sin la cooperación de los representantes de la nación, para reservar únicamente a la dinastía el prestigio de la victoria. En Rusia, lo mismo que en Austria-Hungría, la opinión nacional no es más que una fórmula hueca, a cuya sombra empieza a realizarse un insensible trabajo de disociación.

De todos los Estados beligerantes, Bélgica es el que más sufre; sin embargo este 1 de 1914 el país está dando el ejemplo más firme de

energía. En agosto benes, soPort6 los horrores de la invasión: incendios, ejecuciones de re-

asesinatos de c Muchos ;viles en Dinant, en Andenne, en Tamines, -entre cotirad ot'O'-, todas las atrocidades debidas a la «obsesión de los fran-

ores». E

5 n cuatro semanas, el país ha sido devastado y se han mael rcPfie'000 habitantes no combatientes. Desde la caída de Amberes y

gue del ejército belga hacia el Yser, todo el territorio nacional,

253

Las nuevas condiciones: la guerra larga

excepto unas cincuenta comunas, está ocupado por el enemigo. El rey Alberto, comandante del ejército, está aislado de todo el gobierno, sobre territorio belga, en La Panne. El ministerio, que cuenta con hombres de todos los partidos, se ha trasladado cerca del Havre, en Sainte-Adresse. Las Cámaras, cuyos miembros en su mayoría, se han quedado en sus circunscripciones, ya no pueden celebrar sesión; las autoridades municipales actúan bajo el control de los comisarios alemanes y sólo mantienen con el gobierno de Sainte-Adresse relaciones intermitentes, por vías ocultas. A costa de muchos riesgos los burgomaestres, y también las autoridades eclesiásticas, consiguen ejercer una influencia local. Y sin embargo, aislada como está del mundo exterior, sometida al rigor del régimen de ocupación y minada por la propaganda alemana, la población belga, conserva su fuerza moral. La acción de algunas fuertes personalidades -el burgomaestre de Bruselas, Adolfo Max (deportado a Alemania a fines de setiembre de 1914), el arzobispo de Malines, cardenal Mercier, el rector de la Universidad de Gand, Henri Pirenne (que también será deportado en 1916) -y la influencia de la prensa clandestina (la Libre Belgique comienza a publicarse en febrero de 1915) contribuyen a mantener

el espíritu de resistencia. La penuria alimenticia se ve atenuada por el esfuerzo conjunto de la «Comisión para el abastecimiento de Bélgica», que dirige el americano Herbert Hoover, y del «Comité nacional de so-

corro- cuyo animador es Ernest Francqui. El pueblo belga olvida las rencillas partidistas, los conflictos sociales; a pesar de los sufrimientos, permanece unánime.

Sin embargo Bélgica «ya no afirma su existencia sino a través de su

ejército». Por lo cual, el rey Alberto, cuando los Aliados le piden que distribuya los regimientos belgas entre las grandes unidades francesas e inglesas, se niega en redondo: desea que su ejército permanezca «autonomo», bajo su mando. También quiere conservar la autonomía de su

política exterior ‘: «Bélgica no debe enfrentarse con nadie, ni con Inglaterra, ni con Francia», anota en sus Cuadernos; «era neutral antes de la guerra; la masa de la población no quiere vínculos con ninguno de sus vecinos».

‘ El gobierno belga, el 5 de setiembre de 1914, no se había adherido al pacto de Londres (véase p. 301).

254 -

CAPÍTULO V

LA LUCHA MILITAR Y DIPLOMÁTICA EN 1915 ‘

Las nuevas modalidades que adopta la guerra vehicular los planes de los estados mayores.

Inmediatamente después de la dura experiencia sufrida en el Yser Falkenhayn decide mantener, en el frente occidental, una actitud defensiva; gracias a la guerra de posiciones, puede dirigir este frente con fuerzas reducidas. Sobre el frente oriental, le parece que la ofensiva tiene posibilidades de éxito. Ahí también, sin duda, el combatiente se protege en las trincheras, en los cobijos, en las redes de alambrada; ahí también la organización de posiciones defensivas constituye una práctica corriente. Pero, sobre este inmenso frente, las organizaciones defensivas no son continuas; en todo caso, no poseen una densidad ni una profundidad comparables a las del frente occidental. El problema de la «ruptura» es pues más fácil de resolver. Por otra parte, los medios de que disponen los dos adversarios no se pueden comparar lo más mínimo. La fuerza del ejército ruso, la constituye la acción masiva de su infantería. El mando impulsa el ataque a fondo, sin preocuparse de las pérdidas humanas: cree poder suplir rápidamente los huecos, gracias a sus recursos en hombres. Pero este procedimiento no basta contra las posiciones fortificadas. La caballería, numerosa y bien entrenada, ya sólo tiene un papel secundario. La artillería, que es la única que podría abrir el camino a la infantería de ataque, del lado ruso no se encuentra en condiciones de cumplir con su cometido. El ejército alemán, gracias a la superioridad de su material, puede mantener, con efectivos reducidos, las posiciones defensivas. Así, en la zona que ha elegido para atacar, puede concentrar sus tropas de asalto de modo más fácil. Por eso, posee una libertad de maniobra, y también una capacidad ofensiva, de la que su adversario se ve privado frecuentemente.

Zaufzeich,,ngen von 1915 bis 1919 (GÖttingen, 1957, in-S').

Véase p. 220.

- 255

De modo que Falkenhayn va a concentrar ahora todo su esfuerzo en el frente oriental, con la esperanza, según dice al Canciller, de que el gobierno ruso, tras haber sufrido terribles derrotas militares, considere la idea de reclamar una paz separada. Quiere actuar con rapidez, antes de que entre en línea el nuevo ejército inglés. Durante todo el invierno de 1914-1915, desplazará tropas de oeste a este. Para el ejército alemán, la campaña de 1915 está dominada por una idea fija: la ofensiva a ultranza contra Rusia.

A este plan de Falkenhayn, ¿qué pueden oponer los ejércitos de la Entente? El estado mayor ruso no piensa ni por un momento en la posibilidad de una simple ofensiva; no se resigna a abandonar la iniciativa de las operaciones; opone maniobra tras maniobra. Los ejércitos francobritánicos no van a quedarse inactivos; pero la guerra de posiciones les ofrecerá la oportunidad de desempeñar un papel decisivo? El mando francés no ha perdido la esperanza de romper el frente del adversario. Por el contrario, los hombres de gobierno, sobre todo en Gran Bretaña, dudan mucho de las posibilidades de éxito. Si ya no es posible conseguir, en Francia, una gran victoria, ¿por qué no se podría buscar la decisión en un nuevo marco de operaciones? Esta es la idea de Lloyd George desde finales de 1914; y acabará siendo la de Briand. Incluso en los estados mayores esta concepción tiene algunos partidarios: el general de Lardemelle, comandante de cuerpo de ejército, establece en noviembre de 1914, un plan de acción en los Balcanes. Sólo hay dos soluciones posibles: una consiste en tomar la ofensiva contra Turquía, para obligar a fir-

mar la paz a uno de los adversarios y abrir así los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, de modo que se restablezcan las comunicaciones directas con Rusia; la otra está dominada por una idea estratégica: arrenazar al imperio austro-húngaro con un ataque en su frontera meridional. Este ataque conjunto con el ejército serbio. A propósito de estas ideas,

se inicia un gran debate entre «Occidentales», convencidos de que el frente de Francia debe seguir siendo el centro de todas las operaciones y los «Orientales», deseosos de hacer cosas nuevas y de quitarle al adversario la iniciativa estratégica. El estado mayor inglés se encuentra dividido. El alto mando francés, por el contrario, se muestra rebelde hacia cualquier método en que la imaginación le parezca ocupar demasiado espacio.

¡Ir

En conjunto, será el mando alemán quien, durante todo el año

1915, pondrá al adversario su plan de operaciones. Los ejércitos

se limitan a replicar.

Pero el equilibrio de fuerzas se ha modificado, en dos ocasiones,

de la entrada en la guerra de nuevos beligerantes: la intervención

de Italia por un lado y la de Bulgaria por otro. Estas intervenciones le permiten prolongar campañas diplomáticas, cuyo desenlace depende

de los acontecimientos del frente e influye a su vez en las condi-

ciones de la guerra. La acción diplomática y la acción militar están vinculadas íntimamente como para que sea posible estudiarlas por separado.

Las primeras ofensivas alemanas en Rusia

I. LAS PRIMERAS OFENSIVAS ALEMANAS EN RUSIA Y LAS RESPUESTAS DE LA ENTENTE 1

En el momento en que Falkenhayn enviaba sus primeros refuerzos al frente oriental, aún no sabía en qué medida la guerra de posiciones en el frente occidental le permitiría reducir sus efectivos. De momento, sólo intentaban restablecer

una situación comprometida: Hinderburg y su jefe de estado mayor Ludendorff habían intentado, en octubre y en noviembre de 1914, dos ofensivas que no tuvieron ni una ni otra, un éxito duradero⁴. La llegada de las divisiones sacadas del frente occidental ofrecía la posibilidad de remediar el peligro. Para prevenir una ofensiva rusa que

se sabía cercana, era preciso volver a tomar la iniciativa. Conrad von Hötendorff, lo mismo que Hinderburg, era partidario de ello, pues temía que los rusos atacasen las posiciones de los Cárpatos y penetrasen en la llanura húngara. A través de una ofensiva rápida por otra parte del frente, se podría aligerar al ejército austro-húngaro y desorganizar los preparativos del enemigo. Falkenhayn se decide entonces a enviar hacia el este a los cuatro cuerpos de ejército de nueva formación que acaban de terminar su entrenamiento⁵. El ejército alemán de Prusia Oriental toma la ofensiva al sureste de los lagos Mazures (7 de febrero de 1915); logra rodear a un cuerpo de ejército ruso en el bosque de Augustovo, en unos días consigue apoderarse de 110.000 prisioneros y de cientos de cañones. Pero las circunstancias atmosféricas (una inmensa nevada seguida de un deshielo que transforma los caminos en terrenos pantanosos)

Obras de consulta.- Sobre la campaña en Rusia en el invierno de 1914-1915, véanse las obras citadas en p. 218. Añádase mayor Barthell, «Przemysl», en *Allgemeineschweizerische Illustrierte Zeitung*, dic. 1936, pp. 721-741.- Sobre el tema de los Dardanelos, el estudio general de E. Delage, *La tragedie des Dardanelles* (París, 1931, in-S'), es vivo y sólido.- hay dos obras alemanas - Mühlmann, *Der Kampf um die Dardanellen* (Oldenburg, 1927, in-So), y H. Lorey, *Der Krieg in den türkischen Gewässern*, t. 11; *Der Kampf um die Meerengen* (Bonn, 1938 m-8-) una obra inglesa: T. Higgins, *Winston Churchill and the Dardanelles*

de, 1913, y véase además los testimonios de generales, sobre todo Hamilton, *Galatia diary* (Londres 1920, 2 vol., in-81) - Liman von Sanders, *Fünf Jahre Türkei* (Berlín, 1920, in-8-) - Ka, «...», *Österreichische Illustrierte*, n.º 1, 1935, in-S', trad. del alemán; d'Amade,

e

re les Dardanelles: l'expédition de 1915», en la *Revue des questions historiques* 0 y 15 abril 1923, pp. 5-32 y 290-326). El estudio del general Demirhan, *General dem Marschall Colmar Freiherr von der Goltz* (Göttingen, 1960), aporta datos sobre el «...» y Witrof K., las operaciones en Turquía. También hay indicaciones en Bacon, *Life of Lord Pigot* (Londres, 1929, 2 vol., in-S'). Por último, es un

17 consultar los Reports publicados por la Dardanelles Commission (Londres, ad -1919 3, 1 -

0., In-4')_ Sobre la actitud A

re acerca de la expedición de los Dardanelos las obras citadas, en p. 224 y el compendio de documentos rusos publicados en *Zbornik Evropejskij*;

ana: Die europäischen Mächte und Griechenland während des Weltkrieges (Dres-

1 51112emLeriav i Gretsia v epokhou mirovol vojny (Moscú, 1922, in-81),

Sobre la política alemana en Persia, véase U. Gehrke, *Persien in der deutschen Geschichte während des*

éase P- 22 1. des Ersten Weltkrieges (Stuttgart, 1955).

estados Mayores rusos habían enviado por telégrafo mensajes que los alemanos captaron, véase CP-237.

256

257

La lucha militar y diplomática en 1915 impiden a las tropas alemanas explotar la victoria. La «batalla del invierno de los lagos Mazures» sólo es un episodio sin alcance decisivo. Ni si-

quiera permite a los austro-húngaros volver a tomar la iniciativa en su propio frente: la fortaleza de PrzernysI, sitiada desde hace casi seis meses, se rinde el 22 de marzo con una guarnición de 120.000 hombres. En ese momento, las potencias centrales vuelven a quedar reducidas a la actitud defensiva en todo el frente oriental.

El papel del frente occidental, durante esta campaña de invierno, es secundario. Las tropas alemanas se limitan a ejecutar operaciones de detalle: por primera vez, el 22 de abril de 1915, cerca de Langemarck, utilizan gases asfixiantes. El mando francés no renuncia a la ofensiva, pero carece de los medios materiales necesarios para organizar una operación de envergadura. El esfuerzo se reduce a una serie de ataques locales en Notre-Dame de Lorette (diciembre de 1914) en Champaña (el 20 de diciembre y el 26 de febrero), en Neuve-Chapelle (el 11 de marzo), en

Woévre (del 5 al 8 de abril). Pese a que los efectivos combatientes sean a veces cuantiosos (en la segunda ofensiva de invierno en Champaña, in-

ter-vienen 13 divisiones). los resultados son ínfimos. La principal ventaja con la que se contaba -la «fijación» de las fuerzas adversas- ni siquiera se ha alcanzado: el desplazamiento de las divisiones alemanas hacia el frente no ha sido obstaculizado.

La pobreza de estos resultados es una de las razones que determinan a los gobiernos de la Entente a buscar otros objetivos estratégicos.

A principios de enero de 1915 el primer lord del Almirantazgo, Wiston Churchil, expone el proyecto de una operación contra los Dardanelos. El ataque, en caso de que permita forzar el paso, dará resultados importantes a las perspectivas estratégica, diplomática e incluso económica: pondrá a Constantinopla «bajo el control» de la Entente y probablemente obligará al gobierno otomano a firmar la paz; al abrir de nuevo los Estrechos al tráfico marítimo, Francia y Gran Bretaña tendrán ocasión

de abastecer al ejército ruso en cañones y municiones; Rusia podrá ex-

portar sus cereales, y por consiguiente mejorar su balanza comercial y mantener el curso del rublo; por último, el ataque ejercerá una influencia favorable en la actitud de los Estados balcánicos. «Es difícil imaginar una operación que permita concebir más esperanzas» declara Balfour. El 28 de enero, el gobierno inglés adopta el proyecto. Pero la elección de

los medios para ejecutarlo da lugar a vivas controversias. Churchil, basándose en el informe de los almirantes que ha consultado, está convencido de que un ataque naval puede tener éxito: la artillería de 15 acorazados y cruceros destruirá los fuertes turcos, los dragaminas liberarán el canal; a costa de muchas pérdidas, la escuadra pasará. El almirante Fisher, primer lord naval, hace objeciones técnicas, pero sobre todo protesta contra una operación excéntrica que alejará del mar del Norte a una parte de las fuerzas navales inglesas; no obstante, tras unas discusiones

envenenadas, acaba por resignarse. El gobierno francés promete la incorporación de su flota y consiente en dejar el mando a un almirante inglés.

- 258 -

 r

Las primeras ofensivas alemanas en Rusia gobierno ruso podría participar en la operación dirigiendo un ataque naval contra el Bósforo; pero apesar de que el gran duque Nicolás haya pedido personalmente a sus aliados que hagan un esfuerzo contra Turquía, el estado mayor de la marina rusa se declara impotente para intervenir. El 2 de febrero, el almirantazgo inglés establece en detalle el plan de la operación, que el ministro de la Marina francesa considera «prudente y previsor». Ni a Joffre ni a French se les consulta, puesto que, en principio, el asunto debe ser únicamente naval. Nadie es consciente de ir a lanzarse a una aventura. «Uno de los méritos del proyecto», declara Kitchener, «consiste en que, si el avance no responde a las expectativas, siempre se podrá detener el ataque».

Sin embargo, esta operación naval se va a convertir en una gran operación militar, que absorberá cuantiosos efectivos humanos, en pura pérdida.

Apenas comienza a bombardear la flota concentrada en la entrada de los Dardanelos, cuando el almirante Carden, que asume el mando, se da cuenta de que va a ser necesario un desembarco de tropas para

consumar la destrucción de los fuertes. Aún no se pretende sostener la operación naval con un ataque por tierra, sino únicamente prever los efectivos para la ocupación. Sin embargo, la escuadra entra en acción sin esperar a esos refuerzos. El 25 de febrero, los fuertes turcos que regulan la entrada de los Dardanelos quedan reducidos al silencio. El asunto parece ir por buen camino. El gobierno griego, en la persona de Venizelos, propone incluso su cooperación, a condición de que Francia y Gran Bretaña pongan en Unea dos cuerpos de ejército. Mientras que las potencias occidentales dudan en aceptar esta oferta, el estado mayor ruso, que teme ver a los griegos entrar en Constantinopla, se decide a concentrar dos divisiones en Odessa y Batourri para lanzarlas a orillas del Bósforo, apenas sean for-
7ados los Dardanelos. El viraje que da Grecia pone fin a estos proyec~ tos: el 6 de marzo, el rey Constantino se niega a asociarse a la política de Venizelos, el cual, se ve obligado a dimitir.

De modo que los franco-ingleses deben actuar solos. El 10 de marzo, después de haber penetrado hasta la parte más angosta del estrecho y bonibardeado durante cinco días las fortalezas, los marinos reconocen re no podrán lograrlo por sus propios medios: el islote de Gallipoli, .cen, debe ser «despojado de su artillería y ocupado». Kitchener conUente en enviar a los Dardanelos una división de infantería y piensa forMar un cuerpo expedicionario. Sin embargo, pese a tener presentes todas estas dificultades la flota, apremiada por Churchill, el 18 de marzo se
4nia a fondo en'el ataque; pero fracasará y perderá una tercera parte de Sus navíos*

- El fracaso del 18 de marzo, si hay que atenerse a su concepción prinutiva, ¿pero S debería ser la señal que marcasse el abandono de la expedición.

e Puede confesar la propia impotencia? El mundo musulmán por entero reaccionaría ante la noticia de la victoria turca. El envío de un cUerp¿ expedicionario, declara Kitchener, es «el único medio de asegu~

,7

rar nuestro prestigio en Oriente» La Entente se ha metido de lleno en el engranaje: la expedición naval se transforma en empresa militar. Pero ¿de dónde sacar efectivos, cuando los comandantes en jefe del frente occi-

dental declaran que tienen necesidad de todas sus fuerzas? Las divergencias de opiniones, tanto más enfáticas cuanto que el asunto ha empezado mal, se resuelven a través de convenios: es el sistema de ir «pasito a paso. Los cuerpos de desembarco franceses e ingleses se asientan a ambos lados de la entrada de los Dardanelos (25 de abril), pero los 30.000 hombres que los componen quedan inmovilizados sobre el terreno. Hay que enviar refuerzos -5 divisiones inglesas- para permitir a esas primeras tropas «que se aireen» y extiendan un poco la ocupación. Este nuevo es-

fuerzo no decide nada y apenas es una medida conservatoria. La resistencia turca se organiza bajo la dirección de técnicos alemanes. Al igual que en el frente occidental, la guerra de posiciones paraliza al agresor.

Una vez más, se impone la pregunta: ¿hay que renunciar al proyec-

to? El almirante Fisher aprovecha para provocar una crisis ministerial (18 de mayo) ‘. Pero el gabinete británico reorganizado no se decide a ordenar la evacuación por cuestiones de prestigio y tam-

bién de intereses británicos. Las tropas otomanas en febrero, ya inten-

taron atacar el canal de Suez y comenzar una ofensiva en la región de Chatt-el-Arab. La expedición de Gallipoli, sigue diciendo Kitchener, «re-

tiene la atención de los turcos y..., muy probablemente, limita sus operaciones en Egipto, Mesopotamia y el Cáucaso». El 14 de junio, el Comité de guerra británico decide enviar a los Dardanelos divisiones del nuevo ejército. Con ellas, el general Hamilton, intentará el 7 de agosto, rebasar las posiciones turcas, a través de un desembarco en un nuevo punto del islote: la batalla de Suvla-Anafarta señalará la ruina de estas últimas esperanzas. A partir de entonces, pese a que el gabinete británico aún no quiera decidirse a la evacuación -no se decidirá hasta finales de noviembre-, el asunto de los Dardanelos puede darse por terminado. @ectivo real

Sin que el cuerpo expedicionario haya alineado nunca un el, de más de 160.000 hombres, la expedición ha ido absorbiend(mente a más de 450.000; ha costado en muertos y heridos, 145---

bres; ha impuesto a las tropas, diezmadas por la enfermedad y expuestas a un clima tórrido, terribles sufrimientos en el «Infierno de los Dardanelos». La «diversión» ha sido costosa, molesta e ineficaz.

II. LA ENTRADA DE ITALIA EN LA GUERRA

El 3 de agosto de 1914, Italia había declarado su neutralidad, Pero trataba sólo de un,a decisión provisional. Sin necesidad de que el gobjer-

Véase P. 281. Obras de consulta.- Los compendios de documentos publicados en aquill

260

La entrada de Italia en la guerra

considerase la eventualidad de una participación en la guerra del lado de Alemania y Austria-Hungría, tenía opción entre dos políticas, que el pr@sidente del consejo Salandra exponía al rey en un informe del 30 de setiembre: el mantenimiento de la neutralidad o la entrada en la guerra del lado de la Entente. La política de neutralidad podía ser «rentable» en caso de que Italia lograra obtener de Austria-Hungría las «compensaciones» previstas por el artículo 7 del tratado de la Trílice; pero no podría garantizar al país la satisfacción completa de sus aspiraciones nacionales, la liberación de las tierras «irredentas». La participación en el conflicto, por el contrario, abría estas perspectivas. La elección era difícil, por razones de política interior. Por una parte, decía Salandra, el país no estaba preparado «ni moral ni económicamente» para hacer sacrificios cuya necesidad, no se imponía con evidencia; el ímpetu nacional podía apagarse rápidamente; por otra parte, si Italia, por culpa de su inercia, no aprovechaba la circunstancia de la guerra europea para realizar sus aspiraciones nacionales, los partidos extremos no dejarían de reprochar a la monarquía el haber faltado a su deber. El presidente del

consejo no acababa de decidirse. El 16 de octubre declaraba que su política quería suprimir «cualquier preocupación, prejuicio o sentimiento que no se inspirasen únicamente en la exclusiva e ilimitada devoción a la patria, en el egoísmo sagrado de Italia».

Pero mientras que el gobierno buscaba su camino, la opinión pública se iba formando y desmembraba a los partidos políticos. Los hombres que ponían en el primer plano de sus preocupaciones la realidad completa del ideal nacional, reclamaban la intervención: eran ciertos elementos de la derecha del partido liberal, los francomasones, que abundaban

son: Il libro verde. Documenti diplomatici (Roma, 1915, in-16); Diplornausche Aktenstücke über die Beziehungen (Esterreich-Ungarns zu Italien (Viena, 1915, in-4o), pero el gobierno italiano emprendió la publicación de una gran colección, I documenti diplomatici italiana; un volumen (tomo 1 de la 5ª serie, Roma, 1954), concierne al período agosto-octubre 1914. Véase además de los documentos rusos ya citados en p. 224, y la correspondencia publicadas, Tieve Tsvotsky y ni Weitkriege (Berlín, 1924, in-8'), así como el compendio de P. H. Michel, La question de l'Adriatique, 1914-1918 (París, 1938, in-S'). Los discursos de Benito Mussolini han sido publicados en trad. francesa con el título de Campagne pour l'intervention de l'Italie (París, 1935, in-S')-Los testimonios más importantes son los de Sa-

ra, a eu ra italiana (Milán, 1928, in-S'), y del mismo, L'intervento. Ricordi e pensieri (Milán, in-So); Biddle (ob. citada, p. 129), t. IV; Burian, Drei Jahre aus der Zeit unserer Revolution (Berlín, 1923, in-S'); L. Aldrovandi Marescotti, Guerra diplomatica. Ricerche e documenti di diario (Milán, 1937, in-S'). Entre los estudios, citemos a Mario Toscani, L'atto di guerra (Milán, 1934, in-So); A. Caracciolo, L'intervento italiano e la crisi dell'11-11-15 in Società, 1954, pp. 809-826 y 986-1012; L. Valiani, «Il partito socialista italiano, 1914-1915» en Arch. Feltrinelli, 1962, pp. 260~386; J. Thayer, Italy and the

reat War (Madison, 1964, in-S'); sobre todo B. Vigezzi, L'Italia di fronte alla prima guerra mondiale. t. 1: L'Italia neutrale (Milán, 1966, in-So), importante; C. de Biase, L'Italia della neutralità all'11-11-15 (Milán, 1965, in-S'); T. Rosenthal, L'intervento nella prima guerra mondiale (Modena, 1965, 2 vol., in-S');

ne etto XV, i cattolici e la prima guerra mondiale (Roma, 1963, in-8')- Por tirno' hay que consultar sobre la política austro-húngara L. Lanyi, Le comte Etienne Tisza et la guerre de 1914-1918 (París, 1947, in-S'), que utiliza las notas del hombre de Estado

Publicadas con el título de összes Munkay (Budapest, 1923~39, 5 vol., in-8').

La lucha militar @ diplomática en 1915

en el partido radical, los demócratas-cristianos del padre Murri, los teformistas de Bissolati, los sindicalistas del grupo De Ambrs, los republicanos; y a partir de noviembre de 1914 habrá que añadir también algunos grupos socialistas animados por Benito Mussolini. A su vigorosa propaganda se oponía la de los neutralistas: la gran mayoría de los socialistas, fieles al ideal de la Internacional; el grueso de los católicos que escuchan la consigna del «Osservatore romano» y una parte de los liberales. En el Parlamento, el animador de esta resistencia era el antiguo presidente del consejo Giolitti, el hombre que, desde hacía doce años, dominaba la vida política italiana. Declaraba Íque el país no debía precipitarse en la guerra «por sentimentalismo hacia los demás pueblos»; lo único que había que tomar en consideración era «el honor y los grandes intereses del país». Ahora bien, el conflicto iba para largo. A Italia que no

le interesaba favorecer en Europa la hegemonía de un grupo de potericlas, debía mantener «sus fuerzas íntactas». ¿Por qué iba a querer lintevenir? «Creo, decía Giolitti, que en las actuales condiciones de Europa, se podría conseguir algo bueno sin necesidad de entrar en guerra». El hombre de Estado liberal disponía de una mayoría en el Parlamento. De modo que la situación del gobierno era delicada.

Durante los primeros meses de la guerra, la diplomacia italiana había tanteado el terreno, por ambos lados.

Desde el 3 de agosto de 1914, Italia había manifestado en Petersburgo que le gustaría recibir propuestas de la Entente ` . El 12 de agosto, Francia, Gran Bretaña y Rusia estaban dispuestas a prometerle Trento, Trieste y Vallona, sin querer zanjarlo a través de un documento escrito. En las negociaciones secretas que comenzaron en Londres en aquel mo-

mento, Italia había pedido además, garantías militares y navales: ¿qué fuerzas austro-húngaras podría retener Rusia en el frente de Galitzia? Las flotas inglesa y francesa ¿qué cooperación estaban dispuestas a ofre-

cer en el Mediterráneo a la flota italiana? Sobre todo, deseaba asegurarse el dominio del Adriático, pero sobre este tema la Entente quería evitar «promesas prematuras». Mientras tanto, sobrevino la batalla de las ron-

teras. Ante la noticia de las derrotas francesas, el gobierno italiano no

ocultó que «la opinión pública» se pronunciaba a favor de la neutralidad. Las conversaciones se interrumpieron ahí.

A continuación, la diplomacia italiana inició otras, con Austria-Hungría, con la propuesta de llegar a un acuerdo «sobre los medios coricretos aptos para conciliar los intereses de los dos países». El gobierno de Viena ¿aceptaría reconocer que Italia, aún siendo neutral, tenía derecho a una «justa compensación» en caso de que Austria- 1-1 ungría procediese a la «ocupación, temporal o permanente, de un territorio balcánico»@ El conde Berchtold había eludido la cuestión. Pero cuando el ejército allstro-húngaro, en diciembre de 1914, lanzó su ofensiva en Servia, a Italia le entraron las prisas; gracias al apoyo de Alemania obtuvo por fui 1”

9 Véanse pp. 203-204.

La entrada de Italia en la guerra

lón se había iniciado a principios asentimiento de principio. La negociací de enero de 1915. Inmediatamente, el ministro de Asuntos exteriores, Sonnino, dio a conocer la «conipensación» que esperaba: la cesión «de un territorio perteneciente actualmente a la monarquía austro~ húngara» * Se refería pues al Trentino. Berclítold no dio una negativa absoluta, sin duda porque contaba con la actitud de Alemania: _el príncipe Bülow, embajador alemán en Roma, esperaba que Austria Hungría cediese. Pero los hombres de Estado de la Doble monarquía, y sobre todo el presidente del consejo húngaro Tisza, reprochaban a Berchtold su «debilidad, El barón Burian se hizo cargo de la cartera de Asuntos exteriores, ,114 de enero. Desestimaba los conse, *os de Alemania: en un «estado de nacionalidades» como era Austria-Hungría, toda concesión de este tipo constituiría un enojoso precedente, que podría alentar a que Rumanía, por ejemplo hiciese reivindicaciones análogas. El gobierno italiano estuvo insistiendo inútilmente sin obtener respuesta. En vano hizo uso de la amenaza y el 14. y el 22 de febrero de 1915, puso veto a cualquier acción militar de Austria-Hungría en los Balcanes hasta que se determinase un acuerdo sobre la cuestión de las « compensaciones ». Burian se limitó a responder que Austria-Hungría no iba a iniciar de momento una nueva ofensiva contra los serbios. El 3 de marzo, el embajador de Italia en Viena se daba cuenta de que era inútil prolongar la discusión. El gobierno de Viena aún no creía en el riesgo inminente de una ruptura con Italia.

Las tentativa italianas, hasta la fecha no habían dado el menor resultado. Pero llega el momento en que la transigencia puede volverse peligrosa. El ataque de los Dardanelos comienza, y si tiene posibilidades de éxito, ¿la Entente estaría dispuesta a remunerar con el precio más alto la cooperación italiana> Sonnino se dispone a tomar partido. Apenas iniciadas las conversaciones con la Entente, recibe por fin ofertas de Austria-Hungría. Durante seis semanas, del 4 de marzo al 26 de abril de 1915, la diplomacia italiana va a entablar negociaciones simultáneas con los dos grupos.

En un memorándum del 4 de marzo de 1915 dirigido el 9 a Francia y a Rusia, Sonnino pide a la Entente que se reconozca, en pago a la intervención de Italia, la posesión del Trentino y del Tiro] Cisalpino hasta el Brennero, de Trieste y del Istria; propone la formación de un Estado Inusulmán de Albania, pero reservándose la posesión de Valona y del islote de Sasseno; reclama Dalmacia, hasta el río Narenta, con todo el resto de las islas costeras. Por último, en el caso de llegar a un reparto del imperio otomano, reivindicaría, en Asia Menor la región de Adalia; si no que se reparten son las colonias alemanas, desea obtener compensaciones a costa de Francia y Gran Bretaña en las regiones limítrofes de Libia Y Eritrea. Inglaterra y Francia se resignan, pero Rusia protesta: ahora declara que la cooperación italiana ha perdido «casi todo su valor» y se niega

1

dega ante todo a permitir que Italia ocupe un lugar en la costa oriente]Adriático, que lesionaría directamente los intereses de los dálmatas y de los serbios. Sin embargo, bajo la presión de los aliados, el

262

263

bierno ruso acepta discutir las propuestas italianas pero haciendo mu-

chas salvedades en relación a Dalmacia. El 21 de marzo, se comunica a Italia la respuesta de la Entente.

mientras tanto, Austria-Hungría se lo ha estado pensando, pues el embajador de Italia no ha ocultado al barón Burian que su gobierno está dispuesto a entrar en guerra en caso de no obtener satisfacción. El 8 de marzo de 1915, el consejo de la corona ha decidido escuchar las sugerencias de Alemania e iniciar conversaciones. Inmediatamente surge una dificultad: Italia exige que la cesión territorial se efectúe en el acto, mientras que Austria-Hungría quiere aplazarla hasta la firma de la paz general. Para calmar las desconfianzas italianas, Alemania ofrece su garantía. El 22 de marzo, en el momento en que Sonnino acaba de recibir la res-

puesta de la Entente, hace saber a Viena, que está esperando propuestas concretas.

Así, se abren dos caminos para la política italiana: por un lado, puede liberar sus tierras «irredentidas», garantizar su situación en el Mediterráneo oriental, obtener, por último, en una medida a convenir, una parte de la costa oriental del Adriático; pero éstas son ventajas subordinadas a la victoria, con todos los sacrificios y riesgos que impone una guerra; por otro lado, sin tener que participar en la guerra puede conseguir la cesión de los territorios austriacos. ¿Cuáles? Todavía no se sabe con exactitud.

Sin ocultar a cada uno de los grupos, el hecho de estar negociando con el adversario, el gobierno italiano apremia las conversaciones.

Con la Entente el debate es dificultoso. La diplomacia rusa opone a las reivindicaciones italianas, una resistencia tenaz en lo referente al Adriático, resistencia que amenazará con hacer que fracase la negociación en dos ocasiones. Rusia no puede aceptar, dice Sanovoz, que se sa-

crifiquen por segunda vez los intereses de Servia en lo que se refiere a

un acceso al mar. ¿La Entente no ha proclamado que hacía la guerra para «defender a los débiles» y para garantizar el triunfo del principio de las

nacionalidades? A instancias de sus aliados, que le suplican que no oponga un rechazo definitivo, Rusia acaba aceptando, el 15 de abril, un cori-

venio propuesto por Francia: Italia renunciará a una parte de la costa dálmata, que además será neutralizada; obtendrá la posesión de las islas con derecho a fortificarlas. Por estas fechas, el gobierno de Roma se ha salido con la suya casi por completo.

¿Qué puede obtener, por otra parte de Austria-Hungría? El 11 de

abril, remite a Viena la enumeración de sus exigencias: cesión del Tirol hasta Brenner, de Goritz y de las islas Curzolari; constitución de Trieste y de su territorio como Estado autónomo; libertad de acción en Albania y en el Dodecaneso. Intenta conseguir pues, a cambio de la simple neutralidad «condescendiente», la realización de todo su programa adriático, excepto Dalmacia. Burlan se niega: no quiere ceder los distritos, al 'e-

inanes del Tirol meridional, ni las islas del litoral dálmata. El mismo finis-

za, convertido ahora a una política conciliadora, lo apremia en vano a

dar un paso más, pues, si Italia entra en guerra, «es la existencia de la monarquía», en el sentido exacto del término, lo que está en juego». Bismarck se empeña en que no.

Entonces, el gobierno italiano, toma su decisión. Convencido de que no podrá doblegar la resistencia de Austria-Hungría, acepta la firma del tratado que va a vincularlo a la Entente. Durante algunos días, el intercambio de firmas se retrasa otra vez: Rusia, que seis semanas antes despreciaba la cooperación italiana, ahora pide que la entrada en guerra de la nueva aliada sea inmediata, mientras que el gobierno italiano quiere reservarse un plazo de un mes. Una vez más, la insistencia del presidente de la República francesa dirigiéndose al zar, a Sir Edward Grey, a Sazonov, convence al gobierno ruso para que ceda, no sin oponer una protesta vehemente.

El 26 de abril de 1915, el tratado secreto de Londres prevé que Italia, teniendo en cuenta las promesas territoriales que le han sido hechas, declarará la guerra a Austria-Hungría en el plazo de un mes y se pronunciará «contra todos los enemigos de la Entente». El 10 de mayo completará el tratado una convención naval, y el 16 una convención militar.

El gobierno italiano está vinculado, pero en secreto. ¿Conseguirá ganarse a una opinión pública profundamente dividida? A última hora, se ve amenazado por una vigorosa ofensiva de los «centristas». Las potencias centrales, a fines de abril, tienen la impresión de que Sonnino ha «cruzado el Rubicón»; y ya no lo ponen en duda cuando, el 3 de mayo, el gobierno italiano denuncia el tratado de la Triple Alianza. Cueste lo que cueste, el príncipe de Bülow quiere hacer un último esfuerzo para impedir la ruptura. Bajo su prescripción, el embajador de Austria-Hungría, el 9 de mayo, anuncia un nuevo ofrecimiento: acepta la autonomía de Trieste, pero en el marco de la Doble Monarquía; promete examinar con benevolencia la cuestión de las islas; lo único que niega firmemente son los distritos alemanes del Tirol meridional. Tisza, pese a estimar que estas ofertas son excesivas, se resigna. Pero Sonnino no responde. Entonces el Príncipe de Bülow comunica la notificación a los jefes de la oposición italiana. Giolitti deja su domicilio provisional y acude a Roma, donde es recibido por el rey y el presidente del consejo Salandra, quienes le comunican la decisión del gobierno de intervenir en la guerra al lado de la Triple Entente. Apoyándose en las últimas propuestas de las potencias centrales, se niega a unirse a esta política. La mayoría del Parlamento le es favorable: de 508 diputados, 320 le depositan su voto cuando llega a Roma. Salandra, cuyas convicciones «interventistas» se han tambaleado, pues acaba de enterarse de los primeros éxitos militares alemanes en Rusia, presenta su dimisión el 13 de mayo. * ¿Es la desaprobación del tratado de Londres? En todo caso la opinión pública reacciona: el 14 de mayo, en las calles de Roma, d'Annunzio hace un llamamiento a la multitud y le anuncia que Italia está vinculada, que ha pactado acuerdos «graves y definitivos»; denuncia la colusión de Giolitti con Bülow. Los periódicos favorables a la interven-

La lucha militar y diplomática en 1915

Italia ardiente contra los neutralistas y contra la nación levantan una campaña para parlamentarla. En Milán, en Florencia, en Turín, se organizan grandes manifestaciones al grito de «¡viva la guerra!» En Roma, la muchedumbre rompe los cristales del palacio de Montecitorio, sede del Parlamento.

El movimiento pasional acaba triunfando, pese a ser obra de mento. Este movimiento 1

era una minoría. El 16 de mayo, el rey rechaza la dimisión de Salandra. Y, mientras que Giolitti, vencido, abandona Roma, el Parlamento se reúne: el 20 de mayo, vota los créditos militares por 407 votos a favor con-

tra 73 en contra. Italia entra en la coalición; pero declara la guerra a Austria-Hungría, no a Alemania. ática de la Entente; y disgusta a los ser-

Es la primera victoria diplomática 1

vios, porque aunque no conocen los términos del tratado de Londres, sa-

ben que el acuerdo lesiona sus intereses y están desanimados. Los yugoslavos de Austria-Hungría, por odio a los italianos, ponen un súbito

ardor en luchar en las filas del ejército austro-húngaro. Pero la Entente

espera que la intervención italiana ejerza una influencia decisiva, en un

momento difícil, sobre las operaciones militares.

III. LA GRAN OFENSIVA ALEMANA EN RUSIA Y LAS RÉPLICAS

DE LA ENTENTE`

En el momento en que Italia entra en guerra, la gran ofensiva alemana contra Rusia acaba de empezar.

El envío de una parte de las nuevas divisiones inglesas, hacia el frente

de Gallipoli, había tranquilizado a Falkenhayn, que hasta entonces aún

estaba preocupado por la solidez del frente occidental. En abril de 1915,

el comandante en jefe de los ejércitos alemanes, a instancias de Conrad von Hötendorff y de Hindenburg, se había decidido a desplegar un

gran esfuerzo sobre el frente oriental. De las grandes unidades de que disponía en Francia, empezó a sacar regimientos que sirvieron para formar catorce nuevas divisiones: esos refuerzos, añadidos a las divisiones que

ya habían sido sacadas del frente occidental` en noviembre de 1914, per-

nutían formar un orden cerrado de maniobras para lanzar la ofensiva contra los rusos. ¿Qué resultados debía esperar de todo esto? Hindenburg y Ludendorff querían extremar la operación hasta el fondo- decían clu,

había que aniquilar al ejército ruso de una vez por todas. En vano se ob-

jetaba que los rusos adoptarían la táctica que les había permitido vencer

smr testimonios de los generales, de la p. 218, general Winogradsky, La guerre iplfl9.111,Y"l,Oillntal (París, 1926, ;ri-SI); 0. von Kalm, Gorlice (Berlín, 1930, iri-S', t. XsX

«Sch1ac1tten des Weltkrieges»); Bontch-Brouévitch, Poteria Galitsit v 1915 godou (Moscú, 1925-1926, 2 vol., in_ 8'); general Blin, Les offensives de septembre 1915 sur 1, fr,,t franO'

(París, 1938, in-So). “ Véase p. 237.

¹² Véase p. 256.

La gran ofensiva alemana en Rusia

en su día a Napoleón: el repliegue sistemático. Esta táctica ya no era oportuna, «Si Napoleón hubiese podido disponer de los ferrocarriles, del teléfono, de los convoys, del telégrafo y de los aviones, hoy todavía estaría en Moscú» decía el general Hoffmman, uno de los principales colaboradores de Hindenburg. Por otro lado, la situación interior de Rusia no le permitía al gobierno del zar abandonar una gran parte de su territorio sin luchar. El ejército alemán podría pues, obtener un resultado decisivo. Falkenhayn no estaba muy convencido; pero se veía obligado a tratar con consideración a Hindenburg y a Ludendorff, pues sus victorias les habían valido un gran prestigio en la opinión pública. De-modo que dejaba actuar. a reserva de intervenir después para restringir la amplitud de las operaciones. Estas divergencias de puntos de vista van a determinar el modo de dirigir la campaña.

El primer ataque se lanza en un sector de 80 kilómetros de anchura contra la parte del frente que se encuentra entre el Vístula y los Cárpatos, de modo que se puede alcanzar la línea de comunicaciones del ejército ruso metida en la región montañosa. Las tropas austro-húngaras están apoyadas por las divisiones alemanas del general Mackensen y a remolque de ellas. Consiguen una victoria total. La batalla, preparada por una fuerte actividad de la artillería, comienza el 2 de mayo. El 4, se rompe el frente ruso en Gorlice. El 6, los rusos están en plena retirada, sobre un frente de 160 kilómetros, y vuelven a traer sus divisiones hacia la línea del San. No obstante, se libran del rodeo. Inmediatamente después, el comandante alemán hace un nuevo esfuerzo, que mantiene con refuerzos sacados del frente de Prusia Oriental y del frente occidental. El resultado es que la línea del San y del Drilestr queda arrasada; se recupera Przemysl (3 de junio), luego Lemberg (22 de junio de 1915). En dos meses, los ejércitos austro-alemanes han liberado Galitzia.

Para completar la victoria, hay que intentar envolver a las fuerzas rusas que, en el norte del marco de operaciones, siguen ocupando el meandro del Vístula, al oeste de Varsovia. Hindenburg y Ludendorff proponen tomar la ofensiva en la parte septentrional del frente, sobre el Niemen, en dirección a Kovno y Vínno, para luego dar alcance al grueso de las fuerzas enemigas «por la espalda». Falkenhayn se conforma con una operación de menor envergadura: un ataque al sur de los lagos Mazures, sobre el Narev, en dirección a Varsovia. Esta ofensiva, lanzada de norte a sur, tenderá la mano a un nuevo ataque del ejército de Galitzia, que laminará a lo largo del Vístula hacia Ivangorod. La operación, comen-
7ada el 13 de julio, obtiene un éxito táctico completo. Pero el comandante ruso puede replegar a tiempo a sus ejércitos del meandro del Vístula: evacúa Varsovia, abandona a su suerte la fortaleza de Novogeorglevsk y hace retroceder el frente hasta Brest-Litovsk; al precio de este sacrificio, se libra una vez más del rodeo.

¿Hay que dejarlo así? Falkenhayn estima que ya no es posible esperar aniquilar a un enemigo que se oculta de toda acción decisiva por la retirada. Le basta con haber empujado al adversario lejos de Prusia

La lucha militar @ diplomática en 1915

Oriental y de Hungría y con haber impuesto al ejército ruso unas pérdidas en hombres y en material que lo imposibilitarán, durante varios ine-

ses, para volver a la ofensiva. Ahora Falkenhayn piensa desplegar sus es-

fuerzos sobre otro frente y lanzar un ataque decisivo contra Serbia. En vano pedirán Hindenburg y Ludendorff refuerzos para montar una nue-

va operación en su ala izquierda.. Falkenhayn se los niega; únicamente les consiente actuar con sus propios recursos. El ataque que las tropas

alemanas ejecutan a partir del 8 de agosto en el sector norte del frente, se lleva la línea del Niemen; el 17 de agosto es tomada Kovno; a media-

dos de setiembre, Viena es cercada; se alcanza la línea de la Beresina; pero la caballería, que lanza el mando hacia la brecha de Svetsiany, en-

tre Dvirisk y Vilno, para llegar a las vías de comunicación del enemigo, es rechazada. Al mando ruso le ha dado tiempo de reagrupar sus fuer-

zas. Ya es demasiado tarde para conseguir un éxito total.

A fines de setiembre de 1915, los ejércitos alemanes suspenden su es-

fuerzo. el mando ruso organiza sus nuevas posiciones: ahora ocupa des-

de el Báltico al Danubio, un frente cas' cú

El balance de la campaña es fuerte. Los ejércitos rusos han abandonado toda Galitzia, toda Polonia, toda Lituania; en el centro del frente su retroceso sobrepasa los ciento cincuenta kilómetros. Han sufrido pérdidas enormes: desde mayo hasta octubre, 151.000 muertos, 688.000 he-

lone ' la mitad de los efectivos comidos y 895.000 prisi ros, es decir casi 1 batientes. ¿Cómo explicar semejante desastre@ Cuando empezó la ofen-

siva alemana, el frente ruso presentaba condiciones poco favorables para

la defensiva: los ejércitos se estiraban sobre una línea de 1.200 km, en se-

micírculo; las reservas generales eran insuficientes; la disposición de la red de ferrocarriles y su indigencia no dejaban operar con rapidez a los

ejércitos; la aviación no estaba capacitada para enfrentarse a la del adver-

sario y, por falta de aviones de reconocimiento, el mando no podía tener

información sobre los movimientos del enemigo. Son estas razones que explican la sorpresa y el éxito de la penetración. Pero la rapidez de la re-

tirada obedece también a otras causas: la escasez de material paraliza el esfuerzo de los combatientes; el mando no consigue compensar las pérdidas de sus unidades, pese a que disponga de varios millones de horribles en las reservas de la retaguardia; pues ¿qué puede hacer con es0s

«torpes rrial pulidos», que no han podido aprender a manejar un arnia,

porque los centros de instrucción carecen de fusiles? Por último, los Jefes tienen el ánimo deprimido: el estado moral obra;

1.1 yor renuncia a niani @

en mayo y en junio apenas si lanza alguna contraofensiva-, la mayoría de las veces, se limita a reforzar a toda prisa los sectores amenazados, 'III @b'l del adversario, tratar de buscar, a su vez, el punto d. 1 en agosto, c11

1.1 la meandro del Vístula, ciertos generales aceptan con demasiada facilidad idea de la retirada. Estos síntomas de usura material y moral son graves.

Sin embargo, los ejércitos alemanes y austro-húngaros, pese a haber acumulado victorias y haber puesto al ejército enemigo fuera de combate, durante largos meses, lo cierto es que no han podido destruir al a

268

La gran ofensiva alemana en Rusia

1.1 Inversario ni acordarlo para que firme la paz. ¿De quién es la culpa? Hi derburg y Falkenhayn, en un intercambio de correspondencia bastante impetuoso (6-7 de octubre), se dirigen mutuos reproches.

Mientras se desarrollaba la gran ofensiva alemana, ¿qué habían hecho los aliados de Rusia? El mando ruso había hecho un llamamiento, a mediados de mayo, al general Joffre y le había pedido que tomase la ofensiva, para retener a las fuerzas enemigas sobre el frente occidental e impedir que Falkenhayn siguiese sacando unidades para incrementar las tropas del frente oriental. El mando francés no podía hacer oídos sordos a este llamamiento; pero en su mentalidad, estas ofensivas no debían tener el carácter de una simple demostración; lo que había intentado conseguir en dos ocasiones era la ruptura del frente.

El primer intento es la ofensiva de Artois, y parece tener éxito. El 9 de mayo, el ataque francés que dirige el general Pétain, comandante del 33avo. cuerpo de ejército, desbarata la posición alemana sobre un frente de 6 kilómetros. La «penetración» queda hecha. Pero las reservas francesas, colocadas demasiado lejos de las primeras líneas, intervienen demasiado tarde como para explotar la victoria. El 18 de junio se vuelve al ataque; esta vez, el frente alemán lo resiste porque ya lo esperaba. De estas primeras experiencias, Joffre, a diferencia de algunos de sus subordinados -y sobre todo de Foch-, concluye no obstante que la ruptura del frente enemigo es posible; lo único que hay que hacer es dirigir varios ataques simultáneos, para desconcertar al adversario y llevarlo a dispersar sus reservas. El 24 de junio, declara en la conferencia interaliada de Chantilly, que la defensiva es «una forma de guerra... absolutamente negativa», y que por otra parte sería «desleal en relación a Rusia». De modo que está decidido a volver a tomar la iniciativa de las operaciones, apenas el ejército inglés haya recibido las divisiones de nueva formación que se le han prometido: contra los 1.128 batallones alemanes, los Aliados podrán poner en línea de combate 1.700.

El nuevo plan conlleva un ataque secundario en Artois, dirigido sobre todo por fuerzas inglesas, y un ataque principal en Champaña, dirigido por el ejército francés. Los preparativos no acabarán hasta el momento en que se detenga la ofensiva alemana sobre el frente ruso. De modo que la operación ya no puede servir para socorrer al ejército aliado; no se trata ya de una diversión, sino de un gran esfuerzo de ruptura. El ataque principal, lanzado el 25 de setiembre, desbarata la primera división alemana y conquista parte de la segunda. Pero las tropas que se lanzan en la brecha, quedan rodeadas. El 5 de octubre se renueva el intento, que acaba fracasando. A pesar de los efectivos alineados, a pesar de la superioridad numérica del ataque (39 divisiones de infantería francesas) en Cham ~

pana, contra 17 divisiones alemanas; en Artois, 29 divisiones franco-inglesas contra 13 divisiones alemanas), el gran esfuerzo no ha servido de nada. Las pérdidas son cuantiosas: en muertos, heridos y desaparecidos 250.000 hombres, mientras que las tropas alemanas sólo han perdido 140.000, de los cuales hay 24.000 prisioneros.

269

Ante estas derrotas, el alto mando se ve obligado a revisar su doctrina. El general Joffre, en una nota del 7 de octubre, prevé «un largo período de actitud defensiva»¹¹. Las dos batallas de 1915 -todo el mundo es consciente de ello-- apenas han tenido importancia sobre el conjunto de las operaciones: únicamente han obligado a los alemanes a traer cuatro divisiones del frente oriental.

La entrada en línea del ejército italiano, que cuenta con treinta y siete divisiones de infantería, no ha conseguido resultados más decisivos.

A primera vista, sin embargo, la alerta había sido angustiosa. El es-

tado mayor austro-húngaro, metido ya en una lucha sobre dos frentes contra los rusos y los serbios, tenía que enfrentarse ahora con una nueva

amenaza, obligado como estaba a establecer y mantener, en el Trentino

y en el valle del Isonzo, otro frente de combate. Pese a que la interven-

ción italiana haya habido prevista desde el comienzo de la guerra europea en los cálculos del mando austro-húngaro, podía acarrear conse-

cuencias graves, sobre todo si Rumanía decidía seguir el ejemplo de Italia. ¿Qué réplica oponer a una ofensiva italiana dirigida contra Trieste, a una ofensiva rumana dirigida contra Transilvania y a un esfuerzo del ejército serbio sobre el Save y sobre el Danubio? Es posible que hubiese que sacar destacamentos importantes de Galitzia, para llevarlos hacia los frentes amenazados. Entonces la gran ofensiva empezada contra Rusia, se había visto paralizada.

En los hechos, el acontecimiento no confirmará estos temores. Rumanía, influida por las derrotas rusas, conserva su neutralidad. Servia, descontenta por las cláusulas del tratado de Londres y profundamente exasperada por los consejos de sus aliados, que quieren imponerle la ce-

sión de sus territorios macedonios a favor de Bulgaria ¹³ manifiesta su

mal humor retrasando, con diferentes pretextos, la ofensiva que prometió desplegar. El estado mayor austro-húngaro, para formar un nuevo

frente contra Italia, puede sacar a una parte de las unidades que hasta en-

tonces había mantenido sobre su frente meridional. La solidez de sus posiciones, en una región montañosa, le permite enfrentarse al ataque ita-

9 llano con efectivos reducidos, con tal de que conserve una actitud esencialmente defensiva: las unidades sacadas del frente de Galitzia se reducen a dos divisiones austro-húngaras. Con fuerzas muy modestas, Austria-Hungría consigue rechazar dos ataques. La ofensiva italiana del 18

de julio, sobre el Carso, sólo obtiene escasos resultados. La nueva ofensiva del 18 de octubre, dirigida contra Goritz, no logra su objetivo. Después de muchos esfuerzos, las tropas de ataque, pese a su superioridad numérica (312 batallones contra 147), no pueden arrebatar más que algunos pueblos y algún que otro punto de apoyo. Una vez más, la experiencia demuestra que, al igual que en el frente francés, los medios de acción de que dispone la ofensiva no bastan para apoderarse de las posiciones defensivas sólidamente organizadas. De modo que, la entrada en

¹¹ Véase p. 271.

La entrada en guerra de Bulgaria

línea del ejército italiano no ha proporcionado al ejército ruso el alivio que había esperar.

IV. LA ENTRADA EN GUERRA DE BULGARIA

Cuando Falkenhayn negó a Hindenburg los medios necesarios para la ampliación de la ofensiva contra Rusia, su determinación obedecía a motivos políticos: lo que quería ahora era concentrar sus fuerzas hacia los Balcanes. El ejército turco acababa de rechazar, en el islote de Gallipoli, el nuevo intento de las tropas británicas; pero quedó agotado y sobre todo estaba atravesando una crisis de escasez de material y de municiones. Para abastecer libremente a este ejército, había que establecer un vínculo directo con el territorio turco. La entrada en guerra de Bulgaria podría proporcionar el medio adecuado y ofrecer otros resultados más importantes todavía: liberar al imperio austro-húngaro del peligro yugoslavo, y quizá, incluso obligar al gobierno de Belgrado a firmar la paz.

¿Cuáles son entonces los intereses del gobierno búlgaro? Desea devolver a su país los territorios que se vio obligado a abandonar, en 1913, por el tratado de Bucarest: Dobroudja, que es rumana, la región de Seres y de Cavalla, que es griega y sobre todo la parte de Macedonia anexionada a Serbia. Las potencias centrales pueden ayudarlo a realizar esos artículos esenciales de su programa, mientras que la Entente no puede en absoluto. Ofrecer a Bulgaria, si decide entrar en el conflicto, la conquista de la Macedonia servia, es una propuesta muy natural por parte de los alemanes y de los austro-húngaros. Por el contrario, ¿qué pueden ofrecer Francia, Gran Bretaña y Rusia? El 29 de mayo de 1915, prometieron al rey Fernando, la anexión a Tracia hasta la línea de Enos-Midra, si aceptaba declararse contra Turquía; le hicieron concebir esperanzas de obtener una parte de la Macedonia servia, a condición de que Serbia recibiese, al final de la guerra, «compensaciones equivalentes» en Bosnia-Herzegovina, y en la costa del Adriático, y la cesión de Cavalla, si Grecia conseguía un territorio de Asia Menor. Pero no son promesas de alcance inmediato. El presidente del consejo búlgaro, Radoslavov, pidió precisio-

¹⁴Obras de consulta.- A los documentos rusos citados en p. 224 y a los documentos búlgaros reunidos en el compendio *Diplomaticheski dokumenti narmedstata na Bulgaria "Europeiskaia voi.* (Sofía, 1920, 2 vol., in-4^o), hay que añadir algunos testimonios, en particular el del ministro de Rusia en Sofía, Savinsky, «La déclaration de guerre de la Bulgarie», en *Monde slave* año 1929, pp. 389-413, y año 1930, pp. 31-60 y el de Radoslavov, citado en p. 218.- Sobre la negociación de la convención militar con las potencias centrales, véase Cranion, *Unser cesterreich-ungarischer Bundesgenosse im Weltkrieg* Erinnerungen (Berlín, 1920, de Gu in-8^o)- Sobre la política francesa, A. Pingaud, «L'intervention bulgare dans la Gran-

erre», *Revue de France*, 15 set. 1933, pp. 231-248, y 1 oct. 1933, pp. 489-508. Sobre la política interior búlgara, Kaptcheff, *La débacle nationale bulgare devant la Haute-Cour*, París, 1925, in-12); sobre el rey Fernando, *Ferdinand de Bulgarie* (París, 1930, in-12), Pese a que omite muchos detalles desfavorables al soberano.

La lucha militar y diplomática en 1915

nes y ¿cómo dárselas sin el asentimiento de Servia? En vano insistirán

Francia y Gran Bretaña ante el gobierno servio para que consienta en sa-

crificar toda Macedonia, en los límites previstos por el tratado de alianza balcánica de 1912. Pachitch se niega y dice que preferiría enfrentarse a

una ofensiva austro-alemana sin el apoyo de sus aliados. Al cabo de seis

semanas, la Entente es incapaz de dar una respuesta segura a Radosla-

vov. De modo que la situación es favorable para la diplomacia austro-alemana.

A principio de julio, el gobierno búlgaro se encuentra frente a una

solicitud energética de las potencias centrales, que le anuncian su inten-

ción de iniciar una ofensiva contra Servia en el otoño, apenas hayan ter-

minado las operaciones sobre el frente ruso. ¿Bulgaria quiere asociarse

para conquistar la Macedonia servia? Sin duda, Austria-Hungría, ya había prometido esta parte de Macedonia al gobierno búlgaro, por una nota

del 23 de mayo, a cambio de una simple neutralidad. ¿Pero de qué vali-

deza semejante promesa a largo plazo? ¿Qué certeza puede tener Bul-

garia de satisfacer sus aspiraciones nacionales, si no interviene en los terri-

torios que reivindica? ¿Qué ocurriría si Servia, desalentada, se resignase a pactar una paz separada con las potencias centrales? El gobierno búl-

gario ya no debe temer las represalias de una Rusia que parece vencida,

así que acepta entrar en negociaciones. La marcha del coronel Gantchev hacia el cuartel general alemán (1 de agosto) señala el inicio de las con-

versaciones. La misión del duque de Mecklembourg en Sofía disipa las últimas dudas. Después de haber firmado con Turquía un acuerdo (3 de setiembre) que le garantiza, en Tracia, una rectificación de frontera hasta la línea de la Maritsa, el gobierno búlgaro inicia tratos con las potencias centrales, el 6 de setiembre de 1915. Se compromete a movilizar en un

plazo de quince días y a poner en línea, antes de treinta y cinco días, a

cuatro divisiones que participarán en la ofensiva contra Servia. En pago

a su cooperación, recibirá la Macedonia servia entera, hasta la línea de la Morava y hasta el paso de Katchanik-, si Grecia y Rumanía se suman a la Entente, Bulgaria obtendrá además la parte de la Macedonia griega y la parte de la Dobroudia que le fueron arrebatadas por el tratado de Bucarest.

Bulgaria está atada. Cuando la Entente se da cuenta del peligro y decide hacer caso omiso de la resistencia de Pachitch, prometerle la

anexión de la Macedonia servia al final de la guerra, no obtiene respues-

ta. 'Don parl ta. Los Jefes de la oposición parlamentaria búlgara, Stambouliski, Gue-

chov y Danev que mantienen relaciones constantes con la legación de Ru-

sia, en balde harán una gestión conminatoria ante el rey Fernando, arae-

nizando con hacerle personalmente responsable de las consecuencias de su política: el 21 de setiembre, se lanza la orden de movilización búlgara. El rey «se quita la máscara» y telegrafía al ministro de Rusia el, Sofía'

La alianza búlgara proporciona a las potencias centrales el medio de

atacarla. esto atacar a Servia por el este a la vez que por el norte, y de aquí va a permitir establecer con Turquía comunicaciones directas, abastecer

La entrada en guerra de Bulgaria

libermente al ejército otomano, dar paso a las tropas alemanas hacia Asia Njerior para participar en una ofensiva contra el istmo de Suez y de Egipto. ¿Todavía hay tiempo de evitar esta amenazas? Quizá el gobierno búlgaro se esté marcando un farol y si constata que las potencias de la Entente están dispuestas a desplegar una acción enérgica, no dudará en entrar en guerra. La única potencia que puede socorrer rápidamente a Serbia es Grecia. Desde que se celebraron las elecciones griegas en el mes de agosto, Venizelos vuelve a ser presidente del consejo: si anunciase la intención de aplicar el tratado de alianza greco-serbio pactado en 1913 y válido en caso de que se produzca un ataque búlgaro, el rey Fernando tendría que pensárselo dos veces. Para amenazar a Bulgaria y hacer que intervenga Grecia, los ministros de la Entente en Sofía, desde que se ha sabido la noticia de la movilización búlgara, recomiendan a sus gobiernos que hagan desembarcar en Salónica un cuerpo expedicionario.

Este plan, es precisamente el de presidente del consejo griego. Venizelos está dispuesto a ofrecer a Serbia la cooperación que solicita en virtud del tratado, pero se topa con la resistencia del estado mayor: la convención militar serbio-griega prevé que desde el inicio de las hostilidades, Serbia concentre 150.000 combatientes en la región de Kourriánovo y de Piro; esta condición no se cumple y no podrá cumplirse, ya que los serbios temen la ofensiva austro-alemana en su frontera norte. Grecia, dice el estado mayor no está obligada pues, a intervenir. Pero este ejército de 150.000 hombres que Serbia no puede alinear ¿por qué no pedir a la Entente que lo aporte? Venizelos presenta esta sugerencia al rey Constantino el 22 de setiembre. Sin esperar el asentimiento del soberano, la comunica a los representantes de Francia y de Gran Bretaña. En París y en Londres, se decide de inmediato el envío de un cuerpo expedicionario; en espera de mejores posibilidades, se sacan dos divisiones del ejército de los Dardanelos que embarcarán con destino a Salónica.

La ejecución de este plan se retrasa por obstáculos imprevistos. Venizelos, que todavía no ha obtenido el asentimiento del rey y que actúa «Por su cuenta», pide un aplazamiento; el 28 de setiembre de 1915, se decide a autorizar el desembarco reservándose el derecho de emitir una Protesta «para salvaguardar las apariencias»; pero cuando los primeros elementos del cuerpo expedicionario llegan a Salónica, el 1 de octubre, si les prohíbe que se instalen allí, pues Venizelos acaba de enterarse de que Sir Ed. Grey, en un discurso dirigido a la Cámara de los comunes, ha demostrado su simpatía por Bulgaria, y el presidente del consejo griego se pregunta si el cuerpo expedicionario no estará destinado más bien a Ocupar la Macedonia serbia y griega para obligar a los gobiernos de Aterías Y de Belgrado a ceder territorios a Bulgaria; de modo que exige garantías forriales. Francia y Gran Bretaña se apresuran a tranquilizarlo: todas la ofertas que hubieran podido hacer en su día a Sofía, han caducado s

- Entonces el 2 de octubre, Venizelos da su asentimiento, a la vez que anuncia a través de una circular que Grecia neutral «tiene el deber

272

273

de protestar contra el paso de tropas extranjeras por el territorio helénico».

Ha llegado el momento de sacar a la luz las intenciones de Bulgaria. El gobierno ruso dirige un ultimátum a Sofía: la Entente exige que el gobierno búlgaro rompa «abiertamente» con las potencias centrales y despida a los oficiales alemanes vinculados al estado mayor búlgaro. El 5 de octubre, el rey Fernando opone una negativa. Bulgaria entra en guerra. El mismo día Venizelos, que acaba de conseguir la aprobación por el Parlamento griego de su política de intervención contra Bulgaria, se ve obligado a dejar el poder: el rey le notifica que no comparte su modo de ver y que investido por la constitución del derecho a declarar la guerra, , niega a firmar el acta de ruptura. La Entente, que había decidido el en-

vío del cuerpo expedicionario con objeto de intimidar a Bulgaria y de implicar a Grecia, experimenta un doble fracaso.

V. LA OFENSIVA CONTRA SERBIA Y LA EXPEDICIÓN DE SALÓNICA “

A fines de setiembre, las tropas de las potencias centrales destinadas a operar contra Serbia están al pie del cañón. El general alemán Mackensen, que ejerce el mando de todas las fuerzas, tiene bajo sus órdenes a lo divisiones alemanas, 4 divisiones austro-húngaras y 4 divisiones búlgaras, en total 330.000 hombres. Los serbios sólo pueden alinear a

250.000 hombres con un armamento insuficiente en artillería y ametralladoras. Amenazados sobre el frente norte por los austro-alemanes, ahora han de temer el ataque búlgaro sobre su flanco derecho. Desde que se

decidió la movilización en Sofía, los serbios no se han engañado sobre la gravedad del peligro. Hubiesen querido intentar un ataque preventivo, derrotar al ejército búlgaro antes de que se concentrase, pero los grandes aliados, que hasta última hora, esperaban que el rey Fernando cambiase de opinión, han puesto el veto. Los serbios están abandonados a sí mismos, hasta que lleguen los refuerzos que han pedido a Francia y Gran Bretaña.

La ofensiva de las potencias centrales empieza el 6 de octubre. Las tropas alemanas logran cruzar el Danubio y ocupar Belgrado al primer intento; rápidamente arrinconan al adversario en el valle del Morava. En el momento en (que el ejército serbio trata de detener este ataque, las divisiones búlgaras entran en línea; atacan en dirección de Niš y porierl

s compendios de doctri-

11 Obras de consulta.- Además de los estudios generales y los de Sill'ementos ya citados, véase, sobre la campaña serbia, coronel Feyler, Les campagne, d'or; (París, 1925, in-8'); A. Dunan, Le drame balkanique de 1915. L'automne serbe. No1tes 1923, témoin (París, 1932, in-81); Ripert d'Alauzier, La résurrection de l'armée serbe (París, in-8')- Sobre la expedición de Salónica, la excelente obra de Larcher, La grande guerre dans les Balkans (París, 1930, in-8o), y los recuerdos del general Sarrail, Mon cōnan deMent en Orient 1916-1918 (París, 1920, in-12).

- 274

La ofensiva contra Serbia y la expedición de Salónica

elígro las comunicaciones del enemigo. El estado mayor serbio se ve en pen1 obligado a ordenar una retirada general hacia la meseta de Kossovo. En un mes, pese a la resistencia encarnizada de los serbios, las potencias centrales consiguen la victoria.

¿Todavía hay tiempo de salvar el ejército del rey Pedro? Francia se esfuerza en ello; quiere conseguir la participación de Gran Bretaña. Si el envío de tropas anglo-francesas a Salónica no puede servir para el objetivo diplomático que se había propuesto al principio, sigue siendo necesario para tender una mano a los serbios.

Pero la expedición se organiza con lentitud. El gobierno francés consigue a duras penas del general Joffre que retire de su frente las tropas destinadas al nuevo ejército de Oriente. El gabinete británico, desde que Grecia esquivó la intervención, ya no cree en el éxito del intento y va acumulando objeciones. Para poner de acuerdo a franceses, e ingleses, se sucede una conferencia tras otra. Tienen que unirse la insistencia vigorosa del ministro de Guerra Millerand y la firmeza de Joffre, quien dócil a las instrucciones del gobierno, pone en la balanza el peso de su autoridad, para llevar a Kitchener a que mantenga sus compromisos. A fines de octubre, el general Sarrail, comandante en jefe del cuerpo expedicionario dispone de cuatro divisiones, formadas por 65.000 franceses y 15.000 ingleses. En vano intentara entrar en acción. A principios de noviembre, cuando las tropas francesas se metan en el valle del Tchernya y entren en territorio serbio, se toparán con las fuerzas búlgaras. Después de quince días de combate, se estancan. El gobierno francés da por perdido el combate; Sarrail es consciente de la inutilidad de sus esfuerzos y prepara la orden de retirada.

De modo que el intento ha fracasado. El ejército serbio, amenazado al norte, al este y al sur por la ofensiva convergente del enemigo, no tiene más esperanza que la de replegarse hacia Salónica. Para escapar de la destrucción o de la capitulación, todavía hay un camino abierto; el único: la retirada hacia el oeste, a través de las montañas salvajes de Albania. El 23 de noviembre la inicia y a base de esfuerzos inauditos, las tropas llegan, a mediados de diciembre, a orillas del Adriático, después de haber abandonado, a la entrada de los desfiladeros impracticables, la mayor parte de la artillería y de los convoys. Servia entera está ocupada por el enemigo. Pero el mando serbio ha salvado los restos de su ejército, que los navíos de guerra de la Entente recogen y transportan a Corfú.

Vencida en los Dardanelos, vencida en Servia, ¿la Entente va a abandonar el marco de operaciones balcánico? El ejército del general Sarrail, en su retirada hacia Salónica, se encuentra en una situación difícil. La lealtad del gobierno griego es dudosa, pues está hablando de prevalecerse de su neutralidad para internar a las tropas aliadas que se repliegan a través de su territorio. El rey Constantino y su nuevo presidente del consejo, Skouloudis, no se atreven a renovar esta amenaza; pero tampoco Octaviano que dejarán el campo libre a los germano-búlgaros si, a su vez, quisiere, penetrar en Grecia. El ejército Sarrail se arriesga a ser atacado

apenas haya terminado su repliegue hacia Salónica. ¿No sería mejor reembarcarlo? El mismo Sarrail estima que desde el punto de vista militar el mantenimiento del cuerpo expedicionario en Salónica carece de interés. El gobierno británico ya está dando órdenes para preparar la evacuación, pero el gobierno francés se opone a ello. El 8 y 9 de diciembre, la conferencia interaliada de Chantilly decide conservar la base de operaciones de Salónica. Desde luego, las perspectivas militares no son alentadoras; es cierto que, el abastecimiento de estas tropas es una operación complicada, difícil, que impone a la marina de guerra, lo mismo que a la marina mercante, pesadas cargas; pero desde el punto de vista estratégico, el es-

tado mayor juzga de utilidad el poder contar con una amenaza, incluso a largo plazo, sobre uno de los flancos de la coalición adversa; desde el punto de vista diplomático, el gobierno francés quiere conservar un medio de presión sobre los Estados balcánicos, impedir que Grecia tome

partido por Alemania, evitar que se apague la amistad que la Entente Posee en Rumanía. El 10 y 11 de diciembre, en París, el presidente del consejo francés, Briand, triunfa sobre las últimas resistencias inglesas; suprime también, en sesión de Comisión del ejército del Senado, las objeciones de Clemenceau que teme que los esfuerzos se dispersen. La Entente se quedará en Salónica.

Y se quedará sin tener que librar combate. Falkenhayn, que, el 27 de noviembre, había establecido su plan de ataque, renuncia a ejecutarlo. Cree que la entrada de las tropas búlgaras en Grecia provocará dificultades diplomáticas; teme que los austro-húngaros den demasiada impor-

tancia a una operación, después de todo, secundaria. Por otra parte, ¿es realmente oportuno obligar a los franco-ingleses a evacuar Salónica? Las tropas del cuerpo expedicionario recobrarán su puesto en el frente occi-

derital; pero la convención militar no obliga a los búlgaros a enviar a su

ejército fuera de los Balcanes. Estos motivos políticos son los que deciden al comandante en jefe de los ejércitos alemanes a abandonar su proyecto de ofensiva.

VI. LOS RESULTADOS DE LA CAMPANA DE 1915 ¿Cómo se establece el balance de la campaña de 1915, cuando el in-

vierno detiene, por espacio de unos meses, las grandes operaciones,

Los ejércitos austro-alemanes han conseguido en Rusia brillantes y victorias; han aniquilado Servia, han podido llevar adelante estas ofensivas pese a la intervención italiana, pese al incremento de los efectivos en Francia. Turquía ha resistido el ataque de los Dardanelos y la interminable batalla de Gallipoli. La guerra de posiciones ha dado prueba

1 1 niaritic11-

de sus ga la d

posibilidades; ha permitido que el estado mayor aerman efensiva sobre el frente occidental y utilice al máximo las facilida-

1,1,lidad

1

des que le ofrecen la maniobra en «las líneas interiores», y la pos de trasladar rápidamente a sus divisiones de un frente al otro .El «Cl'ne'

Los resultados de la campaña de 1915

de guerra» es cada vez más favorable a las potencias centrales, cuyas tropas ocupan el noreste de Francia, Bélgica, Polonia, Lituania y Servia. El territorio del enemigo es el campo de batalla y el que soporta las consecuencias materiales del combate. Los recursos de las regiones ocupadas ayudan al abastecimiento del ejército en campaña. Por el contrario, excepto en una pequeña parte de la alta Alsacia y del valle del Isonzo, en ningún sitio está pisando el adversario el territorio de Alemania o de Austria-Hungría. Y sin embargo, pese a todas las razones de confianza, los resultados obtenidos por las potencias centrales todavía están por debajo de sus expectativas: las victorias no han conseguido la «decisión»; no han obligado a uno de los adversarios a firmar la paz; no han destruido ni el ejército ruso ni el servio. Falkenhayn, por motivos políticos, no ha llevado nunca su esfuerzo hasta las últimas consecuencias. A fines de 1915, se expone a los reproches de Hindenburg, su subordinado, y de Conrad von Htzendorf, su colega austriaco. Para las potencias centrales, amenazadas por el bloqueo, la prolongación de la lucha constituye un peligro.

La situación de la Entente no es muy brillante; pero el tiempo trabaja a su favor.

Inmediatamente después de sus derrotas, el ejército ruso no está en situación de volver a tomar la iniciativa de las operaciones, ni lo estará antes de mucho tiempo. El generalísimo soporta las consecuencias de una situación de la que sólo es responsable en parte: el zar, que no simpatiza con el gran duque cuya popularidad le irrita, le retira el cargo de comandante jefe y lo envía al frente del Cáucaso. Nicolás II toma el mando personalmente, de los ejércitos, asistido por el general Alexeiev, jefe de estado mayor. Es un gesto no exento de peligro.

Sobre el frente occidental, el alto mando francés ha tenido experiencias dolorosas. Aparte de las dos grandes ofensivas de mayo y de setiembre de 1915, ha multiplicado los ataques locales esforzándose en una lucha incesante por la conquista de los elementos de trinchera o de los puntos de apoyo. Este método no ha servido de nada. El gran cuartel general acaba de darse cuenta. Pero el error ha salido caro: la campaña de

1915 ha sido inútilmente sangrienta. Por otro lado, los intentos de ruptura han fracasado. Todos los grandes jefes están de acuerdo ahora en constatar que no es posible que la operación salga bien en un solo asalto. Foch preconiza otro método: una serie de ataques a objetivos limitados, proseguidos en la misma zona durante varias semanas; estos ataques, preparados con cuidado, podrán triunfar sin grandes pérdidas; conseguirán lambalear el frente enemigo, que cederá luego ante un último esfuerzo. Pero el éxito de este método supone un empleo masivo de la artillería. Por su parte, Pétain recomienda, antes de buscar la decisión, agotar las reservas del enemigo sobre el frente elegido para la ofensiva. «Si las fuerzas de ataque, dice Pétain, no son superiores a las de defensa en una proporción de 1,5 a 2, no son superiores definitivamente. 1, es que aún no ha llegado el momento de hacer el esfuerzo

el desgaste del enemigo no es suficiente». En ambos casos, la ruptura será pues una obra de larga duración. ¿El ejército francés está en

La lucha militar y diplomática en 1915

situación de hacer ese esfuerzo? Joffre lo pone en duda. «Francia», escribe en una nota al gobierno, «Soporta del modo más resistente el peso

de la guerra... ; no puede seguir por ese camino so pena de comprometer definitivamente su futuro... A partir de ahora, les toca a sus aliados desplegar el esfuerzo principal que conduzca al desgaste del adversario.

En la mente de Joffre esta tarea deben cumplirla las fuerzas británicas. El ejército inglés, a lo largo del año 1915, se ha convertido en un

gran ejército. A partir de la primavera, las divisiones de nueva formación

han venido a ocupar su puesto en el frente. Pese a los envíos de tropas a los Dardanelos, los efectivos, acrecentados por las fuerzas canadienses y australianas, llegan a las treinta y cinco divisiones en el otoño de 1915.

El frente defendido por este ejército, sin embargo, no guarda proporción con la fuerza de que dispone: una de las preocupaciones del man-

do francés es conseguir del mando británico que se haga partícipe en ma-

yor medida de las cargas comunes.

Por último, durante toda la campaña de 1915, la Entente ha empezado a experimentar los inconvenientes de una guerra de coalición. Mientras que en las potencias centrales, el mando alemán posee una superio-

ridad fáctica, porque sus tropas intervienen, en todas las circunstancias

difíciles, para apoyar o para arrastrar a los austro-húngaros, los ejércitos

rusos no pueden tener ningún vínculo directo con los ejércitos franco-

ingleses. Incluso entre franceses e ingleses, los modos de concebir las co-

sas, son a menudo distintas: Kitchener piensa que Joffre es «deñasiado

oferisivo»; en junio de 1915, difícilmente se resigna a enviar al frente de Francia los refuerzos que ha preparado. La guerra «no está dirigidao.

Para tratar de establecer una coordinación en la acción de los ejércitos aliados, Joffre convocó durante el verano la reunión de una conferencia

militar interaliada en Chantilly; pero no dio grandes resultados: el re-

resentante ruso declaró «que desconoce los proyectos del gran duque», p

1

que ignora el estado de los pedidos de material, que ni siquiera puede «definir exactamente las condiciones en las que actualmente combate el ejército ruso». En definitiva, una certificación de insolvencia.

En esta situación general, no queda más que un elemento tranquili-

zador para la Entente: está en medida de prolongar la lucha s .in necesi-

dad de temer de momento, una crisis de efectivos, ya que Rusia e Ingla-

terra todavía no han desplegado todos sus esfuerzos-, desde el punto de vista económico se encuentra menos apurada que el adversario. La «guerra de desgaste» puede ser una táctica eficaz para la Entente. 1) e modo que Briand declarará a la Comisión de Asuntos exteriores de la Cá-

mara de los diputados, el 13 de diciembre: «No les ocultaré que de rno-

mento, estaría dispuesto a considerar la palabra «paz» como una palabra

1 ló` sediciosa», pues dicha palabra puede hacer «estrágos» en la oP'n' pública.»

- 278

CAPÍTULO VI

LAS REPERCUSIONES POLÍTICAS DE LA CAMPAÑA

DE 1915

La campaña de 1915 ha proporcionado a las potencias centrales la oportunidad de conseguir brillantes victorias. Aunque estos éxitos no hayan resultado decisivos, la opinión pública puede considerarlos como un

presagio de victoria. La Entente, en cambio, sólo ha experimentado decepciones. La opinión pública, es cierto, no tiene una clara conciencia de estos fracasos. Los brillantes éxitos que las batallas del Artois, de Champaña y de Isonzo han proporcionado a las tropas bastan para satisfacerla. Por lo tanto, las consideraciones de política interior aún no desempeñan más que un papel secundario en la evolución general del conflicto. Sin embargo, permiten apreciar las orientaciones de la opinión general y percibir el origen de las dificultades venideras.

I. LAS POTENCIAS OCCIDENTALES 1

En Francia, Gran Bretaña e Italia, donde existe el régimen parlamentario, la situación política presenta rasgos comunes. Los gobiernos, aun-

que gozan de un amplio margen de confianza y disponen, de hecho, de una libertad de acción excepcional, se ven sometidos al control de las

Obras de consulta.- Sobre Francia, el testimonio más importante es Raymond Poincaré, *Au service de la France*, t. Vi y Vil; Pierre Renouvin, *Les formes du gouvernement de guerre* (París 1925, in-S'); J. C. King, *Generals and politicians: conflict between France's High Command, Parliament and Government, 1914-1918* (Londres, 1951, in-So); A. Kriegel, *Origines, du communisme français, 1914-1920. Contribution a l'histoire du mouvement Ouvrier français* (París, 1964, 2 vol., in-8'); H. Bourgin, *Mémoires pour servir à l'histoire d'une sécession politique* (París, 1924, in-12); *Syndicalisme révolutionnaire et communisme: les archives*, de Pierre Monatte, ed. por J. Maitron (París, 1968, in-81)--- Sobre Gran Bretaña, véase Cazamian, *La Grande Bretagne et la guerre. Esquisse d'une évolution sociale* (París, 1917, in-16)- Saxon Mills, *David Lloyd George, war minister* (Londres, 1924, in-So); *Asquith and the war* (Londres, 1928, in-So); Asquith, *Memories and reflections* (Londres, 1928, 2 vol., in-8-); W. Churchill, *The world crisis* (Londres, 1923-1927,

in-S'), Sobre Italia, Salandra, cit. p. 261; Giolitti, cit. p. 77, *I socialisti*

Las repercusiones políticas de la campaña de 1915

El fracaso de los partidos siempre tiende a repetir asambleas; las preocupaciones. Bajo esta agitación superficial, que no presenta graves inconvenientes, y que incluso ofrece la ventaja de obligar al gobierno a seguir más de cerca el estado de la opinión pública, hay que tratar de percibir los caracteres propios de la situación política de cada uno de los tres países.

A principios de 1915, la vida parlamentaria había vuelto a su cauce en Francia. Desde la primavera, había empezado a manifestarse una cierta oposición, tímida en un primer momento, porque se vacilaba en llevar a la tribuna cuestiones delicadas y se intentaba, más que derrocar, advertir al gobierno. Esta oposición se afirma conforme se van acumulando

las decepciones.

Las comisiones parlamentarias, y sobre todo la comisión senatorial del ejército, presidida por Clemenceau, dirigen primero sus críticas contra el ministro de la Guerra, Millerand. Le hacen responsable de la crisis del material. Le reprochan que permita que el alto estado mayor esta-

blezca y desarrolle servicios administrativos (fabricaciones, estudios eco-

nómicos) que no son de su incumbencia; reivindica el derecho de enviar, primero en la zona del interior, después en la zona de los ejércitos, misiones de control, para examinar los arsenales, las fábricas, asistir a las pruebas, inspeccionar la organización del avituallamiento y de los hospitales. Joffre se resiste; no quiere «dejarse invadir por los civiles». Millerand lo protege y en junio de 1915, la comisión del ejército de la Cá-

mara a duras penas consigue una satisfacción de principio. El 24 de junio de 1915, por primera vez desde el comienzo de la guerra, un diputado, Accambray, expresa sus críticas en sesión pública y «sienta en el banquillo» al ministro de la Guerra. Millerand mantiene su doctrina. «Es preciso», dice, «que no exista ninguna confusión entre el poder parlamentario que Vd. representa y la autoridad militar»; pero se amolda y acepta, bajo la presión del Parlamento, la creación de subsecretarías de Estado que limitan, de hecho, las atribuciones del ministro. La oposición no cede. En octubre, cuando Bulgaria entra en guerra, a pesar de las atenciones que la Entente siempre le otorgó generosamente, el fracaso diplomático de Delcassé asesta el último golpe a la autoridad del ga-

binete. Viviani, sin haber quedado en minoría, se retira.

En el nuevo gabinete, presidido por Aristide Briand, la cuestión de las relaciones entre el gobierno y el alto mando sigue dominando los de-

bates políticos. Pero la actitud del nuevo ministro de la Guerra, el general Gallieni, es muy diferente de la de Millerand: trata de colaborar con las comisiones parlamentarias, intenta pedir explicaciones al general en jefe. El intento fracasa: el 7 de marzo de 1916, cuando el ministro de la

Guerra lee, en consejo de ministros, una nota que parece una acusación, para protestar contra la intervención del alto estado mayor en los asuntos

italiani durante la guerra (Milán, 1927 in-So); F. Meda, I cattolici italiani nella guerra mondiale (Milán, 1935, in-8’); L. Segate, L’Italia nella guerra mondiale (Milán, 1935, in-8’);

cone, Nitti e la Grande Guerra, 1914-1918 (Milán, 1961, in-S’).

- 280 -

Las potencias occidentales tos diplomáticos, Políticos o económicos y para criticar a los jefes «sobre los que pesan las viejas doctrinas», el presidente del Consejo lo abandona. El general Roques, que sustituye a Gallieni, es un amigo del general en jefe. Se restablece la solidaridad entre el gobierno y el alto mando.

Estas pequeñas dificultades no afectan a la Unión sagrada: los socialistas siguen participando en el poder. No obstante, en la Haute-Vienne, la Federación socialista lamenta públicamente el « chauvinismo» de los dirigentes. Es el anuncio, dentro del partido, de un movimiento «minoritario»@ ínfimo todavía.

Tanto en Inglaterra como en Francia, la tregua política había durado algunos meses; pero, en la primavera de 1915, el gobierno empezó a encontrarse con alguna oposición.

Como en Francia, la cuestión de las relaciones entre el alto mando y el poder civil provoca dificultades. El ministro de la Guerra, Kitchener, disfruta de un gran prestigio personal: pero su carrera colonial no lo ha preparado para los compromisos necesarios en la vida política, ni para la colaboración con los medios parlamentarios. Desconfía de sus colegas a

los que irrita con sus reticencias y con su preocupación por mantener ocultas las informaciones más importantes, incluso con respecto al gabinete. Sus adversarios no sienten reparo en imputarle la responsabilidad de la crisis de armamentos que atraviesa el ejército inglés como todos los demás ejércitos. En mayo de 1915, después del cese de los ataques ingleses en el Artois, el mariscal French, comandante en jefe, atribuye este fracaso a la escasez de municiones. El crítico militar del Times, el coronel Repington, amigo del mariscal, inicia en la prensa una campaña peligrosa para el ministro y para el gabinete. Al mismo tiempo, el primer lord del almirantazgo, Winston Churchill, entra en conflicto con el primer lord naval, el almirante Fischer, a propósito de la expedición de los Dardanelos: el almirante impone sus condiciones, exige la salida del mi-

nistro; pero se ve obligado a dimitir. Estas disensiones comprometen la autoridad del gobierno. Bajo la presión del líder de los conservadores, Bonar Law, y de su colega liberal Lloyd George, bajo la amenaza de una interpelación en los Comunes, Asquith se ve obligado a reconocer que a que reorganizar el gabinete, recurriendo a representantes de todos los pa-
idos (18 de mayo de 1915). El nuevo gobierno, formado por doce

personales, ocho conservadores y un laborista, es un gabinete de unión nacional; aparta a Churchill y mantiene a Kitchener; parece sólido.

Pero Asquith no es un hombre capaz de dar un impulso enérgico al gobierno; su inteligencia política, su agudeza, su habilidad para manejar los arribientes parlamentarios le habían proporcionado, en tiempo de paz, una gran autoridad pero, no tiene ni la fuerza de carácter, ni la rapidez de decisión necesarias en tiempo de guerra.

La situación política en Italia sigue siendo inestable. En mayo de 1915,

Véase P. 259.

Las repercusiones políticas de la campaña de 1915

cuando el Parlamento, bajo la presión de un movimiento de opinión, había votado la intervención, se había resignado a sufrir los acontecimientos sin haber aprobado realmente la política del ministerio Salandra. El 7 de mayo, con ocasión de la manifestación de la «tarjetas de visita», 320 de los 508 diputados habían expresado su simpatía a G. Giolitti, el jefe de los «neutralistas»; el 20 de mayo, sólo 73 votos rechazaron el voto de confianza al gobierno. El 22 de mayo, Salandra había conseguido sin dificultad la aprobación de una ley que le concedía el derecho de tomar, por decreto, todas las medidas necesarias para la defensa nacional y el mantenimiento del orden. La evolución había sido demasiado rápida para ser del todo sincera. En realidad, los liberales partidarios de Giolitti no son más que «reenganchados» cuya convicción es dudosa. En un discurso pronunciado en Cuneo el 5 de junio de 1915, su jefe Pellace, sin duda, un llamamiento a la concordia y expresa «su firme propósito de vencer»; pero, está «ausente» cuando la Cámara renueva su confianza en el gobierno, en diciembre. En cuanto a los socialistas, siguen votando contra

el gobierno, pero no aconsejan a sus seguidores rechazar una participación en el esfuerzo de la guerra. «Ni adhesión ni sabotaje», dice el secretario general del partido. Las organizaciones católicas ofrecen su colaboración en este esfuerzo, aunque el Papa haya declarado en el mo-

mento mismo de la entrada en guerra: «La situación es espantosa».

El poder ejecutivo en Italia dispone de una autoridad mucho más am-

plia que en Francia; pero dudan en utilizarla porque su mayoría parlamentaria no es sólida.

II. RUSIA 4

En el momento en que se declaró la guerra, el gobierno ruso había proclamado la unión sagrada; no la había practicado.

Cuando se produjeron las derrotas rusas en Galitzia, el descontento en los medios de la Duma y en los de la burguesía se había expresado con violencia. La administración de la Guerra se criticaba abiertamente;

Véase P. 266. Obras de consulta.- Además de *L'Histoire de Russie*, de Milioukov, Seignobos y Ejsenmann (cit. p. 90), y la obra de Noldé (cit. p. 99), cabe consultarse sobre todo Rod, *Le régime de Raspoutine. Mémoires, 1909-1917* (París, 1927, in-S°), y entre los estudios A'

von Hedenström, *Geschichte Russlands von 1878 bis 1918* (Berlín, 1922, m-S°); p. Gronsky y N. Astrov, *The war and the Russian government* (Londres 1929, in-8°); M. Florinsky *The end of the Russian Empire* (New York, 1931, in-81)--- Las publicaciones de docunlc'-

datos importantes sobre muchos puntos que hace el gobierno de la U. R. S. S. aportan Véase sobre todo Padénié tsarskogo regima (Leningrado, 1924, in-S°), del que ha aparecido una traducción francesa abreviada con el título de *La chute du régime tsariste* (parís, 1927, in-8°), *Bourgeoisie nakanouné fevraiskaia revolutoutsii* (Moscú, 1927, in-S°) y *Ignos*

de cuyos fragmentos importantes, han sido traducidos en la *Revue Xhistoire* de la guerre mo., dialé, año 1929, pp. 237~246.

5 Véanse pp. 251-252.

282 -

Rusia

,1 m-srno generalísimo no tenía reparo en denunciar, en conversaciones

1

la para satisfacer particulares, la falta de los servicios de la retaguardia para hacer las necesidades del ejército en material y en municiones; el ministro de la Guerra, el general Soukhomlinov, estaba rodeado de gente tarada o sospechosa; se decía que el director de los servicios de artillería, el gran duque Sergio, reservaba los pedidos para los industriales que entregaban sobornos a su amante, la bailarina Kressinskaia. En las oficinas ministeriales reinaba una «suave anarquía». Los asuntos urgentes no recibían solución. ¿Era posible suplir esta carencia del gobierno con otras iniciativas?

En la primavera de 1915, la «Unión de las ciudades» y la «Unión de los productores» ofrecen su colaboración al gobierno; forman un comité común en Moscú para servir de intermediario entre la administración y los productores, y organizar la fabricación del material. Al mismo tiempo, se constituye un «Comité comercial e industrial» en Petrogrado para dirigir las fabricaciones de material y para repartir los pedidos del Estado entre las fábricas. El gobierno desconfía. Sabe que los miembros liberales de la Duma, Gutchkov, Mililikov patrocinan estas iniciativas. Teme que estos comités, con el pretexto de prestar una ayuda eficaz a la administración, sustituyan su acción a la de los servicios ministeriales y que, conscientes de su fuerza, pretendan pronto imponer su forma de ver. Por eso, cuando se reúne el 8 de junio de 1915 en Petrogrado un congreso de representantes del comercio y de la industria, la policía ordena su disolución. Para tratar de inutilizar los comités, el gobierno decide crear un consejo especial que se encargue del abastecimiento del ejército; en este consejo, se incorporan junto a funcionarios, miembros de la Duma y representantes del comercio y de la industria. Soukhomlinov abandona el ministerio de la Guerra. En julio, el gobierno se resigna a convocar a la Duma; acepta la colaboración de la asamblea en la administración de guerra: la ley del 17 de agosto de 1915 organiza nuevos consejos para dirigir el reparto de las materias primas y la fabricaciones de material. Estos consejos, en los que los delegados de la Duma son mayoritarios, controlan los departamentos ministeriales y les dan órdenes. Al gobierno no le disgusta, desde luego, dejar una parte de responsabilidad a la representación nacional, ahora que los asuntos van mal.

La Duma acepta, pero con la condición de que los hombres del gobierno tengan su confianza. El 4 de setiembre de 1915, los miembros

del Partido constitucional- demócrata (el partido «K.D.»), los progresistas, los obreristas⁵ apoyados por el centro y por algunos nacionalistas disidentes, forman un «bloque progresista», que reúne a las dos terceras partes de los diputados; el programa del «bloque» incluye la amnistía para 101 crímenes o delitos políticos y la formación de un ministerio compuesto por miembros del Parlamento. ¿Aceptarán esta colaboración? ¿Se apoyará en este gran partido liberal? ¿Buscará el medio de con-

P. 252.

283

Las repercusiones políticas de la campaña de 1915

a la victoria en un acuerdo con la representación nadicir la guerra hast 1 1 1 cional? El zar se niega a ello. El 11 de setiembre, concede al presidente del consejo Gorerriykine la prorrogación del Parlamento. Los diputados se separan, aunque algunos hayan pensado en resistir y en proclamar a

la Duma asamblea constituyente. Pero en el país aparecen protestas. En Moscú, en Petrogrado, los socialistas intentan un movimiento de huelga general, que no resiste a las medidas enérgicas del ministro del Interior. El congreso de los zemtvos declara que la unión nacional peligra si S. mantiene la prorrogación de la Duma. El congreso de la Unión de las ciudades vota una moción para pedir al zar que adopte una nueva orien-

tación política: «hay que llamar al gobierno a gente que goce de la con-

fianza del pueblo» El emperador se niega a recibir a las delegaciones de estos congresos. Mientras los intelectuales y la burguesía miran hacia la Duma, en la que han depositado sus esperanzas, Nicolás 11 se aparta. Entre la corte y la nación, la distancia aumenta.

III. LAS POTENCIAS CENTRALES 1

En 1915, la situación política interior de Alemania es muy diferente

de la de Au stri a- Hungría. En la primera, está el Reichstag; el gobierno permanece pues en contacto con los representantes de la nación y, aunque no existe el régimen parlamentario, ha de tener en cuenta sus tendencias. En la segunda, los gobiernos sólo cuentan con métodos de au-

toridad para mantener la cohesión del Estado y dominar a las minorías nacionales.

En Alemania, a lo largo de 1915, empieza a aparecer una oposición. Las tendencias del partido socialista, tanto en política exterior como en

política interior, se separan de las de la mayoría.

.1dy, Th, War

obras de consulta.- Sobre Alemania en general, A. Mendelssohn Barth and the German society (New Haven, 1937, in-8')- Sobre la política alemana A. Roserl-

blik (Berlín, 1928, m-8-); V. Brecht, Der Reichstag berg, Die Entstehung der deutschen Repu gauschusses der vergassunggebenden deutschen im Weltkrjege, en Das Werk der Untersuchun je, t. VIII (Berlín, 1928, in-8'); Nationalversaninilung und des deutschen Reichstags, 4' ser @) según 101 L. Bergsträsser, Die preussische Wahlrechtsfrage im Kriege (Berlín, 1929, in-8 , archivos del ministerio prusiano del Interior; véase también los testimonio dp Ph. S,heidemano, Der Zusanimenbruch (Berlín, 1921, in-81), y del mismo, Memoiren eines Sozialdemokraten (Dresde, 1928, 2 vol., in-8'), por último la obra de J. A. Berlau, The gerynal,so' cial dernocratic party, 1914-1921 (New York, 1949, in-8')- Sobre la política de Austria Y de Hungría, B. Atierbach, LAutriche-Hongrie pendant la guerre (París, 1915, i_8.); J. G,

lantai, Magyarosszag az elsó vilaghavbornban, 1914-1918 [Hungría en la primera, guer.r" ,Kriemundial] (Budapest, 1964, in-8'); J. Redlich, (Esterreichs Regicrung und VerwaltunY un 1953, ge (Viena, 1925, in-So), y del mismo, Schicksalsjahre (Esterreichs, 1908-1.919 (Graz, ;4' 2 vol., in-8'), diario publicado por F. Fellner. Véase también el testimonio de Ben@s, So de venirs de guerre et de révolucion (París, 1925, 2 vol., in-8'), las Lettres de guerre del 10n

Tisza (París, 1931, in-12), y sobre la cuestión checa, el estudio biográfico de, J. soukInk' Karel Kramar, 1914-1918 (Praga, 1930, in-8'). La obra de A@. May, The Passing OPh1 H'4p1-

burg Monarchy, 1914-1918 (Filadelfia, 1966, 2 vol., in-S'), es importante.

284

Las potencias centrales

En la opinión pública, se plantean abiertamente las cuestión de los «Objetivos de guerra». Las victorias conseguidas en el frente oriental alientan todas las esperanzas de los «anexionistas». Alemania, tras haber acabado con sus adversarios, deberá ampliar mucho su territorio, asegurarse la hegemonía en Europa. El famoso «manifiesto de las grandes asociaciones alemanas» (10 de marzo de 1915), la petición de los «profesores, diplomáticos y altos funcionarios» (20 de junio de 1915) expresan con gran fuerza estas tendencias. Para mejorar las @<condiciones de existencia del imperio

alemán dentro de Europa», es preciso, dicen, mantener el dominio sobre Bélgica, poseer el litoral francés del Paso de Calais, que proporciona una salida al Atlántico, adquirir «la línea del Mosa», para abarcar a la vez la cuenca del Brie; también hay que conseguir «un territorio de colonización agrícola en el este», que garantice la independencia económica del imperio y que asborba el excedente de población; la anexión, al menos parcial, de las provincias bálticas, «vieja tierra cultivada por los alemanes desde hace setecientos años» y «de los territorios que las limitan al sur», es pues necesaria. Esto no sería una «política de conquista», declara el manifiesto de las grandes asociaciones, sería la «simple condición de una paz duradera».

Mientras que los partidos «burgueses» no dejan escapar la oportunidad para afirmar que la victoria deberá proporcionar a Alemania satisfacciones que respondan a sus sacrificios, garantías que pueden asegurar el «libre desarrollo» de sus fuerzas, los socialistas, en sus declaraciones oficiales, rechazan todo programa anexionista. En realidad, la mayoría aceptaría de buen grado una extensión del territorio alemán hacia el este, donde la anexión podría pasar por una «liberación» de los polacos y de los bálticos; pero se pronuncia contra la idea de conservar el territorio belga.

El canciller, para evitar dificultades, anda con rodeos. Piensa que el programa anexionista no responde a las posibilidades y que esta «exaltación popular» puede ser peligrosa. Pero, aunque no fomenta el movimiento anexionista y aunque prohíbe, incluso la publicación en la prensa, del manifiesto de las grandes asociaciones, no se atreve a condenarlo: en una sesión pública del Reichstag, afirma que Alemania, después de la

1 victoria, deberá ser «más grande y más fuerte». Sin embargo, en sus conversaciones con los líderes socialistas, se declara hostil a la anexión de Bélgica, aunque, por otra parte, esté decidido a apoyar el movimiento federal. Los socialistas se conforman con esto; siguen votando los créditos de guerra. Pero, fuera del grupo parlamentario, se critica esta actitud en Bremen, Leipzig, Hamburgo, los comités socialistas acusan a los socialistas de traicionar al proletariado. El 9 de diciembre de 1915, cuando Bethmann-Hollweg declara en el Reichstag que la paz futura no podrá ser un simple retorno al statu quo ante y que deberá suponer «amplias garantías» para el imperio alemán, unos veinte diputados siguen a Liebknecht en su gesto de protesta. Así se observa, incluso antes que en Frattjeja, la formación de un grupo socialista «minoritario». Estos «inde-

Las repercusiones políticas de la campaña de 1915 pendientes» -es el nombre que se dan- ti enen una doctrina sencilla y clara; admiten la guerra defensiva pero no la guerra de conquistas; hacen propaganda a favor de una paz de compromiso; se niegan a votar los créditos de guerra, pero no piensan aun en dar una forma revolucionaria a su acción. Al contrario, la mayoría del partido socialista, con Scheidemann, sigue apoyando al gobierno, aunque no comparta las ideas de 1, mayoría, en cuanto a los «objetivos de guerra».

Los socialistas «mayoritarios» esperan sacar una ventaja en política in-

terior de esta colaboración con el gobierno del Imperio. Piden la reforma del sistema electoral prusiano 8: la igualdad ante el sacrificio implica, dicen ellos, la igualdad del derecho de sufragio. Bethmann-Hollweg lo

comprende: para mantener la unión nacional, está dispuesto a dar una satisfacción de principio, aunque la aplicación de la reforma se Posponga al final de la guerra. En 1915, manda a los servicios del ministerio del

interior prusiano que inicien unos estudios. El 13 de enero de 1916, con

ocasión de la nueva sesión de la Cámara, introduce en el discurso del tro-

no una alusión a la «educación» necesaria de las bases adoptadas <,para la representación del pueblo en los cuerpos legislativos»: bien poco es.

Bethmann no se atreve a adoptar una actitud más clara, por miedo a provocar las protestas de los conservadores; permanece en el equívoco; al menos, espera que los partidos de la izquierda aprecien su buena voluntad personal: es preciso mantener la social- democracia «atada al mástil», declara en el consejo de ministros prusianos.

Esta actitud oportunista permite al canciller evitar una ruptura entre

los socialistas y sus adversarios, y mantener las apariencias de la unión nacional.

En la Doble monarquía, Austria y Hungría, amenazadas por un mismo peligro -la protesta de las minorías nacionales-, siguen caminos distintos.

Austria ha vivido bajo el «sistema Stürgkh», régimen de opresión y

de silencio. Este té imen se mantiene íntegramente durante los dos pri-

9, meros años de la guerra. En 1915, el Parlamento no celebra ninguna reunión. Aparentemente, el sistema Stürgkh da resultados: el orden público se mantiene. Las minorías nacionales no tratan de manifestar pública-

mente Su oPosición, ni reclamar la reforma de su estatuto político. Delde luego, el gobierno no ignora que, bajo esta tranquilidad superficial, se desarrolla una agitación oculta. Existe un peligro latente, pero no Parece inminente en 1915. Los yugoslavos han sufrido iina gran decepcióri a causa de las promesas que la Entente ha hecho a Italia y combaten ahora en el frente italiano con un ardor que nunca habían manifestado en el frente ruso. En Praga, donde el líder checo Kramarsch es detenido el'

mayo de 1915 e inculpado por alta traición, la población no reacciO".Y los elementos activos del movimiento nacional parecen tener conclenc',

1 Véase p. 83.

Las potencias centrales

de su impotencia. La administración austríaca ha conseguido cumplir su cometido.

Hungría lleva su propia vida política. El presidente del consejo Etienne Tisza es magiar ante todo: desprecia a los alemanes de Austria, condena sus vacilaciones y su debilidad; sigue siendo profundamente hostil a las minorías nacionales. En el Parlamento de Budapest, la vida política está dominada por cuestiones de personas, por la actitud de los jefes de partido con respecto de Tisza. En la primavera de 1915, los rivales del presidente del consejo, el conde Appony¹ y el conde Andrassy, quieren imponerle la formación de un gobierno de unión nacional magiar. Tisza acepta la idea de un ministerio de coalición, con la condición de que él sea el jefe. La oposición no acepta. La autoridad del presidente del consejo no se resiente por ello.

Para todos los beligerantes, los ánimos permanecen firmes a finales de 1915. Las dificultades de las potencias centrales están atenuadas por la victoria. En Francia, Gran Bretaña, e incluso en Italia, a pesar de las advertencias, no se manifiesta todavía ninguna oposición importante. El rey de los belgas entra en contacto con el gobierno alemán por medio de su cuñado, el conde Toerring, a principios de 1916, pero declara que no firmará «acuerdos que no respeten la plena y entera soberanía de Bélgica, y que incluyan una ingerencia en la administración interior del país o cualquier índice de sumisión». Por esto aborta la negociación. Sólo el gobierno ruso, cuyos ejércitos han sufrido graves derrotas, atraviesa una crisis; pero los jefes de la oposición son también los más fervientes apóstoles del ideal nacional: quieren dar un impulso más vigoroso, una mayor eficacia al esfuerzo del país.

286

287

CAPÍTULO VII

LA GUERRA DE DESGASTE'

Después de los grandes éxitos que han logrado los ejércitos austro-alemanes durante la campaña de 1915, ¿pueden conseguir más ventajas? Reanudar las operaciones contra Rusia en la primavera de 1916, sería como arar en el mar: el ejército ruso podría ser rechazado una vez más sin que la ofensiva diera un resultado más decisivo que anteriormente; a

medida que se adentraran en el territorio ruso, los ejércitos austro-alemanes se encontrarían como mayores dificultades para su suministro en

viveres y municiones. Hubiera sido posible, sin embargo, acabar la obra que se inició con la ofensiva de octubre de 1915, en los Balcanes, y hacer un esfuerzo para empujar hacia el mar al cuerpo expedicionario aliado de Salónica. Falkenhayn renunció a la ejecución de este plan cuando las circunstancias eran favorables. Ahora, el ejército del general Sarrail ha re-

cibido refuerzos y ha dispuesto de suficiente tiempo para consolidar sus

posiciones. Paso el momento. Las potencias centrales deben pues volver a llevar sus esfuerzos al «teatro occidental». Pero, para conseguir un re-

sultado decisivo, habría que romper el frente enemigo. ¿Es esto posible? Los métodos que han tenido éxito contra los rusos no valen contra unas posiciones sólidas, unas tropas con una fuerte artillería, unos frentes en los que la organización de los transportes permite desplazar rápidamente las reservas. A falta de poder resolver el problema de la «ruptura», es preciso adoptar otra táctica: el ataque repetido, que se prolongará durante semanas, que desgastará poco a poco las fuerzas del adversario NI acabará

con sus nervios.

Por la misma razón, los ejércitos de la Entente están condenados a la

misma forma de guerra. Los estados mayores no han renunciado totalmente a la esperanza de la ruptura, pero, al igual que los alemanes, carecen de medios para realizarla. La ofensiva que preparan, la conciben como una «batalla de material» en la que, gracias al uso masivo de la ar-

tillería, el ataque podrá hacer progresos lentos pero metódicos@ supriffliir

' Obras generales de consulta- Las historias generales de la guerra, citada, el,

pp. 189-190.

288

Los recursos militares

uno a uno los centros de resistencia de la posición enemiga, hasta que el debilitamiento del adversario permita explotar los éxitos parciales. En ambos campos, la campaña de 1916, se inicia bajo el signo de la «guerra de desgaste».

¿En qué condiciones se encuentran los dos grupos de beligerantes para afrontar esta nueva campaña? ¿Qué capacidad de resistencia ofrecen desde el punto de vista militar, económico y diplomático? ¿Cuál de ellos amenaza con cansarse más rápidamente de la guerra de desgaste?

I. LOS RECURSOS MILITARES'

Las nuevas perspectivas obligan a que todos los beligerantes hagan otro esfuerzo para incrementar sus recursos en hombres y en material.

La Entente se lo puede permitir. Es cierto que Francia ya ha movilizado, proporcionalmente a su población, a más hombres que todos los demás Estados, armados o adversarios. Para recuperar combatientes, se ve obligada a someter a nuevos reconocimientos médicos a los exentos de servicio y a los declarados inútiles y, por consiguiente, tiene que llamar a filas a hombres cuya condición física es mediocre; toma medidas para que algunos no-combatientes pasen al servicio armado. Esto no es gran cosa. Sin embargo, permite

mantener en línea a 97 divisiones de infantería activa y a 37 divisiones territoriales. Pero el mando sabe que no podrá seguir conservando durante mucho tiempo estas tropas y tiene que prever la disolución de algunas grandes unidades para 1916. En cambio, Gran Bretaña, Rusia e Italia siguen disponiendo de reservas de hombres.

A pesar de las enormes pérdidas sufridas por el ejército ruso durante la campaña de 1915, no le resulta difícil al mando llenar los huecos. Desde noviembre de 1915, el número de soldados del ejército en campaña ha vuelto a alcanzar el de antes de las grandes batallas; durante el invierno, gracias a un gran esfuerzo de organización, se incrementa en un millón de hombres. Pero estos nuevos soldados carecen de instrucción técnica. En Italia, el alto estado mayor también puede aumentar el número de soldados: a lo largo de 1916, forma trece nuevas divisiones, entre las cuales tres se destinan a la ocupación de Albania.

Las condiciones en las que se encuentra el ejército británico son muy distintas. En el otoño de 1915 dispone de 35 divisiones en campaña; en la primavera de 1916, va a tener 170. El país también puede proporcionar hombres al ejército; pero para esto, el gobierno tiene que convencer al Parlamento. La oleada de alistamientos voluntarios -1.888.000 hombres

véase P. 277

3 Ob el tema del reclutamiento y las de c., sulta - Véase la bibliografía de la p - 235.- Sobre el reclutamiento en Gran Bretaña, véase el excelente estudio crítico de F. Debyser, «Le gouvernement britannique et la question du service militaire obligatoire, 1914-1916», en la Revue britannique.

de la revista de la guerra mundial, año 1929, pp. 289-317.

La guerra de desgaste en trece meses-, que había bastado para formar el «nuevo ejército» de Kitchener en 1915, se ha agotado prácticamente. Para asegurar el envío

de refuerzos a las tropas en campaña -Y constituir divisiones de complemento, es preciso imponer el servicio militar obligatorio. El estado mayor lo reclama, pero los medios políticos vacilan. El reclutamiento es con-

trario a todas las tradiciones del país y, más aún, a los principios del partido liberal, cuyos jefes encabezan el gobierno. El primer ministro se da

cuenta, desde luego, de que las circunstancias lo van a obligar a tomar

medidas de coacción, pero no se atreve a proponerlas de golpe: sabe que se encontrará con una oposición por parte de los miembros liberales de su gabinete; duda en abandonar la doctrina de su partido y en encararse

al dogma de la libertad individual. Frente al obstáculo, maniobra. Durante dos meses, organiza una campaña de propaganda que, bajo el pretexto de conseguir nuevos alistamientos voluntarios, está destinada so-

bre todo a mostrar al Parlamento la necesidad de emplear otros meto-

dos. Esta campaña logra algunos resultados en un primer momento: en

noviembre, se presentan 50.000 voluntarios. Pero a finales del año, el nú-

mero de alistamientos cesa de repente. Entonces, por etapas, el gobierno hace votar el principio del servicio militar obligatorio, primero para los solteros y los viudos sin hijos (enero de 1916), después para los hombres

casados. La ley prevé, no obstante, numerosos casos de exención. Pero

esta táctica de temporización no ha bastado para desarmar a la opo-

sición. Por muy imperfecta que sea y aún estando atenuada por las limi-

11 b-r- de añadir en la aplicación de

e e taciones que el gobierno se cree en

la ley, la reforma va a suministrar al ejército, al menos durante ese período

me) año, todos los soldados necesarios.

Los recursos en material y en municiones están en pleno desarrollo. Gracias al esfuerzo de la industria, gracias también a las compras que pueden hacer a Estados Unidos, los ejércitos franceses e ingleses disponen ahora de medios importantes. En Francia, la dotación en artillería ligera

ha vuelto a ser la normal, y al mando decide constituir 170 baterías nue-

vas; durante 1915, el material de grueso calibre ha pasado de 740 piezas a más de 2.000; la fabricación de obuses de 75 alcanza las 116.000 piezas

al día, frente a las 4.000 del año anterior. En el ejército británico, el nú-

mero de baterías pesadas incrementa en un año de 36 a 77; durante los seis primeros meses de 19-16, el progreso será aún más rápido; 191 baterías estarán en línea el 1 de julio de 1916.

Pero Francia y Gran Bretaña tienen mucho trabajo para dotar a sus

aliados con unos medios comparables a los suyos. Hay que proporcionar municiones y ametralladoras al ejército italiano; hay que reconstituir completamente el material de las tropas serbias que abandonaron la P1"-

totalidad de su artillería durante su retirada a través de las montañas albanesas. La situación del ejército ruso es particularmente preocupante: después de las derrotas de 1915, ya no posee más que 600 cañones Pe-

sados y carece de fusiles; como le es imposible armar a sus hombres, R`

1 --mal de sus unidades. Tiene ocho

sia no puede mantener e número n

- 290 -

Los recursos militares

ametralladoras por regimiento, cuando cada batallón necesitaría ocho, en municiones de artillería, dispone de los mismos recursos que en el otoño de 1914, mientras que el consumo se ha cuatriplicado en cualquier otro

1 e la iniciativa privada, no sitio. La industria, a pesar de los esfuerzos d está en condiciones de subsanar las pérdidas: fabrica 100.000 fusiles al me., 120 millones de cartuchos, cuando se necesitaría el doble. El mando ruso espera armas y municiones de Francia y de Inglaterra. Pero el problema de los transportes es decisivo. ¿Por qué vías puede recibir Rusia este material? La vía de Arán'el y Murmansk es la principal pero no se puede utilizar en invierno. Para facilitar el transporte del material descargado por los barcos aliados en la costa de Murmansk, el gobierno ruso manda construir una nueva vía férrea.

En lo que se refiere al problema de efectivos, la situación de las po-

1 1 tencias centrales es difícil. Desde luego, Bulgaria y Turquía no han agotado sus recursos en hombres; Austria-Hungría también puede aumentar su esfuerzo; pero Alemania, cuyos ejércitos siempre están en la brecha, empieza a encontrarse con serias dificultades. Los refuerzos que requiere el ejército alcanzan los 60.000 hombres al mes, en período de calma, y los 200.000 hombres durante las grandes operaciones. Aunque se toman medidas muy estrictas para acelerar la vuelta al frente de los heridos que se han restablecido, es preciso encontrar nuevos soldados «recuperando» a los que se benefician de una prórroga y a los que han sido declarados inútiles. Pero el ejército hace la competencia a la industria de guerra que reclama mano de obra sin cesar: en la primavera de 1916, hay casi 1.200.000 hombres que se benefician de una prórroga y 730.000 de ellos pertenecen al servicio armado. Alemania es la que debe suministrar a sus aliados una parte de su material de guerra. Austria-Hungría no es la más exigente: necesita carbón, municiones, aparatos de aviación; pero ofrece una contrapartida bajo la forma de entregas de madera. Turquía y Bulgaria causan más problemas. El ejército turco recibe de Alemania la práctica totalidad de su armamento. Y todo el material de sus ferrocarriles de campaña; a estos envíos estrictamente militares, hay que añadir también unas 8.000 toneladas de carbón cada mes para las necesidades de la flota y de la población civil: todo esto se sustrae a las existencias que necesitan las fábricas alemanas. El ejército búlgaro, según los términos de la convención de alianza, cuenta con la industria alemana para seguir como está; en tres años, recibe más, de 200.000 fusiles, 2.000 ametralladoras, siete millones de obuses, 'In contar el material de ferrocarriles, los cientos de miles de uniformes Y las indispensables entregas de carbón: 24.000 toneladas al mes.

Pero, a pesar de la importante carga que suponen estos suministros Para la produce; @n, las necesidades del ejército alemán pueden ser satisfechas. En la primavera de 1916, la industria produce cada mes más de 500 Piezas de artillería ligera y 600 aviones y empieza a entregar las nuevas ,

Piezas de artillería pesada. La fabricación de la pólvora no alcanza aún el nivel deseado por el alto mando, pero supera las 5.000 toneladas

- 291 -

La guerra de desgaste

al mes, es decir, cinco veces más que en octubre de 1914. Alemania sólo experimentará la necesidad de renovar su esfuerzo después de las grandes batallas en material de 1916.

Desde el punto de vista de los recursos militares, la guerra de desgaste supone un peligro mayor para las potencias centrales que para sus adversarios. En caso de querer debilitarlos, ¿no se arriesgan ellas mismas mucho más, puesto que no cuentan con las mismas reservas?

II. EL ARMA ECONÓMICA.- EL BLOQUEO Y LA LIBERTAD DE LOS MARES'

La guerra de desgaste presenta más riesgos todavía para las potencias centrales. Sufren más dificultades económicas que sus adversarios. A me-

didada que se prolonga el conflicto, la crisis del avituallamiento, que se experimenta en todas partes, da al bloqueo un carácter de gravedad que no

tenía al principio del conflicto.

Para las potencias de la Entente, el abastecimiento de la población ci-

vil sólo plantea problemas de organización y financieros. La compra a

los países neutrales, sobre todo a Estados Unidos, de las materias primas y de los productos alimenticios, el transporte por mar, el reparto de es-

tas importaciones de la manera más ventajosa para todos, dependen de una buena administración mientras exista libertad de navegación. La financiación de estas compras y de estos transportes es un asunto más delicado, pero los Aliados pueden emprenderlo en común: la Tesorería británica concede créditos a Francia y a Rusia. Además, los bancos ameri-

canos, sobre todo el banco Morgan, otorgan unos préstamos cuyo im-

porte sirve para pagar los pedidos que entrega la industria americana a

los aliados. A la solidaridad que une a los Estados aliados, se añade pues la solidaridad de hecho que se establece entre productores americanos, proveedores y acreedores, y sus deudores europeos.

Sin embargo, este recurso perpetuo a la importación, además de corn-

Obras de consulta.- Sobre el bloqueo practicado por las potencias de la Entente, vease las obras citadas en p. 239. añádase, Consett, *The triumph of unarmred forces* (Londres, 1924, in-8'), trad. francesa: *Le triomphe desforces économiques* (París, 1925, in-8'), dura crí-

tica de ciertos métodos ingleses hecha por un testigo- Sobre la guerra submarina. aleniana y las dificultades germano -americanas, añádanse a los documentos y testimonios citados en p. 230, las obras publicadas por los jefes de la marina alemana, sobre todo, Tirpitz, c'

p. 239, y E. von Spiegel, *U-Boot im Fegefeuer. Ein Buch über den U-Boot Krieg, 1914-1918* (Preetz, 1966, in-8); Véase también Ed. Borchard, *Neutrality for the United States* (NC Haven, 1937, in-8'), y A. Morrissey, *The American defence of the neutral rights, 1914-1917* (Oxford, 1939, in-81)--- Sobre los efectos del bloqueo en Alemania y en Austria-Hu'gr'la' Lówerifeld, *Die Regelung der Vólksernáhrung im Kriege* (Viena, 19271 in-81), y Skalwlc1t, *Die deutsche Kriegserndhrungswirtschaft* (Berlín, 1927, in-81); sobre los efectos en l., p.,líses neutros, Lank, *Der Wirtschaftskrieg und die Neutralen, 1914-1918* (Berlín, 1940, Sobre el abastecimiento de los países ocupados, H. Hoover, *An American ePic* (Ch'cago' 1960, 2 vol.).

292

El bloqueo y la libertad de los mares

prometer gravemente el futuro, presenta un Peligro inmediato: el déficit de la balanza comerci al amenaza el equi 11briio de los cambios. La política financiera de los gobiernos agrava la situación: el préstamo no es suficiente para cubrir los gastos de la guerra; a fal ta de poder o de querer aumentar los impuestos, hay que recurrir a la inflación monetaria, que provoca la depreciación del papel moneda y, por consiguiente, el aurnento de los precios. Las

consecuencias económicas del conflicto empiezan anotarse en Francia y Gran Bretaña bajo la forma de crisis de «vida cara». Esta crisis ofrece, en realidad, algunas ventajas inmediatas respecto al interés general, puesto que obliga a que una parte de la población limite su consumo y ahorre alimentos y productos; pero también provoca protestas y sufrimientos que pueden generar dificultades sociales. Los gobiernos tratan pues de limitar el aumento de los precios. El 20 y el 29 de abril de 1916, se toman las primeras medidas de tasación en Francia: el Estado fija un precio máximo para la venta de cereales (excepto el trigo) y de carbón, y a la vez requisita la producción; la ley del 29 de . 1 . t igo. En febrero de 1916, Julio de1916 establece un precio ope para el tri 1 1 1 una enm enda en el Defence of the Realm Act autoriza el suministro al gobierno inglés de toda mercancía útil para la defensa nacional, pagándolo «en base al precio de coste y con un beneficio razonable»@, y se adopta por decreto el sistema de un prec io tope para algunas materias primas.

Rusia, cosa extraña, es el único país entre los grandes Estados de la Entente que sufre una seria crisis de abastecimiento desde otoño de 1915. En este país agrícola, escasean los alimentos, al menos en las ciudades. La movilización ha reducido, sin duda, la mano de obra y ha provocado una disminución de la superficie cultivada; pero además, se ha suprimido prácticamente la exportación de cereales y de ganado desde que Alemamá dejó de comprar y desde que se cerraron las vías marítimas. Por consiguiente, las exigencias deberían ser ampliamente suficientes para las necesidades de la población. Si existe escasez en los grandes centros urbanos,es por falta de organización. Los transportes funcionan mal. Las locomotoras están a menudo fuera de uso, por falta de mantenimiento in los talleres de reparación; en algunas regiones, no hay vagones, mientras que en otras, cientos de trenes están sin utilizar en los apartaderos. La administración de ferrocarriles, que depende a la vez de la autoridad militar, del ministerio de Transportes y del servicio de sanidad, es incapaz de poner fin a este desorden. A veces hay que volver al transporte Por carretera. El gobierno no puede detener el aumento de los precios, a la vez que se ve obligado a recurrir al racionamiento. En las ciudades, la Población empieza a sufrir.

Si la Entente se encuentra a veces en apuros, ¿cuáles no serán las dificUlla&s de Alemania y de Austria- Hungría? Los efectos del bloqueo Son preocupantes en el invierno de 1915-1916. El sistema de restricció-

dmitada desde el comienzo de la guerra, se der,e,, cuya idea había sido' a 1 ,arrolla. A partir del otoño, el gobierno decide que las carnicerías cerrarán dos días ala semana. En la primavera de 1916, establece el raciona-

La guerra de desgaste

miento para el consumo de patatas; medio kilo al día por persona. La ración diaria de harina panificable, que era todavía de 225 gramos por persona en setiembre de 1915, se reduce a 170 gramos en abril de 1916. En Austria-Hungría, la situación es paradójica. Hungría, cuyos recursos agrícolas son importantes, no quiere compartir sus reservas con Austria. El gobierno de Budapest sólo concede cupos muy limitados al gobierno de Viena; por lo tanto, mientras que los países magiares gozan aún de un relativo desahogo, los países austríacos sufren: desde el verano de 1915, el Estado controla el reparto de la harina, de la carne y del azúcar.

Las dificultades serían mucho más graves si los países neutrales, en

particular los países escandinavos, no contribuyeran ampliamente a alimentar a la población durante todo el año de 1915. Las exportaciones de Suecia y de Dinamarca hacia Alemania en 1915 alcanzan casi el triple de la cifra de 1913; las de Noruega aumentan en un 80 %. Las potencias cen-

trales compran en Noruega 161.000 toneladas de pescado en 1915, frente a 78.000 en 1913. La «Central de compras» austro-alemana importa

185.000 toneladas de carne, mientras que ambos Estados sólo compraban 110.000 toneladas en 1913. En Alemania y en Austria-Hungría, no

sólo entran productos de los países neutrales sino también mercancías in-

glesas revendidas por los países neutrales sin que protesten las autoridades británicas. Suecia compra 10.300 toneladas de algodón inglés en 1915 en vez de las 1.940 toneladas de 1913, 469 toneladas de té inglés en vez

de 109. Ni que decir tiene que este excedente atraviesa el Báltico donde la marina aliada no tiene el dominio del mar. El comercio inglés contri-

buye pues indirectamente a que Alemania se libre de la escasez.

Estos hechos -que un autor británico, testigo directo ha denunciado más tarde en una severa requisitoria- los gobiernos de la Entente los conocían en ese momento; sabían perfectamente que el comercio neutral suministraba a las potencias centrales y que los productos ingleses peritaban en territorio enemigo; eran conscientes de que el bloqueo distaba mucho de tener el rigor y la eficacia deseados. Pero los partidarios de

una acción más enérgica tenían oponentes. ¿Cómo se podía impedir que los Estados neutrales desarrollaran sus importaciones en beneficio del enemigo? Puesto que la marina inglesa tenía el control de los océanos, podía ejercer una vigilancia más estricta. Sin embargo, de mostrarse demasiado severa, ¿no era de temer que los gobiernos neutrales se exasperaran?

¿Acaso no habían protestado los Estados Unidos, en un corolunlcado del 21 de octubre de 1915, contra la molestia que el bloqueo ir-

ponía al comercio americano, y acaso no habían declarado que querían hacerse «los campeones de la integridad de los derechos de los países neutrales contra la conducta ilegal de las naciones beligerantes»? @ Suecia, donde algunos medios políticos tenían simpatías por Alemania, podía arml-

nazar con pasarse al enemigo. Dinamarca afirmaba que, si le negaba

vores a su poderoso vecino, corría el riesgo de ser invadida por el ejército alemán. Además, ¿no necesitaban los propios Aliados, Para su illel

- 294 -

El bloqueo y la libertad de los mares

escandinavos? Las fábricas de municiones inglesas, por ejemplo, pedían

ido acético a Suecia. No había que exponerse a perder esta fuente esencial de abastecimiento. Sir Ed. Grey en persona repetía estos argumentos en su discurso del 26 de enero de 1916. En teoría, resultaba más fácil impedir que el comercio inglés contribuyera indirectamente al avituallamiento del enemigo. ¿Por qué no prohibir pura y simplemente que los exportadores comerciaran con los países neutrales vecinos de Alemania? pero el Board of trade se negaba a tomar medidas restrictivas, a decretar, por ejemplo, prohibiciones de exportación. Sólo se quería mantener el valor de la libra esterlina en beneficio de la economía de la coalición, ¿no se debía reducir acaso al mínimo el déficit de la balanza comercial? Puesto que Gran Bretaña poseía recursos superiores a sus necesidades en cualquier producto, era prudente exportar este excedente, incluso si a fin de cuentas el avituallamiento de Alemania iba a beneficiarse de ello. El gobierno británico, banquero de la Entente, antepone las consideraciones financieras a todas las demás.

sin embargo, el alcance de estos argumentos diplomáticos y financieros no era indiscutible ya que, en la primavera de 1916, la política interallada del bloqueo tomó nuevas orientaciones. Bajo la presión de los medios parlamentarios, que critican duramente las debilidades del método vigente, la conferencia económica interaliada del 27 y 28 de marzo de 1916 decide la formación de un comité permanente que recibe la misión de reforzar el bloqueo. En este comité, Lord Robert Cecil

representa a Gran Bretaña y Dellys Cochín a Francia. Este comité va a fijar las bases de una política más rigurosa. Puesto que no se puede tratar con brusquedad a los países neutrales, los Aliados intentan conseguir los resultados deseados por medio de negociaciones amistosas. Estas negociaciones se basan en el doble principio de la «consignación» y de la «contingentación». De ahora en adelante, los países neutrales no podrán recibir un volumen de importaciones superior al que se recibían antes de la guerra; las mercancías importadas, al menos las que procedan de los países de la Entente, quedarán consignadas en una sociedad de control que se encargará de impedir la reexportación hacia Alemania. Se firman acuerdos con Suiza, donde la «Sociedad de control» está bien organizada y donde «la contingentación» se aplica a todos los productos esenciales; el acuerdo da buenos resultados. En Holanda, el acuerdo firmado con el N.O.T. (Netherland's oversea trust) es insuficiente, porque la lista de los artículos «afectados por la contingentación» es incompleta. En Dinamarca, donde los Aliados tratan con la asociación de comerciantes de Copenhague, las mallas de la red son más flojas aún. Los comerciantes norue-
90s no han formado trust de importación; pero el gobierno de Christianía acepta decretar prohibiciones de salida para algunos productos im-
'ortados de los países de' la Entente. Sólo Suecia no se presta a este tipo de cr.@ romiso: su gobierno prohíbe la formación de una «sociedad de @,nt@ol que aceptase compromisos con Estados extranjeros; sólo proMete no reexportar los cereales, los lubricantes y el algodón. Los Alia-

La guerra de desgaste x'g'r más, porque necesitan la aceptación de Suecia dos se resignan a no e 1 1 mensajeros que van y vienen entre
los paipara el paso de delegacJlones y ses occidentales Y Rusia. neluso

Ni que decir tiene que esta política de «contingentacion», 1

cuando se aplica rigurosamente, deja a cada país neutral la libertad de disponer de los productos de su propio suelo. Si Suecia vende a
Alemania su hierro, Dinamarca y Holanda su ganado y sus productos agrícola,, Noruega su pescado, ¿según qué principios podrían
protestar los Alládos@ Ahora bien, las potencias centrales siguen consiguiendo algunos re-

cursos por esta vía. La exportación de productos de ganadería y de agricultura danesa hacia Alemania, que alcanzaba 123 .000
toneladas en 1913,

pasa a 274.000 toneladas en 1915. Puesto que los compradores alemanes pagan el mejor precio, el comercio tiene interés en
satisfacerlos, incluso a expensas del consumidor nacional. Se da el caso de que la carne escasea en Copenhague, porque los ganaderos
daneses venden preferentemente su ganado a Alemania. Asimismo, aunque Suecia importa mucho más al-

godón que antes de la guerra, sus telares están parados, porque las exis-

tencias de materias primas pasan a territorio alemán.

A veces, los Aliados pueden remediar este fallo del bloqueo utilizando los medios de presión que las circunstancias ponen a su
disposición. La flota de pesca noruega utiliza el carbón inglés para sus máquinas; los fabricantes de conservas de pescado necesitan el
estaño canadiense para fabricar sus latas: amenazando a los armadores con privarles de carbón y a los industriales con privarles de
estaño, el gobierno británico puede conseguir que los noruegos, en vez de vender su pescado a Alemania, lo vendan a los países de la
Entente. Asimismo, es posible amenazar a Sui-

za, si no respeta sus compromisos, con bloquear el ap rovi sion ani lento

que recibe de ultramar a través de los puertos franceses del Mediterrá~ neo. Pero estos medios no siempre pueden utilizarse. Cuando
resultan ine-

ficaces, el único recurso es el de practicar la «política de corripas», -la que los Aliados adoptaron desde 1915 con respecto a Estados
Unidos, cuando adquirieron las reservas disponibles de algodón, para adelantarse a Alemania. Van a aplicarla ahora en Suecia y a
conseguir las dos quiritas partes de la producción de hierro: es otro tanto que el enemigo no c íen-

prará; la aplican en Suiza y en Holanda para los productos de la agricultura. Pero a veces este sistema encuentra resistencias en los
mismos P` ses de la Entente: cuando el ministerio francés del bloqueo quiere hacer, una compra importante de ganado suizo para
adelantarse a las compras alemanas, el ministerio de Agricultura se opone a ello, en nombre del in-

V en Seterés de los ganaderos franceses. Incluso en tiempo de guerra, me)antes circunstancias, el gobierno no quiere perjudicar a s
roduc-

tores nacionales.

No es de extrañar que, en unas condiciones tan corriplej as, esta Po-

lítica del bloqueo, que afecta a tantos intereses individuales, que da o-

tivo a tanto regateo, sea imperfecta. Pero a pesar de sus fallos, las.nie al

das que se toman a partir de la primavera de 1916 van a traducirse,

- 296 -

El bloqueo y la libertad de los mares

cabo de algunos meses, en resultados mportantes: la canti dad de víveres que ecibían de Alemania y Austria-Hungría de los tres
países escandiriavos va a disminuir en un 50 %. Los Aliados -después de dos años de guerra- saben por fin hacer uso del «arma
económica». Esto representa un gran peligro para las potencias centrales. @Qué réplica pueden presentar Alemania y Austria-
Hungría? En febr,r, de 1915, el almirantazgo alemán pensó encontrar un medio para conseguir que se aflojase el bloqueo sllevando a
cabu una guerra sub- ,n,rina contra los buques mercantes. Esperaba que los países neutrales, Estados Unidos sobre todo, de
scontentos de ver que se obstaculizaban

sus exportaciones y que su marina mercante estaba expuesta a riesgos de torpedeo, se interpondrían entre los beligerantes y sugerirían
un com-

promiso. Durante un tiempo, el gobierno de Washington se prestó a ese

)llego: pidió a Alemania, el 20 de febrero de 1915, que renunciara a co-

locar minas flotantes, a utilizar sus submarinos contra los barcos mer-

cantes, y pidió a Gran Bretaña que dejara pasar los productos alimenticios con destino a la población alemana no-combatiente; pero el gobierno alemán cometió el error de no aceptar íntegramente las condiciones americanas, y la Entente pudo zafarse fácilmente.

Ahora bien, la práctica de la guerra submarina provocó, como era de prever, una grave tensión entre Estados Unidos y Alemania: el 7 de mayo de 1915, el transatlántico inglés Lusitania es torpedeado al sur de las costas irlandesas; de entre 1200 víctimas, 118 eran pasajeros americanos. En Nueva York, la opinión pública manifestó violentamente su indignación. Los embajadores de Estados Unidos en Berlín y en Londres pensaban que, después de este atentado contra la libertad de los países neutrales, se produciría la ruptura germano- americana sin lugar a dudas. «Estaremos en guerra con Alemania dentro de un mes» dijo el coronel House, amigo y agente personal del presidente Wilson. El conde Berristorfi, embajador alemán en Washington, esperaba de un día a otro la ruptura de las relaciones diplomáticas. Si el asunto del Lusitania no tuvo mayor consecuencias, fue únicamente porque el presidente Wilson no lo quiso. A pesar de la presión que ejercía la opinión pública, al menos en los Estados del este, Wilson se limitó a una protesta, severa en cuanto a la forma, pero mitigada por el comentario verbal que mandó dar a las potencias centrales. «Estados Unidos no quiere la guerra», dijo el secretario de Estado Bryan al embajador austro-húngaro; «los comunicados son duros, pero la intención no es tan mala. Es preciso redactarlos para satisfacer a la opinión pública americana, que está muy enojada. El gobierno alemán no debe asustarse pues, pero debe hacer la concesión apropiada Para apartar las perspectivas de conflicto». Ciertamente es que Bryan, pacifista decidido, abandonó poco después sus funciones en el departamento de Estado. Pero Wilson en persona le dijo al embajador alemán que deseaba sobre todo «ganar tiempo». Por lo tanto, Alemania eludió todo

La guerra de desgaste

compromiso: la Wilherrstrasse no contestó al último comunicado americano (21 de julio) en el que Wilson declaraba que otro hecho similar al torpedeo del Lusitania sería considerado «como deliberadamente inamistoso». El presidente de Estados Unidos, cuya «pusilanimidad» era denunciada por la opinión inglesa, procuró que este asunto, tan grave en un primer momento, no tuviera mayores consecuencias.

Pero después de esto, nuevos incidentes van a turbar las relaciones germano-americanas. El 15 de agosto de 1915, el periódico World inicia la publicación de documentos secretos sustraídos al Dr. Albert, agregado financiero de la embajada de Alemania en Washington. Estos documentos demuestran que los agentes diplomáticos austro-alemanes tratan de provocar huelgas en las empresas americanas que suministran material a la Entente. El 1 de setiembre, el servicio de información británico remite al gobierno de Estados Unidos un documento interceptado en posesión de un periodista americano, James Archibald, que está «a sueldo» de las potencias centrales: se trata de una carta en la que el embajador austro-húngaro en Washington, Dumba, indica a su gobierno los medios que piensa emplear para «desorganizar» algunas manufacturas americanas. Estas maniobras irritan al gobierno americano, que pide la revocación de Dumba. En la misma época, el torpedeo del transatlántico Arabic cuesta la vida a tres ciudadanos americanos.

Ante la amenaza de otra crisis, el gobierno alemán debe ceder, el 1 de setiembre de 1915, promete al gobierno americano que los submarinos ya no hundirán los barcos de pasajeros «sin aviso previo y sin que las vidas de los no-combatientes estén protegidas»; lamenta el torpedeo de Arabic y declara que condena al comandante del submarino.

De hecho, esta promesa paraliza la ejecución del programa alemán. ¿Cómo podrían asegurarse los submarinos de que un barco mercante lle-

va o no pasajeros? Primero se les recomienda no torpedear los navíos «que navegan a más de catorce nudos o que tienen más de una chimenea». Después, como esta primera precaución podía ser insuficiente, se ordena, el 18 de setiembre, la interrupción, al menos provisionalmente, de la guerra submarina en las costas occidentales de las Islas Británicas y en la Mancha. Claro es que los submarinos pueden seguir actuando en el Mediterráneo, donde los pasajeros americanos son escasos; pero ya no hacen la guerra al comercio «a expensas de los países neutrales»-

Por consiguiente, la guerra submarina ya no desempeña, de momento, la función que el gobierno alemán le había asignado al principio. El Estado mayor general de la Marina protesta en vano contra este abandono. El emperador decide a favor de Bethmann-Hollweg y de Falkenhayn, que quieren evitar la intervención de Estados Unidos en la guerra»-

La cohesión de las alianzas

III. LA COHESIÓN DE LAS ALIANZAS 1

298

Aunque las potencias centrales se expongan a ver cómo la «guerra de desgaste» agota a la larga sus recursos en hombres y los amenaza con el hambre, en aquel momento piensan que tienen una fuerza de resistencia moral superior a la de sus adversarios.

Entre Alemania y Austria-Hungría, la alianza existe desde hace treinta y cinco años; tiene sus tradiciones; el gobierno del «brillante segundo» está acostumbrado a recibir consejos y a aceptarlos. Que los hom-

1. Los ministros militares, experimentados influyentes de Viena, en particular los t. . nudo alguna irritación ante los modales tajantes de sus colegas alemanes y algún rencor al ver que se les trata como a protegidos, es un hecho sin

1. Los 1. Los 1. Los mayores consecuencias; el mal humor pasadero se disipa rápidamente porque los acontecimientos muestran que Austria-Hungría necesita a Alemania. Además, la persona del viejo emperador Francisco José representa una garantía de buen entendimiento: la fidelidad a la alianza alemana no es una vana palabra para él.

No les resulta difícil a las dos potencias centrales ajustar sus «objetivos de guerra», pues la orientación de sus intereses es diferente. Alemania, desde los primeros días de la lucha, se ha apoderado de Bélgica; Austria-Hungría, incluso antes de declarar la guerra, ha establecido su programa balcánico: quiere aplastar a Serbia. La ocupación de los territorios polacos del imperio ruso es la única cuestión en la que los intereses de los gobiernos alemán y austro-húngaro son contradictorios. Pero la discusión no toma el cariz de una disputa. Los dos socios tratan este asunto como gente de negocios. La divergencia de intereses no puede perjudicar la solidez de su alianza.

«Obras de consulta.- Sobre la cuestión austro-alemana, F. Naumann, Mitteleuropa (Berlín, 1915, in-S'), que expone el programa alemán Gratz el Schüller, Die áussere Wirtschaftspolitik (Esterreich-Ungarns. Mitteleuropaische Pldne (Viena, 1926, in-8'), relato de las negociaciones según los documentos de archivo, G. Theodor, Fr. Naumann. Der Prophet des Profits. Ein biographischer Beitrag zur Geschichte des früherer deutschen Imperialismus (Berlín, 1957 in-S')-Sobre Turquía, B. Shatsky, «La question de la paix séparée avec la Turquie», en la Revue d'histoire de la guerre mondiale, año 1931, pp. 2-27.-Sobre el acuerdo secreto de marzo de 1915, los documentos esenciales están en: Constantinople et les Détroits (Moscú, 1923 in-S'), trad. francesa: Constantinople et les Détroits (París, 1929, in-S'). Los recuerdos de Grey, Twenty five years (cit. en p. 11 S), y los de R. Poincaré Au service de la France, t. VI (cit p. 65), completan esos documentos en puntos importantes. Véanse también los estudios de: J. Kerner, Russia the Straits and Constantinople, en el Journal of modern history, año 15 (1932), pp. 400-415; de M. Florinsky, Russian military leaders and the pro-

Plan of Constantinople during the war, en Political science Quarterly, año 1929, pp. 108-115, y de B. Shatsky, «La question de Constantinople et des Détroits», en la Revue d'histoire de la guerre mondiale año 1926, pp. 289-309, y año 1927, pp. 19-43; de P. Renouvin, «Constantinople et les Détroits», en la Revue de droit international, año 1930, pp. 578-591.-Sobre el teina de 'a Paz separada con Rusia' A. Pierre, «Les tentatives de paix séparée entre l'Allemagne et l'Empire russe 1914-1917», en la Revue d'histoire de la guerre mondiale, año 1930, pp 225-245- Sobre la política exterior de Bélgica, P. Van Zuylen, Les mains libres: politique extérieure de la Belgique, 1914-1940 (Bruselas, 1950, in-S'), y sobre todo, Les Carnets de guerre du roi Albert ^ p. Van Overstraeten (Bruselas, 1953, in-S').

La guerra de desgaste

Parte de la opinión sueña con contemplar y reforzar esta alianza con una unión económica. Puesto que las necesidades de la guerra establecen una solidaridad de hecho entre los dos Estados, puesto que el bloqueo los obliga a proporcionarse un apoyo económico, ¿no es ésta la oportunidad para establecer, de cara al futuro, un lazo sólido que aportaría a los intereses políticos el refuerzo de los intereses materiales? En octubre de 1915, Frederic Naumann ha lanzado su libro *Mitteleuropa*, cuya tirada alcanza 100.000 ejemplares en unos meses. Diputado en el Reichstag desde 1907, Naumann, que pertenece al partido progresista, y por consiguiente a la izquierda burguesa, es una mente brillante, un gran orador, al que se conoce, hasta entonces, por su afición a la filosofía de la historia y a temas religiosos, más que por sus estudios económicos. Su libro es sugerente, original, abre amplias perspectivas, pero sólo trata su-

periféricamente las cuestiones de orden técnico y práctico. Es necesario, dice, que se mantenga y se confirme, en el futuro, la estrecha unión que las circunstancias de guerra han establecido entre Alemania y Austria-Hungría: «Cada uno de ustedes examine el territorio que está situado entre el Vístula y los Vosgos, entre Galitzia y el lago de Constanza. Este país debe formar una unidad, una confederación de Estados, una unión defensiva, un territorio económico. Bajo la presión de la guerra, todo particularismo histórico debe desaparecer para ceder el paso a la idea de uni-

dad». Ahora bien, la solidaridad económica que la guerra ha creado en-

tre los dos aliados prepara esta solución: «Cuando entremos de nuevo en la economía universal, después de la guerra, habremos sido unidos y transformados de forma notable, gracias a la presión que habrán ejercido mientras tanto nuestros enemigos sobre nosotros.»

Esta ventaja no debe desaprovecharse. Alemania y Austria-Hungría tienen que considerar la fundación de un «Estado económico de Europa central»; deben tener una política económica común, establecer una

unión aduanera entre ambos países. Más tarde, cuando los lazos mate-

riales hayan fortalecido el sentimiento de solidaridad, se podrá completar esta organización en el plano político, sin enajenar su soberanía, los dos imperios podrán tener un estatuto militar idéntico, un sistema de-

fensivo común.

Este proyecto de *Mitteleuropa* se enfrenta a numerosos obstáculos, y el mismo Naumann lo reconoce. En Alemania, los medios protestantes se oponen a ello, porque saben que, en una confederación de Europa

central, los católicos serían mayoritarios; algunas agrupaciones económicas, cuyo portavoz es el gran armador Albert Ballin, piensan que la idea es peligrosa; la unión aduanera austro-alemana sería proteccionista y las demás potencias harían uso de represalias; ¿le interesa esto a Alemania «No debemos tratar de encerrar nuestro comercio en el marco de las Potencias centrales; si renunciáramos a hacer comercio mundial después de

la guerra, aunque fuéramos mil veces vencedores, resultaríamos

perdidos.» En Austria y en Hungría, los industriales se muestran hostiles al proyecto, porque temen que la unión aduanera permita a la industria ale-

300

La cohesión de las alianzas

niana que está mejor equipada, hundirlos; las minorías nacionales desconfían, porque ven en este proyecto una forma del imperialismo alemán.

Sin embargo, en 1916 y 1917, los gobiernos alemán y austro-húngaro intentan encontrar las bases técnicas de un acuerdo. Cierto es que, debido a las divergencias de intereses, estas negociaciones son lentas y difíciles; pero el esfuerzo es serio y metódico. En todo caso, el gran éxito del libro de Naumann aporta, en ese momento, un nuevo germen de actividad a la alianza austro-alemana.

La situación de Bulgaria y de Turquía es menos firme dentro de la coalición. En Constantinopla, donde los Jóvenes Turcos tienen el poder, Enver-pacha sigue fiel a la alianza de la que es promotor; pero algunos miembros de su comité no comparten sus convicciones. En Sofía, donde los jefes de la oposición trataron de impedir la entrada en guerra, existe un estado de ánimo preocupante, incluso en los medios militares. Ya que el ejército búlgaro ocupa los territorios que codiciaba, ¿qué interés ten-

dría participar activamente en la guerra? El general Jekov, jefe de estado mayor, no repara en decir que su país debería buscar ahora una oportunidad para poder entrar en contacto con la Entente. En las regiones ocupadas, el mando búlgaro disputa al mando austro-húngaro la posesión de algunas localidades, y el desacuerdo da lugar, en febrero de 1916, a una violenta discusión entre el rey Fernando y el general Conrad von Hötendorff. Pero el gobierno alemán no parece preocuparse por estos síntomas. Para firmar una paz separada con Turquía, sería preciso que Rusia renunciara a resolver la cuestión de los Estrechos: es poco probable que haga este sacrificio. En cuanto a Bulgaria, ¿cómo podría esperar que la Entente le ceda ahora territorios servios? Alemania cuenta con la lógica de los acontecimientos para apartar las intrigas y los descontentos pasajeros.

¿Es sólido el acuerdo entre las potencias de la Entente? El 5 de setiembre de 1914, los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Rusia habían firmado el pacto de Londres, que definía sus compromisos mutuos. La asociación de hecho que unía, desde el 4 de agosto de

1914, Gran Bretaña, Rusia y Francia se había convertido en una alianza: «Los gobiernos británico, francés y ruso se comprometen a no firmar una paz por separado durante la presente guerra; los tres gobiernos acuerdan que, cuando sea conveniente discutir los términos de la paz, ninguna de las Potencias aliadas podrá poner condiciones de paz sin acuerdo previo con cada uno de los demás aliados.» Pero hasta la fecha, no se había hecho ningún esfuerzo para ajustar las políticas nacionales y para fijar de común acuerdo los objetivos de guerra que debían alcanzarse. El asunto de 1915: el gobierno del zar ha planteado la importante cuestión de los Estrechos. @ NI se trata de un simple incidente, de un banal regateo; es el destino n"1111710 de la alianza el que está en juego., La entrada en guerra de Tur~ quía ha dado a Rusia la oportunidad de realizar el sueño que había for-

La guerra de desgaste

lado desde hacía tantos años: la conquista del Bósforo y de los Dardanelos. Pero ¿qué va a decir Gran Bretaña, cuya política oriental, desde hace un siglo, se ha basado en la protección de Constantinopla contra la ambición rusa?

La cuestión se plantea en el momento en que la expedición naval franco-inglesa de los Dardanelos espera forzar el paso. ¿Llegarán las flotas aliadas ante el Cuerno de oro? El gobierno ruso se preocupa. Algunos círculos políticos se preguntan si los franco-ingleses no albergarán la intención de ocupar Constantinopla, para suplantarla a Rusia. No es posible, escribe un diplomático ruso, el príncipe Trubetskoi, dejar que Francia y Gran Bretaña actúen solas en un asunto tan grave. Si la cuestión de los Estrechos debiera ser resuelta un día por potencias occidentales a ex-

pensar de los intereses rusos, ¡qué situación más dolorosa! «Rusia entera

exigiría que se le explicaran las razones por las que se ha vertido su sangre.» El establecimiento de la dominación rusa en los Estrechos es el objetivo hacia el que convergen «todos los problemas exteriores» del imperio. «Si podemos conseguirlo con Francia e Inglaterra contra Alemania, tanto mejor. Si no es posible, más vale conseguirlo con Alemania contra Francia e Inglaterra.» Esta no es más que una opinión personal, pero no es una opinión aislada. Sazonov se inquieta: la opinión general, dice Sazonov a los embajadores de Francia y Gran Bretaña, exige la ocu-

pación de Constantinopla; para nosotros, es un «objetivo de guerra» in-

dispensable. Francia y Gran Bretaña sólo han pronunciado palabras ama-

bles. «Ha llegado la hora de ser más explícito.»

En París y en Londres, se acoge este invite con reserva. Pero Sazonov insiste. En un memorándum del 4 de marzo de 1915, indica por qué la cuestión de Constantinopla y de los Estrechos debe ser «definitivamente resuelta»: sólo se puede satisfacer a Rusia mediante la anexión de territorios turcos, es decir, «la ciudad de Constantinopla, la ribera occi-

dental del Bósforo, del mar de Mármara y de los Dardanelos», la Tracia del sur «hasta la línea Enos-Midia», y «una parte de la ribera asjatlíca.» Francia y Gran Bretaña vacilan ante la amplitud de este programa; pero Sazonov exige una solución inmediata; no puede permitir otra que no sea la entera posesión de los Estrechos y de Constantinopla.» París y Londres se resignan; firmar, para no comprometer las relaciones entre aliados.

El 12 de marzo de 1915, el gabinete inglés, tras haber consultado con los jefes de la oposición, da su contestación: Gran Bretaña «suscribe el memorándum del 4 de marzo», con la condición de que la Entente sea

victoriosa y que los aliados de Rusia reciban, por su parte, las satisfacciones que desean. El gobierno francés intenta dar una forma más precisa a su promesa, en un primer momento, pero el 10 de abril acaba suscribiendo una declaración similar a la británica. Por consiguiente, Rusia ha conseguido «arrancar» el consentimiento de sus aliados; ha lle-

Véanse pp. 258-259.

302

La cohesión de las alianzas

vado a Gran Bretaña a abandonar una de las tradiciones permanentes de su política oriental. La alianza de Rusia y de las potencias occidentales se consolida a este precio.

Pero la diplomacia de las potencias centrales especula sobre las divergencias de intereses que percibe entre sus adversarios. No abandona la esperanza de encontrar un fallo en la coalición enemiga y de establecer las bases de una paz separada.

1 1 En Francia, la diplomacia alemana intenta entablar contactos por el intermediario de un periodista, Ernest Judet, sin lograr trabar relaciones en los círculos parlamentarios. Además las esferas dirigentes alemanas no consideran que se pueda replantear la cuestión de Alsacia-Lorena; esto

basta, por consiguiente, para que su intento sea vano. Italia podía ofrecer un campo de acción más favorable. Cuando decidió la intervención, el gobierno de Roma sólo había declarado la guerra a Austria-Hungría y no a Alemania. La oposición «neutralista» era todavía importante en el Parlamento. Por lo tanto, el diputado Erzberger pensaba que se podía buscar una paz separada con Italia. Pero para dar cuerpo a esta tentativa, era preciso proponer amplias cesiones territoriales al gobierno italiano, y Austria-Hungría se negaba a ello. En un encuentro de pacifistas alemanes e ingleses en La Haya, se había pensado en la perspectiva de una negociación con Inglaterra; pero estos encuentros habían demostrado que, para conmover a la opinión pública en Gran Bretaña, primero había que prometer la desocupación de Bélgica: ahora bien, los medios oficiales alemanes no tenían ninguna intención de hacerlo.

En cambio, la idea de una negociación separada con Rusia tenía muchos partidarios, tanto en Austria-Hungría como en Alemania. La influencia que había tenido Alemania, antes de la guerra, en el imperio ruso, el control que había ejercido sobre una parte de la industria rusa, los vínculos familiares que existían entre la alta nobleza alemana y los círculos de la corte de Rusia, eran otras tantas circunstancias favorables. Desde los primeros meses de la guerra, la actitud del conde Witte, antiguo presidente del consejo, había preocupado a Francia y Gran Bretaña. Witte insistía en que la guerra era «una locura»; que Rusia, incluso si se hacía victoriosa, no podía esperar ningún beneficio de sus éxitos; que la derrota de las potencias centrales provocaría, en Europa central, un movimiento republicano cuyas repercusiones afectarían a la monarquía rusa: sería «el final del zarismo»; más valía pues «acabar lo antes posible con esta estúpida aventura». Esta campaña podía favorecer los propósitos de los imperios centrales. Pero la muerte de Witte había puesto término a estas intrigas. Cierto es que en el verano de 1915, las derrotas sufridas por los ejércitos del gran duque habían despertado, en algunos ámbitos rusos, sentimientos de temor y de admiración por la fuerza alemana. ¿Era conveniente empeñarse en alcanzar una victoria cada vez más dudosa? El embajador de Estados Unidos había observado estas vacilaciones. Alemania había intentado beneficiarse de ellas. En junio de 1915, Falkenhayn había apremiado a Bethmann-Hollweg a hacer un intento de ne-

goc' acción, renunciando por supuesto a reivindicar los países bálticos y ofreciendo establecer un condominio ruso-alemán sobre los Estrechos otomanos. De hecho, en tres ocasiones -por medio de una dama de honor de la zarina, María Vasilchikova, luego del banquero Morikievitch y por último del conde Euleriburgo, gran mariscal de la corte de Guillermo II- la diplomacia alemana había hecho tentativas para que estas sugerencias llegaran al gobierno ruso. El interés tanto de Alemania como de Rusia, decían estos intermediarios, era poner fin a la guerra sin que hubiera vencedor ni vencido. ¿Por qué razón quería «sacar las castañas del fuego» el zarismo en beneficio de Gran Bretaña? ¿Pensaba acaso que el gobierno inglés, «a pesar de todas sus promesas», permitiría que Rusia se instalara en Constantinopla? Si Rusia quería resolver la cuestión de los Estrechos, conseguiría garantías más seguras por medio de un acuerdo con Alemania. ¿No respondería el acercamiento germano-ruso a los sentimientos de amistad que habían unido durante tanto tiempo a Nicolás II y a Guillermo II? El gobierno ruso no había dado ninguna contestación directa a todas estas sugerencias. En un comunicado (11 de agosto de 1915), había declarado que no estudiaría ninguna propuesta de paz, por muy ventajosa que fuera, antes de haber conseguido «una victoria decisiva». La firmeza de Sazonov parecía cerrar la puerta a nuevas tentativas. Pero Sazonov no era eterno. La diplomacia alemana conservaba la esperanza de encontrar, un día, circunstancias más favorables. Contaba con el aumento de las dificultades internas que existían en Rusia desde el verano de 1915; vigilaba las disensiones entre el zar y la Duma. Al ver que el régimen estaba amenazado, ¿no preferirían los círculos de la corte acabar con la aventura de la guerra? Desde luego, el zar permanecía fiel a sus alianzas. Pero, ¿tenía acaso bastante fuerza de carácter para resistir a las llamadas de su entorno?

La esperanza de una paz separada con Rusia es un leit-motiv de la política alemana en la «guerra de desgaste».

304

CAPÍTULO VIII

LAS CAMPAÑAS DE 1916'

Esfuerzo alemán para asestar un golpe decisivo al ejército francés; esfuerzo coherente pero tardío, por parte de los ejércitos de la Entente para imponer al adversario la batalla en todos los frentes: estos son los rasgos esenciales de la «lucha de desgaste» durante la campaña de 1916. Es el año de Verdún y del Somme; pero también es el momento en que el ejército ruso vuelve a la ofensiva y en que la victoria de Brusilov determina la entrada en guerra de un nuevo aliado, Junto a la Entente: Rumanía.

I. LOS PLANES DE CAMPAÑA

2

Durante las semanas del invierno de 1915-1916, los estados mayores preparan la nueva campaña. Por fin, la experiencia ha convencido a los comandantes en Jefe de los ejércitos de la Entente que era necesario establecer una coordinación entre sus ofensivas, para impedir que el ejército alemán desplace sus divisiones de un frente a otro. Del 6 al 8 de diciembre de 1915 se reúne una nueva conferencia militar interaliada en Chantilly. Adopta el principio de una ofensiva simultánea, realizada «con todos los medios posibles» en el frente occidental, el frente italiano y el frente ruso. Pero el ejército italiano necesita varios meses para recibir calones y municiones; los rusos no pueden reconstituir sus fuerzas antes del mes de junio de 1916. Por consiguiente, la conferencia se separa sin haber fijado la fecha de la ofensiva. Tampoco ha determinado cuál podría ser el papel del ejército de Salónica. El único resultado de esta reunión es el que se haya reconocido la importancia primordial de los mar-

Obras generales de consulta.- Las citadas en pp. 189-190.

2 Obras de consulta- El libro del general von Cramon (cit. p. 271) ofrece datos importantes sobre las divergencias de perspectiva entre C. von Hötendorff y Falkenhayn. Véase las 1 re

de decisiones entre estados mayores de la Entente, véanse, además de los compendios

Ocupaciones y los testimonios, el libro de Valentinov, Snochénna s soiozvikarni po Voenny?n "OPrOssorn vo vremia vojny (Moscú, 1920, in-S').

Las campañas de 1916

cos de operaciones europeos. La decisión primera mostrará toda su importancia cuando los ingleses, preocupados por los preparativos turcos contra el Canal de Suez, piensen en obstaculizar esta ofensiva con el desembarco de un cuerpo expedicionario en Alejandreta y traten de convencer a los rusos de su punto de vista: Joffre podrá apoyarse en las resoluciones de Chantilly para desechar el proyecto inglés.

En realidad, a pesar de estas resoluciones, los estados mayores aliados siguen trabajando sin una verdadera conexión. Sólo los franceses y los ingleses hacen un esfuerzo para concertar su acción. Tras varias conferencias, Joffre y Douglas Haig, el nuevo comandante en jefe británico, se ponen de acuerdo, el 18 de febrero de 1916: la gran ofensiva se realizará en el frente del Somme, al norte y al sur del río, a lo largo de 70 kilómetros. ¿En qué momento? «Hacia el 1 de julio», porque las fabricaciones de material sólo darán resultados totales en esa época. La fecha escogida presenta la ventaja de coincidir con la de la ofensiva que preparan los rusos. Sin embargo, considerando el caso de que el ejército alemán volviese a la ofensiva en el frente oriental desde la primavera, Joffre y Haig adelantarían la fecha de su ataque, para ayudar a su aliado. No parecen temer que una ofensiva alemana se les adelante en el frente orien-

tal. El estado mayor ruso crítica esta opinión: «El adversario no esperará a que Joffi---e haya acabado o no su preparación; atacará en cuanto las con-

diciones climáticas y el estado de las carreteras se lo permitan». Alexe'jev es un buen profeta.

Las potencias centrales son conscientes del interés que representa para ellas una vuelta rápida a la ofensiva. Es normal que aprovechen el período en que el ejército ruso es todavía incapaz de actuar, pero las opiniones de los estados mayores son divergentes.

Falkenhayn y Conrad von Hótzendorff no están hechos para enten-

derse: el primero es un hombre de aspecto ágil y deportivo, de temperamento combativo y tono mordaz; el austriaco, pequeño y delicado, «se

iene una mente trariq *la y parece más a un sabio que a un soldado»; ti ul segura, un carácter firme, pero intransigente. Durante la campaña de Servia, los dos hombres tuvieron en varias ocasiones discusiones muy agrias que provocaron la ruptura de sus relaciones personales. Para restablecerlas, Conrad tuvo que resignarse a escribir una carta de disculpa. Falkerihayn ha conseguido una satisfacción en su amor propio; pero no disimula a sus colaboradores que ya no confía en su colega austro-húngaro. Además los intereses son diferentes. Ahora que ha vencido a los rusos, Conrad desea, ante todo, infligir una derrota a Italia: lo desea porq ,u,, desde hace muchos años, sólo experimenta odio y desprecio por los ita-

lianos, porque el cuerpo de oficiales considera una «expedición de ca,ti-

go contra la alianza culpable de defección» como «una cuestión de 110nor» y por último, porque las tropas yugoeslavas del ejército austro-búrigato, cuya lealtad es sospechosa cuando tienen que combatir contra los rusos, avanzarán de buena gana contra el ejército italiano. Falkenhayri se

niega a dar su apoyo para una ofensiva que le parece secundaria. EXP orie

- 306 -

Verdún y Asiago

su propio plan en un al emperador Guillermo (diciembre de 1915): Rusia, tras sus derrotas, ya no es el principal adversario de Alemania; la verdadera fuerza de la coalición adversa es Gran Bretaña. Alemania no puede alcanzarla directamente, pero puede cansarla y amena- ,arla. Amenazarla con la reanudación de guerra submarina, que estorbaría su comercio, obstaculizaría su abastecimiento. Cansarla, obligándola a asumir el peso principal de la lucha, incluso en tierra. Para llegar a esto, primero hay que vencer al ejército francés que constituye «el ins- trumento» de la política inglesa en el continente. Por consiguiente, el e)*ército alemán debe hacer un gran esfuerzo lo antes posible contra la parte del frente occidental ocupada por las tropas francesas. ¿Ofensiva de ruptura@ No; sino batallas de desgaste en las que el mando francés se verá obligado a hacer intervenir poco a poco todas sus reservas. Los dos estados mayores alemán y austro-húngaro siguen sus planes respectivos, sin avisarse siquiera. Conrad prepara la ofensiva de Asiago; Falkenhayn escoge su objetivo: Verdún.

II. LAS OFENSIVAS A USTR O-ALEMANAS: VERD ún Y ASIA GO ‘

El ataque alemán se desencadena el 21 de febrero de 1916 -en el momento en que Joffre y Haig acaban de fijar su plan de canipaña- Desde fñnales de diciembre, Falkenhayn ha expuesto su plan en unas conferencias con el emperador y con el estado mayor del kronprinz, que está al mando del ejército encargado de la ofensiva. Verdún forma, en el frente francés, un saliente que se puede atacar a la vez por el norte, tomando las fortificaciones de la orilla derecha del Mosa; por el este, en Wo@vre;

3 Obras de consulta.- Sobre la batalla de Verdún, las obras más importantes para esludiar el desarrollo general de las operaciones son, desde el punto de vista francés, además de las Mémoires del mariscal Joffre (véase p. 189) el libro del mariscal Pétain, La bataille de Verdun (París, 1930, in-8’), esencial; véase también Paquet, Dans Pattente de la ruée: Verd4n, Janvier-février 1916 (París, 1928, in~80); coronel Bouvard, La gloire de Verdun. Les faits, le cornmandement, le soldat (París, 1938, in-81)--- desde el punto de vista alemán, H. Wendt, Verdun, 1916. Der Angriff Falkenhayns in Maasgebiet mit Richtung auf Verdun

41s strategische Problem (Berlín, 1930, in-So), importante, según los documentos de archivo;
 12 obra en colaboración, Die Tragödie von Verdun (Oidenburg, 1927-1929, 3 vol. in-8'; t- X111, XVI XV de la colección
 «Schlachten des Weltkrieges», y el libro de E. Kabisch, Verdun. Wende des Weltkrieges (Berlín, 1935, in-S'); véase también A. Horne,
 Verdun, le prix de la gloire (París 1964, in-SO), traducido del inglés- Sobre las operaciones italianas, además de la obra 1 Cad.rna
 (véase p. 159; 4 vol. in-S'), L'esercito italiano nella Grande G"e-a, 1915-1918 (Roma, 1926-1933); general Maravigna, Le undici
 offensive sull' Isonzo,
 1915-1917 (Roma 1928, in-16); general Schiaroni, Larmata del Trentino (Milán, 1926, in
 L'-f7en,i,'a austriaca nel Trentino (Roma, 1928, in-S'); C. Pichler Der Krieg ;m Tiena 1924, in-80); Rob. Boncivonga, La campagna
 del 1916 (Roma, 1937, in-8'); Sche,fi'l, Die Kämpfe ;m Cristallogebief (Südtirol; Dolomiten), 1915-1917 (Innsbrück, @957,'n-S'); y
 del mis In-8.). mo Die Kämpfe am Krenzberg in Sexten, 1915-1916 (Innsbrück, 1957,

resistencia nerviosa, su valor se pusieron a más dura prueba. En ningún otro sitio el soldado tuvo que mostrar más tesón y abnegación. En la confusión de los combates, hay que tratar de describir las fases generales de la batalla.

El primer período de la lucha da al mando alemán esperanzas de éxito. El 21 de febrero de 1916, el ataque lanzado en el frente norte de Verdún conquista la posición francesa. El 24, el general Langle de Cary, al mando del grupo de ejércitos del centro, piensa en abandonar la orilla derecha del Mosa; recomienda la evacuación de las posiciones de Woëvre; pero el alto estado mayor interviene y el general Castelnau, delegado por Joffre, ordena resistir: «La defensa del Mosa se hace en la orilla derecha». Al día siguiente, el general Pétain asume el mando del frente de Verdún, en el momento en que los alemanes acaban de tomar la fortificación de Douaumont con un asalto. Al cabo de tres días, el ataque ale-

Las campañas de 1916

mán empieza a flaquear, gracias a una nueva organización de la defensa. El mando alemán lanza otro ataque, esta vez en la orilla izquierda del Mosa, entre Cumieres y Avocourt, donde se hallan la cota 304 Y el Morthomme, claves de la posición francesa. El 6 y el 7 de marzo, dos asaltos no consiguen conquistar la línea principal de resistencia. Entonces, el mando alemán intenta extender el frente de batalla hacia el oeste y ordena un ataque en los confines del Argona; del 20 al 22 de marzo, cree haber triunfado; pero la brecha se llena a tiempo. Gracias a Pétain, a su calma, su lucidez y su energía, gracias al espíritu de sacrificio de las tropas, se rechazan los primeros asaltos alemanes.

Sin embargo, Falkenhayn se muestra satisfecho ahora: según sus previsiones, el ejército francés se entrega totalmente para defender Verdún; las pérdidas de la defensa, improvisada, son más importantes que las de los atacantes. Basta pues con persistir en esta vía. Joffre se mantiene firme; en el primer momento, pensó pedirle a Haig una ofensiva de liberación, pero pronto reacciona. Ha comprendido que el plan alemán se propone «agotar las disponibilidades del ejército francés»; está se-

guro de que sus tropas podrán resistir y que podrán soportar solas el peso de la lucha. Lo importante es no dejarse llevar por intentos prematuros para auxiliar al frente de Verdún, y seguir con la preparación de la ofensiva general prevista para el mes de julio; ésta será la mejor réplica. El 12 y 13 de marzo, la conferencia interaliada aprueba el punto de vista francés.

A partir de entonces, Joffre no quiere dejarse «absorber» por la batalla de Verdún, a la que no quiere dar una «importancia exagerada». Es natural que Pétain, responsable de la defensa y consciente del enorme esfuerzo que sigue realizando su ejército, pida refuerzos. El 23 de abril, Joffre impone su forma de ver y limita las tropas del ejército de Verdún a

24 divisiones. El 1 de mayo, cuando Nivelles asume la dirección de la batalla y Pétain es nombrado al mando del grupo de ejércitos, el alto esta-

do mayor confirma su doctrina: los defensores de Verdún no tienen que contar con las reservas que Joffre tiene destinadas para otros fines. Entre estos dos jefes -uno que es el testigo directo de las dificultades y que sabe lo precaria que es la situación, el otro que considera que la batalla en curso no es más que un «incidente» y que prepara metódicamente 'u

futura ofensiva, mientras que la lucha causa estragos en el Mosa-, el hecho esencial es el desacuerdo y a veces conflicto, en lo que se refiere 2

la concepción general.

La decisión de Joffre, mantenida con firmeza, desbarata el plan alemán. A medida que se prolonga la lucha, Falkenhayn empieza a preguntarse si la esperanza de «desgastar las fuerzas francesas» no es vana y si

no es peligroso obstinarse. En dos ocasiones, el 21 de abril y el 15 de mayo, confiesa sus dudas. El Kronprinz de Prusia, comandante del ejército de ataque, comparte estas dudas, pero el jefe del estado mayor, de este ejército, el general Schinckel, mantiene que hay que continuar el esfuerzo; su decisión es la que triunfa.

- 310 -

Verdún, @ Asiago

realizado los alemanes y los Después de los ataques parciales que han iniciado la franceses a lo largo de mayo y que han resultado infructuosos, se inicia la segunda fase crítica de la batalla, al principio de junio. Con las veinte divisiones que tiene ahora en línea, el mando alemán ataca con fuerza: la toma de la fortificación de Vaux (6 de junio), el ataque contra Thiaumont (7 de junio) y por último, el asalto general el 23 de junio hacen peligrar la defensa; la última posición que protege Verdún, la fortificación de Souville, está amenazada. El general Pétain está preocupado, interviene sin cesar ante el comandante en jefe para dar a conocer la gravedad de la situación. Joffre le concede un refuerzo de cuatro divisiones, pero no cambia nada de sus planes generales. Espera que la ofensiva, que va a empezar unos días más tarde en el Somme, liberará Verdún. De hecho, el 24 de junio, Falkenhayn, consciente de esta amenaza, empieza a reducir el número de sus tropas ante Verdún. A partir de este momento, la suerte de la gran batalla está echada.

El ejército alemán ha fracasado, no sólo porque no ha tomado Verdún -«objetivo secundario», -Sino también y sobre todo porque la «estrategia de agotamiento», concebida por Falkenhayn, ha sido ineficaz. Los cálculos alemanes que fijaban las pérdidas en una proporción de 5 contra 2, han sido desmentidos: en este período de ofensivas repetidas, las pérdidas alemanas ante Verdún han sido de 240.000 hombres aproximadamente, mientras que el ejército francés ha perdido 275.000 soldados; cuanto más se prolonga la lucha, más se equilibran las pérdidas. El plan Falkenhayn ha fracasado. Pero el asunto es particularmente grave desde el punto de vista moral: la resistencia de Verdún ha levantado en el mundo entero una emoción, un entusiasmo que dan idea de la amplitud del fracaso.

Mientras el ejército alemán se agota llevando a cabo la «batalla de desgaste», el ejército austro-húngaro, por su parte, pasa a la ofensiva. Conrad von Hötendorff, sin informar a Falkenhayn de los desplazamientos de tropas que realiza, sólo deja frente a los rusos un número de divisiones apenas igual al del enemigo. Concentra sus mejores unidades y la mayor parte de su artillería pesada en el frente italiano. La ofensiva, prevista en un primer momento para el 10 de abril de 1916, se aplaza porque hay todavía demasiada nieve para permitir una acción en las montañas. Este retraso deja tiempo a los italianos para preparar su defensa. Sin embargo, cuando, el 15 de mayo, las tropas austro-húngaras lanzan el ataque en el frente comprendido entre el Adigio y el valle de Sugana, triunfan: toman Asiago. El ejército italiano abandona 30.000 prisioneros y 300 cañones

Pero al cabo de diez días, este ataque empieza a atascarse. En este terreno difícil, la artillería pesada no puede desplazarse con la rapidez necesaria para seguir el avance de la infantería. Las reservas, escalonadas en profundidad, intervienen demasiado tarde: ésta es la dificultad habitual con la que suele encontrarse una ofensiva de ruptura. Antes del final de

mayo, el futuro de la gran Operac' sultados d,cis- ón está decidio; ya no Puede dar reHótzendorff vos. El fracaso es más grave de lo que piensa Conrad volo

- Al reducir los efectivos de su frente orienta] en benefic* de una operación fallida, queda incapacitado para resistir a una ofens' rusa. 1 Va

Por consiguiente, los dos e' .rcitos aliados habían asestado por separado los golpes que creían deciSivos. En la víspera de la ofensiva de Asiagol Falkenhayn había pensado que el apoyo de la artillería pesada austro-húngara podía serie útil ante Verdún. Conrad se lo había negado. Los disentimieritos personales de ambos comandantes en jefe no permiti eron establecer la unidad de acción y dedicar todas las fuerzas a la rnisma ofensiva.

111 LA GUERRA NAVAL: LA BATALLA DEJUTLAVDrA «Al mismo tiempo que el estado mayor de] eJército alemán emprende «la guerra de desgaste» en el frente occidental, el almirantazgo cambia de táctica: pasa a la ofensiva y decide ir al encuentro de la flota inglesa. El 31 de mayo de 1916 es cuando se libra la gran batalla naval, frente al Eskagerrak.

Desde el principio de las hostilidades, la marina de guerra inglesa había adoptado una actitud expectante había intentado una «redada», el 29 de agosto de 1914, contra la línea:asóal@eomana de vigilancia, en las aguas de Heligoland. La <,gran flota» de] almirante Jellicoe permanecía en alerta en Scapa Flow, pero no tomaba iniciati *vas. El almirantazgo británico se limitaba a vigilar cuidadosamente los movimientos de] adversario. Gracias al espionaje en los puertos alemanes, al desciframiento de los radiogramas, a las patrullas de pequeñas unidades, podía informarse de los desPlazamientos de la flota de alta mar. Si el enemigo salía al mar de] Norte, los navíos ingleses lo atacaban; les bastaba con paralizar estos intentos para desempeñar el papel que les asignaban las circunstancias: mantener la libertad de navegación aliada en todos 1 S Mares. ,Hasta finales de 1915, la flota alemana habiao renunciado a toda acción de gran envergad a oteгда por barreras de minas que aseguraban la defensa de los ur Pr co

grande, a razados contra un eventual ataque de las fuerzas inglesas, no había librado batalla;Sin cm bargo, no por eso pormaneció pasiva. <sE] objetivo de las operaciones», decían las órdenes M

.Obras de consulta- Además de los relatos establecidos por los servicios históricos de los estados mayores véanse, desde el punto de vista inglés'almirante Jellicoe, La grande flotte (París, 19211 m-;'); almirante Bacon, The Judand scandal (Londres, [1 927J, in- 16), trad. franc.: [e scandale de la bataille du Jútland (París 1928, in-S'), dura crítica de] paPel de] almirante Beatty; A J. Marder, From the Dreadnou9'ht to Scapa Flow. The Roya; Na`1Y in the Fischer Era (Lonires, 1966, 3 vol. in-So, el tomo 3)--- desde el punto de vista alemáll, G. von Hase, Skagerrak*Die grössie Seeschlacht der Weltgescbz'cbe (Berlín, 1920, in-S') En francés, Ed. Delage, Le dra-de du Jutiand (París, 1929, in- 16).

Í

contra las fuerza, do Vj emperador, «debe sor Perjudicar , la flota dililitld, submarinos, de 'g'lancia o d,] bio inglesa con ataques ofensivos ceros aislados, debía ser (que0». Por medio de ataques de

colocación le Minas, de raicis realiza

Posible infligir dos Poco a Poco la desigualdad de fue a P did s a contra los tude Scarboroughh el 15 -rZ s: el é'--- omaar enemigo Y reducir

- y ciembre de 1914 o] tanto Hipper de di bb d',o de Hartlepo

el raid de] 24 de enero de lg' Por los cr ty combate de Dogger-Bank, son - 15 ucOros de] almi- 11 comandante en jefe de la flota ejemplos de esta' que había Provocado el

alemana hizo q, - que ceros, sin darles nunca 1 a s operaciones en las

Al prin cip - Poyo de la flo e intervinesen sus cru_ taci.' lo de 1916, la polít- ta de línea.

On; está claro que la «Peque lea naval alemana

ida que 1, es gu atorna una ni,,, 0 -

casez de alim,titos Js m rienA med- ña erra» d resultados - -

ma Í as notori n ,Iripor ancia de] papel de,empeñado Por la marina de
a se aprecia Mejor la

insig ificant1s. nla quiere hace, un esfuerzo para romper el b guerra inglesa. Alelo, hay que tratar de
asestar loqueo. Para conse vol, Scheer, que Pasa a ser co u` 90Ipe decis Perador la
autorl. mand 'Yo en el m guir-

zaci - "te en jefe el ar. El almirante vales. P On para darle c , 18 de „oro,
pide al emtodas or supuesto no se trata d aracter ofen -

las escuadras1- e sIvo a las oper,,io,, Pccrnite. Sólo inglesa, juntas. emprender ,,
nacarlo par hay que obligar al a la desproporció batalla decisiva contra

a que mande ¿ersat---1.0 n de las fuerzas no 10 escuadras hasta Parte de s a Salir de su
canto] na, agru " llígar- esc us fuerzas hacia alta m 1, provo-

Pada en ogido de antemano; ar,atraer a estas atacar. su totalidad, podrá
entonces,

Tras dos encontrar una opola flota alemaPrepara, e, operaciones p,el- .
rtunidad para la mayo un, gran M`Inares frente a la costa hol

escuadra d,] ' Operación, esta v andesa, Scheer

almirante Hi PC ez ruega, donde los r d al oest

p ebe diri- e de] Esk,geri---,k: se retirará h -cruceros Ingleses lo d -girse hacia las costas de N
nota ale ac'a el sur,- el enemigo 1. ejaran de ir a atacarla; ento, o-

n1ana de 1 seguirá y se encontrará ces Este Pial, d alta mar que conse -
con toda la la M e ofensi va es el q u guirá li', allana d,] 31 d e conduce a la aplastar a los -

el raid -e mayo de 1916, la ese batalla Ingleses. h -1 de
futlandi, E.

Mientras que el uadra de] almiran ,,,"e" el lugar de conjunto de 1 te FI, irant
CrIcuento previsto as fuerzas al, IPper rea-

a azgo britanico se manas se dirige salid d ha Oeste de Eska fuerza e
la flota de informa -do y s gerrak. Pero el al Por deis Y las 111,1 al alta Mar. El almirante e ha
enterado enseguid

ante de] encuentro de] enen, -lclicoe ha al a de la

Irant grueso de 1, flo ertado a todas sus a de] aln - ;go. en cabeza a t'da
de ant... e Beatty. ta,, lanza la S, 1setenta mil

Por e cuadra de las ac no: el almi@ consiguiente 1 cruceros de b,t, .
cion a tod rante ,,glosa as sus fuerzas vOn Sche ' atact1ca 'Jemana es desbara-

S, va a tono, contra una pa er, qu@ esperaba h La batalla enfrentars rte un1camente d Í cor
entrar ii enfren s(510 dque e a la «gran flota». eas escuadra,

t ura unas horas. La escu Con, a a la de Beatty,

latellos , a primeras horas d adra de] almirante U-Pper se

uceros alemanes, e la tarde [de] 31. Dul

según el Plan establecido, h tanto el
- 313 acen ruta ha-

Las campañas de 1916

cla el sur, para atraer al enemigo hacia la flota de alta mar, Cuando Beatty se da cuenta del peligro, da media vuelta; pero se encuentra en una situación muy crítica durante una hora. Por fin, hacia las 18 horas, les alcanza una escuadra de cruceros de batalla que viene como refuerzo. El grueso de la flota inglesa se acerca; ya está sólo a diez millas de la cabeza de la flota alemana. El almirante von Scheer trata entonces de escapar. Gracias a unos cambios bruscos de dirección, se libra del cerco del adversario; sin embargo, durante un tiempo, los acorazados alemanes de primera línea se hallan bajo el fuego de toda la línea y sólo los libera un ataque de cruceros y torpederos. Jellicoe mantiene el contacto: al atardecer, las dos flotas adversas se encuentran a una distancia de seis a siete millas la una de la otra, durante más de una hora; pero el almirante inglés no se atreve a continuar el combate de noche, por miedo a los ataques de los torpederos. Hacia las cuatro de la mañana, a pesar de los esfuerzos dispersos de las flotillas inglesas, la flota alemana consigue alcanzar la barrera de minas y el canal que conduce a su base; ha perdido un crucero de batalla, un acorazado, cuatro cruceros ligeros, 2.551 marineros muertos. Pero ha infligido pérdidas más importantes al enemigo: tres cruceros de batalla, tres cruceros acorazados, seis torpederos, 6.094 hombres muertos.

La marina alemana se enaltece con esta batalla: su flota de alta mar ha librado batalla en las condiciones más desfavorables, puesto que se ha enfrentado a toda la flota adversa; ahora bien, no ha sido aplastada y el daño que ha causado al enemigo es mayor que el que ha sufrido. Este éxito relativo, lo debe a la superioridad de su tiro, el excelente comportamiento de sus tripulaciones, a la habilidad de sus comandantes, que han sabido ejecutar las evoluciones más difíciles en plena batalla; también lo debe a la prudencia del almirante Jellicoe, que no ha querido arriesgar la supremacía naval de Inglaterra, en un solo encuentro. Pero el almirante von Scheer es consciente de que la suerte le ha ayudado y que otra batalla podría ser desastrosa; no se atreve a intentarlo. El 19 de agosto, cuando emprende una nueva salida, para apoyar un raid contra el puerto de carbón de Sunderland, suspende la operación en cuanto se entera de que la «gran flota» está en la mar. A partir de entonces, los acorazados alemanes ya no salen de sus puertos.

De este modo, la batalla de Jutlandia, la única gran batalla naval de esta guerra, confirma a los Aliados en el dominio de los mares. Aunque en Inglaterra la opinión lo haya interpretado como un fracaso, aunque el alto mando naval haya dejado pasar la única oportunidad de aplastar al adversario, las escuadras inglesas, con su sola presencia, siguen paralizándolo al enemigo. La flota alemana no puede aflojar el cerco.

IV.

LAS OFENSIVAS DE LA ENTENTE 5

Las ofensivas de la Entente

314

A pesar de Verdún, a pesar de Asiago, la Entente había mantenido su plan de ofensiva general y lo ejecuta en la fecha fijada.

lón. El general Alexeyev El ejército ruso es el primero en entrar en acción

1 ha reunido en su frente suroeste a cuatro ejércitos, bajo el mando del general Brusilov. Desde el 20 de abril, han empezado los preparativos de la ofensiva. La derrota sufrida por los italianos en Asiago obliga al mando ruso a adelantar el momento del ataque. La ofensiva de Brusilov se concibe como una operación de liberación; sin embargo, va a dar unos

irise en una gran batalla de ruptura. resultados inesperados y a convertirse en una ofensiva de

150

El 4 de junio de 1916, se lanzan las tropas rusas en un frente de 150 kilómetros, desde Tarnopol hasta Luzk y sorprenden al enemigo. El frente austriaco cede en el norte, a lo largo de cincuenta kilómetros, alrededor de Luzk: el IV ejército austro-húngaro está siendo derrotado. En el sur, el VII ejército abandona Czernovitz y la línea del Sereth. El mando ruso, sorprendido por su propio éxito, trae rápidamente a sus reservas. Para tratar de detener el avance del adversario, el cuartel general alemán llama a tres divisiones del frente occidental y a dos de la parte norte del frente oriental. Se lanza esta contra-ofensiva justo a principios de julio en el flanco del Sur del ejército ruso, en Kovel, pero fracasa. Las tropas alemanas son rechazadas hacia el Stockod y pierden 12.000 hombres hechos prisioneros. En esta fecha, la ofensiva rusa ha hecho retroceder a los austriacos cien kilómetros, hasta los Cárpatos meridionales. Con la victoria rusa, Rumania empieza a excitarse. ¿Intervendrá contra las potencias centrales?

Conrad von Hötzendorff, que había menospreciado el peligro ruso para dedicar todo su esfuerzo al frente italiano, tiene que reconocer su error. Vuelve a traer rápidamente algunas divisiones hacia su frente oriental,

pone parte de sus tropas) o el mando de generales alemanes, pide la ayuda de un cuerpo de ejército

turco. Con todo y con esto, no consigue detener el empuje de los ejércitos rusos. El 28 de julio, el centro del frente cede ante un nuevo ataque: los austro-húngaros evacúan Brody y pierden 40.000 soldados hechos prisioneros.

Obras de consulta.- Sobre la batalla del Somme, general Girard, La bataille de la Somme en 1916 (París, 1937, in-S'); coronel Gallini, «Joffre et la Somme», en la Revue d'histoire de la guerre mondiale año 1936, pp. 305-343, y en alemán E. Kabisch, Somme 1916 (61 ed Berl-

In, 1937 resant , In- on los mejores estudios generales. Los trabajos parciales más interesantes

son: . von toschi, Somme-Nord. Die Brennpunkte des Schlachtes ; MJuli 1916 (Qden ur , 1 2vol., in-S' t XX y general 1 - y XXI de la colección «Schlachten des Weltkrieges») sobre la batalla, apercibido o la percée des lignes allemandes en juillet 1916 au sud de í.,

Ine (arís 1 3In- ')- Sobre la ofensiva rusa, véase general Broussilov, Mémoires (París, 1929 t,0,2,e , in-1 general lovine, Brus;lov's offensive. The Galician battle of 1916 en Sla-

0 yevie abril 1 3 @-utzkj (' ., pp. 571-596; M. Roídestverisky, LoutzkÚproryv [La peroración In-S. oscú 19381 in-16); coronel von Pitreich, Die Schlacht bei Okna (Viena, 1931, sob.)- Sobre las ofensivas italianas, véanse los documentos y obras citadas en p. 305,

e todo el del general Maravigna,

Las campañas de 1916

A principios de agosto, los rusos hacen un último esfuerzo; en el al, norte, en la región de Kovel, entran en acción sus mejores tropas, el cuerpo de guardia; en el ala sur, intentan forzar el paso de los Cárpatos, , el puerto de los Tártaros. Pero los dos ataques fracasan, por falta de una preparación de artillería suficiente: la aviación rusa, diez veces menos numerosa que la aviación adversa, no puede reconocer las posiciones enemigas y afinar el tiro de sus baterías. A mediados de agosto, Brusilov tiene que interrumpir la batalla que ha costado 378.000 prisioneros a los austro-alemanes, en dos meses y medio.

Cuando la situación de las potencias centrales era más crítica en el frente oriental, Joffi---e y Haig pasan a la ofensiva, el 1 de julio, en el frente del Somme, como lo habían previsto el 18 de febrero. El agotamiento de las reservas francesas, que debieron emplearse en parte ante Verdún, no permite ejecutar el plan tal y como se había concebido. Se ha limitado la envergadura del esfuerzo; se ha reducido el frente de ataque: cuarenta kilómetros en vez de setenta. Pero los medios empleados son todavía considerables. Al norte del Somme, Haig ha reunido a veintiseis divisiones; al sur del río, Foch tiene catorce. La preparación artillera, que dura siete días, se realiza con una violencia sin precedente, porque en el frente francés, que no llega a los quince kilómetros, el mando dispone de 900 piezas pesadas y de 1.100 cañones de trinchera, además de la artillería ligera. El método es el que había preconizado Foch en el otoño de 1915: ataques a objetivos limitados, lanzados sucesivamente, en breves intervalos de tiempo siempre precedidos por un bombardeo violento y prolongado. Acosado sin tregua, agotado por las ráfagas de artillería, obligado a mantener en línea a muchos hombres para contrarrestar los ataques repetidos, el enemigo acabará teniendo un momento de desaliento. Será el momento propicio para un esfuerzo de ruptura. Esta es la nueva fórmula de la «batalla de desgaste». La artillería «conquista@» el terreno, la infantería «@ocupa», dicen las órdenes del general en jefe. La batalla debe ser pues larga y lenta. La originalidad del método reside en una utilización masiva de la artillería: por primera vez, los ejércitos franceses e ingleses pueden gastar municiones sin contar. La batalla del Somme es una gran «batalla material».

El frente alemán vacila tras el primer ataque. Las tropas inglesas, con

menos entrenamiento y un menor apoyo de su artillería, consiguen apenas sobrepasar la primera línea enemiga; pero el ataque francés, al S" del Somme, alcanza de una sola vez la segunda posición. En la tarde del 1 de julio, casi se ha logrado abrir la brecha en el frente del VI cuerPo de reserva alemán. Pero la intervención de las reservas detiene el at aq'1Franceses e ingleses mantienen su esfuerzo durante quince días, sin i Interrupción; Haig ataca Thlépval, el bosque de Mametz; Foch torna Biaches. Pero es obvio que el intento de ruptura ha fracasado. En este 'Omento, los alemanes, que han tenido que utilizar la mayor parte de si] reserva general, tienen en línea a diez y ocho divisiones. No obstante, el 20 de julio, se vuelve a la ofensiva; durante seis semanas, sigue a I"Cha

- 316 -

Las Ofensivas de la Entente palmo a palmo, en los alrededores de los mismos pueblos: Guillemont, Thlepval, Maurepas. Los progresos del ataque son mínimos. ¿Hay que seg uir insistiendo? El 27 de agosto, el mando franco-inglés decide mantener el esfuerzo, pero con un ritmo más lento. Los ataques de Clery (3 de setiembre), Bouchavesnes (12-15 de setiembre), Sal lly-Saillissel (13-14 de setiembre) son las últimas operaciones de cierta envergadura. A pi---l n-
- ¡os de octubre, la batalla del Somme está prácticamente acabada. ,ip

Aparentemente, los resultados son decepcionantes. El método de Foch ha permitido que se tambalee el frente alemán, sin llegar a romperlo. La experiencia de la batalla de desgaste ha mostrado, una vez más, la solidez de las posiciones fortificadas. Ni la superioridad de efectivos ni la superioridad del material son suficientes para asegurar el éxito del ataque. En una parte de la opinión francesa, sobre todo en los círculos parlamentarios, se manifiesta un fuerte movimiento de descontento contra el alto estado mayor. Foch es el primero en sufrir las consecuencias de esta decepción: queda relevado de su mando.

sin embargo, el objetivo que se proponía el general en jefe ha sido alcanzado en gran parte. Según el testimonio de todos los generales alemanes, la batalla del Somme ha sido la prueba más difícil para su ejército. En varias ocasiones, el estado mayor general temió no poder aguantar el ataque. Privado de los refuerzos, que habían sido enviados al frente oriental, se vio obligado a utilizar todas sus reservas; además, con un suministro en municiones insuficiente, tuvo que escatimar los contraataques. Sin duda, el frente ha resistido, pero a costa de un esfuerzo encarnizado por parte de las tropas y de un desgaste terrible de los efectivos. En esta batalla, el ejército alemán ha hecho intervenir a sesenta y nueve divisiones, algunas de ellas en línea de combate por segunda vez; ha per~ dido 267.000 soldados y 6.000 oficiales. La infantería alemana, cuyos mandos han sido diezmadados, ya no volverá a tener, tras la batalla del Somme, las cualidades que tenía antes. La «batalla de desgaste» no ha sido una vana palabra.

El ejército italiano ha participado en el esfuerzo común. Desde el mes demarzo, el general Cardona había empezado a preparar la ofensiva pre-
1,sta por las decisiones interaliadas de Chantilly: el objetivo, Goritz, era el de los ataques anteriores. La

batalla de Asiago le había obligado a interrumpir estos preparativos; pero en cuanto se detiene la progresión de las tropas austro-húngaras, en cuanto la ofensiva de Brusilov obliga a
1 si Conrad von Hotzendorff a llevar parte de sus divisiones al frente oriental, el mando italiano reanuda la ejecución de su plan. A finales de julio, concentra rápidamente sus disponibilidades en el frente de Isonzo.] El 6 de agosto el austro-húngaro lanza el ataque. Desde el primer día, las tropas austro-húngaras, sorprendidas, abandonan su primera posición; al día siguiente, sus unidades avanzan. Un nuevo ataque en las alturas que dominan el oeste de la ciudad de Gorizia. El 9, se alcanza el objetivo de la ofensiva. Cardona lanza una orden de*

persecución y, durante un tiempo espera romper el frente austro-húngaro.

1

La ejecución es demasiado lenta: les da tiempo a los austro-

Las campañas de 1916

húngaros para consolidar sus posiciones de repliegue; dominan los puntos elevados del este de la ciudad. Pasó el momento favorable. Al cabo de diez días de lucha, cuando los italianos interrumpen su ofensiva, han hecho 18.000 prisioneros; han alcanzado un objetivo que no habían podido conseguir en cinco ataques anteriores. Es una victoria, pero una victoria sin consecuencias.

La gran ofensiva de la Entente, en la que por primera vez el ataque ha sido llevado a cabo simultáneamente en los tres frentes principales, no ha proporcionado resultados decisivos. Pero las potencias centrales han sufrido una grave crisis, desde el punto de vista militar. Hasta entonces, no habían experimentado nunca semejantes dificultades. Nunca habían estado tan cerca de un desastre. Esta crisis ha arruinado definitivamente la credibilidad de Falkenhayn, muy debilitada ya desde la batalla de Verdún: el 27 de agosto, Guillermo II nombra a Hindenburg en el alto mando, asistido por Ludendorff, cuyo «temperamento dominador» es temido. Los nuevos jefes de ejército alemán consiguen que la unidad de mando, para todos los ejércitos de la coalición, se realice en beneficio del estado mayor alemán. No menosprecian los peligros de la situación: «En tierra», dijo más tarde Ludendorff, «ya no podíamos contar con la victoria».

Ahora bien, en el mismo momento, surgía una nueva amenaza, porque Rumanía convertida en aliada de la Entente, entraba en guerra.

V. LA INTERVENCIÓN RUMANA

El asunto rumano es un incidente dramático: después de largas tergiversaciones, un Estado entra en guerra cuando cree que se acerca el mo-

mento de la victoria y, en unas semanas, va a sufrir la derrota y las peores adversidades. La lentitud de la diplomacia, que quería ser demasiado hábil, las rivalidades y las divergencias de opinión de los estados Mayores aliados explican este desastre.

‘Obras de consulta.- La política rusa es conocida fundamentalmente por los documentos rusos citados en p. 224. Para la negociación de la convención militar, véanse los documentos publicados en Les armées françaises dans La Grande Guerre, t. VII (París, 1929, in-4’). Sobre la actitud de Austria-Hungría, véase el libro rojo Diplomatische Aktenstücke betreffend die Beziehungen «Österreich-Ungarns zu Rumänien» (Viena, 1916, in-4’).- Los testimonios esenciales son los de Marghiloman, Note politique 1897-1924 (Bucarest, 1927, 5 vol. in-8’), germanófilo y, en sentido opuesto al de N. Iorga, Bazbo; U1 nostru in note Iiinicé (Craiova, [1930], 3 vol. in-8’; Burian, ob. cit. p. 260; Czernin, Im Weltkrieg, (Viena, 1919, in-8’); M. Paléologue, La Russie des tsars (París, 1922-1923, 3 vol., in-8’, t. 1-11). véase también A. Pingaud, «L’Entente et la Roumanie», en la Revue des deux mondes, 1 mayo 1930, pp. 144-168, según los documentos de archivo franceses y el libro de Kiritzesco, La IROM-

- Sobre manie dans la guerre mondiale, 1916-1919 (París, 1934, in-8’; trad. del rufflano) @S itt_16); las operaciones militares, general E. Kabisch, Der Rumänienkrieg, 1916 (Berlín, 19, ‘ general Constandaché, La guerre de Punité nationale roumaine, 1916-1918 (París, 1938, in-8’).

318

La intervención rumana

La idea de una alianza con Rusia, Francia, Gran Bretaña e Italia siempre había tenido fervientes partidarios en parte de la opinión pública rumana. La muerte del rey Carol, el 10 de octubre de 1914, y la llegada al trono de su sobrino Fernando habían debilitado la autoridad de las potencias centrales en Bucarest. En varias ocasiones, el gobierno de Brătianu había negociado con la Entente, teniendo en cuenta, por supuesto, la situación militar general. En el verano de 1915, cuando la situación de los ejércitos rusos era crítica, Rumanía había negado su ayuda. A principios de 1916, reanudó las negociaciones y discutió detenidamente las condiciones militares de una intervención, sin encontrar muy buena acogida por parte del estado mayor ruso. Pero en junio de 1916, cuando los ejércitos rusos del frente suroeste, bajo el mando del general Brusilov, inician la gran ofensiva que va a permitirles reconquistar la Bucovina en su totalidad y parte de Galitzia, estas victorias despiertan el interés del gobierno de Bucarest. ¿No es acaso el momento favorable para una intervención que daría a Rumanía la oportunidad de liberar las poblaciones rumanas de Austria-Hungría? Las llamadas de la Entente, de Francia sobre todo, son acuciantes. Si Rumanía quiere participar en la guerra, ha llegado el momento: «Ahora o nunca». Ante esta intimidación, Brătianu acepta abrir negociaciones firmes. Son difíciles, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista político.

Las negociaciones de la convención militar se inician a la vez entre Rumanía y Rusia, y Rumanía y Francia; se llevan a cabo de una forma incoherente. Por parte de los rusos, el mando estipula que la principal ofensiva rumana se producirá en Transilvania, contra Austria-Hungría. Por parte de los franceses, el general Joffre quiere conseguir una ofensiva rumana dirigida hacia el sur, contra Bulgaria, coordinada con una ofensiva simultánea del ejército de Salónica. Por consiguiente, el estado mayor rumano tiene las cosas fáciles. El 25 de julio propone un contraproyecto: desea también orientar su ofensiva hacia Transilvania, pero pide que los rusos envíen a 200.000 hombres (cifra que reduce luego a 50.000) a Dobrujia, para proteger al territorio rumano contra un ataque búlgaro. Joffre se conforma; renuncia a conseguir una acción directa por parte de los rumanos contra Bulgaria y, en cambio, les concede el apoyo de una ofensiva del ejército de Salónica.

Las negociaciones políticas parecen más sencillas, puesto que han sido preparadas por las conversaciones de 1915: Rumanía tendrá derecho a anexionar los territorios austro-húngaros de Transilvania, Bucovina y el Banato. Pero la Entente supedita el cumplimiento de su promesa a la ocupación efectiva de estos territorios por el ejército rumano. Brătianu se niega a ello. quiere conseguir una promesa sin condiciones. La Entente cede. El 17 de agosto de 1916, se firman 11 tratados de alianza y la convención.

on militar; Rumanía se compromete a entrar en guerra diez días más tarde con la condición de que, desde el 20 de agosto, el ejército de Salónica

ea hay iniciado una ofensiva contra los búlgaros. Las Potencias centrales, que han estado al tanto de las negociaciones

319

Las campañas de 1916 entabladas con la Entente, no han comprado la neutralidad de 1 gobierno rumano por medio de concesiones territoriales en Bucunia. Su táctica es de intimidación. «El león que parece muerto podría de un solo zarpazo convertir a Rumanía en una segunda Servia», dice el conde Cernin, ministro de Austria-Hungría, a Bratianu. Esta amenaza es inútil, el gobierno de Bucarest está convencido de que si mantiene durante más tiempo la neutralidad, dejará escapar la oportunidad de realizar sus aspiraciones nacionales.

El consejo de la corona, reunido el 27 de agosto por el rey Fernando, no es más que una formalidad. Bratianu, tras haber expuesto los motivos que han determinado su decisión -«la guerra de desgaste», dice, «invierte las oportunidades en beneficio de los que poseen las mayores reservas»- anuncia a los jefes de partido que se ha comprometido «totalmente». La mayoría de los miembros del consejo lo aprueban. Pero dos de ellos, Marghiloman y Maiorescu, hacen objeciones: la victoria de la Entente no es segura; ¿por qué arriesgar el destino del país? Sólo el antiguo presidente del consejo, Carp, se pronuncia -pero ¡con qué violencia!- contra la idea de la alianza: «Deseo que seáis vencidos, porque vuestra victoria sería la ruina del país». Al día siguiente, Rumanía entra en guerra.

En realidad, el gobierno ya ha esperado demasiado. Las victorias de Brusilov son las que le han decidido a unir su suerte a la de la coalición, cuyo triunfo le parecía seguro. Pero los titubeos de la diplomacia de Bratianu han dejado pasar el momento más favorable. Cuando el ejército rumano entra en acción, la ofensiva rusa ha cesado; el ataque italiano ha sido detenido; la fase crítica de la batalla del Somme ha terminado.

Sin embargo, a primera vista, la intervención rumana despierta una gran esperanza en los países de la Entente. Las fuerzas del nuevo aliado, quince divisiones, representan una masa de 560.000 combatientes. Su entrada en la lucha puede romper un equilibrio que las potencias centrales han mantenido con mucha dificultad en las últimas semanas.

En Alemania y Austria-Hungría, el momento parece crítico. La autoridad del jefe del estado mayor austro-húngaro, Conrad von Hötendorff, se viene abajo. ¿Dónde encontrar las tropas necesarias para detener el ataque rumano? ¿Cómo proteger la provincia húngara de Transilvania de la invasión?

El mando rumano aprovecha estas circunstancias. Sin preocuparse por el peligro que lo amenaza en el sur si el ejército búlgaro pasara a la ofensiva, desea ante todo apoderarse de los territorios transilvanos que le fueron atribuidos por el tratado del 17 de agosto. Las preocupaciones diplomáticas superan a las consideraciones estratégicas. En la fecha prelista para el inicio de las operaciones, el estado mayor concentra a 400.000 hombres, más de las tres cuartas partes de sus efectivos, en el frente de los Cárpatos. Se hace con los puertos, empuja a su vanguardia hacia el territorio húngaro. A mediados de setiembre, parte de Transilvania queda ocupada.

La intervención rumana Pero la réplica llega como el rayo. Incluso antes de que Rumanía en-

a pasado a la ofensiva contra el tramo en guerra, el ejército búlgaro había ocupado Salónica, el 18 de agosto; ha ocupado Florina y obstaculizado

los preparativos del general Sarrail obligándolo a cesar su avance. El ejército franco-anglo-servio, que debía intervenir diez días antes del principio de la ofensiva rumana, sólo puede iniciar su esfuerzo el

10 de setiembre, en dirección a Monastir. Avanza lentamente.

Mientras se mantiene a la defensiva en el frente del Vardar y del Tcherma, el mando búlgaro hace entrar en acción en Dobruja numerosas fuerzas reforzadas por los regimientos alemanes de Mackensen; la situación de las tropas ruso-rumanas se vuelve crítica desde mediados de setiembre. Bajo la amenaza de una invasión de su frontera meridional, el estado mayor rumano pide a los rusos que envíen nuevas divisiones a Dobruja; el general Alexeiev, que nunca fue muy partidario de la intervención rumana y que teme alargar un frente de combate demasiado extenso ya según su opinión, se niega

al ello. Para alejar este peligro de invasión, el mando rumano tiene que parar su ofensiva en Transilvania y traer de nuevo a parte de sus tropas hacia la frontera meridional. Este es el momento que espera el estado mayor alemán para intervenir. La división búlgara le ha dado tiempo para concentrar a dos ejércitos en Hungría, formados por divisiones alemanas procedentes del frente ruso y por divisiones austro-húngaras procedentes del frente italiano. Las manda el antiguo jefe de estado mayor general, Falkenhayn. El 25 de setiembre, estas tropas están al pie del cañón. Al cabo de diez y ocho días, tras dos batallas, Transilvania es liberada. Las tropas rumanas conservan, sin embargo, los pasos de la montaña.

El alto estado mayor alemán decide entonces pasar a la ofensiva

en Rumanía, y acabar con el adversario. A pesar de los ataques locales a los que se ve obligado a responder en el frente occidental (la fortificación de Douaumont, el 24 de octubre, y la fortificación de Vaux, el 11 de noviembre; en el frente oriental, los rusos atacan al oeste de Luzk; en el frente del Carso, los italianos entran en acción el 10 y el 31 de octubre), el mando alemán retira a cuatro divisiones y del frente

occidental, para reforzar los ejércitos de Falkenhayn.

A mediados de noviembre, el ejército alemán fuerza el paso de los Cárpatos y avanza hacia

Dobruja y a través del Danubio y hacia el sur, mientras que el ejército alemán fuerza el paso de los Cárpatos y avanza hacia

el sur, mientras que el ejército alemán fuerza el paso de los Cárpatos y avanza hacia Dobruja. El 4 de diciembre, ambos ejércitos se reúnen después de la batalla de Arges; el 6, ocupan Bucarest sin librarse de combate. Las tropas rumanas, que ocupan la posición de la isla de Orsova, en el Danubio, quedan aisladas y capitulan. Tras la evacuación de Bucarest el grueso de las tropas se repliega hacia el este, hacia la línea del Sereth donde el mando ruso

¡de, Por fin a esfuer 1 concentrar tropas- En dos ocasiones, Se hace un vano aican zo Para resistir. El 4 de enero de 1917, las tropas de Falkenhayn

zan la línea del Sereth Y la ocupan. -

321

Las campañas de 1916

En dos meses, la mayor parte del territorio rumano cae en manos del enemigo. Las potencias centrales van a encontrar allí recursos en trigo y en petróleo que las ayudarán a soportar el bloqueo. El ejército rumano

está derrotado pero no está aniquilado: las victorias alemanas y búlgara, sólo han conseguido establecer un nuevo frente de combate, en Valaquia y Dobruja. La campaña rumana es muy importante desde el punto de vista moral, porque causa una gran decepción a la Entente y demuestra que las potencias centrales son capaces de aplastar a un nuevo adversario, pero no es decisiva. «Aunque nosotros habíamos vencido al ejército rumano», escribe Ludendorff, «éramos más débiles en lo que se refiere a la organización general de la guerra».

vi.

EL EQUILIBRIO DE LAS FUERZAS AL FINAL DE 1916

Tras este nuevo año de esfuerzos, el mapa de guerra es más favorable para las potencias centrales de lo que era a finales de 1915. Han perdido Bucovina y parte de sus ganancias territoriales en el sector meridional del frente ruso, pero en Rumanía han conquistado amplios territorios

cuya explotación económica incrementa su capacidad de resistencia.

Sin embargo, a pesar de estas apariencias, la situación de los dos im-

perios es preocupante.

En Alemania, el ejército atraviesa una crisis. Crisis de efectivos, porque las pérdidas sufridas ante Verdún y durante la batalla del Somme son

más importantes que las de la campaña de 1914. ¿Dónde encontrar los nuevos reclutas que permitan llenar los huecos? Crisis de material: en el Somme, por primera vez, la artillería alemana se ha encontrado en estado de inferioridad. Desde que han asumido el mando, Hindenburg y Ludendorff han previsto medidas para prevenir este peligro. Esperan solucionar la escasez de efectivos llamando al frente a parte de los hombres empleados en las fábricas de guerra y en los servicios de la retaguardia. Para encontrar una mano de obra de sustitución, piden al gobierno que instituya el «servicio auxiliar patriótico». La ley votada por el Reichstag el 2 de diciembre de 1916 no responde totalmente a los deseos del alto mando; impone, sin embargo, que todos los hombres válidos que hayan superado o que no hayan alcanzado la edad militar, participen en los servicios administrativos o en las fábricas. Algunas semanas antes, el estado mayor decidió reclutar por la fuerza, en la población belga, a trabajadores para las fábricas alemanas; este plan lo lleva adelante a pesar de las objeciones del gobernador general alemán en Bruselas y de las protestas que se manifiestan en el mundo entero contra estas deportaciones. Por último, el alto estado mayor establece un amplio programa de fabricaciones de guerra: en plazo de unos meses, la industria debe suministrar nuevos cañones pesados, ametralladoras de un nuevo modelo, obús de gas. Para dar impulso más vigoroso a la producción industrial, se crea la «Oficina de guerra» (Kriegsarbeitsamt), que debe dirigir la distribución de las

- 322 -

materias primas y determinar el ritmo de las fabricaciones. El alto mando rebasa cada vez más el marco de sus atribuciones. Él es quien toma las iniciativas en materia económica y social. «La Entente posee una reserva de fuerzas superior a la de las potencias centrales. Sin duda, el ejército francés, que ha soportado solo el peso de la batalla de Verdún, está cansado. Pero el ejército inglés sigue desarrollándose poco a poco. La aplicación del servicio militar obligatorio ha proporcionado 1.200.000 reclutas. Los dominios, India y las colonias, han aportado casi 1.500.000 hombres, desde el inicio de las hostilidades. No sólo se han mantenido los efectivos ingleses en el frente occidental, sino que aumentan: siete divisiones nuevas estarán

listas a principios de 1917. El programa de fabricaciones, tanto en Francia como en Gran Bretaña rinde ahora plenamente.

Incluso el frente ruso parece estar en mejor situación. Gracias al esfuerzo de las industrias de guerra y a la ayuda de los Aliados, la crisis del material y de municiones se ha superado prácticamente. La artillería de campaña dispone ahora de una reserva de siete millones de obuses -tantos como la artillería ligera francesa-. La fabricación de cañones ha aumentado lo bastante como para poder realizar una transformación de las grandes unidades, al igual que en los demás ejércitos: la división de infantería ya sólo tiene tres regimientos en vez de cuatro, pero conserva la misma dotación en artillería. Esta reforma ha permitido incrementar el número de divisiones. Los ejércitos de la Entente pueden pues pasar a la ofensiva a partir de principios de 1917, cosa que no habían podido hacer un año antes.

Los medios políticos, en Francia sobre todo, desean que esta ofensiva sea inmediata. No quieren correr el riesgo de que el plan de la nueva campaña quede desorganizado una vez más por la acción preventiva del enemigo. Piensan sobre todo que una actitud pasiva llegaría a provocar una depresión moral y esto podría ser grave, especialmente en Rusia, donde la situación política interior es preocupante. Ya va siendo hora de darle un nuevo enfoque a las operaciones militares.

Se trata de hacer un gran esfuerzo y de intentar conseguir un resultado decisivo antes del final del invierno. El 18 de noviembre de 1916, la conferencia interaliada de Chantilly decide que «para impedir que el enemigo vuelva a tomar la iniciativa de las operaciones, los ejércitos de la coalición estarán listos para emprender ofensivas continuas a partir de la primera quincena de febrero de 1917, con todos los medios disponibles». En realidad, es poco probable que esta resolución pueda ser llevada a cabo totalmente: al principio de febrero la nieve obstaculizará todavía las operaciones en el frente ruso y el frente italiano. Sin embargo,

Y Flai*g están de acuerdo para actuar en cualquier situación. Si; plan Prevé dos ofensivas: una en el frente del Somme, el 1 de febrero, y la

Wase e, Pítulo IX, párrafo IV.

Las campanas d,@, 1916

otra, quince días o tres semanas más tarde, en el frente del Aisne, entre Craorme y Reims.

Este esfuerzo tiene que dar unos resultados rápidos. ¿Será la batalla de desgaste la que permita conseguirlos? El método que Foch empleó en el Somme, el del «martilleo», ha proporcionado muchas decepciones. El gobierno, la opinión parlamentaria desean otra cosa. Incluso en el ejército, algunos jefes, sobre todo el general Nivelle, que estuvo al mando del ejército de Verdún en las ofensivas victoriosas del otoño de 1916 contra las fortificaciones de Vaux y de Douaumont, preconizan métodos inéditos: el asalto brutal y osado que tomará en un solo ataque las posiciones enemigas y que romperá el frente, sin dejar tiempo al adversario para que desplace sus reservas. Aunque Joffre propone en persona dar a Nivelle el mando del ataque en el frente de Somme, ya no parece que domine la situación. El fracaso de las ofensivas de 1915 y 1916 han comprometido su autoridad personal. El 2 de diciembre de 1916, el gabinete Briand anuncia una reorganización del alto mando: Joffre se convierte en el «consejero técnico» del gobierno; Nivelle le sustituye al mando de los e Jérc'tos. Tres semanas más tarde, ya empiezan a aparecer inconve-

1 los , mentes de esta solución, porque ¿cuáles podrían ser las relaciones del «consejero técnico» con el generalísimo? El decreto del 27 de diciembre de 1916, que eleva a Joffre a la dignidad de mariscal, lo elimina definitivamente. La autoridad de Nivelle ya no tiene contrapunto. La «joven escuela» triunfa. «Romperemos el frente alemán cuando queramos», escribe el nuevo comandante en jefe, en una nota del 14 de enero de 1917, «a condición de no atacar en el punto más fuerte y de realizar el ataque por sorpresa, en un lapso de tiempo de veinticuatro o cuarenta y ocho horas». Para algunos, esta seguridad parece muy presuntuosa: el general Lyautey, al que Briand hace venir de Marruecos para confiarle el ministerio de la guerra, tiene sus dudas. Pero nadie se atreve a oponerse a un nuevo plan que, por muy aventurado que sea, puede ofrecer una oportunidad de éxito.

Tras dos años y medio de guerra, cuando llega el hastío, la imaginación ejerce cierta seducción.

CANTULO IX

EL CANSANCIO DE LOS PUEBLOS Los adversarios no han logrado una ventaja decisiva. A la decepción se añaden los sufrimientos materiales y morales. No es de extrañar que, tras estos grandes sacrificios, la opinión pública, en todos los países, dé señales tan pronto de impaciencia como de hastío.

I. LA INQUIETUD GENERAL' Las dificultades económicas se agravan en todos los Estados beligerantes.

La crisis de cambio monetario y las dificultades de los transportes marítimos obligan a los Estados de la Entente a reducir las importaciones. La inflación monetaria acentúa el aumento de los precios y el alza de los salarios no se incrementa tan rápidamente. En Francel a, el índice de los precios@ frente a la carne, es de 144 durante el segundo semestre de 1916, .100 en agosto de 1944; para la patata, es de 167. El índice medio de salarios es de 125; los funcionarios no han recibido aún ningún aumento de salario; sólo los obreros agrícolas, cuyos salarios están en el índice 150, disfrutan de una situación relativamente mejor. En Gran Bretaña, el índice medio de precios se acerca al 200, mientras el de los salar,l, es de 120. Sólo en Italia, donde el encarecimiento de la vida se ha desarrollado más lentamente, el desajuste no es tan grande. Naturalmente la situación de Alemania es más difícil: aunque 1 'a conquista de los territorios rumanos haya aliviado bastante la situación en

Obra, de con ulta--- Véase la bibliografía de la p. 239. Añádase, para el estudio del movimiento de Zun`merwalder, el testimonio esencial de Angélica Balabanoff, Die ZimmerWalder Re,,egung, 1914-1919 (Berlín 1929, in-S'); A. Ro d4nt l@@ 1 smer, Le mouvement t;_ guerre. De 1'1@

324

'al non ouvr er pen-
social - sa-e á Zimmerwald (París, 1936, in-S'); K. Fainsod Inte

Isrn and the Wo 7,1

ab r War (Cambridge 1 rna- '141 or, diplomacy andpeace, 1914-1919 ('935, in-So); A. Van der Slice, Internatiokleg ""d die Internationale Filadelfia, 1941, in-8o); J. Humbert-Droz, Der

p - die Konferenzen von Zimmervaid und Kienthal (Viena, 1964, In-81); . Cheval, Romain Rolland, l'Allemagne et la guerre (París, 1963 in-S-)

325

El cansancio de los pueblos

El aumento de los precios de los productos alimenticios ha experimentado una subida de más del doble desde el comienzo de la guerra; ahora bien, los obreros de la construcción, por el empleo, que no trabajan para la industria de la guerra, siguen teniendo los mismos salarios que en 1914; en los oficios más favorecidos, el aumento de los salarios apenas alcanza el 25%.

Pero estas cifras deben ser interpretadas: la moratoria de los alquileres compensa en parte el aumento de los productos alimenticios; la crisis de mano de obra permite que las mujeres y los jóvenes encuentren trabajo con más facilidad que antes de la guerra. Sin embargo, una parte de la población, en los países beligerantes, no puede soportar el alza de los precios y se ve obligada a limitar su nivel de vida, imponiéndose privaciones cada vez más penosas.

El luto afecta a todas las familias. Las batallas de la «guerra de desgaste» han sido más sangrientas que nunca. ¿Hasta cuándo habrá que prolongar este sacrificio? Las mujeres, cuyos maridos o hijos se han librado hasta ahora de la matanza viven en la angustia. En esta guerra que se eterniza, ¿cómo podrán sobrevivir mucho más tiempo los que han sido favorecidos por la suerte? El sufrimiento moral, sumergido en el impulso patriótico en un primer momento, empieza a ejercer su deprimente influencia.

Mediante una reacción instintiva, los pueblos empiezan a preguntarse si los métodos que aplican sus hombres de Estado en la acción militar, diplomática y económica son los mejores. Desean que se dé un impulso más vigoroso a la dirección de la guerra. En cada país, sólo una minoría se plantea dudas acerca de la utilidad de este inmenso esfuerzo; pero la opinión pública desea iniciativas nuevas. Esta impaciencia causa dificultades a todos los gobiernos.

No es pura coincidencia que, casi por la misma fecha, las mismas flaquezas se produzcan en todos los países en guerra: tienen una causa común; obedecen, conscientemente o no, a las sugerencias de los socialistas internacionales, de los que forman el grupo «zimmerwaldiano».

Cuando, al principio de la guerra, los partidos socialistas de todos los países beligerantes, votaron los créditos de guerra, la junta socialista internacional, consciente de su impotencia, había renunciado a actuar²; no intentó convocar a los representantes de los partidos nacionales para recordarles su deber de solidaridad y para restablecer un contacto directo entre ellos. Pero los socialistas de los países neutrales, sobre todo suizos y daneses, habían conservado la esperanza de que se presentara una oportunidad para reanudar estas relaciones y volver a la doctrina de la Internacional: la acción común de los socialistas de todos los países, Unidos contra la guerra. En setiembre de 1914, en una conferencia celebrada en Lugano, el líder suizo Grimm se había reunido con socialistas italianos y rusos emigrados. La conferencia había proporcionado la consigna:

²Véase p. 200.

i

explicar a la opinión Pública que el 1m La inquietud general

guerra; mostrar al proletariado S, liones era la única causa de la guerra, el imperialismo de todas las naciones; promover una acción común en favor de la paz; oponer a la unión de las clases. «E] trabají “ Paz;

o que li lucha de las na-

ene Por objetivo transformar la guerra entre Pueblos e, guerra civil es el único trabajo que debía Lenin, en su periódico El Sociald, nacional socialista abandonaba su doctrina; si socialista@», es-]”Junta de la 1-nter-

na de antes de la guerra, tenía que formar un nuevo grupo que uniera los esfuerzos de los socialistas fieles a los principios de la Internacional y resueltos, en la solidaridad de clase al deber nacional. ner la soli-

La idea lanzada en la conferencia de Lugano se había puesto al servicio de la paz. Puesto que los socialistas

Las francesas y belgas no habían respondido ante las propuestas de Grimm, y se habían negado a convocar una reunión de la Internacional en la que se examinara la actitud de los socialistas respecto a la guerra, el partido socialista* de 1915 -es decir, en el preciso momento en que el gobierno de Roma entraba en guerra-, de Promover la reunión nacional socialista. En setiembre en Zúrich se celebró una conferencia intercontinental delegados entre ellos dos a Zimmerwald, cerca de Berna, cuyas resoluciones

so momento en que el gobierno de Roma entraba en guerra-, de Promover la reunión nacional socialista. En setiembre en Zúrich se celebró una conferencia intercontinental delegados entre ellos dos a Zimmerwald, cerca de Berna, cuyas resoluciones

franceses' Jemanes, Adolf Hoffmann y Ledebur, Merrheim y Bourderon, redactaron el manifiesto destinado a los «proletarios de Europa», para «recordar a la clase obrera el deber para consigo

mi sma» Por el qu

e tenía que negarse a Ponerse «al servicio de las clases dominantes» exigir la paz «Sin alianzas de guerra», en base anexionos ni a sí mismos». El manifiesto al «derecho de los Pueblos a disponer de

iali no tuvo gran repercusión: los 10 partidos socialistas no presentaron de

10 habían Publicado el texto; las «masas» lo habían ignorado o lo habían ignorado, los órganos de los

estas, en Francia y Alemania En cambio, 11 conferencias habían acogido con indiferencia.

a clonal socialista» que debía haber formado una «Comisión de la internación presidida por un socialista suizo en Berna y dirigida por un socialista alemán; es-

los rusos emigrados Y sobre todo de Lenin que con sus ideas revolucionarias suizo, pero sufría la influencia de los socialistas

insuficiente el manifiesto de setiembre de 1915. Esta «izquierda zimmerwaldiana» quería transformar la crisis abierta por la guerra «en un debate dirigido contra los fundamentos del capitalismo» En abril de 1916 una segunda conferencia, celebrada en el Oberland bernés, en

11, reunió a los representantes de veintitrés partidos: delegados de los Partidos socialistas suizo italiano, rumano polaco, socialistas escandinavos, húngaro y búlgaro;

independientes de Alemania y «socialistas revolucionarios rusos

socialistas franceses, pero que no eran representantes de su país; socialistas de España y Gran Bretaña; por último, los representantes de su país

ras un ardiente debate para formular las bases de una acción práctica Se planteó un debate; la tendencia más radical, la de Lenin, había cogido

guido las dos terceras partes de los votos. El manifiesto de Kienthal había prescrito

biro, lo que hizo a los socialistas que rechazaran toda participación en

que no apoyaran la acción con el gorrión de la aprobación de créditos de guerra

a Comisión de Berna, el 1 de mayo de 1916, - La flamenca «a los pueblos a

El cansancio de los pueblos

los que están arruinando y matando» había recomendado la acción directa: «Por todos los medios posibles, hay que acabar con esta carnicería mundial. ¡reclamad un inmediato armisticio!»

A finales de 1916, se fija la doctrina y el programa del movimiento socialista internacionalista: la Comisión de Berna preconiza la revolución. En su circular del 18 de febrero de 1917, declara que los gobiernos no quieren acabar con la lucha. Para obligarlos, el proletariado de cada país debe «tomar las armas, no contra sus hermanos, sino contra el enemigo interior». El movimiento aún no tiene bastante fuerza, pero «algo comienza a moverse en todas las naciones en guerra». Es el momento de llevar adelante el combate «sin tregua ni descanso».

Esta consigna revolucionaria, que es la de Lenin y la del grupo de emigrados rusos, no tiene una repercusión inmediata en las masas obreras de los países occidentales: ni Liebknecht en Alemania, ni Monatte en Francia tienen seguidores. Pero la idea de la «paz sin anexiones ni indemnizaciones» empieza a penetrar en los círculos socialistas y a sacudir, según palabras de los zimmerwaldianos, «el letargo de la unión sagrada».

II. LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES

En Francia, los acontecimientos de Verdún han despertado las críticas que los medios parlamentarios habían expresado, desde hacía algunos meses, contra los métodos del alto estado mayor. La sorpresa provocada por el ataque alemán, la falta de resistencia de las organizaciones defensivas ante el sitio, parecen haber dado la razón a los adversarios del alto mando. El Parlamento, descontento y preocupado, ha querido con-

seguir informaciones precisas acerca de la situación y ejercer su derecho de control. Para permitírsele, sin proporcionar a la opinión pública re-

velaciones que pudieran derrumbar la moral del país, el gobierno se ha resignado a aceptar una reunión de las Cámaras en «comité secreto» (6 de Junio de 1916) y a instituir un «control parlamentario de los ejércitos». De este modo, se han determinado las nuevas formas del gobierno de guerra que devuelven al Parlamento el ejercicio de sus prerrogativas y su lugar en la vida gubernamental.

Pero, desde entonces, la situación del gobierno ya no es tan sólida. Se ve obligado a contestar a interpelaciones que, aunque se realicen el

té (t. VIII) Obras de consulta.- Las mismas de la p. 279, Y sobre todo las de Poincaré@ David Lloyd George, War memoirs (Londres, 1933, @ vol. in-S'), trad. franc.: @',fé,oires guerre (París, 1934-1937, in-S'), y Richard Lloyd George, Lloyd George (Londres, 1960, . 1 de Irl,nd' in-8'), biografía del hombre de Estado escrita por su hijo- Sobre la cuestiOn The M. Bromagel De Valera and the march of a nation (Londres, 19561 i11_s,); D.

in-8-) así com Io las obras Rising: complete history of Easterweek 1916 (Dublín, 1949, 1 tt.d. francesa la das, p. 165, t. 11. El memorándum de Lansdowne ha sido publicada@o en

Revue Xhistoire de la guerre mondiale, año 1929, pp. 343-355.

Véase p. 280.

328 -

Las democracias occidentales

sesión secreta, son peligrosas para la estabilidad del gabinete. A finales de 1916, tras las decepciones provocadas por la batalla del Somme y por la derrota rumana, el ministerio Briand se ve obligado a aceptar un nuevo comité secreto. Durante diez sesiones (28 de noviembre - 7 de diciembre), le son dirigidas duras críticas; tanto en lo referente a la política exterior, como a la dirección de las operaciones militares. Los oradores reprochan al gobierno su falta de energía, su sumisión ante el alto mando y su falta de impulso. Briand asiente: anuncia una reorganización del alto mando y una reestructuración del ministerio, para «concentrar bajo

irecc Í Ída la conducción general de la guerra y la organi una di ion restring1 zación económica del país». Se toman inmediatamente las medidas de aplicación. Joffi---e abandona el alto estado mayor para convertirse, como ya se ha dicho, en el «consej*ero técnico» del gobierno. En el gabinete reorganizado (13 de diciembre) el número de ministros se reduce; el presidente del consejo, los ministros de la Guerra, de Marina, del Armamento, de Hacienda deben celebrar reuniones privadas casi a diario, para determinar «las resoluciones relativas a la dirección general de la guerra». Es el «comité de guerra». El nuevo gabinete pide a las Cámaras la autorización para tomar por decreto «todas las medidas que impongan las necesidades de la defensa nacional»: desea conseguir una delegación del poder legislativo. Pero estas iniciativas no reciben una acogida favorable. La reforma del alto mando no es más que un compromiso, al que se debe renunciar quince días más tarde. El régimen de los decretos-

ley es rechazado por la Cámara, por que no quiere someterse a la «arbitrariedad gubernamental». Sólo subsiste, el «comité de guerra»; pero no hace más que preparar las decisiones del consejo de ministros, y carece de poder propio. El malestar político no se ha disipado; el Parlamento sigue deseando un gobierno enérgico, pero se niega a abandonar sus derechos fundamentales. «Se lo digo muy claro»¹, declara Briand a los diputados, «sea cual sea el ministerio que ocupe en estos bancos, si no dispone de un poder de decisión y de ejecución que le permita actuar con prontitud, se hallará en pésimas condiciones para asegurar la defensa nacionab». Pero la advertencia cae en el vacío.

Lo cierto es que estas dificultades parlamentarias no son muy preocupantes. La oposición no critica más que los métodos del gobierno, no los principios de su acción. Siempre se sitúa en el terreno nacional y no dilute la consigna de la «unión sagrada». Los jefes de todos los partidos siguen afirmando su voluntad de continuar la guerra hasta la victoria. Pero -y esto es lo más grave- esta unanimidad está comprometida por un Movimiento que se ha desarrollado fuera del parlamento. Desde otoño de 1914 los sindicalistas, entre ellos Merrheim, secretario de la «Junta de la Unión de metales», han protestado contra la colaboración del par-

0 socialista en la defensa nacional; han pedido la readopción de la ley de 1914, on los partidos socialistas, incluso de los países enemigos. Ahora

r, la eliminación de Joffre, véase p, 324.

El cansancio de los pueblos

empieza a dar resultados su propaganda: en el Con *seJo nacional del partido socialista, en agosto de 1916, estos «minoritarios» sólo habían conseguido la tercera parte de los votos; en diciembre de 1917, 1.407 votos frente a 1.537 se pronuncian a favor de la reanudación de relaciones; 1.372 frente a 1.637 son hostiles a la colaboración de los miembros del partido con el gobierno de defensa nacional. Esta oposición preconiza la fórmula adoptada por los grupos internacionalistas: paz sin anexión, paz sin indemnizaciones de guerra. El desarrollo de esta tendencia implica una amenaza: la unión nacional subsiste aparentemente, pero está dañada, porque los partidarios de colaborar con el gobierno tan sólo disponen, en el partido socialista, de una pequeña mayoría.

La campaña de 1916 no ha provocado la misma angustia en la opinión pública inglesa que en el pueblo francés. La batalla de Verdún «Vues-

tro Verdún» -como decía el primer ministro a un diplomático francés- ha despertado en Gran Bretaña un sentimiento de admiración hacia el soldado aliado; no ha desquiciado los nervios. La ofensiva del Somme ha demostrado las firmes cualidades del ejército británico de las que puede enorgullecerse el país. Sólo después, la opinión empezará a darse cuenta del número de pérdidas, y la «victoria» conseguida parecerá dudosa. No obstante, la autoridad del gobierno se resiente. Desde hace tiempo, los medios parlamentarios reprochan a Asquith la prudencia de sus méto-

dos, la debilidad de sus iniciativas, sus excesivos miramientos con respecto a las tradiciones y a los intereses individuales. En el gabinete, el liberal Lloyd George, que ocupa el ministerio de Guerra desde la desaparición de Kitchener en el naufragio del crucero de Hampshire (junio de 1916), y el líder conservador Bonar Law esperan la oportunidad de

derrocar al primer ministro.

En noviembre de 1916, las circunstancias los determinan a actuar. El 13 de noviembre, se somete un memorándum redactado por Lord Lansdowne al gabinete. El viejo hombre de Estado conservador, autor de la Entente cordial, se inclina hacia el pesimismo: considera que la situación económica, naval y militar «diste mucho de ser alentadora», que Gran Bretaña, si prosigue la guerra durante dos o tres años más, se hallará en

un «estado lamentable». «No podemos desear que se prolongue la *lucha, a no ser que se demuestre que podemos lograr un resultado efectivo en un plazo razonable». Ahora bien, ¿quién podría garantizárselo? Lans-

downe extrae una conclusión lógica: si se producen tentativas de paz, río

1 llehay que desalentarlas. ¿Puede Asquith reaccionar con toda la energía cesaria ante este estado de ánimo? Lloyd George y Bonar Law es .tan convencidos de lo contrario. Ambos se ponen de acuerdo para exigir al pl" mer ministro una «reorganización de los métodos gubernamentales», que sólo daría a Asquith la apariencia del poder y que proporcionaría a Un

«comité de guerra» (Lloyd George, Bonar Law, Ed. Carsori) la direc-

1 A 1 - de especla dor*.

ción efectiva. Asquith se niega a ser re ega o «a rang JugartePero el 3 de diciembre, ante la amenaza de la dimisión de su' *j. El mentes, se ve obligado a anunciar una reorganización ministeri

Las democracias occidentales tras haber reunido a los iefes de partido, el rey encarga a Lloyd George que forme gobierno.

Esta crisis política no es un simple incidente. El gabinete Lloydc1neocí----

1 ge es un gobierno de coalición, apoyado por la mayoría de los vadores, una parte de los liberales y por aquellos laboristas que anteponen el interés del país a las preocupaciones de doctrina; pero no es un gobierno de unión nacional: lo combaten los «puros», ¡OS doctrinarios que no perdonan a Lloyd George el haber abandonado la disciplina del partido, el haber eliminado a su propio jefe y haber dislocado los marcos tradicionales de la vida política británica.

Para esta nueva formación política, se elabora un nuevo sistema de g.obierno, adaptado a las necesidades del estado de guerra: el poder lo ejercer un War Cabinet, formado al principio por cinco hombres (Lloyd George, Bonar Law, Curzon, Milner y Henderson), que se reúne casi a diario y que da órdenes a los departamentos ministeriales. Los demás miembros del ministerio no Son más que colaboradores de segunda fila. En este sistema, la autoridad personal del primer ministro es considerable. La ejerce en ocasiones con una seguridad despreocupada: no asiste a las sesiones del Parlamento, salvo en las grandes ocasiones. En realidad, la Cámara de los comunes se reduce, de hecho, a un papel pasivo. La crisis de diciembre de 1916 desemboca en una profunda transformación, no sólo en la tradición de la vida política,

sino también en las formas de gobierno.

Aunque la situación interior de Gran Bretaña parece más sólida de lo que había sido durante los meses precedentes, el gobierno de Londres halla, en el Imperio, otros problemas. No son los dominios la causa: uno a uno, adoptan, como en la metrópoli, la fórmula del gabinete de «coalición nacional»; sólo África del Sur, donde una insurrección, rápidamente reprimida, estalló a finales de 1914, no manifiesta gran interés por los acontecimientos de Europa. Pero es la cuestión de Irlanda la preocupación más grave.

Desde el comienzo de la guerra, John Redmond, dirigente del grupo irlandés en la Cámara de los comunes, había afirmado que sus compatriotas permanecían, durante la crisis mundial, leales a Gran Bretaña; había aceptado que la aplicación de la Home Rule fuera diferida hasta el fin de la guerra, - había alentado a los irlandeses a enrolarse en los ejércitos británicos.⁶

pero la actitud de Redmond sería, algunos meses más tarde, desaprobada por los «irreconciliables». A lo largo de 1915, los que veían en la Home Rule una concesión insuficiente las dificultades.⁴

de Gran

a es y querían aprovechar

retaría para afirmar la voluntad de independencia ya comenzado a organizarse. Sus grupos «sabotaron» c, a le Irlanda, habiendo

car, Irigoin, eriprendida para el reclutamiento de voluntarios, exhortando a la resistencia.¹

istencia contra la administración británica. Con la ayuda pe-

⁶ Véase,

El cansancio de los pueblos

cuniaría de los irlandeses de América, habían formado un pequeño ejército, que contaba todo lo más con dieciocho mil hombres. Sus jefes -uno

de ellos, sir Roger Casement, se había pasado a Alemania al comienzo de las hostilidades- no habían vacilado en pedir ayuda material al gobierno alemán. Con la colaboración de Alemania se había preparado, en

la primavera de 1916, un movimiento de insurrección: mientras un navío alemán camuflado debía desembarcar en Irlanda armas y municiones, la flota alemana tenía que realizar, en el mar del Norte, una demostración que mantuviera lejos del mar de Irlanda las fuerzas navales inglesas. Los preparativos habían sido descubiertos y Casement arrestado en el momento en que un submarino acababa de desembarcarlo en la costa occidental. Pero el levantamiento se produjo. Para afirmar su voluntad de resistencia a Gran Bretaña, incluso sin esperar éxitos, los republicanos irlandeses hicieron Ja revuelta de Pascua@>. Durante cinco días, un puñado de insurgentes -1.200 hombres- se habían hecho con la ciudad de Dublín. El gobierno provisional de la República de Irlanda lanzó una proclamación de independencia. El levantamiento fue reprimido, después de una batalla en las calles sangrienta y encarnizada; los jefes, condenados a muerte. Aunque el movimiento fue obra de una pequeña minoría, Irlanda todavía e _staba estremecida.

El gobierno inglés, a finales de 1916, teme nuevas complicaciones: en

vano intenta encontrar entre los intereses británicos y las reivindicaciones irlandesas, una conciliación; ante el temor de toparse con una resistencia armada, no se atreve a someter a la población al servicio militar obligatorio. La cuestión de Irlanda sigue siendo una fuente de perpetua inquietud para los ingleses.

La situación política de Italia es problemática. En junio de 1916, el ministro Salandra -que había decidido la intervención- ha sido derribado por una coalición de opuestos, los socialistas no le perdonan haber empujado al país al conflicto y los nacionalistas le reprochan querer llevar «una pequeña guerra, a precio reducido»@. El nuevo jefe de gobierno, Boselli, intenta adoptar una fórmula de «concentración nacional»; hace una llamada a todos los que quieran «prolongar y engrandecer los es-

fuerzos de Italia hasta la victoria». Pero esta clase de «umón sagrada» no es comparable a la que existe en Francia o en Gran Bretaña: los miembros del gabinete son unos hombres que han actuado para incitar a la Í OPI-

nión italiana a la intervención, y otros -entre ellos Cosmío, un gllolIttiano- exiteutralistas, resignados al inevitable hecho. El presidente del consejo es un anciano, con más buena voluntad que firmeza.

III. LAS POTENCIAS CENTRALES'

En Alemania y Austria-Hungría, la estabilidad política no es que esté mejor asegurada. ' Obras de consulta--- Las mismas de la p. 284 y además, stürnke, D,e En,,,hurig der

En Berlín, el canciller Bethmann-Hollweg es objeto de críticas análogas a las que afectan a Briand o a las que acaban de provocar la caída de Asquith. Se le reprocha practicar una política de compromisos entre partidos políticos y miramientos para con los neutrales; también allí, la oposición acusa al gobierno de debilidad. Pero lo que confiere a estas dificultades políticas alemanas su propia fisonomía, es el papel que comienzan a representar los estados mayores.

En la primera de 1916, un conflicto ha surgido entre el almirante von TnPlitz, que quería reemprender la guerra submarina, a pesar de la promesa hecha a los Estados Unidos, y el canciller, que se opone; esta diferencia ha provocado la dimisión del almirante. Sin embargo, los submarinos han sido autorizados, durante algunas semanas, a reanudar las operaciones en los mares del norte; pero el torpedeo del buque Sussex, en el canal de la Mancha, el 24 de marzo, ha provocado un nuevo y grave incidente entre Alemania y los Estados Unidos: ante la amenaza de una ruptura de relaciones diplomáticas, el gobierno alemán ha tenido que prometer, el 4 de mayo, que los barcos mercantes no serán hundidos «sin previo aviso y sin garantías de salvar las vidas humanas». De hecho, el estado mayor de la marina, para expresar al canciller su descontento, ha decidido suspender durante cinco meses toda guerra submarina contra el comercio.

Pero la opinión alemana no acepta esta retirada. Los partidos de derecha reprochan al canciller el poner obstáculos a las medidas de salud pública, y el miramiento para con Inglaterra. Se desarrolla la polémica: en junio, Bethmann denuncia al Reichstag un folleto cuyo autor, que firma «Junius Alter» (es un funcionario prusiano, Kapp, director de agricultura en Königsberg), le acusa de traición. La llegada al alto estado mayor del mariscal Hindenburg y del general Ludendorff agrava el debate. Ludendorff es un estrecho conservador, un adversario de los socialistas, un partidario de los objetivos de guerra «anexionistas»; quiere intervenir en cuestiones de política general.

Muy pronto se le brinda la ocasión. Desde primeros de octubre de 1916, se plantea de nuevo la cuestión de la guerra submarina: el alto estado mayor toma partido; apoya vigorosamente el punto de vista del estado mayor naval y recomienda el empleo sin reservas del arma submarina; se niega a considerar las objeciones del canciller. En vano, Bethmann protestará; en vano, afirmará que la decisión, en este asunto, es un acto de Política exterior, en el que sólo él está cualificado para tomar responsabilidades”La mayoría del Reichstag condena su postura. El 16 de Octubre, el partido del centro vota una moción: «La decisión del canciller del Imperio, deberá apoyarse esencialmente en la decisión del mando
11,perno de los ejércitos. Si decide rechazar la guerra submarina sin res~

blik (Francfort, 1923, in-8-); R. Lorier, Kaiser Karl und der Untergang der je (Graz, 1959, in-S-).

El cansancio de 105 pueblos

tricciones, el canciller del Imperio debe tener la certeza de coincidir con

la postura del Reichstag». Baste decir que en caso de un conflicto entre el alto mando y el canciller, la mayoría desaprobará a Bethmann Hollweg.

Por otra parte, fuera del Reichstag, donde no forman más que un pequeño grupo apenas apreciable, los socialistas «independientes», que se niegan a apoyar los créditos de guerra, comienzan una campaña de propaganda. Desde el 24 de marzo de 1916, la escisión del partido socialista es oficial. Los elementos de extrema izquierda de este grupo, dirigidos por Liebknecht, han formado el Spartakusbund, que no vacila en hacer

una llamada a la resistencia activa. El 1 de mayo Liebknecht ha sido arres-

tado por haber gritado: «¡Abajo la guerra!» en las calles de Berlín; y ha sido condenado a cuatro años de prisión.

A finales de 1916, la situación política en Alemania, sin ser grave es delicada. Contra la política del canciller, que busca la forma de prolongar el equívoco para intentar mantener la unión de los partidos, se han

formado dos oposiciones. Una, en la extrema izquierda, reprocha al gobierno no haber desautorizado los programas anexionistas; tiene su base en medios obreros de algunas grandes ciudades, pero sin influencia en el Parlamento. La otra, en la derecha, critica al canciller por su debilidad

y querría ver al gobierno recurrir a medidas extremas, sean cuales sean las consecuencias diplomáticas; tiene su apoyo en el alto estado mayor y representa en el Reichstag una fuerza real. En el fondo, son las relaciones entre el alto mando y el canciller las que dominan esta situación política: éstas conducirán a la crisis del verano de 1917.

En Viena y en Budapest, donde sus gobiernos habían practicado hasta entonces, de forma diferente métodos autoritarios, comienzan a aparecer los síntomas de una evolución.

En Austria, un hecho accidental anuncia este cambio. El 21 de octubre de 1916, el presidente del consejo, el conde Stürgkh, almuerza, como

de costumbre, en el restaurante; de pronto es derribado por los disparos de un revólver. El autor del atentado, Friedrich Adler, es secretario del partido socialista; pero ha actuado por su cuenta, sin el asentimiento de sus amigos políticos, que no comparten el apasionamiento de sus compañeros. Las consecuencias políticas son importantes: la desaparición de Stürgkh pone fin al régimen de «opresión» con el que se había identificado. El conde ha

En Hungría, la dictadura de Tisza tiene problemas. La oposición, encontrada en la intervención de Rumanía la ocasión para poner en

redicho al jefe de gobierno; le reprocha no haber previsto la entrada guerra de este nuevo adversario, de no haber tomado a tiempo las medidas necesarias para proteger Transilvania de la invasión. Sin embargo, Tisza mantiene su mayoría. En general, sus adversarios se sitúan sobre el terreno nacional: no cuestionan los principios de la política húngara y sólo critican los métodos. Sin embargo, aparece una nueva tendencia: uno de los líderes de la oposición, el conde Karolyi, se ha separado desde julio de 1916 de sus amigos políticos. Mientras que Apponyi y Andrássy

Rusia

admiten, como Tisza, que los intereses de Hungría son solidarios con los de Alemania y que la alianza austro-alemana es un dogma intocable, Karolyi pide al gobierno que dé a conocer sus objetivos de guerra; estima que Austria-Hungría no debe continuar la lucha para satisfacer ambiciones que no son las suyas ni hacer el juego al imperialismo alemán; desea una paz de compromiso. Estas ideas no tienen grandes éxitos: Karolyi apenas atrae consigo a una veintena de diputados. Pero este grupo juega, en el Parlamento de Budapest (donde el partido socialista no tiene apenas influencias), un papel análogo al de los «independientes» en Alemania y al de los «socialistas minoritarios» en Francia; pone en duda la necesidad de llevar la guerra hasta la victoria completa.

El 22 de noviembre de 1916, la muerte del emperador Francisco José abre, en la historia política de Austria-Hungría, una nueva era. El heredero del trono, Carlos I, es joven; tiene un gran entusiasmo; sufre la influencia de un entorno que, en contraste con el escepticismo de la vieja corte, querría aplicar ideas y busca nuevos métodos. La emperatriz Zita es ajena a las tradiciones austriacas; posee un espíritu activo, desea desempeñar un papel. Su madre, la duquesa de Parma, tiene expectativas políticas. El emperador cuenta con más buena voluntad que experiencia, más veleidades que firmes resoluciones; no posee ni la energía del archiduque Francisco Fernando, ni el frío egoísmo de su tío Francisco José. Al llegar al poder, no tiene aún un programa concreto; pero está decidido a renunciar a los métodos de opresión: no querría reanudar en Austria el «sistema Stürgkh», pero tampoco es favorable a la dictadura

que ejerce en Hungría el conde Tisza. Con el nuevo reinado, Austria-Hungría va a conocer un despertar de la vida política, que pondrá al emperador, en 1917, frente a serias dificultades.

IV. RUSIA 8

Si en todos los Estados beligerantes la situación interior a finales de 1916 da lugar a dificultades, tan sólo en Rusia se agravará.

Desde la prorrogación de la Duma, en setiembre de 1915, y la formación del «blcique» de oposición liberal, la crisis política no ha cesado

jercitos, a pede empeorar. El zar ha tomado el mando supremo de los e» ‘ ‘ sar del peligro que puede resultar para la dinastía en caso de una derrota 9. Está obligado a pasar la mayor parte del tiempo en el alto estado

a Obras de consult Y1933' ‘n-8’); Golder, Da-O-cumLaesntsmiosmaRsudsseiala Ph.is2to82ryy IG91re4n-lar9dl,7L(aNreéwvoYluotriokn Ir9u2ss7e m`aSís),.

1:2s`c tambien Lettres de l@1.niperatrice Alexandra a Nicolas II (París, 1924, in-8') y Lettres

s grands-d La . Ics a Nicol@s II (París, 1926, in-S'). ,, , revista K y arkh;v ha publicado muchos documentos sobre la situación interior de, Sia entre 1r9als5n Y 1916.

Véase P. 277.

334

335

cansancio de los pueblos

mayor y no tiene más que contactos intermitentes con quienes podrían ponerle al corriente del estado de la opinión pública. Se encuentra débil,

lenindeciso, pero intenta ocultar estos defectos de carácter bajo la apariencia de austeridad. Su obstinación, su rechazo a discutir no son más que precauciones que toma contra sí mismo. Escucha a medias y no da a sus colaboradores una impresión de franqueza. En Tsarskoye-Selo, domina la influencia de la emperatriz; ella recibe a los ministros; en sus cartas al zar, formula apreciaciones acerca de los hombres y los hechos. Incluso acerca de los generales. Ahora bien, Alexandra Feodorovna lo ignora todo sobre Rusia; no se da cuenta de la irritación que invade a los miembros de la burguesía; a la Duma, a la Unión de zerrirvos y a la Unión de los de los considera como n, ciuda-

migos de Estado e imagina que el verdadero pueblo ruso, indiferente a estas intrigas, permanecerá fiel al emperador.

Alrededor de ella rondan los «poderes ocultos» y sobre todo el de Rasputín. A cada instante, en sus cartas al emperador, Alexandra Feodorovna cita consejos y advertencias de quien ella designa con un diminutivo familiar, «Gregory», y al que llama «nuestro amigo». Rasputín abusa de la situación para servir, a cambio de dinero contante, a los intereses de gentes de negocios y para obtener de la administración favores de quienes han sabido conciliarse su simpatía. Toda la sociedad lo sabe pero todos los altos funcionarios, o al menos casi todos, se inclinan ante su poder y algunos se unen a él. Aunque la prensa se vea obligada al silencio e incluso no tenga derecho ni a pronunciar el nombre de Rasputín, sólo se habla, en la burguesía rusa, del escándalo de esta influencia. ¿Es posible abrir los ojos al emperador? El presidente de la Duma, Rodzianko, le ha dicho, en febrero de 1916, que la presencia de «Gregory» en la corte es un peligro para la dinastía y para el país; el mariscal de palacio, Voeikov, ha mostrado a Nicolás II la indignidad de su «amigo»; la emperatriz madre ha intentado derrocarlo. Todos han fracasado. El mal está hecho: la dignidad de la familia imperial está comprometida.

Estas condiciones morales, agravadas en las ciudades por las dificultades económicas, explican el desarrollo de la crisis política.

En vano el presidente de la Duma denuncia al emperador «la apatía del poder». Nicolás II el 2 de febrero de 1916 decide retirar al presidente del consejo, el viejo Goronnykine, y nombra en su lugar a Stürmer que no es hombre digno de confianza: anteriormente subsecretario de Estado del Interior bajo el régimen de Plehve, había estado ligado a los partidos de derecha; y llega al poder gracias al apoyo de Rasputín. ¿Su programa político? No lo tiene: «Una cosa conlleva la otra» declara, después de su caída, en la comisión de investigación de 1917.

La Duma se desmorona. Convocada, en febrero de 1916 para una sesión de algunos días, escucha una alocución del zar, y un insignificante discurso de Stürmer. Nicolás II, a pesar de los consejos que ha recibido,

Véase p. 293.

- 336

11,r,

no se decide a anunciar una reforma de los métodos gubernamentales en Rusia

al 01 Congreso de la Unión del Parlamento, la el sentenció que desea el «bloque progresista», F tales en oposición el ón aumenta. Cu

arzo de 1916), el alcalde de Moscú declara que el ne de nuevo (12 de marzo) nión de ciudades se reñ gobierno está conduciendo al país a la tudelegado, Astrov, ha , d, ma- «E' gObieno@ declara otro

ién manos de bufones, estafadores y traidores. No podemos decirle: vuelva en sí; reconozca sus errores ante el país. Al gobierno, no podemos decirle más que: ¡Fuera! En Zemtvo, el príncipe Lvov declara; «l el congreso de los

1 a patria está en el país, añade el diputado Kononov, no hay Más PC gro>, Para salvar

ón que un med* la forinac, de un gobierno responsable ante el Parlamento. En varío: los ministros, Naoumov, las dos Uniones: se le aconseja al zar que intente la colaboración uno de nistro de Asuntos Exteriores *striña a presentar su dimisión. E, -ul- ion de

teriores Sazonov, en desacuerdo con)s lo, el miacerca de las satisfacciones qué se deben conceder a los políticos colegas también. Estas dís acos, se retira Ale .. lensiones paralizan el Poder. El jefe de estado mayor,

e, xéi @v, Interviene para pedir al emperador que restablezca el orden en el gobierno: «se requiere un dictador». El emperador confiando al presidente del Consejo* resuelve la crisis riore y llamando al ministro Í)0 Stürmer la cartera de Asuntos Exteriores, que, aunque - misterio de Interior a u, gran industrial, Proto-

s vicepresidente de 1, Duma, está dispuest 1

0 a traicionar sus conviccione liberales Stürmer es un hombre sospechoso, a quien los embajadores de Francia y de Gran Br,tan-a vigilan; protoPOPOv ha aceptado mantener conversaciones, en Estoco Imo, con el b Mán Warburg. No obstantel anquero aleconfianza. , es a estos a quienes el zar Otorga su

Cuando el 14 de noviembre de 1916, la Duma inicia las sesiones, el de,contenido' estalla. Stürmer es acogido entre gritos de- «¡Aba'o los t dores» ' El diputado Miloukov lanza] raldcnte del cons ' un riguroso ataque coritra el presi .de 1 90 Y Pone en entredicho la emperatriz. La declarací 1

Os progresistas arroja sobre el ion derrotas Y d la crisis eco 1 . gobierno la responsabilidad de las Duma. Pero C1 em nom1ca. Stürmer quiere resisti .r, disolver la

perador lo abandona. Lo reemplaa no es objeto de lasdere h U por Trepov, que

c as e mismas sospechas, pero que ta 1-én es hombre de ded - -uando el nuevo Presidente del c,s - m b . icierribre de 1916) que pro ejo anunci decesor seguir- la a la Duma (2 nchk -es acogido con s'lb'do a con la misma Política que SI preel evitch se separ---, 1 1 S. En la extrema derecha, el dí

que estigmatiza la 1. de sus am, iputado Pou-

nfluen . 'gos Políticos; pronunci .a un discurso en «cambie el cur cia de «poderes Ocultos>, Y Suplica al zar que rNOCIÓN 11) de su Política» El 9, el Co - 14, Para formar un ' - nsejo del

la asanabl ministerio i imperio vota una aser ab ea de la nobleza s, 'nvestido de la confianza del país El

Pero, 'ndo,,adO Por los m- une a esta resolus,,ón. El zar comienza alop Por débil ismos que deberían

uede jl. que sea el gobierno, la oposici apoyar el trono. PQr" del ,gar a riada si respeta 1.1 on es consciente de que

loque»; decla s vías legales. Los progresistas se se-

r,n que ha llegado para la Duma el momento

de formar, por su propia autoridad, un gobierno. En ese momento los socialistas aparecen en escena. En la sesión del 29 de diciembre, lanzan una llamada a la acción revolucionaria: «SI continúan combatiendo a este gobierno por medios legales, se parecerán a don Quijote, luchando contra molinos de viento. El deber cívico consiste, hoy, en desobedecer la ley». En la noche de ese mismo día, Rasputín, atraído a una emboscada, es asesinado: el autor del asesinato es el príncipe Youssoupov; los cómpli-

ces son Pourichkévitch, adversario de los «poderes ocultos», y un miembro de la familia imperial, el gran duque Dimitri. Estos hombres no son precisamente revolucionarios; únicamente quieren librar al zar de la maligna influencia que sufre. Pero su gesto muestra el camino: quizás sin quererlo, dan el ejemplo; inculcan la convicción de que, para resolver la crisis política, es preciso recurrir a la fuerza.

Al día siguiente del asesinato de Rasputín, la situación en Rusia es ya revolucionaria. La vida constitucional se hace imposible. ¿Intentará el emperador poner fin a la oposición por medio de la violencia o por el contrario será él quien se vea derribado por un golpe de Estado?

Nicolás II intenta llevar a cabo una política de represión. El 3 de enero de 1917, aplaza por un mes la Duma. Como el presidente del consejo Trepov duda en adoptar esta postura, lo releva de sus funciones. El príncipe Galitzyne, convocado para que acepte la sucesión, es un anciano

que no tiene ni autoridad ni un programa. El mismo confiesa sentirse incapaz de soportar la responsabilidad del poder. El emperador se le impone. En realidad, el verdadero jefe del gobierno, es el ministro del Interior, Protopopov, un enfermo (está afectado por una parálisis general), un hombre sospechoso de desear la paz separada. Bajo su influencia se toman las medidas de rigor: el nombramiento de nuevos miembros en el Consejo del imperio, para de esta forma alterar la mayoría; la prohibición a la Unión de ciudades y a la Unión de Zerritvos de celebrar reu-

niones, sea para el objeto que sea.

Las advertencias que se le hacen al zar caen en el vacío. El presidente de la Duma, en enero de 1917, le muestra los peligros de la situación: la opinión pública está sobreexcitada; los continuos cambios del personal gubernamental desorganizan la acción del poder; la influencia de la em-

peratriz provoca indignación y odio; «el pueblo se distancia de su zar...

No forcéis al pueblo a elegir entre vos y el bien de la patria». El embajador de Gran Bretaña, sir George Buchanan, en 12 de enero, hace, a su

vez, ante el soberano una gestión personal. Es preciso «limar asperezas»,

declara, y llamar a la presidencia del consejo a un hombre que goce

de

la confianza de la nación. Incluso los miembros de la familia imperial se inquietan. Reunidos con la gran duquesa María Paulovna, firman una car-

ta colectiva para indicar al zar «el peligro que su política interior hace correr a Rusia y a la dinastía». El gran duque Alejandro Mijailovich, cli-

fiado del zar, interviene a comienzos de febrero: «Es el gobierno el que prepara la revolución; el pueblo no la quiere; pero el gobierno eroPlea todas las medidas posibles para aumentar el número de descontentos, Y

- 338 -

La Europa neutral

lo consigue plenamente». Nicolás II no opone más que una suave obstinación. «¿Pensáis que soy yo quien debe recuperar la confianza de mi pueblo?. ¿No será el pueblo quien deba recuperar la mía?».

En ciertos medios liberales, en la Duma, se toma la resolución de intentar dar un golpe de Estado: Gutchkov ha proyectado sublevar a las tropas de la Guardia, apoderarse del tren imperial en el curso de un viaje y obligar al zar a abdicar. El gobierno teme ver estallar levantamientos cuando la Duma reanude las sesiones. La policía ha recibido ametralladoras. «En cualquier momento», escribe Buchanan al Foreign Office, pueden surgir las llamas «del fuego que se avecina».

V. LA EUROPA NEUTRAL

Los Estados que permanecen al margen del conflicto no representan, en el continente europeo, más de una décima parte de la población. Tras Turquía, Italia, Bulgaria y Rumanía, Portugal, vinculado a la política inglesa, entra en guerra. A finales de 1916, los tres Estados escandinavos, Holanda, Suiza y España son los únicos espectadores de la lucha. Grecia, aunque su gobierno la mantiene en la neutralidad, se halla sometida al control de la Entente, que tiene en sus manos el aprovisionamiento, dirige a la policía y se esfuerza en paralizar la política del rey.

Ninguno de los neutrales puede evitar, en su vida cotidiana, escapar de las consecuencias de la guerra. En el aspecto económico, todos dependen, en mayor o menor medida, de los beligerantes; en el aspecto político, es la actitud que se adopta hacia las potencias en litigio la que domina las polémicas de los partidos.

Desde el comienzo del conflicto los Estados escandinavos se han puesto de acuerdo para hacer una declaración común de neutralidad. Sin embargo la orientación que dan a sus políticas y preocupaciones son diferentes. Dinamarca no es afín a Alemania, pero la teme; el gobierno sabe muy bien que sería inútil resistirse si el alto estado mayor quisiera hacer franquear a sus tropas la frontera de Slesvig. En medios políticos, el mantenimiento de una estricta neutralidad es la preocupación domi-

Obras de consulta ---La obra de Arnheim, *Das Ausland im Weltkrieg* (Berlín, 1922, da una visión de conjunto. Sobre los demás Estados, Norway, Denmark and Sweden @n the World War (Londres, 1928, in-S', de la Colección Carnegie de historia económica y 11cial de la guerra) - Sobre Holanda, la extensa obra del historiador holandés Japikse, *Die Stellung Hollands im Weltkrieg* (Gotha, 1921, in-8')- Sobre Suiza, la obra ya citada de Picavet (véase p. 97), la de Rübti, *Geschichte der Schweiz während des Weltkrieges* (Berne, 1928 in-S.), Y Os estudios de J. Bourdon, «La Suisse pendant la guerre», en el *Bulletin de la Société d'histoire moderne*, abril 1921, y de G. Jeze, «Les pleins pouvoirs en Suisse», en la *Revue de droit public*, año 1917, pp. 224-232.- Sobre España, S. de Madariaga, *Spain* (Londres, 1930, in-S') A Wif

k. y. oussel, *Espagne pendant la guerre* (París, 1925, in-S);

Olívar Bertrand, «Repercusiones, en España, de la Primera Guerra Mundial», en *Cuadernos de historia diplomática* 1956, nº 3, pp. 3-51.- Sobre los Países Bajos, A. Vandenbosch, *71e neutralité Ofthe AT- LLI- J- J*

t n uring the World War (Grand Rapids, 1927, in-S).

El cansancio de los Pueblos

nante; sólo algunos conservadores reclaman que el país manifieste su preferencias hacia la Entente. El gabinete en el poder, presidido

1 1 0. por- un radical, Zahle, y apoyado por los socialistas, no tiene inconveniente en practicar una política prudente, que además responde al deseo del rey. Restringe la libertad de prensa, para impedir la publicación de artículos* violentamente hostiles a Alemania y para apagar las voces de quienes denuncian el aumento de las exportaciones de productos agrícolas en favor del poderoso vecino. En setiembre de 1916, Zahle remodela su trastero introduciendo a representantes de todos los partidos: la fórmula de la «unión nacional» se impone incluso entre los neutrales.

Suecia teme a Rusia. En setiembre de 1914, el ejército ha sido reorganizado, sobre la base de un servicio militar de tres años. Pero los miembros del gabinete no están de acuerdo acerca de la manera de entender la neutralidad: el ministro de Asuntos Exteriores, Wallenberg, quiere mantenerla a toda costa; parece que el presidente del consejo Harrutiarskiöld es partidario de simpatizar con Alemania. En junio de 1915, un grupo «activista», en el que se codean conservadores y socialistas, hace campaña en favor de una intervención al lado de Alemania: Rusia, dice, es el enemigo natural de Suecia; la posesión de Finlandia podría ser el precio de esta intervención. Los círculos oficiales no alientan este movimiento; pero dan facilidades a Alemania para su abastecimiento. Por eso, en 1916, la actitud de Harrimarskiöld es abiertamente criticada: el líder socialista Branting está a la cabeza de la oposición. En enero de 1917, el Parlamento inicia un gran debate sobre la política económica del gobierno, es decir, en el fondo, sobre la concepción de la neutralidad. Cuando el presidente del consejo da a entender que la política de bloqueo emprendida por Francia, Inglaterra y Rusia amenaza los intereses suecos, es derrotado por 187 votos, contra 172. Pero el rey, en lugar de llamar al poder a los jefes de la oposición, forma un gabinete de conservadores moderados, y de «neutralistas».

Noruega simpatiza con Inglaterra, con la que mantiene estrechas relaciones comerciales. El gobierno, preocupado en salvar la neutralidad, 'f'cultaintenta ante todo evitar al país, en la medida de lo posible, las dificultades económicas y proteger la economía pública; actúa con rapidez y decisión; la oposición parlamentaria guarda silencio. Hasta el verano de 1916, las dificultades no han sido muy graves: el gabinete ha protestado, como la mayor parte de los neutrales, contra la guerra submarina alemana, pero en contrapartida, también ha hecho objeciones a la política de bloqueo. A finales de año, la situación se complica, pues Noruega anuncia su intención de prohibir la recalada de submarinos en sus aguas territoriales.

1 1 la amenaza; pero, como ni Francia torales: Alemania 1 Gran Bretaña ni desean arrastrar al gobierno de Cristianla a la guerra, el conflicto se

apacigua. ido n,mentOs

Holanda, a causa de su situación geográfica, ha conocido de gran inquietud: cuando veía, en sus fronteras, que el territorio de Bélgica neutral servía de campo de batalla, temía verse arrastrado en el

- 340

conflicto. Esta angustia se atenúa en La Europa neutral

blica comprende que ni Alemania ni el momento en que la opinión pú-

Gran Bretaña tiene interés en empujar al país hacia la guerra. Pero no es necesario decir que los intereses holandeses soportan todas las medidas que atentan al principio de libertad de los mares: por consiguiente, el gobierno ha protestado prácticas del bloqueo, y también contra las nefastas acciones 0 contra las

1 de los submarinos alemanes. La industria pesquera está interceptada, pues los cruceros ingleses en el mar del Norte, apresan los barcos pes

no tiene más que un estado de inseguridad permanente, el gobierno queros. En esta preocupación: mantener la neutralidad absoluta, tomando las precauciones necesarias para defender la existencia de la nación, en caso de que se vea amenazada. Estas preocupaciones de la política exterior absorben casi

ción del país. Hasta el otoño de asuntos de política interior están en suspenso. Más tarde 1915, todos los pero tímidamente. El , , e reaparecerán,

1 El ministerio propone una revisión constitucional, cuyo aspecto esencial debe ser la adopción del sufragio tiene gran cuidado en limitarlo a universal; pero

tar sus proyectos a las medidas que todos los partidos están de acuerdo en votar. Si el debate compromete el moral del país, el emplazamiento* metiera la unidad

iento, dice, se impondría. Aquí, como en todas partes, la guerra europea domina

La si' ina la vida política.

tuación de Suiza es aún más precaria que la de los demás neutrales. inquieta por su neutralidad, ha movilizado, desde el 3 de agosto de 1914, las tres cuartas partes de su ejército. En la opinión pública manifiestan corrientes opuestas, se

es opuestas y violentas: la Suiza francesa acusa su inclinación hacia Francia; la Suiza germánica está influida por la propaganda alemana. El gobierno se encuentra ante graves dificultades

La crisis económica empeora. Privada de relaciones culturales.

es directas con los grandes países productores de materias primas, de carbón o de trigo, Suiza no puede abastecerse más que por medio del consentimiento de los beligerentes, así que negocia. En 1916, la entrega de ganado a Alemania, le prometió, el 29 de setiembre de 250.000 toneladas de carne y de quesos a cambio de un stock mensual de trigo; pero, como ni siquiera a la Entente el beneficio de medidas análogas, se halla sometida, por esta parte, a una rigurosa restricción de sus importaciones.

Desde el punto de vista económico, las dificultades no son menores. Las divergencias de la opinión

nacional, el gobierno liberal, que comprometen la coherencia moral, juzga conveniente adoptar una actitud de neutralidad; torna medidas que restringen

que los discursos o restringen la libertad de prensa y que

gobierno» escritos que propicien «el odio o el desprecio» contra los pueblos extranjeros. «Pero verdaderamente está en la balanza? Bajo el régimen de «Plenos poderes» la autoridad En 1916 dos Suiza como el, todas partes, una influencia* Porci coroneles, Egli y Wattenwyler], - al.

Conado al estado son acusados de inconstancia

ber franco Mayor alemán información acerca de los ejércitos de los alemanes-La Pina que les es infligida suspensión de empleo

tad del sueldo - es cosa S

liderada - is, r, a Por parte de la población

El cansancio de los pueblos ción cuyas simpatías se dirigen a la Entente. La actitud del con,, ' Hoffmann, director del departamento de Asuntos Exteriores, lero

que tien, fama de germanófilo, provoca más críticas. En medios políticos de la Suiza francesa, se forma una oposición, que reprocha al Consejo federal la manera con que aplica los plenos poderes, protesta contra las excesivas

ibuciones de la autoridad 1 conspiraci atr militar y denuncia la « lón del silencio». El 15 de marzo de 1916, el Consejo federal debe prometer que presentará a la asamblea, cada trimestre, un informe de su actividad: el control parlamentario, después de casi dos años de interrupción, comí

ienza de nuevo a ejercerse; por modesto que sea, obliga al gobierno a utilizar los plenos poderes con más moderación.

España, libre para poder abastecerse por mar, sufre menos que los demás neú Ítrales de las dificultades económicas. Las provisiones que Puede proporcionar a los Estados beligerantes son para sus productores una fuente de grandes beneficios y para la economía pública una bicoca. El valor de la peseta sube. Cierta parte de la población conoce una era de prosperidad. Sin embargo el país se resiente profundamente del contrapeso de la agitación general. Si bien la masa campesina permanece indiferente ante el espectáculo de la guerra, la parte más activa de la población desde el punto de vista político toma toda ella partido. Los liberales antielerales y los intelectuales otorgan sus simpatías a la Entente, pues ellos son «antiprusianos»; los medios reaccionarios y la mayoría de los oficiales tienen tendencias proalemanas, pues admiran los métodos autoritarios. Son por consiguiente preferencias de principios las que orientan estas corrientes divergentes. Incluso la corte está dividida: la reina es inglesa; la reina madre austríaca. El rey, aunque haya tenido ocasión de dar a conocer a Francia y a Gran Bretaña sus íntimos sentimientos, no los declara públicamente e incluso a veces da, quizás para no de)ar entrever sus preferencias, la impresión de favorecer a las potencias centrales. Estas divisiones de la opinión pública son activas, frecuentemente escandalosas, aunque en el fondo los dos sectores están de acuerdo en reconocer que España debe permanecer neutral puesto que sus intereses vitales no están en juego. Pero la aspereza de las discusiones no facilita la tarea del gobierno, tanto más cuanto que estas actitudes con respecto a los beligerantes no responden exactamente a etiquetas políticas. Cuando en 1916 la marina mercante española comienza a sufrir, al igual.quC J3' demás marinas neutrales, las consecuencias de la guerra submarina alemana, el presidente del conseíol Romanones, anuncia que dirigirá un3 protesta a Berlín. Entonces la polémica adquiere mayor violencia'

VI. LOS ESTADOS DE AMÉRICA LATINA 12

la Las lejanas tierras de América latina no pueden ser indiferente' a lucha que enfrenta a los Estados europeos. Incluso al margen de ;as res-

¿Obras de consulta- Además de las citadas en P. 58@ véase: p, H. michel,

342

Los estadOs de América latina pectivas simpatías, que en ocasiones resultan ac rnitén a la vida del v.e' tivas, dos aspectos las re- ')0 continente: la presencia de los futuro de sus intereses econó - inmigrantes y el

micos- Los italianos son numerosos en Argentina, los alemanes en Brasil meridional. la Gran Bretaña s s relaciones comerciales con

on antiguas Y sólidas; la cultura francesa mantiene su nifluencia a entre la buena sociedad; pero la propaganda alemana hace un esfuerzo por atraer hacia la doctrina germánica a una parte de la prensa. Estas influencias diferentes 0 contradictorias se eiercen sobre la opinión pública, cuyas tendencias son evidentemente confusas. Sin emba a poco, se van Perfilando. rgo,poco

En América del Sur, Chile y Bol S fluencia alemana es m ivia son los Estados en los que la in-

as notoria en gran parte Por razones ec Cotriercio

sencia, en lo centros urbanos e « las importaciones alemanas onOmica

Incluso en cierJuegan un importante papel en el

s de representantes de casas alemanas da un punto tdaes 1roesgíoonseps aaígersiéoyialsa,pre de apoyo a la propaganda; la influencia del clero actúa en el mismo sentido, por antipatía hacia la Política anticlerical de Francia; por último, el rnenos en Chile, el ejército ha sido reorganizado por instructores alemanes. En Santiago, la Gaceta militar órgano de los oficiales, y la Unión, periódico de los conservadores, son' las Publicaciones que sirven a la política de las potencias centrales.

Por el contrario, en Uruguay, .la opinión pública manifiesta «una verdadera hostilidad» contra Alemania y desea abiertamente, en su gran mayoría, la victoria de los aliados. Es cierto que la influencia inglesa, muy notable en.los asuntos financieros, y la presencia de numerosos inmigrantes italianos explican en parte esta orientación del espíritu público; pero los aspectos psicológicos también desempetnan un papel- los «] 'heraless, se hallan a la cabeza del movimiento - 1 país de las ideas Pues para ellos Francia es el

democráticas. ¿Acaso no resulta significati . lamenlo de Montevideo, en 191 vo que el ParLos gr 5, decrete el 14 de J11110 «fiesta nacional»?

uPOs católicos Y conservadores se En Perú, en Argentina resisten al entusiasmo francófilo. Man, en general su -, los medios intelectuales y la gran prensa afirca, icereb,o,simpatía hacia la Entente Y sobre todo hacíasFran-

Y corazón de la raza humana» - @ero sus gobiernos son más lleservados Y se preocupan de Mant , durante los dos'Primeros años de la guerra,

ener una estricta neutralidad. En con » 1 tcnte Junto, a medida que la guerra se prolonga, la causa de la En-

gana terreno, a Mana. En esta evo] pesar de los tenaces esfuerzos de la propaganda aleMental . 1 -Ución, sin duda intervienen motivos de orden sentí- 0 por a indignación provocada nor la Í 1

las rela,'^

n de la v o ac ón de la neutralidad belga

s atrocidades cometidaslen las regiones invadidas. *n,e ns les and tb,@P.bliq,,S

americames "CW n S1-11 1919 (Boston 1919 *, 1914-1918 (Pa 1rís, 1930, ' -S'); P. A. Martin' Latin ..p,,t ' tri - 12); S .. ' , ---12); J. Barret L,tm America and the War (Was-

ation (Ne , ernis, Tke L,ti .n American

w York, 1943 @ in -S.). Po'eY ofthl Ulited Sttes. An bisto-

También los motivos políticos influyen: la literatura pangermanista de antes de la guerra ha expresado tantas veces la esperanza de establecer en América del Sur la influencia alemana, que la perspectiva de una victoria de las potencias centrales inquieta a muchas personas. En 1916, algunos de los periódicos germanófilos modifican su orientación.

México se halla en una situación completamente diferente a la de los Estados sudamericanos. Sigue siendo presa de la guerra civil y está implicado en el juego de los intereses económicos y en las maniobras de las sociedades extranjeras que explotan los yacimientos de petróleo. Ahora bien, la vecindad de los Estados Unidos domina la situación interior del país. Es en territorio americano donde el adversario del presidente Carranza, el general Villa, se abastece en armas; se ejerce la mediación americana, con tono amenazante, entre los jefes de las facciones mejicanas. En julio de 1916, después de los incidentes fronterizos, el gobierno de Washington ha emprendido una expedición a Méjico. Pero Carranza consigue reafirmar su poder: los decretos de setiembre de 1916 preparan la reunión de una asamblea constituyente, que va a cerrar la era de los disturbios políticos y a votar, en 1917, reformas políticas, económicas y sociales de carácter radical, favorables a las masas obreras y hostiles tan-

to al clero como a los grandes intereses industriales del extranjero. Méjico, aprovechando la guerra mundial, intenta liberarse de la tutelas extranjeras.

VII. EXTREMO ORIENTE 13

Japón, desde que ha entrado en guerra en otoño de 1914, se ha mantenido distanciado del conflicto europeo. Pero quiere aprovechar las cir-

cunstancias para conseguir ventajas inmediatas en Extremo Oriente. Aunque en un principio haya firmado su «desinterés territorial», todos sus actos han desmentido esta promesa: después de la toma de Tsingtao ha dado a entender que no piensa devolver a China el territorio alemán

^ Obras de consulta.- El mejor estudio sobre el período 1914-1918, es el de Thomas Ed. La Fargue, *China and the World War* (Stanford Univ., 1937, in-S); publicación de la «Hoover war Library»). Para una visión de conjunto, véase P. Renouvin, *La question d'Extrême-Orient, 1840-1940* (Paris, 1952, in-8o)- Sobre la política japonesa de las «veintiuna peticiones», véase la obra de Vinacke ya citada, p. 40. Los documentos fueron publicados, al menos en parte, en *Sino-Japanese negotiations. Chinese official statement with documents* (Pekin, 1919, in-4'), y en *The Sino-Japanese negotiations of 1915. Japanese and Chinese official statement* (Washington, 1921, in-12). Los textos referentes a los acuerdos los propolcionó Mac Murray, *Treaties and agreements with and concerning China* (New York, 1919, 2 vol., in-S'). Véase además Ariga, *La Chine et la Grande Guerre* (Paris, 1920, in-S.); Wood Je-zai, *The Sino-Japanese treaties of May 1915* (New York, 1921, in-81), y *The Shant"119 question. A study in diplomacy and world politics* (New York, 1921, in-8o)- Sobre las te'

laciones de Rusia y Japón, E. Price, *The Russo-japanese treaties of 1907-1916* (BaltirDOre' 1933, in-8'), y O. Becker, *Das ferne Osten und das Schicksal Europas, 1914-1918* (LeipZ19, 1940, in-8'); pero sobre todo, N. Toscano, *Guerra diplomatica in Estremo Oriente. I tr` tatti delle ventiun domande* (Milán, 1950, 2 vol., in-8').

- 344 -

Extremo Oriente

de Kiao-tchcou. El gobierno chino está inquieto; ha protestado y ha per-

- 'do a la población de Chang-haY ejecutar un bol cot a las mercancías miti japonesas. En Tokio, el ministro aprovecha estos incidentes para desarrollar su política. Puesto que Europa está completamente absorta en la guerra, ¿Áno es una ocasión favorable para someter a China a la preponderante influencia de Japón? El 3 de diciembre de 1914, el barón Kato dirige a su embajador en Pekín instrucciones, en las que enumera las «veintiuna peticiones» que tiene la intención de presentar, en cinco grupos, al gobierno chino. En principio son reivindicaciones que pretenden establecer, en tres provincias chinas, una zona de intereses japoneses. En Chantoung, China prometerá de antemano su adhesión a cualquier acuerdo que Japón pueda pactar con Alemania; otorgará a las empresas japonesas nuevas concesiones de vías férreas. En Manchuria, fijará en 99 años, en lugar de 25, la duración de las concesiones de ferrocarriles que ya poseen los japoneses; concederá a los residentes japoneses particulares ventajas. En China central, las minas de hierro de Han-yeh-ping se convertirán en empresas chino-japoneas. Por otra parte, el gobierno chino no podrá de ahora en adelante vender o conceder cualquier parte de su litoral a una tercera potencia sin el consentimiento de Japón: es una precaución tomada contra los Estados europeos; el gobierno japonés quería hacer del imperio chino un «coto privado». En fin, las pretensiones japonesas recogidas en el«grupo

5» van aún más lejos: tienen por objeto imponer al gobierno de Pekín la colaboración de «consejeros japoneses» para las cuestiones financieras, militares y políticas, e incluso la presencia de funcionarios japoneses en los cuadros superiores de la policía, al menos en las grandes ciudades; prevén el establecimiento en territorio chino de iglesias y escuelas japonesas. Son exigencias que, en buena medida, tienden a preparar un protectorado.

Es en enero de 1915 cuando las «veintiuna peticiones» son comunicadas a Yuan Che-K'ai. El presidente de la república china no es capaz de desestimarlas. Intenta diferir una negociación, con la esperanza de que las potencias europeas o los Estados Unidos, entre tanto, intervengan. Pero Francia y Gran Bretaña no están en condiciones de ejercer una acción eficaz y los Estados Unidos se limitan a hacer una anodina advertencia. Al proyecto planteado por China, que acepta una parte de las peticiones, los japoneses responden en abril. Como China continúa dudando, el gobierno de Tokio le hace comprender que llegará hasta la

guerra y añade en el mensaje una amenaza personal para Yuan Che-K'ai;

Si no cede, el gobierno de Tokio dará su apoyo a los refugiados políticos que viven en su territorio y que combaten la dictadura del presidente. El 1 de mayo, dirige un ultimátum a la vez que inicia el movimiento de tropas en Manchuria y que envía ante la costa de China central navíos de guerra. Al día siguiente, Yuan Che-K'ai acepta, obteniendo solamente que Japón renuncie, por el momento, a las cláusulas del «grupo 5». El

24 de mayo de 1915, un tratado concede a los japoneses todas las reivindicaciones concernientes al Chatoung, Manchuria y la minas de hierro

El cansancio de los pueblos

Lo @ Estados Unidos

de China central, mientras que las anotaciones anexas precisan las obU. gaciones chinas para con los demás puntos.

Es un éxito para la política 'aponesa, decidida a explotar su V1ct y a establecer progresivamente el control completo ona i sobre los asuntos clú. nos. Pero, en China, donde el gobierno sóblo ha cedido ante la fuerza,

conciencia naciona reacciona con mas vigor que en e pasado. El tratado @ del 24 de mayo de 1915 es denunciado como «vergonzoso» - Es el punto i de partida de un antagonismo duradero entre Japón y China; es también. la prueba de que la ruptura con Alemania ,, la. guerra europea no ha sido, para el gobierno de Tokio, más que una ecación para realizar sus propias ambiciones.

El acontecimiento de mayo de 1915, por paradójico que sea, benefi., cla en principio a Pekín y a la política personal de Yuan Che-K'ai. El presidente de la República lanza un mensaje para explicar al país que; China ha tenido que ceder, es debido a que no posee un gobierno fuerte.1 Los altos funcionarios, asesorados por un ccinsejero americano, Go0d., now1 hacen una campaña de peticiones para propagar la idea de que restablecimiento del imperio es el único rmedio para salvar la indepeni dencia china. En diciembre de 1915, Yuan C-he-K'al consigue sus pro---, pósitos: la asamblea consultiva que, desde la supresión del régimen par., lamentarlo, se supone que representa la opini ón del país, le ofrece el tro. no. Entonces, una parte del ejército lo aband ona: en China del Sur, san.

tuario del movimiento revolucionario de 191 1, se constituye, con la co-

laboración de los generales, un gobierno rivad del de Pekín. La guera civil comienza de nuevo. La situación de Yuarl Che-K'al se vuelve críuca:@ el 22 de marzo de 1916, renuncia al imperio; tres meses más tarde, mue* re súbitamente. Ll Yuan-hong, yerno de Yuin che-K'al, sube a la preú-@ dencia; pero los generales agrupados en torn o a uno de los suyos, Chi-jul, imponen su participación en el podocr. De este agitado período,@ los japoneses se aprovechan para obtener 1-- China, mediante negocwl ciones detalladas, nuevas ventajas económicas5. Las potencias europeas ld@ dejan actuar. En julio de 1916, Rusia, en sLi deseo de poder con,a9,0, todas sus fuerzas a la guerra europea, firma, con el gobierno de TokW, un acuerdo secreto, con vistas a una «cooperación» en Extremo orientO, los dos gobiernos sabrán entenderse acerca d e las medidas que h.brá ql* tomar «para salvaguardar a China de la dorinación de una tercera POY tencia», sea cual sea, que fuera hostil a Rus la o a Japón. Este lcueli* que está dirigido contra Alemania, en caso dre que, victoriosa en Eurorl

1 1 1

TL quisiera recobrar su territorio de Kiao-tchec)u, puede tanibien le, la .-@

opinión públic-2 cado contra los Estados Unidos. Por consiguilente la pona ve en esta colaboración con Rusia un ç@LPOyo decisivo pa,, la r~zación de sus expectativas en China.

VIII. LOS ESTADOS UNIDOS 1

Dode octubre de 1914, los Estados Unidos desempeñt a ban un papel

en la guerra económica; habían proporcionado a los Estados de Entente no solamente armas y municiones, sino también recursos en

osal- t cios y 1

imen i en materias primas que habían permitido a Gran

-a y a Francia evitar as cu ta es e aprovisionamiento que coM& Alemania 15. Esta ayuda económica tuvo por corolario una ayuda *fwwciera; en principio el presidente Wilson había au-rorizado a los

~s americanos a otorgar créditos a los gobiernos extrar-i J eros para re-

las deudas comerciales; luego, había consentido, en octubre de la emisión de un amplio empréstito franco-inglés en el mercado ~cano. Estas medidas, las tomó en interés de la prosperidad de los os Unidos; pues, sin la concesión de estos créditos y sin la emisión *0 estos empréstitos, Gran Bretaña y Francia no habrían podido conti~ *M reafizando sus compras, y las exportaciones americanas habrían su- §ido una brutal caída. Era pues evidente que los Estados L-Jndos habían weado, efectivamente, lazos financieros con una de las coaliciones ~tes.

Sin embargo nada indicaba, en 1915 y 1916, que el gobi- erno de Was- ~n pudiera hallarse inclinado a extraer de esta situaci6n consecuenm políticas y a abandonar la neutralidad. . La opinión pública permanecía dividida. Los círculos intelectuales, el P~ná político en los Estados de Nueva Inglaterra y

en Nueva York, los sectores de negocios del Este, cuyos contactos con Europa siempre (y a menudo) frecuentes, manifiestan a menudo su simpatía hacia Gran Bretaña y Francia. Esta tendencia se enfrentaba con la tenaz resistencia de ciertos

que no formaban más que una minoría numérica, pero que tenía una fuerte cohesión: los germano-americanos, establecidos desde antiguo en la región de los Grandes Lagos; los irlandeses (más de cuatro millones) que seguían siendo enemigos de Gran Bretaña; los inmigrantes recientemente llegados de Europa oriental, judíos o polacos, que sufrían por el régimen zarista y el nacionalismo ruso. Entre estas dos corrientes opuestas, la mayor parte de la población, tanto en el Norte como en el Sur y el Oeste, siempre desconfiada respecto a los intereses europeos», manifestaba su firme deseo de no verse implicada

guerra mundiales, gubernamentales, el secretario de Estado Lansing que, en mayo de 1915, había sido el promotor de la nueva política exterior de los Estados Unidos que la Entente se había beneficiado, estaba plenamente convencido de que los Estados Unidos debían desear el fin del conflicto.

Woodrow Wilson, preocupado de verse envuelto en una internación, decidió pensar en una mediación. Mediante un me-

346

347

morándum del 22 de febrero de 1916, había intentado definir, de acuerdo con Gran Bretaña, las condiciones de paz que la Entente podría fijar. Pero, como no quiso prometer, en caso de un fracaso de la mediación la intervención de los Estados Unidos, sir Edward Grey eludió la cuestión.

A lo largo del otoño de 1916, estas vacilaciones y contradicciones internas se hacen más notorias en la opinión pública y en el comportamiento de las esferas dirigentes.

El electorado acaba de ser llamado para pronunciarse acerca de la política general de los Estados Unidos, con ocasión de la elección presidencial. El presidente saliente y su adversario republicano, Hughes, han p

-sto en el primer plano de sus programas el mantenimiento () lento de la neutralidad: mantener a los Estados Unidos «fuera de la guerra», tal es la consigna que ha adoptado en ambos campos, pues ésta coincide con el deseo de los electores. La única diferencia importante entre los temas de los candidatos, en el dominio de las relaciones exteriores, concierne a la «libertad de los mares». Wilson subraya que ha conseguido, a la vez que mantener la neutralidad, asegurar a los productores y a los comerciantes americanos una prosperidad sin precedentes; Hughes reprocha al presidente saliente no haber equilibrado la balanza entre los beligerantes y haber defendido los derechos de los Estados Unidos con más firmeza ante Alemania que ante Gran Bretaña. Wilson no consigue la reelección más que con una débil mayoría. Pero la única conclusión segura que se puede extraer de esta consulta electoral es la voluntad «neutralista» de la gran mayoría de los electores. El embajador de Francia no cree que el presidente reelegido piense en tomar alguna iniciativa de importancia, porque Wilson «que confía en la fuerza del pensamiento traducido en palabras», duda ante «la acción material» y no se resigna a ello «más que a pesar suyo».

Tres semanas después de su reelección, el presidente autoriza al Federal Reserve Board a tomar una iniciativa que restrinja las facilidades financieras concedidas desde octubre de 1915 a Gran Bretaña y a Francia: el 28 de noviembre de 1916, un comunicado recomienda a los bancos que no coloquen sus fondos en bonos del Tesoro emitidos por 101 Estados extranjeros y que no otorguen créditos a estos Estados a menos que no respondan a «garantías reales». Esta advertencia tiene por resultado inmediato el cese de las suscripciones americanas en los empréstitos ingleses y franceses. El crédito de la Entente sale gravemente perjudicado; ¿Cómo podrán de ahora en adelante financiar sus compras Gran Bretaña y Francia? a las

Al dar este «frenazo», el gobierno americano ha respondido preocupaciones económicas. El crecimiento de las exportaciones se hace excesivo, pues provoca un alza de precios que permite presagiar un mal estar social. Este era el argumento que habían dado al Presidente los miembros del Federal Reserve Board. Pero los móviles políticos también habían entrado en juego. Wilson había llegado a reconocer el inconvenien-

- 348 -

te de crear lazos financieros exclusivos, () «Un acreedor se arri . ivamente con 11, Estados de la Enten-

esga a vincularse a su deudor tan estrechamente que no pueda llegar a liberarse». Además, conservaba el deseo de actuar de mediador en el conflicto europeo. Pues estaba convencido, decía el 13 de noviembre al coronel House, que los Estados vitablemente abocados a una guerra () Unidos «acabarían ineducados los submarinos», si el conflicto erra con Alemania a causa de la cuestión () icto ión

iba a ser mejor () cer euro de ese mo-

reer () sobrarse Prolongase. Desición económica financ* e ra Bretaña y Fra

- y lera que les cond, () ncia una precompromiso? era , aceptar una paz de

Estos Ocultos piensa -

da, Alexandre Ribot, () lentos políticos () el ministro francés de Hacienda aprueba la a () los sospechaba. El

ien-

la los bancos american ismo día en ctitud de reserva hac hecho es que el mi d.cnte estudia un borrador que pensaba dirigir a los bel- os, el Presivitarles a preparar negociaciones de paz. igerantes para m-

A finales de 1916 en el momento en que las dos coa;* ‘

ICIONes experimentan la decepción, en que los Estados beligerantes sufren todos d-ficultades en su Política interior, en que se agudlos objetivos de guerra de JOs gobiernos y el c izan los contraste es c s entre ciar públ- ueblos,

icamente la palabra «paz». undo, por primera vez, uno de los grupos bel los p

ansancio de

igerantes va a pronun-

349

CAPÍTULO X

LA OFERTA DE PAZ DE DICIEMBRE DE 1916

La oferta de paz proviene de las potencias centrales. Pero esta oferta

no es más que una maniobra; no implica ni el deseo sincero de poner fin a la lucha, ni la intención de proponer un compromiso; con ella sólo se intenta mejorar la situación moral de Alemania y de Austria-Hungría con respecto a los neutrales y al más grande de todos: los Estados Unidos,

LA OFERTA DE PAZ Y LA PROPUESTA DE MEDIACIÓN AMERICANA'

El gobierno alemán contaba, en los últimos días de noviembre, con

una iniciativa del presidente de los Estados Unidos. El embajador Berth-

mann creía que el comunicado americano que preparaba Wilson ' podía ser lanzado «de un momento a otro», sin hallarse en condiciones de se-

ñalar una fecha segura. Pero en Berlín, el estado mayor de la marina, apoyado por el estado mayor del ejército, no se conformaba con esperar la buena voluntad del presidente de los Estados Unidos. Quería liberarse de la promesa hecha en setiembre de 1914, renovada por el canciller Bethmann-Hollweg en mayo de 1916, y comenzar la guerra submarina a til-

tranza; no admitía que las demoras de una acción diplomática pudiese' entrañar un aplazamiento. En su opinión, en caso de decidirse a hacer,

es conocida por el compendio de los 190, Obras de consulta.- La política americana : fue deberán ser c...II'jerelatin, to the foreign relations of the U. S. A. (Véase p. 265), , 140w5t

1

per' Lh Mrtados por los papeles del coronel House (citados p. 52) y el estudio de A. Smi, , iitic, II, of Texas. 41 biography of col. E. M. House (New York, 1940, in-S') .- Sobre la p de mana, además de las memorias ya citadas, (véase pp. 80 y 189) de Bethmann-Holl'90. Ludendorff, de Bernstorff, véase sobre todo los documentos reunidos por la comis'ó" cuestadora del Reichstag: Das Werk des Untersuchungsausschusses (cit. p. 284) y la obra de W. Steglich, Bündnissicherung oder Verständigungsfriede. Untersuchung zu den Fr1 . M5, angebot der Mjttelmzichte von 12 Dez. 1916 (Göttingen. 1958, in -8')- Sobre la Pobuca de

la Entente, la obra de Benés Souvenirs de guerre et revolution (Parí,, 1925, 2 101-, ofrece datos interesantes.

2Véase p. 348.

350

La propuesta de mediación americana

La oferta de paz, era preciso poner en claro lo antes posible la situación, antes de recurrir a esas medidas extremas. La ocupación de Berlín a principios de diciembre era para los alemanes una ocasión excelente: al día siguiente de este triunfo, la oferta no podría ser interpretada como un signo de debilidad.

El canciller alemán se resigna a anticiparse al presidente Wilson, aunque por lo mismo se arriesgue a comprometer la iniciativa americana. Las potencias centrales, el 12 de diciembre de 1916, proponen a sus adversarios «iniciar desde ese momento una negociación de paz», pero se guardan de presentar un programa concreto. «Las cuatro potencias aliadas... están convencidas de que las propuestas que aportarían, y que servirían para asegurar la existencia, el honor y el libre desarrollo de sus pueblos, serían apropiadas para servir de base al establecimiento de una paz duradera.» El comunicado elogia los éxitos militares obtenidos por las potencias centrales y afirma su voluntad de proseguir la lucha hasta el final. Se utiliza un tono victorioso. ¿Es oportuno incitar a las potencias de la Entente a entrar en negociaciones? Berthmann-Hollweg sin embargo cree verosímil, el 15 de diciembre, que la respuesta «no será un rechazo».

No tarda en reconocer su error. Aunque el presidente Wilson les haya aconsejado aplazar cualquier respuesta, para dar al gobierno americano tiempo de conocer oficiosamente las condiciones alemanas, los hombres de Estado de la Entente quieren acabar inmediatamente con una tentativa que no es, a su parecer, más que una maniobra. El 18, ante el Parlamento italiano, Sonnino declara que no es posible aceptar una negociación, puesto que el comunicado de las potencias

centrales no contiene proposición alguna. El 19, Briand denuncia la «trampa» tendida a las potencias de la Entente: «Este grito de paz es un grito de debilidad, y también una estratagema.» El mismo día, Lloyd George toma la palabra en las Cámara de los Comunes: «Discutir propuestas que ellos mismos no conocen sería, para los aliados, pasar la cabeza por un nudo corredizo del cual Alemania tendría los cabos.» La respuesta oficial, que se dará el 31 de diciembre, no hará más que confirmar estas primeras declaraciones: «Una sugerencia sin condiciones para una oferta de negociaciones no es una oferta de paz.» No es posible poner fin al conflicto «en tanto no queden asegurados la reparación de los derechos y libertades violadas, el reconocimiento del principio de las nacionalidades y de la libre existencia de los pequeños Estados; en tanto no exista un reglamento que permita suprimir definitivamente las causas que, desde hace mucho tiempo, han arriado a las naciones». En el momento en que la Entente da a conocer esta respuesta la si-

acción se transforma: el presidente Wilson ha enviado, a su vez, el 20 de diciembre, un comunicado a los beligerantes. Sin embargo no puede decirse que su intervención, en las circunstancias en que se produce, le hará sospechoso de connivencia con las potencias centrales; pero no quiere, resignarse a dejar pasar esta ocasión de ejercer su influencia en fa-

La oferta de paz de diciembre de 1916

vor de la paz. Los gobiernos que están en guerra, dice el comunicado, afirman tener por objetivo garantizar la libertad política y económica, los derechos de los pequeños Estados, y organizar para el futuro la paz del continente; pero se abstienen de indicar unas condiciones preclisas, El presidente Wilson les invita a renunciar a esta táctica: si aceptaran formular claramente sus puntos de vista, quizá se advertiría que «estos puntos no son irreconciliables». Aunque el comunicado pide declaraciones públicas, el gobierno americano declara tanto en Berlín como en Londres que sobre todo desea «respuestas sinceras», incluso sin publicidad. El 22, el gobierno suizo da a conocer que apoya «favorablemente» la ini-

ciativa americana.

El comunicado del presidente Wilson despierta desconfianzas en am-

bos campos. La Entente tiene la impresión de que la diplomacia de los Estados Unidos viene en auxilio de Alemania; experimenta cierta amar-

gura al constatar que el comunicado americano trata por igual a todos los beligerantes, a los que han violado la neutralidad belga y a los que la han defendido. El gobierno alemán se pregunta si el paso dado por Wilson no ha sido hecho de acuerdo con Gran Bretaña, «para permitir a la Entente salir del atolladero en que la han metido las declaraciones oficiales de sus hombres de Estado». Por una y otra parte, la acogida es

muy reservada. ¿Pero cómo evitar dar una respuesta?

Alemania rápidamente toma una resolución. Los informes que recibe de Washington le hacen pensar que el presidente Wilson quiere desempeñar el papel de árbitro, que tiene la intención de ser el clearing house en el estudio de las condiciones de paz. ¡Es una pretensión insostenible! Si Bethmann-Hollweg había solicitado, dos meses antes, la oferta americana, era con la convicción de que la acción de los Estados Unidos se

limitaría a los grandes problemas relativos a la organización de la paz -Sociedad de naciones, libertad de los mares- y no a poner obstáculos a una modificación territorial en provecho de Alemania. No quiere acep-

1 1 igara a someter al presidente Wilson una mediación americana que le obligaría si son las exigencias que quiere imponer. El 26 de diciembre, da orden a su embajador en Washington de contestar que las condiciones de paz de-

ben ser reguladas por una negociación directa entre beligerantes, sin que los Estados Unidos tomen parte. Sólo después del pacto de esta paz podría ser oportuno estudiar, de común acuerdo con los Estados Unidos, los principios de una nueva organización de las relaciones internacionales'

La Entente, por su lado, primeramente había diferido su respuesta pues se veía obligada a poner de acuerdo intereses divergentes. Pero cuando

do constata que el rechazo de Alemania defrauda a la opinión americana, estima oportuno sacar partido de esta circunstancia y dar al presidente Wilson una prueba de buena voluntad. A comienzos de enero de 1917, una conferencia interaliada, reunida en Roma, configura lo

nos de una respuesta. Sólo el gobierno belga dirige una respuesta separada, pues el rey Alberto no desea una «guerra a ultranzas», que exponería su país «a una total destrucción».

- 352 -

Los objetivos de guerra de los beligerantes

El comunicado del 10 de enero de 1917 enumera las condiciones generales de la paz: 1.º «restauración» de Bélgica, Serbia y Montenegro, «con las indemnizaciones que les corresponden»; evacuación de los territorios franceses, rusos y rumanos ocupados por las potencias centrales, «con las justas reparaciones», 2.º respecto al derecho de las nacionalidades, comporta «la restitución de las provincias o de los territorios arrebatados anteriormente a los aliados por la fuerza o contra el deseo de sus poblaciones» (clara alusión a Alsacia-Lorena), «la liberación de italianos, eslavos, rumanos y checoslovacos de la dominación extranjera», «la libertad de las poblaciones sometidas a la sangrante tiranía de los turcos» y la «retirada del impero otomano» en Asia; 3.º «reorganización de Europa», es decir establecimiento de un régimen que asegure tanto a los pequeños como a los grandes Estados de plena «seguridad» y la «libertad de desarrollo económico», y que permita, mediante convenios apropiados, «garantizar las fronteras terrestres y marítimas» contra ataques injustificados.

En ocasiones estas fórmulas son ambiguas. ¿Qué significan las palabras «liberación de los eslavos»? Se trata de los yugoslavos; pero Italia no ha consentido admitirlos en la enumeración. ¿En qué medida se aplicará el principio de las nacionalidades a Polonia? El comunicado se limita a hacer alusión «a las intenciones de Su Majestad el emperador de Rusia», tal como han sido indicadas en una proclamación de Nicolás II; en esta proclamación (25 de diciembre de 1916), el gobierno ruso se había contentado con anunciar su deseo de una restauración de Polonia, «compuesta por sus tres territorios», sin dar la menor precisión acerca del régimen que había que establecer en los países polacos y sin prometer la independencia. El pasaje relativo a las nacionalidades de Austria-Hungría es más concreto: parece expresar que la Entente tiene la intención de dislocar la Doble Monarquía; pero no ha sido introducido más que en atención al «Comité checoslovaco» de París, con el fin de alentar los movimientos de resistencia nacional contra la dominación de

los alemanes y de los magiares; no es la expresión de una voluntad firme, pues los rusos son reticentes y ciertos medios políticos franceses combaten la idea de una posible destrucción de Austria-Hungría. Por vaga que sea, esta enumeración al menos permite constatar que la Entente está lejos de pensar en una «paz blanca», que Alemania juzga inaceptable por su parte.

II. LOS «OBJETIVOS DE GUERRA» DE LOS BELIGERANTES

Al día siguiente del fracaso de la «oferta de paz», ¿cuáles son, al margen de las declaraciones oficiales, las perspectivas que se abren ante los beligerantes europeos?

Ob, a, de consulta- Sobre los objetivos de la guerra alemana, H. Gatzke, *Germany's alive to the West* (Baltimore, 1950, in-8'), y sobre todo F. Fischer, *Griff nach der Welt*-

La oferta de paz de diciembre de 1916

1 Las autoridades de ocupación, en las regiones invadidas por los ejércitos austro-alemanes, tienen proyectos para el futuro. Tanto en el plano económico como en el plano político, intentan explotar la situación. Precisamente a finales de 1916 el esfuerzo se hace metódico.

La ocupación acompañada de una devastación industrial. En la Francia invadida, 4.486 fábricas quedan destruidas, 6.376 son dadas al pillaje,

9.741 deterioradas. En Bélgica, más de la mitad de los altos hornos que se hallaban en actividad antes del comienzo de la guerra quedan completamente arrasados. Es evidente que estos estropicios, en su mayor parte, no son debidos a la batalla; incluso en las fábricas no afectadas por el bombardeo, las máquinas, las reservas de materias primas han desaparecido. ¿Tan amplia devastación tiene por único objetivo abastecer a la industria alemana de los medios de producción? No, va mucho más lejos: se trata de una necesidad metódica, en respuesta a un programa concreto, y bastan los hechos para probarlo. Pero además, unos documentos de origen alemán lo confirman. En 1916, en Munich, el alto estado mayor imprime, en un millar de ejemplares, los resultados de una encuesta dirigida por doscientos especialistas a más de cuatro mil empresas. Estudia la situación de cada una de las ramas de la industria, indica los procedimientos de fabricación que emplea, la calidad de su producción, la

macht. Die Kriegszpolitik der Kaiserlichen Deutschiand, 1914-1918 (Düsseldorf, 1961, in-S'). Véase además 1. Geiss, Derpolitische Grenzstreifen, 1914-1918 (Lübeck, 1960, m-S'); B. Mann, Die baltischen Under in der deutschen Krieaszepublizistik, 1914-1918 (Tübingen, 1965, in-S')-Sobre la política alemana en la Francia invadida, Gromaire, L'Occupation allemande en France 1914-1918 (París, 1925, in-S'), y el compendio alemán Die Industrie im besetzten Frankreich (Munich, 1916, in-4); sobre la política en Bélgica, Henri Pirenne, La Belgique et la guerre mondiale (París, 1928, in-S'), de la colección @Histoire économique et sociale de la guerre mondiale@, publ. por la Dotation Carnegie; Lancken, Meine dreissig Dienstjahre (Berlín, 1931, m-So); los documentos publicados con el título de Les archives du Conseil de Flandre (Raad van Wanderingen) (Bruselas, 1928, in-4o), y J. A. Wullus-Rudiger, La Belgique et la crise européenne, 1914-1918 (Villeneuve-sur-Lot, 1944, 2 o.), in-S'), t. 1, cap. 11.- Sobre la política alemana en Polonia, Marcel Handelsman (con la cooperación de varios colaboradores), La Pologne, sa vie économique et sociale pendant la guerre (París, 1933, in-8'), de la Colección Carnegie; W. Conse, Polnische Nation u,d deutsche Politik im ersten Weltkrieg (Colonia, 1958, in-So).- Sobre las conversaciones austro alemanas: F. Charles-Roux' La paix des empires centraux (París, 1947, in-S'), basada parcialmente en los documentos de los Archivos de Viena.- Sobre la política franco-rusa, además de la, obras citadas de Pal cologue y de Stieve (véase pp. 318 y 260), el compendio ConstantinOPLE et les détroits, trad. del ruso (París, 1929, in-S'); P. Renouvin, «Les buts de guerre du gOuvernement fran@ais, 1914-191b, en Revue historique, enero 1966, pp. 1-38; E H-12@l@, Das Experiment des Friedens im ersten Weltkrieg, 1914-1917, en Geschichte in W;ssenschaft 'nd Unterricht, 1962, pp. 465-522.- Sobre los acuerdos referentes al imperio otomano vea" el

el compendio: RadÚel asiastkoi Toursii (Moscú, 1924, in-So), trad. alemana: Di, eptropaisc Mächte und die Türkei. Die Aufteilung der astatischen Türkei (Dresde, 1932, in_ so)- N, Ho ward, Thepartition ofTurkey, 1913-1923 (Norman, 1931, in-SI); E. Kedourié, Eng @a,d aafd the Middle East. The destruction ofthe ottoman empire, 1914-1921 (Londres, 1956, in-S.)Sobre las operaciones coloniales, G. Moulart, La campagne du Tanganyka, 1916 (Br"selas, 1934, in-So); W. K. Louis, Great Britain and Germanys lost colonies, 1914-1919 (OXfonj' 1967, in-So); el testimonio del general Lettow-Vorbeck, Mein Leben (Mimich, 1957 in-S.), y Emm. Mülierm, Les troupes du Katanga et les campagnes d'Afrique (Bruselas, 1935:

- 354 -

clientela que tenía ant., de la guerra, a los beligerantes

guerra; evalúa los daños que ha sufrido, el tiempo necesario para restablecer la producción. En fin talas que la industria alemana podrá obtener de aprecia las venla guerra. En esta encuesta, reaparec esta situación después de acción: arruinar la industria de la e Constantemente la misma preocu-

competencia. para permitir a los productores alemanes explotar el desastre, conquistar mercados e vender a los siniestrados el trucción es sistemát- utillale de recambio. Por consiguiente la des-

ca, premeditada; no es más que un aspecto de la guerra económica; apunta, según las palabras de un autor alemán, a arru' nar «el capital product'VO».

1-

Al mismo tiempo se desarrolla una acc* mientos varían según las circunstanc* lón Política, Cuyos procedi-

las, pero sus objetivos son los mismos..En Bélgica, el gobierno general alemán establecido en Bruselas ha consti'tuido, desde el mes de octubre de 1914, una «1s, cuyo jefe es un diplomát- occión Política»,

ico, el barón von Lancken. La opinión pública alemana, en su conjunto, no admite que Bélgica, después de la guerra permanezca independiente. En la primavera de 1915, el «manifiesto de las grandes asociaciones» y el de los altos funcionarios. El estado mavor de la mar . ionarlos han preconizado la servir la costa flamenca' ina estima que Alemania debe con-

para preservarse de Inglaterra. El alto estado mayor quiere asegurarse como mínmilitar sobre todo el país. Auriq lino de la posesión de Lieja y el control pronunciarse a favor de esta t *ue el canciller Bethinann-Hollweg evita

esis, declara que el Imperio alemán deberá obtener «garantías» en Bélgica. .Para Preparar la realización de este programa, es preciso debilitar la resistencia moral de los belgas. La disputa lingüística entre flamencos y valones, las

diferencias de mentalidad que existen entre las dos partes de la nación, la or-,os qu entacl0n Política divergente de estos grupos étnicos, de ciudad e unc, es el sostén del partido conservador y catóL

lico y el otro la ela del partido liberal, han provocado desde antes de la guerra una latente irritación 5 C-

iertamente, el sentimiento nacional no se cuestiona, Y la actitud de las'poblaciones en el momento de la invasión lo ha deMOStrado pero el gobierno belga se ha refugiado en el Havre: aprovechand ,as dfo la Ocupación, la, autoridades alemanas esperan poder exasperar .rencias. La prensa alemana no cesa de repetir que no hay «uña nación belga», que entre flamencos y valones la disociación es fatal. La sección Virn, Política del gobierno general en Bruselas

lento de intenta provocar un moPO -J protesta flamenco Y cuenta con el apoyo de un pequeño gruaut de,extremistas cuyo jefe, Borms, no vacila en tomar co

oridades d nes en e Ocupación ntacto con las

cuanto al - El gobierno general alemán no se hace *Jus' misma Fland valor real de un mo - - 1
lo-

tes, por las nueve décirrivImiento que es desaprobado en la c'ón del Par ido «- as partes de la Población.
La'agita---,-Y-é Juventud flamenca», de este pequeño grupo «activis-

ase P. 267. Véase p. 99.

La oferta de paz de diciembre de 1916 ta», no es, en manos de las autoridades de ocupación, más que un instrumento.

¿Qué provecho tiene pensado sacar la política alemana de esto? En una memoria secreta redactada en enero de 1916, el gobernador general Von Bissing ha trazado el programa: el Estado belga, después de la guerra debe desaparecer. Para abrir la vía a una de estas dos soluciones: que Bélgica sea dividida en dos Estados, o que el Conjunto del territorio quede anexionado al imperio alemán, hay que provocar en el país una e moral. El movimiento flamenco no tiene otro objetivo. La ti- sción

transformación de la Universidad de Gand en una Universidad flamenca (21 de octubre de 1916) la formación de un Consejo de Flandes compuesto de Individuos sin mandato y destinado a colaborar con las autoridades de ocupación (4 de febrero de 1917), la decisión del 27 de marzo que establece, a pesar de las protestas belgas, la separación administrativa entre Flandes y Valonia, son las etapas de este esfuerzo.

En Polonia, el territorio ocupado por los ejércitos de las Potencias centrales desde las victorias de 1915 está dividido entre dos gobiernos generales, uno, alemán, en Varsovia, otro, austro-húngaro, en Lublín. La política de las potencias centrales intenta explotar en su provecho el sentimiento nacional polaco, que, después de más de un siglo de dominación extranjera, permanece vivo en el alma del pueblo. Falkenhayn es en 1915, el iniciador de este proyecto; pese a las reticencias del canciller: piensa que los territorios polacos podrían formar un «Estado barrera», adosado a Alemania. La actitud del gobierno zarista favorece esta tentativa, pues la política rusa se ha negado, a pesar de las insistentes recomendaciones de Francia y de Inglaterra, a hacer a los polacos promesas concretas. En el país ocupado, las administraciones alemanas y austrohúngara, primero se encuentran de cara a una singular situación: a consecuencia de la salida de los funcionarios rusos, el territorio polaco no tiene apenas mandos administrativos; ya casi no hay servicios públicos organizados; el «Comité cívico central polaco», que se había constituido en setiembre de 1914 para proporcionar auxilio a las víctimas de la guerra, organiza en 1915 escuelas y tribunales; las autoridades de ocupación, a la vez que mantienen un régimen de policía riguroso, y una censura de prensa severa, se ven obligados a formar municipios urbanos, tanto por razones prácticas como políticas, y a restaurar la Universidad de Varsovia. Los dirigentes de la política de las potencias centrales querían mostrarse conciliadores y persuadir a los polacos de que la resurrección de su Estado podría efectuarse gracias a los invasores. En medios políticos polacos, ciertos elementos, los «activistas» aceptan esta perspectiva. En octubre de 1916, uno de estos «activistas», el rector de la Universidad de Varsovia, toma contacto con el gobierno alemán. En vano, los demás partidos polacos desaprobarán su gestión: la censura de las autoridades de ocupación sofoca la protesta.

Entonces, tras los desacuerdos entre los dos gobiernos aliados que buscan uno y otro adquirir una influencia dominante en los territorios

- 356 -

7,r,

ocupados, la, p, tenc.

Os @0;9@etivos de 9'1er- de lo, de Rusia no c - 'as centrales

onsiente concederles Piensan prometer a co. ¿Independiente@ JE---so es otra c : la reconstitución jlos Polacos que lo gobiernos están decididos a hacer u . de un Estado pola

estión! En Viena corno e sible que ¡Os Pola de Polon- n Berlín los

cos se contente ` 11 Estado asall 1 Viena, se espera que sea así. S- `con semejante of > o. ¿Es po-

a ' llegado el « ertap aza aún su depciasriaono,bpteonrequuencrep, en agosto in embarg -En Berlín y ii

az separada con Rus- 0 Guille, rmmoojmjea,, Io psicológico» , que ha la. Pero 0 Ludendorff confía firmemente en
s militares tienen un el .érci .to polaco, que, g , prisa:

lacl as a esta Pron, esa, podrá crear mediante enrolamientos volunt * cabeza de cuatro ch . .
arios; él Ya se ve a la una qui .ncena. Ento 'visiones al cabo de algunas semanas y, Más tarde, de te lo que persigue
nces la crisis de tropas se subsanará, Por con ' -

noviem es un 1 .nterés militar 1 -nunch siguenEl 5 de bre de 19161 Guillermo II rato'
El emperador cede. proclamaci .ón al pueblo y Fra , sus Polaco; aminC 1-
an que las r nc -1scO Jolé lanzan su

tropas formarán, pero sólo en el eglones ocupada, por dependiente,
momento de la paz,

con monarquía hereditaria y constitu * «un Estado inviembre, se d .eclaran disPuestos a insti .tuir
en V cional»; el 12 de noEstado provisional» nseño de

que Colaborará con las autoriadsaovla un «Co MISMO tiempo, se forman las listas es de
ocupación Al

de enrolamiento en el futuro --- Polaco. Rápidamente se desvanecen las * ejercito
tamiento fracasa lamentablemente: apena ilusiones. La tentativa de recluluación polaca; 3.000 según fuentes
alem s 1 *400 hombres, según una evagobernador general alemán el, V anas. ¡cifras sin
importancia! El nile oficial arsovia, Beseler, reconoce, en un el que los resultados han s'do
«extremada «mfructuos 1 infor-

esfuerzo ha sido 0 ». mente débiles» y que En vano en 1917 la autoridades de ocu
* , métodos para establecer una c, pacion van a intentar nuevos do en Var,o,i
Z)laboracl*ón: el Consejo de Estado, forma

a en nero, entra en ce-el «man'festO» d,le fflicto con e de regencia>, 12 de setiembre de
1917 Das y diffite en ilini .o. , que organiza un <Con * ' duce no Conseguirá mejores resultados
selo ' e' Julio, entre las 1 El conflicto que
9?lPe Para las t eg,ories Polacas y el gobi, se pro-
910nes end,ncias «activistas» - rno general, es un duro ., que, al comi .enzo de la .
Pi1sudski, organizador de las lebor guerra, habí sido partidario de la cola-

ac`On con Austria, se halla ahora pr- - a 1 tica Fue-ra en EurOPa, Aleman- Iisionero en
M,gdeburgo.

activa. El lIM,r"i"t `Y sus aliados no pueden tener una polínov1,embre de 1914, apena o a la «guerra santa»,
lanzada Por el sultán en clertamente, el s ha tenido eco en e

a e la hermandad de los ser] usi Med-Chérif gran maestro d 1 Norte de Afric . E, 19,5@ la
e,renai, 1 cuyo centro deoperac' tas Si Ah-

lolle es el oasis de Kufra ' ttirc ea, ha formado un pequeño ejército mandado por los ofic,ales

os, Y ha obl- , al sur de Plegarse en 1 igado a las guarniciones ¡talj '
1 llecin a costa - ha anas de la Trípolí

a. Per .1 amenazado los límites itarna a reseguir ni, 0, a finales del 19161 este movimie
de Egip to y la fron tera tu- &jesa n as q u e ---i nto senusita no Puede con-

Egipto rimovilizar» a 1,s tropas adversarl,s. La dom'

está sólidamente asegurada; Túnez Y Argel' inación in-

la, a excep-
- 357

La oferta de paz de diciembre de 1916

ción de un movimiento local, están en calma: en Marruecos, la sagacidad y la energía del general Lyautey han permitido, a pesar de la reducción de tropas, conservar lo esencial de los territorios sometidos.

Para el grupo de las potencias de la Entente, el punto negro está en el temor a un desmoronamiento de la coalición. Desde que en Rusia se desarrolla una situación política peligrosa, el zar puede verse tentado, para salvar las dificultades interiores, de buscar la paz. En su entorno, ciertas personas influyentes se lo aconsejan; Alemania y Austria-Hungría esperan la ocasión para intervenir. Seguramente Nicolás II es leal. Lo ha probado en 1915; aún ahora, querría permanecer fiel a sus viejos promisos. ¿Pero podrá hacerlo? ¿No acabará por ceder ante la presión de su entorno? Los aliados de Rusia -y Francia más que los demás- sienten la necesidad de sostener esta voluntad oscilante y de apoyar al zar «contra la debilidad de su carácter y contra la insidiosa acción de su burocracia». El objetivo de la conferencia interaliada de Petrogrado es, en febrero de 1917, establecer de «un completo acuerdo entre las acciones de los aliados» para la solución de cuestiones políticas, militares y financieras, es decir, no sólo acerca de la dirección de las operaciones, sino también en lo que respecta a los «objetivos de guerra».

En cuanto a estos objetivos de guerra, el gobierno francés por su parte, durante dos años, había evitado definirlos. «No haga proyectos para después de la guerra; ante todo no hable de ellos», le decía Delcassé a Paul Cambon en una carta personal, en abril de 1915. Sólo, la restitución de Alsacia-Lorena fue evocada, repetidas veces por el presidente del Consejo. Pero, en la opinión pública, desde 1915, se habían expresado dos reivindicaciones: la cuenca hullaera del Sarre, de la cual tenía una gran necesidad la industria metalúrgica francesa y la «neutralización», acaso incluso la anexión, de todos los territorios alemanes de la orilla izquierda del Rin. El gobierno de Aristide Briand había permitido que se desarrollara, en setiembre y octubre de 1916, una campaña de prensa sobre este tema; sin embargo, no se prestó a la apertura de un debate parlamentario, pero estaba dispuesto a «intercambiar impresiones» con Gran Bretaña y sobre todo con Rusia.

Así se encuentra definido, en enero de 1917, el proyecto del gobierno francés: prometer a Rusia importantes ventajas para llevarla a rechazar la tentación de una paz separada; obtener, a cambio, que la diplomacia rusa se comprometa a apoyar, en el momento de las negociaciones de paz, los intereses franceses en la cuestión renana.

Las conversaciones llevadas a cabo por el plenipotenciario francés, Gastón Doumergue, concluyen en un acuerdo secreto. El 14 de febrero, el gobierno ruso promete su apoyo a Francia para la realización de los

«objetivos de guerra» que le han sido expuestos por escrito: Alsacia-Lorena

de modo

renana volverá a la madre patria; no comprenderá tan sólo los terrores

cedidos en 1871, sino que se extenderá por lo menos «hasta los límites de

del viejo ducado de Lorena», de manera que englobará «toda la cuenca de

hullaera del valle del Sarre»; los demás territorios alemanes a la orilla

- 358

Los «objetivos de guerra de los beligerantes que quedará del Rhin serán separados del Imperio alemán y de los territorios que pertenecen a Rusia».

1 tónomo y neutralizado». A cambio, el gobierno ruso se comprometerá a no declarar la guerra a Polonia y a no permitir que Polonia se anexe a Rusia. El gobierno francés se compromete a no declarar la guerra a Polonia y a no permitir que Polonia se anexe a Rusia. El gobierno francés se compromete a no declarar la guerra a Polonia y a no permitir que Polonia se anexe a Rusia. El gobierno francés se compromete a no declarar la guerra a Polonia y a no permitir que Polonia se anexe a Rusia.

Al margen de este acuerdo franco-ruso, cuyo texto no fue comunicado a Gran Bretaña, los gobiernos de la Entente tienen miras más lejanas, en Asia y en África. Piensan en la partición de la Turquía asiática. Desde el comienzo de la guerra, el gabinete de Londres ha querido explotar en su provecho el movimiento de protesta de las nacionalidades árabes contra la dominación turca; se le ha ocurrido la idea de dar a este movimiento una orientación, asignándole como objetivo la formación de un Estado y eligiéndole un jefe. En el verano de 1915, entra en negociaciones con el emir del Hedjaz, Hussein, y firma con él un acuerdo secreto, que prevé la formación de un «Estado árabe» que comprende, además de los territorios situados entre el golfo Pérsico y el mar Rojo una parte de Siria. En junio de 1916, el Hedjaz se halla sumido en la insurrección, bajo la iniciativa personal de un oficial inglés, el coronel Lawrence. El 4 de noviembre, Hussein ostenta el título de rey. Pero, al margen de esta negociación con los árabes, Inglaterra ha negociado con Francia y Rusia para determinar las respectivas esferas de influencia. Los acuerdos del 4 de marzo y del 16 de mayo de 1916 han previsto que el litoral de Siria así como el norte del Estado árabe (Cilicia, las ciudades de Adana y Mosul) estarían en la zona francesa, mientras que la zona inglesa comprendería Mesopotamia y Siria interior; en cuanto a Rusia, tendrá su parte en Armenia y en el Kurdestán. Palestina debía, según los términos del acuerdo, estar bajo una administración internacional: algunos círculos franceses ya pensaban hacer de este territorio un foco de colonización. El 19 de abril de 1917 mediante el acuerdo de Saint-Jean-de-Maurienne, Italia va a obtener su lote en la región de Esmirna.

Las col 1

---lornas alernanas de África están en manos de las tropas inglesas, b,lga, Y francesas - Togo ha sido ocupada sin dificultades por los fran~ CO-'11910ses desde el otoño de 1914; la ocupación de Camerún ha sido 414 difícil, pero acaba en enero de 1916; el Suroeste africano ha sido con-

Véase el libro V.

359

-Tr-

La oferta de paz de diciembre de 1916

quistado por los generales boers Smuts y Botha, en julio de 1915. Sólo el Este africano alemán resiste todavía: algunas tropas alemanas, al ma,

do del general von Lettow-Vorbeck, siguen combatiendo en torno al lago Tanganika y no serán expulsadas más que a finales de 1917; pero su suerte ya no puede dar lugar a dudas. Estas operaciones militares costosas, que exigen de las tropas grandes esfuerzos, no tienen evidentemente influencia sobre el curso de la guerra general; pero interesan directamente a la política colonial. Desde principios de 1915, sir Ed. Grey no ha ocultado al coronel House que los territorios conquistados no podrán ser res-

tituidos a Alemania.

Así, en los dos grupos beligerantes, predomina el mismo estado de ánimo: la idea de una «paz blanca» no es admitida oficialmente por nadie, en medios gubernamentales; el programa, en uno y otro campo, es anexionista.

Al día siguiente del intento que ha hecho para pedir a los gobiernos europeos la exposición de sus condiciones de paz, el presidente de los Estados Unidos parece menos dispuesto que nunca a tomar partido. Cuando, el 22 de enero de 1917, dirige un mensaje al Senado para indicar las «bases generales» de una paz duradera, expresa el deseo de que ninguno de los beligerantes pueda «aplastar» a su adversario: «es preciso llegar a una paz sin victoria». El mensaje de Wilson es tan mal acogido en Berlín como en Londres o en París. Una vez más, la pretensión del gobierno americano de no hacer distinciones entre los adversarios resul-

ta chocante a unos y otros; el consejo de buscar una paz de compromiso se opone directamente a los «objetivos de la guerra» que se están definiendo en los dos campos. El estado de ánimo de Wilson parece por con-

siguiente muy ajeno a las preocupaciones y a las pasiones de los gobiernos europeos y de sus opiniones públicas. «El país no quiere bajo ningún concepto verse implicado en este conflicto. Hoy somos la única de las grandes naciones de raza blanca que permanece fuera de la guerra: se-

ría un crimen contra la civilización participar en ella». Tales son las declaraciones que el presidente hace a su amigo el coronel House en este

mes de enero de 1917.

360

LIBRO IV

LA INTERVENCIÓN AMERICANA Y EL

DESENLACE

CAPÍTULO PRIMERO

LA ENTADA EN GUERRA DE LOS ESTADOS

UNIDOS

A principios de 1917, en el momento en que el cansancio comienza a apoderarse de los pueblos beligerantes, la situación general y el equilibrio de las fuerzas presentes van a sufrir una transformación profunda y decisiva: aunque el gobierno de los Estados Unidos haya afirmado recientemente su deseo de neutralidad, lo cierto es que decide entrar en guerra al lado de la Entente. El alcance militar inmediato del acontecimiento no es considerable; pero las consecuencias lejanas de esta intervención son capitales: el día en que los Estados Unidos añadan sus fuer-

zas en la balanza, las potencias centrales sabrán que su derrota sólo será cuestión de tiempo. Por consiguiente les es preciso vencer antes de que la intervención de los ejércitos del Nuevo Mundo sea efectiva, a menos que busquen una solución diplomática, aceptando una paz de compromiso. Así, bastante antes de que su participación en la lucha sea, en el campo de batalla, una realidad, la intervención de los Estados Unidos doni, a el desarrollo del conflicto.

Es Alemania la que se encarga de empujarlos a la guerra. Al decidir `eantidar la guerra submarina,
1 ticas con e provoca la ruptura de relaciones diplomá-

1 gobierno de Washington. Pero aún son necesarios dos meses Para que el presidente Wilson se decida a
extraer las consecuencias lógi

A 1 1 cas de esta Situación ruptura y declare la guerra -dos meses
durante los cuales la

general de la Entente empeora-. El alcance de la intervención al.melIcana no S.c.percibe verdaderamente
más que si se estudia al mismo t&emPO, 1,ta @r,s,s de la Entente.

361 -

La entrada en guerra de los Estados Unidos

I. LA GUERRA SUBMARINA A ULTRANZA Y LA RUPTURA GERMANO AMERICANA'

Desde mediados de 1916, el estado mayor alemán de la marina, apoyado por los jefes militares, preparaba la reanudación de la guerra submarina; había resuelto dirigirla sin reservas, sin restricciones, hacer torpedear sin previo aviso navíos mercantes y buques, incluso neutrales, en

la zona del bloqueo. Volver a estos métodos de «guerra a ultranza» con-

tra la navegación comercial, era violar la promesa que el gobierno alemán había hecho al presidente Wilson, y resulta difícil creer que los Estados Unidos fueran a permitir esta violación sin elevar una vehemente protesta. ¿Hasta dónde podría llegar esta protesta? según el embajador de Alemania en Washington, Berristorff, si Alemania comenzaba de nuevo

la guerra submarina y la agravaba, el conflicto con los Estados Unidos sería inevitable; esta opinión era la del canciller, también la del más ac-

tivo de sus colaboradores, el secretario de Estado del Interior, Helfferich; por consiguiente los tres se oponían a los proyectos de los estados mayores.

Para Ludendorff, como para los jefes de la marina, la intervención americana no era segura: ¿no cabría esperar que una vez más el presidente de los Estados Unidos se limitara a amenazar y que su repugnancia a hacer la guerra le sugiriese una política de aplazamiento o de com-

promiso? Por otra parte, si este cálculo fuese erróneo, incluso si el go-

' Obras de consulta.- El compendio citado en p. 230, Papers relating to the foreign re-

lations of the U. S. A, World War 1917, ofrece una gama de documentos diplomáticos. Pero hay otras dos publicaciones de documentos muy importantes: el Report of the special Committee on investigation of the munitions industry (Washington, 1935-37, 7 vol., in_8-), y el compendio de C. Sauvage, Policy of the U. S. toward the maritime commerce 1 in war, t. 11:

1914-1918 (Washington, 1936, in-S')- La publicación de la Comisión de investigación alemana (véase en p. 284) es esencial. A los papeles del coronel Flouse (p. 52) y a los testimonios citados (p. 230), hay que añadir:

11 La actitud de los Estados Unidos, Mac Adoo, Crowded years. Reminiscences (Boston, 1931, in-S'); Palmer, Newton D. Baker. America at war (New York, 1931, 2 vol., in-8'), Y

la obra de G. Lechartier (cit. p. 292), testimonio interesante sobre el estado de la opinión pública; 2o las decisiones alemanas; además de las memorias del canciller y de los jefes to-

litares citadas en p. 190, Helfferich, Der Weltkrieg (Berlín, 1919, 3 vol., in -81), t. 111; czer nin, Im Weltkrieg (Viena 1920, in-So). Véase sobre todos los documentos publicados en el

anexo de Stenographische Berichte über die Öffentlichen Verhandlungen des Untersuchungsausschusses der verfassunggebenden Nationalversammlung (Berlín, 1919, 2 vol., in-S'), t@ 11;

los estudios del coronel Krüger, Der Entschluss zum uneingeschränkter U- Bootkrieg im März 1917 und seine Völkerrechtliche Rechtfertigung (Frankfurt a .M., 1960, in-S'); H ' Bal,r, Reichsleitung und U-Booteinsatz, 1914-1918 (Lippoldsberg, 1956, in-S'), y A. Spindler, Was es zu dem Entschlus zum uneingeschränkten U-Bootskrieg gekommen ist (Göttingen' 1960)--- La interpretación de los acontecimientos, ha dado lugar, en Estados Unidos, a va,

rios estudios: Cit. Seymour, American diplomacy during the World War (Yale Univ. 1934, in-12), y de Walter Millis, Road to War. America 1914-1917 (New York, 1935, que expresan tesis opuestas; así como a las obras de H. Notrer, The origins of e oreig

policy of Woodrow Wilson (Baltimore, 1937, in-80), y de Newton D. Baker, W , e aft to war (New York, 1936, in-8'). El artículo de Bernadotte Schmitt, «America eutraliry- 1914-1917» en el Journal of modern history, junio 1936, pp. 200-211, es mu s,isererite

bierrio de los Estados Unidos declarase la guerra ¿era una amenaza tan grave? El ejército americano, decía Lundendorff, no podía ser temible. Al principio, el gobierno de los Estados Unidos apenas podría enviar al frente de batalla algunas divisiones de infantería; el grueso de las fuerzas, cuyo reclutamiento y organización serían una obra de gran envergadura no podría estar preparada para entrar en línea hasta la primavera de 1918; ¿pero, de estos combatientes, cuánto llegarían a Francia, si los submarinos alemanes atacaban los transportes americanos? En cualquier caso, estas tropas llegarían muy tarde. Bastante antes de la efectiva intervención del contingente de ultramar, Gran Bretaña habría capitulado, víctima del bloqueo submarino: los «técnicos del almirantazgo alemán es-

timaban que con sus ciento cincuenta y cuatro submarinos (de los cuales cien podrían estar disponibles constantemente para el combate), el tonelaje hundido alcanzaría por mes las 600.000 toneladas; en seis meses, Gran Bretaña, que disponía, para los transportes destinados al abastecimiento de la población civil, de diez millones y medio de toneladas, habría perdido un tercio de su flota mercante; los armadores neutrales, atemorizados por los torpedos, cesarían de frecuentar los puertos ingleses. Entonces el avituallamiento de Gran Bretaña en víveres y en materias primas se vería paralizado; el transporte de trigo canadiense o argentino, por ejemplo, sería imposible. La población inglesa, amenazada por el hambre, estaría por otra parte condenada a un paro parcial, porque no sería posible proporcionar a las fábricas el algodón americano o la lana australiana. Esta crisis de suministro alcanzaría su paroxismo en el momento del «acopio», es decir del período, difícil para todos los beligerantes, en que la nueva cosecha aún no está disponible, mientras que las reservas del año precedente se habrían agotado; Gran Bretaña llegaría al límite de sus fuerzas y pediría la paz. Esta victoria, el estado mayor naval alemán afirmaba que la obtendría en seis meses: los «expertos» también la garantizaban. Era preciso comenzar la guerra submarina a ultranza en el momento requerido, para que este término de seis meses coincidiera con la época del «acopio», es decir el mes de agosto. Los cálculos de los técnicos imponían por consiguiente la fecha límite en la que el bloqueo a las Islas Británicas debía comenzar: a saber, el 1 de febrero de 1917.

Ante estas afirmaciones perentorias, apoyadas en estudios técnicos y reforzadas por la autoridad de los expertos, el canciller Bethmann-Hollweg y el ministro Helfferich bien podían objetar que los cálculos, a pesar de su aparente precisión, eran rebatibles, que el éxito de la guerra submarina dependería de los medios de defensa del adversario y que, además, la Población británica podría sufrir hambre sin capitular; pero el canciller y el secretario de Estado eran conscientes de su impotencia. ¿Qué valor tenían sus dudas frente a las promesas del almirantazgo? En el Reichstag, desde que el Centro católico, en una orden del día, había

Véase p. 333.

dado prioridad a los puntos de vista de los estados mayores, el canciller, en la cuestión de la guerra submarina, estaba en minoría. Al menos Bethmann-Hollweg había procurado ganar tiempo. Consiguió que la decisión fuera suspendida hasta el momento en que pudiese hacer, con la colaboración de los Estados Unidos, una oferta de paz. Ahora, después del fracaso de su intento el canciller se encuentra frente al plazo vencido: puesto que la paz era imposible, repetían los portavoces de los estados mayores, era preciso intentar arrebatar la victoria mediante la guerra submarina, «única solución».

El 9 de enero de 1917, en el Cuartel General (establecido temporalmente en el frente oriental, en Pless), el emperador Guillermo toma su decisión. La guerra submarina, declara al soberano el almirante von Capelle, «nos proporcionará la paz en seis meses»; las protestas de los neu-

trales, añade Ludendorff, no tendrán importancia, porque el ejército alemán está «preparado» para cualquier eventualidad. El canciller replica que no detecta seguridades en todo este asunto; o más bien, no halla más que una: la entrada en guerra de los Estados Unidos. Pero no se atreve

a tomar una actitud de absoluta oposición; no quiere añadir a la balanza la amenaza de su dimisión, porque sabe perfectamente que sería aceptada; prefiere permanecer en el poder, con la idea de que una vez que la decisión haya sido tomada, pueda «supervisar» su ejecución. Si los esta-

dos mayores, declara al emperador, estiman necesario recurrir a la guerra submarina a ultranza, él no tiene la intención de «aconsejar a su Majestad que se oponga» a los puntos de vista de los jefes militares y navales. Es la capitulación de los diplomáticos.

La misma tarde, se firma la orden imperial: la guerra submarina será reanudada el 1 de febrero y dirigida sin tener en cuenta las prescripciones del derecho internacional ni las promesas hechas al gobierno ameri-

cano. El almirante Holtzendorff, jefe de estado mayor, permanece en Viena (20 de enero) para garantizar la participación de Austria-Hungría en la campaña naval que va a comenzar. Se encuentra con la resistencia del conde Czernin, descontento de que Alemania haya tomado su decisión sin una consulta previa e inquieto por las responsabilidades que las potencias centrales van a asumir ante la opinión mundial; pero la insistencia de los alemanes triunfa sobre estas prevenciones: el emperador Carlos termina por ceder.

Entonces el estado mayor envía sus órdenes a los comandantes de submarinos; se les prescribe actuar «con el mayor vigor». La misión que se les da es concebida en términos categóricos: atacar la flota mercante, y no la flota de guerra. «Entre un acorazado y un gran navío de comercio» dicen las instrucciones, «deben elegir este último». Desde entonces los submarinos alemanes abandonan su base para llegar, antes del 1 de febrero, a la zona de operaciones que les ha sido asignada.

A última hora es cuando el gobierno alemán avisa al gobierno americano: la notificación se hace al secretario de Estado Lansing el 31 de enero. Alemania declara en estado de bloqueo las costas de las Islas

- 364 -

i

La guerra submarina y la ruptura

tánicas, la Mancha, el mar del Norte y el mar de Irlanda: aplica las mismas medidas en las costas francesas del Océano y del Mediterráneo, a excepción del puerto de Séte, que servirá de vía de avituallamiento hacia Suiza. En esta zona de bloqueo, dice la nota, «los navíos neutrales circularán por su cuenta y riesgo»; únicamente, los transatlánticos americanos podrán pasar, a condición de seguir un itinerario determinado, de llevar marcas distintivas muy notorias y de no servir de transporte para el contrabando de guerra. La decisión alemana es por consiguiente presentada en términos absolutos y definitivos, que no dan lugar a discusión; la reserva relativa a los transatlánticos no es más que una concesión aparente, porque el gobierno de Washington ya tuvo ocasión de declarar, en 1916, que no aceptaría someterse a condiciones y que conser-

1 varía el pleno ejercicio de sus derechos. La nota anula del todo los compromisos contraídos por Alemania en relación a los

Estados Unidos.

Pero, al mismo tiempo, para atenuar el carácter de su gesto y para salvaguardar las oportunidades que aún puede ofrecer la longanimidad del presidente Wilson, el canciller Bethinarm~Hollweg, aconsejado por Berristorff, remite al confidente del presidente, el coronel House, una carta secreta: el gobierno alemán, dice, está resuelto a ejecutar el «bloqueo submarino» anunciado por su nota oficial; por otra parte no podría dejarlo, porque todos los preparativos están hechos; pero abandonará este método de guerra tan pronto como el presidente Wilson haya logrado fijar las bases de una paz «aceptable para Alemania» y, entre tanto, se esforzará en «salvaguardar lo mejor que pueda los intereses de América».

¿Cuáles podrían ser estas condiciones de paz, con las que Alemania se contentaría? La carta no lo dice claramente; pero indica al presidente, a título de información personal, las bases sobre las cuales el gobierno imperial «habría estado dispuesto» a negociar si la Entente hubiera aceptado la «oferta de paz» del 12 de diciembre de 1916. Además de la restitución de sus colonias, habría cedido una ampliación del territorio hacia el este, para «proteger a Alemania y Polonia de Rusia, económica y estratégicamente»; habría reclamado una modificación «estratégica y económica» de la frontera franco-alemana (se trata evidentemente de la cuenca de Briey, a cambio de lo que el Imperio podría abandonar: la pequeña parte de la alta Alsacia ocupada por las tropas francesas). Añade que Bélgica podría ser «restaurada» a cambio de «garantías especiales para la sección „Luri@d de Alemania». Bethmann tuvo ocasión, algunos días antes, de

decir al embajador de los Estados Unidos la naturaleza de estas garantías, que comportaban la ocupación de los fuertes de Lieja y Namur, el Control de las vías férreas y la prohibición al gobierno belga de conservar un ejército. Y estas condiciones aún no eran definitivas. Mencionándolo el gobierno alemán no se comprometía expresamente a apoyarse en ellas, por si fuese posible llegar a un intercambio de opiniones, por tanto quería reservarse un margen de negociación. Tal cuales, estas propues-

La entrada en guerra de los Estados Unidos

tas no podían proporcionar al presidente de los Estados Unidos la esperanza de un acuerdo entre los beligerantes.

Y mientras, en Berlín, el nuevo secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Zimmermann, se hace ilusiones; espera todavía que el gobierno de Washington no se oponga con demasiada firmeza a la declaración de guerra submarina a ultranza y que acepte un arreglo: «Concedáanos dos meses de guerra submarina», dice el embajador americano Gerard, en la tarde del 31 de enero; «en tres meses, habremos terminado la guerra y conseguido la paz».

En Washington, la notificación alemana es recibida como una provocación. «¡No es posible!» exclama el presidente Wilson; se irrita por el «cambio de opinión» alemán, «repentino e injustificable»; experimenta, le dice el coronel Flouse, una «amarga desilusión». Por muy profundamente vinculado que se sienta a la paz, es consciente de que los procedimientos de la política alemana lo obligarán a la intervención. Sin embargo, aún duda durante cuarenta y ocho horas pues el querría «en in-

terés de la civilización blanca» mantener «intacto» a su país. La insistencia del Secretario de Estado, Lansing, y del coronel Flouse, el parecer casi unánime de los miembros del Gabinete lo llevan a reconocer que los Estados Unidos, si no reaccionan, se exponen a una humillación. En la noche del 2 de febrero, redacta el mensaje que va a leer, al día siguiente, en el Congreso: Alemania, escribe, ha roto la «promesa solemne» que había hecho en mayo de 1916; el gobierno de los Estados Unidos «no tie-

ne otra alternativa compatible con la dignidad y el honor» que la de devolver al embajador de Alemania sus credenciales.

¿Es la guerra? Aún no. Si Alemania no ejecuta su amenaza, si sus submarinos no hundien navíos americanos, el presidente Wilson no irá más

lejos; pero, si «intencionados actos de injusticia» se produjeran, el gobierno de los Estados Unidos habrá sido «desafiado» y defenderá la libertad de los mares. Ante la amenaza, el mensaje, pues, responde con la amenaza.

¿Con qué fin? El presidente Wilson afirma en su mensaje, que el gobierno americano sigue deseando la paz. Las declaraciones que hace a su

amigo el coronel House expresan con mayor firmeza aún su voluntad de evitar el conflicto: espera «hacer entrar en razón a Alemania»; si ha . decidido inmediatamente la ruptura de relaciones diplomáticas, es precisamente para obligar al gobierno alemán a reflexionar; pero «no permitirá que la ruptura diplomática ocasione la guerra mientras subsista una posibilidad de evitarla».

Sin embargo, el presidente, siempre atento a las manifestaciones de la opinión, sigue de cerca la evolución del espíritu público: la última provocación alemana ha irritado al pueblo americano; el mismo congreso

«recientemente tan pacífico» ha aplaudido calurosamente la decisión de ruptura diplomática. ¿Quiere decir que la eventualidad de una intervención armada es ahora aceptada en todo el país? El Este americano es proaliado; mantiene con Gran Bretaña y Francia estrechas relaciones eco-

- 366 -

La caída del zarismo y la crisis rusa

nómicas; los grandes bancos de New York han comprometido su crédito, al servicio de la Entente; y sobre todo la población ribereña del Atlántico es la que recibe una mayor influencia británica. Por el contrario, el Centro y el Oeste, que apenas se preocupan por los asuntos europeos, son menos sensibles a la provocación alemana, están menos inquietos por la guerra submarina que, a primera vista, no daña directamente sus intereses. El presidente Wilson lo sabe. En este momento, como en las crisis de 1915 y 1916, tiene preocupaciones de táctica política: quiere dar a la opinión pública tiempo para acostumbrarse a la idea de la guerra; desea extender en el país la convicción de que su gobierno ha hecho todos los esfuerzos para evitar el conflicto. En suma, escribe el embajador de Gran Bretaña, Wilson está decidido «a no intervenir hasta que el país entero esté a favor de esta acción». ¿Cuál es la nueva causa que podrá producir esta unanimidad? Sin duda, un «acto manifiesto» de Alemania: el torpedeo de un navío americano en la zona en que los submarinos alemanes establecen el bloqueo. El gobierno, al parecer, espera que un incidente de guerra manifieste claramente la responsabilidad del imperio alemán y provoque el rechazo del pueblo americano, a la vez que tranquilice la conciencia del presidente. El embajador de Alemania, Berristorff, que, a pesar de la ruptura de relaciones, prolonga hasta el 15 de febrero su estancia en Washington, aún cree posible ganar tiempo.

II. LA CAÍDA DEL ZARISMO Y LA CRISIS RUSA'

Mientras que el gobierno americano intenta ganar tiempo, la crisis revolucionaria estalla en Petrogrado; ésta debilita moral y

materialmente las fuerzas combativas del país.

3 Obras de consulta.- Sobre la caída del régimen zarista, además de PHistoire de Russie de Milioukov, Seignobos, Eisenmann y las obras de Grenard, Gronsky, Florinsky y del baron Noldé, a los que ya nos hemos referido (pp. 282 y 335), para las cuantiosas obras y documentos en lengua rusa, véase Catalogue du fonds russe de la Bibliothèque-Musée de la guerre (París, 1933 in-S'); en cuanto a las demás obras, véase: Golder, Documents on Russian history (New York, 1927, in-S'); Hotsky, Histoire de la révolution russe, t. 1 (París, 1933, in-8-); L. Bach, Histoire de la révolution russe, t. 1: La révolution politique (París, .1930, j--S-); Frytag-Loringlioven, Geschichte der russischen Revolution (Munich, 1919, In-81); E. Walsh Thefall of the Russian Empire (Londres, 1929, in-S'), y la importante obra de B. Pares @hé Jall of the Russian monarchy (Londres, 1939, in-81)--- Las circunstancias de la abdicacion han sido relatadas por un testigo directo, el general Danilov en la Revue des deu, mondes, enero 1929, pp. 45-71. Sobre los acontecimientos revolucionarios en la caPita', Mate Ferro, «Les debuts du Soviet de Petrograd@>, en R. Historique, abril 1960, PP. 3'3-381.- Sobre las repercusiones internacionales de la primera revolución rusa, el lib@o de Miliukov, Russlands Zusammenbruch (Berlín, 1925-1926, 2 vol., in-So), ofrece apreciacione, interesantes. Véase también los testimonios de Paleologue, La Russie des tsars (París, 1921 in-8-), t. III; Sir G. Buchanan, My mission to Russia (Londres, 1923, 2 vol., in-SI);

1,enskY, La lÉvolution russe, 1917 (París, 1928, in-81), el t. XX de los (Euvres de Lénine (Parí., 1927, in-S,) contiene sus discursos y artículos: Konstantinopol i prolívy (ya citado P. 299), aporta el texto de las notas intercambiadas entre el gobierno provisional y las potericias centrales. Sobre la cuestión polaca, véase Gorski, La Pologne et la guerre (París,

La entrada en guerra de los Estados Unidos

Desde finales de diciembre de 1916, la situación política, en Rusia ha adquirido un cariz crítico. La violenta cólera de la población urbana cuyo avituallamiento, por falta de una buena organización administrativa no está garantizado con regularidad; las protestas de la burguesía liberal, que quiere imponer al zar un nuevo régimen político; el rechazo hacia la familia imperial, que ha perdido el apoyo de una parte de la nobleza, y que no puede contar con la fidelidad de los generales: he aquí la amenaza, y la torpeza del poder ejecutivo la empeora.

El ministro del Interior, Protopopov, ya contaba con los problemas; pero también cuenta con las ametralladoras de la policía para reprimirlos; quizás hasta vea sin disgusto la perspectiva de una refriega que propiciaría una sangrienta represión: así la protesta sería sofocada desde su nacimiento. Pero la idea de una gran sublevación revolucionaria que lanzara a las calles a las masas obreras no pasa por su imaginación. Él espera la revuelta, no un movimiento de masas. Por eso descuida preparar la intervención del ejército. Los regimientos acuartelados en la capital, formados por hombres que, después de haber sido heridos, esperan para volver al frente, dependen parcialmente de oficiales de la reserva, que pertenecen a medios liberales. ¿Se podría contar con ellos para disparar contra la multitud?

El movimiento revolucionario supera y desborda las previsiones de los mismos que lo organizan: la revuelta estalla espontáneamente el 8 de marzo, en Petrogrado. La ocasión que propicia estos primeros desórdenes es la crisis de abastecimiento. La capital carece de pan. La protesta popular se convierte en manifestación por la calle; los obreros, por decenas de millares, abandonan las fábricas, se forman comitivas. Gritos, denuncias vehementes contra la negligencia de la administración; pero sin violencia. Sólo al día siguiente se producen los primeros choques entre los huelguistas y la policía. El ministro del Interior no se inmuta: «Si ha de producirse la revolución en Rusia, no será antes de cincuenta años», dice a su subsecretario de Estado.

El 10 de marzo, la situación se agrava. Desde los arrabales de la ciudad, las masas obreras acuden al centro. La revuelta por el pan cambia de cariz: no es sólo a los servicios administrativos hacia los que se dirige la protesta, sino también hacia el gobierno; los manifestantes gritan: «¡Abajo la autocracia!» La consigna se convierte en revolucionaria: sin duda los militantes socialistas han intervenido. Es por tanto la población obrera la que, durante estos tres días, ha llevado la iniciativa. La burguesía liberal, a su vez, aprovecha la ocasión para intentar provocar la derribo del ministerio y para obtener la formación de un gobierno parlamentario: sin que su propósito sea el de atentar contra la misma monarquía.

la Caída del zarismo, y la ca, 15 rusa

1922, in-S'), y C. Smorzewski, La question polonaise pendant la guerre, e. La PolOgn@' año 1930, pp. 321-340. El conjunto del problema lo trata brevemente B. Mirkine-Gue1", vitch, «La politique extéricure du gouvernement provisoire russe», en el Bulletin d, 1, S1"é" d'histoire moderne, año 1928, pp. 27-51, pero sobre todo, véase R. D. Warth, The Allies and the Russian Revolution, march 1917-march 1918 (Durham, 1954, in-S').

lo ur-

368

quía, confían en obligar al zar a aceptar estas medidas. La tarde del 8 de marzo, el presidente de la Duma telegrafía al zar diciendo que es gente llamar al poder a hombres que cuenten con la confianza del país.

El gobierno, sorprendido y desbordado resiste apenas cuarenta y ocho horas. Primeramente declina de el aplazamiento de la Duma; ¿pero cómo logrará que se cumpla esta orden? En la ciudad, los revolucionarios ocupan la estación de Finlandia, asaltan el arsenal, liberan a los

prisioneros políticos encerrados en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. El 12 de marzo por la mañana, el regimiento Volinski se niega a ir contra la revuelta y el motín se extiende de cuartel en cuartel. La desertión de las tropas paraliza al gobierno. Por la noche los ministros dimiten.

En el momento en que el poder oficial desaparece, dos poderes de hecho se constituyen en la capital. Uno es un «Comité ejecutivo» de la Duma; el otro emana, al menos teóricamente del pueblo: es el «soviet de los obreros y los soldados», que se constituye.

constituye a imagen de los agrupamientos revolucionarios de 1905. Uno es de composición burguesa y responde a tendencias liberales; el otro es de inspiración socialista. La masa popular, que ha reducido al gobierno a la impotencia, y los jefes intelectuales de la oposición, que han preparado la victoria y que desean explotarla, son fuerzas que, en principio conjuntas, pueden resultar rivales.

En este momento el régimen político contra el que la nación había protestado en 1915 y en 1916 es, de hecho, abolido. ¿Hacia qué futuro

se dirige? El Comité de la Duma no piensa, en principio, más que se dirija Rusia a la

Imponer al zar un gobierno de su elección; aún no se ha resuelto a pedir la abdicación del soberano; pero todavía desea menos la república. El soviét, por el contrario, se pronuncia de entrada contra la monarquía; reclama la destitución de la familia reinante y la instauración de un régimen republicano. Del 12 al 14 de marzo, los dos poderes negocian. Entre el Palacio de la Duma y el palacio de Táuride, donde se halla la sede del soviét, los emisarios van y vienen constantemente.

En la noche del 14, se realiza el acuerdo: el soviét y el Comité ejecutivo deciden formar un ministerio provisional. La composición de este ministerio da una mayor preponderancia a los liberales; uno de los suyos, el príncipe Lvov, recibe la presidencia; se les confían los ministerios de Asuntos Exteriores, de la Guerra y de Hacienda, mientras que

un miembro que representa la tendencia del soviét, el abogado Alexander Kerenski,

socialista en la Duma, recibe la cartera de Justicia. Pero los jefes de la oposición liberal han cedido en parte a la presión del soviét y del régimen político: ahora están decididos a reclamar

la abdicación del zar en favor de otro miembro de la familia imperial.

La revolución se ha hecho en Petrogrado no ha encontrado seria resistencia.

¿Es, a tenido lugar casi sin derramamiento de sangre.

¿Es un resultado durable? El zar, de momento, no ha reaccionado.

Al comienzo de los disturbios, Nicolás II estaba en el cuartel general

R

La entrada en guerra de los Estados Unidos tal, en Mohilev y no se le informó inmediatamente sobre la gravedad de los acontecimientos; en la noche del 12 al 13 de marzo, acaba de enterarse del hundimiento de su ministerio y comprende el alcance de la amenaza. Todavía está a tiempo de reducir el movimiento revolucionario. Por la fuerza, con la ayuda de las tropas del frente. La suerte de la revolución depende del ejército.

El 13 de marzo, en Mohilev, el zar da sus órdenes. Designa al general Ivanov para tomar el mando de las tropas que se desplegarán en la capital y restablecerán el respeto a la autoridad imperial. Los regimientos designados -sólo unos miles de hombres- se ponen en camino mientras que Nicolás II manda dirigir su tren hacia Tsarskoie-Selo, donde piensa reunirse con la emperatriz. Por la noche, cuando casi han llegado, el convoy encuentra su camino obstruido: la vía férrea ha sido ocupada por soldados insurrectos y por grupos armados, a las órdenes del soviet de Petrogrado. El tren imperial se ve obligado a retroceder y se dirige hacia Pskov. Es allí, en su vagón, donde el zar pasa las últimas horas de su reinado.

Ya no se hace ilusiones sobre la gravedad de los acontecimientos; sabe que incluso la llama reclama su abdicación; se halla sin noticias del general Ivanov, que no dispone de tropas suficientes para abrirse camino hacia la capital. ¿Qué puede hacer él? ¿Volver al frente, donde reunir fuerzas más importantes y preparar metódicamente la reconquista de Petrogrado? Esto sería la guerra civil, ante el enemigo. Además habría que contar con la fidelidad de las tropas y la lealtad de sus jefes. El zar consulta a sus generales: el jefe de estado mayor, Alexiev, no confía en el éxito de una acción contrarrevolucionaria. Puestos al corriente por telegrama, los comandantes de grupos armados responden uno tras otro, el

15 de marzo, condenando la idea de una guerra civil; aconsejan la abdicación, con objeto de restablecer la unidad de Rusia de cara al enemigo exterior. La dinastía es abandonada por los grandes jefes militares: en interés del país, Nicolás II debe retirarse; tal es el sentido, aunque no se exprese abiertamente, de esta consulta. «Para salvar la dinastía y para permitir la prosecución de la guerra hasta la victoria», dice al zar el general Danilov, «haga el sacrificio que la guerra le exige».

El zar se resigna, sin esbozar la menor veleidad de resistencia, incluso sin el menor asomo de cólera. Sólo su cara, habitualmente impasible, «hace una mueca a pesar suyo». Durante estas dolorosas horas, se halla, en perfecta calma. ¿Es autocontrol, o simplemente indiferencia al ejercicio del poder? En cualquier caso, con una extraordinaria serenidad Nicolás II acepta los acontecimientos. Después de haber anunciado su decisión a su séquito, solamente se preocupa de salvar, si aún es posible, la monarquía. Como el zarevich -el médico de la corte lo dice claramente- tendrá siempre una salud demasiado precaria para soportar la carga de la corona, el soberano resuelve designar como sucesor a su heredero, el gran duque Miguel. A las dos de la madrugada, en la noche del 15 al 16 de marzo, se firma el acta de abdicación. Unos instantes más tarde -

- 370 -

La caída del zarismo y la crisis rusa

Imediatamente, el tren imperial abandona Pskov. Despojado de sus derechos reales, Nicolás II retorna a sus deberes familiares: se dirige hacia Tsarskoie-Selo, como la antevíspera. Sigue estando, en apariencia, indiferente; renuncia al trono, dice uno de sus familiares, «como si pasara a otro el mando de un escuadrón». Solamente en su diario deja escapar, con palabras muy sencillas, la expresión de su amargura. «Todo en torno a mí, es traición, cobardía y engaño». Luego duerme «mucho y profundamente», COMO él mismo escribe.

El zar ha sido vencido. La revolución iba en contra suya y de sus métodos gubernamentales. ¿Puede sobrevivir la monarquía? Los delegados de la Duma, que han ido a Pskov a reclamar la abdicación, llevan a Petrogrado, el 16 de marzo, el acta que designa al gran duque Miguel. Antes de aceptar la corona, el gran duque consulta a los principales jefes del movimiento liberal y a los miembros del ministerio provisional y comprueba su desacuerdo. Si unos -Goutchkov, Milloukov- deseaban salvar la monarquía e instaban al soberano designado a que no faltara a su deber, otros, y entre ellos el presidente de la Duma, Rodzianko, estimaban que la presencia de un zar, incluso si se somete a un régimen parlamentario, era imposible y declararon al gran duque que no podían responder de su vida. En algunos días, el éxito de la revolución lo ha trastornado todo: es al pueblo ruso, dicen ahora los liberales de la antigua Duma, a quien corresponde elegir su régimen político, por la vía de la asamblea constituyente. El gran duque se siente abandonado; no desea intentar la aventura. En el acto, firma a su vez un acta de renuncia al trono: quiere esperar a que una asamblea constituyente haya expresado la voluntad del pueblo. Deja al gobierno provisional «la totalidad del poder». El 17 de marzo, Rusia se convierte, de hecho, en una república.

Para la guerra europea, ¿Cuáles van a ser las consecuencias del acontecimiento? ¿La caída del zarismo se desenvolverá a favor de la Entente o a favor de las potencias centrales? ¿Sabrá el pueblo ruso dar a la defensa nacional el impulso y la organización material que el régimen zarista no había sabido garantizarle? ¿O bien, dominado por las preocupaciones de la reorganización de su política interior, desviará la atención de la lucha exterior? ¿La república, en una palabra, será para el ejército ruso un tónico o un disolvente? La cuestión se plantea desde el 17 de marzo. Después de algunas peripecias conmovedoras, será rápidamente resuelta.

A primera vista, el hundimiento de la monarquía rusa provoca, en los países aliados, más esperanzas que temores. Sin duda, es siempre peligroso para un estado atravesar una grave crisis interior en el momento en que se necesitan de todas las fuerzas para hacer frente al enemigo. P11,1 esta crisis Persistía en Rusia desde hacía meses. El deseo de salvar la corona Podía conducir al zar a la de una paz separada: las potencias

occidentales en todo caso, tenían motivos fundados para temerlo. La caída repi a de Ni,ojás 11 en lo que a esto respecta, las tranquilizaba. El ,do éxito del movimiento revolucionario permite esperar la estabili-

La entrada en guerra de los Estados Unidos

dad del nuevo régimen «El gobierno republicano, apoyado por la nación, podrá revelar al país un nuevo esfuerzo. Así, después de un período de adaptación, la república rusa será un aliado más fuerte, pronto

con una fidelidad más segura. Esta es la tesis que expone la mayor parte de la prensa, en Gran Bretaña. En la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara, Briand declara: «Puede ser una renovación para Rusia».

La actitud del gobierno provisional ruso, durante las primeras semanas del nuevo régimen, parece confirmar este optimismo

1. Es un in,

en nombre del partido «constitucional democrata». Miliukov, quien ha recibido la cartera de Asuntos Exteriores. Profesor e historiador, gran orador, nacido en la Dnieper, en 1915 y sobre todo en 1916, el portavoz del bloque progresista y ha demostrado sus cualidades de luchador. Hombre de carácter, es también un apasionado patriota de la grandeza de su país: sus intervenciones en la Duma, ha manifestado la preocupación de Rusia las satisfacciones que corresponden a sus tradicionales esperanzas y a su «apel histórico»; ha sostenido calurosamente la reivindicación de Constantinopla y de los Estrechos. Los aliados de Rusia pueden tener confianza en su lealtad: no renegará de los «objetivos de guerra» del gobierno zarista; confirmará los acuerdos secretos pactados con Gran Bretaña y Francia; permanecerá fiel a la alianza.

Desde el primer día, Miliukov anuncia efectivamente, en su discurso a los gobernadores (17 de marzo), la voluntad del gobierno provisional de respetar «de manera inquebrantable las obligaciones internacionales contraídas por el régimen caído» y de «combatir al enemigo o

hasta el fin y sin vacilación». Insiste, en una carta confidencial del 21 de marzo, sobre el sentido de las palabras «obligaciones internacionales»; todos los acuerdos secretos concluidos durante la guerra forman parte de estas obligaciones. Es evidente que Francia, Gran Bretaña y el Imperio alemán toman nota y confirman inmediatamente la validez de los compromisos precedentes. La alianza, por consiguiente, permanece intacta. Por otro lado, mientras que la política zarista se había opuesto frente a la de las potencias occidentales en la cuestión de la nacionalidad del gobierno provisional adopta sobre este punto una actitud francamente liberal. A los finlandeses, les anuncia (19 de marzo) la supresión de medidas de rusificación» y la convocatoria próxima de una asamblea representativa a la que votará una constitución; en el marco del imperio ruso

la autonomía finlandesa es solemnemente prometida. A los polacos,

portavoz en Petrogrado, el abogado Lednicki, reclama del nuevo régimen una declaración formal, Miliukov, por el manifiesto del 30 de marzo

reconoce el derecho a la independencia, con la condición de que «una alianza libre» entre el nuevo Estado y Rusia. Aplaza, es

la ejecución de este compromiso hasta el momento en que la CL.

3. . . . les necesito rusa-a hay sancionado las modificaciones territoriales a favor. Por último la nueva diplomacia se pronuncia sin restricciones las nacionalidades de Austria-Hungría: anhela «la formación de

La caída del zarismo y la crisis rusa

jo checoslovaco» Y desea «la unidad de todos los países eslavos del

sí las divergencias de principios que hasta entonces habían existido, seno de la Entente se disipan. Pero ¿de qué valen estas esperanzas? Ya, en el momento en que el terno provisional acababa de entrar en funciones, los observadores internacionales situados habían expresado sus dudas: el embajador de Francia en Petrogrado, Maurice Paléologue, había previsto «una debilitación del esfuerzo nacional». Millukov confesaba que, para poner sus actos de acuerdo con sus promesas, necesitaría tiempo, pues estaba obligado a tratar (con los socialistas, partidarios de un país sin anexiones, y con el «so-

que se había constituido, desde el 13 de marzo, en Petrogrado, t », q a «defender la revolución». Entre el ministro de Asuntos Exteriores, AP, O, OC @ idido a realizar los objetivos de guerra fijados por el zarismo, y su Miéga Kerenski, hostil a la anexión de Constantinopla, ¿sería posible ~ntener una armonía duradera? El gobierno provisional, admitiendo

permaneciera unido, ¿ no habría de sufrir la vigilancia del soviét? Toestas preguntas, constituyen otras tantas causas de debilidad. Desde Wza, en donde aún esta refugiado, Lenin había indicado, al día siguiente de la caída del zar, la razón profunda de las próximas dificultades. La revolución, decía, ha sido obra de dos fuerzas, momentáneamente unidas, los liberales», por una parte, y, por otra, «los obreros y soldados revolucionarios»; entre estas dos corrientes, la alianza no puede ser duradera, porque los liberales quieren continuar la guerra, mientras que los «Pwoletarios» quieren la paz inmediata. La oposición es fatal.

Basta con unos días para que esta divergencia profunda se manifieste Y IRue la debilidad del gobierno provisional aparezca. El 24 de marzo, el «»Viet de Petrogrado, que, sin poseer la menor autoridad oficial y sin representación en la dirección de los asuntos, ejerce una efectiva influencia, porque las tropas de la capital están a sus órdenes, vota una moák que pide la renuncia a todo programa de conquista y la inmediata ruptura de negociaciones «con los obreros de los países enemigos». Desde entonces, la lucha es obligada entre Millukov y el soviét sobre la cues-

guerra o paz. La opinión pública en las grandes ciudades, está dividida; en el campo, es indiferente. Las actas recibidas acerca del estado _ q * 4 , nirno de las provincias, por el comité provisional de la antigua Duma . Na 1 &QZate os dos meses siguientes a la caída del zar, declaran que el pro-

de la guerra está «por completo en un segundo plano»; la población rural está absorta en la «obra de reorganización» que se limita a una ~L á cuestión: el reparto de tierras; la guerra @<es a menudo con letal- ..E.N p te olvidada». Por consiguiente los propósitos del soviét responden a 11piraciones instintivas de la masa. ¿Cómo podría Mililikov resistir “hQ tiempo? IAMI-Clí se afirman los peligros que implica la revolución rusa. El temor “ fallo del aliado comienza a aparecer. En cualquier caso, incluso si

Nace fiel, la república rusa ya no es, en la coalición, una fuerza ac- “ P-1 ejército está desorganizado: las dimisiones de los generales y ofi-

372

373

ciales zaristas han debilitado el mando y empobrecido los cuadros; las nuevas instrucciones relativas a la disciplina -y sobre todo la prikaze n.,, 1han reducido la autoridad del jefe. La tropa es acosada por los «dest., camentos de propaganda» alemanes y austro-húngaros que organizan la «fraternización» de trinchera en trinchera y que insinúan al soldado, ruso la advertencia más adecuada para influirlo: en el momento en que va a comenzar la partición de las tierras de la Corona, el interés más in-

mediato del campesino es encontrarse en su tierra, en su pueblo. ¿por qué permanecer en el frente, por qué continuar una guerra inútil, cuan-

do se plantean, en el interior del país, tantos problemas decisivos para el bienestar de cada uno? En vano, el ministro de la Guerra intentará devolver a estas tropas el deseo de combatir: pronto se verá reducido a no contar, para la batalla, más que con la buena voluntad de sus soldados. El ejército ruso ya no tiene peso en la lucha común. Para la Entente, hasta que no se den consecuencias aún más graves, éste es el primer resultado de la revolución.

III. LA CRISIS DE LA GUERRA SUBMARINA Y GRAN BRETAÑA'

Sobre las potencias occidentales, pesa, al mismo tiempo, otra amenaza seria para todas ellas pero que afecta más directamente a Gran Bretaña: el bloqueo submarino ejecutado por los submarinos alemanes desde el 1 de febrero obtiene, semana tras semana, éxitos importantes. Gracias a la discreción de los comunicados oficiales, la opinión pública, tanto en Inglaterra como en Francia, no se inquieta: pero los gobiernos, con las cifras en las manos, comienzan a preocuparse.

Cuando el mando naval alemán se decidió a reemprender la guerra submarina a ultranza, había evaluado en 600.000 toneladas por mes el «rendimiento» de la campaña ". De hecho, desde el mes de febrero, en el momento en que el mal tiempo, el estado del mar y la corta duración del día hacían penoso el ataque de los submarinos y difícil su acción ofensiva, el tonelaje hundido alcanzaba las 540.000 toneladas. En marzo, cuando las circunstancias atmosféricas favorecían el asalto, el rendimiento

en abril cuando la situación se hizo to pasaba a 578.000 toneladas. Es en abril cuando la situación se

más crítica para Gran Bretaña: en este mes, los barcos mercantes torpedeados o hundidos por cañones representan 874.000 toneladas (de las que

se han hundido, al menos

Obras de consulta.- Además de las citadas en p. 239, véase Newbc, *History of the War. Naval operations* (Londres, 1928, in-S'), t. IV; almirante Sirns *The victory sea* (Londres y New York, 1921, in-8'), trad. francesa: *La victoire sur mer* (París, 1922 in-S'); Jellicoe of Scapa, *The crisis of the naval war* (Londres, 1920, in-S') - y del mismo autor *The submarine peril. The Admiralty policy of 1917* (Londres, 1934, in-S'); Ed. 'belage, *La guerre sous les mers* (París, 1934, in-S'), cap. IX.

5 Véase p. 363.

- 374

La guerra submarina y Gran Bretaña

192.000 toneladas de tonelaje neutral). En un solo día, el 17 de abril, los submarinos alemanes hundieron 34.000 toneladas de navíos ingleses. Los barcos de más de 1.600 toneladas, por consiguiente los grandes navíos de carga de largo recorrido, son los que sufren más ataques: se estima en estas fechas que un gran vapor, encargado por ejemplo del servicio de Londres a Gibraltar, tiene una probabilidad entre cuatro de no volver a puerto. Por consiguiente, Gran Bretaña está viendo desaparecer, a un ritmo inquietante, las mejores unidades de su flota mercante, las que le traen el trigo de Canadá y de Australia, las materias primas de Estados Unidos, la carne, de América del Sur.

¿Cómo hacer frente a esta amenaza? El almirantazgo británico aún no ha encontrado la réplica. ¿Obstruir el Paso de Calais con minas submarinas y redes de acero? Es cosa hecha; pero los submarinos alemanes pueden dar la vuelta a las Islas Británicas por el norte, porque su radio de acción les permite realizar este trayecto. ¿Organizar la caza, con torpederos y cazatorpederos que ataquen a los submarinos de cañón o que intenten apresarlos? Es un método que, en la práctica, se revela poco eficaz. A pesar del gran número de unidades encargadas de estas patrullas, es raro que el submarino se deje sorprender: tiene el tiempo suficiente para ver venir al adversario y efectuar la inmersión. Incluso si el combate se inicia, es excepcional que el cazador pueda hacer blanco. En un informe oficial, el jefe del estado mayor naval inglés constata la pobreza de los resultados: ha habido, dice él, ciento cuarenta y dos

enfrentamientos entre destructores y submarinos, y tan sólo en seis ocasiones el adversario ha sido hundido. ¿Imponer a los navíos comerciales, cuando alcanzan la zona de «bloqueo submarino», un itinerario determinado, para facilitar la vigilancia de estas «rutas»? Es un procedimiento en el que se ha pensado; pero ha dado los peores resultados: la «ruta» adoptada es rápidamente conocida por el enemigo y se convierte en el blanco de sus ataques; a pesar de las medidas de protección, los submarinos consiguen franquear la línea de los patrulleros y hostigar a sus víctimas con una mayor seguridad puesto que ahora saben donde encontrarlas; en definitiva, el itinerario impuesto se convierte en un «nido de submarinos». Por tanto es necesario hallar otros métodos, preparar nuevos medios de defensa. Admitiendo que unos y otros sean eficaces, ¿cuánto tiempo hará falta para ponerlos en práctica? y hasta entonces, ¿qué suerte correrá la marina mercante aliada?

En el almirantazgo, el primer lord naval, el almirante Jellicoe, ya no oculta su inquietud. Desde mediados de marzo, ha avisado al «gabinete de guerra» que es preciso tomar muy en serio la amenaza de bloqueo. El 23 de abril, reitera su advertencia, en un informe detallado; muestra la continua progresión de las importantes pérdidas sufridas por la marina Mercante e indica la gravedad de la inminente crisis; pide al gobierno que haga un gran esfuerzo por construir nuevos cazatorpederos y establecer nuevas barreras de minas.

¿Es una nota voluntariamente pesimista, para obtener del gabinete

créditos más importantes o para poner de relieve el esfuerzo que incurbe a la marina de guerra? Nada permite suponerlo. Los testimonios de mayor autoridad confirman la realidad de estos temores: cuando el almirante Sims, comandante en jefe de las fuerzas navales americanas, vaya a Londres para entrar en contacto con el almirantazgo británico, lo encontrará presa de angustia. Si las pérdidas sufridas durante la segunda quincena de abril se mantienen al mismo nivel las semanas siguientes, pronto llegará la hora en que el abastecimiento de las Islas Británicas no pueda ser garantizado. Inglaterra se arriesga a verse constreñida a la «capitulación». El 26 de abril, Robertson, jefe del estado mayor imperial, escribe a Haig: «La situación marítima... jamás ha sido tan mala como actualmente, y Jellicoe, casi todos los días, la califica de desesperada.»

Sin embargo, no es más que una crisis: después de haber alcanzado este punto culminante, el rendimiento de la guerra submarina va a decrecer muy pronto. ¿Pero quién, en este mes de abril de 1917, se hubiese atrevido a garantizarlo? En efecto, los resultados conseguidos por los submarinos superan las previsiones del mismo almirantazgo alemán. Las promesas del almirante Holtzendorff, que se jactaba, en enero, de someter a Gran Bretaña antes de finales de agosto, ¿no están a punto de realizarse?

IV. LA PREPARACIÓN DE LA « GRAN OFENSIVA » SOBRE EL FRENTE OCCIDENTAL ⁶

Sin embargo, las esperanzas de la Entente se vuelven hacia el frente occidental, donde los franco-ingleses preparan la «gran ofensiva» de primavera, decidida por la conferencia interaliada de diciembre de 1916. Esta debe, según el plan primitivo, consistir en dos grandes ataques simultáneos, uno sobre el frente inglés, en el sector donde ha sido librada

La preparación de la «gran ofensiva»

⁶ Obras de consulta.- Además de los documentos citados en Les armées françaises dans la Grande Guerre (p. 191) t. VI, consúltese, sobre las relaciones entre el gobierno francés y el alto mando: W. d'Ormesson, Au près de Lyautey (París, 1963, in-SI); Mermeix, Nivelles et Painlevé. La deuxième crise du commandement (París, 1919, in-12); G. de Civrieux, L'offensive française de 1917 et le commandement du général Nivelles (París, 1919, in-12); H. Gallié, L'offensive française de 1917, de Saïsons à Reims (París, 1919, in-S'). El testimonio de Painlevé, Comment j'ai nommé Foch et Pétain (París, 1925, in-S'), es importante, véase además, Herbillon, Le général Alfred Micheler, d'après sa correspondance et ses notes (París, 1934, in-12).-Desde la perspectiva inglesa, véanse las obras generales de De-ar y Boraston, Sir Douglas Haig's command (Londres, 1922, 2 vol., in-8-), y del general Charteris, Fieldmarshal Earl Haig (Londres, 1929, in-SO), trad. francesa Le maréchal Haig (París, 1930, in-SO), así como el estudio de Lord Hankey, The supreme command, 1914-1918 (Londres, 1961, in-8').-Desde la perspectiva alemana, Die Osterschlacht bei Arras, 1917 (Berlín 1929' in-80)--- Sobre la cuestión de las relaciones franco-inglesas, véase el excelente estudio de

F. Kuritz «Le problème de Punité de commandement sur le front franco-britannique au début de 1917» en la Revue Xhistotre de la guerre mondiale, enero y abril 1939, PP- 19@50 e 126-169.

- 376 -

la batalla del Somme, el otro sobre el frente francés, en la región de Aistic. Los italianos han prometido hacer al mismo tiempo un esfuerzo en el frente de Isonzo; los rusos, antes de la caída del zar, habían adquirido compromisos análogos; los rumanos deben entrar en acción, al mismo tiempo que el ejército de Salónica. Atacados en todos los frentes, los ejércitos austro-alemanes han pasado, a finales de 1916, por un período difícil; se trata de imponerles, desde los primeros días de la primavera de 1917, un mismo castigo. Pero, esta vez, no es solamente una batalla de desgaste la que debe librarse; es una batalla de «ruptura». En el plan general, la acción de los rusos e italianos no tiene más objetivo que el de «inmovilizar» a las fuerzas adversarias; la acción decisiva debe ser la de los franceses e ingleses, cuyas ofensivas convergentes, si se abren camino a través de las posiciones alemanas, amenazarán el saliente del frente enemigo de la región de Noyon: las divisiones que ocupen este saliente quedarán rodeadas.

El alto mando cuenta con que esta ofensiva dé grandes resultados estratégicos. El nuevo espíritu que desde la retirada del general Joffre y su reemplazo por el general Nivelles reina en el alto estado mayor está compuesto de audacia y de confianza. La campaña ofensiva de 1917 no debe parecerse a las precedentes: el tiempo de esos lentos esfuerzos que agotaban al asaltante más que a su adversario ha pasado; esta vez, el ataque dirigido con métodos tácticos nuevos, dará resultados rápidos y quizás decisivos. El general en Jefe francés quiere compartir esta convicción con sus compañeros. Puede que estén algo sorprendidos por tan grandes proyectos; pero aún no dicen nada. A comienzos de 1917, en los altos estados mayores, el optimismo es rigurosamente necesario.

Pero antes de la fecha prevista para la gran ofensiva, este optimismo se verá sometido a dura prueba. Se contaba, para

asegurar el éxito de los ataques franco ~ingleses, con los esfuerzos simultáneos de rusos, rumanos e italianos y resulta que no están en condiciones de intervenir. Se confiaba en la pasividad del adversario; sin embargo previene el golpe.

El fallo de los aliados es una consecuencia de la revolución de Petrogrado: a pesar de los telegramas apremiantes del general Nivelle, que al día siguiente de la caída del zar se dirige al general Alexiev para recordarle los recíprocos compromisos, el mando ruso no puede pensar por '1 Inomento en dar a su ejército una orden de ataque. La inacción de los rulos, provoca la de los rumanos. Por otro lado, la ofensiva de «fijación» Prevista sobre el frente de Salónica está comprometida; además, en los contingentes aliados del ejército de Oriente, hay rusos que tienen tan po~ c” ganas de combatir como sus compatriotas del frente nororiental, y se *

rv'Os, que atraviesan por una seria crisis moral. El mando italiano, por su parte, siempre ha considerado que su acción debía ser precedida por una ofensiva ruso~rumana, porque teme que los imperios centrales, al conservar u libertad de movimientos, concentren de repente el grueso de sus tropas en el frente de Trentino o en el de Carso. El general Nive
1

ll`e Por tanto tiene miedo (se lo escribe al ministro el 21 de marzo) de

La entrada en guerra de los Estados Unidos

que su colega italiano renuncie a intervenir. En cuestión de días, el plan general se desbarata. Si los ejércitos franco-ingleses atacan, soportarán a solas el peso de la batalla.

Esta batalla del frente occidental de todas formas, ya no se presenta en las condiciones previstas por el alto mando aliado. El estado mayor alemán ha tomado medidas que desbaratan las previsiones: el 24 de febrero, manda evacuar por sus tropas el saliente de la Serre; el 25, repliega toda su línea para hacer frente al quinto ejército británico; en la noche del 12 al 13 de marzo, coloca de nuevo a sus tropas veinte kilómetros atrás, sobre un extenso frente, en la región de Lassigny. Este repliegue no ha sido improvisado: antes de llevarlo a cabo las tropas alemanas han realizado, en la zona a evacuar, destrucciones sistemáticas. ¿Por qué Lunderdorff ha abandonado sin combatir este territorio, cuando tantas veces sus tropas han luchado palmo a palmo por conservar el terreno ganado? Sabía que esta parte de su frente había sido debilitada por ataques parciales y no podría soportar el choque de una gran batalla. Efectuando a tiempo esta retirada, obligaba al adversario a retrasar la ofensiva o a librar la batalla en una zona devastada, donde las tropas de ataque no hallarían ni refugio contra el fuego, ni posiciones preparadas para su propia artillería. En fin, acortando su frente, podía dejar disponibles algunas divisiones, que reforzarían su reserva general. La retirada, que las cir-

constancias hacían necesaria, presentaba por tanto ventajas. Las tropas alemanas habían podido efectuarla sin perjuicio: el primer repliegue, el del 24-25 de febrero, había sido para el mando inglés una sorpresa; el se-

gundo, el del 12-13 de marzo, lo habían previsto tanto el mariscal Haig como el general Franchet d'Espérey, comandante del conjunto de los ejércitos; pero al general Nivelle le parecía inverosímil que el enemigo abandonase «la línea más próxima de París» y había descartado la idea de un ataque inmediato, como le sugería su subordinado. Así la delicada operación de «repliegue» se efectuó más fácilmente todavía de lo que los alemanes hubieran podido esperar.

¿Aún resulta posible, en estas nuevas condiciones, sostener el plan de operaciones fijado tres meses antes? El general Nivelle no lo duda; está decidido a ejecutar la ofensiva a pesar de todo, incluso si tiene que hacer modificaciones en sus órdenes iniciales. Estima que los sectores de ataque más importantes (el frente inglés de Virny, el frente francés del Aisne) no se han visto afectados por el repliegue alemán; incluso encuertr,

en este repliegue una ventaja que le permitirá como a Lunderdorff, re-

tirar del frente divisiones, para formar un nuevo ejército de reserva. El 4 de abril de 1917, se ultiman las instrucciones del alto estado niaYO"-

Las operaciones ofensivas comportarán necesariamente dos fases: 111" batalla en la que las fuerzas de ataque tendrán que «romper@» el frent1 enemigo y una fase de «explotación» en la que participarán todas las fu1r' zas disponibles de los aliados. La batalla de ruptura se librará, en el fr'r', te inglés, entre Givenchy y Quéant; en el frente francés, de Reims a Sol'sons. Los ingleses tendrán como puntos de dirección Cambral y DOu"1;

La preparación de la «gran ofensiva»

los franceses, Guise y Vervins. Después de la ruptura, la intervención del grupo de ejércitos de reserva completará la victoria. «Con el precipitado avance de todas nuestras fuerzas disponibles y con la conquista rápida de los puntos más sensibles para el aprovisionamiento de los ejércitos enemigos, debemos conseguir su desorganización completa y acelerar su repliegue».

Este plan de gran envergadura, cuyo éxito aseguraría la liberación de una gran parte del territorio francés, las perspectivas estratégicas priman sobre las suposiciones tácticas. El general Nivelle ha dado órdenes para la ruptura del frente y la persecución; ve mucho más allá de las primeras posiciones enemigas. ¿Está seguro de poder arrebatarlas? Las órdenes dadas a las divisiones les asignan, para el primer día de ataque, objetivos a diez kilómetros de la línea de salida. El error capital del plan de Nivelle es el de dar por seguro la conquista de las primeras posiciones. Sin duda, las operaciones de otoño de 1916, en Verclúm, habían demostrado que un ataque repentino daba unos resultados efectivos con toda seguridad. ¿Pero tenía la experiencia un valor general? Las ofensivas parciales, que el general Nivelle había dirigido hasta entonces sobre frentes muy restringidos habían sido preparadas con un cuidado minucioso y apoyadas por una artillería considerable. ¿Era posible organizar, en condiciones análogas, un frente de ataque más amplio? Estas objeciones, el general en Jefe no las ignora, pero las descuida, a pesar de las advertencias de su «despacho de operaciones», a pesar del parecer de la mayor parte de los comandantes de los ejércitos.

La bonita confianza del general Nivelle provoca la inquietud del estado mayor británico. El mariscal Haig, comandante en jefe de las fuerzas inglesas, no ha ocultado desde comienzos de marzo que la ofensiva, después del repliegue alemán, se puede reducir a «dar palos de ciego». El general Nivelle ha replicado con vehemencia y se queja de que su colega británico siempre esté «cuestionando el plan de operaciones». Insti,gado por el general en jefe, el presidente del consejo, Briand, ha solicitado al gobierno inglés que el mariscal Haig sea «constreñido» a adaptarse a los planes adoptados en común y a las instrucciones del general Nivelle. Para resolver el conflicto entre los dos comandantes en jefe, es preciso, después de una primera reunión en Calais, mantener en Londres, (12-13 de marzo) una conferencia franco-inglesa: efectivamente, laig ha cedido bajo la presión de Lloyel George; se ha declarado disPuesto a ejecutar, tanto en el fondo como en la forma, los compromisos acordados; ha aceptado recibir y transmitir a sus tropas las órdenes del general francés. El acuerdo establece por tanto la unidad de mando de forna emporal, Para la duración de la gran ofensiva.

Pero el gobierno de Briand, debilitado desde hacía mucho tiempo 7@ ha dirnitado al día siguiente de la conferencia de Londres, después de un ulcidente entre el ministro de Guerra, general Lyautey, y la Cámara de

Véase p. 328.

378

379

La entrada en guerra de los Estados Unidos

los diputados; en el nuevo gabinete, presidido por Ribot, el ministro de la Guerra es Painlevé, que anteriormente tuvo ocasión de criticar los proyectos de la ofensiva. Apenas investido, el ministro se entrevista con el general en jefe; intentando obtener una modificación del plan y, por consiguiente, un aplazamiento de la batalla, pero se topará con una negativa. Painlevé, entonces, no duda en consultar, a espaldas del general Nivelle, a los comandantes de los grupos de los ejércitos: entre ellos ninguno cree que la ofensiva pueda dar los resultados que por descontado espera el generalísimo. No por eso disminuye la confianza de Nivelle: desde su punto de vista, la ruptura del frente enemigo es segura: en tres días, ingleses y franceses podrán confluír en la línea del Serre. El ministro no está convencido de eso; pero se encuentra en una posición delicada: la lógica le impone que retire al general Nivelle del mando, pues no cree en el éxito del plan, y que dé órdenes de renunciar a la ofensiva para evitar pérdidas inútiles; tomar esta enérgica postura, sería, no obstante, enfrentarse con serias dificultades, pues el general Nivelle tiene activos partidarios en el gabinete, en particular el ministro de Interior, Malvy. ¿Cómo podría el ministro de Guerra sustituir al generalísimo sin provocar una crisis ministerial? El gobierno inglés, después de haber cedido el 13 de marzo a instancias de Briand, se sorprendería al ver que Francia renuncia ahora a los proyectos que han hecho posible un acuerdo interaliado. Si se renuncia a la ofensiva, ¿cómo evitar la impresión de debilidad que se van a llevar los aliados? Por otra parte, los comandantes de los grupos de ejércitos, aunque critican el plan Nivelle, no son partidarios de que los ejércitos franco-ingleses deban renunciar a toda acción, pues es preciso evitar que el enemigo tome la iniciativa de las operaciones. En consecuencia el ministro de Guerra piensa en un término medio: permitir efectuar la ofensiva, pero imponiendo al general Nivelle un plan de ataque menos ambicioso, que, en su etapa inicial, se limite a prever la conquista de las primeras posiciones enemigas.

¿Cómo forzar al comandante en Jefe a que lo acepte? Se decide celebrar en Compiègne, en presencia del presidente de la República, una especie de consejo de guerra excepcional, en donde van a reunirse por una parte el presidente del consejo y los ministros de Guerra, Marina, y de Armamentos, y por otra, el generalísimo y los comandantes de grupos de ejércitos. La conferencia tiene lugar el 6 de abril. A las objeciones de Painlevé, el general Nivelle opone una vigorosa réplica: el tiempo, dice, trabaja contra la Entente y la revolución rusa obliga a las potencias occidentales a actuar. Aplazar la ofensiva es arriesgarse a ser aventajado por el enemigo. Por consiguiente es preciso atacar. Pero entonces, ¿por qué librar una «semibatalla»? ¿Por qué otorgar a la ofensiva objetivos demasiado limitados? El generalísimo no renuncia a su plan; si el consejo lo comparte su opinión, ofrecerá su dimisión. En presencia de su jefe, los comandantes de grupos de ejércitos se sienten menos libres de expresar su opinión: sólo, el general Pétain desaprueba claramente el plan de operaciones; el general Franchet d'Espèrey se desentiende, declarándose

- 380 -

de los Estados Unidos

La declaración de guerra que está al punto para dar una opinión autorizada, el general Micheler, jefe del principal frente de ataque, cree poder arrebatar las primeras posiciones del enemigo, pero no sin dificultades; más allá, piensa encontrarlas aún mayores, sin embargo se pronuncia a favor de la acción. Desde el momento en que no hay unanimidad entre los comandantes de los ejércitos para descartar el plan establecido, los demás miembros de la conferencia no quieren cargar con la responsabilidad de rechazarlo. Por lo tanto el consejo concede al generalísimo el plan de acción, limitándose a expresar la opinión de que no hay que sacrificar la preparación del éxito táctico, es decir la conquista de las primeras posiciones a unas «esperanzas estratégicas». En el punto en que se hallan las cosas -pues la ofensiva va a ser lanzada de un día a otro- este deseo es ilusorio. De hecho, según el parecer del ministro de Guerra, el consejo de Compiègne no aporta a la situación ningún cambio; no ha conseguido más que provocar fricciones inútiles.

Por consiguiente, el general Nivelle ha triunfado. ¿Pero en qué condiciones? Ha obtenido la autorización para ejecutar su plan, pero con qué dificultades la ha arrebatao! No puede ignorar que sus subordinados están faltos de confianza, que el gobierno francés es, al menos en parte, hostil a este método audaz y arriesgado, que el alto mando inglés ejecuta a su pesar un plan que le parece demasiado groso. Nivelle está solo, o casi solo; en su propio entorno, no hay bastante fe. Por momentos, quizás él mismo duda; pero se siente demasiado comprometido como para volverse atrás. Y el momento de la gran ofensiva va a comenzar, en una atmósfera cargada: la tropa es consciente de las dificultades de su cometido y de la insuficiencia de los medios que le son facilitados; el sentido del deber aún la anima; pero el entusiasmo, la confianza en el éxito han dejado de estar presentes.

V. LA DECLARACIÓN DE GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS En el momento en que se acumulan las decepciones y los motivos de ansiedad es cuando la Entente se encuentra por fin con la reconfortante ayuda americana, con todas las promesas que esto implica para el resultado final. ¿Debe establecerse una relación directa entre los temores que

de consulta.- Véase la bibliografía de la p. 362 y añádase J. R. Spencer, *Deci- "On for war, 1917 (Rindge, 1953, in-S')*, y J. B. Duroselle, cit. p. 189. La interpretación de briles «L' entrée en guerre des Etats-Unis», en *Evolution*, julio 1928, pp. 2

del 2-31, atribuye la entrada del presidente Wilson a influencias financieras.- Sobre la actitud del Senado, véase *The Senate and the League of Nations (New York 1925, in-S')*, que examina la

del presidente George W. Wilson durante la guerra; véase *Netberger, y J. Kahn, Integrity. the life of Woodrow Wilson (New York, 1937, in-81)* 'biografía de uno de los senadores que votó a favor de la entrada en guerra- Sobre el asunto del telegrama dirigido de Berlín a México-

del Zinimann telegramm (Londres, 1959,

La entrada en guerra de los Estados Unidos

experimentan Francia o Gran Bretaña y la decisión americana? ¿Es la perspectiva de una victoria alemana lo que determina al gobierno de los Estados Unidos a intervenir? Lansing teme efectivamente una dominación alemana en Europa; estima que los Estados Unidos deben tener por objetivo restablecer «el equilibrio de fuerzas». Pero Wilson no comparte, al parecer, este punto de vista: quiere ante todo defender la libertad de los mares, es decir el prestigio de los Estados Unidos.

El día en que el Congreso aprobó calurosamente el mensaje del 3 de febrero, la perspectiva de una guerra entre los Estados Unidos y Alemania se impuso en todos los ánimos, fuesen entusiastas o rebeldes. El incidente decisivo, el «acto manifiesto» -es decir el torpedeo de un navío americano-, ocurriría con mayor o menor rapidez, pero era inevitable. Para que el gobierno pudiera actuar en consecuencia, le era preciso sin embargo contar, en la opinión pública, con el apoyo necesario. En realidad, esta evolución de la opinión pública había comenzado a manifestarse en el transcurso de febrero. ¿Bajo qué influencias?

Los intereses económicos tuvieron una importancia decisiva. La declaración alemana de guerra submarina a ultranza y la amenaza de que afectara a los navíos neutrales determinó a los armadores americanos, en

un primer momento, a detener el tráfico en la zona de bloqueo. Pero las exportaciones con destino a Gran Bretaña, Francia y sus aliados representaban las tres quintas partes de las exportaciones totales del país. En cuestión de días, los puertos americanos del Atlántico se vieron satura-

dos de mercancías que los navíos no transportaban, y, gradualmente, esta

«congestión económica» había ido ocupando los centros de producción. Las cuantiosas pérdidas que resultaban de esto no afectaban tan solo a

los armadores o a los comerciantes del Este, sino a los industriales del Ohio, a los agricultores del Middle West, a los plantadores de algodón del Sur. ¿Quién es responsable de este desorden, sino Alemania? De esta forma (el embajador de Gran Bretaña, en una clarividente carta, lo había previsto) la población, al comienzo, indiferente a la amenaza, empieza a comprender su gravedad. El bloqueo submarino obstaculiza la prosperidad de los Estados Unidos.

1 lo nión decisivo? A la larga, seguro que sí. Pero la opinión americana s'rit* una sacudida más fuerte cuando un incidente vino a convencerla de que la propia Alemania consideraba como inevitable y próximo el conflicto con los Estados Unidos: este incidente, es el célebre asunto del «teleg"ma Zimmermann».

En julio de 1916, después de un incidente fronterizo provocado Por una banda de rebeldes mejicanos, las tropas americanas, mandadas 1 por el general Pershing, habían penetrado en el territorio de Méjico y autí Se hallaba allí a comienzos de 1917. Su presencia había dado lugar a serias dificultades: tiros entre regulares mejicanos y soldados de Pershing; Plo' testa diplomática del presidente Carranza que, después de haber tolera, do la entrada de las tropas americanas, se inquietaba al ver que PrOlorl'

- 382 -

La declaración de guerra de los Estados Unidos

lón. El secretario de Estado alemán de Asuntos Exterio gaban su ocupací ,es, Zimmermann, creyó poder sacar partido de este desacuerdo. Cuando se tomó la decisión de guerra submarina a ultranza, el 16 de enero dirigió al ministro de Alemania en Méjico, Eckard, instrucciones telegráficas: sí los Estados Unidos entraban en guerra, Alemania ofrecería a Méjico una alianza, prometiéndole «una importante ayuda financiera» y brindándole la oportunidad de reconquistar los territorios anexionados por Estados Unidos en 1848-Tejas, Nuevo Mélico, Arizona; al mismo tiempo había que aconse'ar al presidente Carranza <@que se pudiese en contacto con Japón». La mediación mejicana podría no sólo restablecer la paz entre Alemania y Japón, sino conseguir que entrara el gobierno de Tokio en la alianza germano-mejicana: éste era el sentido de las instrucciones dadas por el secretario de Estado.

Bernstorff fue el encargado de proponérselas a Méjico. El texto cifrado había sido remitido a Nueva York, como lo eran todos los demás niensajes destinados a la embajada de Alemania, so capa del embajador de los Estados Unidos en Berlín, y transmitido por cable inglés. Ahora bien, el servicio de información del almirantazgo británico pudo captar y descifrar el telegrama. ¿Cabía pensar en mejor ocasión para mostrar al gobierno americano el carácter de la amenaza alemana y para provocar en la opinión pública un movimiento de indignación? La cooperación brindada a esos mejicanos, hacia quienes los ciudadanos de la Unión no sienten ímás que menosprecio y la idea de buscar el apoyo de los japoneses, rivales de los americanos en el Pacífico y en el Extremo Oriente, bastan para despertar, más que la inquietud, la cólera de los Estados Unidos -sobre todo de California, vecina de Méjico y siempre irritada contra los amarillos-. El 24 de febrero el gobierno británico comunica a Washington el texto del telegrama de Zimmerman. El presidente Wilson, después de cierta vacilación -pues teme provocar en la opinión una conmoción tal que el gobierno pierda el control de la situación- se decide a publicar el documento el 1 de marzo; ya es un hecho consumado. Así, en quince días, el peligro alemán se convierte para las poblaciones del Centro y del Oeste, hasta entonces reacias a la idea de la intervención, en una realidad palpable.

En adelante el gobierno será más libre de lo que era o creía serlo. Lo, acontecimientos, por otra parte, lo empujan a la acción. Para temediar la congestión económica, es necesario estimular a los armadores a co - . IIInuar el tráfico, con riesgo de ser torpedeados; pero también es preclll proporcionar a los marineros el medio para defenderse contra el ataque de un ubmarino: la cuestión del armamento de los navíos comerciales se halla ante el gabinete. El presidente Wilson no quiere zanjarla sin la votaciA A 1

sión en el Congreso, y ante toda duda en proponer una decisión

1 que se parezca a un acto de guerra. El 26 de febrero se decide, dos días después de haber recibido comunicación acerca del documento de irrisuación. El mensaje que dirige a las cámaras insiste en la necesidad de

tomar, para la defensa del comercio americano, medidas de protec-

La entrada en guerra de los Estados Unidos La declaración de guerra de los Estados U ción y adoptar una actitud de «ncutralidad armada». En la Cámara de 2 de abril, cuando escucha lo, aplausos de] Congreso, cuando advi representantes, la sugerencia es aprobada por una amplia mayoría (295 la vibrante acogida de la opini 1

ince m. e tranquilfl votos contra 124). En el Senado, la obstaculización de unos q.ui ierri- ochenta y dos votos contra se . ón pública, por fin s 1 IZa. bros -el grupo dirigido por el senador La Follette- consigue Í is el Senado vota la declaración de gue

Impedir y la Cámara de representantes la aprueba por trescla apertura de un escrutinio, hasta el momento en que, el 4 de marz., 1. votos Contra cincuenta. ientos setenta y clausura de la sesión se pronuncia, conforme a la ley constitucional. Pero En esta evolución de los Estados Unidos de la neutralidad a la el presidente Wilson recurre a la opinión pública; seguro de su aprob, _ vención, es posible, sin querer 1 in ción, toma la decisión ba*o su autoridad: el 12 de marzo, la flota con ello dar a los acontec- - ‘

1 iva apenas adm

j m,r- riencia lógica que las reacciones de la Pissicóonloagía colect IM'Cntos una a be la autorización de llevar cañones. Inmediatamen- perci bir algunas etapas claras. Es la dec- emana de bloqueo subn cante americana rec te los navíos de comercio armados se hacen a la mar con destino a los nno la que obliga al presidente Wilson a ladmitir la idea de la guerra puertos bloqueados por los submarinos alemanes. De un día a otro, es 1 1 S

1 las consecuencias económicas de esta decisión las que inducen a la pa posible que uno de estos navíos sea atacado y libre combate; de esta for- más indiferente de la opinión ma, se abrirán las hostilidades entre los Estados Unidos y Alemani americana, ya que se per'udican sus in

ia. El reses, a pronunciarse contra Alemania- La revellón de] te)legrama de Zacta del 12 de marzo es el prefacio directo de la intervención. mermann llega en el momento precí 1

Para evitar el conflicto, Alemania tendría que renunciar a torpedear poco a poco, se forma un nuevo ci@ 1 so para suscitar las pasiones. A

1 Ima. Cuando los alemanes pasan los navíos americanos: Austria-Hungría se lo aconseía, mediante la opi- la amenaza a los actos, el gobierno americano, consciente de las tende nión del embajador americano en Viena. Pero es demasiado tarde para clas de la opinión, permanece fiel, al decidir la intervención, a la línea modificar las órdenes dadas a los comandantes de submarinos; además conducta que había señalado desde esta concesión equivaldría al abandon .o de la guerra submarina. El man- cas. Sin la guerra submarina a ultran la ruptura de relaciones diplomát do naval alemán rechaza por consiguiente la sugerencia austro-húngara. entrado en lucha: es la conclus« z., los Estados Unidos no habría Guillermo 11 lo aprueba: «Ahora, de una vez por todas, es precí lón que sugieren los hechos.

iso po- ¿Sería ingenuo considerar fundada dicha conci,s-

pe ión? La Polémica po ner término a las negociaciones con los Estados Unidos. Si Wilson quie- lítica, ha levantado sos chas hasta en los Estados Unidos. La guerra sub re la guerra, permiticile que la haga y que la tenga>@. La suerte está marina, se dice en ocasiones, no habría sido para 1 gobierno american echada. Iná, que un pretexto para entrar en guerra; las verdaderas causas pued

El «acto manifiesto» de hostilidad, que debe, según el mensaje de Wil- que sean de otra índole: Wilson, en 11 fondo, deseaba la intervención son al Senado, provocar la intervención americana, no puede tardar en Pues sentía una Mistint, -

iva simpatía Por el punto de vista inglés y deseaba es producirse. El 12 de marzo, en el Atlántico, un barco de víveres, el Al- tar Presente en la conferencia de paz para exponer su doctrina de una pa gonquin, ha sido atacado por un submaririo. El 19, el vapor Vigilentia justa y duradera; la tendencia personal el presidente estaba alentada por es hundido, con su tripulación. Ha llegado el momento de tomar las úl- una parte de la prensa, que reco @

gia ampliamente la propaganda de la Entimas decisiones. Pero parece que el presidente duda. ¿Acaso piensa que tente; esta Prensa no era mas que el instrumento de los grandes bancos, y la opinión pública no está suficientemente madura? Las informaciones re- sobre todo de la casa Morgan, que desde el principio, se habían puesto de cogidas por el coronel House indican que en Kansas, en Missou .ri .«no parte de la Entente colocando en el mercado los préstamos franceses e parecen comprender de qué se trata». ¿Teme el presidente un movirnien- ingleses yconcediendo créditos P,,a el pago de las compras efectuadas to germano-americano? House ha estudiado con el jefe de seguridad las Por los aliados a lo medidas a tomar en caso de disturbios. El entorno del presidente Y

los a foldo s Estados Unidos: estos bancos se habían arriesgado

y lo único que podían temer era la derrota de la Entente, que propios miembros de su gabinete se extrañan de su pasividad. Sin el"-
habría cImprometido gravemente el bargo, el 20 de marzo, se toma la decisión de convocar en sesión extraor-
"siguiente ten ' reembolso de estos adelantos; por

ian un interés directo en Í itar a sus conc dinarla el Congreso: este día, Wilson declara a sus colaboradoe .s que Y'
la guerra contra Alemania. Seg - . inci iudadanos a

a p., el Wilson aun un esta tesis, parece ser que el presidente

que personalmente fuera independiente respecto de la gran ex ste el estado de guerra, entre los Estados Unidos y Alemani
banca (incluso sus a .dversarios lo reconocen) había sufrido indirectamenhecho de los torpedos.
t@ la Presión de los intereses financiero ; había v-

Ahora está decidido a comprometer en la guerra a todas las fue"" 1

de los Estados Unidos. No oculta, desde luego, que es consciente de las virniento de opinión que de
hecho n s sto desarrollarse un mprobables dificultades; pero ya no puede volverse atrás. Hasta el rno'
Prensa sub 111,oriada por estos 0 era mas que una campaña de la

artificial ve intereses; había cedido a esta soli 1 mento en que empiece a leer en el Congreso el mensaje que anuncia la
tanto más voluntariamente cuanto que la inItCrven'

la día a sus c>tud entrada en guerra y la voluntad del gobierno americano
de emprender 1 u' buen preferencias personales. La g ión responlucha con
los mayores medios .050; la tarde de '110inento, el p uerrá
submarina proporcionó, en

Wilson se mostrará así retexto necesar-

lo. ¿No dio a entender el mis-

idos

erte Por

rra; tres

ter~

paite, a-

on rte te-

insí' de

nde i_

n

0

e

z

- 384

_A1

385

La entrada en guerra de los Estados Unidos

mo Wilson, más tarde, que estaba resuelto, en cualquier caso, a salir de la neutralidad?

¿Qué se puede deducir de estas interpretaciones? Las declaraciones que el presidente de los Estados Unidos hizo posteriormente no pueden servir para establecer una convicción. Una vez convertido en jefe del gobierno de guerra, Woodrow Wilson no podía confesar que había dudado durante mucho tiempo en tomar partido. Para apreciar su actitud a comienzos de 1917, es necesario recurrir a documentos contemporáneos: pues son los únicos mediante los cuales se conoce el testimonio de sus demoras. Los testimonios de los colaboradores del presidente son unánimes en mostrar sus indecisión y ansiedad. Son los actos del gobierno alemán los que le deciden a dar una respuesta. ¿Es sensible a la influencia de la prensa? Seguramente, pues desea armonizar sus iniciativas con las de las corrientes dominantes de la opinión pública. Pero no es en ella donde puede encontrar un estímulo para actuar, pues la prensa no es, ni mucho menos, unánime. Indudablemente en el Este, predominan las tendencias favorables a la Entente; sin negar el papel que los intereses económicos y financieros puedan jugar en esta orientación, no se puede olvidar que la población ribereña del Atlántico, que está en contacto con Europa, es consciente de la efectiva solidaridad que existe entre el Viejo y el Nuevo Mundo; comprende que la hegemonía alemana en el viejo continente supondría un peligro para los Estados Unidos: así es como

acaba por admitir la idea de una intervención en el conflicto. En el Centro y en el Oeste, por el contrario, los periódicos se muestran reticentes: las poblaciones de estas regiones, que desconocen Europa, no están preparadas para comprender el papel que los Estados Unidos tendrían que desempeñar; permanecen fieles a la tradición de la política americana, a la instintiva desconfianza hacia el embrollo de los asuntos europeos; en

este medio, la voz de los germano-americanos y de la propaganda alemana en favor de la neutralidad encuentra eco. ¿Cómo admitir que el presidente haya tenido en cuenta las tendencias afirmadas en la prensa del Este y que haya desatendido la resistencia del Oeste y del Centro? En realidad, Wilson era bien consciente de estas divergencias, que le inquietaban; temía provocar en el pueblo americano una escisión moral: los documentos muestran que el estado de la opinión pública, lejos de incitarle a la acción, le inducía a la espera.

Por consiguiente es legítimo destacar interpretaciones que descuiden el simple examen de los hechos. ¿No ha reconocido el mismo embajador de Alemania en Washington que la declaración de guerra submarina a ultranza había sido no la ocasión, sino la causa de la intervención americana?

La intervención americana y la guerra europea VI. LA INTERVENCIÓN AMERICANA Y LA GUERRA EUROPEA,

El mensaje del 2 de abril ha anunciado la intención del gobierno americano de intervenir directamente en la batalla y de constituir, por consiguiente, un ejército que combatirá en el frente de Francia. ¿Solución lógica? Sin duda. Sin embargo en medios oficiales, la idea de lim

itar la intervención a una acción naval había sido expresada. A partir del 20 de marzo, el presidente, de acuerdo con el gabinete, la descartó. Los Estados Unidos entran en el conflicto con «todas sus fuerzas».

Para el destino de la guerra europea, el acontecimiento es decisivo. La participación militar de los americanos debe asegurar a los ejércitos de la Entente recursos en efectivos que romperán el equilibrio de fuerzas. El servicio militar obligatorio, aplicado en esta nación de cien millones de habitantes, va a proporcionar millones de reclutas. Sus reservas de hombres tan solo son comparables a las de Rusia; pero además tienen una ventaja, la industria americana está en condiciones de proporcionar el equipamiento y el material necesarios. Desde ahora es seguro que la llegada de los americanos a los campos de batalla transformará las condiciones de la lucha. Es una grave amenaza para las potencias centrales, pero una amenaza a largo plazo: para reclutar, para instruir y transportar a los soldados, para formar los mandos de este ejército improvisado, para constituir con estas tropas divisiones cuyos elementos adquieran una cohesión suficiente, ¿con cuántos meses habrá que contar? Hasta antes de un año el ejército americano no podrá jugar un papel activo en la lucha. De aquí a entonces, es preciso que los ejércitos austro-alemanes hayan conseguido la victoria o que la guerra submarina haya reducido al enemigo a su merced. Los jefes navales y militares de Alemania en este momento cuentan gracias al bloqueo submarino, con el debilitamiento de Gran Bretaña; trabajan también en activar la disolución del ejército ruso y esperan una retirada que proporcionará a sus tropas, por algunos meses, la superioridad numérica. Pero si estas esperanzas resultasen vanas, las perspectivas de futuro serían temibles: el equilibrio de fuerzas no dejará de desplazarse en detrimento de las potencias centrales; si los americanos pueden poner en línea a lo largo de 1918 a un millón de hombres, podrán en 1919 alinear a dos millones. ¿Cómo dudar del resultado?

La Entente va a beneficiarse, y sin dilación, de otras ventajas. En el

«Obras de consulta--- Sobre el papel de los Estados Unidos desde el punto de vista militar, eco @ ,

's e .t nomico y financiero, consúltense, además de las obras de Palmer y de Mac Adoo l - P. 1621 G Cl k@... 1,d.,tnal Am,ria i, the
Wor/d War (New York, 1923, in_S-); Croweil y.p, ar . Wilson, How America went to war (New York, 1921, 6 vol., in-S-)

IYel, Warperiod in Americanfinance (New York, 1925, m-8'); Th. Bailey The @o'
49 ?f the (I- s. toward the neutraís, 1917-1918 (Baltimore, 1942, in-S'); A. Mayerjpolitical

of the new diplomacy 1917-18 (New Haven, 1959)--- Sobre las relaciones con Amé- .ca jatina, la obra fundamental es la de Bemis cit
ciado., j, -1

- 386 -

i

. P. 342, sobre las relaciones con los @aso-

s ocurrientos cit. p. 362 Y los papeles del coronel House cit. p. 52.

387

La entrada en guerra de los Estados Unidos

orden económico y financiero, la colaboración americana da resultado, inmediatos y considerables: las dificultades que Francia y Gran Bretaña comenzaban a experimentar para pagar a los Estados Unidos 105 suministros de material de guerra y de productos alimenticios desaparecen. Hasta entonces había sido necesario contar con el apoyo de los grandes bancos americanos y colocar, por mediación suya, los préstamos en el mercado de Nueva York; pero estas peticiones al crédito privado iban siendo cada día más difíciles. En adelante, los gobiernos de la Entente

van a dirigirse al Tesoro americano. Le pedirán, en forma de adelantos de Estado a Estado, las sumas necesarias para la financiación de sus compras. El primer Liberty Bond Act votado por el Congreso autoriza al gobierno a efectuar dichos adelantos, hasta un límite de diez mil millones de dólares, siempre que las sumas prestadas sean gastadas por los gobiernos de la Entente en territorio americano. El Tesoro americano encontrará los recursos necesarios, en forma de empréstito, en los ciudadanos de la Unión. Desde las primeras semanas de la intervención, se establece el mecanismo de esta asistencia: librar a Francia, Gran Bretaña e Italia de sus más urgentes preocupaciones financieras, con riesgo de gravar considerablemente el futuro.

En la guerra económica, la participación de los Estados Unidos se traduce en un nuevo reforzamiento del bloqueo. Ya, desde el verano de

1916, las potencias de la Entente habían obtenido apreciables resultados imponiendo a los europeos neutrales el régimen de «restricción». Desde el día en que los Estados Unidos forman parte del número de los beligerantes, la eficacia del sistema se acrecienta en proporciones considerables: el gobierno de Washington decide, desde comienzos de abril, poner embargo a las exportaciones destinadas a los europeos neutrales; los Estados escandinavos, Holanda, Suiza no podrán recibir mercancías americanas más que en la medida en que las autoridades americanas concedan el permiso. No hace falta decir que, en las negociaciones comerciales que van a abrirse, los Estados Unidos exigirán de los neutrales una

contrapartida. Es así como obligarán a los armadores suecos, daneses u

holandeses a reemprender el tráfico, a pesar de los riesgos de torpedeo, y a poner su tonelaje disponible al servicio de la Entente: éxito tanto más apreciable cuanto que falsea el cálculo del estado mayor alemán¹¹. Al mismo tiempo que la intervención americana acrecienta el rigor del bloqueo que sufren las potencias centrales, contribuye a alejar las dificultades en las que Gran Bretaña se encontraba aprisionada: el bloqueo submarino tiene menos oportunidades de éxito desde el momento en que el

T-

¹⁰ Véase p. 363. n Obras de consulta.- Th. La Fargue, *China and the World War* (Stanford Uni., 1937, in-So), importante. Sobre las relaciones entre Japón y U. S.A., véase vizconde Ishii, *Diplomatic commentaries* (Baltimore, 1936, in-S'), y R. Lansing, *War memoirs* (Indianápolis, 1935, in-8'); Li Tien-Yi, *Woodrow Wilson's China policy, 1913-17* (New York, 1952); R. Fiffild, *W Wilson and the Far East. The diplomacy of the Shantung question* (New York, 1952' in-S').

La intervención americana y la guerra europea apoyo de las marinas mercantes neutrales aumentan el tonelaje global de la Entente

1 1 j ica en el

Por último, la entrada en guerra de los Estados Unidos ímpli conflicto a una parte de las repúblicas de América latina. Cuba y Panamá, las dos sometidas estrechamente a la influencia de Washington, son las primeras en seguir en abril el ejemplo norteamericano. Después el triunfo se extiende en el verano a Guatemala, Honduras y Costa Rica, que rompen sus relaciones diplomáticas con Alemania. En América del Sur, Bolivia desde abril y Brasil, Perú, Uruguay y Ecuador en otoño, se unen contra Alemania. Sólo permanecen neutrales las naciones que tienen problemas con los Estados Unidos o que están más libres que las otras de su influencia. La intervención de los Estados de América latina es por consiguiente, ante todo, una manifestación de solidaridad americana que tiene favorables resultados para la Entente en el dominio económico, sobre todo porque los navíos alemanes refugiados en 1914 en los puertos sudamericanos son confiscados y vienen a aumentar las disponibilidades en navíos mercantes.

Estos son los resultados tangibles. ¿Pero cómo evaluar el alcance moral de la intervención americana? La declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania presenta características muy diferentes de la intervención italiana o de la intervención rumana. Por primera vez, señala el embajador de Francia en Washington, una nación neutral se decide a tomar parte en el conflicto sin haber realizado regateos previos y sin haber impuesto condiciones: «nosotros no obedecemos», dice el presidente Wilson, «a ningún móvil egoísta; no buscamos ni conquistas ni dominación; no deseamos ni indemnizaciones para no

por los sacrificios que libremente vamos a conseguir nosotros ni compensación

p ir». En opinión del

entí mundo, y sobre todo de los neutrales, la decisión del gobierno y del pueblo americano se situa en un plano superior Í: se trata de combatir la voluntad alemana de dominación, que utiliza métodos de guerra que son, dice el mensaje de Wilson, un «desafío para la humanidad»; se trata de defender los principios sobre los que reposa el derecho de los neutrales; se trata de servir a una ca---

justa. ste idealismo, que no existe sólo de palabra, sino que penetra en la masa de los soldados americanos, refuer-

7a el sentimiento de preeminencia moral que las naciones de la Entente estiman Poseer ante sus adversarios. La opinión pública se ve fortalecida, atinquel en Francia por lo menos, se manten a d

n urante algunas sede la ayuda americana. potencias de la Entens constituye para ellas

388

1

nas ciertas dudas acerca de la eficacia militarg poro, en este balance, ¿es todo favorable a las te? Si la entrada en guerra de los Estados Unido “na garantía de éxito en el plano militar, económico y financiero, así cOnio desde el punto de vista moral, desde el punto de vista diplomáti- @O, restringe su libertad de acción. Al entrar en la lucha, el gobierno ame- “cano no se adhiere al tratado de Londres del 5 de setiembre de 1914,

9"1 consolida la alianza entre los adversarios de las potencias centrales Y Prohíbe la firma de una paz separada. En la coalición de la ue f---

q man

389

La entrada en guerra de los Estados Unidos

parte, los Estados Unidos desempeñan un papel aparte: Francia, Gran Bretaña, Rusia y los demás partidarios no son, para el gobierno de Washington, «aliados», sino según el término elegido por el presidente Wilson, «asociados». Es decir que la gran nación americana no quiere aliarse, se limita a constatar la solidaridad efectiva establecida entre ella y las potencias europeas, y se reserva el derecho a retirarse de la lucha en su momento. Por eso dispone, contra sus «asociados», de un medio de presión temible.

La situación puede volverse tanto más delicada cuanto que en lo que respecta a los «objetivos de guerra» no ha habido ningún acuerdo entre los Estados Unidos y la Entente y que los puntos de vista de esta última y los Estados Unidos son profundamente diferentes. El presidente Wilson admite que la guerra ha sido provocada por la «cuadrilla militar alemana»; pero cree que existe en Alemania un «movimiento liberal» y que es preciso estimular este movimiento, de tal forma que pueda triunfar en el momento en que las derrotas hayan desestabilizado el prestigio de los generales. Si se elimina la influencia de la casa militar, se habrá logrado el resultado esencial piensa él, no hace falta «aplastar» a Alemania, desde el punto de vista político o desde el punto de vista económico. Sin duda, el presidente proclama, en principio, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos; por consiguiente está lógicamente inclinado a pensar que el mapa de la Europa Central debe ser modificado, para permitir a

las minorías nacionales asegurarse condiciones de existencia satisfactorias; pero, de hecho, está más predispuesto, en el momento en que decide la intervención, a tratar con moderación a Austria-Hungría: la declaración de guerra va dirigida, a comienzos de abril, tan solo a Alemania; hasta el 7 de diciembre la Doble Monarquía no se convertirá oficialmente en enemiga de los Estados Unidos. Por último, el gobierno americano no rompe con Bulgaria, con la que mantiene incluso relaciones diplomáticas. Es la prueba de que quiere guardar toda libertad de acción con los aliados balcánicos de la Entente.

¿En qué medida estos puntos de vista son conciliables con los compromisos contraídos por Francia, Gran Bretaña y Rusia para con Italia, Rumanía, Serbia, y con los tratados secretos firmados a propósito de la participación de Turquía o de la orilla izquierda del Rin? El presidente Wilson, por supuesto, no posee, en el momento de la entrada en guerra, el texto de estos acuerdos secretos; pero conoce su existencia y, a finales de abril, recibe de Lord Balfour las suficientes indicaciones como para reconstruir sus rasgos generales. Incluso puede que haya tenido entre sus manos, algo más tarde, a pesar de los que haya podido decir posteri-

mente, la copia de las actas relativas a Constantinopla y al Adriático, Pero este programa de anexiones territoriales es contrario a la doctrina desinteresada que profesa el idealismo wilsoniano; no sólo es incómodo, según el presidente de los Estados Unidos; es peligroso, no puede por menos que desalentar, en Alemania, a los que estuviesen dispuestos a

una paz de compromiso. Wilson aprueba las ideas de su confidente, el

- 390 -

Tr

La intervención americana y Extremo Oriente coronel House: del mi

r-

ISMO modo que distingue, en la nación alemana, entre «imperialistas», y «liberales», estima que la

1 desea que los hombres de Estado franceses e ingleses, desde hasta la completa destrucción del adversario, son deplorables;

1 la influencia de la doctrina americana refuerce la situación de los «liberales aliados» y entiende por estos a quienes, en los países de la Entente, no comparten las aspiraciones de los medios «nacionalistas». En definitiva, el presidente no se muestra dispuesto a comprender las condiciones de la política europea y la mentalidad de los que, después de casi tres años, dedican a la guerra todas sus fuerzas.

El presidente Wilson es muy consciente de las divergencias que le separan de sus «asociados» y de las dificultades que pueden surgir. Sería prematuro, escribe al coronel House, el 21 de julio de 1917, querer imponer a las potencias de la Entente la doctrina americana: «Todo intento de hablar en nombre de esta doctrina o simplemente de expresar lo que pensamos crearía desacuerdos de los que la opinión pública no tardaría en darse cuenta». De momento, es mejor guardar silencio; pero esto no será más que una prórroga: «Cuando la guerra haya terminado», continúa Wilson, «podremos imponerles nuestra manera de ver las cosas».

VIL LA INTERVENCIÓN AMERICANA Y LA CUESTIÓN DE EXTREMO ORIENTE 12

No es solamente en Europa donde la entrada de los Estados Unidos en el conflicto va a orientar el curso de los acontecimientos. Los puntos de vista del gobierno americano también van a modificar las condiciones de la política general en Extremo Oriente.

Japón, desde que declaró la guerra a Alemania, había conseguido hacerse, en China, con una situación sin igual, imponiendo al gobierno de Yuan Che-K'ai los acuerdos de mayo de 1915. En julio de 1916 obtuvo la firma de un tratado secreto con Rusia. En

febrero y en marzo de

1917, pactó acuerdos con Gran Bretaña y Francia: las dos potencias occidentales, con la esperanza de recibir navíos de guerra nipones para dirigir la lucha contra los submarinos alemanes, habían prometido sostener, en el momento de la conferencia de paz, las reivindicaciones japonesas re] *

1

ativas a los «derechos e intereses alemanes» en el Chuan-toung, y a las islas alemanas del Pacífico situadas al norte del Ecuador.

Los Estados Unidos, por el contrario, indicaron desde 1915 su oposición a la política japonesa de las «veintiuna peticiones»; en enero de

Véase P. 346. Los -, :

12

13

mentar el n cos beneficios directos concedidos al gobierno chino han sido el permiso de

5 % de las tasas arancelarias y el aplazamiento, por espacio de cinco años de Pa101 que debía -

au

«ctuar China a título de indemnización de los boxers.

391

La entrada en guerra de los Estados Unidos

1917, habían informado al gobierno nipón que no reconocían los «Int, reses especiales» de Japón en el Chan-toung. La intervención americana, la perspectiva de que el gobierno de Washington jugará un papel importante e incluso primordial en la solución de la paz eran factores susceptibles de inquietar a Japón y de disminuir el valor de las garantías que creía haber obtenido en sus acuerdos con las potencias de la Entente.

Es cierto que la política americana se va a esforzar por enderezar la situación y poner trabas a las ambiciones japonesas.

Primero se plantea la cuestión de la entrada en guerra de China. Desde finales de 1915, Francia y Gran Bretaña habían pensado en obtener del gobierno chino una declaración de guerra a Alemania, para arruinar los intereses económicos alemanes y para poder reclutar trabajadores chinos que vendrían a remediar, en Europa, la penuria de mano de obra. Las pérdidas de tonelaje mercante, que se hacían cada vez más graves desde el desarrollo de la guerra submarina, volvían el asunto más apremiante, pues la ruptura entre China y Alemania entrañaría la confiscación de los navíos alemanes refugiados en los puertos chinos. En diciembre de 1916, Japón había tomado una clara posición contra el proyecto francoinglés: evidentemente no deseaba que China se convirtiese, en beligerante, pues sería reconocerle el derecho a ocupar un puesto en la conferencia de paz, donde podría oponerse a las reivindicaciones niponas. Esta resistencia había paralizado a Francia e Inglaterra. Pero la intervención de los Estados Unidos cambiaba los supuestos del problema. El gobierno americano era favorable a la entrada en guerra de China, por las mismas razones que motivaban la oposición japonesa: si la república china se convirtiera en «aliado» de las grandes potencias blancas, podría defender más fácilmente, con respecto a Japón, su integridad territorial.

Tan pronto como los Estados Unidos rompieron sus relaciones diplomáticas con Alemania, el presidente Wilson invitó a los Estados neutrales a seguir este ejemplo. El ministro americano en Pekín, Paul Reinsch, realizó inmediatamente gestiones ante el presidente Li Yuan-Hong, sucesor de Yuan Che-K'ang, e incluso no dudó, sin dar cuenta de ello a su gobierno, en prometer a China una asistencia financiera. Es cierto que el Departamento de Estado había, calmado su ardor, pues los Estados Unidos deseaban tratar este asunto de acuerdo con Francia y Gran Bretaña y no enfrentarse directamente con la posición japonesa. Pero el gobierno nipón, desde que había obtenido de Francia e Inglaterra una promesa de ayuda diplomática en la conferencia de paz, no veía en la entrada en guerra de China los mismos inconvenientes que anteriormente: a comienzos de marzo de 1917, la política americana no se topó por consiguiente obstáculos aparentes en la que a esto respecta.

Aún faltaba persuadir al gobierno chino que, sobre esta cuestión la entrada en guerra, estaba profundamente dividido. El presidente Li Yuan-Hong estimaba que a China le convenía permanecer neutral, mientras que el primer ministro, Tuan Chijun, era partidario de la intervención, a condición de obtener, a cambio, ventajas financieras. En 1917

- 392 -

La intervención americana y el Oriente Medio, eran preocupaciones de política interior las que determinaban las preferencias. Tuan, que estaba aliado con un grupo de generales goberneros de las provincias de la China del Norte, esperaba, al de la entrada en guerra, consolidar su propia posición, e impedir que el presidente de la República así como sobre el Parlamento, y obtener

créditos extranjeros, que permitirían reorganizar el ejército. Pero la ruptura con Alemania no era deseada por el general Sun: «soy incapaz de hallar un funcionamiento público del ejército que recomiende esta solución, un servicio público o un pe-

lón», escribía el cónsul americano en Cantón. En Shanghai, la Cámara de Comercio china se declaraba convencida de que la participación en la guerra enturbiaría la vida económica y organizaba un movimiento de protesta contra la Política del primer ministro. El general Koussing

la a sus ministros, Sun Yat-sen, dirigió a Lloyd George. A pesar de esta oposición, el primer ministro no renunció a un mensaje en el que se pronunciaba contra la entrada en guerra de planes. Por consiguiente la cuestión de la intervención era un factor esencial de la vida política china; ponía en conflicto a los mismos grupos que ya habían estado en lucha abierta entre 1912 y 1913: por una parte, la «joven China»; por otra, los militares que representaban a las tradiciones autocráticas.

Este conflicto se agrava en la primavera de 1917. Mientras que los gobernadores de provincias convocados en Pekín por Tuan, el 28 de abril, adoptan una resolución favorable a la intervención, el Parlamento, reunido el 10 de mayo, se niega a aprobar la declaración de guerra y exige la dimisión del ministro. El 23 de mayo, el presidente Li Yuan Hong releva al primer ministro de sus funciones, pero, ante la amenaza de una sedición de los generales, que forman el Tien-Tsin un gobierno provisional, no tarda en ceder: el 11 de junio, se disuelve el Parlamento. En medio de esta confusión el general Chang Hsun intenta dar un golpe de estado para restaurar la Inestabilidad Man-chú pero fracasa. El 14 de junio Tuan entra como dirigente en Pekín. El 14 de agosto, el gobierno chino hace pública la declaración de guerra a

Alemania.

¿Es un éxito para la política de los Estados Unidos? Aparentemente sí. Pero este éxito no tiene porvenir. El gobierno chino esperaba, como contrapartida a su decisión, recibir una ayuda financiera; pero los Estados Unidos no conceden un préstamo directo a China y se contentan con proponer la formación de un nuevo consorcio bancario Internacional -solución a largo plazo-¹⁴.

Por eso Tse tiene que buscar en Japón los recursos que necesita. Con ayuda de los japoneses va a mantenerse en el Poder. Pero la disolución del Parlamento y la declaración de guerra provocan, en la China del Sur, un movimiento de secesión: en

Los únicos beneficios directos concedidos al gobierno chino han sido el permiso de aumentar en un 5% los impuestos de importación y el aplazamiento por un período de cinco años, de los pagos que deba efectuar China a título de indemnización de los boxers.

La entrada en guerra de los Estados Unidos

Cantón, Sun Yat-Sen constituye un gobierno rival del de Pekín. China entra de nuevo en un período de guerra civil. No es precisamente esto lo que podía desear el gobierno americano.

El gobierno nipón, sin embargo, no está tranquilo. Aunque la problemática situación de China pueda ser favorable a sus proyectos, no puede descuidar el riesgo que se presentará en el momento de la conferencia de paz: los Estados Unidos, que no han reconocido los acuerdos chinojaponeses de mayo de 1915, intentarán sin duda que fracase la política japonesa en ese momento. La intervención en la guerra europea va a llevar a la gran república americana a crear un ejército y a reforzar su marina de guerra. ¿Quién sabe si el gobierno de Washington no tiene la secreta intención de emplear posteriormente estas fuerzas militares y navales contra Japón? Por consiguiente sería prudente tantear el terreno y buscar la posibilidad de un acuerdo. De esta misión se encarga el viz-

conde Ishihara, que llega a comienzos de setiembre de 1917 a los Estados Unidos. Por su parte, el gobierno americano desea evitar complicaciones en Extremo Oriente mientras sus fuerzas estén ocupadas en la guerra europea; teme un cambio radical de la política general de Japón, que podría tal vez negociar con Alemania. Por consiguiente el presidente Wilson acepta buscar un acuerdo con Japón.

¿Sobre qué bases? Los Estados Unidos desde 1899 han adoptado en su política china el principio de «puerta abierta»; también desean que la «integridad territorial» de China sea respetada. Japón está a punto de adquirir un predominio tal que estos principios quedan directamente amen-

zados. Por consiguiente el presidente Wilson reclama que el gobierno ni-

ipón afirme su intención de respetar esta puerta abierta y la integridad territorial. Pero Japón considera que tiene en China, tan sólo por su

proximidad geográfica, intereses más directos que todos los demás Estados. Ishihara insinúa que la situación de Japón en Extremo Oriente es análoga a la que los Estados Unidos poseen, en virtud de la doctrina Monroe, en el continente americano. La discusión, bastante áspera, finalizará en un mediocre compromiso: el intercambio de notas Lansing-Ishihara, del 2 de noviembre de 1917.

Según este acuerdo, el gobierno de los Estados Unidos reconoce que «Japón puede hacer prevalecer, en China, sus «intereses especiales, particularmente en la parte contigua a sus posesiones». El gobierno nipón por su parte afirma que no piensa «atacar contra la independencia e integridad territorial» del imperio chino y que no dañará los derechos comerciales reconocidos a las potencias por el gobierno chino.

Lansing espera haber conseguido de esta forma limitar las ambiciones japonesas. Ha luchado palmo a palmo para sustituir las expresiones «intereses preponderantes», que reclamaba el negociador nipón, por el tér-

mino «intereses especiales», más restrictivo. Pero el resultado tiene poco valor. El gobierno de Tokio se apresura en comunicar el acuerdo al gobierno de Pekín, para darle la impresión de que la política americana abandona China a los proyectos japoneses; proclama, en su prensa, que

- 394 -

La intervención americana y Extremo Oriente

El acuerdo le reconoce «una posición especial» en todo el imperio chino. Lansing protesta y declara su amistad públicamente hacia China: al firmar este acuerdo, no ha tenido otro objetivo que el de salvaguardar la posición de los Estados Unidos durante el curso de la guerra mundial; en cuanto a la expresión «intereses especiales», es «un axioma sin mayor alcance!» Estas penosas explicaciones, embarazosas, son prueba de que la diplomacia americana no está orgullosa de su acción, y que no ve en este intercambio de notas más que un recurso temporal.

La actitud de los dos contratantes muestra por consiguiente que ni

uno ni otro están dispuestos a atenerse a los términos del acuerdo. Las divergentes interpretaciones hacen presagiar futuras dificultades, que no dejarán de surgir en la conferencia de paz. La entrada de los Estados Unidos en la guerra de Europa marca al mismo tiempo un hito en su política asiática.

- "Ir

CAPÍTULO 11

EL EQUILIBRIO DE FUERZAS Y LAS GESTIONES

DE PAZ

(abril-setiembre de 1917)

La primavera y el verano de 1917 son fechas críticas para todos los contendientes. En ambos lados el futuro de la lucha no reserva más que decepciones. Los combatientes se agotan. La «retaguardia» comienza a

dar signos de desasosiego en todos los países, la opinión pública empieza a preguntarse con creciente impaciencia cuánto van a durar todavía los sacrificios y prestan oídos a aquellos que aconsejan acabar lo antes posible con los sufrimientos inútiles. Es lógico que la diplomacia intente sacar partido de esta situación. El vínculo entre los acontecimientos políticos y diplomáticos es ahora más estrecho que nunca.

I. LA BATALLA INÚTIL

La Entente buscaba una solución militar, pero fracasa. Alemania contaba con la lucha submarina para quebrantar al adversario, pero esta esperanza se le esfuma.

‘Obras de consulta.- Sobre las operaciones del frente francés e inglés, véanse las obras citadas en p. 376; añádase: Rouquerol, *Le chemin des Dames*, 1917 (París, 1935, in-893. R”-

tinaud, 1917 ou la tragédie d’Avril (París, 1960, in-12), coronel Carré, *Les grandes heures, du général Pétain et la crise du moral*, 1917 (París, 1951, in-8’); desde la perspectiva alemana, Bcumelburg, *Flandern 1917* (Berlín, 1928, m-8’), que formó el vol. 27 de los «*Schlacbtten des Weltkrieges*»); y desde el punto de vista inglés L. Wolff; *In Flanders fields* - the 1911 campaign (New York, 1958, in-SI); sobre las operaciones del frente ruso, las Memorias del general Broussiloff (París, 1929, m-S’); Knox, *With the Russian army* (Londres, 1921) 2 vol., in-8o); sobre las del frente italiano, general Assum, *L’11’ battaglia dell’ Isonzo* (Turín, 1925 in-8’); E. Caviglia, *La battaglia della Bainsizza* (Milán, 1930, in-8’); Maravigna, *La grande offensiva dell’Isonzo* (Roma, 1928, in-8’)- Sobre la guerra submarina, además de la, bras citadas pp. 239 y 374, para apreciar las repercusiones en Alemania, véase, @Les origine, de la r’

solution de paix du Reichstag d’après le journal de Hanssen», en la *Revue d’histoire* d, 11 9”n`

- 396 -

La batalla inútil

El destino de la gran ofensiva anglo-francesa en el frente occidental queda resuelto en diez días. El día 9 de abril, a lo largo de un frente de cuarenta kilómetros, entre Arras y Lens, se desencadena el primer ataque, el de los británicos. Toman la cresta de Vimy, pero no logran romper el sistema defensivo del enemigo. El día 12, en la zona en que se han replegado los alemanes, las tropas de Franchet d’Espérey intentan un avance en dirección a San Quintín para comprobar la solidez de la nueva posición enemiga. Al cabo de dos días la operación se detiene. Las líneas alemanas son demasiado fuertes. El 16 de abril, por fin, las treinta divisiones del 5.º y 6.º ejército francés, que deben realizar el esfuerzo decisivo, se lanzan al ataque de las posiciones alemanas a lo largo de un frente de setenta kilómetros, desde el Oise hasta la montaña de Reims. La réplica está preparada, pues unos días antes el enemigo se apodera de las órdenes de batalla de una división francesa. Antes del mediodía, el ardor del combate se enfría. En la cresta del Camino de las Damas, al norte del Aisne y en el frente del canal, entre Berry-au-Bac y Reims, las tropas conquistan la primera posición alemana, pero no logran sobrepasarla. Sólo en un punto, en la depresión que se abre entre Craorine y Berryau-Bac, alcanzan la segunda posición y penetran tres kilómetros en las líneas enemigas. Pero la acción conjunta de los carros de combate durante la tarde trata inútilmente de agrandar la brecha. El 10.º ejército que está en segunda línea para intervenir en el punto débil del adversario no llega siquiera a intervenir; sería inútil. El día 19, tras nuevos intentos de continuar el avance, se da la orden de suspender el ataque.

La gran ofensiva ha fracasado. Los alemanes dejan en manos de los ingleses 10.000 prisioneros y 21.000 en manos de

los franceses. Ciertamente el ataque ha proporcionado algunos resultados tácticos que en 1916 se hubieran tomado por éxitos. Pero las esperanzas del alto mando se han visto totalmente frustradas. Confiaba en abrir el frente, sólo pensaba en perseguir al enemigo y esta vez, como tantas otras, únicamente se ha combatido en las primeras posiciones del adversario. El plan del general Nivelle se ha venido abajo. Este fracaso no supone una sorpresa para los gobiernos ni para los principales jefes militares. ¿Y para la opinión pública? La perspectiva de una «decisión» militar está lejos todavía. Tras el fracaso de la gran operación de ruptura, las potencias de la Entente ya no pueden esperar resultados apreciables de la campaña de 1917. ¿Deben mantener la iniciativa con ofensivas parciales en el frente francés? En el frente ruso ¿aún es posible exigir al ejército, a pesar de su desánimo, que colabore en el esfuerzo común?

Mondiale, año 1925 'pp. 114-126-Sobre los acontecimientos de Grecia, el relato de los hechos está en el libro del general Regnault, La conquête d'Atènes, juin-juillet 1917 (París, in-81). Las condiciones diplomáticas quedan indicadas en: R. David, Le drame ignoré de l'armée d'Orient (París, 1927, in-8); Bosdari Delle guerre balcaniche, della guerra mondiale e di alcuni fatti precedenti 4d esse (Milán, 1928 in' 8'). Las protestas griegas están relatadas por Frangulis, La Grèce et la guerre Mondiale (París, 1925, in-8), violentamente hostil a la política de Venizelos.

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

En Francia, tras la batalla, la futura dirección de las operaciones pro voca profundas divergencias. El general Nivelle, a pesar de que lo sucedido haya desmentido su optimismo, no quiere detener totalmente la ofensiva. Se trata sin duda, no ya de romper el frente enemigo, sino de lanzar ataques parciales a ambos lados de Reims, en Brimont y en Moronvilliers, para liberar la ciudad y finalizar la conquista de la posición del Camino de las Damas. Esta es también la opinión del mando inglés: «No sería prudente ni sensato», escribe el general Haig, «frenar a corto plazo las operaciones ofensivas». Es volver al ritmo de la lucha de desgaste». El gobierno francés, aunque se declara partidario de no dejarse arrastrar por este camino, no se opone claramente a la ejecución de ofensivas parciales. Estas se efectúan el 30 de abril en Moronvilliers, el 4 de mayo en Brimont y en Craorme y el 5 de mayo en el Camino de las Damas con resultados modestos. Pero en el ejército, la autoridad del comandante en jefe queda comprometida. Desde distintos puntos del frente llegan a París las quejas de los combatientes, que se indignan por haber tenido que sufrir unas pérdidas inútiles. Incluso los generales no se ponen de acuerdo sobre la oportunidad del nuevo esfuerzo. La autoridad del general Nivelle es ya precaria. Está tan convencido de su fracaso que presenta la dimisión. La crisis del alto mando se retrasa por divergencias entre los miembros del gabinete. El ministro de la Guerra, decidido a relegar lo antes posible al general en jefe, empieza por vigilarlo, para lo cual crea en París el cargo de jefe de estado mayor general y lo confía al general Pétain. Se da cuenta de que ésta es una solución transitoria, además de mediocre, porque las opiniones de Pétain y las de Nivelle son opuestas. A pesar de la resistencia de algunos de sus compañeros, el 15 de mayo logra por fin que el consejo de ministros suspenda al general en Jefe del mando.

El general Pétain se convierte en comandante en jefe de los ejércitos franceses y el general Foch ocupa el cargo de Jefe de estado mayor general. No se trata sólo de un cambio de personas, sino de un cambio de doctrinas. Tras el enorme esfuerzo que las tropas francesas han tenido que realizar, ¿por qué arriesgarse a agotar sus fuerzas en proyectos que no pueden dar resultados positivos? En 1918, cuando las tropas americanas se incorporen a la lucha, cuando se concluya la fabricación de nuevos materiales, entonces será posible emprender de nuevo una gran ofensiva. Hasta ese momento hay que resistir. «Estoy esperando a los americanos y a los tanques», dice el general Pétain. Frente a los vastos proyectos del general Nivelle, su sucesor prefiere métodos más prudentes. Además, la desmovilización que sufre una parte del ejército francés no le deja otra elección.

En estas condiciones, la campaña de 1917 no puede ser más que una campaña de espera. El ejército británico es el que soporta en solitario

2 Véase p. 405.

La batalla inútil cas todo el peso de las operaciones desde principios de junio y durante el verano. El ataque a la cresta de Messines (7 de Junio), lanzado a lo largo de un frente de dieciséis kilómetros y apoyado por una artillería de más de dos mil piezas, es una operación local del mismo tipo que los combates librados ante Verdún en otoño de 1916. Le sigue la ofensiva de Flandes que, bajo la forma de una serie de asaltos a intervalos cortos, continúa hasta finales de octubre. Son duros y costosos combates, pero igualmente

útil. Algo bien lo son para el enemigo. Aunque las tropas inglesas sólo consiguen avances locales, los nervios del mariscal alemán se poanenica sperutilizan en más tarde, el ataque a Cambrai (primera batalla en un gran número de carros de combate) conseguirá el 20 de noviembre un éxito inicial. Son acciones brillantes, pero el mariscal Haig no alcanza la meta: «liberar la costa belga».

El ejército francés, además de la colaboración que presta a la ofensiva

1 la ofensiva inglesa de Flandes, se limita a efectuar una operación local en el frente de Verdún en la cota 304 (20-25 de agosto). Pronto le seguirá otra en el Camino de las Damas, en Malmaison (23-26 de octubre).

En el frente oriental, durante el verano de 1917, el ejército ruso realiza su último esfuerzo. Durante las semanas posteriores a la caída del régimen zarista el ejército estuvo inactivo. La tropa quedó devastada por las deserciones y desmoralizada por la propaganda austro-alemana; los mandos han quedado desorganizados. Tras la primera modificación del gobierno provisional (15 de mayo), el ministro de la Guerra, Kerenski¹ afirma, sin embargo, que va a tratar de devolver el ardor combativo a sus soldados. En París el Comité de guerra se muestra escéptico: «El ejército ruso sólo es ya fachada», dice Pétain: «sólo queda esperar a que se derrumbe en cuanto empiece a moverse», ¿no corre también el riesgo de derrumbarse si no se mueve? Vale más entonces dejar al gobierno ruso que realice un último intento. Kerenski se encarga de prepararlo. Durante un mes recorre el frente, trata de estimular el valor de los soldados, de devolverles el sentido del deber. Apela solamente a su buena voluntad, pues la «declaración de los derechos del soldado», que publicó el 24 de mayo, no está pensada para imponer la disciplina. El 24 de junio ordena la ofensiva.

Bajo las órdenes del general Broussilov, que ha sustituido al general Alexeiev como comandante en jefe, veintitrés divisiones rusas atacan el 1 de julio en un frente de cuarenta kilómetros con el fin de atravesar el Zlota Lipa y avanzar en dirección a Lemberg. Se hacen con la primera línea austro-alemana al primer intento y capturan diez mil prisioneros. Sólo es una llamarada. Desde el primer momento varios regimientos dudan en conti-

nuar la ofensiva. Al día siguiente las reservas del ejército no intervienen porque dos divisiones se niegan a entrar en combate. El ataque se interrumpe. «El ejército ruso», escribe el agregado militar inglés, «ya no vale nada como

organización de combate».

Véase P. 414.

398

399

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

A partir de entonces el frente oriental ya no tiene fuerza. «No había forma humana de obligar a las tropas a combatir», dice Broussilov. El

19 de julio, cuando se desencadena una contraofensiva alemana con seis divisiones traídas del frente occidental, las tropas rusas del sector al sur de Brody oponen escasa resistencia. En diez días abandonan Galitzia entera y pierden en la operación 160.000 hombres, de los que 47.000 son hechos prisioneros. Un mes más tarde el general von Hutier lanza un ataque sobre el Duma (1 de setiembre), logra penetrar sin grandes esfuerzos en el frente del 12 ejército ruso y toma Riga. La posición de Alemania en los países bálticos queda consolidada.

Sin embargo, a pesar de los desastres que malogran el plan inicial de la coalición, los demás ejércitos aliados deciden intentarlo. Por dos veces el mando italiano lanza a sus tropas al ataque. En el frente de Carso, en mayo, los sucesivos ataques consiguen algunos resultados parciales y proporcionan 25.000 prisioneros. Pero la contraofensiva austriaca del 4 de junio en el mismo sector hace retroceder a una parte de las tropas italianas a la posición inicial. En agosto, la undécima batalla del Isonzo librada a lo largo de todo el frente incluido entre Tolmino y el mar permite conquistar la meseta de Bainsizza y avanzar la línea italiana diez kilómetros en algunos sectores. Pero el sistema defensivo austriaco no se rompe y el esfuerzo resulta estéril. El ataque del ejército del general Sarrail en el frente de Salónica, llevado a cabo el 5 de mayo en el meandro del Tcherua, no logra mejores resultados. Después de tres semanas de combates se da la orden de suspender la ofensiva. El éxito de las operaciones inglesas en Mesopotamia (toma de Bagdad en marzo) no puede apenas influir en los teatros de operaciones europeos.

En suma, los ejércitos de la Entente se atascan. Los repetidos esfuerzos de los ingleses y de los italianos logran infligir al enemigo sensibles pérdidas, pero a costa de duros sacrificios. La experiencia enseña que una ofensiva parcial bien preparada, apoyada por grandes contingentes de artillería, puede lograr un éxito casi con total seguridad. Pero, si el mando quiere avanzar más allá de los primeros objetivos, se ve envuelto de nuevo en una lucha de desgaste costosa e inútil. El problema de la ruptura de un frente fortificado todavía está por resolver.

En el verano de 1917 el único punto a favor de la Entente es la liquidación del problema griego. La seguridad del ejército de Oriente no está asentada mientras la retaguardia, el territorio de la Grecia neutral, pueda servir para albergar planes dirigidos contra los aliados. El general Sarrail no cesa de denunciar la presencia en Tesalia de tropas irregulares de griegos que pueden llegar a ser una amenaza. En diciembre de 1916 el gobierno francés intentó conseguir ciertas garantías. Exigió el desarme del ejército griego y, para presionar al rey Constantino, mandó desembarcar a un destacamento de marinos en Atenas, los cuales fueron recibidos a tiros. Aunque los aliados hayan reforzado en Atenas el control sobre 101 ferrocarriles, los telégrafos y la policía tras esta «emboscada», aunque ha-

an ---ducid 1 1-1 í_ . : “ja-

-7-

y 1 oa oqueo a recia, no por eso dejan de temer las ni

400

La batalla inútil

tivas del rey Constantino, cuya confabulación Con el gobierno alemán no es un secreto para nadie.

Finalmente, el general Sarrail aconseja «apartar al rey de Grecia y a

1 intenciones su diríastía». Pero los gobiernos de la Entente no están de acuerdo. El gabinete inglés desconfía de Sarrail, al que atribuye segundas í iega políticas. El gabinete de Roma teme que la caída de la monarquía gri

asentar la preponderancia francesa en el territorio. El mismo acabe por gobierno provisional ruso se pregunta si el triunfo de los republicanos venizclistas no provocaría un movimiento nacionalista griego, que sería peligroso para los intereses rusos en los Balcanes y en el mar Egeo. La insistencia del presidente del consejo francés, Ribot, acaba, sin embargo, venciendo estas objeciones: el 29 de mayo el gobierno inglés acepta que las tropas del general Sarrail ocupen Tesalia y que un «alto coml'sar1'0» representante de los aliados se dirija a Atenas para exigir la abdicación del rey Constantino. A decir verdad, ni Italia ni Rusia han dado su consentimiento explícito, aunque hayan acabado por admitir

que la abdicación podría ser necesaria. El alto comisario, Jormart, está decidido a solucionar rápidamente el problema. El 11 de junio envía al presidente del consejo de ministros griego, ZaYmis, una nota en la que pide la abdicación del rey en un plazo de veinticuatro horas. Está preparado para, en caso de negativa, desembarcar tropas en El Pireo. El rey se somete y, aunque no firma ningún documento de abdicación, decide abandonar el país y dejar la corona a su segundo hijo, el príncipe Alejandro. El 26 de junio, Venizélos llega a Atenas y forma nuevo gobierno. Su primera decisión es la de romper las relaciones diplomáticas de Grecia con las potencias centrales.

De este modo, Grecia entra en la contienda al lado de la Entente después de tres años de espera, tres años de lucha entre Constantinopla y Venizélos. Queda definitivamente alejada una amenaza que no había dejado de pesar desde octubre de 1915 sobre el ejército de Oriente. Para conseguirlo, la política francesa ha tenido que intimidar a gran parte del pueblo griego. Incluso Jormart no dudó en ir más allá de sus instrucciones. Las decisiones que se tomaron el 29 de mayo no le autorizaban a amenazar directamente al rey Constantino con un desembarco. «El éxito le ha dado a usted la razón», le escribe el presidente del gobierno. Aunque el gobierno provisional ruso protesta por esta violación del derecho «de libre disposición de los pueblos», aunque el ministro italiano en Atenas, Bosdari, aconsejase a los griegos «resistir a cualquier precio», aunque Gran Bretaña haya rechazado enérgicamente el proyecto de desembarco, los aliados se callan ante los hechos consumados. «Bien “tá lo que bien acaba», escribe el ministro inglés lord Robert Cecil a Ribot.

Las potencias centra6

e

a ar a principios de 1917 r comprometida, superan esta prueba sin demasiados problemas. La pa- ,al; ;i, 1 uya s tuac ón milit u” del.ejército ruso les ha nermítido - .’ 1

1

vi ar e mayor peligro: el de ofensiva simultánea de los aliados, pero sufren otros problemas.

401

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz Cuando en enero de 1917 Alemania decidió la guerra submarina a ultranza, se creía segura de poder vencer a Inglaterra en seis meses. Los submarinos serían los que lograrían la victoria. Pero no lo consiguieron.

Después de unos resultados considerables en los tres primeros meses, que pusieron a la marina británica en una situación crítica, la eficacia de bloqueo submarino decrece. En mayo de 1917 el volumen de tonelaje hundido es sólo de 591.000 toneladas (frente a 874.000 en abril); en junio aumenta a 695.000 toneladas para volver a descender a 550.000 en julio, 509.000 en agosto y 351.000 en setiembre.

¿A qué se debe este cambio repentino? El desgaste del material alemán puede explicarlo en cierta medida. El submarino es delicado; después de una travesía larga necesita reparaciones, revisión de motores, limpieza del casco. En las primeras semanas este inconveniente se notó poco, pero al cabo de tres meses de campaña ya no sucede lo mismo. Por eso, una parte de la flota submarina alemana se halla inmovilizada en los arsenales. El número de submarinos navegando, que era de 102 en abril, baja en mayo a 84. Pero, sobre todo, los medios de defensa son cada vez más eficaces. En el mar del Norte, el almirantazgo inglés manda colocar una gigantesca barrera de 100.000 minas a lo largo de 400 kilómetros; las patrullas de caza cuentan con 8.000 navíos ligeros, casi cien por cada submarino; los torpederos escoltan a los convoyes de navíos mercantes y la escucha submarina revela a los «cazadores» la proximidad del enemigo. Como siempre, la eficacia de una nueva arma decrece pasado el primer período de sorpresa.

Esto ya no es razón para que Alemania renuncie a seguir con este tipo de guerra, pero ya no puede esperar resultados decisivos. El bloqueo submarino es ahora «cuestión de paciencia»; ya no se puede condenar al hambre a Inglaterra, no se puede aniquilarla sin piedad. La única esperanza del almirantazgo alemán es que, a la larga, la marina mercante de la Entente, al resentirse por las constantes pérdidas, ya no sea

incapaz de simultanear el abastecimiento a la población civil y el suministro de municiones al ejército.

Además, este cálculo es falso. Para apreciar la capacidad de resistencia de sus adversarios, los técnicos navales alemanes toman como base el tonelaje de que disponía la Entente a principios de 1917. Sin embargo, las nuevas construcciones permiten compensar en parte las pérdidas. El esfuerzo que realizan los astilleros de Inglaterra es considerable, y es enorme en los Estados Unidos, que en dieciocho meses multiplicaron por cuatro su flota mercante. Sobre todo, la gran ventaja que tienen los «aliados y asociados» es la posibilidad de usar en su provecho las marinas mercantes neutrales. Alemania esperaba que los armadores, en consecuencia,

no

dejarían de verse torpedeados, dejarían sus barcos en puerto. Al principio los acontecimientos le dieron la razón, ya que en febrero y marzo de 1917 los noruegos fueron casi los únicos en salir a la mar. Pero, al entrar los Estados Unidos en la guerra, se modificó la situación. Cuando el gobierno de Washington embargó las exportaciones americanas, los países

- 402 -

(1917-1918) Política,

neutrales europeos, para conseguir los productos que necesitaban, se vieron obligados a someterse a las exigencias de los aliados. A pesar de la presión de los Estados Unidos, la marina mercante sigue navegando. Además, desde que la marina

estadounidense declaró la guerra a Alemania los barcos alemanes que se habían refugiado en 1914 en los Puertos del Atlántico Sur y que permanecen allí pueden ser capturados. Por ejemplo, cuarenta y dos barcos de vapor alemán, refugiados en Brasil, fueron capturados por cuenta de la Entente. Do hecho, casi el 10% del tonelaje de la flota mercante del mundo estaban al servicio de Alemania. La evaluación de los adversarios de

El tonelaje de que disponían las potencias aliadas y asociadas era de treinta millones de toneladas

aproximadamente. Si la guerra submarina hundía cada mes 300.000 toneladas o incluso 500.000, ¿esto suficiente para anular su tráfico? ¿o no?

En otoño de 1917, ni la Entente había logrado romper la resistencia alemana. La Entente no podía contar con la guerra submarina para

LA CRISIS MORAL Y POLÍTICA

Mientras por ambos lados el esfuerzo de las armas resulta inútil, la

guerra y el Verano moral de la «retaguardia» flaquea. En todos los Estados beligerantes el final de la guerra que se manifiesta en los meses de 1917 son momentos ag-

estados en los que se repiten los mismos síntomas en mayor o menor grado. La caída

del Imperio zarista, la lucha de los sov-

ietes contra el gobierno provisional y la influencia lograda en Petrogrado por los elementos «socialistas» y los partidarios de una paz «sin anexiones» no son solamente los síntomas de una crisis generalizada, sino

factores que afectan a los rusos de toda Europa. Los movimientos de opinión

de los holandeses del comité ejecutivo de la Internacional comunista se resiente. Por ello, el 18 de mayo, en Estocolmo, una conferencia internacional convocada por los representantes de todos los partidos na-

Logran la conformidad de los rusos «mencheviques». Se

inician las obras de

V. Y. Afonin. Respecto a Francia véanse las obras citadas en p. 279. Ade, Pétain (París 1921 in-16): Painlellé

Publicada en 1930 - 1936, 1966, 1970 con el título de «La crisis moral de Francia». Véase el informe del Comité de la

Instituto de Estudios - M. Bourget, Gouv

n-S'), y las obras de J. de la nation (París, 1914-1920) de M. Krlegel, Histoire de la France en guerre, 1917 (París, 1920), p. 173.

10 años de la revolución rusa. O'Connell, 1914-1920 (París, 1964, OQ. 19, 9 a 1967, in-S-) y el Comité de la revolución, han sido publicados en 1920, 1921, 1924. Véase el informe de la Comisión de la

Historia de la revolución rusa. Journal Officiel, 24-30

-Journal, 1922, 2 abril 1933ca- Respecto a Inglaterra, la obra de J. D. Brown, The Work of the Committee of Enquiry into the Causes of the War (Londres, 1927 in-S-), proporciona P. 27-28 (Londres, 1924) sobre los disturbios sociales.

20. Revisión de la historia de la guerra. Véase el informe de la

9, J. Osborn, 2 vol., in-S') Respecto a Italia, además de las obras citadas en

documentos reunidos por R. Véase «M. Addison, 1914-1920» de Felice

ernania, además de las memorias de J. D. Brown, e, R

fraktionnelle Aussehus 19
soci@llz-smo,

ejch en PP 284 y 333 @ Véase la colección Der inter

11111-ca del

Matth"ias

e hOmçres Políticos Y generale 1961

orf, 1960, in-S.), las notas de Hansen

s

Publ. en la @ev 17-18, p' p

403 -

ue d'bistotre

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

bargo, el intento fracasa pues la mayoría de los gobiernos proclaman que

van a denegar pasaportes a los delegados; esto provoca violentas discusiones en los Consejos nacionales socialistas y, después, en los Parlamentos, enfrenta a los socialistas partidarios de la idea internacional con lo, que quieren seguir colaborando en la defensa nacional'. Al mismo tiempo, los «Zimmerwaldianos», que se negaron a colaborar en el proyecto ruso-holandés, organizan en Estocolmo, por su parte, una conferencia y mantienen la consigna revolucionaria.

Todos los Estados atraviesan en esos momentos una crisis política y social provocada por la influencia conjunta de tales corrientes ideológicas y de las dificultades materiales de la vida.

En Francia, en el mes de mayo, aparecen con una simultaneidad que no parece casual síntomas de decaimiento de la moral tanto en el interior como en el frente. Los ambientes obreros de París, y más tarde de provincias, sobre todo en la región de Saint-Étienne, empiezan a bullir. En el origen de la agitación intervienen causas económicas: el alza de los salarios en las fábricas que no trabajan para la guerra no alcanzan el del coste de la vida. Los trabajadores reclaman una compensación por la «carestía de la vida». Pero algunas organizaciones obreras intentan dar otro carácter a la protesta. La federación del metal que había aumentado en proporciones enormes (en 1914 tenía 7.000 asociados y en 1917 cuenta con 200.000) intenta alcanzar una consigna revolucionaria: «Sabremos prepararnos, si es necesario, para unirnos a los camaradas de Rusia y Alemania en un movimiento internacional contra la guerra de conquista.» En París, durante los meses de mayo y junio, setenta y una fábricas se

ven afectadas por la huelga y 100.000 obreros, hombre y mujeres, abandonan el trabajo. El gobierno deshecha el empleo de la fuerza. No desea disolver la Confederación General del Trabajo ni arrestar a Merrheim, Secretario del sindicato del metal. No hay que «romper con la clase trabajadora», afirma Malvy, ministro del Interior. De hecho, este sistema conciliador evita graves incidentes. En pocas semanas el movimiento se calma. Pero los informes de los prefectos señalan en junio que «se ha de-

de la guerre mondiale (véase p. 396) y los Dokumente und Materialien zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung (Berlín, 1958, in-8'; el tomo 1: 1914-1919) el importante ci-

tudio de G. Ritter, Staatskunst u. Kriegshandwerk (Munich, 1964-1968, 4 vol., in-S.'; tomos 3 y 4); para el papel del emperador, almirante von Müller Regierte der Kaiser. Aus den Kriegstagebüchern des Chefs des Marinekabinetts im ersten Weltkrieg (Göttingen, 1958, in-S'): R. von Valentini, Kaiser und Kabinettschef (Oldenburg, 1931, in-8o); y, para los atuo-

tinamientos en la flota, Dittman, Die Marine-Justizmord und die Admiralsrebellion von 1918 (Berlín, 1926, in-8o); y almirante Brüninghaus, Die politische Zersetzung und die Tragödie der deutschen Flotte (Berlín, 1926, in-8o), replica al precedente.- Para Austria-Hungría' completar las obras generales de Auerbach (véase p. 284) de Redlich (p. 284) y de Glailé'

IzerHorstenau, Die Katastrophe (Zurich, 1929, in-8') por el importante testimonio de Po Hoditz, Kaiser Karl. Aus der Geheirnmappe seines Kabinenschefs (Zürich, 1929, in-8o) y

por la obra de R. Lorenz, Kaiser Karl u. der Untergang der Donaumonarchie (Graz, 1959' in-8').

Sobre este tema, véase libro V, capítulo 111.

- 404 -

La crisis moral y política

bilitado la moral de todas las clases sociales e incluso existe un descontento serio que a veces llega a profundo malestar. Los informes de doce departamentos insisten en el éxito de la propaganda pacifista y en la amenaza de los disturbios revolucionarios.

En el ejército la crisis es aún más grave. El 20 de mayo estallan los primeros motines. En la zona en la que acaban de fracasar las ofensivas. En numerosos regimientos de infantería y batallones de caza (160 en total), cuando llega la orden de volver a incorporarse al frente tras un período de descanso y de «entrenamiento», algunos grupos, que a veces llegan a unos doscientos o trescientos hombres, se niegan a obedecer. Los

soldados envían delegaciones a los jefes de divisiones para advertirles de que no van a moverse. Más que una sublevación es una huelga. Sin embargo, en algunos momentos el movimiento adquiere visos de motín: en Soissons dos regimientos quieren marchar sobre París. La «epiderma» se prolonga durante tres semanas. Incidentes semejantes se repiten esporádicamente. Aunque el número de amotinados no sea considerable (probablemente no sobrepasa los 40.000), el mando está paralizado porque no puede contar con la obediencia de las órdenes. El general Pétain restablece la situación. Por un lado, bajo el ruego apremiante del gobierno, limita las medidas de castigo. Los Consejos de guerra pronuncian más de cuatrocientas sentencias de muerte, pero no pasan de cuarenta y cinco las ejecuciones. Por otro lado, Pétain comprende que la moral del soldado depende en parte de las condiciones materiales. Si mejora el avituallamiento y coordina los períodos de descanso en retaguardia, asegurando la regularidad de turnos de permiso, demuestra al soldado que los jefes comprenden su cansancio. Con su actuación Pétain, además, incita personalmente a los oficiales a que se aproximen a sus hombres y les muestren la responsabilidad que les incumbe en el mantenimiento de la moral.

El conjunto de estas medidas proporciona resultados inmediatos. Después del 10 de junio sólo se dan dos casos de desobediencia colectiva. La crisis está conjurada. Mas, ¿por qué se ha producido? ¿Se debe acaso al desaliento del soldado que, tras el fracaso de las ofensivas, siente que ha hecho un sacrificio inútil, o a la propaganda pacifista llegada de «retaguardia»? Los generales del alto mando culpan, casi todos, a las «organizaciones ocultas», que han influido en los refuerzos llegados del interior. Pero los oficiales de tropa que, salvo raras excepciones, han permanecido fieles a sus mandos (sólo uno de ellos ha sido condenado a muerte), aseguran que los motivos esenciales de las insubordinaciones ‘In la larga duración de la guerra y las enormes pérdidas sufridas tras la ofensiva del 16 de abril. Las investigaciones policiales realizadas en los campamentos llegan a las mismas conclusiones. Las condenas pronunciadas por los Consejos de guerra afectan a hombres que proceden de toda, las provincias, qj

ue pertenecen a todas las profesiones y que hasta entonces, habían sido «buenos soldados». Se trata, pues, de una protesta contra ciertos métodos de guerra.

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

La crisis moral influye en la situación política. En la sesión Pública del Senado del 22 de julio Clemenceau, presidente de la comisión del ejé, cito, acusa al ministro del Interior. Le reprocha su condescendencia con los sindicalistas, las relaciones personales que mantiene con el anarquista Almeryda, uno de los redactores del periódico *Le Bonnet rouge* y la pasividad que parece mostrar ante los avances de la propaganda derrotista. Ataca <@el método de M. Malvy>. Cinco semanas después, el 30 de agosto, el ministro del Interior, minado por estas vehementes críticas, presenta su dimisión. Al mismo tiempo, los socialistas se separan del gobierno. Cuando su consejo nacional decidió el 28 de mayo enviar una delegación a la conferencia internacional socialista de Estocolmo, el presidente del gobierno se negó a otorgar un pasaporte a estos delegados. A pesar de la intervención personal de Albert Thomas, que considera inoportuna la conferencia de Estocolmo y pide a sus amigos políticos que abandonen la política de unión nacional, la mayoría de los socialistas vota contra el ministerio. El 7 de febrero, cuando Ribot abandona el poder, el jefe del nuevo gobierno, Painlevé, deja en manos del antiguo presidente del gobierno la cartera de Asuntos Exteriores. Los socialistas, en-

tonces, se niegan a entrar en la combinación. Por primera vez desde agosto de 1914 se forma gobierno sin la participación de los socialistas. La sa-

grada alianza queda decididamente rota.

El gabinete de Painlevé está en el aire. Recibe las críticas socialistas por la izquierda y por la derecha las de aquellos que quisieran que se tomasen medidas contundentes contra las compañías de los derrotistas. La opinión pública se crispa ante los escándalos que estallan en aquel momento (el asunto del diputado Turmel, que ha recibido una suma de di-

nero en Suiza y que muere en prisión sin dar explicaciones; el asunto del aventurero Bolo, que recibió diez millones de la Deutsche Bank para comprar la mayoría de las acciones del Journal). ¿Se va a reaccionar Con-

tra la campaña de traiciones tras la que se vislumbra la mano de Alemania? El gobierno duda; se declara decidido a llevar adelante con energía . . . 1 ---iosas»

las investigaciones judiciales, pero denuncia las campañas y las maniobras de los adversarios de la República. Cuando, por fin, el

13 de noviembre, Painlevé es interpelado sobre los «asuntos pendientes», pide el aplazamiento del debate y resulta derrotado por una coalición de la derecha y los socialistas. Es la primera vez, y la única durante toda la guerra, en la que un gobierno francés queda en minoría.

En Gran Bretaña la crisis se desarrolla fuera del Parlamento. El filo-

vimiento sólo afecta a los ambientes obreros, pero es grave. Para entender las razones es necesario retroceder a la dificultad fundamental de la política interior inglesa: el problema del reclutamiento. A pesar de que el gobierno aprobó el servicio militar obligatorio, también Multiplicó 101

casos de exención y dejó en manos de los sindicatos obreros el derecho de distribuir ellos mismos la «carta de trabajo» que facilitaba a sus miembros la obtención de prórrogas de reclutamiento. Los jefes de los sindicatos usaban y abusaban de este privilegio. Cuando en la primavera de

406

La crisis moral y política

1917 el ejército pide refuerzos para reconstruir sus divisiones diezmadas por la batalla de Somme, los poderes públicos intentan reaccionar. Suprimen el privilegio concedido a los sindicatos y encomiendan a las autoridades administrativas la tarea de conceder las prórrogas. Cuentan así con recuperar para el ejército a los hombres empleados en industrias de guerra, el ministerio encargado de las Fábricas de guerra llama a una mano de obra improvisada. Los obreros «cualificados» se sustituyen en 1, medida de lo posible por trabajadores no «cualificados», sobre todo mujeres: es la denominada práctica de la «dilution».

Semejantes medidas levantan protestas no sólo entre los que dejan la fábrica para ir al frente a arriesgar la vida, sino también entre los obreros especializados; estos temen que el método de la «dilution» subsista tras la guerra y desemboque en una reducción de los salarios de la mano de obra «cualificada». El movimiento estalla de forma espontánea, a pesar de los esfuerzos de los jefes de las Trade Unions que querían retener sus tropas. Es tanto más grave para la defensa nacional cuanto que arrastra sobre todo a los obreros metalúrgicos. En mayo los huelguistas son ya más de 230.000. El gobierno acaba negociando. Aplaza la aplicación de la «dilution», es decir, renuncia a ella. Mantiene, por el contrario sus decisiones relativas a la «carta de trabajo». La huelga cesa bajo la promesa de que no se mantendrá ningún arresto.

En Italia donde la opinión pública y, más aún, la opinión parlamentaria no habían mostrado nunca unanimidad en aprobar la participación en el conflicto, la crisis tiene profundas repercusiones. El partido socialista continúa su política de oposición sistemática. «El pueblo italiano no va a tolerar un tercer invierno de guerra», declara el comité directivo del partido el día 30 de junio. En los medios católicos, los grupos que tienen un estrecho contacto con el Vaticano se declaran abiertamente pacifistas: la nota pontificia del 14 de agosto ' da la consigna. El comité de la Unión Popular exige al gobierno «que ponga fin a esta guerra horrible@». En el Parlamento, la fracción «neutral» de los liberales sigue la inspiración de Giolitti que, entre bastidores, sigue ejerciendo su influencia. En ningún Sitio la propaganda pacifista se extiende con tal libertad. Las dificultades en el avitu.allamiento favorecen la expansión del descontento. Para un país que tiene que recibir de fuera el carbón y el trigo, la crisis de los transportes marítimos, abierta por el avance de la guerra submarina, pone a los servicios públicos ante una situación preocupante. Durante el verano la agitación es grave en las ciudades del norte de Italia: en Turín la escasez de harina provoca una ola de violencia en agosto. Se saquean las panaderías. Los disturbios provocan cuarenta víctimas. El 12 de septiembre el secretario del partido socialista envía una circular a los sindicatos recomendándoles un método de lucha: la dimisión simultánea de todas las alcaldías socialistas. Sin embargo, no llega hasta el punto de

Véase p. 425.

El equilibrio de fuerzas @ las gestiones de paz desear una revolución, «que dejaría al país en manos del enen1igo», N. obstante, en el Parlamento los socialistas atacan con vehemencia al «m* nistro de los fusilamientos». En cuanto a los intervencionistas, Pl .1-

erden terreno, tanto más cuanto que están divididos sobre la política que se debe seguir en relación a Austria-Hungría. , El gobierno (que sigue siendo el ministerio Boselli cuyo Jefe, un anciano, no sabe despertar energías a su alrededor), se conforma con ir tirando. Sólo a finales de setiembre trata de reaccionar, declara el estado de sitio en las provincias de Turín, Génova y Alejandría y promulga un edicto con penas contra cualquiera que cometa un acto «susceptible d desmoralizar» a las gentes. No muestra, sin embargo, una voluntad fir, me. En los debates parlamentarios el gobierno desempeña un papel apenas significativo. Todos los partidos lo abandonan.

Las dificultades internas que atraviesan los principales Estados de la Entente deberían consolidar entre las potencias centrales la moral nacional y reafirmar su esperanza de cansar al adversario. Aunque la censura en Francia, Italia y Gran Bretaña se empeña en disimular la magnitud de los movimientos huelguísticos, aunque la crisis de los amotinamientos militares franceses no se conozca en el extranjero hasta que el peligro está superado, los confidentes que los servicios de información alemanes y austro-húngaros mantienen en los países de la Entente obtienen indicios. En Berlín y en Viena la prensa destaca la desmoralización del enemigo. Pero el espectáculo de los apuros del adversario no es un consuelo suficiente. Alemania y Austria-Hungría viven también momentos críticos.

Los síntomas de la crisis aparecen en Alemania a partir del mes de abril. Las dificultades de abastecimiento son mayores que el año anterior porque la cosecha de patata ha sido mala. Los transportes están bloqueados porque se han helado los canales durante el invierno y el desgaste del material móvil se agudiza. Tienen que reducir las raciones alimenticias. El éxito de la revolución rusa alienta la propaganda de lo socialista, independientes que hacen suya la consigna de «paz sin anexiones, Las torpezas de la policía avivan el descontento. En las fábricas de armamento estalla la huelga que arrastra a 125.000 obreros. El gobierno se niega a discutir y militariza las fábricas. En pocos días consigue que fracase el movimiento; pero los socialdemócratas siguen descontentos. Te-en q * las masas obreras se vayan a situar bajo la influencia de los socialistas 11dependientes. Para calmar el descontento es necesario que los poderes ÍPúblicos hagan concesiones, dice Scheidemann, y reclama la «democratiz 120 ción», es decir, la reforma electoral que permitirá establecer el S Ú fr"9 universal ' en Prusia. Pide al gobierno que formule sus «objetivo' de guerra»; continuar la lucha con la esperanza de realizar conquistas es Po ner en peligro la revolución.

Véase p. 286.

408

La crisis moral y política El canciller Bethmann-Hollweg practica una política de calma y compr?niiso. Sin atreverse a prometer la instauración en Prusia del sufragio

ialistas. El «menuniversal, cosa que el emperador no desea,. cloonvaelnocsesoacGuillermo 11 para sqaue, al menos, dé una satisfacción de princip'

je de Pascua» (7 de abril de 1917) anuncia que «tras los esfuerzos reafi,adÍos por todo el pueblo en esta tremenda guerra ya no hay lugar en prusia para el voto por clases». Tras el final de la guerra una ley regulará la elección de diputados «por sufragio directo y escrutinio secreto@>. La fórmula es intencionadamente imprecisa y permite establecer un sistema de voto plural. Basta, en los términos en que está, para devolver la calma durante algunas semanas. En cuanto a los «objetivos de guerra» el canciller no cede oficialmente a la presión de los sindicalistas. Declara en el Reichstag que sería prematuro abordar esta cuestión. Pero en junio, en una carta a Hinderburg, se pronuncia a favor de una «paz de alianza»: «Si nos viéramos obligados en nuestra situación actual a rechazar las alternativas de paz porque no nos permitiesen alcanzar algunos de nuestros objetivos en la guerra, de ello se derivarían ciertamente consecuencias incalculables para nuestra fuerza de resistencia interior.»

El gran cuartel general se subleva contra esta política. Ludendorff condena las «concesiones a las ideas del.momento». Lamenta que el gobierno haya creído necesario el «mensaje de Pascua». Hinderburg y él no aceptan la idea de una paz de compromiso. Ello «supondría... un desastre para nuestro futuro político y económico». Ciertamente los altos mandos no tienen otra salida, no tienen más remedio que reconocer que la moral del pueblo alemán está baja, pero, ¿de qué gobierno, que no está a la altura de lén es la culpa> Del

las circunstancias. El avituallamiento es defectuoso porque los servicios «civiles» no saben organizarlo. Las dlsPutas entre los partidos políti.cos renacen porque los poderes públicos n.o ejercen una «influencia lo bastante fuerte». Para levantar lancno-nHcioelnl-cia nacional, se necesita un gobierno enérgico. ¿Acaso Bethmauna carta weg puede conseguirlo? Hinderburg plantea esta pregunta en dirigida al emp;ad » r el 27Íde junio.

el e; Cuando hstag comienza las sesi situación Política e

lones a principios de julio, la aprovecharse de la s confusa. Los socialdemócratas siguen decididos a gobierno votación de nuevos créditos m,

una declarac ilitares pa,a exigir del sia. rra», una firme 1 -

Los promesa sobre el asunto del sufrag etivos de gUe ión explícita sobre el asunto de los «obj 1

socialdem lo universal en Pru~
1 de juli. n . ócratas cuentan con 1 apoyo del Centro cató ‘ ,esión secreta de la com- ‘ @ . .
]leo. El der cató ‘ ision principal del Reichstag, 1 lí-

lico Erzberger hace un duro balance. E, enero dice, el estado MaYor de la Armada había prometido que la guerra submarina a ultranza obl, p] latía a Gran Br,tafia a aceptar la paz en se’, meses. Se cumple el

ses neutrales, de azo-Y.el enemigo no ha cedido. Inglaterra y Estados Unidos construYcn rapidarn nte su flota mercante. loejo, o peo ente nuevos barcos de transpo1rateE. Los paí

lrlzgaasnqa,upedoannenyaa dd'sPOsició, de ¿Qué espera e que la guerra submarina pueda dar resul-

tades positivos? El endeudamiento alemán ascenderá en un año a los cincuenta mil millones de marcos. Sea cual sea el resultado de la guerra, 1

país quedará en la ruina. «¿No podríamos entonces agruparnos para decirle al gobierno que estamos dispuestos a firmar la paz sobre las bases de 1914?» Socialistas y católicos forman la mayoría en el Reichstag. Es-

tán dispuestos a una fórmula de paz sin anexiones.

El canciller no está en contra de la opinión de la mayoría: es partidario de la reforma electoral y está dispuesto -dice- a poner fin a la

guerra con un acuerdo de paz. Sólo pide, por razones tácticas, que el Reichstag no deje «atado de manos» al gobierno con el voto público. El gran cuartel general, por el contrario, está abiertamente en contra del programa de Scheidemann y de Erzberger. Está decidido a desembarazarse

de Bethmann-Hollweg al que acusa de debilidad. Para conseguirlo, Hindenburg y Ludendorff no dudan en hacer valer todo el peso de su autoridad: si Bethmann sigue en su puesto, ellos presentarán su dimisión.

Lógicamente el canciller debería poder contar con el apoyo de la mayoría del Reichstag, pero es «un político acabado»@, está marcado por su pasado. Scheidemann y Erzberger prefieren para la política que preconizan un hombre nuevo, sin pasado en la guerra. Se trata de una coalición en-

tre los adversarios del canciller, por muy distintas que sean sus concepciones: el coronel Baucr, enviado del gran cuartel general, llega a Berlín.

De acuerdo con el Kronprinz reúne a los jefes de los partidos y levanta acta de sus declaraciones. En la noche del 12 de julio Bethmann-Hollweg es cesado.

¿Quién será su sucesor? La coalición de una hora que ha derrocado

al canciller se disuelve inmediatamente. Los jefes de la mayoría en el

Reichstag desearían otorgar el poder a un hombre que tuviese la con-

fianza del Parlamento y que supiese oponerse a las exigencias de los mi-

litares. Hindenburg y Ludendorff confían plenamente en dominar la si-

tuación: a falta del príncipe de Bülow, al que Guillermo 11 por razones personales no quiere bajo ningún concepto, consiguen que la cancillería se ponga en manos de Michaelis, un funcionario sin autoridad y sin pro-

grama que será un instrumento dócil en sus manos. El gran cuartel general ha ganado la primera partida. La segunda le resulta más difícil. ¿Cómo conseguir de la mayoría del Reichstag que renuncie a adoptar una «resolución de paz@»? Hindenburg y Ludendorff llegan a Berlín, presionan personalmente a los jefes de los partidos y tratan (le convericer-

les. Sólo consiguen que se moderen los términos de la «resolución- El 19 de julio la mayoría parlamentaria vota: «El Reichstag desea un acuer-

do de paz, de reconciliación duradera entre los pueblos. Las conquistas territoriales conseguidas por la fuerza, las medidas de presión de orderi

político, económico y financiero son incompatibles con una paz de este gétiero». Esto significa el rechazo

de la política anexionista, una prueba de que la opinión pública alemana empieza a dudar de la victoria. Pero los términos son lo bastante imprecisos como para permitir una interpretación

flexible. Si Alemania se asegura el «control» militar y ecológico,

- 410 -

La crisis moral y política

inicial de Bélgica, si forma Estados vasallos en la región báltica, ¿se pueden considerar «conquistas»? Michaelis no oculta al Reichstag que la paz futura tendrá que garantizar «para siempre» la seguridad de las fronteras del imperio. «Estos objetivos me parece que se pueden conseguir en el marco de la resolución tal como yo lo concibo». De este modo el equi-

1 El voto subsiste. La mayoría del Reichstag sólo ha hecho una maniobra platónica. En el fondo, el gran cuartel general es el que hace y deshace en la política del Imperio.

¿Es éste un remedio contra la confusión moral que se manifiesta en la opinión? La propaganda de los socialistas independientes influyen en las tripulaciones de la flota. En los puertos de guerra donde, tras la batalla de Jiatlandia, acorazados y cruceros están inmovilizados, los marineros, ociosos, se quejan de la mala comida y de la disciplina demasiado severa. A fines de julio y principios de agosto se producen motines a bordo de tres navíos. En unos casos la tripulación se niega a cargar el carbón; en otros, los hombres, por decenas, dejan el barco durante uno o dos días. Los marineros responden a los castigos con amenazas. «Somos capaces de imponer nuestra voluntad, si es preciso, por la fuerza», declara la tripulación del Westfalen. El movimiento fracasa. Pero, cuando el 9 de octubre se mencionan estos incidentes en la tribuna del Reichstag, el ministro de Marina, apoyado por el canciller, acusa a los diputados socialistas independientes de provocar los disturbios. Es una torpeza. ¿Por qué intenta el gobierno «marginar» a un partido político en lugar de hacer un llamamiento a la unidad? Los adversarios de Michaelis se aprovechan de esto para denunciar ante el emperador la incapacidad del canciller. El 26 de octubre, ante tal hostilidad, Michaelis se retira. Es una venganza de la mayoría del Reichstag contra «el hombre de paja» del estado mayor. En esta crisis el emperador desempeña un papel modesto. Ha mantenido sin convicción a Bethmann-Hollweg y lo ha abandonado de repente bajo la presión del gran cuartel general. Ha aceptado a Michaelis, al que deja irse sin reparo alguno bajo presión del Reichstag. En momentos en que el soberano debía mantener el papel de árbitro, no se sintió capaz de ejercer su influencia personal. Su actuación ha sido puramente negativa: apartar a Bülow, al que no ha perdonado el asunto del Daily Telegraph. Prefiere designar para la cancillería a hombres de segunda fila, pero no tiene talla para dirigirlos, como tampoco se atreve a comparar su autoridad con el prestigio de un Hindenburg y de un Ludendorff.

En Austria-Hungría el emperador tiene un programa, pero carece de la energía necesaria para llevarlo a cabo. Carlos ha puesto fin, desde su

1 independencia política llegada al poder, al régimen de «opresión» que ahoga la actividad; ha entorpecido el proyecto del gran cuartel general, apartando a Con-

«Véa

sc P. 84.

411

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

municados secretos a los aliados muestra su voluntad de llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias. ¿Cuánto puede durar el éxito de esta maniobra? El 16 de abril llegan a Petrogrado los socialistas extremistas rusos refugiados en Suiza, a los que el gobierno alemán ha organizado el regreso con el fin de reforzar el movimiento pacifista ruso. Lenin figura a la cabeza. Ya en su primer discurso a los delegados del grupo bolchevique (17 de abril), sitúa en primer plano «la actitud hacia la guerra». Aunque los bolcheviques están lejos de tener en ese momento la mayoría en el soviét, la consigna de Lenin une a todos los grupos socialistas. Kerenski, su portavoz en el gobierno provisional, se opone ahora abiertamente a Miliukov. No es que él quiera personalmente la paz, pero piensa que es imposible mantener a Rusia en la guerra si no se renuncia antes a cualquier programa de anexiones. En torno a esta «revisión» de los objetivos de guerra se entabla la disputa.

Miliukov trata aún de resistir usando una táctica que ha había utilizado: envía oficialmente a los gobiernos aliados, conforme al deseo del soviét, una declaración según la cual Rusia renuncia a cualquier anexión de territorios extranjeros; pero añade una «nota explicativa» en la que expresa su voluntad de «llevar la guerra mundial hasta la victoria decisiva» y de observar «escrupulosamente» las obligaciones contraídas con los aliados. El comité ejecutivo del soviét protesta; Lenin lanza un llamamiento al pueblo para derrocar al gobierno provisional y dar el poder a los soviets. El 4 de mayo estalla el motín, pero fracasa ante la firmeza del gobierno provisional que, a falta de la guarnición de Petrogrado, puede contar con las tropas acuarteladas en Tsarskoíé-Sélo. Miliukov cree haber vencido. El gobierno no se siente con fuerzas suficientes para intentar un nuevo conflicto con el soviét. Días más tarde, bajo la influencia de Kerenski, la mayoría de los miembros decide, en ausencia de Miliukov, confiar la dirección de la política exterior a un político partidario de «métodos más flexibles». El 15 de mayo, el ministro de Asuntos Exteriores presenta su dimisión.

La caída de Miliukov permite medir el camino recorrido por la Rusia revolucionaria. En el gobierno provisional reorganizado, en el que los soviets, tienen ahora tres representantes, la influencia del ministro de la Guerra, Kerenski, se equilibra con la del presidente, el príncipe Lvov. La única manera de conseguir del pueblo ruso una «reacción nacional», dice Kerenski, es revisando los objetivos de guerra, abandonando toda idea de anexiónista y adoptando un programa de paz «democrática». El 19 de mayo Teretchenko, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, presenta a los gobiernos aliados esta tesis: el gobierno ruso rechaza «cualquier idea de paz por separado»; pero desea una paz general tan rápida como sea posible, una paz «sin anexiones ni compensaciones, sobre la base del derecho de los pueblos a decidir por sí mismos». Las potencias occidentales sin tener en cuenta la opinión del embajador de Francia que desearía «negativa», consideran la posibilidad de una revisión de los pactos secretos. La perspectiva de una conferencia interaliada para definir los nuevos

- 414 -

Las gestiones de paz nula de «paz sin anexiones» con la intención de Francia de recuperar objetivos de guerra es pel' ,grosa. ¿Cabría la posibilidad de conciliar la fólars Alsacia-Lorena, con el tleseo de Gran Bretaña de conservar las colon' alemanas que ha conquistado? ¿Resistirá la alianza semejante reto?

ILE LAS GESTIONES DE PAZ 1`

La diplomacia trabaja. En este período turbulento en el que la fuerza de las armas parece flaquear, en el que la voluntad de vencer parece que-

w Obras de consulta.- La bibliografía al respecto es muy dispersa. Hay que consultar: W. Steglitz, Die Friedenspolitik der Mittelmáckte, 1917-1918 (Wiesbaden, 1964, in-S') t I oIrece Perspectivas generales. Hay que consultar además: P sobre las negociaciones llevadas a cabo pr. Austria-Hungría, el libro del príncipe Sixte de Bourbon-Parme, L'offre de paix séparée de l'Autriche (París, 1920, in-16), que ofrece documentos esenciales.- el volumen Journal et correspondances inédites d'Alexandre Ribot, 1914-1921 pub]. por el Dr. Ribot (París, 1936, in-So).- los testimonios de Lloyd George, mém trad. del inglés), y de Czernin, Im We/tkri oires, t. IV (París 1938, in-8--

ege (Viena, 1920, in-S-), así com'o G. Suárez: Briand (París, 1941, 5 vol., in-S-1- el t. IV) y Ed. Bénés, Souvenirs de guerre et de révolution (París, 1925, 2 vol., in-So). Los mejores estudios son los de R. Fester, Die Polink Karls und die Wendepunkt des Weltkrieges (Munich, Kaisers ticiuos 1925, in-81) y d l mismo modo, tres ar-

publicados en los Berliner Monatshefte.- «Die Friedensvermittlungsversuche jni 1917» (may. 1937, pp. 367-400); «Die Friedensoffensiv CZernins» (julio 1937, pp. 579-600), y «Die Sonderfriedensaktion des Prinzen Sixtus» (ag. 1937' pp. 672-684); el de Ch. Appuhn, @<Les négOciations austro-afiemandes de 1917 et la imssion du prince Sixte>., en la Revue a' la guerre mondiale histoire de cbe-H. , t. XIII (1935), pp. 209-223; consúltese también B. Auerbach LAutri-

ongrie pendant la erre (París, 1925, in-S-); Derribim, Czernin und die S'¿ctus-Aff4ire (Munich, 1920 in-Sg)u; R. Kann, Die Uctusaffare und die gebeimen Friedensverhandlungen Oesternch-@ngarns im ersten We1tkrtege (Munich 1968, in-S'); H Benedikt, Die Fliedensaktion der Mein1 gruppe, 1917-1918 (Graz, 1962, in-S') y, sobre la actitud de Italia, Mano Toscarc, GI, accordi di San Giovanni di Moriana (Milán la negociaci.en Armand-Revertera, documentos de origen francés h'an 1936, in-8')-Acerca de Pinion, ju],1920 sido publicados en 0~ torich li , pp. 31-37, 88-94 115-123; el conde Revertera dio su versión en los His-

-Po It¿sche BU'ttem Jur katho@ische Deutschland, año 1922, pp. 513-519 Sobre el tema Br,land-Lancken, véase Liancken, Meine dreissi.g Dienst1ahre (Berlín, 1930, in-S-)- Ribot, ob. cit., p. p -

,tricaré, Au service de la France t IX: Lannée trouble (París, 1932 i' tudio de R Recoul

n-

81), el esrís, 193,3 Í y, Les dessous de Nilire. La négociation secrète Briand-Lancken (Pa- , m-12)--- Sobre la oferta de paz de la Santa-Sede, la información también es muy t`COMP1,ta. Bredt, Der deutsche Reichstag im Weltkrieg (Berlín, 1926, in-S'), declara no haber Podido reproducir todas las piezas que ha leído; véase el compendio Papers relating tO t@ e fi.

ore,gn relations of the U- S. A. (p. 265), y el libro azul inglés The peace proposais rnade by H H b chae---us, Lud.e. t e Pope (Londres, 1919, in-So) 1 rnon, .os principales s o los de Midi 05 test; rigida Por ndorff., Erzberger y Scheidemann (cit. pp. 1 0

95 y 284). Véase también una carta Mon. Pacelli a la Revue d'histoire de la guerre mondiale abril 1926, pp. 131-134. 1926 ejores estudios son - Ch 4pulin, La Politique allemande P'endant la guerre (París FIn-S.). m -

Cha 1 --- emecke, Küb1,nann und

t es-Roux, L díe Papstliche Friedensaktion (Berlín, 1928, m-S-); etchska a Paix des E-pires centraux (París, sens , ---ler Michaélil und die pápstliche Friedensalítio 19471 in-12); W. Michaéli,, «Der

cada e 1917», en Geschíchie im Wis- 64 e aft U- Unterrl,cbt, 1956, pp. 14-24 y 293-307. Véasenpo'mr último, una nota anónima pu-

-1944 (Villencuye-sur-L La Belgique et la crie es,opéenne, 1914 papel de-

n la Revue d'h' 'e de la guerre mondiale, ag. 1926 Pp. 134-140 %peñ,d Iston ha@ 0 Por la cuestión belga, lo expone J A. Wullus- Ruáiger El

Ot, 1944, 2 vol., in-so), t. 1, cap. II.- por último@ PO que Consultar 1 de Launay, Secrets diplomatiques 1914-19,8 (Bruselas, 1963, in- 12) y, '11P'11sto, el corripentic, de A. Scherer y J. Gr.n-e@ald, cit. P. 190.

- 415 -

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

brantada, la idea de una paz negociada gana terreno. Entre abril y octubre de 1917 los intermediarios oficiosos se esfuerzan intentando entablar un diálogo. Es importante, aún hoy, conocer con detalle todos estos intentos. Según los archivos de Viena, los únicos que hasta ahora han estudiado, habría entonces en Suiza unas diez personas, enviadas por los distintos gobiernos y provistas de instrucciones, encargadas de entablar negociaciones; pero la diplomacia de los contendientes utilizaba además «informadores», que no tenían carácter oficial y que en consecuencia podían actuar con mayor libertad de movimientos. Aunque hiciésemos un inventario de estos agentes, aún estaríamos lejos de la verdad. Habría que investigar los archivos diplomáticos de todos los contendientes y de algunos neutrales para dar con las huellas de sus gestiones. Sería preciso también examinar los archivos militares porque en todos los países el alto mando tenía sus propios servicios de información, que podían desempeñar, y que de hecho así ha sido, un papel en el esfuerzo diplomático. Es lógico suponer, además, que algunas gestiones no hayan dejado ningún rastro escrito. Los documentos y los testimonios aún no permiten escribir la historia completa de todos los intentos. Pero lo esencial se muestra con claridad suficiente.

Bajo una expresión común estas «gestiones de paz» esconden realidades muy diferentes. En algún caso -aunque no sea lo más frecuente el intento está inspirado en el deseo de restablecer la paz general. Lo más frecuente es proponer a uno de los adversarios la paz separada. A veces

intervienen las dos hipótesis en una misma negociación, y en ella los interlocutores intentan atraerse mutuamente al terreno escogido. Pero el

encuentro no siempre tiene el propósito de entablar negociaciones; puede ser sólo un medio de información: se trata de tantear las intenciones del adversario, de constatar sus reacciones frente a una oferta y apreciar de este modo su capacidad de resistencia; puede no tener otro objetivo que el de comprometer ante sus aliados al gobierno en la coalición enemiga. ¿Sondeo? ¿Maniobra? La interpretación es a menudo difícil. La frontera entre una negociación real y las diversas formas del simulacro es también difícil de determinar. ¿De qué medios disponemos para juzgar las intenciones secretas de un estadista que quizá ocultaba el proyecto que tenía en mente a sus propios agentes? Puede incluso suceder que una conversación sea formal en su origen y que después adquiera otro carácter: el gobierno que ha tomado la iniciativa desea, en principio, el

mantener una negociación de paz; pronto se da cuenta de que las pretensiones del adversario no dejan esperanza alguna de éxito; pero sigue manteniendo el contacto para obligar a su interlocutor a descubrir con mayor claridad su juego. ¿Cuántos matices hay que captar en estas situaciones tan complejas, que varían a cada momento según sean más o menos aleatorias las perspectivas militares o políticas! Nos vemos obligados, por tanto, a limitar el estudio crítico a los incidentes más relevantes, que 500 también los que se conocen mejor.

Es natural que Austria-Hungría haya tenido en estas gestiones de Paz

416

Las gestiones de paz un papel activo: a causa de las dificultades de política interna que padecía de forma crónica y debido a las diferencias de intereses y opiniones que separaban a los pueblos dominantes -magiars y alemanes- de las nacionalidades sometidas, la Doble monarquía corría mayor peligro que el resto de los Estados beligerantes. Si era vencida, se exponía a desmembrarse. Le interesaba, pues, en caso de que la victoria se presentara incierta, liquidar el asunto por medio de un acuerdo, aunque no fuera muy

ajustado. El presidente de la «Sociedad política de altos funcionarios, profesores y hombres de negocios, declara necesaria esta paz de compromiso. El emperador Carlos era consciente de ello. Pensaba -el testimonio de sus confidentes es fidedigno- que la intervención de los Estados Unidos tendría como resultado inevitable la derrota de las potencias centrales; por otra parte, tampoco deseaba un gran triunfo militar en Alemania, de la que temía su arrogancia. La mejor solución, a su entender, para «salir airoso de este atolladero», era la de una paz rápida, «amistosa, sobre la base del statu quo». El gobierno alemán no quería esta paz blanca; pero Carlos descartaba la objeción: «Ir junto a Alemania hasta el final por pura nobleza sería un suicidio». El deber del gobierno austro-húngaro era conseguir la paz, «si es preciso, contra el deseo de Alemania». ¿Era posible?

Esta perspectiva podía convenirle a Francia y Gran Bretaña, pues Alemania era su único enemigo verdadero; pero les interesaba sólo si se trataba de una paz separada de Austria-Hungría y no de una paz general. Italia, Rumanía y Servia, que contaban con anexionarse territorios austro-húngaros, no podían compartir este deseo. Para estos países, la Doble monarquía era el principal adversario; pactar con él significaba renunciar a satisfacer sus aspiraciones nacionales. Sin duda, el interés general de la Entente exigía que no se rechazase a priori una gestión austro-húngara, pues el debilitamiento del ejército ruso preocupaba a los Estados occidentales. Pero, si buscaban las bases de una negociación, ¿dónde podrían hallarse? La Entente, en un comunicado de 10 de enero de 1917, se había declarado a favor de las nacionalidades de Austria-Hungría; en la hipótesis de una paz separada, abandonarían a estas minorías nacionales: era un cambio de frente doloroso, pero posible. Era más difícil olvidar las promesas hechas a Italia y a Rumanía en el momento de la entrada en guerra. Y por qué sup

Conocer que los gobiernos Bucarest iban a renunciar de buen grado a las ventajas de los tratados secretos?

El gobierno austro-húngaro se dirige primero a Francia. El emperador Carlos elige como intermediario para transmitir sugerencias, a su cuñado el príncipe Sixto de Borbón-Parma que sirve en el ejército belga. Tras una conversación en Suiza con el conde Erdódy, enviado personal del emperador, el príncipe Sixto y su hermano Javier, que ha informado

Véase P. 352.

al presidente de la República francesa, aceptan ir a Viena. En marzo de 1917 se entabla así esta negociación secreta. Por dos veces -el 23-24 de marzo y el 8 de mayo de 1917- los príncipes se entrevistan con el emperador Carlos y el conde Czernin; por dos veces vuelven a París para someter las propuestas austro-húngaras al presidente Poincaré y al presidente del consejo.

De la primera entrevista, el príncipe Sixto lleva una carta autógrafa de su cuñado. Carlos, confiado en el secreto que se le ha prometido, indica sus opiniones sobre la paz: a Bélgica «debe devolversele totalmente su

soberanía»; lo mismo pasará con Servia, que recibirá además «un acceso

justo y natural al mar Adriático», con la condición de que tome medidas para impedir en su territorio cualquier agitación política dirigida contra Austria-Hungría. Las reivindicaciones rusas se aplazan y las de Italia in-

cluso ni se mencionan; pero el emperador no duda en pronunciarse a favor de restituir Alsacia-Lorena: «Apoyaré por todos los medios y usando toda mi influencia personal ante mis aliados las justas reivindicaciones francesas en la cuestión del Alsacia-Lorena.» Al pedir que Francia y Gran Bretaña den a conocer su opinión acerca de estas bases de paz, el soberano desea encontrar un terreno de entendimiento que permita entablar «negociaciones oficiales». Sin hacer alusión a la posibilidad de una paz separada -la mención de «negociaciones oficiales» parece incluso excluir

1 «ón de Alsacia hipótesis -, el emperador Carlos toma, pues, en la cuestión de Alsacia-Lorena una actitud que lo separa de Alemania. Pero ésta es una acción personal de la que el ministro de Asuntos Exteriores de la Doble monarquía no ha tenido noticias.

Tras el segundo encuentro, en el que el príncipe Sixto quiere saber cuáles son las concesiones que Austria-Hungría estaría dispuesta a hacer a Italia, el emperador envía una segunda carta autógrafa a su cuñado, en

la que se limita a expresar esta vez, en términos poco claros, su convicción

de que es posible un acuerdo con Francia y Gran Bretaña; deja que sea el conde Czernin el encargado de precisar por escrito las condiciones de una negociación. La nota de Czernin pregunta si las potencias occidentales están dispuestas a garantizar «la integridad de la monarquía»; acepta, sin embargo, la eventualidad de una cesión territorial a Italia, pero sólo bajo la forma de intercambio. Si se admiten estas bases, Austria-Hungría podrá entonces «iniciar conversaciones con sus aliados». La hipótesis considerada es, pues, la de una paz general. Estos son los únicos textos auténticos que permiten apreciar «la oferta de paz» austro-húngara.

¿Con qué ánimo se hace esta oferta? ¿Tenía como intención

o meta la conclusión de una paz separada, como lo ha asegurado años más tarde el príncipe Sixto? Ni la carta del 24 de marzo del emperador Carlos, ni la nota de Czernin del 9 de mayo permiten suponer tal cosa. El hecho es que, durante el transcurso del «asunto Sixto», los gobiernos de Viena y de Berlín siguen manteniendo conversaciones sobre los «objetivos de guerra». El conde Czernin trata de conseguir que Alemania admita la idea de una

- 418 -

Las gestiones de paz devolucion, al menos parcial, de Alsacia-Lorena y asegura que, en tal caso, Austria-Hungría dejaría a su aliado toda la Polonia rusa. Ejerce, por tanto, una presión diplomática, según el programa que el emperador Carlos había expuesto en su carta al príncipe Sixto, pero el esfuerzo resulta inútil.

La Entente se toma en serio las ofertas austro-húngaras. «Es la paz», declara Lloyd George, cuando le

muestran la carta del emperador Carlos. Pero, en su interior, Poincaré, al igual que los dirigentes británicos, sabe que se trata de una paz separada con Austria-Hungría que hace posible la derrota alemana. El príncipe Sixto, en sus informes, insiste en afirmar que la política austro-húngara admite plenamente esta posibilidad. ¿Trata de eliminar las últimas dudas cuando decide solicitar los textos? Cuando lleva al presidente Poincaré la nota de Czernin el 9 de mayo, presenta una traducción francesa que no responde en absoluto al original alemán: «Tan pronto como las dos condiciones antes mencionadas (compensación a la rectificación de frontera y garantía de integridad a la monarquía) hayan sido aceptadas por la Entente, Austria-Hungría podrá concluir su paz separada con la Entente.» La expresión «paz separada» es un añadido del príncipe. ¿Cómo iba a adivinar el gobierno francés, que no tiene en sus manos el texto alemán, que se encuentra ante una traducción inexacta? De este modo, al examinar la oferta de Viena, le atribuye un alcance que sin duda no tenía.

¿Le interesa a la Entente culminar esta paz separada? Francia y Gran Bretaña en el primer encuentro no lo dudan. Pero, ¿qué pasa con Italia? Cuando Ribot y Lloyel George, el 19 de abril, en Saint-jean-de-Maurienne, se entrevistan con Sonnino y le ponen al tanto, con palabras veladas, de la gestión austro-húngara, el ministro italiano de Asuntos Exteriores declara al momento que no puede renunciar a ninguna de las concesiones territoriales prometidas en el tratado de Londres. Resulta así imposible negociar con Austria-Hungría sin arriesgarse a «lanzar a Italia en los brazos de Alemania». Al menos habría que conseguir que el emperador Carlos diera una compensación parcial a Italia, por ejemplo, el Trentino y acaso las islas dálmatas. Este es el compromiso que el príncipe Sixto quiere que se acepte en su segundo viaje a Viena. La nota de Czernin del 9 de mayo está bastante lejos de responder a su deseo, ya que el ministro austro-húngaro plantea la cuestión de una compensación. El asunto se queda así: el príncipe Sixto nunca recibirá una respuesta a su última comunicación.

La Entente, a fin de cuentas, menosprecia la oferta austro-húngara. ¿Hay que echarle la culpa a Ribot, presidente del consejo, que por desconfianza o timidez prefirió que no se hiciese nada? Ribot no tiene problemas en responder que la gestión del príncipe Sixto podía parecer sospechosa ya que por las mismas fechas el emperador Carlos visitaba a Guillermo II. Pero plantearlo así es limitar la cuestión. De hecho, si Italia no hubiese puesto obstáculos, existen motivos para creer que el asunto hubiese seguido adelante. La tenacidad italiana se sustentaba en el tratado

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

secreto del 26 de abril de 1915. ¿Cómo se lograría suspenderla? E, incluso si el gobierno italiano llegase a ceder por la insistencia de sus aliados, si renunciase a las ventajas que se le habían prometido, ¿podría suponerse que, tras la culminación de la paz separada con Austria-Hungría, iba a continuar de buen grado su esfuerzo militar? borrar a Austria-Hungría de la lista de contendientes, ¿no supone borrar también a Italia? Y, desde ese momento, la ventaja que se consiguiese ¿iba a ser tan importante?

A decir verdad, la culminación de una paz separada con Austria Hungría, aún siendo posible, sería un resultado incompleto. Hubiera sido necesario arrastrar a la Doble monarquía contra Alemania. Es el sueño que siempre han acariciado algunos cerebros de París y Londres. Vana esperanza: el emperador Carlos podía sentir, ciertamente, hacia el aliado alemán tanta antipatía como desconfianza; sin embargo, parece que nunca se le pasó por la imaginación dar un giro tan brutal. Incluso en las notas en que expresaba sus pensamientos íntimos que no confiaba a sus ministros, todo lo más que hace es pensar que, cuando acabe la guerra, Austria-Hungría podrá buscarse la alianza con las potencias occidentales. Por otra parte, ¿era acaso el emperador dueño de la decisión? Si hubiese querido romper con Alemania, tendría en contra suya a sus ministros y a sus generales. ¿Tenía talla suficiente como para enfrentarse a ellos?

Los intentos posteriores de reanudar los contactos, en particular las entrevistas del conde Armand y del conde Revertera en Friburgo, sólo tienen carácter de «sondeos». Demuestran que la perspectiva de una

paz separada entre Austria-Hungría y las potencias occidentales es lusoria.

El gobierno alemán había tenido noticias por el mismo conde Czernin de la existencia de conversaciones secretas entre Austria-Hungría y Francia. La versión que se le ofreció era, desde luego, tendenciosa e in-

completa; pero la cancillería alemana probablemente no se dejó engañar. De estas semiconfidencias podría sacar la consecuencia segura: Austria-Hungría necesitaba la paz y no retrocedía ante gestiones inquietantes. Alemania, al mismo tiempo que trataba con aspereza a esta aliada vacilante, tenía clara conciencia de que podía llegar un momento en que la negociación fuese oportuna. ¿Qué condiciones podría aceptar? El 23 de abril de 1917, en Kreuznach, Bethmann-Hollweg había examinado el problema con Hinderburg y Ludendorff. Las decisiones quedaron fijadas por escrito. El Este, Alemania contaba con anexionarse las regiones ocupadas de Curlandia y Lituania, hasta las proximidades de Riga; ten-

dría libertad para hacer y deshacer en Polonia que quedaría «adosada» al Reich. Austria-Hungría recibiría, además de las ampliaciones a expensas de Servia, la mayor parte del territorio rumano. En compensación por la pérdida sufrida en Polonia, se le ofrecía a Rusia la Galitzia oriental, país ruteno, y la Moldavia hasta Sereth. Al Oeste, Bélgica quedaría bajo el control militar de Alemania, mientras no estuviese «madura» para una alianza política y económica; incluso entonces, Lleja y la costa fia-

- 420 -

Las gestiones de paz

inencia seguirían e lemPo (la hipótesis dsetaunndtoraoscpuaspaodapsopronrolvasentraopyasnauleevmeaannasospoqruleadrógoetx'pre- ,aniente formulada). ¿Y Francia? Había que esperar a que plantease la cuestión de Alsacia-Lorena. Ninguno de los dirigentes alemanes tenía la

lón de retroceder. En último nienor intenc lino caso el Reich podría consentir «pequeñas rectificaciones en la frontera» y abandonar «una estrecha zona al sudoeste de Mulhouse»: nada más. «No habrá abandono alguno de territorios en los valles de los Vosgos.» Además, estas concesiones mínimas tendrían una contrapartida importante: «La cuenca minera de hierro y carbón de Briey-Longwy debe incorporarse a Alemania.» Tal es la paz que el gobierno alemán estaría dispuesto a aceptar en la primavera de 1917, inmediatamente después de la entrada de Estados Unidos en la guerra.

¿Existe alguna posibilidad de que alguno de los adversarios admita estas condiciones? La diplomacia alemana lanza sondeos, por un lado a Francia, por otro a Rusia.

El hecho de que la entrevista en Suiza entre un político francés y un diplomático alemán haya sido sugerida por una personalidad belga, la condesa de Mérode, carece de importancia. Lo cierto es que del lado alemán la idea fue bien acogida y recibió la aprobación del gobierno y del gran cuartel general. El barón de Lancken, director de la sección política del gobierno

general alemán en Bélgica y antiguo consejero de la embajada alemana en París, se encargó del proyecto. Según su propio relato, fue él mismo el que sugirió proponer una entrevista a Aristide Briand, desprovisto entonces de toda responsabilidad gubernamental directa. La iniciativa de Lancken fue aprobada en la «segunda mitad de abril de 1917» por Bethmann-Hollweg así como por Ludendorff. El diplomático estaba autorizado a ofrecer la cesión de «el ángulo sudoeste de Alsacia, según las decisiones tomadas en Kreuznach, y quizá también de «algunos puntos de lengua francesa en Lorena». ¿Era posible tener éxito a ese precio?

Cuando Briand fue interrogado en junio, respondió sin dudar que la devolución de Alsacia-Lorena era, a su entender, la base indispensable de cualquier conversación franco-alemana. ¿Tuvo conocimiento Lancken de estas palabras que, bastaban para prever el fracaso del intento? Es poco probable; los intermediarios, en circunstancias semejantes, dan la impresión a las dos partes de que existe la posibilidad de un arreglo. De todos modos, la diplomacia alemana insistió. Los agentes que Lancken tenía en Suiza mantenían contactos con algunos franceses que gozaban de la confianza de Briand. De este modo se fijó la entrevista para el 22 de septiembre. Lancken tenía intención de «dejar hablar» a su interlocutor y ver cuál era «su mejor oferta». Briand estaba dispuesto a prestarse a una

conversación oficiosa, que podría ser el inicio de encuentros oficiales realizados de acuerdo con los aliados. Sospechaba que en Alemania había un intenso deseo de paz; se declaraba convencido de que la devolución de Alsacia-Lorena podría lograrse a condición de abandonar

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz renanos Y cualquier intención cualquier pretensión sobre los territorios (Briand no acu- .) tras la culminación de la paz. P.e de boicoteo económico (c) có sus intenciones dió a la cita: la víspera de su partida a Suiza común, Gobierno fran-

1 Si el 9 al presidente del consejo-, Ribot rechazó el proyecto

1 de cansancio? cés aceptaba un encuentro, @,o hubiera dado la mpresi antes, que tenía @y no había afirriado el barón de Laricken, tres meses

r en Francia una oleada paci ista? En o Ípila esperanza de lograr provoca no era sino

la oferta de conversaciones món del presidente del conse),01 .bra. Ésta fue también la op nión del gobierno inglés y del go una manio . iones, sin duda Briand no había bierno italiano. Al someterse a estas opin

1 . -ntarlo en circunstancias mas favorables. Lanrenunciado a volver a inte de que el encuenken s« ió durante algún tiempo con la esperanza Í 'o ade

igu el intento no sigui -

tro sólo se hubiera aplazado, pero de hecho, »do el resultado? lante . 'do lugar el encuentro, ¿cuál hubiese s,

si hubiese teni acto los dos interlocutores hubieran contestado sus

Ya en el primer cont mutuas utopías. El gobierno alemán no tenía in. tención alguna de dejar

la «tierra del imperio», y el kronprinz tenía motivos para escribir enton-

ces al emperador Carlos: «Rechazo completamente la idea de que Alemania pueda, de cualquier manera, hacer concesiones territoriales impor-

tantes en Alsacio-Lorena a fin de conseguir que Francia se incline a la

paz. El pueblo alemán lapidaría a cualquier canciller que intentase hacer semejantes proposiciones». Si Briand creía, como así lo aseguraba,

que podía tomar como punto de partida del encuentro la restitución de Alsacia-Lorena, se equivocaba.

El gobierno francés, por su parte, no renunciaba a una reivindicación total, a la que todos los estadistas en sus declaraciones oficiales y la casi

totalidad del Parlamento se mostraban favorables. Si Briand, en lugar de interrumpir el encuentro, hubiese aceptado personalmente considerar,

por ejemplo, la idea de una « neutralización » de Alsacia-Lorena, de un

. uador», que Lancken a modo de sondeo le había Pr0- «Estado arnortig de que la opinión Pública puesto, aun así no existía la menor posi 1 1

francesa aceptase semejante abandono. El cansancio por ambas partes 1,0

llegaba todavía a tal punto que pudiese forzar un acuerdo. contrar

En el lado ruso, sin embargo, la diplomacia alemana podía en

perspectivas más favorables. La dimisión de Millukov, la consigna de Paz

lanzada por los representantes acreditados del soviét, la indiferencia que

nas como los ambientes obreros, manifestaban, tanto. las masas campesinas se aliaban
frente a los acontecimientos militares, todos estos se y, ía de para dar por seguro un
decaimiento próximo. Ciertamente la n-l@ el príalos miembros del gobierno provisional, ya fuesen
liberales como, c,e,

cipe Lvov o socialistas como Kerenski, se mostraba partidaria de y 1

guir la lucha, pero ¿cuánto tiempo se mantendría esta resolución a t' ‘

11 Véase p. 373-

422

Las gestiones de paz

inercia que mostraba la opinión pública? La idea de una paz separada con Rusia, durante tanto tiempo acariciada por las potencias centrales, sobre todo en 1915, volvía a mostrarse, pues, atractiva.

Las circunstancias permitían a la diplomacia alemana efectuar un sondeo. El diputado socialista suizo Grimm, uno de los miembros más activos del comité Zimmerwaldiano, llegó a Rusia para hacer propaganda en favor de la paz; tuvo encuentros con Lenin y aconsejó. En sus discursos la culminación de un armisticio inmediato. El 26 de mayo envió un resumen de sus impresiones al consejero Hoffmann, jefe del departamento político en Berna: «El deseo de paz es general. La culminación de la paz es una necesidad desde el punto de vista político, militar, económico... El único hecho que podría poner en peligro una negociación sería una ofensiva alemana en el frente oriental. Si no se produce este elemento de desequilibrio, será posible la liquidación en breve plazo.»

La información podía tener cierto valor para Alemania. Hoffmann se la transmite y, el 3 de junio, puede comunicar a Grimm la certeza de que el ejército alemán no iniciará ninguna ofensiva mientras exista la posibilidad de un acuerdo con Rusia; añade que, «a través de varias con-

versaciones con personalidades de primer orden», conocía las intenciones del gobierno alemán: «No intervención en los asuntos rusos; acuerdo amigable sobre Polonia, Lituania y Curlandia, teniendo en cuenta el derecho de los pueblos a la autodeterminación; evacuación de los territorios ocupados a cambio de la evacuación rusa de los territorios austriacos.» Estas indicaciones se dieron, bien es verdad, a título de «convicción» personal. Pero, evidentemente, se trata de una expresión formularla. Grimm, con estas informaciones en la mano, podía esgrimir las ante los miembros socialistas del gobierno provisional o ante los jefes de la oposición pacifista. De este modo, sin comprometerse ella misma, Alemania, gracias a este intermediario desinteresado, tenía la posibilidad de recoger elementos de apreciación importantes sobre el estado de ánimo de los rusos o incluso iniciar los primeros pasos hacia una conversación.

No fue así. Desde el 9 de junio, el gobierno provisional ruso conocía a través de sus servicios criptográficos la labor de Grimm. Ocho días después el diputado suizo, «agente de Alemania», era expulsado de Rusia y el texto, de los telegramas cruzados con Hoffmann revelado públicamente, la maniobra alemana había sido sofocada radicalmente por la réplica del gobierno ruso. He aquí a Grimm rechazado por sus colegas del comité Zimmerwaldiano y a Hoffmann obligado a abandonar la dirección del departamento político, en el que lo va a sustituir el ginebrino Gustave Ador. El fracaso es notorio, pero ¿es preocupante? ¿Tendrán los Mimbros, del gobierno ruso fuerza para resistir durante mucho tiempo al

1110vi, niento pacifista? A principios de julio Czernin insiste ante Lu-

3
1. Véase P. 303.

Véase P. 327.

- 423

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz dendorff para que Alemania busque lo antes posible una ocasión para la paz separada con Rusia, incluso al precio de la renuncia a sus conquistas.

En el mismo instante en que la diplomacia de las «potencias centrales» realizaba esos sondeos, otro intento ocupaba el primer puesto en escena: la propuesta de paz de la Santa Sede. La diplomacia pontificia abría un camino a nuevas maniobras, tan poco fructíferas como las precedentes.

El origen de la «nota pontificia para la paz» denota ya su naturaleza. El Papa Benedicto XV tenía desde hacía tiempo el deseo de establecer un acercamiento entre los adversarios. Ya lo había intentado en 1916. El poco éxito de estas primeras invitaciones no le habían descorazonado. Los órganos católicos italianos, que recibían su inspiración del Vaticano, seguían recordando cuál debía ser el acuerdo: la paz no debía ser «hija de la violencia, sino de la razón»; debía intentar conciliar las aspiraciones nacionales «por medio de compensaciones». Los sentimientos personales del Soberano Pontífice le llevaban a hacer un esfuerzo para poner fin a la matanza. Los intereses de la Iglesia le obligaban a ello de forma más acuciante aún: la guerra había destrozado la solidaridad entre los fieles. Había llevado al alto clero de cada uno de los países beligerantes a ponerse al servicio de sus gobiernos, y por ello mismo había debilitado esta fuerza internacional, que es la organización católica. Si se prolongaba el conflicto, ¿no sería el peligro cada vez mayor? Por último, era na-

tural que la cabeza de la Iglesia universal deseara intervenir en la futura conferencia de paz, tanto por razones de prestigio como de principios: afirmar la misión universal del catolicismo. El cansancio que empezaba a manifestarse en los pueblos en lucha permitía suponer que en 1917 los consejos del Pontífice encontrarían una atmósfera más favorable que en

1916. Además, ¿no se acababa de anunciar, en mayo, la reunión en Estocolmo de una conferencia socialista que estudiaría las condiciones para la paz? La Iglesia católica no podía permitir que los socialistas tomaran la delantera. Tales son, por lo que se puede suponer, los móviles que determinan la actuación de Benedicto XV en el verano de 1917.

Antes de emprender ninguna acción, la Santa Sede sabía que la manifestación de sus sentimientos sería bien acogida por los católicos alemanes y austriacos, pues el diputado Erzberger, a instancias del conde Czernin, había pedido la intervención pontificia. Del lado de la Entente, no había, a decir verdad, una disposición semejante. Pero, ¿es una sor-

presa que el papa dé primacía a los intereses de Austria-Hungría, el principal Estado católico de Europa, frente a los de los Estados de la Entente, de los cuales dos estaban fuera de la Iglesia católica y otros dos oficialmente enemistados con el Vaticano?

Benedicto XV comunicó sus intenciones a las potencias centrales, si-

duda porque podía encontrar, al menos en Viena, una acogida favorable a sus proyectos. Nombró a finales de mayo para la nunciatura de Múnich a un prelado con una reputación de diplomático ya demostrada

ordinario Monseñor Pacelli, Secretario de la Congregación de asuntos extranjeros. Al tomar posesión de su cargo, el nuevo Nuncio declaró públicamente:

424

Las gestiones de paz carmen su intención de «trabajar en favor de la pacificación» y se pone manos a la obra sin tardanza. A fines de junio se entrevista con Bethmann Hollweg, con el emperador Guillermo II, por último, con el emperador Carlos. La acogida es alentadora. Pero la crisis política alemana de julio 15 interrumpe las conversaciones. Apenas Michailis toma posesión de la cancillería, el representante de la Santa Sede acude a Berlín. El 24 de julio entrega una nota en la que enumera las condiciones de paz que la diplomacia pontificia está dispuesta a sugerir. ¿Tiene intención el gobierno alemán de dar su opinión? Michailis promete una respuesta; a pesar de la insistencia austrohúngara, se retrasa en enviarla. El Nuncio

1

1 1. ¿buye esta tardanza a la resistencia de los círculos militares y teme que el gobierno alemán tenga pretensiones excesivas bajo presión del gran cuartel general. Entonces, sin esperar la res-

1Puesta de Alemania, la Santa Sede se decide el 14 de agosto a hacer pública la nota que tiene preparada.

El documento, fechado el 1 de agosto, indica cuáles pueden ser en opinión de Benedicto XV las bases de una paz justa y duradera. Que los contendientes se comprometan a reconocer «la fuerza moral del derecho» y que, dentro de este espíritu, admitan en el futuro la idea del arbitraje y la reducción de armamentos, no son más que manifestaciones de principio a las que los gobiernos pueden adherirse sin problemas. Las cláusulas prácticas tienen otra consideración. El papa propone, para no dar ocasión a conflictos, proclamar el principio de libertad de navegación en todos los mares. Sugiere una «renuncia total y recíproca» a las indemnizaciones de guerra, salvo en «ciertos casos» excepcionales. Por último, aconseja, en cuanto a los conflictos territoriales, volver en principio al statu quo ante, con la evacuación recíproca de todos los territorios conquistados. ¿Habrá que dejar de lado las reivindicaciones francesas, italianas o polacas? No. Pero el papa piensa que «las partes en litigio» podrían alcanzar un acuerdo razonable contando «en la medida de lo justo y posible» con las aspiraciones de los pueblos. Añade que Polonia tiene derecho «a la simpatía de las naciones», pero no cita por su nombre a Alsacia-Lorena y a los territorios italianos de Austria-Hungría. En cuanto a Bélgica, debe recobrar «su plena independencia política, militar y económica frente a cualquier potencia». Al tomar una postura ante esta nota, ¿sentirán los gobiernos la responsabilidad que les incumbe «ante Dios y ante los hombres» si prolongan inútilmente la guerra?

1La simple lectura de estas cláusulas muestra hasta qué punto el papa esta día

IsPuesto a tratar con miramientos a las potencias centrales. Hablar de «libertad de navegación» es poner en alerta a Gran Bretaña; aconsejar la «renuncia a las indemnizaciones de guerra» es favorecer a Alemania, que casi no ha sufrido invasiones; querer asegurar la independencia del Bél-

ase P. 411.

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz

gica «frente a cualquier potencia» es caer en la tesis alemana, que reclama garantías contra la influencia preponderante de Gran Bretaña o Francia en Bruselas. La única compensación ofrecida a las potencias de la Entente consiste en una alusión a las «cuestiones» territoriales controvertidas», pero la fórmula pontificia excluye de antemano la idea de una devolución total. Por último, las omisiones mismas de la nota pontificia pueden parecer calculadas: ni se nombra, por ejemplo, a Serbia. ¿No será para dejarle las manos libres a Austria-Hungría? Es lógico, por tanto que la iniciativa del papa se considere en los ambientes políticos de 1914, frente a la tentación inspirada por las potencias centrales. De hecho, Benedicto XV no se había puesto de acuerdo con Berlín ya que no aguardó la respuesta de Micháelis, pero había investigado las intenciones de Alemania y de Austria-Hungría -no así las de la Entente- y había tenido en cuenta ampliamente, en sus sugerencias, el punto de vista alemán.

En efecto, es en Alemania donde la intervención del papa parece en-

contrar al principio la acogida más favorable. En una comunicación oficiosa, que responde con cierto retraso a la nota enviada por el Nuncio el 24 de julio, el gobierno alemán emplea fórmulas que se acercan a las que utiliza la diplomacia pontificia: se pronuncia a favor de la libertad de navegación, del arbitraje y de la limitación de armamento; espera que los conflictos territoriales se solucionen por medio de negociaciones directas entre los Estados interesados. En la cuestión de Bélgica, es cierto

que la Wilhelmstrasse tiene sus reservas: Alemania quiere conservar el territorio belga «en prenda» de la devolución de sus colonias y quiere, además, obtener «garantías» para el futuro. Sin embargo, en conjunto, la nota alemana no es descorazonadora. La respuesta del gobierno ame-

ricano, fechada el 27 de agosto y hecha pública el 29, es lo bastante ambigua como para que no pueda resultar molesta. El presidente Wilson declara que no puede fiarse de la palabra de los «actuales dirigentes de Alemania» a menos que venga apoyada por el «testimonio irrecusable» de la voluntad del pueblo alemán: la restricción final anula la amenaza. Sobre las cuestiones territoriales, la nota de los Estados Unidos guarda silencio -y no es un silencio casual- queda, pues, bastante claro que el gobierno de Washington apenas se interesa por las reivindicaciones terri-

toriales de Francia e Italia.

No obstante, el punto de vista de las potencias de la Entente es el

que la Santa Sede tiene mayor interés en conocer. ¿Van a dar pruebas de su solidaridad Francia, Gran Bretaña e Italia rechazando de entrada» propuesta que, sin asegurarles ninguna ventaja concreta, permitiría a Al-

mania realizar, a expensas de Rusia, ampliaciones territoriales) Ahora bien, el 23 de agosto, el conde de Salis, encargado de los asuntos de Gran Bretaña, llega sólo al Vaticano. Entrega, en forma de nota, el texto de un telegrama que ha recibido de su gobierno; se trata de la respuesta oficiosa del gabinete de Londres a la nota pontificia. Sin descartar de buena a primeras la idea de una mediación, esta nota se limita a destacar que las potencias centrales «más han manifestado de forma clara y oficialalefl-

426 -

Las gestiones de paz

te sus objetivos de guerra: «Incluso en lo concerniente a Bélgica.... nunca hemos tenido conocimiento de una declaración concreta sobre sus intenciones de restablecer su completa independencia y de reparar los daños, que ellas le han causado.»

Esto significa claramente que el gobierno británico otorga a la cuestión belga un interés especial, mientras que no cree necesario aludir a Alsacia-Lorena o al Trentino. Esta actitud de Gran Bretaña, acentuada por la iniciativa de su representante, que hace las gestiones por escrito, abre la diplomacia pontificia nuevos horizontes: el problema belga es, quizá, el punto crucial de la paz. ¿Qué interés pueden tener las reivindicaciones de Francia o Italia desde el momento en que Inglaterra no las hace suyas? Si sobre la cuestión belga la Santa Sede podía poner de acuerdo a Londres y Berlín, ¿no se verían obligados los gobiernos de París y de Roma a aceptar, bajo la amenaza de una retirada inglesa, una paz que no les proporcionaría ninguna satisfacción? La diplomacia pontificia vislum-

bertame bilidad. En todo caso, el gobierno francés la abra c' me esta posición 1 teme: en cuanto se entera de la gestión inglesa, expresa su pesar por no haber sido consultado; muestra su interés por participar en la conversación para proteger a su aliado y quiere, sobre todo, evitar que el asunto belga acabe por convertirse en el único protagonista y sea motivo de disputas. ¿Aún se puede conseguir?

La diplomacia pontificia se apresura. Consciente de que su iniciativa ha adquirido, tras la respuesta de Gran Bretaña, una «consistencia» inesperada, aviva inmediatamente las gestiones. El 30 de agosto, el Nuncio Pacelli transmite al canciller Micháelis una copia de la nota enviada al Vaticano por el conde de Salis; solicita «una declaración concreta sobre las intenciones del gobierno imperial en lo concerniente a la plena independencia de Bélgica» y «una indicación igualmente precisa sobre las garantías de independencia política, económica y militar que pide Alemania». En caso de que la respuesta alemana sea conciliadora, la Santa Sede estima «que se habrá dado un paso importante con vistas a un desarrollo posterior de la negociación». He aquí, pues, la cuestión belga planteada claramente por primera vez. ¿Ha sido la Santa Sede? Aparentemente, sí. Pero, en el fondo, ha sido Gran Bretaña. Al menos la diplomacia alemana puede considerar que ya tiene ahí algo parecido a una «apertura de paz» hecha por el gabinete inglés.

¿Hay que aprovechar la ocasión? Si ofrece sin equívocos la promesa de restablecer la plena independencia de Bélgica, Alemania debe confiar, o bien en que abrirá un camino a la paz general, o bien en que romperá la solidaridad entre las potencias occidentales. El

gobierno imperial no Inenosprecia la importancia de las perspectivas que se le ofrecen, pero duda en abandonar Bélgica, a la<que la mayoría de la opinión pública ve d.elt,nada a la anexión. El ministro de Asuntos Exteriores, Kühlmann, sin cOnipartir estas ilusiones (piensa que el Reich no podrá conservar 'jenipre s, influencia sobre el territorio belga), considera a Bélgica como tilla «garantía» de la que hay que servirse para obtener además unas con~

El equilibrio de fuerzas y las gestiones de paz daciones de paz favorables. Declarar por las buenas que se renuncia a conservar los países ocupados sería «verdaderamente una tontería»; la táctica mejor es la de eludir cualquier promesa. Esta es también la opinión del canciller, pero por otras razones- Michaélis comprate el punto de vista del gran cuartel general. Desea que Bélgica siga ligada a Alemania por una relación económica y militar; está, pues, convencido de que el intento del papa está condenado al fracaso, pero desea «dar largas al asunto» para tratar de que recalga sobre los adversarios la responsabilidad del fracaso. En el Reichstag, por el contrario, la nota pontificia despierta mucho mayor interés: la comisión principal nombra a un comité especial de siete miembros para vigilar el asunto. No obstante, salvo los socialistas, nadie pide al gobierno que envíe a la Santa Sede una declaración concreta. El ministro de Asuntos Exteriores sigue teniendo libertad de acción. ¿Qué piensa hacer? Aunque sólo esté dispuesto a dirigir al papa una res-

puesta insignificante y a evitar cualquier discusión pública sobre la cues-

ción belga, piensa que una negociación secreta y directa con Gran Bretaña se prestaría al regateo. Pero negociación implica concesión. Kühlmann así lo cree. ¿Qué puede, sin embargo, ofrecer si el gran cuartel general mantiene sus pretensiones? Para conseguir «carta blanca», el mi-

nistro de Asuntos Exteriores pide la reunión de un Consejo de la corona.

El 11 de setiembre, en el castillo de Bellevue, el emperador, asistido por el kronprinz, inicia la deliberación que debe fijar la política alemana ante las propuestas de paz. ¿Está autorizado el ministro de Asuntos Ex-

teriores para renunciar, si es preciso, a Bélgica en caso de que este aban-

dono pueda servir de «compensación» en una eventual negociación con

Gran Bretaña? La cuestión se plantea en estos términos en el Consejo. Ludendorff se opone a la retirada total: es preciso que Alemania, al me-

nos, conserve «la posesión de la línea del Mosa, en los alrededores de Lieja». Holtzendorff, portavoz del almirantazgo, reclama la costa flamenca.

Pero, ¿cómo se puede conservar la costa flamenca sin anexionar Bélgica? Guillermo II toma partido: la anexión, dice, sería «una operación arries-

gada, contraria quizá a los verdaderos intereses de Alemania». La diplomacia alemana puede ya prometer el restablecimiento de la situación an~

terior en Bélgica. Sin embargo, no debe renunciar a conseguir «garantías», por ejemplo, «un arreglo sobre Lieja». Pero éstos son, según el emperador, «asuntos germano-belgas» en los que una conferencia de paz

no debe inmiscuirse.

De este modo se termina el Consejo de Bellevue. El resultado no queda claro. Sin duda, por primera vez, el gobierno alemán se muestra aparentemente dispuesto a devolver la independencia a los belgas, puesto

1 1 1 ifica la conque es un medio para conseguir pronto la paz. Pero, ¿qué s gri. 1 dición señalada por el emperador? ¿Se exigirá al gobierno belga una octl-

pación temporal o permanente de la fortaleza de Lieja? Ocupación teffl-

poral, escribe Michaélis al día siguiente; Alemania renunciará a esta.ga' rantía el día en que Bélgica acepte una alianza «económica» con el Relch. Ocupación permanente, replica Hinderiburg: «No puede imaginarme q,»

“Ir

Las gestiones de paz tras el fin de un plazo cualquiera podamos evacuar Lieja.» Es falso, decl
«renunciar» a Bélgica;

j

11

ara, que el Consejo de Bellevue haya decidido, el emperador ha descartado únicamente la anexión de la costa flamenca. Las tendencias anexionistas siguen, pues, afirmándose. ¿Qué independencia tendría Bélgica tras la anexión de Lieja o tras la unión económica?

El ministro de Asuntos Exteriores no ha obtenido, en consecuencia, la autorización que deseaba. ¿Qué puede hacer? La respuesta oficial que dirige al papa no dice ni una palabra de Bélgica; la carta privada que envía al Nuncio el 24 de setiembre se limita, para justificar este silencio, a decir que no se han cumplido «determinadas condiciones previas» (¿es quizá una alusión a las diferencias que separan a los dirigentes alema-

nes?) Al mismo tiempo que rechaza la sugerencia de la Santa Sede, Kühlmann, a decir verdad, intenta, según su programa, entrar en contacto directo con Gran Bretaña. El gobierno español sirve de intermediario. Pero el gobierno inglés informó a sus aliados a principios de octubre. De común acuerdo, las potencias de la Entente piensan que este intento alemán sólo tiene por objeto separar a Gran Bretaña de sus aliados. El gabinete británico se encarga de responder al intermediario español que sólo está dispuesto a estudiar «propuestas» concretas. La maniobra alemana ha fracasado. La sugerencia del papa no seguirá adelante; Benedicto XV nunca llegará a recibir una respuesta oficial de la Entente a su nota del 14 de agosto de 1917.

¿Qué resultados se deducen de este dedalo de intrigas, maniobras y sondeos? Austria-Hungría deseaba la paz; para asegurarla, hubiera cedido sin duda el Trentino de lengua italiana, quizá a cambio de una compensación colonial; hubiera renunciado a cualquier ampliación a expensas de Servia (Carlos I todavía se lo aseguraba al papa el 4 de octubre). El emperador y el conde Czernin presionaban a Alemania para que también ella hiciese sacrificios en su política occidental: restablecer la independencia belga y renunciar a Alsacia-Lorena. Estos sacrificios hallarían su compensación en el Este: durante todo el verano de 1917 no se nombra nunca a Rusia en las propuestas de paz que las potencias centrales envían a Francia y Gran Bretaña. Pero la anexión de territorios rusos es el leit-motiv de las entrevistas austro-alemanas. Esta paz, que hubiese asegurado a Alemania y a Austria-Hungría una auténtica victoria, ¿sería aceptada por la Entente, y las potencias occidentales sacrificarían al aliado ruso? En realidad ni Francia, ni Gran Bretaña, ni Italia tuvieron que plantearse la cuestión. Alemania, en efecto, no se resignaba a abandonar su programa de anexiones en el Oeste. Para Gran Bretaña, la vuelta a la situación anterior de Bélgica era un «objetivo de guerra» esencial; ahora bien, los jefes de la política alemana no admitían en el fondo la independencia belga. Para Francia la devolución de Alsacia-Lorena seguía siendo la reivindicación fundamental, pero los dirigentes alemanes no la habían previsto en ningún momento: cuando pensaban, todo lo más, en una «rectificación de fronteras», confiaban plenamente en conseguir a cambio la cuenca de minas de hierro de la Lorena francesa. Briey era un

«objetivo de guerra» de Alemania -Hindenburg se lo recordó a MI,ha@- lis el 14 de setiembre- al mismo nivel que Lituania o Curlandia. Estos planes bastaban para: desalentar cualquier tentativa de paz.

lir

CANTULO 111

430

L,4 RUPTURA DEL EQUILIBRIO (octubre 1917-marzo 1918) En el transcurso de; mes de octubre de 1917 las intenciones aparentes de los contendientes cambian. Después de] verano, durante el cual la posibilidad de paz ha sido el tema central de las propuestas públicas y de los sondecs secretos, los gobiernos vuelven a afirmar formalmente su voluntad de continuar el esfuerzo hasta la victoria. Para disipar los temores a los que pudo dar lugar con su actitud ante la oferta de paz pontificia, el gobierno inglés accede por primera vez a pronunciarse claramente a favorde la reivindicación francesa: Gran Bretaña está decidida, dice Lloyd George el 11 de octubre, «por mucho que dure la guerra», a apoyar a Francia hasta que «haya liberado a sus hijos oprimidos de] yugo envilecedor extranjero». La solidaridad de Alemania y Austria-Hungría, COMprometida por la insistencia de] gobierno de Viena en recomendar una paz rápida y en aconsejar la cesión de Alsacia-Lorena se restablece oficialmente. Cuando el 9 de octubre, en el Reichstag, Kühlmann declara que Alemania nunca hará «concesiones de ningún tipo en Alsacia-Lorena» -«¡no! ¡más!-, el con

de Czernin se hace eco de sus palabras: «Lucharnos por Alsacia-Lorena como Alemania lo hace por Trieste. » En la trib.una del Parlamento francés el ministro de Asuntos Exteriores, Ribot'simula alezrarse con las declaraciones austro-alemanas: «No puede haber nada máspeligroso que esta indecisión, esta incertidumbre que la Política alemanese empena en crear y fomentar para poder decir a sus soldados y a toclos vosotros: ¡la paz está en manos del gobierno francés y, si la desea, la puede conseguir! Pues bien, n .

Lo que está Jaro es qu i o' Ahora todo está claro. » gué se debe este g e Austria- Hungría recupera la esperanza. ¿A

giro? Las perspectivas del futuro más inmediato lo aclaran' 01 gobierno austro-húngaro cuenta ahora con una próxima victoria Sobre Italia y encuentra en la situación rusa nuevas razones para confiar en una paz segura. Estas esperanzas se van a colmar en el otoño de 1917.

431

La ruptura del equilibrio (octubre 1917~marzo 1918)
1. LA DERROTA ITALIANA. CAPORETTO

Para Austria-Hungría, que con la ocupación de Serbia había convertido a Italia en el principal enemigo; era, además, en los círculos oficiales de Viena, el centro del odio y del desprecio. El emperador Carlos compartía respecto a Italia los sentimientos que siempre habían mostrado los militares, y sobre todo Conrad von Hötendorf: rencor hacia el antiguo aliado que había cambiado de bando y mala opinión acerca de los genios militares italianos. «Estos individuos», decía el príncipe Sixto, «ni siquiera saben apuñalar por la espalda». Previamente, en el momento de las negociaciones secretas con el Entente, había dicho que tenía reservada «una ofensa a bien preparada» sobre el frente italiano en caso de fracasar su intento. Ahora bien, ¿no fue acaso la política italiana la que puso obstáculos a las conversaciones iniciadas con Francia y Gran Bretaña? El rencor del emperador aumentó por ello.

El ejército austro-húngaro apenas era capaz de llevar a cabo solo esta ofensiva en el frente italiano: al no tener la superioridad numérica, necesitaba, como en la batalla de Galitzia en 1915, el apoyo de divisiones alemanas en la zona del frente en que se produciría el ataque decisivo. El mando alemán, requerido ya en muchas ocasiones, había rechazado hasta entonces su participación en una operación que, a su entender, era secundaria. Y ahora acepta. El 1 de setiembre de 1917 Hindenburg y Ludendorff se declaran dispuestos a colaborar en una acción contra Italia. No es que sus concepciones estratégicas hayan cambiado, sino que se toma en cuenta la situación política: los círculos dirigentes alemanes se han sentido preocupados por los intentos de Austria-Hungría para entrar en contacto con el Entente. Desean proporcionarle una satisfacción para animarla a continuar la guerra; piensa, por último, que el gobierno de Viena, tras una victoria sobre Italia, ya no podrá tomar la decisión de hacer sacrificios territoriales indispensables para la culminación de una paz separada. Ofrecer al ejército austro-húngaro este apoyo significa consolidar la alianza. ¿Es consciente el emperador Carlos de que al aceptar la colaboración alemana en esta batalla enajena su libertad de acción?

1 Obras de consulta.- Desde la perspectiva italiana, véase general Capello: *Per la verità* (Milán, 1920, in-16), respuesta del comandante del 2º ejército a las críticas de que fue objeto; mariscal Giardino, *Rievocazioni e riflessioni di guerra* (Milán, 1929, in-S'), general Belicivenga, *La sorpresa strategica di Caporetto* (Roma, 1932, in-S'); coronel Gatti, *Caporetto. Dal diario di guerra inedito* (Bologna, 1964, in-S'); A. Monticone, *La Battaglia di Caporetto* (Roma, 1955, in-8')- Desde la perspectiva austro-alemana: Krauss, *Das Vordringen von Karfreit* (Munich, 1926, in-S'); general Krafft von Dellmensingen, *Der Durchbruch auf Isonzo* (Oldenburg, 1926-1928, 2 vol., in-S'), de la colección «Schiachten des Weltkrieges», edit. por el Reichsarchiv). La obra del coronel Conquet, *La bataille de Caporetto, le cadre des opérations du front italien* (Paris, 1937, in-S'), es interesante. Véase también Falls, *Caporetto 1917* (Londres, 1964, in-S')- Sobre las repercusiones morales de la batalla, G. Prezzolini, *Vittorio Veneto* (Roma, 1925, in-12).

2 Véase p. 417.

432

La derrota italiana: Caporetto Ciertamente, se da perfecta cuenta (incluso se lo escribe a Guillermo 11) de que la intervención de las tropas alemanas en el frente italiano puede, atraer allí algunas divisiones francesas e Inglesas; percibe en esta posibilidad «un nuevo obstáculo para la p

az»; pero sus generales le exponen que, si su ejército no recupera la iniciativa en las operaciones, el frente, muy desgastado tras la undécima batalla del Isonzo, sólo podrá sostenerse a duras penas. Y además su resentimiento contra Italia le arrastra a ello.

De común acuerdo el estado mayor alemán y el austro-húngaro empiezan a preparar la gran ofensiva. El plan se ultima a principios de setiembre. Con un decidido ataque en el frente montañoso del Isonzo parece posible romper las líneas italianas; avanzando hacia Udine, las tropas austro-alemanas obligarían al enemigo a una retirada general y podrían reanudar en las llanuras venecianas la guerra de movimiento. Ludendorff promete siete divisiones que, unidas a las seis divisiones austro-húngaras, formarán el grupo de choque bajo el mando de un general alemán, Otto von Below. La concentración de las tropas de ataque que se efectúa en la región de Tolmino, mientras un grupo secundario, a las órdenes del general austriaco Krauss, se reúne ante Flitsch. Ni la ofensiva inglesa de Flandes, ni la de la Malmaison

llevan al mando alemán a detener estos preparativos. La tarea de los agresores se presenta ardua: enfrente de la cabeza de puente de Tolmino, el valle, encajonado entre unas paredes rocosas de 1.200 a 1.800 metros, forma una especie de «bañera gigante», cerrada al fondo por los escarpes de Stol-Rüben en cuyas cue-

vas. Hasta ahora nadie ha conseguido aún romper el frente occidental. ¿Podrá lograrse en el frente italiano?

El ejército italiano aguarda el ataque. A pesar de las medidas tomadas por el estado mayor austro-húngaro para engañar al adversario, su atención se atrayó

ión hacia el frente del Tiro], los preparativos que se efectuaban en el frente del Ison, o no pasaron desapercibidos al gran cuartel general. Además nos días antes de la fecha fijada para la batalla, dos oficiales de la reserva pertenecientes al ejército austro-húngaro -uno de ellos era rumano de Transilvania; el otro, checo- atravesaron las líneas delante de Tolmino y anunciaron la inminente ofensiva, indicando la fecha y precisando 11 lugares. El general Cadorna había preparado un plan defensivo --

in situ. Contrariamente a la opinión del general Capello, comandante del 2.º ejército, que ocupaba el frente donde se iba a producir la batalla el comandante en jefe contaba ante todo con la potencia del fuego de artillería para frenar el ataque nada más presentarse a todo intento de maniobra. Pero no se había dado cuenta de que había verificado la solución en sus posiciones: en el sector de Toimino las trincheras italianas

1. Inicialmente. No había comprobado el estado de la artillería, y la falta de los enlaces entre la infantería y la

momento del asalto. Por último, y sobre todo, la moral de los soldados

los soldados
3. Véase P. 398

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918) era preocupante. Desde el mes de junio Cadorna había advertido al gobierno acerca de «los síntomas de un ánimo creciente de revolución en-

tre las tropas». El 24 de setiembre, en el Consejo de ministros, se queja de que el ministro del Interior no haya hecho nada por remediar este desorden. «Civiles» y militares se acusan mutuamente.

El ataque, fijado en principio para el 22 de octubre de 1917, pero aplazado a causa del mal tiempo, se inicia el 24. En las alturas, donde la nieve ha caído durante los días precedentes, los austro-alemanes se estan-

can, las columnas de asalto avanzan en los valles. Ya en la primera tarde se ganan los puntos clave de la posición italiana: Matajur, por las tropas alemanas; Stol-Rücken, por los batallones austriacos. En veinticuatro horas queda abierta la brecha: es la victoria de Caporetto. El día 27 los austro-alemanes atraviesan la región montañosa, desembocan en la llanura y entran en Cividale. Al otro lado reina el desconcierto. Todas las tropas italianas del frente del Isonzo han recibido la orden de instalarse, en

«avances sucesivos», sobre la línea del Tagliamento. Pero, en el 2.º ejército, la retirada, a pesar del espíritu de sacrificio de las divisiones de ca-

ballería que componen la retaguardia, con toda su artillería y el material de avituallamiento, caen en manos enemigas. La destrucción del ejército provoca el desconcierto moral. La tropa ya no obedece a sus oficiales

que, a veces, son los primeros en abandonar el puesto. Los desertores llegan por decenas de miles a los Abruzzos. El 2.º ejército italiano está prácticamente aniquilado.

Después de semejante desastre, ¿será posible restablecer un frente defensivo detrás del Tagliamento? Las vanguardias austro-alemanas, que han ocupado Udine el día 28, se apresuran hacia el río para apoderarse de los puentes de Latisana y Codroipo. El 3.º ejército italiano completo en-

cabezado por el duque de Aosta, corre el peligro de encontrarse cortada la línea de retirada. Se libra, sin embargo, gracias a un falso movimiento de las tropas de persecución y a un error del mando austro-húngaro; pero abandona al enemigo una parte de sus efectivos. A partir del 2 de noviembre la línea del Tagliamento queda rota. Ahora las tropas italianas retroceden sobre el Piave. El peligro que corren sigue siendo alarmante. Sin duda, la persecución frontal empieza a reducirse por falta de caballería y de unidades ciclistas. Pero el mando austro-húngaro puede extender la ofensiva al frente del Tirolo: un ataque del grupo de ejércitos Conrad von Hötzendorff en dirección a Asiago y al monte Grappa amenazaría el flanco del ejército en retirada y le impediría situarse en su posición de repliegue. El gran cuartel general austro-húngaro decide, en

efecto, la maniobra, pero demasiado tarde. Cuando Conrad, tras recibir por fin los refuerzos necesarios, está listo para lanzar el ataque el 10 de noviembre, las divisiones italianas han tenido tiempo de situarse en el frente del Piave. En ese momento la persecución se detiene: a ambos lados del río, italianos y austro-alemanes quedan frente a frente; el obstáculo parece infranqueable. El mando austro-alemán inventa, sin embargo, un último esfuerzo en el ala norte, del 16 al 25 de noviembre; logra

- 434 -

La derrota italiana: Caporetto

tornar Asiago, pero en vano lanzará un ataque tras otro contra el monte Grappa: este enclave decisivo del frente italiano permanece firme. El 26 de noviembre los asaltantes están agotados. La gran operación ha con-

cluido. Los ataques que todavía tendrán lugar a lo largo de diciembre no

serán más que acciones parciales y limitadas.

El balance es abrumador. El ejército italiano ha dejado en manos del enemigo un amplio territorio; ha perdido en un mes 293.000 prisioneros, más de 3.000 cañones (casi la mitad de su artillería), más de 300.000 fusiles, la mayor parte de sus existencias en ropas y víveres, 73.000 caballos y mulos y 2.500 automóviles. Sin embargo, el ejército no está aplastado. En los primeros días de la retirada, el mando tenía razones para temer un desastre aún mayor: en el ala derecha, la capitulación del 3.º ejército completo en

campo raso y en el ala izquierda, la amenaza sobre sus líneas de comunicación. Ha logrado escapar del mayor peligro y ha conseguido formar un nuevo frente. La victoria austro-alemana, tras algunos éxitos asombrosos, no ha podido alcanzar un resultado decisivo.

Italia sigue en la guerra después de haber sufrido esta sacudida tan terrible. Pero, ¿en que estado? El ejército, agotado por las pérdidas su-

fridas y privado de una parte de sus medios de combate, es incapaz durante seis meses de emprender cualquier acción de cierta envergadura. Durante el período de reorganización -a la espera de reconstruir sus mandos, incorporar los refuerzos y ordenar las grandes unidades- apenas puede mantener el frente defensivo. Aún peor es la situación moral de las tropas: si han sufrido una derrota semejante, es porque una parte de ella no ha mantenido su sentido del deber, la voluntad de luchar ni

la confianza en sus jefes. Durante estas semanas de combate, las pérdidas humanas apenas alcanzan los 10.000 hombres. Las deserciones masivas

y las manifestaciones pacifistas son las que dan la medida de esta crisis moral. Por lo tanto, Caporetto no es sólo una derrota militar; es el síntoma del desconcierto general, el signo de la falta de energía nacional, in-

cluso entre las clases dirigentes.

Pero la gravedad misma del mal es beneficiosa porque, ante la inminencia de un peligro que amenaza el futuro del país, va a afianzarse el movimiento de reacción. Nada más llegar la primera noticia de la ruptura del frente, el Parlamento, donde era tan evidente la influencia de los 910littianos, de los «neutralistas» y de todos los que, públicamente o no, habían entrado en la guerra, recobra su equilibrio. Los partidos hacen una tregua en sus disputas; el ministerio se remodela sobre la base de la unión nacional. El nuevo gobierno hace un esfuerzo para anular el sentimiento popular y devolver la confianza al país. El espectáculo del desastre es un estímulo para la opinión pública. Giolitti afirma «u «fe en el destino de la patria», y el jefe del partido socialista pide «al proletariado» que resista a la invasión.- «Nunca se hablará lo bastante», escribe un historiador italiano, «del beneficio que Caporetto ha proporcionado a Italia. Parece haber restituido al país la cordura, la moderación, la humildad, la voluntad firme, la concordia, el sentido de la pre-

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

cisión, la conciencia exigente de sus propios actos... De repente, todo,, después de Caporetto, sintieron que algo había cambiado en Italia». La nación italiana inmediatamente después de la derrota se repliega sobre sí misma; inicia un «examen de conciencia y de autocrítica». Saldrá fortalecida de este período de reflexión. Pero, por el momento, se ve reducida a un papel pasivo.

Para el equilibrio general, el acontecimiento es importante. Las potencias centrales recuperan fuerzas; han vuelto a encontrar los éxitos que sus ejércitos habían olvidado desde la ofensiva contra Rumania en 1916. Las relaciones austro-alemanas se consolidan: Austria-Hungría ya no habla de abandonar la partida; el emperador Carlos hace saber al papa que ya no piensa ofrecer la menor concesión territorial a Italia; se abandonan los proyectos de reforma política que habían sido estudiados en Vie-

na a lo largo del verano para dar una satisfacción parcial a las minorías nacionales. En suma, la oleada de pesimismo está en retroceso. La inca-

pacidad militar, a la que se ven reducidos los italianos durante varios me-

ses, permite finalmente al gran cuartel general alemán llevar su esfuerzo hasta donde bucriarriente desee, sin la preocupación de tener que prestar ayuda al aliado austro-húngaro. Alemania recobra una libertad de espíritu que no había tenido desde hacía mucho tiempo.

La Entente, sin embargo, no se desanima. En cuanto llega la noticia

del desastre, Francia y Gran Bretaña ofrecen su ayuda a Italia. Algunas divisiones francesas e inglesas -nunca serán más de doce- se ponen en camino, a toda prisa, a las órdenes de Foch. Llegan al final de su viaje en el momento en que el frente italiano estaba tomando posiciones de-

trás del Piave; por tanto, su intervención no ha frenado la persecución de los austro-alemanes, pero su presencia ságué siendo necesaria para apoyar el nuevo frente. Esta colaboración de los anglos-franceses quizá, más tarde, hiera el amor propio de los italianos; sin embargo, en el momento en que se produce consolida la alianza: en adelante se producirá una so-

lidaridad de hecho entre los ejércitos de la coalición como nunca había ocurrido desde el inicio de la guerra.

Al retirar del frente de Francia estas divisiones, el estado mayor francés y el inglés debilitan sus medios de defensa. Ahora bien, en ese Pre'

ciso instante, la retirada rusa va a abrir al ejército alemán nuevas posibilidades en el frente occidental.

II. LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE Y LA RETIRADA RUSA

4

Tras la interrupción de la «ofensiva Kerenski», el ejército ruso bía renunciado a cualquier iniciativa. Devastado por las deserciones Y agita,

por

b, c

«Obras de consulta.- Sobre la revolución, los compendios de documentos P11 llyo 1

S. Oldenbur---g, La révolution bolcheviste (París, 1928, in-8'), así como Po' J' Bc

La revolución bolchevique y la retirada rusa

do por la propaganda de las potencias centrales, le constaba mucho esfuerzo mantener el frente; los elementos «sanos» debían mantener en el sector que ocupaban una actitud vigilante: temían constantemente el desfallecimiento de las tropas cercanas. El mando no podía hacer otra cosa

sino constatar su impotencia. A decir verdad, este ejército apenas prestaba atención al enemigo; generales, oficiales y soldados dirigían su mirada hacia el interior del país. Los mandos estaban en parte desorganizados por la retirada de los que no podían verse tentados a utilizarles con-

tra un gobierno debilitado l- los campesinos, que componían la tropa, deseaban regresar a sus hogares antes del reparto de tierras para asegurarse su parte. Ante la transformación política y social que se operaba en el país, en la que se jugaba el por-venir del individuo, la noción de interés nacional tendía a desaparecer, salvo entre unos pocos. Absorta por las preocupaciones inmediatas de la

reorganización, Rusia, considerada en su conjunto, olvidaba la guerra. La evolución de la crisis interior mandaba y dominaba sobre la política exterior.

El acontecimiento que decide la suerte de Rusia es la toma del poder por los socialistas extremistas: los bolcheviques.

El día en que Lenin volvió a Rusia y tomó en sus manos la dirección efectiva del movimiento, el programa bolchevique quedó fijado. La guerra, decía Lenin, no ha tenido otro origen ni otra meta que la de servir a los intereses capitalistas; el pueblo no tiene ningún interés en continuarla. El gobierno debe conseguir la paz para dedicar todos sus es-

H. Fisher, *The Bolshevik revolution, 1917-1918. Documents* (Londres, 1937, m-S'), y los *Procès-verbaux du Comité central du parti ouvrier social-démocrate russe, août 1917-février 1918* (París, 1964, in-8'; trad. del ruso), resultan muy valiosos. Ver además Kerenski, *La révolution russe, 1917* (París, 1928, in-S') y, del mismo, *The Kerensky Memoirs. Russia and history's turning points* (Londres, 1965, in-8'); Trotski, *Istoria rossijskoi revoliutsii* (Berlín, 1933, 2 vol., in-16); Ed. Carr, *A history of Soviet Russia: the bolshevik- Revolution, 1917-1923* (Londres, 1953, in-S'; el tomo II); R. Pipes, *The formation of Soviet Union, 1917-1923* (Cambridge, Estados Unidos, 1954); A. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks. The intellectual and political history of the Triumph of Communism in Russia* (Londres, 1966, in-S'); y las obras ya citadas en p. 393. Las publicaciones hechas en Rusia soviética son muy numerosas. La más importante sin duda, es *Velikaja Oktiabr'skaja socialistskaja revoliucija - Kronika i biografi* [La gran Revolución de Octubre - Crónica de los acontecimientos] (Moscu, 1957, 4 vol., in-81)--- Sobre las negociaciones de Brest-Litovsk, *Brest-Litovskaia konferentsiia. Zasedaniia ekonomicheskoi i pravovoi komissii* (Moscu, 1923, in-S'), y *Mirnyé peregovory v Brest-Litovské* (Moscu, 1920, in-So). Véase también los testimonios de Hoffman, Ludendorff C

1 Lenin, Hellferich, Kühlmann, ya citados, pp. 190-191 y 367-368 y por parte rusa, 'rostki, *De la révolution d'octobre á la paix de Brest* (París, 1925, in-8'), así como Trotsky, *La paz de Brest-Litovsk*, id. por J. Meijer (La Haya, 1964, in-81); Fokké, «Na scien i za koulissam brestskoi "aO'-m, i dii do; d...», en *Arkhiv rossijskoi revoliutsii*, año 1930, pp. 5-207; por último, los recuer-

de Noulens, *Mon ambassade en Russie soviétique* (París, 1934, 2 vol., in-12), y J. Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique* (París, 1919, in-8'), cartas dirigidas a Albert Thomas. La obra de Wheeler-Bermett, *Brest-Litovsk, the forgotten peace* (Londres, 1938, in-8) es interesante. Véase también J. Deutscher, *The Prophet armed: Trotsky, 1879-1921* (New York, de F. ... -- Las negociaciones con Ucrania han sido estudiadas en un importante artículo PP.32]Borschak, «L

st4d-62... a paix ukraine de Brest-Litovsk», en *le Monde slave*, año 1929,

y y 199-225. Véase también J. S. Reshetar, *The Ukrainian Revolution, 1917-1920*.

of `n4tio,alis- (Princeton, 1952, in-8').

436

437 -

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

1 1 1 1 fuerzas a la reorganización política y social. Esta es su principal obligación. A la consigna de paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra se sumaban las perspectivas que el bolchevismo ofrecía a la clase campesina: la inmediata reforma agraria. Para conseguirla, la condición prev' era darle el poder a los soviets, órganos de los obreros, de los soldados, de los campesinos, en lugar de formar una asamblea constituyente, portavoz de todos los elementos de la nación. La revolución política se ofrecía, pues abiertamente como medio de conseguir la paz y el reparto de tierras, es decir, el medio de satisfacer las profundas aspiraciones de la masa. Este programa se oponía punto por punto al del gobierno provisional: el príncipe Lvov, jefe del gobierno, y el ministro de la Guerra, Kerenski, cuya influencia dominaba tras la crisis de mayo de 1917, estaban de acuerdo en dejar en manos de una asamblea constituyente la tarea de organizar la república y de regular la cuestión agraria. Se mostraban decididamente contrarios a una paz separada. Pero los acontecimientos que se habían desarrollado entre junio y octubre de 1917, habían marcado el inicio del decaimiento progresivo del gobierno provisional,

El 17 de julio, momento en que el general Brussilov acababa de lanzar la última ofensiva del ejército ruso, los bolcheviques intentaron tomar Petrogrado; habían arrastrado a varias unidades de la guarnición. El gobierno fue salvado por los cosacos y Lenin se vio obligado a huir a Finlandia para evitar el arresto. Conjurada la crisis, el gobierno provisional se remodeló: el príncipe Lvov dejó la presidencia a Kerenski. La autoridad del nuevo ministerio quedó comprometida casi al momento por un conflicto con el generalísimo Kornilov. El comandante en jefe había protestado por el método de « democratización del ejército », que arruinaba la disciplina. Destituido el 9 de setiembre, intentó un golpe de estado, dirigió un ultimátum al gobierno para exigir una reforma militar, y marchó sobre Petrogrado a la cabeza de la caballería. El intento fracasó gracias al apoyo que, por una hora, prestaron los bolcheviques a los socialistas. Pero los miembros demócrata-constitucionales del gobierno habían dimitido, y Kerenski, el 8 de octubre, formó un nuevo equipo en el que los socialistas no bolcheviques tenían la preponderancia.

Si bien Kerenski consiguió resistir, en un período de pocas semanas, a una sublevación de extrema izquierda y después a una sedición militar alentada por la oposición de derechas, la situación en octubre era más precaria que nunca. El temor al mañana paralizaba la actividad en las ciudades; la crisis económica, agravada por la depreciación de la moneda, desalentaba a la burguesía; y, además, las dificultades de abastecimiento provocaban el descontento de los obreros. La mayoría en el soviet de Petrogrado pasa a los bolcheviques. En el campo, la propaganda bolchevique empezaba a dar sus frutos y el problema agrario provocaba desórdenes que el gobierno se veía incapaz de reprimir. El ejército « se descomponía »: varios generales sospechosos de haber pactado con Kornilov fueron asesinados por sus hombres; en todas partes la tropa desconfiaba de sus oficiales. Kerenski era plenamente consciente de su debilidad

- 438 -

viene y la retirada rusa; veía cómo los elementos moderados se despreocupaban de la suerte de un gobierno al que consideraban incapaz; sentía cómo la anarquía aumentaba en torno suyo, ¿podría seguir dominando la situación hasta la elección de la asamblea constituyente que había fijado para el 6 de diciembre? Para tratar de ofrecer al gobierno un punto de apoyo en la opinión

pública, convocó el 20 de octubre al « Consejo provisional » de la República, que debía incluir a los representantes de todos los partidos, y también a los de las organizaciones sindicales, de las cooperativas y de los zemstvos.

Los jefes del movimiento bolchevique estiman entonces que ha llegado su momento; se niegan a colaborar en el « pre-Parlamento » de Kerenski y anuncian la convocatoria para el 8 de noviembre de un congreso de soviets. El 23 de octubre de 1917 Lenin, que había regresado en secreto a Petrogrado, reúne al Comité Central del partido. « El momento decisivo está cerca », dice; no es necesario esperar a que se convoque la asamblea constituyente, « que evidentemente no estará con nosotros ». La situación política es favorable a un levantamiento, pues las masas se muestran indiferentes ante la suerte del gobierno provisional. Lenin ya tiene trazado un plan de levantamiento en su libro El Estado y la revolución, que ha terminado de escribir durante su retiro en Finlandia: quiere romper por medio de una insurrección armada la antigua « maquinaria del Estado », desembarazarse del « parlamentarismo burgués », instaurar la « dictadura del proletariado », hasta que la sociedad capitalista quede transformada en sociedad comunista. El país no puede contar con los solda-

do; con los campesinos si les ofrece el reparto de tierras « inmediatamente ». En Moscú, en Petrogrado, « no hay nadie que se nos enfrente ». El gobierno, insiste, no puede hacer nada. « La victoria

es segura, y existe un noventa por ciento de posibilidades de lograrla sin derramamiento de sangre ». A pesar de la oposición

de Zinoviev y de Kamenev, que temen ligarse prematuramente el futuro del partido y de la revolución, la mayoría del Comité Central - Dzierzinski, Sverdlóv, Stalin, Trotski, entre otros - se pronuncia a favor de la insurrección. Se suceden los preparativos para el gran día: el 1 de noviembre, en un artículo que titula Carta a los camaradas, Lenin lanza un llamamiento al golpe de Estado.

El gobierno provisional delibera. Aunque Kerenski haya anunciado en el pre-Parlamento el 26 de octubre que cualquier llamamiento a la violencia encontraría

r «una res a a viola istencia adecuada», aunque el comandante de guarnición de Ntrogrado haya declarado Que sabrá das más lA

uras de represión», algunos colaboradores del ornar «las medi~ no Ocultan su preocupac primer ministro

lón. El ministro de la Guerra, el general Verk- 101ski, „e, el 2 de noviembre, que sólo el anuncio de una paz cercana Puede 1

conjurar el peligro interior: dejaría a la propaganda bolchevsin sus niedios de act ‘ - ique ‘Os leales que reprimi2cion y permitiría retirar del frente a los regimiendadera situ rian los desórdenes. Explicando a los aliados la ver-

ación de Rusia, ¿sería posible conseguir que desligaran al go-

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

bierno provisional de sus promesas y que autorizasen la paz por separado? Si Francia y Gran Bretaña se niegan a ello, la república rusa seguirá en guerra y «se someterá a su destino». El gobierno no rechaza el estudio de esta sugerencia: cree poder resistir a los bolcheviques sin hacer renunciaciones en su programa.

El conflicto, ahora, es inminente. El 3 de noviembre la guarnición de Petrogrado aprueba una resolución por la que promete dar su apoyo «hasta el último hombre» al congreso de los soviets. El día 5, el gobierno, para hacer frente a esta retirada manda llamar a la capital a los alumnos de las escuelas militares y hace volver del frente a los regimientos de caballería. El día 6 manda clausurar las imprentas de los periódicos bolcheviques y decide entablar acciones judiciales contra los miembros del comité bolchevique de la guarnición. El soviets replica dando a los regimientos la orden de prepararse para el combate; ordena situar las ametralladoras alrededor del Instituto Smolny, donde ha establecido su sede: todas las órdenes se envían por teléfono, en un lenguaje claro. Durante la jornada, Kerenski declara al pre-Parlamento que es necesario «liquidar» el intento de insurrección bolchevique «de forma inmediata, decisiva y definitiva». La mayoría le aclama, pero, poco después, aprueba una orden del día que exige la devolución de la tierra a los campesinos y la paz rápida; esto significa desautorizar en parte a Kerenski, que desea dimitir. Esa misma tarde Lenin lanza la orden de actuar: «El gobier-

no se tambalea; hay que acabar con él cueste lo que cueste... Hay que liquidarlo a toda costa esta tarde, esta misma noche».

En la noche del 6 al 7 de noviembre (25 de octubre según los rusos) los destacamentos bolcheviques de la guarnición se apoderan de los «puntos estratégicos»: estaciones, centrales telefónicas y telegráficas, centrales eléctricas. El crucero Aurora remonta el Neva y amenaza con sus cañones el Palacio de invierno, sede del gobierno. Ninguna resistencia. Los tres regimientos de cosacos que habían salvado la situación durante la in-

surrección del 17 de julio, se niegan a moverse. Para defender el Palacio de invierno, la única tropa leal que queda es la formada por los alumnos de las escuelas militares. No ha llegado aún la caballería que se ha mandado venir del frente. «Da la impresión», dice un oficial, «de que el gobierno provisional se encuentra en la capital de un país enemigo el cual ha terminado la movilización, pero todavía no ha empezado la lucha». Kerenski no ve otra salida que ir él en persona al encuentro de los r-

fuerzas que deben, en su opinión, encontrarse en las afueras. Abandona el Palacio de invierno en automóvil, logra escapar de las patrullas bolcheviques y llega a Gatchina: allí no encuentra tropa alguna. En el cuar-

tel general del grupo de ejércitos del Norte, en Pskov, adonde llega de noche, se entera de que el general Tcheremissov, comandante del frente, ha anulado el envío de tropas a Petrogrado porque no quiere sostener «un gobierno que «está condenado». Mientras, al mediodía, en la noche de Petrogrado, se da por segura la caída del gobierno provisional. Lo-

defensores del Palacio de invierno se rinden durante la noche. El Corl-

- 440 -

1 El congreso de los soviets, que acaba de iniciar la sesión, otorga el poder a un «Consejo de salvación pública» que Lenin es presidente. La «Re-

Sólo entonces se organiza la resistencia. Kerenski logra el apoyo del general Kravassnov, comandante de un cuerpo de caballería de cosacos. En

mañana del 9 de noviembre se halla en Gatchina, a cuarenta y cinco kilómetros de la capital; con unos cuantos centenares de hombres marcha sobre Tsarskoié-Sélo, y envía algunos aviones para lanzar proclamas en las que anuncia su contraofensiva. En Petrogrado el municipio forma un «comité de salvación pública» que intenta agrupar a los adversarios de los bolcheviques: «No admitáis en el poder a los usurpadores... Levantaos en defensa de la patria y de la revolución». Los alumnos de las escuelas militares vuelven a tomar las armas y arrebatan a los bolcheviques la central telefónica.

Pero la masa de la población se muestra indiferente y, sobre todo, el ejército permanece pasivo. Desde su cuartel general en Pskov el general Tcheremissov proclama su neutralidad: «La lucha política que se desarrolla en Petrogrado no debe afectar al ejército». Desde el gran cuartel general, el comandante en Jefe Doukhonine advierte a Kerenski que los regimientos del frente no manifiestan «el deseo de apoyar al

gobierno contra la empresa bolchevique». Los empleados de los ferrocarriles interrumpen el transporte de las pocas unidades que quieren tomar parte en la contraofensiva y amenazan con declarar la huelga general si las hostilidades iniciadas contra Petrogrado no se interrumpen. Los bolcheviques están ahora tan seguros de su victoria que rechazan cualquier compromiso. El día 14 los cosacos abandonan la lucha bajo promesa de que no sufrirán represalias. Para evitar ser entregado a sus adversarios, Kerenski huye disfrazado. El golpe de Estado bolchevique ha triunfado. El gobierno de los Comisarios del pueblo está formado, pero tiene sólo una autoridad precaria: el campo ¿lo seguirá? El nuevo poder, para consolidar su situación, se apresura en anunciar la ejecución de su programa político y social, que va a lograr -así lo espera atraerle la simpatía o, al menos, la neutralidad de la masa rural. El nuevo poder lanza los grandes decretos orgánicos. No sólo las tierras del Estado, de los monasterios y de la Iglesia, 11,10 también las de los propietarios ricos «quedan a disposición de los Comités agrarios cantonales y de los soviets de los diputados del campo», afirma el decreto del 9 de noviembre. El decreto del 14 de noviembre otorga a los obreros el control de las fábricas: simple fórmula de principio, Pues la clase obrera no es todavía capaz de dirigir la producción. El decreto sobre las nacionalidades (15 de noviembre) concede a los pueblos de Rusia el derecho a disponer libremente de su futuro e incluso el todo separarse de Rusia para formar Estados independientes. Pero, sobre

El gobierno anuncia la paz: «El gobierno obrero y campesino... propondrá a todos los pueblos en conflicto y a sus gobiernos que empiecen a mediar, entre sí

en las conversaciones con vistas a una paz justa y democrática-

La ruptura de equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

tica», es decir, a una paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Esta paz que propone la nueva Rusia, ¿será entonces una paz general? En principio, sí. No obstante, si las potencias occidentales no quieren adherirse a la iniciativa rusa, el gobierno de los soviets está completamente decidido a actuar en solitario, a firmar una paz por separado. El éxito de los bolcheviques anticipa esta retirada.

El 21 de noviembre, tan pronto como dispersa a las tropas de Kerenski y obliga al antiguo jefe del gobierno provisional a huir a la Rusia meridional, el Consejo de los Comisarios del pueblo decide entablar las conversaciones para el armisticio. Pone al tanto de su propósito a los representantes diplomáticos de las potencias aliadas, pidiéndoles asimismo que tomen parte en esta gestión. No recibe ninguna contestación. Francia, Gran Bretaña e Italia dirigen su protesta al generalísimo Doukhonine: si Rusia firma un armisticio sin la aprobación de sus aliados, violará el pacto del 5 de septiembre de 1914. El 25, una nota de Clemenceau declara que Francia «no reconoce el poder del soviets de los Comisarios del pueblo»; cuenta con el patriotismo y la firmeza del alto mando «para re-

chazar cualquier trato criminal y para sostener al ejército ruso frente al enemigo común». Los aliados, que están dispuestos a apoyar cualquier movimiento antibolchevique, confían, pues, en enfrentar al nuevo gobierno surgido del golpe de Estado con el gran cuartel general. Esperan que el ejército sabrá hacer frente a los soviets y que la dominación de los bolcheviques se vendrá abajo. Y, de hecho, ¿acaso no se ha negado el general Doukhonine a iniciar las negociaciones de armisticio? El mis-

mo día en que recibe el telegrama de Clemenceau lanza una proclama: firmar una paz por separado, dice, significaría «entregarse a la esclavitud de la Alemania imperialista; el deber exige mantenerse fiel a las alianzas y esperar a que la «verdadera democracia rusa» forme un gobierno digno de tal nombre. Reconoce, sin embargo, que el ejército «tiene prisa por acabar la guerra» y anuncia que un gobierno democrático traerá, también, una «paz inmediata», de acuerdo con los aliados. No se atreve, en consecuencia, a hablar de continuar la guerra; esto sería utilizar un lenguaje incompatible con los sentimientos del soldado. El gobierno de los soviets lo sabe de sobra y por esa razón está seguro de imponer su vo-

luntad. Así pues destituye a Doukhonine y nombra para el puesto de generalísimo al oficial de marina Krilenko. El 26, el nuevo comandante en jefe (que todavía no es dueño del gran cuartel general) envía al enemigo una petición de armisticio.

Ha llegado el momento en que las potencias centrales encuentran por fin en la coalición enemiga esa fisura que durante tanto tiempo había ansiado. ¡La ocasión es demasiado hermosa! Y, sin embargo, en el momento de alcanzarla, surge una momentánea vacilación en algunos, tanto

en Berlín como en Viena. Entrar en conversaciones con esos bolcheviques que quieren destruir el régimen capitalista y la sociedad burguesa,

1. ¿A qué a la-

¿no será arriesgarse? ¿Qué valor puede tener a la vez la autoridad es todavía tan precaria? Eso es lo que piensa Ludendorff cuando

le pregunta al general Hoffmann, Jefe del estado mayor de los ejércitos alemanes en el frente oriental: «¿Se puede negociar con esas gentes?». Pero tampoco es cuestión de poner reparos. Hoffmann aconseja aceptar la oferta rusa. Czernin la desea. Ciertamente no ignora que el bolchevismo es un peligro para las potencias centrales; sería preferible marchar sobre Petrogrado y restablecer allí el orden, pero ¿Austria-Hungría y Alemania pueden hacerlo? Por consiguiente, hay que aceptar la idea de paz separada y hacerlo cuanto antes, mientras Lenin aún está dudoso. Una vez que se firme esta paz, si el gobierno de los soviets desaparece, el que lo sustituya no se atreverá a exigir al pueblo ruso que vuelva a la guerra. La táctica de las potencias centrales es, pues, sencilla: se trata de sacar de las circunstancias todo lo que pueden dar de sí en ese momento, sin pensar demasiado en el porvenir. En veinticuatro horas le llega la respuesta a Krilenko: Alemania y Austria-Hungría aceptan iniciar una negociación de armisticio.

¿Con qué prisa anuncia el generalísimo bolchevique este resultado al ejército! Apenas le han traído la noticia los parlamentarios, ordena cesar el fuego «inmediatamente», a menos que el adversario ataque. Ese mismo día el gobierno bolchevique se dirige «a los pueblos beligerantes». Las conversaciones para el armisticio, dice el manifiesto, deben empezar en un plazo de seis días; los aliados de Rusia ¿«aceptan o no» tomar parte de ellas? Si los pueblos aliados, en caso de no comparecencia de sus gobiernos, no envían a su debido tiempo a sus delegados, «llevaremos a cabo solos las conversaciones con los alemanes». Este aplazamiento es pura fórmula. El gobierno de los soviets únicamente pretende responsabilizar a las potencias occidentales de la retirada que prepara. Los periódicos rusos no bolcheviques claman en vano contra la traición; en vano, algunos de los miembros del antiguo gobierno provisional que

escaparon del arresto publican un llamamiento para denunciar ese movimiento hacia una paz separada, «vergonzosa y dañina para Rusia». La masa permanece indiferente. Además, los bolcheviques tienen la fuerza en sus manos. El 3 de diciembre, uno de los contingentes de marinos que apoya al nuevo gobierno entra en Mohilev, sustituye al estado mayor y asesina

11 general Doukhonine, el cual, a pesar de su destitución, no había abandonado el cuartel general. «El último obstáculo para la paz ha caído», declara Krilenko.

Ese mismo día se inicia la conferencia para el armisticio en la ciudadela de Brest-Litovsk donde se halla enclavado el cuartel general alemán del frente oriental. Frente a los generales que representan a las potencias centrales se hallan los primeros delegados rusos, que son miembros activos del partido bolchevique, Joffe y Karrienev; los militares sólo están allí a título de expertos. La discusión es breve: el 15 de diciembre entra en vigor el alto el fuego. El texto de la convención estipula que, a ambos lados del frente, los ejércitos no procederán a ninguna concentración de fuerza; prevé, a petición expresa de los bolcheviques, que las guarniciones de las trincheras puedan relacionarse entre-sí, intercambiar cartas y

442

443

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918) periódicos; esto significa permitir la difusión de la propaganda comunista entre las filas alemanas; añade, no obstante, enseguida que estas «telaciones» no podrán realizarse más que en puntos determinados del frente de tal modo que el mando pueda ejercer una vigilancia y pueda proteger a sus tropas del contagio. Así, se manifiestan desde el primer momento, las características de la negociación: los delegados bolchevique, intentan conseguir algunas compensaciones de principio, conformes con la doctrina y con el programa del partido; los alemanes se las conceden con la condición de que las medidas de aplicación anulen la Promesa.

La convención para el armisticio había previsto la inmediata apertura de conversaciones de paz; éstas empiezan a partir del 20 de diciembre de 1917.

Joffe es aún jefe de la delegación rusa; pero las potencias centrales envían a Brest-Litovsk a sus ministros de Asuntos Exteriores, Kühlmann y Czernin; los búlgaros y los turcos están representados. Durante los primeros días todos los delegados comen juntos. Es un espectáculo único ver al príncipe bávaro, comandante jefe de las fuerzas alemanas en el frente oriental, recibir en su mesa a los «militantes» de los soviets: la camarada Bizenko, que acaba de pasar doce años en las prisiones siberianas por asesinar a un general y el delegado obrero, que se limpia los dientes con el tenedor. Pero, ¿no hay que crear un clima favorable para las conversaciones? La negociación se presenta difícil. Por muy evidente que sea el deseo de los bolcheviques de acabar la guerra para consagrarse por entero a consolidar su poder, por muy ferviente que sea el deseo de las potencias centrales de firmar esta paz separada, las discusiones van a prolongarse durante más de dos meses.

El desacuerdo fundamental aparece apenas comienza el intercambio de puntos de vista. El gobierno bolchevique tiene como programa la paz sin anexiones ni indemnizaciones de guerra. Lo que entiende por esto -ya lo ha explicado en su decreto del 9 de noviembre- no es una vuelta pura y simple al statu quo ante; la anexión, a su entender, es «da apropiación por parte de un Estado poderoso y grande de una nación débil y pequeña, sin que esta nación haya expresado tal voluntad de modo preciso y sin coacción». Esta definición permite, por lo tanto, a algunas Poblaciones del imperio desligarse de la soberanía rusa, a condición de que expresen su voluntad en un «plebiscito libre». Las potencias centrales han aceptado de buen grado el principio de la «paz sin anexiones», pero está claro que no renuncian a extender su dominio sobre los territorios rusos. El secreto está en hallar una fórmula que matice este programa anexionista de modo que armonice aparentemente con la doctrina bolchevique. En esa dirección se trabaja. Cuando el 22 de diciembre la delegación rusa desarrolla su teoría sobre el derecho de «libre disposición» de los pueblos», las potencias centrales asienten en principio; pero el acuerdo se basa en un equívoco: los rusos aparentan creer que Alemania, la y Austria-Hungría volverán a sus fronteras de 1914; los alemanes creen que, en virtud de su derecho a «la libre disposición», las pobla-

La revolución bolchevique y la retirada rusa de Polonia, Lituania y Curia se separarán de Rusia, bajo una fórmula cualquiera, la «protección» de las potencias

incorporación a Alemania

El 26, el general Hoffmann deshace el equívoco con una claridad brava de las regiones bálticas o polacas no sería tal; expone a Joffe, durante el almuerzo, que se busca un terreno al golpe, amenaza con marcharse, pero se queda al entendimiento: el plebiscito puede serlo. Si las poblaciones expresan su voluntad en tal sentido, tendrán derecho a separarse de Rusia y a unirse a las potencias centrales. Las autoridades alemanas no piden otra cosa -dicen- que someterse a esta voluntad. ¿Acaso no han preparado el terreno, formando

a ses ocupados Consejos nacionales cuyo voto podría servir para expresar el voto popular? El plebiscito. ~1110 lo aceptan porque cuen-

11 tan con el régimen de ocupación para impedir la oposición. Pero la delegación rusa hace que fracase la maniobra exigiendo que la posible evacuación se realice sólo tras la evacuación completa del territorio por parte de las tropas. La discusión se prolonga sin que se encuentre ninguna salida. En el fondo, los delegados de ambas partes saben perfectamente a qué atenerse sobre las intenciones del adversario: los alemanes están dispuestos a aceptar los términos si la delegación bolchevique no se somete a sus exigencias; los rusos prosiguen el debate sobre cuestiones de principio con la sencilla intención de dejar al interlocutor que descubra sus cartas. Las desavenencias son insalvables. La única salida provisional es el aplazamiento de la

conferencia; se suspenden las sesiones el 28 de diciembre, durante diez días. Oficialmente este plazo debe permitir a los aliados de Rusia que den a conocer si tienen intención o no de tomar parte en la negociación; pero el pretexto es sólo formal pues la negativa de las potencias occidentales es, para todo el mundo, evidente. El verdadero motivo es dar a las delegaciones la posibilidad de reflexionar.

Cuando la conferencia reanuda sus sesiones, el 7 de enero, ¿ha dado sus frutos la reflexión? Las potencias centrales se han intercambiado frases agrídulces. Czernin, que está empeñado en firmar la paz, ha querido aceptar las cond*

iciones propuestas por los rusos y la fórmula del plebiscito posterior a la evacuación; ha amenazado, en caso de que los alema-

nes e nieguen, a iniciar conversaciones por separado con los delegados rusos. Pero, en el fondo, no es capaz de imponer su postura - ¿cómo se iba a atrever a abandonar a Alemania? En Berlín todos los partidos políticos, excepto los socialistas, se pronuncian a favor de una paz que pueda mantener «la seguridad y el futuro del país», es decir, la anexión más

o «terrenos camuflada de los territorios rusos. ¿Cuál será el alcance de estas anexiones? Incluirán al menos Curlandia y Lituania. Pero, ¿Y la Polonia rusa? En diciembre de 1917, Kühlmann se decide a cederla a Austria-Hungría -

ria a cambio de su adhesión al proyecto de Mitteleuropa; queda Véase p. 298.

444

- 445

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918) acordado, sin embargo, que Alemania recibirá una «rectificación en la frontera» del lado polaco. La extensión de esta «rectificación» queda por determinar. El 2 de enero de 1918, en un Consejo de la corona, Luderdorff expone unas pretensiones desmesuradas: la mitad del gobierno de Lornza, una parte de la cuenca minera de Dombrova, en total un territorio con dos millones de habitantes. Kühlmann ha luchado contra este proyecto, inaceptable para Austria-Hungría y peligroso para la misma Prusia, que no tiene interés en llenarse de polacos. El emperador se ha mostrado contrario a la opinión del estado mayor, que ahora protesta y amenaza con dimitir. La posición de Kühlmann es, pues, delicada. Pero estas dificultades internas no influyen en las conversaciones de paz con Rusia: no cambia nada en las exigencias globales que las potencias cen-

trales quieren imponer.

Ahora ya no se trata de enzarzarse en una discusión de principios, sino de hablar claro. ¿Cederán los rusos? Según los informes de uno de los agentes diplomáticos que negocia en Moscú el intercambio de prisioneros, el gobierno alemán sabe que Rusia vive en completo caos, que el gobierno bolchevique no tiene autoridad, ni en Ucrania, ni en el Cáucaso, ni en Siberia y que el ejército ruso, aunque sólo sea por la desorganización en los transportes, se ve imposibilitado para volver a la guerra. «Sólo les resta escoger la salsa con la que se van a dejar comer», declara Kühlmann cuando ve reaparecer en Brest-Litovsk a la delegación bolchevique.

Es ir algo de prisa, pues el gobierno de los soviets, antes de volver a las conversaciones, ha puesto a punto su táctica. Lenin sin duda tiene la seguridad de que la vuelta a las hostilidades es imposible; y sabe que la tropa quiere la paz a toda costa, que el frente se desorganiza cada día más. La situación interna es crítica y la existencia del régimen bolchevique se ve amenazada por la guerra civil; el gobierno necesita todas sus fuerzas para luchar contra los «blancos». La paz es, pues, imprescindible. Pero no es necesaria inmediatamente: ya que las hostilidades se han suspendido, Rusia ha conseguido lo que quería; puede esperar. La inten-

ción de Lenin es por lo tanto prolongar la negociación con la esperanza de que quizá la influencia de la revolución rusa comprometerá entre tan-

to el equilibrio del ejército enemigo. Para llevar a cabo esta táctica de dilación, Lenin encarga a Trotski, Comisario encargado de la Guerra, que sustituya a Joffe a la cabeza de la delegación.

En esta situación, las posibilidades de arreglo son escasas. En cuanto se reanudan las conversaciones de Brest-Litovsk vuelven a empezar la, mismas disputas sobre el derecho de libre disposición de los pueblos. F,

nerviosismo se apodera de ambas delegaciones. Trotski no pierde ninguna ocasión de desarrollar los temas que la propaganda bolchevique se esfuerza en difundir. Hoffmann, delegado militar alemán, adopta un tono agresivo para reprochar a los rusos la diferencia que separa sus actos de sus palabras; Ludendorff aconseja la ruptura, y el mismo Kühlmann “ plantea dirigir un ultimátum a los rusos. Pero, una vez más, la delegación

- 446 -

La revolución bolchevique y la retirada rusa

ción, austro-húngara se opone a un escándalo. Y ya tenemos la conferencia aplazada otra vez el 18 de enero.

¿A dónde quieren ir a parar? Si los rusos no ceden, la ruptura de las negociaciones es segura. En Moscú, al igual que en Berlín y en Viena, esta posibilidad se tiene presente. Los bolcheviques mismos están divididos. Mientras los comunistas «de izquierdas», con Boukharine, quieren intentar resistir «a las apetencias de rapiña de la burguesía alemana», Lwin declara que la lucha es imposible. Si el gobierno de los soviets vuelve a la guerra, será aplastado y, sin duda, barrido; ahora bien, la salvación de la revolución rusa es lo que «más importa en el mundo». Entre estas dos posturas extremas, Trotski sugiere un término medio: Rusia puede considerar la guerra terminada y desmovilizar su ejército sin firmar la paz; el gobierno alemán tal vez dude antes de reemprender las hostilidades por temor a disgustar a la opinión pública y al ejército; no obstante, sí denuncia el armisticio y lleva adelante a sus tropas, habrá que ceder. El 22 de enero, el Comité Central del partido bolchevique, en sesión secreta, adopta la solución Trotski. Desde ese momento la Rusia soviética está, pues, resignada a «capitular».

Las potencias centrales todavía lo ignoran. El desarrollo de las conversaciones en Brest-Litovsk las lleva a considerar la ruptura de la negociación y la vuelta a la guerra: tal perspectiva es acogida con júbilo por el alto mando; pero, ¿y la opinión pública? Durante ese mes de enero de 1918, Alemania y Austria-Hungría

atraviesan un período de graves disturbios políticos y sociales. En Berlín, ante la consigna lanzada por los socialistas independientes, se desata la huelga en las fábricas de material de guerra; el llamamiento del comité de huelga pone a la cabeza de sus reivindicaciones la «paz sin anexiones», para protestar contra la política alemana en la conferencia de Brest-Litovsk¹. En Viena se declara la huelga general a mediados de enero. Sólo tiene el carácter de una simple manifestación; pero los jefes de los sindicatos hacen temer al gobierno un movimiento revolucionario si la crisis en los avituallamientos no se ataja. En las provincias, las minorías nacionales se revuelven: checos y eslavos del Sur ya no dudan en reivindicar la independencia. el gobierno alemán contempla estas dificultades con sangre fría: le basta con anunciar una represión enérgica para acabar con la huelga. Pero el gobierno austríaco tiene poderosas razones para estar más preocupado; por eso, sin la esperanza de poder alcanzar la paz inmediata con Rusia, empieza a considerar otras posibilidades: dirige su mirada hacia Ucrania.

En Kiev, la asamblea nacional ucraniana o Rada, formada tras la caída del zar, ha proclamado en junio de 1917, la autonomía de la región; Ira, el golpe de Estado del 7 de noviembre se niega a reconocer al gobierno bolchevique y ha decidido instaurar una república ucraniana independiente cuyo territorio se extiende desde Poltava y Kharkov hasta Lékatérinoslav y Kherson, englobando una hermosa región de campos de

Véase p. 457.

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

trigo, con una población de treinta millones de habitantes al menos. Los delegados de la Rada llegan a Brest-Litovsk el 10 de enero para presentar en la conferencia una declaración de independencia. ¿Por qué no negociaban con ellos? Austria-Hungría sacaría de ello una doble ventaja: asegurar la paz en el sector del frente oriental que le interesa más directamente y obtener envíos de cereales y de ganado indispensables para remontar la crisis de abastecimiento. Pero, desde el primer momento, intenta sacar partido de la situación; exige que el distrito de Cholm, en la Polonia rusa, se una a Ucrania en la decisión general de paz. El problema, desde el punto de vista austro-húngaro, es grave. Ceder Cholm, significa provocar a tiro fijo la furia de los polacos y poner en un compromiso la solución «austro-polaca». Sin embargo, el 22 de enero, en Viena, un Consejo de la corona decide aceptar una negociación sobre esta base. ¿No es lo esencial, dice Czernin, conjurar la crisis de abastecimiento? Los recursos alimenticios se agotarán en dos meses. Austria entonces se hundirá. La paz con Ucrania puede salvarla. ¿Qué importa que esta

traga que libere la impaciencia de los austro-húngaros, delegación ucraniana percibe el peligro

intenta sacar partido de la situación; exige que el distrito de Cholm, en la Polonia rusa, se una a Ucrania en la decisión general de paz. El problema, desde el punto de vista austro-húngaro, es grave. Ceder Cholm, significa provocar a tiro fijo la furia de los polacos y poner en un compromiso la solución «austro-polaca». Sin embargo, el 22 de enero, en Viena, un Consejo de la corona decide aceptar una negociación sobre esta base. ¿No es lo esencial, dice Czernin, conjurar la crisis de abastecimiento? Los recursos alimenticios se agotarán en dos meses. Austria entonces se hundirá. La paz con Ucrania puede salvarla. ¿Qué importa que esta

paz acarree peligros en el futuro? «Austria», declara el ministro, «está en

la misma situación de un hombre cuya casa se quema y salta por la ventana: prefiere una muerte posible a una muerte segura». El emperador da su conformidad. El 5 de febrero, el gobierno alemán se adhiere al proyecto.

Los trabajos van de prisa. La delegación de la Rada tiene ahora razones para apresurarse, pues, desde el 1 de febrero, las tropas bolcheviques han empezado a invadir el territorio de la república «independiente» y están bombardeando Klev; en Kharkov los ucranianos partidarios de los bolcheviques acaban de formar un gobierno que está a punto de dominar al de la Rada. De un día para otro el Estado ucraniano va a caer,

quizá, bajo el dominio directo o indirecto de Moscú. La firma de la paz con las potencias centrales se convierte en la última tabla de salvación para la delegación de Klev: espera conseguir, nada más firmarse el tra-

tado, el apoyo militar de Alemania y de Austria-Hungría contra los bolcheviques. El conde Czernin no ignora esta situación: «¿Sigue la Rada en Klev?», apunta el 8 de febrero en su diario. Sabe que el gobierno de Klev ya no tiene autoridad real. Estas objeciones no alteran, sin embargo, para nada su plan de negociación. Ni siquiera intenta aprovecharse de estas circunstancias para recuperar una parte de las concesiones ya hechas. El 9 de febrero, a las dos de la madrugada, se firma en Brest-Litovsk el tratado de paz entre Ucrania y las potencias centrales. Austria-Hungría consiente en conceder a los rutenos de la Doble monarquía 'In

régimen de autonomía; se compromete a devolver al Estado ucraniano el territorio de Cholm, en la Polonia ocupada. ¿Qué obtiene a cambio? La promesa de que Ucrania enviará a las potencias centrales la parte de su producción agrícola que le sobre tras cubrir las necesidades de la población local; un protocolo ajeno fija el mínimo de estos envíos, y,

el envío de un millón de toneladas de cereales para el año 1918. Es, pues, un tratado

La revolución bolchevique y la retirada rusa

La delegación austro-húngara no lo oculta. Se cuida de advertir a los representantes de Ucrania que la ratificación se aplazará hasta el momento en que se entreguen los cereales; si las ventajas económicas previstas no se cumplen, el tratado será papel mojado. Ahora bien,

cuando cae en mano el mismo día que los bolcheviques. Para conseguir los envíos prometidos, las potencias centrales no tienen otra salida, desde ese momento, que la de responder a la petición de ayuda militar que les dirigen los nacionalistas ucranianos.

La firma del tratado ucramano precipita el desenlace de la negociación con Rusia. Trotski no reconoce la validez de un acto pactado por el gobierno de Klev, al que las tropas de Moscú acaban de derrocar; al tratar con la Rada, las potencias centrales intervienen -dice- en los asuntos internos de Rusia: esta pretensión es inadmisibile. Se niega a proseguir las conversaciones de paz, pero no rompe el armisticio. Al abandonar Brest-Litovsk, ¿confía realmente en que Alemania se va a conformar con esta paz de facto y no va a renunciar al cese de la lucha? En todo caso, la ilusión se evapora enseguida. El 13 de febrero, en Homburg, Guillermo II convoca un Consejo. Los militares están todos de acuerdo en «aclarar» la situación y exigir a los rusos una sumisión completa. Dejar las cosas como están sería permitir que los bolcheviques anulasen la paz firmada con Ucrania y suprimiesen, en consecuencia, los envíos de productos alimenticios; también significaría dejarles libres para aplastar a Finlandia donde existe un nuevo Estado bajo la protección de Alemania. Por último, como la situación seguiría siendo precaria, habría que mantener un frente en oriente que continuaría absorbiendo numerosas divisiones. Por lo tanto es mejor acabar. Kühlmann se opone en vano a la vuelta a las hostilidades: el emperador les da la razón a los militares. No obstante, el estado mayor se compromete a no sobrepasar la ciudad de Veriden en su marcha sobre Petrogrado, teniendo en cuenta las objeciones del canciller Hertling, que teme que las operaciones tomen un alcance excesivo. El 18 de febrero las tropas alemanas se ponen en movimiento; no encuentran ninguna resistencia puesto que los bolcheviques consideran la lucha como algo terminado. «Nunca he vivido una guerra tan cómica», escribe el general Hoffmann; «se monta en el tren a un destacamento de infantería con ametralladoras y un cañón y se lo lleva a la estación siguiente; la ocupa y captura a los bolcheviques. Se lleva en ferrocarril a un nuevo destacamento y ¡vuelta a empezar!».

Desde que se tiene la primera noticia de esta ofensiva, Lenin presiona al Comité Central del partido bolchevique; teme ver a Rusia comprometida a pesar suyo en una nueva guerra; quiere ceder enseguida y firmar la paz: «no se va a hundir la revolución porque entreguemos Finlandia, Estonia y Lituania a los alemanes». Salvar «la revolución», es decir, el

regimen bolchevique es su única preocupación. Lo consigue con el escaso margen de 7 votos contra 6: en el último momento el voto de Trotski otorga la mayoría a la tesis leninista. En un telegrama al gobierno ruso se declara

448

puesto a firmar la paz. Pero Alemania, ahora, au-

449

La ruptura del equilibrio (octubre 1917-marzo 1918)

menta sus Pretensiones. No sólo añade Livonia y Estonia a Curlandia y Lituania, sino que además quiere que las tropas bolcheviques evacuen Ucrania; y exige la consideración de nación más favorecida en las relaciones comerciales con Rusia durante siete años. ¿Es necesario pasar por eso? Petrogrado duda. El embajador de Francia, puesto en antecedentes por uno de los miembros de la misión militar, el capitán Sadoul, que tiene relaciones personales con Trotski, ofrece al gobierno bolchevique, en caso de oponerse a Alemania, el apoyo militar y financiero de Francia. El Comité Central, por escasa mayoría, acepta en principio «la ayuda de los bandidos del imperialismo francés contra los bandidos alemanes»; pero no confía en la eficacia de esta ayuda: antes de que Francia haya tenido ocasión de prestar ese apoyo, el poder de los soviets habrá sucumbido ante las tropas alemanas. El 23 de febrero Lenin, con una en-

cendida intervención, consigue arrancar una votación favorable a la paz inmediata gracias a algunas abstenciones. El 26, la delegación rusa, encabezada ahora por Sokolnikov, está de vuelta en Brest-Litovsk, en el momento en que las tropas alemanas alcanzan Narva, a ciento cincuenta kilómetros de Petrogrado. La delegación se limita a declarar que se somete a la fuerza y rechaza examinar con detalle los textos que se han preparado.

El 3 de marzo de 1918 se firma el tratado de Brest-Litovsk. Rusia re-

nuncia en el artículo 3 a toda soberanía sobre Polonia, Lituania y Curlandia y deja a las potencias centrales la tarea de regular el futuro de esos

territorios; promete evacuar Livonia y Estonia, pero sin renunciar a la soberanía; reconoce la paz firmada con Ucrania y acepta todas las cláusulas económicas que exige Alemania. Es la sumisión completa. «Sí», ex-

clama Lenin ante el congreso panruso de los soviets, «esta paz es nuestra más espantosa derrota; sí, esta paz es una humillación Inaudita para el poder soviético; pero no estamos en condiciones de forzar la historia». La resistencia, afirma, era imposible porque nadie quería ya luchar. Ciertamente Rusia pierde territorios, pero el bolchevismo mantiene sus posiciones «a la espera del levantamiento del proletariado internacional».

III. LA PAZ RUMANA 7

La paz rusa conduce a la paz rumana. Desde que Rusia se retiró de la guerra, la situación de Rumanía se volvió desesperada. Si el gobierno rumano, refugiado en Iasi, pudo evitar la invasión de una pequeña parte del territorio nacional, fue gracias a la presencia o a la cercanía de las tropas rusas. ¿Qué podía hacer si estaba reducido al aislamiento? La entra-

Obras de consulta.- Los testimonios de Czernin, Helfferich, Radoslavov, ya ci-

tados

en pp. 159 y 224. La obra de Gratz y Schüller (cit. en p. 299) da una exposición concisa de las negociaciones, sobre todo desde el punto de vista económico. Véase también M'9' hiloman, Note politice (Bucarest, 1926, 5 vol., in-8) y mariscal Averesco, Notice zilnic, din rasboiu (Bucarest, 1937, in-81). El libro de D. Iancovici, La paix de Bucarest (París, 1^o éd. in-16), redactado inmediatamente después de los acontecimientos, es, sin embargo, n1,1Y

450 -

La paz rumana

da de las tropas alemanas en Ucrania les permitía tomar del revés el frente rumano. Las ayudas que las potencias occidentales podían suministrar, se reducían a envíos de material y municiones. ¿Podrían siquiera continuar estos envíos a través del territorio ruso? La presencia de la misión militar francesa del general Berthelot era el único vínculo práctico que subsistía entre Rumanía y sus aliados.

El rey Fernando sabía, incluso antes de la firma de la paz ruso-alemana, que no podría escapar de las consecuencias de esta situación. A finales de enero supo, a través de una gestión del coronel Randa, antiguo agregado militar austro-húngaro en Bucarest, que no se rechazaría una iniciativa suya y que en ese caso los vencedores no exigirían su abdicación. Puso en el poder enseguida a un hombre nuevo, Averesco, el cual había propuesto a las potencias centrales, el 10 de febrero, iniciar las negociaciones de paz.

¿Podía esperar Rumanía, al entablar estas conversaciones, la devolución de la totalidad del territorio ocupado por las tropas austro-alemanas? Alemania, por su parte, no ponía obstáculos; no tenía reivindicaciones territoriales que presentar y deseaba sobre todo asegurarse ventajas económicas. Austria-Hungría tenía la intención de pedir una rectificación de frontera con un propósito estratégico: el estado mayor, para impedir que Rumanía volviese alguna vez a iniciar un ataque por sorpresa análogo al de 1916, quería englobar en el territorio húngaro la orilla de Portes-de-Fer, la

ciudad de Turnu-Severin y la cresta de los Cárpatos; sin embargo, en el ánimo del emperador Carlos éstas no eran condiciones si ne qua non.

Las exigencias de Bulgaria eran más difíciles: reclamaba Dobroudja completa hasta el Danubio y no sólo el territorio que se había visto obligada a ceder en 1913 tras la segunda guerra balcártica. El gobierno rumano tiene ante sí el 24 de febrero estas reivindicaciones territoriales. Y protesta: la rectificación de frontera es incompatible con la fórmula de «paz sin anexiones»; la cesión de Dobroudia, cuya población es mayoritariamente rumana, sería contraria al derecho de libre disposición de los pueblos. Más que apelar a estos principios, cuyo valor queda demostrado por la experiencia de Brest-Litovsk, invoca necesidades económicas. ¿Cómo va a poder «respirar» Rumanía si abandona el puerto de Constanza que es su mejor salida? Es inútil. El conde Czernin, que acaba de llegar a territorio rumano, se encarga de desilusionar por completo al rey Fernando. Las potencias centrales no cederán; prometen únicamente, en caso de que Rumanía firme inmediatamente la paz, ayudarla a conseguir una compensación a expensas de Rusia, en Bessarabia. Si el rey rechaza estas condiciones, se acabará todo para Rumanía y para su dinastía, pues en seis semanas Alemania y Austria-Hungría pueden concentrar en Moldavia las tropas que la paz rusa va a dejar disponibles. Es necesario tomar una decisión en cuarenta y ocho horas. El 1 de marzo, Fernando se somete al ultimátum. El 5, dos días después de la firma del tratado de Brest-Litovsk, los preliminares de paz de Buftea registran la

rd u 5 zztlt 0 M Qi

00 (-d 0 tu lt

- 2 i: @ -, b o lt

14 m

- QJ

U Q) Q) m 1. - U 0

u

0 re u u le

ci, m

N re t -U aj

tt

Z, b tt

0 0 m Qi

Q) M C) -Z@ ,,1 11 u U 0 N U lt

et Q)

- z u 0 o c),

CD 0 U u

u uu -rj> .l@"

ZZ ed U U @4.si '5@ - C cl > el -ri

0 -ri

cz

0 u snbn o cz 0.9 0 0 0

-ni -2 iz ce

41 r< r (D CD < c, ; -g -z

C) ed u CU m Er u -15 s, -s >

ed (dr > el u .d aj) 00 U

z C7)

et -Ti br

11 <w, <j p

u <t z 0 0

z u -

121.r

<D u Q, PP-0.-

-IZ@ C) rd u 0

-C3 -t u w u u u

0 z u

lt aj

0 zs

C; ed

2 E -, z s-, , r, lt

-lt

0 rt zi

lt

QJ ci (u ct u m -6 -

71 -llf cz 0

ed CU z m qj aj

lt

IZ, cii o zi E z -et

ct, u 0 el ci, 2 o@ 0

lt u u t el z u >, 22 el U lt

rt

z3

et zi

l"d cl

clz

z aj U
z

M

el u

ru 'Z

L, aE

rt

ji

CAPÍTULO IV

VELAR LAS ARMAS (enero-febrero de 1918)

«Para asegurarnos la situación política y económica que necesitamos

en el mundo, tenemos que vencer a las potencias occidentales: por esta razón Vuestra Majestad ha ordenado la ofensiva en el Oeste», escribe Hindenburg en un informe al emperador el día 9 de enero de 1918. Desde ese momento -quince días después del armisticio ruso- la decisión está, pues, tomada. No parece que antes haya habido un intercambio de pareceres entre el gran cuartel general y el canciller. ¿Habrá podido Ale-

manla utilizar su superioridad militar momentánea como un medio de presión diplomática para hacer una oferta de paz en lugar de buscar la aniquilación del adversario? Algunos políticos liberales, que aceptan re-

nunciar a Bélgica, le sugieren esta idea a Ludendorff, idea que se rechaza inmediatamente. La voluntad de imponer la paz por medio de una victoria decisiva queda claramente expresada por los altos mandos militares. Y el gobierno los sigue.

El mando alemán está decidido a iniciar la ofensiva lo antes posible: sabe que a partir de junio o julio de 1918, los refuerzos americanos Cnipezarán a intervenir en la batalla. Tiene cuatro meses, quizá seis, para vencer. Por tanto es preciso que comience a actuar tan pronto como 105 preparativos y las clrcunstanc l as atmosféricas lo permitan: a principios

ión. de marzo . Los estados mayores de la Entente aguardan la confrontac Durante enero y febrero de 1918 se velan las armas.

I. ALEMANIA Y SUS ALIADOS'

«La lucha», declara Ludendorff en el Consejo de la corona er, HOnlburg (13 de febrero), «va a ser impresionante. Empezará en un Punto' proseguirá en otro. Llevará mucho tiempo, será dura ... »

' Obras de consulta.- La fuente más importante es la relación hecha por la con" de encuesta alemana (citada en p. 274), sobre todo Schwetreger, Die politischen und rni1"

- 454 -

Alemania y sus aliados

¿Tiene aún el ejército alemán los recursos necesarios para prolongar su esfuerzo hasta el momento decisivo? A principios de 1918 el mando alemán dispone en el frente occidental de 192 divisiones de infantería, o s,a, veinte más que el adversario. Cincuenta y seis de ellas son divisiones d, ataque, bien entrenadas y descansadas, pues han permanecido en la retaguardia durante todo el período en que se prepara la ofensiva. La artillería pesada cuenta con 500 baterías. El material aéreo, inferior en número al de los anglo-franceses, está, sin embargo, en rápida progresión. Pero la puesta a punto del armamento ofensivo no es perfecta. El ejército anda escaso de caballos; sólo las divisiones de ataque tienen los tiros de caballerías necesarios. No se puede aumentar más el transporte por automóvil a causa de las dificultades en el suministro de gasolina y caucho. Si se logra romper el frente enemigo, habrá que contar con que una parte de las tropas no esté preparada para la guerra en movimiento. Incluso para hacer esta penetración, apenas se dispone de carros de combate, el instrumento ofensivo por excelencia; el ejército sólo cuenta con cien carros. El gran cuartel general no ha reconocido a su debido tiempo la importancia de esta arma nueva; se dará cuenta de su error cuando coplece la ofensiva. Sin embargo, estas lagunas no el éxito de los ataques de ruptura.

El verdadero problema es mantener esta potencia a medida que se produzca el desgaste de la lucha. En cuanto al material, el mando no tiene preocupaciones: la industria está en condiciones de suministrarle todo lo necesario en cañones, ametralladores y municiones. El mantenimiento del número de tropas es mucho más difícil de sostener. En las reservas del frente y del interior no hay más de 250.000 hombres; la batalla puede absorber estos refuerzos disponibles en quince días; ¿y después? El reempalzo de 1918, formado por jóvenes de 19 años, se ha incorporado

t@,i,chen Verantwortlichkeiten im Verlauf der Offensive von 1918, y von Küh], Entstehung, Durchführung und Zusammenbruch der Offensive von 1918, con documentos anexos: estas obras forman los tomos 11 y 111 de la 4' serie... Además Die Kriegsführung an der Westfront --- Jahi---e 1918 (Berlín, 1956, in-S'), que forma el t. XIV de la colección Der Weltk- 'g, ca. P. 191. Sobre el plan alemán véase también Schwetfeger Das We1tkriegsende. Gedanken über die deutsche Kr;egsführung, 1918 (Potsdam, 1937, m-S'); F. Holtincier, Der E'2tschluss der obersten Heeresleitung zur Offensive 1918 (Münster, 1937, in-8')- Sobre los recursos militares: coronel Koeltz, Les causes de Peffondrement militaire allemand en

1918 (París, 1928 m-S'), buen estudio crítico; Bruchimüller, Die deutsche Artillerie in den Durchbruchschlachten des Weltkrieges (Berlín, 1921, in-S'); coronel Jochim, Die Vorbereitung des deutschen Heeres für die grosse Schlacht in Frankreich im Frühjahr 1918 (Berlín, 1927-1930, 5 fasc., in-8')- Sobre las relaciones del gobierno y del mando, Ludendorff, Kriegführung und Politik (Berlín, 1924, m-S'), indica las tesis del alto estado mayor alemán, Véase también los documentos publicados por el mismo en Urkunden der O. H. L. Übers

le eine Tätigkeit (Berlín, 1921, in-S'), trad. francesa: Documents du G. Q. G. allemand sur rôle qu'il a joué de 1911 à 1918 (París, 1922, 2 vol., in-S')- Sobre la situación moral y social, G. Badier, Histoire de l'Allemagne contemporaine, t. 1: 1917-1933 (París, 1962,

Le. Ste., Die Auswirkungen d. grossen Sozialistischen Oktoberrevolution auf Deutschland (Berlín, 1959 in-S', 4 vol.); Wrisberg (ob. cit. p. 236), ofrece el punto de vista de los militares; añádase las obras citadas en p. 284.

<D C)

-.C)

cfi -- -

c, n n

@:3 rD

0

C'

5 c, 2 n

ID L n

rD» 21

r i_ ln 0 C' rD" 1 @rl -1 D

n C) ' z, ii g, n

n

o - c. SI> <D -N ci- r, H1 ID <D

p, c, n, @ si áz,

2, P ID

Q- Cn

ID 1 p, Jci, <b W P-' r p@

n n n p

-,; -« @:,

ID rD

1 - - -

L@, :,l, A 1 a- @--- - r, 1, - ' , r' ID

r ID rD

C, N o)

ID

-13. r: j, CD, CD --C-L" CD C,- rD

pi @C, ID, rL n CD- 0 @S-

n- ci- CL ID Zi

Q rD n rD

N C-, CL n > C) d

ID c r, <z!> C' CD _S? ,

rD CD 0

'11.-n- --

Π p4r' P' ID' C212 rb

rl n li

g 'rD rb WfD -2 V D, 2 rD o@ n

t

9

rD@l n rD 0 r

rD@l @Z.l@ C@j

r6 n rb w, r, rD&0 N

rb

(D rb r=D n rD n rD n

rb R- ID n

c, rD C'
W rD nP p n
r, z.
n rD rb c2 nn
rbo n w n
rD rb zrb
ZI ID fD ID 0' ID r, r-b ('DI
rl w (ID c2.
C)
rD rD ID
9-n'@? Ó' n rD 19.-ID --E
12 n , i 2- ' rD rD rb
rb r, rD P, nnc2n (Dn rD rb l@- 5. n- &- ->J o fD
N pa rD -1 CT Z n ,9@5, t3 0
w
n 2_ rD2 r@ ID
C) ID <1, >S5 @? ii- rL i- a. ,oD, -1 . n A, co p, rD n r-D lu z,@ c rb
p, l= 2_ - 1 5 ,rD Z
ID 0 " z> rD
2 n z> rD
n , r, rD >,3 c, J-
p,n pj c)
r- PC- -@ 2 9'@? M- rD o t', p3u on
rD
Z- n- 0r,
rD rD r, 511 i@, -- 1,-rD, S -- 1 'f' _
i@ -' 0, rD r, CL z, >_ n Z7-, 0:@
@j
W-n -1 @l o@ C: n @1,1 CD, rD
n rDnrD rrb -9 l- r-@
o "n n rb rD n rD -n
n rl- c) rD fD -1 CD
rCD r, c, ID-C-: p.
nz0a rD , - , r, S,
5.GQ - r-L , , n»J rD , p rb :wi
n p,
Pi

Velar las armas (enero-febrero de 1918)

canciller «civil» ofrece una imagen lamentable. Hertling, que ha sustituido a Michaélis, es un hombre respetable por sus valores morales, su lealtad y su conciencia, pero es un «hombre viejo». Con setenta y cuatro años ya no tiene la resistencia física necesaria para asumir la carga del Poder; tiene que cuidarse y acostarse a una hora prudente; sólo soporta un trabajo tranquilo. Además, no le gusta la lucha: confía en la persuasión para hacer prevalecer sus opiniones - ¡cómo si Ludendorff fuera hombre dado a escuchar consejos!- Por último, es incapaz de buscar en el Reichstag un apoyo contra el gran cuartel general, pues, a causa de su pasado y de sus convicciones íntimas, es profundamente antiparlamentario. Muchas veces se quejará de las intervenciones de los jefes militares en la política, sin intentar, aún así, reaccionar. Su Secretario de Estado en Asuntos Exteriores, Kühlmann, es ciertamente un hombre de opiniones amplias, un político clarividente; se ha enfrentado a Ludendorff durante las negociaciones de paz de Brest-Litovsk y se ha opuesto a las exigencias de los militares a propósito de las anexiones polacas; incluso ha planteado abiertamente la cuestión de principio: ¿quién gobierna, el canciller o el gran cuartel general? Pero sólo ha conseguido una satisfacción formal.

A fin de cuentas, si surge un desacuerdo entre el alto mando y la «dirección política», es al emperador a quien corresponde mediar en el conflicto. Sin embargo, a pesar de su «aspecto de príncipe», Guillermo 11 no

se atreve a ser el árbitro. En el conflicto que enfrenta a Kühlmann con Ludendorff, en el fondo le da la razón a su Secretario de Estado; critica incluso en una de sus anotaciones marginales de las que usa y abusa, la «total incompreensión» del gran cuartel general hacia la política; sin embargo, cuando Hindenburg pide la destitución del Jefe del gabinete civil, Valentini, cuya influencia contrarresta la de los militares ante el emperador, Guillermo 11 cede: aparta al que había sido desde hacía años su

colaborador más íntimo. Él mismo tiene conciencia de su debilidad: «Se ignora al emperador», anota un día. Esta impotencia es la que favorece a la «ruptura del equilibrio» entre el poder civil y el alto mando. En la lucha de influencias entre los altos mandos y el canciller, Hindenburg y Ludendorff triunfan. En política exterior, incluso en política interior, predominan sus opiniones. Alemania, según la expresión de Bethmann-Hollweg, está sometida a la «dictadura del gran cuartel general»

IL LA ENTENTE 2

Ante la amenaza de la gran ofensiva alemana, las potencias occidentales concentran sus fuerzas. En la víspera de una lucha que puede ser

2 Obras de consulta- Además de las obras citadas en p. 279, véase para Estados

idos, C. Woddy, The growth of the federal government 1915-1932 (New York, 1934, in-

La Entente

decisiva es un esfuerzo de cohesión en el orden político y económico, en el diplomático y en el militar, tanto en el plano nacional como en el plano de la coalición. Los gobiernos se esfuerzan en levantar la moral. La opinión pública les ayuda a ello: reconoce la necesidad de un impulso decidido.

En Gran Bretaña, Lloyd George, el único jefe de gobierno que ha re-

sistido la crisis de 1917, ejerce una «quasi dictadura». Sin pedir al Parlamento poderes extraordinarios, sin imponer el sacrificio de ninguno de los principios que rigen la vida constitucional, posee de hecho una amplia libertad. El Comité de guerra, el War Cabinet, asistido por su se-

cretaría permanente, es el que dirige la política inglesa desde finales de 1916. El primer ministro raramente aparece en la Cámara de los Comunes y delega a un encargado de responder a las preguntas de los diputados a uno

de los miembros del gabinete, Bonar Law. El único programa que anuncia consiste en dirigir la lucha con energía hasta la victoria. A una nueva manifestación de lord Lansdowne, que en una carta al Daily Telegraph (29 de noviembre de 1917), ha expresado públicamente el deseo de sellar una paz de compromiso, Lloyd George contesta el 5 de enero de 1918 con un discurso a los representantes de las Trade Unions. La meta de Gran Bretaña, dice, no es la de dividir a Alemania, sino la de lograr un arreglo territorial que se basa en el derecho de libre disposición de los pueblos; por eso el gobierno está decidido a apoyar «hasta la muerte» la reivindicación francesa relativa a Alsacia-Lorena. A comienzos de febrero pide al Parlamento la autorización para aplicar con mayor rigor las normas relativas al reclutamiento y consigue el derecho a retirar los «certificados de exención», es decir, las prórogas de llamada a filas, concedidas generosamente hasta entonces incluso a oficios de lo más ajeno a las industrias de guerra: palafreneros, peluqueros, mozos de hotel. En

D. R. Beaver, *Newton D. Baker and the American War Effort, 1917-1919* (Lincoln, 1966, in-S.). Sobre las cuestiones económicas interaliadas, la obra fundamental es la de A. Salter, *Allied shipping control. An experiment in international administration* (Oxford, 1921, in-8'). Sobre las cuestiones económicas, véase la obra ya citada (p. 230) de Seymour que publica los papeles del coronel House; el texto del mensaje donde quedan enumerados los «catorce puntos» está entre otros en *The public papers of Woodrow Wilson*, publ. por R. S. Baker y W. Dodd (New York, 1927, 4 vol., in-S'); para su interpretación, véase el importante informe de los expertos americanos publicado por Ray S. Baker, *Wilson and the World settlement* (New York, 1923, 3 vol., in-So), t. 111, documento n. 2 y L. Gelfand, *The Inquiry. American preparations for peace, 1917-1919* (New Haven, 1963, in-S').- Sobre la Política de la Entente, en relación a las « nacionalidades» Austria-Hungría, V. Marra y, *The U. S. and Central Europe, 1914-1918* (Princeton, 1957, in-S'); F. Štapićević, *Prvi svjetski Rat i stvaranje države jugoslovenskih naroda* (La 1ª guerra mundial y la creación del estado Yugoslavo) (Sarajevo, 1957)--- Sobre la cuestión del mando único y el funcionamiento del Consejo superior de guerra, véase además, de los testimonios de Painlevé, Robertson y Wilson (cit. pp. 376 y 191), los libros de D. F. Trask, *The U. S. in the supreme War Council American War Aims and interallied strategy, 1917-1918* (Middletown, 1964, in-S'); del general Mordacq, *Le commandement unique. Comment il fut réalisé* (Paris, 1929, in-12). También que añadir G. Wormser, *La république de Clemenceau* (Paris, 1961; el libro IV, cap. V).

Velar las armas (enero-febrero de 1918)

esa misma época, en un plano muy diferente, toma la iniciativa de una reforma importante: el Act de enero de 1918 que transforma el régimen electoral, modificando las circunscripciones, otorgando el derecho de sufragio a todos los hombres de veintinueve años y estableciendo por último el voto femenino. La opinión parlamentaria apoya la actuación del gobierno, cuando el 19 de febrero, en una interpelación a los Comunes, el jefe de la oposición, Asquith, pretende lanzar un ataque contra el gabinete, la gran mayoría de la Cámara lo rechaza. «¡Luchemos!», le gritan; «mientras usted habla, los hombres están en las trincheras!».

En Francia se manifiesta el mismo ambiente. Cuando el 13 de noviembre de 1917 el ministro Painlevé, cuya autoridad estaba minada, fue derrotado por las Cámaras, Clemenceau fue llevado al poder por la opinión pública. Este movimiento espontáneo era ya un síntoma: Clemenceau en sus duras críticas no había tratado con demasiados miramientos a los sucesivos gobiernos; pero lo que les reprochó fue su debilidad, su timidez. El nuevo Presidente del Consejo quiere ser un jefe. No incor-

pora al gabinete más que a sus amigos o a hombres de segundo plano; frente al Presidente de la República adopta una actitud de independencia. Nada más empezar a actuar, anuncia su voluntad de ejercer un poder personal. Para sostener su acción, el jefe del gobierno no pretende de ningún modo modificar la organización constitucional; no busca la restricción de los derechos del Parlamento; acepta las nuevas formas de control parlamentario establecidas durante el verano de 1916, a excepción del comité secreto. El único poder extraordinario que pide es la facultad de legislar por decreto en todos los ámbitos de la vida económica; la ley de 10 de febrero de 1918 se la otorga. Pero, aunque las formas del régimen político no se modifican, su espíritu se transforma: el gobierno logra mantener a distancia las críticas del Parlamento; el movimiento de confianza que tiene su origen en el alma misma de la nación barre las ve-

leidades de la oposición.

Clemenceau en su discurso ministerial afirma la voluntad de actuar contra las fuerzas disolventes que puedan romper la unidad moral del país. La instrucción de sumarlos por traición se fomenta con rapidez. El

11 de diciembre, el gobierno presenta una demanda contra Joseph Caillaux. Los motivos no están muy claros y la acusación se basa sólo en indicios; pero el sentido de la decisión está claro: Caillaux es el hombre que encarna la paz de compromiso. Y esta es la tendencia que el gobierno está decidido a combatir. Clemenceau lo afirma claramente: «Hemos aceptado entrar en el gobierno para llevar la guerra con renovado esfuerzo a fin de conseguir el máximo rendimiento de todas nuestras energías. Nos presentamos ante vosotros con el pensamiento puesto únicamente en la guerra total... Toda mi política se dirige a una sola meta: mantener la moral del pueblo francés que atraviesa la peor crisis de toda su histo-

-1@

véanse pp. 405-406.

460

La Entente

ría... Mi política exterior y mi política interior es todo uno. Política interior: luchar. Política exterior: luchar.» La gran mayoría de la Cámara lo sigue; la oposición, formada sobre todo por socialistas, no reúne más de 100 ó 120 votos.

En Italia, la derrota de octubre de 1915 ha tenido como consecuencia un resurgir del sentimiento nacional. La víspera de la batalla el Parlamento estaba dividido por disputas entre partidos. El ministerio Boselli, sin autoridad, blanco de los ataques de los «neutralistas» y socialistas, no contaba con el apoyo de sus propios partidarios, que le reprochaban su desidia; habría sido sustituido si hubiesen logrado ponerse de acuerdo en cuanto al sucesor; pero los partidos discutían, intercambiaban «vetos a los candidatos». Al llegar la noticia de la ruptura del frente, surge un cambio repentino. Trescientos cincuenta diputados de todos los partidos lanzan un llamamiento a la unión sagrada: «Italia no puede dejarse vencer». El 25 de octubre Boselli deja el poder. El 30, se forma el nuevo gobierno, presidido por Orlando, ministro del Interior del anterior gabinete. Incluye nombres de casi todos los partidos: un liberal, Sonnino;

111,1 católico, Meda; un socialista reformista, Bissolati; e incluso algunos giolittianos. El grupo parlamentario socialista, a la vez que rehusa participar en el gobierno, emplea un nuevo lenguaje, que desapruaban, por otra parte, los militantes del partido; uno de los suyos, Prampolini, declara (14 de noviembre) que los socialistas no niegan la necesidad de aliarse para la defensa nacional. Sin duda esta tregua es sólo temporal. Cuando en diciembre de 1917 la Cámara discute en reunión secreta las responsabilidades del desastre de Caporetto, los partidos vuelven a intercambiar violentas acusaciones. Pero el proceso del «derrotismo» es lo que se discute. Y Giolitti, requerido por sus adversarios para explicar cuál es su programa, se ve obligado a afirmar que nunca ha pensado en una paz por separado y que siempre conservará una actitud de «lealtad absoluta» hacia sus aliados. La oposición «neutralista» no se atreve ya a pronunciarse. El gobierno está consolidado; sus adversarios apenas suman cincuenta votos. Por eso Orlando tiene frente a la Cámara una libertad mucho mayor que la de sus precededores. Él también anuncia una Política enérgica: medidas contra los «enchufados»; persecución contra los autores de declaraciones derrotistas. El Secretario del partido socialista, Lazzari, que protesta por «las persecuciones» del gobierno y que, por medio de circulares a los sindicatos, recomienda a sus afiliados que se declaren solidarios con la «república proletaria rusa», es arrestado el

24 de enero de 1918 y condenado a tres años de reclusión.

Así pues, las tres potencias occidentales adoptan en su vida política interna, bajo modalidades distintas, un régimen autoritario: los pueblos sienten la necesidad de ser dirigidos por una mano enérgica; otorgan su confianza a aquel que parece merecerla.

Aunque los Estados Unidos no sienten tan directamente la amenaza alemana, el esfuerzo de cohesión gubernamental se aprecia en Washington con tanta intensidad como en París o en Londres. En las semanas

- 461 -

Velar las armas (enero-febrero de 1918)

posteriores a la entrada en la guerra, el Congreso había votado numerosas medidas que otorgaban al presidente poderes excepcionales. Concretamente, una ley del 10 de agosto de 1917 autorizaba al gobierno a tomar todas las medidas necesarias para el reparto y la fijación de precios de los productos. La creación de servicios para el avituallamiento, el bloqueo y la marina mercante produjo en la vida económica una centralización extraña por completo a los hábitos del país. La legislación especial de guerra había acentuado la subordinación de los Estados al Poder federal. Todas estas transformaciones se realizan sin resistencia.

A principios de 1918, sin embargo, el Senado parece arrepentirse de haber otorgado al presidente tan amplios poderes; quiere crear un «gabinete de guerra» formado por tres personas cuya misión sería la de atender, bajo las órdenes del presidente, a la dirección de los nuevos servicios. Los miembros de este gabinete serían nombrados por el presidente, pero «con la aprobación del Senado». De este modo, el poder legislativo recobraría un derecho de control. Wilson rechaza este proyecto y no le cuesta mucho ganar a la oposición; va a aprovechar este éxito para que se le otorguen nuevos poderes: el Overman Act, aprobado el 14 de mayo de 1918, autoriza al presidente a modificar según su voluntad la organización de todos los servicios para concentrar la responsabilidad y la autoridad. ¡Dictadura!, dicen los adversarios de Wilson. Más tarde, terminada la guerra, ya le harán pagar estos métodos autoritarios; de mo-

mento no se atreven a levantar demasiado la voz.

Mientras se realiza esta obra de cohesión interna, las potencias «aliadas y asociadas» tratan de organizar su colaboración en el plano económico y diplomático; esta labor es aún más difícil.

En el plano económico, la urgencia de las necesidades obliga a buscar soluciones. Aunque haya pasado el período crítico de la guerra submarina, el problema de los transportes marítimos, en el otoño de 1917, supera en importancia a todos los demás. Para proveerse de las materias primas necesarias para la industria de la guerra y de los productos destinados al avituallamiento de la población, Francia, Gran Bretaña e Italia cuentan con las compras que pueden hacer en el exterior; disponen, gracias a la ayuda de Estados Unidos, de los recursos financieros indispensables. Pero, además, tienen que lograr transportar hasta Europa estas mercancías. Ahora bien, en 1917, como consecuencia de la guerra submarina, el tonelaje mundial ha disminuido en grandes proporciones. Para sacar el mayor partido posible a los navíos mercantes, es necesario un acuerdo interaliado: el 3 de noviembre de 1917 Francia, Gran Bretaña e

Italia deciden reunir el tonelaje de que disponen para el suministro de

viveres; el 29 de noviembre, tras la llegada a París de una misión americana que dirige el coronel House, Estados Unidos adopta el mismo acuerdo. Un comité interaliado se encarga de examinar las peticiones de cada uno, de estudiar el programa de armamento y de avituallamiento y de repartir el tonelaje en función de estas necesidades. La primera reunión se celebra el 11 de marzo de 1918. En realidad, pronto se ve obligado

- 462 -

La Entente

sugerir a los gobiernos una reducción que permitan adaptar los programas a las posibilidades de transporte. La situación es a menudo crítica: aumentar el suministro de viveres significa disminuir la entrada de mercancías. La colaboración interaliada no logra eliminar el problema; sin embargo, lo alivia.

En el aspecto diplomático las potencias aliadas y asociadas se deciden en enero de 1918 a precisar sus «objetivos de guerra». La idea de una declaración conjunta sugerida por el coronel House durante la conferencia interaliada de noviembre de 1917 parece irrealizable. Pero, mientras se inician las negociaciones ruso-alemanas en Brest-Litovsk, ¿cómo van a

evitar los gobiernos de la Entente oponer un programa al que Alemania y Austria-Hungría están realizando en ese momento? Puesto que no es posible un acuerdo previo, los aliados y asociados van a actuar de forma dispersa. No obstante, sus declaraciones separadas lograrán evitar la impresión de divergencias demasiado evidentes.

La iniciativa parte del presidente Wilson. En un mensaje al Congreso, el 8 de enero de 1918, formula sus famosos «catorce puntos».

En su

mente, esta declaración solemne es un intento de retener a los rusos y evitar la paz por separado. Los imperios centrales, dice, han desafiado a

la Entente para que anuncie sus objetivos de guerra. A este desafío es al que quiere responder.

El mensaje enuncia primero principios generales cuya forma es lo bastante imprecisa como para dejar lugar a interpretaciones; convenios de paz «a plena luz del día», sin diplomacia secreta; supresión en la medida de lo posible de las «barreras económicas»; reducción de armamentos «al mínimo compatible con la seguridad interna», pero con la condición de que se ofrezcan a cambio unas «garantías eficaces» para preservar la seguridad nacional; solución de los problemas coloniales dentro de un «espíritu amplio y absolutamente imparcial», y teniendo en cuenta los deseos de las poblaciones. Dentro de estas generalidades, hay una única declaración importante, cuyo carácter puede preocupar a Gran Bretaña: «Libertad absoluta de navegación marítima», se dice en el punto 2, «tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz».

Después de una alusión a los rusos, que deben tener «todo tipo de facilidades para determinar sin trabas ni obstáculos y con plena independencia» su organización política y nacional y además pueden confiar en recibir «toda la ayuda» que necesiten, el presidente Wilson, en los puntos 7 al 13, considera los casos especiales: evacuación de Bélgica, «sin intento alguno de limitar la independencia de que goza»; restitución de Alsacia-Lorena; restablecimiento de un Estado polaco independiente que
111cluirá Jos territorios habitados por las poblaciones indiscutiblemente Polacas», y que dispondrá de un acceso al mar. Estas fórmulas están bastante claras. La que concierne a las reivindicaciones italianas es más seria: «Una rectificación de fronteras en Italia deberá realizarse según las líneas claramente reconocibles de las nacionalidades ». Fáirmula falaz, sin duda, pues ¿dónde están esas líneas «claramente reconocibles» de que ha-

¿Qué le dice al presidente? Pero esta frase tiene un sentido muy claro en la mente de Wilson: el rechazo del tratado secreto de Londres, firmado la víspera de la entrada de Italia en la guerra. El resto de los puntos son más imprecisos y exigen una interpretación cuidadosa. En los problemas balcánicos (punto 11) el mensaje aconseja que, después de evacuar los territorios invadidos, se produzca un «Intercambio amistoso de opiniones» que permitiría una reglamentación territorial «basada en vínculos de fidelidad y en las diferencias nacionales creadas por la historia»; fórmula elástica, pero tranquilizadora en el fondo para Bulgaria, que no ha roto sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. En cuanto a las nacionalidades sometidas al gobierno otomano (punto 12), parece que basta con prometer «la posibilidad plena de un desarrollo autónomo». En relación al grave problema de las nacionalidades de Austria-Hungría, Wilson lo aborda con prudencia. Pronunciarse a favor de la independencia de los checos o de los yugoslavos sería renunciar definitivamente a toda esperanza de desligar al emperador Carlos de la alianza alemana. «Nuestra política» -le dicen al presidente sus consejeros- debe consistir primero en avivar los descontentos nacionales y después en rechazar la consecuencia última y lógica de estos descontentos, lo cual significaría la desmembración de Austria-Hungría». Por esta razón, el punto 10 se limita a prometer a los pueblos de la Doble monarquía «la más amplia facilidad de desarrollo autónomo»: promesa insuficiente para responder a las esperanzas de las nacionalidades, pero quizá suficiente para preocupar al gobierno de Viena. Tal es el sentido de estas cláusulas, si se interpretan a la luz del informe sometido a Wilson por sus «expertos», más americanos que idealistas. El punto 14, por último, prevé la formación de una «Sociedad de Naciones», que tendrá como meta «aportar a todos los Estados, grandes y pequeños, las garantías mutuas de independencia política y de integridad territorial».

Sin apuntarse expresamente al programa wilsoniano, los gobiernos inglés y francés evitan enfrentarse al mensaje del presidente de los Estados Unidos; pero se limitan a declaraciones más breves. A pesar de ciertas divergencias mínimas y un tono completamente distinto en cuanto a la cuestión de Alsacia-Lorena, estas declaraciones simultáneas encierran al menos dos rasgos comunes: Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos ofrecen sinceramente su apoyo a los polacos por primera vez. Los tres gobiernos están de acuerdo en mantener, en la base de sus objetivos de guerra, el principio de las nacionalidades; pero no se atreven a llegar a las últimas consecuencias de este programa: en la cuestión de Austria-Hungría mantienen ciertas reservas. Prometer a estas nacionalidades la independencia, ¿no sería un medio de provocar la revolución en la monarquía danubiana? Los estadistas de la Entente no quieren servirse todavía de este recurso extremo; están dispuestos a tratar con tacto al gobierno de Viena, mientras mantengan una débil esperanza de llevarlo a negociar. Este programa, según algunos, resulta tímido. Sin embargo, en contraste con el de las potencias centrales, tiene una importancia singular: los

464 -

La Entente «catorce Puntos» van a convertirse en el símbolo de una «paz ídurable». justa y

A la vez que se esfuerzan por asentar su colaboración por consolidar su ión económica y

situación moral, las Potencias aliadas y asociadas tratan también de coordinar su actuación M*1,

1. 1. itar. A la gran ofensiva alemana, si se piensa con seriedad, no se puede oponer una ofensiva preventiva. Esta idea, aunque tenía partidarios en los medios políticos franceses, fue, no obstante, totalmente descartada por el Comandante en Jefe. ¿Cómo se puede jugar el futuro del país a una sola carta? it de guerra.

¿Qué dice el presidente de la República. Hay que organizar la defensa y Gran

1. ¿Organizar la defensa. ¿Francia y Gran Bretaña van a librar batallas por separado, con el único propósito del «apoyo mutuo» que los generales en jefe quise?

1. ¿Se prometen una vez empezado el ataque enemigo? Está claro que, si las tropas aliadas luchan bajo el mando de un mismo jefe que podría disponer del conjunto de las reservas y llevarlas hacia la región donde el ejército alemán vaya a atacar,

resistencia sería más sólida y la posible réplica más eficaz la Las objeciones de orden personal,
político y moral contra las que se ha estrellado hasta entonces la idea de un mando único, ¿van a desaparecer ante las necesidades presentes?

A partir del otoño de 1917, el gobierno francés tomó la iniciativa de un intercambio de opiniones. Painlevé, en una conferencia con Lloyd George en Boulogne (25 de setiembre de 1917), sugirió la formación de

-stado mayor iriteraliado, cuyo jefe sería el general Foch. La derrota un i, de Caporetto había mostrado la solidaridad efectiva entre los frentes; había ofrecido la posibilidad de incluir a Italia en la conversación ya iniciada: ¿cómo iba a rechazar el mando 1 iano la creac'

tal' ion de un comité interaliado en el momento en que se veía obligado a pedir refuerzos an- 9JOS-franceses? Y, sin embargo, la conferencia de Rapallo (6 y 7 de noviembre de 1917) sólo había conseguido un mínimo avance. Para «velar por la dirección general de la guerra», había decidido crear un «consejo Superior de guerra» interaliado, donde cada uno de los Estados de la coalición estaría representado por dos miembros de su gobierno; 1 unto al ,Insejo, un estado mayor de consejeros técnicos, los «representantes militares», estudiaría los planes generales de operaciones preparados por los comandantes en jefe para asegurar la conjunción de esfuerzos. Es sólo

erdo. Daba un carácter permanente y regular a las conferencias acuíteraliadas que hasta entonces se venían celebrando cada cierto tiempo. Pero la nueva organización dejaba la dirección a j

ri antes en e as operaciones a los el jefe, únicos responsables ante sus gobiernos respect*

consejo superior de guerra no t ivos: MOS k 1,1 enia nin un d

a ar de unidad de mando desde el 9 po er ejecutivo. ¿Podríaad momento en que nadi derecho a dar órdenes en nombre de la coa], e una le tenía «u, A ición? Se f, -11

,Jik-

, ad de control» a a, a lo sumo, er, la . De hecho, el debate que se había entablado

Cin,ara de los Comunes a propósito de la ratificación del acuerdo mostraba hasta qué punto la opinión inglesa rechazaba cualquier sistema 911L Subordinase el mando británico-Co a un mando único interaliado, inexo-

-Tir-

Vejar las armas (enero-febrero de 1918)

La Entente

rablemente concedido a un francés. Para llegar a más, era preciso esperar los resultados de la experiencia.

No hizo falta esperar mucho tiempo. Cuando los representantes militares (el general Weygand de Francia, el general Wilson de Inglaterra y el general Cardona de Italia) recibieron el encargo de estudiar el plan de campaña, las diferencias de opiniones se evidenciaron: ¿Había que oponer a la ofensiva alemana en el frente occidental una actitud defensiva simplemente, según la opinión de los comandantes en jefe Pétain y Haig prever una contraofensiva de liberación, según el proyecto de Foch', ¿ Había que renunciar a toda iniciativa en los teatros de operaciones exteriores, o bien, como lo quería el general Wilson, iniciar una acción contra Turquía? Los representantes militares eludieron la dificultad con un mediocre acuerdo: adoptaron el plan Wilson y el plan Foch a la vez. Pero estas fórmulas imprecisas no constituían un verdadero programa. Weygand lo sabía de sobra: la «unidad de control» no podía hacer las veces

de una unidad de mando. «¿Quién se ocupará», preguntaba, «de que las tropas de reserva no acudan a destiempo allí donde el enemigo las llame? ¿Quién ordenará a uno de los ejércitos aliados que ataque para liberar al otro?» En una nota a Clemenceau (19 de enero de 1918) Weygand mues-

tra la urgencia de arreglar de una vez este importante asunto. «Hoy, ante

la amenaza y quizá en vísperas del mayor ataque que el enemigo haya in-

tentado jamás contra nosotros, no existe ni plan conjunto, ni Jefe». El ideal era confiar la dirección de las operaciones a un «generalísimo que mandase todos los ejércitos de la Entente». Si esta solución era irrealizable, al menos convendría asegurar una «dirección única» confiada a un

comité con poderes ejecutivos.

En la sesión del día 1 y 2 de febrero, el Consejo superior de guerra, reunido en Versalles, toma en cuenta estas opiniones. Decide crear una reserva general interaliada y formar un «comité ejecutivo» que determinará la composición de esta reserva, dirá cuándo se debe utilizar y fija *rá «el lugar y la magnitud de la contraofensiva». La presidencia del comité se confía al general Foch. Es un camino que conduce a la designación de un generalísimo. En Londres esta decisión provoca airadas críticas: el general Robertson, jefe del estado mayor, presenta su dimisión. Lloyd George, interpelado en Los Comunes, supera la crisis. de

Pero cuando el «comité ejecutivo» quiere cumplir su misión Y P, trece divisiones al ejército francés, diez al ejército inglés y siete al ejér-

1 cito italiano para formar la «reserva general», tropieza con la resistencia

3 Í c,óri de los comandantes en jefe. Pétain discute: critica la nueva organiza 1

que no va a conseguir -dice- que la intervención de las reservas tenga la rapidez necesaria; alega que las decisiones del comité ejecutivo van a obligarle a modificar a última hora su plan de operaciones. Al final, en vez de trece divisiones ofrece ocho. Inútil concesión, porque el mariscal Foch adopta la actitud de rechazo total: antes de suministrar divisiones 2

: ,en es-

reserva general prefiere dimitir. Los dos comandantes en jefe se basan en el uso estudiado en colaboración las ayudas mutuas que se van a facilitar el, c

d. ataque alemán, como si el comité ejecutivo no existiese. ¿Van a obligar los gobiernos a los dos generales a acatar la autoridad de Foch? En la sesión de Londres (14-15 de marzo) el Consejo superior de guerra cambió de opinión. Lloyd George no se arriesga a encontrarse con la dimisión de Haig en un momento en que la ofensiva alemana es inminente. Clemenceau se rinde ante los argumentos de Pétain. El Consejo decide «aplazar la aplicación» de su resolución del 2 de

febrero. La reserva general no se formará; el comité ejecutivo ya no tiene funciones ni poder. Foch protesta inútilmente. Será necesario que la presión de nuevos y graves acontecimientos acabe por imponer la idea de una «dirección única».

En el momento en que va a empezar la gran ofensiva alemana en el frente de Francia las miradas se centran en cuatro hombres.

En el gran cuartel general alemán domina Ludendorff. Ha dado pruebas de su valor tanto en las campañas ofensivas dirigidas contra el frente ruso en 1914 y 1915 como en la lucha defensiva. Con su intuición rápida, su decisión, su fuerza de voluntad, temperamento ardiente y capacidad de trabajo, reúne todas las características de un jefe. Sabe renovar sus planes tácticos y estratégicos. Tiene la confianza de las tropas y el gobierno le reconoce el prestigio de los servicios prestados y la fama que ostenta su nombre en la opinión pública. Pero su ansia de poder le incita a intervenir cada vez más en política y su tendencia al riesgo, que comparte con tantos otros capitanes, le lleva a sobreestimar sus fuerzas. Es un jefe autoritario e intransigente.

Frente a él, tres jefes: Foch, Pétain y Haig. Foch ha mostrado en Yser, en 1914, lo que es capaz de hacer personalmente en una guerra de coalición. Con su fuerte personalidad, la amplitud de miras, el ascendiente que le proporcionan su energía y su imaginación, con su imperturbable confianza, que surge en momentos en los que todos los acontecimientos parecen desmentirla, posee un considerable poder de convicción. Su pensamiento se expresa en frases lapidarias, frases rápidas e incisivas. Foch «infunde valor». Sabe convencer. Pétain, frío a primera vista, de aspecto tranquilo y gesto sobrio, no tiene el mismo poder de atracción. Pero tiene el prestigio de ser el «salvador de Verdún». Tiene además otros valores que le aseguran una gran autoridad en el ejército y en el país: Más que nadie ha sido consciente desde 1915 de las transformaciones que debían sufrir los procedimientos de ataque de un frente fortificado y ha demostrado, en 1917, que sabía entender la mentalidad del soldado. Los combatientes confían plenamente en él. Sin embargo, su actitud crítica, que le lleva a sopesar todos los riesgos antes de actuar, no le permite tener el «don de la ofensiva». Por eso no tiene en los Consejos aliados una influencia parecida a la de Foch. Haig posee cualidades de jefe

carácter: lealtad, sinceridad, serenidad, en los momentos críticos y firmeza en las decisiones, incluso cuando su situación personal pueda resentirse por ello; pero no tiene, en el plano estratégico, una experiencia comparable a la de sus colegas franceses.

- 466 -

467 -

CAPÍTULO V

LA GRAN OFENSIVA ALEMANA (marzo-Julio 1918),

El plan general de la ofensiva alemana se discutió en una conferencia celebrada en Mons a partir del 11 de noviembre de 1917. El kronprinz Rupprecht de Baviera propuso un ataque en Flandes contra los ingleses y el kronprinz de Prusia una nueva batalla de Verdún. Ludendorff descartó ambas propuestas. Quería llevar su primer ataque al punto de unión del frente inglés con el frente francés, en la región de San Quintín. En esta zona de planicies descubiertas, era posible un ataque tras el final del invierno, mientras que en Flandes el terreno no era transitable antes de abril. Además las reservas inglesas se encontraban agrupadas en la parte norte del frente y la penetración sería más difícil. Este plan se adopta el 21 de enero de 1918. Al imponerlo, Ludendorff no está seguro de con-

seguir al primer intento un éxito decisivo. «La táctica, ha escrito, debía ganar a la estrategia pura». De hecho, durante tres meses, va a acumular victorias, pero sin que ninguna de ellas sea completa.

I. LA BATALLA DE MARZO El 10 de marzo el gran cuartel general alemán da las órdenes definitivas para la ofensiva de San Quintín. Las 65 divisiones de infantería que

Obras generales de consulta.- Además de los estudios generales, ya citados en 1). 444,

b., 1918 desde el punto de vista aliado, L. Madelin, La bataille de France, 21 mars-11 novembra, citada (París, 1920, in-12); R. Recouly, La bataille de Foch (París, 1920, in-12), obras reditadas en Oca.-

antes de la publicación de los documentos: H. Corda, La bataille de 1918 sur le front occidental, 1915', dental. Conferences (París, 1921, in-8'); general Loizeau, «La stratégie allemande en 1918», en La Revue militaire française, feb. y marzo, 1934, pp. 189-214 et 273-298; general Loizeau, Le commandant en chef des armées françaises du 15 mai 1917 à l'armistice (París, 1931, in-8'); Desde el punto de vista alemán, véase Wolfgang Förster, Der Zusammenbruch 1918 (Berlín, 1925, in-8'), compendio de artículos y Fr. Holtrauer, Der

Entschluss der obersten Heeresleitung zur Offensive 1918 Münster' (Münster, 1937, in-8'). Las fuentes.

Los documentos más importantes son el Rapport du maréchal commandant en chef des armées françaises en 1918, en el compendio Les armées françaises dans la Grande Guerre y los documentos de von Kühl ya citados, (p. 443). Véase también el informe de von Mordacq, Le ministre de la Guerre. Journal d'un témoin (París, 1931, 3 vol., in-12).

2 Obras de consulta.- Sobre las operaciones militares, además de las ya citadas

468

La batalla de marzo

La ofensiva alemana está distribuida en tres ejércitos: En el norte, el general von Below (XVII ejército) tiene 19 divisiones; en el centro, von Marwitz (11 ejército) tiene 20; al sur von Hutier (XVIII ejército), el vencedor en Riga tiene 24. Below tiene primero que reducir la «hernia» que forma el frente inglés en la región de Cambrai, después avanzar en dirección a Albert y Arras. Hutier tiene como primer objetivo la línea del Somme y el canal de Crozat; después, intentará, avanzando hacia Chaulnes y Roye, alcanzar las reservas francesas que llegarán en apoyo de los ingleses y separar los dos ejércitos aliados. Estas direcciones de la ofensiva son divergentes. Ahora bien, la operación no está en manos de un jefe único: el ejército de Below pertenece al grupo de ejércitos del príncipe Rupprecht de Baviera; el ejército Hutier al grupo de ejércitos del kronprinz de Prusia. Ludendorff aunque no lo confiese, parece que ha tenido que someterse a razones de orden dinástico: No quería que la victoria recayese sólo en un príncipe bávaro. Esta dualidad de mando no favorece la cohesión necesaria.

El 21 de marzo de 1918, a las cuatro de la madrugada, la preparación de la artillería alemana se desencadena; a las nueve, la infantería marcha al ataque. La gran batalla empieza.

El frente inglés se tambalea bajo el choque; al norte del Somme, sin embargo, el mando al cabo de algunas horas logra organizar la resistencia y sólo retrocede palmo a palmo; pero las tropas que más al sur defienden la línea del canal de Crozat son arrolladas y se repliegan en desorden. En una jornada el XVIII ejército alemán avanza 6 kilómetros. La penetración está lograda. Este éxito actúa donde el mando alemán menos se los esperaba. ¿Hay que seguir con el plan primitivo o hay que adaptarlos a las circunstancias llevando el eje del ataque en la dirección que el enemigo ofrezca menos resistencia? El día 23 Ludendorff adopta la segunda postura. Da la orden a su 11 ejército de avanzar en dirección

dYta, Icitadas (sobre todo las de Foch y las de Ludendorff), véase sobre todo el estudio crítico

a ofensiva alemana por Koeltz, *La bataille de France* (París, 1931, in-S'), desde la perspectiva alemana. O. Fehr, *Die Märzoffensive 1918 an der Westfront. Strategie oder Taktik* (LePzlg, 1921, in-S-), sugerente--- Desde el punto de vista inglés Sparrow, *The fifth army dé -rch 1918* (Londres, 1923, m-S'); general Gougli, *La 5^a armée @ritannique dans la Gran-*

G4e-e (París, 1935, in-S@; trad. del inglés); coronel Bentley Mott, *Twenty years as military attaché* (Londres, 1937, m-S') y del mismo, *Soldiering on...* (Londres, 1954). El co^ mncl Thierry d'Argenlicu, *La bataille de l'Avre* (París, 1929, in-12), expone, según los documentos de archivos, el papel del ejército Debenev--- Los documentos publicados en *Les "4é"franvaises, dans la Grande Guerre* (citado en p. 291) pueden confrontarse con los reunidOl In el *Rapport du marechal commandant en chef* (París, 1919, 15 vol., m-S'), obra del 'ftado mayor del mariscal Pétam--- La cuestión de la unidad de mando para los ejércitos de la Entente es tratada por el general Mordacq, *Le commandement unique. Comment il f4t realú - ,e* (París, 1929, iri-12) y en Hank,y (Lord), *The supreme command, 1914-18* (Londre-, 1961, 2 vol.). Véase ade rás de los testimonios citados en p. 455, en particular el JourW del general Wilson el del 24 1 artículo de Loucheur, «L'unité de commandement», en *Ulustration* ;1,, Mar. 1928, el del coronel Grasset, *ibid.*, 3 may. 1930, y el estudio de Worsfold, «Lord

and the unified conimand», en *United Empire*, may. y jun. 1929, pp. 237-244 y 316-324.

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

a Amiens, mientras el XVII intentará empujar a los ingleses hacia el norte y el XVIII ampliará su actuación hacia el sudoeste. Ahora el objetivo esencial de la ofensiva es separar las tropas inglesas de las tropas francesas, hacer retroceder a ambas en direcciones distintas. El papel del Jefe de la 5ª Armada, en principio secundario, se vuelve primordial: El general Foch envía allí los refuerzos disponibles. Pero Ludendorff no renuncia, a pesar de todo, a llevar adelante al ejército de la izquierda. Tiene ambiciones, demasiadas. ¿Serán suficientes las fuerzas de que dispone para llevar a buen término esta doble tarea?

Del lado anglo-francés, el primer éxito del ataque alemán produce un efecto de sorpresa. El mando inglés, aunque conocía los preparativos enemigos, no esperaba una acción de semejante envergadura en ese frente, no disponía de las reservas necesarias. En cuarenta y ocho horas el desastre del ejército Gough adquiere visos de derrota. Para restablecer el

línea del mando británico cuenta con 1 división y 1 situación la intervención de las reservas

francesas. ¿No está acaso previsto este caso en los acuerdos adoptados en-

tre el mariscal Haig y el general Pétain? En cuanto llega la primera noticia de la ruptura, el gran cuartel general francés envía hacia Noyon y Montdidier los refuerzos disponibles en ese momento. Pero, ¿qué pueden hacer unas cuantas divisiones lanzadas al ataque nada más bajar de los camiones, y que entran en acción incluso antes de que la propia artillería esté lista para apoyarlas? No logran mantener la conexión con las tropas británicas que se retiran. Se produce un vacío entre los dos ejércitos aliados. ¿Quién va a llenarlo? El general Pétain piensa en la posibilidad de enviar nuevos refuerzos por todos los medios, pero, ¿de dónde los va a

sacar? ¿Del frente de Champaña, que es el más cercano? No acaba de decidirse: Según su opinión, la ofensiva de San Quintín tal vez no sea

más que un ataque preparatorio; puede que el mando alemán aseste un nuevo golpe precisamente en Champaña. Por lo tanto Pétain quiere sa-

car del ejército del este las divisiones destinadas a reforzar el frente inglés. Pero el transporte será más largo y corren el riesgo de llegar tarde. Haig presiona inútilmente a Pétain para que le entregue lo más rápido posible las tropas necesarias; en vano advierte que posiblemente el ejército alemán ha arriesgado en la batalla de San Quintín todas sus fuerzas,

y que por consiguiente no están en condiciones de iniciar otra operación en Champaña. El comandante en jefe francés, responsable de la seguridad de su propio frente, duda en arriesgarse.

A partir de ese momento ¿en qué va a quedar la colaboración anglofrancesa? A lo largo del día 24 se ahondan las divergencias que separan, los dos mandos, y mientras, en el campo de batalla, aumenta el vacío que separa las tropas francesas de las inglesas. «Ante todo hay que mantener

tener con firmeza el entramado del ejército francés... ; después, si es po-

sible, hay que conservar el contacto con los ejércitos británicos. Hay que actuar en consecuencia». En estos términos se dirige el general Pétain a

su grupo de ejércitos del norte. El cuerpo de caballería, que acaba de lle-

gar al norte de Noyon, tiene que cubrir el flanco izquierdo de las tropas

La batalla de marzo

francesas, ---su principal misión--; también procurará mantener la conexión con las británicas, su misión «secundaria». Sin duda no se trata

1 n de ejecución»; sólo es una instrucción previa, pero basta de una «orde

ra mostrar el espíritu con que el mando francés dirige la batalla. El mala 1 1 riscal Haig, por su parte, telegrafía a Londres pidiendo refuerzos; con veinte divisiones tendría suficiente para reanudar el contacto con los franceses; mientras tanto el ejército inglés tendrá que luchar en retirada, «cubriendo los puertos del Paso de Calais». De este modo cada comandante en jefe desea ante todo «mantener y conservar su ejército». Uno se preocupa por cubrir París, el otro por proteger sus bases de avituallamiento. Sus intereses divergentes favorecen al adversario. El ataque alemán en el punto de unión de los dos ejércitos ha empezado a «forzar las dos hojas de la puerta» según expresión del general Foch. ¿Logrará separarlas?

Para prevenir el peligro, los aliados deben cambiar de táctica. El 14 de marzo en Londres, los aliados renunciaron a formar una unidad de mando; han depositado su confianza en los comandantes en jefe para que solucionen directamente las condiciones de su apoyo mutuo. Ahora bien, desde la primera crisis está fallando esta colaboración directa. Es lógico que se vuelva a la idea de establecer un «órgano directivo de la guerra». Foch se lo dice claramente a Clemenceau el 24 de marzo.

En la jornada del 25 tienen lugar dos reuniones simultáneas anglofrancesas, una en Compiègne, donde Clemenceau, Foch y Pétain se reúnen con el ministro inglés de la guerra, lord Milner, que acaba de llegar a toda prisa de Londres; la otra en Abbeville, donde el mariscal Haig conferencia con el general Wilson, jefe del estado mayor británico, y con el general Weygand. Llegan a la misma conclusión: Es indispensable que los dos ejércitos logren una unidad real de acción y que Pétain proporcione a los británicos un apoyo más rápido y completo. ¿De qué modo? Entregando a un único jefe la dirección de las operaciones en el frente occidental. Ese Jefe sólo puede ser Foch: los consejos que ha dado en el plan de campaña, el intento que realizó en febrero para retener la dirección de la guerra, la confianza que los gobiernos ya le han demostrado al encargarle de presidir el efímero comité ejecutivo, le hacen el principal candidato. Nadie propone otro candidato. Ante el giro de los acontecimientos, Pétain acepta sin protesta. En cuanto a Haig, aunque hasta entonces se haya mostrado totalmente contrario a la unidad de mando, ahora se da cuenta de que es el único medio de conseguir que los ejércitos franceses le proporcionen la más amplia ayuda. «Actualmente lo importante es haber lo que se puede conseguir de los franceses en cuanto a las reservas, y en qué plazo». Esta frase de lord Milner al general Wilson aclara

el estudio de los británicos y explica su evolución. En las conversaciones que tienen lugar el 25 por la tarde, en Versalles y París, entre Milner y Wilson, entre Wilson y Foch, se fijan las líneas maestras del acuerdo anglo-francés. Foch recibirá por «delegación especial» de los gobiernos las funciones de «coordinación». Por un momento el jefe del estado Mayor inglés se plantea la posibilidad de ofrecer la dirección militar de

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

la coalición a Clemenceau, con Foch de «consejero técnico»; pero el general estima que esta combinación no le dejaría la suficiente libertad de acción. En la mañana del 26 los británicos están dispuestos a aceptar el mando de Foch.

El 26 de marzo, hacia el mediodía, se inicia en Doullens la conferencia anglo-francesa que estudiará la situación militar. Del lado francés, están el presidente de la República, el presidente del gobierno, el ministro de Armamento, Foch y Pétain. Del lado inglés lord Milner, ministro de la guerra, sir Heriry Wilson, jefe del estado mayor general, y el mariscal Haig. Se invita a los comandantes en jefe a que expongan las medidas adoptadas para tratar de frenar la ofensiva alemana. ¿Confían en lograrlo? ¿Conseguirán salvar Amiens? Pétain habla del esfuerzo que ha realizado, y explica el que confía aún en llevar a cabo: nueve divisiones francesas destinadas a primera línea; otras quince preparadas para apoyarla. Pero, ¿cuándo llegarán? Haig ya no tiene reservas disponibles; necesita ayuda inmediatamente. En pocas palabras Clemenceau resume la situación: No importa tanto el número de divisiones francesas que vayan a intervenir como la rapidez de su intervención. Pero en esta cuestión Pétain se mantiene prudente. En ese momento interviene Foch: «Hay que vencer an-

tes de llegar a Amiens. Hay que vencer donde estamos». Logra conven-

cer por la energía de sus palabras y la firmeza de su actitud. «Si el general Foch quisiera darme consejos los seguiría de buena gana», dice el mariscal Haig. La decisión está tomada. En encuentros rápidos Milner habla con Haig, Clemenceau con Pétain. El acuerdo queda hecho. Sólo falta encontrar la fórmula. La que redacta en principio Clemenceau es limitada: El general Foch quedaría encargado de «coordinar las operaciones de los ejércitos aliados antes de llegar a Amiens». Haig y Pétain son

1. El general Foch, es el primero en tacharla de insuficiente. Para cumplir su misión

es necesario que Foch tenga una autoridad más amplia. En el texto definitivo se le encarga «coordinar la acción de los ejércitos aliados en el frente oeste». A las 14 h. 30 termina la conferencia de Doullens. Dos horas después Foch da ya las órdenes: «Asegurar a toda costa la protección de Amiens; restablecer el contacto entre franceses y británicos en las cercanías de Bray-sur-Somme, y mantener así la continuidad del frente entre el Somme y el Oise». En realidad estas instrucciones sólo tienen un efecto moral: Los refuerzos no van a llegar en un instante. Sin embargo renace la confianza.

El 26 por la tarde, cuando Foch empieza a ejercer el mando, Ludendorff ha cambiado sus órdenes. Quiere realizar la ofensiva «en abanico» para separar completamente el ejército inglés del ejército francés, avanzar

por su ala izquierda en dirección sudoeste, hacia Compiègne; Por su ala derecha en dirección noroeste, hacia Arras. Ahora dedica toda atención al ataque del ala izquierda. Pero hace ya seis días que sus tropas luchan y avanzan. En este terreno azotado por la batalla los movimientos

de las baterías pesadas y los avituallamientos se hacen difíciles. La ofensiva, como siempre, empieza a perder ímpetu. El 27, el XVIII ejército

472

La batalla de abril

El ejército francés logra alcanzar Moni-didier, pero el XVII se estanca: Al norte del Somme el ímpetu del ataque parece debilitarse. Ludendorff renuncia entonces a dispersar sus fuerzas. Refuerza el centro -su 11 ejército- y trata de avanzar directamente hacia el oeste, hacia Amiens. Inútil. El 30 de marzo el ataque obtiene resultados inapreciables. El 5 de abril, tras un último intento, el gran cuartel general detiene la ofensiva.

El ejército alemán logra éxitos tácticos considerables en esta batalla que dura quince días y en la que emplea noventa divisiones. Sitúa sus líneas sesenta kilómetros adelante: Es un avance que aún no se había conseguido en el frente occidental. Captura 90.000 prisioneros. Pero desde el punto de vista estratégico el esfuerzo ha fracasado.

Por un momento el mando alemán cree tener la victoria en su mano; ha visto como se abría delante una brecha entre el ejército inglés y el francés

pero el ejército francés; pero antes de que pudiera ampliarla, la brecha se ha vuelto a cerrar. ¿Podía haber aprovechado la ocasión? Le faltaban reservas para actuar en el punto crítico, al diluir sus fuerzas y cambiar en tres ocasiones la dirección principal del ataque durante la batalla.

Del lado anglo francés la moral no ha bajado. Pero se tiene clara conciencia de que este primer choque es sólo el comienzo. En previsión del nuevo ataque alemán, Foch pide el 31 de marzo que se amplíen sus atribuciones. El acuerdo de Doullens sólo le otorgó la posibilidad de «coordinar», y esto no basta para tomar las iniciativas que son necesarias. A petición suya, Clemenceau convoca una nueva conferencia el 3 de abril en Beauvais. «Los gobiernos británico, francés y americano», dice el acuerdo, «confían al general Foch la dirección estratégica de las operaciones militares», en tanto que los tres comandantes en jefe, Haig, Pershing y Pétain, «se ocuparán por completo de la dirección táctica de sus ejércitos». Desde ese día Foch aparece como el «general en jefe de los ejércitos aliados»: El nombramiento lo

recibirá el 17 de abril. La unidad de mando, esbozada en Doullens se confirma en Beauvais. Sin embargo, según los términos del acuerdo, cada comandante en jefe tiene la libertad «de acudir a su gobierno si piensa que pelagra su ejército a causa de una orden dada por el general Foch». Esta restricción ha sido impuesta por Lloyd George: No deja a Foch toda la autoridad de un generalísimo, y Puede obligarle a negociar. Pero ¿en qué coalición se ha visto que los gobiernos renuncien al derecho de velar por sus intereses nacionales?

II. LA BATALLA DE ABRIL ³

Ludendorff, nada más ver que la resistencia anglo-francesa se afianzaba ante Amiens, empezó a preparar otro ataque. El 28 de marzo había

³Obras de consulta- Coronel R. Tournés y cap. H. Berthet, La bataille des Flandres d, 1 1-

aDres

,D,cu

journal de marche et les archives de la IV' armée allemande (9-30 avrÚ 1918). Ment, e ets pris á Pennemi (París, 1925, in-S'); Rupprecht von Bayern, Mein Kriegs-

- 473

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

dado órdenes para preparar una ofensiva contra el frente inglés desde Amantierres a La Bassée, sobre una extensión de cuarenta kilómetros. Quería actuar deprisa para sacar ventaja del debilitamiento del ejército inglés. El 8 de abril el VI ejército encargado de la operación se componía de seis divisiones de infantería.

El día 9 empieza el ataque apoyado por carros de combate. Se trata de atravesar Lys, avanzar hacia el noroeste en dirección a Hazebrouck y tomar los altos de Cassel. Si se logra, el mando inglés se verá obligado, a evacuar la «herma» de Ypres. En el mejor de los casos, incluso puede que la ofensiva llegue a amenazar los puertos del canal de La Manch., base de avituallamiento del ejército inglés. Pero el ataque no tiene las mismas características que el del día 21 de marzo: las divisiones de infantería están formadas unas por tropas cansadas por la anterior ofensiva, otras por tropas «de posición» mal entrenadas; las columnas de avituallamiento, al estar escasas de caballos no pueden mantener con normalidad sus funciones; a causa de la sobrecarga en los ferrocarriles, los envíos de municiones llegan con retraso. El primer día, sin embargo, los avances son visibles. Las divisiones de ataque toman el paso de Lys; una zona de este frente está ocupada desde hace un año por dos divisiones portuguesas que aún no han tomado parte en una batalla importante: No aguantan el choque. Durante cuarenta y ocho horas los alemanes siguen ganando terreno al norte de Armentières y en la región de Bailleul. Pero en las alas, el ataque se debilita. El 19 de abril, el príncipe Rupprecht de Baviera, comandante del grupo de ejércitos que se encarga de la ofensiva, se da cuenta de que no logrará atravesar el frente enemigo. Los ingleses reaccionan apoyados por divisiones francesas. Para seguir manteniendo la lucha habría que enviar refuerzos. ¿Sería conveniente? «Estos combates», escribe Rupprecht, «van a convertirse en luchas de material» ¿Por qué obstinarse en un esfuerzo que no va a proporcionar ningún éxito es-

tratégico? Propone acabar con el desgaste. Ludendorff, antes de decidirse, lanza un ataque en el monte Kerrimel; lo toma el día 25; pero no puede sacar partido de este éxito: adopta una actitud prudente y recomienda vigilar los contraataques. En vez de incitar a los soldados a que sean audaces, los frena. La intervención de las divisiones francesas pone fin a la ofensiva.

Aunque el segundo ataque alemán no haya tenido la importancia del primero, aunque no haya puesto en peligro en igual medida a los ejérci-

tagebuch (Munich, 1929, 3 vol., in-8); general Gomez da Costa, *Corpo de exercito Portugese na grande guerre. A batalha do Lys, 9 de abril de 1918* (Porto, 1920 in-16).- Sobel, *el congreso de las nacionalidades oprimidas, celebrado en Roma, véase Wickhw, Through thirty years* (Londres, 1924, 2 vol., m-8); trad. franc.: *Trente années de vie politique` Europe* (París, 1926, 2 vol., in-8'); A. Tamaro, *Il patio di Roma* (Roma, s. d., in-M; Ed Bénés, *Souvenirs de guerre et de révolution* (París, 1929, 2 vol., in-8); V. Kybal, *Les Origines diplomatiques de l'Etat tchécoslovaque* (Praga, 1929, in-81); E. Holzer, *Die Entstehung des jugoslawischen Staates* (Berlín, 1929, in-8'); V. Mamatey, «The U. S. and the original Adriatic question, 1918», en *Florida State Univ, Studies*, 1951, pp. 45-60.

- 474 -

La batalla de abril

tos enemigos, el futuro es sombrío para Francia e Inglaterra. El ejército alemán tiene aún capacidad de ataque; sufre graves pérdidas, pero las provoca aún mayores en el enemigo. Tanto en el ejército inglés como en el francés el estado de los efectivos es alarmante. Y en ambas naciones el sentimiento general empieza a dar señales de decaimiento.

En Londres, el gobierno Lloyd George, a instancias del alto mando, busca los medios de suministrar al ejército los refuerzos indispensables. La terrible amenaza que se cierne sobre la coalición ha acabado por obligarle en la cuestión del reclutamiento a tomar las enérgicas medidas que el estado mayor venía ya pidiéndole desde hacía tiempo. El 9 de abril retira los «permisos de exención» otorgados a los obreros y empleados de cuarenta y cuatro oficios. Ese mismo día pide al Parlamento que autorice

al rey a retirar por decreto el resto de los certificados de exención, en los términos en que lo juzgue necesario el gobierno. Presenta entonces un proyecto que amplía la edad militar hasta los cincuenta años y consigue su aprobación. Aunque el gabinete no se atreve a aplicar estas medidas en Irlanda, la nueva ley va a permitir recuperar en tres meses a 350.000 hombres aptos para el servicio. Pero la oposición no se da por vencida: logra reunir un centenar de votos contra la ley de reclutamiento; acusa entonces al primer ministro de dar en los debates cifras falsas sobre el número de soldados que luchan en Francia. El 9 de mayo Asquith exige el nombramiento de una comisión parlamentaria especial. Lloyd George se defiende con energía y pide a la Cámara de los Comunes que acabe de una vez con estas «controversias que paralizan al gobierno». El destino del país dice, se va a decidir en las próximas semanas. ¿Tiene que soportar el gobierno la amenaza constante a su autoridad, cuando el enemigo prepara una nueva ofensiva? La mayoría le sigue: Asquith no consigue más que 106 votos contra 293. El gobierno de Lloyd George supera la crisis.

En París el Parlamento está en calma: hasta ahora el empuje alemán se ha centrado sobre todo en el ejército inglés. Pero la situación social da lugar a cierta preocupación. En marzo se inicia un considerable movimiento de huelgas que en París y provincias -sobre todo en el Loira y en el Ródano- arrastra a varios cientos de miles de obreros, de los cuales 180.000 son obreros metalúrgicos. Los motivos son complejos: la protesta contra la actitud del gabinete, que se niega a tomar contacto con el gobierno de los soviets; el descontento por los procesos judiciales iniciados en diciembre de 1917 contra algunos militantes sindicalistas; el envío al frente de jóvenes que se beneficiaban de una prórroga y que han sido sustituidos en las fábricas por una mano de obra extranjera. Es una reacción*,

10n espontánea, iniciada fuera de la Confederación general del trabajo. Los jefes sindicalistas procuran atenuar el conflicto. El propio Merrheim, que, como secretario de, la Federación del metal había sido en 1915 uno de los promotores del movimiento pacifista, se esfuerza ahora Por infundir la calma. «¿Podíamos pedir acción», ha confesado más tarde, «Cuando nos encontrábamos en la situación de vencidos? Pensé que

7

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

no teníamos derecho a hacerlo». El gobierno no trata de evitar las huelgas por la fuerza, y tampoco militariza las fábricas: deja pasar el tiempo. Pero hay que esperar el 18 de mayo para que la vuelta al trabajo se generalice.

En el plano internacional, sin embargo, la política de la Entente se afirma. Francia y Gran Bretaña, después de haber considerado largo tiempo la posibilidad de una paz separada con Austria-Hungría, renuncian a los intentos inútiles. Tras la paz de Brest-Litovsk, tras la victoria alemana en el frente occidental, ¿qué esperanzas hay de que el emperador Carlos se preste a una negociación? El conde Czernin se encarga de disipar las últimas esperanzas. El 2 de abril, en un discurso que dirige al municipio de Viena, se vanagloria de haber rechazado cierto tiempo atrás una oferta francesa para negociar; proclama la fidelidad de Austria-Hungría a Alemania. El objetivo de la maniobra está claro: se trata de resquebrajar la autoridad de Clemenceau, de mostrar que, mientras el presidente del gobierno francés expresaba públicamente su voluntad de llevar la guerra hasta el final, a la vez intentaba entablar conversaciones secretas. Pero la respuesta es fulminante. «El conde Czernin ha mentido», declara Clemenceau. Y como Czernin insiste, se empeña y alude a las conversaciones de Armand-Reverera, su adversario no duda en desvelar la existencia de la negociación Sixto. «El emperador Carlos», dice, «ha consignado de su puño y letra su adhesión a las justas reivindicaciones francesas relativas a Alsacia-Lorena». El 12 de abril, para atajar el último desmentido austriaco, Clemenceau manda publicar la carta del emperador. En Viena estalla la tormenta. El conde Czernin presenta la dimisión; el emperador, condenado por los propios archiduques, teme verse obligado a abdicar; para salvar el trono se refugia «en balbuceos de desconcierto» y no le queda otra salida que solicitar el perdón de Alemania. Un mes después, en Spa, se deja imponer las condiciones: Austria-Hungría aceptará firmar una alianza «defensiva y ofensiva» de doce años con el imperio alemán. La diplomacia Austro-Húngara queda encadenada: el emperador Carlos ya no puede realizar su política personal. Tras el el-

tallido de la polémica Clemenceau-Czernin los lazos se rompen.

A partir de aquí, ¿por qué iba a dudar la Entente en incluir por fin

entre sus objetivos de guerra la destrucción de Austria-Hungría? Puede fomentar el movimiento nacionalista, alentarlo abiertamente hasta el se-

L 13

paratismo, orientarse hacia soluciones radicales que hasta entonces : d

a

descartado. Es una evolución lógica. De todos modos es arr es9 a@ Erl' .ento de la tre los nuevos Estados que podrían surgir del desmembramiento. Doble monarquía hay uno -el Estado yugoslavo- que no es deseable por los italianos. El tratado de Londres de 1915 reserva a Italia una parte del litoral adriático. Si el gobierno de Roma se atiene a este tratado,

ue se ¿cómo Francia y Gran Bretaña van a animar a los yugoeslavos a que se independicen? La opinión italiana, bien es verdad, empieza a evolucionar. La derrota de Caporetto ha dejado sentir en algunos ambientes la necesidad de debilitar al ejército austro-húngaro, provoca'

476

La batalla de abril

retirada de los eslavos del sur. Algunos escritores políticos, Mussolini, Prezzolini, Salvemini, señalan que a Italia le interesa «apoyarse en las nacionalidades oprimidas, en esos veintiocho millones de checoslovacos, serbo-croatas, rumanos, rutenos, polacos e italianos que desean librarse del yugo de los Habsburgo». ¿No debería pensarse en una alianza entre italianos y yugoslavos por medio de la revisión amistosa del tratado de Londres? El presidente del gobierno, Orlando, parece estar de acuerdo: ha formado un comité de periodistas y diputados que se entrevista en Londres con los jefes del movimiento yugoslavo. El 7 de marzo el diputado italiano Torre y el presidente del comité yugoslavo Trumbitch firman un acuerdo preliminar cerrado a instancias del gran periodista inglés Wickham Steed: «La unidad de la nación yugoslava», dice este texto, «es de vital interés para Italia, al igual que la conclusión de la unidad italiana tiene interés vital para la nación yugoslava». Hay que «solucionar amistosamente... las cuestiones territoriales pendientes sobre la base del principio de las nacionalidades y del derecho de libre disposición de los pueblos». Este sí que es un lenguaje distinto. El obstáculo italiano parece desaparecer.

El 8 de abril, mientras se desarrolla la polémica Clemenceau-Czernin, se reúne en Roma un Congreso de nacionalidades oprimidas de Austria-Hungría. Están representadas las organizaciones nacionales de los checos, yugoslavos, polacos y rumanos de Transilvania. Inglaterra, Francia e Italia mandan delegados oficiosos. El congreso toma nota del acuerdo del 7 de marzo, anuncia la formación de un «frente común» de nacionalidades oprimidas y proclama su voluntad de destruir la Doble monarquía. El eco de esta gran manifestación llega hasta Austria-Hungría, donde la protesta de las nacionalidades se siente ahora respaldada por las Potencias de la Entente: el 13 y el 16 de mayo, en Praga, checos y yugoslavos expresan en una manifestación pública su solidaridad en la lucha por la independencia. El 15 de mayo, un «Comité de propaganda en las filas del enemigo», formado por iniciativa inglesa, pero con los auspicios del gran cuartel general italiano, entra en acción en el frente del Piave: lanza en aviones cientos de miles de ejemplares de octavillas y manifiestos que incitan a la rebelión a los soldados checos, yugoslavos y rumanos del ejército austro-húngaro; organiza «patrullas de confraternización. Se trata de un trabajo metódico para desunir al ejército enemigo, a la vez que una amenaza grave y directa contra la estabilidad política de la Doble monarquía. Paralelamente, el gobierno francés forma una legión Polaca y entrega una bandera a los 12.000 voluntarios de la legión checoslovaca: en Italia se alista a los prisioneros de guerra checos para formar un nuevo cuerpo de ejército de 24.000 hombres. En Versalles el Con-

sejo superior de guerra decide el 2 de mayo transportar al frente francés, por el río Arkhangelsk y por Vladivostok, a los 90.000 checos que acaban de ser liberados

os de los A -1

campos e prisioneros en Rusia. Así, entre las nacionalidades oprimidas y las potencias de la Entente se forma una alianza que abre el camino a un movimiento revolucionario que puede pa-

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

militar de Austria-Hungría

la

y precipitar la victoria, a. o, subsiste una ambigüedad. El Congreso de Versalles, el 1919, no se ha

realizar la acción

Y, sin embargo, sólo una reunión o iciosa. Los gobernanantes y los portavoces de las nacionalidades, cuya autoridad es simplemente nominal,

personalidades sin duda influyentes, pero sin autoridad oficial. ¿En qué medida están dispuestos los gobiernos a dar su ratificación formal? En París y Londres las resoluciones del Congreso reciben una aprobación sin reservas. En Roma el lenguaje es menos claro: Orlando expresa sus simpatías, nada más; en realidad, está molesto por la actitud del ministro de Asuntos Exteriores, Sonnino, que no quiere adherirse a una declaración de independencia en favor de los yugoslavos. La creación en el frente italiano de una legión yugoslava análoga a la legión checa se quedará en proyecto. Estas reticencias de la política italiana no impiden que Francia y Gran Bretaña hagan promesas formales a los checos y a los polacos, pero impiden que se publique una declaración conjunta de las potencias aliadas y asociadas. ¿Sabrán aprovechar los gobiernos los recursos que les ofrece el ímpetu de las minorías nacionales hacia la independencia?

III. LA BATALLA DEL 27 DE MAYO 4

El que la situación interna de Austria-Hungría se agrave, el que las protestas de las nacionalidades aumenten, significa una amenaza para las potencias centrales. Pero, ¿qué importancia puede tener, si los ejércitos alemanes consiguen antes del verano la victoria en el frente occidental?

Ludendorff acaba de bloquear hace poco la ofensiva de Armentières, y ya está buscando un objetivo para atacar de nuevo. ¿Atacará otra vez

el frente inglés antes de que el adversario haya tenido tiempo de consolidar sus nuevas posiciones? Renuncia provisionalmente porque Foch ha concertado sus reservas en el Somme y el Lys: ¿qué posibilidades ten-

dría el ejército alemán de vencer al adversario allí donde éste le espera? Por tanto, lo que hay que atacar ahora es el frente francés. Esta ofensiva obligará a Foch a desplazar sus reservas y a desgarnecer por consiguiente el frente de Flandes y Picardía. Una vez conseguido este resultado será el momento en que el ejército alemán deba reemprender la ofensiva en junio, contra los ingleses, que, privados del apoyo francés, se derrumbarán. Este es el plan que el alto mando alemán adopta el 1 de mayo.

Obras de consulta- Th. von Bose, Deutsche Siege von 1918. Das Vordringen, der 7

wach Armée über Ailette... bis zur Marne, 27 mai-13 juin (Berlín, 1929, in-8'), y del mismo autor, Die Schwierigkeiten. Vergebliches Ringen vor Compiègne (Berlín, 1930, in-8'), que forman los tomos XXXII y XXXIII de «Schlachten des Weltkrieges»; capitán Ferlet, 'La grande offensive allemande du printemps 1918. La deuxième bataille de VAisfle (27 mai-13

juin) et la bataille du Matz (París, 1938, in-8').

478

La batalla del 27 de mayo

En su pensamiento, el ataque que va a dirigir contra el ejército francés no es aún más que una estratagema de diversión.

El grupo de ejércitos del Kronprinz de Prusia es el encargado de la operación. El objetivo es la posición del Camino de las Damas, por naturaleza fuerte, pero deficientemente ocupada, precisamente porque parece fácil defenderla. A lo largo de este frente de cincuenta kilómetros entre Laffaux y Craormes, sólo hay siete divisiones en línea y dos divisiones en reserva. Cuatro de ellas son divisiones inglesas, muy debilitadas por las batallas precedentes y situadas allí en «sector de reposo». Contra ellas el Kronprinz dispone de treinta divisiones, apoyadas por 1.150 baterías de artillería. Esta superioridad numérica debe permitirle hacerse

con la posición. ¿Hasta dónde llegará? El gran cuartel general piensa alcanzar primero la línea del Aisne, después la del Velsa, en la región de Fismes: un avance de unos veinte kilómetros. No ve más allá. Para conseguir un éxito mayor habría que ampliar el frente de ataque, ampliarlo en el ala derecha hasta el bosque de Compiègne y en el ala izquierda hasta las montañas de Reims. Esto no sería posible más que tomando prestada una parte de la artillería del grupo de ejércitos del príncipe Rupprecht de Baviera; ahora bien, Rupprecht necesita esta artillería para preparar el ataque decisivo que debe emprender en junio contra el frente inglés. El alto mando alemán sigue, pues, fiel a su plan primitivo: Una operación de objetivo limitado, destinada a atraer al sur del Aisne las reservas de Foch.

El gran cuartel de los ejércitos aliados tiene esta incertidumbre. Foch se inclina a pensar en un ataque sobre el frente comprendido entre Montdidier y Arras. Haig teme una acción en Flandes. Pétain está preocupado por la debilidad de sus reservas y señala en varias ocasiones el peligro que corre el ejército francés; pero no tiene pruebas de que la ofensiva enemiga se vaya a llevar a cabo contra su frente. Mientras tanto, a pesar de las objeciones de Pétain, el grupo de fuerzas anglo-francesas no se modifica: de 103 divisiones francesas, en línea o en reserva, 45 se hallan al norte del Oise. El 19 y el 22 de mayo, dos informes anuncian, sin embargo, que el ejército alemán se prepara para atacar el Camino de las Damas, pero no se confirma. El 22 de mayo, sólo treinta y seis horas antes del comienzo de la ofensiva, el mando francés se entera por fin a través de prisioneros, de la inminente amenaza. Es demasiado tarde para preparar una defensa eficaz.

El 27 de mayo, tras una corta preparación de la artillería, se lanza el ataque. En una sola etapa toma la primera posición, donde el comandante del 6.º ejército francés, el general Duchêne, ha mantenido, a pesar de

instrucciones de Pétain, su línea principal de resistencia. Tras tomar Camino de las Damas, las divisiones alemanas descienden por las pendientes del

valle del Aisne; a mediodía han atravesado el río; por la tarde alcanzan la línea del Vesle. En un día, gracias a la sorpresa, los objetivos de la ofensiva se consiguen. Ante la importancia de este primer éxito, Ludendorff se

Piensa en sacar partido de la victoria. ¿Por qué conformarse

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

con una operación de objetivos limitados, si el enemigo está perdido? El 29 da la orden de continuar la ofensiva en dirección suroeste hacia Compiègne, Dormans y Épernay y alcanzar los pasos del Marne. _orr_

La crisis del 27 de mayo es tan grave como la del 21 de marzo. En vano el mando francés, tras la primera noticia del ataque, lanzará a la batallada sus reservas disponibles en ese momento: el avance del enemigo es tan rápido que estos refuerzos se ven obligados a intervenir batallón por batallón y desaparecen en la confusión de los combates antes de que el mando haya podido organizar un contraataque. En la tarde del día 28, Pétain se da cuenta de que no va a poder frenar al enemigo de frente; pero si logra mantener en las dos alas los «diques de contención» -las montañas de Reims y las planicies de Soissons-, la ofensiva alemana, afirma, no logrará sobrepasar la línea del Marne. Sólo hace falta que lo, «diques» aguanten. Sin embargo, el 29, el ataque alemán llega a Soissons; el día 30, Ludendorff da la orden de conquistar las montañas de Reims cercándolas.

¿Dónde se pueden hallar los medios para contrarrestar este nuevo peligro? El día 29, Foch aún duda en proporcionar a Pétain una parte de sus reservas: sabe que los ejércitos de Rupprecht de Baviera cuentan con muchos medios disponibles; teme un ataque enemigo en la región del Somme o en Flandes. Hasta el 30 no enviará cuatro divisiones. Ese mismo día las tropas alemanas llegan al Marne; el 31, toman los pasos en Dormans y en Château-Thierry. La situación es tan crítica que Pétain se pregunta si no se verá obligado a ordenar la retirada general. Advierte a su grupo de ejércitos del este (Castelnau) para que tengan previstas las medidas necesarias en caso de repliegue. Pero los diques resisten: la potencia del adversario empieza a declinar en el momento en que crece la resistencia francesa. El 5 de junio Ludendorff detiene sus tropas en el Marne. Trata aún, el día 9, de lanzar un ataque en el frente de Montdidier-Noyon, en dirección a Compiègne. Pero esta vez el ejército francés espera el ataque. Tras un éxito inicial, que lleva la línea alemana hasta el Matz, el contraataque francés detiene la ofensiva. El 11 de junio el alto mando alemán da la orden a sus tropas de limitarse a mantener sus posiciones.

En quince días, el nuevo esfuerzo alemán ha proporcionado unos resultados tácticos considerables: un avance que alcanza sesenta kilómetros, 50.000 prisioneros y un botín de seiscientos cañones. Pero tampoco ahora los resultados estratégicos son decisivos. La verdad es que Ludendorff no ha sabido elegir: ha decidido tras su primer éxito ampliar los objetivos de la operación; sin embargo, no ha querido utilizar las reservas de que disponía aún en Flandes. No se ha arriesgado. Por eso la victoria deja en una situación precaria la misma zona en que ha logrado su triunfo: el nuevo frente alemán forma entre Noyon y Reims una línea cuyos dos flancos están amenazados; las tropas que sostienen esta línea del Marne están muy expuestas, pues su avituallamiento se hace a través de una sola línea férrea, de escaso rendimiento. Ludendorff ¡lo

- 480 -

La batalla del 27 de mayo estaba convencido de encontrar la «decisión» en la batalla del Ais, e por qué ha prolongado el esfuerzo más allá de la primera batalla?

¿Meros días? En todo

¿puede un caso, aunque en dos meses haya vencido en tres ocasiones, no puede apuntarse ya más que la primera batalla?

*¿dejarlos como resacas de la victoria. El ejército inglés apenas de consiguientes éxitos preparatori-

Pero estos éxitos preparatorios son los.

¿Está repuesto el ejército de tal envergadura que la opinión pública

choque que ha soportado en marzo y el ejército francés por su parte acaba de sufrir un serio revés. ¿Serán capaces de resistir un nuevo empuje del ejército alemán? Y, sobre todo, ¿la moral de la «retaguardia»

¿lo soportará? He aquí que París sufre un bombardeo lanzado a cien kilómetros de distancia por un nuevo cañón y está amenazada de nuevo por el avance alemán. La opinión pública está angustiada y en los círculos políticos

o, parlamentarios los ánimos se exacerban. El 4 de junio en la Cámara de Diputados la oposición interviene airadamente; pide explicaciones.

¿Espol

¿Por qué? El resultado de la sorpresa del 27 de mayo y sanciones «contra los generales responsables». La suerte del alto mando está en juego

ósfera de enfrentamiento. Se niega a inici * Clemenceau replica en 'u a'm .ar sobre la situación un debate público que tendría «graves consecuencias»; se opone a la creación de un comité secreto. Las interrupciones jalonan su discurso. El Presidente del gobierno, irritado, abandona la tribuna. Vuelviepoco después para defender el alto mando: «Si hay que abandonar a los jefes que an

h servido honestamente a la patria para conseguir el aplauso de ciertas personas que opinan a la ligera, eso es una traición de la que me siento incapaz. No esperéis que. yo lo haga». ¿Sanciones@ Se niega a explicarlas. ¿ExplicacionesP No quiere pedírselas a los generales. Y, en un enérgico discurso final, lanza un llamamiento al país: «Os aseguro preciso que esta sea mi s última palabra- que la victoria depende lyneosotros.. s,empre que los poderes civiles se pongan a la altura de su deber' porque a los soldados no hay que hacerles esta advertencia. A los vivos sólo les falta rematar la magnífica labor de los muertos».

La vehemencia del Presidente del gobierno salva a Foch. Por 337 Yo~ tos contra 110 la Cámara aprueba la suspensión del debate. La crisis moral está Conjur`ada.

A Mediados de Junio, después de tres victorias el alto mando alemán alcanz` el momento decisivo. Antes de que pasen 1algun s semanas tiene que conseguir la Victoria total. a que pasa 11, Después será demasiado tarde: cada día

gan nuevas tropas a Francia desde los Estados Unidos. Al mi"CW sus Ofensivas ¿no había dicho el propio "11ncar la Ludendorff que había que es oro. victoria antes de que acabase julio @ Para Alemania el tiempo

La gran ofensiva alemana @marzo-julio igl8)

IV. LA PREPARACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DE LA OFENSIVA @4 DE JULIO 5

minución de; número de sus tropas; para llegar a la «soluci

Ludendorff conoce claramente el peligro. Está preocupado por, di -

lón militar», le faltan, dice, 200.000 hombres. A pesar de todo, ¿hay que seguir intentándolo? ¿No sería más prudente tratar de sacar partido del efecto moral de las victorias? Ahora que los ingleses y los franceses están debilitados por tres derrotas y sienten la amenaza de una nueva ofensiva' ¿sería el momento propicio para iniciar una negociación que podría quizás asegurar a Alemania unas ventajas sustanciales? El 16 de mayo, Balfour acaba de manifestar que «el gobierno británico no cerrará las puertas a ninguna gestión de paz que se proponga, venga del lado que venga, y mientras esté apoyada en bases sólidas». ¿Debe Alemania aprovechar la ocasión de una paz negociada? Este es el principal problema que los mentores de la política alemana deben resolver.

Dentro de los círculos militares se alzan algunas voces cualificadas para preconizar la solución diplomática. El príncipe Rupprecht de Baviera le escribe al Canciller el día 1 de junio, en el preciso instante en que las tropas alemanas están en plena victoria, diciéndole que el ejército no podrá conseguir éxitos decisivos; por tanto, le aconseja negociar antes de jugar las últimas cartas. El coronel von Haefthen, agente de enlace del gran cuartel general ante el Canciller, tampoco confía en una victoria completa: «Los éxitos militares por si solos no traerán la paz. Para conseguirla necesitamos una victoria política lograda detrás del frente enemigo. Si el gobierno alemán se declarase dispuesto a firmar una paz que tuviese en cuenta el honor y los intereses de sus adversarios», debilitarla la moral de los pueblos de la Entente y podría socavar la posición de Clemenceau y más aún la de Lloyd George.

En Berlín el secretario de estado Kühlmann, sin la ayuda del Canciller Hertling, siempre indiferente, trata de ponerse en contacto con el enemigo. A principios de junio dirige su mirada hacia Inglaterra. En La Haya tiene lugar una especie de conferencia que estudia un plan de intercambio de prisioneros de guerra. Kühlmann envía allí al príncipe Hatzfeldt-Wildenburg que, al margen de las sesiones, inicia una entrevista política

n rth. 1923,

Obras de consulta- Véanse las obras citadas en pp. 191 y 469 y añádase Erinnerulldes Kronprinzen Wilhelm, ed. por Rossner (Berlín 1922, in-16). Existe un compendio importante de documentos establecido por los servicios' del ejército americano CO el título de The German offensive of JWY 15 1 Marne. Souroe book (Fort Leavewo in-S'), donde se han utilizado documént9ols8d.e los archivos alemanes; este compendio iflic'2

de; e período 16 de junio-20 de julio de 1918. El informe Schwertfeger, citado en p 454Y,0'

n parte según confi, tiene uriportantes documentos. Véase también Novak, ChIos (Munich, 1923 in-S') mismo Der Sturz der Mittelmächte (Munich, 1921, in-So), redactado e dencias de Kühlmann; además, príncipe Max de Badel Erinnerungen und Dokume,1te (Ber . lín, 1928, in-So) y Rupprecht von Bayern, Mein Kriegstagebuch (Munich, 1929, 3 VO" in-S')- Las me@orias de R. von Kühlmann (en p. 190) son particularmente imporu"'''

- 482 -

con el delegado británico . 1--- Preparación de la Ofensiva de lulo . c ué alcance real ha tenido esta conversacResulta imposible de deterr Q gado alemán había rec lón?

ninar por falta de documentos; pero el deleibido el encargo de decir que Alemán' ria a una paz de compromiso y que se conform - la se presta-

aria con una vuelta al statu quo ante, en el oeste- por consiguiente, que abandonaría Bélg-

Renunciar a Bélgica s'gnific,b, tr,,q,1 ica. caba, tal vez, aceptar la pos,b,l, 1 izar a Gran Bretaña, si .gnifiAlemanl *a conservar en Euro 1 1 idad de una negociación qu nificaba pa orienta] las e permitiría a

tambien ventajas conseguidas; Pero si se enfrenta directamente a las opiniones del general alemán. ¿Aceptaría Ludendorff un acuerdo parcial en sus objetivos? Enunciar a este punto esencialmente, lo de guerra? Renunciaría a hablar de anexión? Le decía al coronel von Haefen, Pero no se alienta el querer mantener en Bélgica

Aunque sea una influencia del movimiento filmico, pues

antes de la Política y económica.

de seguir adelante es, Pues, necesario que la «dirección política» y la «dirección militar»

se pongan de acuerdo, que fijen en común un Programa de paz. ¿Es esto posible? Tras los enfrentamientos personales que en enero les han dividido en el asunto de la paz de Brest-Litovsk el Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y el general estando enfrentados. ¿Qué general se

tal Ludendorff que se entrevista con Kühlmann, el ministro se muestra favorable al acercamiento? Cuando el coronel von Haefen aconseja

que se encargará de tomar la iniciativa

tiene interés en decirme algo desde un punto de vista político, no se trata de un enfrentamiento personal. La Política alemana está paralizada.

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

La divergencia de opiniones entre Wilherrstrasse y el estado mayor va a desembocar en ruptura. Sin consultar a los altos jefes militares Kühlmann actúa a su modo. Intenta preparar un plan para una negociación con Inglaterra que la olvide y votación. El 24 de Junio de 1918 el Imperio se

P. 449.

483

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

ningún acercamiento, no habrá forma alguna de conseguir un intercambio de opiniones que conduzcan a la paz». Y sin embargo, ¿existe otra salida? Kühlmann no lo cree: «Cuando se considera la inmensa magnitud de esta guerra de coalición y el número de potencias, no sólo europeas sino transoceánicas, que toman parte en ellas, es difícil pensar que se logre una solución definitiva únicamente por medios militares, sin ninguna negociación diplomática».

Poco importa que al terminar su discurso, el secretario de Estado haga alusión a la excelente situación militar de Alemania y que niegue cualquier posibilidad de «victoria a la Entente». La frase clave ya está dicha: ¡Sólo con la fuerza de las armas Alemania no puede imponer la paz! Y este escepticismo Kühlmann lo manifiesta al día siguiente de los mayores éxitos militares, la víspera de una nueva ofensiva de la que la opinión alemana espera resultados decisivos! La derecha del Reichstag, al principio sorprendida, no reacciona inmediatamente. Pero poco más tarde, cuando el ministro ya no está presente, el conde Westarp pide explicaciones: «Nuestro magnífico ejército es el que nos ha dado la victoria en el frente oriental. Él también nos dará el triunfo en el frente occidental. Parece que el secretario de Estado no opina lo mismo». Kühlmann, al día siguiente, en una sesión del Reichstag, vuelve a tomar la palabra «Para aclarar un malentendido»; trata de atenuar sus declaraciones y pretende que se ha malinterpretado su opinión: no ha querido decir que una negociación diplomática fuese el único medio de alcanzar la paz. Estas explicaciones confusas, penosas, no hacen más que quitarle el mérito de la sinceridad sin rehabilitarse ante los nacionalistas.

La ocasión de desembarazarse de un adversario es única para el estado mayor general. El 25 de junio, Hindenburg telegrafía al Canciller diciendo que el discurso de Kühlmann va a minar la moral del ejército; en un comunicado a la prensa, expresa su pesar y su sorpresa por semejante lenguaje en boca de un ministro. El 2 de julio, en Spa, donde Hertling conferencia con los altos jefes, el estado mayor obliga a adoptar en la cuestión belga el programa mínimo: «Bélgica», dice el acta, «debe seguir bajo la influencia alemana». Es necesario que el Imperio exija la separación entre Flandes y Valonia, que formarán dos estados ligados solamente por una unión personal; que imponga a la nueva federación belga una unión aduanera; que sostenga una ocupación temporal del territorio hasta que el reino acepte unirse con Alemania «del modo más último posible». ¿Qué queda, pues, del programa proyectado por Kühlmann? Sobre bases semejantes, ¿qué clase de negociación se puede entablar?

Pero Hindenburg y Ludendorff no se conforman con imponer «n» política; quieren además quebrantar al que se oponga a su voluntad. Manifestan al Canciller que en adelante ya no podrán colaborar con Kühlmann. Si el secretario de Estado va a ocupar un escaño en el Consejo de la Corona ellos, a su vez, se abstendrán de estar presentes. El emperador cede ante este ultimátum: El 5 de julio está casi decidido a despedir

- 484 -

d. Kühlmann; i 8 1 Comunica en persona al secretario de Estado su triunfo. Queda demostrado que ni el emperador ni el Canciller pueden Ludendorff, re que se enfrente a Hindenburg y a

Indenburg y a

v. LA BATALLA DEL OFENSIVA ALEMANA 7 1º JULIO y EL CASO DE LA

Con libertad de acción, desde el momento en salida de Kühlmann, Ludendorff ha provocado la victoria

ctoria. Otorga su confianza al nuevo secretario de Estado, Hirtze: vez más hacerse con Alemania podrá imponer la paz.

¿La nueva ofensiva que prepara dará al Primer intento <,La solución»?

1 e mayo Ludendorff había mente el lugar en que daría escogido previacontra el ejército 190]Pe final: s -

to inglés. ¿Ha llegado la Cria en el frente de Flandes, todavía no. Ludendorff se da cuenta de que momento de se te dibuja una «hernia» peligrosa, e entre Re- lectuar el Plan ' To-

a situación de Dinis y Soissons, su frentas orillas del Marne desde Châtillon e las tropas que ocupan da. Antes de llevar eau-Thiert---v hasta Dormans es arriesgado

ar su esfuerzo contra el frente br' 1. Liera rematar su victoria contra el Rel- C'erc' tonfaraennctérseltanlco, el general quose decide a lan

1-

ms Argonne, ---mones atravesarán el río para establecer algunas «cabezas de pu »-en-la orilla sur. Se trat a la vez, en el frente del Ma,n, esun,ed -

zar la ofensiva en champ, A inediados d, ¡un-

una gran ofensiva, aunque todavía no sea a, pues, de

mas que una acción preparatoria. Una vez que el ejército francés se debilite con este nu pi ensa volver al p evo choque, ,emana, el alto mrOYecto Primitivo y atacar en Flandes. Así, semana tras

ando alernán retrasa una acción que considera dec- A medid, que acumula ‘ * isiva,

Mientras prosi . exitos, el objetivo se aleja.

guen los preparativos alemanes en el frente de Ch,nipañ, el comandante en jefe de JOs ejércitos de la Entente busca la forma de parar el golpe En su «directriz» del 1 de uE las direcciones de la ofens- lo Foch señala cuales son « Un ‘va alemana que considera más p,ligosas: rnu «lance de cuarenta kilómetros hacia Abbeville cortaría las co-

n.,caciones con el norte de Francia epararía los ciércitos ingleses de los ejércitos franceses: resultado inilitar de cons’

11 conclusión de la guerra. Un avance, iderable importancia para

incluso mucho menor, hacia París Obras de consulta Müller-Brandenburg, Von der rmarne zu, Marne (Berlín, 1919, In-S.).

. ---

general m Úenz, b, “gln, Comment---finit 1,a guerre (Paris 1 19201 in-12); coronel Laure Au troirnán dreau d. troisie,me G. Q. G 1917-19,8 (Paris, 1921, in-16). HaY un est’udio alele>19e A* St1r1ge,, L Lange y K. í@1,1ilann, SCb¿cksa1sWende. Von der Marne bis zur VesS. A 18 (Berlín’ 19@o’ín-8-, ir.,nan 1 t X

XXV de Weltkrieges»); .Ilae""r,'rB,-r,eilungL,de-d,,rff,,.S,,,,,e,l 8(Göttingn,rel%

9;Schilach 1 56,

- 485

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

-aunque este avance no pueda influir definitivamente en las operaciones militares y, por tanto, ser decisivo-, afectaría profundamente a la opinión pública, provocaría la evacuación de la capital, amenazada por el bombardeo, y trastornaría sin duda la acción gubernamental, indispensable para dirigir la guerra... Por tanto debemos proteger ante todo París y Abbeville».

Pero ésta es una opinión, que acaba modificándose con los datos recogidos a principios de julio. El mando percibe indicios de un ataque alemán en Champaña. Esta vez no le van a sorprender. Para preparar la réplica, Pétain propone una maniobra «defensiva-ofensiva»: En el frente atacado espera frenar el ímpetu enemigo evacuando la primera Posición y retirando la línea principal de defensa hacia la segunda; después, cuando el adversario esté metido de llano y haya puesto sus reservas en línea

de combate, un contraataque francés castigará el flanco de la «herria que dibuja el frente alemán. ¿Dónde se podría lanzar este contraataque? El general Mangin propone el bosque de Villers-Colterets, donde los movimientos de las tropas estarán al abrigo de los observadores enemigos. El 13 de junio Foch aprueba este plan: la contra-ofensiva se pondrá en marcha «en respuesta al ataque alemán y en cuanto éste se logre frenar». A la vez desplaza hacia el frente de Champaña una parte de las reservas que tenía concentradas al noreste de París. Por último pide al mando inglés que ayude al ejército francés enviando, para empezar, cuatro divisiones que desembarcarán en la región de Revigny. Esta última decisión preocupa al gobierno británico, que sugiere al mariscal Haig que no acceda a la petición de Foch y que haga uso de su derecho de apelación: ¿Qué sucedería si el ejército alemán atacara en Flandes a la vez que en Champaña? Haig descarta estos consejos, pues, al igual que Foch, piensa que el enemigo no podrá llevar a cabo dos ofensivas a la vez. Así pues, la víspera del ataque alemán se han tomado todo tipo de precauciones gracias al buen entendimiento, tan poco frecuente, entre los altos mandos aliados.

El episodio se desarrolla con rapidez. En la noche del 14 al 15 de Julio, las dos mil baterías alemanas escupen un río de fuego, pero la artillería francesa responde; dispara sobre la retaguardia de las posiciones alemanas para obstaculizar la intervención de las reservas. ¡Mala señal! Esta es la prueba para el comandante alemán de que el adversario conoce - su' preparativos. A pesar de ello, a las 4 h. 40 de la madrugada se inicia el ataque de la infantería: cuarenta y siete divisiones se lanzan al asalto de las líneas francesas. En el frente del Marne los soldados de infantería alemanes toman la orilla izquierda y logran avanzar cinco kilómetros hacia el sur, pero tienen que esperar a que su artillería atraviese el río. E, frente de las montañas de Champaña el ataque toma la primera posición sin problemas, allí el mando francés sólo tiene algunos grupos de altiliadoras; pero los alemanes se dan cuenta de que han atacado al valío; antes de abordar la segunda posición, donde se ha vuelto a situar el

- 486 -

La batalla del 15 de julio beradamente la línea de resistencia francesa, hay que hacer otra preparación con la artillería. ¿Qué posibilidades tiene que el factor Iséorcitresa no exista. lenen de conseguirlo, puesto

la ofensiva; al día siguiente se resigna también a parar este. Esa misma tarde Ludendorff da la orden de que el ejército de la retaguardia se repliegue al menos con un ataque parcial, a lo largo del Ardre para rodear Reims y lograr así un éxito aparente; pero el mando local considera la operación dejesiado difícil. Hay que resignarse: la gran ofensiva ha fracasado. Las fl r t

epa, s r , que han alcanzado el sur del Marne se ven obligadas durante cuatro días a seguir en actitud ofensiva, para dar tiempo a preparar una retirada difícil. Pero, desde el día 16 de julio la suerte de la batalla está decidida

Es el momento adecuado para lanzar el contraataque francés. El 10.º ejército, que manda el general Mangin, ha concentrado sus tropas en el bosque de Villers-Cotterets. Deben estar preparadas para entrar en acción en la mañana del 18 de julio, según el plan aprobado por Foch y

in; van a atacar el franco enemigo Péta «igo cuando su ataque frontal acaba de fracasar. Pero ¿será factible esta maniobra?

Durante la mañana del 15 de julio, cuando las tropas alemanas han atravesado el Marne en el primer impulso de la ofensiva, el comandante en jefe de los ejércitos franceses teme no poder resistir. Ha juzgado conveniente llevar a este punto crítico las divisiones disponibles -las que estaban destinadas al contraataque--- Hacia las 10 de la mañana advierte a Fayolle comandante del grupo de ejército del centro: «Los alemanes han hecho una «bolsa» al sur del Marne. Suspenda la operación Mangin para permitirme enviar sus reservas a la batalla del sur del Marne». Pero Foch, al saberlo, reacciona inmediatamente y revoca la orden dada por Péta. in: «No podemos de ninguna manera ir más despacio y, con mayor motivo, no podemos suspender los preparativos de Mangin»: sólo «en ci

ioritaria» se podría retirar del 10.- ejército, solo de necesidad urgente y prioritario los refuerzos necesarios. Los sucesos posteriores justifican la previsión de Foch: el ataque alemán al sur del Marne cesa; el ejército Mangin logra mantener intactos sus tropas y concluir los preparativos de la Contraofensiva.

El 18 de junio, con una niebla matinal que ayuda a enmascarar la colocación de las unidades, la infantería de Mangin, precedida por carros de Combate avanza al ataque. Aunque el mando alemán haya previsto esto en

jornadas precedentes la posibilidad de esta ofensiva, no se da cuenta de los últimos preparativos; así pues, se ve sorprendido. Nada más iniciarse el choque, el frente alemán cede. En un día el ataque francés consigue 12.000

prisioneros y vence las Posiciones enemigas en una extensión de cuarenta kilómetros. La tenaz resistencia de los refuerzos que Ludendorff lanza a la lucha no impide a Mangin acentuar su éxito. Las tropas francesas alcanzan Fère-en-Tardenois. La línea férrea de Fismes, la única que puede garantizar el abastecimiento del frente alemán en el Marne, se va a encontrar bajo el fuego de sus cañones. Al mismo tiempo, en

La gran ofensiva alemana (marzo-julio 1918)

francesas atacan al oeste

el otro flanco de la «bolsa» de Epernay.

Las consecuencias estratégicas de la victoria de Mangin se evidencian entonces, de repente. El día 21, Ludendorff, bajo la amenaza de estos ataques de costado, se ve obligado a evacuar toda la «bolsa» que dibuja el frente alemán y debe abandonar casi todo el terreno que ha conquistado tras su éxito del 27 de mayo; ordena a las tropas que ocupan la línea del Marne que se replieguen hasta el Vesle. Es un momento difícil. ¿Conseguirá el destacamento que protege los flancos contener el ataque de Mangin el tiempo necesario para realizar este repliegue? Si no lo consigue, el ejército alemán se arriesga a sufrir una catástrofe: Las divisiones que, desde Château-Triery y desde Dormans, se retiran a toda prisa hacia el norte, pueden verse desconectadas de sus bases de abastecimiento privadas de víveres y de municiones y amenazadas con verse rodeadas por el enemigo. Gracias al buen comportamiento de sus tropas, Ludendorff logra evitar lo peor; Mangin avanza, pero lentamente: Cuando alcanza Fismes, el repliegue alemán se ha realizado ya. El 2 de agosto, el nuevo frente alemán se sitúa en la línea del Vesle, desde Soissons a Reims. La situación ha sido alarmante. El ejército alemán ha vivido momentos

de mucho peligro y días después de una ofensiva que esperaba ganar; ha sido vencido, y su derrota ha estado a punto de convertirse en desastre.

Tras el fracaso del 15 de julio, y la sorpresa del 18, ¿quedan aún es-

peranzas de victoria? Los comandantes de los grupos de ejércitos ya no cuentan con ella. El príncipe Rupprecht de Baviera se muestra pesimista. En el grupo de ejércitos del duque de Wurtemberg, el general Niemann, -que días más tarde se convertirá en el enlace entre el gran cuartel general y el emperador-, piensa que no es posible «imponer la paz con

ofensivas»: el esfuerzo militar ya sólo puede ser un «medio de presión». El propio kronprinz de Prusia, en un informe que envía a su padre a fi-

nes de julio, expresa sus temores. Mientras las fuerzas alemanas decrecen constantemente, pues los refuerzos no bastan para compensar las pérdidas, las del adversario van a aumentar gracias a la afluencia de tropas an-

ricanas. En último término, si Alemania se ve obligada a firmar una «paz desfavorable», ¿a quién culpará la opinión pública? «Hay que considerar la posibilidad de un movimiento dirigido contra la dinastía bajo inspiración de las ideas democráticas y comunistas». Por consiguiente, concluye el kronprinz, «hay que negociar».

Ludendorff es el único que no comparte estos temores o al menos no quiere confesarlo. Después de haber vivido jornadas críticas -el 20 de

julio, según testimonio del mismo Hinderburg, el gran cuartel general temía una catástrofe-, ha recuperado la confianza al ver a sus tropas situadas en el Vesle. «¿La defensiva?», replica a Niemann. «¡Pues espéren que volvamos a atacar Amiens tan pronto como las tropas se recuperen, un poco!» Con el Canciller Hertling mantiene la misma actitud. «En algunas ocasiones, durante la guerra, he tenido que hacer retroceder a nuestros

se,

pas y al final he logrado vencer al enemigo. ¿Por qué no voy a C

on

La batalla del 15 de julio ¿pudo ser una vez más? ¿Por qué? Ludendorff debería comprender que la situación general ha cambiado mucho, que el equilibrio de fuerzas va a romperse con la intervención americana, por último, debería recordar que él mismo había señalado el mes de julio como fecha límite. Pero no

parece que se acuerde de todo esto. Confía aún en que el adversario se limitará a ataques parciales y que el ejército alemán podrá recuperar la iniciativa. «Mientras organizamos la defensa, preparamos a la vez el ataque», dice en su orden del 2 de agosto. Reconoce, de todos modos, que este ataque no podrá tener gran alcance: Tendrá como objetivo «no tanto ganar terreno, sino asestar un golpe al enemigo y conquistar posiciones más ventajosas». ¿No viene a ser el reconocimiento de que las armas alemanas ya no pueden

decidir la victoria?

488

489

CAPÍTULO VI

EL PROBLEMA RUSO EN EL VERANO DE 1918'

Aunque el gobierno bolchevique haya firmado la paz de Brest-Litovsk y, para lograr el «respiro» necesario en la consolidación del régimen soviético ' haya aceptado una capitulación ante Alemania, Rusia si-

gue desempeñando un papel en los planes estratégicos de los contendientes cuando las operaciones militares del frente occidental alcanzan el momento decisivo. La crisis interna rusa es tan aguda y la autoridad del poder surgido de la revolución del 7 de noviembre de 1918 se ve tan amenazada, que las potencias consideran la posibilidad de la caída del gobierno bolchevique. Ya sea porque desean esta posibilidad o porque la temen, la realidad es que no pueden perder de vista el «frente oriental».

I. LA ORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO SOVIÉTICO

3

Ocho meses después de la «toma del poder» por el gobierno de los Comisarios del pueblo, los nuevos dirigentes rusos todavía no han con-

1 Obras de consulta.- James Bunyan, Intervention, civil war and communism in Russia, April-December 1918. Documents and materials (Baltimore, 1936, in-8o); L. Fischer, The Soviets in World affairs (Londres, 1930, 2 vol., in-8'); W. Chamberlin, The Russian revo-

lution, 1917-21 (New York, 1935, in-So); G. Rosenfeld, Sowjetrussland u. Deutschland, 1917-1922 (Berlín, 1960, in-So); G. Kennan, Soviet American relations, 1917-20 (Princeton, 1956, in-S'); R. Ullman, Anglo-Soviet Relations, 1917-1921 (Princeton, 1961, W. Baurgart, Deutsche Ostpolitik 1918 (Munich, 1966, in-S').

2 Véanse pp. 448-449. ' Obras de consulta.- En francés G. Welter, La guerre civile en Russie, 1918-20 (París, 1936, in-S'); G. Bruhat, Histoire de P.U. R. S. S. (París, 1945, in-16; de la colección «Que sais-je?».- En inglés, A. Gordon, Russian civil war. A sketch of history (Londres' 1937, in-S'); G. Stewart, The white armies of Russia (New York, 1933, in-S'); C. Elli, The British Intervention in Transcaucasia, 1918-1919 (Berkeley, 1963, in-S)- Las publicaciones'

Voir la rusa son muy cuantiosas. Entre las obras de conjunto, reténganse, Grachdaniskaia- kas- [La guerra civil] (Moscú, 1925, 3 vol., in-40); Grachdaniskaia voina. Materialy Po istorii .armii [La guerra civil. Documentos para la historia del ejército rojo]. (Moscú, 1923/4, 3 vol., in-4'); V. Bojarski, Vtorzenie imperialistov S.S.A. V Sovetskaia Rossia [La jiltervell, ción de los imperialistas norteamericanos en Rusia] (Moscú, 1961, in-80)--- Sobre el papel

La organización del gobierno soviético

ido «salvar la revolución». Las primeras medidas que Lenin tomó al segu* día siguiente de una victoria que se mostraba precaria -decretos sobre las tierras, sobre el control de fábricas, sobre las nacionalidades '-tuvieron la finalidad de asegurar a los bolcheviques el apoyo de las masas populares. Pero, cuando se celebraron, al final de noviembre de 1917, las elecciones para la Asamblea Constituyente -cuya reunión, decidida por el gobierno de Kerenski, no fue prohibida por el nuevo poder- los resultados no confirmaron esta esperanza. De 36 millones de electores únicamente 9 millones y medio otorgaron su voto a los bolcheviques, mientras que los «socialistas-revolucionarios» obtuvieron cerca de 21 millones y los partidos «burgueses» 4 millones y medio de votos. En la Asamblea los socialistas -revolucionarios, con 417 escaños de 690, tenían una amplia mayoría. En la sesión de apertura de la Asamblea Constituyente (18 de enero de 1918) esta mayoría se mostró hostil al régimen de los Soviets. El gobierno de los Comisarios del pueblo decidió inmediatamente rebelarse contra la representación nacional: el 19 de enero de 1918 la Asamblea se disolvió. El nuevo poder sustituyó la república parlamentaria por «la dictadura del proletariado», apoyada con la creación de la Tchecha ' (7 de diciembre de 1917), y la formación del «ejército rojo» (28 de enero de 1918).

Pero no basta con haber «conquistado el poder», advierte Lenin; ahora hay que «gobernar». A decir verdad, el gobierno aún no está en condiciones de aplicar íntegramente el régimen socialista, se conforma con sentar sus bases; se dedica a lo más urgente. Destruir los poderes económicos que constituyen un obstáculo para su poder y garantizar el avituallamiento de las ciudades son las preocupaciones inmediatas del «comunismo de guerra».

Para quebrar la oposición de los círculos industriales y «quitarle a la burguesía el control de la vida económica del país», el decreto del 18 de junio de 1918 decide la nacionalización de casi novecientas grandes empresas (minas, industrias metalúrgicas y textiles), cuyo capital global, que representa 2.739 millones de rublos, pasa a ser propiedad del Estado. La administración de estas empresas estará garantizada en el futuro por el «gobierno supremo de la economía nacional». Mientras tanto los directores de las empresas deben permanecer en su puesto y continuar con su labor' de la que serán responsables ante el gobierno. Si se niegan a colaborar, dan pruebas de negligencia, incurrirán en responsabilidades civiles y criminales. La aplicación de este decreto no encuentra oposición directa. Lo mismo sucede cuando, tras la «nacionalización» del comer-

490

de los 1 checos N. Dragomiretski, Tchecoslovaki v Rossit, 1914-1920 [Los checoslovacos en Rusia, la (París y Praga, 1928, in-41). Sobre la guerra civil en Rusia meridional, S. Denisov, Zapiski i vospominaniia] (Constantinopla, 1921, in-Su).

^{4y}

⁵ véase p. 442. «Comisión extraordinaria pan-rusa de lucha contra la -contra- revolución, la especulación y el sabotaje».

491

El problema ruso en el verano de 1918

cio exterior (abril 1918), el gobierno decide la del comercio interior (octubre 1918).

Para garantizar a la población urbana, amenazada por el hambre causa de la desorganización de los medios de transporte y la desconfianza de los carripesinos hacia la moneda, un mínimo de subsistencias, el gobierno, después de decidir el 19 de febrero de 1918 la «nacionalización» de todas las tierras, ordena en un decreto del 9 de mayo que todo el grano que los campesinos no necesiten para el consumo familiar y la siern-

bra de sus tierras sea entregado a los servicios de avituallamiento. Pero la aplicación de este requerimiento es difícil porque el partido bolchevique tiene jefes administrativos en las grandes ciudades, pero todavía no los tiene en el campo. Por eso, gran parte de la población campesina, a pesar de las penas impuestas (cárcel y confiscación de tierras), se niega a entregar sus cereales al precio establecido. El gobierno adopta enton-

ces una «política de presión» contra los campesinos reacios: Trata de enfrenar a los campesinos ricos (koulaks), que son, dice los «causantes del hambre» del pueblo, con los otros campesinos. El Comité central ejecutivo decide (20 de mayo de 1918) que las ciudades queden divididas en

dos campos opuestos y que la «burguesla cludadana» se vea amenazada por una sublevación de los pobres. Al parecer esta amenaza es insuficiente, porque el gobierno recurre a procedimientos más directos: Invita a los sindicatos obreros a organizar patrullas armadas, que enviadas a los

campos para investigar y proceder a requisas, realicen arrestos e incluso ejecuciones. Estos métodos permiten remediar parcialmente el hambre,

pero mantienen en el campo una atmósfera de guerra civil: Los campesinos responden con el asesinato de militares obreros.

No puede sorprender que los adversarios del gobierno traten de

aprovechase de estas rebeliones de campesinos. Los intentos de rebelión armada surgen en diversos puntos.

Desde el mes de noviembre de 1917 la región del Don se había convertido en lugar de reunión de los que esperaban derrocar al gobierno bolchevique: Oficiales, hacendados, grandes industriales y comerciantes. Allí el general Alexcley, antiguo comandante en jefe de os ejércitos a-

ristas, organizó el «ejército de voluntarlos» con ayuda e los generales Korrillov y Denikine y el apoyo de los antiguos miembros del partido constitucional-demócrata (K.D.). Pero este «ejército» sólo contaba col, 3.000 combatientes. En febrero de 1918, el gobierno bolchevique enyl'

tropas que, con la ayuda de los obreros de la cuenca industrial del DOnetz, expulsó de Rostov a los voluntarios y les obligó a retirarse hac1, el Caúcaso, donde Korrillov fue asesinado. Sin embargo, después de “-

hacer sus fuerzas con las tropas suministradas por los cosacos de Kol” ban, Denikine reanuda la ofensiva.

Por otra parte, después de la disolución de la Asamblea constlt.Uyerlte, los so cialis tas - revolucionarlos, perdida toda esperanza de mane) ar los

acontecimientos por la vía legal, piensan responder con violencia a la violencia. No se conforman con hacer propaganda contra la firma de la Pa'

- 492 -

La organización del gobierno soziético de Brest-Litovsk y condenar los métodos emplead jos por el

gobierno para remontar la crisis de avituallamiento. En Samara, junto al Volga, algunos miembros de la Asamblea constituyente disuelta se reúnen con Lebeclev, antiguo miembro del gobierno Kerenski, e intentan organizar un pequeño ejército.

A primeros de mayo, logran un apoyo inesperado: El de la «legión checa». Entre los prisioneros de guerra austro-húngaros capturados por

el ejército zarista entre 1914 y 1917 había muchos checos. El gobierno provisional ruso, a instancias del «Comité nacional checo», había autorizado a estos prisioneros en junio de 1917 a formar una legión de voluntarios y a reanudar la lucha contra los austro-alemanes. La legión checa ya luchó en el frente durante el verano de 1917: pero, tras la paz de Brest-Litovsk, ¿qué podía hacer? Sus jefes habían decidido con la aprobación del gobierno bolchevique llevarla de nuevo a Europa, por la ruta del transiberiano y Vladivostok, para que siguiera luchando en el frente de Francia.

Pero, cuando los checos, divididos en varios grupos, empiezan a desplazarse hacia el este, uno de sus destacamentos se enfrenta con el soviético local de Tchellibinsk el 4 de mayo. Este quería cobrar con entregas de armas las facilidades de transporte que la legión precisaba. Los jefes checos deciden negarse en adelante a la entrega de armas y, se ponen en contacto con los socialistas revolucionarios de Samara para poner en dificultades a las autoridades soviéticas. La legión checa, que es una fuerza relativamente importante (cuenta con unos 45.000 hombres, mientras que el ejército de Denikine tiene en esos momentos 9.000), se convierte en el punto de apoyo del movimiento revolucionario. El 25 de mayo, el Comisario del pueblo en la defensa nacional, Trotski, pide el desarme de los checos; pero sin resultado: La legión decide continuar su marcha y, si es necesario, abrirse camino por la fuerza. La retaguardia checa queda asentada en el curso medio del Volga.

A principios de julio la situación de los bolcheviques se agrava aún más. En Siberia, un gobierno formado en Omsk en enero de 1918 por un «sin partido», Vologodski, proclama la independencia del país y decide la movilización contra los bolcheviques. La región de Kateriniburg-901 donde están retenidos el zar y su familia, está amenazada por los checos, y el soviético local ordena la ejecución de los prisioneros (16 de julio) para evitar, dice, su huida. Al norte de Moscú, la ciudad de Iaroslavl cae en manos de un grupo dirigido por Boris Savinkov, antiguo terrorista que en 1917 se había convertido en ayudante de Kerenski. En ese momento, en Moscú

1 1

los socialistas revolucionarios de izquierda lanzan un movimiento a la insurrección. El gobierno soviético remonta la crisis. Logra reprimir la insurrección de Moscú el día 7 de julio. Trotski, desde el mes de marzo, se encarga con una energía asombrosa de organizar el ejército rojo, que ahora cuenta con una fuerza de 300.000 hombres. Desencadena una

contraofensiva que, el 23 de julio, recupera Iaroslavl.

El problema ruso en el verano de 1918

Durante esta lucha, el gobierno no se olvida de su objetivo y sigue trabajando en la organización futura del Estado. El Congreso de los soviets, en Moscú, estudia y aprueba el proyecto que establece el nuevo derecho público ruso, La Constitución, que se promulga el 10 de julio, está precedida de una «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y oprimido» donde se proclaman los principios y los objetivos que se quieren alcanzar: Abolición de la propiedad privada de las tierras; transferencia al Estado de la propiedad de las minas, ferrocarriles, fábricas y bancos; trabajo obligatorio para todos. El poder será de los soviets y sólo de ellos. Rusia se convierte en una «República socialista federativa» (R.S.F.S.R.) en la que cada región posee una organización autónoma, cuya competencia está limitada, por tanto, por la de los órganos centrales «panrusos». La autoridad suprema reside en el «Congreso pariruso de los soviets», formado por los delegados de los soviets locales, los cuales deberán reunirse al menos dos veces al año. En el intervalo entre las sesiones, el Comité central ejecutivo, nombrado por el Congreso y responsable ante él, tiene la misión de dirigir la política interior y la exterior. Este Comité es el que nombra el Consejo de los Comisarios del pueblo, es decir, el ministerio. En principio se proclama el sufragio univer-

sal; pero el derecho al voto se reserva a los soldados, marinos y trabajadores «que no empleen mano de obra»: Cualquiera que «explote el tra-

bajo ajerio» o posea ingresos distintos a los de su propio trabajo, queda excluido de votar y ser votado. Por otra parte, el sistema electoral queda establecido de tal modo que los obreros tienen, a tenor de su número, una representación cinco veces mayor que la de los campesinos. La Constitución es, pues, una obra de circunstancias orientada a un objetivo primordial: Impedir el retorno de los adversarios del gobierno soviético y asegurar el dominio del partido bolchevique, el cual debe, afirma Lenin, «dominar el aparato del Estado».

Pero, en esos momentos, es imposible poner en marcha esta máquina gubernamental, ya que la mayoría del territorio ruso escapa, de hecho, a la autoridad del gobierno. El problema inmediato es saber si el poder soviético resistirá los golpes de sus adversarios.

II. LA INTERVENCIÓN DE LOS «ALIADOS» EN RUSIA'

Las potencias en conflicto no son simples espectadoras de la guerra civil rusa. Su diplomacia trábala en el lado de los «Blancos-Y...», el de

dos los detosObras de consulta.- Los documentos son insuficientes para dilucidar to ntre 14 rélles. Véase sobre todo Correspondance diplomatique se rapportant aux relations rusos; Rior publique russe et les puissances de PEntente (Estocolmo, 1919, in-S'), documento, wio. sia, 1918 (Washington, 1930, in-8'), documentos americanos. Entre los testimonios: Aor ton Churchill, The world crisis: the aftermath (Londres, 1929, in-S'); J Noul 1 Alon

- en , fr, tk bassade en Russie soviétique, 1917-1919 (París, 1933, in-So); D. Franci., Rus'í'

- 494 -

e los ,aliados>@ en Rusia La intervención d

los «RoJos». ¿Qué consecueni .as tendría la victoria de los contrarrevo-

1 1 lucionarlos en la situación militar general? ¿Conviene favorecerla o entorpecerla? En realidad, lo que se hace es tantear en los dos bandos. Unas veces prevalece ;a desconfianza hacia el régimen comunista, otras la preocupación de velar por el futuro, caso de que este régimen vaya a durar. Ni las potencias occidentales ni Alemania siguen una línea política coherente con respecto al problema ruso.

importante El mando alemán juzgo necesario mantener un número Í

de tropas en el frente <@oriental» por motivos militares, Políticos y económicOS 7@a a pesar de la firma de la paz de Brest-Litovsk. Ordenó ocupar toda Ucrania en seis semanas con el fin de explotar los recursos económicos del país; el 28 de abril, después de un conflicto con la Rada ticraniana, eliminó su resistencia y situó a la cabeza del gobierno ucraniano a un ex-general de la guardia imperial rusa, Skoropadski, el cual implantó una dictadura. Ocupaba también las regiones bálticas, en las que Alemania tenía el derecho de ocupación «provisional» otorgado por el tratado de Brest-L'tovsk: El gobierno de Reich inició en abril de 1918 una actividad política que consistía en formar en Riga un «Consejo nacional». Éste, dominado por los representantes de los grandes

señores bálticos y de la burguesía urbana, tenía como meta la anexión del Baltikurri al imperio alemán. ¿Dónde se podría encontrar un «territorio de colonización» mejor que éste, donde los mayores bienes raíces estaban en manos de los alemanes desde hacía siglos? y, ¿qué me] .or modo de establecer un «muro de proteccIón» contra Rusia? Por último en Finlandia, evacuada por los rusos como consecuencia de la paz de Brest-Litovsk, la intervención de un cuerpo expedicionario alemán de 13.000 hombres, mandado por el general von der Goltz, permitió al general Mannerheim desenbarazarse el 16 de mayo de un gobierno «insurrecto » que, organizado en la parte meridional del país, estaba sostenido por la «Guardia roja finlandesa» y apoyado, de hecho, por los bolcheviques rusos. «Podemos

American embassy, 1916-1918 (New York, 1921, in-S')- J. Sadoul, Notes sur la Révolution bolche-vi. Ch que (París 1919, in-S'). Sobre los escenarios @e intervención en 1918, consultar .. - Maynard The'Murmansk venture (Londres, 1928, in-S'); V. Tarasov, Bor'ba interventn" na Mi<rMan'e, v. 1918-1920 [La intervención armada en la costa mourmane] (Leningrado, 1948, in_S'); R. H. Ullmari, Anglo-soviet Relations 1917-1925, t. 1. Intervention and the War (Londres, 1962, in-So), F. DebYser, «La genése de J'expédition de Sibérie», en la Revue d'histOire de la guerre -ondiale enero 1933, pp. 15-32; J. A. White, Tbe Siberian intervencion (Londres, 1953, in-S-); F ' @olkov, Krah angleIskoi politiki interventsii, 1918-1920 [La quiebra do la lítica inglesa' de intervención] (Moscú, 1954, in-S'); J. Morley, The)apanese d,M . PO [Dost M, Siberi-4, 1918 (New York, 1957, in-S'): <Jhe Japanese intervention in Siberia (1918)> @umentos niPones] en Hitobashijournal of law -andpolitics abril, 1960, pp. 30-54.- So-

la Po], . G lt,ca alemana, K. Helfferich, Der We1tkrieg (Berlín, 1930, 3 vol., in-S'), t. 111; ch. at?ke -7u den deutsch-russischen Bez;ehungen i

lchte, m Sommer 1918, en Viert, für Zengeste (W. , n' 1, pp. 67-991- G. Linde, Die deutsche Politik in Litauen ;m ersten WeItkrie-

lesbad 1965 Í 444vy,bs,, e9, , in-81)--- Sobre la cuestión finlandesa J. Paasivista, Suomen itse- .Y11u 1917 [El problema de la independencia de Finlandia] (Heisinki, 1947, in-S').

Véase P. @56.

El problema ruso en el verano de 1918 encontrar en Finlandia el apoyo militar suficiente para todas confiar en Ludendorff en una nota del 8 de junio. En su nota, las necesidades», decía Ludendorff que la actitud del gobierno soviético no era el aliado alemán estíma

clara, y que era preciso. tomar precauciones.

esta preocupación por la seguridad no era el único objetivo. En Ludendorff tenía la intención de llevar a cabo una política de realidad, Ludendorff, envió en abril expansión al este. Después del tratado de Brest-Lit

1 era. En junio fija su atención en tropas hacia la región del Don y Crimea en el núcleo de un «bloGeorgía, que podía convertirse, en su opinión materias primas por lo» pro-alemán: Esta zona tan rica en recursos caucásicos también hombres, y el ejército georgiano estaría organizado suministrar recursos' dependía la posibilidad de establecer en

zados por Alemania. Incluso con 1 11 esta región una base de actuación que amenazase a la India. Todos estos

proyectos, más o menos perfilados, le incitaban a conservar en los con-

finos de Rusia unos medios militares superiores a los que podrían requerir las necesidades estratégicas o económicas. *ción militar de

La presencia de estas tropas alemanas aliviaba la situación de la Entente: Si Ludendorff hubiese llevado hacia el frente occidental, en

mayo o junio, diez de estas divisiones, la lucha defensiva en la que en-

tonces se veían envueltas las tropas francesas e inglesas hubiera sido aún

más difícil. Francia y Gran Bretaña tenían, por consiguiente, un interés

evidente en lograr que se quedaran las tropas alemanas «fijas» en los con-

la y en rehacer en Europa oriental «un frente de lucha confines de Rusia* ninguna de las dos potencias Alemania». Pero, ¿con que medios, puesto que ni

día retirar de su frente de batalla un número apreciable de fuerzas@

En diciembre de 1917 consideraron primero la posibilidad de dar su

idea que, en Rusia, aceptasen continuar la lucha contra apoyo a los elementos que la Entente tenía en el frente del Este. El plan conjunto en la Rusia meridional, Alemania y llevasen a cabo una acción general al norte y al este del mar Rojo, es decir, en la región en la que se encontraba el ejército alemán.

Ludendorff había iniciado la formación del «ejército de voluntarios». En ese

Alexander Kerenskiy, cuando en el momento el objetivo de la Entente era, por consiguiente, la revolución bolchevique dirigida contra el poder soviético. Puesto que el gobierno provisional había negociado la paz con Alemania, era necesario provocar SE

Rusia» a la guerra. Pero, de hecho, sólo fue un

para «atraer de nuevo a los voluntarios no fue mas

1 allá del intento y la ayuda prestada al ejército

apoyo financiero. rzo de 1918, durante la firma d, la paz de BrC”

Por otra parte en ma 1 habían Litovsk y el desembarco alemán en
Finlandia, los anglo-francP-ses,io que enviado por el Océano Glacial un reducido grupo expediciOriol

mans 1k, con el fin de tener una vía de. acceso ocupó la costa de Mour
olucila . : No era sino una medida de salvaguardia. S’ se niarias territorio de Rusia
de tropas ale reconstruir un «frente oriental» para impedir el paso alemana, due al frente
occidental y entorpecer la política ecorión-iica habrit

día aprovecharse de los recursos de Rusia para salvar el bloqueo, dios. . ortarites n1 que realizar un
esfuerzo mucho más amplio y con imp plan de tan grao

¿Dónde hallar las tropas necesarias para realizar un

496

La mtervenmin de los al,ados, en Rus

za

,ri,ergadural Japón, que hasta entonces o hab tomado n ía parte activa en

la lucha, era el único país.que podía suministrarlas. Estaba claramente dlspuesto a ello, pues esta intervenc .lón favorecía sus intereses: Le convenía,
tanto en la hipótesis de una victoria alemana como en la de una victoria americana, instalarse en TransbaYkalla para así consolidar las posiciones logradas
en China. Con la ayuda de las tropas niponas era pues factible preparar una exped leión que, a través de S iberi a, formase el nuevo frente contra
Alemania en el territorio europeo de Rus a. La 1dea ya había sido esbozada en el mes de diciembre de 1917 por Clemenceau y recogida en marzo de
1918 por Winston Churchill en un memorándum presentado al War cabinet: pero encontró oblieciones por parte de los Estados Unidos, que temían
favorecer el desarrollo de la influencia japonesa en Extremo Oriente. Sin embargo, los estados mayores, al igual que los diplomáticos, segulan
estudiándola. ¿Era convemente prever la real’ zación de este plan si el gobierno soviético se oponía a ello, o era prefer’ble intentar realizarlo de acuerdo
con él? Algunos agentes subalternos de la Entente en Moscú, el inglés Lockart, el capitán Sadoul, de la delegación militar francesa y el coronel Robins
de la delegación militar amencana, se declaraban convencidos de que era posible obtener la aprobación de los bolcheviques e incluso su colaboración. Los
jefes de las delegaciones, y sobre todo el emba’ador de Francia, se mostraban escépti-

j cos. Unicamente el embajador de los Estados Unidos esperaba lograr la aprobación del gobierno soviético, y pensaba que seguiría siendo nece-

sana aunque no se lograra tal aprobación. La iniciativa de los japoneses, que el 4 de abril, tras el asesinato de dos de sus nacionalistas en Vladivostok,
desembarcan tropas en este puerto para mantener el orden,no favorece las negociaciones con el gobierno bolchevique. Trotski, sin emb.argo, deja entrever
que aceptaría la expedición interaliada si recibiese ciertas garantías. Dentro del plan de la Entente, la legión checa, que entonces inicia su marcha a través
de Siberia, está destinada a desempeñar Un Papel activo.

Fri ese preciso momento surge el conflicto entre la legión checa y el bierno bolchevique ‘; este incidente orienta la política de la Entente y COlece la
opinión de los que declaraban que era imposible una cooperación con las autoridades soviéticas. ¿Cómo las potencias aliadas y asoCi,adas, que desde
marzo de 1918 otorgan un decidido apoyo a las petic,n,s de las minorías nacionales de Austria-Hungría, iban a abandonar cft condiciones tan arriesgadas
a la legión? El 4 de junio, una nota de est4 Potencias advierte al gob lerno ruso que los checos están bajo su pro-%cción. De hecho, estas tropas que se
hallan escalonadas a lo largo del ‘Muiberia,o (han ocupado Torrisk el 31 de mayo y Orrisk el 7 de junio) Pucden ole. . convertirse en la avanzadilla de una
expedición interaliada. El 20

Junio el gobierno francés estudia la posibilidad de explotar esta situa-

497

T_

La intervención de los «aliados» en Rusia

nen en su poder los puntos principales de la Siberia occidental; los aleP.,bierna ruso en el verano d, 1918 odrán agrupar en torno suyo a los ele- rmaries est.án en Ucrania, en Finlandia y en los Países Bálticos; los ruma-

caS p . conipletar la torna del tran- nos han introducido tropas en Bessarabia, proclamando su adhesión. Las dos divisiones cYie *beria y podrán . es de la le- Cómo presentar batalla en todos los frentes? -Ion. es de Si Los lel rripytos ant .-bolcheviqu -ble intervencIO1 leclideri el 7 dé- @ul'o perma- El gobierno bolchevique se resigna a buscar el apoyo de Alemán 1 a.

siberiano Y .cub,i,» una POS' en este plan y 1 ado, n jugar de continuar Antc todo plantea las cuestiones económicas: Necesita los cereales de

cl,eca acepta, .colabora, ardia» a OS al; fuerza en Organizar est .e LJcrania y el carbón del Donetz que, de hecho, están bajo control alegión sp de «vangu. S Foch se es , el ¿X” r _rvir Mientra , ,, interes d ito mi rnán. El 1 de agosto el Comisario del pueblo de asuntos exteriores va necer allí Para Viadivostok. nunca», dice, «Y factor muY la rnarcha bacla Ayora Inás que Siberia cOnlo 1 cuer- inas allá. Ciertamente, dice, no puede pensarse en una alianza militar

nuevo frente, - considero la, expedic`or` a o, con rapidez- abierta por la situación de la opinión pública; pero si es posible una ac-

,jictor «la, lo por el 'ón paralela; ¿No podrían los alemanes, por e*emplo, proteger Perrojitar en Europa, siempre que actueril ,,tos @aponeses», cl j . ortante Para. la forrilado «sobre tod - ingleses Y arnericanos, rado contra una ofensiva que viniese de la costa de Mourmansk? Y, ¿no irnp 0 estará iceses, .1 que le per- 9 po expedicionar, . @ de contingentes frat ble a una accion, les interesaría actuar contra Alexciev, que está a favor de los enemigos

acion a inuy favora de los Estados del Reich? Por tanto, lo que se sugiere es una «cooperación de hecho». con la incorpor se rnuestr ero las ob@ecloiiies . stenc. la del

El gobierno nTor de Siberia; P fín, tras la insi El gobierno alemán delibera. Su embajador en Moscú, Helfferich, piensa inistiría Ocupar una parte El 17 d, @U"01 Pordente W;lSon cede.. Acep- que los bolcheviques están perdidos si se les deja únicamente con sus

n 1, decisiónj,lidos retrasa. lo de guerra, el Presl - los asuntos Inter fuerzas. El apoyo alemán puede salvarlos, pero, ¿no sería me'or «dejar

or interalia(intervenir en superl -te n los Corise@o ura, que no quele deserribarcos: En caer» a este gobierno sovietico y apoyarse en los elementos anti-bol-

no sin aseg rieses enipieza orribres,

Po los 72.000 yl. --- , cheviques, que tienen el porvenir en sus manos? El embajador ta el plan, Siberia alcanza edición @a' -1 ente ante el Canciller y ante el gran cuartel general advirt n 01

El 3 de agosto los lo' ()()0. La exP ti m Í le d es de nos rusos- - de sus tropas en as tienen S- @* - .aponesa, u 1 ---Iría ---er a la olítica interna alemana una co-

un mes el úrner ljnidos apen en una operac n 1 as consecuencias qu p p

jue los Estados de llecho, secundario- labora.ción, aún siendo temporal, con los soviets: Hiritze se presta a una

se convierte,. en tanto an . pape. --vTiVson, negociacion norque quiere evitar la caída del gobierno soviético que, afir-

la PO itW

,)Onesa inter os cYecos sólo)úeg @ del presidente i Y titente. Dcsç', m, abriría el camino a un nuevo frente oriental El 27 de agosto las con-

la que los PrOP de la resery 1,s conse@os de a col 1

En SURria, Y a pesar e triunfa er, nre s,s filas @ versaciones desembocan en la firma de un acuerdo acompañado de cláu-

es la q 0 cuenta e v. 1ç1,

0 e_ lcIlelique» Pedictonar, el gobierno s' sulas secretas: Alemania se compromete a que Ucranla devuelva a Rusia «anti-bo tito en que el cucrP yostijidad col' de las tre de la cuenca industrial del Donetz y a autorizar a los bolcheel naorne cuales están en franca barco de los)aPorieses Y d una parte 1 1 los cilecos, los @n que el deserri autoizacion viques a comprar cereales en la zona de ocupación alemana; obtiene el

evia co5 -01 k se Via realizado sin Pr . cle,e esta accIO derecho a di r' gr' una expedición contra el grupo de desembarco aliado co, des,d, el Inonnen, r, A@, del Mourmansk, en caso de que los rusos no logren despe'ar el lugar. Ale-

Vladiv0s'o Lenin cOns' t ,as aliadas en --- . es inevitable que tnbien cOn

ricas, 1 lleva P@usla y i orriandante

ma

@ades soy" -do contra a n ,ando e C k don, promete a em s que sus ropas rea 1 r p autorid , dirigl ra surge c' mourtrians de los bolcheviques con el fin de echar a los ingleses de Bakou; por úlun enfrentamientc de la ruPt',de la costa de 1

otivo directo de .;o por lo que 1 tlrnO, evacuará los territorios que ha ocupado en la Rusia blanca, al este triania. El rri - de la Ocupación Ipo expedicIOnal 11 1`ct de Beresina. El gobierno ruso, en contrapartida, reconocerá la indepen- @efe i iglés extien local e instaja en s , 0\

ir 1 11, Pequeño gr` . al soviet ;t-1-11 dencia de 1

lados tenlar` ISI, elirillila otell@ los al -atado de Brel Livonía, Estonia y Georjía. Este tratado, evidentemente, no

9 ylasta Arkllange recháza el tt « ada, de las P equivale a una alianza, pero crea, de hecho, una colaboración. suceder 5 ro-aiiado» que

ruso «p efúgial, las enib 1 La firma de este acuerdo alivia la situación del gobierno soviético. a un gobierno V,,glsk se r . . en urla OTrotsky puede reagrupar algunas tropas, las cuales toman la ofensiva en

o). En kr o@c corisIgujente, (2 de agOs1 - das - . cuenta, P 1 el sector más crítico y, el 10 de setiembre, vuelven a ocupar Kazan. «El aliadas Y as0c”` --- o se en --- ..o forriado por el gobier1,0 e@

1 '110 sovietic ;;0 elercl 1 :A- un «frente», Ivance enemigo se interrumpe; su moral se quiebra», dice una proclama

El go le da. El peque a, que VI, establec sari 1

casi desespera torna el 6 de ag0"0@11 Comi o del pueblo. Es como vender la piel del oso antes de mación olucionario de Sarnar checos, cialista-re,v jo del Volga aPOYado Por los de 1, Banca @laclol" l@arlo, Porque en eso momento, en Siberia, la conferencia de Oufa intencurso rried de las reservas de oro óder la costa @,a Por primera vez unir todas las fuerzas contrarrevo lucio narlas y crear

dueña --- tiene en si,' P checo@In «di 1

£ ces . los irecto,; r1, 11 1 11 111- 1,--- 1-1- 1--- -11

zan, donde se 11 -oria,jo anglo tal orierital, rneritra la 0». in em argo, os 0 viqu 9

o expedicl nesés están en Siberia 1 Un respiro en el momento en que estaban a punto de derrum el cuerp la Política alemana les ha ayudado a lograrlo.

-u 11S«la. los @apo

barse,

de

- 499

9 Véase P. 496.

499

El gobierno del Reich, en cuanto cree que ha puesto en peligro el intento de los aliados por reconstruir un «frente orientado», empieza a pensar en reducir el número de tropas que hasta entonces tenía en Europa oriental, puesto que el gobierno soviético está ahora dispuesto a una política de «colaboración», al menos temporal: este es el beneficio inmediato. Pero Alemania espera conseguir también beneficios en el futuro, pues no renuncia a hacer anexiones, directas o indirectas, en esos territorios que el tratado de Brest-Litovsk ha separado de Rusia. A pesar de las objeciones de algunos políticos alemanes, que temen ver a su país sembrar el germen de un nuevo conflicto si Alemania le quita a los territorios rusos el acceso al Báltico, el ministerio del interior del Reich estudia una forma de «incorporación» de los territorios bálticos al Imperio: estos territorios serían autónomos en cuanto a la administración interior, pero en la política exterior, las instituciones militares y el régimen de aduanas quedarían subordinados al gobierno alemán. En cuanto a Finlandia, donde los conservadores acaban de lograr el 9 de agosto que se apruebe el restablecimiento de la monarquía, el gobierno finlandés ofrece la corona a un príncipe alemán y Guillermo II, el 26 de agosto, autoriza a su cuñado Federico Carlos de Hesse a aceptar la candidatura al trono. En Polonia la política alemana hace que fracase la solución preconizada por el gobierno austro-húngaro, que quiere incorporar al imperio de los Habsburgo las regiones ocupadas por las potencias centrales; sin embargo, prevé dejar a los polacos que elijan libremente un rey, pero a condición de que el nuevo Estado ceda al Reich algunos territorios en la zona de los conflictos y que acepte una unión económica con Alemania.

No obstante, estos planes de expansión por los que el ministerio de Asuntos Exteriores y el propio emperador discuten y seguirán discutiendo hasta el último momento, sólo tiene ya un interés «convencional». Ahora todo depende del resultado de las operaciones en el frente de Francia.

500

CANTULO VII

LA OFENSIVA DE LOS ALIADOS Tras el fracaso alemán del 18 de julio, la situación militar ha cambiado por completo. El ejército alemán tenía que vencer antes de que la entrada en combate de las fuerzas americanas diese a sus adversarios la superioridad numérica: No lo ha conseguido. A partir de este momento el equilibrio de fuerzas se rompe. El mando alemán dispone aún en el frente «occidental» de 205 divisiones, pero ha gastado ya sus mejores tropas: Los destacamentos de asalto (Sturmtruppen), encargados de ejecutar las operaciones de ruptura, están diezmados. Los ejércitos inglés, belga y francés no pueden llevar al frente más que 172 divisiones; pero ahora tienen el apoyo de las fuerzas americanas y el de un cuerpo de ejército italiano.

Desde hacía un año el gobierno y el estado mayor americanos venían trabajando con un método y una energía considerable en la creación de un ejército completo. Fue necesario organizar el reclutamiento, formar grupos de oficiales y suboficiales con la ayuda de instructores franceses e ingleses, fabricar el armamento y el material, instruir a estos hombres, que en su mayoría nunca habían agarrado un fusil y, por último, garantizar el transporte a través del océano

El ataque de los submarinos. En el verano de 1918 este esfuerzo rinde sus frutos. Desde el mes de abril, a instancias del Consejo superior de Guerra, el gobierno americano decide acelerar los envíos de tropas y dar prioridad a las unidades de infantería. Algunos regimientos americanos incorporados a las filas de los ejércitos aliados, ya han intervenido en las batallas de junio y julio; en Bois-Belleau, cerca de Château-Thierry por primera vez se han visto actuar a las divisiones americanas, formadas en unidades autónomas sin artillería y apoyos propios. Pero el mando americano no quiere disper-

Obras de consulta - Además de las memorias, sobre todo las de Foch, y las obras citadas en pp. 468 y 482, véase: G. Clemenceau *Grandeurs et misères d'une victoire* (París 'In-S'); general Pershing, *Mes souvenirs de la guerre*, trad. francesa (París, 1931 2 vol.,)

8) y R. Poincaré, *Au service de la France*. IX: La contienda (París, 1934 m-s-). Consulte, también W. Foch, *Der Feldherr Ludwig von Hindenburg*

Ungluck (Wiesbaden 1952,

La ofensiva de los aliados

sar sus fuerzas: Ha cedido unas cuantas tropas a la línea de batalla anglo-francesa de forma provisional y no de muy buena gana; ahora sabe que tienen -y el general Pershing lo dice con orgullo- «un ejército propio, con mando propio». A decir verdad, en opinión de los anglo-franceses, la actuación de las divisiones americanas sería sin duda más eficaz si estuviesen encuadradas en las divisiones aliadas, mejor entrenadas y mejor guiadas. El mando americano, por el contrario, se empeña en hacer un papel individual. La importancia del número de tropas que aporta a la coalición le permite imponer su visión particular: A fines de julio

1.145.000 soldados americanos desembarcan en Francia. Sin duda no todos están preparados para entrar en combate. Necesitan un entrenamiento previo. Pero, el 1 de agosto 27 divisiones americanas están listas y 19 de ellas en condiciones de acudir al frente. Cada mes las tropas del cuerpo expedicionario aumentan en 250.000 hombres; cada mes, nuevas divisiones están preparadas para reforzar la línea de fuego. Los ejércitos de las potencias aliadas y asociadas disponen ahora en el frente occidental de un margen de seguridad que va a aumentar sin cesar. «Ha llegado el

momento», dice Foch, «de abandonar la actitud defensiva, hasta ahora por la inferioridad numérica y pasar a la ofensiva».

I. EL PLAN DE OPERACIONES

Foch, aún en los peores días de la primavera, jamás abandonó la idea de una ofensiva. En su «orden» de 20 de mayo, afirmaba su voluntad de tomar la iniciativa de las operaciones, en cuanto las circunstancias lo permitiesen; lo repite en junio, en el momento de la derrota del Camino de las Damas. Ahora es el momento oportuno.

¿Cómo piensa realizar esta ofensiva? El 24 de julio, en su cuartel general de Bombon, cerca de Melun, reúne a los comandantes en jefe Haig, Pershing y Pétain y les expone su programa. Quiere asestar al enemigo golpes repetidos a intervalos cortos, y, en distintos sectores del frente. Las primeras operaciones tendrán como meta «liberar las vías férreas indispensables para las maniobras posteriores de los ejércitos aliados»: ataque franco-británico en la región de Montdidier, para proteger la línea férrea París-Amiens de los intentos alemanes: ataque americano en la región de Commercy para reducir el saliente que forman las líneas alemanas alrededor de Saint-Mihel y despejar la línea París-Avrancourt; después, una ofensiva liberará la región de las minas del norte. Todos estos

ataques sólo tendrán un carácter parcial y preparatorio. ¿Hasta dónde

debe ir? Obras de consulta.- Además de los documentos ya citados y las memorias de Foch, véase la obra de Caracido, Italia e i suoi alleati nella guerra mondiale (Roma, 1921), que da una interpretación, por otra parte muy parcial, de las relaciones entre Foch y Díaz sobre el tema del plan de campaña. Sobre la batalla de junio en Italia, existe un estudio del coronel Amelio Dupont, La battaglia del Piave (Roma, 1925, in-16).

502 -

¿Podrán llevar a los ejércitos aliados? Es imposible saberlo de antemano. Si los resultados se alcanzan «antes de que la temporada esté demasiado

avanzada», en otoño se podrá llevar a cabo una gran ofensiva. Hacer previsiones más precisas sería prematuro. Foch, por no seguir un éxito rápido y completo, sin duda la su confianza en los aliados les dará la victoria. Pero, el pensamiento de Foch, el año decisivo. final está aún lejos: 1919 será, . . . En opinión de todos si la derrota del ejército alemán, debe ser el objetivo fundamental de la coalición

¿qué papel les corresponde jugar a los frentes italiano, balcánico y turco en la decisión?

La importancia de la ofensiva final?

La ofensiva del frente italiano es evidente. El 15 de junio, cuando Ludendorff liquidaba su oferta de un armisticio, el mando austriaco atacó a lo largo de todo el frente, en el sector de Asiago, frente al Monte Grappa,

lago y sobre todo en el Piave. Por Primera vez, desde 1915, estaba en condiciones de concentrar la totalidad de sus fuerzas contra el ejército italiano Y confía en una victoria completa. Ahora bien, aunque consigue lanzar sesenta Puentes sobre el río y pasar algunas divisiones a la orilla derecha, no puede aumentar estas cabezas de puente. El día 18 una Potente contraofensiva italiana quiebra el ímpetu del ataque. Cinco días después, las tropas austro húngaras, vencidas, vuelven a la orilla izquierda. El ejército italiano demuestra en esta gran batalla que ha recuperado sus cualidades: El mando ha sabido gencia las posiciones defens* preparar con inteliJuntad y arrojo. 'vas; los soldados han dado prueba de vo-

El ejército del general von Arz ducido a la defensiva , después de este fracaso, queda rede Hay que atacarlo lo antes posible. El 6 de agosto

n jefe del ejército 'tal' no, que tome la iniciativa: «Desde este momento, el ,

1918 Foch pide al general Díaz,comandante e 1 lade la Entente es sacar partido inmediato, y interés indiscutible del camb- en la medida de lo posible,

lo producido en la situación militar. Hay que arreciar y aumentar los ataques. Pero Foch no tiene los m' Uano que en el e' ito , Ismos oderes en el ejercito ita- . de g jérci inglés. En la sesión celebra por el Consejo su- ,P,C,r., to r .uerra en Abbeville el 2 de mayo s licita inútilmente que el

italiano se ponga bajo sus órdenes, en iguales condiciones que el frente dle Francia. g lerno italiano se niega, pues no quiere que sus Operaciones i El ob» «se sacrifiquen a las de los franceses» y que sus tropas se llían Obligadas a atacar «según las necesidades ajerías», sólo acepta del comandante en jefe el poder para «coord'nar@@, en la foima prevista por el 1

acuerdo anglo-francés de Doullens. En suma, Foch sólo puede dar consejos al mand. italiano. Ahora 1 el general Díaz, aunque acepta

Id bien,

ca de la ofensiva, no quiere fijar una fecha. P-

p b

0

Carros de ide que se le manden tlos combate y obuses de gas; también quiere refuerzos amer- . , que ni Fo ch ni Persh" ica- 41'Crita lng tienen intención de Proporcí Pos,cior un ataque contra un enemigo super ionarle. ¿Debe

lor en número, asentado en nes sólidas y capaz de desencadenar una contraofensiv caso la respuesta exige reflex' a? En todo

lón. Díaz aPlaza el intento hasta Octubre.

El frente balcánico, al norte de Salónica, apenas cuenta con las tropas búlgaras. Los alemanes y los austro-húngaros sólo mantienen allí desde la primavera de 1918 algunos destacamentos. La superioridad numérica en este frente es de los ingleses, franceses, griegos, italianos y serbios. ¿Conviene aprovechar esta circunstancia para llevar a la ofensiva al ejército aliado de Salónica? El general Guillaumat, que era su comandante en jefe, prepara en el mes de abril un plan de ataque sobre las dos orillas del Vardar. Requerido en Francia para ocupar el puesto de gobernador militar de París, y reemplazado por el general Franchet d'Espérey, Guillaumat envía a Clemenceau el 27 de junio una nota en la que aconseja tomar la iniciativa de las operaciones antes del otoño. La autoridad de Foch no alcanza al frente balcánico. El único competente para decidir las acciones que se van a emprender es el Consejo superior de guerra. Ahora bien, Lloyd George protesta el 4 de julio porque el gobierno francés quiere adoptar una actitud ofensiva en Oriente sin consultar a sus aliados. ¿Por qué arriesgarse a una operación de gran envergadura que puede desembocar en un fracaso? ¿No sería mejor intentar separar a Bulgaria de las potencias centrales por medios diplomáticos? Sin embargo, los británicos ceden ante la insistencia francesa: Los representantes militares permanentes, que son los consejeros técnicos del Consejo superior de guerra, quedan autorizados a estudiar el proyecto de operaciones que acaba de ultimar el general Franchet d'Espérey. El 3 de agosto lo aprueban con la condición de que la preparación de la ofensiva no prive al frente occidental de ningún medio de acción, tanto en hombres como en materiales.

Por último, por deseo expreso de los ingleses, la ofensiva tiene que ampliarse al frente de Palestina. El gobierno turco, por razones políticas, ha iniciado una operación en dirección centrífuga en el extremo norte de su territorio, en Transcaucasia y Azerbaiján. A pesar de los consejos del alto mando alemán y de sus advertencias (al sur de Batourri, algunos destacamentos alemanes y turcos intercambian disparos), se empeña en

realizar una empresa que le va a permitir extender su influencia a las poblaciones musulmanas de ambos lados del mar Caspio. Mientras persigue este sueño «pariuránico» descuida la defensa de las regiones meridionales del imperio, en las que predomina la población árabe. El gobierno inglés puede aprovecharse de esta circunstancia. Ya en el Otoño de 1917 había iniciado una operación destinada a «despejar» el canal de Suez: El general Alleryby, después de romper el frente otomano en Gaza,

entra en Jerusalén el 11 de diciembre; pero se ve frenado veinte kilómetros al norte de la ciudad. Se trata ahora de terminar la conquista de Palestina y de ocupar Siria meridional. Puesto que los británicos llevan al combate fuerzas cuatro veces superiores a las del adversario, la operación tiene que proporcionar buenos resultados. Pero, ¿qué alcance general cabe esperar? Es un medio de establecer una zona de influencia inglesa al norte del istmo de Suez. La ofensiva del general Alleryby es una empresa británica.

- 504 -

La batalla de agosto-septiembre de 1918

II. LA BATALLA DE AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 1918

La ejecución de los planes ofensivos va a proporcionar unos resultados más rápidos y de mayor alcance de lo esperado por los gobiernos y los mandos militares. En opinión de todos ellos, hasta octubre no debían empezar las acciones de gran envergadura; hasta ese momento, sólo debía realizar operaciones limitadas para preparar las futuras. En realidad, los ejércitos de las potencias aliadas y asociadas van a alcanzar la «solución» antes de finales de setiembre, en dos meses.

En el frente occidental, Foch el 7 de agosto recibe el bastón de mariscal de Francia - ejecuta el programa que ha trazado el 24 de julio. El

8 de agosto lanza el primero de sus ataques: El 4.º ejército británico del general Rawlinson (doce divisiones de infantería y tres divisiones de caballería) y el 1.º ejército francés del general Debeney (quince divisiones de infantería y tres divisiones de caballería) actúan conjuntamente bajo los órdenes del mariscal Haig. El eje es la ruta entre Amiens y Roye. Los preparativos se han realizado en el más absoluto secreto: Las órdenes sólo se han comunicado a los generales: los comandantes de las unidades no conocen el conjunto del plan de operaciones. Para romper el frente enemigo, el mando cuenta con la utilización masiva de carros de combate, que permiten reducir al mínimo la preparación de la artillería. Gracias a estas medidas, y también a la niebla que en el momento del ataque oculta los últimos movimientos, el mando alemán se ve sorprendido.

Durante el primer día las tropas anglo francesas logran un avance de quince kilómetros. Las reservas alemanas, traídas a toda prisa, son enviadas a la batalla antes incluso de que la artillería pueda apoyarla. El día

10 Foch da la orden de extender el frente de ataque. Al sur de Montdidier, el 3.º ejército francés entra en acción y cae sobre la retaguardia del XVIII ejército alemán que ejecuta un movimiento de retirada. El gran cuartel general alemán se da cuenta de que corre un grave peligro. Sus

3 Obras de consulta.- 1 @ Sobre el frente occidental: desde el punto de vista aliado, además de los documentos publicados en: Les armées françaises dans la Grande Guerre, t. VIII (cit. p. 164) y en el Rapport del mariscal Pétain (cit. p. 468), véase en particular coronel Daille, La bataille de Montdidier (París, 1922, in-S°), estudio muy documentado de una fase esencial; desde el punto de vista alemán, además del informe del general von Kühl ya citado (p. 343), general von Zuehl, Die Schlochten im Sommer 1918 an dem Westfront (Berlín, 1921, in-S°) desde la perspectiva alemana, además de los recuerdos del general Pershill (citados en p. @01),

general Liggett, AEF. Ten years ago in France (New York, 1928, in_8.)- Desde el punto de vista inglés general Sir A. Montgomery, The story of the fourth '4"nY in the battle of the hundred days' 'August 8th to nov. 11th 1918 (Londres, S. d., 2 vol., `SI. Véa,e también teniente-coronel de Chambrun Larmée americaine dans le conflict eu- '9Péen (París, 1929, m-S')- 2.' Sobre el frente de Salónica: comandante Larcher, La Grande Guerre dans les Balkans (París, 10,30, in-80); Nédeff, Les opérations en Macédoine. L'éPoPée de Doiran, 1915-1918, trad. francesa (Sofia, 1927, in-S' --- Y Sobre lestin el frente de Pa-

a, general Bowman-Manifold, An outline of the Egyptzan and Palestine campaigns 1914-1918 (Londres, 1923, in-S'); Wavell, The Palestine campaign (Londres, 1928, in-SO). Lirnan Yora

Sanders, Fünflahre Türkei (Berlín, 1920, in-S'); Simon-Eberhardt, Mit dem, orPs Olderaburg, 1927, in-S').

--- 505

tropas logran, sin embargo, mantenerse en su posición de repliegue. Para aprovecharla victoria, Foch quiere ampliar aún más el esfuerzo, llevar el 10.º ejército francés hacia Chauny y lanzar el 3.º ejército británico en dirección a Bapaume. Pero el general Haig se niega a atacar inmediatamente: Piensa que la posición enemiga es demasiado sólida, que el terreno, difícil es poco propicio a los carros de combate. Apela a «la responsabilidad ha'cla su gobierno». Foch tiene que conformarse. La ofensiva, entonces, se interrumpe. Cuando se eriprenden de nuevo las operaciones activas, los ingleses y los franceses desarrollan su esfuerzo al norte y al sur del frente del primer ataque. El 10.º ejército francés vence el 20 de agosto ¡a línea de resistencia alemana sobre las mesetas entre el Oise y el Aisne. Tras duros combates, el 3 de setiembre alcanza el valle del Allette, a la altura de Coucy. El 21 de agosto el 3.º ejército británico ataca en dirección a Cambrai; el 2 de setiembre logra romper el frente alemán cerca de Quéant. Ludendorff entonces se ve obligado a dar a sus tropas la orden de retirada general a lo largo del frente comprendido entre la Lys y la posición del Camino de las Damas: Sus tropas van a establecerse en la posición «Sigfrido» (Saint-Vaast, San Quintín, La Fere), en tanto que atrás, desde Guise hasta Cateau y Solesmes, el mando establece a toda prisa una nueva posición de resistencia, la línea «Hermanm».

De este modo, la ofensiva del 8 de agosto, concebida en su origen como una simple ofensiva de despeje, se convierte en una gran batalla, que, tras un mes de esfuerzos, ha hecho retroceder a las tropas alemanas a las posiciones que ocupaban antes de su ofensiva de primavera. Las tropas inglesas y francesas en tres ataques llevan a buen término estas operaciones de ruptura, en las que el mando alemán creía ser un experto. Ludendorff, desde el principio, se da cuenta, más que ningún otro, de la gravedad de los acontecimientos. Para contrarrestar la amenaza, se ha visto obligado a emplear abundantes reservas, cuya poca resistencia le preocupa en esos momentos. Síntoma aún más alarmante: Las tropas han te-

nido algunos fallos; han perdido muchos prisioneros e incluso han dado pruebas. aquí y allá de desaliento. Se ha podido ver cómo algunos soldados de infantería, que se batían en retirada, recibían con sarcasmo no a los refuerzos que acudían en su ayuda y cómo tachaban a sus compañeros de «esquirolas». Los soldados alemanes, obligados a una acción defensiva tras los grandes sacrificios que han realizado inutilmente desde el In's

de marzo, empiezan a flaquear. Ludendorff pierde de repente su aplomo. Él, que días antes confiaba aún en la posibilidad de una potente acción, ahora presiente la derrota. El 8 de agosto, dice, ha sido «un día de luto» para el ejército alemán. Ese día, repite en sus Memorias de guerra es cuando se da cuenta de que la guerra está perdida. Todas sus pr.e.w

siones se vienen abajo: La dirección de las operaciones es ya sólo un «luego de azar». Tan clara conciencia tiene de los errores de apreciación que ha cometido, que presenta su dimisión. El emperador le pide que se retire de su puesto. Pero la autoridad del general, del jefe efectivo de los ejércitos

ut* jzlr COO alemanes, queda profundamente afectada: Ya no se atreve a 11

506

La batalla de agosto 5, septiembre de 1918 el gobierno «civil» el tono de superioridad que antes ostentaba. El hombre «de los nervios de acero» se siente vencido.

El mariscal Foch no deja que el enemigo recupere el aliento. incluso antes de finalizar la batalla de Picardía dallas órdenes de lanzar la segunda ofensiva prevista en el plan del 27 de mayo: la del Mosa. Nr, la concepcion de la maniobra ha cambiado. El plan 1

a 1 el enemigo escribe Foch el 30 de agosto, d «pruebas manifiestas de su desorganización»; hay que «explotar a fondo» las ventajas de la situación. La o

peración de Saint-Mihiel, orientada en dirección centrífuga, interesa menos. Además, no se puede desarrollar hacia Briey, como se pensó en principio. El objetivo debe B

divisiones mitarse a la reducción de la «herna». El ataque realizado por división americana se inicia el 15 de setiembre, con el apoyo de algunas tropas francesas, y consigue un brillante éxito.

De este modo, concluye la primera parte del plan Foch. Ante el enorme éxito de estas operaciones, el comandante en jefe de los ejércitos aliados considera que ha llegado el momento de emprender

la gran ofensiva que, seis semanas antes, ni siquiera había osado prever. A comienzos de setiembre, establece el plan de una acción convergente realizada por el conjunto de las fuerzas aliadas. Sus «órdenes directivos» del 3 y del 8 de setiembre, señalan tres ofensivas, que se deberán lanzar con un intervalo de veinticuatro horas, del 25 al 28. Entre el Mosa y el Suippe, a ambos lados del Argona, el 1.º ejército alemán y el 4.º ejército francés atacarán

la acción norte; Méziers será su objetivo lejano. Al norte del oise, en el frente entre Cambrai- y San Quintín, los ejércitos del mariscal Haig, apoyados por un ejército francés, intentarán romper la línea «Sigirido» y avanzar en dirección noroeste hacia Valenciennes. Por último en Flandes, un grupo del ejército mandado por el rey Alberto, encabezado por un jefe de estado mayor francés, el general Degoutte, y formado por divisiones inglesas, belgas y francesas, intentará ganar la Posiciones en la cresta de Passchendaele; después avanzará hacia Bruselas de con»

Junto, Foch. cuenta con la participación real de veintidós divisiones americanas mientras que el mando alemán, falto de refuerzos para contrarrestar sus pérdidas, ha tenido que disolver catorce divisiones.

Ludendorff, sin saber exactamente dónde se llevará a cabo el esfuerzo del enemigo, presiente la amenaza. ¿Debería llevar sus tropas hacia atrás, sin esperar el ataque? Sabe perfectamente que la posición «Sigirido» no es sólida, que los trabajos del sistema defensivo no están terminados en

la línea de combate; pero, si retrocede, ¿dónde podrá establecer su posición de repliegue? La línea de combate «Hermann sólo existía» sobre el papel. Es me-

5111 moverse del sitio. Ludendorff no le oculta su preocupación menos a sus colaboradores más cercanos; sólo se la oculta al gobierno.

110.- «Ya hay suficiente miedo en la Wilhelmstrasse; sería catastrófico que supiesen cuál es realmente el par. En el frente la situación es crítica.»

El frente balcánico, el general Franchet d'Espérey empieza los pre-

paros de la ofensiva a principios de agosto. Su objetivo es la estación de Cadsko, centro de las comunicaciones enemigas en el alto valle del

La ofensiva de los aliados

Vardar. Para romper el frente quiere atacar no el valle del Vardar, como lo había sugerido el general Guillaumat, sino el macizo monta-

ñoso de Moglena, entre el Vardar y la Tcherná. El 5 de setiembre, anuncia al gobierno francés que estará preparado para entrar en acción dentro de ocho días. Es necesario que la diplomacia trabaje para eliminar las últimas objeciones de los ingleses y los italianos. El general Guillaumat viaja a Londres y a Roma, y convence plenamente a Lloyd George y a Orlando. El día 10, Clemenceau puede por fin autorizar al comandante en jefe del ejército de Salónica a iniciar las operaciones en cuanto lo juzgue conveniente.

El 15 de setiembre empieza la gran ofensiva, que afecta a unas tropas cansadas, mal vestidas y mal alimentadas, pues los servicios de la retaguardia no saben cumplir con su tarea en el ejército búlgaro. La conquista de la posición del Dobropolié, que domina el centro del frente, determina el éxito. En un día triunfa la operación de ruptura realizada por tropas francesas y serbias. A lo largo de todo el frente, los aliados pasan a la ofensiva. El día 24, las vanguardias serbias llegan a Gradsko: El ejército búlgaro está entonces cortado en dos brazos. Al mismo tiempo la caballería francesa del general Joffre-Gambetta se lanza sobre la retaguardia enemiga y se apodera de Prilep; después, por la mon-

taña, avanza hacia Uskub, donde convergen las rutas de comunicación

líneas de comuni-

del ala derecha contraria. Las tropas búlgaras, cuya posición están amenazadas, retroceden a toda prisa.

El desmoronamiento del adversario abre al general Franchet d'Espérey amplias perspectivas: puede llevar su ofensiva hacia el noreste, alcanzar la línea de la Maritsa y amenazar Constantinopla, o bien avanzar hacia el Danubio y amenazar a Hungría con la invasión. El gobierno tu-

mano, ante este vuelco de la situación, ¿se decidirá a romper el tratado de Bucarest y a entrar en la guerra? Ludendorff, algo tarde, se da cuenta del peligro. Da la orden de llevar al frente balcánico cuatro divisiones del frente oriental; incluso decide sacar del frente occidental al cuerpo alpino, mientras el general von Arz retira del frente del Plave dos divisiones. Este nuevo ejército debe concentrarse en Nisth. Pero el transporte de estas tropas exige un plazo de tres semanas. ¿Aguantarán los búlgaros hasta entonces?

Por último, en el frente de Palestina, el general Allenby realiza en

esos momentos un supremo esfuerzo. Para romper el frente turco prepara un ataque en la llanura costera, donde los cañones de la flota pueden apoyar a los del ejército. Tras la penetración, piensa lanzar su caballería hacia el Tiberiades, nudo de las comunicaciones enemigas. El ser-

vicio de información ha podido enterarse de que el túnel de Taurus, por donde pasa el ferrocarril que realiza el municionamiento del ejército turco, va a cerrarse durante quince días para realizar trabajos urgentes. Es el momento oportuno. El 19 de setiembre, en un ataque por sorpresa (la preparación de la artillería dura sólo un cuarto de hora), el ala derecha del frente turco se desmorona. La caballería penetra en la brecha y a, ""-

Las consecuencias políticas

Z, a en línea recta. Durante la jornada atraviesa cuarenta kilómetros; al día siguiente llega al Tiberiades. El estado mayor alemán del grupo de ejércitos turcos escapa a duras penas. Los dos ejércitos del ala derecha y del centro, cuyas líneas de retirada están cortadas, se rinden, en tanto que el tercero, el del ala izquierda, abandona a toda prisa su posición en el Jordán y se repliega hacia Damasco. Pero la caballería inglesa llega antes: El 30 de setiembre captura veintidós mil prisioneros. El grupo de ejércitos Yildirim está prácticamente aniquilado. Los restos de estas tropas afluyen entre otros puntos hacia Alep, donde el general alemán

Liman von Sanders trata de reagrupar algunas unidades. En quince días, la victoria del general Allier libera a los países árabes, donde la actuación política de los enviados británicos venía ya preparando desde 1916 un camino para la labor militar.

El ejército italiano es el único que no participa en el esfuerzo. Espera a que el adversario se debilite. El general Díaz inicia la ofensiva sólo cuando la victoria del ejército de Salónica obliga al mando austro-húngaro a enviar a toda prisa hacia el frente balcánico algunas de sus divisiones. En una orden del 25 de setiembre indica el lugar donde piensa atacar: La línea del Plave medio, al sur del Grappa. Pero sólo se trata aún de iniciar los preparativos del ataque.

III. LAS CONSECUENCIAS POLITICAS'

«Creo que es preciso abandonar. Estamos al límite de nuestras fuerzas. La guerra debe acabar». Con estas palabras recibe Guillermo 11 en Avesnes el informe de Ludendorff tras la derrota del 8 de agosto. Los días 13 y 14, en el gran cuartel general de Spa, reúne en una conferencia a Hindenburg y a Ludendorff con el Canciller Hertling y el secretario del Asuntos Exteriores Hintze. Ante los Jefes del gobierno «civib», los militares no quieren confesar sus temores. «Ya no podemos confiar», declara Hindenburg, «en que con acciones militares logremos quebrar la voluntad de combatir de nuestros enemigos; nuestras operaciones deben tener como meta frenar poco a poco esta voluntad, por medio de una acción defensiva enérgica». Confía en que los ejércitos alemanes logren mantenerse en suelo francés y de este modo consigan agotar al adversario. El emperador deduce de esta declaración una conclusión lógica: «Hay que acechar el momento oportuno para encontrarse con el enemigo».

90». Pero el Canciller piensa que, para realizar una gestión pacificadora,

⁴
1. Obras de consulta- Sobre las conversaciones de Spa, el proceso reproducido en Amtliche Urkunden zur Vorgeschichte des Waffenstillstandes (Berlín, 1919, in-S'), y en el in- '11,r,le de Schwertfeger (cit. p. 454). Véase también Hertling (cit. p. 189) y los artículos de Hintze dans la Vossische Zeitung, 11-13 sept. 1919.- Sobre las conversaciones austro-alemanas en las mismas fuentes, con la del general Cramon, ob. cit. p. 271. Véase también F. Charbonneau-Lacoste, Les Empires centraux (París, 1947, in-12), el capítulo V.- Sobre la portada a americana, L. W. Martin, Peace without Victory, W. Wilson and the British Liberals (New Haven, m-S').

La ofensiva de los aliados

es preciso esperar al momento en que la ofensiva enemiga llegue a «un punto muerto»: Hacer una oferta. inmediata sería declararse vencido. Basta, pues, por el momento, con «Iniciar los preámbulos» que permitan en la primera ocasión favorable entrar en negociaciones. Hilanderiburg y Ludendorff no ponen ninguna objeción: Ninguna de sus palabras deja traslucir que la acción diplomática sea urgente. El gobierno puede pensar, por consiguiente, que aún tiene tiempo de reflexionar. El alto mando no quiere disipar esta ilusión.

Por eso el secretario de Estado de Asuntos Exteriores se limita a «tantear el terreno». Todavía piensa que Alemania podría conseguir la paz sin abandonar las ventajas que ha logrado en el este y sin hacer la menor concesión territorial al oeste. Sería, pues -así se lo dice a los jefes de los partidos del Reichstag el 21 de agosto-, una paz «satisfactoria» para el Imperio.

La cuestión belga es, según la opinión de Hintze, lo que hay que solucionar primero. El 14 de agosto, al terminar las conversaciones de Spa, comenta algunas opiniones con un intermediario. Bélgica, dice, es sólo una «garantía» para Alemania. Si la Entente está dispuesta a devolver las colonias alemanas, el Reich respetará «la plena independencia» del reino, «la integridad de su territorio» y la libertad de su economía; incluso, la indemnizará por los perjuicios sufridos. Hintze hace llegar esta sugerencia al gobierno de Washington. No recibe respuesta alguna.

Mientras tanto, he aquí que aparece otro motivo de preocupación, pues el gobierno austro-húngaro muestra su impaciencia por entablar una

negociación de paz. El emperador Carlos llega a Spa el 15 de agosto; declara que la Doble monarquía no podrá «aguantar» hasta el invierno. No es la primera vez que hace semejante declaración. Por eso el gobierno alemán, al principio, no se alarma. Pero el barón Burlan insiste: Ya que las autoridades alemanas reconocen la necesidad de entablar conversaciones de paz en la primera ocasión favorable, ¿por qué no decidirse a dirlas inmediatamente un llamamiento directo a todos los estados contendientes? Hintze protesta; se presenta en Viena el 3 de setiembre y declara que hacer una oferta pública de paz sería adelantarse al fracaso. El enemigo vería enseguida la debilidad de las potencias centrales y rechazaría esta oferta con desprecio. Vale más actuar indirectamente, por medio de un país neutral, buscar, por ejemplo, la mediación holandesa. Burlan no

quiere ni escuchar. «Para nuestro país, dice, es el fin». Austria-Hungría está agotada, socavada por el movimiento de las minorías nacionales, . . . obligada a valerse de cualquier medio para conseguir un abastecimiento, precario para su capital; el ejército está desmoralizado por las derrotas. Hay que actuar rápidamente: «sofort und direkt». En vano Hintze objetará que la Doble monarquía se creyó en anteriores ocasiones al borde de sus fuerzas, y, sin embargo, continuó la lucha con éxito. Er, vario Hindenburg declarará que semejante gestión sería «nefasta». E., vallo

laGuillermo 11 telegrafiará al emperador Carlos diciendo que si Austria-Hungría actúa contra la voluntad del gobierno alemán en un asunto to

- 510 -

Las consecuencias políticas graves, «la alianza perderá todo su valor y su significado». El 14 de setiembre Burlan hace pública su nota: propone entablar en un país neutral «una conversación directa llevada a cabo entre los representantes de los gobiernos», sin interrumpir las operaciones militares.

Es, pues, una oferta de negociación, no una petición de armisticio. La contestación llega de forma masiva. Los gobiernos de Londres, Roma y Washington expresan su rechazo. En París, Clemenceau lanza su grito: «¡En pie, a por una victoria sin mancha!» El emperador Carlos se da cuenta de su equivocación. «Sí, eso me entristece, nos hemos obstinado demasiado». Al dar esta prueba de desmoralización, no ha hecho sino confirmar la confianza de los adversarios en la victoria.

En Berlín, Erzberger, leader del Centro, y Ebert, portavoz de la social-democracia moderada, declara en las sesiones de las Comisiones que será preciso buscar la paz en cuanto la situación militar se consolide un poco. El 15 de setiembre el Canciller confiesa a los representantes de la mayoría parlamentaria que ha tratado inútilmente de preparar el terreno, pero el «momento psicológico» parece que no ha llegado aún: hay que esperar la ocasión en que el enemigo se dé cuenta de que su ofensiva no puede conducirle a resultados decisivos. Pero, ¿cuándo llegará ese momento?

La retirada búlgara

I. LA RETIRADA BÚLGARA ‘

CAPÍTULO VIII

LA PETICIÓN DE ARMISTICIO

En el gran cuartel general alemán la preocupación, después de la gestión austro-húngara, sigue creciendo. Los aliados están cediendo: derrota turca, derrota búlgara y derrumbe moral de Austria-Hungría, que no espera a la siguiente ofensiva italiana para declararse vencida. ¿Cómo va

a seguir resistiendo Alemania, si la coalición amenaza con disolverse? En su propio frente de batalla va a tener que soportar dentro de poco el ata-

que conjunto de los ejércitos enemigos, que cuentan con un número muy superior de grandes divisiones (18 divisiones) y mayor número aún de tropas y armamento, sobre todo de carros de combate. ¿Podrá soportar el ataque? Los colaboradores de Lunderdorff «consideran que la situa-

ción es peligrosísima». El propio general está desconcertado: Ya sólo confía en un milagro. El 25 de setiembre se extiende por Spa el rumor

de que una epidemia de «peste pulmonar» está atacando al ejército francés, Lúndendorff se aferra a esta esperanza «como se aferraría un náufrago», confiesa él mismo, «a su última tabla de salvación».

En Berlín, los círculos políticos se agitan. Aunque el Canciller aparente cierto optimismo, los miembros del Reichstag están preocupados,

1 1 Íón Púporque conocen mejor que Hertling cual es la situación de la opinión pública: después de la gran esperanza que había creado la ofensiva de primavera, la decepción es tremenda; la nación está agotada y sabe que sus sufrimientos, sus sacrificios han sido inútiles. «Estoy convencido de que nos hallamos ante el estallido de graves disturbios», declara el diputado Südekum en la sesión de la comisión el 21 de setiembre; «ahora se OYI decir por todas partes: Si la abdicación de los Hohenzollern puede traer

la paz, ¡adelante!». Para devolver la confianza a este pueblo cansado y «enardecer» el coraje nacional, es necesario, dicen los jefes de los partidos, formar un gobierno de «salvación nacional», llevar al poder a hombres nuevos, que inspiren confianza al pueblo y que trabajen de acuerdo con la mayoría en el Reichstag. Se inicia una «crisis de poder».

En estos momentos tan críticos, los acontecimientos del 26 de setiembre van a cambiar repentinamente la ansiedad en desesperación.

- 512 -

En la mañana de ese día empieza la gran ofensiva que el mariscal Foch tiene preparada desde hace tres semanas. A lo largo de un frente de veinticuatro kilómetros, entre el Mosa y el Argona, doce divisiones americanas se lanzan al ataque, en tanto que el 4.º ejército francés (Gouraud) asalta las posiciones alemanas de los montes de Champaña. La línea alemana cede, pero no llega a romperse. Mientras el mando alemán sigue paso a paso las fases de la batalla, los nervios están tensos a la espera de un segundo ataque del adversario -¿dónde se producirá?, Ludendorff lo ignora- Llega entonces un telegrama a Sofía: el gobierno búlgaro pide un armisticio al general Franchet d'Espérey.

Para intentar comprender las causas de esta deserción búlgara, cuyos aspectos no han sido aclarados, es necesario examinar los rasgos de la situación que se estaba desarrollando desde hacía varios meses en Sofía.

Bulgaria, tras la conclusión de la paz de Bucarest, estaba descontenta con sus aliados. Ambicionaba Dobrotija, pero negaba una compensación a sus aliados turcos. Alemania no quiso elegir entre los intereses turcos y los de los búlgaros. A pesar de la insistencia personal del rey Fernando y de las imperiosas gestiones del presidente del gobierno Radoslavov ante el Canciller y el gran cuartel general, el problema de Dobrotidia se dejó de lado: Una parte del territorio, la más importante, se entregó a la

administración conjunta de las cuatro potencias aliadas. Cuando se intente solucionar definitivamente el litigio, ¿podrá Bulgaria contar con el apoyo de sus amigos? Tiene poderosas razones para sospechar que no. Ludendorff, sobre todo, no ha ocultado que era contrario a las reivindicaciones del gobierno de Sofía. La opinión de los círculos políticos búlgaros se conmociona por lo que considera una traición. El rey destituye a Radoslavov el 18 de junio. El nuevo presidente del gobierno, Malinov, sin condenar la política seguida durante tres años por su redecador, mantiene la alianza sin espíritu de confianza. Las críticas de la prensa contra la postura de Berlín y de Viena fomentan en la opinión pública un sentimiento de irritación. ¿No posee acaso Bulgaria, tras la destrucción de Servia, los territorios macedonios que quería al entrar

Obras de consulta.- Sobre esta cuestión, todavía no muy bien dilucidada, el compendio de documentos búlgaros citado en p. 271, no basta para 'explicar los hechos. Sobre la Situación de Bulgaria, véase R. von Mach, *Aus bewegter Balkanzeit* (Berlín, 1928, in-8'), 11^o testimonio de un periodista alemán, V. Mamatev, «The U. S. and Bulgaria ;ti World War b>, en *American Slavic and East European Review* 1953, n^o 2, pp. 233-257. Sobre las circunstancias de la elección, véase Kaptcheff, *La débacle nationale bulgare devant la Haute-Cour* (París, 1925, in-81). En contrapartida, las operaciones militares han sido bien estudiadas por Lir,her, *La Grande Guerre dans les Balkans* (París, 1930, in-8^o). Véase también desde la P' Ipectiva búlgara Nédeff, ob. cit., p. 505; desde la perspectiva alemana, general Dietrich, "Velt@riegsende an 'der mazedonischen Front (Oldenburg, 1925, in-8^o), forma el t XI de *SI:hlachten des Weltkrieges@*»; desde la perspectiva francesa, general Jouinot-Gambetta, *UsZ* (París, 1920, in-16).

² Véase p. 453.

La petición de armisticio

en la guerra? Ya que de] asunto .de Dob,oudja no puede espera, nada ¿qué mterés puede tener en participar más activamente en la lucha? in' cluso cree que no tiene nada que temer por la aplicación de los «catorce puntos» del presidente Wilson. Desde el verano de 1918, Bulgaria Ya no es más que un aliado pasivo de las potencias centrales.

La moral del ejército se debilita. En este país, fundamentalmente agrícola, el soldado campesino sueña durante la prolongada inmovilidad de la guerra de trincheras, con su tierra, que tiene, abandonada desde hace tres cosechas. Su familia vive miserablemente. El mismo sufre: está mal vestido, pues los servicios de intendencia son incapaces de cumplir su cometido, está mal alimentado, pues el mando nunca se preocupó por la organización del avituallamiento. Al ocupar desde hace tanto tiempo el territorio enemigo, le cuesta comprender que todavía no haya vencido. ¿Por qué el gobierno permite que continúe esta guerra? La inactividad remata la labor iniciada por el sufrimiento. El mando ha renunciado desde hace meses a cualquier inactividad; sin embargo, la tropa soporta malamente el oscuro esfuerzo de la guerra de posiciones y tiene la impresión de que su sacrificio es innecesario, ya que el ejército está inmovil. La propaganda pacifista encuentra el terreno abonado: desde el inicio del verano las octavillas que circulan por las trincheras hablan de la necesidad de acabar la guerra en setiembre. Empiezan las desertiones. Las autoridades militares tardan en reaccionar. Deciden demasiado tarde intentar mejorar las condiciones materiales de la vida del soldado. Y son estos los hombres que, fatigados e impacientes por volver a su hogar, sufren el 15 de setiembre el impacto de la ofensiva. Ya no tienen la suficiente fuerza moral para resistir palmo a palmo.

¿Es necesario añadir otra razón más concreta a estas razones generales para explicar el desaliento del pueblo búlgaro y el rechazo que manifiesta hacia el nuevo sacrificio que se le impone? El gobierno búlgaro, en guerra con las potencias de la Entente desde 1915, no se convirtió en enemigo de los Estados Unidos. A pesar de las reiteradas peticiones de Alemania no había llegado a romper las relaciones diplomáticas con el gobierno de Washington, que tenía, Pues, destacado en Sofía a un cónsul general. Al tomar esta precaución, que era muy de su estilo, el rey Fernando quiso reservarse evidentemente un medio de contacto con la gra . In potencia que podía convertirse en el árbitro de la paz. El enlace americano en Sofía estaba en contacto con algunos miembros de la oposiclión parlamentaria, que, en 1915, habían supl1cado al rey que renunciase a iitervenir. Estos habían tomado contacto en Suiza con el representante diplomático de los Estados Unidos. Sin embargo, el departamento de Estado en Washington dejó sin respuesta estos intentos. Prefirió mantenerse al margen del «imbroglio balcánico», por tanto, los Estados UidD" no se esforzaron en «separar» a Bulgaria.

En estos momentos decisivos, el papel personal del rey no está claro' Treinta años de intrigas diplomáticas, favorecidas por su inteligencia," gaz, una habilidad que no retrocedía ante nada y una facultad poco '0-

- 514 -

La retirada búlgara mún para el disimulo, le habían proporcionado, bastante antes de la guerra de 1914 una sólida reputación de h - ocri -ta en todas las cortes europeas. Sus aliados desconfiaban de su caralpctér. Sus enernqué ardor buscaba su fortuna personal y le sabían sen igos sabían con rncntOs «contantes Y sonantes». Si v- sible a 1,s arguías buenas a las pote *

ncias centrales Y conseguir de sus enem' ventajosa, no se detendría Por respet lgos una paz de embarcar a 0 a sus cornPrOmiso, Pero, después

su País en esta aventura, ¿puede salir indemne? sabe que En la jornada del 26 de set- .,to de la ofensiva aliada, 11 rey se encuentra atrapado por los acontec entonces, su pueblo no le va a perdonar la derrota. Tras el ex-

jembre, cuando la caballería f,,, 'Mlentos. cha sobre Uskib y amenaza con cortar las común cesa m arbúlgaro, el -alto niando envía al general Franchet icaciones del e--- .

spérey jercito de arm'st* d'E la Petición

1 lel 0, ¿Es un acto personal del generalísimo 0 una d1c.sió1 1 rey Fernando? En Spa, aún quieren conservar una esperanza 1 n del fuera posible «proteger al rey» de los que le rodean? L ¿Tal vez que una rápida intervención de tropas resi .sientes puede aún «salvar Wrisa tuación»; telegrafía al general von Schol7, que manda las udendorff p a si-

Pocas tropas alemanas que han quedado en el frente balcánico, ara que envíe a algunos batallones a las Puertas de Sofía, toda prioridad que sepa someter al soberano. Pero guí dos por un jefe enérgico, deseo, pues el día 28 1 0 Pronto iay que renunciar a este, s por 'os enviados plenipotencarios búlgaros, nombra~ d el gobierno y por el estado mayor, se presentan en el cuartel general de los aliados. El general Franchet d'Espérey les impone sus condiciones: evacuac- ' aún esté Ion inmediata de los territorios servios y

n ocupados; desmovi griegos que reducido a tres division lización del ejército búlgaro, que quedará S' es y deberá abandonar todo su material; expullón en un plazo de cuatro semanas de todos los agentes alemanes. Como garantía, los aliados ocuparán e estratégico- n territorio búlgaro algunos, pero sin entrar en Sofía. Por muy duras que les parezcan esta, condiciones Puntos es-

tiembre queda os enviados búlgaros apenas las discuten. El 29 de se-

firmado 1 a le]-o. La desaparición de la «p`r(1st frente de M)tección de los flancos» que significaba el

accedoma, es el «principio del fin»@ para las Potencia Ccntra- 'es' En Polos día ejército de Franchet d'Es 1 S Turquía queda aissaella. Rumania Puede volver perey llega al Danubio. Contrar las tropas n a las armas

Ic,sar,as para detener la invasion que Doble M . ¿Dónde en-

onarquía? Las ocho divisiones que amenaza a la austro-húngaros han puesto en camino hacia días antes los alemanes los

de y s los Balcanes aún stán muy 'ejo su meta -Ll,garán a tiempo?, ¿Cómo consegu* @ ftInte defensi,,? Para reforzarlas aun se podrian traer de Ucrania las diVisiones iran formar un

que se encuentran destacadas allí, per eso significaría abandonar la esperanza de recoger en aquel luga dispensabl,s par rlos 0 cursos Ciar a a el avituallami -re 1 alimenticios in-

llev lento del país; s gnificaría también remin-

ar al frente occidental los únicos r M'diodía del 28 de setí efuerzos aún disponibles. Al

tembre, L,de,clorff se da cuenta de que no tiene

La petición de armisticio

salida. Ya no hay esperanzas, más vale acabar pronto. A las seis de la tarde, Hindenburg y él se ponen de acuerdo: Hay que pedir el armisticio. En ese momento Hintze y Hertling abandonan voluntariamente Berlín, uno después del otro, para recabar la opinión de los jefes militares. ;No va siendo ya hora de dirigirse al presidente Wilson para pedir la paz?

II. LAS DECISIONES DE SPA (29 DE SETIEMBRE DE 1918) 3

El domingo 29 de setiembre, casi a la vez que el secretario de Asuntos Exteriores, llega a Spa el emperador. Aún ignora que los jefes del es-

tado mayor central creen necesario iniciar la negociación para el armisticio. Ciertamente, aprecia toda la gravedad de los acontecimientos, pero está lejos de pensar que la situación militar pueda obligar al ejército alemán a rendirse. Iniciar conversaciones de paz, sí, pero manteniendo la lucha. Hirtze y Hertling enfocan el futuro inmediato en este mismo sen-

tido. Pronto se verán decepcionados.

A las diez, Hirtze se entrevista con Hindenburg y Ludendorff. Ya en sus primeras palabras los dos grandes jefes van derechos al asunto: el ejército no puede continuar la lucha. Necesita un armisticio inmediato. «Cada minuto de retraso aumenta el peligro». Hirtze se queda anona-

do. Si el estado mayor se expresa de semejante modo, entonces el de-

sastre es posible, quizás inminente. Pero, ¿cómo va a recibir este golpe el pueblo alemán? ¿Cómo pasar casi sin transición «de la algarabía de la victoria al canto fúnebre de la derrota»? Hay que cambiar sin retraso los

métodos de gobierno para intentar sostener las fuerzas morales del país y evitar un movimiento revolucionario. ¿Con qué medios? ¿La dictadu-

ra acaso? Ludendorff mismo lo cree imposible en semejante morriente): un gobierno autoritario necesita, más que ningún otro, el prestigio de la

victoria. ¿La «revolución desde arriba», es decir, el abandono de toda la tradición imperial, la formación de un gobierno parlamentario que dirija los destinos de la nación? Ludendorff lo acepta; incluso parece desearlo. Cuando todo se viene abajo no le cuesta mucho dejar a otros la resPON-

sabilidad de una liquidación dolorosa. En poco tiempo, sin acusaciones

1 intercambios de reproches; se finaliza el acuerdo: hay que formar lo antes posible un nuevo ministerio, que se encargue de enviar al enemigo una petición de armisticio y de paz.

A las once de la mañana, el emperador escucha el informe de sus co-

laboradores. Ante sus terribles manifestaciones mantiene una «tranquilidad asombrosa»; una « i

actitud digna». Sin poner objeciones escuchó a Hindenburg y a Ludendorff que le hablan de la necesidad de un aritus-

‘re-

Obras de consulta.- Los documentos esenciales, en el anexo al informe de Feger (ya citado, p. 454). Véase también Ein Jahr in der Reichskanzlei Erinnerungen „, die Kanzlerschaft meines Vaters (Friburgo, 1919, in-8”), y Ludendorff, Entgegnung auf d,” antleche Weissbuch, «Vorgeschichte des Waffenstillstandes» (Berlín, 1919, m-8’).

El gobierno Max de Bade y la nota a Wilson

ncio inmediato. «¿Qué propone usted?», le pregunta a su ministro de Asuntos Exteriores. Hintze lo confirma: es indispensable pedir la paz sobre la base de los catorce puntos del presidente Wilson; pero antes hay que transformar los métodos políticos. Guillermo 11 no vacila: «La dictadura es un absurdo», dice. Para alejar el peligro revolucionario hay que intentar «canalizarlo». Se resigna a ampliar la base del gobierno y a llevar al poder a un hombre que tenga la confianza del Reichstag.

Cuando por la tarde Hertling llega, a su vez, al gran cuartel general se encuentra con una resolución ya tomada; nadie confía en que la acepte. Ya ha tenido bastantes ocasiones de manifestar su opinión acerca del régimen parlamentario. Nadie le pide que reniegue de sus principios ni que conserve un puesto que es incapaz de mantener. Al aceptar la dimisión de su Canciller, Guillermo 11 firma una declaración que se hará pública al día siguiente: «quiero que el pueblo alemán colabore más eficazmente que en el pasado en decidir el destino de la patria. Es, pues, mi deseo que los hombres que tengan la confianza del pueblo participen ampliamente en los derechos y deberes del gobierno.»@>

De este modo, las decisiones importantes se toman sin discusiones. Ha bastado con que Hindenburg y Ludendorff pronunciasen la palabra armisticio para que las autoridades políticas y el mismo emperador se resignen inmediatamente. Nadie se atreve a pedir explicaciones precisas sobre la situación militar y nadie intenta sopesar las posibilidades de resistencia que aún pueda ofrecer el

ejército. En una ocasión semejante, ¿no sería lo indicado reunir a los comandantes de los grupos de ejércitos y escuchar sus opiniones? Pero desde hace ya mucho, Guillermo II tiene la costumbre de inclinarse ante la opinión de sus dos grandes jefes. Ya que se confiesan vencidos, ¿por qué plantear preguntas inútiles? La única preocupación que existe, la que predomina en estas conversaciones de Spa, es política. ¿Cómo lograr que el pueblo alemán acepte la pérdida de todas sus esperanzas? ¿Cómo formar ante esta derrota la unión sagrada que salvaría a la dinastía? Es el propio alto mando -príncipes del destino!- el que sugiere que se establezca un régimen parlamentario: en el momento en que la situación es irremediabilmente crítica, cede.

III. LA FORMACIÓN DEL GOBIERNO MAX DE BADE Y EL ENVÍO DE LA NOTA A WILSON'

La decisión de pedir el armisticio y la paz está tomada. Sólo queda encontrar al nuevo Canciller que acepte asumirla. El vicedanciller von Pa-

Obras de consulta.- La publicación alemana *Amtliche Urkunden zur Vorgeschichte d` Waffenstillstandes da los telegramas cruzados entre el gobierno y el gran cuartel general* (Berlín, 1928, 111-8.) ofrecen un relato muy detallado, severo, como es lógico, hacia el gran cuartel general. Véase también *Die Revolution von oben* (Berlín, 1927, in-S'), dura crítica de papel del canciller; *von Payer, Vom Bethmann bis Ebert* (Berlín, 1925, in-S').

516

517

La petición de armisticio

¿Sugiere un nombre: el príncipe Max de Bade, que tiene fama de ser un idealista y un liberal y que, desde hace ya varios meses es el defensor de la paz de compromiso. ¿Es quizá un político? ¿Acaso tiene un carácter enérgico, un espíritu fuerte? Eso es ya otra cuestión. Por el momento, parece que es el hombre adecuado para la situación, porque tendrá el apoyo de la mayoría del Reichstag y además, al ser príncipe alemán, también tiene que tener presentes sus deberes hacia la corona imperial. El empujador le llama con urgencia a Berlín.

El príncipe Max ignora todo lo que acaba de suceder en Spa. Cuando deja su propiedad en Dessau para acudir a la llamada del emperador, le dice a su hermana, la duquesa de Anhalt: «Puedes esperar de mí cual-

quier cosa menos un ofrecimiento de paz.» Nada más llegar a Berlín, el 10 de octubre, se entera de la verdad: ¿Cómo es posible que hayan dejado que la situación llegue hasta tal punto, que ahora sea preciso pedir un armisticio sin tardanza? ¿Por qué le piden su nombre para cubrir este

desastre? Su primer impulso es rechazar la cancillería, puesto que no tiene las manos libres. Sin embargo, presionado por Payer y por Hintze, acepta, pero quiere verificar por sí mismo la necesidad de un acto que, en principio, desapruéba. ¿No sería posible limitarse, por el momento,

a una gestión de paz, sin llegar a la petición de armisticio, que es una

confesión de debilidad más grave aún? Por primera vez, aparece un hombre que pretende discutir la opinión del gran cuartel general y que esboza cierta oposición.

En Spa, Ludendorff se impacienta. El espectáculo que ofrece durante tres días el Jefe efectivo del ejército alemán es asombroso y, a veces, dramático. En términos cada vez más acuciantes, interviene para acelerar la formación del nuevo gobierno y el momento de la negociación, en la que Alemania confesará su derrota. El 30 de setiembre, incluso antes de que Max de Bade sea nombrado, se dirige al emperador: «¿Todavía no está formado el nuevo gobierno?» -«No puedo actuar por arte de magia», responde Guillermo II - «Es necesario», insiste el general, «que se forme enseguida el nuevo gobierno para que se pueda enviar la petición de paz hoy mismo». «¿Eso tenía que habérmelo dicho hace (quince días!)» Esta contestación del soberano pone fin a la conversación. Pero al día si-

guiente, Ludendorff, apoyado esta vez por Hindenburg, agobia al ministro de Asuntos Exteriores con sus llamadas angustiadas por teléfono y telegrafo. Afirma que la situación militar no permite esperar más de veinticuatro horas. La ofensiva de los ejércitos franceses e ingleses y alile,

1 de americanos se desarrolla ahora en todo el frente. La penetración de

ocurrir en cualquier momento»; las tropas todavía aguantan, pero, ¿qué pasará mañana? Es necesario que la nota esté en poder de la Entente lo más tardar el miércoles por la noche o el jueves por la mañana. En la noche del martes 1 de octubre lanza este grito de alarma. Hintze le responde el 11,

inmediatamente un plazo. «Quiero salir del ejército», responde Ludendorff. Envía a Berlín a uno de sus colaboradores, von dem Bussche, el cual se reúne con los jefes de los partidos del Reichstag para comunicarles la noticia grave.

- 518 -

El gobierno Max de Bade y la nota a Wilson

de la situación y la urgencia de una decisión, y de este modo infunde el

entre los medios políticos un pánico en 1918. Hindenburg en persona llega a Berlín en la jornada del 2 de octubre; aunque su tranquilidad contrasta con la de Ludendorff, aunque no parece creer que el peligro sea tan inminente, confirma el punto de vista del general: La negociación tiene que ser inmediata: «Estoy esperando otro gran ataque en un plazo de ocho días», el 1, dice al Canciller, «y no puedo garantizar que no sea catastrófico para nosotros». Veinticuatro horas, dice Ludendorff; ocho días, dice Hindenburg. Es sólo cuestión de matiz. Cuando al atardecer, Max de Bade, en el Consejo de la corona, se declara contrario a la gestión, el emperador le quita la palabra: «El alto mando la considera necesaria, y no estás aquí para crear problemas al alto mando.»

El Canciller, sin embargo, aún no se resigna. Antes de ceder, le manda a Hindenburg el jueves 3 de octubre un cuestionario del que solicita una respuesta por escrito. ¿Espera el gran cuartel general un desmo-

1 ronamiento mi i 'tar próximo? ¿Tan preocupado está que considera la cuestión como «inmediatamente» necesaria? ¿Tiene totalmente claro que estas conversaciones de paz <@pueden llevar a la pérdida de territorios alemanes, en particular de Alsacia-Lorena y de los círculos exclusivamente polacos de las provincias del este? Hindenburg, tras consultar con Ludendorff por teléfono, se atiene a sus declaraciones anteriores. «La situación empeora cada días más y puede obligar al alto mando a tomar gra ves decisiones; es preciso «interrumpir el combate». Entonces Max de Bade acepta. En la noche del 3 al 4 de octubre firma la nota que va a enviar por medio de Suiza al presidente Wilson: «El gobierno alemán ruega al presidente de los Estados Unidos de América que se encargue de restablecer la paz, de dar a conocer esta petición a todos los Estados beligerantes y de invitarles a enviar delegados plenipotenciarios para iniciar las negociaciones. Acepta como base de las negociaciones de paz el progrania fijado por el presidente de los Estados Unidos de América en su rne*nsaje al Congreso del 8 de enero de 1918 y en sus declaraciones posteriores, en particular en su discurso del 27 de setiembre. Para evitar prolongar el derramamiento de sangre, el gobierno alemán pide la firma de un arm'st'c* inmediato en tierra, mar y aire.»

1 1 lo La nota alemana llega a Washington en la noche del 5 de octubre. La derrota está consumada: Alemania confiesa que está al límite de sus fu,rzas.

En estas trágicas horas ha sido el alto mando el que ha tomado en Solitario la decision de cesar la lucha; es él, con tenaz insistencia, el que se lo ha inipuesto al Canciller. Esta prisa, que agrava el alcance del heCho, ha ido cosa del alto mando. Durante dos días, con llamadas desesNradas POI,. Y constantes, Ludendorff- ha dado la impresión a las autoridades . Iticas de que la resistencia de las tropas no podía prolongarse por más tiernPo, que d y, S. e un momento a otro podía producirse un desastre militar. b 1n erríbargo, aunque la ofensiva aliada iniciada el 26 de setiembre haí' d'billtado el frente alemán en todos los sectores, no había conseguí-

La petición de armisticio

pero lentamente. e do resultados decisivos: los soldados de infantería alemanes retrocedía que hacía pensar en un desastre? «Tengo la impresión de que a de forma

¿Por qué razón entonces Ludendorff hablaba n,

1 uno de lo, perdido la serenidad», dice en un telegrama de] 1 de octubre qu agentes de enlace de la Vilhelirstrasse. No es cierto, dijo Ludendorff de,pués. Si hemos de creerle, nunca pensó que el frente podía caer en 24 horas. Si presionaba tanto era para acabar con la lentitud de los políticos, para acelerar el desenlace de la crisis de la Cancillería . Pero, ¿cómo

ible que no haya comunicado a sus colaboradores mas intimos esas posturas intenciones ocultas? En todo caso, si hubo maniobra, fue una maniobra torpe y arriesgada: Al hacer que soplasen en Berlín vientos de pánico, Ludendorff anticipó él mismo la derrota.

Mientras mostraba esta actitud, mantenía o simulaba mantener esperanzas: La Entente, decía, aceptará firmar el armisticio sin más condición que la evacuación de los territorios ocupados; tras un tiempo de descanso, el ejército alemán estará dispuesto para la lucha. Si Wilson y sus aliados pretenden «tirar de la cuerda» en exceso, aún habrá tiempo para volver a la lucha. El pueblo alemán, al ver su propia tierra amenazada, estará dispuesto a tomar «decisiones heroicas». ¿Qué concesiones tendrá que hacer Alemania? Abandonará, dice la nota de] gran cuartel general de] 3 de octubre, «las pequeñas zonas de Alsacia-Lorena donde se habla francés»; pero en el este no cederá ningún territorio alemán. Si es necesario, resistirá «hasta el último hombre», declara Hindenburg. Pero, ¿son sinceros los altos mandos? ¿Creen realmente que los adversarios están tan cansados como para aceptar un armisticio que deje al ejército alemán intacto? ¿No será más bien que quieren dar gato por liebre cuando el Canciller Max de Baden se enfrenta con sus responsabilidades? Esta también es una maniobra peligrosa: Después de anunciar al pueblo alemán que está vencido, ¿qué prestigio les queda para pedirle que resista «hasta el último hombre»?

CANTULO IX EL HUNDIMIENTO DE LAS POTENCIAS

CENTRALES blicaLapetic'ón alifflana de arri, - , - Jentras en los país,, d, Ist1clo Y Paz sorprende a la Opinión pública mas cercana de lo que se atrevía a, la Entente la Perspectiva de una de leguridad-al n a e Mando pensar an victoria ste mazazo cae en 1 en Alemania, e nna a ;Os soldados e . , n Austria-Hu - Infunrnoral. La solidari. Pueblos que aun ignoraban ngria y en T,rquíá,

dad entre el imperio 1 , el Peligro y hu Pe. Ahora 1, única regla de a eman Y sus dos al- nde su blernas se cu conducta es: Cada iados Se rointe > mulan ante los cual a lo suyo. Los pro-

¿Aceptará el adversario .o gob'ernos impOtentes -A Ogrsa rá adaptarse el - - n armisti .ci.o que no . c guantará el fr,n_

ilitar, regimen Político Y sobre - - se' `n`a caPitulaci .ón? analizarlos en es Políticos y diplomáti. vivir a la derrota.P Los

cos se presenta proMarco de cada Estado. n a la vez. Conviene

520

te Dirante los Pri -meros días que s.

Wilson, Alemania at., “ iguen al envío de

vlesa un Corto peri la nota al presidendo;Obra, de Ons. lodo de espera en el que el

eur,entos reunio, l'.- Además de] informe Schw'eri Badien (1) 1 Por E. Matthias L y R. morsev, en P. 454, véarse lo ?7.n,'n, Sch, id

-feger ya citado ma usseldorf 1962, i,-8@) Die Regierung des Prinzen max v.,

er g ernann L d

testimonios

S

un en (Gót - ' u endorff Pa 0' esenciales S., Id línd,1 tngen, 1956 Í' Yer (ya citado, erná d (pa 1 "fZe1cbnun
n`-S'); Conrad H ' PP. 284 y 505) G S e l-s do! Nie-

roener, LebenseltI_Sr's, 1928, in-S.) 24 - 8 c1,aglíclgter, R

gen (Franefort 19 aussrna,n S b

1 princip Alax de Badel ' "ul-;Journ,ld, ags nefe todo),- B'edt, Der deutsche R ' ` '), trad fi--- un d'
ezc@st b G, a' Cuestio, eicbs -rznnerungen u D k eP4té au Retckstag

tag m Weltk ' (Berlin. 0 ume lib ',e,. S.,d, el C-r,,t, tu cion ajes. S b rig, 1 nte (Berlín, 1928

r0 de A4 at U,d St,,t, 1926 - - .a emán D Groener-Gever G

1111n (Berlín 1955, in-S*) S , - re tic, , muy . Baum Ont, L'abdtcat d 0 're el G R G --- 1 ' in 8'), estudia sob

40, 19 conciso 1 ion e Guill, obre 1 1 eneral

18 (Bel;n,' ' que hay que an aume II (p)Ornada de; 9 de nov., el

S a actitud de lo

- obre 1 estarp, Das Ende der Monarchie am 9 Dje'd, 1952, in-S adil, K. von W aris 1930, 1-11-12), es un 'tscl9e
Soz,@lderno ') der n escrito crí-

kratie ,d ationale Sta.t@ S sOcialistas -

1870_920> , vease Heid 9 er,

unter be,o,de ' 9
521 rer Be-

-1 k"d"o de 1,1 Potencias centrales

país aún no abandona, a pesar de la intranquilidad de la opinión P,ea. El Canciller ha log,aáo formar el gabinete Parlamentar úb 11, grupos políticos S lo, dejando que que recibirían las car e encarguen de designar, entre sus partidar-

teras; el nuevo mini los, a los

sterio incluye entre sus bros a Erzberger, uno de]Os líderes de] Centro Católi tores de la «resoluc, Miernantí lón de paz» de] Reich lcO, uno de los au_

iguo colaborador de H stag; a vol Payer, progresista

ertling; y, sobre todo, a do 1s soc'aeln' una «erfl-

i I-democrata, a instancia, presa que va a la bancarrota», 1 part , Bauc, Y Scheideinarin: A Pesar de] peligro que corre al asociarse Istas r

e no puede rechazar su participación. de Ebert, se ha dado cuenta de qu ido socía «¡Ay de] pueblo que depone las armas cinco minutos antes de tescribe el Vorwárts. lempo!@>, ,El 5 de octubre, el Canciller toma la palabra en el Relchstag. Au,cla «una nueva era en la historia de Alemani .a»: el gobierno se apoyará e,n la mayoría parlamentaria, y llevará a cabo el sufragio uni .versa] en Prusia. Las dos reivindicaciones prioritarias de la oposición liberal (reformia electoral en Prusia oy régimen parlamentario) quedan satisfechas. Max de Bade explica el envio de la nota a Wilson. Alemania, dice, después de luchar durante.cuatro años contra un adversario superior en número, está dispuesta a firmar la paz si se le ofrecen unas condiciones compatibles con su honor; pero si la respuesta de] adversario está inspirada «en el deseo de' aniquilarlos», seguirá luchando hasta.la muerte. Este discurso, aún anunciando entre líneas una probable capitulación, refuerza la moral, pues la opinión pública espe.raba perspectivas aún peores. En el Reichstag nadie se levanta para exigir responsabilidades por la derrota. En el frente, la situación de] ejército alemán es difícil, pero no desesperada. La gran ofensiva convergente que Foch ha lanzado el 26 de setiembre progresa con regularidad, sin obtener resultados decisivos. Entre el Argona y el Mosa, el ejército americano, tras el magnífico éxito inicial, de).a de avanzar durante una semana, porque el estado mayorl al ser novato, ha de).ado que las retaguardias se atasquen: El 4 de octubre vuelve a atacar, mientras en Champaña el ejército Gouraud que se encuentra frente a POSiciones sólidas, lucha encarnizadamente en' la línea principal de resistencia alemana' aunque no logra romperla Desde Blaches hasta San Q *

F@r ulntnyla e' el ataque inglés iniciado el 27 de setiembre hace retroceder a ala derecha de] XVIII ejército alem fla la]In án más allá de San Quintín y arro-

ea del XVII ejército al norte de Havrincourt; la posición «Sigfrido» está tomada en varios puntos, pero aún aguanta. En Flandes, dorlde la ofensiva se inició el 28 de s---i I-

tiende desde el mar del Norte hast em re a lo largo del frente que se ex-

a DIImude y Wytschaete, las troP21 rübsic@bti@ung der Krj,egs- und Revol Erelgn,sse und Probleme in Deutschian utionsjabre (Göttingen, 19561 in-S@)- RevolutíOllote ll@tt @1917-1918 (Berlín, 1957, 'n-S.), y Be ework§-

on a, wdhrend der grossen sozialisti, chafts b sche, Oktoberrel"

e,,,eg,ng (Berlín, 195s irl-S 1trdge z"r Geschichte der deutschen G Úny and Revolution in the Gérma 'y' t* I- Sobre la rebelión de Kiel, D. Horn, War, »'

1 NavY (New Bru11wi,k, 1967, in-S')

alemanas han tenido u Hlenani, Corternarck y Rouleq e evacuar el
bosque de

Para ev' rs. Houthulst Y replegarse en

Itar la ruptura, 11 gran uartel alinear a sus reservas.

n,r en 1 .a batalla general alemán ha te,id. que
11n*es sin intery * el 15 de Octubre sólo dispone de veintidós div,

cito ya están avisados de . Los comandantes de lo isioreserva general h que
no Podrá, colt s grupos del ejérde an recibido 1, a. con la interve c-

replegarse en' orden de resistr n Ion d, la

orden si se ven Obligad ir con sus propios medi. os, del terreno. ¿No sería la línea Amberes-
Imos,melior lleva' 11, eos a-ello, aferrándose a los , con e lercltos bastant,

los dispo,ibles] fin de acortar el frente Y poderrás' cortes centrar los med
más at hasta Plieque aún no Ludendorff no qui- así cona abandonar ma
está Preparada; el jército al retir ere: la POS, .ción de re-

terial Y depósitos de in . arse, se vería obipodria sustituir. Pero ante todo un1clones Y
subsisten - igado ge una resistencia mayor. «Las n , la s.itualión diplo , , clas, que no d
mática 11 la que ex;-
0 Para Poner fi, ogociaciones di lom «El resultado s - a la guerra---, dice la orde p
n inicia-

era tanto mejor cuanto , . áticas s, ha - - troladas a las tropas n general del 12
de tubre. to más periudiquem , para que cons mas tiempo OC

cons1gamos tener con os 11 en,in erven el terreno co fizan leritarn,tite. El 9 de octu 190>@. Los mo -
- nquIstado, Y cual ne bre X Vlmientos de replieque se rea-

VIII ej - Y ocupa, desde Sissonne hast ercito retrocede tras el An,o día el II - - - a
Rethel, 1, posició is-

ejercito abandona 1, n «Brurihild---. Ese misCatelet Y se repliega sobre la línea Pósi del f
clon «Sigfrido

rente, en A erman@>. p., » tras la batalla d,

rgona Y Flandes, la r,,j 0 en los dos extr,m,, que la derrota sea Stencia es eficaz. En
resumen, aun-

constante, el gran cuartel general catástrofe Inmediata.

El 9 de octubre 11 escapa a la temida son La . ega a Berlín la Primera re

-nota amencana se limita sPuesta del presi gobierno alemán a plantea,
Ídente Wilexcl -]Os «cato,ce algunas Pregunta

usivamente discutir «los Puntos» en su cOni .unto, s. ¿Acepta el ¿4ceptalae,acu --- ,
Pormenores p 1 . Y su Objetivo s en no aclon Inmediata de racticos» de su a B

ac-

Membre de las JOS territorios P. ¿Ic lón? guerra: @ En Berlín autoridades que han]
le,, ocupados?, .Habla sólo te un esperaban algo p do hasta ese

intercambio d cor. El que el momento la Pone objeccion e notas ya es mucho
Presidente Wils Pas, durante des a la evacuación, . Ludendorff en -on.acepvez es Os 0 tres
meses, co, s'emPI, q Principio no Ue>@ 1
PO, eta-

e 1 fin de Poder salvar el material. Una t-11lecido ri la frontera ue Pueda
realizarla lq . @a , el ejército Podrá «resistir cu *as con @segunda nota alemana env-
alquier ataL1,0 gob di,,ones Previ.as fijadas'iada el 11 d, octubre, acepta Pues, ure delle^no, de acuerdo
con Por los Estados ; afirma que él nue-

p Unidos I, ueblO alemán>.. mayoría en el Reichstag, habl a «en
nom_ fechad rito hay qu, educir las pretensdel1t. a el 14 d lones. La segunda nota americana

W*1 e octubre, tieri, In tono diferente 1 de las , ' . sol, quiere hlbld a a primera Perj,ri egiones
ar e forma clara - El pi---,s -

Ocupadas* Y concreta: En la evac,,, dad actu Impondrá unas condic
ion

al de los ejército, IOnes que 1119,,e, «la su-

de los Estados Unidos y de los al] .ados
- 523 -

El hundimiento de las potencias centrales

en el frente»; exige el cese inmediato de la guerra submarina, Pues no será posible ningún armisticio mientras Alemania no renuncie a las «prácticas ilegales e inhumanas»; recuerda, por último, uno de los puntos del discurso que ha pronunciado el 4 de julio en Mount Vernon: «Destrucción de cualquier potencia militar que sea capaz sola, en secreto y por propia voluntad, de romper la paz mundial.» ¿Está dispuesta la nación alemana a aplicar en su territorio este principio del presidente Wilson?

Esta vez ya no cabe tener esperanza. Wilson no actúa como mediador, como algunos alemanes se complacían en pensar, habla como jefe.

El 11 de octubre el gobierno alemán anuncia la aceptación de la oferta de Alemania. La oferta desde la coalición. Lo que desea es la capitulación de cualquier potencia militar» significaba, además, la transformación de las instituciones políticas alemanas. La nota «cae como una bomba». El emperador está consternado: «Lea usted», le dice al coronel Niemann, representante del alto mando ante su persona; «esto va dirigido directamente al hundimiento de mi familia y sobre todo al abandono de la monarquía». ¿Habrá que notificar a Wilson un rechazo, rom-

per las negociaciones y lanzar a la nación un llamamiento al sacrificio? El 17 de octubre se reúne el gabinete de guerra. Se trata de averiguar si

la situación militar obliga o no a Alemania a capitular.

Ludendorff está presente. Explica que el adversario dispone de doscientos veinte divisiones; el ejército alemán cuenta sobre el papel con ciento noventa y una en el frente occidental, pero el número de soldados es en algunos casos irrisorio: Trescientos hombres por batallón. ¿Dónde en-

contrar refuerzos? El ejército tiene aún en Rusia y en Rumania veinticuatro divisiones, pero son tropas mediocres, sin fuerza ofensiva. Para traer la casi totalidad al frente occidental -pues habría que dejar sin embargo una vigilancia en las fronteras-, el estado mayor cree que sería necesario un plazo de tres meses. Y, en caso de evacuar Rumania, ¿cómo asegurarse el suministro de petróleo, indispensable para los convoyes de automóviles militares? Si se evacua Ucrania, se abandonan las reservas de productos alimenticios; también se renuncia al suministro de caballos, de los que el ejército está muy necesitado.

El «interior» podría ciertamente aportar también soldados. Sufriendo las prórrogas concedidas a los obreros de las industrias de guerra, se recuperarían en pocas semanas seiscientos mil hombres. Evidentemente la fabricación se resentiría, pero las reservas permitirían «aguantar» durante cierto tiempo. ¿Podría resistir el ejército hasta que recibiese estos refuerzos? Ludendorff así lo espera, pero, ¿en qué tono lo dice!: «La guerra no es una cuestión de matemáticas, en la guerra hay que contar con la suerte. Considero la ruptura como posible, no como cierta. Querían saber mi opinión, sólo puede contestarles una cosa: o le tengo el do.» Si el frente aguanta durante cuatro semanas llegará el invierno. El ejército estará fuera de peligro. Pero, aún suponiendo que el ejército pueda resistir hasta la primavera de 1919, ¿serán entonces mejores las perspectivas? El ejército alemán tendrá seiscientos mil hombres as,

- 524 -

Alemania

acuerdo. Ludendorff mismo reconoce que el número de tropas americanas, que cifra por el momento en 1.200.000 hombres, aumentará en más de un millón a lo largo del invierno. El desequilibrio de fuerzas no hará sino volverse más patente. ¿Qué se gana prolongando la guerra? En todo caso, declara Ludendorff, «no se perderá nada: no hay nada peor». «¡Sí!», replica el Canciller, «pueden invadir Alemania y devastar el país». «Todavía no hemos llegado a eso», interrumpe el general. Su conclusión es firme: Alemania sólo puede aceptar un armisticio que le permita, si se presenta el caso, reanudar la guerra.

El gobierno no está convencido. El Canciller ya no confía en Ludendorff, que esquivo las preguntas y ahora hace gala de un optimismo excesivo, tras atravesar un periodo de pesimismo. A pesar de la opinión del gran cuartel general, a pesar de las objeciones del estado mayor, a pesar de la opinión formal del emperador, Max de Bade se mantiene firme en su decisión. La tercera nota alemana, enviada el 20 de octubre, anuncia que los submarinos alemanes no torpedearán ya a los buques transatlánticos (en realidad han recibido lisa y llanamente la orden de volver a sus bases). En cuanto al resto, se esfuerza en eludir cualquier declaración concreta: El gobierno alemán, tal y como ahora está constituido, responde a los deseos del Reichstag, expresión de la voluntad nacional, dice la nota. El Parlamento decidirá de ahora en adelante sobre la guerra y la paz.

El Canciller se apresura a realizar las reformas políticas que pueden satisfacer al presidente Wilson. Consigue del alto mando alemán una declaración escrita por la que los jefes del ejército renuncian a ejercer «un poder político»; obliga a la Cámara alta prusiana a aprobar la ley que suprime el sistema electoral de «clases», y establece la igualdad en el derecho al sufragio. El Canciller presenta en

el Reichstag el 22 de octubre los proyectos constitucionales. El emperador da su inmediata aprobación. A partir de entonces el imperio alemán se convierte en una monarquía parlamentaria: El artículo veintiuno de la Constitución del Imperio, que prohibía a cualquier miembro del Reichstag llegar a ser ministro, se suprime. La aprobación del Reichstag es necesaria, al igual que la del Bundesrat, para declarar la guerra y para firmar la paz; el Canciller y sus secretarios son responsables ante el Parlamento; por último, el nombramiento de los generales comandantes en jefe tiene que tener la aprobación del Canciller. La institución imperial tal y como Bismarck la concibió ha muerto. ¿Basta con esto para satisfacer las exigencias americanas?

El 23 de octubre, el presidente Wilson envía su tercera nota, cuyo texto conoce en Berlín al día siguiente. Las ideas que expresa estaban ya incluidas en su totalidad e 1 forma en la nota precedente; pero esta vez tienen una

categoría. Las condiciones del armisticio serán tales que «una vuelta a las hostilidades por parte de Alemania sea imposible»; las con-

Véase P. 83.

- 525 -

diciones de paz sólo podrán ser negociadas con los «representantes del pueblo alemán», y nunca con «los que hasta ahora han sido sus dirigentes». En esta doble condición, la nota americana resume opiniones di-

vergentes: las de los militares, que no han tenido dificultades en adivinar el juego de Ludendorff y desean sacar al ejército alemán del combate, y las del presidente Wilson, que se complace en hacer una distinción entre la Alemania «autocrática» -la vencida- y la Alemania «democrática» del porvenir. Además consiente en «negociar» la paz con una de ellas, mientras que con la otra se niega a discutir. Los términos están evidentemente calculados para dar al pueblo alemán la impresión de que, si se libera de sus «antiguos dirigentes», conseguirá condiciones de paz más suaves. Es un llamamiento a la revolución.

¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? ¿Hay que resignarse a capitular o buscar en un intento desesperado el modo de prolongar la resistencia?

La situación del frente empeora lentamente, pero sin que el hundimiento parezca inminente. El 14 de octubre en Flandes, el grupo de ejércitos del rey Alberto vuelve a la ofensiva en la región de Cortemarck; tras violentos combates, las tropas alemanas retroceden el día 17 hacia Brujas, Thielt y Courtral. Ha sido necesario evacuar a toda prisa la base de submarinos establecida en Zeebrugge; pero el nuevo frente ha sido atacado al momento: Las tropas belgas, inglesas y francesas ganan terreno en dirección a Gante. En el centro del frente de batalla, en el valle del Olse, el ejército inglés ha tomado el día 17 y el 18 las posiciones de la línea «Hunding»; después, el 23, ha asestado un nuevo golpe en la re-

gión de Solesmes con un ejército de 15 divisiones. En la curva del Aisne, centro del frente, las tropas alemanas aún resisten. Pero en los demás lugares luchan en retirada. La línea de batalla está ahora marcada por Tournai, Valenciennes, Landrecies y Guise, antes de llegar al valle del Mosa, por Rethel. Los comandantes de los grupos de ejércitos, que luchan en

medio de dificultades constantes, siguen deseando un repliegue inmediato hacia la línea del Mosa, a la espera de una retirada más profunda, por lo mucho que temen «una catástrofe». Ludendorff el 23 de octubre aún se opone a ello. «Por el momento, la orden de mantener a toda costa nuestras posiciones actuales sigue en vigor». ¿Qué espera? Espera discrepancias en el bando del adversario. En una nota dirigida a la futura «Comisión del armisticio» explica ese mismo día su esperanza: Si Frari-

cia e Inglaterra tienen la intención de imponer a Alemania unas condiciones inaceptables, es posible que el presidente Wilson no las secunde. En la hipótesis de que los Estados Unidos se retirasen en la lucha, el ejército alemán, llevado a sus fronteras, podría enfrentarse a los anglo-franceses. Para Alemania el camino de la salvación es intentar provocar divergencias entre la Entente y el «amigo» americano.

La situación política del imperio no es tranquilizadora. Sin duda, el Reichstag no desea otra cosa que facilitar la tarea del gobierno. El 26 de octubre, tras haber acabado la votación de los proyectos constitucionales, lleva su prudencia hasta el extremo de suspender las sesiones. Pero,

- 526 -

Alemania

entre las masas populares la táctica del presidente Wilson aporta sus frutos: el prestigio del emperador estaba ya arruinado por la derrota y ahora su presencia es un estorbo. Si Alemania puede obtener una paz más ventajosa al abandonar a Guillermo 11, ¿por qué iba a obstinarse en una lealtad inútil?

El gobierno tiene en cuenta estas tendencias de la opinión pública: no cree que el estado moral del país permita lanzar un llamamiento a una lucha a ultranza. El alto mando hace oídos sordos a las noticias del interior y quiere conservar sus esperanzas. Estalla el conflicto entre el Canciller y los altos mandos militares. El 25 de octubre, Ludendorff entrega a la prensa una declaración para que se publique: «La respuesta de Wilson pide una capitulación militar. Por tanto, es inaceptable para nosotros, soldados... La respuesta de Wilson no puede ser para nosotros, soldados, sino un llamamiento a continuar la resistencia con todas nuestras fuerzas.» Esa misma tarde suplica al vice-Canciller Payer (pues Max de Bade, se encuentra en la cama aquejado de una gripe) que suspenda el intercambio de notas con el presidente de los Estados Unidos y que haga un llamamiento al sentimiento patriótico; invoca el «honor militar».

imposible, responde Payer: «No sé lo que es el honor militar. No soy más que un pobre burgués, un civil. Y sólo me fijo en el pueblo, que tiene hambre. »

El Canciller protesta ante esta nueva intromisión del gran cuartel general en la política; pide la dimisión de Ludendorff. El emperador está profundamente dolido: «Llevo semanas trabajando con todas mis fuerzas para reunir a todas las fracciones de mi pueblo en un frente único. Y ahora todo el edificio amenaza con derrumbarse.» Pero no ve el medio de negarse al deseo del Canciller. El día 26 Ludendorff deja su puesto. Para reemplazarlo se escoje, no a un estratega, sino a un especialista en los servicios de retaguardia, el general Gróner. ¿No se trata de tener asegurada en el futuro la retirada del ejército y la evacuación de los territorios ocupados, en las condiciones menos malas? Hindenburg se queda; Íse deja convencer de que el prestigio de su nombre puede ser necesario aún.

Con libertad de acción el Canciller Max de Bade consulta a sus ministros. Durante la noche llega la noticia de que el frente austro-húngaro se hunde ante la ofensiva italiana. El emperador Carlos anuncia que dentro de veinticuatro horas pedirá una paz separada. ¿Cómo atreverse aún

1 manifestar el menor asomo de disputa? En pocos días la frontera de la Alemania del sur quedará al descubierto, y Baviera estará amenazada por la ofensiva que el ejército italiano podrá desarrollar libremente a través del territorio austriaco. El día 27, el gobierno del Imperio se decide a enviar al presidente Wilson su aceptación sin condiciones: «Las negociaciones de paz serán realizadas por un gobierno popular en cuyas manos, de hecho y de derecho, estarán los poderes decisivos. Las autoridades Militares también estarán subordinadas a él. El gobierno alemán espera a-hGra las propuestas de armisticio que abrirán el camino a una paz de

El hundimiento de las potencias centrales, como el presidente lo ha anunciado en sus declaraciones.⁵ El asunto está decidido: Alemania renuncia a la ilusoria pretensión de una resistencia a ultranza. Aceptará todo lo que la Entente quiera imponerle, Lo el espectáculo que ofrece Alemania es el

A partir de este momento la tropa al retroceder sigue disputando el terreno de descomienzo total. Aun así, el espíritu de la derrota mantiene la cohesión, las tropas, aunque el ejército a pesar de las noticias del frente apenas despierta interés. El drama se repite (Ita en

otra parte.. ¿Va a desaparecer el emperador? ¿Podrá la nación librarse de

la revolución? El gabinete delibera. Cree en su mayoría que la ab-

El 31 de octubre el general

de dimisión voluntaria es la única salida. Si el emperador se obstina pueden

surgir disturbios« ¿No se empieza a oír ya en la burguesía y en los círc-

culos financieros, sobre todo, que la persona del kaiser es un obstáculo

para la paz? Y, ¿no hay que contar con un despertar de los sentimientos nacionalistas? En Baviera, dice Scheidemann, se oye murmurar: ¡Los von Preussen! ¡Weg vom Reich! Al resistirse a lo inevitable, Guillermo II compromete el futuro del régimen monárquico; se arriesga incluso a po-

ner En Peligro la unidad alemana. ¿No sería posible convencerle? El em-

perador ya no está en Berlín. Con el fin de evitar los ruegos que presiente, se ha marchado la víspera al gran cuartel general. Se toma la

decisión de enviar a Spa al ministro del interior, Drews, un viejo funcionario, o cuya lealtad nadie puede poner en duda, Se encargará de decir a Guillermo II que la abdicación es indispensable, que toda resistencia

deberá ceder inevitablemente, más pronto o más tarde, «a la presión ex-

terna e interna» y que el sacrificio voluntario es la decisión más honrosa. El emperador, el 1 de noviembre, rechaza formalmente estos consejos;

incluso duda en considerar la posibilidad de una guerra civil: «Dije que iba a reunir tropas y regresar con ellas, para ayudar al gobierno a man-

tener el orden en el país.» Hindenburg está de acuerdo. Gröner, por su

parte, aunque sea alemán del sur, está igualmente convencido. En vano,

el 5 de noviembre Max de Baden pondrá al general frente a los jefes

qu. El anuncio de una revolución socialista y sindicalista, y le hablan del general Gröner evita toda discusión. «En tal caso, sólo nos queda dejar que los

acontecimientos sigan su curso.» Esta frase de Ebert resume la situación.

Los acontecimientos se precipitan. En el interior, los disturbios que temía el gobierno ya no son, una simple

amenaza: el 3 de noviembre, en Kiel, estalla una revolución.

¿Cuál es su origen? Una rebelión de la tripulación de la flota.

El alto mando naval había decidido a finales de octubre intentar una sa-

lida de las escuadras- no quería que la flota de alta mar, innóvil

la batalla de Jütland se hundiera en la capitulación general sin haber participado en los últimos combates. Sin duda el gesto sería inútil, pero

de el honor quedaría a salvo. Cuando el almirante Scheer da la orden de Járpar, no le obedecen. Las dotaciones, que ya habían dado pruebas en 1917

- 528 -

de un estado de ánimo preocupante, retroceden ante la perspectiva de un sacrificio inútil: Los

marineros se niegan a levar anclas en dos acorazados; en otros, los encargados de las máquinas dejan que el fuego se apague. El almirante no tiene más remedio que renunciar a la salida. Pero manda detener a muchos amotinados. Entonces las tripulaciones se sublevan.

En Berlín el gobierno está perplejo. Se plantea someter, si es preciso a los rebeldes con un bombardeo en toda regla. Pero, ¿dónde conseguir las tropas? Se envía al socialista Noske al lugar de los acontecimientos con plenos poderes. Parla, arenga a los marineros y les suplica que pongan fin a una rebelión deshonrosa, acepta colaborar con el «Consejo de marineros» para tratar de establecer el orden. ¿Acaso no es lo más importante aislar el motín, aun haciendo concesiones? El gobierno se esfuerza en vano por conseguirlo: El día 7, el movimiento llega a Hannover, donde han irrumpido marineros de Kleve; después llega a Brunswick y a Colonia. Para impedir a los grupos de rebeldes que avancen hacia Berlín, es necesario cortar la línea férrea. Por todas partes los amotinados incitan a la revolución; de igual modo el llamamiento encuentra eco en los ambientes obreros. Al mismo tiempo, en la noche del 7 al 8, surge otro foco de rebelión en Munich, donde el socialista independiente Kurt Eisner, tras exigir en un mitin monstruoso la abdicación del kaiser, proclama la decadencia de la dinastía bávara y forma un «Consejo de obreros y soldados». Alemania amenaza con hundirse en el desorden. Bajo la sacudida de la derrota, el pueblo se entrega a la cólera, extenuado por la mala alimentación y por las privaciones de todo tipo, amargado por el recuerdo de los sacrificios padecidos en vano, y trabajados secretamente por la propaganda comunista que Joffe, delegado en Berlín del gobierno soviético, se encarga de fomentar.

En el frente, la situación se agrava cada día más. Bajo el esfuerzo constante de los ejércitos aliados, el grupo de ejércitos del príncipe Rupprecht de Baviera se ha replegado sobre la línea Garitz-Valence a fines de octubre; el grupo de ejércitos del Kromprinz de Prusia defiende la línea del Serr, y la cortadura formada por los valles del Aisne y el Aire, desde Plethel hasta Vouziers. Pero Foch ataca: Los anglo-franceses irrumpen en riandas con el apoyo de nuevas divisiones americanas; en Maubucge, 11 tropas del mariscal intentan la ruptura. Franceses y americanos redoblan esfuerzos en el Serre, en el Aisne, al oeste de Rethel y en el valle del Mosela. Es verdad que, a medida que el frente se reduce, el mando alemán puede reconstruir sus disponibilidades; pero los aliados disfrutan de la ventaja. Gróner tiene cincuenta y ocho divisiones en reserva; Foch tiene noventa y seis. El 5 de noviembre el gran cuartel general alemán decide retirarse hacia el frente marcado por Amberes, Bruselas, Liéjeres y evalúa las consecuencias: El ejército perderá las reservas de municiones y alimentos almacenados en la retaguardia del

Véase P. 410,

El hundimiento de las potencias centrales

frente. No tendrá tiempo de evacuar toda la artillería. Abandonará a una parte de los 80.000 heridos que se encuentran en los hospitales de campaña. Pero, ¿quizá aún consiga mantenerse en la nueva posición? Tal vez. Lo que Gróner teme es un ataque dirigido contra el eje de su frente --el valle del Mosa, al sur de Mézières-. Foch se ha dado perfecta cuenta de este punto sensible: Durante el día 5, las tropas americanas fuerzan el paso del Mosa en Vilosnes, cerca de Dun, y se mantienen a pesar de los contraataques en la orilla oriental. El peligro se acerca.

Aun suponiendo que los ejércitos alemanes logren efectuar el movimiento de retirada, ¿pueden contar con un respiro? Foch acaba de establecer un nuevo plan ofensivo. Ha aceptado el proyecto defendido por Pétain de atacar en Lorena. El 20 de octubre da las órdenes: El general de Castelnau debe lanzar hacia mediados de octubre veintidós divisiones de infantería y seiscientos carros de combate sobre la orilla este del Mosella. El mando alemán no mide el alcance exacto de este plan, sino que atiende a otro peligro: La ofensiva aliada dirigida contra Baviera a través de territorio austriaco. Los aliados están preparándola. El 2 de noviembre deciden llevar a cabo en un plazo de tres o cuatro semanas dos ofensivas concéntricas hacia Munich, una, a través del alto valle del Inn, la otra por Salzburgo; el mando italiano, que al parecer va a dirigir la operación, dispondrá de unas treinta o treinta y cinco divisiones, a las que se le unirán cinco divisiones anglo-francesas.

¿Cómo logrará hacer frente el mando alemán a este ataque? Quiere traer a toda prisa las tropas que aún se encuentran en Turquía, Rumania y Hungría meridional: Unas diez divisiones. Pero, ¿podrán utilizar los ferrocarriles? ¿No se verán obligados a abrirse paso con las armas, si Rumanía decide volver a la guerra y los checoslovacos, libres del dominio austro-húngaro, se comportan como enemigos? Gróner piensa en sacar del frente occidental tres divisiones bávaras, que irían a defender su propia tierra. Pero, ¿qué pueden hacer estas pocas tropas frente a las fuerzas diez veces más numerosas de los aliados?

El general sabe que la amenaza de una derrota militar está cerca. El 6 de noviembre declara al Canciller que es necesario rendirse. Si el presidente Wilson no responde a la última nota alemana, será preciso pedir directamente a Foch el armisticio. ¿En qué plazo? Un máximo de tres días, dice Gróner. En caso de que el ejército alemán no consiga el ces1 de la lucha, se arriesga, añade el vice-Canciller Payer, a ser obligada la capitulación en campo abierto».

De este modo, mientras la revolución ruga, el frente se encuentra ante un gran peligro. El gobierno está acorralado. ¿Capitulación militar? El inevitable. Cuando, por fin, llega a Berlín la última nota americana el 11 tarde del 6 de noviembre -Alemania sabe que el mariscal Foch tierle Pr` paradas las condiciones del armisticio---, Max de Bade y Gróner están dispuestos a enviar a toda prisa a los delegados alemanes. «La guerl como tal, ha terminado». Esta frase de Payer queda confirmada Po' lectura de los documentos y los testimonios.

- 530 -

Alemania

itar 1

La ún'Ión? Los 'efes el partido social-dernócrata la temen; la cons' a revolucIca cuestión aude se plantea aún, es política: ¿Es posible evi IdÍerÍan «como una vergüenza». Por muy republicanos que sean en princ1plo, están dispuestos a salvar a la monarquía. Pero sus seguidores están a punto de escapárseles de entre las manos, de seguir la dirección de los «independientes». Para calmar la agitación es preciso que el emperador abdique. El 7 de noviembre Scheidemann presenta un ultimátum al Canciller: Si no se presenta la abdicación dentro de veinticuatro horas, los

1 1 socialistas abandonarán el gobierno. Max de Bade recurre 'nú*lmente al emperador. «La abdicación es algo terrible. Pero un gobierno sin los socialistas es un peligro aún mayor parael imperio». Guillermo 11 mantiene su negativa. Ante semejante terquedad el Canciller des iste: Sabe que de un morriento a otro, si no se anuncia la abdicación, 11 pueblo en Berlín se lanzará a las calles. Ebert se lo ha dicho. Pero, ¿qué hacer?

El 9 de noviembre el régimen imperial se derrumba. En Spa las esperanzas de Guillermo 11 se vienen abajo. Hinderiburg y Gróner reconocen que no se puede contar con el ejército para reprimir la revolución; El ejército no querrá disparar contra el pueblo. Incluso si se encuentran elementos leales, no se podrá garantizar su avituallamiento. Los depósitos de Dusseldorf, Colonia y Coblenza están en manos de los Consejos de obreros y soldados; los puentes del Rhin pueden ser ocupados por los revolucionarios antes de que las tropas de la guardia prusiana, env' adas para protegerlos, lleguen al lugar. Ante esta revelación Guillermo 11 se enfurece: ¿No le ha jurado fidelidad el ejército? @<Es un requisito», contesta fríamente Gróner. En el gran cuartel general están presentes treinta y nueve

coroneles y generales llegados del frente, convocados por el mariscal Hindenburg para conocer su opinión. El emperador quiere saber si creen que es posible llevar tropas contra Berlín, a pie -pues los ferrocarriles estarán cortados- y sin avituallamiento regular. A las doce y media el coronel Heye lleva la respuesta: «La tropa sigue siendo fiel a Vuestra Majestad; pero está agotada y apática. Sólo desea descanso y paz. No atacará a su país aunque Vuestra Majestad esté a la cabeza. Tampoco atacará al bolchevismo. Quiere sencilla y llanamente el armisticio.» Guillermo II escucha en silencio. Instantes más tarde, cede: renuncia a la corona imperial; pero quiere seguir siendo rey de Prusia. En estos trágicos instantes, sólo se trata de un trono. La prensa, 'Orfípleta' absorbida por la crisis del régimen, sólo dedica breves comentarios a la negociación del armisticio.

A pesar de todo, en Berlín estalla el motín revolucionario. Durante la noche los jefes socialistas independientes lanzan la orden de huelga general. A las nueve de la mañana, Scheidemann presenta su dimisión como secretario de Estado. A las diez los obreros salen de las fábricas; en las calles se forman cientos de grupos. El comandante militar de la capital pide para hacerles frente de algunas tropas de élite de los batallones de élite. Pero, en cuanto se da la alerta, uno de estos batallones se rinde; al fin, de la mañana, una contraseña se propaga entre la tropa: no se mo-

El hundimiento de las potencias centrales

verán. ¿Hay que esperar a que triunfe la revolución? ¿No sería mejor, puesto que el régimen se hunde, entregar el poder a los socialistas, a Ebert, antes de verlo en poder de los extremistas? A las once y media, sin haber conectado con Guillermo 11, Max de Bade entrega a la agencia Wolff un comunicado para que lo publique: El emperador y rey ha decidido renunciar al trono para sí y para su hijo. A mediodía le ofrece Ebert el puesto de Canciller. A las dos, desde el balcón del Reichstag, Scheidemann proclama la República. La sublevación se realiza sin derramamiento de sangre.

En Spa aún no se sabe nada. A primeras horas de la tarde, hacia las dos, el antiguo secretario de Estado Hirtze telefona desde el gran cuartel general para anunciar al gobierno la abdicación de Guillermo 11 como emperador. Entonces se entera de la verdad: Max de Bade ya ha publicado la renuncia del soberano y del Kronprinz a la corona de Prusia. «Esto es una traición, un golpe de Estado», exclama el general Schulenburg, jefe del estado mayor del Kronprinz. Guillermo 11 se plantea por un instante resistir aún; declara que sigue siendo rey de Prusia, que no abandonará a su ejército. ¡última ilusión! La propia guardia del gran cuartel general ya no está segura. La tropa en Spa forma un «Consejo de soldados». ¿Qué hacer? ¿Volver a Berlín? Es arriesgarse a que los amotinados los apresen. ¿Ir al frente, a primera línea, para tener la oportunidad de morir noblemente? Gröner hace ya varios días que lo ha propuesto, pero los más cercanos al emperador no han querido transmitirle un mensaje semejante. Guillermo mismo no parece pensarlo, sólo queda una salida: El refugio en un país neutral, en la cercana frontera de los Países Bajos. Antes de decidirse, el soberano duda aún. Ordena que se reúnan armas y municiones en su propia residencia para hacer frente a

un ataque por sorpresa. «Se me quiere persuadir para que abandone al ejército. Es una indignidad. Daría la impresión de que tengo miedo. Mi mujer permanece valientemente en medio de los disturbios, en Potsdam. Yo me quedo aquí». Y, por la noche se marcha a Holanda.

«No fue», ha dicho un historiador alemán, «una sublevación en la que una fuerza es rechazada por otra; fue el hundimiento espontáneo de una situación caduca que ya no podía sostenerse por sí misma».

H. TURQUÍA 4

Nada más conocer la retirada búlgara, el gobierno turco se siente perdido. Verdaderamente, la situación militar en las semanas precedentes 110

‘Obras de consulta.- Larcher, La guerre turque dans la guerre mondiale (París, 1923, in-S’); Poniakowski, Der Zusammenbruch des ottomanischen Reiches (Viena, 1928, 111-0, testimonio del agregado militar austro-húngaro, Ahmed Emin, Turkey in the World War’ (New Haven, 1930, in-S’, de PHistoire économique et sociale de la guerre, publ. por la DOTation Carnegie), cap. XXIV.

Turquía

soportaba en era muy tranquilizadora, pero las derrotas que el ejército turco eran amenazas lejanas. Ahora surgía el peligro a las puertas de Constantinopla: Las tropas de Franchet d’Espérey podían penetrar en la

región de Tracia oriental. El estado mayor turco sólo disponía de ocho divisiones para defender la capital; las restantes -una veintena escasas- estaban distribuidas de un extremo a otro del Imperio, en Siria, en Mesopotamia, en las fronteras del Cáucaso, y además estaban asoladas por las desertiones. Ya no se podía contar con el apoyo de las tropas alemanas: Ludendorff, a principios de octubre, empezó a llamar a los destacamentos que sostenían los frentes otomanos. Por último, Constantinopla estaba bajo la amenaza de un ataque naval, pues el almirante Gauchet, comandante en jefe de las escuadras aliadas en el Mediterráneo y el almirante inglés Calthorpe, comandante de la base de Malta, se disponían a forzar los Dardanelos, cuya defensa no era ya tan sólida como en 1915.

El nuevo gobierno turco, cuya autoridad se veía fuertemente discutida desde hacía meses, es incapaz de mantenerse, está completamente desmoralizado. Talaat achaca la responsabilidad del desastre a Enver, al que acusa de temeridad. El 7 de octubre el ministro dimitió, Yzzet-pachá, que toma el poder, es contrario a la nueva política turca; en 1914 desaprobó la entrada de Turquía en la guerra; sólo tiene una preocupación: evitar el derrumbamiento por medio de una paz rápida; lograr el armisticio por separado, antes de la capitulación alemana, con la esperanza de que el enemigo como premio a su retirada ofrezca al imperio otomano unas condiciones menos rigurosas.

¿A quién dirigir esta petición de armisticio? ¿Al general Franchet d’Espérey, comandante en Jefe del ejército interaliado en los Balcanes? ¿Al almirante francés que manda las fuerzas navales del Mediterráneo? ¿A los gobiernos de la Entente, por medio de las legaciones en Suiza? El nuevo gobierno intenta seguir todos estos caminos a la vez. Envía una delegación a Berna; manda al general Franchet d’Espérey un emisario, que no logra atravesar las líneas. Pero surge otro medio de entablar contacto con el adversario: El general inglés Townshend está prisionero desde 1916, internado en la isla de Prinkipo. Izzet-pachá le trae a Constantinopla. ¿No se mostró Gran Bretaña en el pasado contraria a una disolución del imperio otomano? ¿No podía proteger de nuevo a Turquía de la amenaza de destrucción? Townshend entra en juego. Da a entender que, si el gobierno turco abandona enseguida a Alemania, él podrá conseguir condiciones relativamente suaves. El 15 de octubre se ofrece al gran visir para llevar a persona las proposiciones turcas al comandante de la escuadra inglesa en el mar Egeo. Townshend esboza las bases del armisticio: Apertura de los Estrechos; autonomía de Mesopotamia; de Siria, y de las regiones Caucásicas, Yzzet acepta tal vez, «siempre que Gran Bre

liberado Puesta a proteger a Turquía». El 1 de octubre, Townshend, ya La , marcha a Esmirna; dos días después está en Moudros.

maniobra del gobierno turco queda, d e este modo, iniciada: Al bandonar casi en el último momento la coalición, dirigiéndose no a la

E; hundimiento de las potencias centrales

Entente completa, sino a Gran Bretaña, el gobierno turco confía aún en escapar, en la medida de lo posible, a las consecuencias de la derrota.

III, AUSTRIA-HUNGRÍA

Desde que las potencias aliadas y asociadas decidieron apoyar abiertamente el movimiento de las minorías nacionales y alentar sus pretensiones separatistas, la situación interna de Austria-Hungría se había agravado. En Austria, los grupos minoritarios habían tomado una actitud revolucionaria: El 14 de julio los checos decidieron formar un Consejo nacional, que debía trabajar en la formación de un Estado checoslovaco independiente; los yugoslavos formaron el 17 de agosto en Lavbach, un Consejo análogo. El ministro Seldler, en minoría en el momento del debate del presupuesto, fue reemplazado por el ministro Hussarck, que estaba en una situación precaria. En Hungría, la situación del gobierno parecía más sólida; pero el ministro Wekerlé no logró que se aprobase la reforma electoral que llevaba preparando desde hacía un año. Las dificultades económicas contribuían a acrecentar los problemas del gobierno: A pesar de los recursos que podía suministrar Ucrania, el avituallamiento de la población civil era, sobre todo en Austria-Hungría, cada vez más difícil; cada región, cada circunscripción administrativa se esforzaba en conservar para sí misma las reservas que había podido reunir. El individualismo económico se sumaba al individualismo nacional.

El emperador Carlos sabía que era necesario satisfacer las reivindicaciones de las minorías para intentar canalizar las tendencias revolucionarias; deseaba un plan de reorganización interna de la monarquía, en el que las nacionalidades dependientes formasen grupos autónomos en el marco de una federación de Estados. Pero estas intenciones eran sólo esbozos: En Austria aún no se atrevía a poner en el poder a un hombre capaz de realizar la reforma; en Hungría chocaba con la resistencia de los políticos, sobre todo de Tisza, siempre contrarios a la autonomía de las nacionalidades. Consciente del peligro que iba a correr la monarquía en caso de derrota militar, el emperador quiso liquidar la guerra antes

Obras de consulta-B. Auerbach, *L'Autriche-Hongrie pendant la guerre* (parís, 1925, in-8); Glais-Horstenau, *Die Katastrophe* (Zurich, 1929, in-S'); Z. Zeman, *The Break-up of the Habsburg empire, 1914-1918. A Study in national and social Revolution* (Londro, 1961, in-S'); G. Harmak, *Karl Renner und seine Zeit. Versuch einer Biographie* (Viena, 1965, in-8'); F. Weber, *Das Ende der alten Armee. Oesterreich - Ungarns Zusammenbruch* (Salzburgo, 1969, in-81). El testimonio de Burian, *Drei Jahre aus meiner Amtsführung "in den Kriegsjahren"* (Berlín, 1923, in-S'), es interesante. Las obras de Opolsky, *Kaisermonarchie und Nationalitäten* (Praga, 1928, in-S'), y *Vzrch narodnich statu a rinu '1918* (Praga 1927, in-S'), Sof, *Die Nationalitätenfrage* (9^o los compendios más importantes; en alemán, del mismo autor, *Umsturz in Österreich* (Viena, 1931, in-S'), que resume las dos obras anteriores. Véase también R. Mpler, *D'11*

las *Hoskermanifest Kaiser Karls vom 16 oktober 1918* (Munich, 1966, in-S') y del mismo, *Die Nationalitätenfrage in Österreich* (Graz, 1965, in-S').

534

Austria-Hungría

de sufrir el ataque decisivo del enemigo; el fracaso de su oferta de paz le dejó sin esta esperanza. Desde entonces estaba resignado a esperar.

El hundimiento de Bulgaria sucede de improviso. La perspectiva de ver a los ejércitos del general Franchet d'Espérey invadir los territorios austro-húngaros sacude a los pueblos de la Doble monarquía y alienta los movimientos separatistas. Durante los primeros días de octubre la reanudación del Parlamento austríaco desencadena la sublevación: Los polacos proclaman su intención de formar un Estado independiente. El diputado Korochetz, en nombre de los eslavos del sur, anuncia la voluntad de unión de serbios, croatas y eslovacos, cuyos representantes se reúnen el 6 de octubre en Agram. En Praga el día 14 un movimiento popular aclama la «República checoslovaca». Ante estas amenazas, los alemanes de Austria parecen ya resignados: el partido social-demócrata declara que reconoce el derecho de las nacionalidades a la «libre disposición». Los cristianos -demócratas hacen otro tanto. En Hungría, donde el 1-17 fl 1 1

isza a intenta o enta ar a ina es e setiembre una negociación con los eslavos del sur sin conseguirlo, la coalición serbo-croata rechaza el 10 de octubre la autoridad del gobernador de la provincia. El emperador reúne en Baden el 12 de octubre a treinta y dos representantes de todos los partidos políticos. Tras cinco horas de discusiones la conferencia se disuelve sin haber logrado las bases de una alianza: Los jefes de las minorías checas y yugoslava rechazan cualquier solución que no les otorgue la independencia. Los políticos magiares siguen oponiéndose a una reorganización política y constitucional que reduzca su supremacía.

Sin apoyo, el emperador Carlos intenta de todos modos realizar una reforma que nadie desea. Sin embargo, para respetar la voluntad expresa de los estadistas húngaros, la aplica sólo en Austria: El manifiesto del 18 de octubre anuncia que «Austria, siguiendo el deseo de sus pueblos, se convertirá en un Estado federal, donde cada grupo étnico formará en su territorio una comunidad política propia». Cuando adopta esta fórmula, el Consejo de la corona austríaca está pensando evidentemente en los «catorce puntos» del presidente Wilson, que aluden únicamente a la autonomía de los pueblos de la monarquía. Pero, ¿cómo lograr que acepten este compromiso unas nacionalidades que reclaman la independencia? Los checos y los yugoslavos rechazan cualquier discusión. Con este gesto el gobierno no ha hecho más

que acelerar el movimiento separatista. La desanimado a los funcionarios alemanes al anunciarles que se abandonaba el ideal al que habían servido. Ha revolucionado al ejército, cuyos soldados pertenecientes a las nacionalidades dependientes, miran hacia atrás y no quieren ya luchar para defender un régimen amenazado de ruina. Ha dejado insatisfechos a los magiares, que ven en la iniciativa del húngaro una violación del acuerdo de 1867.

¿Podrá al menos granjearse las simpatías del presidente Wilson? La respuesta americana, que se conoce el 21 de octubre, no deja lugar a dudas. En su mensaje del 8 de enero, en el que enumeró «los catorce puntos», el presidente de los Estados Unidos sólo había previsto una «au-

El hundimiento de las potencias centrales

torromía» de los pueblos de Austria-Hungría; pero desde entonces la situación se ha transformado, pues el gobierno de los Estados Unidos, ha reconocido a los checoslovacos la categoría de beligerantes y se ha renunciado a favor de la independencia de los yugoslavos.

- El presidente, pues, ya no está en condiciones, dice la nota, de aceptar la autonomía pura y simple de estos pueblos como base de paz: Les corresponde ellos y no a él, juzgar bajo qué fórmula se podrá dar satisfacción a sus aspiraciones nacionales.

«La respuesta de Wilson», escribe Burlan, «cayó como una bomba que hizo saltar de golpe el marco de la monarquía». Puesto que el portavoz de los vencedores se va a someter a la decisión que adopten los pueblos en cuanto a su futuro, ¿qué obstáculo puede ya detener las aspiraciones de independencia? «Para el pueblo checo ya no puede haber trato con Viena respecto a su futuro», declara el Consejo nacional de Praga. El Consejo nacional yugoslavo anuncia que «todos los territorios habitados por los eslovacos, los croatas y los serbios», van a unirse en un Estado. Los rumanos de Transilvania quieren elegir una Asamblea nacional. En Viena y en Budapest cunde el desaliento. El 24 de octubre, el emperador forma para Austria el ministro Lammasch, que intenta negociar con los partidos sobre una nueva base: los Estados nacionales, se constituirían libremente, pero conservarían entre ellos un vínculo, bajo la forma de un Consejo ejecutivo común. El mismo día en Hungría dimite el ministro Wekerlé. Mientras el emperador Carlos intenta formar un nuevo gobierno, el conde Karolyi, que ocho días antes ha declarado ante el Parlamento que era preciso acabar de una vez con la alianza alemana, for-

ma un Consejo nacional húngaro. Anuncia el fin de la monarquía austro-húngara y el nacimiento de un Estado húngaro independiente que abandonará la alianza con Alemania. El imperio austro-húngaro ha muerto.

constata el conde Czernin: No queda otra salida que la formación de

ves de los Consejos nacionales de gobiernos que entren en relaciones mutuas».

Ese mismo día, el 24 de octubre, se inicia la última batalla en el frente italiano. El alto mando italiano venía aplazando la fecha de la ofensiva desde hacía varias semanas. La realiza en el momento en que Austria-Hungría está en pleno levantamiento. El ataque cae sobre tropas agotadas y desmoralizadas por las noticias del interior. El Plan llano, cuidadosamente preparado y ejecutado con firmeza, consta de dos

ofensivas simultáneas: El 8.º ejército (general Caviglia), apoya sus divisiones británicas a la derecha y por una división francesa

1 V y VI ejército, quiere que atravese el Plave y intentar separar e

ue austriacos; el 4.º ejército tiene que atacar el monte Crappa. Auriq

UM4 fuerza del 4.º ejército no da resultados decisivos tras cinco días de 1

j nipleto: El 7.º muy dura, la ofensiva del 8.º ejército logra un éxito cc
_i

Las tropas de f., gracias a una hábil maniobra del general Caviglia, logran establecer
varias cabezas de puente en la orilla este. ri

Austria-Hungría

¡Derrota austro-húngara se acelera. El 30, las tropas italianas ocupan Vittorio Veneto. La ruptura del frente se consuma y el fracaso se convierte

desastre. El mando austro-húngaro, incapaz de reaccionar, solamente esfuerza en evitar una catástrofe: la abnegación de los soldados alemanes le permite aún lanzar contraataques esporádicos que retrasan el avance de las tropas italianas. Pero el ejército de la Doble monarquía se

do hace, ya no se puede manejar. Treinta divisiones se niegan a obedecer. Todos los generales piden que se ponga fin a la lucha inútil, declara

jefe del estado mayor. La derrota militar precipita el desenlace. Mientras en los territorios checos

y yugoslavos, los Consejos nacionales empiezan a organizar gobiernos sin preocuparse de lo que pasa en Viena, el emperador, ya sin autoridad efectiva, preside el final de la Doble monarquía. El 27 de octubre Andrassy, que acaba de sustituir a Burián en el ministerio de Asuntos exteriores, dirige una nota al presidente Wilson: reconoce a los pueblos de Austria-Hungría el derecho a organizarse como lo deseen, y pide que se inicien las conversaciones de armisticio y paz «sin esperar al resultado de otras negociaciones», es decir, sin Alemania. Pero esta gestión diplomática es aún demasiado lenta en opinión del alto mando. El 29 de octubre, el emperador se decide a pedir directamente al mando italiano el indispensable armisticio. ¿Qué le queda tras la capitulación? Le r

na seguir manteniendo un vínculo político entre los nuevos Estados de los restos de la Doble monarquía. ¿No se podría formar una confederación danubiana, a cuya cabeza la dinastía imperial y real debería desempeñar un papel? Esta es la proposición que Andrassy transmite a los representantes de Francia e Inglaterra en Suiza. ¿Qué repercusiones pueden tener ya los actos de un gobierno austriaco? El 28 de octubre el Consejo nacional de Praga toma posesión de la administración; el 29, se proclama la República checoslovaca sin derramamiento de sangre. El gobernador, el conde de Coudenhove, ha recibido la orden de Viena de no ofrecer ninguna resistencia. El 29 de octubre, en Agram (Zagreb), el Consejo nacional eslovaco anuncia oficialmente que se separa de Austria para formar un Estado con los croatas y los serbios

, una «Asamblea nacional» de los alemanes de Austria para la formación de un Estado austriaco, sin especificar aún si será

la forma 1. Li*

puerica o monárquica. El ministro Lammasch sigue a las órdenes, pero sin poder tomar ninguna decisión. «Ya no puedo dar la orden a ni una locomotora», observa el ministro encargado de los

ngar 1 yo soy el jefe supremo

ri es. y el emperador responde: «Mire ejército Y ya no tengo soldados. Sin embargo, me quedo en mi puesto» E

n Hungría hay amenaza de motines: en Budapest, algunos soldados que han abandonado el frente intercambian disparos con la policía. El archiduque Joseph enviado por el emperador, trata en vano de forzarlos a volver a la línea.

ministerio Duran- 1 1, 11 1 In 1 2 1

@-ra4 solu

Ción a noc e e a e octubre .no encuen-

que confluencia del poder al conde Karolyi, «amigo de E

11 'liora, después el conde Tisza, el hombre que había encabezado

tan-

536 -

- 537 -

El hundimiento de las potencias centrales

tanta arrogancia como convicción el régimen de dureza y la preponderancia de los magiares, cae bajo las balas de un asesino.

El emperador Carlos, ante la amenaza de anarquía, intenta aún aferrarse a un poder aparente. Este gobierno fantasma es el que va a firmar el 3 de noviembre el armisticio de Villa Glusti¹. Las condiciones son duras, pero, ¿cómo podría discutir las? Durante unos días más, espera una respuesta de los vencedores a su proposición sobre la confederación danubiana. Las potencias de la Entente proclaman que no pueden realizar ninguna negociación oficial con un gobierno imperial que ya tiene autoridad constitucional; sólo quieren tratar con los gobiernos de los nuevos Estados independientes. A falta de la corona imperial, ¿podrá el emperador Carlos conservar otra? Confía aún en seguir siendo soberano del nuevo Estado austriaco, reducido a seis millones de alemanes. Ante la noticia del levantamiento en Berlín, renuncia a esta lejana esperanza. El 11 de noviembre abandona el territorio austriaco, en tanto que

in “ón de la República y la Asamblea nacional aprueba el día 12 la Í stauraci la vuelta a la unión con Alemania. El emperador Carlos se refugia en

Hungría. Cuando llega a su castillo de Eckardtsau se entera de que el gobierno de Karoly¹ ha decidido también instaurar la República. El 13 de noviembre, sin firmar el acta formal de abdicación, el emperador Carlos proclama su renuncia a participar en los asuntos del Estado. La dinastía -último vestigio del pasado- desaparece, al igual que el imperio.

De este modo, poco a poco, en unos días los tres Estados capitulan: Turquía el 18 de octubre, Austria-Hungría el 29, y Alemania el 6 de noviembre se resignan a reconocer que su derrota es irremediable.

Además de los acontecimientos militares, las iniciativas diplomáticas del presidente Wilson han jugado un papel esencial en el hundimiento de Alemania y Austria-Hungría, en el sentido de que han provocado 0

han favorecido los grandes movimientos de la opinión pública en el seno de las potencias centrales. ¿Había previsto Wilson de antemano los resultados que podía obtener? Probablemente, no. Pero tuvo el firme propósito de conceder al enemigo un armisticio negociado en lugar de imponerle la «capitulación sin condiciones», como deseaba gran parte de la prensa americana. Quiso también llevar las riendas de la negociación, 111

1 ‘o u” compartir la dirección con sus aliados europeos. En resumen, ejerció arbitraje y logró imponer sus puntos de vista. Quedan ahora por establecer las condiciones del armisticio y el modo de imponerlo a los vencidos, que ya no están en condiciones de discutir las.

CAPÍTULO X

LOS ARMISTICIOS

A principios de agosto nadie confiaba en que la campaña de 1918 dudiese traer la victoria. A finales de setiembre, Foch aún pensaba en los preparativos de la campaña de 1919. La petición alemana de armisticio abrió de repente unas perspectivas imprevistas. Los gobiernos aliados y asociados no estaban preparados para darle respuesta inmediata. El problema de los «objetivos de guerra» nunca fue objeto de un intercambio de opiniones entre los Estados Unidos y los gobiernos de la Entente. Ahora bien, nadie ignoraba que las discrepancias eran importantes. Los intereses de Gran Bretaña y Francia no eran irreconciliables, pero eran orientados de modo diferente: uno miraba a lo lejos, pensaba en su preponderancia naval, se preocupaba por los problemas coloniales y por su influencia en los países árabes del imperio otomano; el otro concentraba toda su atención en las cláusulas continentales de la futura paz. En cuanto a Italia, tenía su propia política en el Adriático: ¿En qué medida el nacimiento de un nuevo Estado yugoslavo podía acoplarse con las ponesas que el gobierno italiano había conseguido en el tratado del Y de abril de 1915? La cautela que mostró Sonnino, incluso después del Congreso de Roma, presagiaba problemas. El análisis de las condiciones que hay que imponer a los vencidos ponía, por tanto, a prueba la solidaridad entre los vencedores.

I. EL ARMISTICIO DE MOLÍDROS²

Gran Bretaña actúa por su cuenta en la negociación del armisticio

her na con Turquía. Aunque a principios de octubre el almirante Gault '10

tic ,Obras generales de consulta- Los textos oficiales están en Les conventions d'armistice, P. 12, "Tratado de paz con la Turquía, la Bulgaria, la Rumanía-Hungría y la Alemania, par les puissances alliées (Paris, 1919, 2 fasc., in-8°)", para un estudio conjunto, véase H. R. Owen, "The Armistice, 1918 (see Owen, 1944, in-S°); P. Renouvin, L'armistice de Rethondes, 1: w-

ere 1918 (véase 1968, in 18% Arno J. Mayer, Politics and Diplomacy of Peace, 1967, in-SI, la 1ª parte)

véase p. 541.

consulta.-El estudio

1. , de del general Azan, «L'armistice avec la Turquie, en

ratio, del 30 de julio de 1921, sigue siendo importante. La obra de comandante Gault

538

539

Los armisticios

tomado ya la iniciativa de preparar un proyecto de acuerdo, que ha su-

editado: a la aprobación del gobierno francés y de los aliados, es el 1.º mirante inglés Calthorpe el que recibe la oferta turca en Moudros, de manos del general Townshend. El gabinete de Londres autoriza a Calthorpe a negociar. El gobierno francés protesta: El almirante inglés no tiene poder alguno para tratar directamente con los turcos; no es comandante en jefe; no está acreditado «por el común acuerdo de los gobiernos aliados,». Además, ¿no han empezado ya los representantes de los gobiernos a estudiar las condiciones del armisticio en París, Gran Bretaña debe con-

siderar esta situación de hecho: «De otro modo, la alianza no sería Más que una palabra vaca.» El gobierno inglés no hace caso. El 28 de octubre, el almirante Calthorpe mantiene una primera entrevista con ¡Gs de-

legados turcos, sin la presencia del almirante francés Amet, que, sin em-

bargo, está en Moudros; los turcos dice, sólo quieren negociar con los

ingleses. El 30 se redacta el acuerdo. Aunque el gobierno francés haya pedido a Calthorpe que espere la aprobación de los aliados antes de concluir el acuerdo, el almirante inglés lo firma, y se limita a comunicar después a sus colegas franceses que las hostilidades deberi acabar a las doce

del día siguiente. Francia, ante los hechos consumados, se calla. El 31 de octubre ratifica las cláusulas del armisticio.

La convención de Moudros estipula la desniovilización inmediata del ejército turco, la reclusión de todos los navíos de guerra, la rendición de las guarniciones otomanas de Siria, Tripolitania y Mesopotamia; autori-

za a los aliados a ocupar los Dardanelos y el Bósforo, y también otros

puntos estratégicos, entre los que se encuentran Batoutri y Bakou; ¡es garantiza el control de los ferrocarriles, especialmente la ocupación de los

túneles del Taurus; por último, obliga a Turquía a interrumpir sus relaciones con las potencias centrales.

Estas cláusulas, pues, no plantean la regulación territorial que el ira-

tado debe definir; se limitan a desarriar a Turquía y a dejar su futuro en

manos de los aliados, No parecen ser muy distintas a las condiciones que los gobiernos aliados, en su con) unto, hubieran propuesto. Pero, rniери-

ttas que, las cláusulas navales que interesan directamente a Gran Bretaria son concretas, las cláusulas terrestres son imprecisas: Los negociadores ingleses no han considerado preciso trazar las líneas de demarcación de Cilicia y del Cáucaso; les basta con dominar las regiones esenciales Para los intereses británicos: los Estrechos, los campos de petróleo de BakOI' y Palestina, ocupada al completo por el ejército del general Allenby. Ni

Francia, ni Italia, ni Grecia, encuentran en el armisticio de Moudros las garantías necesarias para la protección de sus intereses en Sirla V en Asta Menor.

las rens, Le commandement naval en Méditerranée (París, 1931, ofrece datos so La diferencias de puntos de vista entre los gobiernos aliados- Véase también, i,archel, guerre turque dans la guerre mondiale (París, 1923, in-8"). Sobre el papel del general yownshend, véase su propio testimonio en My campaign in Mesopotanna (Lond,és, 1923, 2 yol

m-S'), capítulo XX.

540

El armisticio de Villa Giusti

11, EL ARALISTICIO DE VILLA GIUSTI'

El 29 de octubre, el estado mayor austro-húngaro había enviado un parlamentario al gran cuartel general ¡tallan 04. E) 31, la Comisión austro-liúngara del armisticio, encabezada por el general Weber, se presentó en Villa Glusti, cerca de Pidia. Ese mismo día, en Versalles, el Consejo superior de guerra fijó)as condiciones: Desmovilización del ejército austro-húngaro; abandono de la mitad de su material de guerra y restitución inmediata de prisioneros; evacuación de todos los territorios otorgados a Italia en el tratado de Londres; derecho de paso por el suelo austriaco para las tropas

aliadas, libertad para atacar a Alemania del sur y, ocupar eventualmente las regiones donde fuese necesario mantener el orden' El delegado serbio, Vesnitch, había solicitado inútilmente que se obligase al ejército austro-húngaro a evacuar todos los territorios habitados por los eslavos del sur: El Consejo superior de guerra, para frenar las susceptibilidades italianas, quería evitar que el problema yugoslavo se exaltase en su conjunto con la convención del armisticio.

Gracias a esta precaución, los gobiernos aliados se ponen de acuerdo sin grandes dificultades. El 2 de noviembre, la delegación austro-húngara recibe una comunicación oficial de las cláusulas decididas por los vencedores con la conminación de aceptarlas en un plazo de treinta horas. En Viena, el emperador debe tomar una decisión, aunque su gobierno ya no tiene la menor autoridad real. El gobierno espera lo peor. Pero promete a Guillermo 11, al anunciarle cuatro días antes su decisión de poner fin a la guerra, que no permitiría a los aliados atravesar Austria para llevar la ofensiva a Alemania del sur; antes de permitirlo era capaz de ponerse a la cabeza de las últimas tropas fieles, para impedirles el paso! ¿Intentará oponerse? El tiempo va pasando: los comandantes del ejército se muestran unánimes al decir que sólo un armisticio inmediato puede evitar la «completa disolución» de las tropas. El emperador Carlos, sin embargo, pretende conseguir que los Consejos nacionales de los nuevos Estados asuman junto a él la responsabilidad de aceptar la capitulación. No lo logra: El Consejo nacional de la Austria alemana responde que el gobierno de la Doble monarquía ha iniciado la guerra sin consultar con la representación nacional y, por tanto, es suya la responsabilidad del armisticio. En la noche del 2 al 3 de noviembre, el emperador se decide a aceptar lo inevitable; autoriza al general Weber a finalizar el acuerdo. A las dieciocho horas de la tarde se intercambian las firmas. Pero el mando italiano quiere cesar las hostilidades veinticuatro horas después de la firma Y obliga a que se incluya esta cláusula en un anexo de la convención

del;,,

Obr

as de consulta- Las obras esenciales son las del general Alberti, L'Italia e la fine

94e-a mondiale; 11. Villa Giusti (Roma, 1924, in-8'), publicado por el estado mayor Kerchiasve Der Zusammenbruch der österr-ungar. Wehrmacht im Herbst 1918 (Mu- "Ch, 1921, redauado según los documentos de los archivos. Véase p, 54,

un papel preponderante en la victoria, que garantizaría a los Estados Unidos una posición dominante en la Conferencia de paz? Es cierto que estos argumentos, válidos en la hipótesis de que las hostilidades hubiesen durado algunos meses más, no lo serían si el armisticio se apla-

7ase sólo unos días, es decir, el plazo necesario para lanzar la ofensiva de Lorena, fijada para el 14 de noviembre. Pero Foch no esperaba unos resultados decisivos de esta ofensiva, sin duda porque no conocía el estado de agotamiento en que se encontraba el ejército alemán.

El análisis de las cláusulas militares del armisticio fue iniciado por los
00niandantes en jefe. El 25 de octubre, en Senlis, el mariscal Foch constiltó a Fíraig, a pershing y a PétaIn. El comandante en jefe inglés aconsejó moderación, pues el adversario, en su opinión, todavía era capaz de resistir: Bastaba o, pedir, decía, la evacuación de los territorios invadi~ dos In Francia y Bélgica, así como en Alsacia-Lorena. Pero conformarse 'or` Condiciones tan modestas si grilficaba dejar al ejército alemán la pollilidad de romper el armisticio y de volver a la guerra. Los franceses, Pties, exigían más garantías: Ocupación de la orilla izquierda del Rhin y las cabezas de Puente en la orilla derecha; entregas de material, de locomotoras y de vagones. El comandante en jefe americano- iba más allá: Había que
191@ de Alemania la entrega de todos sus @ubmarinos a los vencedores.

El proyecto de Foch, aprobado por el gobierno francés, se somete a la consideración de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. ¿Está conforme con imponer a Alemania unas condiciones tales le impidan volver a las hostilidades; pero, ¿no bastaría con . . . que

exigir, Por ejemplo, la entrega de una parte de su artillería pesada a los italianos) ¿Es verdaderamente necesario que «tropas aliadas o americanas ocupen de hecho Alsacia-Lorena»? ¿Es oportuno querer establecer «cabezas de puente en la orilla derecha del Rin? Imponerle a Alemania unas «condiciones humillantes» es seguir el juego del «partido militar» prusiano. Lloyd George opina también que las propuestas francesas son demasiado duras, y se adhiere a las objeciones que Haig había expresado durante la conferencia de Senlis. El 30 de octubre, sin embargo, Clemenceau logra la aprobación inglesa y americana. En ese momento, los ingleses piden que el armisticio incluya cláusulas navales tan severas como las cláusulas militares: Hay que exigir la entrega de una gran parte de la flota de guerra alemana, y no solamente la entrega de los submarinos. ¿Por qué?, protesta Foch. La flota alemana de superficie ya no es peligrosa. Aquí tenemos una de esas condiciones humillantes que es innecesario im-

poner. Ante la insistencia del almirantazgo británico, el Consejo superior de guerra se inclina hacia un compromiso: los cruceros y acorazados alemanes no se entregarán a los aliados, sino que quedarán recluidos en un puerto neutral, o «en su defecto, en puertos aliados». El 4 de no-

viembre, los vencedores se ponen de acuerdo.

La discusión de las cláusulas políticas del armisticio resulta más difícil. El presidente Wilson se atiene a sus «catorce puntos». Los aliados, aunque aprobaron en principio el mensaje del 8 de enero de 1918, nunca dieron su aprobación formal a las opiniones del gobierno americano. Sienten cierta intranquilidad en adoptar estas vagas fórmulas, cuya inter-

pretación puede dar lugar a sorpresas. A ellos, que han sufrido la agresión y han llevado el peso principal en la lucha, les molesta aceptar la intervención de un estadista que sigue siendo ajeno al espíritu europeo y que no está en buena situación para apreciar sus preocupaciones. Cuarta vez el 29 de octubre, el coronel House, representante personal del presidente, declara a Clemenceau, a Lloyd George y a Sonnino que si aceptan un armisticio, se adherirán ipso facto a las bases americanas de Paz, las objeciones toman consistencia. Lloyd George, sobre todo, rechaza suscribir el «punto 2», es decir, el principio de la libertad de los mercados:

«Aceptarlo significaría renunciar en el futuro al recurso del bloque económico. ¿Está bien, ¿el arma económica no ha contribuido a quebrar la resistencia?»

«¿El cohecho alemán? La discusión adopta un cariz violento: si los aliados, por un lado, se niegan a aceptar los catorce puntos, se romperán las relaciones con Alemania; pero, quizá entonces, el gobierno ame-

ricano prosiga en solitario la negociación. «Esto acabaría siendo», ObOr

Urridos y Aleffir va Clemenceau, «una paz separada entre los Estados Unidos y Alemania».

«Es muy probable», responde House. He aquí el caso de la espada y la pared. ¿Puede plantearse continuar la guerra?»

El 7 de noviembre de Rethondes

los Estados Unidos le retiren su apoyo militar? ¿Puede rechazar definitivamente estos principios de Wilson, que han adquirido gran presti-

La opinión pública europea? En primer lugar, hay que buscar una solución. Francia y Gran Bretaña suscriben los «catorce puntos», pero con ciertas reservas. Lloyd George, en un discurso del 3 de noviembre, se declara dispuesto a «discutir» la cuestión de la

libertad de mares «a la luz de las nuevas condiciones que se han presentado en el curso de la guerra actual». No se compromete a, ds. Clerrienceart logra que se acepte una interpretación del principio del reparto de perjuicios. Tras hacer estas concesiones a las opiniones inglesa y francesa, el coronel Horace no siente reparos en rechazar las preten- úOnes italianas, que deseaban deshacerse del «punto nueve».

Desde este momento, el 4 de noviembre, los gobiernos de la Entente W deciden a enviar al presidente Wilson un memorándum. Los aliados, dice la nota, están dispuestos a firmar la paz «sobre la base de los catorce puntos», pero con dos salvedades: En la interpretación del artículo “ alude a la libertad de los mares, quieren tener «libertad absoluta de g=ón»; en cuanto a la «restitución@» de los territorios invadidos, quieren que «Alemania compense de todos los perjuicios sufridos, tanto en las poblaciones civiles de las naciones aliadas como en sus propiedades, por el hecho de la agresión de Alemania en tierra, mar y aire». El 5 de noviembre, el secretario de Estado, Lansing, envía esta nota al gobierno alemán, invitándole a que pida al mariscal Foch las condiciones del armisticio. House lo califica como una victoria diplomática al escribir a Wilson. De hecho, esta victoria reposa en un equívoco: los gobiernos no han intentado fijar al detalle la interpretación conjunta de los «catorce Puntos»; no han discutido el problema de los límites de Alsacia-Lorena, si el de las fronteras italianas, como tampoco el problema del acceso al mar del futuro Estado polaco. El tiempo apremia. La conferencia de paz que deberá ajustar las fórmulas wilsonianas a la realidad. Pero el intercambio de opiniones que se ha producido, anticipa ya los futuros acuerdos.

A Alemania, aunque sospecha que estas divergencias existen, no está en condiciones de aprovecharlas. Cuando la delegación alemana atraviesa las líneas y llega a Reims para conocer las condiciones del armisticio “e Foch esta encargado de transmitirles, ya sabe que la capitulación es inevitable. En Spa, así como en Berlín, nadie cree ya que sea posible re-

Frzberger tratavamente de discutir, de pedir la atenuación de las cláusulas relativas al plazo de evacuación de los territorios ocupados, y esperar al fin que el bloqueo se levante tan pronto como se fi

armis . irme

Sti * Foch no cede un milímetro. ¿Qué í

clo: 1 importa que entre los británicos, queden aún algunas dudas? Alemania, por mucho

sen Lloyd Geor Haig, no puede negar su firma. Si se arriesga; P. Lieke, Inlo, ge y

nqa 1 .- Foch tiene preparado - do f T r T

s o ensivas: na en arena, que golpea más débil del frente enemigo y podría obligar al ejército a ab

andonarlap ‘ción Amberes-Mosa; la otra, llevaría a los e)*ér-

os

544 --

- 545

1 ¿A? Cuando Erzberg pide instrucciones el lo Alemania a ofrecer resistenci

1 ¿A? subraya dentro de su lacon* de noviembre, el radiograma que reel
Isrno la necesidad ineludible: Que haga un último intento, se le dice, por lograr de Foch las atenuantes
precisas; «si no, de todos modos librará olu,

oche del 10 al 11 de noviembre en Rethondes, los del, firmar». En la n gados de Alemania firman la
capitulación.

Los alemanes tendrán que evacuar dentro de quince días los territo-

rios aún ocupados en Francia, en Bélgica y en Luxemburgo, y en la quincena sigu .iente los territorios de la
orilla izquierda del Rin, al igual que una zona de diez kilómetros de anchura en la orilla derecha, donde
los aliad or afi adidura, van a mantener tres «cabezas de puente» de trein-

1 '@ tro, e radio. Deberán entregar 5.0
0 p ta k'16 e d 00 cañones, 25.000 ametrallad

oras, todos los submarinos y veint séis navíos grandes de guerra; de-

irun recipro idad a los prisioneros de berán restituir ' ediatarnente y sin e 1 1
guerra, Por otra parte, Alemania renuncia a los tratados de Brest-Ljtovs

y Bucare't, y promete retirar, «en cuanto los aliados juzguen que ha lle-

gad, 1 momento@>, a las tropas que ha mantenido en Europa oriental fuera de sus fronteras de 1914. El
artículo 26 prevé por último que el bloqueo se mantenga hasta que se firme la paz, pero que los aliados
abastezcan a la población «en la medida considerada necesarl*a».

Estas condiciones son suficientes, estima Foch, para dejar a Alema-

nia <,a merced de los vencedores».

546

LIBRO V

LA GUERRA Y LA EVOLUCIÓN DEL MUNDO

Las grandes guerras han sido siempre no las causas, sino los instrumentos más activos de las
transformaciones del mundo. La guerra de
1914-1918 conmocionó a casi toda Europa. ¿Cuáles fueron los cambios que provocó en el
equilibrio de fuerzas, en las concepciones políticas y en la vida económica y social? ¿Qué
repercusiones tuvo en la vida religiosa? ¿Qué alcance se le puede atribuir dentro de la vida
intelectual? Para tratar de responder a estas preguntas será necesario volver atrás para recordar a
grandes rasgos, la orientación de las grandes corrientes del pensamiento antes de la crisis.

547

CAPÍTULO PRIMERO

LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS Aunque teóricamente la guerra haya sido «mundial» desde su origen, a causa de la intervención japonesa, y lo fuera efectivamente en 1917 con la entrada en combate de los Estados Unidos, Europa fue la única que

se vio profundamente afectada por el conflicto. La política Japonesa perseguía objetivos propios y las tropas niponas, incluso cuando intervinieron al lado de las tropas de los «aliados y asociados» en Siberia, sólo ac-

tuaron en beneficio de esta política. El papel de los Estados Unidos fue

decisivo en la victoria; pero, aunque su participación en la guerra tuviese

incidencias irriportantes, no sólo en la vida económica, sino también en

la vida constitucional del país, no exigió del pueblo americano un esfuerzo comparable -incluso de lejos- al que tuvieron que realizar los pueblos europeos. En Europa, por el contrario, la crisis, prolongada durante más de cuatro años, produjo profundas transformaciones en el régimen territorial y en las instituciones políticas. El mundo de las colonias también se conmocionó: la guerra, al enfrentar entre sí a las naciones CO-

lonizadoras, empieza a ininar la preponderancia de Europa en los países asiáticos.

I. LA VICTORIA DE LAS @NACIONALIDADES-

EN EUROPA 1

La derrota de las potencias centrales va a transformar el mapa de Eu ropa. El momento del armisticio constituye el triunfo de las antiguas «w1_

Obras de consulta.- Además del notable librito de É. Halévy, The w,

Lçme des nationalités (Paris, 1935I p. 190), véase obras generales de P. Heriry, Le prob la de la «Collection Armand Colin»); Th. Ruyssen, Le- minorités nationales d'Europe et guerre mondiale (Paris, 1923, in-81); Bochín, Europa irredenta (Berlín, 1925 'in-S'), así cOnio el testimonio de Bériés (ya citado, p. 415). La difíc u ltad de hacer efectiva la arñtion ía. critr,

oí

los «emigrados» y la «resistencia interior» queda puesta de relieve en el caso de Polonia Pire el estudio de C. Smogorzewski, «L'union sacrée polonaise, 1918-1919», en la Revue d'histo de la guerre mondiale, año 1928, pp. 226-243 y 305-333.

_ 548 -

La victoria de las ,nacionalidzdes>, en Europa

norías nacionales», de aquellos grupos no autóctonos que ba, o dominio ruso, alemán y austro-húngaro no perdieron el sentido de su individualdad; además, este triunfo se ajusta a las ideas democráticas de los vencedores.

En la monarquía austro-liúngara, los pueblos siempre habían manl~ festado su deseo de independencia, incluso antes de que el armisticio de Villa Glusti interviniese. Transilvania se une a Rumanía; los países croatas y eslovenos se disponen a unirse a los serbios para formar el Estado yugoslavo; Galitzia se une a las restantes ramas de la nación polaca; las tierras italianas son <@redimidas». La República checoslovaca, proclamada en Praga el 29 de octubre de 1918, forma gobierno. Los antiguos dominadores -alemanes de Austria y magiars de Hungría- se separan: en el escaso territorio que les queda forman dos pequeños Estados, que pronto se enzarzarán en una violenta discusión sobre e .1 trazado de su frontera común. La «balcanización» de la Europa danubiana, considerada por la diplomacia de las potencias de la Entente durante largo tiempo como una posibilidad no deseada, es un hecho consumado antes de que las Cancillerías hayan pensado siquiera en intervenir.

La aceptación-por parte del Relch de los «catorce puntos» del presidente W11son y de las cláusulas del armisticio de Rethondes señalan ya lo que va a ser para Alemania la reglamentación territorial de la paz: tiene que devolver Alsacia-Lorena a Francia, perderá los territorios polacos de Prusia y restituirá a Dinamarca una parte del Slesvig.

En los Balcanes, la Bulgaria vencida ve crecer en torno suyo a Servia, transformada por su unión con los croatas y los eslovenos. Ruman a va a incorporar a su territorio Transilvanla y Bukovina, y además espera conseguir Besarabla. Grecia queda alineada por Venizelos en el campo de los vencedores.

En los confines de Europa Central y de Europa Oriental, el Estado polaco empieza a renacer. Nada más conocerse en Varsovia la nota alemana, por la que el gobierno del Reich pedía la negociación sobre la base de los «catorce puntos» del presidente Wilson, surge la posibilidad de reconstruir una Polonia «libre e independiente». Al momento se desacreditan los «activistas» polacos, es decir, lo que, tras la proclamación de noviembre de 1916, habían aceptado negociar con Alemania y Austria-Hungría con la intención de formar un Estado polaco aliado de las potencias centrales y protegido por ellas. La Regencia intenta conseguir el perdón de la población polaca por la colaboración que había prestado a la Política austro-alemana, y se declara dispuesta a entregar sus poderes

1. Un gobierno polaco, del que formarían parte los representantes de todos los partidos. Los partidarios de Pilsudski, que nunca dejó de luchar

1. Con energía contra el régimen de ocupación, no aceptan esta oferta de la Regencia: prefieren esperar a la victoria inminente de la Entente, que, se-

9. ¿Un día piensan, les llevará al poder. Pero el 23 de octubre, el jefe de la «asociación inter-partidos», Swiezinski, forma un gobierno sin pedir siquiera la aprobación a las autoridades de ocupación. Decide formar un ejército

Las transformaciones políticas

polaco y exige a los alemanes la liberación de los presos políticos. Las potencias centrales no se atreven a reaccionar. A finales de octubre, las tropas austriacas empiezan a abandonar el país y los partidos de izquierdas forman entonces en Cracovia un gobierno provisional de la república polaca. El 10 de noviembre en Varsovia, ante la noticia de la revolución alemana, la población desarma a los soldados alemanes, que en su mayor parte no se oponen a que lo hagan. El ejército de ocupación se desmembra, y mientras, Pilsudski, liberado de la prisión de Magdeburgo, negocia con los «Consejos de soldados» la evacuación del territorio. Pero, el nacimiento de la Polonia libre se realiza en completo desorden. Entre los partidos «burgueses» y los socialistas estalla una lucha abierta por el poder. Pilsudski es el vínculo de esta crisis: el Consejo de Regencia le confiere una especie de dictadura. Este se encarga de proclamar la unión de todos los países de población polaca en un Estado y decide elegir por sufragio universal una Asamblea constituyente en enero de 1919.

Por último, en los países bálticos separados de Rusia por la paz de Brest-Litovsk, los principados vasallos que había creado la política alemana en 1918 se convierten en Estados independientes. Lituania, Letonia y Finlandia, que separan del mar el territorio de la Rusia soviética, tratan de organizar su vida política a pesar de la doble amenaza que se cierne sobre ellos: por una parte, la vecindad con la inmensa Rusia, que, incluso después del abandono de los territorios polacos y bálticos, cuenta aun con ciento treinta millones de habitantes, mientras que los nuevos Estados son minúsculos; por otro lado, la presencia de tropas alemanas, que tardan en evacuar los territorios que ocupan y que intentarán mantener allí durante unos meses más la influencia germánica.

En los dominios que pertenecieron antes de 1914 a los tres grandes imperios, Rusia, Alemania y Austria-Hungría, diez Estados, de los cuales ocho son «nuevos», tratan ahora de abrirse camino.

Esta fragmentación se ajusta al deseo de los pueblos. A lo largo de la guerra, las «minorías nacionales» nunca se habían mostrado solidarias con el Estado al que pertenecían, ni siquiera las que no adoptaron una actitud de rebelión contra el gobierno al que estaban sometidas. En Austria, la

oposición de los checos, eslovenos e italianos al régimen imperial se había manifestado ya cuando el Parlamento se reunió de nuevo en 1917. El alto mando nunca pudo contar con la fidelidad de los regimientos checos, los cuales, a partir del otoño de 1914, fueron proporcionando a los rusos una cantidad importante de prisioneros. En Hungría 105 rumanos de Transilvania habían expresado sus reivindicaciones nacio-

1,1 el les en 1915. Los polacos, aunque habían aceptado por odio a régimen que el gobierno alemán les había concedido en 1916 se a suministrar soldados al ejército del Reich. Los lituanos, una vez liberados del régimen ruso, demostraron que no estaban dispuestos a convertirse en vasallos de Alemania. Los finlandeses, tras pedir al estado

Véase p. 357.

550

La victoria de las «nacionalidades» en Europa y el apoyo alemán su apoyo militar contra Rusia, expresaron en 1918 su deseo de independencia.

Sin duda, resulta difícil apreciar con exactitud las reacciones de las masas campesinas, salvo en las regiones en las que la reivindicación nacional va acompañada de la protesta social dirigida

contra los grandes propietarios de origen «extranjero»: los barones bálticos de Estonia y de Letonia o los «magnates» de Transilvania. Pero los intelectuales y el clero estuvieron casi en todas partes, en la vanguardia de los movimientos

1 lentos nacionales, dirigidos desde fuera por los emigrantes que habían formado

ite yulos «comités nacionales»: el comité checo en Londres y luego en París con Nasaryk Béné y Stefanek; el Comité checo de Moscú; el Comité eslavo de Londres, con Trumbitch; el Comité polaco de París, con Paderewski. Gracias a su actividad propagandística, estos grupos cumplieron un cometido importante, por cuanto que lograron que la Entente se interesase por el problema de las minorías nacionales y se convenciese de que era posible utilizar esta fuerza. Sin duda la afinidad entre los emigrantes y sus compatriotas del interior del país no podía ser completa: los «Comités nacionales» estaban al abrigo de represalias y podían hacer alarde de una audacia que la «resistencia interior» no podía permitirse. En el momento del armisticio la armonía no llega a establecerse sin que surjan problemas entre unos y otros, como en Polonia, por ejemplo. Sin embargo las cuestiones personales y las rivalidades entre los clanes no debe enmascarar una profunda realidad: el alivio, la alegría y el orgullo

minio extranjero. que experimentan las poblaciones liberadas del do

Sin embargo, los nuevos Estados carecen aún de fronteras. ¿Hasta donde van a extender sus territorios? Su creación o resurrección se la deben al «principio de las nacionalidades». Ahora bien, la aplicación de este principio se revela menos sencillo de lo que pensó el presidente Wilson. En todos los países o en casi todos existen zonas limítrofes donde se mezclan Poblaciones distintas en cuanto a la lengua, la religión o las tradiciones. ¿Dónde señalar en las orillas del Adriático esa línea «claramente reconocible» entre las nacionalidades a que se refería el «punto 9» del presidente de los Estados Unidos? ¿Cómo determinar el «límite» entre checos y alemanes, entre eslovacos y húngaros, entre checos y polacos? ¿Cómo reconocer la «pertenencia nacional» de esas poblaciones de Maledonia, donde se hallan tanto serbios como griegos o búlgaros y donde las iglesias Ortodoxas se venían disputando a los fieles desde ti

tiempo atrás, ¿cómo considerar las diferencias lingüísticas? ¿Qué fronteras se pueden establecer en Transilvania, donde subsisten dentro de una mayoría de núcleos alemanes y magiares? ¿Cómo delimitar las zonas de asentamiento rumano en la Besarabia que ha dominado y colonizado el Imperio Ruso? En los límites de Polonia se mezclan con las poblaciones

alemanes al oeste, rusos al este y ucranianos al sur y al sudoeste. (Título otorgado antiguamente en Polonia y Hungría, a los miembros de la alta noble-

Las transformaciones políticas

¿Cómo conciliar tantas reivindicaciones contradictorias? ¿Cómo satisfacer a estas «minorías» nacionales victoriosas, y fundar unos Estados vi-

bles, sin llegar a someter al dominio extranjero a poblaciones que se convertirían a su vez en reivindicadoras?

Los nuevos Estados, por otra parte, no se limitan a invocar el dere-

cho de las nacionalidades. Se sirven de intereses económicos o estratégicos para reivindicar regiones que la aplicación de los principios W11so-

manos no permite atribuirles. También intentan que se reconozcan sus «derechos históricos»: las mezclas entre poblaciones, dicen, no son a me-

nudo sino el resultado de una colonización efectuada por los antiguos amos. El anular las consecuencias de una ocupación, a veces secular, ¿no

sería un acto de justicia?

En suma, los jóvenes Estados practican un nacionalismo exasperado,

agresivo. Tras el largo sufrimiento de la guerra no es de extrañar este co-

letazo violento. Sin embargo sitúan a las potencias aliadas y asociadas ante dificultades imprevistas. No sólo los nuevos gobiernos nacionales quieren arripiar sus reivindicaciones territoriales a expensas de los ven-

cidos, sino que, incluso cuando se trata de fijar las fronteras entre nuevos Estados, no se someten fácilmente a los acuerdos.

IL LOS REGÍMENES POLÍTICOS

A la vez que desaparecen las fronteras, y surgen después más corn-

pleas y numerosas, los regímenes políticos de los Estados vencidos se

desmoronan. Las tres grandes dinastías imperiales desaparecen: es el re-

sultado de sus derrotas.

En los Estados vencedores, por el contrario, las formas de gobierno se mantienen más o menos invariables. Los gobiernos parlamentarios,

de

o el

o

que habían adaptado sus procedimientos constitucionales a la situación

de guerra, renuncian casi al momento a las innovaciones temporales cuari-

do finalizan las hostilidades.

En Francia, las modificaciones que se habían introducido en el fun-

cionamiento del mecanismo político y en la organización de los poderes públicos no logran sobrevivir al restablecimiento de la paz. Ciertamente se puede reconocer la influencia de la guerra en algunas innovaciones nic-

@)lStituclo-

1 Obras de consulta.- Sobre los regímenes democráticos Y los sistemas antic. S@ trad. nales de finales de guerra, véase 3. Bryce, Modern democracies (Londres 1921, in-

ernes París 1924 2 vol., in-S'); J. S. Penn ,marin, The IrresIs-

1 Or7stitIq-

francesa: Les d¿moc7at es mo 1 1 b Le, 1 11,

τ -@res 1923 in-S") -1 B. Mirkin-Guetzevite 1 Len

tible movement of demo-acy (on , 1 véase

- Sobre la doctrituí 1 1921, tions de VEurope nouvelle (París, 1924, in-12)--- París, LI, auvres, t. XX (París, 1928, m~S-), del mismo,. La révolution prolétarienne (. nio in-12); J. Staline, Le léninisme, théorique et pratique (París, 1924, in-12), y, del "'s offinínism (Londres, 1933, 2 vol., in-S'; trad. del ruso)- N Berdiaeff, The origins 0-(Ri@s"arl

1 éraledll'tmunism (Londres, 1937 in-S'; trad. del ruso); Mir@ine'-Guetzevitch, Théorie gen 1,tb¿se, tat soviétique (París, l@28, jr-8'); J. Feld-anri, «l_e bolchevisme», en la Revt<e de sY

t. V (1933), pp. 127-145.

552

Los regímenes políticos

flores, interesantes para el futuro de las instituciones administrativas; pero las instituciones políticas de 1919 siguen siendo las de 1914. Ni siquiera se mantienen, tras el fin de la guerra, las medidas que el poder ejecutivo había tornado a lo largo de las hostilidades para mejorar la orgarlización del trabajo gubernamental. Únicamente el sistema de las elecciorles gubernativas va a experimentar en 1919 una transformación pasajera. Es cierto que algunas veces, fundándose en las experiencias adquiridas durante la crisis, se alzan para exigir un rejuvenecimiento de estas instituciones y para proponer una reforma constitucional, una reforma administrativa y un aumento de los poderes del presidente de la República: Maurice Barr@s y Alexandre Millerand se sitúan a la cabeza de este movimiento «revisionista»; pero los partidos políticos apenas siguen a estos innovadores y la opinión pública en su conjunto no parece preocuparse por el problema. Aunque parece que la guerra ha socavado los fundamentos de la sociedad, en la medida en que mezcla las clases sociales y produce en la burguesía la infiltración de «nuevos ricos», no parece que haya cambiado nada fundamental en los mecanismos políticos.

En Inglaterra, donde la creación del War Cabínet y, sobre todo, la formación del gobierno de coalición habían provocado un vuelco en las tradiciones, los círculos políticos desean restablecer lo antes posible las reglas de juego. Sin embargo, sólo de forma provisional, los jefes del partido conservador aceptan prolongar la «experiencia Lloyd George@@ después del arnil stl clo. Los Jefes del partido laborista, por su parte, anuncian el 14 de noviembre de 1918 que abandonan la coalición y vuelven a su libertad de acción. Los liberales «disidentes» que, agrupados en tor-

no a Asquith son contrarios al gobierno de coalición, atraen buena parte de los votos liberales en las elecciones de diciembre de 1918.

Por último, en los Estados Unidos, el Congreso, que había aceptado a duras penas la ampliación de poderes del Presidente durante la guerra, se muestra decidido tras el armisticio a restablecer lo antes posible el funrionamiento normal del sistema constitucional.

Es.tos regimenes, que estuvieron más amenazados que los demás por las exigencias de una política de guerra, atraviesan la crisis, pues, sin resen

tírse. Dan prueba de su adaptabilidad y su firmeza. Por eso los pequefios Estados, tanto los ampliados como los «nuevos», se sienten inchnados a sacar provecho de la lecc'ón: ninguno duda en otorgarse una '-Onstitución basada en

los principios democráticos y parlamentarios. Ya que las grandes democracias han vencido, parece que tras los armisticios de noviembre de 1918, el régimen democrático, tal y como lo estableció el siglo XIX, sale de la crisis revalidado y mejorado. Pero, ¿sin embargo, ¿está bien afianzada esta victoria? Aunque las instituciones subsisten y se siguen proclamando los principios, el clima ha cambiado entre 1914 y 1918. En el transcurso de la guerra, la libertad de pensamiento y el sentido crítico sufrieron una dura restricción en todos los países; la disciplina se

Las transformaciones políticas

hizo necesaria y los gobiernos pudieron aprovechar el arma de la propaganda para arrastrar al pueblo y mantener su moral. El régimen de «sustitución» del pensamiento adopta dos fórmulas: una negativa, que suprime la expresión de cualquier opinión que se considere opuesta a los intereses nacionales; otra positiva, encaminada, digamos, a «organizar el entusiasmo». El respeto a los derechos del individuo, que fue uno de los fundamentos del liberalismo, se retrae durante estos años en que el Estado ve aumentar su poder para hacer frente a las necesidades de la lucha. La vuelta a la paz no puede borrar de un plumazo la huella, de este ambiente de guerra. Las reacciones de la masa ya no son iguales, las de antes de la crisis: la guerra tiene como consecuencia perdurable la decadencia de la libertad. En el momento en que acaba la lucha armada Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente* lanza un duro ataque contra la democracia que no es, dice, sino una ilusión (pues el sufragio universal no supone «ningún derecho verdadero») y contra el parlamentarismo, que ha perdido, dice, su poder de atracción, porque el juego de fuerzas económicas y sociales lo desborda y lo supera. Los regímenes políticos, cuya eficacia pareció indiscutible a fines del siglo XIX, se encuentran ahora amenazados por la «disgregación»: Spengler predice el acercamiento «inevitable» del cesarismo. El éxito de este libro, que vende en

poco tiempo 100.000 ejemplares, es una muestra del desconcierto que em-

pieza a propagarse en la opinión pública.

Además, las ideas liberales y parlamentarias también se ven amena-

zadas con la aparición en la Europa del este de un régimen político y so-

cial nuevo, el de la Rusia bolchevique. Lenin no aporta a las tesis de Marx y Engels grandes novedades desde el punto de vista económico, pero las completa en lo que se refiere a la organización del Estado.

Según Engels, el Estado es un «producto de la sociedad en una etapa determinada de su evolución». Para lograr que los conflictos entre los intereses económicos opuestos de las clases sociales no desemboquen en luchas estériles, es preciso que una fuerza garantice la tranquilidad. Esta fuerza, emanada de la sociedad, pero que se sitúa por debajo de ella y que se separa cada vez más de ella, es el Estado. Lenin asienta su doctrina sobre esta base. El Estado, dice, es un instrumento de opresión, de dominación, «una máquina para que una clase aplaste a otra clase». En el pasado esta fuerza de opresión actuó en beneficio de la burguesía. Por medio de la fuerza armada, y de la policía, el Estado siempre ha defendido los intereses de esta clase contra los intereses de los trabajadores, ¿Se ha visto alguna vez que en un conflicto de trabajadores el gobierno ponga a la policía al servicio de los huelguistas? La «democracia burguesa» del siglo XIX, en la que el aparato administrativo y la fuerza militar estaban al servicio del capital, no es, dice Lenin, una verdadera democracia. De ahora en adelante el objetivo es sustituir el dominio de la burguesía por la hegemonía del proletariado para crear una economía socialista. Pero no basta con ganar el poder, hay que conservarlo. Esto resulta difícil porque, incluso después de una revolución, la burguesía sigue

- 554 -

La organización de las relaciones internacionales

siendo fuerte gracias a las relaciones de que dispone entre el personal técnico y gracias a su habilidad, mientras que la masa del pueblo carece de preparación política y a menudo de convicciones firmes. Para acabar con

esta resistencia es necesario instaurar la «dictadura del proletariado», re-

nunciar durante un período, que puede ser largo, a la libertad y a la democracia, porque resulta indispensable emplear medios de represión contra los burgueses: «Nos vemos obligados a someterlos para liberar a la humanidad de la esclavitud del salariado.» .

Por tanto hay que organizar un nuevo tipo de Estado y sustituir el parlamentarismo democrático. En este Estado, la «vanguardia» del proletariado debe ser la «clase dominante». Los «soviets», es decir, la

Jerarquía de los Consejos de obreros y campesinos organizados en el marco de la fábrica, la región, la ciudad y la provincia, agrupan a los «elementos activos» del proletariado y constituyen el punto de apoyo permanente único del poder estatal. «La Comuna de París» fue el embrión de esta modalidad. El poder soviético es su desarrollo y su culminación. El partido comunista impulsa a estos soviets. «El partido debe caminar a la cabeza de la clase obrera... arrastrar tras de sí al proletariado, y elevar a la conciencia de clase a la masa obrera». Esta función no la puede desempeñar si no posee una organización sólida, si no obliga a sus miembros a una estricta obediencia y si no expulsa de su seno por medio de depu-

laciones periódicas a los indecisos o los oportunistas. Sin el partido, si su actuación metódica, no será posible llevar a cabo una lucha decidida «contra las tradiciones de la antigua sociedad». «Ahora nos damos cuenta», escribe Lenin, «de que los bolcheviques no hubieran logrado mante-

niernos el poder... si el partido no hubiese estado dirigido con una férrea disciplina».

Mientras que la doctrina liberal y democrática impone al Estado la obligación de respetar los derechos del individuo y observar en su legislación ciertos principios generales de derecho, ciertas normas abstractas de valor general, la doctrina soviética subordina totalmente al individuo al Estado y cree que el legislador no debe considerar restricción alguna a su poder, cuando trate de tomar medidas acordes «con el objetivo revolucionario». Lenin proclama la omnipotencia del Estado; pone al Estado al servicio de una clase.

III. LA ORGANIZACIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

La lucha ha traído un cortejo de violencia y atrocidad: la rabia del soldado, cuyos peores instintos se despiertan con la batalla y, a veces, el

111- de la cuestión de la neutralidad, R. Dollot, «La crise des neutrales», en la revista Affaires étrangères, t. VIII (1938), pp. 351-370 y 397-412;

método del mando, que quiere infundir el terror. Se burla el derecho internacional: la guerra submarina condena a morir ahogados a las tripulaciones y a los pasajeros; los contendientes se acusan mutuamente de ser los primeros en utilizar las armas químicas. No se respeta el estatuto de neutralidad. Alemania da prueba de ello al violar el territorio belga-, y, en el otoño de 1915, el desembarco de contingentes anglo-franceses en territorio griego, en Salónica, ¿puede considerarse ajustado a las normas jurídicas? De hecho, los contendientes reclaman a los neutrales el cumplimiento estricto de sus obligaciones, pero no dudan en atentar contra sus derechos por medio del bloqueo, la guerra submarina y la censura postal y telegráfica. La propia noción de neutralidad permanente se derrumba: en su discurso de 22 de noviembre de 1918 el rey de los belgas señala que el estatuto internacional de su Estado no ha logrado protegerle de la invasión y declara su deseo de desligarse de un régimen cuyos fundamentos han sido destruidos por la guerra.

Y a pesar de todo, el propio abuso de estas violaciones del derecho provoca en la opinión pública una reacción benéfica. Los ciudadanos -y más aún los combatientes- se inflaman con un ardiente deseo, con una gran ilusión; desean que esta guerra sea la última. Confían en que su sacrificio libre a sus hijos de pasar por semejante sufrimiento. Para so-

portarlo, la humanidad quiso creer que de esta crisis surgiría un mundo mejor. En el momento del armisticio, al igual que después de todas las grandes crisis internacionales en la Europa moderna, los pueblos, agotados, desean que sus gobiernos encuentren los medios para evitar una

vuelta a la matanza y que un orden nuevo garantice la estabilidad y la seguridad de las relaciones entre los Estados.

Este sentimiento se impuso poco a poco, a medida que la lucha se

prolongaba. A partir de 1916 se hizo más consistente. Los planes que in-

tentaban establecer una «organización internacional» especial para garantizar la paz en el futuro encontraron su orientación en la doctrina de los pacifistas del siglo XIX. Desde el proyecto de «paz perpetua» de Kant

sobre los orígenes de las ideas relativas a la organización internacional, P. Renouvin, «Les idées et les projets d'Union européenne au XIX^e siècle», en el *Bulletín de la conuilation* 111-

ternationale, n1 6 (1931), pp. 463-483; L'idée d'union européenne au XIX^e siècle (Nancy, 1953); sobre las tendencias pacifistas, R. Grappin, *Le Bund Neues Vaterland- Ses rappOrt' avec Romain Rolland* (París, 1952, in-S')- Sobre los proyectos de la Sociedad de Naciones, el estudio de G. Scelle y R. Lange, en *Les origines et l'oeuvre de la Société des 's'ati0l'* (Copenhague, 1923, in-8o), pp. 1-61; D. Hunter Miller, *The drafting ofthe Covenant* (New York, 1928, in-8'), y F. Wilson, *The origins ofthe League Covenant* (Londres, 1928, in-SI); J. Jáck, *Der Vólkerbundgedanke in Deutschland muhrend des Weí Itkrieges* (Berlín, 1929' in-S'); H. Winkler, *The league of Nations movement in Great-Britain, 1914-1919* (Ne1,1 Brunswick, 1952, in-8'); Sir Alfred Zimmern, *The League of Nations and the rule Of law*

(Londres, 1936, in-81); Sobre las resistencias a la expansión europea: en la India, la , obrIl citadas en p. 47; en China, Th. La Fargue, *China and the World War* (Stanford Univ , 1937, in-8'); D. Boersner, *The Bolsheviks and the national and colonial question, 191M928* (Ginebra, 1957, in-41).

Véase p. 110.

- 556

y el libro de Henri de Saint-Simon, *De la réorganisation de la paix eu~ rOpéenne*, publicado en 1814, hasta la propuesta de «una federación europea», lanzada por Renan en setiembre de 1870, se puede seguir un rastro, marcado por los discursos de Victor Hugo y Carlo Cattaneo en 1848, los proyectos de Mazzini y por el «Congreso de la paz»@ reunido en Ginebra en 1867. Pero, a lo largo de mas de medio siglo, esta idea sólo recibe el «espaldarazo» de los filósofos, los poetas y algunos escritores republicanos, convencidos de que si los pueblos fuesen dueños de su destino, todos serían pacifistas@ no resulta fácil sacar una noción clara de sus opiniones. Hasta 1870 los juristas no empezaron a trabajar. Los trabajos de Lorimer (*Le problème final du drott international*, 1872), de Bluntschll (*Die Organisation des europaischen Staatenvereins*, 1881), de Godin (*Le gouzernement*, 1883) permiten definir los problemas: ¿Federación de Estados o super-Estados? El movimiento ideológico que se desarrolló en la reunión de las «Conferencias de La Haya y en torno a la «Unión interparlamentaria» favoreció el estudio teórico del problema. Pero en

ningún momento traspasó su estudio al ámbito «académico», ni llegó a la política internacional. En 1914, cuando empezó el conflicto, sólo dos organizaciones, el Comité Suisse pour l'organisation d'une paix durable, de Nippold, y en Inglaterra Wnion of democratic control, que contaba entre sus miembros con Ed Morel, Norman Angell y Ramsay Mac Donald, seguían manteniendo el proyecto.

En el transcurso de la guerra, donde antes se manifestaron las nuevas iniciativas fue, evidentemente, en los países neutrales. En abril de 1915, el Anti-Oorlogs Raad (Liga contra la guerra), fundada seis meses antes en La Haya, había convocado una conferencia a la que asistieron treinta pacifistas de diez Estados. L'Organisati.on centrale pour une paix .x durable, fundada a raíz de esta conferencia, publicó unos informes que no tuvieron apenas repercusión. Para garantizar la regulación pacífica de futuros conflictos, sólo propuso modestas soluciones: un tribunal de Justicia internacional y una junta internacional de conciliación. La League to enforce peace, fundada en enero de 1915 en los Estados Unidos, bajo la dirección del antiguo presidente Taft, tenía una consistencia más sólida. Agrupaba desde su origen a más de trescientas personalidades y llevaba a cabo una decidida campaña a la que el coronel House, colaborador íntimo del presidente W11son, no escatimaba apoyos. En el programa de esta organización apareció por primera vez la idea de una sociedad de naciones, encargada de resolver los conflictos internacionales y de dictar sanciones económicas e incluso militares contra cualquier Estado que se negase a aceptar procedimientos pacíficos.

La idea se abría camino por aquel entonces entre los intelectuales de ;Os Estados beligerantes. La League of nations Society, fundada en Londres en marzo de 1915, inició su difusión. Preconizaba la solución de los conflictos por medio del arbitraje y mostraba la necesidad de formar una asociación de protección mutua entre los Estados, capaz de reprimir a todo aquel que turbase la paz. En Francia, bajo el impulso de Th. Ruys-

Las transformaciones políticas

sen, la revista *La paix par le droit* esbozó en otoño de 1915 un programa bastante parecido y en 1916 la *Ligue des droits de l'homme* presentó el problema en la orden del día en su Congreso anual. Incluso en Alemania algunos juristas y escritores políticos agrupados en la *Friedensgesellschaft* y en el *Bund neuer Vaterland* repartían desde 1915 octavillas y enviaban peticiones al Reichstag.

¿Prestaban atención los gobiernos beligerantes a estas propuestas? El gabinete inglés se mostraba favorable: en una carta al coronel House, el secretario de Estado de Asuntos Exteriores, sir Edward Grey, escribía en 1916 que la duración de la paz futura dependía de la duración de una confederación de naciones, la única capaz de poner remedio a la anarquía internacional. Los círculos oficiales alemanes se mostraron más reticentes al principio. «¿Qué van a pensar nuestros generales y nuestros marinos?», respondía en 1915 el sub-secretario de Estado de Asuntos Exteriores a las peticiones del jurista Walter Schücking. A pesar de todo el

9 de noviembre de 1916, el Canciller Bethmann-Hollweg declaraba que Alemania estaría dispuesta a suscribirse, si llegara el caso, a una Sociedad de naciones: era el momento en que la diplomacia alemana intentaba lanzar una «ofensiva de paz».

Pero de tales iniciativas no surgió ningún programa completo. Los promotores ni siquiera estaban de acuerdo en algunos puntos esenciales. La Sociedad de naciones que se intentaba establecer tras la vuelta a la paz, ¿sería «universal» o no? ¿Los Estados tendrían en su seno un estatuto de igualdad? La coerción que se ejercería contra los «perturbadores de la paz», ¿Implicaría sanciones materiales o sólo morales? Los planes de organización de las relaciones internacionales sólo interesaban a un re-

ducido número de teóricos. La opinión pública aún no se interesaba por este problema.

El presidente Wilson es el que da cohesión a partir de 1916 a estas

aspiraciones dispersas y favorece su difusión. El 27 de mayo de 1916 se

pronuncia a favor de una Sociedad de naciones, que sería el elemento esencial en los futuros tratados de paz y constituiría la garantía de su con-

tinuidad. En un discurso del 22 de enero de 1917 vuelve al mismo tema, Después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, cuando quiere ser el árbitro de la futura solución, afirma sus opiniones con más con-

vicción. Dentro de los «catorce puntos» del 8 de enero de 1918, Incluye entre las «bases de paz» la creación de una «asociación general de naciones» con la finalidad de establecer garantías mutuas de independencia Política e integridad territorial⁶.

Sin embargo, por estas fechas Woodrow Wilson aún no sabe exac 'ta-

mente cuál debe ser la forma que debe adoptar esta Sociedad de naciones un plan concreto,

1 de la que es defensor. Incluso duda en establecer ? -no sería ¿No bastaría con sentar las bases de estas «garantías mutuas», ¿ además prudente esperar a los «casos concretos», para fijar el flétodo

⁶ Véase p. 464.

en los Estados Unidos y en Europa. House se entrevista en enero y en febrero de 1918 con el antiguo presidente Taft, promotor de la League to enforce peace, con Ellhu Root, antiguo secretario de Estado junto a Theodore Roosevelt, con Nicholas Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia y de la Institución Carnegie para la paz internacional.

Mientras, los gobiernos inglés y francés, preocupados por la interpretación que debe darse a los «catorce puntos» de Wilson, toman la iniciativa de establecer un programa. En Inglaterra, el comité presidido por lord Phillimore, tras estudiar tanto los proyectos elaborados en los siglos XVI y XVII como los recientes, ultima un programa que se somete al gabinete el 20 de marzo de 1918. Los miembros de la Sociedad de Naciones deberán comprometerse a no recurrir a la guerra y someter a conciliación la solución de los conflictos. Los Estados miembros ejercerán una coerción contra el Estado que viole el pacto de la Sociedad, pero sólo por medio de sanciones económicas. El plan francés, establecido el 8 de junio de 1918 por una comisión presidida por León Bourgeois, sostiene por el contrario la necesidad de sanciones militares y navales.

Los Estados Unidos no tienen más remedio que adoptar una postura. Wilson se ve obligado a ir más allá del simple esbozo. El 8 de julio autoriza a House a preparar un «plan americano» de la Sociedad de Naciones. En ocho días, tras examinar el informe Phillimore y haber consultado con los expertos, el hombre de confianza del presidente establece un texto en donde aparecen dos ideas primordiales. Para garantizar la paz es necesario que todos los miembros de la Sociedad se comprometan al desarme y acepten respetar la integridad territorial de sus miembros.

A partir de esta fecha, los documentos permiten seguir con precisión la evolución del pensamiento wilsoniano. El presidente rehace y combina los proyectos que le llegan de distintas fuentes, y trata de fijar el estatuto de la Sociedad de Naciones en sucesivas redacciones.

En el primer proyecto del 15 de agosto de 1918, Wilson adopta los dos principios fundamentales introducidos por House; pero añade una idea fundamental: la de las sanciones militares, que toma del proyecto francés. Además, cree innecesaria la creación de un tribunal permanente de « . . .

Justicia internacional. Sin embargo, no quiere dar a conocer prematuramente este plan, porque tiene especial interés en evitar las controversias. Y, sobre todo, teme las críticas del Senado americano. Por esta razón pide a los ingleses, y estos lo aceptan, que no publiquen el informe Phillimore,

En diciembre de 1918, por conducto inglés, Wilson recibe nuevos proyectos cuyos autores el general Smuts y lord Robert Cecil, se preocupan sobre todo por definir cómo van a ser los órganos de la Sociedad de Naciones: una Asamblea de delegados de todos los Estados miembros.

Las transformaciones políticas

bros y un Consejo elegido por una Asamblea. También reciben notas en las que el consejero jurídico de la delegación americana en la futura conferencia de paz, D. Hunter Miller, le advierte sobre las objeciones de orden constitucional que puede encontrar su primer proyecto: ¿puede comprometerse el presidente en un sistema que obligaría a los Estados Unidos a intervenir para proteger la integridad territorial de cualquier Estado miembro de la Sociedad de Naciones? ¿Tiene el poder ejecutivo competencias para realizar semejante compromiso, siendo sólo el Congreso, según la Constitución, el que posee poderes para decidir la entrada en la guerra? En ese momento, el 10 de enero de 1919, Wilson redacta un segundo proyecto. Las objeciones de Miller no le impiden hacerlo, pero acepta la mayor parte de las ideas de Smuts.

Por último, el 20 de enero de 1919, considerando las nuevas sugerencias de lord Robert Cecil, el presidente ultima un tercer proyecto en el que acepta el tribunal permanente de justicia internacional, que en principio había rechazado, y acepta igualmente la posibilidad de una «revisión» de los tratados de paz.

Sin embargo, estos proyectos de Wilson no son los que se toman como base de discusión en la conferencia de paz, sino un proyecto de acuerdo destinado a eliminar las divergencias existentes entre las concepciones inglesa y americana. El gobierno francés no interviene en estos estudios preparatorios. La organización de una fuerza armada internacional, destinada a aplicar las sanciones militares, que era el punto esencial del proyecto León Bourgeois, va a desaparecer del proyecto definitivo, porque no tiene cabida en las concepciones inglesas y choca también con el parecer de los consejeros de Wilson.

Aunque, como lo ha dicho un «experto» americano, no haya en el pacto de la Sociedad de Naciones, «por así decirlo, una sola idea de inspiración wilsoniana», puesto que el presidente ha sido sobre todo un «compilador», no se puede dejar de reconocer que sin él, sin su tenacidad y su fe, la nueva concepción de las relaciones internacionales no hubiera estado en la base de los tratados de paz de 1919-1920. Ahora bien, cuando se acaba el conflicto, la Sociedad de Naciones despierta la esperanza de los pueblos. Impedir que vuelvan los horrores que han angustiado al mundo durante más de cuatro años, formar entre las naciones una liga que impida que el espíritu de dominación guerrera se manifieste de nuevo, establecer un «orden» fundamentado en la justicia es lo que promete el ideal wilsoniano a los ciudadanos y es lo que estos desean más fervientemente.

¿Comparten los gobiernos «asociados» con los Estados Unidos el entusiasmo del presidente? Georges Clemenceau no oculta su escepticismo. No confía en la «palabrería excesiva» de esta futura Sociedad de Naciones a la que sus propios patrocinadores se creen obligados a restarle todo poder ejecutivo; ve en el presidente Wilson «al profeta impenitente» de una nueva fórmula, metafísicamente impecable, pero a cuyas exigencias los pueblos, en su actual situación, encontrarán ciertas dificultades.

La organización de las relaciones internacionales

de adaptación». En el Foreign Office, los altos funcionarios buscan sobre todo el medio de acoplar los principios wilsonianos a las preocupaciones de la política inglesa y conciliar las necesidades prácticas con el nuevo ideal. ¿Será prudente, dicen, conceder la garantía de independencia política y de integridad territorial a todos los Estados miembros de la futura Sociedad de Naciones? Esta garantía significaría que las fronteras de los Estados firmantes seguirían «inmutables» en cualquier circunstancia. Ahora bien, ¿cómo predecir los cambios que pueden surgir en la composición de la población de una determinada región, como consecuencia de las migraciones o de las transformaciones económicas? De hecho, sólo en muy contados casos -cuando se trata de Estados en los que las condiciones geográficas y el sentimiento nacional se manifiestan con una aut

idad incontestable---, las fronteras se pueden considerar como definitivas. Y, por otra parte, ¿hay que aceptar que el «derecho de libre disposición de los pueblos» permita a algunas minorías nacionales, por ejemplo a los irlandeses del sur, exponer sus quejas ante las potencias? Gran Bretaña debe seguir siendo fiel a la doctrina de la «no intervención» en los asuntos internos de los Estados. Esta postura le facilitará, por otra parte, una posición más sólida el día en que tenga que oponerse a una propaganda «subversiva» que, sin duda, intentará organizar el bolchevismo en el resto de los países europeos: en ese caso será posible declarar que el gobierno soviético, desde el momento en que no respeta el principio de la «no intervención» en los asuntos internos, se situará fuera de la comunidad de los Estados miembros de la Sociedad de Naciones.

Los «asociados» con los Estados Unidos, en el fondo, sólo aceptan las ideas wilsonianas a condición de que sean controladas. Sin embargo, pueden aceptarlo en Europa, siempre que la Sociedad de Naciones sea un instrumento útil para el mantenimiento del nuevo orden que van a establecer los tratados de paz.

No sucede lo mismo fuera de Europa. En el mundo colonial, la ideología del presidente de los Estados Unidos viene a reforzar la postura de los que protestan contra la dominación de los blancos ¿Por qué no iban a invocar los pueblos sometidos a la dominación europea el derecho de «libre disposición» que proclaman los «catorce puntos»? Las poblaciones del África negra, ciertamente, no parece que se atrevan a pensarlo; pero, en las colonias asiáticas, donde los europeos se hallan en contacto con civilizaciones antiguas, las doctrinas sobre la emancipación se propagan en los ambientes intelectuales. El espectáculo ofrecido por las «grandes potencias» al destruirse mutuamente, ¿no ha podido despertar entre los ciudadanos autóctonos la esperanza de una liberación? Al final de la guerra mundial existe esta esperanza entre los jóvenes intelectuales anaristas, aunque todavía no se manifiesta públicamente. El movimiento de emancipación se afirma en la India inglesa, donde el movimiento «nacionalista» venía desarrollándose desde hacía unos treinta años.

Véase p. 46.

560

561

Las transformaciones políticas

A lo largo de los años de guerra, la India ha permanecido fiel, exceptuando algunos disturbios en el Panjab; ha suministrado al ejército británico un número de tropas importantes, no sólo en servicios de retaguardia, sino incluso en tropas de combate. Los Jefes nacionalistas quieren que Gran Bretaña reconozca los servicios prestados. A finales de 1916, el Congreso Nacional exige para la India un estatuto análogo al del resto de los dominios: adopta, a ejemplo de Irlanda, la reivindicación del Home rule. Los musulmanes estaban descontentos porque el gobierno británico apoyaba la revuelta del gobernador de La Meca ' contra el sultán otomano, considerado por la mayoría del Islam como jefe religioso. Estaban preocupados por la amenaza que se cernía sobre los lugares santos del Islam, donde los árabes no se mostraban con capacidad para mantener una soberanía independiente: por tanto, ellos también adoptan una actitud de oposición. Por primera vez, la «Liga musulmana», tras las conferencias mantenidas en Lucknow en diciembre de 1916 con los representantes del Congreso nacional, acepta colaborar con el movimiento de reivindicación política. Los musulmanes se ponen de acuerdo con los hindúes y piden que la India reciba un estatuto de autonomía en el marco del Imperio británico. En las asambleas que se elijan, los musulmanes tendrán derecho a una determinada proporción de escaños.

El gabinete inglés reconoce entonces la necesidad de dar una satisfacción parcial a estas reivindicaciones. El 20 de agosto de 1917, el secretario de estado para la India, Montagu, había declarado que la política británica se orientaba hacia la realización «progresiva» de un «gobierno res-

ponsable». El 8 de julio de 1918, Montagu publica su programa de re-

formas. Propone crear en cada provincia un Consejo legislativo cuyos miembros serán elegidos en su mayoría por sufragio censitario. Al lado del gobierno central de la India tendría su sede una Asamblea legislativa, en la que los miembros electos estarían en amplia mayoría. Pero el proyecto reservaba a los gobernadores de las provincias todas las decisiones relativas a la política y a los impuestos; sólo otorgaba a la Asamblea legislativa central el simple derecho a votar «recomendaciones». Este régimen tendría una duración de diez años, al término de los cuales sería posible prever una «ampliación» del sistema.

Ahora bien, en el momento en que se acaba la guerra, el Congreso nacional y la Liga musulmana están celebrando sus reuniones anuales en Delhi. Los dos organismos se oponen al proyecto Montagu, que no concede suficientes satisfacciones y no responde al derecho de «libre disposición». Gandhí se pone al frente de este movimiento de oposición y laliza la idea de la «resistencia pasiva». La administración inglesa, por otra parte, no quiere renunciar a los poderes excepcionales de policía que ve-

nía ejerciendo gracias a las circunstancias de la guerra, y obliga en el Rowlatt bill a que se reconozca su derecho a imponer prohibiciones para -

La organización de las relaciones internacionales y residencia forzosa en las regiones en que se vea comprometido

os hindúes y el mantenimiento del orden. Esto es, dicen los delegados musulmanes, un atentado contra los «derechos fundamentales». Gandhí recomienda recurrir a la huelga general para resistir a la aplicación del Rowlatt bill. Esta agitación es el prólogo de los sangrientos disturbios que estallarán en el Panjab en abril de 1919.

Mientras en la mayor colonia europea se tambalea el principio de la dominación de los blancos, otra forma de expansión blanca comienza también a encontrar problemas. En China, donde desde 1842 los europeos habían conseguido por la fuerza un trato privilegiado para sus intereses comerciales, sus bienes y sus personas, estos privilegios se ven ahora contestados. La juventud intelectual y los comerciantes chinos de los grandes puertos protestan contra los «acuerdos desiguales», contra el estatuto «semicolonial» que las grandes potencias han impuesto a la debilidad de la antigua dinastía manchú. Reclaman la supresión del régimen de extraterritorialidad, que confiere a los europeos la inmunidad de jurisdicción. Piden que China recobre su autonomía arancelaria. No admiten por más tiempo que la soberanía China se vea limitada por la existencia de «concesiones» europeas en los puertos libres. Este movimiento de opinión, que, por otra parte, no sólo va dirigido contra los europeos y los americanos, sino que se orienta también, y sobre todo, contra los japoneses, es un hecho nuevo cuyo alcance no se debe menospreciar. Todavía no es, claro está, más que una protesta inicial ¿De qué medios dispone China para escapar del dominio de las grandes potencias? El país vive en una situación anárquica desde 1916 '. Tras la muerte de Yuan Che-Kai, los republicanos de Cantón forman con Sun Yat-Sen un gobierno rival de Pekín; la guerra civil, una vez más en la historia china, enfrenta al norte y al sur. En diciembre de 1918, sin embargo, los adversarios aceptan un armisticio y se ponen de acuerdo para enviar a la conferencia de paz una delegación conjunta, que podrá defender los derechos de China en el restablecimiento de su soberanía, adhiriéndose a los principios propuestos por el presidente de los Estados Unidos. Simple gesto que no va apoyado por una fuerza material. De todos modos la reivindicación queda planteada: inicia una nueva era en la política china.

562

563

CAPÍTULO 11

LA VIDA ECONÓMICA Y EL DECLIVE DE EUROPA

Europa tenía antes de 1914 un papel preponderante en la vida económica mundial. El sistema que había establecido, y se esforzaba en extender por Asia, América del Sur y África, descansaba en el liberalismo económico, en los intercambios complementarios y en la actividad de los bancos y sus agentes. Sin embargo, la guerra europea desbarata este sistema económico, agota las fuerzas de producción y rompe la mayor parte de los vínculos comerciales. Los grandes Estados industriales de Europa pierden su poder de irradiación, en tanto que, aprovechando las cir-

cunstancias, los Estados Unidos y el mismo Japón consiguen un puesto de mayor importancia en la producción y el comercio mundiales. Esto supone el «desplazamiento del centro de gravedad del mundo fuera de Europa».

I. LOS CONTINENTES EUROPEOS²

En todos los Estados contendientes, la situación de guerra obliga a

los gobiernos a «movilizar la economía» y a encargarse del reparto de productos. El liberalismo económico se bate en retirada.

En Francia, donde no se había preparado esta movilización económica, se establece poco a poco el control del Estado sobre la producción y el reparto, por medio de una serie de medidas que no obedecen a ur,

Véase libro 1, capítulo 1. ¹ «Obras de consulta.- Sobre la cuestión del estatismo, E. Scherbenig, 'X'ri ganisation im Kriege gena, 1938, in-S'; Delemer, Le bilan de Pétatisme (París, 1922, H. Lloyd, Experiments in State control (Oxford, 1924, in-8o); A. Dix, Wirtschaftskrieffid Kriegswirtschaft (Berlín, 1923, in-8'); C. von Delbrück, Die wirtschaftliche Moblir, achung Deutschlands (Berlín, 1924, in-8')- Sobre la situación económica y financiera al fin al dela guerra, Bogart, The cost ofthe war (New York, 1921, in-So); L. Pommery, Aper@u d'hjst0r" économique contemporaine (París, 1925, in-12), el capítulo 11; H. Michel, La valeur 1 m 00-

bilière des régions libérées (París, 1921, in-S'), así como la Enquête sur la productioll, PJ11cada por la junta internacional del trabajo (Ginebra, 1923-25, 8 vol., in-So).

- 564 -

Los contendientes europeos

plan de conjun to 3@ pero que, sobre todo en los dos últimos años de la guerra, adquieren gran importancia. La totalidad de las importaciones, de las exportaciones y de las operaciones de cambio quedan bajo el control de la administración. En febrero de 1918 la flota mercante sufre el embargo. Por último, el Estado dirige el reparto de las materias primas industriales: en el sector metalúrgico y en el textil organiza «consorcios», es decir, sociedades formadas por comerciantes que reciben la orden de comprar y repartir las materias primas bajo el control de un servicio público que se encarga de fijar los precios. «En 1918, se ha señalado, el Estado había llegado a absorber para las necesidades de la guerra la casi totalidad de los recursos materiales disponibles. El embargo se apropiaba de la producción francesa excedente en su territorio. El régimen de importaciones, centralizado en manos de algunos organismos, no dejaba escapar nada fuera de los servicios públicos». Evidentemente, los partidarios del liberalismo económico no dejaron de denunciar las consecuencias de este régimen de economía dirigida, que eliminaba la competencia y Privaba de materias primas a los productores, en caso de quedarse fuera del @<consorcio». Pero al gobierno le resultó fácil contestar que esta política era necesaria.

Gran Bretaña, que no había sufrido la invasión y no se había visto obligada a decretar la movilización general, creyó posible conservar durante el primer año de guerra las formas habituales de su vida económica. «Business as usual», esta era la consigna. En 1914, el gobierno, el Parlamento y la opinión pública se habían mostrado de acuerdo en limitar al mínimo la intervención del Estado. Sin embargo, las circunstancias Obligaron poco a poco al establecimiento de un control estatal. A partir del verano de 1916, el Estado se convirtió en importador, porque era imprescindible evitar una sobrepuja en los mercados exteriores y era necesario organizar de manera racional los transportes marítimos. Por último, tras la crisis de la capacidad de transporte de los navíos mercantes en la primavera de 1917, fue necesario recurrir al establecimiento de un control directo sobre la producción industrial, al inventarlo de las máquinas, a la valoración de los medios de que disponía cada empresa y al establecimiento de un orden de prioridad en las fabricaciones. Pero todas estas medidas se tomaron, también esta vez, sin planes preconcebidos, a medida que surgían

las necesidades. Incluso al final de la guerra,
11 «reclutamiento» en la industria y en el comercio sólo se aplicaba de forma parcial y desigual.

Las potencias centrales, al estar sometidas al bloqueo, se vieron obligadas a tomar antes y de forma más completa, las medidas necesarias Para controlar y repartir la producción. El gobierno alemán estableció a partir de 1916 un sistema coherente de «economía de guerra». El Krieg-

véase p. 293.
4 Véase p. 244.

La vida económica

serndhrungsamt recibió el 22 de mayo de 1916 el poder de embargo, de tasación y reparto de todos los productos alimenticios y de los objetos de primera necesidad destinados a la población civil, mientras que el Krjeigsamt quedó encargado de ocuparse de todas las cuestiones relativas a las industrias de guerra y de satisfacer las necesidades del ejército. Al final de ese mismo año se habían dictado ya un millar de leyes y disposiciones para regular la actividad de la vida económica. En cada rama de la producción, una sociedad agrupaba a las industrias para aplicar, bajo el control del Estado, los planes destinados a organizar la fabricación según métodos racionales.

El gobierno austro-húngaro, tras luchar durante el invierno de 1914-1915 por frenar el alza de precios por medio de la fijación de precios, se vio obligado en 1916 a embargar los productos alimenticios y a encargarse del reparto. Para controlar la producción industrial creó una serie de organismos: las agrupaciones que unían, sin obligación, a las industrias de un mismo ramo; las Kr1egsverbdnde, a las que los industriales estaban obligados a adherirse, y las Krlegszentralen, dotadas de un estatuto de derecho público. En total, noventa y una agrupaciones de distinto tipo. Desde marzo de 1917, todos estos organismos quedaron bajo la dirección de una Comisaría general de economía de guerra.

En suma, en todos los Estados contendientes, aún cuando el rigor del sistema haya sido desigual, los métodos han sido análogos. El Estado ha suprimido la libertad de comercio por medio de embargos, control de precios, prohibiciones a la exportación o importación y orden de prioridades establecido en los transportes. Se convierte en comprador y re-

partidor de todas las materias primas o parte de ellas. Establece, bajo diversas formas, un estrecho control en los métodos de producción industrial y en el reparto de la mano de obra. Esta invasión estatal no fue premeditada, pero fue inevitable, porque era necesario subordinar los intereses individuales al interés nacional. ¿Acaso la práctica de la libertad eco-

nómica no se fundamentaba en la actividad, más o menos rigurosa, del interés individual? Desde el momento en que las reservas eran insuficientes y los transportes marítimos y terrestres precarios, no se podía contar con la iniciativa privada para afianzar la vida económica.

Estos avances del estatismo no fueron, ciertamente, más que un me-

dio temporal. En cuanto terminaron las hostilidades se vuelven a cuestionar en los Estados que fueron, antes de 1914, los grandes centros de la vida industrial. Sin duda el sistema de economía dirigida tiene sus partidarios. En Alemania y en Austria-Hungría, existen teóricos que afirman que el régimen adoptado entre 1914 y 1918 es un modelo en el que había que seguir inspirándose, «El deber del futuro», escribe el ecoriOmista austriaco Stolper, «es el de poner a toda la población y a todas su' fuerzas, al servicio de los objetivos económicos generales del Estado». El gran industrial alemán Rathenau cree que es necesario conservar algunos rasgos esenciales del régimen de guerra: para evitar el ego1srn0 Y el despilfarro, le gustaría agrupar a los productores industriales en si"-

- 566 -

Los contendientes europeos

dicatos, situados bajo el control del Estado. Incluso en Inglaterra, la tierra Clásica del liberalismo económico, se piensa en ciertos ambientes que el Estado debería establecer un plan de «reconstrucción» de la industria y del comercio, adaptando a las necesidades del tiempo de paz los organismos creados para las necesidades de la guerra. En lugar de abandonar la iniciativa a los esfuerzos «desordenados @> de miles de individuos, ¿no sería preciso que el gobierno se encargase de dirigir la vida económica, al menos hasta que se vuelva a encontrar la estabilidad? Algunas industrias necesitan protección; solicitan que el Estado se ocupe de fijar medidas para el sufrimiento de materias primas. Pero estas sugerencias chocan con el deseo de la gran mayoría de los industriales, banqueros y comerciantes, que reclaman la inmediata supresión de todas las trabas. Para recuperar la vida económica hay que contar con el espíritu de empresa; y, ¿cómo se va a desarrollar este espíritu de empresa sin libertad? De hecho, son los partidarios de esta vuelta a la situación normal los que van a triunfar en Inglaterra, Alemania y Francia.

A pesar de todo, las experiencias adquiridas durante la guerra dejan huella en la mentalidad de los productores: han aprendido a agruparse, a unirse; reconocen la eficacia de los métodos de organización establecidos a gran escala. La propia doctrina de libre cambio, que había constituido el fundamento de la actividad económica inglesa desde mediados

del siglo XIX, se ve combatida: en Gran Bretaña, los defensores de la «preferencia imperial», los proteccionistas, levantan la cabeza. «La estrella del liberalismo económico palidece».

Pero el paso de una economía de guerra a una economía de paz plantea graves problemas. Europa, donde todos los grandes Estados han volcado de lleno sus recursos durante cuatro años y medio al servicio de la destrucción, está dando las últimas boqueadas. Han muerto ocho millones y medio de hombres, casi todos pertenecientes a edades activas. La Francia metropolitana ha perdido 1.300.000 hombres, el Reino Unido 740.000, Italia 460.000, Servia 300.000, Bélgica 44.000, y Alemania 1.860.000. ¿Se podrá recuperar este retroceso demográfico de Europa? A causa de las pérdidas y los inválidos permanentes (los mutilados se cuentan por cientos de miles), todos los Estados que han participado en la guerra están faltos de manos de obra. Las reservas de materias primas son deficitarias; la producción de carbón, base de la actividad industrial, disminuye en un 30 %; la maquinaria está deteriorada. La producción del suelo disminuye por falta de abonos químicos. En las zonas donde la batalla se ha prolongado durante más tiempo, la propia tierra, acribillada de metralla, no puede ser ya cultivada. Los transportes ferroviarios están desorganizados y la flota mercante, que en 1913 constituía el 90 % del tonelaje mundial, ya no representa más que el 70 %. Europa, en 1919, está en plena crisis de sub-producción.

Esta crisis afecta más profundamente a los países cuyo territorio ha sufrido la invasión y el pillaje. En Francia, 289.000 casas han quedado destruidas y 422.000 están parcialmente dañadas. Más de tres millones

La vida económica

de hectáreas no pueden volver a cultivarse sin realizar antes importantes trabajos; en algunas zonas (116.000 hectáreas en total), el costo de esto, trabajos sobrepasaría incluso el valor del suelo. En las regiones ocupadas se cree que el 90 % de la cabaña bobina y 4/5 partes de los caballos han desaparecido. Los cálculos oficiales estiman que el coste de los trabajos de reconstrucción se elevaría a un total de ciento treinta mil millones de francos oro. Además, para suplir la pérdida momentánea de las regiones industriales del norte y del este, Francia se había visto obligada a crear, para cubrir sus necesidades de guerra, numerosas fábricas «mediocres», que después van a ser un lastre en su vida económica. En Bélgica los daños de la guerra alcanzan los treinta mil millones de francos y en Italia veintiún mil millones de liras. Rumania, los territorios serbios y los polacos se encuentran en una situación análoga.

Aunque no haya sufrido invasión ni destrucción, Alemania, que se ha visto obligada por el bloqueo a practicar una «economía de agotamiento», ya no tiene reservas en materias primas. En el momento del armisticio, pierde su flota mercante, que va a ser cedida a Inglaterra o confiscada por los aliados. Alemania perderá también -las cláusulas del ar-

misticio así lo indican- territorios importantes para su actividad industrial. Pero conserva una maquinaria intacta, incluso superior a la que tenía en 1914: el esfuerzo de la guerra ha provocado el desarrollo de las industrias de extracción y fundición de acero. Ha sido el momento de los avances técnicos, sobre todo en la producción de petróleo sintético y seda artificial.

En cuanto a la vida económica rusa, se halla desorganizada por la revolución. Las industrias apenas trabajan ya. Los productos de la explotación minera ya no llegan a las fábricas por culpa de la parálisis de los transportes por ferrocarril. Los productos agrícolas no se mueven del lugar de origen: la exportación de trigo ruso, que jugaba un importante papel en la economía alimenticia de Europa, queda suspendido en cuanto el gobierno soviético establece el monopolio del comercio exterior; además, los puertos del mar Negro, por donde pasaban los envíos de ce-

reales de Ucrania hacia el extranjero, escapan a su control.

Los grandes Estados de la Europa occidental y central deben contar,

sobre todo, con la importación procedente de otros continentes para procurarse tanto los productos y materias primas, como para reconstruir sus maquinarias. Pero a la crisis de subproducción se suma la crisis financiera, que puede dificultar tales compras.

En todos los Estados beligerantes, la guerra ha provocado, por supuesto, un enorme aumento del gasto público. Los gastos extraordinarios que se han emprendido para sostener la lucha alcanzan -según la valoración hecha en 1919 por un economista americano-, 44.000 millones de dólares en Gran Bretaña, entre 36.000 y 40.000 millones de dólares en Alemania, 25.000 millones en Francia y 12.000 millones y medio en Italia. Para hacer frente a estas cargas los gobiernos acuden a los empréstitos,

puestos, pero en mayor medida al empréstito y a la emisión de papel moneda.

Los contendientes europeos

rieda. El gobierno inglés, aunque haya acudido lo más posible al impuesto, según la política seguida a lo largo de las grandes guerras de su historia, y haya exigido un gran impuesto fiscal al país, se ve obligado a recurrir al empréstito a medida que se prolonga la guerra. La deuda pública del Reino Unido ha aumentado más de diez veces: ha pasado de 650 millones de libras a comienzos de 1914, a 7.400 millones a comienzos de

1919. En Francia, donde la presión fiscal ha sido menos dura y el peso total de los gastos ha sido menos abrumador que en Inglaterra, la deuda pública, que era de 33.000 millones y medio de francos en 1913, sobrepasa los 219.000 millones a finales de 1919. La deuda italiana llega casi a los 94.000 millones de liras frente a los 15.000 millones de antes de la guerra. En Alemania la diferencia es mayor que en ningún otro sitio:

199.000 millones de marcos, en lugar de 5.000 millones.

Ciertamente este aumento de la deuda pública no significa necesariamente que la fortuna del país haya disminuido en la misma medida: el Estado restituye a los patrimonios particulares, en forma de rentas, pensiones y pagos de encargos hechos para las necesidades de la guerra, una gran parte de las sumas que ha tomado prestadas. La deuda interna, aunque sitúe las finanzas públicas en una situación precaria, no es por sí misma, pues, un síntoma de empobrecimiento de la nación. La deuda exterior es la que grava en mayor medida el balance económico del país. Respecto a esto, los Estados vencedores tienen que enfrentarse a dificultades mayores que las de la propia Alemania. Mientras que el Reich, por las circunstancias en las que se hallaba, sólo ha contraído una deuda exterior relativamente escasa -alrededor de tres mil millones de marcos-, Francia ha recibido en préstamo de los Estados Unidos y de Inglaterra 5.750 millones de dólares, Italia 4.000 millones de dólares, y Bélgica 847 millones de dólares. La deuda exterior de Inglaterra (contraída con los Estados Unidos) sobrepasa los 4.000 millones de dólares.

Ahora bien, lejos de poder salvar estas deudas externas, los Estados europeos se ven obligados a contraer nuevas deudas para superar el déficit de su balanza comercial. Y este déficit va a aumentar en los meses siguientes al armisticio: 21.000 millones de francos en Francia durante 1919; 669 millones de libras en el Reino Unido; 22.000 millones de marcos en Alemania ¿Cómo hacer frente a esta situación? Los créditos que tenían estos Estados antes de la guerra han desaparecido en su mayor parte, y a medida que los valores extranjeros en manos de particulares han sido utilizados por los gobiernos para saldar las importaciones. Las reservas en oro de los Bancos Centrales han disminuido entre 1913 y 1919 en 141 millones de dólares en Francia, en 190 millones de dólares en Inglaterra, en 85 millones en Italia y en cerca de 300 millones en Alemania. La inflación monetaria acarrea la depreciación de las monedas y restringe como consecuencia la capacidad adquisitiva. Sin la ayuda de los capitales extranjeros, las importaciones indispensables para el resurgimiento económico de Europa serían imposibles. Pero estas sumas, que son invertidas en valores mobiliarios, fábricas e inmuebles, acarrearán para los

568

569

La vida económica

que las prestan otro peligro en el futuro: parte de la riqueza nacional pasa a manos extranjeras.

II. EL CRECIMIENTO DE LOS GRANDES ESTADOS EXTRAEUROPEOS⁶

Mientras Europa consagra todas sus fuerzas de producción a las necesidades de la guerra, los grandes países productores de fuera de Europa, se aprovechan ampliamente de las circunstancias para desarrollar su actividad económica. Aumentan su producción industrial y, a veces, modifican la orientación de su producción agrícola. Mejoran su balanza comercial y conquistan mercados de exportación a expensas de los contendientes europeos. La guerra mundial ha supuesto para ellos un período de prosperidad.

Los Estados sudamericanos se situaban hasta 1914, en una amplia proporción, en la esfera de influencia económica de Europa. Eran proveedores de materias primas y ganadería; compraban los productos fabricados a Inglaterra, Alemania y Francia, mucho más que a los Estados Unidos. La guerra europea abre nuevas perspectivas en su actividad comer-

cial. Aunque la industria textil inglesa se esfuerza en conservar los mercados que tenía en América latina, la crisis de la capacidad comercial no permitió a los exportadores ingleses mantener el ritmo de ventas en el extranjero. En Argentina y Uruguay se crean fábricas para hacer frente a las necesidades del consumo local. Pero, sobre todo, la producción agrícola es la que se transforma gracias a las circunstancias. Los Estados de Plata siembran de trigo tierras que hasta entonces se habían dedicado al cultivo del maíz, y venden este trigo a Europa. Brasil se convierte por primera vez en exportador de trigo candeal. En Argentina, las exportaciones de carne con destino a Europa occidental alcanzan un auge sin precedentes. Brasil exporta en 1917 diez veces más azúcar que en 1912. En tanto que los franceses y los ingleses se ven obligados a repatriar gran parte de los haberes que habían invertido en América del Sur, los beneficios conseguidos por los productores sudamericanos permiten la creación de capitales «autóctonos», que facilitan a estos países una independencia económica mayor que en tiempos precedentes.

Japón había realizado durante los veinte años que precedieron a la guerra de 1914 un gran esfuerzo para desarrollar sus industrias textiles y metalúrgicas y para convertirse en exportador de productos fabricados⁷. Pero, en los mercados del extremo oriente, los únicos que estaban

⁶ Obras de consulta.- A. Demangeon, *Le déclin de l'Europe* (París, 1920, in-s@.) 'eseñl, cial; sobre el Japón, Orchard y las demás obras citadas en p. 36; sobre los EE. UU. 1 las historias económicas generales citadas en p. 52; sobre América latina, F. M. Halsey, 'Inventions in South America' (Washington, 1919, in-So).

⁶ Véase p. 37.

570

El crecimiento de los grandes estados extraeuropeos

a su alcance y dentro de sus posibilidades, se encontraba con la competencia europea, cuya técnica era superior. La guerra sitúa a estas industrias niponas en unas condiciones más ventajosas de lo que nunca pudieron imaginar. La guerra interrumpe los vínculos comerciales entre Alemania y China, y paraliza las exportaciones inglesas y francesas hacia Asia. El mercado chino, pues, se abre generosamente al Japón, puesto que la competencia queda casi eliminada. Las grandes colonias europeas, la Indochina francesa y la India, solicitan a la industria nipona los productos que Europa no puede suministrarles. En Asia monzónica, donde habita la mitad del género humano, Japón se convierte en el principal proveedor de productos industriales. Su industria metalúrgica se ve solicitada por todos los beligerantes para fabricar material de guerra. Rusia sobre todo, cuando se ve acorralada en 1915 por una escasez alarmante de

armamento⁷ @ se dirige al Japón para obtener cañones y municiones. Las exportaciones japonesas incluso llegan al continente americano: Chile y Perú, que eran antes de 1914 clientes de la industria alemana, ven aparecer las mercancías niponas. En 1917-1918, cuando la industria de los Estados Unidos se moviliza por las necesidades militares, los productores japoneses encuentran mercados en California y Oregón.

Por estas razones, el papel de Japón en la vida económica mundial adquiere durante estos años de guerra un importante auge. El valor de la producción industrial pasa de mil trescientos millones de yens en 1913, a seis mil trescientos millones en 1919; incluso considerando el alza de precios, el volumen de la producción alcanza una extensión muy importante. El consumo de carbón aumenta en un 47 %; el número de obreros en las fábricas se acrecienta en un 63 %. La industria metalúrgica es la que más se beneficia de esta situación: el número de empresas pasa de cincuenta a ciento ochenta; la producción de acero bruto pasa de 230.000 toneladas a 694.000, y la del acero de 220.000 toneladas a 550.000. La industria textil, a pesar de tener un auge menor, se apunta también sensibles progresos: en la industria del algodón, el número de brocas aumenta en un 23 %. La balanza comercial, que había sido deficitaria hasta 1914, se vuelve excedentaria: en cuatro años, el total de estos excedentes alcanza los 1.400 millones de yens.

Este auge no beneficia apenas a la clase obrera, cuyos salarios, sobre todo en el último período de la guerra, no están en relación con el alza del coste de vida. Pero enriquece a los capitalistas y a los hombres de negocios. Las empresas metalúrgicas consiguen grandes beneficios: se da el caso de que algunas de estas sociedades industriales, fundadas durante la guerra, reparten en 1918 dividendos del 20 %; incluso cuatro de ellas obtienen dividendos del 50 %. La firma Mitsui, propietaria de un banco, de minas en Corea y en Manchuria, de una flota mercante de quince navíos y de agencias en los principales centros comerciales de Extremo

⁷ Véase p. 248.

La vida económica

Oriente y de Europa, es el modelo de las grandes empresas del capitalismo nipón.

Pero esta prosperidad, evidentemente, es sólo pasajera. Los círculos económicos nipones son conscientes de que, una vez acabada la guerra se van a encontrar de nuevo con la competencia de los blancos y de que van a perder al menos una parte de los mercados que las circunstancias excepcionales les han permitido conquistar. El ministro de Economía nacional, advierte en enero de 1918 a las industrias sobre lo inevitable de la crisis en el momento en que llegue la paz.

Los Estados Unidos, sobre todo, desarrollan gracias a esta guerra su potencia económica y financiera. Aunque hayan participado en ella durante dieciocho meses y hayan tenido que acometer la enorme tarea de

crear un ejército completo, salen de la crisis enriquecidos y fortalecidos. Las pérdidas en vidas humanas que han sufrido durante las operaciones militares y navales -125.000 hombres- han sido lo bastante reducidas como para no tener ninguna repercusión apreciable en los medios de producción. Entre 1913 y 1919, la población del país aumenta en siete millones y medio de habitantes. Sin duda el esfuerzo financiero ha sido considerable. Tanto para pagar los gastos de guerra, como para hacer adelantos a sus «asociados», el gobierno contrae empréstitos de un volumen sin precedentes: alrededor de 24.000 millones de dólares. Pero es una

deuda interna que no repercute en el balance económico. Por el contrario, casi toda la actividad productiva experimenta un auge sorprendente, para responder a las necesidades de las fuerzas armadas americanas y a

las incesantes peticiones enviadas, tanto por los Estados de la Entente como por los países neutrales europeos.

Ciertamente este auge no fue inmediato. Durante las primeras sema-

nas del conflicto europeo, incluso los Estados Unidos atravesaron un período bastante difícil, porque disminuyeron las compras europeas al creer que se trataba de una guerra corta y también porque la retirada de capitales efectuada por los europeos provocó una conmoción financiera. Pero enseguida los contendientes solicitan los recursos de los Estados Unidos. En el verano de 1915 afluyen las peticiones, y los productores americanos experimentan intensamente los efectos de la guerra: los altos hornos de la U.S. Steel corporation duplican su producción entre enero y junio de 1915; el celemin de trigo, que valía 89 centavos en 1914, cuesta en Chicago 66 centavos en mayo de 1915. Durante dos años aún, los Estados Unidos, que todavía son neutrales, reciben enormes beneficios del conflicto que asola al mundo. Su entrada en la guerra, al orientar gran parte de la actividad industrial a fines «no productivos», frena algo estos progresos, que a pesar de todo siguen siendo considerable

Si se hace un rápido análisis de conjunto- de la evolución económica del país entre 1914 y 1918, el resultado es significativo. La producción industrial es, por supuesto, la principal beneficiaria. La extracción, de car-

bón pasa de 513 millones de toneladas en 1914 a 685 millones en 1918.

La producción de acero casi se duplica: 24 millones de toneladas en 1913; La producción de acero casi se duplica: 24 millones de toneladas en 1913;

572

El crecimiento de los grandes estados extraeuropeos

La capacidad de producción de la industria del cobre aumenta casi un 50%; la de la industria del zinc un 100%. La producción agrícola, sin llegar a alcanzar semejante crecimiento, también experimenta aumentos importantes. El algodón, en realidad, no se ve favorecido porque algunos clientes europeos, sobre todo Ale-

ir sus compras. Pero las cosechas de maní, se ven obligados a interrumpir, cereales aumentan: 114,5 millones de toneladas en 1913; 134 en 1919. Por último, la flota mercante, que era en 1913 inferior a la de Noruega, tiene en esos momentos un tonelaje igual a la mitad del que dispone Gran Bretaña. Mientras que en 1914 los astilleros americanos apenas llegaron a las 200.000 toneladas, en 1918 sobrepasan los 3 millones. A comienzos de 1919, el 28% de las exportaciones de los Estados Unidos y el 19% de sus importaciones se realizan bajo pabellón americano, mientras que antes de la guerra un 14% escaso de su comercio se realizaba bajo pabellón nacional.

Este aumento de la producción y de los medios de transportes tuvo como corolario el crecimiento de las exportaciones; de 2.428 millones de dólares en 1913, llegan a ser en 1916 de 4.272 millones, en 1917 de 6.227 millones, en 1918 de 5.838 millones. Entre 1914 y 1918, la exportación de acero aumenta más de cuatro veces, la del trigo y harina llega a más del doble; y la de la carne se cuadruplica. Durante los años de guerra, la balanza comercial, ya excedentaria en 1913, alcanza proporciones enormes: en 1917, las exportaciones fueron dos veces superiores a las importaciones. En total, en cuatro años, el excedente de las exportaciones llega a los nueve mil millones y medio de dólares; exactamente el montante global del mismo excedente a lo largo de los últimos ciento

veinticinco años -1789 a 1914-

No cabe la menor duda de que los ciudadanos de los Estados Unidos se beneficiaron directamente de este crecimiento de la actividad económica. El producto nacional, incluso si se aplican las correcciones necesarias en las cifras de valoración para eliminar la influencia del alza de precios, aumenta en una proporción apreciable: 34.400 millones de dólares en 1913; 38.800 millones en 1918. Pero, sobre todo, los Estados Unidos consiguen un puesto de primer orden en la vida financiera del mundo, en detrimento de los grandes Estados industriales de Europa. Aprovechan en ese momento, tanto de reservas en bancos como en circulación, de un stock de oro de 4.183 millones de dólares -es decir, la mitad casi del stock mundial- Se han convertido en los acreedores del resto del mundo: si sólo se consideran las deudas al Estado, el importe de los préstamos concedidos al extranjero por el gobierno sobrepasa a principios de 1919 los diez mil millones de dólares, .

1 1 mientras que en 1914
ningún gobierno extranjero era deudor del de los Estados Unidos. Adqu

1,ren así en el movimiento internacional de capitales un papel completamente nuevo. Mientras que en 1914 las inversiones de capital europeo

En las empresas americanas alcanzaba los cuatro mil millones y medio de dólares, esta cantidad se reduce a la mitad en 1919, porque los ciudadanos-

- 573 -

La vida económica nos particulares americanos habían comprado en masa los títulos que se encontraban en manos europeas; al mismo tiempo, los bancos y los particulares invierten capital en empresas extranjeras, sobre todo en América del Sur, y en empréstitos a Estados extranjeros. En 1919 estas inversiones sobrepasan los ocho mil millones de dólares.

De este modo, mientras Europa ve reducir sus fuerzas de producción y agotarse sus medios financieros, los Estados Unidos adquieren una capacidad de expansión económica para la que están preparados, pues en 1917, el Congreso de comercio exterior, celebrado en Pittsburg, ya tenía trazado el programa de expansión. Ofrecen a Europa su capital y sus productos: el carbón americano se vende más barato que el carbón británico. Ofrecen sus productos a China, a las Indias holandesas y, sobre todo, a América latina, en donde suplantán al comercio y las finanzas europeas.

El papel dirigente que Europa había desempeñado antes de 1914 parece ahora quedar seriamente afectado. La competencia de nuevas fábricas creadas en los Estados Unidos y en Japón a lo largo de los años de guerra, el traspaso de riquezas y capitales que se realiza en provecho de países extraeuropeos, la reducción de la marina mercante europea, que sólo en parte ha podido cubrir las pérdidas sufridas durante las hostilidades, y la creación de nuevas corrientes comerciales que ya no tienen a Europa como centro son los rasgos más destacados de la nueva situación.

¿Será pasajero el «declive de Europa»? A medida que los grandes Es-

tados europeos reorganizan su vida económica, a la vez se esfuerzan por recuperar el puesto que habían perdido dentro del comercio mundial. Los avances en la industrialización, realizados a causa de las exigencias de la guerra, van a beneficiar a las fabricaciones de los tiempos de paz,

tras un período de adaptación. En casi cinco años, Europa recuperará el nivel de producción que tenía en 1913. Sin embargo, no recuperará el mismo lugar que tenía anteriormente en la vida económica mundial.

574

CAPÍTULO 111

LAS TRANSFORMACIONES SOCIALES

En la vida social al la guerra generó consecuencias importantes, tanto en el orden nacional como en el internacional. En cada Estado, provocó una gran transferencia de riquezas: desplazó las fortunas, empobreció ciertas categorías de la sociedad en beneficio de las que tomaron parte activa en la producción y en los intercambios. Por otro lado, quebró la solidaridad que, antes de 1914, había tendido a establecerse entre los partidos socialistas y las organizaciones obreras de diversos países, y lanzó al mundo, con el triunfo de la revolución rusa, una nueva consigna.

I. LAS CLASES SOCIALES 1

gastos

En todos los Estados beligerantes, el enorme aumento de los públicos había sido cubierto, en importante proporción, por emisiones de papel moneda ². La inflación monetaria provocó un alza de los precios mucho más rápida y extendida que la resultante de la escasez de productos. Sólo pudieron seguir sin esfuerzo esta alza aquellos cuyos ingresos aumentaron, los demás se vieron obligados a restringirse. El «nivel de vida» relativo de las clases sociales sufrió, pues, modificaciones notables ³.

Los trabajadores manuales atravesaron, en general, durante los dos primeros años de la guerra, un período difícil, porque el aumento de los salarios fue más lento que el del coste de la vida. A fines de 1916, el in-

Obras de consulta.-L. March, *Lemouvement des prix et des salaires pendant la guerre* (París, 1925, ii, S-), A. Bowley, *Prices and wages in the United Kingdom, 1914-1920* (Oxford, 1921, in-S-) - W. Zimmermann, *Die Veränderung der Einkommens und Lebensverhältnisse der deutschen Arbeiter durch den Krieg* (Berlín, 1934, in-S'); F. Hirst, *The consequences of the war in Great Britain* (Londres, 1934, in-8')- Sobre la cuestión agraria, A. Tibal, *Les réformes agraires en Europe* (París, 1928, in-12); A. Wauters, *La réforme agraire en Europe* (París, 1928, in-8-).

yéase p. 299,

³ Véanse pp. 325-326.

dice del salario medio en Francia llegaba a 125, mientras que el índice del precio de las mercaderías era de 142. En Gran Bretaña, la situación era peor: el precio de los productos alimenticios se había duplicado, en tanto que los salarios no habían aumentado más que el 20 %. A partir de mediados de 1917, se modificó la relación en beneficio de los obreros: poco a poco, el alza de los salarios se hizo paralela al alza de los precios, sin que el obrero pudiera, sin embargo, volver al nivel de vida que tenía en 1914. En los últimos meses de la guerra, sólo los obreros de las industrias de guerra tienen, en Gran Bretaña, un salario en relación con el alza de los precios, los obreros textiles se encuentran muy por debajo, con salarios que aumentaron en un 75 % desde 1914 mientras que el coste de la vida aumentó en un 175 %. Pero a fines de 1918, en el momento en que las necesidades de la «reconstrucción» acentúan la crisis de mano de obra, la curva de los salarios, en Francia, en Inglaterra, en Italia, alcanza e incluso sobrepasa la de los precios. Incluso en Alemania, a pesar de la derrota, ciertas categorías de obreros reciben un salario que está en relación con el alza de los productos alimenticios, mientras que los mecánicos y los obreros de la construcción se sitúan un poco por debajo. En conjunto, salvo en los países de Europa central, en los que el bloqueo sometió a toda la población a un régimen de restricciones penosas, el nivel de vida de la familia obrera mejoró: la parte de los gastos «de lujo», en el presupuesto familiar, es mayor que antes de la guerra. Esta evolución va acompañada por una tendencia a la nivelación de los salarios: el alza es más fuerte en los oficios que, antes de 1914, habían sido menos favorecidos.

En la burguesía, por el contrario, las diferencias son más notorias que antes de la guerra. Todos aquellos que, por cualquier concepto -productores y sobre todo intermediarios-, trabajaron para responder a las necesidades de la industria de armamentos o del abastecimiento obtuvieron ganancias fáciles y a menudo construyeron fortunas. Aunque el Estado haya intentado recuperar una parte de ese beneficio gravando con

un impuesto excepcional los «beneficios de guerra», los «nuevos ricos» fueron numerosos, en todos los países beligerantes e incluso en los países neutrales. Por el contrario, las personas con ingresos fijos se vieron gravemente afectadas por la depreciación de la moneda y el alza de los precios: para los pequeños rentistas, para los pequeños propietarios afectados por la moratoria de alquileres, significó a menudo la miseria. Los funcionarios, en su gran mayoría, se quejan: el Estado sólo les acordó indemnizaciones de «carestía de vida», que están lejos de compensar el alza de los precios. En Francia, por ejemplo, mientras que el coste de la vida aumentó en más del doble, el aumento de los sueldos, para los agentes subalternos, llega en 1918 apenas al 50 %; para los funcionarios 11-

periores, la desproporción es aún mayor.

La población campesina soportó grandes sacrificios con motivo de la guerra: no conoció las prórrogas de reclutamiento, ni los destinos especiales que protegieron del peligro a una parte de los obreros, pero, yó el

Las clases sociales

grueso de los efectivos de la infantería, donde las bayonetas fueron mucho más importantes que en las armas «técnicas». Las mujeres, los niños, hicieron grandes esfuerzos para mantener cultivadas las tierras. Pero el régimen de requisiciones y de tasaciones que debía limitar los beneficios agrícolas, sólo recibió, de hecho, una aplicación parcial; los productores pudieron escapar a menudo al control, y vender al margen de las condiciones legales. Por esto los agricultores obtuvieron grandes ganancias, las necesidades de abastecimiento en cereales y en carne les aseguraron una situación ventajosa en la vida económica.

Para una parte del mundo campesino, la guerra tuvo aún otras consecuencias, más importantes desde el punto de vista social. En varias regiones de Europa central y de Europa oriental, el régimen agrario en sí mismo está en vías de transformación. En Rusia, donde la propaganda de los bolcheviques se había basado, en 1917, en la «repartición de tierras», el primer decreto del gobierno, después de la revolución de octubre, puso a disposición de los «soviets de diputados campesinos», las tierras de los propietarios ricos. La gran propiedad desapareció de golpe. ¿Cómo no iban a soñar los campesinos de regiones vecinas en obtener ventajas análogas? Los Estados nuevos o con territorios anexionados tienen clara conciencia de que el ejemplo es irresistible. Negando la tierra a los campesinos correrían el riesgo de provocar desórdenes sociales y de favorecer el contagio del bolcheviquismo. Las circunstancias políticas incluso los incitan, en muchos casos, a atacar a los grandes propietarios. ¿No tienen los gobiernos de los nuevos Estados bálticos, donde vastos dominios estaban en manos de «barones bálticos», un interés evidente en eliminar la influencia de estos grandes propietarios, que sirvieron de puntos de apoyo al germanismo durante la ocupación alemana? ¿No deben satisfacer a los pequeños propietarios, que son el elemento «nacional»? En Transilvania, que reivindica la nueva Rumanía, la población de lengua rumana, aunque representara el 90 % de la cifra global, no poseía más que una pequeña parte de la tierra, pues los grandes dominios pertenecían a propietarios magiares. La reforma agraria es, pues, un medio de concretar las aspiraciones de la masa rural, es decir de los rumanos. En la parte de Polonia que había pertenecido a Prusia y en la región de los sudetes, en Checoslovaquia, la transformación del régimen agrario debe producir sus efectos contra los grandes propietarios alemanes. Al poner fin al papel que estas familias, pertenecientes a una «nacionalidad» extranjera, desempeñaban en la sociedad, el Estado asegura su cohesión y vence a una oposición que podría haber sido peligrosa. Es lógico, e innecesario, que la victoria de las antiguas «minorías nacionales» vaya acompañada por esta conmoción social.

II. EL SOCIALISMO INTERNACIONAL⁵

A comienzos de la guerra, la doctrina socialista internacionalista había sido incapaz de suscitar un movimiento de las masas obreras. Los partidos socialistas habían privilegiado el ideal nacional sobre la noción de lucha de clases. LOS dirigentes de la 11 Internacional habían renunciado a actuar y no trataron siquiera de recordar a los representantes de los partidos nacionales los principios planteados antes de 1914 por los congresos⁶. Sin embargo, a partir de la iniciativa de socialistas de países neutrales, se había emprendido la formación de un nuevo organismo que sustituiría a la junta socialista internacional «desfalleciente» y que uniría a

los socialistas fieles a los principios de la Internacional. En Zimmerwald, luego en Kienthal, estos socialistas internacionalistas habían lanzado un llamamiento a los «proletarios de Europa» para recordarles que debían colocar la solidaridad de clase por encima del deber nacional, exigir la paz y preparar la revolución⁷.

Hasta 1916, este movimiento sólo consiguió éxitos muy limitados. Sin duda, había ganado al partido socialista italiano, que, desde 1915, se

había mostrado hostil a la entrada de Italia en guerra; había obtenido la adhesión de dos de los grupos socialistas rusos -los mencheviques y los bolcheviques-, y la de las organizaciones socialistas polaca, rumana, búlgara y servia; finalmente había encontrado apoyos activos en los países neutrales. Pero estos adeptos, si bien estaban de acuerdo en la necesidad de una acción a favor de la paz, no consideraban de la misma manera el término de esta acción. Para unos, la «derecha zimmerwaldiana», la paz era el objetivo esencial; para otros, la «izquierda», cuyos animadores eran

Lenin y los bolcheviques refugiados en Suiza, era la revolución lo que debía ser el prólogo necesario.

En los Estados de Europa central y occidental, donde la doctrina zim-

merwaldiana sólo había obtenido un pequeño número de adeptos, la tendencia de derechas era casi la única representada. Su presencia bastaba sin embargo para determinar una escisión entre las fuerzas obreras, pues los grupos socialistas «minoritarios», que hacían profesión de pacifismo, se oponían a la actitud tomada desde agosto de 1914 por los «mayoritarios».

La amenaza de ruptura se había agravado en el momento en que los pueblos beligerantes atravesaban una crisis de lasitud. En Francia, el cori-

⁵ Obras de consulta- Además de las obras citadas en p. 325; véase Arthur ShadM1, *The socialist movement*, 2.ª parte: *The new phase, 1914-1924* (Londres, 1925, in-12); P3111 Louis, *La crise du socialisme mondial* (París, 1921, in-80); A. Zévaés, *La faillite de l'Internationale* (París, 1917, in-80), y sobre todo los textos citados en el importante compendio de O. Gankin y H. H. Fisher, *The bolsheviks and the World War. The origin, of th, third International* (Stanford Univ., 1940, in-81); por último: Éd. Dolléans, *Historie du Mouvement ouvrier*, t. 11 (París, 1939, in-S').

⁶ Véase p. 109.

⁷ Véanse pp. 327 y 403.

El socialismo internacional

greso socialista de diciembre de 1916 no había dado más que una débil mayoría (1.637 votos contra 1.372) a los partidarios de la participación de los socialistas en el poder, y, en 1917, cuarenta y cinco diputados socialistas, a propósito de un debate sobre los objetivos de la guerra, habían votado a favor de la discusión de una interpelación que la mayoría del partido rechazaba. En Alemania, junto al grupo «espartaquista» de Liebknecht, que se había unido al movimiento zimmerwaldiano, otro grupo, «socialista independiente», con Haase y Ledebour, se pronunciaba a favor de la paz, a la vez que continuaba invocando la 11 Internacional. Independientes y espartaquistas habían celebrado en Berlín, en 1917, una conferencia y habían aprobado un manifiesto expresando su común voluntad de poner fin a la guerra. Sin duda, los espartaquistas hubiesen querido agregar a esta declaración un llamamiento a la revolución -«guerra a la guerra»- a la que los independentistas no aceptaron suscribirse. Pero, por primera vez, el partido socialdemócrata, fiel a la política del gobierno, chocaba con una oposición en la clase obrera. En Inglaterra, donde una fracción del Labour party había hecho secesión desde el 13 de agosto de 1914 publicando un manifiesto contra la guerra, los jefes de estos «independientes» -MacDonald y Keir Hardie-, habían declarado en diciembre de 1916 en su diario, el Labour Leader, que para poner fin a la guerra era necesario solamente contar con la acción de las masas populares.

La primera revolución rusa había agravado esta crisis latente del socialismo, porque la caída del zarismo, en marzo de 1917, mostró que no

era vano emprender, en plena guerra, una acción de fuerza contra un gobierno; había reforzado pues, entre los militantes revolucionarios, la esperanza de un levantamiento internacional del proletariado. El regreso a Rusia de Lenin

quien, durante su estancia en Suiza, había sido uno de los principales artesanos del movimiento zimmerwaldiano, y la presencia en el gobierno provisional ruso, a partir del 15 de mayo de 1917, de miembros socialistas, partidarios de una «paz sin anexiones ni indemnizaciones», dieron una nueva proyección a las ideas pacifistas y revolucionarias.

Cuando los socialistas holandeses propusieron, en abril de 1917, la reunión de una conferencia socialista que examinara «la situación internacionab», el malestar se fue acrecentando. El comité ejecutivo del soviet de Petrogrado, donde dominaban entonces los mencheviques, había aceptado esta sugerencia y decidido enviar una invitación a los socialistas ingleses, franceses e italianos. El 28 de mayo, rusos y holandeses habían anunciado la reunión, en Estocolmo, de una conferencia a la que estaban Invitados los representantes de todos los partidos socialistas, y la junta de la 11 Internacional había tomado po'sIción a favor de esta reunión. Sin embargo, el proyecto tropezó con obstáculos.

Por un lado, la <@comisión socialista internacional», instituida por la conferencia de Zimmerwald se negó a participar en una iniciativa que imPlicaba una colaboración, aunque temporal, entre «minoritarios» y «ma-

«mayoritarios». La «izquierda zimmerwaldiana», en un llamamiento de fecha 20 de junio, había tomado posición, con severidad, contra la propuesta de los holandeses y de los rusos mencheviques. A juzgar por lo que allí se exponía, los promotores de la conferencia de Estocolmo limitaban el juego a los gobernantes capitalistas; sabían que las masas estaban cansadas de la guerra y maduras para la revolución: era para evitar esta revolución por lo que se esforzaban en atraer a los gobiernos a la idea de una paz de reconciliación; pero la paz «sin revolución» sólo podía ser una tregua. Era necesario pues oponerse a esta maniobra de los «socialpatriotas».

Por otro lado, la convocatoria dirigida a los socialistas «mayoritarios» había chocado con dificultades. Sin duda, el partido socialdemócrata alemán aceptó participar en la conferencia, y el gobierno no se opuso a ello. Pero este apresuramiento parecía sospechoso. ¿No había que ver en esta actitud de los socialistas alemanes una maniobra política? En el momento en que Alemania esbozaba sus «gestiones de paz», ¿no estaba interesada en tratar de atraer a su juego a los socialistas americanos, franceses e ingleses? También los gobiernos de la Entente se habían mostrado hostiles a la reunión de Estocolmo. En los Estados Unidos, el gobierno se había negado a otorgar pasaportes a los delegados que el partido socialista se disponía a enviar a Europa, y la federación sindical que presidía Samuel Gompers había aprobado esta negativa. En Francia, el consejo nacional socialista decidió aceptar la invitación a la conferencia; pero también este gobierno había denegado los pasaportes. El gabinete inglés no opuso una negativa de principio cuando el jefe de los «independientes», Rarrisay MacDonald había anunciado su intención de ir a

Estocolmo, pero impuso una condición que bastaba para anular, de hecho, esta autorización: los delegados ingleses debían comprometerse a

no entrar en contacto con los socialistas de los países enemigos. La ac-

titud del sindicato mariner, que se negaba a transportar a Suecia a la delegación inglesa, puso fin a la aventura.

Puesto que ni los socialistas de los Estados de la Entente, ni ciertos «zimmerwaldianos» podían o querían venir a Estocolmo, el proyecto de conferencia fracasó.

El fracaso no impidió sin embargo la reunión, en Estocolmo, del 5 al 12 de septiembre de 1917, de delegados socialistas; pero esta conferencia ya no tenía nada en común con el proyecto primitivo. Había reunido solamente a los representantes de los zimmerwaldianos -socialistas rusos, mencheviques y bolcheviques, socialistas «independientes» de

Alemania, socialistas rumanos, suizos y escandinavos. Tras los debates, en los que la «derecha» y la «izquierda» del movimiento confrontaron sus puntos de vista, la conferencia votó un manifiesto dirigido a los «proletarios» de todos los Estados. En él se leía: «Ha llegado la hora de erupción, en todos los países, una gran lucha común para restablecer la paz y asegurar la liberación de los pueblos por acción del proletariado socialista. El medio de conseguirlo es la huelga general internacional».

- 580 -

El socialismo internacional

Texto «tímido», decían los bolcheviques: ¿por qué no hacer un llamamiento desde un principio a la sublevación armada? Inmediatamente después de la conferencia, el grupo zimmerwaldiano comenzó a dislocarse: la «derecha» no quería seguir a los bolcheviques.

El triunfo de la «revolución de octubre» debía necesariamente acrecentar los desacuerdos entre los socialistas. En el momento en que, por primera vez, un gran Estado europeo se convertía en el campo de pruebas del marxismo, en el momento en que el gobierno de Lenin producía en Rusia una conmoción social, los jefes bolcheviques denunciaban las carencias de los adeptos a la II Internacional, el espíritu «pequeño burgués» de los socialistas «occidentales», la timidez de sus concepciones. Al ideal democrático que continuaba alentando a los socialistas franceses e ingleses, oponían la «dictadura del proletariado». Pero no eran más suaves con la «derecha zimmerwaldiana». En la misma Rusia, desde enero de 1918, se había entablado la lucha entre los mencheviques y los bolcheviques.

La guerra rompió, pues, la unidad del movimiento socialista: este resultado surge directamente luego de los armisticios de 1918. Pero los bolcheviques, que son muy conscientes de las resistencias que su política y su doctrina encuentran entre los socialistas de los otros países, no esperan a que la resistencia se organice y salen al paso. En enero de 1919, lanzan la invitación a un congreso que debe constituir una nueva Internacional, la «Internacional comunista». Firmada por Lenin y por Trotski, la carta de invitación propone a los socialistas de todos los países adoptar los métodos

del bolcheviquismo: toma del poder por la fuerza y dictadura del proletariado. El propósito de la nueva Internacional será «subordinar los intereses del movimiento en cada país a los intereses generales de la revolución internacional».

Por un lado, los socialistas de los Estados occidentales convocan en Berna, en febrero de 1919, una conferencia en la que participan también los delegados alemanes y los de los mencheviques rusos. Aunque una parte de los delegados vacila en aceptar las informaciones aportadas por los mencheviques, y solicita a la conferencia no emitir un juicio inmediato sobre la experiencia rusa, la mayoría condena los métodos dictatoriales del bolcheviquismo y afirma su fidelidad a los principios democráticos. «Un desarrollo socialista efectivo», dice el manifiesto de Berna, «sólo es posible bajo la ley de la democracia». Hay que rechazar «todo método de socialización que no tenga ninguna posibilidad de ganar la adhesión de la mayoría del pueblo. El peligro sería aún mayor si tal dictadura se apoyara sólo en un sector del proletariado».

La escisión entre el socialismo «democrático» y el comunismo está consumada.

CAPÍTULO IV

LA VIDA RELIGIOSA

En el desencadenamiento brutal de las pasiones, el sentimiento religioso había sido durante la guerra, para muchas personas, el refugio y el consuelo. Este despertar religioso se hizo evidente, sobre todo al comienzo de las hostilidades, no solamente entre quienes, en el frente, arriesgaban su vida, sino también en la población civil de los países beligerantes. En Francia, el clero católico había constatado un notable aumento de la práctica religiosa; los pastores evangélicos alemanes habían visto con alegría desaparecer súbitamente las tendencias anticlericales e incluso antirreligiosas en las masas obreras; en las poblaciones urbanas del

norte de Inglaterra, el clero anglicano tuvo satisfacciones análogas. Es verdad que este entusiasmo no siempre había sido duradero: en Alemania, so-

bre todo, a medida que crecían las dificultades materiales de la vida y se

alejaban las posibilidades de victoria, el retroceso se hizo notorio. ¿Por qué Dios permitía que los cristianos se destrozasen? Pero, en conjunto, al final de la crisis, salvo en los países en los que la derrota provocaba desasosiego, el balance no era ciertamente negativo.

La guerra y sus consecuencias inmediatas no por esto dejaron de ser

para las Iglesias un período de pruebas, que las enfrentó a difíciles problemas.

I. EL CATOLICISMO

Al anteponer, entre los católicos, la preocupación del deber nacional al sentido de la misión universal del catolicismo, la guerra podía poner

1 Obras de consulta.- Handbuch der Kirchengeschichte, publ. por G. Krüger, 2.ª ed.

bajo la dirección de H. Hermelink, t. IV: Die Neuzeit, por H. Stephan y H. Leube (München, 1931-1932, 2 vol., in-8°); la obra de Schmidlin, Papstgeschichte der neueren Zeit (Berlín, 1936, in-8°), es esencial.- Sobre la política de Pío X, F. Carli, Pío X e il suo tempo (Florencia, 1941, in-8°); Pio Cenci, Il cardinale Raffaello Merry del Val (Roma, 1933, in-8°); de M. Buchler, Raïaël, Cardinal Merry del Val (Londres, 1957, in-8°)- Sobre la política de Benedicto XV, además del texto Actes..., eneycliques et allocutions (París, 1926,

- 582 -

El catolicismo

en peligro la unidad de la Iglesia. ¿Cómo reaccionó la Santa Sede ante el creciente peligro? ¿Cómo concibió su función en el curso de la guerra? ¿Y cuál era su política en el momento en que las naciones deponían las armas?

En las dificultades internacionales que, de 1904 a 1914 habían anunciado el conflicto, la política pontificia no jugó un papel apreciable. No trató de detener la marcha de los acontecimientos, ni lanzó un llamamiento a los gobiernos y a los pueblos para exhortarlos a salvar la paz, ni opuso al amenazante desencadenamiento de los nacionalismos un ideal de fraternidad universal.

Pío X, antes de su advenimiento al trono pontifical, en 1903, no había cumplido)'amas funciones diplomáticas ni estuvo relacionado con la gestión de asuntos políticos de la Santa Sede. Era un santo sacerdote, convencido de la grandeza de su misión, animado por una ardiente piedad y una devoción profunda; pero sus miras políticas eran «cortas». Desde el comienzo de su pontificado, había indicado, en la encíclica E supremi, la idea que tenía de su función. Deseaba mantener estrictamente la jerarquía y la unidad, «reivindicar para Dios la plenitud de su dominio sobre los hombres y sobre todas las criaturas». Quería renovar los métodos de formación del clero, por medio de una reestructuración del régimen de estudios en los seminarios, reorganizar las congregaciones de la Curia romana, codificar el

derecho canónico. Es a estas preocupaciones espirituales a las que desearía consagrar todos sus afanes. Como reacción a las tendencias de su predecesor, el nuevo papa no pretendía actuar como hombre de Estado ni mezclarse activamente en la «gran política» europea. Los medios dirigentes del Vaticano parecían aceptar que la Iglesia jugará, temporalmente, un papel menor en las relaciones internacionales y que se orientara hacia un «aislamiento saludable».

Eran pues los «asuntos internos» de la Iglesia los que constituían el núcleo de las preocupaciones del Soberano Pontífice entre 1904 y 1914. Pío X los había tratado con firmeza, a veces con intransigencia.

El movimiento «modernista» fue el objeto esencial de su inquieta vigilancia. En todos los grandes países católicos, y también en Inglaterra, había clérigos que intentaban renovar los métodos de la apologética, con el fin de poner en una correlación más estrecha las tradiciones católicas y los hábitos intelectuales y sociales de la época. Por ciertos rasgos, esta tendencia se vinculaba al «catolicismo liberal», ya que provenía de un de-

L. Degli Cocchi, *Benedetto XV* (Milán, 1921, m-S'); P. Dudon, *L'action de Benoît XV pendant la guerre* (París, 1918, in-8'); iCanet], «La politique de Benoît XV», en la *Revue de Paris*, 15 octubre y noviembre 1918, y la réplica del P. Fioch, con el mismo título en el *Correspondant* del 1- de marzo 1919; G. Quadrotta, *La Chiesa cattolica nella crisi universale* (Roma, 1921, in-16); F. Meda, *I cattolici italiani nella guerra* (Milán, 1928, m-S'); Y. Lojau, «Une mission diplomatique près le Saint-Siège, 1914-1919», en *R. Deux Mondes*, 1.º de junio 1956, pp. 54-73; F. Engel-Janosi, *Oesterreich und der Vatikan*, Viena, 1958, in-8o, el tomo 11.- Sobre las misiones, J. Riefler, *Die Mission in dem gegenwertigen Weltkrieg* (Berlín, 1925, in-8-).

La vida religiosa

seo de adaptar las concepciones religiosas a las aspiraciones de la sociedad contemporánea, y de un espíritu de «acomodación y transacción». La Santa Sede desconfiaba de este oportunismo; percibía en este esfuerzo por coordinar la evolución religiosa a la evolución general de la época la voluntad de reformar el catolicismo por «medios humanos, ¿No contaban los modernistas con la libre investigación para «rejuvenecer disciplinas» del catolicismo, aportar métodos nuevos en el comentario de las Escrituras y en la interpretación de la historia de la Iglesia? ¿Dónde se detendrían en su deseo de respetar las exigencias del espíritu moderno?

El hecho es que, entre algunos de sus promotores, Hermann Schell en Alemania, el padre Murri en Italia, el abate Loisy en Francia, el P. Tyrrell, de la Compañía de Jesús, en Londres, la crítica «modernista» pronto llegó a difundir las ideas más audaces. Esta crítica consideraba que los primeros capítulos del Génesis eran «cuentos», que los Evangelios no reflejaban la vida real de Jesús sino solamente la tradición que había circulado en el seno de las primeras generaciones de cristianos. Minaba en su base los dogmas fundamentales -la Santísima Trinidad, la Encarnación. Loisy -estimaba que la crítica científica no permitía siquiera afirmar que Cristo había fundado la Iglesia. Tyrrell, en sus artículos que la Quarterly Review, decía que todos los dogmas debían evolucionar ne-

cesariamente. En Alemania, el Deus causa sul de Schell recordaba el panteísmo de Hegel. Era pues la integridad de la doctrina la que estaba ame-

nazada; y el peligro era tanto más serio cuanto que los jefes del movi-

miento modernista eran hombres de alto valor.

En su reacción, la Santa Sede se confirmó de forma rigurosa. La acción del Soberano Pontífice había comenzado desde los primeros meses de su pontificado: en diciembre de 1903, las obras del abate Loisy fueron condenadas como viciadas de errores «que conciernen principalmente a la revelación primitiva, a la autenticidad de las enseñanzas y de los hechos evangélicos, a la institución divina de la Iglesia y los sa-

cramentos». En los años siguientes se tomaron otras medidas individuales: suspensión del padre Murri, en 1906; exclusión del P. Tyrrell de la Compañía de Jesús. Hermann Schell había muerto antes de ser atacado. Estas medidas sólo fueron el preludeo de una condena general, pronunciada el 3 de julio de 1907 por el Santo Oficio. En septiembre de 1907, el propio papa, en la encíclica Pascendi, se pronunció solemnemente, en

un tono irritado y vehemente, contra un cuerpo de doctrinas que eran «la síntesis de todas las herejías».

istas», la excomunión de Loisy, el 7 de La condena de los «modernistas» 1

marzo de 1908, no pusieron sin embargo término a la crisis. Alguno, niedios católicos juzgaban excesiva la posición tomada por la Santa Sede. Si bien era legítimo condenar las desviaciones de la doctrina, ¿era necesario cerrar el paso a un movimiento de búsquedas cuyas tendencias sólo eran

raccio forzosamente censurables? El papa había considerado necesario nar; pero ¿no estaría poniendo demasiada energía en ello? ¿Y la

-- -1584 -

El catolicismo

ronlana no empujaba a Pío X a la intransigencia, simplemente porque ésta deseaba impedir toda reforma, incluso oportuna?

Estas resistencias reafirmaron a la Santa Sede en su actitud. El motu proprio del 1 de septiembre de 1910 promulgó medidas de vigilancia respecto de las escuelas de enseñanza teológica y de las reuniones eclesíásticas, al tiempo que exigió del clero (con excepción, sin embargo, de los profesores de las Facultades alemanas de teología) la prestación de un juramento «antimodernista». En la Curia romana, el prelado Benigni, protegido por el cardenal Merry del Val, secretario de Estado, organizaba una «liga antimodernista», publicaba un periódico, la Correspondencia de Roma, de tono severo; tenía una «oficina de consultas», agentes y corresponsales en todos los países católicos, y, con la ayuda de estos, denunciaba a los sospechosos. En estas «listas negras» se encontraba el nombre de la mayoría de los obispos alemanes, los del cardenal Mercier, de Lovaina, del cardenal Amette, de París, de los dominicos suizos de Friburgo. Pero se elevaron protestas contra los procedimientos de estos zelanti: los jesuitas, en la revista Estudios, el cardenal arzobispo de Milán, en sus cartas pastorales, el arzobispo de Albi, en un memorándum al secretario de Estado, denunciaron la acción de estas «fuerzas ocultas» que alimentaba una atmósfera envenenada en los medios eclesíásticos. El secretario de Estado llegó a pensar que Benigni iba demasiado lejos y la Correspondencia de Roma dejó de aparecer en 1913. Sin embargo, el papa, en su última alocución consistorial, tres meses antes de morir, continuó manifestando su inquietud: se quejó una vez más de las resistencias que encontraba en ciertos ámbitos católicos, en los que reinaba la «manía» de intentar conciliar la fe con el espíritu moderno.

Pío X, por otro lado, tuvo el cuidado de imponer una disciplina más estricta a la acción social de las agrupaciones

católicas. Es cierto que no había desaprobado en principio estas iniciativas, pero les impuso estrictos límites. La doctrina de la Santa Sede, tal como la había expresado el Soberano Pontífice, era una condena formal de toda «reforma de estructura» en la sociedad. «Es conforme al orden establecido por Dios que en la sociedad humana haya príncipes y súbditos, patrones y proletarios, ricos y pobres». Las organizaciones católicas no debían propagar el deseo

una igualdad «quimérica». El papa desconfiaba particularmente de la influencia que los laicos pudiesen adquirir, por medio de estas agrupaciones, en la dirección del movimiento católico. Deseaba también vincular, en la medida de lo posible, las organizaciones católicas a la jerarquía eclesial-

ica y mantenerlas en un estado de subordinación, no solamente desde el punto de vista de la acción moral, sino también en lo referente

1 la acción política. Aplicó este principio en Italia, cuando declaró, en Jilio de 1904, la disolución de la «Obra del Congreso», cuyo presidente, el conde Grossoli, había afirmado su autonomía en un tono un poco demasiado elevado, y cuando prohibió, en marzo de 1905, un congreso de «demócratas populares» que intentaban independizarse de la autoridad episcopal. Lo aplicó en Francia: al condenar, en 1910, el grupo de «Si-

La vida religiosa llon», no era sólo un error de doctrina lo que le reprochaba, sino sobre todo una tendencia a desarrollar su acción al margen del control de l., autorid ad.es eclesiásticas. En Alemania, la existencia de sindicatos obreros «cristianos», que agrupaban a católicos y protestarittes, había provocado objeciones de su parte; en una encíclica de 1912, manifestó sus preferencias por los sindicatos que afirmaran su carácter confesional. Con respecto al catolicismo político alemán, Pío X no ocultaba su desconfianza. Su doctrina había sido claramente resumida en la encíclica del il de junio de 1905 sobre las formas de «la acción católica»: las organizaciones debían estar siempre bajo el control estricto de las autoridades eclesiásticas.

Pío X aplicó finalmente este rigor de principios en sus relaciones con los Estados. Se mostró resuelto a reivindicar los derechos de la Iglesia sin reticencias y sin contemplaciones, sin preocuparse por la oportunidad política. ¿Había que alarmarse si los intereses materiales y religiosos de una parte de los fieles debían sufrir esta intransigencia? La Iglesia universal saldría fortalecida de estas pruebas. El conflicto con el gobierno francés 2@ en 1904-1905, había mostrado que el papa no temía lanzarse a una lucha difícil. En España, en Portugal, prevaleció la misma política de firmeza. Con Alemania, por el contrario, las relaciones fueron correc-

tas, sobre todo en los tiempos de Bülow. Pero sólo con Austria-Hungría las relaciones fueron satisfactorias, sobre todo desde que una reacción católica se manifestara contra el josefismo. También el papa desearía la con-

solidación de la Doble monarquía. Era esta preocupación la que había llevado al cardenal Merry del Val a utilizar, en el momento crítico, un lenguaje poco adecuado para la misión espiritual de la Santa Sede: el 29

de julio, en una conversación con el encargado de negocios de Austria-Hungría, no había temido aprobar «sm reservas» el ultimátum dirigido a Servia y dejar aflorar la esperanza de que el gobierno de Viena llevase este asunto hasta el final.

Con el adveramiem:c, de Benito XV a la silla pontificia, el 4 de septiembre de 1914, la política de la Santa Sede toma un cariz diferente. Par, hacer frente a las dificultades a las que la guerra europea, comenzada desde hacía un mes, iba a exponer inevitablemente a la Iglesia católica, era

necesario tener un papa «diplomático», pero también un papa más con-

tiliador de lo que Jamas había sido Pío X en los asuntos internOS de la Iglesia. El cónclave eligió a Piero della Chiesa, que pertenecía a una flMilla de la alta nobleza genovesa y que, primero como secretario de nuticlatura y luego como colaborador directo del secretario de Estado, había sido, durante el pontificado de León XIII, el hombre de confianza del cardenal Rampolla. Desde su primera encíclica, el nuevo papa, niantcniendo siempre la posición doctrinaria adoptada por su predecesor con respecto al modernismo, manifestó tendencias más moderadas; desaprobó claramente el «integrismo» e intentó aplacar la turbación en la que se

‘ Véase, sobre este punto, el volumen precedente de esta colección

586

El catolicismo

encontraban los medios eclesiásticos desde la encíclica Pascendi. Por otro lado, en la conmoción que el mundo sufría, la batalla modernista había perdido agudeza. Ahora la cuestión capital para la Santa Sede era saber qué línea de conducta debía seguir entre las pas ones nacl onales desatadas.

¿Hacia qué bando debían inclinar la política pontificia los intereses de la Iglesia católica? La guerra podía amenazar la existencia de Austria-Hungría. ¿No tenía motivos la Santa Sede para desear la victoria de la dinastía de los Habsburgo? Es verdad que el gobierno austro-húngaro era aliado del gobierno alemán: ahora bien, Alemania había violado la neutralidad de Bélgica, Estado católico; y el triunfo del pangermanismo, que jamás había tenido el apoyo del Centro católico, ¿no prepararía un nuevo Ku1turkampJ”? Pero, por otra parte, ¿qué peligro podría correr el catolicismo en caso de que la Rusia cismática resultara victoriosa? En resumen, la Santa Sede no tenía razones para desear la victoria completa de ninguno de los grandes beligerantes. Pero, más allá del punto de vista político, estaba el punto de vista moral. ¿Podía la Santa Sede permanecer indiferente ante las violaciones del derecho, ante las atrocidades cometi~ das? ¿No debía defender la causa de la humanidad, intentar una acción dÍirigiéndose a los beligerantes, para aliviar al menos la suerte de los prisioneros y de los no combatientes?

Benito XV no tenía la intención de sustraerse a este deber moral. Intervenía para alentar la organización de socorros a los prisioneros de guerra; protestaba contra las deportaciones de trabajadores de los territorios ocupados; solicitaba a los beligerantes que protegieran de Ics bombardeos las ciudades abiertas. Sin cesar, volvía sobre el mismo tema: para poner término a los sufrimientos de la humanidad, había que poner fin a la guerra lo antes posible. Este cuadro de los males de la guerra había sido el objeto cle su encíclica del 1 de noviembre de 1914. En su alocución del 24 de diciembre de 1914, anunciaba la decisión de mediar entre los beligerantes para conducirlos a la paz. Su llamamiento del 28 de julio de 1915 expresaba que si Europa continuaba desgarrándose, iba «al sulcidio». Pero se negaba a ir más allá de estas exhortaciones generales. Sin ernbargo, los mismos católicos lo instaban a tomar partido, a manifestar un juicio moral sobre las responsabilidades de la guerra, a condenar los actos de barbarl e, las matanzas de poblaciones civiles, a denunciar las violaciones de los derechos humanos; y como los católicos franceses y belgas tenían sólidas razones para creer que este juicio moral sólo podría ,er pronunciado a favor de la causa nacional, sus solicitudes se volvían

particularmente apremiantes. ¿Podía el papa fingir ignorar la violación de la neutralidad belga?

Benito XV evitaba manifestar públicamente sus preferencias, porque lo quería herir los sentimientos de los católicos alemanes, y sin duda también porque, si tomaba posición contra la política del gobierno alemán, tenía comprometer las posibilidades que creía tener de actuar a favor de la Paz. Estaba resuelto a permanecer «neutral» en las polémicas entablada, entre los beligerantes, o al menos, a evitar tomar partido, para estar

- 587 -

en condiciones de presentarse como mediador imparcial una vez que las circunstancias fueran favorables.

¿Pero era fácil conservar esa imparcialidad? La cuestión de la entrada en guerra de Italia, en mayo de 1915, fue el origen de las primeras dificultades graves. Si Italia pasaba a convertirse en país beligerante, ¿cómo podría el papa conservar las relaciones indispensables con la Iglesia universal? Los representantes diplomáticos de las potencias centrales en el Vaticano no proyectaban permanecer en Roma, aunque el gobierno ita-

liano no pensara exigir que se fuesen. ¿No habría que considerar el traslado de la sede del gobierno de la Iglesia a un país neutral? El rey de España habría ofrecido su solidaridad. Sin embargo, Benito XV no quería abandonar Roma. Pero tenía clara conciencia de que la Iglesia católica, a partir de ese momento, iba a encontrarse implicada más directamente en el desorden mundial. Para eludir este riesgo, deseaba ver que Italia permaneciera neutral. En lo que le atañía, no era un simple deseo platónico. En las ardientes polémicas que, en Italia, oponían a «neutralistas» e «intervencionistas», el Vaticano había tomado partido; se pronunció en el sentido que deseaban Giolitti y sus amigos y hasta dio consejos al gobierno austro-húngaro; los católicos eran por lo general neutralistas, con

excepción de la fracción agrupada en torno a Filippo Meda. Más tarde aún, cuando en junio de 1916 Meda aceptó una cartera ministerial, el *Osservatore Romano* no omitió destacar que una parte de los católicos se-

guía siendo hostil a la política exterior del gobierno. La actitud del papa no era, pues, la de un árbitro.

Era sin embargo este papel de árbitro el que Benito XV continuaba pretendiendo. Pero la «propuesta de paz» de la Santa Sede, aunque preparada por conversaciones con el gobierno del Reich y aunque tuviera

en cuenta, en gran medida, el punto de vista expresado por el canciller, había tropezado con la oposición del estado mayor alemán. El escollo era el problema belga. Pero ¿se puede menospreciar el papel de la Liga evangélica prusiana, hostil a una negociación que hubiera reforzado el prestigio de la Iglesia romana?

El fracaso era tanto más notorio cuanto que Benito XV, en esta negociación, había comprometido, una vez más, la reputación de imparcialidad que pretendía. «Papa francés», decía Ludendorff, mientras Clemenceau proclamaba: «¡Papa alemán!». De hecho, era sobre todo en los medios políticos de la Entente donde la iniciativa pontificia fue más severamente juzgada: se la consideraba como una maniobra concertada con las potencias centrales. Entre los católicos franceses, no se le escatimaron las críticas. Miembros eminentes del alto clero reprocharon al Soberano Pontífice el favorecer los intereses alemanes y desear el restablecimiento de la paz «Incluso a expensas del derecho y del honor». Estas críticas tomaban el cariz de una acusación en los artículos que un laico,

Véase p. 265. Véase pp. 424-431.

588

El catolicismo

Louls Canet, publicada en octubre de 1918 en la *Revue de París*. El au-

tor reprochaba a Benito XV el no haber condenado expresamente la violación de la neutralidad belga, no haber censurado claramente los bombardeos aéreos efectuados por la aviación alemana, mientras que el bloqueo ejercido por la Entente no había gozado de su simpatía; le reprochaba además el haber querido apartar a Italia de la intervención militar y, finalmente, haber intentado «disolver» la Entente.

Sin duda, la política de la Santa Sede también encontraría en el clero defensores activos. Los reproches dirigidos al Soberano Pontífice, decía el rector del seminario francés de Roma, estaban basados en «habladurías». Si bien el papa se había conformado con hacer una «alusión transparente» en el caso de Bélgica, ¿había que olvidar que la Iglesia católica tenía por misión procurar «el bien sobrenatural de todos los pueblos», sin distinción de razas ni de lenguas, que esta misión era, por esencia, pacífica, que el jefe de la Iglesia no podía, pues, en un conflicto político, «poner su influencia al servicio de unos en perjuicio de otros», y que tenía el deber, sin descuidar su función de salvaguarda

supremo de la ley moral, de situarse «por encima de las disputas particulares»? Lo que no quiere decir que la misma vivacidad de estas polémicas no fuera singularmente peligrosa para la autoridad del Soberano Pontífice.

Cuanto más se prolongaba la guerra, más peligraba la influencia del catolicismo en el mundo. La gran obra de expansión religiosa realizada desde hacía un siglo estaba «destrozada». Las congregaciones misioneras perdieron, a causa de la guerra, una gran parte de sus medios de acción; la movilización les arrebató a sus miembros más jóvenes; los recursos financieros estaban agotados. En China, en Indochina, en la India, en África, numerosas misiones francesas se vieron obligadas a cesar sus actividades por falta de personal. Los misioneros católicos alemanes fueron arrojados de las Islas Carolinas y Marianas por los japoneses. La ruptura de la solidaridad entre los católicos asestó un golpe muy grave al trabajo de la Iglesia en todos los campos de misión donde los sacerdotes de diferentes nacionalidades continuaban ejerciendo su apostolado. Los conflictos entre los europeos reforzaban las resistencias a la evangelización, tanto en Extremo Oriente como en los países musulmanes. El papa apenas podía remediar esta situación. También en este terreno permanecía «neutral» y dejaba actuar a los jefes de las congregaciones misioneras, recomendándoles solamente no intervenir en cuestiones políticas.

En el momento de los armisticios de 1918, la Santa Sede debe cumplir, pues, una obra de «reconstrucción». Hay que restablecer la solidaridad moral entre los católicos, restaurar las misiones, recomponer las relaciones con los Estados, en una Europa cuyo estatuto territorial y político sufre cambios profundos. La tarea es difícil.

El problema de las relaciones entre la Santa Sede y los gobiernos europeos es lo que exige las atenciones más urgentes. El derrumbamiento y la división de Austria-Hungría estorban a la política pontificia en la Europa danubiana y la obligan a adaptarse, tanto en la nueva república de

La vida religiosa

Austria como en Checoslovaquia, a una situación incómoda- La Santa Sede se aviene mejor a la revolución alemana y mantiene relaciones diplomáticas con el gobierno socialista de Ebert. En Europa oriental, la reconstitución de Polonia es una victoria importante para los intereses católicos. El papa desea una reconciliación con la Francia victoriosa.

La política de «umón sagrada» introdujo, desde fines de 1914 una «distensión» entre el gobierno francés y la Santa Sede. El ministro Viviani había aceptado volver a tomar contacto, a través de un agente Oficioso, con el Vaticano, y, por su parte, el secretario de Estado había firmado, en 1917, que la política pontificia no aprovecharía las circunstancias para obstaculizar el ejercicio del protectorado religioso francés en Oriente. A despecho de las críticas provocadas por la «propuesta de paz» de Benito XV, voces autorizadas -Deschanel, Hanotaux, Ribot- solicitaron la reanudación de las relaciones diplomáticas, interrumpidas desde 1904, con el jefe de la Iglesia romana. Este resultado es el que el papa desea obtener: en enero de 1919, manifiesta al padre Lemire su deseo de zanjar todas las dificultades, si el gobierno francés se presta a ello.

Pero es en Italia, fundamentalmente, donde la acción pontificia actúa con vigor. Benito XV renuncia a la política de non expedit, ya atenuada por su predecesor; autoriza pues a los católicos italianos a tomar parte activa en la vida política. En enero de 1919, favorece la creación del «partido popular italiano» de don Sturzo, que, sin presentar abiertamente un carácter confesional, va a constituir el apoyo de los intereses católicos. Por esta vía, Benito XV espera llegar a una reconciliación con el gobierno italiano, cuya prenda esencial sería la solución de la cuestión romana. Si el Estado italiano aceptara restituir a la Santa Sede un territorio, por mínimo que fuese, donde el papa fuera soberano, Benito XV se declararía satisfecho. Las conversaciones entabladas con Orlando en la primavera de 1919 serán en balde; pero indican el camino que conducirá, diez años más tarde, a los acuerdos de Letrán.

No obstante, en un punto importante la política pontificia registra un fracaso: no se admite que la Santa Sede esté representada en la conferencia de paz; y fue el propio gobierno italiano quien, en 1915, por el tratado de Londres, hizo estipular esta exclusión. Aunque el Osseriat, re Romano escriba que el papa no desea participar en las negociaciones, es lícito pensar que Benito XV disimulará así su contrariedad. Por otro lado, encuentra en esta abstención una ventaja, pues la Santa Sede. P11--manece por encima de las pasiones nacionales, y puede dar consejos al

mundo. En la encíclica del 1 de noviembre de 1918, recomienda a los 90

biernos observar, en la elaboración de los tratados, los «principios cristianos de Justicia»; en la alocución de Navidad de 1918, pide a los pile-

bles que no se de« r «los excesos del nacionalismo»

jen arrastrar po . .1; que La Santa Sede mantuvo, pues, del principio al fin de una crisis,

‘ Véase el volumen precedente de esta colección.

590

El protestantismo

Intentó prevenir y cuyo desarrollo fue incapaz de impedir, la misma
110” actitud que procurará sostener en el futuro. Y la Iglesia católica ha superado la prueba.

II. EL PROTESTANTISMO 6

Para las Iglesias protestantes de Europa, las más importantes de las cuales estaban estrechamente ligadas al Estado, la guerra no planteó problemas comparables a los que preocuparon gravemente a la Iglesia católica. La contradicción que sufrió el catolicismo, cuyos fieles participaron, en sus respectivos países, del entusiasmo nacional, mientras que el jefe de la Iglesia quería permanecer «por encima de la contienda», no exis-

tía para el protestantismo, ya que no había cohesión permanente entre sus diversas Iglesias.

Durante la crisis, cada una de las grandes comunidades protestantes siguió su camino. La idea nacional prevaleció sobre el sentimiento de solidaridad religiosa. El ofrecimiento del arzobispo sueco de Upsala, que surgió, desde los primeros meses de la guerra, reunir a los representantes del protestantismo alemán, inglés, escandinavo, suizo y francés, no había tenido eco. La Iglesia evangélica prusiana, en un manifiesto publicado a fines de agosto de 1914, arrojó sobre los protestantes ingleses la responsabilidad de la ruptura entre las Iglesias protestantes, y el arzobispo de Canterbury le replicó con un memorial firmado por cuarenta y dos teólogos ingleses. La escisión moral fue completa.

En Inglaterra, la Iglesia anglicana cumplió la función que le asignaban su estatuto oficial, su lugar en el Estado y su deber de fidelidad hacia el soberano. Los arzobispos y obispos sostuvieron la acción del gobierno, afirmaron que la causa de Inglaterra era justa y que los protestantes alemanes deformaban el pensamiento cristiano. Entre los grupos «disidentes», sólo los cuáqueros adoptaron una actitud de oposición; mantuvieron su doctrina con la firmeza de costumbre: toda guerra es contraria a los preceptos de Cristo. Con ocasión del voto, de las primeras medidas que, en enero de 1916, instituyeron en Inglaterra el servicio militar obligatorio, los cuáqueros, en sus manifiestos, declararon que el reclutamiento afectaba profundamente a la libertad de la conciencia in-

Obras de consulta.- A. Keller y G. Stewart, *Protestant Europe: its crisis and outlook* (New York, 1927, in-80); M. Schian, *Die Arbeit der evangelischen Kirche in der Heimat, 1914-1918* (Berlín 1925, in-8°); G. Melmert, *Evangelische Kirche Und Politik, 1917-1919* (Düsseldorf 1959 in-4°); A. Weber, *Cinquante ans de la vie d'Une Eglise. L'église évangélique luthérienne en France, de 1871 à 1921* (Paris, 1921, in-8); Respecto a Inglaterra, además del compendio de sermones y alocuciones de las más altas autoridades eclesiásticas publicado con el título de *War and Christianity* (Londres, 1914, in-12), véase, sobre la cuestión de la reforma de la Iglesia el rev. E. Crofts, *What's wrong with the Church of England* (Londres, 1918 in-12), y, sobre la «objeción de conciencia», M. E. Hirst, *The Quakers in Peace and*

_.01

war (Londres, 1923, in-8°).

dividual, esperanza suprema del progreso (o de la humanidad, Y que, Por otro lado, era «inútil e impolítico». En diciembre de 1917, su consejo

o ejecutivo proclamó que era el deber de todos los cristianos actuar «en acuerdo con la ley de Dios, ley superior a la de cualquier Estado». Pero realidad, la mayoría de los miembros de la «Sociedad de amigos» no opuso un rechazo absoluto al aislamiento, y aceptó el servicio en puestos río combatientes. Si la «objeción de conciencia» fue para el gobierno inglés fuente de molestias, no constituyó, en el fondo, una causa de debilidad en el esfuerzo de la guerra.

Pero la crisis llevó a la Iglesia en Inglaterra a reflexionar en el problema de sus relaciones con el Estado. La cuestión ya se había planteado antes de la guerra: desde julio de 1913, los arzobispos de York y de Canterbury constituyen un comité encargado de estudiar los medios de asegurar a la Iglesia la «Independencia espiritual». ¿Cómo restituirle una mayor libertad con respecto al Estado? En los medios eclesiásticos, la lucha nacional contra Alemania no desvía la atención del examen de este problema. La Church Reform League, el Life and Liberty Movement, se ocupan de esto, al mismo tiempo que el comité formado por los arzobispos redacta su informe. En 1918, el deseo de ver establecido el self government de la Iglesia está a la orden del día. Se trata de retirar al Parlamento el poder de legislar sobre asuntos eclesiásticos, y de otorgar este poder a un Church Council, compuesto de clérigos y laicos, dejando al Parlamento un poder de veto, para el caso en que la legislación elaborada en tales condiciones le pareciera susceptible de perjudicar los intereses

del Estado. Pero ahora ciertas sugerencias van más lejos. ¿No sería necesario «democratizar» la Iglesia de Inglaterra, para que esté en condiciones

de adaptarse a los nuevos problemas que la posguerra no sólo dejaría de plantear? Los partidarios de una reforma radical estiman incluso que la Iglesia debe ser «desinstituida, perder, en consecuencia, sus privilegios y dotaciones», lo que podría ser un medio de atraer a la Iglesia nacional a los no conformistas y de restablecer la unidad del protestantismo inglés. No obstante, si bien la Iglesia estaba dispuesta a aceptar,

lícito, en rigor, el abandono de las ventajas materiales del régimen eclesiástico la mayoría del clero se niega a repudiar el estatuto oficial del que goza-

En Alemania, el mayor «bloqueo permanente» del continente europeo, la situación, cuando la guerra concluye, es más difícil. Antes de 1914, las Iglesias evangélicas de Prusia y de los otros Estados alemanes, comprobaban que estaban perdiendo parte de su influencia. Como consecuencia de la rápida transformación que el avance de la industrialización había provocado en el seno de la sociedad, la práctica religiosa decaía en todas,

las regiones donde se concentraban las poblaciones obreras, Indiferencia religiosa? Sin duda, pero también pérdida de popularidad de la Iglesia-

sias, porque dependía demasiado estrechamente del Estado, porque los pastores eran considerados a menudo como instrumentos de la clase

intermedia, sostenes de su política. Si bien las Iglesias evangélicas conserva-

9 rdi, ban su ascendiente sobre una buena parte de la burguesía, habían perdido

d,1 contacto con las masas obreras. En las relaciones entre el pueblo o
lícito, sin forzar las palabras, hablar de «crisis»,

1 y SUS pastores, era

En un primer momento, la guerra había abierto perspectivas más favorables. Tanto en el frente como en el interior, se despertó el sentimiento religioso, y el estado de ánimo respecto de las Iglesias mejoró netamente. Pero este renacer no fue duradero. Desde el otoño de 1915, los pastores y los capellanes militares advertían que el entusiasmo religioso se atenúa. Cuanto más se prolonga la guerra, más indiferente se volvía la masa, bajo los efectos del cansancio, hacia el apostolado.

Ahora bien, en esta guerra, las Iglesias evangélicas tomaron partido enérgicamente. ¿No eran acaso «nacionales»? El Consejo supremo eclesiástico prusiano había invitado a los pastores a incorporarse con ardor a la propaganda patriótica. Si algunos, en Berlín, en 1917, consideraban que había llegado la hora de adoptar actitudes más matizadas, no tuvie-

dores. Los ministros del culto permanecieron fieles hasta el fin, con seguridad a la misión que el gobierno del Imperio deseaba verlos cumplir. En consecuencia, entre las masas, hastiadas de la guerra, la autoridad moral de los pastores sufrió un nuevo golpe: en la medida en que se asociaban a la política oficial, recibían su parte en las críticas lanzadas contra el gobierno.

Por esto, a fines de 1918, ante el desconcierto moral en el que la población alemana se encuentra inmersa, las Iglesias evangélicas son objeto de vivos ataques. La desaparición de la dinastía imperial y el movimiento revolucionario las amenazan también en sus intereses materiales: ¿no van a perder su carácter de instituciones del Estado y sus recursos financieros al tiempo que los ingresos de las fundaciones pías no cesan de disminuir bajo los efectos de la inflación monetaria? Es cierto que, por otro lado, en la misma medida en que van a ser emancipadas de la tutela gubernamental, podrán recobrar, con el tiempo, una mayor autoridad moral; pero la crisis de adaptación puede ser terrible.

En las parroquias «evangélicas» de la antigua Polonia alemana, los cambios del estatuto político acarrearán consecuencias aun más graves para los grupos protestantes -luteranos o reformados- de Transilvania. Las organizaciones del culto son «desinstituidas» y privadas de recursos financieros. Sólo pueden recurrir al espíritu de solidaridad de los luteranos americanos. Pero, a falta de una organización común a los protestantes del mundo, estas Iglesias arruinadas no pueden contar con un apoyo que, en circunstancias análogas, los católicos habrían podido recibir.

LA ORTODOXIA 7

La ortodoxia atraviesa, desde 1917, una crisis más grave aun, porque

7Ob,as de consulta-S Boulgaisoff, L'ortodoxie (París, 1932, in-12); Tiffinov, Cerkov i Iremia revoloutsii (La Iglesia durante la revolución) (Petrogrado, 1924, in-S').

La vida religiosa

la mayor y más poderosa de sus Iglesias, la Iglesia rusa, parece amenazada en su misma existencia por los sucesos revolucionarios.

Bajo el régimen zarista, esta Iglesia ortodoxa rusa había sido una Iglesia de Estado, estrechamente ligada y subordinada al trono imperial desde las reformas de Pedro el Grande. Gozaba de un estatuto Oficial, de una fortuna considerable en bienes raíces y poseía una gran influencia social. Pero la vida religiosa era mucho más activa en el clero regular que en el clero secular. Mientras que los monasterios eran, por lo general, focos de difusión espiritual, el clero parroquial se reclutaba en condiciones tales que la vocación religiosa no desempeñaba más que un papel secundario. La organización eclesiástica reservaba el acceso a los seminarios a los hijos de los clérigos parroquiales. Nadie, fuera de estos hijos, podía ser sacerdote, más que entrando en una orden religiosa, pero, en este caso, jamás ejercía su ministerio en una parroquia ni podía entrar en contacto directo con los fieles. Entre los regulares y los seculares, la separación moral era casi completa: el clero «negro» despreciaba a los popes. Ahora bien, los obispos y los arzobispos se seleccionaban exclusivamente de entre los miembros del «clero negro». Obligados al celibato, en tan-

to que los popes eran casados, estos altos dignatarios eclesiásticos, que no habían ejercido el ministerio parroquial, ignoraban muy a menudo la mentalidad del bajo clero y las dificultades de su vida. Con respecto a

este clero parroquial, tenían los sentimientos que profesaba el clero «negro» del que provenían.

Mal retribuidos por el Estado, los popes llevaban, en el campo, una

existencia miserable, tanto más cuanto que tenían generalmente una numerosa familia. Absortos por las preocupaciones materiales, apenas con-

sagraban tiempo a su sacerdocio. Los intelectuales les reprochaban, no sin razón, su ignorancia, y los campesinos se quejaban a menudo de su

avidez de ganancias, que no era menos real.

Claro está, el «hijo del pope», cuando era inteligente, no se contentaba con la enseñanza puramente escolástica dictada en los seminarios. Los individuos más brillantes procuraban seguir los cursos de la Academia teológica y entrar en las órdenes religiosas, para así poder acceder a

los altos cargos eclesiásticos. Pero se perdían entonces para el clero parroquial, que, salvo en las grandes ciudades, seguía reclutándose en malas condiciones.

La alianza del trono y del altar, que era el fundamento de la organización eclesiástica, no estaba, sin embargo, abiertamente amenazada. Aunque casi no tuvieran motivos para felicitarse por la situación que vi-

vian, los popes seguían ligados a las concepciones tradicionales, quíll por pereza mental, más que por convicción. Los altos dignatarios se esta-

ban vinculados al régimen por su interés. Pero, en ciertos medios -los que tenían la mayor actividad intelectual-, se ponía en duda el valor del régimen eclesiástico. Los mejores elementos de la Iglesia conictizaban ‘

1 va, apartarse del trono y a tomar conciencia de la necesidad de una rcr'0 ción de la Iglesia ortodoxa. Si ésta, por propia voluntad y a falta de una

La ortodoxia

ini,iativa de la Corona, no realizaba las reformas necesarias para mejorar el reclutamiento de los popes en las parroquias rurales, y para restablecer la solidaridad moral entre los miembros del clero, ¿no corría peligro de perder su influencia en la sociedad? Estas preocupaciones encontraban eco entre los laicos. En Petersburgo, la «Sociedad filosófica» que con-

taba entre sus dirigentes a hombres tales como D. M. Merejkovski, agrupaba a personalidades que, clérigos o no, buscaban solución a estos problemas.

Este malestar de la Iglesia ortodoxa rusa explica la actitud adoptada por la mayoría del clero cuando se producen la revolución de octubre y la abdicación del zar. Al principio, el bajo clero se adhiere sin esfuerzo al nuevo régimen político, pues espera de él una mejoría de su situación material. Los obispos y los arzobispos, librados a su propia inclinación, serían sin duda más reticentes; pero, en el Santo Sínodo, los partidarios de una reforma eclesiástica pueden más, al estimar preferible no ligar la suerte de la Iglesia a la de la dinastía. Cuando el procurador Raev, durante las huelgas de Petrogrado ‘, quiere lanzar un anatema contra los Jefes del movimiento, «traldores a la patria», la mayoría del Santo Sínodo se niega a apoyarlo. Seis días más tarde, el Santo Sínodo saluda al gobierno provisional y publica un mensaje donde bendice la «nueva Rusia libre». Es difícil decir si esta adhesión es sincera. ¿Quizás los miembros del

Sínodo actúan sólo por oportunismo? En todo caso, su actitud decide la del alto clero que, con algunas excepciones de buen o mal grado, se adhiere al nuevo poder.

Sin embargo, la concordia sólo es pasajera. El gobierno provisional proyecta poner fin al antiguo régimen eclesiástico y proclama la «libertad de la Iglesia». Pero quiere también que esta Iglesia «libre» se deshaga de los elementos conocidos por guardar una notoria vinculación con el régimen político depuesto. Esta voluntad es también la de numerosas comunidades de fieles que votan mociones de desconfianza a ciertos obispos y reclaman su destitución. Las autoridades locales llegan a poner bajo orden de arresto a los prelados sospechosos. El alto clero, por su lado, aceptando siempre la «libertad» de la Iglesia, porque desea liberarse de la tutela del Estado, piensa conservar los privilegios y las prerrogativas de los que gozaba hasta entonces. ¿Cómo evitar el conflicto? En el bajo clero tampoco faltan las ocasiones de descontento. La esperanza de ver mejorar las condiciones materiales de la vida se derrumba en el transcurso del desorden económico que sigue a la revolución. En las parroquias donde el papa tenía reputación de rapacidad, los campesinos aprovechan 1111 circunstancias para saldar viejas deudas. Algunos sacerdotes son arrojados por sus feligreses.

Esta atmósfera enrarecida es el marco donde se reúne, en junio de 1917, el primer «congreso eclesiástico panruso». Sus miembros votan, en

Véase

p. 367.

594

595

La vida religiosa

el plano político, resoluciones «democráticas». Pero, en el plano religioso, hacen expresas reservas con respecto a la situación creada por la re-

volución. Declaran inadmisibles un régimen de separación entre la Iglesia y el Estado, y reclaman para la Iglesia ortodoxa un estatuto oficial, no quieren admitir que las escuelas parroquiales sean entregadas al im-

perio de Instrucción Pública y exigen que, en las escuelas del Estado, la enseñanza de la historia sagrada siga siendo obligatoria. Ahora bien, el principio de separación y el de la escuela laica, figuraban en el programa de todos los partidos gubernamentales, hasta en el de los más moderados. ¿Cómo habría podido aceptar el gobierno provisional las resoluciones del Congreso eclesiástico? Todo lo más, podía intentar contemperizar para evitar una ruptura.

Pero los partidos políticos se mostraban más exigentes que el gobierno. Hubo que satisfacerlos. La ley del 20 de junio de 1917 decidió que todas las escuelas subvencionadas por el Estado serían colocadas bajo el control del ministerio de Instrucción Pública. Tal fue el caso de 37.000 escuelas parroquiales. Al anunciarse la supresión de la enseñanza religiosa obligatoria, el Congreso eclesiástico y el Sínodo protestaron: el pueblo ruso estaba acostumbrado a beber en las enseñanzas de la Iglesia «la simiente de la fe y los ideales de la vida», ¿se quería privar a la Iglesia del medio de influencia que la escuela le brindaba? Estas leyes, además amenazan en su situación material a los millares de sacerdotes encargados de la enseñanza religiosa en los establecimientos escolares. En estas

medidas que, a ojos del gobierno provisional, eran la consecuencia lógica del nuevo principio de «libertad», la Iglesia ortodoxa veía una señal de hostilidad. Los medios eclesiásticos pasaron a adoptar una actitud de oposición abierta: al gobierno provisional «anticristiano» le querían oponer en lo sucesivo una resistencia enérgica.

De modo que, cuando el concilio de la Iglesia ortodoxa rusa se reúne en Moscú en agosto de 1917, son los elementos «reaccionarios» los que prevalecen. Por entonces, la autoridad del gobierno provisional, que se

encuentra en conflicto con el general Kornilov, es muy precaria. Sin em-

bargo, los miembros del concilio son lo suficientemente prudentes * Corrí() para no pronunciarse claramente a favor del general; evitan asociarse a una aventura que no tarda en abortar; pero no vacilan en reclamar la derogación de las nuevas leyes escolares, y esta reivindicación choca, por supuesto, con una negativa categórica. El concilio no se resigna. Espera aún que las elecciones Constituyentes, previstas para fin de año, ofrezcan condiciones más favorables a sus reivindicaciones. Con el fin de o-

ganizar la resistencia, el concilio se sirve de la «libertad» otorgada a la

Iglesia para restablecer la institución del patriarcado. Pero el golpe de Estado bolchevique y la revolución de octubre no pueden más que aglalar evidentemente, la situación de la Iglesia ortodoxa rusa. No obstante, el concilio no escucha a los tímidos; y adopta una actitud combativa. Mensaje al pueblo ruso, algunos días después de la toma del poder, por Lenin, ataca con vehemencia al nuevo gobierno «simiente del Ar!»

596

El isla7n

«cristo». No existe patria, dice este mensaje, para aquellos que ven el único fundamento de su poder en la violencia ejercida por una «clase» sobre todo un pueblo: «Arrepentíos... abandonar el sueño insensato e impío de dirigentes enganosos que os invitan a construir la fraternidad universal por medio de una lucha fratricida». Cuando el Consejo de comisarios del pueblo decide intentar la paz con Alerriama', el concilio, en un nuevo mensaje, condena esta política y niega al gobierno bolchevique el derecho de hablar en nombre de la nación.

La reacción del gobierno no es inmediata. Lenin, sin duda por tener preocupaciones más urgentes, no pone fin a las sesiones del concilio y hasta permite entronizar con gran pompa al nuevo patriarca. Pero, en diciembre de 1917, dicta medidas que afectan directamente los intereses de la Iglesia ortodoxa: un decreto que subordina a la comisaría de Instrucción Pública no solamente las escuelas parroquiales, sino también los seminarios y las academias de teología, y una ley sobre la secularización de los actos de Estado civil. Las autoridades eclesiásticas protestan; hacen propaganda entre los fieles, a quienes llegan a veces a profibir cualquier relación con el gobierno «ateo y perjur». Pero hasta 1918, después de la disolución de la Constituyente, la lucha no se agudizará. Entonces, el gobierno confisca los bienes de la Iglesia en beneficio de la nación, luego suprime los emolumentos del clero (2 de febrero de 1918). El 4 de febrero, estas medidas son confirmadas por el decreto general de la separación de la Iglesia y el Estado. El patriarca Tikhon lanza anatema contra el régimen bolchevique, mientras que la prensa soviética comienza una violenta campaña contra estos «gendarmes con sotaría» que son los miembros del clero y denuncia la avaricia de los papas «hipócritas y mercaderes». ¿Hay que sorprenderse de ver a los clérigos desempeñar un

papel en la organización de la lucha armada con el régimen y facilitar la acción de los ejércitos blancos> En lo sucesivo, la Iglesia ortodoxa va a ser considerada como enemiga por el gobierno.

IV. EL ISLAM'

A pesar de los cismas, las poblaciones musulmanas -230 a 250 millones de hombres- permanecían unidas, a comienzos del siglo XX, a la vez Por una comunidad de fe y de cultura y por un lazo sentimental. ¿Pero en qué medida se podía hablar aún de «unidad del Islam»?

El Islam constituía una «unidad social viva»; prácticamente no era posible' discutirla. El principio de esta unidad era el Corán, que brindaba

Obras de consulta.- Comandante Larcher, *La guerre turque dans la guene mondiale* (Par., 1925, in-S-), el cap. 1; H. Gibbs, *Whether Islam* (Londres, 1932, in-S'); L. Massig- "Qn, *Le Problème islamique* (París, 1921, folleto de 34 páginas, m-S'); De Lacy OTeary, *1'141n at tbe* J 11 Pl

l.,

Cross-roads (Londres, 1923, in-S'); Lothrop St,ttard, *Le nouveau mon e* 5- (París,1923, in-S@); F. Cataluccio, *Storia del nanonalismo arabo* (Milán, 1939, in-12).

La vida religiosa

a las poblaciones musulmanas no solamente los preceptos de sus creencias, sino también las reglas fundamentales de su vida familiar, de su derecho civil, de su actividad económica. En todos los países musulmanes

la organización de la sociedad reposaba sobre la distinción entre «creyentes», los únicos capaces de ejercer los derechos del ciudadano, y no creyentes, cuyos derechos y obligaciones eran diferentes; las organizaciones judiciales y las reglas sucesorias tenían como fundamento la ley religiosa. Esta estrecha similitud hacía de estos países «un todo distinto al resto de la humanidad».

1 no existía. En el terreno, en el ámbito político, tal homogeneidad

1. En el mundo musulmán, la organización religiosa en sí misma no estaba totalmente cumplida. Sin duda, había un jefe religioso, el califa, y desde hacía cuatro siglos, el califato era ejercido por el sultán del imperio otomano: en su nombre se pronunciaban las plegarias en las mezquitas del África del noreste, de la India, del Asia Central, así como en los territorios sometidos a la soberanía otomana. Sin embargo, ni los musulmanes del Magreb, ni los de África occidental, ni los de las Indias holandesas obedecían al califato, a pesar de la identidad de las normas. Desde 1880, bajo la influencia de algunos intelectuales, se había expresado a menudo el deseo de estrechar la unión de los musulmanes en torno al califa, sin que este movimiento «panislámico» hubiese tenido mucho ascendiente sobre las masas. Abd ul-Hamid había soñado con utilizar estas tendencias panislámicas para llegar a tener enteramente en sus manos la dirección del Islam. Pero la revolución de 1909, que lo expulsó, llevó al poder en Constantinopla a los «jóvenes turcos», más preocupados por reforzar la co-

hesión entre los otomanos de Asia Central, Persia, Afganistán, que por intentar organizar el mundo islámico entero: frente al «panislamismo», los jóvenes turcos preferían el «nacionalismo». Esta tendencia nacional-

lista había acentuado las divergencias entre turcos y árabes; y evidentemente podía comprometer aún mucho más la solidaridad entre los musulmanes. ¿La guerra europea iba a acentuar los nacionalismos entre las poblaciones musulmanas o, por el contrario, daría al panislamismo oca-

sión de consolidarse?

Cuando el imperio otomano entró en lucha con las potencias centrales, en noviembre de 1914, el sultán, en su calidad de califa, dirigió

todos los musulmanes del mundo un llamamiento a la «guerra santa». El gobierno otomano intentó, pues, arrastrar tras él a la masa de «creyentes», y realizar, bajo su dirección, la unidad del Islam. Si este llamamiento hubiera sido escuchado, habría podido amenazar seriamente a las potencias de la Entente. ¿Qué iban a hacer los setenta millones de musulmanes de India, los musulmanes de Afganistán, los de Egipto, los del Turquestán ruso, los de Magreb, los de África oriental y occidental? ¿La consigna lanzada por el califa iba a provocar movimientos de rebelión en las colonias rusas de Asia central, en las colonias francesas de África y

0 Véase p. 228.

598

El islam

sobre todo en el Imperio británico? De hecho, el llamamiento a la guerra santa no tuvo eco, porque la masa de musulmanes no tenía la sensación de que el conflicto europeo pusiera en peligro el islam, y también porque la presencia de alemanes en las filas del ejército turco era sin duda chocante para los «creyentes». Egipto no se movió, los musulmanes de la India permanecieron tranquilos, más aún cuando veían en la presencia de los ingleses una protección contra la mayoría hindú. El pequeño movimiento de rebelión que estalló, en 1916, en la zona de las altas mesetas argelinas, sólo fue una llamarada. Sólo se trató de guerra santa en Cirenaica, donde los senusitas entablaron una lucha feroz contra los italianos, para arrojarlos al mar. Y las esperanzas de los defensores del panislamismo se disiparon.

Al mismo tiempo, las circunstancias provocaron, en ciertos sectores del mundo islámico, el desarrollo de la idea de nacionalidad a expensas del sentimiento de solidaridad religiosa. En la parte meridional del imperio otomano, los árabes aprovecharon la oportunidad para afirmar su voluntad de independencia. Uno de sus jefes se había aliado con Gran Bretaña contra el sultán. El jerife de La Meca, protegido por Inglaterra, se erigió en rival del califa. Esta escisión entre los turcos y una parte de los árabes destruyó toda esperanza de unidad islámica.

En el otoño de 1918, el Islam atraviesa pues una crisis. La adversidad no sólo ha demostrado que no constituía una fuerza internacional eficaz; sino que la destrucción del imperio otomano, que había sido hasta 1914 la única «gran potencia musulmana» y que constituía el centro del mundo islámico, parece encaminarse a agravar las tendencias de disociación. Los «Santos Lugares» del Islam están bajo el control de los infieles, y los peregrinos se alejan de ellos. La sede del califato, en Constantinopla, está bajo ocupación extranjera, y el sultán aparece como prisionero de los aliados. La anarquía amenaza a la comunidad musulmana.

En verdad, estos síntomas no son tan graves como pudiesen parecer en una primera aproximación. La fuerza moral que el islamismo representa no está profundamente afectada. Por haber aceptado la alianza inglesa, el jerife de La Meca es censurado por casi todos los musulmanes, con excepción de Hedjaz. Se niega a desempeñar el papel de «anti califa». Entre los mismos árabes, encuentra en Ibrí, Seud, rey de Nedjd, a un rival peligroso. En Afganistán y en Persia, a principios de 1919, las poblaciones y los gobiernos reaccionan contra las influencias extranjeras. De Anatolia a la India, los musulmanes protestan contra la situación en la que se encuentra el califa; pero esta reacción, este endurecimiento del sentimiento musulmán, va acompañado de una evolución interesante en la mentalidad de los intelectuales: éstos reconocen la necesidad de un cambio en los hábitos de la vida económica y en las instituciones administrativas para escapar a la decadencia. En ciertas regiones -la nueva Turquía, Persia, Egipto, India-, la influencia de los métodos y hasta el

Véase p. 357.

eu-

La vida religiosa

pensamiento occidental se manifiesta mucho más claramente que antes de 1914. Esta influencia se asienta en el ámbito de la organización administrativa por la institución de departamentos ministeriales de tipo «

ropeo», y la creación de municipios elegidos; se asienta incluso en la esfera de las instituciones políticas, pues ciertos Estados musulmanes adoptan, al menos en apariencia, las nociones constitucionales occidentales: la teoría del absolutismo parece caduca. El nacimiento de una prensa periódica, que explica a sus lectores los movimientos políticos y económicos del mundo contemporáneo, estimula la actividad intelectual y tiende a «secularizar» la concepción de la vida. Se acrecienta el número de establecimientos de enseñanza. No obstante, esta «occidentalización» está limitada a las clases superiores de la sociedad, y no llega a las masas; tampoco quebranta las creencias religiosas; los musulmanes conservan la adhesión a su fe, a sus fundaciones pías, y siguen convencidos de la superioridad del Islam. A pesar de las infiltraciones extranjeras, va a reanudarse entre los pueblos que componen la «familia de naciones islámicas» el lazo sentimental que la guerra había debilitado.

V. EL MOVIMIENTO SIONISTA ¹²

En la vida de las comunidades judías en Europa central, la guerra aportó un elemento nuevo, brindando la oportunidad de realizar las as-

piraciones del movimiento sionista.

Después de la publicación de los libros en los que Moses Hess, en

1862, y Pinker, en 1882, habían buscado una solución al problema de los judíos oprimidos y habían sugerido crear, en alguna parte del mundo, un lugar de refugio para los israelitas de Rusia amenazados por los pogromos, Herzl fue hasta su muerte, en 1904, el animador del movimiento. Había pensado establecer en Palestina este hogar Judío, pero fracasó en las conversaciones entabladas con el gobierno otomano. Este fracaso no impidió al congreso sionista de 1905 la decisión de orientar hacia ese país la emigración de los judíos de Europa oriental. En vísperas de la guerra, ocho mil de estos emigrantes llegaron, en un año, a establecerse en Palestina, gracias a los donativos que les otorgaba el «fondo nacional judío».

Pero la tendencia sionista chocaba con numerosas críticas en los medios israelitas de Europa occidental. En efecto, llevada al extremo por algunos teóricos propensos a considerar todas las comunidades judías del mundo como una «nacionalidad sin territorio», incapaz de identificarse

¹² Obras de consulta.- Sobre el movimiento sionista, N. Sokoloff, *History of Zionism* (Londres, 1919, 2 vol., in-8°); Léonard Stein, *Zionism* (Londres, 1925, in-8°); H. Kallen, *Zionism and world politics* (Londres, 1921, in-8°); J. Cohen, *The Zionist movement* (Londres, 1945, in-8°). Sobre los orígenes de la declaración Balfour, H. Sidebotham, *Great Britain and Palestine* (Londres, 1937, in-8°); L. Stein, *The Balfour declaration* (Londres, 1961, in-8°); R. Meinertzhagen, *Middle East Diary, 1917-1956* (Londres, 1960, in-8°).

- 600 -

El

movimiento sionista

plenamente desde el punto de vista social y político con las naciones en el seno de las cuales vivían, la tesis sionista pretendía dar un territorio y un centro político al conjunto de los adeptos a la religión judía. Los británicos de Inglaterra y los de Francia, entre otros, se negaban a dejar creer que su confesión hubiese podido volverlos ajenos a la nacionalidad de los países a los que pertenecían, ya sea desde siempre, ya sea desde hacía siglos. La comunidad judía, decía por ejemplo el Anglo-Jewish Association, es una comunidad religiosa, que no tiene aspiraciones en el sentido político del término. Los judíos que viven en un Estado pueden participar del espíritu nacional de este Estado, hasta en el caso de no ser autóctonos, y la propaganda sionista sólo tiene sentido para aquellos de sus correligionarios cuya particularidad se ve reforzada por la persecución, y a los que ésta hace imposible la permanencia en los países donde primero se asentaron.

La guerra abrió nuevas perspectivas, porque el ingreso del imperio otomano en el conflicto planteaba en términos no previstos el problema de Palestina: desde 1914, era lícito considerar la hipótesis de que el territorio palestino escapase a la soberanía del sultán y pudiese por esta causa, abrirse a la colonización judía mucho más generosamente que en el pasado.

Halm Weizmann, profesor en Manchester, ya conocido por el prestigio que había adquirido en los medios sionistas, tomó la iniciativa de su gerir al gabinete inglés el establecimiento de un «hogar Judío» en

Pales-

Palovina, bajo protectorado inglés. Pero ¿no era el gobierno británico aliado del gobierno ruso, es decir, uno de los «perseguidores»? Para presentar al zar un proyecto de este tipo, había que actuar con prudencia. En la primavera de 1916, sin embargo, el embajador de Gran Bretaña tanteó el terreno con el ministro ruso de Asuntos Exteriores. «Utilizando la causa sionista», dijo, «podrían obtenerse importantes resultados. Uno de ellos sería atraer a la causa de los Aliados a los elementos Judíos de Oriente, de los Estados Unidos y de otras regiones». El representante británico no tuvo necesidad de agregar que Inglaterra podía encontrar, en la creación de un «hogar iudío» en Palestina, un medio de garantizar la seguridad de una zona de acceso al canal de Suez y a Egipto.

El asunto sólo cobra importancia después de la desaparición del régimen zarista. La diplomacia inglesa mantiene largas negociaciones con los representantes de las organizaciones sionistas, cuenta con el consentimiento del presidente Wilson y hasta con el del papa. El Gabinete, sin tener en cuenta la opinión de Cruzon, que teme la resistencia de los árabes, se decide, el 2 de noviembre de 1917, a hacer una promesa. El «gobierno de Su Majestad», dice la nota Balfour, «ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y prestaría toda su asistencia a la realización de este proyecto, quedando claro que nada será hecho para perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que existen en Palestina, o los derechos y el estatuto político del que gozan los Judíos en cualquier otra re-

La vida religiosa

ión». Francia e Italia brindan su adhesión explícita a esta nota, una en febrero, la otra en marzo de 1918. El gobierno de los Estados Unidos, sin poder disponer abiertamente de la suerte de Palestina, pues no estaba en estado de guerra con el imperio otomano, da a conocer sin embargo, en agosto de 1918, que aprueba el movimiento sionista.

¿Pero cuál será el estatuto de este hogar Judío? Al final de las hostilidades, el problema sigue sin resolver. Según el acuerdo franco-ingles 13

de marzo de 1916, Palestina, una vez separada del imperio otomano, debía colocarse bajo una administración «internacional», de hecho francoinglesa. Con todo, la política británica desearía eliminar la influencia francesa, y estaba en condiciones de lograrlo, ya que eran tropas del Imperio las que, en 1918, habían ocupado el país. A fines de 1918, el gobierno francés renuncia a sus derechos. De modo que los medios sionistas proyectan la administración de Palestina bajo la soberanía inglesa, por un gobierno judío: es el plan que sugiere el diario Jewish Chronicle.

¿Cómo creer que la población árabe de Palestina pueda resignarse a

este proyecto, incluso si la tolerancia religiosa le es expresamente prometida? Entre el sionismo político, sobre todo tal como se venía desarrollando desde 1905, y el nacionalismo árabe, el enfrentamiento es previsible. La política inglesa que, en el transcurso de la guerra, alentó a los árabes a la vez que hacía promesas a las organizaciones sionistas, está en situación difícil. En julio de 1919, la comisión de investigación enviada por el presidente Wilson al Cercano Oriente concluyó que el programa sólo puede ser realizado en contra del deseo de la población, y por la fuerza. Balfour mismo comprueba «la hostilidad presente en la mayor parte de la población»; espera sin embargo que los árabes acaben aceptando poco a poco la inmigración «cuando reconozcan las ventajas que resultarán del aporte del dinero judío y de la aplicación de los métodos judíos en el desarrollo del país».

Véase p. 359.

602

CAPÍTULO V

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL 1

En la esfera de la vida intelectual, como en todos los demás ámbitos, la guerra hizo su obra de destrucción. La movilización sacó a los intelectuales de sus Investigaciones o de su meditación; los más jóvenes de ellos fueron exterminados por decenas de miles. En cada país, la élite se empobreció. Los contactos internacionales se rompieron en gran parte a partir de agosto de 1914. La alta investigación científica perdió el estímulo que el conocimiento de los trabajos realizados en el extranjero daba a los sabios de cada país. La circulación de las obras literarias, filosóficas o musicales se hizo difícil, casi imposible. Los jóvenes artistas se vieron privados de la formación que los viajes de estudios les brindaban. La «penetración mutua de las cosas del espíritu» de la que Vogue había hablado en la Novela rusa, fue obstaculizada durante más de cuatro años. Finalmente las rudas condiciones morales y materiales de la vida en los países beligerantes no favorecieron, desde luego, los trabajos de investigación desinteresada.

Pero, por otro lado, la guerra fue un estimulante. Excitó el ingenio, desarrolló el espíritu de invención y dio a la ciencia aplicada la oportunidad de marcar progresos, en todos los ámbitos que pudiesen presentar un interés directo para el desenlace de la lucha. Puso también a los hombres de ciencia frente a problemas nuevos.

¿Es posible determinar en qué medida la actividad científica, literaria o artística sufrió la influencia de los acontecimientos que sacudían al mundo?

I. LAS CIENCIAS 2

En el transcurso de los diez años que precedieron a la guerra, la investigación científica, gracias a la cooperación internacional entre los

Obras de consulta.- G. Steinhausen, *Deutsche Geistes- und Kuiturgeschichte* (Halle, 1931, in-8-); R. Ashley, *Our contemporary civilization* (New York, 1935, in-S'); J. ChapNY, *Hiátoire de la civilisation en Occident. IL Le désarroi de POccident* (París, 1960).

Obras de consulta.- Sobre la investigación científica en general, *Histoire générale des*

hombres de ciencia, abrió nuevas vías a la inteligencia y a la actividad humana.

En el ámbito de la ciencia pura, las investigaciones de algunas destacadas inteligencias habían permitido construir teorías audaces que hacían tambalear la noción clásica de la inamovilidad de las leyes científicas, y que cuestionaban algunos resultados fundamentales obtenidos en el transcurso del siglo XIX. Estas investigaciones formularon nuevos métodos de experimentación, ampliaron el campo de trabajo, plantearon problemas, más aún de los que resolvían, mostraron las insuficiencias de los conocimientos recibidos y orientaron la alta investigación hacia nuevos horizontes.

En matemáticas, Francia conservaba su primacía. Henri Poincaré, célebre ya desde hacía veinte años por sus trabajos de análisis matemático, por los métodos que había aportado al estudio de la mecánica celeste y por sus investigaciones de física matemática, exponía, al final de su vida, las ideas fundamentales a las que conducía su obra y extraía de ellas los elementos de una filosofía de las ciencias. En «El valor de la ciencia» (1912), recordaba cómo los principios que parecen más sólidos se ven a menudo desacreditados por el progreso de las investigaciones. ¿Hay que concluir de esto que la ciencia sólo puede hacer un «trabajo de Penélope» y solamente puede «eregir construcciones efímeras»? Es cierto que las leyes particulares nunca son más que leyes aproximadas y probables. «Los científicos nunca desconocieron esta verdad; sólo creen, con razón o sin ella, que toda ley podrá ser reemplazada por otra, más aproximada y más probable, que esta misma ley nueva sólo será provisional, pero que el mismo movimiento podrá continuar indefinidamente, de manera que la ciencia, al progresar, poseerá leyes cada vez más probables, que la aproximación acabará por diferir tan poco como se

titud y la probabilidad de la certeza».

En el momento en que Henri Poincaré desaparecía (1912), Émile Borel publicaba el resultado de sus investigaciones sobre la generalización de la teoría de las funciones analíticas; con Henri Lebesgue, fundaba una

nueva rama de la ciencia matemática, la teoría de las «funciones de va-

riable real», que despejaba el camino a los trabajos de Sierpinski en Po-

Sciences (París, 1957-1964, 4 vol., in-8°, el tomo IV, La Science contemporaine. Le XX°, e-

de); G. Borel, Ch. Brunschwig y otros, L'évolution des sciences physiques et mathématiques (París, 1935, in-12); J. Jeans, W. Bragg y otros, Le progrès scientifique (París, 1938, in-8°), trad. del inglés- Sobre los progresos científicos durante la guerra, Bastian Sclunid, Deutsche Naturwissenschaft, Technik und Erfindung im Weltkrieg (Munich, 1919 in-8°); A. Russell-Bond, Inventions of the Great War (New York, 1920, in-8°). H. Vigneron, Les applications de la physique pendant la guerre (París, 1919, in-8°); G. von Siemens, Der VV19 der Elektrotechnik. Geschichte des Hauses Siemens (Munich, 2ª ed., 1960 2 vol.) sobre la

aeronáutica, Ch. Dollfus y H. Bociché, Histoire de l'aéronautique (París, 1932, L. Baird, «Progress of aviation in the War period» (Londres, 1919, in-8°, extr. de The ae

ronautical journal-Sobre la cirugía y la medicina, véase Barth, Handbuch der praktischen Erfahrungen im Weltkrieg (Leipzig, 1921, in-81); G. Boschi, La guerra e la arti sanitarie (Milán, 1929, in-8); W. Bambridge, Report on medical and surgical developments Of the War (Washington, 1919, in-8°).

604

Las ciencias

loma, de N. Lusin en Rusia, de R. Riemann en Alemania. Émile Picard aportaba un nuevo método de razonamiento al análisis matemático, el método de las «aproximaciones sucesivas». La geometría se había vuelto célebre con Gaston Darboux, por sus lecciones sobre la teoría general de las superficies, y con Élie Cartan, por sus estudios sobre la teoría de grupos, maestros cuya autoridad era universalmente reconocida. Paul Apell y Paul Painlevé aportaban nuevos y originales puntos de vista en el terreno de la física matemática, mientras que Andoyer calculaba sus Nuevas tablas trigonométricas de trece decimales (1913), obra esencial para los trabajos de astronomía.

En el ámbito de las ciencias físico-químicas, el campo de investigaciones había sido transformado fundamentalmente por los trabajos de los científicos alemanes. Fue en 1900 cuando Max Planck, cuyos conceptos fueron recogidos y completados por Einstein, estableció una nueva teoría de la luz, al sugerir que la energía radiante era emitida y se propagaba por medio de partículas, cada una de las cuales transportaba un quantum de energía. Esta doctrina de los quantum había sido aplicada por el danés Niels Bohr, en sus investigaciones sobre la mecánica del átomo. Con los ingleses Rutherford y Soddy, había demostrado que todo átomo estaba formado por un centro electrizado positivamente, el «nucleo», alrededor del cual gravitaban corpúsculos negativos, los «electrones». Estos descubrimientos proporcionaban una nueva interpretación de los fenómenos relativos a la variación del calor específico de los cuerpos sólidos y a la producción de rayos X. Abrían camino a las investigaciones del alemán Laue (1912) sobre las radiaciones electromagnéticas.

Al mismo tiempo, los trabajos de Lorentz y de Einstein sobre las teorías de la relatividad pusieron en marcha una nueva orientación del pensamiento. Siguiendo la senda abierta por el gran físico de Chicago, Albert Michelson, un germano-americano, en sus experiencias sobre la velocidad de la luz, Einstein, en 1905 y luego en 1911, revolucionó las nociones admitidas hasta entonces sobre el espacio y el tiempo. No hay, decía, ni tiempo ni espacio absolutos. Las dimensiones de los cuerpos son relativas: un cuerpo, al ser puesto en movimiento en una traslación, sufre una

deformación en el sentido del movimiento. En cuanto al tiempo físico, depende de la forma en que se mida. Estas opiniones revolucionaban todas las perspectivas conocidas hasta entonces tanto en el estudio de la gravedad, como en el de la conservación de la energía.

En las ciencias biológicas, las novedades no fueron menores. En 1912, en su laboratorio de los Estados Unidos, el francés Alexis Carrel realizó, con la colaboración de Burrows y de Eberling, sus experiencias sobre el Cultivo de tejidos, que arrojaron una luz nueva sobre numerosos problemas de embriología, de fisiología y de medicina. Sobre la base de estos trabajos, el injerto de tejidos se convirtió en una práctica corriente. Los trabajos del francés Hétion y del canadiense Banting sobre las hormonas, los del francés Yves Delage y del austriaco Boveri sobre la partenogénesis, abrieron amplios horizontes a la embriología, al tiempo que las

El movimiento intelectual

investigaciones emprendidas en una nueva dirección, la bioquímica, permitieron descubrir las vitaminas. Maurice Caullery, en su libro «El problema de la evolución», publicaba las bases fundamentales del tra,,_ formismo.

Este mismo impulso de las investigaciones se manifestó en las ciencias aplicadas, donde condujo a descubrimientos de largo alcance.

En medicina, Hyacinthe Vincent había descubierto y comenzado a aplicar la vacuna contra la fiebre tifoidea; Émile Roux y Charles Nicolle hacían grandes progresos en seroterapia; Charles Richet publicaba, en 1903, sus trabajos fundamentales sobre la anafilaxia, y Wassermann, en 1906, obtenía resultados notables en sus investigaciones sobre el diagnóstico de la sífilis.

En química, rama en la que dos científicos franceses, Le Châtelier, por sus investigaciones en electrometalurgia, y Paul Sabatier, por sus trabajos sobre los nuevos procedimientos de catálisis, habían adquirido renombre, era sin embargo la ciencia alemana la que estaba en cabeza: Haber, en 1913, perfeccionaba un método de síntesis del amoníaco.

En física, los descubrimientos efectuados durante los últimos años del siglo XIX entraban en el orden de las realizaciones prácticas. Sobre la base de los trabajos de los hermanos Lumière, el cine comenzaba su sorprendente carrera, mientras que después de las invenciones de Hertz, de Édouard Branly y de Marconi, André Blondel, en 1905, luego el general Ferrié, lograban instalar aparatos de emisión de destellos musicales. La navegación submarina, de la que Gustave Zéolé había sido precursor veinte años antes, abrió, a partir de las realizaciones de Laubeuf, en 1897, perspectivas nuevas en la estrategia y en la práctica marítimas. Pero la novedad fundamental fue la locomoción aérea.

Después de las experiencias del francés Clément Ader, en 1897, y del alemán Lilienthal, dos americanos, Wilbur y Orville Wright, lograron construir, en 1903, un aeroplano de propulsión mecánica, capaz de ele-

var a un piloto en un vuelo continuo. El 17 de diciembre de 1903, en

Carolina del Norte, efectuaron un vuelo de doce segundos. Por primera vez, una máquina que transportaba un hombre, se elevaba por los aires «por sí misma, por su propia potencia, en vuelo libre». El 20 de septiembre de 1904, realizan el primer vuelo en circuito cerrado. En septiembre de 1905, su aparato se mantiene en el aire durante media hora. El brasileño Santos Dumont, residente en París, hizo mucho para mostrar el alcance de la invención: desde 1906, realizaba los primeros vuelos en Europa. En 1908, los progresos fueron rápidos. Henri Farman logró, en enero, el primer vuelo de un kilómetro en circuito cerrado, y, en octubre, en los alrededores de Reims, el primer «viaje» de ciudad a ciudad, sobre una distancia de 27 kilómetros, cubierta en veinte minutos. Wilbur Wright, que vino a establecerse en Francia, llevó a una hora la duración del vuelo, en el campo de Auvours. Al año siguiente, el 25 de julio de 1909, Louis Blériot cruzó el Canal de la Mancha, de Calais a Dover.

Le de Lagler, en un aparato de su construcción, mientras que el cono

- 606 -

Las ciencias

bert, tres meses más tarde, sobrevoló París en un avión construido por los hermanos Wright. Entre 1909 y 1914, el progreso de la aviación fue aún más rápido. La primera travesía de los Alpes fue efectuada el 18 de septiembre de 1910 por Geo Chávez, un peruano que vivía en París, que se mató en el aterrizaje, y la primera travesía del Mediterráneo fue realizada sin incidentes por Roland Garros en septiembre de 1903. Mientras que, en 1910, la gran hazaña había sido el «circuito del Este», en Francia, que comprendía en seis etapas un total de 780 kilómetros, el año 1913 vio a Brindejonc des Moulinais efectuar una «vuelta a Europa», de 5.000 kilómetros, y a Védrines volar de París a El Cairo, pasando por Constantinopla y Beirut. El récord de duración había pasado de 8 horas en 1910 a 24 en 1913; el récord de velocidad fue batido, en la misma fecha, con 200 kilómetros en una hora, y el récord de altura, con 8.650 metros. Gracias a los festivales de aviación, que recibían la afluencia de decenas de miles de espectadores, gracias a las grandes carreras internacionales (en 1911, París-Madrid y París-Roma), la aviación adquirió una inmensa popularidad. Y Francia, donde se construyeron 1.350 aparatos en 1911 y 1.425 en 1912, ocupaba el primer puesto en esta expansión.

El éxito del avión no impidió, sin embargo, a los promotores de la locomoción aérea buscar otra solución al problema del transporte por medio del aire. Desde que, en base a las experiencias realizadas en 1884 por el coronel Renard, Santos Dumont construyó, en 1901, un pequeño globo dirigible, y logró un vuelo en circuito cerrado sobre París, los constructores franceses habían realizado nuevos tipos de globos, capaces de alcanzar una velocidad de cuarenta kilómetros por hora. Pero fue en Alemania donde el «más liviano que el aire» logró grandes éxitos. El conde Zeppelin,

que tenía setenta años en 1908, había inventado el globo dirigible de tipo «rígido», cuya velocidad y radio de acción eran muy superiores a los de los modelos franceses. En 1909, el «Zeppelin II» (que era en realidad el quinto aparato construido por su inventor), cubrió 970 kilómetros, en un vuelo de más de treinta y siete horas. Por la capacidad de sus barquillas, y por la seguridad que ofrecía a los pasajeros, el «Zeppelin» no tenía par.

La guerra dio un vivo impulso a estos progresos científicos. Sin duda, no favoreció la investigación pura, porque movilizó a los científicos al servicio del interés nacional inmediato y porque apartó a algunos de ellos de los trabajos desinteresados para orientarlos hacia las investigaciones cuyos resultados pudieran ofrecer un interés práctico; pero, en el terreno de las ciencias aplicadas, generó un gran avance. Las innovaciones técnicas fueron uno de los aspectos esenciales en el esfuerzo de la guerra.

Claro está, fue en el ámbito del armamento donde la invención científica dio especialmente sus frutos. -En navegación submarina se hicieron progresos considerables por iniciativa de los técnicos alemanes: se aumentaron, en grandes proporciones, la dimensión de los sumergibles, su radio de acción, su velocidad; por primera vez, un submarino, el *Deutschland*, cruzó el Atlántico para aparecer frente al puerto de Nueva

York. Los ingenieros alemanes, al construir los cañones que, en la primavera de 1918, bombardearon París a cien kilómetros de distancia, dieron soluciones inéditas al problema de la balística.

El «carro de combate» es una invención inglesa: fue en septiembre de 1916 cuando se construyeron los primeros vehículos de este tipo, en base a la sugerencia del coronel Swinton, adaptando a fines militares un proyecto de tractor agrícola, el «elefante mecánico», imaginado por el ingeniero Holt. Seis meses más tarde, ya se utilizaban los carros en las batallas. En 1918, desempeñan un papel importante en el éxito de las ofensivas inglesas y francesas. Finalmente, los químicos inventaron lo «gases de guerra», que fueron utilizados por primera vez en el campo de batalla en abril de 1915.

La navegación aérea especialmente, al ser un medio de guerra, tuvo durante estos años un desarrollo prodigioso, en el que el avión superó ampliamente al globo dirigible. Sin duda, el conde Zeppelin construyó, en 1914, un globo «gigante» de 30.000 m³ y de 165 metros de longitud; pero el gran dirigible «rígido» era un blanco tan expuesto a los tiros de la artillería antiaérea y de los aviones, que pronto fue abandonado como artefacto de guerra. El «más pesado que el aire», por el contrario, se convirtió en un arma indispensable. Sólo en 1910, la aviación militar comienza a ser organizada, y en el curso de la única experiencia efectuada en campos de batalla (en Tripolitania), el avión se emplea únicamente en reconocimientos. Los aparatos que utilizaban los ejércitos en 1914 tenían una velocidad de 80 a 115 kilómetros por hora, y su «techo» eran los

2.000 metros, algunas veces -muy raramente- los 3.000. Desde el principio de la guerra, los técnicos hicieron grandes esfuerzos para mejorar los tipos de aparatos y para adaptarlos a los fines tácticos: la observación, la caza, los bombardeos sobre objetivos lejanos. Aunque la misión directamente cumplida por el avión en la batalla fue bastante limitado (en mayo de 1918), sin embargo, se hizo entrar en acción a la primera división aérea francesa del general Duval, para bombardear o ametrallar las posiciones enemigas, pero los ejemplos de este tipo fueron poco frecuentes, el arma aérea no por eso dejó de cumplir una misión cada vez más importante. En total, de 1914 a 1918, los beligerantes construyeron

200.000 aviones (de ellos, 41.500 en Francia y 48.000 en Alemania). Gracias a la utilización de motores más potentes y más ligeros, los monoplanos de caza alcanzan, hacia el final de las hostilidades, una velocidad de 220 kilómetros por hora; su «techo» es de 8.000 metros y pueden subir a 4.000 metros en doce minutos. Las necesidades generadas por la guerra obligaron a la formación de estados mayores técnicos. También tuvieron otro resultado, familiarizar a decenas de millares de hombres con la navegación aérea en el ejército francés, por ejemplo, que en 1914 había otorgado 134 licencias de piloto, otorgó 6.900 en 1918. La acrobacia aérea, que antes de la guerra era monopolio de algunos pilotos excepcionales, un Pégoud, un Garros, fue practicada por todos los pilotos de caza, y la gloria de los «ases» -Guynemer, Fonck, Nungesser en Fran-

- 608 -

Las letras

en Inglaterra- despertó

1 e al Richtofen y Udet en Alemania, Albert Bail n los pilotos el deseo de imitarlos, y provocó el entusiasmo de las masas, hechos que contribuyeron ampliamente al progreso de la locomoción aérea. Esta rápida adaptación que sufrió la aviación por causa de la guerra permitiría, cuando el retorno de la paz orientara el esfuerzo hacia otros fines, el veloz desarrollo de los transportes aéreos: en Junio de 1919 se realizarían las primeras travesías del Atlántico, con escalas en Terranova y en las Azores, en Terranova y en Irlanda.

Con todo, la ciencia no aportó su contribución sólo a la tarea de destrucción. Las experiencias de la guerra fueron ocasión de hacer importantes progresos en medicina y en cirugía. Las intervenciones quirúrgicas se vieron facilitadas por los nuevos procedimientos de anestesia. Se mejoró la técnica operatoria de las trepanaciones, amputaciones y fracturas. La cirugía del cerebro, la de los nervios y la del rostro fueron renovadas. Los injertos óseos entraron en la práctica corriente. El método de Carrel y Rankin dio resultados insospechados hasta entonces en el tratamiento de las heridas. En cuanto a las medidas tomadas desde el punto de vista médico fueron eficaces, ya que, por primera vez, los ejércitos se libraron de la devastación de las epidemias. Por otra parte, en los países sometidos a bloqueo, y sobre todo en Alemania, los científicos investigaron con éxito productos de sustitución, para reemplazar las materias primas que ya no podían importarse: fabricaron, por síntesis, petróleo y caucho, acabaron un método de producción de seda artificial. Estas innovaciones, ya sea porque conciernen a la salud del hombre, o porque aumenten su destreza en la producción industrial, son otras tantas adquisiciones perdurables para el futuro.

IL LAS LETRAS'

En el movimiento filosófico, histórico y literario, los años que precedieron al conflicto mundial estuvieron marcados por el incremento de los contactos internacionales. La proyección de los grandes novelistas rebasaba más generosamente que nunca las fronteras nacionales. La obra de Gabriele d'Annunzio, la de Fogazzaro, llegaban al gran público francés. Los autores rusos y noruegos eran traducidos a casi todas las len-

.Obras de consultd- Sobre el movimiento literario, las historias generales de la literatura, en particular, P. Van Tieghem, Précis d'histoire littéraire depuis la Renaissance (Paris, 1925, in-12); P. Wiegler, Geschichte der Weltliteratur (Berlín, 1920, in-8')- Entre las historias nacionales, citemos P. Wiegler, Geschichte der deutschen Literatur (Berlín, 1930, 2 vol., in-81), t. 11; W. Pozner, Panorama de la littérature russe contemporaine (Paris, 1929, 111-12); J. Cassou, Panorama de la littérature espagnole (Paris, 1929, in-12); P. Dottin, La littérature anglaise (Paris, 1931, in-12)--- Sobre la filosofía, L. Bréhier, Histoire de la philosophie (Paris, 1932 in-S'), t. 11, fasc. 4; Abel Rey, La philosophie moderne (Paris, 1908, 11-12)--- Sobre el movimiento histórico, L. Haiph@n, L'histoire en France depuis cent ans (Paris, 1914, in-12); del mismo, Introduction a Nistotre (Paris, 1946, in-12; 2' ed., 1948).

El movimiento intelectual

guas de Europa. El mundo conocía el renombre de un Anatole France, de un Paul Bourget, de un Barrés. Los filósofos, que habían celebrado su primer congreso internacional, en París, en 1900, se reunieron tres veces entre 1904 y 1914. En Milán, en 1908, en Londres en 1913, los historiadores, al confrontar sus puntos de vista, en el curso de congresos del mismo género, intentaban liberarse de los prejuicios nacionales que los llevaban a abordar el estudio del pasado con un espíritu de «exclusivismo». Algunos habían expresado la esperanza de que estos intercam-

bios espirituales pudieran orientar a las clases cultivadas hacia un ideal común, enseñarles a conocer y a comprender las aspiraciones y la mentalidad de los otros países, y eliminar así las «fuentes de animosidad en-

tre las naciones». Esta esperanza había sido vana. Sólo era posible extraer analogías, incluso rasgos comunes, entre la riqueza y la diversidad de tendencias.

La novela de análisis psicológico, que desarrollaba tesis morales, religiosas o políticas, al servicio del culto a la tradición, en Francia estaba representada fundamentalmente por Paul Bourget. En Italia, aparecía una

tendencia análoga en la obra de Fogazzaro, en la que se expresaba, con

rasgos a menudo humorísticos, una alta concepción moral. Pero, en este ámbito, se impuso una tendencia muy diferente, la de André Gide, que llevo la influencia del simbolismo a la novela.

La crítica social inspiraba, en Francia, la obra teatral de Paul Herveu, de François de Curel o de Eugène Brieux, que ponían en escena los problemas de la familia y de la herencia. Aparecía también, con fuerza y ori-

ginalidad mayores, en el teatro de Ibsen, en el que los vicios de las so-

ciudad eran denunciados con un tono de gravedad sincera, en un estilo sobrio. Aparecía, con más aspereza, el arte brutal y vigoroso del sueco

Strindberg que, en algunas de sus piezas, traducía su odio a la sociedad contemporánea. Se encontraba también, en España, en las novelas de Blasco Ibáñez, republicano y librepensador. Se manifestaba en Alemania en las novelas donde Heinrich Mann hacía la sátira de la burguesía «adenediza» y ofrecía cuadros de la sociedad a menudo truculentos, así como en las obras teatrales de Suderman, cuyo estilo era vigoroso, su lenguaje ardiente, pero su psicología corta, y sobre todo en las de Gerhart Hauptmann, cuyos dramas ponían en escena los movimientos de masas. En Rusia, Máximo Gorki comenzaba a poner sus dotes de artista y de poeta al servicio de concepciones sociales que expresaba con una áspera amargura. La influencia de Tolstol, incluso en esa época, en la que ya no producía grandes obras, seguía vigente, y el anatema que había lanzado contra la sociedad moderna encontraba eco, en toda Europa, en nu-

merosos escritores.

La novela costumbrista, sin mostrarse ajena a las preocupaciones no-

rales y sociales, tenía un carácter más nacional, porque procedía de la observación directa. Los países del Norte producían las obras más originales y pujantes, las novelas y los dramas de Björnson, los libros en los que Johann Bojer describía la vida de los campesinos y de los pescadores

- 610 -

Las letras

noruegos, los cuadros de la vida de los humildes donde, bajo la pluma de Knut Hamsun, se revelaba la influencia de Dovstolevski. En Inglaterra, Rudyard Kipling, en sus cuentos, continuaba evocando la vida de los colonos, exaltando la

energía de la raza, predicando a sus compatriotas la misión que debían cumplir en el mundo.

Quizás la masa de lectores era más sensible al atractivo de las novelas marítimas, y a las descripciones exóticas de Pierre Loti, donde, gracias a la ductilidad del estilo, revivían los paisajes y los colores: estas obras de un aparente facilismo, de psicología sumaria, pero de un encanto insinuante, seducían por su pintoresquismo, su exotismo, y por la evocación de mundos lejanos.

Pero al margen de estos géneros literarios, cuya definición, por lo demás, es siempre arbitraria, es donde se ejercía la influencia de algunos grandes escritores, cuyas obras llevaban la impronta de un pensamiento y de un temperamento demasiado estrictamente individuales como para hacer escuela. Gabriele d'Annunzio, más diletante que pensador, pero gran artista, manifestaba, en las obras de su plena madurez, toda la maestría de su talento: la magnificencia de las imágenes y de la expresión unidas a una virtuosidad sorprendente. En un orden de ideas muy diferente, Anatole France, cuya obra había tenido una influencia innegable en la formación espiritual de toda una generación de franceses, ejercía respecto de las convenciones sociales, su espíritu de crítica destructiva, con una ironía velada y sutil, un escepticismo indulgente que no excluía la lucha tenaz contra todos los fanatismos. Barrés, por el contrario, con su dominio del análisis psicológico, su inteligencia penetrante, un infatigable curiosidad, no buscaba en sus «confesiones estilizadas» más que la satisfacción individual. Mientras que, desde hacía ya veinte años, los tres habían alcanzado la gloria, Charles Péguy comenzaba a agrupar en torno suyo a un círculo de amigos y de fieles. En los «Cahiers de la quinzaine», que publicaba desde 1900, abordaba todos los temas, con una fecundidad pujante, una generosa vehemencia y un admirable fervor espiritual. Poseía a la vez las dotes del escritor y las del poeta: fecunda imaginación, el don de la inventiva en la expresión, el gusto por las imágenes y por los símbolos. En esta obra inquieta y tumultuosa, la exaltación de la sensibilidad sólo era comparable a la extraordinaria fuerza de la intuición. El pensamiento a menudo variaba, pero se expresaba siempre con la misma pasión de sinceridad y de verdad, con el mismo estremecimiento, y siempre abría horizontes. Sin duda el lenguaje de Péguy, su estilo sobreabundante eran demasiado personales para que su influencia pudiera ejercerse más allá de un círculo restringido de intelectuales; pero su ascendiente sobre una parte de la juventud era profunda.

El movimiento poético comenzaba a apartarse del simbolismo, cuyo gran representante seguía siendo Verhaeren, fecundo y fogoso. En la obra de Fernand Gregli, como en la de Anna de Noailles, la belleza de la vida se expresaba con una sorprendente riqueza de sensibilidad, mientras que Paul Claudel, de un modo altivo, laborioso y a menudo oscuro, inten-

taba llegar a la esencia de las cosas, «descubrir» lo invisible. Penetrar «las cualidades más íntimas de] ser». En el poema dramático, particularmente, reunía la abstracción filosófica y la fantasía, la originalidad, la profundidad de ideas y la exageración de ciertas caricaturas. Su alto concepto de la obra de arte ejercía una fuerte influencia sobre los Jóvenes escritores, y le aseguró, desde el primer momento, un lugar de elección en la historia literaria del siglo XX. Paralelamente, Paul Valéry, poeta y filósofo, comenzaba a tener en el pensamiento francés un prestigio que no cesaría de aumentar.

En conjunto, estas obras literarias (al menos cuando se prestaban a ser traducidas), tenían lectores entre los hombres cultivados de todos los países. ¿Podía este internacionalismo establecer un vínculo entre los pueblos? Esta idea no gozaba de la simpatía de todos los escritores, aún de aquellos cuyas obras tenían la más amplia proyección. «El moralista», juzgaba Paul Bourget, «está obligado a reconocer que las naciones pierden mucho más de lo que ganan mezclándose unas con otras». Y Barrés afirmaba: «La verdad alemana y la inglesa no son la verdad francesa y pueden envenenarnos». Pero en 1904 Romain Rolland comenzaba la publicación de su «Juan Cristóbal», donde, bajo la forma de novela psicológica, rica en análisis delicados, intentaba mostrar como podían reconciliarse la cultura germánica y la cultura francesa.

La guerra, a la vez que rompió momentaneamente estos intercambios intelectuales, dio una nueva orientación a las obras literarias. A partir de 1914 surgió una literatura experimental; en la que la información prevaleció sobre la imaginación e inauguró la «era del testimonio». En todos los países beligerantes, la «literatura de guerra» fue abundante. Por centenares se publicaron las memorias de los combatientes, los cuadernos de ruta y las cartas. Los escritores no combatientes produjeron reflexiones o «meditaciones» sobre la guerra. En estas circunstancias, la gran mayoría de obras carecía de valor literario propiamente dicho, pero algunos de los libros surgidos de este movimiento supieron reflejar, a fuerza de sinceridad, de sobriedad y de simplicidad, la envergadura de los acontecimientos. Varios lograron describir la mentalidad del soldado o reconstruir la atmósfera de la batalla. ¿Eran siempre verídicos? seguramente, no. Algunos años más tarde, un crítico francés, Norton Cru, que durante la crisis había vivido en América, no tuvo dificultades en revelar flagrantes inverosimilitudes en un gran número de estos testimonios, y pudo demostrar que, en ciertos casos, el pretendido «testigo» no había asistido a las escenas que describía. Pero, incluso si admitimos que hay que considerar exactas todas las conclusiones de Norton Cru, cuya actitud fue a menudo «hipercrítica», era el valor histórico de estos libros de guerra lo que él cuestionaba, no su valor literario, y, por otra parte, si estos relatos no siempre son exactos en sus detalles, si sus autores a veces se dejaron llevar por su imaginación o por el deseo de describir su

lón bajo una luz demasiado favorable, siguen conservando su invaluable interés como documentos psicológicos.

- 612

De estas obras, sin embargo, raras son las que sobrevivi-

Las letras

los mártires», con una sinceridad que evocó la «Vida de un soldado efímero. En Francia, Georges Dubamel, mencionaron a un ex-

inceridad en la emoción, una intensidad, una nobleza,

libros que da, y una vigorosa sobriedad tales, que aseguraron a su libro una repercusión duradera. Henri Barbusse, en «El fuego», y Roland

ron ramos «Las cruces de madera». ambos combatientes. El superior», de Diegeorgelés, en «Los sufrimientos del soldado sus miserias y sus entusiasmos, y hacer contienen a la vez autobiografía» y «re- entes de Infantería, en comprender su estado de ánimo. Son estas «trayectorias» -portaobras las que obtuvieron el favor de «los del frente», y las que mejor establecieron un vínculo espiritual entre la nación y el ejército. André Maurois, agente de enlace con el ejército británico, brindó en «Los silencios del coronel Bramble» un estudio de psicología militar, alerta, incisiva y sugestiva; pero en este

libro brillante y seductor, el valor del testimonio se ve eclipsado por el talento del escritor. «El Sueño» de Heriry de Montherlant es la obra de un diletante que pasea su curiosidad a través de los acontecimientos, pero sin hacernos sentir su grandeza. En Inglaterra, sólo el libro de A. P. Herbert, «The secret battle», puede compararse con los libros franceses, En Alemania, donde hay que mencionar el testimonio de Erich Remarque '«In Westen nichts neues» («Si no novedad en el oeste»), un libro sincero, cuya llaneza en la expresión logra a menudo conmover, fue sin duda Rilke, en «Weg ohne Hemkehr», quien produjo la obra más alta de la literatura de guerra.

¿Pero qué lugar hay que otorgar a estas obras en el movimiento literario? Muchos de los «libros de guerra» de mayor repercusión tenían como autores a escritores ya conocidos, a veces casi célebres. La literatura de guerra no reveló, en realidad, muchos talentos nuevos. ¿Al menos marcó una huella perdurable en la actividad literaria.) Podía pensarse que esta gran conmoción renovaría las corrientes de expresión, la sustancia y el espíritu de la novela. Pero no ocurrió nada de eso. En el momento en que la crisis concluye, quienes ejercen influencias en la literatura francesa son los escritores ya maduros, a los que el espectáculo de la guerra no parece haber transformado Marcel Proust, por ejemplo, publica al terminar el conflicto, «Du côté de chez Swann», que acabó de escribir en abril de 1914. Mientras que la literatura de guerra había sido, según la definición de Pierre Hamp, «un tipo de literatura social donde el individuo es juguete de la nación, y no ya de la pasión», las memorias noveladas vuelven a ocupar ahora el primer lugar. En los demás países, tanto en Estados Unidos como en Alemania, tiende a predominar la tendencia a la crítica social, una crítica amarga, pesimista, que expresa el rechazo hacia el medio en el que hay que vivir. Aquí y allá estas literaturas de posguerra traducen la inquietud que se apodera de todos. Es en esto, pero en esto solamente, donde se siente la influencia de la crisis mundial.

La filosofía, por su propia naturaleza, está menos sujeta al juego de las contingencias. Por eso, la guerra no le imprimió su huella, siquiera de forma pasajera.

El movimiento intelectual

Durante los primeros años del siglo XX, la obra de Bergson transformó «las premisas del pensamiento filosófico». Luego de un período en el que, bajo la influencia de Shopenhauer sólo se veían «prohibiciones, negaciones, reducciones» que aniquilaban los valores intelectuales y morales, la filosofía de Bergson expresó la reacción del instinto vital y restableció el equilibrio; intentó «realizar la experiencia interior bajo su

forma inmediata y verdaderamente primitiva».

En 1907, en su nuevo libro, «La evolución creadora», Bergson estudió la naturaleza de la vida y de la evolución, para llegar a discernir qué es la inteligencia. Unida a la vida, la inteligencia sólo puede captar seres

discontinuos e inertes: es práctica en su esencia. Es, sin embargo, capaz de hacerse especulativa y liberar al espíritu de la servidumbre a la materia. El bergsonismo ejerció muy pronto gran atracción más allá del círculo limitado de filósofos, porque llegaba a las profundidades del alma humana. En el gran público cultivado tuvo una resonancia que ninguna otra filosofía contemporánea podía entonces igualar.

El impulso dado por Bergson abrió camino a las «doctrinas de la ac-

ción», que también reaccionaban contra las filosofías negativas del siglo XIX, y que restauraban los valores espirituales. En Francia, donde Maurice Blondel buscaba, desde 1893, una solución nueva al problema de las relaciones entre la especulación y la acción, los filósofos que representaban esta tendencia de pensamiento concluyeron que la acción nacía «de un desequilibrio entre el poder y el querer»: el poder es inferior al querer, y la acción tiende a restablecer el equilibrio, pero no lo logra jamás. El espíritu humano, afirmaba Blondel, no puede encontrar la satisfacción que busca si no se remite a la autoridad del catolicismo, única doctrina capaz de darle un ideal. En 1905, el R. P. La Berthonnière fundó los Anales de filosofía cristiana, donde se expresaba el pensamiento de Blondel y su escuela. En los países anglosajones, esta filosofía de la acción revistió una forma diferente, impulsada por William James: en su libro «Pragmatism», que fue publicado el mismo año que «La evolución creadora», el filósofo americano buscó una definición de la verdad. Una proposición es «verdadera», según él, cuando la adhesión que se la brinda produce consecuencias «satisfactorias», es decir, aptas para satisfacer todas las necesidades, simples o complejas, de la actividad humana. La verdad aparece pues como «subjetiva» en sus orígenes, ya que no puede elaborarse sin esfuerzo humano; pero también es subjetiva en su desarrollo,

porque «nuestro conocimiento es inseparable de las condiciones psicológicas de nuestra acción, es decir, de la satisfacción de nuestros intereses, de nuestras emociones y de nuestros deseos». La obra de F. C. Schiller, en Oxford, siguió una orientación semejante.

Como reacción contra las filosofías «negativas», también otros pensadores, Besanquet en Inglaterra, Benedetto Croce en Italia, desarrollaron una doctrina «idealista» inspirándose, en definitiva, en Hegel, por oposición al criticismo de Kant. El pensamiento de este grupo encontró su expresión más vigorosa en la obra de Bradley. El filósofo inglés con-

- 614 -

Las letras

sidera que, para definir la realidad absoluta, las relaciones extremas son insuficientes, y que el absoluto puede ser alcanzado sólo «por el contacto directo con las cosas en la sensación». Finalmente, en Alemania, Ed. Husserl, profesor en la universidad de Göttingen, publicó en 1902 sus «Logische Untersuchungen», y publicó una nueva edición en 1913. El pensamiento del filósofo alemán está dirigido tanto contra Kant como contra los empiristas. Según Husserl, la filosofía debe llegar «a la esencia de la conciencia y de sus diferentes formas». Su doctrina destaca la oposición entre las «leyes lógicas»; intenta delimitar la esfera de la lógica y sienta las bases de la «fenomenología» que debe ser, según Husserl, la ciencia filosófica fundamental. Esta obra de matemático y de lógico comenzó a penetrar en todos los ámbitos del pensamiento filosófico.

Paralelamente a este despertar de las preocupaciones metafísicas, la filosofía se acercó a las ciencias positivas. Esta orientación, advertida por Émile Boutroux en 1908, en un informe al 3.º Congreso Internacional de Filosofía, tuvo como resultado la formación de «una colección de ciencias filosóficas» distintas y autónomas: psicología, sociología, lógica de las ciencias. En La imaginación creadora, luego en la Lógica de los sentimientos (1905), Théodule Ribot afirmó la independencia de la psicología respecto de la filosofía, e intentó dotar a los estudios de psicología de un método descriptivo, objetivo y experimental. La misma tendencia orientó la publicación del «Journal de psychologie» de Georges Dumas, comenzada en 1903. Émile Durkheim, que en 1896 fue el fundador de «Année sociologique», quiso instituir una «sociología positiva», capaz de descubrir las leyes que unen entre sí los fenómenos sociales. Abandonando la pretensión de Auguste Comte de encontrar una ley general de la evolución de la humanidad, intentó promover un esfuerzo colectivo con miras a estudiar las formas y las condiciones de la solidaridad social. Con Marcel Mauss y sus bases de una teoría general de la magia (1903), con los trabajos de C. Bouglé (Ensayo sobre el régimen de castas, 1908), y de Lucien Lévy Brulil (Las funciones mentales de las sociedades inferiores, 1910), la escuela sociológica francesa adquirió una autoridad indiscutible.

Finalmente, la «crítica de las ciencias», nueva disciplina filosófica, indagó el sentido y el valor de los conceptos fundamentales utilizados por los científicos. Se fijó como objetivo determinar, en la obra científica, lo que es verdad experimental, lo que es definición, lo que es teoría. Esta corriente de pensamiento, en razón de su carácter técnico, fue a menudo obra de matemáticos y de físicos, como Henri Poincaré y Pierre Duhem. Léon Brunschvicg se unió a ellos, en 1913, con su libro Las etapas de la filosofía matemática.

El acercamiento entre ciencia y filosofía, que constituyó una de las tendencias más características de este periodo, encontró, pues, sus iniciadores en Francia, donde la «Sociedad Francesa de Filosofía», fundada en 1901, contaba entre sus miembros activos a físicos como Paul Langevin y Jean Perrin.

En el movimiento del pensamiento filosófico, los años de la guerra

El movimiento intelectual

no vieron nacer nuevas tendencias. Hay que recordar que en 1916 el danés Hóffding publicó una crítica del bergsonismo que, según el filósofo danés, abre camino a una especie de «percepción artística» sin valor de realidad, y no a una ciencia superior. Pero esta voz aislada no indica un cambio de la orientación general.

Si el amor propio nacional no divide a los filósofos, cuyo pensamiento se eleva sin esfuerzo por encima de los conflictos que desgarran a la humanidad, los historiadores tienen más dificultades en distanciarse del presente y en superar los prejuicios políticos o nacionales.

Con todo, la actividad histórica no fue jamás tan fructífera como en los años que precedieron al conflicto. El divorcio que, en la primera mitad del siglo XIX había existido entre el erudito y el historiador, estaba casi olvidado. Entre la historia y la erudición, había llegado a establecer-

se un «justo equilibrio», y las posibilidades de la ciencia histórica fueron comprendidas: más allá de los trabajos de erudición, pero sobre la base sólida que éstos proporcionaban, la historia debía intentar extraer conclusiones generales. En todos los grandes países se publicaban obras que unían al rigor metodológico y al interés por la crítica de textos, un gran esfuerzo de síntesis. El trabajo histórico se disciplinaba y se organizaba.

Las grandes historias nacionales, las de Ernest Lavisse en Francia, las de Hunt y Poole en Inglaterra, la de Karl Lamprecht en Alemania, y es-

pecialmente la Historia de Bélgica, en la que Henri Pirenne afirmaba su

vigorosa personalidad, la amplitud de sus opiniones, y su penetración in-

tellectual, llegaban al gran público cultivado.

junto a estas colecciones de tipo clásico, los historiadores hacían un

nuevo esfuerzo para estudiar la historia general, confrontando la evolución de los Estados y deduciendo analogías y diferencias. Tal era la preocupación de Alfred Stern en su *Geschichte Europas seit den Verträgen von 1815*, cuyo primer volumen fue publicado en 1894; también la de

Charles Seignobos en su *Historia Política de la Europa contemporánea*. Los historiadores ingleses, en la *Cambridge modern history*, luego en la *Cambridge medieval history*, organizaban en este ámbito un

esfuerzo colectivo asociando historiadores extranjeros a su empresa. En el terreno de la historia antigua, Camille Jullian comenzaba su *Historia de la Galia* (1907), Stépliane Gsell su *Historia antigua de África del Norte* (1913). Aumentaba el número de trabajos dedicados al estudio

de la historia de la Edad Media en Francia, en Bélgica, y en Alemania.

Lucien Febvre publicaba, en 1910, el primero de los grandes libros, que este historiador iba a consagrar a la historia del siglo XVI. Pero también la historia contemporánea era terreno de investigaciones. En Francia, Alphonse Aulard acababa de publicar su *Historia política de la Revolución francesa*; en Alemania Hans Delbrück, Hermann Oncken, Erich Marcks publicaban las grandes biografías de Gneisenau, de Beruligserl, de Bismark. Y fue un francés, Élie Halévy, quien elaboró el compendio más penetrante de la historia inglesa del siglo XIX.

Claro está, era la historia política la que siendo el prinCI

616

Las artes

estudio de la mayoría de estos trabajos; pero los historiadores se volvían también hacia otros horizontes: la historia económica y social, la historia religiosa, la historia de las costumbres. Las cuestiones económicas y sociales, especialmente, atraían la atención de los investigadores, que sufrían la influencia de las preocupaciones generales de la época. En Inglaterra, R. Tawney y, en Francia, E-Henri Hauser, estudiaban los problemas económicos del siglo XVI, es decir, el nacimiento del capitalismo moderno, mientras que Alphonse Aulard creaba un comité encargado de

publicar los Documentos inéditos sobre la historia económica de la Revolución francesa. Los estudios de esta clase eran muy activos en Bélgica, donde Henri Pirenne publicaba su ensayo sobre Los períodos de la historia social del capitalismo. En todos estos trabajos, el método histórico buscaba su camino, en contacto con la sociología y la geografía humana.

Por las relaciones personales entre los investigadores, por la confrontación de sus opiniones, a través de las oportunidades que ofrecían los congresos internacionales, ¿no era posible perfeccionar la educación del espíritu crítico que jamás concluye?

La guerra se agotó bruscamente en esta esperanza. Al desencadenar los rencores y los odios entre los pueblos, al exaltar el espíritu nacional, al excitar los sentimientos de desprecio o de venganza, el conflicto impuso las más duras condiciones. El «espíritu de guerra» deformó muchas inteligencias y condenó, a veces, al silencio a quienes no querían sacrificar su ideal de imparcialidad a las pasiones del momento. Muchas veces, los historiadores fueron «movilizados» al servicio de la propaganda. La preocupación por la verdad, el deseo de comprender el punto de vista del otro, fueron dejados de lado. Estas presiones eran necesarias, sin duda, en pro del interés nacional, pero despojó al historiador de su libertad de pensamiento, de la independencia de criterios indispensable para su obra. Sin embargo, el espectáculo de los grandes acontecimientos que agitan el mundo, los problemas que se plantean en la vida política, económica y social, ofrecen la oportunidad de apreciar mejor las interacciones mutuas entre los acontecimientos, penetrar ciertos aspectos de la psicología colectiva, y comprender mejor la importancia de los contactos entre las civilizaciones. Después de la crisis, cuando recobrarán la calma y la tranquilidad, los historiadores tendrán el beneficio de una formación intelectual más amplia, de una experiencia más dilatada, que los pondrán en condiciones de comprender mejor el pasado.

III. LAS ARTES ⁴

En la evolución artística, la influencia de Francia seguía siendo decisiva en los primeros años del siglo XX. Los pintores y escultores fran-

⁴ Obras de consulta - Sobre las artes en general, André Michel y otros, *Histoire générale de l'art* (París, 1905-1921, in-4'), el tomo VIII; Élie Faure, *Histoire de l'art* (París,

El movimiento intelectual

ceses tienen renombre universal, sus obras son solicitadas por las colecciones privadas y museos del mundo entero, y era en París donde venían a estudiar los jóvenes artistas del Nuevo Mundo. Los músicos franceses, después de un largo período en el que las obras alemanas habían eclipsado a todas las demás, reconquistaron la primacía que sólo los rusos podían disputarles.

En pintura, los años que precedieron a 1914 estuvieron marcados por el ocaso del «impresionismo». Sin duda, el grupo de los impresionistas tenía aún en Renoir, en Degas, y en Claude Monet, representantes ilustres, que habían renovado los procedimientos técnicos e incluso la visión del mundo exterior. Sin embargo, su influencia decrecía. Se reprochaba al impresionismo «carecer de pensamiento y de estilo», apuntar sólo a «registrar sensaciones», buscar demasiado exclusivamente el brillo y el color a expensas de la forma. Paul Cézanne fue el apóstol de esta reacción; pintor «construtor», había querido dar a sus telas «solidez, estructura», con una laboriosa aplicación, que en nada recordaba la soltura, el virtuosismo de los impresionistas. En vida, no fue reconocido. Sólo después de su muerte, en 1906, su obra ejerció una profunda influencia sobre las jóvenes generaciones de artistas. Siguiendo su ejemplo, los pintores llamados «franceses», entre los que se encontraban muchos extranjeros radicados en París, buscaban caminos inéditos, para alcanzar, según las palabras de uno de ellos, «un nuevo orden clásico». En esta búsqueda casi no era posible percibir una tendencia común. Pero la variedad misma de estas corrientes ¿no era un signo de riqueza?

Los grandes pintores decoradores, Albert Besnard y Maurice Denis, sostenían ambos que el mérito del artista no radica solamente en la ejecución, sino también en el pensamiento. El talento variado de uno se mostraba bien en las grandes composiciones, donde a la riqueza de in-

ventiva se unía una soltura que recordaba el arte francés del siglo XVIII, bien en el retrato, con una notable penetración psicológica. El otro se imponía la misión de devolver a la pintura «una vida espiritual» y restaurar el arte religioso. Eugène Carrière, también «pintor de ideas», en las obras

1921, 4 vol., in-8°), el tomo IV; A. Springer, Die Kunst von 1800 bis zur Gegenwart (Stuttgart, 1931, in-So).- Sobre la pintura, el importante libro de B. Dorival, Les étapes de la peinture française contemporaine (París, 1943-1944, 2 vol., in-S°), añádase las obras teóricas de Maurice Denis, Du symbolisme et de Gauguin vers un nouvel ordre classique (París, 1906, in-12; 2ª ed., 1920), y sobre «el cubismo», André Lhote, La peinture (París, 1933 in-S°) Sobre la escultura, K. Parker, Sculpture of today (Londres, 1921, in-S°, 2 vol.); R. M. Lillie, August Rodin (Leipzig, 1913, in-8°; trad. francesa, París, 1928); L. Bénédic, Rodin (París, 1926, in-So); G. Varenne, Bourdelle par lui-même. Sa pensée et son art (París, 1927, in-8°)-Sobre la arquitectura, G. A. Platz, Die Baukunst der neuesten Zeit (Berlín, 1927, in-S°); Malkiel-Jimounsky, Les tendances de l'architecture contemporaine (París, 1930, in-12); J. Greber, L'architecture aux États-Unis (París, 1920, in-8°)- Sobre la música, J. Combaieu, Histoire de la musique, t. 111 (París, 1919, in-So); G. Asler, Handbuch der Musikgeschichte (Frankfurt, 1924, in-8o), y el t. XVII de la Encyclopédie française (París, 1935, in-4,)* Añada A. Schaeffner, Igor Strawinski (París, 1938, in-S°), y M. Boucher, Claude Debussy (París, 1931, in-So).

618

Las artes

de sus últimos años, -sus retratos y sus Maternidades, en los que lograba revelar el secreto de los pensamientos y de las pasiones-, materializaba una concepción muy diferente: preocupado únicamente por la expresión moral, renunciaba al color. En otro grupo de artistas surgía la búsqueda de una técnica nueva, el «puntillismo» que reflejaba, en las acuarelas de Signac, obras un poco frías, pero que podía también, en Edouard Vuillard, producir telas de una delicada armonía.

La reacción contra el impresionismo tomaba incluso una forma exasperada en los grupos de «Jóvenes» que, cansados de técnicas que juzgaban gastadas, querían hacer tabla rasa. Fue a partir de 1905 cuando esas nuevas aspiraciones se revelaron con desbordante impetuosidad. Los «fauves» -Matisse, Vlaminck, Friesz, Duffy- quisieron devolver su sabor violento a un colorido que las sutilezas del impresionismo habían debilitado a veces: utilizaban el color en tonos planos y puros, llevados a su mayor intensidad. En 1907, Braque, en sus Paisajes de Provenza, pretendió inaugurar un «nuevo orden» en pintura: el «cubismo», del que era iniciador, quería llevar al extremo las lecciones de Cézanne, y hacer de la pintura una «geometría lírica»; en lugar de intentar reproducir la «superficie de los objetos», había que representarlos «en todas las facetas que el espíritu puede imaginar». Fue a este revolucionario camino al que se adhirió Pablo Picasso, un español de París, en 1910; pero la experiencia cubista no fue para su talento más que un juego, o al menos una etapa.

Esta variedad en la inspiración y en la técnica no perjudicaba, todo lo contrario, a la influencia de los pintores franceses, que se ejercía particularmente en Rusia, en el grupo del «mundo artístico», y en Alemania, donde Max Liebermann se inspiraba en Monet y en Degas, o en Bélgica y en Escandinavia, donde Matisse tenía discípulos. Entre 1910 y 1913, sin embargo, en pintura decorativa la influencia francesa ya no era exclusiva: era muy apreciable en este ámbito

la influencia eslava, desde el éxito de los «ballets rusos», donde la imaginación y el sentido del color triunfaban en la obra de Léon Bakst.

También en escultura dominaba la escuela francesa. Después de haber sido apasionadamente discutido durante veinte años, Rodin estaba ahora en su máxima gloria. Su arte intentaba revelar no sólo el gesto, la actitud, sino la fisonomía moral. En las formas, en la expresión de los rostros, hacía sentir una vida estremecida. Rodin había destruido una tradición. Desdeñado cada vez más el detalle y hasta la composición para contentarse con un pujante boceto, aportaba al arte una nueva visión, una nueva «escritura plástica», donde la forma estaba dada por los juegos de luces y sombras. Entre los que trabajaron en su taller, el belga Boudelle, inspirándose en el ejemplo de su maestro, encontraba su propio camino: de sus orígenes conservaba la ciencia del carácter y de la expresión, pero intentaba reaccionar contra el «arte del fragmento», que era el de Rodin, y se esforzaba por adaptar las técnicas de la escultura a las exigencias del arte monumental; iba a producir obras de una verdad de movimiento y de una fuerza singulares. La escultura monumental en-

El movimiento intelectual

contraba también un artista de valor en Bartholomé, cuyas obras, de armoniosa composición, estaban impregnadas de una emoción grave, pero no tenían nada en común con el arte espontáneo e instintivo de Rodin. La obra de Aristide Maillol era más original, más vigorosa, más potente.

-húngaro pero padre un escultor serbio, Ivan Mestrovitch, súbdito austro-húngaro.

La influencia de Rodin y la de Bourdelle eran apreciables en la obra de la escultura yugoslava, que exponía en Roma, en 1911, los principales fragmentos de su Templo de Kossova, donde intentaba expresar, con ardor vibrante y a veces excesivo, los sufrimientos y los sueños de los serbios.

En arquitectura, los artistas franceses no tenían idéntica primacía. Era en Holanda, en Alemania, y en los Estados Unidos donde un nuevo estilo arquitectónico, adaptado a la técnica del cemento armado, buscaba su forma. El sentido de las proporciones y de las masas, la simplicidad de las líneas, la sobriedad del decorado, tales eran las cualidades dominantes de las obras de Berlage, un holandés que había sufrido la influencia americana. En New York, Cass Gilbert, en 1908, buscaba para el «rascacielos» un nuevo estilo, que se transformaría en clásico de este género: una pirámide, dibujada por grupos de pisos en reles sucesivos, y coronada por una torre central tan alta como la aguja de la catedral de Estrasburgo. En Francia, donde el estilo arquitectónico conservaba proporciones modestas, los hermanos Perret eran los representantes más brillantes de la nueva escuela. Este arte no evitaba la frialdad, pero tenía la ventaja de llamar nuevamente a la lógica a los arquitectos.

Esta misma preocupación por la lógica inspiraba, en Francia y en Alemania, la renovación de las artes decorativas. El deseo de crear un nuevo estilo para la decoración interior, liberado de la imitación de los modelos del siglo XVII o XVIII, ya se había manifestado hacia 1900. Al principio, desembocó sólo en iniciativas azarosas, en audacias excesivas: para evitar las repeticiones, el «modern style» inventó complicaciones lineales. Pero esta exuberancia se moderó hacia 1905, los decoradores buscaban formas más simples y más sobrias, adaptadas al carácter del medio donde se colocaría el mueble y al material que utilizaba el artista; suprimían los elementos sobregregados o ficticios y consagraban todos sus esfuerzos a la calidad de la técnica. Su mayor preocupación era lograr conjuntos armoniosos, donde el mobiliario, el revestimiento de madera o de tapicería y los objetos de adorno contribuyeran todos a crear una atmósfera. En Alemania, estos decoradores modernos aseguraban el éxito del «estilo muniqués», cuya pesadez sin embargo no estaba adaptada al gusto de las clientelas extranjeras. En Francia, donde las nuevas fórmulas eran interpretadas con mayor libertad, el «Salón de artistas decoradores» y la sección de arte decorativo del «Salón de otoño», presentaban exposiciones que despertaban un interés creciente cada año. La importancia que adquirieron las artes decorativas en el movimiento artístico de la época era el reflejo de una sociedad donde la prosperidad de la vida económica permitía a un grupo cada vez más numeroso de aficionados, destinar al con-

fluo? fort y al ornamento de la vivienda una parte de su dinero super

- 620 -

Las artes La música había gozado del favor siempre creciente de la élite intelectual y de la «buena sociedad», a fines del siglo XIX. Pero, mientras los músicos, en la mayoría de los países europeos, seguían, unos, la tradición wagneriana hasta entonces

el siglo XIX y otros la de Gounod y de Verdi, los primeros años del siglo XX, estuvieron marcados por una renovación. Claude Debussy e Igor Stravinski eran los maestros de la última generación.

En Francia, la «revolución» debussyana había triunfado. Después de haber provocado, en sus comienzos, alguna sorpresa por la sutileza de su técnica y la rareza de su lenguaje. Renovaba tanto el drama como el ballet, Debussy, después de 1902, alcanzó la

Ma lírico o la música sinfónica como la música de cámara, gracias a la frescura de la expresión y a su alta inspiración poética. La fineza, la gracia ondulante, la elegancia y la distinción eran sólo los encantos menores de una obra que valía aún más por la riqueza interior que por el refino exterior.

Dotado de una fértil imaginación, Stravinski, a los veinticinco años, comenzó a componer y de una fantasía brillante, Stravinski, discípulo de Rimski-Korsakov, alcanzó ya un éxito mundial. Había sido dis-

Pero también había recibido la influencia de los pintores decoradores de la época y de audacia lograba en «ballets rusos». Su arte, pleno de inspiración que provocan los movimientos de las multitudes, tenía la impresión de colores. La variedad de hallazgos, el presagio del vertiginoso tornasol de los colores, las disonancias, daban a su música, la rareza del sistema armónico, la osadía

obras un carácter tan original que muchos oyentes manifestaban su entusiasmo.

1. La «sonoridad explosiva» de Petrouchka a la «frescura ácida» de la Consagración de la Primavera, su estilo se acentuaba con vigor característico y una fuerza algo salvaje. Pero, bajo las apariencias de espontaneidad y de improvisación, había en él una maestría poco frecuente.

Fue Debussy, más que Stravinski, quien hizo escuela. El arte del «ballet» y lleno de matices de Ravel y de Poulenc en Pelléas et Mélisande. Alberik el de Dukas, más colorido, se inspiraban la misma influencia, antes de que Debussy, en sus primeras obras, reflejaba sonalmente. En la música checa, Smetana y de encontrar un camino más per-

En consecuencia la obra de Janáček se emparentaba a la línea trazada por el músico ruso. Fuera de estas dos corrientes que formaban los innovadores, el público

continuaba favoreciendo a los clásicos.

Se inclinó a quienes permanecían fieles a las tradiciones. Puccini y su grupo, cuya música tenía más movimiento que sen-

timiento, continuaban con maestría la escuela de Verdi; Richard Strauss, cuya imaginación y virtuosismo, carecían a veces de medida, recordaba

de lejos las fórmulas wagnerianas. En Francia, Gabriel Fauré, después de haber buscado, incluso antes que Debussy, efectos imprevistos de modulación y de disonancia, consiguió, sin embargo, un parentesco con los clásicos.

A pesar del carácter marcada, el carácter internacional del repertorio lírico, el deseo de restablecer las tradiciones nacionales y de manifestar el genio particular de cada pueblo, consolidaba en esta evolución de la

El movimiento intelectual

música. «Creer que las cualidades particulares de una raza son transmisibles a otra sin perjuicio es un error que muchas veces ha desvirtuado nuestra música», escribía Debussy.

En estas diversas formas de la vida artística, ¿aportó la guerra una nueva orientación? No reveló talentos desconocidos hasta entonces. Tampoco dio a los innovadores la posibilidad de hacer escuela. Desde luego, en 1915, en Zurich, surgió el «dadaísmo», cuyos fundadores, refugiados de diversos países, dieron libre curso a su horror por la lógica, a su fantasía anárquica. Es evidente que este movimiento refleja la turbación espiritual en un período trágico. Aún así, hay que reconocer que la influencia del «dadaísmo» fue muy limitada. Sin embargo, la conmoción provocada por la crisis mundial tiene profundas repercusiones en las Jóvenes generaciones de artistas. En esos tiempos de «pasión confusa», de tensa inquietud, los jóvenes pintores aspiran sobre todo a un cambio radical: quieren evadirse del pasado, escapar de la tradición. En este movimiento algo desordenado se expresa una voluntad de renovación.

Esta inestabilidad, estos esfuerzos realizados a tientas, son, en el orden intelectual, el rasgo más característico de los primeros momentos de la posguerra. Las críticas de arte coinciden con las críticas literarias en acusar la misma impresión de caos ante la diversidad de tendencias. Y las ciencias exactas, disciplinas rigurosas, ¿no están, también, sacudidas por una crisis, desde que las nuevas investigaciones conmovieron las leyes de la física? «A la indeterminación de los valores plásticos corresponde la indecisión de la ciencia».

622

CONCLUSIÓN

La guerra obligó a los grandes Estados europeos a empenar en la lucha todas sus fuerzas militares y navales, pero también sus capacidades económicas y morales. En el desenlace del conflicto, ¿cuál fue la parte de unas y de otras?

El estado de los recursos no fue invocado jamás en las deliberaciones gubernamentales alemanas como motivo para poner fin a la guerra. La crisis de abastecimiento en productos alimenticios era seria; no tenía gravedad inmediata, pero contribuía a quebrantar la moral de la población. Sin embargo, las primeras manifestaciones de esta crisis moral no se produjeron hasta octubre, en relación directa con el agravamiento de la si-

tuación militar.

La depresión moral favoreció el éxito de la propaganda espartaquista; pero en ningún momento los movimientos revolucionarios entorpecieron la resistencia del ejército; por otro lado, sólo cobraron importancia el 8 de noviembre, cuando la Comisión de armisticio estaba en Rethondes.

Fue el estado de las fuerzas militares lo que determinó las decisiones

alemanas. El ejército, en opinión de la mayoría de sus jefes, había llegado al límite extremo de su capacidad de resistencia. Sin el armisticio, corría peligro de sufrir un desastre estratégico. Si se hubiera librado de él, y hubiera prolongado la resistencia durante algunas semanas o algunos meses, la superioridad militar de sus adversarios habría sido aún mayor.

Ahora bien, esta superioridad se debía sobre todo a la continua aportación de las fuerzas americanas desde julio de 1918. En el desenlace de la guerra europea, el papel de los Estados Unidos fue, pues, decisivo.

Europa sale de esta crisis transformada en su estatuto político. Lo había estado ya, en otras circunstancias, sin que la situación se hubiese prolongado. La derrota francesa de 1914-1915 no dejó fuera de combate a

Francia por mucho tiempo. También la derrota alemana podía ser sólo pasajera. Los gobiernos tenían clara conciencia de esto, pero los pueblos tenían necesidad de creer que después de esta prueba podrían finalmente

Conclusión

lograr una paz duradera, y ponían su esperanza en la nueva organización de las relaciones internacionales que les prometía el mensaje de Wilson. ¿Comprendían, unos y otros, que la guerra había tenido otros resultados, de alcance capital: la nueva posición que ocupaban los Estados Unidos en el equilibrio de fuerzas y la transformación de Rusia? Era comprensible que, en un principio, no hubieran pensado en ello. ¿El gobierno de los Estados Unidos, no se mostraba proclive a romper la solidaridad económica y financiera que había establecido con sus «socios», no manifestaba la sociedad americana el deseo de volver al aislamiento? ¿Acaso la suerte de la revolución rusa no era en extremo incierta, cuando el gobierno bolchevique estaba en lucha, en tres frentes de combate, con una guerra civil? Sin embargo, el papel mundial de los Estados Unidos y la proyección de un foco comunista eran los que iban a orientar el curso de la historia.

La guerra no sólo había sido un gigantesco conflicto entre intereses nacionales. Había enfrentado concepciones diferentes del Estado y de la vida internacional; también generó cambios profundos, a veces revolucionarios, en la vida económica y social, y tuvo como resultado el triunfo de los Estados democráticos, la victoria de las nacionalidades, y parecía confirmar así la fuerza de algunas de las ideas más caras para los hombres del siglo XIX. Pero había debilitado Europa, redujo el espacio que hasta entonces ocupaba en la vida económica del mundo, y fragmentó su territorio. ¿Los regímenes democráticos que prosperaron en la época en que la economía liberal era floreciente, iban a mostrarse capaces de hacer frente a las dificultades económicas? ¿E iban a aceptar los nacionalismos exasperados esta «supresión de las barreras económicas», en la que Wilson veía la premisa necesaria de la «reconstrucción »?

Finalmente, la lucha exaltó las pasiones, las mejores, a veces, pero lo más a menudo las peores. El derecho internacional había tenido, en vísperas del conflicto, la pretensión de «humanizar» la guerra. Ahora bien, las convenciones de La Haya fueron barridas por la tormenta, salvo aquellas, sin embargo, tan importantes, referidas a los prisioneros de guerra. La invasión por parte de las tropas alemanas, de Bélgica y del nordeste francés, la de los búlgaros y austro-húngaros de Servia, la de los rusos de Prusia oriental y de Galitzia estuvieron jalonadas por matanzas de civiles, atentados, torturas. La civilización europea había estado amenazada. Durante cuatro años y medio, las naciones aprendieron a detestarse. ¿Podía bastar el fin de las hostilidades para aplacar los rencores y los odios?

Esta guerra que, según pensaban los combatientes, debía de ser «la última», deja al mundo presa de una profunda crisis moral. Entre los vencedores, es cierto, el entusiasmo hace olvidar, por un momento, las nuevas amenazas, mientras que, entre los vencidos, la amargura de la derrota exaspera los temores. Pero, tanto para unos como para otros, los meses que siguen al armisticio son un período turbio, en el que millones de hombres deben readaptarse a la vida civil, enfrentarse, de retorno a sus

- 624 -

Conclusión

hogares, con los problemas materiales, con las mezquinas preocupaciones que componen la existencia cotidiana, deben habituarse de nuevo al trabajo. Los gobiernos temen que las dificultades sociales compliquen la obra de reconstrucción política y económica, ya tan difícil de por sí.

Solución de los conflictos territoriales, reanudación de los intercambios comerciales, instauración de un nuevo orden en las relaciones internacionales, ésta era la inmensa tarea que los hombres de Estado debían emprender, en 1919, en la conferencia de paz y que exigiría una amplitud de perspectivas, una comprensión profunda de los problemas económicos, una aptitud para las previsiones a largo plazo, que nadie podía jactarse de poseer. Exigiría un agudo sentido de la solidaridad internacional, que los gobiernos, aun si lo deseaban, casi no podrían poner en práctica, porque las opiniones públicas, aún sensibles por la lucha, no comprenden ni consienten el sacrificio de los intereses nacionales. Supondría, al menos entre los vencedores, un cordial acuerdo que dejó de existir el día del armisticio.

El 11 de noviembre de 1918 marca el término lógico de este libro. Con la conferencia de paz, se abre otro período, en el que los intereses de cada país vuelven a ser prioritarios. Este «acuerdo de paz» es el prefacio necesario al estudio de un nuevo período de la historia del mundo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO -

jil)ii, stecililiento, 240-241, 248, 284-

289, 3. @3-3.-q@ @51, 36/-365, -@97,
401-í02, 426-427, 437-458, 441-
442, 446, 451-152, 55ç1 Abbeville, p, 'i85-486; (conferencia

dc), 472, Wi Abd el-Aziz, suiltj111 eje Martlecos,

133, 144 Abel ul-Hamid, sLiltiIn (IC TURquía, 20,

48-cso, 598 Abruy.zos (niontes), 435 AccituribiaNI, diputado Vi-iincés, 280

francesa» (lit), 67 liberab (la), 67 acuerdos anglo-ruso (cle 1907), 139-

140 acuerdos franco-alemitnes (eje jq()5),

136; (de 19 1 1)@ l@7-148 acuerdo franco-inglés (de 1904), 126-

127 Adalia (territorio de), 263, 359 Adana, p. en Sina, '359 Ader (Clerment), inventor- francés, 606 Adigio, río, 311 Adler, ,(O)ciilistil austríaco, 334 Ador (Gustirv), político suizo, 423 Adriático 8(). 155, 202-264,

271@ 275, 390, 476, 539, 550 Alganislán, 139, 2281 598, 599 Africa del Norte, 129, 35-, 598-599 Africa del Sur, 14, 20, @l, 124, i,@(),

331 Agadir (asunto eje), 14@-149@ 186 agrarias (reformas), 577 Agram (Zagreb), p. de Croilejil (inicio (le), 90; (clicta cle), 87, 89i (consejo nacional esloveno dc), 535, 537

Aflette, río, 5()() Aire, río, 529 Aisne, '-lo, 21@@, 21zi, @24, 377, J78,

397

5 479-ziM, 506, @23 ' 529 Albania, 151, 150, 160, 107, 263@ 26/7

289 Alben, p. (ript.). (le lit Sollunc), 219@

469 Alberto 1, rey le los l),lgus, 188, 254,

287, 352, 50', S26, 556 Albert (dOctol). 298 Alberta (Pro`incill de Callialil), 62 Albi, p. 580 Alep, j). 151@ 5()q Alejandrit F(.,ol@)ros,tia. iniperintriz, 92,

336 Alejandro, príncipe, Illego ley (le

Grecia, 401 Alejandro 1, le\ de servia, Alejandro (gran duquie),

338 Alejandreta, P 306 Alermanes de 88, 280, 412,

534, 549 Alernitnia, SitUiVióñ interior (i;ntc.,; (le

1914)7 80-85: políti, económica (antes de 1914), 12-1@@ 8C)-8j; socialismo (antes eje 1914), 82, 85i arniamento (@intt.,s (le 1914), 127---
106-167: p)lítica en las clisis Inilrroquís, 129, 13,@@@ 137@ 144-148; en la Clisis 1)(),sijíiici. 140~144: en Lis cli-sis 155, 15 159-16L el] la
clisis (le jtilio 1914, 175-18,3i fuerzi,s InilinIres y nade (1914 a 1918, 2,@-@-239, 291, 322@ '155-457: SitUi;Cion internil cluiante

ja guerra, 2,15-247. 251, 2WÍ-286.
332-3-@ i, 409-412, i /1 -1 ,11 @, 6 - 4 @, 8,
188. 521-529: economía de guicura.
408- /f09, 565-@;68@ relaciones con sus aliados, 201-266. 298-@ol. 431@ (---orl los irlandos.,ses, @@2@ intento,,, de paz con
Rusia 303-30, i 42,"i@ objetivos ele guerra, @53-354, i2l: ruptura con los Estaclos t nidos,
302-,36,@ @ negociaciones (te 1918 con Rusia, 141-442. 472-500i con Rumania 450-453; derrota y levolucion, @16-518, @27- 532:
6,19 Alexcie\ «,cneral), 2--, 'Y)6

315,
321, @371 3710, 3,7 399. 192, 49(@.
199 Alfonso XIII, rey de iSparía, 100 Algcciras (conferencia y acia cle),

Pí/i Nigonclain (torpedeo del), 38,t alianza franco-rusa, 128 (genclral), 50Í, 508-509, 5,10 Almere, periodista fiancés, io6 Alfonso XIII,
rey (le 100 Alsacia (Alta), 277 Alsacia-Lorena (CLICStión CIC)@ 85, 12,i,

187. 303, 35,@, 158, /iJ5, 418-119, "i25-429, i@g, @75, S19, 541 5,15 Altos elel Mosj Gotribates en los),

210 A:nance (monte -Lle), 2 16 A nberes, p. l2/, 19.@7 21L 238. 25@'i@

523, 52T 5/j6 Ambtis (de), sinclicalista italiano, 262 Alrericán Aletal Conapany. 107 América latina, 11, 1_@, 17-19, 23,

58-61. 105@ 124, 127, 3,112, 389, 570 Arnet 5,tO Amette (cardenal), 585 Amiens, 1 , 472, 473, 488, 502;

1) 1176 (congreso sindicalista ele), 68. Arristerdam (congreso socialista de),

1 10 Ardenne, p, de Bélgica, Andoyer (inatentrático francés), 605 Andrassy (conde de), 287, -3.34. 537 AndrinoSpolis, p. 49, 155^156 Angell (Norman), escritor
inglés. 112.

55-1 anglicanismo 591-592 Anglo-Egyptian Bank, 14 Anglojewisfi Association, 601 Anhalt (CILICIUC811 de), 518

Anti-Ooflogs Raad. Antillas (islas), 28 Aosta (duque de). Appcl17 (II.) materriJitico frances, Apponvi (concle), 287.
2III-JI)CS, el] el imperio olonanno, 205.

206 Arabic (lorpeo---leo ileD, 298 albitiaje. Ver: pacifisno Archibald (fanjes), rlo,le @tilici@,Itio, 298 arquieclura. 620 Aldenas (hatalla de las). 205. 206 Aidic, río,
18-, Argel, 1' 107, 358 Argentina (República), 12, H, 16,

58-60@ 106, 3431 570 ArIges 0-taila (le), 321 Aigontie, 216-218. 310, 485. 50--.

522, 523 Arjea. `ni-: Tacria Arizona (Est@icti) (le), en lQs

1 inidos, 583 At-1@li@,ingeisk, p. 218, 291, 117', 198 Arirland-Revertera (negocio---iones), i20.

Arinenia, 22 Armentieres. p. 47 4-zi-175. 478 Arras, p. 219, 557 Artojs (opetaciones militares de

en), 269. 309 Ary. (general von). 503, 508 Asia 07, @11, ,go (batailas (te), 3 /i,@5, 503 Asia Nlenor, 1.3, 122. 125, 2(@,@, 2-1-

272,

1 @59. 5,i0 Asquith (Hení-NT fl.), polít(o inglés,

200. 2501 281. 330, 460. Sr,@ @ts@iiii]lea constituyente rusa (en 191--
1918). LÍ91 jsociaciones (ulturales (cuestione, de

las), en Francia. 69 Astiov, 337 Atenas. 10_@, 107, 401:

francés en), 400 Atlántico (operaciones naen CI)

242. 245@ aejea elel). 609 Auglastmo (bosque de), 2@Aulard (A.). flistoriador frances. 616 Aurora. crucero) ruso, zía,0 Australia, t', 18, 23-- 1

1 @@7S Austria-Hurogría, situaci0n j,Itul-jol (arl-

les de 1914), 85-90: polítio---,t 111,11c'i_nica (en 1908-1909), 140-1 1 1: (en

1912-1913), l5,2-161@ (iisis en

1 ") i t. fUerzas almadadas (en

191,4), 192-19,@@ nterjo, (en 191,0: 2@l, 286-28-@ (en 1916),

293, @i7-,@i i8: (en 191 "J,

de 191- contla '113. 4@1--'130: lelaci0nes con Aleulania, 291. 298-,@01, 3M, 5@'i9-552@ (orl lonsiz1 (el] 1918) 4,i3. 'i5O: COTI

4rO-@@3: (LIUSti0n (le

4'Qj, llegoCl@l@iones con la Enlente (en

1917), 410--Í21, j29, zl7/5-470: @ (lellola búlpia. 5@@@5@ el alinistio,

3,@ -5 e(en "111 ia de guel ra, -)M. 506; olestruj(cion de la DONC NIONar(1ina, 57-1 Avesnes, p. 509 A@(@lesco, POlili- rulnano, 451-

452 aviación. 600-608 A. j). o_lpt(>, Lle la NjCjjs,)_311 A. P. (dpto. (le la

Moselle). @02

504 (islas), 609

B@ieleli, j). de AListlia, 535 Badische Anilin Gesellsellaft, l()Bagdad, f), @;00@ (je), 13-
11, 125@ 105 Baillelil, P (CIIMO del Noid), 4-74 Bainsizz,a (ineset,
a L.le). 100 Bakou, j). 248. 199, 5,,i() Bakililin, lo) Bakast (L), cortiposijor „So, ()lo Bal(anes (gojerra _je 1912-1@@ en jos),
150-161, 401: (cuestior, (le S).
250, 26,i, 45,3, N, ver los (ii,@ti,ltoS Esiacllos bafística. 608 Balfom -3. 258, ;82,
6ol Bal[(Albert). aiador inglés, 6()q bailets rusos, (Jlg Ballin (A.), fiminciolo alclajIn. l0-,
148, 300 Balmoral (entreo-ista ele), 165 Báltico (inar), 188, 20,@, 245, 2481 268@
291,4 52, 500 bátiCos opaíses), 285, 495@ 499, 550,
577 «ban» de Croacia, 87 barrat ele Temes. 204, 319
Banco otornrano, 107 bancos, en Persia, 49-50, 101-108: el,
Francia, 197; en EsLidos lillidos.
57, 292, 382, 385, 573 Banting, biólogo (anadiense, 605 Bapaunle, p. 506 Baquel, general francés, 2,t7 BalbUSSC Olenri), escritor francés,
613 Mucciona, p. 101, 113 Bill`claY (sir Thomas), 113 BarcJays Bank, 107 Bal-l-Duc, p. 308 Bernarel (c.), escultor noltearucri-
cano, *95 BarreS (Maurjee), 23, 1217 553@ 010,
611, 612 BattIMIOnié, escultor francés, 020 Bartlicoti (Louis), presidente del
sejo francés, 71 Bartlett, escultor norteamericarlo, 2@; Baster 21 Batna, p. 358 BatOLIM, p. 259. 504, 540 Bauver, soualista alemán, 522
Bilviera, 196, 527, 530, 546 BayC1- (grUI)« 107 Beatty (alt---nirante), 313 f3cauvais (conferencia dc), 473 Bebel, socialista j1emán, 110 Beck,
ptesidente de] consejo austría-
co, 89 Bélgica, situa(ión últerjor (ante
-S (le
191/1), 98@ situaciOn econOlui(a, 98,
127; armamento, 17()@ viola(ión de la nentnilidad belga, 184-185, @5(: fuervas militares (en 191'f)7 193: siMaCiOn interior (en 1914). 15,j:
operaciones milbares (en 191,4).
210-212@ ocupaCiOn alemana, 27-,
285, 299, 35/1-@56, /iS-; cuestiOn flanlenca, 98@ @55@ 429, 48@i restauraciOn, 365, Í18-419, Í25-429, 510, @, /15 Belgiado, l). 155, 177. 181, 27,4
13@-lle@lie (consejo de), 128-,@29 Belo

